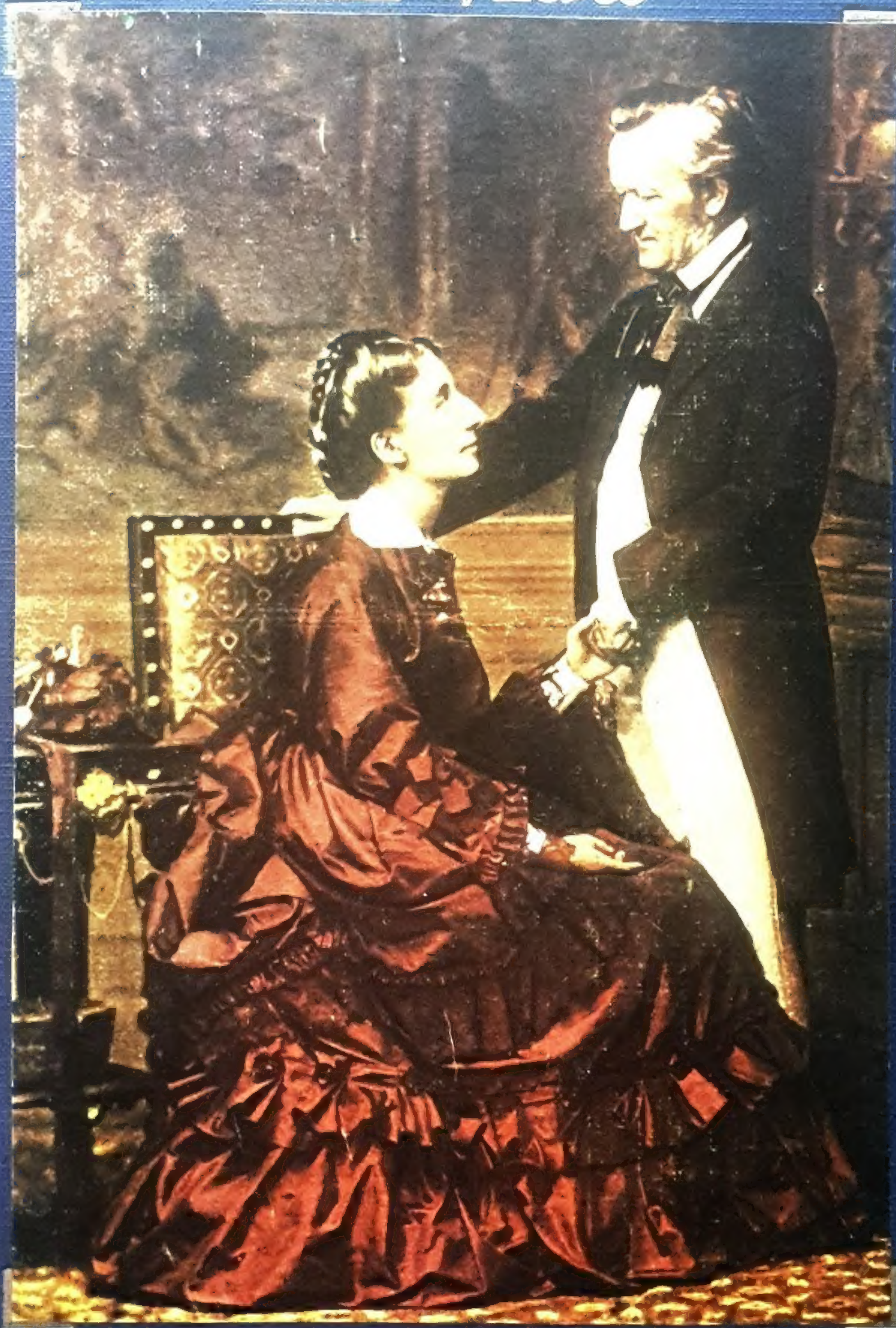


# RICARDO WAGNER

mi vida





**mi vida**  
**RICARDO WAGNER**





**mi vida**  
**RICARDO WAGNER**

EDICIONES DE NUEVO ARTE



**thor**



Traducción y apéndice de Eulogio Guridi

Maqueta: Enrique Fernandez

Edita: Ediciones de Nuevo Arte Thor  
Gala Placidia, 1. Barcelona-6

Printed in Spain. Impreso en España

Impreso por: INSTAR.  
Constitución, 19. Barcelona-14

ISBN-84-400-3286-2

Dep. Legal: 31.087-1977

Selección de material gráfico a cargo del equipo  
de la revista MONSALVAT.











## *Dedicatoria a esta edición española*

De nuevo se publica en español la autobiografía "Mi Vida" de Richard Wagner. Tengo la seguridad de que será recibida con interés y alegría por sus innumerables admiradores españoles.

Saludo con agradecimiento el espíritu emprendedor que no ha retrocedido ante una tarea tan comprometida y que da la posibilidad de conocer, en el campo de las lenguas románicas, un pensamiento y una dramática vida que tan decisivos fueron para el arte y la cultura del siglo XIX.

Bayreuth, enero 1977

*Richard Wagner*



## *Prólogo a la edición española*

Si, cual el famoso Walhalla construido al borde del Danubio, y que alberga los bustos de los más preclaros representantes del arte y la cultura alemanas, tuviéramos que crear una galería con los genios más indiscutibles de la historia de Europa, no cabe duda de que Richard Wagner ocuparía un lugar preeminente.

Resulta aleccionador observar cómo desde aquellos primeros pasos del músico rechazado por una sociedad parisina que ingenuamente había soñado conquistar, hasta la plenitud suprema de su vida y de sus dramas, siempre una misma y única concepción del mundo va desarrollándose y adquiriendo la fuerza de lo inmortal. Personal, decidido, perseguido y rechazado, egoísta en ocasiones y generoso otras, innovador, inspirado y atormentado a la vez, Wagner es el poeta y el músico genial, el hombre de teatro, el creador que hace expresar a su música desbordamientos amorosos y soledades místicas, mitos legendarios y sentimientos íntimos, como muy pocos han conseguido en la historia de la música y del arte occidentales.

Y así, el que empezó siendo músico rechazado, el revolucionario expulsado de su patria por sus ideas políticas, el amante sin suerte que se refugia en Venecia para consolarse de esas penas de las que surgirá el más grande poema de amor jamás escrito, en suma, el fracasado socialmente hablando, acabará, gracias a una voluntad inquebrantable, a una fidelidad absoluta a su obra y a una fe ciega en sí mismo, triunfando de su época y de sus contemporáneos. Bayreuth —teatro para unos, templo para otros— es el símbolo imperecedero de ese triunfo del genio sobre la vulgaridad de su época. Bayreuth, esa “última muestra del arte fáustico”, esa explosión definitiva de una personalidad romántica ya incontenible, es la obra final de un hombre para el que hasta el arte tradicionalmente concebido se le queda pequeño, para el que incluso la religión es medio adecuado para la expresión de la idea, para la explosión de su sensibilidad, de su inspiración desbordante.

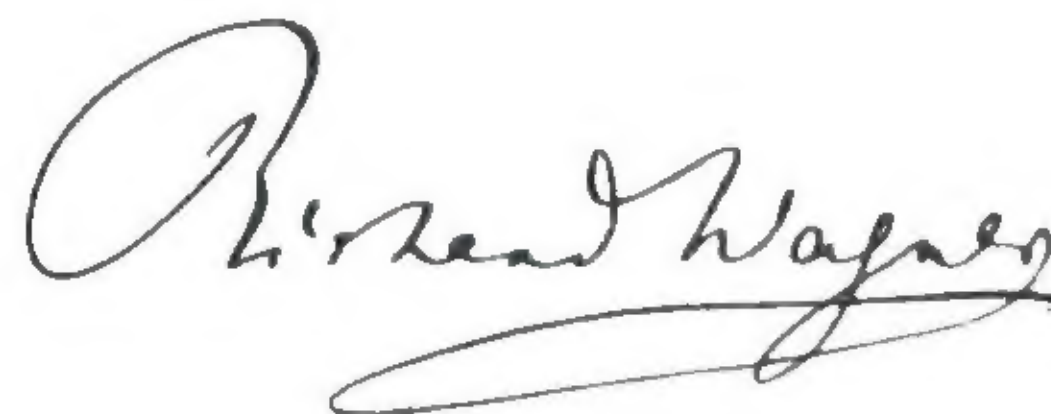
Esta cuidada edición de la autobiografía que el propio compositor dictara a Cósima, preparada y presentada por el equipo de MONSALVAT, hará posible al aficionado español profundizar en el más íntimo conocimiento de la vida y de la obra de uno de los más grandes innovadores de la música europea.

José Manuel Infiesta



## *Proemio*

Las notas que componen este libro han sido escritas en el transcurso de varios años y dictadas por mí a mi mujer y amiga, deseosa de escuchar de mis propios labios la historia de mi vida. Más tarde, el afán de que nuestra familia y algunos de nuestros amigos más íntimos conservaran estas memorias junto con el cuidado de preservar de la destrucción el único manuscrito que las contiene, nos impulsó a los dos a enviarlas a la imprenta y a que, abonándolo de nuestro peculio, se hiciera de ellas una edición limitada. Como el valor del relato reside en su absoluta veracidad —su única razón de ser en estas circunstancias— figuran en él datos y nombres exactos. En el caso de que estas Memorias tengan para nuestros descendientes algún interés, no deberán publicarse hasta que haya transcurrido cierto tiempo después de mi muerte. A este respecto dejaré a mis herederos disposiciones testamentarias. Sin embargo, si permitimos que algunos de nuestros buenos amigos las conozcan desde ahora, ello obedece a que suponemos que la simpatía que el tema les inspira es lo bastante pura para que sea, a su juicio, culpable toda revelación a personas que no estén animadas respecto a nosotros de los mismos sentimientos.

A handwritten signature in dark ink, reading "Richard Wagner". The signature is written in a cursive, flowing style with a long, sweeping underline.





*Primera Parte*  
*(1813-1842)*





*G. v. H.*

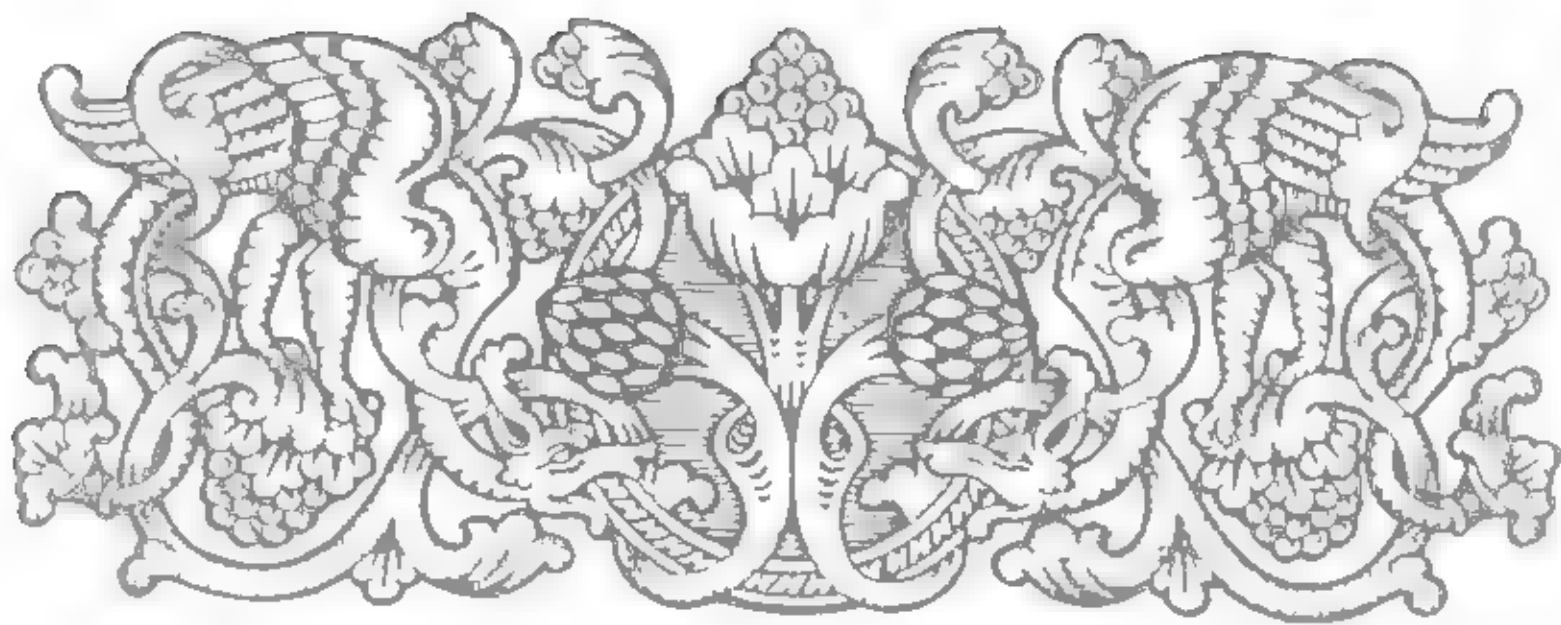
Casa natal de Wagner en Leipzig

Ludwig Geyer (izquierda), íntimo amigo de los Wagner y Johanna (derecha), madre de Ricardo. Ambos contrajeron matrimonio a la muerte de Carl Friedrich Wagner.



Acuarela representando Leipzig en 1840. En la casa de la izquierda de la figura (con la inscripción "Zum roten und weissen Löwen") había nacido Wagner el 22 de mayo de 1813.





Nací el día 22 de mayo de 1813, en Leipzig, en el Condado de Brühl, en el segundo piso de «El León Rojo y Blanco» y me bautizaron dos días después en la iglesia de Santo Tomás, imponiéndome el nombre de Guillermo Ricardo. En la época de mi nacimiento, mi padre, Federico Wagner, era secretario de la Dirección general de Policía. Abrigaba la esperanza de llegar a ser director, pero murió en el mes de octubre de aquel mismo año. Abruado por el arduo trabajo que impulsaron a su departamento los disturbios de aquel tiempo y la Batalla de Leipzig, su falta de reservas físicas no pudo resistir los embates de la fiebre tifoidea, a la sazón epidémica, y sucumbió a consecuencia de dicha enfermedad. Mi abuelo — como más tarde supe — pertenecía a la pequeña burguesía de Leipzig. Había ejercido las modestas funciones de recaudador de impuestos en el fielado de Randstaedt y había sobresalido entre las personas de su posición por la esmerada educación que había dado a sus hijos. El mayor, Federico, mi padre, estudio Jurisprudencia, y el menor, Adolfo, Teología, por lo que ejerció en una época decisiva de mi juventud, una influencia considerable en mi formación moral, como más adelante veremos.

Mi padre, cuya muerte había de sobrevenir a poco de mi nacimiento, era un apasionado de la poesía, de la literatura y sobre todo del teatro, por el que entonces sentían una gran predilección las clases cultas. Mi madre me contó, entre otras cosas, que un día que fué con mi padre a Lauchstaedt para asistir al estreno de *La novia de Mesina*, el autor de mis días le mostró a Goethe y a Schiller que se paseaban juntos y le reprochó con vehemencia que no conociera a aquellos grandes hombres. Parece asimismo que no dejó de mostrar galantes inclinaciones hacia las actrices. Recuerdo que mi madre se quejaba a veces, en tono de chanza, de haberle tenido que esperar con frecuencia para la cena, a causa de las visitas que, cual uno de sus más rendidos admiradores, efectuaba mi padre a una célebre actriz, la señora Hartwig. Cuando por este motivo le reconvenía mi madre, trataba de excusar su tardanza con el improbable trabajo que le acarreaban los asuntos de su oficina, y para justificarse mostraba sus dedos, que retiraba en un abrir y cerrar de ojos, sucios de tinta en su imaginación, pero en realidad perfectamente limpios.

**Luis Geyer** Mi padre manifestó su gran afición por el teatro, escogiendo como a uno de sus íntimos amigos al actor Luis Geyer. En la elección de esta amistad se guió, sobre todo, por su apasionamiento por la escena, pero tuvo al mismo tiempo la suerte de introducir en su hogar al más noble de los bienhechores. Más adelante aquel artista modesto, profundamente impresionado por la súbita muerte de su amigo Wagner, consagró su vida a educar e instruir la numerosa descendencia, que éste dejó al morir. Ya anteriormente, mientras el escribiente de la policía pasaba sus noches en el teatro, aquel buen hombre le reemplazaba en su familia donde, en no pocas ocasiones, tuvo que apaciguar a la esposa que, con razón o sin ella, se lamentaba de la ligereza de su marido.

**Mi padrastro** GEYER, a quien la vida no había dispensado muchas sonrisas, sin patria ni hogar, debía de experimentar sin duda, la necesidad de una existencia familiar, pues al cabo de un año de la muerte de Federico Wagner, contrajo matrimonio con la viuda de su amigo. Fué para los siete huérfanos un padre solícito y cariñoso. A poco mejoró su situación económica, lo que le permitió asumir con mayor desahogo la impropia tarea que se había impuesto: fué contratado para interpretar en el Nuevo Teatro Real de Dresde los papeles de carácter. Era fijo su contrato, honorable y provechoso. Además, destacó pronto en dicha ciudad por su talento de pintor, al que recurrió para subvenir a sus más perentorias necesidades cuando antaño se vió obligado a renunciar a sus estudios universitarios, conociendo amargos días de miseria. A pesar de que lamentó, mucho más que sus críticos, no haber dado cima a estudios regulares y metódicos de pintura, estaba Geyer tan excelentemente dotado, especialmente para el retrato, que no podía dar abasto a los encargos que recibía. Sin embargo, ese doble esfuerzo por la pintura y la escena, dió al traste con su salud. En ocasión de unas representaciones que dió en el Teatro Real de Munich, adineradas familias de la Corte bávara, provistas de recomendaciones de la Sajonia solicitaron de él tal cantidad de retratos que se vió obligado a interrumpir primero, y más tarde a dar por cancelado su contrato teatral.

Geyer no estaba tampoco desposeído de fibra poética. Componía hermosos poemas y escribió algunas comedias. Una de ellas, *La matanza de los inocentes*, en versos alejandrinos, fué interpretada numerosas veces y, cuando fué impresa, le valió un cordial elogio de Goethe. Este múltiple artista bajo cuya tutela fué a establecerse mi familia en Dresde cuando yo tenía dos años y con quien tuvo mi madre una hija — Cecilia — se ocupó de mi educación con tanto celo como cariño. Desearo adoptarme, me inscribió con su nombre cuando me hizo ingresar en la escuela, de suerte que hasta los catorce años yo fuí, para mis compañeros de Dresde, Ricardo Geyer. Sólo muchos años después de su muerte, cuando mi familia regresó a Leipzig recobré, en el círculo de mi primer parentesco, el apellido Wagner.

**Mi primera infancia** Mis recuerdos más remotos se relacionan con mi padrastro y sus actividades teatrales. Me acuerdo muy bien que era su mayor deseo verme convertido en un pintor de talento, y en verdad que su taller, con los caballetes y las telas que se amontonaban por doquier, causaban en mí una gran impresión. Todavía recuerdo que con infantil entusiasmo me aplicaba a copiar un retrato del rey de Sajonia, Federico Augusto. Pero desde que me obligaron a reemplazar aquel ingenuo colorido por una se-

vera enseñanza del dibujo abandoné lápices y pinceles, a lo que contribuyó no poco la pedantería de mi engorroso profesor, que era primo mío.

Durante mi más tierna infancia, y a causa de mi rápido desarrollo, contraí una enfermedad que estuvo a punto de llevarme al sepulcro. Mi madre me contó que creyéndome desahuciado, llegó hasta el extremo de desear mi muerte. Sin embargo, con gran asombro de mis padres me restablecí por completo. Más adelante supe que en aquella coyuntura mi excelente padrastro dió muestras de una absoluta abnegación. No se sumió jamás en la desesperación y, a pesar de los quehaceres y atenciones que le proporcionaba tan numerosa familia no perdió nunca la paciencia y abngó siempre la esperanza de mi definitiva curación.

En aquella época el teatro ocupaba de lleno mi imaginación. No solamente entraba en él como un infantil espectador que se sentaba en el palco misterioso que comunicaba con el escenario, o como un habitual de entre bastidores, que admirara las extraordinarias indumentarias y los característicos afeites, sino también como actor. Asistí a las representaciones de *La huérfana* y *el asesino*, de *Los dos galeotes* y otros dramas truculentos que me llenaban de terror y en los que mi padrastro interpretaba los papeles de hombre desalmado; hasta que a poco aparecí yo mismo en escena en algunas comedias. En una obra montada en ocasión del retorno del Rey de Sajonia de su cautiverio — *Los viñedos de las orillas del Elba* — a la que puso música el maestro de capilla C. M., de Weber, representé a un ángel vestido con un calzón de punto y dos alas adosadas a mis espaldas, con cuyo indumento figuré en el cuadro viviente, adoptando una graciosa actitud harto difícil de tomar y más todavía de mantener. Recuerdo, en fin, haber interpretado un papel, en el que tuve que pronunciar unas pocas palabras, en la obra de Kotzebue, *Odio y arrepentimiento*. La circunstancia de tener que aprender una larga escena, me sirvió de pretexto en la escuela para excusarme de no haber hecho mis deberes

*Impresiones teatrales*

Sin embargo, mi padrastro se ocupó seriamente de mi educación. Cuando hubé cumplido los seis años me envió a Possendorf, cerca de Dresde, donde estuve a toda pensión en casa de un pastor pueblerino y en la que junto con otros muchachos de buena familia había de recibir una educación sana, sólida y de virtuosos principios. Aun cuando mi estancia en casa del clérigo fué breve, guardo de ella muchos recuerdos sobre las primeras impresiones que me causó el trato con distintas personas. Por las tardes, el pastor Wetzel nos leía el «Robinson» e ilustraba su relato con diálogos excelentes e instructivos. La lectura en alta voz de una biografía de Mozart me interesó sobremanera y los artículos de periódicos y almanagues acerca de los acontecimientos de la guerra de independencia helénica, me inspiraron una profunda emoción. Mi amor por Grecia, que derivó más adelante en entusiasmo hacia la Mitología y la Historia de la antigua Hélade, brotó, por decirlo así, de la compasión y admiración que despertaban en mí hechos a la sazón contemporáneos. Recuerdo que al estudiar la lucha de los helenos contra los persas me embargaban los mismos sentimientos que experimenté al seguir las peripecias de la sublevación de los griegos modernos contra los turcos.

*Estancia en Possendorf*

**Muerte de Geyer** Al cabo de un año escaso de estar yo en el campo, llegó un mensajero a suplicar al pastor que me llevara a Dresde porque mi padre adoptivo se hallaba en trance de muerte. Hicimos a pie las tres leguas que nos separaban de la ciudad, donde llegué tan fatigado, que ni siquiera comprendí por qué lloraba mi madre. Al día siguiente me trasladaron a la cabecera del lecho del moribundo. Su voz débil y apagada y las desesperadas medidas que se tomaron para combatir la pleuresía aguda que le aquejaba, me hicieron el efecto de que todo aquello era un sueño. Me sobrecogieron un pasmo y espanto tan grandes, que ni siquiera pude llorar.

Con la buena intención sin duda de distraer un poco al enfermo me rogó mi madre que interpretara en la habitación contigua lo que había aprendido en mi estudio del piano. Interpreté «*Ueb'immer Treu und Redlichkeit*» y cuando terminé, mi padre preguntó: «¿Tendrá disposición para la música?»

Al día siguiente, con las primeras luces del alba, mi madre entró en la espaciosa habitación de los niños, se acercó al lecho de cada uno de nosotros y nos comunicó, en medio de sollozos, que nuestro padre había muerto; y a modo de bendición nos repitió sus últimas palabras. A mí me dijo: «Hubiera querido que llegases a ser alguien».

Por la tarde, el pastor Wetzel me condujo de nuevo al campo. También hicimos a pie el viaje de regreso y llegamos a Possendorf cuando ya anochece. Durante el trayecto interrogué detalladamente a mi compañero de viaje acerca de las estrellas, y por primera vez me dió una explicación razonable a propósito de los astros. Al cabo de ocho días, apareció ante nosotros el hermano del difunto. Venía de Eisleben para el entierro, habiendo prometido ayudar en la medida de lo posible, a nuestra familia, que se hallaba de nuevo falta de recursos. Dijo que en lo sucesivo correría a su cargo mi sostenimiento y mi educación. Me despedí, pues, de mis jóvenes compañeros y del afable pastor. Al cabo de bastante tiempo volví a Possendorf para asistir a sus exequias.

Años más tarde, me trasladé un día a dicha ciudad en una de aquellas excursiones que hacía con frecuencia a pie cuando era director de orquesta en Dresde. Me causó una triste emoción no encontrar ya el viejo presbiterio, que había sido substituido por una construcción moderna, mucho más espaciosa. Ello me causó tan hondo pesar que, desde aquel día, no volví a encaminar mis pasos hacia aquellos parajes.

**Recuerdos de Eisleben** EN aquella ocasión mi tío me acompañó en coche a Dresde, donde hallé a mi madre y a mis hermanas poseídas de una gran tristeza. Recuerdo que por primera vez me acogieron con una efusión a la que no estábamos acostumbrados en nuestra familia, y estos sentimientos afectivos se manifestaron aun con más vehemencia, cuando me marché a Eisleben con mi tío. Este hermano de mi padrastro era platero, y Julio, uno de mis hermanos mayores, que trabajaba en su taller y que no llegó a casarse vivía con la anciana abuela. Como ésta aparentaba tener ya sus días contados, se le ocultó la muerte de su hijo mayor, conminándose para que por mi parte pusiera punto en boca sobre el particular. La criada quitó cuidadosamente la franja negra de crespón que llevaba yo en la manga y dijo que la guardaría, para cuando muriese mi abuela, lo que no tardó en suceder. Con frecuencia, me veía obligado con la anciana dama, a referirme a mi difunto padre, y debo confesar que no me costó gran tra-



bajo guardar el secreto de su muerte, pues ni siquiera yo mismo tenía una idea clara de la pérdida que había sufrido.

Mi abuela vivía en una obscura habitación que daba a un pequeño patio. Unas de sus distracciones favoritas consistía en ver revolotear en torno suyo a bandadas de petirrojos, para los que guardaba verdes ramitos sobre el homillo. Cuando el gato atrapaba a sus pájaros y se los comía, yo iba de caza por el campo y le traía otros, por lo que se mostraba sumamente agradecida, prodigándose sus cuidados y atenciones. La muerte, ya prevista, no se hizo esperar. Todo el mundo, en Eisleben, pudo vestirse de luto, pero el pequeño cuarto de los petirrojos cesó de existir para mí.

PRONTO inuté con una familia de jaboneros que habitaba la misma casa y que se divertía con mis relatos. A poco comencé a asistir a una escuela particular, dirigida por un maestro llamado Weis, de quien conservo la impresión de un hombre serio y digno. Hacia 1860, fui emocionado en una revista musical, la crítica de un festival que se celebró en Eisleben, y en el que se interpretaron varios fragmentos de «*Tannhäuser*». El artículo hacía mención de que el anciano maestro Weis había asistido al concierto en recuerdo de su antiguo alumno, al que no había olvidado. Con frecuencia, y por espacio de mucho tiempo, contemplé en sueños la vetusta ciudad con la casa de Lutero y todo cuanto se relacionó con mi estancia en el interior de aquellos muros. Siempre he ambicionado volver allí siquiera una vez, para comprobar la exactitud de mis recuerdos pero, cosa extraña, nunca he logrado realizar el anhelo. Vi lares espectáculos, tales como aquella representación de equilibristas que caminaban por una cuerda tensa sujeta a dos torres que se levantaban en uno y otro extremo de la plaza. Durante bastante tiempo aquel espectáculo despertó en mí un apasionante interés por la circense habilidad. Con la ayuda de un balancín, logré andar con bastante soltura por una cuerda que había tendido en el patio, por lo que guardo desde aquella época, una cierta afición por los ejercicios de acrobacia.

Sin embargo, la charanga de un regimiento de húsares, de guarnición en Eisleben, cobraba ante mis ojos una importancia mayor. Una de las composiciones que con frecuencia interpretaba era la del «Coro de cazadores» del «*Freischütz*», que acababa de representarse en Berlín.

Mi tío y mi hermano me interrogaron una y otra vez acerca del compositor que tenía que haber visto en casa de mis padres, cuando Weber era director de orquesta en Dresde. A la sazón unas muchachas de una familia amiga estudiaron el coro de la «*Jungfernkranz*» (1) y lo cantaban sin cesar. Por estas dos composiciones, dejó de gozar de mi favor el «*Vals de Ypsilanti*» que consideré hasta entonces la más maravillosa de todas las melodías. Guardo de aquella época el recuerdo de no pocas disputas que terminaban en un intercambio de puñetazos con los chiquillos del lugar, y a los que mi gorro cuadrado incitaba a apabullarme. Y por mi parte, no rehuía tampoco las excursiones, preñadas de peligros, por los peñascales de las márgenes del Elster.

La casa Thomé El matrimonio de mi tío, que se creó finalmente un hogar, motivó un gran cambio en las relaciones que aquél mantenía con mi familia. Al cabo de un año me condujo de nuevo a Leipzig, donde me confió, por espacio de unos días, a unos parientes de mi padre.

Eran éstos, mis tíos, Adolfo Wagner y su hermana Federica. El, hombre de una acusada personalidad, ejerció más adelante sobre mí una influencia considerable. Aun hoy día me parece verlo tal como se presentó por primera vez delante de mí con su singular acompañamiento. Mi tía y él habían trabado estrecha amistad con una extraña solterona llamada Juanita Thomé, copropietaria de un gran edificio de la Plaza del Mercado, en donde residían, si la memoria no me es infiel, los Príncipes de la familia real de Sajonia desde la época de Augusto el Fuerte, cuando se detenía en Leipzig.

Mis tíos habían amueblado y tomado en alquiler los dos pisos principales de la casa, el segundo de los cuales habitaba en propiedad Juanita Thomé, que se había reservado el ala que daba al patio. Sin embargo, como el rey sólo ocupaba aquellas habitaciones apenas unos días al año, Juanita Thomé las ocupaba con los suyos. Y fué en uno de esos suntuosos cuartos donde me hicieron acostar.

El miedo a los fantasmas ESTAS habitaciones habían sido amuebladas en tiempos de Augusto el Fuerte. Los pomposos muebles roncó aparecían cubiertos con fundas de seda pero, no obstante, eran vetustos y carcomidos. Aquellos espaciosos y fantásticos salones me gustaban enormemente. Se divisaba desde allí el bullicioso mercado de Leipzig, cuyo mayor encanto lo constituía, para mí, los animados cortejos de estudiantes vestidos con los antiguos indumentos de sus corporaciones. Sin embargo, los viejos retratos que colgaban de las paredes de aquellos salones, sobre todo los de las nobles damas con mirriñaque y de fresco y agraciado rostro, bajo los empolvados cabellos, me causaban una indecible tortura. Me hacían el efecto de fantasmas que cobraban nueva vida, apenas me quedaba solo en la habitación donde dormía. Tenía un miedo espantoso. Y era para mí un tormento atroz, acostarme en la antigua cama de gala de uno de aquellos solitarios aposentos sin otra compañía que la de los inquietantes retratos. Cuando mi tía me ayudaba a desnudarme para meterme en el lecho, me esforzaba en disimularle el terror que me atenazaba, pero así que apagaba la luz me asaltaban las más horribles visiones y todas las noches acababa por despertarme bañado en un sudor frío y con el corazón latiendo apresuradamente.

Adolfo Wagner Los tres moradores de aquel piso parecían a propósito para acentuar aún en mí la fantástica impresión que me producía la estancia de aquella mansión. Juanita Thomé era menuda y regordita, llevaba una peluca rubia y parecía complacerse en el recuerdo de sus gracias pretéritas. Mi tía, su amiga fiel y enfermera, solterona como ella, era de aventajada estatura y extraordinariamente delgada. La singularidad de su rostro, que reflejaba cierta simpatía, aparecía aún más acusada por una barbilla saliente en exceso. Mi tío Adolfo había instalado definitivamente su despacho en un pequeño aposento que daba al patio. Allí le vi por primera vez en mi vida, en medio de un revoltijo de libros, ataviado con un batín y con un gorro de fieltro puntiagudo en la cabeza, semejante a los de los payasos que acudían a la feria de Eisleben. Mi tío Adolfo eligió aquel singular refugio por el gran afán de independencia que le acuciaba. Había abando-

nado la carrera teológica, a la que se había consagrado, para dedicarse de lleno al estudio de la filología. Por otra parte, la profunda aversión que sentía por cualquier método de enseñanza, le impelió, desde su mayor edad, a subvenir a sus necesidades mediante la publicación de trabajos literarios. Parece que su excelente trato en sociedad, su hermosa voz de tenor, el interés que se tomó por las cosas de teatro y la reputación que se había labrado en las letras, le ganjearon en su juventud numerosas amistades y le proporcionaron en Leipzig conocimiento y trato de distinguidas personas del gran mundo.

Un día que hizo una excursión a Jena con un amigo de su edad, fué a ver a Schiller, a quien se presentó con una carta que le había entregado el director del teatro de Leipzig que deseaba comprar «*Wallenstein*» que el escritor acababa de concluir. Mi tío me contó más tarde la extraordinaria impresión que le produjo el gran poeta, con su noble y majestuoso porte y sus irresistibles ojos azules. El amigo de mi tío que, animado de los mejores propósitos, había enviado a Schiller, antes de visitarle, unos versos de Adolfo Wagner, dió lugar a que éste se presentara ante el esclarecido varón poseído de una inenarrable turbación. El joven y desdichado poeta se vió, pues, obligado a escuchar de labios de Schiller unos encendidos elogios que mi tío atribuía a la benévola generosidad del célebre hombre de letras.

Más adelante mi tío se consagró con actividad creciente a los estudios filológicos. En este orden, una de sus obras más conocidas es «*El Parnaso Italiano*», que dedicó a Goethe, acompañándole una poesía en italiano. Varios críticos me han asegurado que estos versos estaban escritos en un lenguaje inusitado y fantástico, lo que no fué óbice para que Goethe se lo agradeciera con una cumplida carta de elogios, enviándole además un vaso de plata de uso personal del poeta. A la sazón yo había cumplido ocho años y la personalidad de mi tío me pareció absolutamente extraña y enigmática. Sin embargo, al cabo de unos días me sacaron de nuevo de aquel ambiente y me condujeron a Dresde para vivir con los míos.

BAJO la dirección de mi madre, viuda por segunda vez, mi familia trató de sacar la casa adelante. Mi hermano Alberto, que abrazó en principio la carrera de medicina, atendió los consejos de Weber que elogiaba su voz de tenor y se entregó de lleno, debutando en Breslau, a las actividades teatrales. A poco, Luisa, la segunda de mis hermanas, siguió su ejemplo y se dedicó asimismo a la escena. La mayor, Rosalía, había alcanzado ya una situación honorable en el teatro de Dresde, por lo que se reunieron en torno suyo los jóvenes miembros de la familia; y Rosalía fué al mismo tiempo el principal sostén de nuestra madre, a la que hallé sumida en un mar de preocupaciones en los espaciosos y agradables aposentos que mi padrastro había instalado. Algunas habitaciones superfluas habían sido realquiladas y, de esta suerte Spohr, llegó a ser uno de nuestros huéspedes.

Gracias a la actividad de mi madre, a varias felices circunstancias y a la benevolencia de la Corte que, en recuerdo de mi padre, facilitó muchas cosas, nuestra familia pudo llevar una existencia digna y mi educación no fué descuidada. Como mi tercera hermana, Clara, cuya voz era singularmente agradable, decidió seguir el camino de las mayores, mi madre se opuso enérgicamente a que tomaran cuerpo en mí las mismas inclinaciones. Siempre se había reprochado a sí misma el haber permitido que mi hermano Alberto pisara las tablas de la escena, y como Julio, mi segundo hermano, no mostraba otras aptitudes que las necesarias para su profesión de platero, resolvió dar cima a los deseos de mi padre y para que yo «llegara a ser alguien».

Cuando hube cumplido los ocho años ingresé en la «*Kreuzschule*», en Dresde, donde debía cursar mis estudios de Humanidades. Como era el alumno más reciente de la última clase inicié, dentro de la mayor modestia, mis estudios clásicos. Mi madre observaba con gran solicitud todos los indicios de mi formación intelectual y mis aptitudes especiales.

Carácter de mi madre El carácter de mi madre, que constituía un enigma para cuantos la conocían, presentaba a pesar de una educación incompleta, una mezcla singular de actividad casera y burguesa y de una notable lucidez de espíritu. Jamás quiso dar a sus hijos detalles precisos acerca de su familia. Nació en Weissenfels donde, según decía, sus padres habían sido panaderos, aunque más tarde aseguró que eran molineros. Incluso en lo concerniente a su apellido hacía gala de una extraña peculiaridad: pretendía ser una «*Perthes*», aun cuando harto sabíamos que provenía de la familia «*Bertz*». Lo que se nos antojó siempre una cosa peregrina fué que los gastos de su educación en uno de los mejores pensionados de Leipzig hubiesen sido satisfechos por un sedicente «amigo de sus padres». Más tarde nos dijo que este «amigo» era un príncipe de Weimar que, a lo que parece, se mostró muy generoso con la familia de mi madre durante la estancia de ésta en Weissenfels. La muerte repentina del mentado protector interrumpió la educación de mi madre en el pensionado de Leipzig.

Era aún adolescente cuando conoció a mi padre, quien, aunque era también muy joven cuando se casó con ella, gozaba ya de una sólida situación. La agudeza de espíritu y el buen humor fueron sin duda los rasgos más destacados del carácter de mi madre. Los agobios de una familia numerosa y la dificultad de satisfacer las más perentorias necesidades, ahogaban en ella los dulces efluvios de la ternura maternal. No recuerdo haber recibido de mi madre una sola caricia.

Dadas estas circunstancias no es de extrañar que un recuerdo haya quedado grabado en mi mente: una noche que me llevaba dormido a la cama levanté, lloriqueando, los ojos hacia mi madre y vi que ésta, contemplándome con cierta satisfacción, hablaba de mí a un visitante, con un tono de verdadera ternura.

La influencia más poderosa que recibí de mi madre fué el entusiasmo, casi patético, con que expresaba sus ideas respecto a la belleza y sublimidad del arte. Ciertamente es que afirmaba siempre no comprender nada del arte teatral, pero sí de la poesía, la música y la pintura, amenazándome con su maldición si algún día llegara a ser actor. A estos rasgos de su espíritu debe añadirse su ferviente religiosidad. Con frecuencia, nos declamaba verdaderos sermones llenos de mística unción sobre Dios y cuanto de divino existe en el hombre, pero, a veces, se interrumpía bruscamente y cambiando de tono nos salía con alguna exhortación humorística.

Sobre todo, después de la muerte de mi padrastro, todas las mañanas reunía a la familia en torno de su cama donde se hacía servir el café con leche, que no llevaba a sus labios hasta que uno de nosotros hubiese dado lectura a un salmo de un libro de rezos. Sin embargo, nadie se preocupaba

Primeras impresiones musicales

Actividad literaria de Adolfo Wagner

Mis hermanos y hermanas

(1) "Ronda de las amigas de la novia", del "Freischütz".





Polonesa, fechada en 1831.

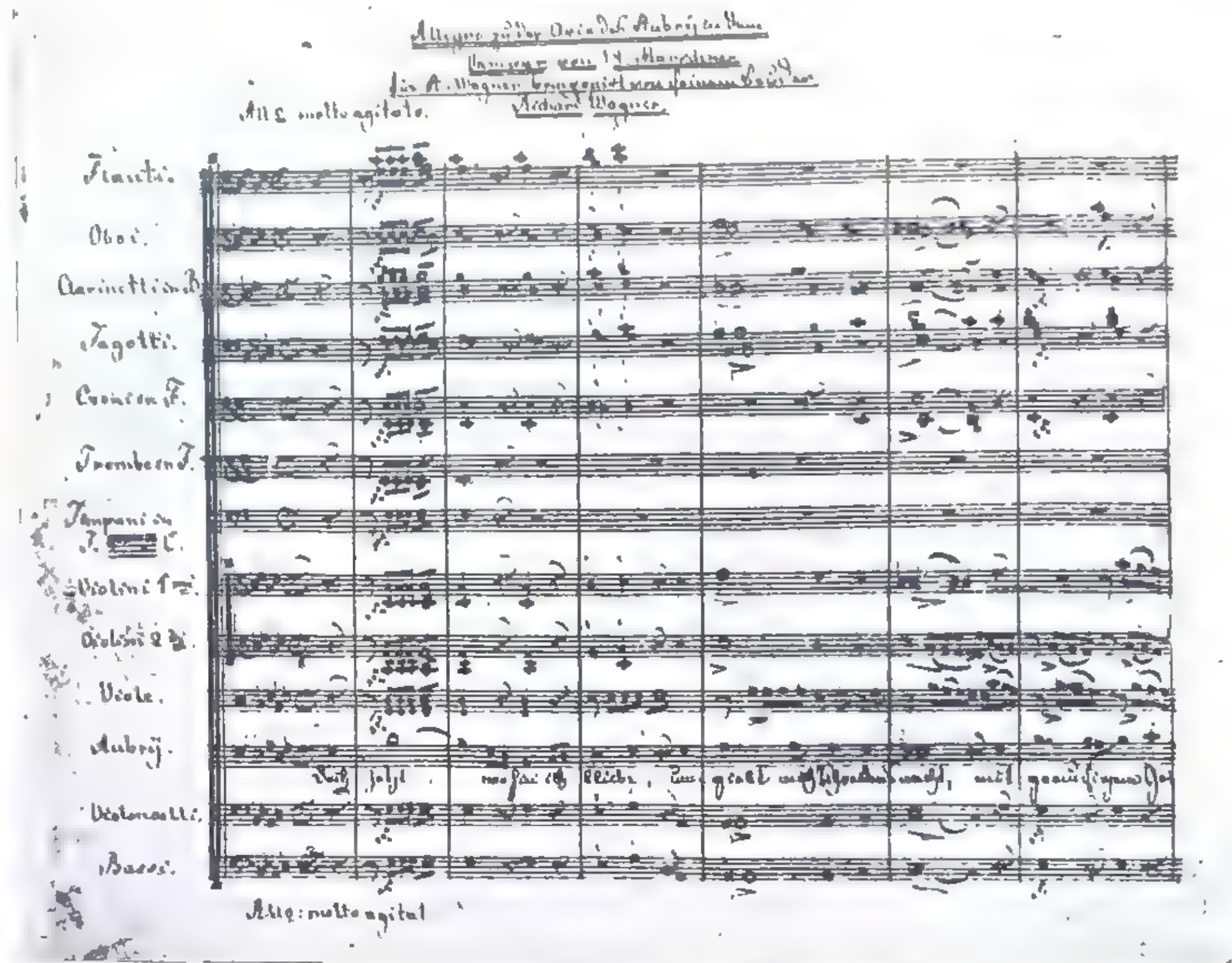
Christian Gottlieb Müller, primer profesor de composición de Wagner, de 1828 a 1831.

# POLONAISE

*Pour le Piano-forte*  
à quatre mains  
composée  
par  
**RICHARD WAGNER.**

Propriété des Éditeurs

*Char. Breitkopf & Hertzels Leipzig*



Partitura de un Allegro de Wagner, sobre un aria de "Der Vampyr", de Marschner, compuesta para su hermano en 1833.



Adolf Wagner (1774–1835),  
tio de Ricardo,  
en dibujo datado en 1832.



Karl Maria von Weber, en un retrato con escenas de "Der Freischütz".



Karl Maria von Weber.



ni poco ni mucho por la elección del salmo, hasta el punto que, un día, mi hermana Clara se puso a declamar con tono emocionado una plegaria titulada: «Para conjurar las calamidades de la guerra».

Mi madre la atajó diciéndole:

—¡Cállate, que no estamos en tiempos de guerra! ¡Dios nos perdone!

Con todo, a pesar de las dificultades, celebrábamos de cuando en cuando regocijantes veladas que a mi espíritu infantil se le antojaban de una gran suntuosidad. Durante los últimos años de su vida, mi padrastro había adquirido tal renombre como pintor de retratos que sus ingresos aumentaron, con relación a pasados tiempos, de una manera considerable. Ello motivó que nos granjeáramos amistades en la buena sociedad, las cuales venían más tarde, de vez en cuando, a visitar a mi madre. Especialmente los actores del Teatro Real formaban entonces un círculo en el que se hacía gala de una afabilidad y una espiritualidad que después no me ha sido dable encontrar. Hacíamos juntos jubilosas excursiones por los hermosos alrededores de la ciudad de Dresde, y en las que reinaba una amable confraternidad. Recuerdo que en Loschwitz, en una de esas jiras, habíamos levantado una especie de campamento bohemio y las funciones de cocinero corrieron a cargo de Weber.

En nuestra casa se rendía asimismo culto a la música. Mi hermana Rosalía tocaba el piano y Clara comenzaba sus clases de canto. An-  
taño, con ocasión del cumpleaños de mis padres, organizábamos en secreto, para sorprenderles, unas representaciones teatrales que exigían árduos preparativos. De esta época a que me refiero, apenas guardo sino un vago recuerdo de esas fiestas. Una sola quedó grabada en mi mente. Habíamos montado una parodia de «Safó», de Grillparzer, en la que yo formaba parte del coro de mocitos que cantan ante el carro triunfal de Faón. Traté, pues, de hacer cobrar nueva vida a mis recuerdos mediante la cooperación de un hermoso escenario para marionetas, cuyas espléndidas decoraciones habían sido pintadas por mi padrastro, y que encontré entre las cosas que éste dejó al morir. Queriendo sorprender a mi familia con una brillante representación de esa índole, tallé, bastante torpemente por cierto, varios muñecos a los que vestí con trapos que encontré en las habitaciones de mis hermanas y luego me afané en componer un drama medioeval, cuyos papeles habían de desempeñar mis personajes. Pero apenas había dado comienzo a la primera escena, mis hermanas dieron con el manuscrito y se burlaron de mi drama, entre estrepitosas carcajadas. Y a partir de aquel día, una de las frases de la angustiada heroína: «Ya oigo caracolear a mi caballero» fué declamada una y otra vez con gran énfasis con el propósito de hacerme coger rabietas.

Teatro de Marionetas

Como mi familia, según he dicho antes, se relacionó de nuevo con el mundo de la escena, esto motivó que se acentuara mi afición hacia ella. El *Freischütz*, debido a lo fantástico de su tema, hizo estragos en mi imaginación. El miedo a los fantasmas constituyó un factor importante en la formación de mi vida afectiva. Desde mi más tierna infancia ciertos sucesos misteriosos e inexplicables ejercieron sobre mí una desmedida influencia. Recuerdo que cuando permanecía mucho tiempo solo en mi habitación se me figuraba que los objetos y los muebles comenzaban a moverse, y, entonces, sobrecogido de horror, rompía a gritar desaforadamente. Hasta mi adolescencia no transcurrió una sola noche en que no me despertara dando gritos, y únicamente el sonido de una voz humana al imponerme silencio, lograba calmar mi excitación. Una fuerte reprimenda, e incluso un castigo corporal, me hacía entonces el efecto de una liberación. Ninguno de mis hermanos y hermanas quiso dormir cerca de mí y sin parar mientes en que el miedo que me inspiraban los espectros iba siendo cada vez más fuerte y más ruidoso, se las arreglaron de manera que me aislaron en lo posible de los demás habitantes de la casa. Acabaron, no obstante, por habituarse a esa calamidad nocturna.

Lo que en el teatro me atraía, entendiéndolo por ello el escenario, los bastidores, los cuartos de los actores y la sala de espectáculos, no era tanto el afán de distraerse y divertirse que mueve al público de nuestros tiempos como la deliciosa excitación que provocaba en mí un ambiente completamente distinto de aquel en que vivía habitualmente, un mundo ficticio, y al mismo tiempo atractivo y pavoroso. Una decoración, un simple bastidor representando una maleza, una indumentaria y hasta una parte característica de esta, formaban parte en mi imaginación de ese mundo extraordinario, y todos aquellos objetos se trocaban, por así decirlo, en las palancas con ayuda de las cuales me lanzaba desde la banal realidad hacia esa maravillosa y fantástica esfera que constituye el mundo del teatro. De suerte, que todo cuanto se relacionaba con una representación teatral, contenía para mí un atractivo misterioso y embriagador. Del mismo modo que, con mis compañeros, trataba de remedar las representaciones del *Freischütz*, confeccionando vestimentas y pintando máscaras grotescas con la pulcritud y el esmero de que era capaz, así también se adentraba vivamente en mí el sutil encanto que irradiaban los objetos de tocador que mis hermanas se confeccionaban ellas mismas en casa; y sólo con verlos mi corazón latía precipitadamente. A pesar de que, como he dicho anteriormente, no estuviéramos acostumbrados en mi familia a la menor demostración de ternura, la presencia femenina que me rodeaba influía poderosamente lo sensible de mi ser. Y fuese, tal vez, porque esta presencia femenina se mostraba, por lo general, agitada y turbulenta, los atributos de la mujer, en tanto se relacionaban con el mundo fantástico del escenario, ejercían sobre mí un lánguido e irresistible encanto.

Influencia de la escuela

La intensidad de esas sensaciones que me inspiraban, bien espanto, o ternura, estaba afortunadamente atenuada por la grave y benéfica influencia de la escuela y por el contacto con mis maestros y condiscípulos. También en el Instituto de segunda enseñanza me interesé por las cosas de imaginación. Ignoro si tenía buena disposición para los estudios. Creo recordar que comprendía y retenía con facilidad lo que era de mi agrado, pero que apenas prestaba atención a lo que estaba más allá de mi círculo de ideas; lo que se puso de manifiesto sobre todo respecto al cálculo y, más adelante, a las matemáticas. En lo concerniente a estas dos ramas del saber, ni siquiera lograba centrar mi atención sobre los problemas que nos daban por resolver. Tampoco las lenguas antiguas excitaban mi curiosidad, respecto a las cuales, sólo me preocupaba de comprender los episodios característicos que quería conocer. La Mitología griega fascinaba mi imaginación y hubiese querido oír a sus héroes expresarse en su propio idioma. Sólo familiarizándome con el griego podía colmar la seducción que aquellos me inspiraban...

PERO la gramática se me antojaba un obstáculo incómodo y una rama de la ciencia carente en sí misma de atractivos. Debido, sin duda, a que jamás ahondé en el estudio de las lenguas muertas, me fué fácil abandonarla luego por completo. Sólo me inspiró un interés auténtico después que me hube capacitado del aspecto filológico y filosófico de la misma, según los métodos de los sabios germánicos de la escuela de Jacobo Grimm. Sin embargo, era ya a la sazón demasiado tarde para consagrarme seriamente a estos estudios y no me queda ahora más que deplorar que los actuales métodos de enseñanza, no hubiesen sido practicados en tiempos de mi juventud.

Antipatía por la gramática

Sin embargo, mis éxitos como filólogo me granjearon el aprecio y la amistad del joven maestro Sillig, profesor de la «Kreuzschule». Este me permitió visitarle con frecuencia y mostrarle mis ensayos poéticos compuestos de traducciones rimadas y poesías líricas. Especialmente mi talento declamatorio parecía complacerle. Había adquirido a sus ojos tal prestigio, que siendo yo un mozo de doce años me hizo recitar ante todos los alumnos, no solamente el adiós del Héctor en «La Iliada» sino también el célebre monólogo de «Hamlet».

El maestro Sillig

Por aquel tiempo murió repentinamente uno de nuestros camaradas llamado Starke y su fallecimiento causó entre los escolares honda emoción. Todos fuimos invitados a asistir al entierro, y con objeto de dar más realce a la solemnidad del acto, el director nos pidió que compusiéramos unos versos que luego se harían imprimir. Sin embargo, ninguno de nuestros poemas, entre los que figuraba el mío, escrito apresuradamente, pareció al director digno del fin a que estaban destinados, por lo que se decidió a pronunciar él mismo la oración fúnebre. Conternado, corrí a casa del maestro Sillig, rogándole que interviniera en favor de mi obra. Aquellas estancias de ocho pies bien ritmadas y rimadas le impelieron a examinar con atención el contenido del poema. Figuraban en él ampulosas imágenes que sobrepasaban la comprensión de un chiquillo de mi edad. Recuerdo, entre otros, un pasaje escrito bajo la influencia de un monólogo del *Catón*, de Addison, que había encontrado en una gramática inglesa. Léanse estas palabras: «Y si el sol se obscureciera por la senilidad y las estrellas, extenuadas, se desprendieran del cielo...», que no eran sino reminiscencias de un fragmento de Addison. Después de esta lectura asomé a los labios de Sillig una sonrisa que estimé casi ofensiva. Sin embargo, gracias a la rapidez y al cuidado con que corrigió mis versos, aligerándolos de todas las exageraciones de mal gusto, el director aceptó mi poesía.

Fué, en efecto, impresa y se distribuyeron numerosos ejemplares de la misma.

La resonancia del éxito fué extraordinaria, tanto entre mis condiscípulos como en el seno de mi familia. Mi madre  
juntó enfervorizada las manos, y, en cuanto a mí, no me cabía ya la menor duda acerca de cuál era mi vocación: sería poeta. A la sazón, el maestro Sillig me espoleó a que escribiera un gran poema épico, señalándome como tema *La guerra en el Parnaso*, según Pausanias. Indudablemente, la elección le había sido sugerida por la leyenda que refiere Pausanias según la cual en el siglo II antes de Jesucristo, las musas que habían descendido del Parnaso para defender a los griegos contra la invasión de los galos, habían provocado el pánico entre los enemigos. Comencé, en verdad, un poema en hexámetros, pero no pasé del primer canto. Dado que mis estudios no me permitían leer las tragedias griegas en su idioma original, me ejercité en las ingeniosas imitaciones que nos ha legado de ellas Augusto Apel, entre las que descuellan su famoso *Polidés* y sus *Etolios*. Se apoderó de mí el deseo de escribir una tragedia bajo un modelo griego, siguiendo las reglas y formas preconizadas por Apel. Elegí por tema la muerte de Ulises, según una fábula de Hygin, en la que el héroe es apaleado por el hijo que tuvo con Calipso. Este ensayo no pasó de un ligero esbozo. Mi espíritu se mantuvo rebelde a los estudios clásicos propiamente dichos y sólo me seducían la mitología, la leyenda y la historia.

En mis relaciones con los camaradas me mostraba de un vigor exultante y siempre dispuesto a cometer cualquier dislate. Profesaba siempre una amistad apasionada por cualquiera de mis condiscípulos y la duración del afecto dependía, por lo general, de la parte que el circunstancial amigo tomaba en las insensateces que yo cometía; componiendo versos, organizando representaciones teatrales, lanzábame a vagabundear o haciendo víctimas a mis compañeros de pesadas jugarretas.

La familia Boehme

CUANDO cumplí trece años sobrevino un gran cambio en nuestra familia. Mi hermana Rosalía, que se había convertido en la clave maestra de la casa, obtuvo un ventajoso contrato en el Teatro de Praga, de suerte que, en el año 1826, mi madre y mis hermanas, después de vender los muebles y útiles caseros, se trasladaron con ella a dicha ciudad. Yo me quedé en Dresde con objeto de proseguir mis estudios hasta mi ingreso en la Universidad, y para ello me instalaron a toda pensión en casa de la familia Boehme, a la que conocía sobradamente, pues el hijo era uno de mis amigos de escuela. Los comienzos de lo que se ha dado en llamar «la edad del pavo» coincidieron, por lo que a mí respecta, con mi incorporación a aquella familia turbulenta, menesterosa y poco indicada, en suma, para un muchacho de mi índole. Pronto perdí el hábito del trabajo tranquilo. Y la afabilidad y educación que debía al ascendiente de mis hermanas se fueron disipando poco a poco.

Me volví revoltoso y pendenciero y, además, por otra parte, el elemento femenino ejerció sobre mí un influjo que, hasta entonces, me era desconocido. Muchachas ya mayorcitas y sus amigas, llenaban con frecuencia aquellos reducidos y sórdidos aposentos.

En aquella época me enamoré por vez primera. Con frecuencia venía a vernos los domingos una muchacha muy hermosa y de esmerada educación, quien, si mal no recuerdo, se llamaba Amelia Hoffmann. Cuando entraba en la estancia, pulcra y elegantemente vestida, me quedaba siempre durante un buen rato pasmado de admiración.

Recuerdo haber fingido más de una vez estar poseído de un sueño irresistible, a fin de obligar a las muchachas a que me sostuvieran hasta llegar a mi cuarto, pues ya en anteriores ocasiones sentí con emoción y sorpresa una deliciosa turbación que se apoderaba de mí al contacto con su cuerpo.

Viaje a Praga

DURANTE el año que estuve separado de los míos efectué un viaje a Praga, de cuya ciudad guardaba una profunda impresión. Mi madre llegó a Dresde en pleno invierno y me acompañó a Praga, en una estancia de ocho días. Tenía un modo de viajar verdaderamente singular. En lugar



de tomar la diligencia, que era cómoda y rápida, prefirió hasta su muerte los coches de alquiler. Nuestro viaje, que realizamos con un frío atroz, duró tres días. El paso por las montañas de Bohemia me pareció, con frecuencia, lleno de grandes peligros.

Después de inquietantes aventuras llegamos a Praga sanos y salvos. En esta capital me encontré repentinamente trasplantado a un ambiente por completo nuevo para mí. Como venía de Sajonia, saboreé doblemente el encanto poético de Bohemia y, sobre todo, de Praga. La distinta nacionalidad, el peculiar alemán de la población, ciertos peinados de sus mujeres, el vino del país, las arpistas, los músicos, las insignias católicas que se veían por doquier, las numerosas capillas, las imágenes de los santos, todo ello me dejó embelesado. Indudablemente, estaba influido por la importancia que cobraba en mi ánimo todo cuanto afectaba un carácter teatral y se apartaba de los hábitos burgueses.

La belleza de Praga y la antigua magnificencia de esta ciudad sin igual me produjeron una inborrable impresión. Pero también en el seno de mi familia habían sobrevenido algunos cambios. Mi hermana Ottilia, que me aventajaba en dos años, se había granjeado el cariño de una noble familia, la del conde Pachtá. Dos de sus hijas, Jenny y Augusta, cuya belleza fué célebre en Praga durante mucho tiempo, mostraban por mi hermana una viva ternura. Las nuevas amistades que habla contraído mi familia me encantaron grandemente. Por otra parte, nuestra casa se convirtió en el centro de reunión de algunos espíritus selectos de Praga, entre los cuales se hallaba W. Marsano, un hombre tan distinguido como amable. Los *Cuentos de Hoffmann* eran a la sazón el tema apasionante de todas las conversaciones. Acababan de aparecer y conocí entonces, aunque superficialmente en verdad, a aquel escritor fantástico, cuyas ideas me obsesionaron hasta el punto de sumirme en una extraña turbación que me hizo concebir la vida bajo una luz singular.

DURANTE la primavera siguiente, en el año 1827, efectué una nueva visita a Praga. Esta vez marché a pie en compañía de mi camarada Rodolfo Boehme. No faltaron durante el viaje numerosas peripecias. Al partir de Teplitz, donde llegamos la primera noche, nos vimos obligados a tomar un coche, porque nuestros pies estaban hechos una pura llaga. Sin embargo, al llegar a Lovositz tuvimos que apearnos del carruaje, porque carecíamos de dinero. Medio muertos de hambre y de sed, bajo un sol de justicia, proseguimos nuestro camino por atajos y senderos y erramos hasta la tarde a través de una región que nos era totalmente desconocida. Dimos, por fin, con la carretera. Una elegante berlina avanzaba hacia nosotros. Una idea cruzó rápidamente por mi mente. Ordené a mi camarada que se ocultara en una zanja y yo, adoptando el continente de un joven obrero sin trabajo, solicité una limosna de los nobles viajeros. El resultado de la maniobra fué positivo. Proseguimos nuestro camino hasta que hallamos al borde de la carretera un mesón de aceptable aspecto. Deliberamos entonces si era preferible gastarnos la limosna recibida para cenar o para dormir, y decidimos únicamente comer y pasar la noche al raso.

Mientras reparábamos nuestras fuerzas vimos entrar en la posada a un singular viajero. Se tocaba con una boina de terciopelo negro, cuya escarapela era una lira de metal y llevaba auestas un arpa. Se desembarazó con buen humor del instrumento, se acomodó lo mejor que pudo, encargó una copiosa cena y manifestó a la patrona que se proponía pernoctar en el mesón para continuar su viaje al día siguiente hacia Praga, donde residía. El jovial continente de este amable personaje, que venía de Hannover y que espetaba a diestro y siniestro su expresión favorita: *Non Plus Ultra*, me inspiró confianza y simpatía. No tardamos en trabar amistad, y el músico ambulante correspondió a mi afecto con señalada benevolencia. Decidimos, pues, proseguir juntos el viaje al día siguiente. Me prestó algún dinero y tomó nota de la dirección de mi familia en Praga. Este éxito personal me complació en sumo grado. Escanciamos copiosamente vino de Czernosek, y nuestro arpista, enardeciéndose y alegrándose con creciente progresión, pulsó su instrumento y cantó repetidas veces, soltando a cada instante su *Non Plus Ultra*. Por último, ya ebrio por completo, se desplomó sobre la paja que nos habían preparado en la misma sala del hostel. Cuando apuntó el sol, no hubo modo de despertarle, por lo que resolvimos partir sin el arpista, con la esperanza, no obstante, de que aquel hombre robusto nos alcanzaría antes de terminarse la jornada.

**Llegada a Praga** SIN embargo, lo esperamos en vano por la carretera y durante todo el tiempo de nuestra estancia en Praga. Al cabo de unas semanas, aquel hombre original se presentó finalmente en casa de mi madre, no tanto para reclamar su préstamo como para saber de su joven amigo. En cuanto a la última etapa de nuestro viaje, debo confesar que nuestros músculos, no acostumbrados aún a la fatiga, parecían haberse dislocado. Mi alegría fué, pues, indescriptible cuando desde lo alto de un cerro divisé, por fin, la ciudad de Praga a una hora escasa de distancia.

Al llegar a los arrabales nos cruzamos con otro elegante vehículo, en el que iban montadas las dos hermosas amigas de mi hermana Ottilia, las cuales lanzaron exclamaciones de sorpresa, pues, a pesar de lo horriblemente desfiguradas que estaban mis facciones a causa del bochorno y del sol, de mi blusa de tejido azul y de mi gorro de indiana encarnado, me reconocieron en seguida. Lleno de confusión y con el corazón laténdome fuertemente, apenas les contesté y aceleré el paso en dirección a la casa materna, donde me dediqué, ante todo, a cuidar mi rostro quemado por el sol. Consagré dos días enteros a aplicarme compresas de perejil y luego me entregué de nuevo a los placeres de la sociedad. Cuando, en el camino de regreso, volví a divisar Praga desde lo alto del mismo cerro, rompí en sollozos; me tumbé al suelo y sólo hasta pasar un largo rato, mi amigo, mudo de asombro, no logró decidirme a continuar nuestra ruta. Permanecí absorto en mis pensamientos y en aquella ocasión no tuvimos ninguna aventura hasta que llegamos a Dresde.

**Viaje a pie a Leipzig** AQUEL mismo año logré satisfacer mi afición por los grandes viajes pedestres, incorporándome a un nutrido grupo de colegiales pertenecientes a diferentes clases de nuestra escuela, que habían resuelto efectuar el recorrido a pie a Leipzig. Aquella excursión me ha dejado algunos de los recuerdos más vivos de mi juventud.

El rasgo característico de nuestra sociedad lo constituía una tendencia prematura a imitar las cosas de los estudiantes. Vestíamos como ellos de una manera fantasiosa y nos esforzábamos en remedar sus modales. Tomamos la chalana hasta Meisen y de allí marchamos a pie, lejos de la carretera, a través de varios pueblos cuyo nombre no recuerdo. La comitiva hizo alto en uno de ellos y después de mil extravagancias, se resolvió pasar la noche en una granja.

Con gran sorpresa por nuestra parte, encontramos en la alquería un teatro de marionetas, cuyos actores eran casi de tamaño natural. Nos apresuramos a sentarnos entre los espectadores, lo que llenó de confusión al director del *guignol*, que contaba únicamente con la asistencia de un público pueblerino. Representóse *Genoueva de Brabante*. Las continuas chanzas, las burlonas interrupciones y los juegos de palabras de los estudiantes, acabaron por irritar al lugareño auditorio, que no quería ser molestado en sus enternecimientos. Yo era el único, si mal no recuerdo, que sufría a causa de las intemperancias de mis camaradas, y a pesar de la risa involuntaria que me provocaban sus salidas, me interesaba por la obra y por el público ingenuo al que estaba destinada. Una locución popular que se pronunciaba una y otra vez en aquel drama, quedó grabada en mi mente. *Golo* había dado al inevitable *Kasper* (el polichinela alemán) la orden de que fuera al encuentro del Conde palatino y le *cosquilleara tan fuerte por detrás, que lo sintiera por delante* (1). *Kasper* da cuenta al Conde de haber recibido aquella orden de Golo, y el conde reprocha al traidor desenmascarado en estos términos: «¡Oh, Golo, Golo!... Has dicho a *Kasper* que me cosquilleara fuerte por detrás para que lo sintiera por delante.»

Desde Grimma, la juvenil pandilla de excursionistas se dirigió en coche descubierto hacia Leipzig. Antes de entrar en la ciudad nos despojamos de nuestras insignias universitarias, por temor a que si tropezáramos con verdaderos estudiantes, nos hicieran éstos pagar cara nuestra audacia.

Desde mi primera visita, cuando tenía ocho años, no había estado en Leipzig más que una sola vez, y aún solamente de paso. La casa Thomé me produjo la misma insólita impresión que antaño, pero como estaba ya más adelantado en mis estudios, me sentía en mejor disposición de ánimo para sacar partido de la compañía de mi tío Adolfo. Me enteré, con alegre sorpresa, de que la biblioteca atestada de libros que estaba en la antesala era un legado que me había hecho mi padrastro. En seguida examiné con mi tío los volúmenes, escogí algunos autores latinos esmeradamente editados y otros libros de literatura y los mandé expedir a Dresde.

DURANTE aquella última visita, me interesaron particularmente los usos y costumbres de los estudiantes, y sus modales bravucones. Las corporaciones de estudiantes se convirtieron en un nuevo motivo de admiración que se enteró con mis fantásticas impresiones acerca del teatro y de Praga. Los estudiantes habían transformado completamente su indumentaria. Los que contemplé durante mi primera infancia habían llamado mi atención por su exterior tudesco: boina de terciopelo negro, cuello bajo y cabellos largos. Pero, más tarde, a causa de las persecuciones políticas, habían desaparecido las corporaciones que se vestían de aquella guisa, y fueron reemplazadas por otras denominadas «de compatriotas», no menos apreciadas por los alemanes que las primeras, denominadas *Burschenschaften*.

Los nuevos estudiantes vestían a la moda de la época e incluso la exageraban, y se distinguían de los burgueses por lo insólito de su vestimenta y sobre todo por la ostentación que hacían de los colores heráldicos de su asociación. El código de honor, a cuyas pedantes prescripciones se sometían con objeto de mantener y cultivar el espíritu corporativo, en oposición con el de la clase media, ofrecía también el quimérico aspecto que tienen siempre las cualidades burguesas de los alemanes. A mi entender, aquel código sancionaba la emancipación de la escuela y de la familia. Mi afán por llegar a ser un estudiante coincidió, desgraciadamente, con la repugnancia cada vez más acentuada que me inspiraban los áridos estudios del colegio y asimismo con la pasión que me entró por los versos.

**Sentimientos religiosos** Las consecuencias de aquel estado de ánimo se pusieron pronto de manifiesto con mi terquedad en querer cambiar de situación. En ocasión de administrárseme el sacramento de la Confirmación, lo que tuvo lugar por la Pascua de 1827, aquel espíritu de indisciplina se hizo ya notar por el poco respeto que me inspiraban las prácticas religiosas. El mismo niño que pocos años antes, en Leipzig, miraba con doloroso éxtasis el crucero de la iglesia, y que en sus místicos arrebatos deseaba verse crucificado en lugar del Redentor, había perdido el respeto al pastor encargado de prepararle para la Confirmación. Sin el menor remordimiento, me agregaba al coro de los que se mofaban del clérigo y no andaba remiso en gastar en golosinas, en compañía de varios granujillas que secundaban mis planes, el dinero que me habían dado con motivo de la confesión. Con todo, en el momento de comulgar me di cuenta, casi horrorizado, de mi estado de ánimo. Mientras el cortejo de fieles, del que formaba parte, se dirigía hacia la sagrada mesa, vibraron el órgano y el coro. La emoción que me embargó al recibir el pan y el vino sagrados fué tan intensa, que guardo de ello un recuerdo imprecadero. Desde aquel día no he participado nunca más en la sagrada Cena, porque siempre he temido no volver a experimentar ya los sentimientos de la primera vez. Esta renuncia ha sido posible porque los protestantes no aceptan la obligación de la comunión reiterada.

**Salida de la «Kreuzschule»** PRONTO me valí de un pretexto para romper con la *Kreuzschule* y conseguir que mi familia consintiera en mi partida de Dresde. Sin embargo, el provisor Baumgartner Crusius, por quien sentía una gran veneración, me había infligido un castigo que me parecía injusto, por lo que, a fin de evitar las consecuencias del mismo y lograr al propio tiempo mi salida inmediata del Instituto, aseguré al provisor que mi familia reclamaba urgentemente mi presencia en Leipzig.

Hacía ya tres meses que había salido de la casa de los Boehme y vivía solo en una buhardilla que me había alquilado la viuda de un guarda de la platería real. A todas horas me trala una taza de ese célebre café sajón, claro como el agua, y que constituía casi mi único alimento. En aquella buhardilla me dediqué únicamente a componer versos y allí fué donde tracé el bosquejo de la gigantesca tragedia que más tarde sumió a mi familia en la consternación. Aquel afán prematuro de independencia, desordenó por completo mis hábitos, y mi madre, al darse cuenta de ello, me dió permiso, sin que tuviera que insistir demasiado, para ir a Leipzig, tanto más, cuanto que en dicha ciudad se había establecido una parte de nuestra dispersa familia.

**Mi hermana Luisa** Mi deseo de residir en Leipzig se debía a las sensaciones extraordinarias que en esta ciudad había experimentado y al interés que me inspiraba la vida de los estudiantes (1). Pero existía también otro y reciente motivo. Mi hermana Luisa, que contaba a la sazón veintidós años, y

(1) Esta locución significa: propinar a alguien un puntapié en las posaderas con el propósito de hacerlo caer de bruca en el suelo.

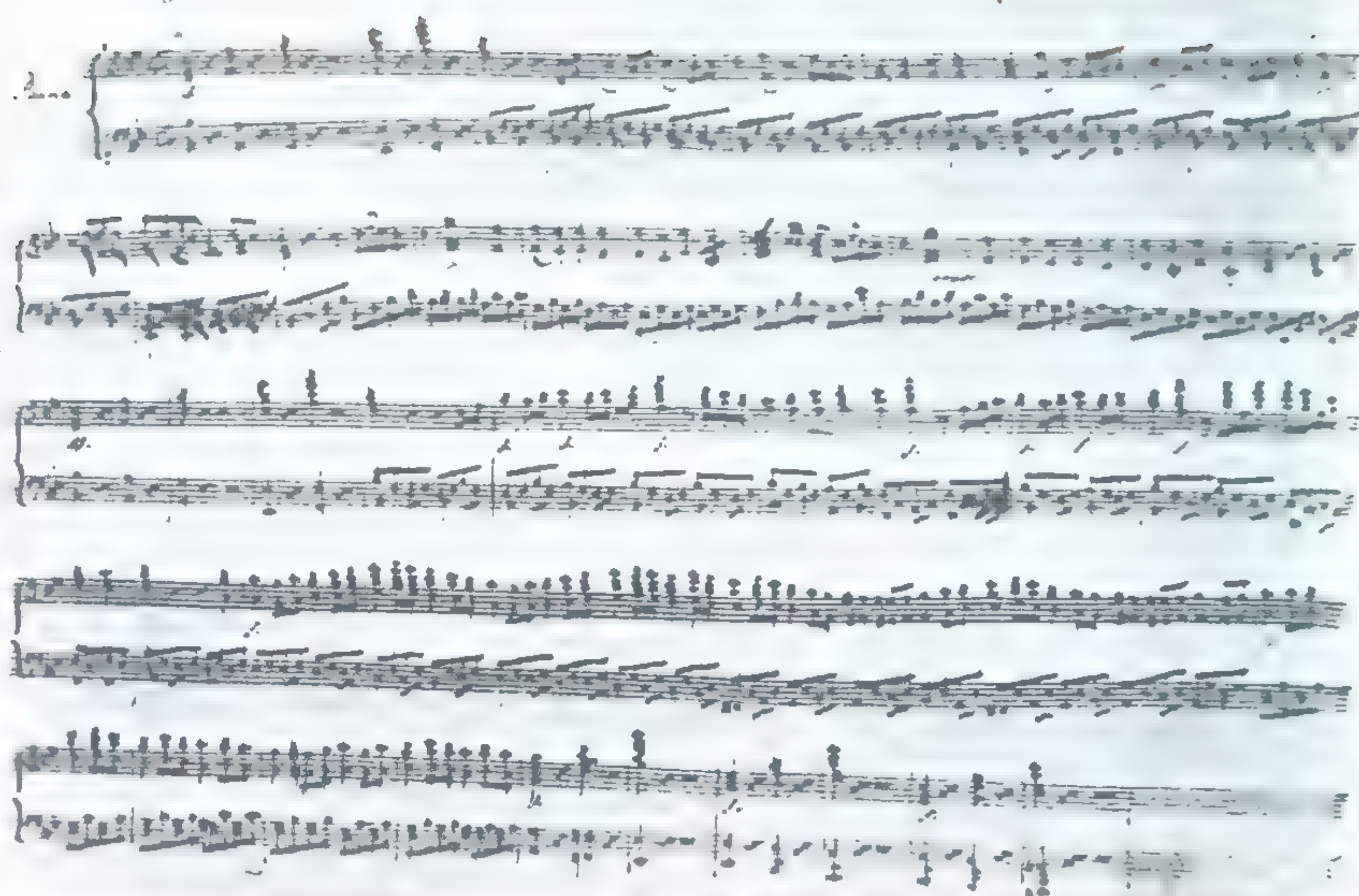
(2) Dresde no posee Universidad.



"Las Haldas". Titular de la partitura original. 1833.

## Sovals

Atlaya can. Boiss.



*Partitura de la Sonata para piano, compuesta en 1831.*



*Cuadro alegórico a "Las Hadas",  
ilustración de Ferd. Leeke.*

*Primera representación de "Las Hadas" en Munich. Tuvo lugar el 29 de junio de 1888, cinco años después de la muerte del compositor.*





a la que apenas conocía, pues se había separado de nosotros poco después de la muerte de mi padrastro para ingresar en el teatro de Breslau, acababa de aceptar un contrato en Leipzig. Habíase detenido, de paso, unos días en Dresde, y el encontrar de nuevo a aquella hermana desconocida, me causó un gran placer. El cariño que me atestiguó y su carácter jovial y festivo, me hicieron pensar cuán delicioso sería vivir con ella, especialmente cuando mi madre y mi hermana Otilia tenían la intención de reunirse con Luisa por una temporada. Por primera vez, una de mis hermanas se mostraba cariñosa conmigo.

Cuando por las Navidades de aquel mismo año (1827) me encontré en Leipzig, donde ya estaban mi madre con Otilia y mi hermana Cecilia, creí estar en el paraíso. Sin embargo, había sobrevenido un gran cambio en la casa. Luisa se había prometido con un hombre rico y que gozaba de gran consideración: el importante editor Federico Brockhaus. A pesar de que este pretendiente, de excelente corazón, jamás pronunció una sola palabra en el sentido de tener que apechugar con la numerosa familia de la muchacha, carente de medios de fortuna, la misma Luisa pareció abrigar este temor y se nos mostró pronto bajo un nuevo aspecto. La ambición de escalar, en la alta burguesía, la situación que anhelaba, modificó totalmente la manera de ser de aquella hermana, antaño tan jovial y bulliciosa. Cuando me di cuenta de aquel cambio, me entró tal amargura, que más tarde reñí con ella. Desgraciadamente, no tardé en ser objeto de reprimendas por la conducta que había llevado en Dresde. La continua incuria y, por fin, el absoluto abandono de mis estudios regulares, datan del día en que llegué a Leipzig. Tal vez ello podría achacarse a la intransigente pedantería de mis maestros.

En Leipzig hay dos colegios; el más antiguo se llama *Thomas-Schule*, y el otro *Nicolai-Schule*. El primero, aunque más antiguo, tenía, en la época a que me refiero, menor reputación que el segundo. Decidióse, pues, que tenía que ingresar en la *Nicolai-Schule*. Pero ocurrió que el cuadro de profesores, después de haberme sometido a un examen, a comienzos del año 1828, decretó que el prestigio del establecimiento exigía que pasara una temporada estudiando el cuarto curso, a pesar de que en Dresde había ya empezado el quinto.

Me es imposible describir el desaliento que se apoderó de mí cuando tuve que separarme de Homero, de quien había ya traducido por escrito doce cantos, para ocuparme de los fáciles prosistas griegos. De resultas, mi conducta fué tal que nunca logré granjearme la amistad de ninguno de mis profesores. Se compienderá muy bien que en semejantes condiciones la obligación de frecuentar aquella escuela me fué tanto más penosa cuanto que varias otras causas que tenían por origen mi formación moral, me impulsaron a la rebelión: de una parte, el ejemplo de los estudiantes a quienes veía realizar cotidianamente actos de independencia, y de otra, al apoyo inesperado de un hombre de edad madura, que me sostuvo en mi lucha contra la pedantería escolar. Me refiero a la influencia, durante largo tiempo inconsciente, que ejerció sobre mí mi tío Adolfo Wagner. En mi educación de adolescente, su trato cobró la mayor importancia.

**Mi tío Adolfo Wagner** INDUDABLEMENTE, mi inclinación por lo fantástico no provenía de un afán de vanas distracciones, pues de haber sido así, no me hubiera sentido ligado tan fuertemente a aquel pariente serio y erudito. Ciertamente es que su conversación era de las más cautivadoras. Su curiosidad iba con igual ardor de la filología a la filosofía que a la literatura, y la universalidad de su saber obraba irresistiblemente sobre cuantos dialogaban con él. Desgraciadamente, le afligía una imperfección que mermaba de extraña manera su autoridad de sabio, hasta el punto de aparecer casi ridículo: no sabía escribir. De las polémicas en que había intervenido, se referían de él frases tan oscuras que eran totalmente incomprensibles. A la sazón, me hallaba yo en el confuso período de mi propia formación y, por ello, no me daba cuenta de aquella laguna. El galimatías literario se me antojaba tanto más bello cuanto menos lo comprendía y, por otra parte, más que leer las obras de mi tío, pasaba el tiempo conversando con él. Como yo era un muchacho entusiasta y le escuchaba con atención, mi tío experimentaba un gran placer al estar conmigo. Pero en la vehemencia de sus peroratas — gustaba sin duda escucharse a sí mismo —, olvidaba que las expresiones que empleaba sobrepasaban mi joven inteligencia.

**Mis relaciones con Adolfo Wagner** Todos los días iba a buscarle para acompañarle en el higiénico paseo que efectuaba más allá del recinto de la ciudad, y, no pocas veces, observamos una sonrisa burlona en los labios de personas que ambos conocíamos, cuando éstas sorprendían las profundas y, con frecuencia, animadas discusiones que se entablaban entre tío y sobrino. Constituía el tema habitual de las mismas todo cuanto en el dominio de la ciencia era serio y elevado. Su nutrida biblioteca me había abierto todos los horizontes, de suerte que pasaba febrilmente de un aspecto a otro de la literatura, sin llegar a abundar en nada. Mi tío había hallado en mí un atento oyente para sus lecturas de tragedias clásicas, y con razón se jactaba de ser, después de su buen amigo Tieck, uno de los mejores lectores de su tiempo. Había traducido *Edipo, rey*. Aun me parece verlo instalado en su pupitre, leyéndome una tragedia griega y sin mostrarse despedido cuando me dormía, de lo que, por otra parte, fingía no darse cuenta.

**Casamiento de Adolfo Wagner** LA amable acogida que todas las tardes me dispensaba su mujer era asimismo otro de los motivos que me atraían a su mansión. Tengo que hacer notar que desde que lo encontré en casa de Thomé, mi tío había modificado totalmente su método de vida. La hospitalidad que con su hermana Federica había hallado en casa de su amiga Juanita Thomé, le había impuesto una serie de obligaciones que, a la larga, le fueron insostenibles. Como por otra parte, sus trabajos literarios le aseguraban unos modestos ingresos, juzgó propio de su dignidad crearse finalmente un hogar. Para constituirlo fijó su elección en una amiga cuya edad estaba en relación con la suya: la hermana de Wendt, de Leipzig, un escritor esteta bastante conocido. Sin hablar una sola palabra a Juanita acerca de sus proyectos matrimoniales, salió un día como si se dispusiera a efectuar su paseo habitual y se trasladó a la iglesia con su prometida. A poco se celebró el matrimonio, y de regreso a su antigua casa comunicó que se marchaba y que el mismo día mandaría a recoger sus cosas. Ante la consternación y quizá también los reproches de su vieja amiga, mi tío supo guardar una afectuosa serenidad y hasta el fin de su vida visitó cada día a la «señorita Thomé»,

cuya ternura, aunque a veces un poco enfurruñada, no se desmintió una sola vez. Y parece que fué la pobre Federica quien cargó con la infidelidad del hermano.

Lo que sobre todo me encantaba en mi tío era el menosprecio, sazónado de un humor cáustico, que profesaba por la pedantería moderna en el Estado, la Iglesia y la escuela. Por la gran tolerancia de que, en general hacía gala al hablar de estas cosas, me hacía pensar a veces que tenía delante de mí a un librepensador. Su desdén por el pedantismo me llenaba de entusiasmo. Un día que tuve un serio incidente con los profesores de San Nicolás, el propio director del colegio fué a ver a mi tío, único miembro varón de la familia, y le expuso sus quejas acerca de mi inadmisible conducta. Más tarde, como de costumbre, acompañé a mi tío en su paseo por las afueras de la ciudad, y éste, sonriendo y con tono familiar, como si se dirigiera a un amigo de su edad, me preguntó lo que había hecho en la escuela. Se lo conté y le di cuenta del castigo a que me habían condenado y que me parecía inmerecido. Mi tío me tranquilizó, me recomendó tuviera paciencia y a guisa de consuelo citó el proverbio español: *Un rey no puede morir*, que significaba para él que un jerarca de la escuela no confiesa jamás haberse equivocado.

Aquel modo de tratarme, vanagloriando en exceso mi juvenil discernimiento, había de acarrear enojosas consecuencias de lo que, por último, se dió cuenta aterrado. A pesar de que un día, al rogarle que leyera conmigo el *Faust*, de Goethe, me vejara contestándome que no lo comprendería, consiguió, en el transcurso de sus conversaciones, hacerme familiares a los grandes poetas, tales Shakespeare y el Dante, hasta el punto que desde hacía largo tiempo me afanaba en secreto por terminar el gran drama cuyo bosquejo había concebido en Dresde. Desde mi riña con mis profesores, consagré a esta obra toda la aplicación que debiera haber dedicado a mis estudios.

Otilia, que era la única de mis hermanas que entonces vivía conmigo y con mi madre, fué mi confidente. Recuerdo la perplejidad y el miedo que le causó a mi buena hermana la primera noticia de mi gran empresa literaria. Sin embargo, soportó complacida la tortura que le infligía, a medida que la obra iba tomando cuerpo, con mis lecturas secretas y apasionadas.

Una vez que procedía a la lectura de una de las escenas más aterradoras, estalló una violenta tormenta. Retumbaba el trueno y un rayo cayó en la vecindad. Mi hermana me suplicó que cesara la lectura, pero al ver que no lograba detenerme, se sometió a su suerte con emocionada resignación.

UNA tormenta mucho más grave se estaba formando en el horizonte de mi vida. En la escuela, mi negligencia había llegado a su límite y el rompimiento parecía inevitable. Aun cuando mi buena madre no sospechaba nada, yo veía aproximarse la catástrofe con menos inquietud que impaciencia. A fin de parar dignamente el golpe, resolví preparar para ello a mi familia, comunicándole la terminación de mi drama. Este gran acontecimiento tenía que ser anunciado por mi tío, pues yo abrigaba la seguridad de que él aprobaría mi resolución de hacerme poeta. La concordancia de nuestras maneras de enjuiciar la vida, la ciencia y las artes, me daban la certidumbre de ello. Le envié, pues, el voluminoso manuscrito, acompañado de una larga carta en la que le expresaba mi opinión acerca del colegio de San Nicolás y le comunicaba mi firme resolución de no permitir que la pedantería del colegio obstaculizara mi formación artística. Suponía que mi declaración le causaría un gran placer, pero sucedió lo contrario. Mi tío, reconociendo su culpabilidad, se presentó en casa de mi madre y de mi cuñado. Se excusó de la nefasta influencia que podía haber ejercido sobre mí y anunció la desgracia que acababa de ocurrir en el seno de mi familia. A mí me escribió una severa carta, llena de reproches y aun hoy día no he logrado comprender por qué se mostró tan desabrido en el modo de juzgar mis errores. Cosa curiosa: en lugar de darme a entender con buenas palabras que estaba lleno de manías, me expresó su sentimiento por haber contribuido con sus conversaciones a trastornarme el cerebro.

**«Leubald y Adelaida»** El crimen del adolescente de quince años era haber escrito un gran drama titulado *Leubald y Adelaida*. Desgraciadamente, he perdido el manuscrito, pero puedo reconstituirlo a mi antojo. La escritura era presuntuosa, muy grande e inclinada a la izquierda. Trataba entonces de dar a mi letra una originalidad que hacía parecerla — según pretendía uno de mis profesores — a los caracteres cuneiformes de los persas. Había hilvanado un drama en cuyo argumento se advertía, sobre todo, la influencia de Shakespeare con *Hamlet* y *El rey Lear*, y de Goethe con *Goetz de Berlichingen*. La acción era, en el fondo, la de *Hamlet*, con la variante de que mi héroe caía finalmente en la locura. La aparición del espectro vengador del padre, asesinado en circunstancias análogas a las del drama de Shakespeare, provocaba en mi héroe tal conmoción que cometía una serie de asesinatos, a consecuencia de los cuales se trastornó su espíritu. Leubald, cuyo carácter era una mezcla de Hamlet y de Percy Heisspörn, había jurado al espectro de su padre que extirparía de la tierra toda la raza de los Roderich, que tal era el nombre del villano que había dado muerte al mejor de los padres. Después de haber exterminado a este Roderich, a sus hijos y a toda su parentela, no le quedaba otra misión a Leubald que morir y reunirse con la sombra paterna, de no haberse enterado que aun vivía el último vástago de los Roderich, que era la hija del malhechor. Mientras se procedía al asalto de su castillo, la muchacha había sido raptada y puesta luego en salvo por un pretendiente, a quien, a pesar de su fidelidad, aborrecía.

El hallazgo del nombre de Adelaida para aquella joven mujer, me llenaba de entusiasmo. Tenía ya entonces predilección por los nombres teutónicos, y sólo podría explicarme el hecho de haber bautizado a mi heroína con uno tan poco alemán, por la admiración que me inspiraba la *Adelaida* de Beethoven, cuyo soñador estribillo me parecía el símbolo de toda invocación de amor. La acción de mi drama estribaba esencialmente en la circunstancia de que el último asesinato obligatorio se iba retrasando por el amor apasionado que había surgido entre Leubald y Adelaida.

La iniciación y el desarrollo del referido sentimiento, daban pie a un relato de extraordinarias aventuras. Adelaida había sido arrebatada a su aborrecido salvador por un bandido, que la había encerrado en su guarida. Leubald, que había ya dado muerte al pretendiente y a toda su familia, se lanzó al asalto del cubil, no tanto por vengarse como para morir. Llegaba la noche, se vió obligado a levantar su tienda y por primera vez su rabia frenética hubiera dado paso a la laxitud, de no haberse presentado, como en *Hamlet*, el espectro de su padre recordándole el juramento de venganza que había prestado. Sin embargo, Leubald cayó inopinadamente en manos del enemigo. Se le encerró en los sótanos de la fortaleza y allí fué cuando encontró por fin a la hija de Roderich, asimismo prisionera. Esta le hizo el efecto de una aparición celestial; se amaron y, habiendo logrado escapar mediante una astucia

*Ruptura con la escuela*



manioobra, huyeron los dos hacia una región salvaje. Mas una vez estuvieron libres de todo peligro, se dieron cuenta de que eran enemigos mortales. A partir de aquel momento, los gérmenes de locura que lleva Leubald en sí se manifiestan y se acentúan, y el espíritu del padre que se interpone continuamente entre los dos amantes, contribuye poderosamente a agudizar la demencia del hijo. No es éste el único espíritu que turba los amores de los dos infortunados seres; también aparece el espectro de Roderich, y — según el método de Shakespeare en *Ricardo III* — surgen con él los espectros de todos los miembros de la familia, asesinados por Leubald. Con objeto de sustraerse a las incesantes e importunas intervenciones de aquellos fantasmas, Leubald recurre a la magia de un miserable traidor llamado Flamming. Se requiere a uno de las hechiceras de *Macbeth* para que ahuyente a los espíritus, pero como no logra su cometido, Leubald, enfurecido, la mata como a los demás. Al expirar, la hechicera excita contra él a toda una banda de demonios que la obedecen. Acosado, loco de terror, Leubald se vuelve contra su bienamada, a la que acusa de ser causa de todo el mal. En el paroxismo de la rabia, le hunde un puñal en el corazón. Luego, súbitamente tranquilizado, se desploma a los pies de Adelaida y recibe, al expirar, la última caricia de su amante, cuya sangre empapa sus vestiduras.

Puedo certificar que nada había omitido para animar a mi drama con las más variadas situaciones. Figuraba en él todo lo que conocía acerca de hechos de caballería y cuanto había retenido en mi mente de *El rey Lear* y *Macbeth*. Una de las principales características de mi obra era el lenguaje patético y burlesco, que había remedado de Shakespeare. Mi tío Adolfo se quedó pasmado de la osadía y el énfasis de mis expresiones, y no comprendía que aquellos giros extravagantes, que yo exageraba aún más, los había entresacado de *El rey Lear* y de *Goetz de Berlichingen*. Sin embargo, mientras mi familia me abrumaba con reproches y se lamentaba acerca de mi tiempo perdido y del trastorno que se había operado en mi espíritu, yo experimentaba, en medio de mi desdicha, un consuelo secreto y verdaderamente singular. Sabía lo que todos ignoraban: que mi obra no podía ser juzgada en su valor real hasta que hubiese sido puesta en solfa, y esta música estaba decidido a componerla yo mismo y a hacerla ejecutar.

Pero es hora ya de que diga cuál era mi situación desde el punto de vista musical, y para ello tengo que efectuar un largo retroceso.

Dos de mis hermanas cultivaban la música en mi familia. Rosalía, la mayor, tocaba medianamente el piano, pero Carlos María de Weber *Sassaroli* la segunda, Clara, estaba mejor dotada. Además de una pulsación expresiva y un acusado sentimiento artístico, poseía una voz extraordinariamente agradable y sensible. Su formación musical fué tan precoz y notable que, alumna del célebre profesor de canto Mieksch, Clara debutó a los dieciséis años con el papel de *Cenerentola*, de Rossini, como *prima donna* del teatro italiano de Dresde. Dicho sea de paso, esa precocidad fué muy nociva para la voz de mi hermana y la pobre sufrió de ello durante toda su vida. La música estaba, pues, representada en nuestra casa por mis dos hermanas. La profesión de Clara motivó en varias ocasiones la visita del maestro de capilla Carlos María de Weber, cuya presencia alternaba con la de Sassaroli, el colosal tenor. Entre estos dos representantes de la música alemana y de la música italiana, se encontraba el profesor Mieksch. Siendo yo niño, oí acaloradas discusiones sobre las dos músicas y me enteré que había que tenderse hacia la italiana, por ser a la sazón la preferida en la Corte. Esta circunstancia tuvo para mi familia una significación de orden práctico. Mientras la voz de Clara se mantuvo en toda su pureza, la ópera alemana y el teatro italiano se disputaron su talento. Recuerdo que, en lo que a mí atañía, había tomado partido por la ópera alemana. Mi elección había sido tal vez influida por el porte característico de los dos artistas, Sassaroli y Weber. El tenor italiano, un ventrudo gigante, me impresionaba por su aguda voz de mujer y su risa estrepitosa, que soltaba sin el menor motivo. A pesar de su afabilidad y de la popularidad de que gozaba, sobre todo en nuestra familia, me era tan odioso como un fantasma. Hablar y cantar en italiano se me antojaba la obra infernal de aquella máquina horrible. Y como, a consecuencia de la desventura de mi pobre hermana, oí con frecuencia hablar de intrigas italianas y de conspiraciones, concebí tal aversión contra ese elemento forastero, que al cabo de muchos años la seguía sintiendo aún como el primer día.

En cambio, las escasas visitas que nos hacía Weber me inculcaron, sin duda alguna, los gérmenes de la simpatía que me inspiró durante toda la vida. Comparada con la estatura enorme de Sassaroli, la figura frágil, delicada y casi inmaterial de Weber, me embelesaba hasta el éxtasis. Su rostro demacrado, de facciones finas, con unos ojos brillantes, aunque a menudo velados, me fascinaba. Su paso inseguro y vacilante, que oía debajo de nuestras ventanas cuando el maestro regresaba a mediodía de sus fatigosas lecciones, simbolizaban en mi imaginación al gran artista y lo convertían ante mis ojos en un ser extraordinario y sobrehumano.

*El «Freischütz»* CUANDO fui presentado a Weber yo tenía nueve años, y éste me preguntó qué quería ser. «¿Músico, tal vez?» Mi madre respondió que, salvo mi manía por el *Freischütz*, nada había observado en mí que hiciera prever un talento musical. La observación de mi madre era justa, porque, en efecto, nada me obsesionaba tanto como la música del *Freischütz*. De todos modos, traté de avivar en mi ánimo las impresiones que me producía esta música, pero, cosa curiosa, sin tener la intención de aprender a tocar ningún instrumento. Me bastaba con oír las ejecuciones de mis hermanas. Mi apasionamiento por esa ópera llegó hasta tal punto, que recuerdo haber sentido una extraordinaria inclinación hacia un joven llamado Spiess, por el solo motivo que sabía interpretar la obertura del *Freischütz*, y cada vez que le veía le rogaba que la ejecutara. Fué tal el entusiasmo que me inspiró la introducción de dicha obertura, que sin haber tomado nunca lecciones traté, a mi modo, de tocarla al piano. Cosa curiosa, soy el único de mis hermanos y hermanas a quien no se enseñó este instrumento, porque mi madre creía, sin duda, que su estudio pudiera alentar mi antigua afición por el teatro. Sin embargo, cuando yo tenía doce años, contrató a un preceptor llamado Humann, que me dió regularmente lecciones de piano, aunque muy imperfectas.

Cuando apenas había logrado mover bien los dedos, quise estudiar oberturas a cuatro manos. Mi sueño dorado era interpretar a mi admirado Weber. Cuando logré, aunque cometiendo errores, ejecutar solo el *Freischütz*, no sentí ya la necesidad de continuar mis estudios de piano. No quería estar sujeto a nadie para interpretar — incorrectamente, es verdad — lo que ansiaba conocer. Así, pues, ejecuté el *Don Juan*, de Mozart, que no acabó de satisfacerme. El éxito italiano me hacía parecer la música frívola, fútil y sin vigor, y recuerdo que al oír a mi hermana cantar el aire de *Zerline*: ¡Batti,

*batti, ben Masetto!*, me causó repugnancia esta armonía, por su carácter muelle y afeminado.

A pesar de todo, mi afición por la música se iba acentuando cada vez más y me esforzaba, copiándolos, en asimilarlos mis *La orquesta en el Gran Jardín* fragmentos favoritos. Recuerdo las vacilaciones de mi madre al darme el dinero necesario para la compra de las primeras hojas de papel de música, en las que copié, para empezar, *La casa de Lutrow*, de Weber. Esta tarea ocupó un lugar secundario, hasta que la noticia de la muerte de Weber y mi deseo de oír *Oberón*, fueron un nuevo acicate para el logro de mis aspiraciones. Los conciertos que se daban por las tardes en el Gran Jardín, de Dresde, donde el conjunto musical de la ciudad, dirigido con brío por Zillmann, ejecutaba a menudo mis composiciones preferidas, constituyeron mi alimento intelectual favorito. Aun hoy día experimento un goce voluptuoso al recordar el placer que me embargaba al apostarme muy cerca de la orquesta.

Sólo la afinación de los instrumentos bastaba para que se apoderara de mí una excitación mística. El rozamiento de los arcos sobre las cuerdas del violín evocaba en mi ánimo los acentos de bienvenida de un mundo de fantasmas. Debo añadir, sin embargo, que es preciso entender cuanto digo en un sentido absolutamente literal. Cuando era muy niño, el sonido de esas cuerdas rememoraba en mi espíritu el temor a los espectros que me atormentó durante tanto tiempo. Por primera vez en mi vida oí los acordes de un violín frente al palacio del príncipe Antonio, situado al final de la avenida de Oster, y a partir de aquel día, jamás pasé por delante de aquella señorial mansión sin que me embargara una extraña inquietud. Me figuraba que aquel sonido provenía de las estatuas de piedra que ornamentan aquel palacio, algunas de las cuales ostentaban instrumentos de música. Un día, cuando era ya maestro de capilla en Dresde, fui a ver al director de orquesta Morgenroth, un anciano caballero que residía desde hacía muchos años en frente del palacio principesco, y al comprobar en aquella ocasión que el intérprete de violín que tan profundamente había impresionado mi imaginación infantil no tenía nada de místico o de fantasmagórico, experimenté una sensación singular. Siendo todavía muy joven, vi el conocido cuadro en el que un esqueleto toca el violín en presencia de un anciano moribundo, y cuanto de sobrenatural evocaba la resonancia de aquellos acordes, quedó profundamente grabado en mi mente juvenil.

Siendo ya un adolescente soñador, iba casi todas las tardes al Gran Jardín a escuchar la orquesta Zillmann, y todavía recuerdo con qué aguda voluptuosidad me impregnaba de todos los matices de caótica armonía que producen los instrumentos al afinarse; y entre ellos el *la* prolongado de los oboes que, cual la invocación de un fantasma parece despertar a los otros instrumentos, no cesaba de enardecer mis nervios extremadamente tensos. Pero bastaba el *do* en *crescendo* de la obertura del *Freischütz* para sumirme en el éxtasis. Quien a la sazón me hubiese observado, hubiera podido comprender, a pesar de mi abominable tecteo, la decisiva influencia que la música ejercía en mi ánimo.

*Beethoven y Mozart* OTRA obra me atrajo también irresistiblemente: la obertura en *mi mayor* de *Fidelio*, cuya introducción, sobre todo, me gustaba extraordinariamente. Me informé con mis dos hermanas acerca de Beethoven, y supe que había muerto hacía poco. A la pena que me causó la muerte de este compositor, que de una manera tan intensa acababa de adentrarse en mi existencia, se agregó la emoción extraordinariamente dolorosa en que me había sumido el fallecimiento de Weber. Ambas desapariciones me produjeron un vivo sentimiento, que participaba del estremecimiento que provocaba en mi ánimo la resonancia de las cuerdas del violín. Me propuse, entonces, conocer también a Beethoven por medio de sus obras. Al llegar a Leipzig, encontré su *Egmont* en el atril del piano de mi hermana Luisa y procuré luego agenciarme sus sonatas. Por último, en la Sala de Conciertos de Leipzig oí una sinfonía del maestro, la de en *la mayor*, que me produjo un efecto indescriptible. El retrato de Beethoven, que una litografía muy difundida había popularizado, acentuó aquella impresión. Me enteré de su sordera, de la vida retirada que había llevado y formé de él una imagen sobrehumana, a la que nada podía compararse. Esta imagen y la de Shakespeare se fundieron en mi espíritu; ambas obsesionaban mis extáticos ensueños, las veía, hablaba con ellas y al despertarme estaba bañado en lágrimas.

También en aquella época oí el *Réquiem* de Mozart, y esta audición, que constituyó el punto de partida de mi entusiasmo hacia este maestro, me decidió, a causa de su segundo final de *Don Juan*, a incorporarlo asimismo al mundo de mis quimeras.

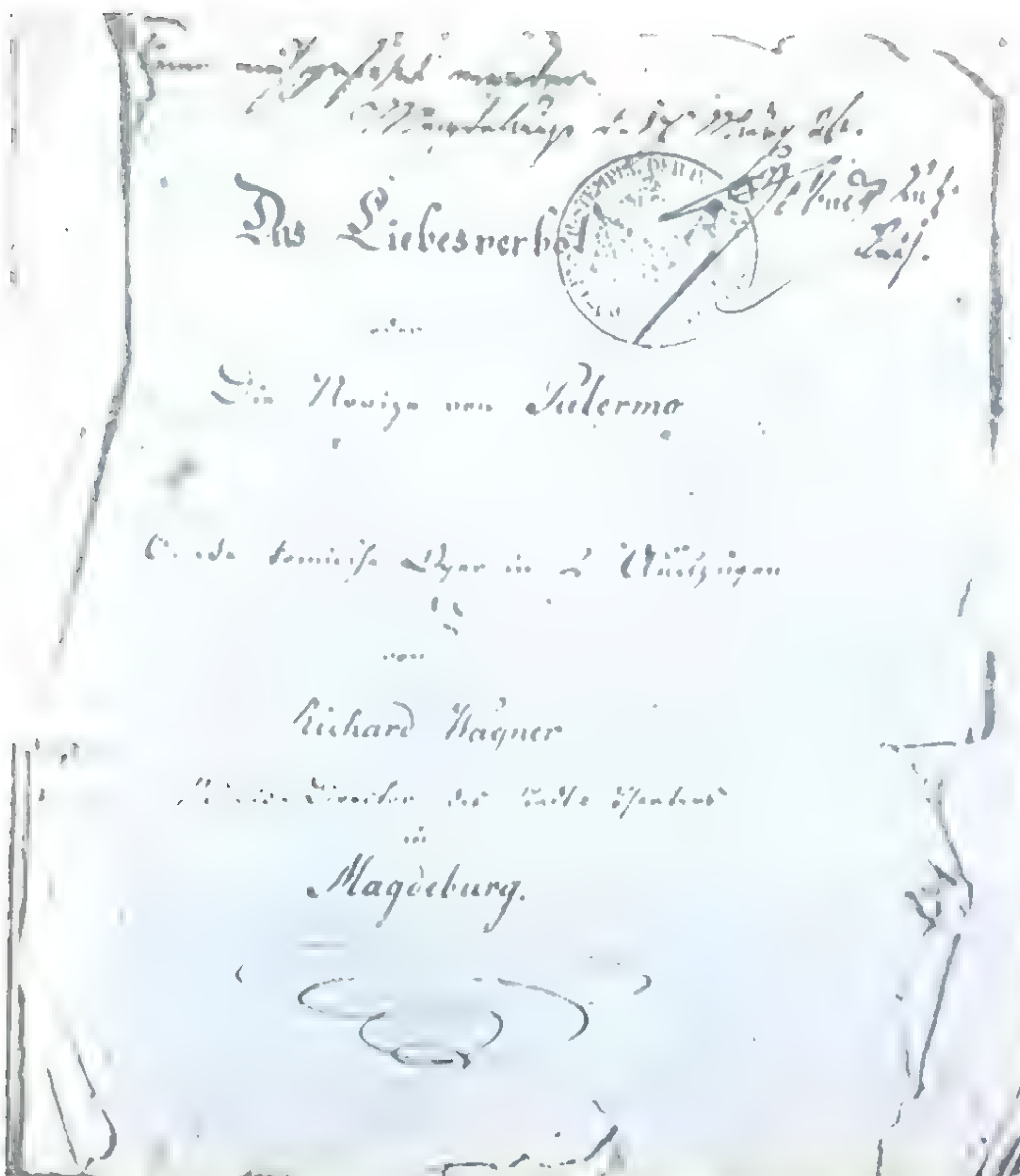
*Estudio secreto de la armonía* DEL mismo modo que había intentado escribir versos, traté también de componer música. Pero para ello tenía que asimilarme completamente los conocimientos técnicos que formaban un todo autónomo. Componer música era tan dificultoso como el cultivo de la poesía, arte en apariencia tan fácil. Mediante esos nuevos estudios y trabajos, parecía, pues, seguir definitivamente la carrera de «músico», que luego de pasar por la de *maestro de capilla*, tenía que llegar hasta el *compositor de ópera*.

Quería escribir para *Leubald* y *Adelaida* una partitura como la que Beethoven había compuesto para *Egmont*. Las diferentes especies de espíritus sobrenaturales y las apariciones de los mismos habían de ser anunciadas y acompañadas de una música que tenía que prestarles su verdadero colorido. Para aprender rápidamente las nociones de composición indispensables para la ejecución de aquel proyecto, pensé que bastaría con que estudiase el *Método de bajo cifrado*, de Logier, que a tal efecto me habían recomendado en un establecimiento de música. Las dificultades pecuniarias que continuamente apesadumbraron mi existencia, arrancaron de aquel momento. Mediante una retribución semanal, alquilé el *Método*, con la feliz esperanza de poder saldar las pocas semanas que pensaba retenerlo en alquiler con el dinero que ahorrara.

Sin embargo, las semanas se convirtieron en meses y no acertaba a componer a mi gusto.

Federico Wieck, futuro suegro de Roberto Schumann, que era el propietario de aquel establecimiento de música, me conminaba de una manera alarmante a pagar y, por último, cuando el precio del alquiler alcanzó el del valor de la obra, me vi obligado a confesarlo todo a mi familia, que se enteró por ello de mis dificultades de dinero y de mis manías de compositor. Naturalmente, no esperaban de éstas más que un nuevo fracaso.





Portadilla de la partitura original de "La Prohibición de Amar", 1836.



En esta hostelería de Teplitz, Wagner trabajó en "La Prohibición de Amar".



La primera puesta en escena de "La Prohibición de Amar" en Bayreuth no se producirá hasta 1972, fecha de la que datan estas dos fotos.

Neunzehntes  
**ABONNEMENT-CONCERT**  
im Saale des Gewandhauses,  
Donnerstag, den 2<sup>ten</sup> April 1835.

**Erster Theil.**

Overture zu Columbus, von R. Wagner. (Nou.)

Scene und Arie, aus Figaro v. Mozart, gesungen v. Mad. Schmidt.

E. Sennar non vien! — Suo amica  
Di saper come il conte  
Accolse la proposta; alquanto arido  
Il progetto mi par, e ad una sposa  
Se vivete, e felice —  
Ma che mai c'è? Cangiando i miei vestiti  
Cos'quelli di Sennar, e i suoi ex' miei.  
Al favor della notte... Oh cielo! A quale  
L'hai stato fido in tuo ridotto  
Da un concerto crucel, che dona sterco  
Con un talito' biondello, di grigio  
D'indolella, di grigio, di adagio  
Prima notte, indi altra, e l'alta tedia  
Fammi or essere da una mia serva nia!

Dove sono i bei momenti  
Di dolcezza, e di pueri  
Dove andaron i giorni miei  
Di quel labbro monzani?  
Perche mai se la pianti, e in pace  
Per me tanta te compri  
La memoria di quel loco  
Del mio era non tornasti?

Con un talito' biondello, di grigio  
D'indolella, di grigio, di adagio  
Prima notte, indi altra, e l'alta tedia  
Fammi or essere da una mia serva nia!

Concertino für die Clarinette, von M. v. Weber, vorgetragen von Herrn Heinze.

Quartett, aus „La villanella rapita“ v. Mozart, gesungen von Dem. Grabau, Hrn. Schmidt, Hrn. Bode u. Hrn. Weinert.

Mand. Dite almeno in che maniera —  
Mand. Non parlo, ch'è un po' di noia!  
Mand. Ma che far? incantella?  
Pipp. Che far? incantella!  
Mand. Tu sei un bel diavolo come,  
Mand. Ti riconosco per agitato.  
Mand. Ah non dite tal parola.  
Pipp. Io disloco di matrimonio.  
Mand. Il matrimonio? oh peggio ancor!  
Mand. Le gradite che un tale  
Mi rompa di stupor.  
Mand. Qualche volta —

Pipp. Qualche volta —  
E quell'abito che porti  
Ti romprovo i tuoi denti.  
Mand. Abito? incantella!  
Mand. Voi donne comitate!  
Mand. Voi donne comitate!  
Pipp. Voi donne comitate!  
Mand. Voi donne comitate!  
Mand. Voi donne comitate!  
Mand. Voi donne comitate!  
Mand. Voi donne comitate!

Anuncio del concierto del 2 de abril de 1835 en Leipzig, donde se anuncia como novedad la Obertura Columbus.



Hubo un gran disgusto en mi casa. Mi madre, mi hermana y mi cuñado, con semblante grave y preocupado, celebraron consultas acerca del medio de tutelar en adelante mis estudios y preservarme al mismo tiempo de otras andanzas que pudieran serme perjudiciales. No estaban aun enterados de mi situación respecto a la escuela y se consolaron con la esperanza de que mi nuevo antojo correría pronto la misma suerte que el que me había entrado por la poesía.

A consecuencia de los cambios que sobrevinieron en mi familia durante el verano de 1829, me quedé solo, por espacio de largo tiempo, en nuestro piso de Leipzig. Por aquella época, mi éxtasis musical llegó a su apogeo. Tomé secretamente lecciones de armonía con un notable músico de la orquesta de la ciudad, G. Müller, que más tarde fué organista en Altenburgo, pero además de que el pago de estas lecciones había de acarrearle nuevas preocupaciones, no logré tampoco indemnizar a mi maestro por su enseñanza casi gratuita, brindándole la satisfacción de poder darse cuenta de mis progresos. Sus lecciones y los deberes anexos a ellas, se me antojaron áridos y me fueron horriblemente antipáticos. La música era para mí algo demoníaco, una monstruosidad mística y sublime y todo cuanto estaba sujeto a reglas, la desnaturalizaba.

Busqué, pues, en los *Cuentos fantásticos* de Hoffmann, una educación artística que me pareció preferible a la que me proporcionaba mi músico de orquesta. En aquella época de mi vida fué cuando penetré verdaderamente en el mundo sobrenatural de esos *Cuentos*. Con la cabeza atiborrada de Kreissler, de Krespel y otros personajes quiméricos de mi autor favorito, creí, por fin, haber hallado en la realidad una de aquellas originales figuras. Ese músico ideal en el que me figuraba encontrar, por lo menos, un segundo Kreissler, era un tal Flachs. Este hombre de alta estatura, extraordinariamente delgado, con la cabeza muy pequeña y una manera muy singular de andar, de hablar y de estar en pie, me impresionó grandemente. Le veía en todos los conciertos públicos, única fuente de mi cultura musical. Se colocaba siempre muy cerca de la orquesta y conversaba con insólita precipitación, con uno u otro de los instrumentistas. Todos parecían conocerle y tener amistad con él.

Mucho más tarde me enteré, con gran azoramiento de mi parte, que aquellos músicos se burlaban simplemente de él. Recordé haber visto ya en Dresde a aquel personaje singular y al escuchar sus conversaciones comprobé que no estaba exento de conocimientos musicales. Bastaba ya esta particularidad para que le creyera interesante, pero lo que sobre todo me fascinaba de él, era su manera de escuchar la música. Sus convulsivos movimientos de cabeza y sus mejillas, que inflaba como si diese un suspiro, se me figuraban señales inequívocas del demoníaco enajenamiento en que le sumía la audición de la orquesta. Por otra parte, al enterarme de que no pertenecía a ninguna sociedad y que se paseaba siempre solo por el jardín, le identifiqué, naturalmente, con el maestro de capilla Kreissler. Quise trabar amistad con él y lo conseguí. ¡Cómo describir mi dicha cuando la primera vez que fuí a verle descubrí en su aposento inimaginables montones de partituras! ¡Jamás había visto una! Sin embargo, se apoderó de mí una gran decepción al darme cuenta de que no poseía ninguna de Beethoven, de Mozart o de Weber, pues las numerosísimas obras que tenía eran en su mayor parte misas y cantatas de compositores que me eran totalmente desconocidos, tales como Staerkel, Stamitz, Steinbelt, etc. Flachs me habló de ellas con tanta unción, que sus discursos, junto con el respeto que me inspiraba todo cuanto se denominaba «partitura», me consolaron de no haber encontrado nada de mis queridos maestros. Supe después que el pobre Flachs había llegado a ser propietario de todas aquellas partituras por la bellaquería de los explotadores comerciantes, que se aprovechaban de su flaqueza de ánimo para cambiarle por escudos cantantes y sonantes aquella música sin valor. Flachs se convirtió en mi inseparable compañero. Desde entonces vióse por doquier al flacucho adolescente de dieciséis años en compañía de la larga percha vacilante que era Flachs. Mi solitario aposento acogió con frecuencia a aquel singular huésped, que mientras comía pan y queso se veía obligado a oír mis composiciones. Un día hizo con una de ellas un arreglo para instrumentos de viento que, con la mayor sorpresa de mi parte, interpretó una orquesta en casa de Kintschy, en el «Chalet suizo». No me daba cuenta de que era absolutamente imposible que aquel hombre me enseñara cosa alguna.

**Locura de Flachs** ESTABA tan persuadido de su originalidad, que le bastaba, para darme la prueba de ello, con escuchar pacientemente mis lucubraciones de entusiasmo. Poco a poco se reunieron con nosotros algunos de los amigos de mi nuevo compañero, y pronto pude comprobar que todo el mundo trataba al bueno de Flachs como a un imbécil y un loco. Ello me apesadumbraba, pero un singular acontecimiento había de hacerme compartir, finalmente, la opinión general. Flachs poseía algún dinero, lo que alentó a una muchacha poco recomendable, de quien aquél se creía ser amado, a envolverlo en sus redes. Un día me dió con la puerta en las narices y me enteré luego, con gran estupefacción, que lo había hecho movido por los celos. El inquietante misterio de aquel género de relaciones que por primera vez me había sido revelado, me llenó de una extraña repugnancia.

La locura de mi amigo me pareció ser más intensa de lo que sin duda era en realidad. Me avergoncé de tal modo de mi falta de visión que, durante mucho tiempo, no me atreví a asistir a los conciertos públicos, por temor de tropezarme con mi falso «Kreissler».

Ya entonces tenía compuesta mi «Primera Sonata en re menor». Había comenzado también una pastoral y mi manera de trabajar en ella era ciertamente inédita. Los *Caprichos de la amante*, de Goethe, consideré que habían de constituir el tema, apenas bosquejé el plan del libreto. Me enfrentaba al mismo tiempo con el texto, la música y la instrumentación, de tal forma que daba por terminada una página de la partitura sin haber reflexionado acerca del texto de la siguiente. Recuerdo que, a pesar de este fantástico procedimiento y sin poseer la menor noción de composición instrumental, logré dar fin a una obra de cierta enjundia, en la que figuraba una escena de tres voces femeninas seguida de una aria de tenor.

Tenía tan arraigado el gusto por la orquestación que, después de haber leído la partitura de *Don Juan*, escribí una vigorosa composición para soprano que, a mi juicio, instrumenté con bastante acierto. Compuse asimismo un cuarteto en re mayor, aunque con anterioridad había tenido que familiarizarme con la clave de do, pues poco tiempo antes, al estudiar un cuarteto de Haydn, me contrarió mucho no conocerla.

Provisto de estas obras, emprendí aquel verano mi primera gira artística. Como mi hermana Clara, casada con el cantante Wolfram, había conseguido

un contrato en el teatro de Magdeburgo, me dirigí hacia dicha ciudad, arriesgándome, según mi costumbre, a las aventuras de un viaje a pie.

DURANTE la breve estancia que hice en casa de mi hermana, adquirí una cierta práctica y experiencia musical. Entre otros, hallé en casa de Clara al director de orquesta Kuehnlein, hombre interesante, aunque de singular originalidad. Achacoso, enfermizo y desgraciadamente propenso a la bebida, Kuehnlein impresionaba por su oratoria, extraordinariamente matizada y de alto alcance. Constituía el principal rasgo de su originalidad una adoración excesiva por Mozart y una despectiva hostilidad por Weber. Únicamente leía un libro, *Fausto*, de Goethe, y en el ejemplar que poseía no había una sola página en la que no estuviera subrayado un pasaje adecuado para la glorificación de Mozart o la difamación de Weber. Mi cuñado le confió las composiciones que yo había traído y le preguntó su opinión acerca de mis aptitudes. Aquella misma noche Kuehnlein llegó al café donde estábamos confortablemente sentados y se dirigió hacia nosotros con rostro amable, aunque grave. Cielos leer en su semblante un juicio favorable. Wolfram le preguntó acerca del valor de mis obras. «No valen un ochavo...», respondió Kuehnlein con gran aplomo. Mi cuñado, acostumbrado a sus excentricidades, rompió a reír, y esto me reanimó un poco. Pero me fué imposible obtener de Kuehnlein ningún razonamiento en que pudiera apoyar su apreciación. A modo de desquite, lanzó una serie de dictérios contra Weber y me aconsejó que me fijara únicamente en Mozart. Sus palabras me causaron, no obstante, una cierta impresión, pues se expresaba siempre con mucho énfasis y acaloramiento.

En el transcurso de la visita que efectué a Magdeburgo, me agencié un precioso documento que había de conducirme muy lejos en el camino que Kuehnlein me había señalado. Adquirí la partitura del gran «Cuarteto en mi bemol mayor», de Beethoven, obra recién interpretada y que mi cuñado había mandado copiar para mí. Enriquecido con este tesoro y con recientes experiencias, regresé a Leipzig, hogar de mis alorados estudios musicales. Mi familia, con mi hermana Rosalía, se hallaba nuevamente en dicha ciudad. Había llegado el momento de que se enteraran de mi situación en la escuela, que, por insostenible, ya no podía disimular.

Mi madre acababa de recibir una nota en la que se le comunicaba que hacía seis meses que no había puesto los pies en la escuela. La queja que el propio director había dirigido anteriormente a mi tío, había quedado sin respuesta y efecto, y los profesores habían desistido de vigilarle, con tanta mayor razón, cuanto que había cesado por completo de asistir a las clases. Se reunió una vez más el consejo de familia. ¿Qué harían de mí? Apoyé con tan vehementes protestas mi inclinación hacia la música, que mis padres se pusieron finalmente de acuerdo para que, al menos, aprendiera a tocar convenientemente un instrumento. Mi cuñado Brockhaus propuso entonces enviarme a casa de Hummel, en Weimar, a fin de que éste hiciera de mí un buen pianista, pero yo me apresuré a declarar que, a mi entender, «consagrarse a la música» significaba «componer», y no «interpretar un instrumento». Por último, mis parientes cedieron y acordaron dirigirse al profesor Müller, que me había dado secretamente lecciones no retribuidas, para que me enseñara armonía con todas sus reglas. Por mi parte, juré reanudar con toda la seriedad que estaba a mi alcance mis estudios en el colegio de San Nicolás. Pero pronto estuve sometido a un doble tormento y, desgraciadamente, tanto me pesaban mis estudios en la escuela como las lecciones que Müller me daba. Las dificultades de la armonía me fastidiaban cada vez más y procuraba olvidarlas prosiguiendo a hurtadillas la composición de fantasías, sonatas y oberturas.

**Poema griego** ACUCIADO por el amor propio resolví, empero, demostrar en el colegio de cuánto era capaz si ponía en ello mi mejor voluntad. Nos habían dado como deber un ejercicio de versificación y escribí un coro de versos griegos sobre la guerra de independencia de Grecia. Supongo que la misma relación había, poco más o menos, entre dicho poema y la lengua y la métrica griega que entre mis sonatas y oberturas y la música correcta. Lo cierto es que mi ensayo fué calificado de impertinente y me lo devolvieron con un gesto de desdén. A partir de aquel momento, mis recuerdos de la escuela se desvanecen. Por consideración a mi familia, hacía el sacrificio de asistir a las clases, pero no me preocupaba ni poco ni mucho por lo que en ellas se enseñaba. Durante las lecciones, leía a hurtadillas lo que me venía en gana.

**La Novena Sinfonía** LA enseñanza musical que recibía no daba tampoco mejores frutos, por lo que continué, a mi manera, mi educación artística copiando las partituras de mis admirados maestros. Por consecuencia, adquirí una escritura clara y elegante, que fué luego frecuentemente motivo de admiración. Creo que se guardan todavía como recuerdo mis copias de las «Sinfonías en do menor» y la «Novena» de Beethoven.

Esta «Novena Sinfonía» había llegado a ser el punto atractivo y místico hacia el que convergían todos mis pensamientos musicales. Despertó, en principio, mi curiosidad porque, según la opinión más extendida entre los músicos y no únicamente los de Leipzig, Beethoven la había compuesto hallándose en un estado casi de locura. Estaba considerada como la insuperable cima del género fantástico e incomprensible. Ello bastaba para incitarme a estudiar apasionadamente a qué demoníaca inspiración se debía.

Harto trabajo me costó procurarme la partitura, pero me bastó una ligera ojeada sobre ella para sentirme fascinado por la violencia de la fatalidad. Los largos acordes de quintas del principio, me recordaban los sonidos que habían desempeñado en mi infancia un papel sobrenatural, y que aparecían de nuevo ante mí como el misterioso tono fundamental de mi propia vida. Aquella sinfonía encerraba ciertamente el secreto de todos los secretos y fué mi primer cuidado sacar copia de aquella música. Recuerdo que las grisáceas luces del alba me sorprendieron aún en mi mesa de trabajo después de dedicar una noche entera a la copia de la sinfonía. Preso de sobreexcitación, me entró tal terror, que rompí a gritar como si viera un espectro, y me oculté debajo del cobertor de mi cama.

La sinfonía había tenido tan poco éxito en público, que el editor no estimó necesario publicar un arreglo para piano de la misma. En vista de ello, puse manos a la obra y logré finalmente terminar un arreglo a mi manera, que traté de interpretar. Lo envié al editor de Beethoven — Schott, de Maguncia —, y éste me contestó que no estaba aún decidido a publicar mi arreglo para piano de la «Novena Sinfonía», que guardaría con gusto mi importante trabajo y, a modo de compensación, me brindó un ejemplar de la gran *Misa solemne*, que acepté con gran alegría.



Mi profesor de armonía estimó, y llevaba en ello razón, que a un futuro compositor para orquesta le era necesario el conocimiento del violín, por lo que durante algún tiempo estudié este instrumento. Mi madre compró uno por ocho escudos al músico Sipp, que aun hoy día (1866) forma parte de la orquesta de Leipzig. No sé qué se hizo de aquel violín, con el que torturé durante tres meses los oídos de mi madre y hermanas. Me ejercitaba en mi reducida habitación y adelanté en mis estudios, hasta ciertas variaciones en *fa mayor* de Mayseder, la segunda o la tercera, si la memoria no me es infiel. Pero a partir de aquí, se me desvanece todo recuerdo de aquellos ejercicios, a los que afortunadamente mi familia, sin duda por razones egoístas, no me estimulaba con demasiado interés.

Lecciones  
de violín

Sin embargo, en aquella época mi antigua pasión por el teatro se apoderó nuevamente de mí. Adjudicóse por tres años, al intendente del Teatro Real de Dresde, la administración del Teatro de Leipzig, y bajo sus auspicios se formó en mi ciudad natal una nueva compañía de comediantes. Mi hermana Rosalla formaba parte de ella y por mediación suya asistía a todas las representaciones. Lo que en mi infancia me atrajo — la curiosidad y el gusto por la fantasmagoría —, se había convertido en un sentimiento razonado y profundo. *Julio César*, *Macbeth*, *Hamlet*, las obras de Schiller y por último el *Fausto* de Goethe, me llenaron de entusiasmo. En la ópera se estrenaron *El vampiro* y *El templario* y la *judía*, de Marschner. La compañía de ópera italiana que procedía de Dresde arrebató al público con el extraordinario virtuosismo de sus producciones. Arrastrado por el frenesí de admiración que se había apoderado de toda la ciudad, había llegado casi a olvidar las impresiones de infancia que debía al *signor* Sassaroli, pero otra maravilla, procedente asimismo de Dresde, inculcó de pronto a mis sentimientos artísticos un rumbo nuevo y decisivo, del que no me había de apartar durante toda mi vida.

Guillermina  
Schroder Devrient

Guillermina Schroder-Devrient hizo una corta temporada en Leipzig. Joven, hermosa y entusiasta, se hallaba entonces en el apogeo de su carrera. Interpretó *Fidelio*. Nunca más volví a ver en escena una mujer que pudiera comparársela.

En la lejanía de mis recuerdos no encuentro en toda mi vida, acontecimiento alguno que haya ejercido sobre mí una influencia tan fuerte como aquella representación. Quien viera a la admirable intérprete en aquel período de su arte, no habrá podido olvidar su arte exquisitamente humano y sobrenatural al mismo tiempo, que le arrebatava a uno con la llama sagrada de su genio. Después de la representación corrí a casa de uno de mis amigos y escribí una breve carta en la que declaraba a la gran cantante, que, a partir de aquel día, mi vida tenía ya una finalidad y que si mi nombre llegara alguna vez a pronunciarse con elogio en el mundo del Arte, se acordara que sólo ella, Guillermina Schröder-Devrient—, había hecho de mí lo que yo jurara ser. Depositó esta carta en el hotel donde se hospedaba y aquella noche deambulé por las calles como un loco. Cuando en 1842 fui a Dresde, con motivo del estreno de mi *Rienzi* aquella amable y generosa artista me recibió frecuentemente en su casa. Un día me sorprendió repitiendo palabra por palabra la carta que antaño le había enviado y que, por lo visto, debió causarle cierta impresión, pues me enteré de que la conservaba todavía.

**Los amigos** CREO reconocer ahora que el desorden que a partir de aquella noche se manifestó durante largo tiempo en mi vida y sobre todo en mis trabajos, fué el resultado del excesivo cúmulo de impresiones que aquel acontecimiento me produjo. No sabía qué hacer, qué comenzar y qué producir que fuera digno de los sentimientos que se agitaban en mí. Todo cuanto no acertara a interpretarlos, me parecía tan insulso e insignificante que me era de todo punto imposible concentrar en ello mi atención. Hubiera querido escribir una obra digna de Guillermina Schröder-Devrient, pero como no me creía con aptitudes para la empresa abandonaba, en mi exaltada desesperación, todas mis aspiraciones artísticas. Y como tampoco mis estudios escolares llegaban a despertar mi interés, me dejé llevar, como nave sin timón, por el capricho del momento, y en compañía de camaradas singularmente escogidos, me entregué a toda suerte de juveniles desenfrenos. Aquel período disoluto de mi juventud me sorprende hoy por su grosería y su vacuidad. Mis relaciones con los mozalbetes de mi edad se debían siempre a la más banal casualidad, y la elección de mis amigos no fué jamás orientada por un sentimiento de particular simpatía. De una cosa estoy cierto, y es que jamás mantuve a distancia por envidia a un camarada más dotado que yo. Para explicarme mi indiferencia a este respecto, vengo obligado a suponer que, desconociendo el valor de las buenas amistades, me bastaba con encontrar a alguien que me acompañara en mis paseos y a quien, sin preocuparme de lo que pensaba, pudiera abrir mi corazón. Llegaba, sin embargo, el momento en que después de haberme expansionado sinceramente sin hallar reciprocidad, sentía la necesidad de contar con un verdadero amigo.

Con gran sorpresa me di cuenta de que mis camaradas no experimentaban el menor deseo de corresponder a mis efusiones. En cuanto quería hacer vibrar en uno de ellos la cuerda que tensaba mi ánimo, es decir, provocar confidencias sobre sentimientos que, en el fondo, el amigo no experimentaba, nuestras relaciones cesaban bruscamente sin dejar la menor huella de su existencia.

Mi singular amistad con Flachs señaló, en cierto modo, el prototipo de la mayor parte de las que tuve después. El hecho de que no pudiera ganjearme una amistad duradera hace comprensible la pasión que experimenté durante largo tiempo por la vida bohemia de los estudiantes, en la que las relaciones individuales son relegadas a segundo plano por las prerrogativas de la corporación. En medio de la baráunda de aquella vida de desenfrenos y de locuras permanecí, pues, realmente aislado y es muy posible que aquel período de libertinaje me haya sido provechoso en el sentido que me preservó del decaimiento que me hubiera producido una prematura y extensa producción, prolongada durante excesivo tiempo. Sea lo que fuere, en apariencia, —en apariencia solamente—, no fué la cordura, la norma de mi vida en aquella época.

**Salida de la escuela de San Nicolás** A consecuencia de mi conducta tuve que dejar la escuela de San Nicolás en la Pascua de 1830, pues era demasiado mal visto por mis profesores, para esperar que me dieran una carta de recomendación para ingresar en la Universidad. Decidí, pues, que durante seis meses tomaría lecciones particulares antes de presentarme en el Instituto de Santo Tomás, donde conocería un nuevo ambiente. Sólo dependía de mí que, al cabo de poco tiempo, estuviera en disposición de ingresar en la Universidad.

Mis relaciones con mi tío Adolfo eran cordiales. Su influencia estimulante y alentadora, se ejercía tanto sobre mi educación musical como sobre mi instrucción, y en los momentos más sombríos de mi pasada e insensata existencia había sabido despertar mi inclinación por los estudios. Tome, pues, lecciones de griego de un erudito y leímos juntos a Sócrates. Durante cierto tiempo abrigué la esperanza de que esta noble ocupación me incitara a profundizar la lengua griega, pero no ocurrió así. No había hallado aún el maestro que necesitaba y por, otra parte, las ventanas de la habitación donde mi profesor me hacía trabajar, daban a una tenería cuyo fétido olor afectaba en su más alto grado mis nervios olfatorios, lo que motivó que me asqueara por completo de Sócrates y del griego.

Mi cañado Brockhaus, con objeto de darme a ganar algún dinero, me encargó la corrección de pruebas de una nueva edición de la *Historia Universal*, de Becker, revisada e impresa por Loebell. Ello me depaó la ocasión de completar, con un trabajo personal, los conocimientos de cada rama, puramente superficiales, que se adquirían en la escuela. Pude, pues, agenciarme por mí mismo, y así ha ocurrido durante toda mi vida, los conocimientos dignos de interés por los que en la escuela no sentí más que indiferencia. Debo confesar, sin embargo, que aquel primer estudio profundo de la Historia debía parte de su encanto a los ocho *groschen* que cobraba por la corrección de cada hoja. Me encontré, pues, en una de aquellas raras situaciones de mi vida en que, efectivamente, gané dinero. Y debo también añadir que determinados períodos de la Historia, que conocía entonces de una manera muy imperfecta, me interesaron extraordinariamente y me produjeron una impresión tanto más viva cuanto que los estudiaba seriamente por primera vez.

En la escuela, sólo la Historia griega logró interesarme. Maratón, Salamina y las Termópilas fueron lo único que llamaron mi atención. Ahondé, por consiguiente en el conocimiento de la Edad Media y de la Revolución francesa, pues las hojas que corregía abarcaban precisamente dichas épocas. Recuerdo que el relato de la Revolución me hizo concebir una gran aversión hacia sus héroes. Como desconocía absolutamente lo que había sido el antiguo régimen me indigné, movido por pura compasión humana, por los horrores cometidos por los revolucionarios. Este sentimiento me dominó durante tanto tiempo, que más tarde tuve que hacer un verdadero esfuerzo para comprender la significación política de aquellos prodigiosos acaecimientos.

Cuál no sería, por tanto mi sorpresa, al verme un día mezclado, por decirlo así, en acontecimientos políticos análogos a los que se narraban en mis hojas de prueba! Las ediciones especiales del *Día de Leipzig* anunciaron de pronto que acababa de estallar en París la revolución de julio. El rey de Francia había sido destronado. La Fayette, el mismo La Fayette que acababa de llenar mi imaginación como un quimérico personaje de la Historia, recorría de nuevo a caballo las calles de la capital francesa aclamado por el pueblo. También como antaño, la guardia suiza había sido asesinada ante las Tullerías y el nuevo Soberano, deseoso de granjearse el favor popular, no había encontrado nada mejor que hacerse proclamar «rey-ciudadano».

La sensación de vivir en una época en que se producían estos acontecimientos había naturalmente, de causar una impresión profunda en un joven de diecisiete años. A partir de aquella fecha comenzó a latir en mí la historia política del mundo y, en consecuencia, tomé partido por la Revolución, que se me aparecía como la lucha esforzada y victoriosa de un pueblo que combatía por su ideal, sin mancillarse con los excesos de la primera Revolución francesa. Pronto estallaron en varios puntos de Europa, revueltas más o menos graves y como los países alemanes no se libraron tampoco de los disturbios, permanecí largo tiempo en espera febril de las consecuencias que podían acaecer. Por primera vez pretendí analizar la causa de aquellos movimientos que se me figuraban uno de los aspectos de la lucha entablada entre las formas caducas del pasado y los nuevos anhelos de la humanidad.

Tampoco Sajonia permaneció tranquila. Se libró en las calles de Dresde una verdadera batalla que trajo como consecuencia un inmediato cambio de régimen. El futuro rey Federico fué nombrado regente del Reino y se vió obligado a otorgar una constitución. Este suceso me sumió en tal estado de exaltación, que concebí el proyecto de una *Obertura política*. La introducción había de describir la dura opresión bajo la que gemía el pueblo y después seguiría un tema en el que para mayor claridad, escribí las palabras: *Federico y Libertad*. Este motivo se iba desarrollando y creciendo hasta llegar al triunfo final. Me halagaba la esperanza de asistir al éxito de mi obra en uno de los conciertos públicos de Leipzig.

**Disturbios en Leipzig** PERO antes de que lograra dar cima a la ejecución de mi proyecto de música política, estallaron en la misma ciudad de Leipzig una serie de disturbios que me llevaron de las regiones del arte a las cuestiones públicas y cívicas. Los alborotos producidos, se redujeron a encuentros entre la policía y los estudiantes. La policía era el odioso enemigo con el que chocaba el espíritu libertario de la juventud. Se trataba de poner en libertad a algunos estudiantes que habían sido detenidos a consecuencia de una reyerta con los representantes de la autoridad. La juventud universitaria, que desde hacía algún tiempo se mostraba muy agitada, se reunió una tarde en la plaza del Mercado. Las corporaciones de «compatriotas» se agruparon en forma de círculo para proteger a los «viejos». La gravedad y solemnidad con que se operó este movimiento produjo en mi ánimo un efecto extraordinario. Luego, cantando el *Gaudeamus igitur*, formaron en cortejo y cuantos jóvenes se manifestaban contra la policía se sumaron al grupo. Graves y resueltos se dirigieron desde la plaza del Mercado hacia la Universidad, donde estaban los calabozos, con el propósito de forzar las puertas y libertar a los estudiantes prisioneros. Mientras marchaba con ellos al asalto de aquella nueva Bastilla, una increíble agitación hacía palpar descompasadamente mi pecho. Pero las cosas sucedieron de una manera inopinada. Nuestra impresionante comitiva fué detenida en el patio del *Paulinum* por el venerable rector Krug, que nos esperaba con la cabeza descubierta. Cuando anunció que, gracias a su intervención, los detenidos habían sido puestos en libertad, estalló una tempestad de vítores y aplausos. La cuestión parecía, pues, resuelta pero la agitación provocada por el ambiente revolucionario había sido demasiada fuerte y precisaba una víctima.

**Devastación de dos casas** DE pronto, se esparció el rumor de que se iba a hacer justicia a un establecimiento de mala nota situado en una calle de pésima reputación y que, según se decía, un miembro de las excedidas autoridades había colocado especialmente bajo su tutela. Seguí al enjambre de manifestantes y cuando llegué al lugar indicado se ofreció a mis ojos el espectáculo





Silueta de Wagner, fechada en 1835.



Minna Planer (foto Bruckmann, Munich).



Wilhelmine Schröder-Devrient.



Wagner, lieber Minna,  
 Ich habe dich so sehr  
 so sehr mich geliebt,  
 dich aber nicht mehr geliebt!  
 Ich habe dich so sehr geliebt,  
 dich aber nicht mehr geliebt!  
 Ich habe dich so sehr geliebt,  
 dich aber nicht mehr geliebt!  
 Ich habe dich so sehr geliebt,  
 dich aber nicht mehr geliebt!  
 Ich habe dich so sehr geliebt,  
 dich aber nicht mehr geliebt!



Minna Planer (1809-1866) entró en la vida de Wagner en 1834. A la derecha de su foto, correspondiente al año 1835, un poema del propio Wagner con una autocaricatura.

El 24 de noviembre de 1836 se efectuó la boda de Wagner con Minna Planer en Königsberg.





de una casa asaltada en la que se cometían toda clase de violencias. Sin que me acordara el menor motivo personal, poscído de un furor inexplicable, me sumé a los jóvenes vandalos y con ellos destruí muebles, utensilios y cuanto caía en mis manos. No creo que, al obrar de aquella suerte, obedeciera a la razón originaria de aquellos disturbios, a pesar de que ésta residiera, en aquella ocasión, en un grave atentado a la moralidad pública, sino que me sentía arrastrado, como por un torbellino, por lo que tienen de diabólico esos arrebatos populares. Y comprendí también que los accesos de esta rabia no se calman fácilmente, pues sólo remiten después de haber degenerado en frenesí. Apenas se oyó una nueva consigna, nos dirigimos a otra casa del mismo género y, sin darnie cuenta, me zambullí en la corriente que se precipitaba hacia el extremo opuesto de la ciudad. Volvieron a producirse las mismas proezas y las mismas ridículas devastaciones. Ignoro si el abuso de la bebida había contribuido a mi locura y a la de mis compañeros; sólo sé que me encontré, al cabo, en el estado que produce la embriaguez.

Al día siguiente me desperté como si saliera de una pesadilla, y para convencirme de que realmente había tomado parte en los Alborotos del populacho acontecimientos de la víspera, tuve que tocar con mis manos el jarón de una camisa encarnada que había en mi cuarto, como trofeo de mis gloriosas hazañas. Me tranquilizó que la opinión del público en general y en particular la de mi familia, no se manifestase ciertamente desfavorable contra los jóvenes alborotadores. Su locura fué considerada como el honrado estallido de su indignación, hostil a un estado de cosas verdaderamente injusto, de suerte que pude jactarme sin temor de haber intervenido en aquellos desmanes. Pero el peligroso ejemplo dado por los estudiantes indujo a las clases bajas del proletariado a entregarse, al día siguiente, a desórdenes de la misma índole en perjuicio de fabricantes e industriales anti-populares. Las cosas iban cobrando gravedad, la propiedad estaba amenazada y el odio del pobre contra el rico se manifestaba de una manera cada vez más hostil. Como a la sazón en Leipzig no había tropas y la policía estaba completamente desorganizada, se pidió a los estudiantes ayuda y protección contra el populacho. Y comenzó entonces para la juventud universitaria un período de gloria tal como jamás me hubiera atrevido a soñarlo en mis más temerarias quimeras de colegial.

Los estudiantes se convirtieron en los dioses protectores de Leipzig. Invitados por las autoridades a organizarse y a armarse, aquellos mismos jóvenes que dos días antes se habían dejado arasar por el furor de la destrucción acudieron todos al llamamiento y se reunieron en el patio de la Universidad. Los ediles y los jefes de policía llamaron personalmente por sus nombres, vilipendiados hasta entonces, a las diferentes corporaciones de estudiantes, y respondiendo al llamamiento fueron saliendo de las filas muchachos curiosamente equipados, que luego de organizarse en una rudimentaria milicia, se diseminaron por toda la ciudad. Se instalaron en los cuerpos de guardia, establecieron puestos de defensa cerca de las propiedades de algunos comerciantes ricos y, por último, según su capricho, prestaron su apoyo a los establecimientos mas o menos amenazados, entre los cuales gozaron los mesones, de una envidiable predilección. Lamentando no haberme emancipado todavía del colegio, trataba de saborear de antemano las delicias que me reservaba la vida universitaria, acercándome a los jefes estudiantiles más destacados. Por otra parte, me era fácil conquistar su influencia porque los «gallos» —que así llamaban a los jefes de aquella nueva policía—, establecieron durante algún tiempo su cuartel general en casa de mi cuñado Brockhaus. Este había sido objeto de graves amenazas y gracias a su energía y a su presencia de ánimo, consiguió salvar de la destrucción su imprenta y sobre todo su prensa mecánica que los revoltosos querían hacer añicos. Una o dos compañías de estudiantes estaban, pues, apostados cerca del taller, en previsión de nuevos ataques. La dadivosa hospitalidad que el dueño de la casa brindaba en el alegre pabellón de su jardín, a los jubilosos centinelas, atrajo bien pronto a lo más florido de los «compañeros». Así, durante varias semanas estuvo mi cuñado protegido día y noche contra un eventual asalto de la plebe y yo, honrado y apreciado por los más célebres charlatanes de la Universidad, y dispensador de la generosidad de mi pariente, celebraba ya las saturnales de mi consagración de estudiante en ciérne. La vigilancia de las casas estuvo encomendada durante largo tiempo, a aquellos «héroes». La gloria extraordinaria que alcanzaron atrajo a Leipzig a estudiantes de las universidades de todo el país. Todos los días enormes vehículos descargaban ante la puerta de Halle bulliciosas tropas de «colegas» procedentes de Halle, de Jena, de Goettingue y hasta de las ciudades más apartadas. Durante varias semanas, los recién llegados no tuvieron otro alojamiento que los cuarteles que les destinaban en el cuerpo de guardia. Vivieron a expensas del Municipio, que les proporcionó unos vales para procurarse víveres, y lo único que les preocupaba era que el restablecimiento progresivo del orden no hiciera inútil su vigilancia.

No dejé pasar ningún día y, lo que es peor, ninguna noche, sin montar la guardia con ellos. Pretextaba ante mi familia la necesidad de cumplir con mi deber hasta el fin. Sin embargo, los estudiantes serios abandonaron pronto aquellas funciones que ya no tenían razón de ser. Sólo quedaron los camorristas inveterados y estos desplegaron un celo tan persistente que las autoridades se vieron en apuros para prescindir de sus servicios. Yo desemeñé mi misión hasta el último día y esto me valió aunar singulares amistades. Entre aquellos tipos de estudiantes bravucones, los más de ellos habían sido expulsados de diferentes universidades a causa de sus pendencias y de sus deudas. Gracias a las circunstancias del momento habían sido acogidos en Leipzig con los brazos abiertos, encontrando en la ciudad un alojamiento seguro, pero una vez restablecido el orden se negaron a marcharse e incorporaron a la ciudad sus poco recomendables personalidades.

Aquellos acontecimientos me produjeron la impresión que me habría causado un terremoto que hubiera subvertido el orden de las cosas.

Me cuñado Brockhaus, que tenía sobrada razón para reprochar a las autoridades de Leipzig su incapacidad para mantener el orden y la paz, se colocó entonces en violenta oposición. Unas palabras audaces que dirigió en el Ayuntamiento a los consejeros municipales, le granjearon la popularidad y en consecuencia, se le nombró segundo comandante de la Guardia Comunal, que acababa de crearse. Los nuevos sargentos reemplazaron a mis queridos estudiantes en las funciones que estos desempeñaban en las puertas de la ciudad, y tuvimos que renunciar al placer que nos proporcionaba detener a los viajeros para examinar sus pasaportes. Con todo, no dejaba de agradarme la institución de aquella guardia cívica. Se me figuraba ver en ella a la Guardia Nacional Francesa y me representaba a mi cuñado

Brockhaus como un Lafayette sajón, lo que bastaba para dar pábulo a mi exaltación. Me dediqué con avidez a la política y a leer los periódicos. Sin embargo, la sociedad burguesa no llegaba a satisfacerme, pues no signo guardando fidelidad a la de mis queridos estudiantes. Seguí con ellos desde el cuerpo de guard a hasta los locales en que fueron estableciéndose, y compartí con mis camaradas la gloria que habían alcanzado.

Mi único deseo fué, en lo sucesivo, llegar a ser también estudiante. Fillo no era posible, si no me resignaba a efectuar una última estancia en un colegio. Escogí el de Santo Tomás, que dirigía entonces un viejo falto de energía, e ingresé en él en el otoño de 1830. Me proponía prepararme rápidamente para el bachillerato y adquirir el derecho de presentarme a los exámenes, con sólo acudir a la escuela por pura fórmula. Mi preocupación primordial fué la de fundar, con amigos animados de los mismos sentimientos que yo, una sociedad al estilo de las corporaciones de estudiantes. Organizóse la sociedad con todo el pedantismo de rigor. Unos estatutos reglamentaban nuestras francachelas, nos ejercitábamos en la esgrima y no faltó el «commers» (o banquete) en el acto constitucional. Habíamos invitado al mismo, a algunos estudiantes distinguidos y la ceremonia tuvo lugar bajo mi presidencia, con el título de «subsenior». Vestido con calzones blancos y calzado con alias botas comencé aquel día a saborear los placeres que aguardaban al verdadero estudiante.

Pero los profesores de la escuela de Santo Tomás no se portaron como yo esperaba. Al terminar el semestre declararon que, puesto que apenas había asistido a las clases, era de todo punto imposible que hubiese adquirido los conocimientos indispensables para creerme con derecho a ingresar en la Universidad. No hubo manera de hacerles cambiar de opinión. Sin embargo, dispuesto a lograr mis fines hice observar a mi familia que no abrigando el propósito de consagrarme a los estudios científicos sino de ser músico, ningún inconveniente había en que me inscribiera como estudiante en artes musicales. Sin preocuparme de los pedantes despotas de Santo Tomás, dejé inmediatamente la escuela, en la que nada hice ciertamente de provecho, y me dirigí a casa del rector de la Universidad a quien conocí el día de los disturbios estudiantiles. Me presenté como *studiosus musicae*, y mediante el pago de la matrícula acostumbrada, me inscribieron sin la menor dificultad.

Me apresuré a cumplir este formulismo. Al cabo de ocho días, daban comienzo las vacaciones de Pascua, en cuya época los estudiantes marchaban de Leipzig, y si no me hubiera dado prisa, me hubiese visto en la imposibilidad de ingresar en una corporación de «compatriotas» antes de la reanudación de las clases. La sola idea de permanecer en Leipzig durante aquellas largas semanas sin derecho a ostentar los «colores» de la corporación, me parecía una tortura. Al salir de la casa del rector corrí como un gamo hacia la sala de armas a fin de que, mediante la presentación de mi tarjeta de matrícula, me admitieran inmediatamente en la sociedad de *los sajones*. Logré mi objetivo y, en adelante, tenía ya derecho a exhibir los colores de *La Sajonia*, una corporación renombrada a causa del crecido número y distinción de sus miembros.

Estudiantes fanfarrones Gebhardt Las más extraordinarias aventuras me acontecieron durante aquellas vacaciones de Pascua siendo yo, entre tanto, el único miembro de *La Sajonia* que se quedó en Leipzig.

Aquella Sociedad se componía, en su principio de jóvenes de la nobleza a los que se agregaron la mayor parte de los estudiantes serios. Todos pertenecían a familias importantes y acomodadas de Sajonia y sobre todo de Dresde, adonde iban a pasar sus semanas de vacaciones en el hogar paterno. Mientras, sólo se encontraban en Leipzig los «eternos» estudiantes que habían acabado por no tener ya hogar y para los que el asueto, duraba todo el año. Se destacaba entre estos, un grupo de jóvenes disolutos que, en la época gloriosa a que me he referido, habían venido a refugiarse a Leipzig, y a quienes conocí personalmente cuando montaban guardia en el jardín de Brockhaus. Aun cuando la duración de los estudios universitarios era, en general, de tres años, los más de aquellos libertinos estaban inscritos en su Facultad desde hacía seis o siete, sin haber vuelto una sola vez por su casa. Sobre todos llamaba mi atención un tal Gebhardt, joven muy apuesto y de gran corpulencia. Con su aventajada estatura, sobresalía sobre todos los demás. Paseándose un día por la calle con dos robustos condiscípulos, con los que marchaba cogido del brazo, se le ocurrió levantarlos en vilo y ponerse a correr como si poseyera un par de alas humanas. Con una mano solo detenía un coche que marchara al trote, aferrándose a uno de los radios de la rueda. Se temía demasiado su fuerza para darle a entender que nos parecía estúpida, de suerte que, por tal motivo, apenas se hizo notar su falta absoluta de inteligencia. Su terrible vigor, que iba acompañado de un temperamento bastante flemático, le prestaban una dignidad que le hacía destacarse entre los simples mortales.

Degelow, Stelzer y Schroeter ESTE Gebhardt había venido de Mecklemburgo a Leipzig junto con otro estudiante llamado Degelow, hábil y fuerte también y que, sin alcanzar las proporciones colosales de aquel, se distinguía por una gran vivacidad y una fisonomía de las más interesantes. Arrastraba tras de sí una vida agitada, en la que alternaban el juego, la bebida, las aventuras galantes y los duelos. Una mezcla de estudiada imperturbabilidad y de frialdad irónica, expresión manifiesta de la confianza que tenía en sí mismo, entreverándose —cosa bastante frecuente en semejantes naturalezas— con una extrema susceptibilidad que constituía el rasgo más acusado de su carácter. Las crisis y arrebatos pasionales cobraban en Degelow un aspecto diabólico, por la malicia que empleaba a veces para burlarse de sí mismo y la caballeresca delicadeza de que daba pruebas con frecuencia, con respecto a sus compañeros. En torno a aquellos dos singulares estudiantes, se reunía un grupo de jóvenes que eran a su vez modelos de vida licenciosa y de bravura. Se contaba, entre ellos, un tal Stelzer, apodado «Lope», digno de figurar en *Los Nibelungos* por su temperamento belicoso, y que se hallaba a la sazón en su vigésimosexto semestre de estudios. Tenían conciencia de que pertenecían a un mundo decadente, y como todos ellos creían en su próximo e inevitable aniquilamiento, obraban en consecuencia.

Otro de los componentes de esta pandilla, llamó particularmente mi atención por su amabilidad, su agradable acento hannoveriano y su cultivado espíritu. Se llamaba Schroeter, no formaba parte del corrillo de los desesperados, propiamente dichos, y asistía a las reuniones como un pacífico y contemplativo espectador. Era muy apreciado y se estimaba en mucho su



amistad. Me hice, pues, amigo de Schroeter a pesar de que me aventajaba en edad. Me dió a conocer las obras y poesías de Heine y adquirí con su trato cierta soltura de lenguaje. Me sometía de buen grado a su amable influencia que, a mi entender, sólo beneficios podía reportarme. Todas las tardes me reunía con él en «Rosenthal» o en «Kintschy», donde le hallaba en compañía de aquellos singulares colosos que me inspiraban tanto temor como simpatía.

Todos ellos pertenecían a las corporaciones de «compatriotas» que actuaban en estado de guerra, con aquella que yo era miembro. Para darse cuenta de lo que esto significa, basta recordar el ambiente que reinaba entonces entre los estudiantes. Con sólo ver los «colores» enemigos se apoderaba de los más pacíficos seres un indescriptible furor. Así, aquellas viejas «barbas» experimentaban sin duda, una gran satisfacción, al ver entre ellos, luciendo los colores odiados, al mequetrefe de primer semestre que era yo en aquella época. Exhibía mis colores de una manera muy especial, aprovechando los últimos ocho días que habían precedido a las vacaciones, para agenciarme una magnífica gorra con ricos bordados de plata. La había visto ostentar a un cierto Müller—, que llegó más tarde a ser un importante funcionario de la policía en Dresde—, y me entró tal deseo de llevar una igual, que conseguí que el tal Müller me la vendiera, por estar falto de dinero para el viaje de regreso a su casa. A pesar de mi reluciente gorra, y gracias a mi amigo Schroeter, fui bien visto en el clan de los colosos, mientras el «grog», la bebida favorita de aquellos eternos sedientos no dejó de hacer sentir su influencia. Pero cuando habían bebido advertía con frecuencia miradas inquietantes escuchando comentarios críticos. Durante mucho tiempo ni siquiera los comprendí, pues sentía también mi ánimo conturbado por la nociva porina.

En estas circunstancias, las disputas eran inevitables. Tengo al menos la satisfacción de constatar que la primera de ellas fué provocada por un sujeto más honorable que las mofas de que le hacían objeto. Un día que Schroeter y yo estábamos en una taberna que frecuentábamos, vino Degelow a sentarse en nuestra mesa. En un momento de expansión, nos confió que sentía una respetuosa inclinación hacia una joven y bellísima actriz. Schroeter expuso sus dudas acerca del talento de la artista, a lo que replicó Degelow que no le contradecía, pero que consideraba a aquella joven, como la más honrada de cuantas actuaban en el teatro. Inmediatamente le pregunté si con ello quería dar a entender que mi hermana lo era menos. Según el código de honor de los estudiantes, la respuesta de Degelow tenía que ser la siguiente: «que no creía a mi hermana menos honrada que su admirada actriz pero que mantenía cuanto había dicho».

Sin la menor vacilación le desafié con la fórmula de ritual: «¡Es usted un imbécil!». Esta declaración, dirigida a un estudiante veterano, me pareció, soberanamente ridícula. Recuerdo que Degelow se estremeció involuntariamente y que sus ojos intentaron fulminarme. Sin embargo, recobró su presencia de ánimo y se sujetó a las formas ordinarias de la provocación. Fué concertado un duelo a sable.

El incidente causó gran sensación entre los camaradas. Sentí me los que nunca la necesidad de apartarme de aquella compañía, pero, en cambio, anduve más precavido respecto a sus baladronadas y durante algún tiempo no se pasó una sola noche en que no provocara a uno u otro de aquellos furiosos bravucones.

Nuevas provocaciones

ENTRE tanto el Conde de Solms, miembro de *La Sajonia* que había regresado a Leipzig, vino a mi casa para informarse de aquel estado de cosas. Me felicitó por mi conducta pero me aconsejó, no obstante, que terminara con aquellas peligrosas amistades y no exhibiera nuestros colores hasta el retorno de nuestros «compatriotas». Afortunadamente, aquella etapa no fué de larga duración. La Universidad comenzaba de nuevo a animarse y la sala de armas se iba llenando de gente. Mi increíble situación respecto a media docena de los más terribles duelistas, me granjeó la más gloriosa aureola cerca de los «jóvenes» y hasta de los «viejos» miembros de *La Sajonia*. Los «seniors» se ocuparon de mis asuntos y fijaron las fechas de mis diferentes encuentros, en forma que me dieron tiempo para adquirir cierta destreza en el arte de la esgrima. Yo mismo estaba asombrado de la despreocupación con que avizoraba un porvenir en el que mi vida correría peligro en más de una ocasión. Aún hoy día me sorprende la manera con que el Destino me preservó de las consecuencias que podía haber acarreado mi imprudente actitud y en razón de ello me detendré a contar cómo transcurrieron aquellos hechos.

Wohlfart

LA preparación al duelo implicaba la rigurosa asistencia personal a algunos encuentros entre estudiantes. Los asistentes más jóvenes estaban entonces encargados de un servicio llamado «Schleppdienst», que consistía en llevar las tizonas —armas de precio que eran propiedad de la corporación— primero a casa del afilador, y de allí al lugar del desafío. Este servicio tenía también sus riesgos, pues como el duelo estaba prohibido por la ley, el transporte de los sables tenía que efectuarse clandestinamente. Como recompensa por el cumplimiento de tal misión teníamos derecho a presenciar el desafío. Cuando conseguí este honor, el lugar escogido para el desafío fué el salón de billar de un café de la «Burgstrasse». Se retiró la mesa a un rincón y los espectadores que estaban autorizados para ello, entre los cuales me contaba, se sentaron encima del tapete verde esperando emocionados el curso de los acontecimientos. En aquella ocasión me contaron la historia del duelo de un judío a quien conocía, llamado Levy, apodado Lippert, y que tuvo efecto en aquel mismo local. Este individuo había retrocedido de tal forma ante su adversario que habían tenido que abrirle la puerta, saliendo por la escalera hasta la calle sin dejar por ello de blandir el sable como si todavía se batiera. Después de algunos asaltos preparatorios el «senior» de los «Marcomanes», llamado Tempel, inició el duelo con un tal Wohlfart, un «viejo» que había llegado a su décimocuarto semestre de estudios y con el que yo tenía un desafío en perspectiva. Como en tales casos no estaba permitido al futuro duelista estar presente en una lucha que podría revelarle los puntos débiles del adversario, preguntaron a Wohlfart si exigía mi retirada del salón. Respondió con tranquilo desdén que, no expulsaran por amor de Dios a aquel «mocito». Fué entonces testigo de la derrota del fino espadachín Wohlfart. Sin embargo, se había mostrado hasta entonces tan diestro y tan experimentado, que estaba muy inquieto con respecto al resultado de la contienda que tenía que librar con él. Su gigantesco adversario le cortó la arteria del brazo derecho. Se paró inmediatamente el combate y el médico declaró que Wohlfart no se hallaría en condiciones de hacer uso de un arma duran-

te un año. Se anuló, nuestro encuentro y debo confesar que ello me causó un gran alivio.

Poco tiempo después tuvo lugar, en el mesón «Grüne Schenke», el primer «Commerz» general de todos los «compatriotas». Era en estas reuniones donde se originaban comúnmente los duelos y las pendencias. Aquella vez tuve una querella con un individuo llamado Fischer, pero supe al mismo tiempo que me había librado de dos de mis peligrosos lances por la desaparición de mis adversarios quienes, abrumados de deudas, habían puesto pies en polvorosa sin dejar sus señas. De uno de estos, del terrible Stelzer, apodado «Lope», me enteré más tarde, que, aprovechando el paso de los polacos que, expulsados de su país, se refugiaban en Francia, se agregó a estos mártires de la libertad y algún tiempo después sentó plaza en la Legión Extranjera de Argel. Al regresar del «Commerz», Degelow, con quien tenía que batirme al cabo de unas semanas me propuso, por medio de un tercero, una tregua de hostilidades que permitiera a los dos antagonistas dirigirse mutuamente la palabra y conversar juntos, cosa severamente prohibida en cualquier otro caso. Volvimos a la ciudad cogidos del brazo. Con una especie de temura caballerescas me dijo que se alegraba de tener que medirse conmigo y que ello lo consideraba un honor y un placer por lo mucho que me quería y apreciaba. Ninguna conquista personal me ha halagado tal vez tanto como aquella. Nos abrazamos y nuestras efusiones, que fueron casi solemnes en el momento de la separación, me han dejado una impresión imborrable. Degelow añadió que iría antes a Jena donde tenía que efectuar un duelo a espada. Al cabo de ocho días recibí la noticia de su muerte. Le habían traspasado con un golpe de estoque.

CUANDO menos lo esperaba llegó a mis manos la convocatoria citándome para mi duelo con Fischer. Era éste un espadachín diestro y enérgico, y mis «seniors» lo habían elegido para mi primer encuentro a causa de su baja estatura. A pesar de que no podía confiar mucho en mi habilidad —pues me había ejercitado muy poco en la esgrima— recibí la convocatoria con buen ánimo. Aceptaba la posibilidad de que me hirieran, y, con todo, no acudí a mi mente la idea de alegar una erupción que me atormentaba y que hubiese sido motivo para aplazar el duelo. La cita estaba fijada para las diez de la mañana. Salí de casa sonriente y preguntándome qué dirían mi madre y mis hermanas cuando al cabo de unas horas volverían a verme en el lamentable estado que preveía. Pero al llegar al Bruhl, frente a la casa de mi «senior» el señor Schoenfeld, un hombre amable y apacible, vi a éste en la ventana fumando una pipa. Me gritó: «Puedes volverte, pequeño; porque no habra duelo. Fischer está en el hospital». Subí a casa del señor de Schoenfeld y hallé con él a varios camaradas que me enteraron de que la noche anterior Fischer, en estado de completa embriaguez, se había liado a golpes con los parroquianos de un lugar de mala fama, y que, vergonzosa y gravemente herido, había sido trasladado al hospital por la policía. Más tarde, fué dado de baja del cuerpo de estudiantes y expulsado luego de la Universidad.

No recuerdo exactamente cuáles fueron los motivos que obligaron a salir de Leipzig a los dos últimos espadachines a quienes había provocado durante aquellas funestas vacaciones. Sólo sé que a partir de aquel momento la reputación que adquirí entre los estudiantes fué de un orden diferente. Celebrábase el «commerz» de los jóvenes en un mesón de los alrededores de Leipzig, y cuantos estudiantes estaban en condiciones de alquilar un coche de cuatro caballos se trasladaban allí formando un largo cortejo, que efectuaba antes un desfile por las calles de la ciudad. Acababa de ejecutarse con solemne unción, totalmente insólita para mí, el *Landesvater*, canción que sólo se entona en las grandes ocasiones. Me embargaba tal emoción que quise ser de los últimos en regresar a la ciudad. Permanecí en el mesón por espacio de tres días, porque desde la primera noche el juego me había envuelto en sus redes diabólicas. Al herir nuestros ojos las primeras luces del alba, algunos de nuestros brillantes camaradas estaban aún sentados en la mesa. Constituyeron el núcleo de una sociedad de jugadores a la que se incorporaron durante el día los que venían de la ciudad. Unos llegaban para ver si aún continuaba el juego, otros se marchaban, pero solamente yo y una cohorte de seis condiscípulos, resistimos durante tres días y tres noches sin el menor desfallecimiento. Jugué las primeras partidas con el afán de ganar los dos táleros que me había costado el «commerz». La suerte me fué propicia y me apasioné por la partida con la esperanza de saldar por este medio todas mis deudas. Pero mis proyectos de hacer rápidamente fortuna corrieron la misma suerte que mis anteriores propósitos de aprender la armonía, en un abrir y cerrar de ojos, por medio del método Logier. Contra lo que esperaba, los hados se mostraron harto veleidosos y mis ganancias no fueron ciertamente rápidas. Sea como fuere, al cabo de tres meses estaba tan poseído de la fiebre del juego que no alentaba en mí ninguna otra pasión. No se me vió más en el café ni en la sala de armas ni en compañía de los duelistas. Me ingeniaba durante el día en procurarme el dinero que necesitaba para jugar por la noche.

Mi madre, que nada sospechaba de mi indigna conducta, hacía uso de los escasos medios que estaban a su alcance para impedir mis correrías nocturnas. Salía de casa a mediodía y no volvía a entrar en mi habitación hasta el amanecer del día siguiente, viéndome obligado, puesto que no querían darme la llave de la puerta de entrada, a escalar la pared del patio.

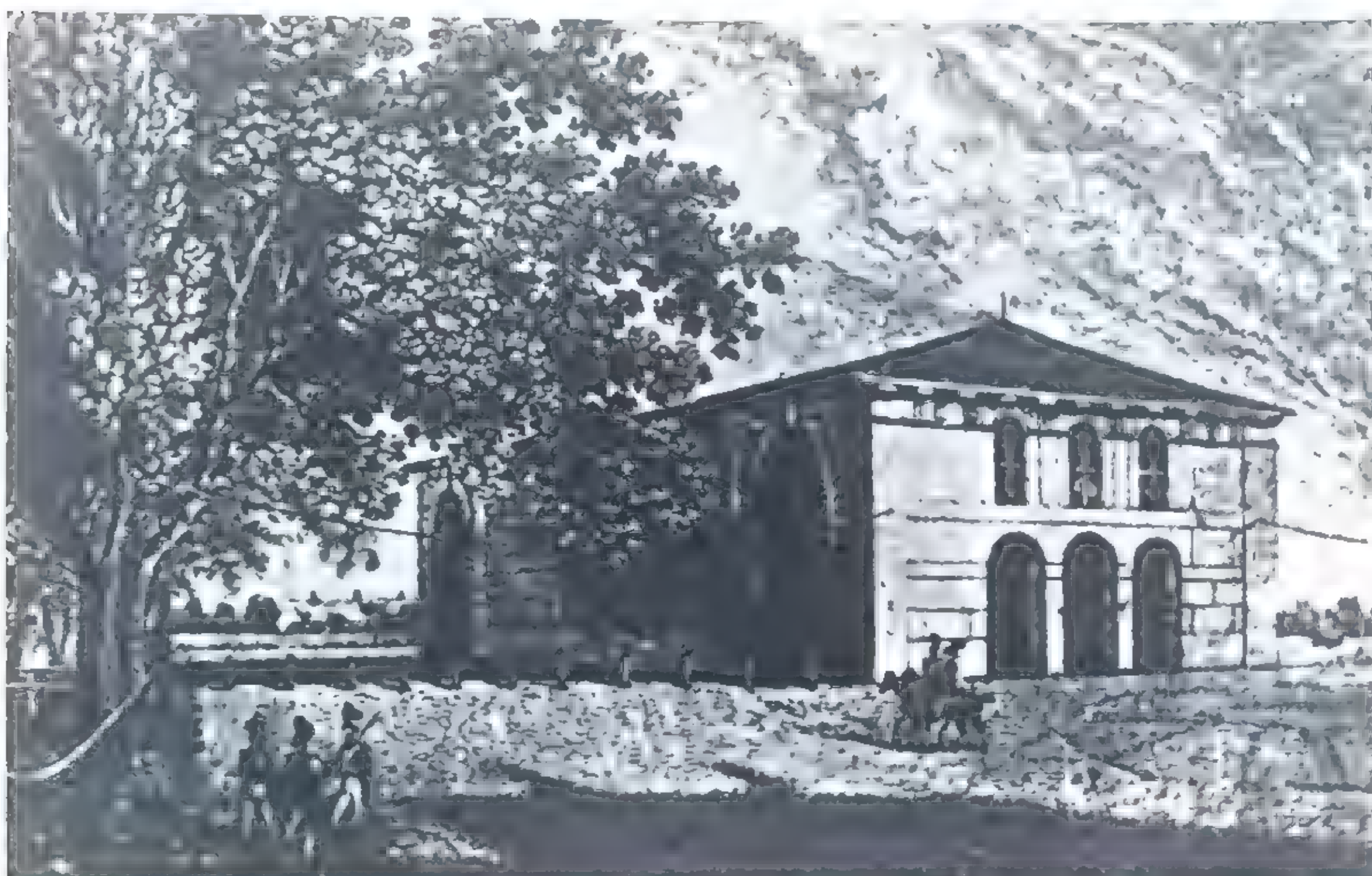
La desesperación en que me sumía mi mala suerte en el juego había trocado mi pasión en una verdadera locura. Insensible a todo cuanto me había deleitado en mi vida de estudiante, totalmente indiferente a cuanto pudieran pensar de mí, mis antiguos camaradas, y rehuendo las miradas de todos, frecuentaba inmundos garitos, donde me daba cita con los más disolutos de los estudiantes. En mi embrutecimiento soportaba incluso, el desprecio de mi hermana Rosalía que, al igual que mi madre, apenas se dignaba dirigir una mirada al joven rufián de rostro macilento que yo era a la sazón, cuando, por azar, me encontraba con ellas. Poseído de una creciente desesperación resolví arriesgar el todo por el todo. Convencido de que sólo podría ganar apostando fuertes cantidades, realicé esta tentativa con la importante suma de la pensión de mi madre, cuyo cobro me habían confiado. Y aquella noche, queriendo forzar la esquivia fortuna perdí, con el último escudo, toda la cantidad que había sustraído. La sobreexcitación que se apoderó de mí al tirar la postier moneda sobre la mesa me produjo un efecto que hasta entonces nunca había sentido. Aunque no comí ni bebí, me acometieron una serie de vómitos que me obligaron varias veces a retirarme de la mesa de juego. Con la última moneda de plata ponía sobre el tapete mi vida entera. Si perdía no podía ya volver a mi casa y me veía, en la imaginación, huyendo al azar a través de los campos, bajo las luces de la aurora, como un nuevo hijo pródigo. Era tan persistente aquel sentimiento de desesperación,





Albert Wagner, hermano mayor de Ricardo, con su familia.

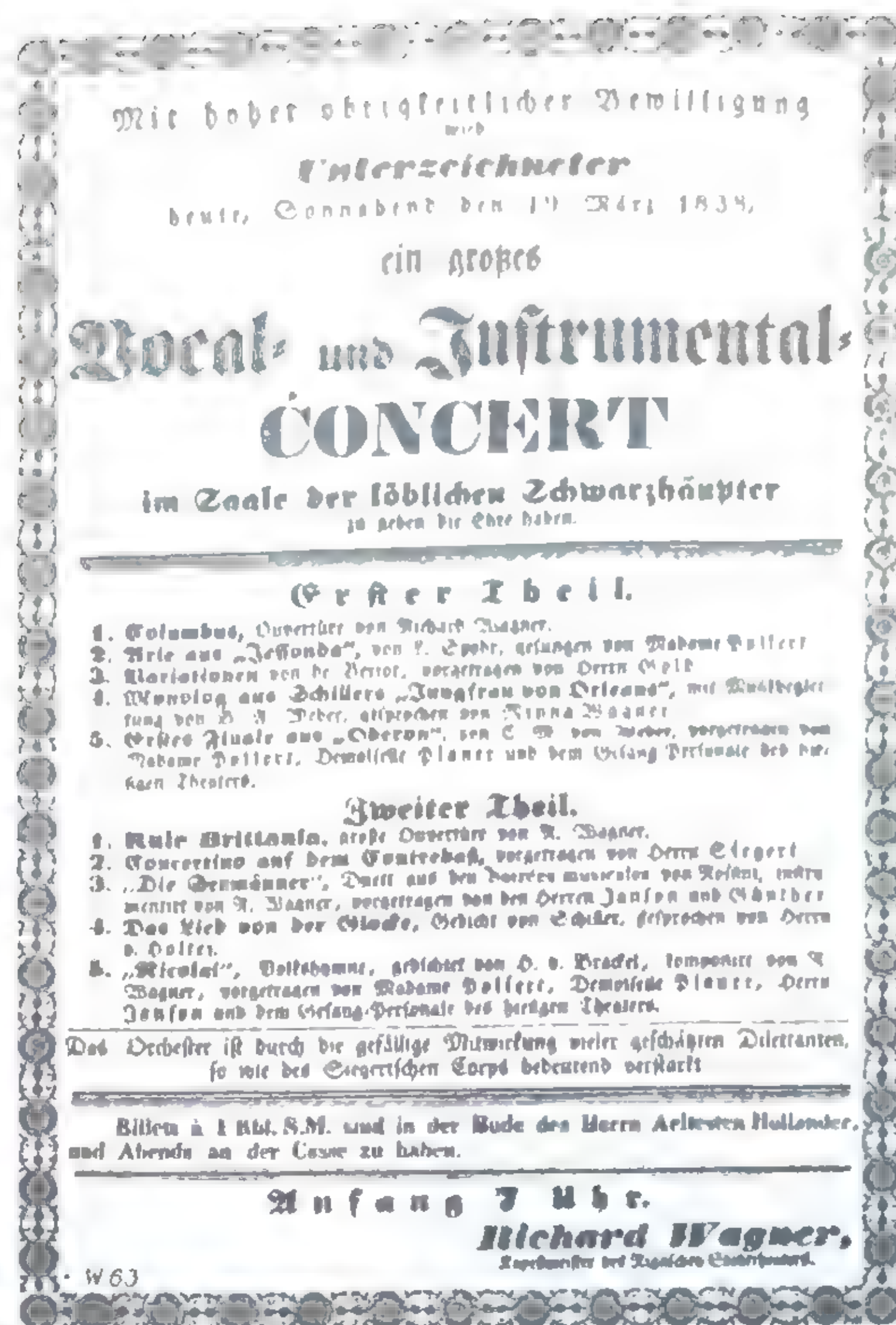
*Teatro de Königsberg, donde Wagner trabajó durante muy breve tiempo como director musical.*



*Casa habitada por Wagner en Riga en 1837 y 1838, donde compuso la primera parte de "Rienzi".*



*Cartel anunciador de un concierto en el Teatro de Riga (el 19 de marzo de 1838), del que Wagner era entonces director musical.*



*"Die deutsche Oper", artículo de Wagner en el Zeitung für die elegante Welt, de 10 de junio de 1834.*





la obertura. El tema de los instrumentos que  
con toda majestuosidad, al que siguió el  
de bombo que procedía de la región que  
el efecto que produjo en los auditores el motivo «verde» de  
los de viento, así como el conjunto final de los temas «negro»,  
«verde», pues aquel nefasto golpe de bombo que resonaba una  
vez con una perfida brutalidad me causó una turbación tan grande  
que me quedé de nada.  
El efecto persistente de aquel desdichado efecto, atrajo pronto  
mi atención al regocijo. Oía a mis vecinos de butaca  
la petición del golpe de bombo, y como yo cono-  
cí su cálculo sufría lo indecible.  
La atención de cuanto ocurría en la sala y no volví en mi mismo  
en que la obertura, como un sueño incomprensible, cesó.  
Naturalmente, había desechado todas las formas banales de un  
cuento de Hoffmann. Las impresiones de un cuento de Hoffmann  
comparadas con el singular estado en que me hallaba al obser-  
var la estupfacción del público que acababa de escuchar mi obra. No hubo  
silbidos ni censuras y ni siquiera risas; solo una enorme sor-  
presa. La audición de mi composición les había hecho, como a mí, el efecto  
de un sueño de una singularidad inaudita. Y lo peor fué cuando tuve que  
levantarme de mi butaca para ir a recoger a mi hermana y llevarla a su  
casa. Desfilé ante las butacas en busca de la salida fué algo espantoso.  
¿Y qué suplicio tener que pasar de nuevo ante el portero! Jamás olvidaré  
la extraña mirada que me lanzó. Durante largo tiempo no volví a poner  
los pies en el teatro de Leipzig. Tuve, pues, que ir a recoger a mi hermana,  
que por la simpatía que me tenía, había deplorado mi fracaso, y regresar  
con ella a su casa donde nos aguardaba una fiesta de familia, cuya alegría  
me pareció aquella insólita noche, de un bullicioso sarcasmo.

Después de esto, que a la vez me dejó un  
patio de mi vida, a la vez me dejó un  
patio de mi vida. Y aun añadiré que fue el campo de  
mi vida, que se hizo notar en la vida de mi vida.

Obertura en  
si bemol mayor

Después de haber perdido totalmente el gusto del trabajo y de hoy día no  
puedo recordar cómo fue en aquella época, concluir un número  
de composiciones. No guardo ningún recuerdo preciso  
de una obertura en si bemol mayor ni de una sonata a cuatro manos  
en si bemol mayor. Ejecuté esta con mi hermana y como fué del agrado de  
ambos la arreglé para orquesta. En cambio, me acuerdo muy bien de una  
obertura en si bemol mayor, porque marcó un hito en mi vida. Esta com-  
posición había nacido de la *Novena sinfonia*, de Beethoven poco más o me-  
nos del mismo modo como *Leubald* y *Adelaida* fué antigua consecuencia del  
estudio de Shakespeare. Había desarrollado sobre todo el carácter místico  
que había introducido en la orquesta e introduje en ella tres elementos dife-  
rentes que se contraponían. Abrigué el propósito de representar ante los  
ojos del lector el carácter de aquellos elementos, escribiendo la partitura con  
tintas de tres colores, pero la falta de la verde me privó de llevar a cabo  
aquel proyecto de coloración. La tinta negra había de ser utilizada para  
los instrumentos de cobre, la encarnada para los de cuerda y la verde para  
los de viento. Presenté esta singular partitura a Enrique Dorn, entonces  
director musical del Teatro de Leipzig. Muy joven todavía, ingenioso y  
hombre de mundo, era ya un músico de experiencia, muy apreciado del  
público de Leipzig y por quien yo sentía también gran admiración. Aun  
todavía me pregunto qué le impulsó a ejecutar aquella obertura. Más tarde,  
abundé en la opinión de quienes conocían el carácter socarrón de Dorn:  
sin duda había querido divertirse. Este hombre pretendió siempre haber en-  
contrado mi obra muy interesante y afirmaba que si se hubiera hecho pasar  
por una composición inédita de Beethoven el público, aun cuando nada  
comprendiera, la hubiese aceptado con respeto.

Navidades de 1830

ERA a fines de diciembre de aquel año fatal de 1830. Como  
en la Nochebuena no se celebraba ninguna representación  
teatral, solía organizarse, a beneficio de los pobres, un concierto que gene-  
ralmente se veía poco concurrido. El primer número del programa osten-  
taba este título, propio para excitar la curiosidad: *Nueva obertura*. Nada  
más. Lleno de ansiedad asistí al ensayo general, ocultándome en un rincón.  
La sangre fría que Dorn hizo gala ante el movimiento de inquietud que  
mostraron los músicos, obligados a ejecutar aquella composición enigmá-  
tica, me produjo la más favorable impresión. El tema principal del *allegro*  
era a cuatro tiempos, pero había intercalado un quinto después de cada  
compás, completamente independiente de la melodía, y que iniciaba un  
golpe de bombo. Como este golpe surgía en cierto modo aislado el músico  
encargado de ejecutarlo tenía siempre equivocarse y acabó por no pres-  
tarle el vigor señalado en la partitura, de lo que en mi fuero interno no  
estaba descontento, pues yo mismo estaba asustado de mi invención. Y me  
moleó la exigencia de Dorn de que se diera a aquel golpe de bombo el  
relieve y la fuerza que estaba prescrita. Después del ensayo, hice partícipe  
al director de mi aprensión relativa a aquel pasaje crítico, pero no logré  
convencerle de que mermara la violencia de aquel infortunado efecto de  
caja. Dorn insistió en ello afirmando que produciría un resultado excelente.  
A pesar de su seguridad me atormentaban las dudas y no me sentí con án-  
imos de confiar a nadie que yo era el autor de aquella obertura. Mi her-  
mana Ottilia, que había tenido que soportar las secretas lecturas de *Leubald*  
y *Adelaida*, fué una vez más mi única confidente y logré persuadirla de que  
me acompañara a la audición de mi obra.

Ejecución de la  
«Nueva Obertura»

AQUELLA noche, mi cuñado Brockhaus repartía en su casa los  
presentes de Navidad, y tanto mi hermana como yo, tení-  
mos interés en asistir a aquella fiesta de familia. Como Ot-  
tilia vivía en casa de mi cuñado estaba muy atareada y a duras penas halló  
ocasión de dejar la casa. Nuestro amable pariente le cedió su coche con  
objeto de que pudiera regresar más pronto, y yo aproveché aquella ocasión  
para verificar con cierto aparato mi entrada en el mundo musical. El ve-  
hículo rodó con gran estrépito hasta la puerta de entrada del teatro. Mi her-  
mana se instaló en el palco de los Brockhaus y yo me vi obligado a perma-  
necer en el vestíbulo. Sin embargo, me había olvidado de adquirir la loca-  
lidad y el portero no quería dejarme entrar. Oía afinar los instrumentos y  
temía no estar presente en los comienzos de mi obra. Se apoderó entonces  
de mi tal inquietud que, a fin de persuadir al portero de que me dejara  
entrar sin localidad, me di a conocer como el autor de la *Nueva obertura*.  
Mi identificación logró el resultado apetecido, corrí hacia una de las prime-  
ras filas del patio y me senté en una butaca. Estaba poseído de una in-

la obertura. El tema de los instrumentos que  
con toda majestuosidad, al que siguió el  
de bombo que procedía de la región que  
el efecto que produjo en los auditores el motivo «verde» de  
los de viento, así como el conjunto final de los temas «negro»,  
«verde», pues aquel nefasto golpe de bombo que resonaba una  
vez con una perfida brutalidad me causó una turbación tan grande  
que me quedé de nada.

El efecto persistente de aquel desdichado efecto, atrajo pronto  
mi atención al regocijo. Oía a mis vecinos de butaca  
la petición del golpe de bombo, y como yo cono-  
cí su cálculo sufría lo indecible.

La atención de cuanto ocurría en la sala y no volví en mi mismo  
en que la obertura, como un sueño incomprensible, cesó.  
Naturalmente, había desechado todas las formas banales de un  
cuento de Hoffmann. Las impresiones de un cuento de Hoffmann  
comparadas con el singular estado en que me hallaba al obser-  
var la estupfacción del público que acababa de escuchar mi obra. No hubo  
silbidos ni censuras y ni siquiera risas; solo una enorme sor-  
presa. La audición de mi composición les había hecho, como a mí, el efecto  
de un sueño de una singularidad inaudita. Y lo peor fué cuando tuve que  
levantarme de mi butaca para ir a recoger a mi hermana y llevarla a su  
casa. Desfilé ante las butacas en busca de la salida fué algo espantoso.  
¿Y qué suplicio tener que pasar de nuevo ante el portero! Jamás olvidaré  
la extraña mirada que me lanzó. Durante largo tiempo no volví a poner  
los pies en el teatro de Leipzig. Tuve, pues, que ir a recoger a mi hermana,  
que por la simpatía que me tenía, había deplorado mi fracaso, y regresar  
con ella a su casa donde nos aguardaba una fiesta de familia, cuya alegría  
me pareció aquella insólita noche, de un bullicioso sarcasmo.

Con todo, traté de luchar contra aquella sensación. Me consolaba pen-  
sando en otra obertura que había terminado con destinación a *La novia*  
*de Mesina*, y que conceptuaba mejor que la que acababan de ejecutar. Pero  
no podía ni siquiera soñar con una rehabilitación, pues a pesar de la amis-  
tad que Dorn me había confirmado por espacio de largo tiempo, fué puesto  
en el índice por la dirección del teatro de Leipzig. Hice también sobre el  
*Fausto*, de Gothe, algunas composiciones de las que aún conservo alguna.  
No obstante, la disipada vida de estudiante que entonces llevaba dió al  
traste con lo que me quedaba de seriedad y de voluntad para el trabajo  
musical.

SIENDO estudiante me persuadí que era de todo punto nece-  
sario que siguiera unos cursos. Me propuse practicar los que  
daba Traugott Krug—cuya amistad había contraído cuando el mentado  
Rector había apaciguado tan hábilmente los estudiantiles alborotos—. El  
curso versaba sobre Filosofía fundamental, pero bastó una sola lección para  
hacerme desistir de ellos. Dos o tres veces asistí también a las lecciones de  
un joven profesor de Estética llamado Weiss, pero más que los estudios se  
debía mi celo al interés personal que me inspiraba Weiss. Le había visto en  
casa de mi tío Adolfo. Había traducido la *Metafísica* de Aristóteles, y con  
ánimo de polémica, a mi entender, lo había dedicado a Hegel. La manera  
como discutía con mi tío sobre la Filosofía y los filósofos me había intere-  
sado grandemente. Recuerdo que Weiss, cuyas distracciones, su rápida y  
precipitada conversación, y, sobre todo, su fisonomía inteligente y medita-  
tiva, me cautivaban singularmente, justificaban la obscuridad de su estilo,  
pretendiendo que los problemas más graves del espíritu humano sólo pue-  
den ser resueltos por el pueblo. Esta máxima me pareció muy plausible y  
constituyó mi línea de conducta en todo cuanto yo escribía. Y recuerdo  
también que, en una ocasión, habiendo escrito en nombre de mi madre a  
mi hermano mayor Alberto, éste quedó sobrecogido de espanto al observar  
mi letra y mi estilo y dió a entender que, a su juicio, yo marchaba decidida-  
mente hacia la locura.

Teodoro Weinlich

ESPERABA aprender en los cursos de Weiss cosas que fueran de  
mi agrado, pero a la larga no me sentí con ánimos de seguir  
sus disertaciones sobre la estética, tanto más cuanto que mis tendencias me  
impelían hacia una dirección opuesta. En aquella época, mi madre, que se  
sentía inquieta respecto a mi porvenir, consiguió que reanudara seriamente  
mis estudios musicales. Y como mi maestro no había sabido inspirarme una  
afición duradera, se planteaba el caso de encontrar un nuevo profesor que  
despertara en mí el ardor necesario.

Teodoro Weinlich, chantre y organista de la iglesia de Santo Tomás, de  
Leipzig, ejercía desde hacía mucho tiempo estas importantes funciones. Su  
predecesor había sido Schlicht y en otro tiempo las había desempeñado Juan  
Sebastián Bach. Por su cultura musical, Weinlich pertenecía a la escuela  
italiana y había sido, en Bolonia, discípulo del Padre Martín. Se había dado  
a conocer con notable éxito con unas bellas composiciones de música vocal  
y, a este aspecto, me han contado que habiéndole propuesto un editor de  
Leipzig publicar en buenas condiciones algunos cuadernos de solfeo del gé-  
nero de los que habían proporcionado un excelente negocio a un editor  
rival, Weinlich le contestó que por el momento no tenía lista ninguna de  
tales composiciones, pero que podía ofrecerle una nueva Misa. El editor lo  
rechazó con estas palabras: «El que se coma la carne que monile los huesos».

La modestia con que Weinlich contaba esta anécdota denotaba el carác-  
ter sencillo de este hombre excelente, enclenque y enfermizo. Cuando mi  
madre me acompañó a su casa rehusó en principio tomarme como disci-  
pulo. Sin embargo, después de haberse resistido durante largo tiempo a  
nuestras instancias, cuando advirtió la insuficiencia de mi educación musical,  
insuficiencia que achacaba a un desmedido ímpetu de mi parte, acabó por  
dejarse convencer. Prometió darme lecciones a condición de que por espacio  
al menos de seis meses dejaría de componer y me sometería dócilmente a  
sus instrucciones. Gracias a las numerosas distracciones que llevaba ajenas  
mi vida de estudiante guardé fidelidad a la primera parte de mi promesa:  
pero cuando durante mi etapa bastante larga, tuve que ocuparme de seve-  
ros ejercicios de armonía a cuatro voces, el estudiante frívolo se desalentó  
del mismo modo que el compositor de tantas oberturas y sonatas. Weinlich  
tuvo, pues, motivos para quejarse de mí y estaba a punto de abandonarme  
a mi suerte cuando tuvo lugar en la casa de juego aquella memorable jor-  
nada que modificó totalmente el rumbo de mi vida. Avergonzado y lleno de  
emoción pedí perdón al anciano por quién sentía un verdadero afecto, y  
le juré que en adelante me aplicaría con perseverancia a mi trabajo. Una  
mañana, a las siete, me hizo ir a su casa para que compusiera ante sus ojos  
el boceto de una fuga. Me dedicó toda la mañana, estudió cada compás que



escribía, formuló observaciones y me otorgó sabios consejos. A mediodía me dejó partir, señalándome como ejercicio que concluyera el trabajo en casa, completando las voces secundarias.

CUANDO le llevé la fuga terminada me rogó que la comparara con la que él había compuesto sobre el mismo tema. El estudio común de esta fuga fué el punto de partida de una fecunda amistad entre profesor y alumno. A partir de aquel momento las lecciones fueron para los dos un verdadero placer. Me asombraba que el tiempo pasara tan de prisa. Al cabo de dos meses había ya compuesto un cierto número de fugas llenas de artificios y había asimilado rápidamente las más difíciles evoluciones del contrapunto. Llevé entonces a mi maestro una fuga de dos temas de gran riqueza instrumental, y quedé pasmado cuando me declaró que podía alabarme por aquella composición y que ya nada tenía que aprender de él. Sin embargo, debo confesar que no me costó gran esfuerzo y me pregunté después con frecuencia si poseía realmente un método musical. El propio Weinlich no parecía atribuir gran importancia a cuanto había aprendido en su casa. Y me decía: «Indudablemente, no escribirás nunca fugas ni cánones pero te has apropiado la *independencia*. Ahora ya puedes ir solo, pues sabes trabajar, si es necesario, según las reglas del arte»

El resultado principal de la influencia que Weinlich ejerció sobre mí, fué el de inculcarme el gusto por la claridad y la pureza, en las que mi maestro me dió ejemplo. Sobre un texto que me facilitaron tuve que arreglar para canto la fuga a que me he referido, y a causa de ello se despertó en mí una inclinación por la música vocal. Además, con objeto de mantenerme completamente sujeto a su amistosa y sedante dirección, Weinlich me rogó en la misma época que escribiera una sonata.

Por amistad hacia él tuve que componerla bajo las condiciones más sencillas de tema y armonía. Me había dado como modelo una de las más infantiles sonatas de Pleyel. Quienes conocen mi última obertura seguramente se extrañarán que pudiera violentarme a componer aquella sonata, tal cual acaba de ser indiscretamente editada por la casa Breitkopf y Haertel. Hay que saber que, a fin de recompensar mi sobriedad, mi maestro se había comprometido a recomendar a dichos editores una obra tan inocentuela. A partir de aquel momento me dejó las manos libres. Obtuve el permiso de componer a mi gusto una fantasía para piano en *fa sostenido menor*, en la que introduce un recitado melódico. Esta obra, además de la satisfacción que me produjo, me valió los elogios de Weinlich. Tres oberturas que aparecieron seguidamente obtuvieron asimismo su afectuosa aprobación. Al invierno siguiente (1831-1832) se ejecutó la primera en *re menor* en un concierto en la «Gewandthaus» de Leipzig.

En este establecimiento reinaba a la sazón una desidia encantadora. Las piezas para orquesta se ejecutaban sin director, siendo el primer violín Matthai quien llevaba la batuta desde su atril. Pero en cuanto en la obra ejecutada aparecía el canto, surgía también el orondo Polenz con la batuta en la mano, una batuta azul que suscitaba gran admiración. Era el tipo de director de orquesta simpático y gozaba en Leipzig de sincera estimación.

La *Novena sinfonía* de Beethoven, que todos los años se ejecutaba en Leipzig, dió asimismo lugar a una de las más singulares audiciones a que he asistido. Las tres primeras partes habían sido interpretadas sin director de orquesta con regular acierto y con tanta llaneza como una sinfonía de Haydn. Surgió entonces Polenz para dirigir, no como de ordinario una pieza italiana o una cantata, sino la más complicada de todas las composiciones, esa cuarta parte de tan enigmática armonía, y muy especialmente en su preludio. Jamás olvidaré la impresión que me produjo, en uno de los primeros ensayos, el comienzo de esa cuarta parte con unos movimientos de inquietud tan rebuscada bajo la cachazuda dirección de Polenz, resultando aquello un galimatías de un ritmo singularmente quebrado. Se interpretaba la pieza con gran lentitud a fin de permitir a los contrabajos seguir su recitado lo mejor posible, pero éstos no lograban realizar su cometido. Polenz sudaba sangre. Los bombardinos no conseguían acertar con el compás. El violoncelista Temmler, veterano de la orquesta, un hombre franco y rudo, se decidió por último a aconsejar a Polenz que dejara de esgrimir la batuta, con lo que se logró, por último, ejecutar el número. Sin embargo, desde que había escuchado aquella última parte, en condiciones entonces inexplicables para mí, una duda humillante había germinado en mi ánimo: ya no sabía si había o no comprendido aquella obra extraordinaria. Cesé, no obstante, de torturarme el cerebro, y sin la menor afectación encaminé mi atención hacia una música más clara y más apacible.

Obertura en *do mayor* ESPECIALMENTE mis estudios de contrapunto, me llevaron a admirar el modo fácil y ligero con que Mozart resolvía los problemas técnicos más difíciles. Consideraba sobre todo la última parte de su «Gran Sinfonía en *do mayor*» como un modelo digno de ser seguido. Mi «Obertura en *re menor*», aún fuertemente influida por la del *Coriolano* de Beethoven, había sido bien acogida por el público, haciendo asomar en los labios de mi madre la primera sonrisa de esperanza. Me presenté entonces con una segunda obertura en *do mayor*, que terminaba con una fuga que, a mi entender, hacía honor a mi nuevo modelo.

Esta obertura fué ejecutada en un concierto que dió la cantante, a la sazón en boga, Palazzesi, de la Opera Italiana de Dresde. Con anterioridad y bajo mi dirección, había tenido lugar una audición de la misma en la sociedad musical «Euterpe». Recuerdo la singular impresión que me produjo entonces una observación de mi madre. Esta obra, escrita en el estilo del contrapunto y carente de movimiento apasionado, le había parecido algo insólita y me expresó su extrañeza, después de haber dado su aprobación a la obertura de *Egmont*, que acababa de interpretarse. «Esta música —dijo— contiene mayor emoción que esas tonterías de fugas.»

Compuse entonces una tercera obra en la que Beethoven recobró sus derechos. Era una obertura para *El rey Enzo*, un drama de Raupach. Por mediación de mi hermana Rosalía conseguí que se ejecutara en el teatro antes de la representación de la obra. A pesar de que fué dirigida por el director de orquesta Dorn, parece que la prudencia aconsejó que no se anunciara, en principio, en el programa. Sin embargo, se efectuó la ejecución sin la menor protesta del público que la escuchó, por el contrario, con respetuoso silencio; y en consecuencia, se interpretó después, dándose a conocer el nombre del autor, antes de las subsiguientes representaciones del drama.

Acometí entonces una gran sinfonía en *do mayor*, en la que hacía gala de todo cuanto había aprendido, y moldeé el resultado de mis estudios sobre Beethoven y Mozart para componer una obra musical verdaderamente ejecutable y de agradable efecto. No faltaba en ella la fuga final y los temas eran todos de tal naturaleza que podían ser dispuestos estrechamente en contrapunto. De todos modos, los elementos apasionados y vigorosos de Beethoven, especialmente los de la primera parte de la *Sinfonía Heroica*, dejaron sentir su poderosa influencia en la concepción de mi obra. Distinguíanse en el *andante* ecos de mi antiguo misticismo musical. Un efecto interrogante reiterado, producido por el paso de la tercera menor a la quinta, relacionando en mi mente esta obra escrita con un sincero afán de claridad, con mis primeros sueños infantiles.

Al año siguiente, traté de hacer ejecutar mi sinfonía en la «Gewandthaus», y con tal motivo fui a visitar a Federico Rochlitz, el Nestor de los amigos de la música de Leipzig y presidente de la «Sociedad de Conciertos». Este quedó asombrado al verme tan joven pues, según decía, el carácter de la partitura que le habían dado a leer revelaba un músico de experiencia.

Antes de que tuviera lugar la ejecución transcurrió, no obstante, mucho tiempo, durante el cual recibí una serie de impresiones de las que tengo que hablar. Mi vida de estudiante, breve y violenta, no solamente me había eclipsado el gusto por todo estudio artístico, sino que también había apagado todo interés por las cosas del mundo y de la inteligencia. Tal como he hecho constar, siempre mantuve viva mi inclinación por la música. Con esto y el interés que entonces me inspiraba la política contribuyó a que germinara en mi ánimo un sentimiento de aversión por mi estúpida existencia de libertino, hasta tal punto que ésta me dejó pronto la sensación que produce una pesadilla.

La guerra de independencia de Polonia contra la tiranía rusa me inspiró un entusiasmo creciente, y los éxitos polacos en mayo de 1831 me colmaron de alegría y de sorpresa. Se me figuraba que, por un especie de milagro, el mundo se estaba creando de nuevo, por lo que la noticia del desastre de Ostrolenka me conmovió como si este mundo volviera a sumirse en el caos.

Me extrañaba que en cuanto me ponía a hablar en el café de tales acontecimientos, mis condiscípulos me atajaran de una manera brutal y zumbona. Poco a poco se me iban revelando el desabrido talante de esos «compatriotas alemanes». Por principio, ahogaban en sí mismos todo conato de entusiasmo, reemplazándolo por una bravuconería pedante y áspera y una afectada falta de sensibilidad. Mostrar una desmedida sangre fría y contraer deudas, cobraba a sus ojos un valor casi igual al del valor en el duelo. Más tarde comprendí la elevada significación de las corporaciones de estudiantes, pero entonces no me di cuenta más que del carácter irritante de aquel pernicioso espíritu de corporación. Cuando, con el corazón dolorido por la desdichada batalla de Ostrolenka, deploraba la suerte de los polacos, mis condiscípulos me dirigían zahirientes reprimendas. Confieso por mi honor que tales contrariedades fueron, en parte, causa de que me apartara pronto de aquellos círculos de disipación. Durante mis estudios con el maestro Weinlich me permití una única distracción: la de ir todas las tardes a la confitería Kintschy a echar una ojeada, con apasionada curiosidad, a los periódicos recién llegados. Encontraba allí algún que otro lector que abrigaba los mismos sentimientos que yo y escuchaba con gusto las discusiones políticas que entablaban algunos hombres de edad madura. Comenzaron también a interesarme las publicaciones literarias. Lo que a la sazón ejercía una influencia sobre mí era lo ingenioso y lo científico, en tanto que antaño, sólo me seducía lo gigantesco y lo fantástico. No obstante, mi interés primordial estribaba en la lucha de Polonia, y la ocupación de Varsovia me impresionó tanto como una desgracia personal.

Emigrados polacos Mi emoción fué indescriptible cuando pasaron por Leipzig, camino de Francia, los primeros convoyes con los restos del ejército polaco. Jamás olvidaré el aspecto que ofrecían los primeros grupos de aquellos desgraciados que habían sido internados en el «Grünen Schild», sito en la Calle de los Carniceros. Si tan lamentable espectáculo me impresionó profundamente, en cambio, me sentí transportado de entusiasmo cuando por la noche, en el hogar de la «Gewandthaus», donde se interpretaba la sinfonía en *do menor* de Beethoven, pude observar de cerca a un grupo de aquellos héroes. Eran los principales jefes de la revolución polaca. Llamó poderosamente mi atención la alta estatura y la viril y vigorosa figura del conde Vicente Tyskiewitsch, cuya actitud, llena de nobleza y gravedad, revelaba un conjunto de firmeza y resignación como hasta entonces no había encontrado. Toda la admiración que me había inspirado el continente marcial de los espadachines de nuestra corporación, se desvaneció por entero ante la presencia de aquel hombre de porte real, vestido con una casaca adornada con brandeburgos y tocado con una boina de terciopelo encarnado. ¡Cuál no fué, pues, mi satisfacción al hallar después a ese mismo hombre en casa de mi cuñado Brockhaus, donde vivió por algún tiempo en nuestra intimidad!

Los señores Tyskiewitsch Mi cuñado sentía la más viva simpatía por los infortunados refugiados polacos; presidía un comité que cuidaba de sus intereses e hizo en su favor no pocos sacrificios. Así, pues, la casa Brockhaus cobró para mí un nuevo atractivo. El conde Vicente Tyskiewitsch era el astro más brillante de la pequeña colonia eslava y los emigrantes que pertenecían a las clases superiores se agruparon en torno suyo. Guardo de ellos el recuerdo de un cierto capitán Bansemer, que se hacía destacar por su extremada bondad, su no menor ligereza y su magnífico tiro de cuatro caballos. Atravesaba siempre la ciudad a galope tendido y esto desataba las iras de los burgueses de Leipzig. Recuerdo asimismo haber comido un día en la misma mesa que el general Bem, cuya artillería se había conducido con heroísmo sin par en la batalla de Ostrolenka. Varios otros emigrados notables que pasaron por aquella hospitalaria casa me causaron asimismo una profunda impresión, ya por su graciosa desenvoltura, ya por su continente altanero y melancólico, pero entre todos, el conde Tyskiewitsch constituyó para mí el tipo ideal del hombre esforzado, a quien rodeé de mi admiración y de mi afecto. Este tipo singular no dejó de corresponder a mi simpatía. Iba a verle todos los días y asistía con frecuencia a ágapes semiguerreros de los que se retiraba a veces con cierto malhumor para gozarse en mi compañía. Carecía de noticias de su mujer y de su hijito a quienes había dejado en Volhynia. Por otra parte, una tragedia que ensombrecía su vida le granjeara la simpatía de todos los corazones compasivos. Había contado a mi hermana Luisa la espantosa desgracia que antaño le había sobrevenido.



Version para piano, realizada por Wagner sobre "La Reina de Chypre", de Halevy, en 1811.

# REINE DE CHYPRE

OPÉRA EN CINQ ACTES

M. DE SAINT-GEORGES

F. HALEVY

PARTITION, PIANO ET CHANT

HENRY LENOIRE

ÉDITEUR DE MUSIQUE, L'IMPRIMER

PARIS



Retrato de juventud de Wagner.



La cantante Wilhelmine Schröder-Devrient, protagonista habitual de los dramas wagnerianos.

SOMMAIRE. Une visite à Beethoven, épisode de la vie d'un artiste allemand; par R. WAGNER. — Chronique dramatique. — Revue critique. — Exercices pour la voix; par M. Édouard Gœrke; par MAURICE BOURGÈS. — Lettre de M. Dorn. — Nouvelles. — Annonces.

## CONCERTS.

QUI SERONT OFFERTS

AUX ABONNÉS DE LA GAZETTE MUSICALE.  
pendant l'hiver 1840-1841.

1<sup>er</sup> Concert dans le mois de décembre ou de janvier.

10<sup>e</sup> Concert dans le mois de février.

11<sup>e</sup> Concert le 1<sup>er</sup> avril.

Dans le mois de décembre, les Abonnés recevront un recueil de six mélodies composées par Meyerbeer, Schubert et Frych.

Comienzo de "Une visite à Beethoven", publicado por Wagner en la Gazette Musicale, de 19 de noviembre de 1840.

## UNE VISITE A BEETHOVEN.

ÉPISODE DE LA VIE D'UN MUSICIEN ALLEMAND.

« Pauvre, dore indigence, compagne habituelle de l'artiste allemand, c'est à toi qu'en arrivant ici ces pieux souvenirs je dois adresser mon invocation première. Je veux te célébrer, toi, ma patronne fidèle, qui m'as suivi constamment en tous lieux; toi qui de ton bras d'airain m'as protégé des vicissitudes d'une fortune décevante, et qui m'as si bien abrité contre les rayons envivants de son soleil, grâce au nuage épais et sombre dont tu as toujours veillé à me couvrir les folles vanités de ce monde. (Hui, je te remercie de ta sollicitude maternelle; mais ne pourrais-tu pas désormais la pratiquer en faveur d'un nouveau protégé? car la curiosité m'aiguillonne, et je voudrais, ne fût-ce que pour un jour essayer de l'existence sans ta participation. Pardonne, austère déesse, à cette velléité d'ambition! Mais tu connais le fond de mon cœur, et tu sais quelle dévotion sincère j'aurai toujours pour ton culte, alors même que je cesserais d'être l'objet favori de ta prédilection. Amen! »

L'adoption de cette prière quotidienne doit me dire assez que je suis musicien et que l'Allemagne est ma patrie. Une ville de moyenne importance me donna le jour. Je ne sais quelles étaient les vœux de mes parents sur ma condition à venir; mais ce que je me rappelle, c'est qu'un soir, ayant entendu exécuter une symphonie de Beethoven, j'eus dans la nuit un accès de fièvre, je tombai malade, et qu'après mon rétablissement je devins musicien. Cette circonstance peut expliquer la préférence que je donnai con-

Marschner



Lortzing





Un día, casado en primeras nupcias, se había trasladado con su mujer a uno de sus solitarios castillos. Durante la noche le despertó un espectro que golpeaba ligeramente la ventana de su habitación y le llamaba repetidamente. Creyéndose en peligro mató con un disparo de fusil a su propia mujer, quien para gastar una broma a su marido, había tenido la excéntrica idea de disfrazarse de fantasma nocturno.

Cuando Tyskiewitsch supo finalmente que su familia estaba a salvo compartió sinceramente su alegría. Su mujer llegó a poco a Leipzig con su hermoso chiquillo de tres años, el pequeño Janusz. Esta dama no me inspiró, ciertamente, la misma simpatía que su marido; los afeites con que pretendía disimular el sufrimiento y la fatiga impresos en su rostro, me produjeron una impresión desagradable. No tardó en regresar a Galitzia, con objeto de salvar todo lo posible de sus propiedades y zecabar del Gobierno austríaco un pasaporte que permitiera a su marido reunirse con ella.

Llegó el 3 de mayo. Dieciocho polacos que se hallaban aún en Leipzig se reunieron para festejar el aniversario del establecimiento de su constitución. Se ofrecieron mutuamente un banquete en uno de los mesones de los alrededores de la ciudad, al que sólo fueron invitados los presidentes del Comité de Ayuda a los polacos. Con una extrema gentileza me dispensaron también a mí el honor de asistir a la fiesta. Fué un día inolvidable. La comida se convirtió en un verdadero festín durante el cual, una música militar de la ciudad interpretó aires populares polacos. Los comensales, a coro con la música, entonaron sus cantos, ora de alegría, ora de dolor, que dirigía un lituano llamado Zan.

La bella composición patriótica *Tres de mayo*, despertó un gran entusiasmo. Arreciaron el llanto y los gritos de gozo y se produjo un tumulto espantoso; los circustantes se trasladaron luego al jardín y tumbados sobre el césped formaron melancólicos grupos en cuyo lenguaje, esmaltado con suntuosas imágenes, destacaba repetidamente la palabra «oicizna» (patria). Y por último el velo de una generosa embriaguez lo envolvió todo con su sombra. Más adelante, presté al ensueño de aquella noche la forma de una composición orquestal: una obertura a la que denominé *Polonia*. Ya contaré, cuando llegue el momento, el destino que tuvo esta obra.

Mi amigo Tyskiewitsch recibió su pasaporte. Abrigaba el propósito de marchar a Galitzia pasando por Brünn, lo que sus amigos juzgaban harto arriesgado. Entre tanto, yo sentía ansias de ver mundo. Como Tyskiewitsch me invitó a que le acompañase en su viaje, mi madre se decidió a concederme permiso para ir a Viena, lo que era mi más ardiente deseo. Llevando conmigo las partituras de mis tres oberturas, así como la de la gran sinfonía aún inédita, hice el trayecto hasta la capital de Moravia en la cómoda y rápida berlina de mi querido protector polaco. Hicimos una breve parada en Dresde. Los emigrados, ricos y pobres, que se encontraban allí nos acompañaron hasta Pirna, ofrecieron al conde una cena de despedida y rociaron con champaña sus vitores en honor del futuro «dictador de Polonia».

Nos separamos finalmente en Brünn, desde donde debía salir el día siguiente hacia Viena. Guardo todavía un vivo recuerdo del miedo súbito y extraño que me produjo el cólera durante la tarde y la noche que pasé en dicha ciudad. Era la primera vez que me hallaba solo en un lugar asolado por esa epidemia. Acababa de despedirme de mi amigo y al verme completamente solo en una ciudad desconocida se me figuró, cuando me enteré de la existencia de la epidemia, que un astuto demonio me había tendido una celada con objeto de aniquilarme, sin dejar de mí el menor vestigio.

Cuando llegué al hotel procuré no traslucir el miedo que me atenazaba, pero cuando me condujeron a mi habitación, situada en un ala del edificio y me sumí repentinamente en aquella soledad, me apelo-toné en la cama vestido como me hallaba. De nuevo el miedo a los fantasmas me hizo sufrir como en mi infancia. El cólera estaba en persona delante de mí; lo veía, podía tocarlo con mis manos, entró en mi cama y me envolvió en sus brazos. Mis miembros se agarrotaron y sentí la muerte oprimirme el corazón. No supe si había dormido o si había estado despierto, pero al amanecer me sorprendí de estar todavía vivo y con buen ánimo. Llegué, pues, indemne a Viena, donde la epidemia que también allí hacía estragos no me causó la menor preocupación.

**Viena. - Strauss** ERA en 1832, en pleno verano. Permanecí, en total, seis semanas en la populosa y animada ciudad, donde pronto me sentí a mis anchas gracias a las recomendaciones que me habían dado para algunos amigos de nuestra familia. Este viaje no tenía, ciertamente, ninguna finalidad práctica, y como por otra parte nuestros recursos eran escasos, mi madre dió muestras, al permitírmelo, de una cierta imprevisión. Frecuenté el teatro, escuché a Strauss, hice excursiones y llevé la mejor vida posible. De resultas, contraí algunas deudas que tuve luego que saldar cuando fui director de orquesta en Dresde, pero Viena, donde recogí impresiones musicales y teatrales estimulantes fué para mí, durante largo tiempo, la ciudad de las creaciones originales y populares.

Dentro del género especial que cultivaba, el teatro «An der Wien» era el que más me seducía. Representábase en él una fantasía humorística, titulada: *Aventuras de Fortunato por tierra y por mar*, en la que se pedía un coche para el mar Negro. Guardo de ella un vivo y regocijante recuerdo. Uno de mis jóvenes amigos me invitó, con visible engreimiento, a ver *Ifigenia en Taurida*, de Gluck, ópera que interpretaban los célebres cantantes Wild, Staudigl y Binder, pero debo confesar francamente, que la obra me aburrió, lo que me resultó tanto más desagradable cuanto que no me atrevía a decirselo a nadie. El conocido cuento de Hoffmann me revelaba en Gluck un gigante diabólico. Como no había estudiado aún sus obras, suponía que alentaba en ellas un fuego dramático y poderoso. Confaba, por consiguiente, que esa primera audición me produjera una impresión semejante a la que me había causado en *Fidelio* la cantante Schroder-Devrient, pero en la gran escena de Orestes y las Furias ni siquiera experimenté un atisbo de aquel éxtasis. Lo demás me pareció solemne y esperé en vano un efecto que no se produjo.

**«Zampa»** LA ópera *Zampa*, que se interpretaba casi todas las noches en el teatro «Am Kaertner Thor» y en el «Josefstadt», me reveló el nervio vital del gusto vienés. Estos dos escenarios rivalizaban en representar con sumero aquella pieza favorita del público. Y cuando al salir del teatro «Josefstadt», donde *Zampa* acababa de sumir a todo el mundo en la enajenación, iban los espectadores al salón de fumar contigo, en el que se ejecutaba, bajo la febril dirección de Strauss, una selección de *Zampa*, que in-

fluía todos los corazones. Guardo un recuerdo inolvidable de aquel singular Johann Strauss por el entusiasmo casi frenético con que con el arco de su violín, dirigía todas las composiciones. Aquel genio del espíritu musical popular, como la Pitonisa sobre su tripode, se exaltaba ya en las primeras notas de un nuevo vals y el verdadero rugido del auditorio, más ebrio de música que de bebida, transportaba la fuga del hechicero violinista a un grado casi inquietante. El aire cálido del verano vienés se me figuraba saturado de los efluvios de *Zampa* y de Strauss. Una mediocre exhibición de los alumnos del Conservatorio, que interpretaron fragmentos de una Misa de Cherubini, me demostró entonces que, en Viena, se trataba a la música clásica como a una mendiga a la que se concede una merquina y obligatoria limosna. Un profesor, a quien me habían recomendado y cuyo nombre no he podido retener, trató en el curso de aquella sesión, de que interpretaran mi «Obertura en re menor», ejecutada ya en Leipzig. Ignoro qué dictamen le mereció ésta al profesor y los alumnos, pero sí recuerdo que muy pronto abandonaron su estudio.

Con todo, mi gusto musical había seguido unos derroteros inquietantes. Ello me acució a dar por terminada mi primera estancia instructiva en una gran ciudad artística, y empecé en diligencia un viaje económico pero de largo transcurso, que me condujo a Bohemia. Tenía que ir a visitar en sus fincas de Právo-nin, a ocho millas de Praga, a la familia del Conde Pachtá, de la que guardaba agradables recuerdos juveniles. El anciano caballero y sus encantadoras hijas, me dispensaron la más cordial acogida y gocé allí hasta el otoño de una hospitalidad fecunda en inspiraciones de toda clase. Constantes y familiares relaciones con muchachas tan simpáticas y hermosas habían de impresionar forzosamente la imaginación de un jovenzuelo de diecinueve años, cuya frondosa barba había hecho notar mi hermana a las condesas en la carta de recomendación que les había escrito.

La mayor de las hijas, Jenny, era esbelta, tenía los cabellos negros y los ojos de un azul obscuro, revelando los rasgos de su semblante una gran nobleza. La menor, Augusta, era un poco más baja y regordeta, su tez era de una brillantez deslumbradora, sus cabellos rubios y los ojos castaños. A pesar de la fraternal intimidad que regulaba nuestras relaciones, no tardé en darme cuenta que acabaría por enamorarme de una o de otra. La turbación que experimentaba a causa de las dudas que ofrecía mi elección era para las muchachas motivo de diversión y les inspiraba toda suerte de bromas. Desgraciadamente, no supe portarme juiciosamente. A pesar de que habían sido educadas con modestia y sentido práctico se hallaban, por su noble estirpe, en la singular alternativa de contractar un matrimonio correspondiente a su linaje o contentarse con una buena situación burguesa. La instrucción que habían recibido mis jóvenes amigas había sido la muy mediocre y casi medieval de los verdaderos gentileshombres austríacos, por los cuales yo experimentaba, a causa de ello, un profundo desdén. Con gran sentimiento por mi parte comprobé en ellas un conocimiento somero acerca de la Estética y una rara habilidad, por todo cuanto era vano y superfluo. Ninguna de mis evasiones hacia las regiones superiores de la vida encontraba en ellas eco alguno. Lanzaba mis fulminaciones contra las detestables novelas que pedían prestadas a las salas de lectura, contra las melodías de ópera italiana que cantaba Augusta y, por último, contra los hidalgueros sin espiritualidad, que sólo se interesaban por los caballos y que hacían la corte a Jenny y Augusta como unos paludos. Mi ardimiento en denigrarlos provocó muy pronto una situación de tirantez. Mis palabras fueron cada vez más duras y zahirientes, me perdí en digresiones acerca del espíritu de la Revolución francesa y llegué hasta a dar consejos paternales, en el sentido de que era preferible que las jóvenes condesas se mantuvieran en un plano de plebeyos instruidos y bien educados, en lugar de frecuentar la sociedad de aquellos gentileshombres rudos y vanidosos que acabarían por perjudicar su reputación. Las desabridas respuestas que me dirigían, revelaban con frecuencia la indignación que tales exhortaciones les suscitaban, pero jamás me excusé por mis intemperancias de lenguaje. Me rehabilitaba a mis propios ojos de mis coléricos desplantes, persuadiéndome falazmente de que provenían de unos celos auténticos. Así, cuando me despedí de aquellas encantadoras muchachas no habría podido decir exactamente si estaba enamorado o simplemente encolerizado. Sea lo que fuere, un día frío de noviembre les estreché amistosamente las manos. Poco tiempo después volví a encontrar en Praga, donde residí por algún tiempo, a toda la familia, pero no me alojé en casa del Conde.

**Denis Weber** COMO la de Viena, aquella estancia en Praga fué de gran provecho para mi formación musical. Conocí al director del Conservatorio, Denis Weber, y gracias a él pude oír la primera ejecución de mi sinfonía. Pasaba, además, una gran parte de mi tiempo, en casa de un actor llamado Moritz, antiguo amigo de mi familia, a quien había sido recomendado. Por su conducto contraí amistad con el joven músico Kittl. Moritz, que me veía ir cotidianamente por asuntos musicales urgentes a casa del temible director del Conservatorio, me obsequió un día con una parodia improvisada del *Burgschaft*, de Schiller. Moritz parangonaba al director Denis con Dionisio de Siracusa. Era, en efecto, con un tirano con quien tenía que enfrentarme. No era fácil, ciertamente, entenderse con aquel hombre que sólo admitía la obra de Beethoven hasta la «Segunda Sinfonía» y que tachaba la *Heroica* de perversion del gusto.

**Audición de la sinfonía en «do mayor»** WEBER sólo apreciaba a Mozart y, entre los modernos, únicamente toleraba a Lindpaintner. Para granjearme su favor tuve que iniciarme en el arte de lisonjear a los tiranos. Fingí mostrarme asombrado sobremanera de la novedad de sus puntos de vista y especialmente, me guardé mucho de llevarle la contraria. Y para convencerle de la concordancia de nuestras opiniones llamé su atención respecto a la fuga final de mi obertura y la de mi sinfonía, ambas en *do mayor* y que denunciaban a las claras la influencia de Mozart. La recompensa de mis esfuerzos no se hizo esperar, pues Denis, con brío juvenil, se puso a estudiar mis fragmentos de orquesta. Bajo su propia dirección, dura y terriblemente ruidosa, los alumnos del Conservatorio tuvieron que aprender con precisión mi nueva sinfonía. La primera audición de esta obra, la más enjundiosa que hasta el presente he escrito, tuvo lugar en presencia de amigos que yo había invitado, entre los cuales se hallaba, como presidente de la Sociedad del Conservatorio, el viejo conde Pachtá.

Al tiempo que festejaba mis éxitos de compositor proseguía en la agradable morada de la familia Pachtá mi singular vida amorosa. Tenía un

Fiesta del 3 de mayo

Cólera en Brünn. - 1832

A Praga en Bohemia

La familia del Conde Pachtá



compañero de desdichas, un confitero llamado Hascha, un hombre joven, de aventajada estatura, extraordinariamente delgado, el cual, cuando no estaba ocupado en su importante confitería, dedicaba a casi todos los bohemios que las solicitaban, sus interpretaciones musicales. Acompañaba a Augusta cuando cantaba y sentía por ella un amor conforme a su temperamento. Experimentaba como yo una gran aversión hacia los nobles pretendientes y a sus visitas más frecuentes aun en la ciudad que en el campo. Pero mientras mi desazón se manifestaba, en la mayoría de los casos, de una manera humorística, la suya, taciturna y melancólica, le impulsaba a cometer estupideces.

Una noche que había de inaugurarse una deslumbrante iluminación en honor de uno de aquellos cortejadores de alto copete, Hascha dió con la cabeza en la araña de cristal, que cayó y se rompió en mil pedazos. Esta inculcable torpeza exasperó de tal modo a la condesa Pachtá que a partir de aquella noche el confitero se vió obligado a no frecuentar más la casa.

Recuerdo haber experimentado en aquella época los primeros síntomas de lo que puede hacer sufrir el amor: no estaba verdaderamente enamorado y no obstante me consumían los celos. Un día que quise hacer una visita a las muchachas fui retenido por su madre en la antesala y por ciertos indicios me di cuenta que las señoritas se hallaban en el salón con los aristocráticos adoradores que más antipáticos me eran, tanto más cuanto que ellas se habían ataviado con sus mejores galas para recibirlos. Todo cuanto en las satánicas rivalidades de amor de ciertos cuentos de Hoffmann no alcancé a comprender, se me revelaron subitamente y salí de Praga con una opinión sin duda injusta acerca de las cosas y personas en medio de las cuales había experimentado sentimientos pasionales hasta entonces desconocidos.

No fué esta experiencia el único provecho que saqué de mi primera gran incursión en el mundo. En Prayonin había escrito versos y composiciones musicales. Mi trabajo de compositor consistió en poner música a un poema de mi amigo de infancia Teodoro Apel. Se titulaba, *Sonidos de campanas*.

El invierno anterior, en Leipzig, había escrito, siendo a poco interpretado, una gran aria para soprano y orquesta que había sido cantada en un concierto teatral. Este trabajo era mi primera composición vocal y debo confesar que tuve la fortuna de que campeara en ella una verdadera inspiración. Por su carácter general emanaba visiblemente del *Liederkreis* de Beethoven, pero recuerdo haber introducido en ella ideas personales cuyo sentimiento, dulcemente exaltado, se expresaba sobre todo en la arrobada inspiración del acompañamiento.

En cuanto a mi labor de poeta, estaba a la sazón tejiendo la trama de un libro trágico de ópera que ultimaba en Praga bajo este título: *Las bodas*. Lo escribía en secreto, lo que no era ciertamente cómodo. Arreciaba el frío y como en mi pequeña habitación de hotel no podía encenderse fuego, me veía obligado, para trabajar, a instalarme en el aposento de Moritz, donde pasaba todas las mañanas. Recuerdo que muchas veces, al entrar inopinadamente mi amigo, tuve que ocultar precipitadamente mi manuscrito detrás del canapé.

Texto de ópera:  
«Las bodas»

El tema de esta obra dramática tiene su historia. Años atrás había leído en la obra de Busching sobre la caballería un breve relato de un acontecimiento trágico que más adelante no he encontrado reseñado en parte alguna. Una castellana se ve atacada de noche por un hombre que la ama apasionadamente en secreto. Luchando en defensa de su honor la castellana tiene el ánimo suficiente para precipitar al asaltante desde el balcón al patio donde muere aplastado. Hasta el momento de los funerales, a los que la noble dama también asiste, la muerte del hombre constituye un enigma. De pronto, en el instante de las plegarias, la castellana se desploma para no levantarse más. Este relato imprimió a mi imaginación la huella imborrable del poder misterioso de un sentimiento apasionado y encerrado en sí mismo. Bajo la influencia de la manera de Hoffmann, que ha tratado temas semejantes en sus *Cuentos*, tracé las grandes líneas de una trama en la que hice entrar el misticismo musical que a la sazón me era tan querido. La acción había de transcurrir en la hacienda de un nuevo Mecenaz. Va a celebrarse el matrimonio de una pareja de amantes. El amigo del novio, un joven melancólico, taciturno e interesante, está invitado a la boda. Un viejo y extraño organista se encuentra íntimamente mezclado en esta sociedad. Los lazos invisibles que unen el viejo músico, al joven melancólico y a la novia habían de revelarse, como en el de Busching, en el desenlace del drama trágico.

El joven ha sido muerto de una manera inexplicable y se expone su cadáver en el féretro. La novia de su amigo expira entonces a su lado del mismo modo misterioso. Y el viejo músico que toca el órgano en esta sobre cogedora ceremonia muere a su vez sobre el teclado, tocando un último acorde de tres notas que se prolonga hasta el infinito. No llegué a escribir esta novela, pero como necesitaba el texto de una ópera recurrí de nuevo al tema bajo su forma primitiva. Conservé los rasgos principales y construí la acción dramática siguiente:

Dos grandes familias de la edad media viven desde hace largo tiempo profundamente enemistadas. Araban, sin embargo, por prestarse mutuo juramento de paz y con ocasión del matrimonio de su hija con uno de sus fieles partidarios, el venerable jefe de una de las familias invita a la boda al hijo de su antiguo enemigo, dando así a la solemnidad el carácter de una reconciliación. Van llegando los convidados, pero éstos desconfían y temen una traición. Su joven jefe está locamente enamorado de la prometida de su nuevo aliado. Su siniestra mirada horroriza a la muchacha. Acompañada de un brillante cortejo es conducida a la habitación nupcial donde aguarda el amado. De pronto, en la ventana de la alta torre que ocupa, ve fija en ella la misma mirada de insensata pasión. Se da cuenta inmediatamente que va en ello su vida. En esto, el intruso se ha abalanzado sobre ella y la estrecha en sus brazos, poseído de un ardor satánico. Sin embargo, la novia consigue rechazarlo y arrojarlo al vacío por encima de la barandilla del balcón. A poco se descubre el informe cadáver. Barruntando una traición se congregan en el acto los hermanos de armas del muerto, clamando venganza. Un formidable tumulto se prolata en el patio del castillo. Las fiestas nupciales, tan trágicamente interrumpidas, amenazan convertirse en una noche sangrienta. Con sus amonestaciones, el viejo jefe de familia logra, no obstante, evitar la catástrofe. Envía a unos mensajeros a prevenir a los parientes de la víctima. Como expiación de este inexplicable accidente, tendrán lugar unas exequias de inusitada solemnidad y todos los miembros de la familia inculpada asistirán a ellas. En el transcurso de la ceremonia fúnebre, un juicio de Dios revelará tal vez al culpable. Ya durante los preparativos de los funerales, la joven casada muestra síntomas de lo-

cura. Rehuye a su esposo, se niega a recibirlo y se encierra. Mueren, en su torre. Sólo aparece en el momento de la ceremonia, que tiene lugar de noche, con deslumbrante magnificencia. Pálida y silenciosa, seguida de damas de honor, asiste a la misa de difuntos, cuya lugubre atmósfera es tempestada por la irrupción de las tropas enemigas. Los parientes del muerto que han acudido para vengar la pretendida traición asaltan el castillo, penetran en la capilla y reclaman el asesino. El burgrave les señala horrorizado a su hija, que acaba de caer muerta al lado del féretro, de espaldas al novio. Finió, por decirlo así, negro sobre negro, en esta pieza tenebrosa de los mas sombríos tonos, en la que se advertían ennoblecidos ecos de *Leubald* y *Adelaida*. No quise introducir ninguna clara pincelada, y en particular ninguno de los superfluos floreos de la ópera. Vibraban, no obstante, en ella, algunas cuerdas sensibles. Cuando regresé a Leipzig, mostré a Weinlich las primeras páginas de mi obra, y éste me colmó de alentadores elogios por la claridad de la introducción del primer acto y la calidad cantante que se revelaba en un *adagio* para septimino vocal, en el que se expresaban simultáneamente la reconciliación de las familias enemigas, los sentimientos de los novios y la malana pasión del amante secreto.

PERO, por encima de todo, me interesaba obtener la aprobación de mi hermana Rosalía. Mi poema no fué de su agrado. Echaba de menos precisamente lo que casi con intención yo no había introducido en la obra, es decir, más ornato y situaciones más variadas y menos lugubres. Mi decisión fué instantánea: cogí mi manuscrito y lo destruí, sin dejar de él el menor vestigio. No fué mi amor propio herido lo que me impulsó a ello. Quería demostrar realmente a mi hermana que no estaba ciertamente entusiasmado con mi obra, que me interesaba sobre todo atestiguarle el gran valor que atribuía a su juicio.

Mi madre y mis hermanas sentían por Rosalía un cariño que realizaba una estima particular, lo que era lógico en gran parte, por el hecho de que desde hacia algunos años ella era quien subvenía casi exclusivamente a las necesidades de nuestro hogar. Los crecidos honorarios que percibía como actriz, bastaban para los gastos de la casa, por lo que gozaba de algunas prerrogativas. Sus habitaciones estaban amuebladas con un confort especial, y todo el mundo procuraba que gozara de la tranquilidad que le era necesaria para sus estudios. Los raros días en que los demás no conseguíamos llenar nuestro estómago, Rosalía recibía su jantar habitual. Pero lo que más la destacaba, era su pulcro lenguaje y su delicada discreción, que la mantenía al margen de las maneras ruidosas de nuestra familia. Indudablemente, fui yo quien di motivo a esta hermana generosa, y a nuestra madre, de desvelos y preocupaciones. Durante el nefasto período de mis estudios universitarios, la frialdad que fué entibiando nuestras fraternas relaciones había lastimado mi corazón, por lo que Rosalía me produjo una gran alegría cuando volvió a tener fe en mí y a mostrar interés por mi vocación. Ambicionaba, por tanto, por encima de todo, sentirme verdaderamente querido por esa hermana que me había considerado perdido. Sentía por ella un afecto lleno de ternura, casi exaltado, cuyo ardor y pureza sólo eran comparables a los sentimientos más nobles que puedan existir entre un hombre y una mujer. La índole singular de Rosalía contribuía poderosamente a elevar la calidad de ese cariño. El talento escénico de mi hermana no sobresalía precisamente por su originalidad, y se conceptuaban sus interpretaciones excesivamente estudiadas y poco naturales. Pero la gracia de su porte y la nobleza y dignidad de su carácter, le granjeaban la calurosa estima de todos, y recuerdo todavía los numerosos testimonios de respeto que recibía. Sin embargo, estas muestras de atención no permitieron nunca que Rosalía abrigara la esperanza de un próximo matrimonio. Un destino que sigo sin comprender, hizo que mi hermana alcanzara una edad en la que resulta difícil para una mujer lograr una buena boda. Creo haber advertido en Rosalía la pena que le causaba el sino que le había sido reservado. Una noche — jamás lo olvidaré — en que creía estar sola en su habitación a oscuras, oí cómo sollozaba y prorrumplía en desolados lamentos. Este dolor me produjo tal emoción, que después de alejarme de ella sin ser visto, me juré a mí mismo complacerla en todo y esforzarme para hacerla partícipe de la alegría de mis éxitos. Cuando aun era pequeña, mi padrastro Geyer la llamaba «Geistchen» — «corazoncito» —, y en verdad que merecía este gracioso epíteto. Si no poseía un talento dramático de primer orden, sobresalía por su imaginación y sus sentimientos artísticos por las cosas elevadas. Fué a ella a quien oí los primeros acentos de entusiasmo por todo cuanto más tarde me emocionó a mí mismo. Se reunía siempre en torno suyo un reducido círculo de hombres de valía, apasionados por lo bello, y jamás la menor afectación echó a perder aquellas relaciones. Cuando regresé, después de una larga ausencia, me encontré con un nuevo contertulio. Era Enrique Laube, quien había recibido la mejor acogida en el seno de mi familia y en el grupo que en cierto modo presidía Rosalía.

Enrique Laube COMENZABAN a observarse en los jóvenes espíritus alemanes las consecuencias de la revolución de julio. A este respecto, pronto descolló Laube. Joven aún, había venido de Silesia a Leipzig, emporio del comercio librero, con objeto de procurarse las recomendaciones que necesitaba para entrevistarse en París con el célebre Boerne, cuyas cartas causaban también entre nosotros gran sensación. Ello depuró a Laube la ocasión de asistir a la representación de la obra de Luis Robert: *La fuerza de las circunstancias*. Publicó en el *Tageblatt* de Leipzig una crítica de la comedia que, por su sagacidad y originalidad produjo tal efecto, que se ofreció inmediatamente al joven escritor un puesto en la redacción del *Diario del Mundo Elegante*, así como varias colaboraciones literarias. En nuestra casa se le consideraba como poseedor de un brillante talento. Su estilo incisivo, breve y a veces mordaz que, no obstante, se expresaba algo obscuro bajo un matiz poético, le granjeó una reputación de originalidad y osadía. Su rectitud y su franqueza, un poco ruda, hacían simpático a este carácter templado por el esfuerzo de una juventud dificultosa.

La impresión que me causó Laube fué extraordinariamente estimulante y casi me sorprendió la manera categórica con que se pronunció en mi favor. Después de la primera audición de mi Sinfonía, no temía afirmar en mi diario el valor de mi talento musical. Esta audición tuvo lugar a comienzos del año 1844, en el «Mesón de los Sastres», de Leipzig. La sociedad «Euterpe» se había instalado en ese venerable local, en cuya sala sórdida, pequeña y escasamente iluminada, fué presentada mi Sinfonía al público de Leipzig. Esta velada ha quedado grabada en mi memoria como un sueño horrible y fantástico. La benévola acogida que Laube dispensó a mi obra, me sorprendió sobremedera. Lleno de esperanzas, esperé la próxima audición, que había de tener efecto en la sala de la «Gewandthaus». Todo ocurrió, en efecto, de la



Königlich Sächsisches Hoftheater.

Freitag, den 20. November 1842

# Rienzi, der Letzte der Tribunen.

Werte tragische Dichtung in 5 Aufzügen von Richard Wagner.

## Einlaß-Preise:

1. Platz	12 Sch.
2. Platz	8 Sch.
3. Platz	6 Sch.
4. Platz	4 Sch.
5. Platz	2 Sch.
6. Platz	1 Sch.
7. Platz	1/2 Sch.
8. Platz	1/4 Sch.
9. Platz	1/8 Sch.
10. Platz	1/16 Sch.
11. Platz	1/32 Sch.
12. Platz	1/64 Sch.
13. Platz	1/128 Sch.
14. Platz	1/256 Sch.
15. Platz	1/512 Sch.
16. Platz	1/1024 Sch.
17. Platz	1/2048 Sch.
18. Platz	1/4096 Sch.
19. Platz	1/8192 Sch.
20. Platz	1/16384 Sch.

Der freie Einlaß bechränkt sich bei der heutigen Vorstellung bloß auf  
Gesinnungsgenossen und die Mitglieder des Königl. Hoftheaters.

Einlaß um 5 Uhr. Anfang um 6 Uhr.  
Ende nach 10 Uhr

Cartel anunciador del estreno de Rienzi en  
Dresde, el 20 de octubre de 1842.

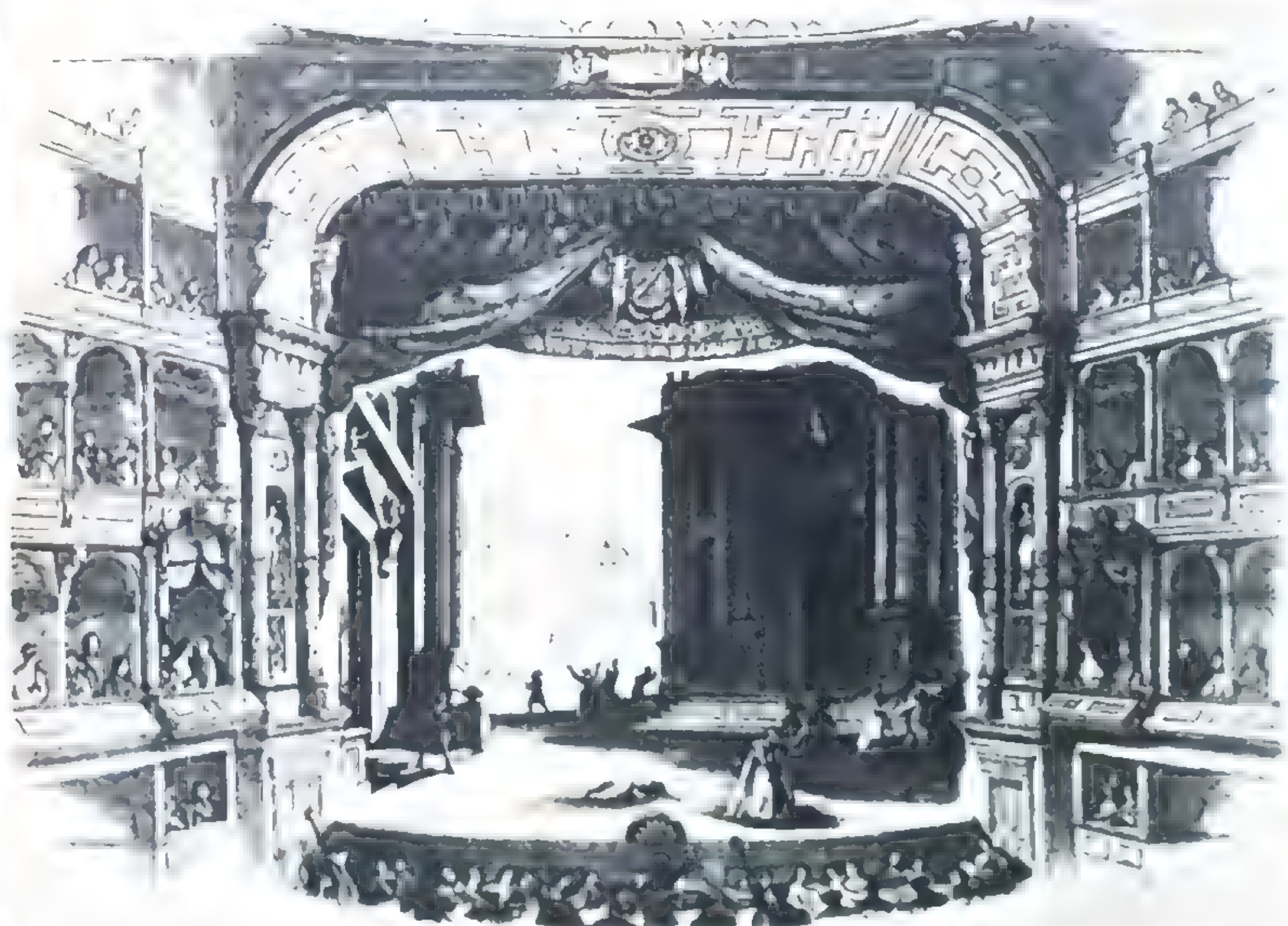


Ilustración de Ferd. Leek para Rienzi.

Una de las escenas más conocidas del Rienzi representado en Dresde,  
siendo Joseph Tichatschek quien interpretó el papel protagonista.



Estreno de Rienzi en Dresde, el 20 de octubre de 1842  
(Ilustración publicada en el Illustrierte Zeitung, Leipzig,  
12 de agosto de 1843).





manera más optimista y satisfactoria. El público recibió mi obra favorablemente; todos los periódicos hablaron de mí, y si alguno de ellos formuló algunas reservas, los más fueron francamente alentadores. Laube, que había adquirido rápidamente notoria celebridad, quiso cedermé un libreto que había destinado a Meyerbeer. Esto me asustó. No abrigaba el menor propósito de invadir el campo de la poesía y mi intención no era otra que escribir un libreto de ópera a mi gusto. Pero se daba el caso de que lo que tenía que ser este libreto sólo yo lo sabía de manera instintiva.

CUANDO Laube me confió el tema de su argumento, aumentaron mis temores. Quería, nada menos, escenificar la vida de Kocziusko en una gran ópera. Adiviné en el acto que Laube concebía grandes ilusiones acerca del carácter de aquella historia dramática. Cuando pregunté al escritor en qué consistiría la acción, quedó muy sorprendido de que yo solicitara de él otra cosa que la existencia extraordinariamente azarosa del héroe polaco, en la que se reflejaban las desventuras de todo un pueblo. En resumen, no faltaría en ella una polaca cualquiera enamorada de un ruso, y, naturalmente, surgirían trágicos conflictos entre los dos amantes.

Dije inmediatamente a mi hermana Rosalía que no quería componer nada sobre ese tema; Rosalía aprobó mi decisión y únicamente me rogó que difiriera mi contestación a Laube. Mi marcha para Wurtzburg, que efectué poco tiempo después, me proporcionó la manera de dar forma a mi negativa. Hice saber a Laube, por escrito, la decisión que había tomado. Este, aun cuando soportó con buen humor esta pequeña herida a su amor propio, no me perdonó jamás que escribiera yo mismo mis propios poemas.

LAUBE manifestó particularmente su despecho cuando se enteró del tema que yo había preferido a su brillante libreto político. Lo había extraído de un cuento dramático de Gozzi: *La mujer serpiente*, que modifiqué bajo el título *Las hadas*. Escogí el nombre de mis personajes en las poesías de Ossian y otras obras semejantes. Mi héroe era el príncipe Arindal. Este era amado del hada Ada, que le retenía, lejos de sus Estados, en su encantado reino. Los fieles súbditos del príncipe corren en su busca y acaban por encontrarlo. Para decidirle a que regrese, le comunican que su país ha caído en manos de los enemigos. Sólo resiste la capital. La propia hada enamorada le envía de nuevo a su patria, pues el destino la condena a seguir siendo hada hasta que su amante haya triunfado de las arduas pruebas que ella debe imponerle. Si el príncipe resulta victorioso, el hada tendrá el derecho a renunciar a su inmortalidad para convertirse en la amante mujer de un humano. El príncipe entra de nuevo en su reino devastado. Está desalentado y, en los momentos de mayor angustia, se le aparece el hada tratando de quebrantar su fe mediante actos de inusitada crueldad. Enloquecido de terror, Arindal se imagina ser víctima de una malvada hechicera que lo ha seducido bajo la forma de Ada. Para sustraerse a su nefasto poder, pronuncia imprecaciones contra ella. En su desesperación, Ada revela al desgraciado la suerte común que les aguarda. Por haber desafiado la sentencia de los dioses, Ada será transformada en piedra (de esta manera modifiqué la transmutación en serpiente, de Gozzi). Arindal se da cuenta entonces de que todas las abominaciones evocadas por el hada no eran más que ilusiones. La victoria sobre los enemigos y la posterior prosperidad del imperio se desarrollan con una rapidez mágica. Sin embargo, las ejecutoras de la sentencia fatal arrebatan a Ada, y Arindal, presa de inimaginables torturas, se queda solo. Sus sufrimientos no son aún bastantes para las crueles hadas. Quieren el exterminio total de quien las ha provocado y le incitan a seguirlas a los infiernos bajo el falso pretexto de mostrarle los medios para liberar a Ada. Con tal esperanza, la locura de Arindal se convierte en un entusiasmo sublime. Sigue a las traidoras provisto, sin embargo, de armas e instrumentos encantados que le había suministrado un mago fiel a la casa real. Al ver a Arindal vencer uno después de otro a los monstruos infernales, las hadas quedaron sobrecogidas de espanto. Toda esperanza de verlo sucumbir se concentra en la última prueba, en la cual no es posible que triunfe, pues se trata de ablandar una piedra, la piedra que sirve de prisión a Ada. Cuando se encuentra ante esta forma humana petrificada, Arindal toma la lira que el hechicero le había otorgado, sin darle, empero, a conocer su utilidad. A los sonos de este instrumento, el príncipe canta su dolor, y son tan conmovedores sus lamentos, que la piedra se ablanda. Ada es libertada y se abre a los dos amantes el reino de las hadas y de la felicidad. Y si Ada, a causa de su desobediencia, no puede convertirse en mortal, Arindal, por su valor, ha merecido la inmortalidad.

Mientras que en la composición de *Las bodas* renuncié a todo embellecimiento y presenté el tema en sus colores únicamente sombríos, introduje en *Las hadas* toda la variedad posible. Al lado de la pareja ideal figuraba la de los amantes realistas, y hasta la de los enamorados rústicos e histriones, en los papeles de doncella y escudero. En cuanto a la forma y los versos, procedí con una negligencia casi intencionada. No me importaba en absoluto satisfacer mi antiguo afán de gloria poética; actualmente era «músico» y «compositor». No perseguía otra finalidad que elaborar un libreto a mi propia conveniencia, pues los libretos de ópera son un género aparte que los poetas y literatos no saben tratar.

En enero de 1833 salí de Leipzig con intención de poner música a dicho libreto, y para ello me trasladé a Wurtzburg, con objeto de ver a mi hermano Alberto, que a la sazón desarrollaba sus actividades en el teatro de la mentada ciudad. Creí llegado el momento de ejercer prácticamente mis aptitudes musicales, y mi hermano debía de facilitarme la ocasión para ello en el pequeño teatro de Wurtzburg. Pasando por Hof, llegué en un carruaje de postas a Bamberg, donde pasé unos días en casa de un joven llamado Schunke, que, después de haber sido corneta, se había dedicado al teatro. Me enteré en Bamberg de la historia de Gaspard Hauser, que me interesó grandemente. La sensación que produjo, no se había disipado todavía y, si la memoria no me es infiel, me mostraron incluso al citado personaje. Los originales atavíos de las mujeres del mercado me solazaron en grado sumo y el lugar fué especialmente de mi agrado, puesto que en él surgieron los *Cuentos* de Hoffmann. Luego, tiritando de frío, continué mi viaje hasta Wurtzburg en compañía de un tal Hauderer. Mi hermano Alberto, que en aquel momento se incorporó a mi existencia como un personaje casi inédito hasta entonces, se esforzó en alojarme de la mejor manera posible en su modesto hogar y se congratuló de no hallarme tan excéntrico como mi famosa carta le había hecho temer. Y me procuró un cargo de excepción como director de los coros del teatro, con un sueldo mensual de diez florines. Así, consagré el resto del invierno a ejercitarme en el arte de dirigir la música. Se trataba de montar en poco tiempo dos grandes óperas,

en las cuales los coros desempeñaban un papel importante: *El vampiro*, de Marschner, y *Roberto, el Diablo*, de Meyerbeer.

Director de coros  
Mi empleo de director de coros era para mí completamente nuevo y, por añadidura, tenía que debutar con una partitura que desconocía: *Camila*, de Paër. Aun hoy día tengo la impresión de haber asumido, como un verdadero diletante, unas funciones que en modo alguna me convenían. La obra de Marschner acabó, no obstante, por interesarme lo suficiente para que su estudio compensara sobradamente mi arduo trabajo; pero no ocurrió así con *Roberto, el Diablo*. Las críticas de los periódicos me habían hecho esperar maravillas llenas de originalidad y de extraordinarias novedades; pero ningún indicio de ello encontré en esta obra tan diáfana. Me fué imposible, en consecuencia, colocar al lado de mis modelos favoritos una ópera con un final como el del segundo acto. Sólo la idea de situar una trompeta de pistones en el foso para representar, en el último acto, la voz sepulcral de la madre, me causó alguna impresión.

Cosa extraña, acabé, sin embargo, por sufrir la influencia desmoralizadora de esa obra vulgar, carente de fuerza y particularmente desagradable para un músico alemán. El interés que me veía forzado a sentir por el éxito de la representación, absorbió, por así decirlo, mi antipatía y sólo veía en aquellas vacuas y afectadas melodías plagio de todos los géneros modernos, lo que podía granjearnos calurosos aplausos. Como se trataba, en suma, de mi futura carrera de director de orquesta, mi hermano, inquieto por mi porvenir, observó la facilidad con que abandonaba a mis clásicos. De resultas, se inició una decadencia progresiva de mi gusto, que había de durar algún tiempo. No llegó, sin embargo, a consumarse, porque pronto di pruebas de mi incapacidad para comprender el género frívolo.

Mi hermano deseaba intercalar en la *Straniera*, de Bellini, una cavatina extraída de *Los piratas*, del mismo autor, pero como no pudo procurarse la partitura, me encargó que instrumentara esta composición. Únicamente poseía el arreglo para piano. Este endeble *ritornelo*, con sus pobres interludios, no me dejó entrever la robusta y ruidosa orquestación de Bellini. Así, el compositor de una gran sinfonía en *do mayor* con una fuga final, sólo supo salir del paso mediante algunas flautas y clarinetes acompañados de acordes en tercera. En el ensayo con orquesta, la cavatina me pareció tan anodina y sombría, que mi hermano renunció a cantarla y aun me dirigió acres reproches a causa de los gastos de las copias. Afortunadamente, tomé mi desquite agregando a *El vampiro*, de Marschner, un nuevo *allegro* para el tenor Aubry. Escribí texto y música, y el conjunto produjo un efecto tan extraordinario, que me granjeé con él el favor del público y la aprobación de mi hermano. En el transcurso de aquel año 1833 terminé, con el mismo estilo alemán, la música de *Las hadas*.

Alejandro Müller  
DESPUÉS de Pascua, mi hermano y su mujer se ausentaron de Wurtzburg para corresponder a algunas invitaciones. Me quedé entonces solo con sus hijos, tres niñas de corta edad, viéndome obligado a desempeñar el singular papel de ayo responsable, cuyo cometido no llevé a cabo, ciertamente, de una manera brillante. Ora ocupado por mis trabajos, ora arrastrado por jubilosos amigos, desatendí forzosamente a mis hijos adoptivos. Uno de mis amigos de aquella época ejerció sobre mí una gran influencia: era Alejandro Müller, músico y pianista de talento, al mismo tiempo que un elegante hombre de mundo. Admiraba sobre todo sus dones de improvisación, pues bordaba todas las variantes posibles sobre un tema determinado y sabía cautivar me con ello durante horas enteras.

Cierto Valentín Hamm me divertía también por su grotesco continente, su destreza en tocar el violín y especialmente por sus manos enormes, que le permitían abarcar en el piano una *duodécima*, es decir, un intervalo de doce teclas blancas.

Con ellos y otros camaradas efectuábamos a menudo excursiones por las afueras de la ciudad, rociándolas, con gran algazara, con cerveza bávara y vino de Franconia.

Nos citábamos casi todas las tardes en el «Letzte Hieb», una cervecería situada en un jardín, al pie de una verdeante colina. Me entregaba allí a comedidas turbulencias y a transportes de exaltación. En aquellas cálidas noches de verano, jamás regresé junto a mis tres pupilas antes de haberme sumido en singulares éxtasis acerca del arte y del mundo.

Maltratan a Andrés  
RECUERDO haber jugado en la citada cervecería una mala partida que he considerado siempre como una mácula en mi existencia. Habla entre mis camaradas uno llamado Frœlich, hombre de un carácter un poco exaltado. Habíamos cambiado las partituras en *do mayor* que cada cual había copiado de su propia mano. Este joven, extraordinariamente sensible, se enfurecía por cualquier nimiedad. Había cobrado una viva antipatía por otro de nombre Andrés, cuya cazurra fisonomía tampoco a mí acababa de gustarme. Pretendía que la sola presencia de este individuo echaba a perder su velada, y, por otra parte, este desdichado nos fastidiaba constantemente intervinendo en nuestra conversación. Menudearon los incidentes, y una tarde Frœlich perdió la paciencia. Contestando a una insolencia de Andrés, trató de apartarlo de nuestra mesa a bastonazos, lo que dió motivo a una reyerta en la que intervinieron los amigos de Frœlich, espoleados por sus sentimientos hostiles respecto a Andrés. También yo, poseído de un furor diabólico, me abalancé como los demás sobre el objeto de nuestra ira. De pronto, oí resonar un fuerte golpe sobre el cráneo del atacado. Fuí yo quien se lo dió. Mi víctima me dirigió con ojos atónitos una mirada de reproche. Cuento este hecho para explicar públicamente una falta que ha pesado siempre sobre mi conciencia. El recuerdo que de ella quedó grabado en mi mente, sólo puede compararse a la impresión horrible que me produjo, cuando era pequeño, el penoso momento en que se ahogaban unos perritos en un estanque poco profundo, cerca de la casa de mi tío, en Eisleben. Estos recuerdos de actos absurdos o imprudentes, han permanecido siempre vivos en mí, tanto más cuanto que la compasiva ternura que siempre me han inspirado los sufrimientos ajenos, y particularmente los de los animales, me han sumido con frecuencia en una gran perplejidad y me ocasionaron en mi infancia extraños accesos de desamor a la vida.

Amoríos:  
Teresa Ringelmann  
El recuerdo de mi primer amorío, es de los más inocentes. Era natural que una de las jóvenes coristas a las que daba cotidianamente lecciones, acabara por llamar mi atención. Teresa Ringelmann, hija de un sepulturero, poseía una hermosa voz de soprano, y yo me figuraba que haría de ella una gran cantante. Después que le di cuenta de mis intenciones para con ella, Teresa se vestía con particular esmero cuando tenía que acudir a los ensayos. Sobre todo, excitaba agrada-



blemente mi imputación una cadena de perlas falsas que lucía en torno a su hondosa cabellera. Estaba entonces solo en Wurtzburg y daba a Teresa lecciones de canto según un singular método, que aun hoy día no alcanzo a comprender. Frequentaba su casa, y aun cuando no encontraba nunca a su tético padre, veía siempre a su madre y su hermana. Nos citábamos a menudo en los paseos públicos, pero un sentimiento poco honroso me privaba de confesar a mis camaradas mi aventura amorosa. ¿Era a causa de la situación modesta de la familia o de la educación excesivamente rutinaria de Teresa? No podía precisarlo. Sólo sé que, cuando me espolpearon a declararme, y comenzaron a atormentarme los celos, se terminaron aquellas relaciones sociales la menor huella.

Una inclinación más profunda abrigué por Federica Galvani, hija de un mecánico. Se advertía en seguida su ascendencia italiana. Sus disposiciones musicales y su voz, dúctil y aterciopelada, impulsaron a mi hermano a tomarla bajo su protección y a facilitarle su debut en el teatro, donde obtuvo un éxito esperanzador. Menuda, con grandes ojos negros y dotada de un temperamento cariñoso y apasionado, supo enamorar a un buen muchacho, el primer óboe de la orquesta. Todo el mundo afirmaba que estaban prometidos, pero a causa de determinadas circunstancias en el pasado del joven, pasó mucho tiempo antes de que éste se presentase en casa de los padres de Federica para ultimar los detalles del proyectado matrimonio, largamente diferido. En el otoño de aquel año, fui invitado con algunos amigos a una boda pueblerina en los alrededores de Wurtzburg. Asistían también a ella el óboe y su prometida. Se rió abundantemente, se bebió, se bailó, traté incluso de recordar mi antigua destreza de intérprete, pero no logré convencer con el segundo violín a la modesta orquesta. Mis éxitos personales me granjearon la atención de Federica. En una zarabanda endiablada, atravesé varias veces con ella las filas de campesinos; luego, con la creciente animación, fué perdiéndose un cierto comedimiento y mientras el enamorado oficial tocaba música de baile, su prometida y yo llegamos involuntariamente a acariiciarnos y a abrazarnos. Por primera vez en mi vida, experimenté un sentimiento de amor propio, satisfecho al comprobar que el novio, aun cuando se daba cuenta de las inocentes muestras de cariño que Federica me prodigaba, ni siquiera trataba de prohibírselas y se resignaba a su suerte. Jamás hasta entonces había tenido ocasión de observar que podía causar una favorable impresión en una muchacha. No me hacía la menor ilusión acerca de mi físico, que, ciertamente, no podía atraer las miradas de las mujeres, pero había adquirido poco a poco un cierto aplomo en mis relaciones con los compañeros de mi edad. Una viveza poco común y una gran excitabilidad, habían hecho brotar en mí el sentimiento de ser superior a todos los demás y me acuciaba a dominar o a confundir a los más indolentes. Al observar el resignado dolor del desdichado óboe cuando su prometida, con los ojos brillantes, se acercaba a mí, comprendí que algo debía de valer, no sólo a los ojos de los hombres, sino también a los de las mujeres.

El vino de Franconia acabó de turbar los espíritus y en aquel ambiente de enajenamiento acabé por confesar a Federica los sentimientos que me embargaban. Casi al rayar el alba, un carruaje con adrales condujo de nuevo a los invitados a Wurtzburg. Este viaje de retorno constituyó el momento triunfal y delicioso de mi agradable aventura. Mientras todos nuestros compañeros, incluso el melancólico óboe, dormían en embriaguez bajo las caricias de los primeros rayos del sol, yo permanecía despierto, con la mejilla apoyada contra la de Federica, y escuchaba el canto de la alondra anunciando la salida del astro diurno.

Durante los días siguientes apenas tuvimos conciencia de lo que había ocurrido. Un sentimiento de turbación, que no carecía de encanto, nos privaba de acercarnos el uno al otro. Obtuve fácilmente ser recibido por la familia de Federica y, en aquel aposento, de donde había sido excluido el infortunado prometido, era siempre cordialmente acogido cuando iba a pasar unas horas al lado de la muchacha para atestiguarle mi cariño.

Nunca se aludía al músico y nunca pensó Federica en romper su primer compromiso, pues no había acudido a la mente de nadie que yo pudiera reemplazar al novio. La cordialidad con que todos me acogían, y especialmente Federica, parecía un fenómeno natural, como el retorno de la primavera después del invierno. Nadie se entregaba a cálculos mezquinos y burruqueses, y lo que ese amor juvenil tuvo de encantador, fué que nunca dió motivo a la menor preocupación ni al menor desasosiego.

Nuestro idilio terminó con mi marcha de Wurtzburg y los adioses de despedida tuvieron lugar en medio de lágrimas y de demostraciones de cariño. Durante largo tiempo conservé el recuerdo de aquellos amores, pero jamás sostuve correspondencia con Federica Galvani.

Al cabo de dos años, volví a Wurtzburg y fuí a verla. La pobre muchacha se acercó a mí avergonzada. Su novio siguió siéndole fiel, pero sin llegar a efectuarse el matrimonio, era ya madre. Después no he vuelto a saber de ella.

#### Se termina la partitura de «Las hadas»

A pesar de estas distracciones, trabajaba asiduamente en mi ópera. La tierna solicitud de mi hermana Rosalía me dió ánimos para ello. Cuando a principios de los meses de verano, me vi privado de los recursos que me procuraban mis funciones de director de coro, mi hermana se comprometió a proporcionarme algún dinero, de suerte que, no siendo una carga para nadie, pude consagrarme exclusivamente a mi trabajo. Al cabo de algún tiempo encontré una extensa carta que en aquella época dirigió a Rosalía. Los términos de esta misiva atestiguan el tierno y casi místico afecto que me unía a aquel gran corazón.

Al llegar el invierno, regresó mi hermano y el teatro abrió de nuevo sus puertas. Esta vez, sin embargo, no me atrajo su actividad, pues me dediqué especialmente a los conciertos de la «Sociedad de Música», que ejecutó mi «Obertura en do mayor», mi sinfonía y, por último, algunos fragmentos de mi nueva ópera. La señorita Friedel, una diletante que poseía una hermosa voz, cantó la gran aria de «Ada» e interpretóse asimismo un trío, uno de cuyos ejecutantes fué mi hermano. El me confesó que aquella música le había producido un efecto tan inesperado y emocionante, que hizo su entrada con retraso.

#### En Nuremberg

Por las Navidades, mi obra estuvo terminada. Había hecho una copia de la partitura con el mayor esmero y a principios del nuevo año había de estar de vuelta en Leipzig, con objeto de presentarla al director del teatro. Durante el viaje me detuve en Nuremberg, donde permanecí ocho días, en casa de mi hermana y su marido, que actuaban en el teatro de dicha ciudad. Recuerdo todavía la agradable sensación que experimenté al convivir con unos parientes que pocos años antes despedí en Magdeburgo.

Contristados al ver que me dedicaba a la música. A la sazón, mi nombre corraba ya entre los músicos. Había escrito una gran ópera y varias de mis obras se habían representado sin ser silbadas. Este pensamiento me alentaba y tranquilizaba asimismo a mis parientes, que comprendían ahora, con visible satisfacción, que lo que habían considerado como una desgracia, había resultado, a fin de cuentas, un camino prometedor de éxitos. Estaba contento y rebosaba una alegría que se armonizaba con el buen humor de mis huéspedes y con el alborozo que reinaba entonces en los cafés de la ciudad. Regresé a Leipzig lleno de confianza en mí mismo y en el mejor estado de ánimo. Acabado de llegar, mostré a mi querida madre y a mi hermana, que me recibieron jubilosamente, los tres densos volúmenes que formaban mi partitura.

Mi familia había ido en aumento con el retorno de mi hermano Julio, que acababa de efectuar un viaje por Europa. Este, que había trabajado largo tiempo en París como joyero y deseaba establecerse en Leipzig, estaba impaciente, como los demás, por escuchar algún fragmento de mi ópera. Su deseo era difícil de satisfacer. No poseía en absoluto el talento de transmitir a los demás lo que sentía, y para ello precisaba, ante todo, que me sumiera en un estado de fuerte sobreexcitación. Sólo así lograba transferir mis impresiones al alma de mis auditores.

Rosalía había comprendido que hubiera sido mi deseo obligarla a testimoniarme su gran amor hacia mí, pero jamás he sabido exactamente si el abrazo y el beso que me dió por haberle interpretado mi gran aria de «Ada», provenían de una emoción sincera o si simplemente debía achacarlos a su amable complacencia. Sea lo que fuere, no podía, por lo menos, engañarme respecto al celo que desplegó en llevar a cabo las gestiones necesarias cerca del director del teatro Ringelhardt, del director de orquesta y del administrador, hasta obtener la seguridad de que mi obra sería próximamente representada. Quedé agradablemente sorprendido cuando supe que la dirección descaba que se le proporcionaran inmediatamente detalles precisos acerca de los trajes que hablan de llevar los actores en mi obra. Indiqué en el acto que, a pesar de que el nombre de mis héroes indicara que la acción transcurría en los países nórdicos, la indumentaria tenía que ser de estilo oriental. Precisamente la elección de los nombres no fué juzgada acertada, dado que el país de las hadas es el Oriente y no el Norte, y, por otra parte, el original de Gozzi tenía incontestablemente un carácter oriental. Lleno de indignación, me opuse al turbante y al caftán, que estimaba inadmisibles, y reclamé energicamente el indumento guerrero de los caballeros de la más rancia Edad Media.

PERO tenía aún que entenderme con Stegmayer, el director de orquesta. Este singular personaje, pequeño y barrigudo, con unos cabellos rubios como de carnero rizado, era un carácter excepcionalmente retozón, pero al mismo tiempo difícil de comprender. En el café nos pusimos inmediatamente de acuerdo, pero en el piano, con la partitura ante nosotros, me vi forzado a escuchar las más insólitas objeciones, cuyo sentido no se me alcanzó hasta más tarde. Como las cosas se iban dilatando, me puse en contacto con el cantante Hauser, que en aquella época era el artista favorito del público, que ejercía las funciones de «régisseur» de la Opera de Leipzig. Todavía me aguardaban más sorpresas. Este hombre, que había ganado el favor de los auditores con sus interpretaciones de *El barbero de Sevilla* y del «Mylord» de *Fra Diavolo*, se reveló, de pronto, en la intimidad, como un adepto fanático de la música antigua. Me quedé pasmado al oír sus desdeñosas palabras acerca de Mozart y sus lamentaciones de que Juan Sebastián Bach no hubiera compuesto óperas. Después de haberme demostrado que todavía no se había escrito verdadera música dramática y que sólo Gluck estaba dotado para ello, pasó a estudiar aparentemente mi obra. Le supliqué que me dijera si era o no ejecutable, pero en lugar de contestar a mi pregunta, se obstinó en señalarme en cada pasaje los defectos de mi «tendencia». La tortura que aquel hombre me infligía me hacía sufrir lo indecible. Repasar mi ópera con él fué una tarea atroz. Comuniqué mi desaliento a mi madre y mi hermana. Estos aplazamientos sólo sirvieron para imposibilitar la ejecución de mi obra en la fecha preestablecida y tuvo que demorarse la representación hasta el mes de agosto de aquel mismo año de 1834.

#### El viejo director Biercy

AFORTUNADAMENTE, un hecho inolvidable reanimó mi espíritu. Contábase entre nuestros amigos el viejo Biercy, un músico de experiencia y celebrado compositor en sus tiempos, que a causa de haber dirigido durante largos años el teatro de Breslau, había logrado un golpe de vista práctico y exacto. Mi madre y mi hermana le remitieron la partitura de mi ópera, rogándole que nos dijera la opinión que le merecía y si la consideraba o no representable. ¡Cuál no sería mi emoción cuando el anciano músico, al entrar en nuestra casa, nos afirmó con verdadero entusiasmo que no alcanzaba a comprender cómo un hombre tan joven como yo hubiera sido capaz de escribir obra semejante! Expresóse con tal entusiasmo sobre lo extraordinario de mi talento, que experimenté una verdadera sorpresa.

Cuando se le preguntó si juzgaba la ópera representable, limitóse a contestar que lo único que lamentaba era no ocupar la dirección de un teatro, pues hubiera estimado una gran suerte atraerse a un compositor como yo. Sus palabras colmaron de gozo a toda la familia. Conocíamos lo bastante al viejo Biercy para saber que este hombre, adusto y lleno de experiencia, no acostumbra a prodigar en vano lisonjas y zalemas.

Consentimos, pues, con buen humor, en el aplazamiento de la representación y durante cierto tiempo tuve motivos para dejarme mecer por las esperanzas del porvenir.

#### «La joven Europa»

ENTRE tanto, había reanudado una buena amistad con Laube y aunque no le compuse su «Kocziusko», no por ello dejó de alcanzar el cenit de la gloria. Acababa de aparecer la primera parte de su novela epistolar *La joven Europa*, que avivaba grandemente mis esperanzas juveniles. Con la tendencia de este libro, que no era en el fondo más que una reproducción del *Ardinghello*, de Heinse, Laube había sabido dar forma a las aspiraciones que agitaban entonces a la juventud alemana. Con sus críticas estéticas, trataba sobre todo de demostrar la verdadera o pretendida impotencia de los epígonos que ocupaban en aquella época los diferentes tronos de la literatura. Sin guardar para ellos el menor respeto, los trataba (a Tieck, entre otros) de «viejas pelucas», y les acusaba de impedir la aparición de una nueva literatura. Evidentemente, el cambio de opinión que observé en mis propias apreciaciones sobre los compositores alemanes que hasta entonces había admirado y respetado, se debía, en parte, a aquellas escaramuzas

«Las hadas»

«Aceptadas en Leipzig»

Stegmayer  
Hauser

Ingenio idilio

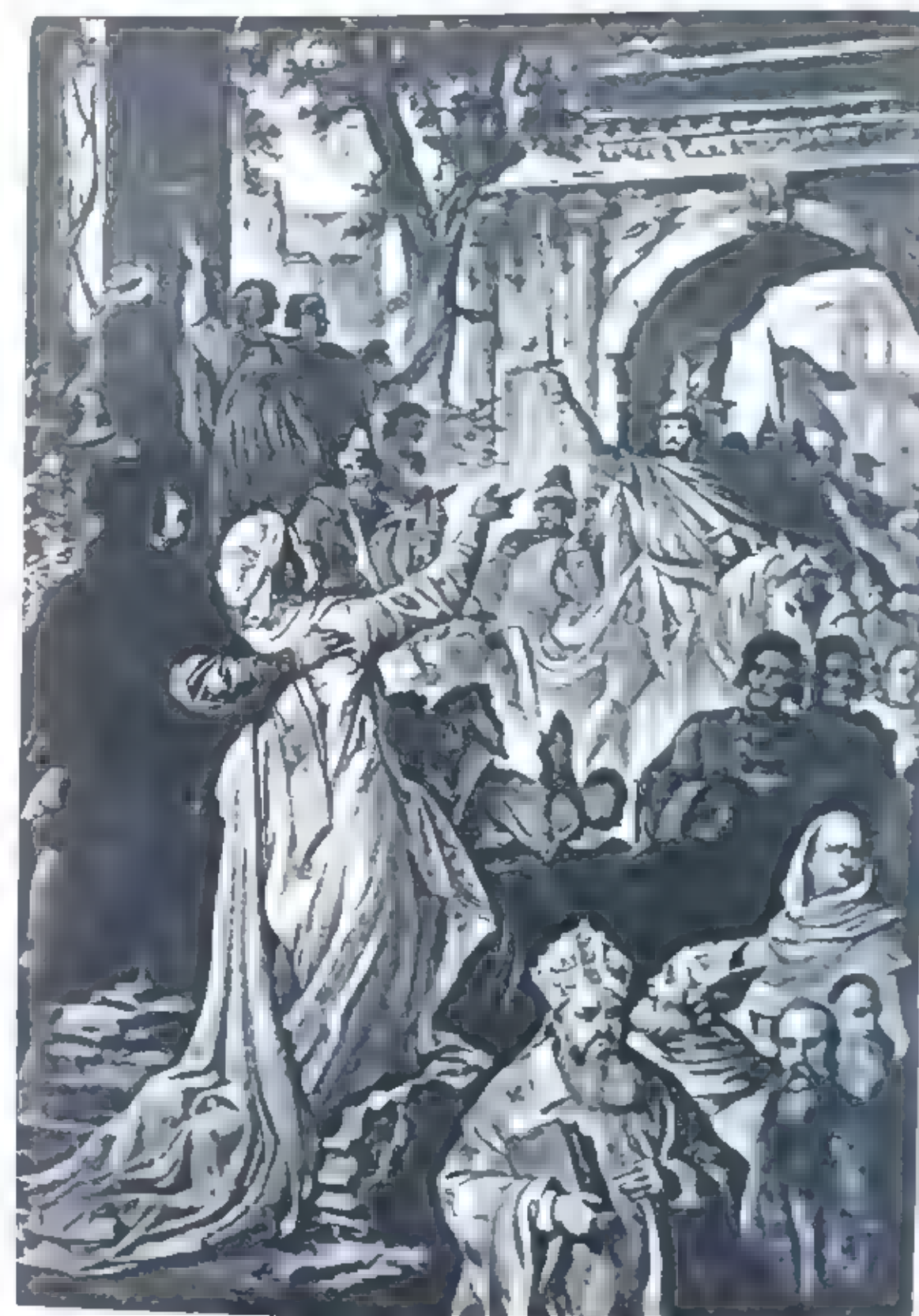
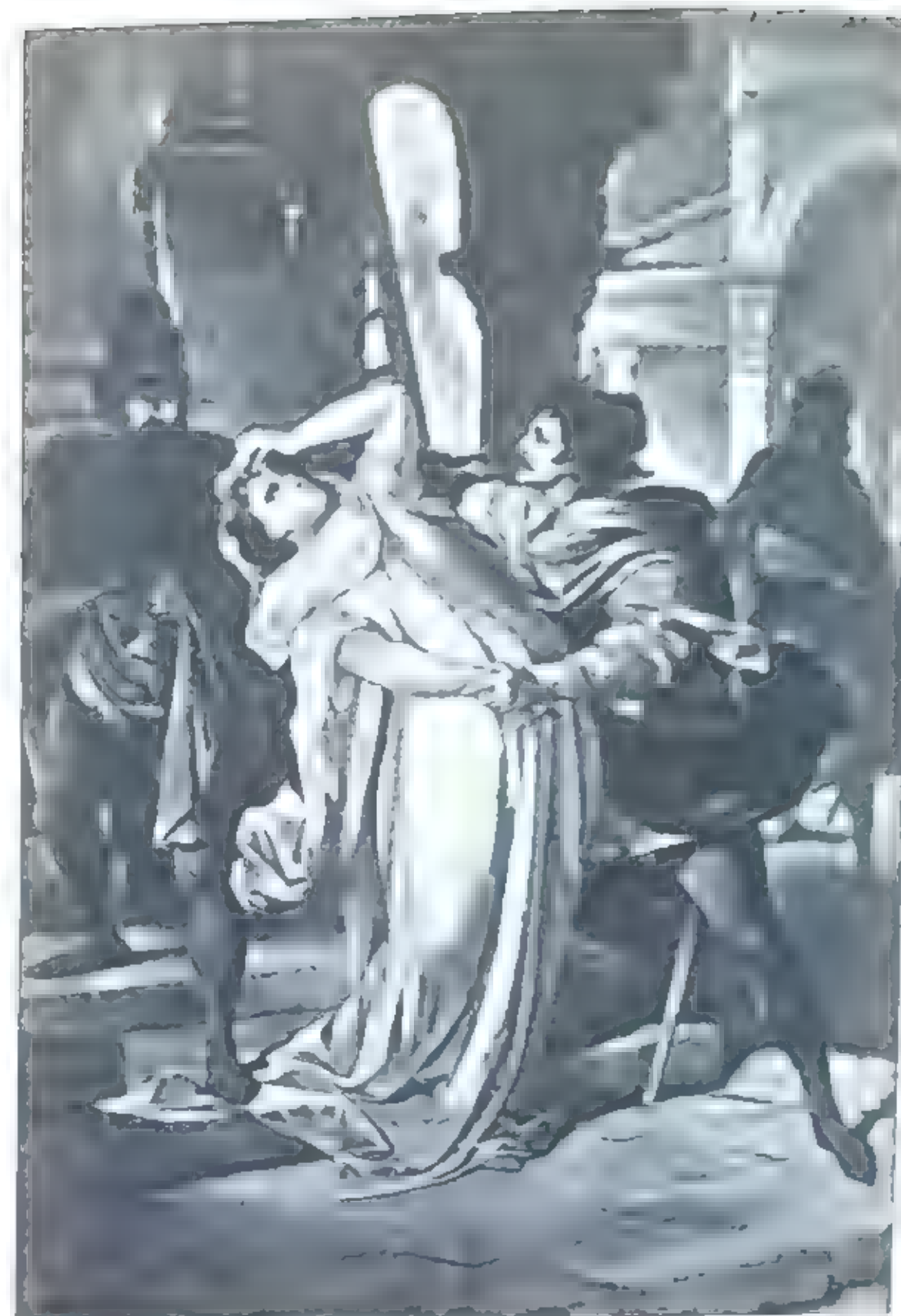




*Escenificación de Rienzi en París en 1869.*

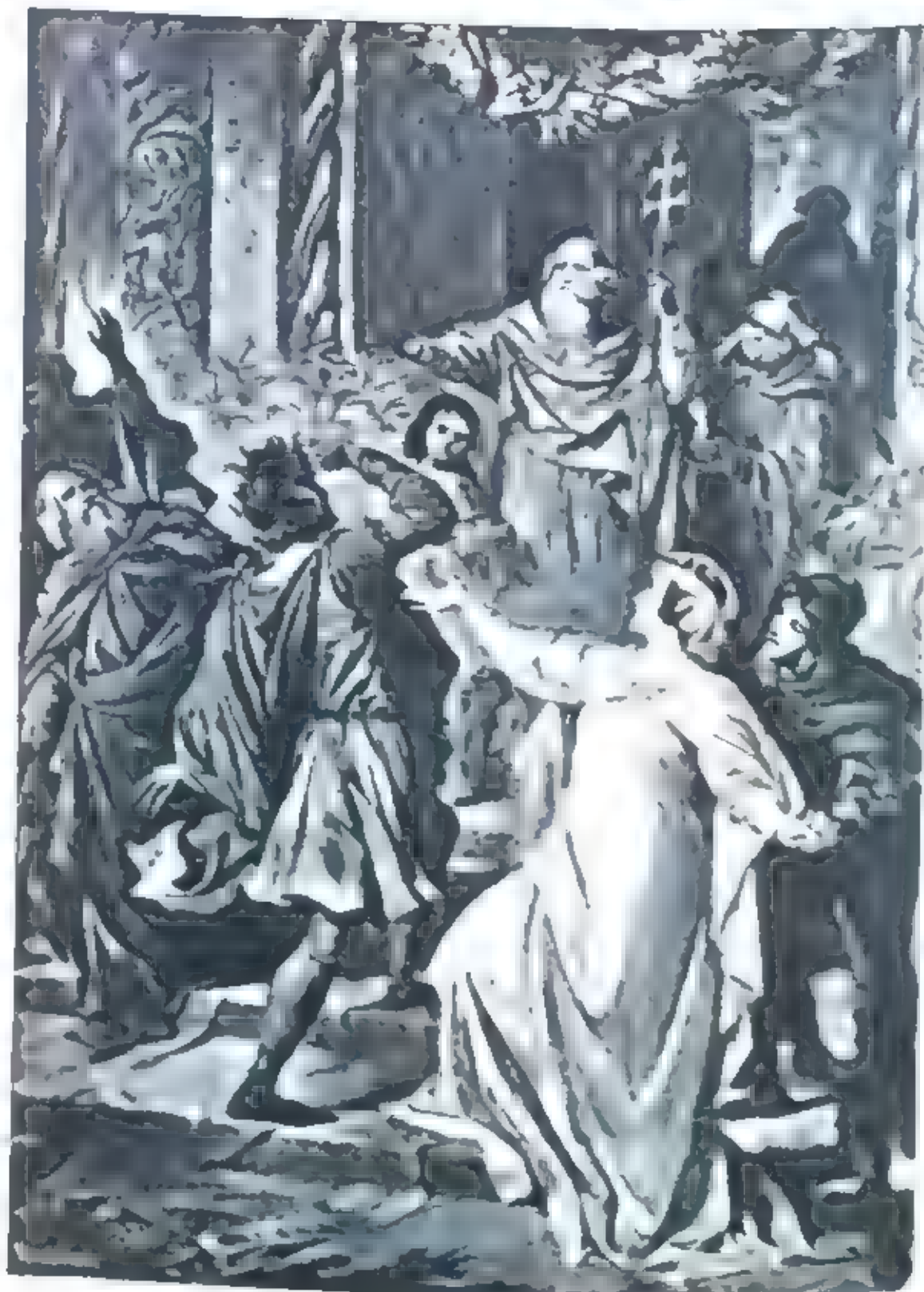


*Rienzi, en dibujo original de Ferd. Leeke.*



*Escena final de Rienzi.*

*Tres escenas distintas de Rienzi, grabados de Theodor Pixis.*





estéticas cuyo tono atrevido y mordaz me encantaba, pero provenía asimismo de la impresión que me había producido una nueva representación de la señora Schröder-Devrient en Leipzig. Esta había interpretado el papel de «Romeo» en *Romeo y Julieta*, de Bellini, y nada puede compararse a las sensaciones que la gran artista nos hizo experimentar. Su actuación había despertado el entusiasmo de los espectadores y aquel esplendoroso éxito daba pie a que uno se preguntara por qué la música alemana, tal cual se había escuchado hasta entonces en el género dramático, producía tan escaso efecto. Y tales reflexiones se imponían por sí mismas cuando uno se daba cuenta de que la profunda impresión producida por el personaje acaloradamente apasionado del joven héroe del amor, había sido logrado a despecho de una música vacua e insípida. Por el momento, no me sumí en estas meditaciones, dejándome arrastrar por la riada de mis ardientes sensaciones juveniles y me aparté involuntariamente de las graves sutilezas que, durante mi primera juventud, me habían impelido hacia un misticismo patético.

Las medietes ejecuciones de Polenz, del Conservatorio de Viena, con su *Nocturno Sinfónico*, de Denis Weber y de otros varios, habían adu- *Lurjanthea, de Weber* terado el gusto que sentía por la música clásica. Lo poco que de él me quedaba se disipó por completo bajo el influjo inconcebible de la música clásica de las músicas. de esa ligera ópera italiana con la que la señora Schröder-Devrient nos había cautivado y embelesado. La poderosa e incomprensible influencia que tales impresiones ejercieron sobre mi discernimiento, se puso de manifiesto en la trivialidad con que escribí, para el *Diario del Mundo Elegante*, una breve reseña de la representación de *Lurjanthe*, de Weber. Esta ópera fué dada en Leipzig poco tiempo antes de la llegada de la señora Schröder-Devrient. Sin embargo, la representación había sido más que mediocre; los cantantes, fríos y apagados, y guardo sobre todo de ella el penoso recuerdo de «Lurjanthe» exhibiéndose en el desierto con mangas de penil, que estaban entonces de moda. La interpretación había discurrido sin demasiado interés ni entusiasmo, lo suficientemente acertada para satisfacer las modestas exigencias del género clásico y lo suficientemente mal para extinguir mis viejos sentimientos de ideal admiración hacia Weber. Cuando un seguidor de las ideas de Laube puso en parangón esa desdichada representación con la de *Romeo y Julieta*, no supe qué contestarle. Se me planteaba un problema que decidí resolver de la mejor manera posible, y, dando muestras de temeridad, aventando todo prejuicio, escribí la crítica a que acabo de referirme y en la que me burlaba abiertamente de *Lurjanthe*.

Si en mi época de estudiante no vacilé en satisfacer mis deseos y apetencias y en expresar cabalmente mis sentimientos, hice entonces lo mismo desde el punto de vista moral y artístico.

Estábamos en mayo y refulgía un hermoso sol de primavera. Un via- *Teodoro Apel* je de placer que emprendí, con un amigo, por Bohemia, la bendita tierra de mi juventud romántica, iba a ampliar mis ideas y mis gustos acerca de *La joven Europa*. Conocía a este amigo — Teodoro Apel — desde hacía mucho tiempo y siempre me halagó haber sabido despertar en él sentimientos de afecto para conmigo. Sentía por primera vez una marcada predilección por el descendiente de un hombre célebre. Hijo de Augusto Apel, Teodoro era un verdadero sabio y un pulquérrimo imitador de las obras poéticas griegas, lo que motivó que se acrecentara aún más la respetuosa amistad que le profesaba. Rico y de buena familia, Teodoro me introdujo en el ambiente confortable de la alta burguesía y me brindó la ocasión de aprender a conocerlo. Nuestra amistad complacía grandemente a mi madre y yo mismo estaba muy contento de la afabilidad con que me recibía en casa de sus padres. Apel deseaba vivamente llegar a ser poeta, y por mi parte estaba plenamente convencido de que poseía todas las cualidades precisas para ello; además, su pingüe fortuna le aseguraba la libertad y le manumitía de ganar su sustento. Cosa extraña, esto atormentaba mucho a su madre. Viuda del célebre Augusto Apel, había contraído segundas nupcias con un jurista y, no abrigando ninguna confianza en los dotes poéticos de su hijo, anhelaba para él la sólida carrera de un hombre de leyes. Esta dama me hizo frecuentar su casa con la esperanza, sobre todo, de que compartiera su modo de ver las cosas, utilizando mi influencia sobre Teodoro para preservarle de la desgracia de tener en su familia un segundo poeta. Esta pretensión de la madre me impulsó más a alentar a mi amigo en su vocación de autor que la opinión favorable que me merecía su talento poético. Llegué a suscitar en él un continuo estado de rebelión contra su familia. Mi amigo no hizo la menor objeción a mis propósitos y, dado que él también estudiaba música y componía con cierta soltura, logré pronto que comulgara totalmente con mis ideas. La circunstancia de que el año en que me entregué a todas mis locuras de estudiante, Teodoro Apel se hallaba en Heidelberg y no en Leipzig, evitó que participara de mis licenciosos desenfrenos.

*Nuevo viaje a Bohemia* CUANDO, en la primavera de 1834, nos encontramos de nuevo en Leipzig, me acuciaban grandemente las preocupaciones estéticas, y dejándonos llevar por la alegría de vivir, nos esforzábamos en cultivar juntos aquellas tendencias. Si el mundo burgués en que vivíamos las hubiera hecho posibles, nos habríamos lanzado con un arrojo optimista a las más extraordinarias aventuras. Pero toda la exuberancia de nuestro instinto vital no alcanzó más que a elaborar un proyecto de viaje a Bohemia. Algo era, sobre todo si, en lugar de efectuarlo en una diligencia, lo llevábamos a cabo en un coche particular. Experimentábamos un placer siempre renovado — como en Teplitz, por ejemplo donde permanecimos varias semanas —, paseándonos diariamente en nuestro elegante vehículo. Cuando en la «Wilhelmsburg» nos habíamos regalado con truchas, catado el buen vino de Czernosek con un aditamento de agua de Bilin, discutido hasta la saciedad sobre Hoffmann, Beethoven, Shakespeare, el *Ardinghello* de Heine y otros autores, y cuando, por último, confortablemente retrepados en nuestra bella carroza, regresábamos, en el crepúsculo de una tarde de verano, al hotel «Rey de Prusia», nos figurábamos haber pasado un día de jóvenes dioses. Y, una vez en el elegante aposento con balcón que habíamos en el primer piso, no sabiendo cómo dar libre curso a nuestra plenitud de vida, comenzábamos a discutir tan acaloradamente, con las ventanas abiertas, que la muchedumbre, inquieta, se congregaba en la plaza, frente al hotel.

*Proyecto de ópera: «Se prohíbe amar»* UNA hermosa mañana dejé a mi amigo para ir a almorzar solo en el «Schlackenburg» y aprovechar la ocasión para anotar en mi carnet el bosquejo de una nueva ópera. Eché mano de la obra de Shakespeare *Medida por medida* y, de acuerdo con mi estado de ánimo de entonces, la transformé libremente en un libreto de ópera, que intitulé *Liebesverbot, «Se prohíbe amar»*. *La joven Europa* y *Ardinghello*, robun-

tecidas por la singular antipatía que sentía por la música clásica, dieron el tono fundamental a mi concepción. La obra, orientada sobre todo contra el puritanismo hipócrita, era una osada glorificación de la «libre sensualidad». Sólo en este sentido me esforzaba en interpretar el tema profundo de Shakespeare. Unicamente vela en él a un sombrío y austero gobernador enamorado con loca pasión de una joven novicia, en el momento en que ésta le suplica que indulte a su hermano, condenado a muerte por un delito de amor. Los vehementes sentimientos de la muchacha, movida por lo humanitario de su cariño fraternal, encendieron una llama culpable en el corazón del rígido puritano. Poco me importaba que Shakespeare desarrollara con tanta hondura esos poderosos sentimientos con objeto de hacer sentir su peso en la balanza de la justicia. Yo sólo quería una cosa: sacar a luz la inmoralidad de la hipocresía y cuanto existe de contrario a la naturaleza en la cruel rigidez de las leyes morales. Por eso renuncié completamente a la tendencia de *Medida por medida* y condené al hipócrita a ser víctima del amor vengador. En lugar de situar la intriga en la Viena fantástica de Shakespeare, hice desarrollar la acción en la capital de la ardiente Sicilia, donde un gobernador alemán, indignado por las costumbres licenciosas de la población, procede a una reforma austera que desemboca en un lamentable fracaso. Para tales transformaciones eché mano, sin duda, de *La muda de Portici* y de los recuerdos que guardaba de *Las vísperas sicilianas*. Y cuando pienso, además, que el mismo dulce Bellini influyó en cierto sentido mi composición, la extraña mezcla que formaban elementos tan dispares, hace asomar la sonrisa a mis labios.

Pero, por el momento, todo ello no pasó de ser un proyecto. Quería *Las condesas* aprovechar aún mi venturoso viaje en Bohemia para proseguir mis estudios sobre la propia vida; y conduje triunfalmente a mi amigo hasta *Pachta* Praga, con objeto de procurarle las sensaciones que tan profunda impresión me habían causado. Encontramos en esta ciudad a mis bellas amigas. La muerte del viejo conde Pachta había modificado notablemente las costumbres de la familia, que no residía ya en Pravonin. Mi conducta hacia ellas fué, en verdad, arrogante y llena de extravagancias. Me acuciaba el afán de vengarme de las acerbas impresiones que aquel ambiente me había dejado en otros tiempos. La fortuna de las condesitas había mermado considerablemente y las afables muchachas se veían obligadas a tomar una decisión con objeto de asegurar su porvenir. Esto constituía la preocupación de su madre, que opinaba que un burgués — con tal de que no fuera precisamente un tendero — sería una buena solución. La presentación de mi amigo Teodoro produjo, pues, en la familia una gran sensación. Sin experimentar ni revelar ningún enojo por el forzado cambio que se había operado en los gustos de las muchachas, me divertía con ello, entregándome a las más extravagantes ocurrencias. Las muchachas no comprendían que yo hubiera podido cambiar tan radicalmente. No me aguijoneaban ya mis antiguos afanes de armar camorra, ni mis deseos de morigeración, ni mi celo en imponer mis puntos de vista, en fin, nada de cuanto antes les había desagradado. Pero no se trataba tampoco de oír de mí una palabra sensata. Las condesitas, que hubieran deseado discutir conmigo algún tema enjundioso, sólo obtenían por respuesta las ocurrencias más disparatadas. Y como yo me permitía ciertas libertades de lenguaje, cuya respuesta obligaba a las muchachas a debatirse en la impotencia, no tardé en comportarme como un verdadero insensato. Cuando Teodoro, incitado por mi ejemplo, quiso hacer lo mismo, fué muy mal acogido. Sólo una vez las cosas se pusieron serias. Sentado al piano, escuché cómo mi amigo cantaba a aquellas damitas que, en el curso de una conversación que mantuve en el hotel, tuve oportunidad de describir a alguien en términos elogiosos las notables dotes domésticas de mis amigos, y que mi interlocutor manifestó por ello una gran sorpresa. La referencia a unas actividades que consideraba muy propias de la mujer, suscitó en las condesitas un inopinado gozo y adquiriendo, por mi parte, el sentimiento cierto de que aquellas desdichadas contaban ya con bien tristes experiencias. En esto, Jenny corrió hacia mí, me rodeó el cuello con sus brazos y me besó. Me reconocían, pues, tácitamente el derecho a mostrarme todavía más impertinente, pero yo sólo correspondí a las efusiones de la muchacha con guasas y bromas estúpidas.

*Alegres veladas en «El Caballo Negro»* CUANDO no lograba apurar, en la morada de los Pachta, la exuberancia de mi buen humor, encontraba en el hotel «El Caballo Negro», donde residíamos, y que gozaba entonces de gran reputación, terreno propicio para ello. Con los dispares elementos que se sentaban en nuestra mesa, habíamos formado una peña y cometíamos mil dislates hasta medianoche. Me consagraba especialmente a un comerciante de Francfort, sobre el Oder, hombre menudo, muy miedoso, y que se jactaba de ser muy temerario. Que existiera en el mundo un hombre nativo de Francfort sobre el Oder y no sobre el Mein, se me antojaba ya de por sí una cosa extravagante. Quien esté informado acerca de lo que era Austria en aquella época, puede hacerse una idea de mi audacia al saber que una noche llegué a hacer cantar «La Marsellesa» a voz en grito a todo nuestro clan, reunido en el comedor. A través de las abiertas ventanas, el canto sedicioso resonó en una buena parte de la ciudad. Después de esta brillante acción subí a mi habitación, pero en lugar de acostarme, me paseé medio vestido de una ventana a otra del segundo piso, caminando por la cornisa más saliente. Mis equilibrios causaron, naturalmente, gran espanto a quienes ignoraban mi habilidad innata para los ejercicios de acrobacia.

Llevé a cabo mis proezas con notoria intrepidez, pero al día siguiente recibí una convocatoria de la policía y puse con gran zozobra en «La Marsellesa».

Inadvertidamente se me hizo esperar una eternidad en la Jefatura de Policía y cuando, por último, me hicieron comparecer ante el comisario, éste me dijo que no tenía tiempo para interrogarme. Después de haber contestado a unas preguntas insignificantes acerca de la duración de mi estancia en la ciudad, me pusieron en libertad. A partir de aquel día, nos guardamos muy mucho de meternos en enredos y entrapelas en el Imperio del águila bicéfala.

*Regreso a Leipzig* Después de seguir algunos otros derroteros con objeto de colmar nuestra insaciable sed de aventuras románticas, regresamos, por último, a Leipzig. A decir verdad, tales aventuras sólo existían en nuestra imaginación, pues se limitaron a unas modestísimas distracciones de viaje. Aquel retorno señala la fecha precisa en que se termina la fase verdaderamente desocupada y jubilosa de mi vida. Si ésta no había estado exenta de extravíos y pasiones, desconocía, por lo menos, una cosa: *las preocupaciones*. En adelante ya no podía decir lo mismo.



Mi familia había aguardado con impaciencia mi regreso, pues te-  
 nían que comunicarme que me había sido ofrecido el cargo de *Ofrecimientos*  
 director de orquesta en la compañía del Teatro de Magdeburg, la *para Lauchstaedt*  
 cual daba durante los meses de verano una serie de representaciones en la  
 ciudad termal de Lauchstaedt. Con el inepto director de orquesta que se le  
 había asignado, el director del teatro no lograba salir de apuros, por lo que  
 escribió a Leipzig solicitando que le enviaran otro más capacitado. El maes-  
 tro de capilla Stegmayer, que a pesar de su promesa no abrigaba la menor  
 intención de estudiar en plena canícula la partitura de *Las hadas*, me reco-  
 mendó con gran interés para aquel puesto. De este modo pensaba librarse  
 de mis trapisondas. Me tentaba, en efecto, aceptar el ofrecimiento, pues, al  
 mismo tiempo que deseaba lanzarme definitivamente a la vida artística, me  
 acuciaba la necesidad de gozar de una independencia absoluta, lo que sólo  
 era posible subviniendo yo mismo a mi manutención. Sin embargo, me asal-  
 taba el presentimiento de que en Lauchstaedt no podría nunca satisfacer mis  
 deseos, y, por otra parte, no me avenía a dejarme coger benévola-mente en la  
 trampa que se me tendía con objeto de eludir el compromiso contraído de  
 representar *Las hadas*. Resolvi, pues, efectuar una visita a Lauchstaedt para  
 darme cuenta en principio de la situación que allí me aguardaba.

En tiempos de Goethe y de Schiller, aquella estación balnearia había  
 adquirido gran renombre. El teatro, construido de madera, había sido edi-  
 ficado según planos de Goethe. En él había tenido lugar el estreno de  
*La novia de Mesina*. Pero, a pesar de todo ello, la ciudad me produjo una  
 impresión desagradable. Pregunté por el director y me indicaron su casa.  
 Había salido, y un chiquillo bastante desaseado me acompañó hasta el tea-  
 tro donde debía de hallarse *papá*. Lo encontramos por el camino. Era un  
 hombre de avanzada edad, que llevaba un batín y se tocaba con un gorro.  
 Me saludó afectuosamente. Pero atajó inmediatamente sus demostraciones para  
 quejarse de una fuerte jaqueca, y para combatirla envió a su hijo al café  
 más cercano, a buscar un *schnaps*, alargándole para ello, con cierta ostenta-  
 ción, una moneda de plata.

ESTE director era Enrique Bethmann, viudo de la célebre ac-  
 triz Bethmann, que aún había pertenecido a la floreciente época *El director*  
 de la escena alemana. La artista consiguió tal ascendiente sobre *Enrique Bethmann*  
 el rey de Prusia, que su valimiento se perpetuó en la persona de su marido  
 hasta mucho tiempo después del fallecimiento de la actriz. Bethmann per-  
 cibía una crecida pensión de la Corte de Prusia y a pesar de la vida ligera  
 y desordenada que llevaba, gozaba todavía de aquella alta protección. Por  
 el momento, sus funciones de director de compañía remozado, su lenguaje y  
 sus maneras denunciaban aún la afectada distinción de una época fenecida,  
 pero todo cuanto hacía y le rodeaba, atestiguaba una lamentable caducidad.

Me condujo a su casa y me presentó a la «señora directora» que,  
 parálitica de una pierna, estaba tendida sobre un extraño cana- *El administrador*  
 pé. Le hacía compañía un pequeño anciano que fumaba en pipa. *Schmale*  
 Bethmann, sin reparar en sus palabras, se lamentó conmigo de las asidui-  
 dades de ese visitante. Luego, el director me acompañó al piso del adminis-  
 trador, que residía en la misma casa. Le hallamos en plena conferencia con  
 un empleado del teatro, un viejo esqueleto desdentado, ocupándose del re-  
 pertorio. Bethmann me dejó con el administrador, encomendándole que me  
 pusiera al corriente de cuanto pudiera interesarme. Schmale se encogió de  
 hombros, sonrió y me declaró que el director no se cuidaba de nada y solía  
 confiarle todo a él. «Hace ya una hora — dijo — que estoy discutiendo con  
 Kröge lo que podríamos poner en escena el próximo domingo. Hubiera que-  
 rido anunciar *Don Juan*, pero ¿cómo nos las arreglaremos para el ensayo,  
 dado que la Banda Municipal de Merseburg, cuyos miembros componen la  
 orquesta, no pueden estar aquí el sábado?» Y mientras iba diciendo esto,  
 Schmale alargaba el brazo a través de la ventana, hacia las ramas de un ce-  
 rezo, cogía unos frutos, se los comía y escupía los huesos haciendo un ruido  
 abominable. Esto ejerció decisiva influencia en mi determinación, porque,  
 cosa extraña, siempre he sentido una especial aversión por las frutas.

DECLARÉ al administrador que no se preocupara más por el *Don*  
*Minna Planer* *Juan* del próximo domingo, pues aún en el caso de que se contara  
 conmigo para dirigirlo, me veía obligado a desistir de ello y regre-  
 sar en seguida a Leipzig por asuntos personales. Esta manera cortés de re-  
 husar el cargo que estaba decidido a no aceptar, me obligó a algunas disimulaciones.  
 Como no abrigaba el propósito de volver a Lauchstaedt, tuve que  
 ocuparme de varias cosas, en verdad inútiles. Me dediqué, pues, a buscar  
 un alojamiento. Un joven actor que conocí casualmente en Wurtzburg, se  
 brindó a acompañarme. Al dirigirnos hacia la mejor casa — según afirmaba —  
 de la ciudad, me explicó que, además de esta ventaja, la vivienda poseía la  
 de tener como inquilina a la más hermosa y amable muchacha que en aquel  
 momento había en Lauchstaedt: la primera dama joven de la compañía, la  
 señorita Minna Planer, de la que ya había oído hablar.

Quiso el azar que nos cruzáramos justamente con ella al trasponer el um-  
 bral de la puerta. Su continente y sus modales contrastaban de una manera  
 singularmente agradable con todo cuanto había visto en el teatro aquella ma-  
 ñana fatal. De aspecto gracioso, fresca y lozana, se observaba en la joven  
 actriz una gran reserva en sus maneras y un cuidadoso aplomo en sus movi-  
 mientos, lo que prestaba a la sonriente expresión de su rostro una amable y  
 atractiva dignidad. Su vestido elegante, y comedido, completaba la impre-  
 sión de sorpresa que me había causado el encuentro con ella.

Le fui presentado en el vestíbulo, en mi calidad de nuevo director de  
 orquesta. Al oír este título, conferido a un recién llegado tan joven, me miró  
 asombrada de pies a cabeza. Luego, con gran amabilidad, me recomendó a la  
 propietaria y con paso seguro y altanero cruzó la calle para dirigirse al  
 ensayo.

Inmediatamente alquilé la habitación; prometí dirigir *Don Juan* y, la-  
 mentando no haber traído conmigo mis maletas de Leipzig, fui apresurada-  
 mente a buscarlas, con el propósito de volver a Lauchstaedt con más premura  
 todavía.

LA suerte estaba echada. Comenzaba para mí la vida en serio, con  
 su bagaje de arduas experiencias. En Leipzig tuve que despedirme  
 de Laube, lo que implicaba en verdad ciertos riesgos. Atendiendo a recla-  
 maciones de Prusia, se le había expulsado de Sajonia. Laube comprendía muy  
 bien el alcance y la importancia de esta medida. La reacción contra el mo-  
 vimiento liberal en los años que siguieron a 1830, se manifestaba abierta-  
 mente. Las medidas decretadas contra Laube, me parecieron en principio  
 inconcebibles; no había intervenido en ninguna aventura política, y única-

mente si ejercido su actividad literaria en el campo de la estética. La odiosa  
 ambigüedad que encerraban todas las respuestas que daban las autoridades  
 a las preguntas que Laube les dirigía para informarse acerca de las causas  
 de su expulsión, llenaron a mi amigo de inquietud. Por otra parte, siendo  
 Leipzig un terreno propicio para sus trabajos literarios, no le interesaba tam-  
 poco alejarse de la ciudad.

Mi amigo Apel poseía en territorio prusiano, a algunas horas de Leip-  
 zig, una hermosa mansión señorial. Si Laube encontrara allí hospitalidad,  
 estaría a cubierto de toda persecución. Mi amigo Teodoro, a quien le era  
 posible proporcionar el asilo al perseguido, sin correr por ello el riesgo de  
 enemistarse con las autoridades, se apresuró a acceder al ruego que le for-  
 mulamos. Pero al día siguiente, después que hubo hablado con su familia,  
 nos expresó su temor de que la protección que dispensara a Laube le aca-  
 rrara algún compromiso. Este se limitó a sonreír con una expresión que mas  
 adelante tuve la certidumbre de que se reflejaba asimismo en mi propio sem-  
 blante.

Se despidió de nosotros, y al cabo de algún tiempo nos enteramos que  
 a consecuencia de una nueva información abierta contra los antiguos miem-  
 bros de la «Burschenschaft», había sido detenido y encerrado en las cár-  
 celes de Berlín, llamadas «Stadtvoigtei».

Esto me proporcionó dos experiencias que pesaron en mi ánimo como una  
 losa de plomo. Me apresuré a arreglar mi maleta, me despedí de mi madre  
 y de mi hermana y abracé decididamente mi carrera de director de orquesta.

PARA seguir ocupando la pequeña habitación situada encima del apo- *Simpatía*  
 sento de Minna, precisaba someterme a los propósitos de la empresa *por Minna*  
 teatral de Bethmann. No se tardó, en efecto, en representar *Don Juan*,  
 pues el director, que blasonaba de proteger a sus colegas, juzgó esta ópera  
 muy apropiada para el debut de un joven artista perteneciente a buena  
 familia y lleno de buena voluntad. A pesar de que, excepto mis propias  
 composiciones instrumentales, no había dirigido aún ninguna orquesta, es-  
 pecialmente de ópera, los ensayos y la representación transcurrieron bastante  
 bien. Solamente el recitado de «doña Ana» careció alguna vez de precisión.  
 Sin embargo, este defecto no me acarreó ninguna crítica, y aun cuando en  
*Lumpaci Vagabundus*, que tuve ocasión de estudiar desde la primera hasta  
 la última nota, me mostré activo e infatigable, y todo el mundo depositó su  
 plena confianza en el nuevo miembro de la compañía. Si ejercí sin acritud  
 y hasta con buen humor este cargo, poco en consonancia con mis aptitudes  
 musicales, ello debe atribuirse más a mis relaciones con Minna Planer que  
 a la decadencia de mi gusto en aquellos años que yo denominaría la edad  
 ingrata de mi vida artística. En la fantasía burlesca *Lumpaci Vagabundus*,  
 Minna interpretaba el papel de «Hada amorosa». Y una hada parecía, real-  
 mente, en aquel mundillo frívolo y vulgar que constituía la compañía Beth-  
 mann. Uno se preguntaba cómo aquella muchacha se había sumido en tal  
 torbellino que, no obstante, apenas la rozaba. Mientras las otras actrices,  
 sobre todo las de ópera, no eran más que las habituales y ajadas caricaturas  
 de comediantas, la hermosa Minna sobresalía de cuantas la rodeaban por su  
 continente grave y sin afectación, su esbelta elegancia y la ausencia de todo  
 preciosismo teatral o de fatuidad artística.

Un solo actor, dotado de análogas cualidades a las de Minna, podía com-  
 pararsele: Federico Schmitt. Acababa de ingresar en el teatro y, en posesión  
 de una admirable voz de tenor, esperaba cosechar grandes laureos en la ópera.  
 También Schmitt descollaba del resto de sus compañeros por la austera ama-  
 bilidad con que atendía a sus estudios de canto. El timbre viril y expresivo  
 de su voz, su pulcra y clara dicción y la manera inteligente con que mati-  
 zaba las frases, ha sido siempre, a mi entender, un admirable ejemplo. Des-  
 graciadamente, su falta de talento teatral y la torpeza en que se movía sobre  
 las tablas, entorpecieron pronto los progresos de una carrera que prometía  
 ser brillante. Para mí siguió siendo un hombre inteligente y original, de un  
 carácter íntegro y honrado y digno, en todos los aspectos, de frecuentar su  
 amistad.

LA amistad con mi amable vecina se convirtió, al cabo de *Relaciones afectuosas*  
 con Minna poco tiempo, en un delicioso hábito. Minna Planer corres-  
 pondía a las insinuaciones ingenuamente vehementes del di-  
 rector de orquesta de veintiún años con una benévola sorpresa y una falta  
 absoluta de coquetería. Pronto mantuvimos relaciones amistosas y familiares.  
 Una noche que volví tarde a casa y me había olvidado la llave, traté de en-  
 trar por la ventana. Mis ruidosas maniobras llamaron la atención de Minna,  
 que se asomó a la de su habitación. De pie en el alféizar, solicité de ella per-  
 miso para darle las buenas noches. Minna no tuvo ningún inconveniente en  
 ello, siempre que yo me mantuviera afuera, pues la puerta de su habitación  
 permanecía siempre cerrada a fin de que nadie pudiera entrar. Inclínandose  
 hacia mí, me tendió afectuosamente la mano, que logré aprisionar entre  
 las mías.

Al cabo de poco tiempo, sufrí una erisipela, afección que se me declaraba  
 con cierta frecuencia. Con el rostro hinchado y deformado, permanecía en  
 mi sórdida habitación y Minna venía a menudo a verme. Me cuidaba y ase-  
 guraba que mi rostro inflado no le causaba ninguna repugnancia. Una vez cu-  
 rado, fui a visitarla quejándome de un grano en los labios que me había pro-  
 ducido la erupción. Le supliqué que me perdonara si me presentaba ante ella  
 en tal estado. Una vez más afirmó que no me preocupara de ello. Le pregunté  
 entonces si, a pesar de todo, consentiría en darme un beso, demostrándome  
 inmediatamente que tampoco esto la atemorizaba. En todos sus actos reve-  
 laba Minna un cariñoso sosiego en el que había no sé qué de maternal y  
 que no autorizaba en modo alguno a atribuir a su modo de ser, ligereza o  
 insensibilidad.

UNAS semanas más tarde, la compañía salió de Lauchstaedt para *Con la compañía*  
 a Rudolstadt pasar el resto del verano en Rudolstadt, donde dió algunas re-  
 presentaciones. Me hubiera gustado efectuar este viaje, en aque-  
 lla época bastante azarosa, en compañía de Minna, y se hubiera satisfecho  
 fácilmente mi deseo de haber logrado percibir mis honorarios, de sobras me-  
 recidos, como director de orquesta. Pero en mis entrevistas con el director  
 Bethmann, me salieron al paso dificultades extraordinarias que en el curso  
 de aquellos años fatales se hicieron crónicas y me ocasionaron los mayores  
 contratiempos.

Según me dijeron, un solo privilegiado percibía regularmente en Lauch-  
 staedt, sus honorarios: era Kneisel, a quien conocí fumando su pipa en casa  
 de la directora inválida. Me informaron que si quería conseguir algún di-  
 nero, era absolutamente necesario que hiciera la corte a la señora Bethmann.  
 Esta vez preferí recurrir a mi familia, y fui primero a Leipzig en busca del



La boutique de l'abbé abandonnée à  
 Saul Foucher de Rivail le 27  
 du hollandais de l'abbé moyennant la  
 somme de cinq cents francs, que je  
 tiens prélever sur les droits d'auteur  
 que pourra produire cette pièce.  
 Ce Vendredi  
 27 juillet 1841  
 Richard Wagner.

Recibo de venta del texto de "El Holandés Errante",  
 firmado por Wagner el 2 de julio de 1841.

Cartel anunciador de "El Holandés Errante",  
 el 2 de enero de 1843.



Friedrich Schorr en el  
 papel del Holandés.

1<sup>re</sup> Vorstellung im vierten Abonnement.  
 Königlich Sächsisches Hoftheater.

Montag, den 2 Januar 1843.

Zum ersten Male:

# Der fliegende Holländer.

Romantische Oper in drei Akten, von Richard Wagner.

Personen:  
 Daland, norwegischer Kaufmann. — Der Rittm.  
 Senta, sein Tochter. — Frau, Oberste-Oberster.  
 Aelt, der Jäger. — Der Rittm.  
 Aelt, der Jäger. — Der Rittm.  
 Der Herrmann Daland. — Der Rittm.  
 Der Holländer. — Der Rittm.  
 Senta, der Rittm. — Der Rittm.  
 Senta, der Rittm. — Der Rittm.

Erhöhet sich an der Seite des Orchesters Nr. 24.

Kronk. Drei Dittmer.

## Ginfah. Preise:

Ein Platz in der Loge des ersten Rang	12
Ein Platz in der Loge des zweiten Rang	10
Ein Platz in der Loge des dritten Rang	8
Ein Platz in der Loge des vierten Rang	6
Ein Platz in der Loge des fünften Rang	4
Ein Platz in der Loge des sechsten Rang	3
Ein Platz in der Loge des siebten Rang	2
Ein Platz in der Loge des achten Rang	1
Ein Platz in der Loge des neunten Rang	1
Ein Platz in der Loge des zehnten Rang	1

Die Plätze sind nur am Tage der Vorstellung gültig, und nachher nicht mehr zu benutzen.

Der Verkauf der Plätze gegen hiesige bare Bezahlung findet in der, in dem neuen  
 Theat. des Königl. Hoftheaters, auf der rechten Seite, nach der Uhr zu, von  
 9 Uhr bis Mittag 12 Uhr, und Nachmittags von 3 bis 4 Uhr statt.

Alle zur hiesigen Vorstellung befristete und zugefagte Plätze sind vor Mittag um 9 Uhr  
 längstens zu besetzen, andernfalls werden andere verkauft.

Der freie Ginfah befördert sich bei der heutigen Vorstellung nach auf die  
 zum Hoftheater gehörigen Personen und die Mitglieder des Königl. Hoftheaters.

Ginfah um 5 Uhr. Anfang um 6 Uhr.  
 Ende um 8 Uhr.

Maria Jeritza como Senta.





peculio necesario para ir a Rudolstadt, lo que sorprendió y entristeció a mi madre. Mi amigo Apel vino con su coche a buscarme a Lauchstaedt y me obsequió con un ágape en el hotel de la ciudad, en el que reinó un gran jolgorio. Recuerdo que en tal ocasión, uno de los invitados consiguió hacer añicos una enorme estufa de loza que había en el comedor, aunque al día siguiente, por la mañana, ninguno de los comensales hubiera podido explicar como se las arregló para llevar a cabo tamaña destrucción.

En mi viaje a Rudolstadt visité Weimar por primera vez. Bajo la lluvia, contemplé la casa de Goethe con una curiosidad exenta de emoción. Había esperado otra cosa.

Las impresiones de la animada vida teatral de Rudolstadt no han dejado, ciertamente, honda huella en mi ánimo. Aun cuando no estuviera encargado de dirigir la orquesta, por haber sido encomendadas estas funciones al maestro de capilla del príncipe, estaba abrumado de trabajo. Consistía mi misión en enseñar las numerosas óperas y cantatas con que se iba a regalar el público del Principado durante el período de las fiestas de «tiro al papagayo». Durante mi estancia en Rudolstadt, no efectué ninguna excursión por la risueña campiña de aquel bello país. Si durante las seis semanas que permanecimos en la ciudad no hubieran bastado mis laboriosos y mal pagados trabajos para retenerme en ella, me habrían sujetado dos verdaderas pasiones: el afán por terminar mi poema *Liebesverbot*, y mi creciente inclinación por Minna.

TRAZABA al mismo tiempo el bosquejo de una composición musical, una sinfonía en *mi mayor*, de la que había casi terminado la primera parte (compases de 3/4). La realización de mi trabajo había sido influida por la séptima y octava sinfonías de Beethoven, y creo que si hubiera terminado esta obra, o por lo menos conservado lo que había escrito, no me sonrojaria de ella. Pero ya en aquella época comenzaba a comprender que, después de Beethoven, era imposible crear algo nuevo o sobresaliente en el género sinfónico. En cambio, la ópera, a pesar de que verdaderamente nada veía en ella que pudiera servir de modelo, me atraía por la variedad de sus formas artísticas. Poseído de los más diversos y apasionados sentimientos, dediqué mis escasas horas de ocio a terminar el poema de mi nueva obra y consagré a su lenguaje y a sus versos una mayor atención que al texto de *Las hadas*. Y tenía además, más confianza en mí mismo que en anteriores ocasiones para la creación de situaciones y para el desenvolvimiento de las escenas.

POR otra parte, conocí entonces las primeras penas y preocupaciones que producen los celos. Minna, que hasta entonces se había mostrado franca y cariñosa conmigo, cambió de pronto, de modo incomprensible, su manera de ser. Parece que mis ingenuos esfuerzos para conseguir sus favores, valieron a Minna no pocas críticas. Sin embargo, cualquier observador atento hubiera podido darse cuenta fácilmente que no abrigaba la menor intención de contraer unas relaciones más íntimas y que mi vehemencia juvenil se satisfacía con poco. La conducta de Minna me sorprendió, y más aún sus explicaciones, por las que me dió a entender que deseaba saber a qué atenerse, y si mis intenciones eran formales. Sabía que Minna sostenía relaciones con un joven aristócrata que yo había conocido en Lauchstaedt, quien venía a verla con frecuencia y sentía por ella una cordial y sincera inclinación. Los amigos de Minna la creían prometida al señor de O., pero pronto se advirtió que tal matrimonio era imposible. El gentilhombre carecía de medios de fortuna; descendiente de una noble familia, se veía obligado, por su situación y su carrera, a contraer un matrimonio de conveniencia. A este respecto, Minna debió de recibir sin duda en Rudolstadt explicaciones definitivas, por lo que estaba triste, reservada y poco dispuesta a hacer caso de mis ardientes tentativas para reanudar mis coloquios con ella.

De mis reflexiones sobre el particular, saqué la conclusión de que era perder el tiempo colaborar con Minna en la representación de *La joven Europa*, *Ardinghello* o *Se prohíbe amar*. Había, en efecto, una gran diferencia entre el «Hada Amorosa», iluminando la escena con su sonrisa, y la muchacha burguesa, que sólo pensaba en casarse razonablemente. En mi exasperación, acentué aún más las situaciones escabrosas de *Se prohíbe amar*, y comencé a reunirme con algunos camaradas poco recomendables, vagando al azar por el campo de tiro de Rudolstadt, saturado por el penetrante olor de las comilonas populares. En mi malhumor, fui presa nuevamente del demonio del juego, representado esta vez por inocentes dados y ruletas al aire libre.

De Bernburgo a Magdeburgo ESPERABA con ansia el momento de partir de Rudolstadt y trasladarme a Magdeburgo para la temporada de invierno. Por lo menos, en esta última ciudad dirigiría yo mismo la orquesta, y confiaba que el éxito más lisonjero rubricaría mis actividades musicales. Pero antes de llegar a Magdeburgo, tenía que efectuar aún una breve temporada de prueba en Bernburgo, donde el director Bethmann se había comprometido a dar algunas representaciones. En esta capital, en la que sólo se detuvo una parte de la compañía, tuve que estudiar, después de leerlas a primera vista, varias óperas que fueron dirigidas en la representación por el maestro de capilla de la localidad.

Continuaba mi penosa vida de comediante, desesperado y mal retribuido. Si no para siempre, estuve a punto, en aquella ocasión, de abandonar mi desdichada profesión de director de orquesta. Sin embargo, pasaron aquellos días aciagos y, por último, iba a saborear en Magdeburgo un poco de la gloria que me esperaba en la carrera que había elegido.

Éxito en Magdeburgo AL instalarme delante del atril desde el que, pocos años antes, Kuehnlein había refrenado mi juvenil entusiasmo con genio de gran director, experimenté un intenso placer. Y en muy poco tiempo logré adquirir un dominio perfecto en la dirección de la orquesta.

Era generalmente bien considerado por mis competentes músicos y el armónico conjunto de nuestras interpretaciones nos granjeaba los cerrados aplausos del público, especialmente después de fogosas oberturas que nacía ejecutar con un endiablado movimiento final.

Los resultados del brio, a veces exagerado, que inculcaba a mi tarea me atrajo la simpatía de los cantantes y la complacida aprobación de los auditores. Dado que la crítica, con sus sofismas y sus argumentos capciosos, no estaba aún muy desarrollada en Magdeburgo, la satisfacción general se expresaba de la manera más lisonjera y alentadora para mí. Al cabo de unos meses tenía la halagadora impresión de ser el primer director de ópera del mundo. El administrador Schmale, que más adelante fué uno de mis más fieles amigos, con ocasión del primer día del año, escribió un tema al que me encargó poner música. Auguraba a esta colaboración un éxito considerable.

Con gran presteza puse manos a la obra y a pesar del apresuramiento con que realicé mi composición, logré dar fin a una sobrecogedora obertura, varios melodramas y coros que fueron acogidos con tan estrepitosas ovaciones que este saludo al nuevo año tuvo que ser bisado, lo que rara vez ocurre con esas piezas de circunstancias.

AQUEL principio de año (1835) había de señalar un momento crítico en mi existencia. Desde que rompí, en Rudolstadt, mis relaciones con Minna rara vez nos volvimos a ver. Cuando nos encontramos de nuevo en Magdeburgo nos comportamos uno y otro con una voluntaria frialdad y reserva. Me enteré de que el año anterior, en su debut en la misma ciudad, la belleza de Minna había causado gran sensación y que en esta nueva ocasión la asediaban algunos jóvenes pertenecientes a nobles familias y a cuyas insinuaciones la joven actriz no se mostraba esquiva. A pesar de que Minna, en virtud de la formalidad de su conducta, mantuviera incólume su reputación, ese género de intimidades, imbuido tal vez por el recuerdo de lo que había sufrido en Praga cerca de la familia Pachtá, me parecían absolutamente reprobables. Minna me aseguraba una y otra vez que la conducta de aquellos caballeros era infinitamente más discreta y más decente que la de los burgueses aficionados al teatro y especialmente que la de cierto joven director de orquesta, pero no por ello lograba disipar mi amargura y desvanecer el malhumor en que me sumía su modo de comportarse. Y los tres meses que pasamos en continuos y mutuos reproches, ocasionaron nuestra ruptura casi absoluta.

Para consolarme me trataba de persuadir de que me deleitaba en grado sumo frecuentar lugares de pésima reputación. A consecuencia de ello me sumí en tal relajamiento de costumbres que Minna, compadeciéndose de mí, llegó a sentirse verdaderamente inquieta por mi futuro. Más adelante me lo confesó. Como es de suponer, el personal femenino de la Ópera dispensaba continuas y peligrosas atenciones al joven director de orquesta. Especialmente una mujer joven, de muy dudosa reputación, se aprestaba a envolverme en sus redes. Todo esto impulsó a Minna a tomar una decisión definitiva.

OCURRIÓSEME la singular idea de invitar a lo mejorcito de nuestra compañía a que pasara la noche de San Silvestre en mi casa. Quería obsequiar a mis invitados con ostras y champaña. Con las mujeres estaban también invitados los maridos y sentía curiosidad por saber si acudiría también a mi recepción la señorita Planer. Esta, sin el menor reparo, aceptó mi invitación y apareció en mi cuarto, correcta y pulcramente vestida como siempre. Pronto pareció aquello un infierno. Había prevenido ya al propietario que se celebraría una bacanal en la casa y le había tranquilizado de antemano acerca de los posibles deterioros que sufriría su mobiliario. Lo que el champaña había iniciado, lo terminó el *punch*. El tenue barniz de conveniencia con que mis comediantes trataban habitualmente de encubrir, en sus apariencias en sociedad se desvaneció por completo, y en seguida reinó en mi habitación una atmósfera de ternura en la que todos se sumergieron. Pudo observarse entonces, con qué regia dignidad se distinguía Minna de todos sus colegas. Ni por un instante se despojó de su perfecto continente y nadie se atrevió a tratarla con excesiva familiaridad; y cuando contestaba, sin el menor azoramiento, a mis frases afectuosas, el efecto que produjo fué extraordinario y casi decepcionante. Con su actitud parecía dar a entender a todos los presentes cual era la índole especial de nuestras relaciones. Y tuvimos, por último, la singular satisfacción de ver debatirse en un ataque de nervios a la actriz mal llamada que me hacía objeto de sus zalemas y carantofías.

A partir de aquel momento, mis relaciones con Minna fueron de nuevo muy afectuosas. No creo que haya sentido jamás una apasionada inclinación por mí y tampoco que hubiera abrasado su alma el fuego del verdadero amor. Limitábanse sus sentimientos a un afecto cordial, a un deseo sincero de verme prosperar y cosechar grandes éxitos, a una amistosa simpatía, gozándose en fin, en descubrir en mí cualidades que la llenaban a menudo de admiración. Mi talento le merecía, sin duda, una alta estima y la continua sucesión de mis éxitos no solamente la complacía sino que la sorprendía. Las excentricidades de mi carácter que Minna, con su graciosa y sossegada desenvoltura, lograba atemperar, la instaba a ejercer continuamente su influencia sobre mí, lo que la enorgullecía sobremanera. Si jamás exteriorizó el menor deseo ni contrariedad, tampoco demostró una fría reserva a mi juvenil fogosidad.

La señora Haas CONOCÍ en el teatro de Magdeburgo a una interesante actriz que no siendo ya muy joven interpretaba los papeles de característica. Se llamaba Haas y simpatice en seguida con ella porque habiendo sido amiga de infancia de Laube seguía interesándose vivamente por la suerte de mi amigo. Era inteligente y muy desgraciada porque el zarpazo de los años había impreso ya su huella en su semblante. Vivía muy pobremente con su hijo y recordaba con nostálgica tristeza pasados tiempos mejores. Yo la visitaba con frecuencia, al principio para informarme acerca de la vida que llevaba Laube, pero luego me acostumbré a estas entrevistas. La señora Haas contrajo amistad con Minna y con frecuencia nos reuníamos los tres en agradables veladas íntimas, cuya cordialidad fué turbada el día en que la vieja amiga sintió celos de la más joven. Me molestaba sobre todo oírle criticar el talento y las dotes intelectuales de Minna.

Una noche había prometido a mi joven amiga ir a tomar el té con ella en compañía de la señora Haas. Sin embargo, cometi la imprudencia de consagrarme antes a una partida de *whist* y aunque me aburría soberanamente la prolongué con la intención de presentarme muy tarde en casa de Minna con objeto de no encontrar ya en ella a nuestra importuna compañera. Para mantenerme despierto recurrí a las bebidas alcohólicas hasta el punto que terminé aquella insípida partida en un estado de completa embriaguez. Había llegado a ella de una manera tan gradual que me resistía a darme cuenta de mi situación. A pesar de la hora tardía, efectué la prometida visita. La vieja amiga se hallaba aún en casa de Minna. Un súbito acceso de cólera se apoderó entonces de mí y no anduve remiso en darle libre curso. La dama expresó la sorpresa que le producía mi insolita conducta soltando jocosas exclamaciones, pero yo le respondí de una manera tan grosera que la señora Haas se apresuró a marcharse, encendida de indignación. Mantuve, empero, la suficiente sangre fría para darme cuenta de la extraña risa de Minna. Con su habitual imperturbabilidad no vaciló en tomar una decisión que las circunstancias hacían, sin embargo, difícil. En el deplorable estado en que me encontraba era imposible que yo saliera de la casa sin que sus moradores se dieran cuenta de ello, y como me caía de sueño Minna se apiadó de mí y me brindó su cama.

Inquietud celosa

La noche de San Silvestre en mi habitación

Penas amorosas

La señora Haas



Al día siguiente por la mañana cuando al despertarme tuve conciencia del lugar donde había pasado la noche, comprendí claramente que aquel acto nefasto iba a ejercer una gran influencia en mi vida. Sin prodigarnos la menor caricia, con serena gravedad, desayunamos quieta y castamente. Luego, a una hora a propósito para que no pareciera insolito salí con Minna a dar un paseo por las afueras de la ciudad. Después nos separamos y a partir de aquel momento nos confesamos mutua y francamente los sentimientos que experimentábamos el uno por el otro.

Las acogidas alternativamente favorables o desfavorables que en aquella época merecieron mis obras, hicieron aferrarme, aún más a la singular dirección que habían tomado entonces mis actividades musicales. Después de dirigir un concierto en la logia masónica y de haber sido objeto de calurosos elogios por mi obertura de *Las hadas* recibí la confirmación del rufo proceder de la dirección del teatro de Leipzig que no se preocupaba ya de representar dicha ópera. Sin embargo, afecte un indiferente orgullo, no me tomé la molestia de recordar al director la promesa dada y me contenté con el éxito que obtuvo mi obertura en Magdeburgo. Y debo agregar que la composición de mi *Liebesverbot* horió todo el interés que podía tener por mis obras precedentes.

Durante aquella corta temporada en Magdeburgo, y a pesar de que con frecuencia me distraían otras ocupaciones llegué a terminar la mayor parte de la nueva ópera. En un concierto que se dió en el teatro hice ejecutar dos dúos cuyo éxito me alentó a trabajar sin descanso en la nueva obra.

A fines de aquel mismo invierno recibí la visita de mi amigo Apel que acudía confortado por la gloria de mi joven título de director de orquesta. Había escrito un drama; *Cristóbal Colón*, que recomendó a la dirección. Su aceptación fué cosa de coser y cantar, pues Apel prometió pagar de su peculio particular un nuevo decorado representando la Alhambra y se comprometió además a distribuir alguna gratificación a los artistas que intervinieran en su obra. Tal ofrecimiento les pareció a estos de mil maravillas, pues aparte los importantes descuentos que mermaban sus honorarios, la directora continuaba favoreciendo al bajo Kneisel.

La obra de Apel contenía a mi entender muchas y buenas cosas. Evocaba las luchas y sinsabores del gran navegante antes de su partida para su primer viaje de descubrimientos. El drama terminaba en el patético momento en que la nave, zarpada de la rada de Palos, orientaba sus velas hacia la conquista del Nuevo Mundo. Mi tío Adolfo a quien, a instancias mías, dió a leer su obra estimó bien logradas las escenas populares y características, pero insulsa y de poco brío la trama de amor intercalada en ellas.

Con destino a la obra de mi amigo compuse una pieza de orquesta final y un coro que los moros, expulsados de Granada, habían de cantar al abandonar su nueva patria. Resolví, además, agregar a aquella una obertura que escribí con una celeridad casi presuntuosa. Una noche, en casa de Minna, después de autorizar a Apel para que conversara en alta voz con mi bien amada, hihilvané el tema de mi obertura. El efecto que ésta, compuesta con tanta precipitación, había de causar, descansaba en una idea sencilla pero a la que daba alientos la interpretación que pensaba darle. Mediante figuras que nada tenían, ciertamente, de originales, la orquesta describía el océano y la nave que surcaba por sus aguas. Entre las armoniosas tonalidades del conjunto destacaba, solitario, un motivo violento y al mismo tiempo lánguido y apasionado. Este conjunto se bisaba y luego se interrumpía bruscamente para dar paso a un motivo extraño, interpretado en un suave pianísimo, y que resonaba en las notas altas, a través del lejano estremecimiento de los violines. Para la interpretación de este motivo, admirable y seductor como un espejismo, había encargado tres pares de trompetas de diferentes tonos. Por medio de los matices más delicados y las más variadas modulaciones tales instrumentos habían de describir la tierra soñada que buscaba la mirada del héroe, la tierra que debía de haber entrevisto una y otra vez esfumándose siempre en el horizonte sin fin y que, por último, bajo las luces brumosas del alba se mostraba realmente ante los ojos de los navegantes cual el mundo inmenso de lo por venir. Las seis trompetas concluían entonces en el modo fundamental y subrayaban el motivo principal con un magnífico *allegro*.

Éxito de la Obertura

Como conocía la excelencia de las trompetas de regimiento prusianas había calculado con justeza que el efecto de mi frase final sería arrebatador. En cuanto a esta obra, fué interpretada sin respeto alguno, sobre todo por parte de un vanidoso comediante, Luis Meyer, que tenía a su cargo el personaje principal y al mismo tiempo la puesta en escena. Aducía el pretexto de no haber tenido tiempo suficiente para aprender su papel, lo que no fué óbice para que, a expensas de Apel, enriqueciera su guardarropa con los soberbios trajes que utilizó para representar la figura de Cristóbal Colón. Sea como fuere, Apel consiguió ver representada su obra. Ciertamente es que se puso en escena una sola vez pero, con todo, ello me dió ocasión mediante la ejecución de mi obertura, continuamente solicitada en los conciertos, de acrecentar mi popularidad cerca del público de Magdeburgo.

La señora Schröder-Devrient, en Magdeburgo

El principal acaecimiento de aquella temporada teatral había de tener lugar, empero, hacia la terminación de la misma. Había persuadido a la señora Schröder-Devrient, que se hallaba en Leipzig, que viniera a Magdeburgo. Experimenté, pues, el gran placer y la entusiasta emoción de estar en íntimo contacto artístico con ella y dirigir dos óperas que fueron cantadas por la eminente artista. Interpretó «Desdémona» y «Romeo» y sobre todo en esta última despertó una exaltación general y me inculcó nuevamente el más apasionado ardimiento. Frecuenté además su trato personal, y su amabilidad y benevolencia llegaron hasta el extremo de ofrecerme su concurso para un concierto que había de darse en mi beneficio al que para asistir, tendría que trasladarse ex profeso a Magdeburgo.

Este concierto era para mí de una importancia capital, y en tales condiciones esperaba de él los más halagüeños resultados. Los modestísimos honorarios que me proporcionaba la dirección de Magdeburgo me eran satisfechos irregularmente en forma de exiguas cantidades a cuenta, por lo que, en realidad, eran aquellos puramente ilusorios. Así, pues, para subvenir a mis necesidades y a las frecuentes libaciones que ofrecía a mi original clientela de cantantes y músicos me ví forzado a contraer numerosas deudas. Ignoraba a punto fijo a cuanto ascendían pero como pensaba que mi beneficio me produciría una suma importante, las dos incertidumbres se contrarrestaban

una con otra. Consolaba a mis acreedores con la esperanza de una fabulosa recaudación asegurándoles que les pagaría al día siguiente del concierto para lo cual los conmovaba a todos a que acudieran por la mañana de aquel venturoso día en el hotel donde a la sazón me hospedaba. Era natural que el concurso de la eminente y celebrada artista me hiciera aspirar a unos pingües ingresos; lo que me alentó a dar muestras de la mayor prodigalidad posible, contratando a una nutrida y excelente orquesta y efectuando frecuentes ensayos sin parar mientes en los gastos.

Desgraciadamente, nadie quiso creer que la celebre cantante, cuyo tiempo era un capital precioso, efectuaría el largo viaje a Magdeburgo en atención a los hermosos ojos de un joven director de orquesta. Se imaginó la gente, que este pomposo anuncio no encerraba más que una falaz maniobra y todo el mundo se indignó por el elevado precio de las localidades. Así, cuando, como nunca dudé, llegó mi amable protectora, ésta tuvo que comparecer en escena ante una sala medio vacía, lo que jamás le había acontecido. Por ella, sobre todo, deploré infinitamente la concurrencia de tan escaso auditorio. Con todo, la señora Schröder-Devrient por motivos que según supe más adelante nada tenían que ver conmigo, conservó su buen humor. Entre otras composiciones, y acompañada por mí al piano, cantó maravillosamente *Adelaide* de Beethoven. Sin embargo, la selección que había hecho de piezas para orquesta, resultó francamente desdichada. En aquella reducida sala del hotel «Ciudad de Londres» la música ruidosa era verdaderamente insoportable. Cuando, como número final, dirigí la ejecución de *La batalla de Vittoria*, mi obra anterior, la obertura de *Cristóbal Colón* había aterrorizado ya con sus seis trompetas a todo el auditorio. En la firme creencia de que la enorme recaudación me indemnizaría de todo había doblado la orquesta. Los disparos de cañón y de fusilería, tanto del bando francés como del inglés, eran ejecutados por medio de costosas máquinas fabricadas ex profeso; los tambores y los clarines habían sido triplicados y la batalla que se trabó en aquella pequeña sala fué de tal encarnizamiento que rara vez, sin duda, se oyó cosa semejante en un concierto. La orquesta, sacando partido de su abrumadora superioridad se arrojó con tal brío sobre el aterrado público que este, estimando inútil toda resistencia, se dió literalmente a la fuga. En atención a mí la señora Schröder-Devrient había ocupado una butaca de las primeras filas con objeto de asistir al resto del concierto, pero aunque sin duda, debió de haber experimentado más de una consternación semejante, se mostró incapaz de soportar el alud que se le echaba encima. Al producirse un nuevo ataque de los ingleses contra las posiciones francesas se retorció las manos y desapareció de la sala. Esto pareció ser la señal de un verdadero pánico. Todo el mundo se precipitó hacia la calle y yo permanecí frente a frente de la orquesta para festejar la victoria de Wellington, y así terminó este memorable festival.

La señora Schröder-Devrient se marchó pronto y aun cuando deploró el fracaso de su buena voluntad me abandonó a mi suerte. Fuí en busca de consuelo cerca de mi bien amada, que se hallaba asimismo muy triste, y habiéndome revestido de valor para la próxima batalla que, según todas las apariencias, no había de terminarse, ciertamente, en una sinfonía triunfal, al día siguiente muy de mañana volví a mi habitación del hotel. Tuve que atravesar la doble hilera de damas y caballeros a quienes había convocado a aquella temprana hora para escuchar sus reclamaciones. Me reservé el derecho de elegir, de entre mis visitantes, aquellos con quienes iba a entrevistarme en primer término. Para comenzar hice entrar en mi aposento al segundo trompeta de la orquesta que se había ocupado de la música y de la administración. Según sus cálculos, pude comprobar que, en principio, tenía que desembolsar algunos escudos para contentar a los músicos a quienes, movido por mi generoso entusiasmo, había prometido magníficos honorarios. Acudí entonces a la señora Gotschalk, una judía de toda confianza, para que me aconsejara en estos asuntos económicos. Declaró que me era imprescindible una ayuda pecuniaria y que, sin duda, mis amistades pudientes de Leipzig no se negarían a proporcionármela. Entre tanto, asumí la ímproba tarea de tranquilizar a mis otros acreedores cuya intempestiva irrupción le parecía ridícula, pero a duras penas conseguí hacer practicable el corredor que conducía a mi habitación.

Retorno a Leipzig

TERMINADA la temporada teatral se disolvió la Compañía y, en consecuencia, me ví privado de mi cargo. El director del teatro había pasado de la bancarrota crónica a la bancarrota aguda. A guisa de honorarios distribuía papel, es decir hojas enteras de vales para representaciones que, según aseguraba, tendrían lugar más adelante. Minna, siempre práctica, consiguió sacar algún partido de esos singulares bonos del tesoro. La compañía de ópera se disolvió pero los miembros de la comedia, de la que Minna formaba parte, se proponían continuar por su cuenta las representaciones por lo que mi amiga, ahorrativa y previsora, se quedó en Magdeburgo. Yo salí para Leipzig y Minna me despidió expresándome cordialmente su deseo de volverme a ver pronto, y prometiendo hacerme una visita cuando, una vez terminada su actuación, fuera a ver a sus parientes de Dresde.

A comienzos de mayo me refugié una vez más en el seno de mi familia, y dado que aquel primer intento de adquirir una situación independiente no obtuvo éxito alguno, me ví en la precisión de procurarme el dinero necesario para saldar las deudas que había dejado en Magdeburgo. Lo único que traje de esta ciudad fué un perro de aguas de color castaño, muy inteligente, que me había seguido con fidelidad y que confié al cuidado de los niños.

Minna, en Leipzig

Con todo, como había demostrado mi competencia para dirigir una orquesta, mi madre y Rosalia cifraban en mi talento buenas esperanzas para el porvenir. No podía, sin embargo, habituarme a la idea de reanudar mi antigua vida de familia y, por otra parte, mis relaciones con Minna me impellían a proseguir lo más pronto posible mi interrumpida carrera. Me dí cuenta, sobre todo, del cambio que se había operado en mí, cuando Minna, procedente de Dresde, se detuvo unos días en Leipzig. El abandono y la cordialidad de sus maneras me dieron a entender que yo no estaba hecho para vivir bajo la dependencia patriarcal de la familia. Minna se comprometió a gestionar mi reincorporación al teatro de Magdeburgo y le prometí, para muy pronto, visitarla en Dresde. Luego la conduje a casa de mi madre y de mi hermana las cuales me habían autorizado a que la invitara una tarde a tomar el té. En esta ocasión Rosalia advirtió cuáles eran mis sentimientos, pero no se inquietó por ellos y aun se divirtió con hacerme coger alguna rabieta. La cosa no le parecía ni mucho menos peligrosa.

La batalla de Vittoria

Asamblea de acreedores





*The Flying Dutchman. Leif Roer as the Dutchman. Inset: Anna Green as Senta.*



*Escenas diversas de "El Holandés Errante":*

*El buque fantasma desde la cubierta del otro barco (I Acto).*

*Coro de Hilanderas, con Marita Napier como Senta.*

*Theo Adam como Holandés.*



Para mí, sin embargo, era grave, pues mis inclinaciones chocaban con el afán por independizarme y con mi deseo de alcanzar un puesto en el mundo artístico. Por otra parte, los derroteros que en aquella época seguía la vida musical en Leipzig acentuaban más aún la antipatía que me inspiraba dicha ciudad. Mientras que en Magdeburgo preparaba mi carrera de director de orquesta, dejándome merer por el gusto fútil de la música de teatro, en Leipzig, Mendelssohn Bartoldi abría una nueva era musical dirigiendo el mismo los conciertos de la *Gewandthaus*. Era el resultado de la simplicidad con que el público había juzgado hasta entonces las producciones de aquellas reuniones familiares. Me convencí de ello con ocasión de un concierto dado a beneficio de la joven cantante Livia Gerhart, muy celebrada en Leipzig. Gracias a la intervención de mi buen amigo Polenz, que gozaba todavía de cierto predicamento, se ejecutó mi obertura de *Cristóbal Colón*, que tan aclamada fué en Magdeburgo, y pude observar entonces que el gusto de los aficionados de Leipzig había sufrido tal transformación que incluso la ingeniosa combinación de mis seis trompetas reunidas no consiguió impresionarlos. Esta experiencia acrecentó aún más mi aversión contra todo lo que ofreciera sabor de clasicismo y en este aspecto me hallaba en una singular concordancia de sentimientos con el excelente Polenz que, dando benévolo suspiros, echaba de menos los buenos viejos tiempos.

#### Concierto en Leipzig

Un festival musical que Federico Schneider había de dirigir en Dresde me deparó el pretexto para salir de Leipzig. Para este viaje, que representaba siete horas a pie precisaba de un pasaporte visado por ocho días. Este documento estaba destinado a desempeñar un importante cometido en mi vida, pues más adelante y por espacio de mucho tiempo fué el único papel que para identificar mi personalidad pude presentar a la policía de varios países de Europa. Debo confesar que habiendo desertado del cumplimiento del servicio militar en Sajonia, no pude conseguir un pasaporte en regla hasta el día en que fui maestro de capilla en Dresde. El goce artístico hacia el que me indujo aquel día el modesto documento de que disponía fué de tan mediocre valor que ello acrecentó aún más la repulsión que sentía por la música clásica.

#### Festival de música en Dresde

La «Sinfonía en do menor» de Beethoven fué dirigida por un hombre cuyo semblante de sátiro embriagado me repugnó grandemente. A pesar de la interminable letanía de contrabajos con que se adornan siempre las obras de este género, la sinfonía fué ejecutada sin brio ni expresión ninguna. Me había formado de ella una imagen viva y pujante y al oírla por primera vez me enfrenté con este contraste como con un problema de imposible solución. La audición del oratorio de *Absalon*, al que el «ilustre maestro» Schneider dió una interpretación burlesca que me tranquilizó y divertió, acabó por desvanecer aquella torturadora impresión.

PASANDO por Dessau, donde Minna había dado sus primeros pasos artísticos, oí a unos jóvenes hablar de ella con ese tono de desenfado que se usa generalmente en ciertos medios cuando hay que referirse a jóvenes y bellas actrices. La vehemencia con que puse fin a sus comadreos y calumnias me dió la medida del amor, cada vez más apasionado, que sentía por mi amiga. Una vez llegado a Leipzig, ni siquiera me presenté en casa de mis padres. Me procuré el dinero necesario y salí inmediatamente para Dresde. El viaje se efectuaba aún en diligencia. A la mitad del trayecto me crucé con Minna, que regresaba a Magdeburgo con una de sus hermanas. Acto seguido tomé un billete para Leipzig a fin de gozar de la compañía de mi amiga. No tardé en persuadir a Minna de que regresara conmigo a Dresde y como hacía ya mucho tiempo que habíamos pasado el relevo decidí tomar una berlina particular. Mi galante desenvoltura llenó de admiración a las dos muchachas y las predispuso en mi favor. Mi prodigalidad les auguraba las más arroyentes aventuras. Para realizarlas pedí prestada a uno de mis amigos de Dresde una considerable cantidad, lo que me permitió acompañar a mis amigas a la Suiza sajona. Allí pasamos días felices llenos de una inocente y juvenil alegría y que sólo fueron turbados una vez por uno de mis accesos de celos. Nada los había motivado durante el viaje, pero este sentimiento que me atormentaba era consecuencia de las impresiones del pasado y de un temor indefinido por el porvenir, temor que arrancaba de las experiencias que hasta entonces había tenido con las mujeres.

#### Excursión con Minna

No obstante, aquella excursión y particularmente una admirable y cálida noche de verano que pasamos casi por entero al raso, en los baños de Schandau, han constituido, por decirlo así, el único recuerdo feliz de mis amores de juventud. Mis relaciones posteriores con Minna, llenas de preocupaciones y amarguras, me han parecido con frecuencia la expiación imperecedera de la breve e ingenua dicha de aquellos días.

#### Baños de Kosen. Laube

ACOMPASÉ a Minna hasta Leipzig donde ésta prosiguió sola su viaje hacia Magdeburgo. Yo fui a casa de mi familia a la que no hablé de mi escapada a Dresde. Pero a partir de aquel momento, como acuciado por el sentimiento de haber cometido una falta extraña, me las arreglé de modo que pudiera hallarme lo más pronto posible junto a mi bien amada. Para ello precisaba, pues, que Bethmann me contratara de nuevo para la temporada venidera. Mientras proseguían las negociaciones, me enteré de que Laube estaba en los baños de Kosen, cerca de Nuremberg; y siéndome ya insostenible la estancia en Leipzig, resolví efectuar una visita a mi antiguo amigo. Acababa de pasar un año de prisión preventiva en Berlín y, al cabo, se le había permitido trasladarse a Kosen bajo palabra de honor de no salir del país antes de que se hubiera juzgado su causa. Una noche vino secretamente a mi casa de Leipzig. Cuando el más triste recuerdo de la penosa impresión que me produjeron su aspecto doliente y su resignación ante la certidumbre de no ver realizarse jamás sus sueños de mejoramiento social. Esto me impresionó, tanto más cuanto que me hallaba en un estado de agitación especial a causa de lo crítica de mi situación. En Kosen lei a Laube una gran parte de mi poema *Se prohíbe amar*, que si bien mereció su entusiasta aprobación, no dejó por ello de expresar su disenso por la libertad que me tomaba de escribir yo mismo los versos.

#### En busca de talentos

AGUARDABA con impaciencia noticias de Magdeburgo, no porque temiera que se frustrara mi nuevo contrato —harto sabía que era para Bethmann una «buena adquisición»— sino porque nunca llegaba demasiado de prisa todo cuanto podía acercarme a Minna. Y en cuanto llegaron a mis manos las cartas necesarias me trasladé a mi puesto.

Abrigaba el propósito de tomar las medidas indispensables para asegurar, en Magdeburgo una brillante temporada de ópera. El desdichado director, en

bancarrota permanente, acababa de obtener un «nuevo» y «último» «acuerdo» del Rey de Prusia, cuya protección era inagotable, y este subsidio, que ascendía a una importante suma, había sido confiado por el Soberano a un comité de burgueses importantes de Magdeburgo. Lo que esto significaba y qué aspecto tomaron a mis ojos las condiciones artísticas de dicha ciudad, se conciben fácilmente cuando uno sabe el estado miserable en que vegetan nuestros teatros de provincias.

Me brindé en seguida para ir en busca de buenos cantantes. Efectuaria el viaje a mis expensas y sólo exigiría como indemnización la promesa de una representación a beneficio mío. Mi proposición fué aceptada con sumo agrado. Con enfática palabrería el director me otorgó plenos poderes, y, por añadidura, su bendición. Durante aquella breve estancia en Magdeburgo frecuenté con una dulce intimidad el trato de Minna con la que vivía a la sazón su madre; me despedí pues de mi amiga y partí para acometer mi audaz empresa. En principio me fué difícil procurarme en Leipzig el dinero para ese viaje, del que con tanto desinterés había hablado en Magdeburgo. Aun cuando saqué a relucir la gloria de la protección real con los colores más brillantes, mi excelente cuñado Brockhaus no se dejó deslumbrar por lo que, para sacar a flote la nave de mi viaje de descubrimientos tuve que suplicar y humillarme. Por supuesto, me atrajo en primer lugar Bohemia, el antiguo país de mis ensueños. Como mis hermosas amigas no residían ya en Praga no me quedé mucho tiempo en esta ciudad y me trasladé a Carlsbad a fin de oír a los artistas que representaban ópera durante la temporada de baños.

Posiedo de gran impaciencia por descubrir el mayor número posible de talentos, y con objeto de no gastar en vano mi dinero asistí, lleno de esperanzas, a una representación de *La dama blanca*. No me di cuenta de la mediocridad de todos aquellos cantantes hasta que debutó en Magdeburgo el bajo Graef, que interpretó *Caveston*. En Carlsbad fué el único que me pareció dotado de cualidades pero en Magdeburgo no logró ni con mucho revalidar su éxito, hasta el punto que no supe qué contestar a las chanzas de que fui objeto por mi adquisición. Si no me acompañó la suerte en mi primera elección, el viaje, en cambio, me compensó de mi infortunio. El trayecto del Fichtelgebirge por Eger me procuró un goce inefable y jamás olvidaré el aspecto delicioso que ofrecía Bayreuth bajo los rayos del sol poniente.

Mi meta era entonces Nuremberg en cuyo teatro actuaban mi hermana Clara y su marido, quienes, sin duda, me informarían adecuadamente respecto a lo que buscaba. Me congratulé en principio que me recibieran en su casa donde confiaba resacirme de los gastos que había efectuado durante el viaje. Para ello me proponía vender una tabaquera que me había dado uno de mis amigos y que secretos motivos me hacían suponer que era de platino. Podría, pues, desprenderme de ella a cambio de buenas monedas, y ello sin contar aún con una sortija de oro que me había regalado mi amigo Apel en agradecimiento por haber compuesto la obertura de su *Cristóbal Colón*. La venta de estas joyas, las únicas que poseía y cuyo valor en lo que concierne a la tabaquera era puramente imaginario, había de propocionarme los modestos fondos que precisaba para continuar mi viaje hasta Francfort. En esta ciudad y en la región renana esperaba encontrar los artistas que todavía me faltaban. Logré persuadir a mi hermana y a mi cuñado de que aceptaran un contrato para Magdeburgo, pero en cuanto al tenor y a la *prima donna*, que eran los que más necesitaba, no conseguí hallarlos en Nuremberg.

#### En Nuremberg

#### La señora Schroder-Devrient, en Nuremberg

GRACIAS a un nuevo encuentro con la señora Schroder Devrient, que precisamente acababa de llegar a Nuremberg en una de sus jiras artísticas, mi estancia en dicha ciudad se prolongó de una manera muy agradable. Al verla de nuevo, me pareció que mi cielo artístico, que se había ensombrecido un poco después de nuestra última entrevista, volvía a iluminarse. El personal de la Opera de Nuremberg no permitía a la gran artista una variada selección en las obras a representar. Con excepción de *Fidelio*, únicamente podía ponerse en escena *La familia suiza*. La artista se lamentaba de ello puesto que tenía que aparecer en uno de sus papeles de juventud que ya no le cuadraban y que, por otra parte, había interpretado hasta la saciedad. El anuncio de esta representación me causó asimismo una inquieta desazón. Abrigaba el convencimiento de que esa ópera languideciente, con el papel sentimental y antañón de Emelina, mermarían en el público y en mi mismo, la impresión que habían causado hasta entonces las producciones de la genial cantante. ¡Cuáles no fueron, pues, mi emoción y mi asombro al hallar de nuevo aquella noche, con toda su admirable grandeza, a aquella mujer incomparable! Que algo tan maravilloso como aquella creación de esa joven suiza no pueda ser conservada y legada a la posteridad como un monumento es, a mi entender, uno de esos sublimes sacrificios en los que únicamente se manifiesta el bello arte dramático. Por tanto, cuando tales fenómenos se producen no puede uno dejar de ensalzarlos como se merecen.

Además de esas emociones espirituales de tan profunda significación en mi vida y en mi formación artística, mi estancia en Nuremberg me causó otras impresiones de una índole particular, que a pesar de su contenido insignificante y casi trivial se grabaron de tal modo en mi mente que revivieron más tarde bajo una nueva y singular forma. Mi cuñado Wolfram, un alegre compadre, era muy apreciado por los amigos del teatro con los cuales pasaba todas las noches largas horas en el café. Al acompañarle, pude darme cuenta del espíritu zumbón que animaba sus esparcimientos, en los que también tomé parte.

#### Lauermann en el café

EN uno de los mesones que frecuentábamos me mostraron a un carpintero llamado Lauermann. Menudo, rechoncho, joven aún, de aspecto risible y cuyo lenguaje no era más que una jerga endiablada, este hombre se había convertido en uno de los bufones que contribuían involuntariamente al recreo y solaz de los contertulios. Lauermann se figuraba ser un excelente cantante. Imbuido por tal idea sólo se interesaba por las personas a las que suponía dotadas de un talento semejante al suyo. Esta particularidad había hecho de él, el blanco de las mofas y de las chanzas de los habituales del establecimiento, lo que no era óbice, sin embargo, para que todas las noches hiciera acto de presencia. Con todo, se habían burlado demasiado de él y habían lastimado su amor propio con tanta frecuencia, que no consentía fácilmente en ofrecer el regalo de su voz a la alborozada pandilla. Unicamente se lograba hacerle cantar tendiéndole algún lazo a su vanidad.



Mr. Hegada, y mi calidad funestera, brando la cayón de hierro... La opinión que de él debían tener mis nuevos compañeros había de ser, en efecto, muy ruim, puesto que con gran estupor me por tan poco mi cuñado no varío en hacerme pisar ante sus ojos, por el hecho de haberlo hablado. Debo reconocer que Lauermann me escucho con una honesta incredulidad y expresó sus dudas sobre mi aspecto físico y el pasado timbre de mi voz de tenor. Pero los juveniles compañeros que a lo debían tenían precisamente el talento de hacer creer lo contrario a un entusiasta bucanero; y con tal que se divirtieron en cada momento que para ello emplearan. Mi cuñado, luego, pues, pronto que yo, el habliche, cuyas producciones eran por lo común, frecuentaba los locales públicos para, mediante toda suerte de gemas, eludir la curiosidad general. Pero desde el momento que, de una comparación entre Lauermann y Habliche solo para co a interesante, no a Habliche, sino a Lauermann, siendo este como era infinitamente superior a aquél. La lucha que en el anillo del pobre capotero libraba la incredulidad y la vanidad consiguió despertar mi atención y me estubo por desempeñar lo mas habitualmente posible el papel que me habian asignado. Por ultimo, después de dos horas de las mas abundantes e impertinentes bromas, mis compañeros legaron su objeto. Aquel hombre extraordinario que no me podía de vista, comenzó a mover los musculos de su rostro de una manera sinistra. Semajaba un automata, al que se acabara de dar cuerda. Sus labios temblaron, sus dientes rechinaban, sus ojos bulleaban convulsivamente en sus órbitas y con voz ronca atacó, por ultimo, el mas vulgar de los estrididos. Mientras cantaba se acompañaba con el movimiento rítmico de su dedo pulgar levantado detrás de la oreja, y su faz rubicunda fue adquiriendo cada vez mas tintes purpúreos. La risa homérica que acogió esta producción excitó la irritación del cantante, que acabó por echar espumarajos, pues con una refinada crueldad los mismos que le habian, colmado de los mas absurdos halagos no andaban ahora remisos en ahuyentarlo con las rechillas más despiadadas. Y el pobre diablo, lanzando terribles imprecaciones contra sus péfidos amigos, se precipitó hacia la calle.

La verdadera compasión que me inspiró me impulsó entonces a seguirle, le pedi perdón y me esforcé en tranquilizarle. Era particularmente difícil, pues me consideraba como el mas reciente de sus enemigos, el que tan indignamente le habia engañado, haciéndole creer que tenia ante si a Habliche en persona. Conseguí, sin embargo, detenerle en el umbral de la puerta, pero desde que se sentó nuevamente a la mesa todos los contentutulos se pusieron tacitamente de acuerdo para hacerle cantar una vez más. No podría explicar lo que después ocurrió. El efecto de las fuertes bebidas que coadyuvó sin duda al logro de aquel nuevo éxito sobre Lauermann, me enturbió el recuerdo de lo que aún pasó en aquella larga sesión nocturna.

PUESTO que Lauermann habia sido ya lo suficientemente becado y escarnecido, todo el mundo se creyó en la obligación de transportarle a su casa en una carretilla que se encontró delante del establecimiento. Se le condujo, pues, en triunfo hasta la puerta, en una de esas calles insólitamente estrechas de la vieja ciudad. La señora Lauermann, que saltó de la cama para recibir a su esposo nos reveló, a través de sus maldiciones, el estado en que se hallaban sus relaciones conyugales y domésticas. También ella solía mofarse de los gárgantes de su marido, y aquel día agregó a sus chanzas los mas espeluznantes reproches dirigidos a los crueles y redomados tunantes que fomentando la locura del pobre hombre, le privaban de trabajar útilmente en su profesión y provocando escenas semejantes a la de aquella noche. Pero al llegar a este punto, el maestro cantor se nguió; su orgullo le hizo olvidar sus penas y mientras subia penosamente la escalera cogido del brazo de su mujer, prohibía a ésta que criticara su arte, y, finalmente, le ordenó de manera destemplada que guardara silencio.

Reyerta al modo de Nuremberg No habían aún terminado las aventuras de aquella noche. Los alegres compadres volvieron al mesón. Ante la puerta, que estaba ya cerrada por haber pasado la hora reglamentaria, se cruzaron con una partida de noctámbulos, integrada en su mayoría por obreros. Los contentutulos habituales exigían que se les abriese la puerta y el cafetero se mostraba indeciso. Reconocía la voz de sus clientes y de buen grado les hubiera franqueado la entrada pero, por otra parte, habia que impedir que los recién llegados hicieran lo propio. Esta alternativa ocasionó un zipizape al que los gritos, el tumulto y al mismo tiempo la afluencia cada vez más numerosa de espectadores dieron pronto un carácter diabólico. Me figuré que se iba a amotinar la ciudad entera y que sería testigo de una revolución, de la que nadie podría explicar las causas.

De pronto, oí el ruido de un cuerpo al desplomarse y como por arte de magia la muchedumbre se dispersó en todas direcciones. Uno de los nuestros habia querido poner término al desorden y al mismo tiempo abrirse paso para ir a su casa; muy experto en la antigua lucha al modo de Nuremberg, habia asestado, al más revoltoso, un puñetazo entre los ojos. Este, aunque la herida no fué de gravedad, se desplomó sin conocimiento y esto fué la señal de una general desbandada. Un minuto después de la baraúnda producida por centenares de personas se hizo nuevamente el silencio, y, acompañado de mi cuñado, volví tranquilamente a casa. Cogidos del brazo, riendo y bromeando, discurremos por las calles iluminadas por la luna y para apaciguarme, mi compañero me dijo, con gran asombro de mi parte, que todas las noches ocurría lo mismo.

Francfort, Wiesbaden ERA hora, sin embargo, de ocuparme del objeto de mi viaje. Permanecí en Wurtzburg un solo día, y no recuerdo haberme entrevistado en esta ciudad con ninguno de mis parientes o amistades. Sólo ha quedado grabada en mi mente aquella triste visita a Federica Galvani, a la que ya me he referido.

A mi llegada a Francfort me hospedé en un hotel respetable para esperar el dinero que habia solicitado de la dirección del teatro de Magdeburgo. Abrigaba la firme esperanza de encontrar en Wiesbaden las «estrellas» de nuestra futura ópera. Me habían indicado una buena compañía en trance de disolverse, pero a duras penas logré procurarme la modesta cantidad necesaria para ese breve viaje. Tuve la fortuna de asistir al ensayo de *Roberto el Diablo*, en el que descoló el tenor Freimüller. Fué a veile inmediatamente y le hallé dispuesto a aceptar mis proposiciones para Magdeburgo. Después de mi entrevista me apresuré, acuciado por la necesidad, a regresar a mi refugio de Francfort, al hotel «Zum Weidenbusch». Pasé en él una semana difícil, pues esperé en vano, para poder continuar mi viaje, los fondos que reclamé a Magdeburgo. A fin de ocuparme en algo, traje en mi

multa una gran cartera encajonada que llevaba siempre conmigo, que contenia, con destino a mi futura biografía, unas notas exactamente fechadas las mismas que tengo ahora ante mis ojos y que hoy reavivan mis recuerdos. Estas notas las he prosiguido sin interrupción en los diferentes periodos de mi existencia.

MI situación, que a causa de la negligencia de la dirección de Magdeburgo, era extremadamente precaria, resultó todavía más difícil cuando a consecuencia de una adquisición hecha en Francfort, me sentia más cómodo de lo que mis medios me permitían. Habia asistido a una representación de *La flauta mágica*, dirigida por el maestro de capilla Gühr, reputado como un genio en su arte. La excelente compañía de ópera me habia producido una agradable sorpresa. Naturalmente, no se trataba de tender un lazo a una de las «estrellas», pero tuve el suficiente golpe de vista para distinguir una joven cantante, la señorita Limbach, que en posesión de un talento prometedor interpretaba un breve papel. Aceptó mis ofrecimientos y estaba, al parecer, tan presurosa de rescindir su contrato en Francfort, que resolvió marcharse sin avisar a nadie. Demandó mi ayuda para llevar a cabo su proyecto sin mas demora y me advirtió que era necesario para que la dirección de Francfort no se enterara de nada que se verificara todo en medio del mayor secreto. La señorita Limbach me creía ciertamente en posesión de grandes riquezas puestas a mi disposición por el comité del teatro de Magdeburgo, del cual hablaba con encendidos elogios. Para subvenir a mis necesidades más perentorias habia tenido que empeñar mis bártulos y llegar a un arreglo con el hotelero, pero en cuanto a que éste me adelantara algún dinero para asegurarme la colaboración de la actriz, ni siquiera prestó oídos a ello. Para excusar la conducta de mi empresa desfiguré la verdad, suponiendo un contratiempo cualquiera. Y a fin de cuentas tuve que abandonar en Francfort, estupefacta y furiosa, a aquella joven bellera.

ABOCHORNADO por esa mala ventura regresé a Magdeburgo. Durante el viaje me azotaron constantemente la lluvia y el viento. Pasé por Leipzig para recoger a mi perro de aguas, y el primero de septiembre reanudé mis funciones de director de orquesta.

Los resultados de mi viaje fueron verdaderamente infaustos. El director me demostró con gran engreimiento que me habia enviado cinco luises de oro a Francfort. En cuanto al tenor y a la joven cantante se habia contentado con remitirles sendos contratos absolutamente en regla, pero sin enviar el dinero del viaje y los anticipos prometidos, lo que dió por resultado que no se presentaron ni el uno ni la otra. Unicamente Graef, el bajo de Carlsbad, apareció con una exactitud de pedante y su persona espolé la inventiva de los ocurrentes. En un ensayo de *La familia suiza*, su bordón de maestro de escuela me sumió en una gran perplejidad.

DE nada sirvió la llegada de mi cuñado Wolfram y de mi hermana Clara, puesto que a pesar de ser ambos buenos artistas, el género que cultivaban no era la gran ópera sino la ópera cómica. Ambos me acarrearón arduas preocupaciones. Esa buena gente, acostumbrada a que todo discurrea en buen orden, no tardaron en darse cuenta de que a pesar de la protección del Rey los asuntos del teatro de Magdeburgo iban de mal en peor. No podía ser de otra manera bajo una dirección tan poco escrupulosa como la de Bethmann, pero esto redundaba agravando la situación de mi hermana y de mi cuñado.

Comenzaba a desalentarme cuando el azar nos condujo de su mano a una joven mujer, la señora Pollert, nacida en Zeibig, cantante de talento, dotada de una hermosa voz. De paso por Magdeburgo con su marido, que era actor, recaló allí. Las exigencias del teatro obligaron a la dirección a ultimar las gestiones requeridas y a contratar finalmente al tenor Freimüller. Mi satisfacción no conoció límites al ver llegar a este notable artista en compañía de la joven Limbach. El tenor se habia enamorado de ella en Francfort y logró mostrarse más ducho que yo en la tarea de rescindir su contrato. Llegaron juntos a Magdeburgo, radiantes de felicidad.

A pesar de sus pretensiones se contrató también a la señora Pollert, que gozaba de gran predicamento. Como, por último, se encontró un barítono en la persona de un tal Krug, buen músico y en posesión de una excelente escuela y que más tarde llegó a ser director de coros en Callsruhe, me hallé de pronto al frente de una meritoria compañía de ópera, en la que sólo podía incluirse a Graef por obra y gracia de un arte de prestidigitación. Dimos una serie de representaciones que destacaban de lo que solia ofrecerse al público, abarcando nuestro repertorio todo cuanto se habia compuesto en el género de la gran ópera.

Una representación casi solemne de la *Jesonda*, de Spohr, nos granjeó una alta consideración por parte de los entendidos y me produjo una gran alegría.

Mis éxitos como director ENTRE tanto, me dedicaba con infatigable asiduidad a encontrar los medios para elevar nuestra escena por encima del nivel habitual de nuestros teatros de provincia, en general mal organizados.

El reforzamiento de la orquesta me valió la enemistad de Bethmann, porque era él quien tenía que pagar los músicos. Sin embargo, como nada le costaban los coros, mejoré notablemente la música del teatro y recibí de nuevo su favor. Logré obtener el concurso de los músicos del regimiento y de los cantantes militares, que existían a la sazón en el ejército prusiano, los cuales, a modo de compensación, se contentaban con unas entradas gratuitas en el «gallinero», para los miembros de su familia. Nuestras representaciones adquirieron tal brillantez que los abonos y la concurrencia tomaron un vuelo verdaderamente extraordinario. En la *Norma*, de Bellini, entre otras obras, conseguí congrega en escena el nutrido coro que exige la partitura, y, para la unisonancia del coro de hombres de la introducción, que entonces me producía gran impresión, tuve a mi disposición una cantidad de voces masculinas que incluso a los más grandes teatros les es difícil conseguir las. Más adelante, hallándome en París en compañía de Auber, con el cual me reunía con frecuencia en el café Tortoni a tomar helados, le conté que el coro de militares sublevados que en su *Lestocq* maquinaban una conspiración habia sido cantado bajo mi dirección por una compañía militar íntegra, por lo cual Auber, agradablemente sorprendido, me felicitó efusivamente.

Estos éxitos y las estimulantes condiciones bajo las cuales trabajaba, me alehtaron también para terminar mi *Liebesverbot*. Decidí entrenarla con motivo del beneficio que me habia sido asegurado como compensación de los gastos que habia efectuado en el viaje. Por tanto, trabajé no sólo con vistas a mi gloria futura sino también a una mejora, no menos deseable, de mi situación económica. Con inaudito ardor consagré a mi partitura las





Meisenbach

Escena de la balada de Senta  
(Foto grabado Meisenbach).



horas que solía reservar a Minna. Esta explicación causó gran emoción a la madre de mi amiga. Desde el verano anterior vivía con su hija y cuidaba de los quehaceres de la casa. Sin embargo, no veía nuestras relaciones con muy buenos ojos y su presencia había dado a nuestros coloquios un aspecto más formal que antaño.

FRA ya cuestión de saber a qué atenerse respecto al término que habían de tener nuestros amores. Confieso que, tal vez *Invierno 1835 - 1836* a causa de mi juventud, la idea del matrimonio me llenaba de temores, y sin dejarme llevar precisamente por reflexiones o consideraciones de conveniencia, un instinto secreto me privaba de tomar una decisión de tanta gravedad para el resto de mi vida. A ello se agregaba la inquietante inestabilidad de nuestros recursos. Tengo la certeza de que antes de pensar en unirse conmigo Minna deseaba un mejoramiento de su posición. Pronto tuvo que ocuparse seriamente de ello a consecuencia de las preocupaciones que le ocasionó su situación en el teatro de Magdeburgo. La mujer del administrador competía peligrosamente con ella en la interpretación de los papeles que hasta entonces solían asignársele.

A comienzos de invierno la dirección del teatro «Königstädt», de Berlín, que conocía entonces una época de auge, ofreció a Minna ventajosas condiciones. Mi amiga aprovechó esta circunstancia para romper completamente con Magdeburgo y conmigo. Poco parecía inquietarse por mi suerte, lo que me llenó de verdadera ansiedad. No pude impedir que marchara a Berlín sin tener en cuenta el contrato que la retenía aún en Magdeburgo. Cuando partió quedé dolorosamente sumido en un mar de confusiones acerca de los verdaderos motivos de su conducta. En mi turbación, le escribí cartas apasionadas, la supliqué que volviera y a fin de persuadirla de que nuestros destinos no se separarían nunca más, le dirigí una petición de mano en toda regla.

PRECISAMENTE en aquella misma época mi cuñado Wolfram, que también había reñido y roto con Bethmann, actuó en «un bolón» *Cartas de Wolfram* en el citado teatro «Königstadt». Mi hermana Clara, que se había quedado sola en Magdeburgo en una situación harto embarazosa, se dio cuenta del malhumor de su hermano, de ordinario tan jovial. Un día estimó llegado el momento de mostrarme una carta de su marido, fechada en Berlín. Hablaba de Minna y expresaba su sincero disgusto por verme enamorado de una persona indigna de mí. Se hospedaba en el mismo hotel que ella y había tenido ocasión de comprobar que su conducta era muy poco recomendable, pues tenía tratos con gentes que no gozaban, ciertamente, de buena reputación. El efecto que me produjo esta terrible misiva me decidió a salirme de la reserva que, en lo concerniente a mis amores, había guardado hasta entonces con mis parientes. Escribí a mi cuñado en Berlín, le describí cuales eran mis sentimientos por Minna y le subrayé la importancia que para mí tenía el saber la absoluta verdad de todas las graves acusaciones que pesaban sobre ella.

Recibí entonces de mi cuñado, que se expresaba habitualmente con una fría ironía, una respuesta que llenó mi corazón de alegría. Confesaba su ligereza en haber inculcado a Minna y lamentaba haber prestado oídos a chismes y comadreos que le habían inducido a calumniarla sin motivo alguno; declaraba que después de haberla conocido y conversado con ella estaba convencido de la honradez y la bondad de su carácter, hasta el punto que no le quedaba más que desearme sinceramente que uniera mi suerte con la de aquella excelente muchacha.

Mi corazón rebosaba de gozo. Rogué a Minna que regresara en seguida y me alegró saber que ella, por su parte, desde que se había dado cuenta del ambiente frívolo que reinaba en el teatro «Königstadt», no pensaba permanecer un momento más en Berlín. Me ocupé, pues, de conseguirla un nuevo contrato en Magdeburgo. En el transcurso de una sesión del comité teatral, arremetí violentamente contra el director y el administrador y demostré con tal vehemencia las injusticias de que había sido víctima la señorita Planer que los otros miembros, impresionados por la franqueza de mis declaraciones, accedieron sin resistencia a mis deseos. Entonces, en la negrura de la noche, desafiando los azotes de una tormenta invernal, marché en un coche particular en busca de mi bien amada, y con lágrimas de gozo la conduje en triunfo hacia su aposento de Magdeburgo que tan querido me era.

«*Liebesverbot*» TRAS aquella momentánea separación vivimos cada vez más estrechamente unidos y a comienzos del nuevo año de 1836 terminé la partitura de mi *Liebesverbot*. Mis proyectos futuros se basaban en el éxito de esta obra. También Minna parecía compartir mis esperanzas. No nos faltaban, sin embargo, razones para estar inquietos respecto a la manera como irían las cosas a la entrada de la primavera, estación siempre funesta para las precarias empresas teatrales. A pesar de la asignación del Rey y de la ingerencia de un comité especial en la administración, nuestro digno director se hallaba aún en bancarrota e ignoraba todavía cómo salir del paso. En tales condiciones, la representación de mi ópera, con la colaboración de la excelente compañía que tenía a mi disposición, había de cambiar por completo mi difícil situación. Tenía, pues, derecho a una velada de beneficio para resarcirme de los gastos de mi viaje veraniego. Por supuesto, para esta representación elegí mi ópera y me esforcé en conseguir que el favor que me otorgaban, fuera lo menos oneroso posible a la dirección. Para cubrir los gastos que pudiera acarrear la puesta en escena de la nueva obra, me avine a ceder los ingresos de la primera representación y a percibir la recaudación de la segunda.

«*Estudio de la obra*» El estudio de la partitura fué aplazado hasta fines de invierno, lo que no me pareció en modo alguno improcedente, pues abrigaba la esperanza de que las últimas representaciones de una Compañía que se había granjeado la estima del público serían acogidas favorablemente. Desgraciadamente, no logramos llegar al término previsto para el cierre de la temporada. Estaba fijado para el mes de abril pero ya en marzo los miembros más destacados de la ópera, hastiados de la irregularidad con que percibían sus honorarios, aceptaron las mejores condiciones que les ofrecían en otras localidades, sin que Bethmann dispusiera de medios para impedir su marcha. Entonces tuve miedo y estimé dudoso que mi *Liebesverbot* llegara a representarse. Únicamente la popularidad de que gozaba entre los cantantes les decidió, no sólo a permanecer en Magdeburgo hasta fines de marzo, sino aún a tomarse la molestia de estudiar en tan breve plazo las *particellas* extremadamente difíciles de mi obra. Teníamos que dar dos representaciones casi seguidas y no disponíamos más que de diez días para

todos los ensayos. La empresa era harto temeraria pues, a pesar del carácter ligero de la música, no se trataba de una simple opereta sino de una gran ópera con varios coros y piezas de conjunto terriblemente difíciles. Los cantantes, por el afecto que me tenían, estudiaban de la mañana a la noche. Podría contar con el excelente resultado de sus esfuerzos pero no confiar que su memoria fuese segura. No me quedaba, pues, sino la esperanza de un milagro operado por mi talento de director.

Desde hacía algún tiempo me movía en el atril con cierta soltura y di pruebas de ello durante los pocos ensayos con orquesta que efectuamos, por la manera con que, a pesar de su falta de seguridad, ayudé a los cantantes y los mantuve a flote. Les apuntaba, les cantaba, les interpelaba en los pasajes característicos y la acción acabó por cobrar tal brío que podía abrigarse la esperanza de conseguir un éxito. Pero ni siquiera se me ocurrió pensar que todos estos medios artificiales para poner en movimiento la máquina dramática y musical no estarían a mi alcance durante la representación pública, en la que debería contentarme con las indicaciones de mi batuta y la mímica de mi semblante. Por otra parte, los cantantes, especialmente los hombres, estaban tan poco seguros de la letra, que desde el principio hasta el fin estuvieron como paralizados por una extraña turbación. El tenor Freimüller, dotado de poca memoria, trató de dar animación a su papel de joven aturdido (Lucio) con la rutina que había adquirido en *Fra Diavolo* y *Zampa*, y sobre todo con su magnífico y airoso penacho.

Se concibe, pues, que la acción permaneciera totalmente incomprensible para el público, tanto más cuanto que la dirección *Representación de «Liebesverbot»* no se había cuidado de hacer imprimir el texto de la obra. Salvo algunas arias de los cantantes que fueron acogidas favorablemente, todo lo demás que debiera de haber sido expresado con una dicción enérgica y movimientos rápidos quedóse en un juego de sombras chinecas que acompañaba la orquesta con sus inconcebibles desbordamientos, a veces ruidosamente exagerados.

Para caracterizar la manera con que había tratado los matices de tono, mencionaré la circunstancia de que el director de una banda de música prusiana, a quien la obra satisfizo grandemente, juzgó oportuno hacerme con respecto a mis composiciones futuras, algunas sugerencias bien intencionadas acerca del modo de emplear el tambor turco.

MAS antes de hablar de lo que el destino reservaba a esta singular composición, describiré brevemente el carácter de la misma, especialmente en lo que concierne al libreto. *Análisis de la obra*

El fondo de la obra de Shakespear, *Medida por medida*, lo había transformado de la manera siguiente:

«Un rey de Sicilia, a quien no he de nombrar, sale de su país para efectuar un supuesto viaje a Nápoles. Al partir otorga al gobernador que tiene que reemplazarle — y a quien llamaré Friedrich para subrayar su nacionalidad alemana — plenos poderes para reformar en la capital las costumbres disolutas que han provocado el descontento del consejo superior. Al comenzar la obra se ven a los servidores de la autoridad disponerse a la obra. Cierran o destruyen los lugares populares de placer de un barrio de Palermo y hacen prisioneros a los propietarios y a sus criados. Se interpone el pueblo y se suceden una serie de brutales reyertas a las que pone fin el redoble de un tambor. El cabecilla de los esbirros, Brighella (bajo cómico), procede en alta voz a la lectura de la orden del gobernador tendiendo a sanear la moral pública. Un coro de sarcasmos le interrumpe. Lucio (tenor), joven caballero, alegre y resuelto, se pone al frente del pueblo y le incita a la rebelión. Se acrecientan sus ímpetus al cruzarse en el camino con su amigo Claudio (igualmente tenor) a quien se conduce a la cárcel, y que en virtud de una ley muy antigua que Friedrich ha desenterrado, va a ser castigado, por un pecado de amor, con la pena de muerte.

«Ha hecho madre a su amante con quien no puede casarse a causa de la oposición de unos padres abominables. Al odio de esas gentes viene a sumarse el fervor puritano de Friedrich. Claudio teme, pues, lo peor y sólo le alienta la esperanza de que su hermana Isabel, postrándose de hinojos ante el severo gobernador, consiga ablandar su corazón. Lucio promete a su amigo que irá corriendo al convento de Santa Elisabeth donde Isabel acaba de ingresar como novicia.

«Allí, en el interior de los apacibles muros del claustro conoceremos a esta hermana, que está en conversación con una amiga también novicia. Ambas han estado separadas por espacio de mucho tiempo y Mariana revela a su amiga el triste destino que la ha llevado a aquel lugar. Tuvo en secreto relaciones de amor con un gran señor que la abandonó después de haberle prometido fidelidad eterna; y ahora se halla en la más profunda miseria, y, por añadidura, perseguida por aquel traidor que es el hombre más poderoso del Estado. Este no es otro, en efecto, que el gobernador real. La indignación de Isabel estalla en un canto impetuoso y no se apacigua hasta después de haber tomado la resolución de abandonar para siempre un mundo donde se cometen tales crímenes. Cuando Lucio le comunica la suerte que a Claudio le aguarda, el horror que le inspira la mala acción de su hermano se trueca en exasperación contra la vergonzosa hipocresía del gobernador, que tiene el impudor de castigar tan cruelmente una falta que no está, por lo menos, manchada por la traición. Sus violentos transportes seducen inmediatamente a Lucio, quien, inflamado por una arrebatadora pasión, le suplica que abandone el convento y le conceda su mano. La novicia hace caso omiso de las impertinencias de su reciente enamorado, pero acepta sin vacilar la escolta que éste le ofrece para trasladarse hacia el palacio del gobernador.

«Sigue luego una escena del tribunal, que da principio con el interrogatorio burlesco de unos criminales que han cometido delitos contra el pudor y a quienes interpela el jefe de los esbirros, Brighella. El contraste de la situación se acentúa cuando el tétrico personaje de Friedrich pasa entre la muchedumbre que ha invadido el pretorio y ordena a ésta que guarde silencio. Con gran severidad interroga personalmente a Claudio, pero en el momento en que va a dictar la fatal sentencia, aparece Isabel y demanda una entrevista a solas con el gobernador. En presencia de este hombre, a quien teme y desprecia, conserva su sangre fría y hace un llamamiento a su bondad y su generosidad. Las objeciones del gobernador aumentan la emoción de la muchacha, que después de referirse con palabras emocionadas al pecado cometido por su hermano, solicita gracia por una falta tan humana y tan fácilmente perdonable. Al darse cuenta del efecto que produce su vehemente plática, Isabel llama a las puertas del corazón del juez que ciertamente — piensa — no ha estado siempre cerrado a los sentimientos que ex-



petimenta su hermano. La experiencia debería moverlo a compasión. En efecto, el corazón de hielo se ablanda. Friedrich, profundamente emocionado por la belleza de Isabel, pierde los estribos y le promete lo que ella quiera a condición de que, como recompensa, le conceda su amor. Apenas ha oído el inopinado resultado de sus súplicas, Isabel se asoma a la ventana y movida por la indignación arenga al pueblo, ante el que quiere desenmascarar al hipócrita. Mientras la ingente multitud va llenando el salón, Friedrich, con una energía desesperada, logra hacer comprender a Isabel lo descabellado de su intento. El gobernador recusa sus acusaciones y afirma que ha sido ella quien ha tratado de seducirle. Isabel, confusa y presa de gran turbación, se da cuenta de que su precipitación es una imprudencia y se sume en el más negro desespero. En presencia del populacho, Friedrich se muestra entonces más severo que nunca y condena al inculpaado a ser sentenciado a muerte. En este momento, e inspirada por el recuerdo de Mariana, le asalta a Isabel la idea de que tal vez consiga por medio de la astucia, lo que no ha logrado expresándose sinceramente. De pronto, su carácter se transforma, en apariencia, por completo. Dirigiéndose a su desolado hermano, a sus estupefactos amigos y al pueblo sumido en la mayor perplejidad, les anuncia que el gobernador da muestras de tan severo continente con el único objeto de sorprender agradablemente a su pueblo, y que para el próximo Carnaval tendrán lugar alegres fiestas en las que todo el mundo gozará de una libertad desconocida hasta entonces. El propio gobernador tomará parte en diversiones antaño prohibidas. Todos los circunstantes creen que se ha vuelto loco; Friedrich le reprocha su incomprensible conducta con gran dureza, pero las pocas palabras que Isabel murmura a sus oídos bastan para que en su ánimo se opere un cambio completo. Isabel le ha susurrado que accederá a sus deseos, concediéndole una cita amorosa para la noche siguiente.

«El primer acto termina en medio de tales emociones, y el principio del segundo nos da a conocer el plan tan prestamente proyectado por la heroína.

«Isabel entra en la mazmorra de su hermano para convencerse de si es digno de ser salvado. Le da cuenta de las afrentosas proposiciones del gobernador y le pregunta si está conforme en salvar su vida a costa del honor de su hermana.

«Claudio estima odiosa la proposición; se muestra dispuesto a sacrificarse y encomienda a su hermana que le despida de su amante. Pero a poco se deja vencer por los sentimientos y no duda en llegar hasta la cobardía. Isabel, en el momento que iba a comunicarle su libertad, se detiene aterrada; ve a su hermano caer desde la noble atalaya de la nobleza de corazón hasta la vergonzosa confesión del deseo de vivir y pedirle cuentas después acerca del precio de su vida. Isabel se yergue dignamente, recusa al cobarde y le lanza al rostro todo el desprecio que merece. Lo entrega de nuevo en manos del carcelero y sale de la prisión. Apenas está fuera recobra su alegre continente. Resuelta a castigar al hermano versátil dejándole en la incertidumbre de su muerte, no cesa por ello en su propósito de librar al pueblo de aquel fautor de leyes. Se cita con Friedrich para la noche y previene al enemigo, que tiene que presentarse cubierto con una máscara, elige como lugar de la cita los alrededores de una casa equívoca, cuyo cierre había sido ordenado por el propio gobernador.

«Para castigar asimismo a Lucio de su insolente declaración de amor, Isabel le da cuenta de las proposiciones de Friedrich y de la obligación en que se encuentra de corresponder a ellas. Se lo dice con tan frívolo acento que el muchacho, ligero y veleidoso de ordinario, se sume en una furiosa desesperación. Jura que aunque tuviera que amotinar la ciudad entera de Palermo impedirá que aquella noble muchacha tenga que someterse a tan inaudita vergüenza. Y, en efecto, logra reunir a todos sus amigos y conocidos a la entrada del *Corso*, como para asistir al desfile del gran cortejo de Carnaval. Lucio se agrega al anochecer, y en medio del alborozo y de los gritos logra despertar el sanguinario furor de todos a través de una canción un poco liviana y cuyo estribillo es el siguiente: «Hundiremos el puñal en el corazón a aquel que no ría con nosotros».

«Una pandilla de esbirros mandados por Brighella, se apresta a dispersar a la muchedumbre, y, por poco, el tema de la canción no cobra realidad. No obstante, Lucio suplica a sus amigos que transijan una vez más, pero que permanezcan en las cercanías, pues abriga el propósito de ganar para su causa al verdadero jefe de la empresa. El lugar en que se encuentran es, en efecto, el que Isabel le ha indicado como punto de cita con el gobernador. Lucio acecha a Friedrich, y en cuanto éste aparece cuidadosamente enmascarado, el muchacho le sale al encuentro. El gobernador consiente desasirse de Lucio, quien desenvaina la espada y le persigue a voz en grito, pero de pronto se detiene estupefacto, pues acaba de darse cuenta de la presencia de Isabel, medio oculta en la maleza. Esta sale de su escondite, contenta de pensar que en aquel momento Mariana ha reconquistado al esposo infiel; tiene en sus manos el decreto que indulta a su hermano, y, en su alegría, está dispuesta a renunciar a cualquiera otra venganza. Mas al romper el lacre del documento se da cuenta horrorizada de que se trata de una sentencia de muerte que ha llegado a sus manos por mediación del carcelero, a quien ella había sobornado para ver a su hermano. En lugar del decreto de indulto el carcelero le había entregado una condena a muerte. Después de una lucha violenta contra la pasión que le consumía, Friedrich no se había sentido con fuerzas para vencerla y había decidido morir, culpable sin duda, pero por lo menos como un hombre de honor. En efecto, con tal de pasar una hora en brazos de Isabel no le importaba perecer víctima de la misma ley cuya severidad costaba la vida a Claudio.

«Isabel cree ver en ello una nueva infamia del hipócrita y se sume en una horrible desesperación. Excita a toda la población a levantarse contra el abominable tirano, pero Lucio, poseído de gran amargura, aconseja a la muchedumbre que no preste oídos a la embaucadora mujer. En su desdichada ceguera la cree infiel. Se produce en el fondo de la escena un gran desorden; Isabel está presa de la mayor desesperación y Brighella, que se encuentra también comprometido en una intriga de amor y de celos, prrumpe en gritos grotescos porque al apoderarse por error de la persona de Friedrich da ocasión a que se reconozca al gobernador. Se desenmascara luego a la temblorosa Mariana. Sorpresa, cólera, alegría: todo acaba por explicarse. Friedrich solicita entonces que se le someta a juicio, pero Claudio, a quien la multitud alborozada ha libertado de su mazmorra, le demuestra que los pecados de amor no deben ser siempre castigados con la pena de muerte.

«Se anuncia entonces el súbito regreso del Rey y todo el mundo decide trasladarse disfrazado hasta la rada para saludar al bien amado soberano y darle a entender que no se ha hecho para la ardiente Sicilia el sombrío

puritanismo germánico, pues según se ha dicho: «los alegres festejos hacen más feliz al pueblo que vuestras tristes leyes». Y encabeza la comitiva Friedrich, llevando del brazo a Mariana, a los que siguen Lucio y la novicia, perdida ya para el convento».

Estas animadas escenas, osadamente concebidas, estaban escritas en un lenguaje correcto y con cuidada versificación, que había sido objeto de alabanzas por parte de Laube.

Tendencia de la obra

Para comienzo, el título chocó con la censura y de no haberlo cambiado hubiera dado al traste con todos mis proyectos de representación. Nos hallámos en la semana de Pascua y, en cuyo transcurso estaba prohibido poner en escena obras alegres o frívolas. Afortunadamente, el magistrado con quien tuve que entenderme no había leído el poema, y como yo le aseguré que se trataba de la adaptación de una obra muy seria de Shakespeare, se contentaron con sustituir su inquietante título por el de *La novicia de Palermo*, que nada tenía de escabroso y que no dió lugar a ninguna reclamación.

No ocurrió lo mismo, poco tiempo después, en Leipzig. Dado que *Las hadas* habían sido decididamente sacrificadas, traté de sustituirlas por mi nueva obra. Con objeto de congraciarme con el director Ringelhardt había destinado el papel de Mariana a su propia hija que debutaba en la ópera. Pero Ringelhardt rehusó mi obra y adujo como pretexto la inconcebible tendencia del asunto. Y añadió que aún en el caso de que el magistrado de Leipzig autorizara la representación, él, consciente de sus deberes de padre, no permitiría a su hija que tomara parte en ella. En Magdeburgo, el carácter de mi libreto no me valió — cosa extraña — ninguna enemistad, pues la dicción de los actores era tan deficiente que el público no llegó a comprender nada de cuanto acontecía en la escena. No se elevó ninguna protesta respecto a la dudosa tendencia de la obra, nadie se intranquilizó y pudo efectuarse felizmente una segunda representación.

En seguida advertí que mi ópera no había causado la menor impresión, y que nadie se había dado cuenta de lo que yo había querido decir. Confiaba, no obstante, en una asistencia nutrida y no rebajé el precio de las localidades. Ignoro si al levantarse el telón se

Una escena entre bastidores

hallaban en la sala algunos espectadores, pero sí puedo afirmar que un cuarto de hora antes de dar principio a la obertura sólo vi en las primeras butacas de patio a la señora Gottschalk y a su marido, así como a un judío polaco vestido con la indumentaria de su país. Esperaba, sin embargo, que el público iría en aumento cuando, de pronto, se produjo entre bastidores una escena inaudita. El marido de la *prima donna* (la que interpretaba el papel de Isabel), llamado Pollert, arremetió a puñetazos contra el segundo tenor, Schreiber, un apuesto muchacho que cantaba «Claudio». Al parecer, desde hacía largo tiempo, el marido estaba celoso del tenor y le odiaba ferozmente. El iracundo esposo, después de haber comprobado conmigo a través del agujero del telón, que la sala estaba desierta, juzgó llegado el momento propicio para vengarse del galanteador de su mujer sin perjudicar por ello los intereses del teatro. Propinó a «Claudio» tal serie de porrazos que el desgraciado tuvo que refugiarse en su *camerino* con el rostro ensangrentado. Se avisó inmediatamente a Isabel que, presa de desesperación, trató de intervenir en la contienda, pero no obteniendo de su marido más que insultos y palabras groseras, estimó oportuno dejarse llevar por un ataque de nervios. La confusión llegó entonces a límites insospechados, todo el mundo tomó partido por uno u otro de ambos bandos y poco faltó para que el tablado se convirtiera en un verdadero campo de batalla. Se hubiera dicho que todos se habían servido de aquella infortunada velada para arreglar sus cuentas personales.

Como la pareja a la que Pollert había prescrito de manera tan ruda el «Se prohíbe amar» no se hallaba en estado de presentarse en escena, el administrador se vió obligado a aparecer delante del telón y comunicar al escaso y singular auditorio que debido a circunstancias imprevistas, quedaba suspendida la representación. Y así fué como terminó en Magdeburgo mi carrera de compositor y director de orquesta, cuyos comienzos, llenos de promesas, habían costado relativamente grandes sacrificios.

Los acreedores me persiguen A partir de aquel momento, desapareció de mi vida la negligencia del artista para dar paso a las preocupaciones del hombre. Mi situación me daba no pocos quebraderos de cabeza y no se me ofrecía ninguna perspectiva halagüeña. Todas las esperanzas que Minna y yo abrigábamos sobre el éxito de mi obra se habían desvanecido por completo. Mis acreedores, que habían contado con la recaudación, dudaron de mi talento y estimaron oportuno habérselas con mi persona civil, por lo que trataron de recobrar su dinero apresurándose a denunciarme a la justicia. Mi reducido aposento del Breiten Weg me fué insostenible, pues cada vez que entraba en él encontraba una citación fijada en la puerta. Me propuse, pues, no volver a mi casa tanto más cuanto que mi perro de aguas, el único motivo de gozo de aquel asilo, había desaparecido. Esta pérdida se me antojó el presagio del desplome total de mi situación.

En aquellos tiempos de desolación, Minna, por su firmeza y su aplomo, fué verdaderamente mi único consuelo y mi salvación. Precavida como siempre, se había ocupado de su futuro y estaba a punto de ultimar un ventajoso contrato con la dirección del teatro de Königsberg. Se trataba, por tanto, de procurarme en este mismo teatro un puesto como director de orquesta, pero no había ninguno disponible. Sin embargo, el director de Königsberg habiendo observado, sin duda, a través de nuestra correspondencia, que el contrato de Minna estaba sujeto al mío, dejó entrever que se crearía a no tardar el cargo de director de orquesta y que estaba dispuesto a confiármelo. Y convinimos que, por el momento, Minna iría sola a Königsberg a fin de desbrozar el camino.

Adiós a Rosalia ENTRE tanto, vivimos en Magdeburgo días de graves preocupaciones. Hice aún un esfuerzo para mejorar mi situación y como ya he dicho en otra ocasión traté de entrar en negociaciones con el teatro de Leipzig a propósito de mi *Liebesverbot*. Pero pronto me di cuenta de que ya no me era posible permanecer en mi ciudad natal, ni en el seno de mi familia; un vago sentimiento de temor me lo impedía. Mi temperamento inquieto, melancólico y silencioso preocupaba a los míos y mi madre me suplicó en nombre del cielo que sucediera lo que sucediera, no me casara tan joven. No contesté nada. Cuando partí, Rosalia me acompañó hasta el umbral de la puerta. Pretextando tener que hacer todavía algunos recados quise fingir una despedida provisional, pero mi hermana me cogió de la mano, me miró fijamente a los ojos y me dijo:

—¡Sólo Dios sabe cuando nos volveremos a ver!





Heute von heute, heute "El Holandés Errante".

Reproduction en el Illustrarte Zeitung de  
partituras pertenecientes a "El Holandés Errante".

Illustrierte Zeitung



Ende der vorangehenden Illustration  
Folgende sind die in der

Von den Figuren (Folgende von Robert Schumann)



Escenificación de Emil Preetorius para el I Acto de "El Holandés Errante" (1939).



Escenificación del III Acto de "El Holandés Errante" en Bayreuth en 1956.



Se me optimó el corazón. Mas tarde comprendí que el amor era la única fuerza que me sostenía. Dos años después y sin que la hubiese vuelto a ver me llegó la noticia de su repentino fallecimiento.

Pase aún algunas semanas con Minna en Magdeburgo. Vivíamos apartados de todo el mundo y ella hacía cuanto estaba en su mano para disipar mi congoja. Y mientras aguardábamos una separación, cuya duración ignorábamos, pero medíamos siempre juntos, y nuestra única distracción consistía en pasearnos por los alrededores de la ciudad.

Triste marcha de Magdeburgo

Sonbríos presagios contribuían aún a entristecer mi ánimo. Un día, el sol de mayo que iluminaba, como para mofarse de nosotros, las solitarias calles de Magdeburgo, se oscureció de pronto casi totalmente. No recuerdo haber visto jamás semejante fenómeno y fui víctima entonces de un verdadero terror. En otra ocasión, cuando de regreso de una excursión por el campo nos acercábamos al puente tendido sobre el Elba, vimos a un hombre que se arrojaba al río. Corrimos a lo largo de la orilla dando voces de socorro y logramos finalmente llamar la atención del propietario de uno de los molinos de agua que aprovechan la corriente del río. El hombre tendió una percha al desgraciado, al que las olas arrastraban hacia el lado en que nos hallábamos. Vimos como el desdichado alzaba la mano para agarrar la percha, pero no pudo alcanzarla y desapareció ante nuestros ojos debajo de la rueda del molino, sin que volviéramos a verle.

La misma mañana que acompañe a Minna hasta la diligencia para despedirme de ella, toda la población se dirigía por una de las puertas de la ciudad hacia un espacioso campo donde había de tener lugar la ejecución de un soldado culpable de haber dado muerte alevosa, impulsado por los celos, a su prometida. Cuando regresé al hotel para comer por última vez en Magdeburgo, oí contar por doquier los repugnantes detalles del método prusiano para acabar con la vida de un hombre. Un joven, gran aficionado a la música, que por lo visto había conversado con el verdugo, llegado de Halle, acerca del medio más humano para acelerar la muerte de la víctima, me confesó que se había estremecido de horror al escuchar aquel hombre siniestro, tan correcto y elegantemente vestido. Estas fueron mis últimas impresiones de la ciudad que había sido testigo de mis veleidades de independencia y de mis primeros ensayos de actividad artística. Tales impresiones embargaron con frecuencia mi ánimo cuando, más adelante, partía, con la sensación de ser para siempre, de otras ciudades en las que también había trabajado para la formación de mi arte o el mejoramiento de mi situación material. Dondequiera que haya estado con este propósito me han embargado, al partir, sensaciones semejantes.

El 18 de mayo de 1836 llegué a Berlín. Era la primera vez que visitaba esta presuntuosa ciudad real y no tardé en darme cuenta de su especial fisonomía. En la incertidumbre de lo que el porvenir me reservaba, me hospedé modestamente en el hotel «Príncipe Heredero» («Königstrasse») donde Minna se había alojado unos meses antes. Gracias a un amigo de confianza, logré dar con el paradero de Laube en Berlín. Este, mientras aguardaba la vista de su causa, se dedicaba a estudios particulares y a sus ocupaciones literarias. Siempre había sentido una debilidad por mi *Liebesverbot*, y me dió provechosos consejos para que pudiera representarse esta obra en el teatro «Königstaedt».

Berlin, 1836

El director Cerf Dirigía a la sazón dicho teatro uno de los productos más originales de la vida berlinesa: se llamaba Cerf y había obtenido del rey de Prusia el derecho a ostentar el título de «Consejero en Comisión». A propósito del favor de que gozaba en la Corte se contaban cosas que no eran precisamente del mejor gusto, pero gracias al mentado favor había llegado a aumentar de una manera extraordinaria los privilegios de este espectáculo popular. En el teatro Real había declinado mucho la gran ópera y, en consecuencia, el público se había aficionado al género ligero que la escena del «Königstaedt» cultivaba con notorio éxito. Los saneados ingresos habían engreído al director, el cual se mostraba absolutamente de acuerdo con quienes aseguraban que para que una empresa teatral sea bien regida, debe ser administrada por un hombre ordinario y sin cultura. Cerf se creía, pues, el hombre indicado y aun parecía complacerse en hacer gala, con frases ocurrentes, de su bienaventurada ignorancia. Confiando a ciegas en su golpe de vista, tomaba actitudes de dictador con respecto a los artistas de su teatro, y sólo obedecía a su propio antojo. Esta característica suya me fué, ciertamente, ventajosa.

La primera vez que visité a Cerf no anduvo este remiso en declararme que tendría mucho gusto en ayudarme aun cuando hubiera preferido utilizarme como tenor. Cuando le hablé de hacer representar mi *Liebesverbot*, me prometió inmediatamente aceptarlo. Pero ante todo quería darme el puesto de director de orquesta de su teatro. Acariciaba el propósito de renovar su personal de ópera y tenía que Glaser (el compositor del *Adelshofen*), entonces su maestro de capilla, tomara partido por los antiguos cantantes y fuera, por tanto, un estorbo para sus planes. Por eso deseaba contrarme a fin de contar con alguien «que estuviera favorablemente predisuesto a los nuevos cantantes». Todo ello discurrió tan llanamente que mi atormentado corazón se entregó a las más dulces esperanzas y mi destino parecía seguir los más venturosos derroteros.

PERO apenas había tenido tiempo de trazar mis planes de acuerdo con tan favorables perspectivas, me di cuenta de que todo estaba edificado sobre la arena. Lleno de estupor, comprobé inmediatamente las refinadas «supercherías» que, al parecer para divertirse, había sido víctima por parte de Cerf. Al modo de los potentados, me había atestiguado directamente las pruebas autorráficas de su favor, pero se sirvió luego de sus empleados y secretarios para hacerme saber su retractación y la anulación de sus promesas. Y para disculpar su inculficable conducta hizo uso de los pretextos habituales de los magnates que pretenden estar siempre sujetos a su humeracia.

Cerf, que quería desembarazarse de mí sin indemnizarme por el quebrantamiento de los compromisos que había contraído conmigo, me deparó, pues, la ocasión de entrar en tratos con las mismas personas contra las cuales me había puesto en guardia al pretender hacerme su aliado. El maestro de capilla, el administrador, el secretario y otros se encargaron de convencerme acerca de la irrealización de mis deseos, y de que ninguna duda tenía el director conmigo por el tiempo que había perdido aguardando el cumplimiento de sus promesas. Recordó que todos esos embrollos y trapacerías

me hicieron dolorosamente presentir lo que sería toda mi vida. A fin de cuentas, mi situación era todavía peor que antes. Minna, desde Königsberg, no me escribía ni una sola palabra alentadora. El director del teatro donde ella estaba contratada, parecía estar ligado con su director de orquesta de una forma que comprendí mas tarde. Por el momento, las perspectivas que se me ofrecían para conseguir el puesto anhelado habían retrocedido hasta el infinito. Con todo, parecía seguro que para el otoño venidero, ya ocuparía el codiciado airtl, y como por nada del mundo quería volver a Leipzig continué vagando por Berlín y construyendo con tan leves esperanzas la nave que había de conducirme desde las arenas playeras berlinesas hasta el puerto protector del mar Báltico.

Sin embargo, mis relaciones con Minna dieron lugar en mi ánimo a terribles luchas morales. Un rasgo incomprensible de este carácter, a menudo, tan sencillo en apariencia, me sumió en una gran inquietud. Un comerciante de afables maneras y sólidamente asentado, de origen judío, llamado Schwabe, que había residido en Magdeburgo, comenzó a frecuentar mi compañía y no tardé en darme cuenta de que la simpatía que me atestiguaba se debía al apasionado interés que sentía por Minna. Mas tarde comprendí claramente que habían existido entre ambos ciertas relaciones, y aunque no pude considerarlas como una infidelidad para conmigo, puesto que finalmente las asiduidades de mi rival valieron a este una categórica repulsa, lo cierto es que me atormentaban los más sombríos pensamientos. Aquellas intrigas habían sido urdidas tan secretamente, que no abrigué al principio la menor duda. Luego sospeché que la envidiable situación material de Minna se debía en parte a aquel hombre. Como, sin embargo, no llegaba a descubrir en la conducta de Minna una infidelidad propiamente dicha, se apoderó de mí una dolorosa inquietud y desasosiego que me impulsó pronto a recabar violentamente mi equilibrio moral al exigir de mi amiga la confesión de la verdad absoluta. Creía que una unión definitiva con Minna aseguraría, al mismo tiempo que la firmeza de mi conducta, la continuación de mis progresos artísticos. Aquellos dos años pasados en ocuparme del teatro me habían distraído del trabajo serio y presentía con angustia las consecuencias morales que me reportaría. Me daba cuenta de que continuaba por un mal camino; estaba sediento de recogimiento y de paz y se me figuraba obtenerlos, poniendo fin a una situación de la que provenían todos mis tormentos.

Laun debió de advertir que una grave preocupación atormentaba a aquel joven pálido y de rostro demacrado que iba a visitarle. Su compañía había reconfortado mis penas y a él debo las escasas y valiosas impresiones que recibí en la gran ciudad berlinesa. Una representación de *Fernando Cortés*, que dirigió personalmente Spontini, constituyó para mí una revelación importante, que dejó honda huella en mi ánimo por el nuevo aliento que en ella campeaba. Aún cuando la representación en sí misma no consiguió interesarme, pues los actores eran más que medianos y no lograron proporcionarme ninguna emoción que pudiera compensarse, ni de lejos, con la que me había hecho experimentar la señora Schröder-Devrient, advertí en aquel conjunto preciso, entusiasta y bien trabado, algo que hasta aquel entonces desconocía. Comprendí el efecto singular y solemne que pueden llegar a alcanzar las grandes representaciones teatrales, elevándose a un género artístico incomparable, mediante la unidad rítmica fuertemente acentuada en todas sus partes. Esta impresión, que se grabó con firmeza en mi mente, me guió, entre otras, en la concepción de mi *Rienzi*, de suerte que también Berlín contribuyó, y no poco, a mi formación artística.

Salida de Berlín. Königsberg Mas, a pesar de esto se trataba, por el momento, de salir de una situación casi desesperada. Estaba decidido a dirigirme a Königsberg. Comunicué mis propósitos a Laube y las esperanzas que este viaje me hacía concebir. Sin que mediara ninguna petición por mi parte, este excelente amigo se creyó en el deber de ayudarme en lo posible a desembrollar mis complicaciones berlinesas para que pudiera lograr mis deseos, lo que consiguió gracias al apoyo que le prestaron las influentes amistades con que contaba en la ciudad. Mi corazón no tenía secretos para él y cuando me marché me recomendó que no me dejara seducir por la banalidad de la vida de teatro aun en el caso, según mis anhelos, de que progresara en mi carrera de director de orquesta. Añadió que, después de los fatigosos ensayos, me dedicara a la lectura de un libro serio, a fin de cultivar así mis mejores facultades. Le oculté la intención de preservarme, en el futuro, de la excitación de las aventuras amorosas del teatro, poniendo un freno prematuro y definitivo a toda disipación de este género. Y en tal estado de ánimo emprendí, el día 7 de julio, el viaje a Königsberg, muy largo y fatigoso en aquella época.

Abraham Møller Al rodar así por espacio de varios días a través de los desiertos de las marcas prusianas, me parecía que me trasladaba al fin del mundo. Mi primera impresión de Königsberg fué triste y humillante. Fui en busca de Minna, que se hospedaba en un barrio (Tragheim) próximo al teatro. La casa tenía una apariencia sórdida y la calle semejaba una triste calleja de pueblo, pero la amabilidad y el temperamento apacible de Minna ejercieron inmediatamente sobre mí una influencia sedante y bienhechora. Su figura cobraba en las tablas poderosos atractivos y era tenida en gran aprecio por el director y los asiduos del teatro. Dado que yo era su prometido, pues se me había conferido este título, era natural que todo el mundo estimara que este estado de cosas me sería útil y provechoso.

A pesar de que nada había aún de seguro respecto a mi puesto, decidimos que esperaríamos algún tiempo más y que las cosas acabarían, sin duda, por arreglarse.

Esta era también la opinión de uno de los principales protectores del teatro de Königsberg, el original Abraham Møller, el cual sentía por Minna una cordial simpatía, que extendió luego hacia mí. Este hombre, ya avanzado en edad, pertenecía a la especie de apasionados aficionados al teatro, sin duda completamente extinguida hoy día en Alemania, pero de la que se ha hablado con frecuencia en la historia de los actores de antaño. Uno no podía permanecer una hora con este hombre, que se dedicaba particularmente a las especulaciones más arriesgadas, sin oírle cantar las glorias pasadas de la escena en un sentido que nada tenía de desalentador. Había sido rico y logrado conocer a todos los actores y actrices célebres de entonces, con la mayoría de los cuales le había unido una verdadera amistad. Desgraciadamente, sus excesivas liberalidades habían mermado fuertemente su fortuna y se veía ahora obligado a ocuparse en singulares asuntos, en los que es



posible ganar dinero sin tener que arriesgar ningún capital. Se dedicaba a ello con el fin de agenciarse los medios para aportar al teatro alguna que otra dóliva, poco elevada, es cierto, pero muy estimable debido a la decadencia actual de la empresa. Este hombre original, a quien fundadamente temía el director Antonio Hübsch, tomó a su cargo la ultimación de mi contrato.

PARA ello tenía que superar la dificultad siguiente: Luis Schubert, músico de talento y a quien conocí en Magdeburgo, donde era el primer violoncelista de la orquesta, habla tenido que salir de Riga, cuyo teatro se había cerrado momentáneamente. Había dejado allí a su mujer, y mientras aguardaba la inauguración de la nueva temporada, acudió a Königsberg para dirigir la orquesta. Sin embargo, esta inauguración, que debió efectuarse por la Pascua, había sido diferida, de suerte que a Schubert no le interesaba lo más mínimo salir de Königsberg. Dado que, por otra parte, era un director muy competente, Hübsch se encontraba con el difícil problema de encontrar un sustituto que estuviera dispuesto a actuar en cuanto su director de orquesta se viera obligado a marcharse. Como esta marcha estaba sujeta a condiciones todavía inciertas, le convenía a Hübsch tener a mano a un joven director de orquesta que sintiera por Königsberg una invencible atracción y dispuesto en todo momento a aceptar el cargo. Hübsch declaró entonces que, en espera del contrato definitivo, correría, mientras tanto, con los gastos que ocasionara mi sostenimiento. Sin embargo, esto sentó muy mal a Schubert. Su regreso a Riga había sido aplazado indefinidamente, pues aun tenía que terminarse el nuevo teatro, adonde había sido destinado, y, por otra parte, el particular interés que le inspiraba la primera cantante de la Opera de Königsberg enfriaba sus deseos de reunirse de nuevo con su mujer. Se asió, pues, desesperadamente al cargo de Königsberg, me consideró su enemigo mortal e hizo uso de todos los medios posibles para que mi vida en dicha ciudad, ya difícil en espera de su marcha, se convirtiera en un verdadero infierno. Mientras que en Magdeburgo mantenía relaciones cordiales con músicos y cantantes y gozaba del favor del público, en Königsberg fui acogido en seguida con una hostilidad contra la cual apenas podía defenderme. Por lo que me sentí a las orillas del Báltico como en el destierro y me di cuenta de que mi matrimonio con Minna, haciendo caso omiso de las dificultades de la situación, era, en verdad, una empresa muy temeraria.

A comienzos de agosto, durante la temporada de baños, la compañía fué a dar unas representaciones en Memel. Seguí a Minna al cabo de unos días. La mayor parte del viaje lo efectué a bordo de una embarcación por el Curisch Haff. El tiempo era borrascoso y el viento contrario; en aquella época, no se conocía aún la navegación a vapor y fué éste uno de los viajes más melancólicos que jamás haya realizado. En una de las angostas lenguas de tierra arenosa que separan el Curisch Haff del mar, me mostraron el castillo de Runsitten, en el que Hoffmann ha situado el escenario de una de sus más terroríficas historias: *El mayorazgo*. Y me produjo un efecto extraño e inquietante que, después de tanto tiempo, aquel paisaje sombrío y desolado reavivara las impresiones fantásticas de mi juventud.

La amargura de mi estancia en Memel y el lamentable papel que allí desempeñaba, contribuyeron a que buscara mi único consuelo en Minna, por cuya causa, en suma, me encontraba en tan incómoda postura.

EL amigo Abraham vino a reunirse con nosotros en Königsberg. Había laborado mucho en mi favor, haciendo uso de toda clase de argucias, evidentemente encaminadas a contraponer al director del teatro y al director de orquesta. Y, en efecto, habiéndose disputado una noche en el café con Hübsch, Schubert pretextó estar enfermo y por ello imposibilitado de dirigir un ensayo de *Euryanthe*, lo que obligó al director a reclamar en el acto mi presencia en el atril del maestro. Esto era lo que deseaba mi rival. Sabiendo que yo no estaba preparado para dirigir aquella ópera, que era harto difícil y rara vez se representaba, esperaba que, a causa de alguna torpeza que yo cometiera, desapareciera al punto de su vista. Sin embargo, aunque jamás había visto la partitura de *Euryanthe*, destruí de tal modo las malignas esperanzas de Schubert, que éste estimó preferible recobrar la salud el día de la representación, para dirigir él mismo. No lo habría hecho ciertamente si, por mi incapacidad, no se hubiera podido representar la obra.

En este miserable estado, sufriendo a causa de un clima desapacible que incluso en las noches de verano me producía escalofríos, y luchando con las más penosas dificultades pecuniarias, pasé allí un tiempo absolutamente perdido para mi formación artística. Una vez de regreso a Königsberg y gracias a la protección del amigo Möller, se planteó seriamente la cuestión de mi porvenir.

POR conducto de mi cuñado Wolfram y de mi hermana, que se habían puesto al habla con la dirección del teatro de Dantzig, acabábamos de recibir Minna y yo proposiciones ventajosas. Esta ocasión fué aprovechada por mi amigo para persuadir al director Hübsch, que tenía interés en retener a Minna, que nos propusiera un contrato honorable según el cual, a contar de la Pascua del próximo año, ocuparía en propiedad el cargo de director de orquesta en su teatro. Se nos aseguraba, además, una representación a beneficio nuestro, para lo que elegí *La muda de Portici*, que debía dirigir personalmente. Era el regalo de bodas que nos ofrecía el teatro, pues Möller había decidido que teníamos que casarnos. Las cosas no podían continuar como hasta aquel momento. Minna no se oponía a ello y, por mi parte, había dado evidentes pruebas, con todos mis esfuerzos y decisiones, de que no aspiraba más que a recalar en un puerto de reposo. Pero, sin embargo, mi fuero interno ofrecía en aquella época un aspecto singular: conocía bastante bien la vida y el carácter de Minna, pero no poseía la suficiente madurez de espíritu para darme cuenta de lo distinto y contrapuesto de nuestra índole.

Aquella con quien iba a contraer matrimonio, era originaria de una pobre familia de Cederan, en el Erzgebirge sajón. Su padre, un hombre original y de gran vitalidad, presentó más tarde síntomas manifiestos de trastorno cerebral. Había sido durante su juventud trompeta de Estado mayor, y en calidad de tal cargo había tomado parte en la campaña de Francia y en la batalla de Wagram. Luego se dedicó a trabajos de mecánica y fabricó cardas para la lana, cuya manufactura perfeccionó y con las cuales consiguió durante cierto tiempo pingües ingresos. Un año, un gran industrial de Chemnitz le pasó un importante pedido para entregar el venidero, por cuya causa todos

sus hijos, que eran sumamente hábiles, se vieron obligados a ayudar noche y día al padre en su profesión.

Como que éste contaba con una considerable ganancia, les alentaba prometiéndoles excepcionales gratificaciones. Pero al llegar el día de saldar las cuentas, se supo que el fabricante se había declarado en quiebra. La mercancía entregada podía considerarse perdida y era casi imposible dar salida a lo restante. La familia no se repuso jamás de aquella catástrofe. Se instalaban en Dresde, con la esperanza de que el padre encontraría trabajo, pues era un buen mecánico, muy competente en la construcción de pianos. Se llevó a Dresde sus provisiones de fino alambre que empleaba para las cardas y trató de venderlas lo más ventajosamente que le fué posible.

MINNA, a la sazón una chiquilla de diez años, fué encargada de ofrecer ese alambre a las modistas, para la fabricación de flores artificiales. Se puso en camino con un voluminoso cesto y mostró tal habilidad en el arte de persuadir a las compradoras, que pronto agotó su mercancía. Desde aquel momento la acució el deseo de ayudar con su trabajo a su familia, cada día más necesitada, y de conquistar su independencia para no constituir una carga para sus padres. Ya adolescente, destacó por su belleza, que atraía las miradas de los hombres. Un caballero de Einsiedel, que se había enamorado apasionadamente de aquella inexperta criatura, logró seducirla. Toda la familia se sumió en la desdicha, pero sólo la madre y la hermana supieron la horrible situación en que se encontraba Minna. El padre, cuya violencia todos temían, ignoró siempre que su hija, que apenas contaba diecisiete años, ya era madre.

Como carecía de medios para hacer valer sus derechos a su seductor y obtener de él el necesario sostén, Minna sintió entonces más que nunca la necesidad de abandonar la casa paterna y asegurar su independencia.

Gracias a sus amistades, había conseguido ingresar en la compañía de una sociedad teatral. En el curso de una representación, llamó la atención de los comediantes de la Corte, y especialmente del director del teatro de Breslau, quien la ofreció inmediatamente un contrato.

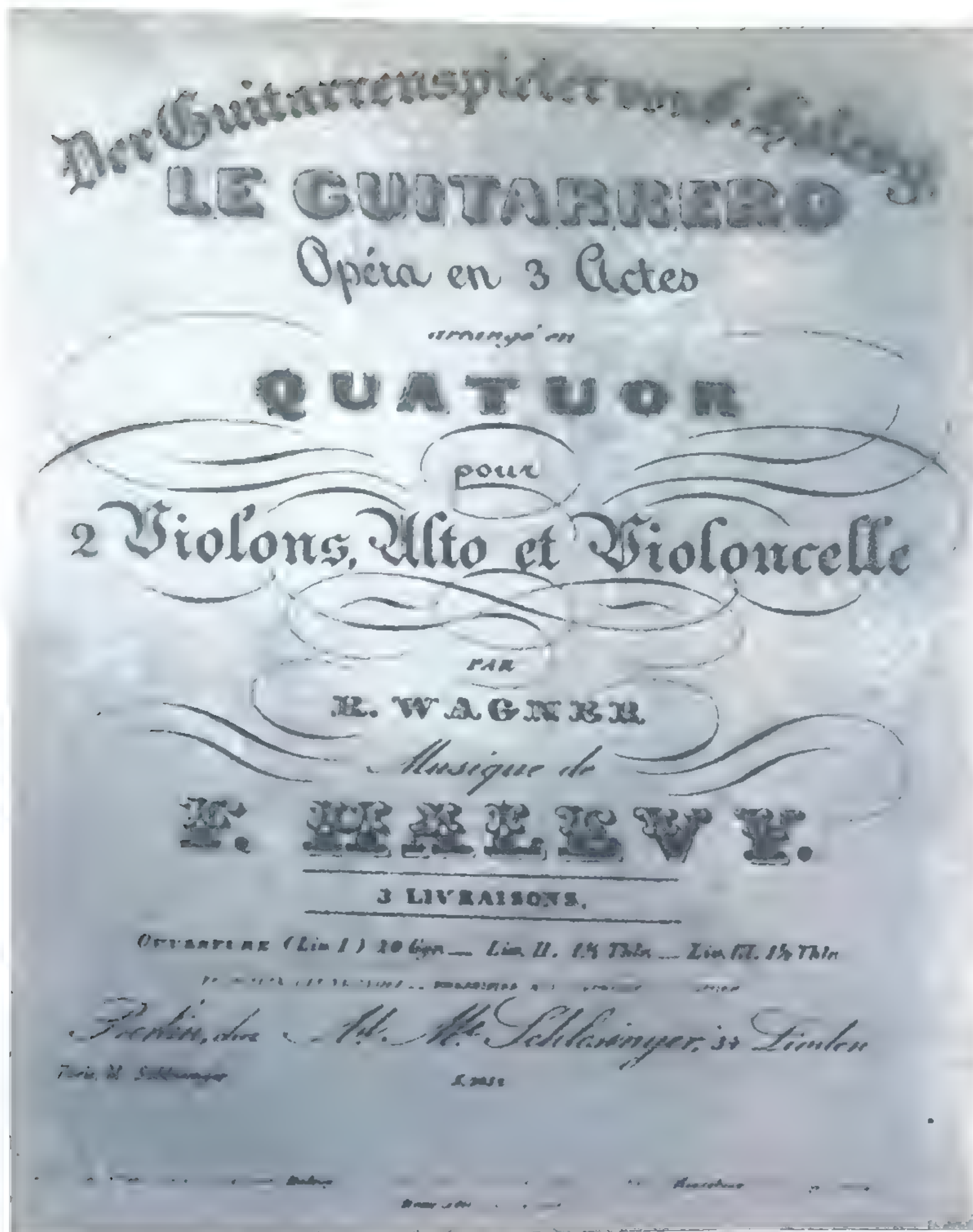
Minna aprovechó gozosamente la ocasión que se le brindaba para salir de su penuria, pues confiaba, tal vez al mismo tiempo, conseguir por medio de la escena una sólida situación que le permitiera ayudar pródigamente a su familia. Sin el menor asomo de frivolidad, de coquetería y de afición por la comedia, sólo vió en la profesión que abrazaba la posibilidad de conseguir rápidamente una posición, si no brillante, por lo menos ventajosa. Ni siquiera poseía la necesaria preparación para comprender el arte teatral, que únicamente se le antojaba una sociedad de actores. Con tal que alcanzara una independencia material, tanto se le daba agradar o no, y, del mismo modo que el tendero expone en el escaparate tentadoras muestras de las mercancías que posee, empleaba Minna todos los medios al alcance de su mano para asegurarse una próspera situación económica. Estimaba una medida elemental granjearse la amistad del director, el administrador y los miembros más influyentes de la compañía y, por ello, los habituales que, según sus críticas o sus simpatías, orientaban la opinión del público, y más aún el director, eran para ella unos seres de los cuales dependía la realización de sus más caros deseos.

No crearse enemigos, le parecía tanto más natural cuanto que, para congraciarse con todo el mundo, no la retenía ningún sentimiento de dignidad personal. Se había formado una especie de discernimiento especial: de un lado, evitaba dar motivo a malas apreciaciones, pero del otro no vacilaba en llamar la atención cuando creía no obrar mal. De resultas, sobrevino en su conducta una mezcla de contradicciones, de cuyo dudoso aspecto ni siquiera se daba cuenta Minna. Carecía, en verdad, de una verdadera delicadeza de alma, que sustituyó por una especie de sentimiento de conveniencia que era para ella *el buen tono*, aun cuando no alcanzaba a comprender que éste no tiene valor alguno en cuanto desaparecen el tacto y la discreción. Falta en absoluto de idealismo, no poseía ningún sentido artístico ni talento alguno para la escena. Agradaba por la gracia que se desprendía de su persona. Ignoro si, con el tiempo, la rutina hizo de ella una buena comedianta.

LA singular influencia que Minna ejercía sobre mí, no provenía, pues, en modo alguno, de los encantos de una naturaleza ideal, encantos que, por lo general, ahondaban fuertemente en mí; antes al contrario, esa influencia tenía su origen en lo sencillo y apacible del carácter de mi amiga. Su índole sosegada me ofrecía un apoyo necesario cuando, en medio del desorden de mis ideas, erraba en busca de mi ideal. Me había casi acostumbrado, apenas la conocí, a no hacerla partícipe de mis ensueños, los cuales eran, por otra parte, tan vagos que ni siquiera yo mismo les prestaba atención. Sólo me mostraba sensible a las inquietudes que me hacía experimentar una mujer a la que desde el primer momento había atribuido una superioridad que estimaba bienhechora para mí. La singular tolerancia de que daba muestras respecto a ciertas confianzas que se tomaban con ella los que Minna consideraba como protectores del teatro, me atormentaba grandemente y perdía el tino cuando, en respuesta a mis reproches, se estimaba Minna gravemente ofendida. Por casualidad, llegaron a mis manos las cartas que Schwab la había escrito en el curso de unas relaciones que yo ignoraba y cuya existencia sospeché por primera vez en Berlín. Los detalles de que en ellas me enteré me dejaron estupefacto.

Los celos, que habían ido acumulándose, se sumaron a las dudas que me había hecho concebir el carácter de la muchacha y, en consecuencia, adopté la resolución de abandonarla. Hubo entre nosotros una escena violenta y apasionada, que fué el prototipo de cuantas se sucedieron después. Había ido, en verdad, demasiado lejos al tratar a una mujer que no estaba ligada conmigo por ningún amor apasionado y que se contentaba con corresponder benévola a mis insinuaciones, como si me creyera en posesión de un derecho sobre ella. Para sumirme en la mayor turbación, le bastó a Minna hacer alusión a los ventajosos ofrecimientos, en el sentido burgués de la palabra, que había rechazado para corresponder, abnegada y tiernamente, al ardor de un joven sin fortuna, sin posición y que aun no había dado al mundo pruebas de su talento. Pero lo que más me atormentaba era la acritud de sus palabras. La ofendí y la ultraje tan gravemente que, cuando me di cuenta de mis exageraciones, tuve que inclinarme ante ella, confesarle mis errores y pedirle perdón. Esta primera disputa rompió la cordialidad de nuestras relaciones, y la repetición frecuente de semejantes escenas, acabó por transformar totalmente el carácter de Minna. Del mismo modo que más tarde mi concepto del arte permaneció ininteligible para ella, que mostraba





500 fr. fin. Contr.  
 1150 fr. Facsimile.  
 300 fr. Partition.  
 200 fr. Guitarrero.  
 200 fr. Schullig.  
 2350 fr.

50 fr. Guitarrero. Guitarrero.

Factura de pago de la firma  
 Schlesinger a Wagner.

Portadilla de la edición de "La Guitarrero" de Halévy,  
 arreglada por Wagner para cuarteto, y editada por la  
 firma Schlesinger.



Ilustración del III Acto de "Tannhäuser",  
 debida a Ferd. Lecke.



Antigua Opera de Dresde (grabado anónimo).



una gran perplejidad al calificar cuanto a aquél se refería, así también su discernimiento, tan diferente del mío, en lo concerniente a la delicadeza de alma y de costumbres, la sumió en una confusión tanto mayor cuanto que se manifestaba reacia a aceptar la liberalidad de algunas de mis ideas. La turbación de su espíritu cambió por completo su índole apacible, se apoderó de ella una brusquedad de que hasta entonces no había dado muestras y que se acentuó con los años, y acabo expresándose en el tono habitual de las personas de baja estofa. Nada tenía ello de sorprendente, pues la pobre mujer no había recibido ninguna educación y sólo se había apropiado un cierto barniz de buenos modales.

Pero a causa de las exasperaciones de aquel carácter violento, todo cuanto durante algún tiempo me había atraído en la persona de Minna fué disipándose poco a poco, hasta el punto que nuestra vida conyugal constituyó una verdadera tortura. En la época a que me refiero, sólo presentía vagamente lo nefasto que había de resultar nuestra unión. Los hábitos tranquilos y las atractivas cualidades de Minna, ejercían todavía sobre mí una influencia tan saludable, que no quise escuchar la voz interior que me auguraba un atormentado destino. Preferí dejarme llevar por mi ligereza habitual y por una terquedad que recusaba toda disuasión.

Desde que estaba en Königsberg había roto toda relación con mi familia, es decir, con mi madre y Rosalia. No comuniqué a nadie mi proyectado matrimonio. Bajo la hábil dirección de mi antiguo amigo Möller, logré vencer las dificultades que oponía la ley al acto matrimonial. Según el Código prusiano, el hombre mayor de edad que quiere contraer matrimonio, no precisa del consentimiento de sus padres. Pero según este Código, yo no había alcanzado aún mi mayoría de edad. Recurrí, pues, a las leyes sajonas, de las cuales dependía por mi nacimiento y según las cuales era ya mayor de edad a los veintiún años. Fué necesario hacer públicas las amonestaciones en el lugar donde habíamos fijado nuestro domicilio el año último, lo que se efectuó sin inconveniente alguno en Magdeburgo. Como, por otra parte, los padres de Minna no rehusaron su consentimiento, no nos quedaba más que trasladarnos los dos a casa del pastor de la parroquia de Tragheim, visita que no resultó ciertamente banal.

Era el día de nuestro beneficio. Minna había de interpretar el papel pantomímico de «Fenella», pero no estaba aún terminado su vestido y faltaban todavía muchas cosas por arreglar. Una lluvia fría de noviembre nos puso de un malhumor que se trocó en desesperación cuando nos vimos condenados a esperar en el corredor de la casa del cura, abierto a todos los vientos. Por un quítame allá esas pajas, comenzamos a discutir; la discusión degeneró rápidamente en disputa, en la que alternaban en tono agrio las expresiones vehementes y los recíprocos reproches. Estábamos a punto de marcharnos cada uno por nuestro lado, cuando el pastor, que había oído el creciente rumor de la disputa, abrió la puerta y, presa de confusión, nos invitó a entrar. Tuvimos, pues, que recobrar una sonriente actitud, y lo cómico de la situación nos devolvió el buen humor.

El pastor se tranquilizó y se fijó la boda para el día siguiente, a las once de la mañana.

La instalación de nuestro aposento suscitó otras preocupaciones, que acrecentaron con frecuencia absurdas disputas. Era mi propósito dar, en lo posible, a nuestro piso un carácter grato y confortable, que me garantizara la tranquilidad y la dicha. Las razonables observaciones de mi prometida me colmaban de impaciencia. Estimaba necesario simbolizar el comienzo de una larga serie de años prósperos con el bienestar doméstico. Adquirimos, pues, a crédito, amortizándolos gradualmente, muebles, enseres y todo lo necesario. Por supuesto, ni siquiera se habló de dote o del equipo de novia y de todas aquellas cosas que en los medios burgueses más sencillos constituyen la base de la futura felicidad conyugal.

Los testigos y los invitados fueron elegidos entre los actores que se hallaban casualmente en el teatro. El amigo Möller nos regaló una azucarera de plata, y otro Mecenaz, un joven original e interesante, llamado Ernesto Castell, nos obsequió con una canastilla, también de plata, llena de pasteles. La muda de Portici, interpretada la víspera y que yo había dirigido con un extraordinario brío, había conseguido un éxito rotundo y produjo los ingresos esperados. Sin embargo, no me acosté aquella noche en el lecho conyugal, que ya estaba dispuesto, y la pasé por entero en un duro canapé. Apenas tapado, los dientes me castañeaban en espera de la dicha que había de traerme el siguiente día. Por la mañana, la llegada de las maletas y las canastas que contenían los efectos de Minna, me produjo una gozosa sobreexcitación. La lluvia había cesado y resplandecía el sol. Desgraciadamente, no conseguí caldear nuestro comedor y durante mucho tiempo tuve que sufrir los reproches de Minna, que objetaba que había descuidado la estufa. Me puse el traje nuevo, que había encargado para esta ocasión — un vestido azul con botones dorados — y cuando llegó el coche salí en busca de mi amiga.

*Matrimonio en Tragheim* (24 de noviembre de 1836)

La luminosidad del cielo había ejercido sobre nosotros una beneficiosa influencia y encontré a Minna del mejor humor, ataviada con el hermoso vestido que ella misma había escogido. Me acogió dulcemente, con los ojos brillantes. Reputando el tiempo magnífico como feliz presagio, nos pusimos en camino para la ceremonia, que nos pareció, de pronto, sumamente agradable. Tuvimos asimismo la satisfacción de ver la iglesia tan abarrotada como un teatro el día de una representación de gala, y a duras penas pudimos abrirnos paso hasta el altar, donde, con una pompa verdaderamente escénica, nos esperaban nuestros testigos. No había entre ellos un solo rostro amigo, pues, al no encontrar una dama que pudiera convenirle, no asistió tampoco al acto nuestro viejo y original amigo Möller.

La frialdad de la asamblea influyó sensiblemente en la ceremonia, cuyo carácter me causó una indecible desazón. Oí como en sueños la alocución del pastor. Seguí luego más tarde, éste formaba parte de la antigua banda de puetistas que habían infestado Königsberg. Al cabo de unos días, me contaron el rumor que circulaba por la ciudad: se decía que yo había formulado una denuncia contra el pastor a causa de ciertas palabras ofensivas que había pronunciado en su plática. No comprendí lo que con ello quería darse a entender y supuse que este rumor provenía de un pasaje que, en efecto, me había sorprendido. Para prepararnos a los tiempos de prueba, a los cuales indudablemente no escaparíamos, el clérigo nos había aconsejado que nos dirigiéramos a un amigo que ni uno ni otro conocíamos. Sumamente intrigado por saber quién era aquel poderoso y misterioso protector que se nos anunciaba de una manera tan original, levanté con curiosidad mis ojos al pastor, quien nos declaró entonces, acentuando sus palabras con un tono de reprimenda, que aquel amigo desconocido se llamaba Jesús. No me ofendí en modo

alguno, como alguien debió de figurarse, pero aquella salida no me sentó bien y pensé que estas recomendaciones estaban previstas por el rito que se observa en tales ocasiones.

Me encontraba de tal modo distraído durante la ceremonia, cuyo alcance no llegaba a comprender, que en el momento en que el pastor nos tendió la Biblia para recibir nuestros anillos, Minna tuvo que propinarme un codazo para que siguiera su ejemplo. Tuve en aquel momento la visión de lo dazo para que siguiera su ejemplo. Tuve en aquel momento la profunda sensación de la doble falta de que me hacía culpable, se excusaba en el cariño verdadero y cordial que sentía por aquella muchacha, evidentemente única y extraordinaria, al pensar en el medio en que se había formado y que, sin reservas de ninguna clase, unía su destino al de un hombre joven que carecía de posición estable.

El acontecimiento tuvo lugar a las once de la mañana del día 24 de noviembre de 1836. Yo contaba entonces veintitrés años y seis meses.

Al regresar de la iglesia, mi buen humor disipó toda clase de preocupaciones. Minna se aprestó inmediatamente a recibir a los invitados. La mesa estaba servida y un copioso ágape inmunizó a los convidados del persistente frío que se hacía sentir en la habitación y del que la joven ama de casa no llegaba a consolarse. A pesar del leve disgusto que le ocasionó por no haber sido invitado a la ceremonia religiosa, también se hallaba entre nosotros el enérgico promotor de nuestro matrimonio, Abraham Möller.

La fiesta siguió su curso ordinario y banal. Mi buen humor duró hasta el día siguiente, hasta el momento en que tuve que salir por primera vez después de casado para trasladarme al tribunal, con objeto de defenderme de mis acreedores de Magdeburgo, que habían enviado sus denuncias a Königsberg. El amigo Möller, a quien consulté el caso, me dió un consejo que embrollaba aún más la cuestión y que consistía en no contestar aquellos papeles timbrados, so pretexto de mi minoría de edad. Entre tanto, disponía de tiempo para esperar una ayuda considerable. El juez, a quien presenté este motivo de recusación, pareció mostrarse muy sorprendido, puesto que si mi matrimonio, del que, sin duda, había oído hablar, se había celebrado, era de todo punto necesario que alegara con pruebas mi mayoría de edad.

Por supuesto, el tiempo ganado fué muy breve y todas cuantas preocupaciones me abrumaron a este respecto durante largo tiempo, comenzaron desde el primer día de mi boda.

El tiempo que permanecí en el teatro sin ejercer ninguna función, me acarrió muchas humillaciones. Aproveché, por tanto, para mi arte la tranquilidad de que gozaba en el puerto de salvación donde, por último, había anclado, y compuse algunas piezas, entre ellas, una gran obertura sobre el tema *Rule Britannia*.

Mientras estuve en Berlín, escribí la obertura de *Polonia*, que me había inspirado la fiesta de los polacos. *Rule Britannia* era un paso más hacia este género, basado en el efecto de masas. Al final de esta obertura, la orquesta, ya entonces poderosa, había de ser reforzada por un importante contingente de músicos militares, siendo destinada esta obra para el próximo festival de música que había de tener efecto en Königsberg.

Además de estas dos oberturas, preparaba una tercera, que habría intitulado *Napoleón*. Me preocupaba grandemente la intervención de los efectos, y me planteaba el dilema estético siguiente: ¿el golpe final del destino que sentenciar al emperador en Rusia, debe ser simbolizado o no por un golpe de «tam-tam»? Aun creo que fueron los escrúpulos que adquirí a propósito de este golpe, lo que ejerció gran influencia sobre la ejecución de mi plan.

*Texto de una ópera cómica*

El fracaso de mi *Liebesverbot* me sumió en un mar de reflexiones y, en consecuencia, resolví crear una obra teatral en la que el trabajo que exigiera a los cantantes y coristas fuese reducido a la justa proporción de lo que puede recabarse a actores teatrales provincianos, los únicos con los que a la sazón podía contar.

Un relato original basado en *Las mil y una noches*, me proporcionó el tema de una composición semejante, de fácil ejecución. Si mal no recuerdo, este relato se titulaba: *Más vale astucia de hombre que astucia de mujer*. Trasladé la acción desde Bagdad a nuestros parajes y la vestí con indumentaria moderna.

Una mujer joven ve en la muestra de un joyero el título anteriormente citado. Su susceptibilidad se siente herida. Cuidadosamente cubierta con un velo, entra en la tienda y, conversando con el joven orfebre, le dice que habiendo admirado la elegancia de sus joyas, se ha sentido poseída de confianza en su buen gusto, por lo que solicita de él su opinión acerca de la belleza de las diferentes partes de su cuerpo. Descubre su piel y su mano y, advirtiéndolo el efecto que producen en el experto, acaba por despojarse del velo que cubre su rostro. Confía entonces al joyero que su padre la tiene estrechamente vigilada y que ahuyenta de su lado a todos los pretendientes, asegurándole que su hija es un monstruo de fealdad. Indudablemente, obra así para eludir la entrega de una dote. El joven jura no desalentarse por la insensata oposición del padre y pedirle inmediatamente la mano de su hija. Y, dicho y hecho. El original anciano concede a su hija en matrimonio al confiado pretendiente, pero cuando, después de la firma del contrato, se conduce al novio a la hija verdadera, éste se da cuenta, horrorizado, que el padre no había mentido. Entonces se acerca al joyero su hermosa enemiga y, después de gozarse con su desesperación, le brinda su ayuda para sacarle de aquel mal paso, a condición de que retire el título de su muestra.

*«La feliz familia de los osos»*

Después de este episodio, introduje una nueva variante en el motivo principal. Cuando el joyero, fuera de sí, se dispone a arrancar el fatal cartel, una singular aparición le detiene en su camino. Se cruza con él un domador de osos que hace bailar la pesada bestia, y, a la primera ojeada, el pobre enamorado reconoce en aquél a su padre, de quien un extraño destino le había separado. Oculta, sin embargo, la emoción que este descubrimiento le produce, pues, con la rapidez del rayo, ha concebido un proyecto que le liberará de su desdichado enlace. El joyero basa su plan en el padre de la novia, un viejo marqués con ínfulas de nobleza. Invita al donador a que acuda aquella misma noche al jardín, donde se celebrarán los esponsales y en el que se congregará una brillante sociedad. Y deja la muestra en su lugar, porque confía demostrar la verdad de su



texto. Ya están presentes todos los invitados, a los que yo hacía pertenecer a esa clase de aristócratas orgullosos que habían emigrado durante la Revolución. Se procede a la lectura del contrato en el que el joven se ha atribuido una serie de títulos nobiliarios de su propia invención. De pronto, se oye el pífano del domador de osos, que entra en el jardín con su bestia. Disgustados con tan trivial diversión, los invitados muestran su extrañeza y luego su indignación, al ver al novio dar libre curso a su amor filial y lanzarse al cuello del domador. Derramando lágrimas de gozo, declara que, finalmente, ha vuelto a encontrar a su padre. Pero el estupor alcanza límites insospechados cuando el propio oso abraza al sedicente noble pretendiente. La bestia no es otro que su propio hermano. Después de la muerte del verdadero «Martín», se cubrió con la piel de éste para no perder el único medio de subsistencia que les quedaba a aquellos desgraciados. El descubrimiento de tan plebeyo origen ocasiona la inmediata ruptura del matrimonio; y la hermosa mujer, vencida por la astucia masculina, compensa al desairado pretendiente otorgándole su propia mano.

Di a esta trama sin pretensiones el título de *La feliz familia de los osos*, y la aderecé con un diálogo que mereció más tarde la aprobación de Holtei. Y me dispuse a componer sobre este libreto una música ligera, al estilo de la música francesa moderna, pero las preocupaciones cada vez mayores que me acarrecaba mi situación, dificultaron la realización de este trabajo

Mis relaciones con la dirección musical del teatro eran constante motivo de preocupaciones. No contando con la ocasión y los medios para defenderme, no me quedaba otro recurso que soportar las calumnias de toda índole que mi rival, dueño del terreno, lanzaba contra mí. Aspiraba evidentemente a que llegara a abandonar el puesto que me habían prometido para la Pascua. Y aun cuando no perdía la confianza, sufría, sin embargo, por la humillación y afrenta que me acarrecaba aquella persistente situación. Y cuando, por último, a comienzos de abril, llegó el momento en que Schubert tuvo que cederme definitivamente el atril, se llevó la triste satisfacción de dejarme una compañía de ópera notablemente merminada, especialmente por la marcha de la primera cantante, de suerte que se presentaban no pocas dificultades para la continuación de la temporada teatral.

Como en todos los teatros de Alemania, los meses primavera-les ejercían sobre el de Königsberg su desastrosa influencia. Los artistas prestigiosos se iban a descansar al campo o firmaban nuevos contratos en mejores condiciones. El director conseguía a duras penas llenar los huecos, mediante actores que se dedicaban con preferencia «a bolos» o firmando nuevos contratos, para lo cual mi infatigable actividad le fué muy útil. Continuamente daba muestras de una energía poco común y con mi incansable diligencia ayudaba a mantener a flote la desamparada nave del teatro. Me esforzaba en soportar con la mayor sangre fría la conducta grosera de una pandilla de estudiantes, entre los cuales había procurado mi predecesor inspirar antipatías por todo cuanto yo realizaba. La firmeza de mi dirección había logrado vencer la primitiva resistencia de la orquesta, pero cuando, después de tantos trabajos, creí haber echado los cimientos de mi consideración personal, tuve, desgraciadamente, ocasión de comprobar que, debido a su gestión, el director Hübsch había exigido ya excesivos sacrificios a la administración para que pudieran abrigarse esperanzas de hacer frente a aquella temporada, hostil a las representaciones teatrales. En el mes de mayo, Hübsch me dijo que había llegado al límite de sus recursos.

Entonces, haciendo uso de toda mi fuerza de persuasión, logré que se decidiera a perseverar en sus funciones, y le sometí varios proyectos que ofrecían posibilidades de atraer nuevamente al público. Pero esto sólo era posible contando con la cooperación de los actores y a base de que se avinieran a renunciar provisionalmente a una parte de sus honorarios.

Esta medida provocó un descontento general, y me vi obligado a explicar la necesidad de la misma a los contrariados, tratando de calmarlos. Yo mismo me veía en la imposibilidad casi absoluta de subvenir a mi propio sostenimiento, pues las dificultades, que aun databan de la época anterior a mi matrimonio, eran cada vez más insuperables. En esta ocasión, sin embargo, no perdí el ánimo. En cambio, Minna, que era ya mi mujer y no podía hacer uso del derecho que empleaba antes en casos semejantes, se consideró víctima de las más horribles desventuras.

**Creciente desacuerdo con Minna** En tan tristes circunstancias, la desavenencia que germinaba desde hacía largo tiempo en el seno del joven matrimonio, tenía forzosamente que estallar, discentimiento que tuvo su origen en lo que tanto me había inquietado con anterioridad a mi enlace y que ya había dado lugar a riñas violentas. Viéndome, en el curso de aquel invierno, en la imposibilidad de subvenir con mi trabajo y el empleo de mis facultades a los gastos de la casa, Minna se creyó obligada, para vergüenza mía, a asumir este deber, sacando partido de la simpatía que inspiraba. Y se producían altercados extremadamente penosos cuando me daba cuenta de que lo que yo denominaba antaño sus «condescendencias», tomaban un carácter equívoco, debido a la manera con que Minna interpretaba su posición en el teatro y las obligaciones a las que estimaba su deber someterse. Resultó imposible que la joven mujer aceptara mi modo de ver y hacerle comprender lo que estos encuentros tenían de ofensivo para mí. La violencia y la agresiva amargura de que estaba poseído, velaba entre nosotros toda explicación razonable. Varias veces, en el transcurso de estas escenas, la acometieron a mi mujer ataques de nervios, que me preocupaban grandemente, hasta el punto de que el único resultado de aquellas discusiones era la satisfacción que experimentaba al verla, por fin, nuevamente reconciliada.

Una cosa es cierta: la de que acabamos por no comprender ni uno ni otro nuestra conducta respectiva.

**Dietrich, protector de las artes** A consecuencia de aquellas enojosas y continuas disputas, el amor que Minna había sido capaz de sentir por mí, había disminuído sensiblemente. Sin embargo, no había la menor duda de que mi mujer sólo aguardaba la ocasión propicia para llevar a cabo la desesperada resolución que secretamente había tomado. A fin de reemplazar al tenor que nos faltaba para la ópera, hice venir a Federico Schmitt, con quien había trabado amistad durante el primer año que pasé en Magdeburgo. Me apreciaba sinceramente y no ahorró esfuerzos para ayudarme a vencer las dificultades con que luchaba en el teatro y en mi vida privada. La necesidad de granjearme amigos entre el público, me obligaba a mostrarme

un poco difícil y reservado en la elección de mis relaciones. Un rico comerciante, llamado Dietrich, se había declarado recientemente protector del teatro, y en particular de las actrices. A las más destacadas, las invitaba, con sus maridos o amigos, a cenar en su casa, donde pretendía gozar del confort inglés, que constituye el ideal de los comerciantes alemanes, sobre todo los de las ciudades mercantiles del Norte del país. También a nosotros nos mandó invitaciones, con gran disgusto por mi parte, aunque no encontraba otra razón para ello que la repugnancia que me inspiraba la fisonomía del anfitrión.

Minna estimaba injusta mi conducta. Persistí, sin embargo, en no querer entrar en relaciones con aquel hombre, y a pesar de que Minna tampoco insistió en recibirle, mi comportamiento respecto a aquel indiscreto dió motivo a nuevas y desagradables disputas.

Un día, mi amigo Schmitt estimó su deber advertirme que Dietrich se había referido a mí, en una mesa harto concurrida, en términos que suponían la existencia de una inquietante intimidad entre él y mi mujer. Sospeché entonces que Minna se relacionaba secretamente con este hombre y le hacía confidencias acerca de mi conducta para con ella, informándole de nuestra crítica situación. Acompañado de Schmitt, me entrevisté con Dietrich en su casa, con objeto de pedirle explicaciones. Por supuesto, negó en redondo todas mis imputaciones, pero en secreto comunicó a Minna el paso que yo había dado, por lo que ésta halló nuevos motivos para lamentarse de mi falta de miramiento.

De resultas, se agravó ostensiblemente nuestra mutua actitud y ni siquiera abordamos determinados temas. Para colmo de desdichas, *Fuga de Minna* la dirección del teatro había llegado, al finalizar el mes de mayo de 1837, a la situación a la que he hecho anteriormente mención. La compañía se prestó desinteresadamente a continuar las representaciones. Como he dejado dicho, tal estado de cosas empeoró aún más mi situación. No me quedaba, sin embargo, otro recurso que sobrellevar pacientemente todas las dificultades. Por propia iniciativa, contando con la cooperación de mi excelente amigo Schmitt, y sin hablar de ello a Minna, tomé las disposiciones necesarias para asegurar mi puesto en el teatro de Königsberg. Estaba tan absorbido por estas gestiones y por mi infatigable participación en las cuestiones de la escena, y permanecía durante aquellos días tan pocas horas en casa, que ni siquiera me di cuenta de la frialdad y el silencio de Minna. En la mañana del día 31 de mayo, me despedí de ella para ocuparme del ensayo y otros quehaceres que me aguardaban en el teatro. No pensaba regresar hasta la noche.

Desde hacía algún tiempo, Minna tenía con ella a su hija Natalia. Yo la di afectuosamente permiso para que la hiciera venir, y la criatura pasaba ante los ojos de todos como una hermana joven. Aquel día, en el momento en que me despedía tranquilamente de Minna, ésta, seguida de su hija, se abalanzó sobre mí y, anegadas las dos en llanto, me besaron tan apasionadamente que les pregunté, asustado, la causa de su emoción. Como no obtuve respuesta, me fuí al teatro meditando acerca de lo insólito de aquella conducta, sin sospechar, ni mucho menos, lo que iba a ocurrir. Cuando, ya muy tarde, volví a casa, hambriento, extenuado y de un humor de perros por todo cuanto había tenido que luchar en el teatro, quedé sorprendido al ver que no había en la mesa ningún cubierto y que Minna no aparecía por ninguna parte. La sirvienta me dijo que había salido a Natalia. Me cargué de paciencia, sentándome, fatigado, cerca de su mesita de labor, que abrí distraídamente. ¡Cuál no sería mi asombro al hallarla vacía! Presa de una terrible sospecha, corrí hacia su armario ropero y comprobé rápidamente que Minna no habitaba ya nuestro piso. Mi mujer se había marchado con tal astucia, que ni siquiera la sirvienta lo había notado.

**Vana persecución** Con la muerte en el alma, me precipité fuera de la casa para tratar de descubrir el paradero de Minna. Gracias a la perspicacia del viejo Möller, enemigo personal de Dietrich, me enteré a poco que éste había salido por la mañana de Königsberg, en un coche particular, con dirección a Berlín. No había duda alguna sobre el terrible acontecimiento. Era irremediablemente necesario alcanzar a los fugitivos. Contando con dinero, ello era posible, pero no lo tenía y a duras penas logré reunir cierta suma. Siguiendo el consejo de Möller, llevé conmigo, por si fuera necesario, nuestros regalos de boda de plata, y después de unas horas angustiosas, tomé un coche de postas particular, en compañía de mi viejo amigo, que se mostraba asimismo preocupado. Teníamos que hacer lo posible para alcanzar la diligencia que había salido hacía poco tiempo, pues suponíamos que a una cierta distancia de Königsberg Minna subiría a ella para proseguir el viaje. Pero nos fué imposible darle alcance. Al amanecer de la siguiente jornada, llegamos a Elbing y allí tuvimos ocasión de comprobar que el exorbitante precio del alquiler de nuestro vehículo había agotado nuestros fondos. No nos quedaba otro remedio que regresar a Königsberg; y para volver en la diligencia, tuve que empeñar el azucarero y la canastilla de plata. Este viaje de retorno es, con razón, uno de los recuerdos más tristes de mi juventud.

Sólo pensé en marchar a Königsberg lo más pronto posible. Agobiado por las persecuciones de mis acreedores de Magdeburgo y las agresivas medidas que tomaban mis proveedores de Königsberg, únicamente podía efectuar mi salida de una manera subrepticia. Pero para ello precisaba dinero, sobre todo teniendo en cuenta que el trayecto desde Königsberg a Dresde, adonde quería ir a encontrar a mi mujer, es muy largo. Los dos días que pasé para procurarme los fondos necesarios, fueron abominables.

**Minna, en Dresde** No recibí directamente ninguna noticia de Minna, pero supe por Möller que Dietrich, bajo el pretexto de prestarle una protección amistosa, sólo la había acompañado durante una parte del trayecto, y que mi mujer se había dirigido verdaderamente a Dresde. La suposición de que Minna se había marchado únicamente para escapar de una situación que juzgaba desesperada, y la noticia de que sólo había aceptado la ayuda platónica de un hombre apiadado de sus penas, con el objeto de reunirse de nuevo con sus padres, atenuó hasta tal punto mi primera exasperación, que acabé por compadecerme de la desdichada. Y acabé también por reprocharme a mí mismo, tanto a causa de mi propia conducta como por mi loco afán de hacer compartir a Minna la miseria que me atenazaba. Este sentimiento cobró cada vez más fuerza en mi ánimo durante el largo viaje que efectué desde Königsberg a Dresde. Salí el día 3 de junio y pasé por Berlín.



# Tannhäuser und der Sängerkrieg auf Wartburg:

grosse romantische Oper in 3 Acten

von  
Richard Wagner.

PARTITUR.

*Als Manuscript von der Handschrift des Componisten auf Stein gedruckt.*

*[Der Besitz dieses Exemplars gibt nur dem ein Recht zur öffentlichen Aufführung der Oper,  
dass eine besondere autorisirte Einigung mit dem Componisten vorausgegangen ist.]*

Dresden  
1845.

*Handwritten notes and signatures, including "H. 1847" and "B. Wagner".*



J.M. Tichatschek, el primer  
Tannhäuser (1845).



Mathilde Wagner, la primera  
Elisabeth (1845).

Portadilla de la partitura de Tannhäuser, fechada  
en Dresde en 1845.

III Acto de Tannhäuser, en grabado de Meisenbach.

Escena del Venusberg, en el Tannhäuser de Bayreuth.





Al encontrarme con mi mujer en la sórdida vivienda de sus padres, no pude por menos de expresarle mi arrepentimiento y mi pesar por cuanto había sucedido.

Singular carácter de Minna

Confiriné que Minna se creía verdaderamente maltratada por su inarido y que el motivo de su fuga se debía al temor que experimentaba ante una miseria frente a la cual yo cerraba voluntariamente los ojos. Sus padres me acogieron con cierto desabrimiento, dado que el estado doliente y nervioso de su hija les daba hartos motivos de queja contra mí. Ignoro si mi propio estado enfermizo, mi viaje precipitado y mis acongojadas palabras causaron en ellos alguna impresión, pero lo cierto es que no pude comprender su actitud conmigo. Creí, sin embargo, observar que produjo en ellos cierto efecto al anunciarles las posibilidades que tenía de obtener, en excelentes condiciones, el cargo de director de orquesta del teatro que iba a inaugurarse en Riga.

No estimé procedente insistir acerca de la regularización de nuestra existencia doméstica antes de dar a ésta una base sólida. Por ello, después de ocho penosos días de vida común en las condiciones más desagradables, partí para Berlín, con objeto de ultimar el contrato definitivo con el futuro director del teatro de Riga. Esta vez el éxito me acompañó, hasta el punto que confiaba en subvenir yo solo a las necesidades de nuestra casa. Así, Minna podría abandonar las tablas, lo que me liberaría en el porvenir de inquietudes y humillaciones.

De regreso a Dresde, comencé a realizar mis proyectos, que merecieron una buena acogida. De buenas a primeras, logré convencer a Minna de que desalojara el mísero piso de sus padres y se instalara conmigo en el campo, en Blasewitz, cerca de Dresde, en espera del momento de marchar para Riga. Tomamos una modesta habitación en el hotel situado a orillas del Elba. Conocía el jardín, por haberlo frecuentado durante mi infancia. El carácter de Minna parecía verdaderamente mejorarse. Accediendo al ruego de que no la atormentara en lo más mínimo, la traté con el mayor miramiento y delicadeza, y al cabo de unas semanas creía ya pasado el período de inquietud. Pero con gran sorpresa por mi parte y sin que acertara a comprender la razón, advertí que mi mujer se tornaba mohina y melancólica. Me hablé de ventajosas ofertas que le habían sido hechas por diferentes teatros, y me sorprendió un día anunciándome su intención de efectuar un pequeño viaje de placer con la familia de una de sus amigas de infancia. No atreviéndome a contrariar sus deseos, no puse ninguna objeción a esta ausencia, que la separaría de mí durante una semana entera. Le prometí que esperaría tranquilamente su regreso en Blasewitz. Unos días más tarde, recibí la visita de su hermana mayor. Venía a solicitar de mí la necesaria autorización escrita para que pudiera despacharse un pasaporte a mi mujer.

Muy extrañado, me trasladé a Dresde para interrogar a mis suegros acerca de las intenciones de su hija. Me contestaron groseramente, reprochándome mi conducta con Minna y mi incapacidad para mantenerla. Y cuando traté de informarme sobre sus proyectos y el lugar donde ella se encontraba, desviaron burlescamente la respuesta.

Regresé al pueblo donde me hospedaba imaginándome las cosas más crueles y no comprendiendo nada de cuanto ocurría.

Nueva fuga de Minna

A poco recibí de Königsberg una carta de Möller que arrojaba luz sobre mi infortunio. El famoso Dietrich había salido para Dresde y Möller me daba el nombre del hotel donde se hospedaba. La odiosa conducta de Minna, que no ofrecía ya la menor duda, me dejó anonadado. Me trasladé precipitadamente a Dresde, me encaminé al hotel designado y me enteré que, en efecto, Dietrich se había detenido allí, pero que se había vuelto a marchar. Y al mismo tiempo, que con él había desaparecido Minna.

Ya no necesitaba saber más y me creí con derecho de preguntar al Destino por qué me había impuesto, tan joven aún, esta amarga experiencia que había de emponzoñar toda mi vida.

Otilia y Herman Brockhaus, en Dresde

En mi inmenso dolor, busqué consuelo en mi hermana Otilia y su bondadoso marido Hermann Brockhaus. Estaban casados desde hacía algunos años y residían a la sazón en una agradable morada veraniega, sita en el «Gran Jardín», cerca de Dresde. Cuando, en uno de mis anteriores viajes, llegué a esta ciudad, fui a visitarles, pero como mi situación era todavía incierta, no les hablé de nada y muy de tarde en tarde prodigué mis visitas. Sin embargo, en las circunstancias presentes el ansia de consuelo reprimió mi orgullo y les revelé la terrible desdicha que me angustiaba.

Comprendí por primera vez la reciedumbre de los vínculos de la sangre y la sensación de bienestar que me producía la confianza absoluta y sin reservas con que hablaba a mis parientes. No tenía necesidad de dar largas explicaciones. Eramos hermano y hermana, los mismos que desde la más tierna infancia habíamos vivido en una completa intimidad. Todo se comprendía instantáneamente. Yo era desgraciado y ella feliz; el consuelo y la ayuda surgían espontáneos.

Era ésta, entre todas mis hermanas, la que antaño, en medio de truenos y relámpagos, había escuchado la lectura de mi *Leubald* y *Adelaida*, y era ésta también la que había asistido, llena de inquietud y de asombro, a la famosa interpretación de mi primera obertura. La encontré con Hermann Brockhaus, hermano menor de mi otro cuñado Federico Brockhaus, hombre muy amable y al mismo tiempo un sabio orientalista que alcanzó pronto notoria celebridad. Tenían ya dos hijos, una pingüe fortuna les aseguraba una vida exenta de preocupaciones y cuando me trasladaba a pie, desde mi triste soledad de Blasewitz, al «Gran Jardín», lo que en aquella época efectuaba todos los días, me imaginaba que, al llegar a su casa, donde siempre era recibido con gran afecto, entraba en el paraíso. La sedante influencia de tan venturosa familia no se ejerció solamente sobre mi carácter, sino que reavivó asimismo mi afán de instrucción, que durante tanto tiempo había estado dormido. La conversación enjundiosa e inteligente de mi cuñado contribuyó no poco a acuciar mis deseos de perfeccionar mi formación artística. Atribuyendo mi matrimonio a una calaverada debida a mis pocos años, me daban a entender, en términos que nada tenían de zaherientes, que era un error reparable. Y poco a poco fui cobrando ánimo para concebir proyectos de composiciones en las que no entraban ya las consideraciones utilitarias que me habían impelido a trabajar para ciertos teatros de segundo orden.

DURANTE los angustiosos días de mi estancia en Blasewitz con Minna, leí *Cola Rienzi*, la novela de Bulwer Lytton. Sintiendo recobrar mis fuerzas en el ambiente confortador de mis familiares, concebí el proyecto de escribir una gran ópera basada en el tema que tanto me había seducido. Para comenzar, tenía que sujetarme aún a las exigencias de los escenarios de mediana importancia, pero me proponía ensanchar en lo porvenir el campo de mis actividades.

Envié, pues, mi obertura sobre *Rule Britannia* a la «Sociedad Filarmónica» de Londres y traté de ponerme en relaciones con Scribe, en París, a propósito de un tema que había extraído de la novela *La noble prometida*, de H. König. Así pasó el resto de aquel verano, del que guardo el mejor recuerdo. A fines de agosto, y tal como había decidido, salí para Riga. Fui primero a Berlín, con objeto de recibir instrucciones de mi nuevo director y ocuparme de mi pasaporte. Por un falso y estúpido sentimiento de vergüenza, eludí hacer alto en Leipzig, donde mi hermana Rosalía, cediendo a sus inclinaciones, acababa de casarse con el profesor Oswald Marbach. En Berlín encontré de nuevo a una hermana menor de Minna, Amelia Planer, cantante dotada de una hermosa voz, que había actuado durante cierto tiempo en nuestra Ópera de Magdeburgo. Esta muchacha, de corazón sensible, experimentó una dolorosa emoción al enterarse de la conducta de Minna. En el transcurso de una representación de *Fidelio*, a la que asistimos juntos, prorrumpimos los dos en sollozos. Alentado por la simpatía que me demostraba Amelia, me dirigí hacia Schwerin, donde me figuraba, equivocadamente, tener noticias acerca del paradero de Minna y luego me trasladé a Lubeck a fin de esperar la salida de un barco mercante para Riga. Habíamos ya dejado a nuestras espaldas la rada de Travemünde cuando se levantó un viento contrario que demoró nuestra navegación por espacio de ocho días. Tuvimos que aguardar de nuevo y me vi precisado a soportar este enojoso contratiempo en una miserable taberna de marineros. Careciendo de medios para distraerme, me absorbí en la lectura del libro popular *Till Eulenspiegel*, que me sugirió la idea de una primera ópera cómica genuinamente alemana. Recuerdo que cuando, mucho más tarde, escribí el poema de Sigfrido, se reavivó en mí la evocación de aquella triste estancia en Travemünde y la lectura de *Till Eulenspiegel*.

Después de una navegación de cuatro días, recalamos en el puerto de Boldeeraa y experimenté en seguida el santo horror que causaban los funcionarios rusos. A duras penas conseguí reprimir la aversión instintiva que me inspiraban desde la época en que, muy joven aún, había abrazado el partido y la causa de los polacos. Me imaginaba que los guardias del puerto se darían cuenta de mi entusiasmo por Polonia y que me mandarían inmediatamente a Siberia. Mi sorpresa fué, pues, altamente agradable cuando comprobé que en Riga, y principalmente en el teatro, me veía siempre rodeado de alemanes.

Después de las ruines experiencias que había cosechado en los teatrillos en que hasta entonces había actuado, me cautivaron en principio las condiciones que ofrecía a mi actividad el que acababa de inaugurarse en Riga. Una asociación formada por ricos aficionados al arte y fuertes comerciantes, sufragaban gustosos los fondos necesarios para una sólida y bien orientada dirección teatral. Esta dirección había sido confiada a Carlos de Holtei, un autor que gozaba de cierto renombre en el género dramático. Holtei pertenecía aún a una escuela artística en trance de desaparición, y a sus excepcionales condiciones de hombre de mundo se sumaba un conocimiento vastísimo de cuantas personas habían intervenido en el teatro durante los últimos veinte años. Se contaba a sí mismo entre los «amables libertinos» que se afanaban por crearse una reputación de ingenio, y tomaban posesión de la escena como de un campo libre, en el que están permitidas todas las excentricidades. El modo de ver y enjuiciar las cosas de estos hombres ha dado por resultado apartar a la burguesía del teatro y que los espíritus selectos de la nación perdieran el interés que antiguamente atestiguaban.

El teatro berlinés «Königstaedt», donde la primera mujer de

gracia y simpatía, atravesaba entonces una floreciente situación, gracias sobre todo a su célebre pensionista Enriqueta Sontag. Fué en este teatro donde Holtei había formado su gusto artístico y en el que había conquistado su notoriedad de buen dramaturgo con la representación de unos melodramas que merecieron una excelente acogida, principalmente *El viejo general* y el que había escrito sobre la balada de *Leonora*, de Bürger. En su vehemente deseo de consagrarse totalmente a la escena, aceptó con sumo agrado la invitación de Riga, pues esperaba, en aquella apartada ciudad, dedicarse sin reservas al género teatral con el que estaba encariñado. Gracias a sus maneras cordiales, a su conversación sumamente jovial y a su modo versátil de tratar los asuntos, había logrado cautivar a los comerciantes de Riga, que no requerían precisamente otra cosa que las distracciones que Holtei monopolizaba. Pusieron a su disposición fondos considerables y le atestiguaron en todo momento la más amplia confianza.

Conseguí contratarme con una gran suerte. El nuevo director estaba ya cansado de vejestorios pedantes y prefería a la gente joven, a causa, precisamente, de su mocedad. En lo tocante a mi persona, le había bastado con saber que estaba emparentado con la familia de uno de sus amigos. Enterado, además, de que cultivaba con apasionamiento la ópera moderna francesa e italiana, estimó haber hallado en mí justamente al hombre que necesitaba. Había encargado de una vez las partituras de todas las óperas de Bellini, Donizetti, Adam y Auber. Y no me quedaba más que servirles con prontitud y brío a los excelentes habitantes de Riga.

Al efectuar mi primera visita a Holtei, encontré en su casa a mi protector de Leipzig, Enrique Dorn, que había aceptado el puesto de director municipal de música de las iglesias y escuelas de Riga. Se congratuló de encontrar de nuevo al antiguo y quimérico adolescente convertido ya en un director de orquesta práctico e independiente, pero mostré muy sorprendido al advertir la transformación que se había operado en mí en el aspecto musical. No podía comprender cómo el apasionado admirador de Beethoven, se hubiera trocado en un adepto de Bellini y Adam. Me condujo a su casa de campo que, según el modo de hablar de los habitantes de Riga, estaba situada en el verdor, es decir, literalmente, en la arena. Mientras contaba a Dorn algunos de los sinsabores de mi existencia, me sentía poseído, en medio de aquel singular desierto, de un doloroso sentimiento de nostalgia que fué cobrando poco a poco una mayor intensidad y que me acució a encontrar una salida al laberinto teatral que me había hecho extraviarme hasta aquellos inhóspitos parajes. La ligereza con que, en Magdeburgo, había



cedido a la pervisión de mi gusto musical y el atolondramiento que me había impelido a frecuentar el trato de una sociedad sin valor alguno, dieron paso a un carácter más serio y reposado, que me inculcó, mientras cumplía mis funciones en Riga, a una irrefrenable tendencia a apartarme del teatro. Este sentimiento provocó en el director Holtei la cólera de la decepción.

Con todo, no me fué, al principio, difícil poner buena cara al mal tiempo. El teatro tenía que abrir sus puertas antes de que la compañía de ópera estuviese completa. Montamos, entre tanto, una pequeña ópera cómica de C. Blum, titulada *Maria, Max y Miguel*. Holtei intercaló en ella un aria cuya letra era de su propio numen y a la que yo había puesto música, destinada al actor Günther, que era un notable bajo. Comenzaba con una introducción sentimental y terminaba con un brioso rondó militar. La pieza gustó mucho. Mas adelante, compuse también un aria para Scheibler, nuestro segundo bajo, que cantaba en *La familia suiza*. Era una especie de plegaria que no solamente fué bien recibida por el público, sino que me satisfizo a mí mismo. Esta composición era un primer indicio del gran cambio que se preparaba en mi formación musical. Con motivo de la fiesta del emperador Nicolás, me encargaron que pusiera música a un himno nacional escrito por Brakel, al que traté de dar un color despótico y patriarcal. Consegui con esta obra un éxito notable, puesto que durante bastante tiempo fué interpretada todos los años en la misma fecha.

Holtei intentó persuadirme de que escribiera, con destino al personal que teníamos a nuestra disposición, una ópera cómica, fácil y agradable, o mejor aún, una opereta. Le mostré el texto de *La feliz familia de los asos*, como ya dije, mereció de Holtei una favorable acogida. Sin embargo, al releer las páginas que sobre este tema había escrito en Königsberg, experimenté un verdadero desencanto por este género de música. Acabé por regalar el libreto a un músico de escaso talento, mi amigo, el director Loebmann, que estaba bajo mis órdenes, y jamás he vuelto a ocuparme de él.

Luego me puse manos a la obra, para terminar el texto de *Rienzi*, cuyo plan había esbozado en Blasewitz, pero le di tan vastas proporciones, que impedí yo mismo toda posibilidad de hacer ejecutar esta ópera, como no fuera en los mayores escenarios de Europa.

Así, mientras mis aspiraciones me alentaban a sustraerme a las condiciones mezquinas de los teatros de segundo orden, nuevas dificultades vinieron a complicar mi existencia; contribuyendo a acentuar la seriedad de mi carácter, pero creando al mismo tiempo nuevos obstáculos a mis ambiciones. La *prima donna* que esperábamos, no había llegado y nos encontrábamos sin disponer de una gran cantante de ópera. En vista de ello, el director acogió con gran placer mi proposición de contratar a Amelia Planer, la hermana de Minna. Esta se mostró dispuesta a aceptar un compromiso que le brindaba la ocasión de estar a mi lado. Desde Dresde, donde a la sazón residía, me confirmó su respuesta definitiva y me comunicó al mismo tiempo el regreso de Minna a casa de sus padres. Triste y desmoralizada, mi mujer parecía estar gravemente enferma. Naturalmente, esta noticia me causó una profunda impresión. Lo que supe acerca de Minna a raíz de su segundo abandono, me había impulsado a rogar a mi viejo amigo Möller que llevara a cabo las gestiones legales necesarias para nuestro divorcio. Tenía pruebas de que Minna se había hospedado bastante tiempo con el famoso Dietrich en un hotel de Hamburgo y, por otra parte, había puesto en evidencia, de manera palmaria, nuestra separación, que, sobre todo en el mundillo teatral, se comentaba de un modo difamatorio para mí. Todo se lo dije a Amelia, rogándole al mismo tiempo que no me comunicara en adelante ninguna otra noticia acerca de su hermana.

Arrepentimiento de Minna

PERO Minna me dirigió una carta verdaderamente conmovedora, en la que me confesaba francamente su infidelidad. Así como había sido la desesperación lo que la había incitado a cometer su falta, era también la desesperación en la que la sumía su propia conducta, lo que la estimulaba a abandonar el mal camino. Adiviné en estas alusiones que se había engañado sobre el carácter de su seductor y que, por consecuencia, se había sumido en un lamentable estado de sufrimientos físicos y morales. Por lo que, reconociendo su horrible situación, volvía a mí, imploraba mi perdón y me aseguraba porfiadamente que hasta el momento aquél no se había dado cuenta de la omnipotencia del amor que sentía por mí.

Jamás había oído de labios de Minna un lenguaje semejante y nunca más me sería dado oírlo, salvo en otra ocasión, en un emocionado momento en que las mismas expresiones obraron sobre mí idéntico efecto al de aquella carta, haciéndome cambiar de actitud.

Le respondí que no se volvería a hablar entre nosotros de cuanto había ocurrido, de lo que me consideraba el primer culpable. Y puedo vanagloriarme de haber cumplido fielmente mi palabra.

Minna y Amelia

HABIÉNDOSE firmado el contrato de Amelia, acorde con nuestros deseos, invité a Minna a que se reuniera con su hermana y que la acompañase a Riga. Ambas respondieron afirmativamente a mi ruego, y el día 19 de octubre, con un tiempo desapacible, llegaron a mi nueva patria.

Advertí, apenado, que verdaderamente Minna había desmejorado mucho, y de acuerdo con mis medios me esforcé en procurarle el confort y el reposo que le eran necesarios. Esto entrañaba ciertas dificultades, puesto que mis ingresos se cifraban solamente en mi modesto sueldo de director de orquesta y, por otra parte, habíamos tomado la firme decisión de que Minna no volvería a pisar las tablas. Esta línea de conducta no solamente nos ocasionó preocupaciones materiales, sino que aun nos acarreó singulares conflictos, cuyo carácter comprendí más tarde, cuando se abrieron mis ojos sobre la moralidad del director Holtei. Por el momento, tuve que soportar que se chismeara por doquier que estaba celoso de mi mujer, añadiéndose que mis razones debía tener, indudablemente, para ello. Sin embargo, estos comadreos no me causaron la menor impresión. Estaba contento de haber encontrado de nuevo la paz conyugal y volver por la noche a nuestro confortable pisito, en el que Minna dió muestras de un verdadero talento de ama de casa.

Como no habíamos tenido hijos en nuestro matrimonio, albergábamos a un perro para que solazara nuestro hogar. Un día nos asaltó la excéntrica idea de adoptar un lobezno que nos habían traído, pero como este nuevo comensal no contribuyó ciertamente a que nuestra vida íntima gozara de mayor confort, nos desembarazamos de él al cabo de unas semanas.

Más afortunados estuvimos con mi cuñada Amelia, cuyo buque era *Monarca* y familiaridad, carente de exigencias, reemplazó en forma en Riga la grata y por espacio de bastante tiempo, al hijo que nos faltaba. Las dos hermanas, ninguna de las cuales había recibido una buena merienda, reavivaban a veces, de manera festiva y ocurrente, cuando se juntan, sus años de infancia. Aunque Minna no era dada a la música, daba muy bien a su hermana, y como esas sencillas canciones iban acompañadas por una cena con ensalada rusa, salmón ahumado del Duna y la carne asada fresca, formábamos, en aquel gelido país del Norte, un trio de buen humor.

Con gran contento de los tres, la hermosa voz de Amelia y su verdadero talento de cantante merecieron del público una excelente acogida. Mas como era de baja talla y carecía de soltura en las tablas, su repertorio era bastante reducido y pronto se vió aventajada por rivales más afortunadas. Tuvo, por una suerte considerable al casarse con un brillante y pundonoroso oficial del ejército ruso, el capitán Carlos de Meck, en la actualidad general. Este se prendió apasionadamente de la muchacha y al cabo de un año se casó con ella. Este noviazgo, que nos acarreó algunas complicaciones, tendió desgraciadamente las primeras sombras en nuestra intimidad. Con el tiempo, las hermanas araban por reñir por completo y me vi obligado a sobrellevar durante un año entero la espinosa situación de vivir en el mismo piso con dos personas que ni siquiera se dirigían la palabra.

Pasamos el invierno en un menguado y frío aposento de la ciudad vieja, y en la primavera del año 1838 tomamos un piso más agradable en el barrio de San Petersburgo. A pesar de la desavenencia de las dos hermanas, recibíamos en él, sin ningún protocolo, a muchos amigos y conocidos. Además de cuantos intervenían en el teatro, me relacioné también con personas de la ciudad. Frecuentábamos asimismo la familia del director Dorn, con quien, por cierto, nos juramos una fraternidad a toda prueba. Sin embargo, mi amigo más sincero era sin duda el segundo director de orquesta, Franz Loebmann, músico de escasas dotes, pero hombre íntegro y cabal.

No frecuentaba el trato en otros círculos y seguía manteniéndome fiel al rasgo primordial de mi carácter, que se acentuó todavía más; de suerte que, al cabo de dos años, salté de Riga tan indiferente y extranjero como lo había sido en otros tiempos al marchar de Magdeburgo y de Königsberg. Esta marcha fué verdaderamente amarga, a consecuencia de una serie de enojosas experiencias que me hicieron concebir el ardiente deseo de romper definitivamente con la clase de gente con que, al tratar de crearme una posición en el teatro, se había cruzado en el escenario de mi vida.

De todo esto me di cuenta paulatinamente. Al principio, la satisfacción de haber recobrado mi felicidad conyugal, tan precozmente turbada, ejerció una beneficiosa influencia sobre mi actividad artística. La seguridad material de nuestra empresa artística me proporcionaba asimismo la necesaria tranquilidad, y desde el punto de vista musical, logré algunos resultados verdaderamente notables. El teatro era, empero, de dimensiones reducidas. No obstante, conseguí poco a poco acomodar una orquesta más numerosa en el limitado espacio destinado a los músicos, y que estaba calculado solamente para dos primeros violines, dos segundos, dos violas y un contrabajo, formando un cuarteto de instrumentos de cuerda. Estos esfuerzos, que se vieron coronados por el éxito, provocaron el enojo de Holtei.

Contamos a poco con una buena compañía de ópera. Me estimuló particularmente el acabado estudio que hice de la ópera de Mehul: *José, vendido por sus hermanos*. El estilo noble e ingenuo de esta música conmovedora, influyó favorablemente mi gusto musical, estragado entonces de manera extraordinaria por la práctica del teatro. Ante la audición de la comedia clásica sentí con gozo despertarse nuevamente en mí, mis antiguas y sanas inclinaciones y recuerdo especialmente una excelente representación de *El rey Lear*, cuyos ensayos seguí con gran interés.

Estas impresiones de un orden superior dieron, no obstante, por resultado que se acumularan las desventuras en el ejercicio de mis funciones. De un lado, los actores me eran cada vez más antipáticos, y, de otro, las orientaciones artísticas de la gerencia me producían una irritación creciente. Y en lo que concierne al personal del teatro, hice entonces las experiencias más penosas acerca de la vacuidad, fatuidad e impúdico egoísmo de esta clase de gente ignorante e informal.

Enojo de Holtei

YA durante mi estancia en Magdeburgo me fastidiaba el trato con personas con las que no simpatizaba y en Riga no hubo pronto casi ninguno entre los miembros de nuestra Compañía con quien no hubiera tenido algún altercado por un motivo u otro. Lo más triste del caso es que en estas luchas, a las que sólo me impulsaba, en verdad, mi celo por el logro de una perfección en nuestro conjunto, no me veía nunca secundado por el director Holtei. Antes al contrario, no conseguía sino que se mostrara disgustado. Pronto estimé oportuno declararme que, a su entender, nuestro teatro tomaba un carácter demasiado austero y traté de hacerme comprender que las buenas producciones únicamente se obtienen a base de actores un poco «libertinos». Consideraba que quienquiera se obstinara en el teatro en guardar su propia dignidad era un estúpido pedante, y aseguraba al mismo tiempo, que lo único que merecía la pena de representarse era el *vaudeville* medio frívolo, medio sentimental. Detestaba la gran ópera y sobre todo los grandes conjuntos musicales, y mis demandas a este respecto sólo cosechaban pérdidas ironías. Pronto iba a comprender, horrorizado, la singular relación existente entre sus tendencias artísticas y sus inclinaciones en el aspecto moral. Por el momento, bastaron sus declaraciones denigrantes con respecto al género serio para sublevarme, y ello dió motivo a que se acentuara la repulsión que me inspiraba toda la gente teatral.

En Mitau

MAS, a pesar de todo, varias meritorias representaciones dadas a comienzos de verano, en el Gran Teatro de Mitau, adonde por espacio de algunas semanas se trasladó nuestra compañía, me proporcionaron unas horas de indecible placer. Pero, cosa curiosa, fué precisamente durante mi permanencia en Mitau cuando me dediqué sobre todo, a leer las novelas de Bulwer, tomando la íntima resolución de romper definitivamente las cadenas que me ligaban a la escena. No me había sido posible, hasta entonces, adoptar una decisión irrevocable.





Escena del Venusberg, pintada en una de las paredes del castillo de Neuschwanstein, propiedad de Luis II.



Escena del Venusberg, pintada en una de las paredes del castillo de Neuschwanstein, propiedad de Luis II.

Modelo para la sala de la Wartburg (II Acto de Tannhäuser), diseñado por Angelo II Quaglio en 1867.



Tichatschek y Schröder-Devrient, como Tannhäuser y Venus respectivamente, en la escena del Venusberg, en ilustración correspondiente a la fecha del estreno de "Tannhäuser" en 1845.





RIENZI, cuya composición había terminado durante los primeros días de mi llegada a Riga, hubo de abrirme las puertas del maravilloso mundo que soñaba. Ya había renunciado a la ejecución de *La feliz familia de los osos*, porque el fácil carácter de la obra me hubiera forzado a adaptarme a las mezquinas condiciones teatrales, que tanto aborrecía. Experimenté, sin embargo, un intenso placer al consagrarme sin reservas a la composición de *Rienzi*, tan rica en lo concerniente a medios artísticos. Si desca- ba ver representar mi obra, siquiera fuese una sola vez, no me quedaba otro recurso que renunciar definitivamente a las exiguas proporciones de las es- cenas habituales y tratar de establecer relación con un gran teatro.

Composición  
de «Rienzi»

A nuestro regreso de Mitau, en el verano de 1838, comencé, a escribir la partitura de *Rienzi*. Este trabajo me trasportó a un estado de verdadero en- tusiasmo, que contrastaba singularmente con la situación "en que me halla- ba; si hablaba de mis proyectos se enteraban de lo que se trataba, compren- dían en seguida que aquello significaba la ruptura de mi compromiso actual pues era totalmente imposible representar mi obra en Riga, calificándome, al mismo tiempo de alocado y de engreído.

Sin embargo, a Dorn, el antiguo protector de mi insólita «obertura» de Leipzig, debí de parecerle excéntrico y poco práctico, sobre todo cuando me vió desembarazarme bruscamente de mi apego a la ópera trivial en la que tanto me había complacido. A propósito de un concierto que yo había dado a final del invierno, expresó con gran franqueza su opinión en una crítica insertada, en *La Nueva revista musical* y no anduvo remiso en burlarse de mis dos oberturas, la de *Cristóbal Colón* y la de *Rule Britannia*. Tampoco a mí me satisfacía la ejecución de estas dos piezas. La desmedida simpatía que sentía aún por las trompetas me jugó en las dos oberturas una mala pasada. Y como me había mostrado severamente exigente con los músicos de Riga, ocurrieron durante la interpretación varios enojosos incidentes.

En perfecto contraste con el vasto concepto de mi *Rienzi* «El Regidor de París», el mismo Enrique Dorn se había dignado componer una ópera en la cual, con gran sentido práctico, no había per- dido un instante de vista nuestro teatro de Riga. *El regidor de París*, ópera cómica histórica, basada en los tiempos del sitio de París y de Juana de Arco, fué estudiada e interpretada a plena satisfacción del compositor. No vi en el éxito de esta obra ningún motivo que me aconsejara desviarme de mi *Rienzi* y me congratulé de no experimentar el menor sentimiento de envidia. Indiferente en absoluto a la concurrencia me fuí apartando cada vez más de la Compañía de Riga, limitándome a cumplir con los deberes inherentes a mis funciones. Y mientras trabajaba en los dos primeros actos, no sentí la menor inquietud por saber si mi gran ópera llegaría un día a representarse.

El retorno de mi íntima inclinación hacia lo serio en la vida, rasgo carac- terístico de mi primera juventud, arrancaba sin duda, de las amargas y tristes experiencias que había cosechado. Esta inclinación había de ser to- davía reavivada por las impresiones particularmente dolorosas que recibí du- rante los últimos meses que pasé en Riga.

Muerte  
de Rosalía

Poco tiempo después de mi reconciliación con Minna me llegó la noti- cia de la muerte de mi hermana Rosalía. Por primera vez en mi vida experimenté la sensación que uno siente al perder a un ser muy que- rido. La muerte de esta hermana me trastornó como una significativa adver- tencia del destino. Por complacer a Rosalía renuncié antaño a mis desenfren- os de juventud, y para granjearme su cariño y su estimación me había con- sagrado, con celo ejemplar, a mis primeros importantes trabajos. Cuando el afán por descifrar la incógnita de la vida me espoleó a abandonar la casa paterna, fué Rosalía quien leyó en mi turbado corazón como en un libro abierto. Ya en mi salida para Leipzig, pronunció aquel adiós lleno de presen- timientos. En la época de mi desaparición, cuando llegó a mi familia la no- ticia de mi matrimonio y de mi triste desventura, Rosalía no perdió nunca la confianza que tenía depositada en mí y como más tarde me contó mi ma- dre conservó siempre la esperanza que acabaría por lograr el más completo desarrollo de mis facultades.

Al recibir la noticia de su muerte la significación de su despedida se me apareció, de pronto, con luminosa claridad. Pero no fué hasta mucho más tarde, cuando, después de mis primeros grandes éxitos, mi madre se lamen- taba llorando de que Rosalía no estuviera presente para gozar de ellos, quan- do comprendí en realidad todo el valor de nuestro cariño y la influencia que esa nobilísima hermana había ejercido sobre mí.

Existencia solitaria  
en Riga

Al relacionarme nuevamente con mi familia, experimenté una gran satisfacción. Mi madre y mis hermanas estaban ya entera- das de todas mis vicisitudes pero las cartas que me enviaban no contenían ningún reproche para mi conducta, en apariencia poco afectuosa; por el contrario, me expresaban su simpatía y revelando un cordial interés por todas mis cosas. Les habían informado también desfavorablemente acer- ca de mi mujer; esto me fué particularmente agradable, pues me ahorraba la penosa tarea de excusar su indigna conducta conmigo. Después de aquel período de íntima agitación, experimenté, un bienhechor sosiego moral. Pa- recía que todo cuanto me había impelido con tanta impetuosidad hacia ator- mentado tan fébrilmente, acababa de aquietarse en una paz definitiva. A pesar de que aún durante una serie de años no conseguí resolver las más des- agradables preocupaciones materiales, la inquieta excitación de mis inclina- ciones juveniles estaba por lo menos suficientemente amortiguada para per- mitirme, en la espera de mi independencia artística, dirigir todas mis aspi- raciones hacia la meta ideal que a contar del día en que concebí el proyec- to de *Rienzi* influyó todas las decisiones importantes de mi vida.

Al cabo de mucho tiempo las observaciones que escuché de labios de un habitante de Riga, me hicieron percatar del carácter de la existencia que lle- vaba en esta ciudad. Asombrábase aquel de los éxitos de un hombre cuyo valor nadie había sospechado durante los dos años que había pasado en la ciudad livonienae. Esto se debía a que me confió a mí mismo, viviendo apar- tado de todo el mundo y sin que ninguna persona inteligente se fijara en mí y me alentara.

Como ya he dicho, experimentaba una creciente aversión por el perso- nal del teatro y rompiendo casi por completo todo trato con aquella gente. Así, cuando a fines del segundo invierno, en marzo de 1839, el director me dió a entender que tenía que prescindir de mis servicios, su de- cisión me sorprendió, en verdad, por ciertos motivos pero, en el fondo, no me sentí en absoluto enojado y me dispuse a modificar mis proyectos futu- ros. No obstante, las causas que suscitaron mi despido fueron de tal índole que puedo considerar este suceso como una de las experiencias más desaga- dables de mi vida. Había ya podido comprobar, con ocasión de una peli- grosa enfermedad que contraje, qué clase de sentimientos movían a Holtei contra mí. En los días más crudos del invierno cogí durante un ensayo un fuerte resfriado, y las continuas disputas y las molestas preocupaciones que me causaban las intrigas y trapisondas de la gente del teatro, agravaron pron- tamente mi dolencia. Precisamente durante aquellos días nuestro elenco tenía que ir a Mitau a dar una representación de *Norma*. Holtei se las arregló de modo que me vi obligado a dejar la cama y emprender aquel viaje infernal. El filo glacial que reinaba en el teatro de Mitau empeoró mi estado. Se me declaró una fiebre tifoidea que me consumía tan rápidamente que Holtei, en- terado de lo grave de mi enfermedad, ahorró ante un corro de amigos que posiblemente no podría dirigir nunca más la orquesta, pues todo hacía pre- ver que estaba condenado al «gran viaje». Debí mi salvación y mi curación a un excelente médico homeópata, el doctor Prutzer.

Enemistad  
de Holtei

Poco tiempo después Holtei se marchó definitivamente de nuestro teatro y de Riga. Estaba ya harto de aquellas condiciones excesiva- mente morales, como se complacía en decir. Por otra parte, ciertas circunstancias de su vida privada, entre ellas el duro golpe de la muerte de su mujer, le aconsejaron sin duda a alejarse definitivamente de Riga.

Divulgaciones  
sobre Holtei

Con gran asombro me enteré entonces que yo también tenía que acarrear con las complicaciones y dificultades que había suscitado su dirección. Cuan- do su sucesor, el cantante José Hoffmann, me comunicó que Holtei antes de partir había ultimado con el director de música Enrique Dorn un contrato fijo según el cual este último había de hacerse cargo de mis funciones y que, por consiguiente, era imposible revalidar mi nombramiento, di cuenta a mi esposa de la extrañeza que semejante decisión me había producido. Minna me confesó entonces que conocía desde hacía mucho tiempo las razones de la antipatía que Holtei sentía contra mí. Había guardado silencio para que yo no me atormentase. Comprendí entonces, con horror, cuáles eran. Recordaba muy bien que poco después de la llegada de Minna a Riga, Holtei había insistido vivamente para que no me opusiese a la actuación de mi mujer en las tablas. Yo le había rogado que hablase él mismo con Minna, a fin de que pudiera convencerse de que si esta no se incorporaba a la escena se debía a nuestro común acuerdo y no a que yo me sintiera celoso. Le indiqué adrede que se entrevistara con ella durante las horas en que me reclamaban los en- sayos. Varias veces al regresar a casa hallé a mi mujer presa de gran agita- ción después de sus conferencias con Holtei, pero Minna me aseguraba cada vez que bajo ningún precio aceptaría sus ofertas. Por otra parte, había ob- servado que Minna parecía sondearme tímidamente acerca de las causas de la facilidad con que autorizaba las visitas de Holtei.

Supe luego, después de la catástrofe, que Holtei se había servido de aquellas entrevistas para hacer procaces insinuaciones a mi esposa cuyo ca- rácter y finalidad me parecieron harto inexplicables, pues sabía que las in- clinaciones de aquel hombre eran de un género distinto. Pero me enteré también que era este su modo de proceder; con cortejar a las mujeres hermo- sas se proponía engañar a la gente sobre sus abominables perversidades. Tam- bién había causado la indignación de Minna el hecho de que Holtei, des- pués de verse rechazado, se convirtiera en intermediario de otro aspirante. El propio Holtei comprendía que ella, mujer joven, no se sintiera atraída por él, vejancón y sin medios de fortuna y en vista de esto le recomendaba en su lugar a un joven comerciante llamado Brandeburg, apuesto muchacho además de muy rico. Grande fué, según observó Minna, su cólera por verse doblemente desairado y por la humillación por qué había pasado al descu- brir infructuosamente su verdadera índole. Comprendí entonces que sus despre- ciables ocurrencias sobre «la moralidad en el teatro» no eran ni mucho me- nos exageraciones. Sin duda, con frecuencia debió haber tenido ocasión de sonrojarse con lecciones como la que le había sido infligida por mi mujer. El culpable juego que había intentado con Minna no logró, sin embargo, ha- cerle disuadir de sus instintos anormales y al darse cuenta de ello confesó sin el menor rubor a sus confidentes, que luego me lo repitieron, que el temor a vergonzosas revelaciones le habían decidido a salir bruscamente de Riga para no volver más.

Algunos años después, me enteré que le enemistad de Holtei no se había apaciguado todavía. Se expresaba, sobre todo, en términos violentos sobre la música del porvenir y su amenazadora tendencia a arrebatar al auditor la simplicidad de sentimientos. Sí, como he dejado dicho, me había manifes- tado, durante los últimos tiempos de nuestra permanencia en Riga, una viva antipatía personal, acabé sin embargo, por atribuir esta a la disparidad de nuestros gustos artísticos.

Traición de Dorn

DESCRACIADAMENTE, llegaron a mis oídos las maquinaciones que se habían tramado para desplazarme de mi puesto. Había de- positado en Holtei mi entera confianza, le había atribuido un carácter ínte- gro y leal, y por ello casi me avergoncé de mí mismo al darme cuenta de cuán vago era aún mi conocimiento de los hombres. Pero me desconcerté aún más, cuando me enteré de la verdadera índole de mi amigo Enrique Dorn.

Durante nuestras estrechas relaciones en Riga su comportamiento para conmigo había sido, al principio, el de un cariñoso hermano mayor. Poco a poco pasamos a una amistad llena de confianza. Nos velamos casi todos los días y con frecuencia en familia. Ningún secreto tenía para él y su obra *El regidor de París* alcanzó el mismo éxito bajo su dirección como bajo la mía. Cuando supe que le había sido transferido mi puesto, estimé procedente in- terrogarle. Me imaginaba que Dorn estaba en un error, y que no sabía exac- tamente cuáles eran mis verdaderas intenciones. Su respuesta escrita me de- mostró, no obstante, que había sacado partido de la enemistad de Holtei conmigo para obtener de él una cláusula que sometía a Hoffmann a su dis- posición. No se le había ocurrido la idea de que siendo yo amigo suyo no podía prevalerse de su ventaja sino en el caso de que yo presentara realmente mi dimisión. En nuestras entrevistas casi cotidianas jamás había hecho la me- nor alusión a la eventualidad de mi marcha. Declaró, en defensa propia, que Holtei le había asegurado que como yo no lograba ponerme de acuerdo con los cantantes no renovarían en ningún caso mi contrato. No podía, pues, ha-



cerle ningún reproche si, alentado por el éxito de *El regidor de París*, había aceptado el cargo que quedaba vacante.

Sabía además por mis confidencias que yo atravesaba una difícil situación económica. Mis menguados honorarios, que de buenas a primeras Holtei redujo aún más, no me permitían saldar a mis acreedores de Magdeburgo y de Königsberg, que habían nombrado abogado a un amigo de Dorn. A la larga me era, pues, imposible sostenerme en Riga visto que a pesar de llamarse mi amigo, Dorn no había vacilado en aceptar la oferta de Holtei.

Tuve interés en aclarar la situación. Apelé a su conciencia y le dije que debía estar enterado de que me habían prometido para aquel tercer año un aumento de sueldo y que, por otra parte, la organización de los conciertos de abono, cuya inauguración se efectuó bajo los mejores auspicios, me depa- raría la posibilidad de saldar las antiguas deudas que no había podido liquidar a causa de mis anteriores gastos de viaje e instalación. Dado que, con la marcha de Holtei, había desaparecido el pretexto de mi despido supliqué a Dorn que renunciara a su compromiso con aquél, y le pregunté cuáles eran sus intenciones caso de proponerme conservar mi puesto.

No recibí ninguna respuesta de Dorn, pero en el verano de 1865 tuve la sorpresa de verle entrar en mi casa de Munich sin anunciarme su visita. Me expresó su satisfacción de que yo le hubiera reconocido y avanzó hacia mí con la actitud de darme un abrazo. Conseguí eludirlo pero me di cuenta que me sería difícil no tutearlo. Ello habría dado lugar tal vez a una explicación que hubiera aumentado el desasosiego en que a la sazón me hallaba con motivo de la representación de *Tristán*.

Tenía, pues, delante de mí a Enrique Dorn, este Dorn que después del fracaso de tres óperas se había retirado desalentado del teatro para consagrarse a un aburguesado ejercicio de la música. Pero luego, embriagado por el éxito local de su obra *El regidor de París* había traicionado a un amigo, y dando la mano a la «virtud» personificada por Holtei se había dedicado de nuevo al cultivo de la música dramática. Liszt lo sacó del anonimato, y gracias a una generosa inadvertencia del maestro, fué requerido de nuevo en Alemania. La sólida posición que había definitivamente adquirido en el más importante teatro lírico alemán, la Opera Real de Berlín, la debía a la simpatía del rey Federico Guillermo IV por las cosas de la iglesia. Dorn, deseoso ante todo de conseguir una plaza importante, en una gran ciudad alemana había abandonado una vez más, de buen grado, la Musa dramática y aceptado, gracias a una recomendación de Liszt, el cargo de director de música de la catedral de Colonia. Con ocasión de una fiesta celebrada con motivo de la construcción de la cúpula, produjo, su calidad de músico, tal impresión en el espíritu religioso del monarca, que este le otorgó el título de Maestro de Capilla de la Corte. Esta situación la conservó por espacio de mucho tiempo cultivando de manera estimable, en colaboración con Guillermo Taubert, la música dramática alemana.

Debo decir en honor suyo que J. Hoffmann, el nuevo director del teatro de Riga, tomó muy a mal la traición de que yo había sido objeto. Me declaró que, visto que el nombramiento de Dorn sólo era valedero por un año, no renovarí su contrato y en el momento oportuno me reclamaría inmediatamente. Además, a fin de indemnizarme por la pérdida de mis honorarios durante aquel año, los aficionados a la música de Riga acudieron a proponerme lecciones, organización de conciertos, etc. Aun cuando apreciaba en su justo valor estas pruebas de afecto me acuciaba un deseo demasiado vivo de romper definitivamente con el género teatral que conocía para dejar de valeme de este pretexto y abandonar en el acto mi actual trayectoria, con el fin de emprender otra completamente nueva.

#### Deseos de un viaje a París

APROVECHÉ con habilidad la excitación y la amargura que la perfidia de que había sido víctima habían causado a mi mujer, para familiarizarla con mi proyecto de trasladarme a París.

Había dado a mi *Rienzi* tal amplitud, que sólo podía representarse en los más espaciosos escenarios. Resolví, pues, dirigirme directamente hacia el centro de cultura de la gran ópera europea, sin hacer alto en las estaciones intermedias. Durante mi estancia en Magdeburgo había extraído de la novela de K. König, *La noble prometida*, de acuerdo con el más acabado patrón francés, el tema de una gran ópera en cinco actos. Hice traducir al francés el escenario completo y desde Königsberg lo envié a Scribe, a París, adjuntándole una carta en la que ofrecía mi texto al célebre libretista, a condición de que me procurase el encargo de la música para la Gran Opera de París. Y con objeto de demostrarle mi capacidad para escribir una música parisienne de ópera, le remití al mismo tiempo la partitura de mi obra *Se prohíbe amar*. No me importaba lo más mínimo no recibir respuesta; me bastaba con poder decirme que estaba ya en relaciones con París.

Y en efecto, cuando concebí en Riga la ejecución de mi atrevido plan, contaba ya con un punto de referencia en París y mis proyectos no estaban ni mucho menos edificadas sobre nubes. Mi hermana menor, Cecilia, estaba prometida a un editor de la casa Brockhaus, Eduardo Avenarius, que dirigía en la capital francesa una sucursal de la casa alemana. A él me dirigí para que insistiendo cerca de Scribe, solicitara una respuesta a mi oferta que databa ya de varios años. Avenarius efectuó, entonces, una visita a Scribe quien le confirmó la recepción de mi envío de antaño, y le dijo que todavía recordaba el tema en el que figuraba, entre otros detalles, una arpista maltratada por su padre. La circunstancia de que le hubiera quedado grabado en la mente este rasgo episódico me dió a entender que sólo había leído el primer acto de mi obra, en el que figuraba este pasaje. En lo tocante a mi partitura, dijo solamente que había escuchado algunos fragmentos interpretados por un alumno del Conservatorio.

No podía, empero, vanagloriarme de haber establecido estrechas relaciones con él. A pesar de esto, cuando tuve en mis manos la carta que refiriéndose a mi obra escribió Scribe a Avenarius, creí tener la prueba palpable de que el escritor francés se había ocupado de mí, y que estábamos de hecho en relación. Esta carta de Scribe causó asimismo una profunda impresión sobre el temperamento, habitualmente apacible, de mi mujer hasta el punto de que consiguió dominar la inquietud que le producía la aventura de París. Decidimos, pues, que a la terminación de mi segundo año de contrato en Riga, o sea en el verano de 1869, marcharíamos directamente a Francia donde trataría de hacer fortuna como compositor de ópera.

Mi *Rienzi* iba adquiriendo mientras tanto una creciente importancia. Antes de nuestra marcha había terminado ya el segundo acto, en el que intercalé un ballet heroico de excesivas dimensiones. Me di cuenta entonces de que necesitaba aprender rápidamente el francés que con un altanero desdén había menospreciado durante el tiempo que fui a la escuela. Como no me quedaba más que un mes para recobrar el tiempo perdido tomé lecciones de un buen maestro, pero pronto me di cuenta de que en tan breve espacio de tiempo

no podría lograr los resultados que apetecía. Utilicé, por tanto estas lecciones para que, so pretexto de un ejercicio, llevara a cabo mi profesor una traducción literal de mi texto de *Rienzi*. La anoté inmediatamente con tanta enca- nada en la partitura musical ya compuesta, con objeto de que a mi llegada a París pudiera brindar la mitad de la obra a la crítica de los entendidos locales.

De esta manera me parecía haber preparado razonablemente mi em- presa. Para llevarla a cabo únicamente precisaba dinero, y esta era la gran dificultad. La venta de nuestro escaso mobiliario, la recauda- ción de un concierto y algunas pequeñas economías, apenas habrían bastado para pagar los acreedores de Magdeburgo y Königsberg que habían formulado denuncias contra mí en Riga. Si destinaba a ello mis modestos fondos me quedaba sin un céntimo. Precisaba, encontrar alguna solución y allí estaba nuestro viejo amigo Abraham Moeller, de Königsberg, para darnos uno de sus consejos que implicaban a veces la concesión de una fianza. En aquella etapa crítica, nos visitó por segunda vez en Riga. Me lamenté ante él de mi difícil situación y de los obstáculos que se interponían en mi viaje a París. Moeller me aconsejó entonces que guardara íntegras mis economías para nues- tro viaje, y que indemnizara a mis acreedores cuando mis éxitos en París me proporcionaran los medios. Para realizar este proyecto, se nos brindó a hacer- nos franquear la frontera en su coche particular y conducimos hasta un puer- to marítimo de la Prusia oriental. Como nuestros acreedores retenían nues- tros pasaportes teníamos que efectuar el paso de la frontera sin este requi- sito. Moeller nos describió esta arriesgadísima aventura como la cosa más fácil del mundo. Cerra de la frontera, en territorio prusiano, se hallaba enclava- da la propiedad de uno de sus amigos, quien nos proporcionaría ciertamente la ayuda necesaria.

Mi vehemente deseo de salir al precio que fuera de la situación en que me hallaba, y alcanzar lo más rápidamente posible el ancho campo de mis ambiciosos afanes, me vendó los ojos ante los peligros que acarreaba la eje- cución de este plan. El director Hoffmann, que se consideraba obligado con- migo, me facilitó la marcha autorizándola unos meses antes de la expiración de mi contrato.

En el mes de junio, después de haber dirigido las representa- ciones de la temporada que realizamos en Mitau, emprendimos con el mayor sigilo, precisamente desde dicha ciudad, en la ber- lina de Moeller y bajo la protección de nuestro viejo amigo, el viaje que había de conducirnos al objetivo soñado, París, después de haber pasado por las peores tribulaciones.

La sensación de bienestar que, durante el luminoso mes de junio, me deparó el viaje en coche a través de la fértil Curlandia, y que me hacía afe- rraime aún más a la idea de haber abandonado una carrera que detesta- ba, para orientarme hacia nuevos horizontes, fué turbada desde el principio por las molestias que nos causó nuestro «Robber», un perrazo de Terranova que habíamos llevado con nosotros. Este hermoso animal, que había perte- necido a un comerciante de Riga, me manifestaba un apego poco común en su raza. Durante el tiempo que había estado en Mitau, «Robber», al que habíamos dejado en Riga, no había cesado de merodear cerca de nuestro vacío aposento, y esta fidelidad del noble animal había conmovido de tal modo al propietario y a los vecinos que estos me lo enviaron por conducto del cochero de la diligencia. Lo acogí con verdadera emoción y me juré no abandonarle nunca más. Costase lo que costase este enorme animal había de acompañarnos a París. Sin embargo, acomodarlo en el coche parecía imposi- ble. Traté en vano durante el trayecto de meterlo en algún sitio y fué para mí una tortura ver al pobre perro, con su tupida pelambrera nortea, correr todo el día, bajo un calor sofocante, detrás del vehículo.

#### Paso peligroso de la frontera

POR último, no pudiendo soportar este atroz espectáculo se me ocurrió la ingeniosa idea de acomodar como fuese a la exhausta bes- tia en la berlina. Así llegamos a la frontera la tarde del segundo día. La inquietud de que Moeller daba muestras acerca de la manera de franquearla nos hizo comprender la arriesgada empresa en que nos veíamos metidos. Tal como estaba convenido el amigo prusiano de nuestro protector salió a nuestro encuentro. Nos introdujo a Minna, a mí y a «Robber» en su pequeño coche, y a través de atajos, eludiendo la carretera, nos condujo a una casa de sospechosa y ruin apariencia y luego de confiarnos a un guí, se despidió de nosotros. Tuvimos que esperar allí hasta el crepúsculo, y re- tardamos en darnos cuenta de que habíamos ido a parar a una guarida de contrabandistas. La casa se llenó poco a poco de judíos polacos de sórdido aspecto. Finalmente, se nos invitó a seguir a nuestro guía.

A unos centenares de pasos discurría, al pie de una colina, el foso que bordea toda la frontera rusa y que vigilan constantemente, a poca distancia uno de otro, puestos de cosacos. Teníamos que aprovechar los escasos minu- tos en que los centinelas estaban ocupados en el cambio de guardia para bajar corriendo la colina, vadear el foso, trepar por el lado opuesto y se- guir apresuradamente la marcha hasta encontrarse fuera del alcance de los fusiles de los guardias, pues los cosacos tenían órdenes, caso de vernos, de disparar sobre nosotros aunque hubiéramos traspuesto la línea fronteriza. A pesar de mis preocupaciones por Minna observaba complacido la inteligencia que «Robber» evidenciaba. Iba en silencio detrás de mí y parecía olfatear el peligro por lo que se me dispó pronto el temor de que pudiera compro- meternos en el momento más crítico.

Por último, volvimos a encontrar a nuestro fiel prusiano; estaba muy emocionado y nos estrechó con vehemencia entre sus brazos. Luego subimos nuevamente a su coche y nos condujo al hotel de la primera ciudad fronte- riza. El amigo Moeller había caído enfermo a causa del miedo que sentía por nosotros, pero al vernos, saltó de la cama entre risas y sollozos.

Entonces me di cuenta del peligro que había corrido y al que, en mi atolondramiento, había arrastrado a la pobre Minna, sin olvidar el que había pasado Moeller, que ignoraba las inauditas dificultades de aquel paso fron- terizo. No encontré palabras con que expresar a mi desgraciada y extenuada mujer, todo mi arrepentimiento.

#### Parada en Arnau

Y, no obstante, los obstáculos que acabábamos de vencer no eran más que el preludio de los contratiempos que iban a surgir en aquel azaroso viaje, tan decisivo para mi vida entera. Al día siguiente, mien- tras rodábamos ya, plenamente tranquilizados, a través de la ubérrima lla- nura de Tilsit en dirección a Arnau, cerca de Königsberg, convinimos en tras- ladarnos en principio a Londres, tomando para esto un velero en el puerto prusiano de Pillau. La causa determinante de este modo de transporte fue

Preparativos de marcha

Salida de Mitau. El perro «Robber»





*Elisabeth Rethberg como Elisabeth.*



*Escena del Venusberg. Tannhäuser corriendo hacia Venus, en cuadro de Max Slevogt.*



*Lauritz Melchior como Tannhäuser.*



*Harald Ek como Walther von der Vogelweide, en el torneo poético de "Tannhäuser". (Bayreuth, 1972).*



nuestro perro. No existía aún el ferrocarril, y no podíamos pensar en que el animal hiciera en diligencia el viaje de Königsberg a París. Por otra parte, la modestia de nuestro peculio nos obligaba a hacer las mayores economías posibles: todo nuestro haber consistía en un centenar de ducados que habían de bastar, no solamente para los gastos de viaje sino para nuestra estancia en París en tanto no ganara algún dinero.

Después de haber descansado unos días en el hotel de Arnau reanudamos nuestra marcha, en compañía de Moeller, utilizando un vehículo del país que se asemejaba mucho a un carro con toldo de aros. A fin de eludir Königsberg, seguimos por caminos de segundo orden y después de atravesar varias localidades llegamos al pequeño puerto de Pillau. No faltaron en este trayecto relativamente corto accidentes. Nuestro desvencijado vehículo volcó en el patio de una granja y le acometieron a Minna unos dolores tan intensos, que tuve que transportarla medio baldada a las habitaciones de los suecos y gruñones colonos en las que nos albergamos una noche, que fué para nosotros de verdadero martirio. Afortunadamente, se había retrasado por unos días la salida del barco y Minna tuvo tiempo para reponerse un poco.

Sin embargo, nos quedaba aún otra dificultad que vencer antes de embarcarnos. Como el capitán no nos admitiría a bordo sin que dispusiéramos de documentación, habíamos de embarcar de manera subrepticia.

Antes del amanecer tuvimos que deslizarnos, sin que se dieran cuenta entre la guardia del puerto, introducir a duras penas a «Robber» una vez llegados al velero y, ya en él, acomodarnos inmediatamente en la cala para sustraernos a la visita de los inspectores. Por último se levaron anclas y cuando la tierra se esfumó lentamente ante nuestra vista pudimos respirar con tranquilidad.

Nos encontrábamos a bordo de un barco mercante de ínfima categoría. Se llamaba «Tetis» y en su mascarón de proa estaba esculpido el busto de esta ninfa. La tripulación se componía de siete hombres comprendiendo al capitán. Todo el mundo se imaginaba que con el buen tiempo corriente en verano llegaríamos a Londres al cabo de ocho días. Pero una vez en aguas del Báltico nos vimos detenidos por una absoluta bonanza. Aproveché mis ocios para perfeccionar los conocimientos de francés con la lectura de la novela de George Sand: *La última Aldini*. El trato con los marineros nos proporcionaba además muchas distracciones. Nos divertíamos sobre todo con observar a un viejo lobo de mar, extraño y taciturno, llamado Köske, por quien nuestro bravo «Robber» demostraba una implacable antipatía. Esta singular aversión de parte del animal, habitualmente tan pacífico, había de depararnos jocosas molestias en el momento de peligro.

Llegamos a Copenhague después de siete días de navegación. Sin descender del barco, nos procuramos algunas provisiones que habían de hacernos más soportable la mezquina cocina de a bordo. Ya con buen ánimo pasamos por delante del magnífico castillo de Helsingor cuyo aspecto me recordó inmediatamente mis juveniles impresiones sobre *Hamlet*; luego, a toda vela, atravesamos llenos de esperanza el Kattegat y el Skagerrack. Pero un viento contrario, que el segundo día degeneró súbitamente en huracán, obligó a nuestro barco a barloventear. Durante veinticuatro horas tuvimos que luchar contra la tempestad y contra sufrimientos que hasta entonces desconocíamos. Encerrados en la cabina del capitán, y con una sola litera a nuestra disposición, fuimos víctima de un fuerte mareo y de las más horribles angustias. Para desdicha nuestra el barrilete de aguardiente al que acudían de vez en cuando los marineros para reparar sus fuerzas se hallaba debajo del banco donde yo estaba tendido, siendo Köske el que con más frecuencia venía a reconfortarse. Pero cada vez que bajaba por la estrecha escalera de la cabina, «Robber» se abalanzaba sobre él con creciente furor, resultando de ello una lucha a vida o muerte como la que me producía a mí el horrible mareo. Por último, el día 27 de julio, en vista de que el viento del oeste continuaba arreciando, el capitán se vió obligado a buscar un refugio en la costa noruega. Columbraba las rocosas playas hacia las que nos dirigíamos rápidamente impulsados, con un sentimiento de alivio y de consuelo. Un piloto noruego que salió a nuestro encuentro agarró con mano firme el timón del *Tetis*, y a poco tuve ocasión de recibir una de las impresiones más admirables y grandiosas de mi vida. Lo que yo había tomado por una ininterrumpida cadena de acantilados era, visto de cerca; una serie de arrecifes que sobresalían del agua. Después de sortearlos, observamos que no solamente se sucedían aquellos delante de nosotros sino también a los lados y detrás, de suerte que nos encontramos rodeados de altos peñascos que formaban como un cinturón en torno nuestro. El viento se debatía infructuosamente contra estos escollos de tal modo que a medida que avanzábamos entre este laberinto de granito, el mar iba abonanzándose. Después de haber cruzado un estrecho profundamente encajado entre altas paredes de roca penetramos en un largo canal que era un fiordo noruego.

Al oír el canto de la tripulación repercutir en las colosales murallas de piedra, y llegar nuevamente hasta nosotros transportado por el eco, experimenté un intenso placer. Este canto lo forma el griterío con que los marineros acompañan sus movimientos al fondear el ancla y cargar las velas. Su ritmo breve e incisivo se incrustó en mi ánimo como un signo confortador, y constituyó a no tardar el tema del canto de los marineros de mi obra *El buque fantasma*, ópera que en aquella época había empezado ya a bosquejar. Las impresiones de entonces le prestaron un preciso color poético y musical.

ARRIBAMOS en este fiordo. Me enteré de que el villorrio de pescadores que nos acogió se llama Sandwike, situado a algunas millas del pueblo de Arendal. Mientras redoblaba el furor de la galerna, pudimos abrigarnos en la casona vacía de un capitán que se encontraba en alta mar y allí permanecimos dos días. El plazo era demasiado breve para que pudiéramos reponernos. Sin embargo, el día 31, y a pesar de las advertencias del piloto al terco y obstinado capitán, nos hicimos de nuevo a la vela. Estábamos a bordo desde hacía algunas horas y nos disponíamos a comer cabrajo por primera vez en la vida, cuando llegaron a nuestros oídos furiosas imprecaciones del capitán y de la tripulación contra el piloto. Vimos horrorizados que éste, aferrado al timón, no conseguía evitar un arrecife que apenas sobresalía del agua y hacia el cual se dirigía el *Tetis*. Al oír aquel espantoso tumulto quedamos aterrados. Corríamos evidentemente un peligro mortal. Se produjo, en efecto, un choque violento... y vi en mi imaginación al buque desfondado y perdido. Afortunadamente, nada grave ocu-

rrió, pues el flanco del *Tetis* apenas había rozado el obstáculo. Con todo, para mayor seguridad, el capitán se empeñó en recalar nuevamente en un pueito a fin de que se procediera al oportuno examen del barco.

En otro punto de la costa se echó el ancla por segunda vez y el capitán nos invitó a acompañarle con dos marineros a Tromsønd, una localidad de cierta importancia situada a algunas horas de donde estábamos, y en la que recibí el servicio de unos puntos para verificar el estado de su buque. Este paseo por mar fué delicioso y grandemente interesante. El aspecto de los fiordos que hendían la tierra hasta muy lejos, me dió la sensación de una desconocida soledad, salvaje y grandiosa. Un prolongado paseo por la altiplanicie de Tromsønd aumentó aun más la sensación de terrible melancolía que me causaron aquellos páramos pantanosos, sin árboles ni maleza, apenas cubiertos por un musgo raquítico, que se confundían en el horizonte con un cielo brumoso del mismo color. Regresamos de esta excursión ya muy entrada la noche por lo que encontré a mi mujer poseída de gran inquietud. Al día siguiente por la mañana, reparada ya la insignificante avería que se había producido, nos hicimos de nuevo a la vela. Era el primero de agosto y soplaban un viento favorable.

Después de cuatro días de navegación tranquila, una fuerte brisa del norte nos impelió con increíble rapidez en buena dirección. Nos figurábamos llegar pronto al término de nuestro viaje cuando, por la tarde del día 6 de agosto, el viento cambió súbitamente de rumbo y se convirtió en un huracán que no cesó de acrecentar su ímpetu. El miércoles, día 7, a las dos y media de la tarde, nos consistaríamos perdidos. No eran las terribles embestidas del embravecido mar, lanzando constantemente al buque a la ventura, ora en una sima profunda, ora en la cresta de empinadas olas, lo que me hacía sentir el horror de la muerte. Lo que me estremecía era el desaliento de los marineros y las miradas rencorosas y desesperadas que nos dirigían, acusándonos, en su superstición, de ser la causa del inevitable naufragio. En la ignorancia de la futil razón del misterio de nuestro viaje, aquellas gentes achacaban nuestra fuga a un motivo criminal. El propio capitán, en el momento más crítico, pareció lamentarse de habernos tomado a bordo. A su entender, no cabía duda de que nosotros éramos la causa de aquella desdichada travesía. Ordinariamente y sobre todo en verano, la efectuaba rápidamente y sin ninguna dificultad. A la hora que he mencionado, se sumó a la tempestad un terrible viento huracanado. Minna suplicó fervorosamente al cielo que antes de permitir que se sepultara viva en aquella espantosa inmensidad de agua la matara con un rayo. Me rogó que la asiera a mí con unas ropas a fin de que ni la muerte pudiera separarnos. Pasamos toda la noche en esta mortal angustia cuya intensidad sólo aminoró el completo agotamiento en que nos hallábamos.

Al día siguiente cesó la tempestad, y aunque el viento continuó siendo contrario, no fué con mucho tan impetuoso. El capitán trató en vano de saber dónde nos hallábamos. Consultaba para orientarse sus instrumentos astronómicos pero el cielo siempre encapotado le atormentaba. Mucho hubiera dado, —decía—, por un sólo rayo de sol o por la lucesita de una estrella y no lograba disimular la inquietud que le embargaba al no poder determinar el lugar en que nos encontrábamos. Para consolarse, se puso a seguir a un velero que se divisaba a una distancia de algunas millas. Observaba atentamente su marcha por medio de un telescopio. De pronto, preso de terror dió un salto ordenando inmediatamente cambiar de rumbo. Acababa de advertir que el velero singlaba directo hacia un banco de arena del que no podría desprenderse. El capitán no ignoraba entonces que nos hallábamos próximos a los más peligrosos parajes de la costa holandesa, donde los bancos de arena se adentran profundamente en el mar. Con una hábil maniobra logró seguir la dirección contraria y poner proa hacia Inglaterra cuyas costas divisamos por fin, frente a Southwold. la tarde del 9 de agosto.

La sangre afluyó nuevamente a mi corazón cuando, estando aún lejos, observé la carrera que los pilotos ingleses emprendían hacia nuestro buque; como la concurrencia era libre, cada uno de ellos sorteaba verdaderos peligros para llegar el primero a la embarcación que venía de alta mar. Un hombre vigoroso, ya entrecano, consiguió, tras arduos esfuerzos trepar a bordo de nuestro buque. Cada vez que su bote se acercaba al flanco de la embarcación lo apartaban de ella las arremetidas de las enfurecidas olas. Tenía que soltar una y otra vez la cuerda que le habíamos arrojado, pero, por último, con las manos ensangrentadas pudo agarrarse al timón del *Tetis*. A pesar de que la primera borrasca del Kattegat había arrancado de su proa la imagen de la ninfa protectora, nuestro pobre velero ostentaba aún este nombre. La tripulación había considerado esta pérdida como un funesto presagio.

Nos vimos entonces poseídos de una emoción religiosa al sentirnos entre las manos firmes del marino inglés cuya serenidad y aplomo nos tranquilizaba. Nuestras angustias tocaban a su fin. Pero, con todo, nos aguardaban aún otras dificultades: los innúmeros peligros que presentaba el paso entre los bancos de arena de la costa británica donde, según se nos aseguró, se pierden anualmente, por término medio, cuatrocientos buques. Durante veinticuatro horas tuvimos aún que sufrir, en medio de los bancos de arena, un impetuoso torbellino de viento que retrasó considerablemente nuestra llegada, hasta el punto de que no alcanzamos la desembocadura del Támesis hasta la noche del 12 de agosto. Las diferentes señales de alarma que no habían cesado de funcionar, y, sobre todo, las pequeñas embarcaciones pintadas de encarnado y provistas de campanas, que tocaban constantemente a causa de la niebla, produjeron en mi mujer un efecto alarmante. Señalaba continuamente las barcas y las señalaba a los marineros. Obstinada, en esta tarea Minna ni siquiera cerró los ojos mientras que yo, tranquilizado ya por la proximidad de los socorros me sumí, a pesar de los vivos reproches de mi mujer, en un sueño reparador.

CUANDO, finalmente, hubimos echado el ancla en el Támesis, Minna y toda la tripulación, extenuados de cansancio, durmieron profundamente en tanto que yo me dejaba llevar por un sentimiento de bienestar. Me ocupé de mi indumentaria, cambié de ropa, me afeité en el puente frente al palo mayor, y luego me puse a contemplar con interés la creciente animación de la gran vía fluvial. Teníamos prisa por abandonar nuestro velero, que se nos había hecho tan odioso como una cárcel, y cuando con gran lentitud emprendió de nuevo su marcha para remontar el río resolvimos, cerca de Greysend, tomar el barco de vapor para llegar más pronto a Londres.

*Embarque en Pillau*

*A bordo del «Tetis». Tempestad*

*Tempestad en el Mar del Norte*

*Otro gran peligro*

*Tema del canto de los marineros*

*Excursión a Tromsønd*



La proximidad de la gran ciudad que anunciaban los embarcaderos, cada vez en mayor número, que discurrían por el río, los célebres muelles y otras construcciones marítimas que animaban las orillas, nos llenaron de asombro. Cuando alcanzamos por último, el puente de Londres, centro de la vida colosal de esta incomparable ciudad cosmopolita, y cuando al cabo de tres semanas de la más espantosa travesía nos apeamos en tierra firme, en medio del tumulto y el bullicio de la atarcada muchedumbre, nos sobrecogió un vértigo de alegría al que contribuyó nuestro paso vacilante habituado a los balances del buque. Hasta «Robber» parecía haber perdido la cabeza; corría como un loco al doblar las esquinas y a cada momento lo creíamos perdido. Nos acomodamos los tres en un fiacre que bajo la recomendación de nuestro capitán nos condujo a una posada de marineros cerca de la Torre, la «Horseshoe Tavern» donde maquinamos un plan de combate para vencer a la ciudad monstruo.

Pero el ambiente en que nos habíamos metido era de tal índole que decidimos cambiar en seguida de hospedaje. Un pequeño judío jorobado de Hamburgo se interesó benévola por nosotros y nos indicó un refugio, mejor situado, en el West End. Guardo aun el recuerdo del interés que me suscitó aquel viaje que duró una hora. Tomamos uno de aquellos cabs que se usaban a la sazón en Londres. Su construcción había sido calculada para que sólo cupieran en tal vehículo dos personas sentadas una frente a la otra, y horriblemente comprimidas. Nos vimos obligados a acomodarnos en él a nuestro perrazo poniéndolo de través y a pesar de ello el hocico y la cola asomaban por las portezuelas del coche. Cuanto pudimos observar desde este singular cobijo superó todo lo que nos habíamos imaginado hasta entonces, sobre la animación y extensión de una gran ciudad.

PARAMOS, por tanto, con buen humor en la calle Old Compton, ante la «boarding-house», que se nos había indicado. La «Boarding House» «King's Arms»

Cuando tenía doce años conseguí hacer en muy poco tiempo lo que me figuraba ser una traducción de un monólogo de *Romeo y Julieta*, pero de poco me sirvió aquel estudio de la lengua inglesa cuando quise entenderme con la patrona de la pensión, denominada «King's Arms». Dado que esta dama era viuda de un capitán de navío esperaba poder valerme de mi francés y me preguntaba, tras un primer ensayo, cual de los dos sabía menos esta lengua.

Cuando entramos en la casa nos sobresaltó no ver a «Robber» por ninguna parte. Al llegar a la puerta se había largado. La pena que nos causó la pérdida de aquel magnífico animal que a costa de tantas molestias conseguí hacer llegar hasta Londres, consumió las dos primeras horas que pasamos en aquella hospitalaria morada que, por lo menos, no se balanceaba como el barco. Cuando acechando desde la ventana, tratábamos de divisar al fugitivo le vimos de pronto en la esquina de la calle dirigiéndose tranquilamente a la posada. Supimos más tarde que nuestro amigo «Robber» había ido hasta Oxford Street sin duda en busca de algo nuevo, y su sorprendente retorno a un lugar donde jamás había estado con nosotros nos depaó asombroso ejemplo del seguro instinto de orientación de estos animales.

**Desagradables consecuencias de la travesía** Sólo entonces nos dimos cuenta de los sinsabores y contrariedades que implicaban los ulteriores efectos de nuestro viaje. Al principio, nos parecía casi divertido sentir la tierra firme bajo nuestros pies. A cada paso nos sobrecogía el ridículo miedo de que daríamos con nuestros huesos sobre el piso de madera. Sin embargo, la enorme cama inglesa en la que anhelábamos encontrar un reposo bien merecido, comenzó también a balancearse y a efectuar toda clase de movimientos; en cuanto cerrábamos los ojos para dormir se precipitaba en un profundo abismo y nos velamos obligados a incorporarnos, dando voces en demanda de socorro. El estado en que nos hallábamos nos resultó finalmente insostenible y nos preguntábamos angustiados si aquella espantosa travesía había de durar toda la vida. A estos males vinieron a sumarse importunas náuseas provocadas por la alimentación demasiada cargada de especias, de la que abusamos después de la abominable pitanza del buque.

**Aventuras londinenses** Afligidos por este cúmulo de miserias llegamos al extremo de no saber lo que en realidad habíamos venido a hacer a Londres. Pero, encantados con las maravillas de la gran ciudad, emprendimos al día siguiente un magnífico paseo de descubrimientos. Instalados en un fiacre como para una jira de placer, seguimos el itinerario que había trazado sobre un plano de Londres y que tenía desplegado delante de mí. El pasmo y la alegría nos hicieron olvidar todos nuestros sufrimientos. A fin de justificar aquella estancia en la capital inglesa, tan desastrosa para nuestros bolsillos, me suministraba a mí mismo toda clase de pretextos; por una parte, Minna tenía que restablecerse por completo, y por otra, precisaba aprovechar aquella buena ocasión para trabajar relaciones artísticas. Durante mi última visita en Dresde había enviado mi obertura de *Rule Britannia*, que compuse en Königsberg, a sir John Smart, presidente de la Sociedad Filarmónica de Londres. Y puesto que Smart no había contestado a mi envío estimaba necesario interpelarle directamente. Mientras reflexionaba de qué manera podría hacer uso de mis conocimientos lingüísticos para entenderme con él, pasé algunos días en informarme de donde vivía. Y me enteré finalmente de que se hallaba ausente de Londres.

**Visita al Parlamento** DURANTE varios días se me ocurrió la idea de que no sería desacertado ir a ver a Bulwer Lytton, a fin de ponerme de acuerdo con él acerca de la interpretación de su texto de *Rienzi*, que yo había adaptado. Habiendo sabido que Bulwer era miembro de la Cámara de los Lores fui a informarme en el propio Parlamento. Mi absoluta ignorancia de la lengua inglesa me valió en el Palacio una atenta acogida, realmente inesperada. En aquel enorme edificio ninguno de los empleados subalternos a los que me dirigí, comprendió lo que quería ni lo que buscaba; me enviaron de uno a otro y finalmente me enfrenté con los más altos dignatarios. Un caballero de porte distinguido salió precisamente de un espacioso salón. Me presentaron a él como un hombre absolutamente incomprensible; Minna estaba conmigo y únicamente «Robber» se había quedado en King's Arms. Este personaje se informó cortésmente en francés de lo que deseaba, y cuando solicité ver al célebre Bulwer mi petición pareció producir el mejor efecto. Desgraciadamente, también Bulwer se hallaba ausente de Londres. Pregunté entonces si me sería posible presenciar una sesión del Parlamento y mi interlocutor me explicó que a consecuencia del reciente incendio del

viejo palacio, se habían visto obligados a utilizar locales provisionales, cuya entrada sólo estaba permitida a un reducido número de favorecidos provistos de carnets especiales. Debido a mi insistencia benévola y un poco familiar, mi protector, al que tomaba erróneamente por un lord en persona, se decidió a abrirnos una puerta y a hacernos entrar en el salón de sesiones de los pases de Inglaterra, indicándonos al mismo tiempo los sitios reservados al público.

Fué extraordinariamente interesante. Vi y escuché al primer ministro que era en aquella época lord Melbourne; luego a Brougham, que me figuré desempeñaba un papel muy importante y que por lo que pude juzgar apoyó varias veces a Melbourne; y además el duque de Wellington que torado con un sombrero de copa de castor gris, con las dos manos en los bolsillos del pantalón, y los movimientos que imprimía a su abdomen para accentuar ciertos pasajes de su discurso, bastante convencional por cierto, me produjo un efecto de naturalidad y sencillez, que me desposeyó de todo respeto exagerado hacia el vencedor de Napoleón.

También lord Linthurst despertó mi interés. Era el inveterado antagonista de Brougham y le vi varias veces, con gran asombro, sentarse al lado de su adversario como si se dispusiera a actuar de apuntador. Leí más tarde en los periódicos que en aquella sesión se había tratado de las medidas a adoptar contra el gobierno portugués a fin de que aplicara a rajatabla la ley contra la esclavitud.

El obispo de Londres, a quien tuve ocasión de oír en la citada sesión, fué el único que, debido sin duda a prejuicios míos, me produjo una impresión desfavorable.

Después de aquella interesante visita estimé que por aquella vez ya nada más podría ofrecirme Londres. No había podido asistir a una sesión de la Cámara de los Comunes, pero mi infatigable protector que al salir encontré casualmente en los pasillos, me acompañó al salón de sesiones de los Comunes, me explicó todo cuanto le pareció que podía interesarme, me mostró la pelfiza del *speaker* y debajo de una mesa, la maza que constituye la insignia de este dignatario. Me instruí sobre todo cuanto vela con tanta minuciosidad, que me consideré al corriente de cuanto en la capital de la Gran Bretaña, era digno de conocerse. Ni siquiera se me ocurrió la idea de ir a la Opera italiana, debido tal vez al coste de las localidades que me figuraba sería exorbitante.

RECORRIMOS aún hasta la extenuación todas las calles de la ciudad y después de haber sufrido el sombrío fastidio de un domo londinense, subimos por último en compañía del capitán del *Tetis*, y por primera vez en nuestra vida, a un vehículo de vapor que nos transportó al parque de Gravesend. El día 20 de agosto salimos para Francia y arribamos la misma noche en Boulogne-sur-Mer. Al despedirnos del mar, lo hicimos con el más ferviente voto de no volver nunca más a navegar por él.

UNA cierta inquietud que disimulábamos recíprocamente y que era tal vez el presentimiento de lo que nos aguardaba en París, sumada a otras razones, nos decidió a detenernos algunas semanas en Boulogne. Por otra parte, la estación se hallaba demasiado avanzada para que tuviéramos la posibilidad de hallar en la capital, a las escasas personas influyentes a quienes tenía intención de dirigirme. Una vez tomada esta decisión nos llegó la agradable noticia de que Meyerbeer se hallaba precisamente en Boulogne.

Me quedaba aún por instrumentar parte del segundo acto de *Rienzi*, y era preferible para nosotros no llegar a ese París tan dispendioso hasta el momento en que pudiera presentar a la crítica la mitad de mi obra ya terminada. Pensábamos asimismo que nos sería mucho más fácil encontrar un aposento en los alrededores de Boulogne.

Con objeto de buscarlo nos pusimos a recorrer la región y no tardamos en hallarlo, en la carretera de París, a media milla de Boulogne, en casa de un comerciante de vino. Eran dos habitaciones casi desamuebladas, con las que conseguimos salir del paso. Firmamos un arrendamiento de muy breve plazo, y a fin de hacer más agradable nuestra morada, Minna hizo gala de un ingenio asombroso. Una cama, dos sillas y una mesa, que desahogaba de los papeles de mi *Rienzi* a las horas de la comida, componían todo nuestro mobiliario. En cuanto a la cocina, nos la hacíamos nosotros mismos en la chimenea. De allí salí para efectuar mi primera visita a Meyerbeer.

**Amabilidad de Meyerbeer** LA complacencia y la amabilidad del gran compositor eran proverbiales. Me trasladé, pues, a su casa sin ninguna aprensión, y al punto de verle le pedí que no hubiera contestado la carta que le había escrito anteriormente. Su afabilidad sobrepasó mis previsiones. En mi primera visita me recibió cordialmente, y esta acogida me resultó tanto más agradable cuanto que la fisonomía de Meyerbeer era altamente simpática. La parte superior de su rostro era de una gran belleza, y el paso de los años no habían ajado todavía sus facciones como ocurre con bastante frecuencia en las personas de raza judía. Al exponerle mi intención de trasladarme a París, donde pensaba triunfar como compositor dramático, no me desalentó y me autorizó a leerle el texto de *Rienzi*, que escuchó hasta el fin del tercer acto con creciente atención. Me rogó después que, con objeto de repasarlos, le dejara los dos actos terminados de mi composición musical, y a la segunda visita demostró por ella un verdadero interés. Una cosa, no obstante, me desconcertaba un poco y era que insistía grandemente en elogiar mi escritura en la que reconocía todas las cualidades del «sajón».

Meyerbeer me prometió sendas cartas de recomendación para Duponchel, director de la Gran Opera, y para el de la orquesta, Habeneck.

No me quedaba, pues, más que congratularme de la feliz coyuntura que después de tantas azarosas peregrinaciones me había traído a aquel sitio de Francia. ¿No era, en efecto, una increíble suerte haber conquistado rápidamente la simpatía del más grande compositor de ópera francés? Meyerbeer me acompañó a casa de Moscheles, que residía también en Boulogne, y luego a la de la señorita Blahedka, la célebre virtuosa que conocía de nombre desde hacía mucho tiempo. Pasé en su intimidad deliciosas veladas. Nos dedicábamos a la música y entré así, por primera vez, en relación con grandes celebridades musicales. Había escrito a mi futuro cuñado Avenarius, rogándole que nos procurara en París un piso decoroso. Después de solventar las dificultades habituales que nos acarrecaba «Robber», a quien tuve que colocar en la imperial, partimos en diligencia el día 16 de septiembre.





*Gwyneth Jones como Elisabeth, en la primera escena del II Acto. Festivales de Bayreuth, 1974.*



*Coro de los peregrinos en el moderno Bayreuth.*



*Torneo poético de la Wartburg en el moderno Bayreuth.*



ESPERABA con una impaciente curiosidad nuestra entrada en aquel anhelado París. Al principio experimenté una gran decepción, pues no vi nada que me causara la impresión de lo que me figuraba, y sobre todo los famosos bulevares no respondieron a lo que me había imaginado. Estaba furioso de pisar por vez primera el suelo de París en una sordida calleja, la de Jussieu, donde se había detenido nuestra monstruosa diligencia. La calle Richelieu, donde estaba situada la librería de mi cuñado, no me causó tampoco ninguna impresión comparada con la que me produjeron las calles del West End de Londres. Y me consideré como envilecido al ocupar la habitación amueblada, sita en la angosta calle de la Tonnellerie, que comunica la de San Honorato con el mercado de los Innocentes.

Una consoladora impresión atenuó, por fortuna, mi descorazonamiento. En la fachada de nuestra casa de huéspedes figuraba un busto de Molière con la siguiente inscripción: *En esta casa nació Molière*. Esto me pareció un buen augurio. Se nos reservaba en el cuarto piso una habitación pequeña y económica pero agradable y bien amueblada. Divisábamos desde las ventanas el prodigioso hormiguero de las calles circundantes y nos preguntábamos con espanto qué nos había llevado allí.

AVENARIUS, que tenía que regresar a Leipzig para casarse con mi hermana Cecilia y traerla a París, me recomendó a la sola amistad con que contaba en el mundo musical. Era un alemán, E. G. Anders, empleado en el departamento de música de la Biblioteca real. No tardó Anders en visitarnos en la casa natal de Molière y a poco reconocí en él a uno de los contados hombres cuyo recuerdo, a pesar de que no pudo prestarme grandes servicios, ha quedado grabado en mi mente de manera indeleble.

Soltero y frizando ya en los cincuenta años, me reveló pronto que si bien antaño vivió en la abundancia, tristes contratiempos le habían obligado a ganar su sustento en París. Lo que en principio había sido una ocupación de aficionado, es decir, sus investigaciones de bibliógrafo mediante las cuales había adquirido extensísimos conocimientos, sobre todo en el campo de la música, se había convertido luego en su único recurso. Jamás me comunicó su verdadero nombre. Quiso que no lo supiera, al igual que sus infortunios, hasta después de su muerte. Por el momento, me dijo solamente que se llamaba Anders (*anders* significaba en alemán *otramente*), que descendía de una noble familia originaria de las orillas del Rin y que, víctima de su buena fe, había sido objeto de toda clase de supercherías que habían dado al traste con todo cuanto poseía. No consiguió salvar más que su colección de libros cuya riqueza pude comprobar pues cubrían totalmente las paredes de su modesto aposento.

En París donde había llegado, al parecer con una poderosa recomendación, pronto tuvo motivos de queja respecto a numerosos y crueles enemigos. Aunque desde hacía largo tiempo ejercía sus funciones en la Biblioteca jamás, a pesar de su ciencia, había podido ascender de la categoría de pequeño empleado, mientras que un atajo de ignorantes escalaban los altos puestos que a mi amigo le estaban vedados. Supe más tarde que ello debía achacarse principalmente a su extrema torpeza y a su molición; la educación que había recibido le incapacitaba para desplegar una actividad energética. Percibía unos miserables honorarios —mil quinientos francos anuales— y llevaba una vida penosa llena de dificultades. Solo, avejentado, y persuadido de que acabaría sus días en un hospital, nuestra compañía le reanimaba, pues a fin de cuentas si bien nosotros mismos teníamos nuestras preocupaciones por lo menos avizorábamos el porvenir con esperanza y buen ánimo. Mi vivacidad y mi indomable energía le llenaron de confianza en mis éxitos futuros, y tomó siempre una parte sincera y desinteresada en mis esfuerzos. A pesar de ser colaborador de *La Gaceta musical*, publicada por Mauricio Schlesinger, no había sabido granjearse la menor influencia. No poseía ningún talento de publicista y únicamente solía redactar noticias bibliográficas. Con este hombre tan torpe y tan ignorante del mundo combiné, mi plan de conquista de París o, por lo menos, de su campo musical erizado de todas las ruindades imaginables. Tratábase, en suma, de conservar la esperanza en un golpe favorable de la fortuna.

El filólogo  
Lehrs

PARA ayudarnos en nuestras conferencias, Anders vino acompañado de su amigo y compañero de pensión, el filólogo Lehrs, procurándome así una amistad que ha sido una de las más estimables de mi vida. Lehrs, hermano menor de un sabio harto conocido en Königsberg, se había trasladado hacía ya algunos años desde esta ciudad alemana a París con el propósito de crearse, mediante sus trabajos filológicos, una posición independiente. A pesar de las dificultades que tenía que vencer prefería su actual situación a la de profesor en una escuela, lo que era su único medio de vida en Alemania. Obtuvo fácilmente trabajo en la librería Didot como colaborador de una importante publicación de clásicos griegos. Pero el editor, que no ignoraba las necesidades del joven sabio, se aprovechaba de ellas más para la prosperidad de su empresa que para solventar los apuros de su pobre colaborador. Así, pues, Lehrs tenía que luchar constantemente contra la mayor miseria, lo que no era óbice para que conservara su dignidad y diera un raro ejemplo de desinterés y abnegación hacia los demás. Sin ninguna noción musical y sin mostrar gran interés por la música vió al principio en mí a un hombre necesitado de consejos y luego a un compañero de infortunio en la miseria parisién.

Intimidación con Anders  
y Lehrs

LLEGAMOS a intimar hasta el punto de que casi todas las noches acompañaba a Anders a mi casa. Para éste, la escolta de Lehrs era tanto más agradable cuanto que se sentía inseguro sobre sus pies y debía procurarse para caminar un bastón o un paraguas. Le asaltaba siempre una gran inquietud al atravesar, sobre todo por la noche, las bulliciosas calles. Al llegar a nuestra casa cedía la preferencia a Lehrs a fin de desviar la atención de «Robber», que le causaba un miedo atroz. Lo manifestaba tan abiertamente que el excelente animal acabó por mostrarse receloso y le patentizó la misma agresiva aversión que había dedicado a bordo del *Tetis* contra el marinero Koske.

Lehrs y Anders residían en una casa de huéspedes de la calle de Seine, y se quejaban amargamente de su patrona que se ingeniaba de modo que lograba apropiarse de todo cuanto ganaban. Estaban absolutamente sometidos a su tutela. Anders se proponía emanciparse pero tras de dos años de preparativos no consiguió llevar a cabo su decisión. En seguida no guardamos ningún secreto sobre nuestras respectivas situaciones formando una compenetrada asociación, separada por la distancia pero unida por los comunes sufrimientos.

Llegada a París  
10 de septiembre de 1839

El tema de nuestras conversaciones era casi siempre el mismo: deliberábamos acerca de los caminos a seguir para alcanzar rápidamente mi objetivo de darme a conocer en París. La llegada de las cartas de recomendación prometidas por Meyerbeer sirvieron de aliento a mis esperanzas. El director de la Ópera, Duponchel, me recibió en su despacho. Se ajustó un monóculo, leyó la carta de Meyerbeer y no transparentó la menor emoción. Indudablemente debía haber recibido muchas cartas de este género procedentes de Meyerbeer. Duponchel me tendió la mano y no dió nunca más señales de vida.

En cambio, el viejo director de orquesta, Habeneck, me demostró una verdadera simpatía. Declaróse dispuesto, si así lo deseaba y si se presentaba la ocasión, a hacer interpretar alguna de mis piezas en uno de los ensayos de orquesta de los conciertos del Conservatorio. En materia de composición orquestal no contaba con nada que pudiera convenir, salvo quizá mi ópera de *Cristóbal Colón*. Como gracias a las trompetas militares prusianas esta ópera me había granjeado nutridos aplausos en Magdeburgo estimé que, entre todas mis obras, era ésta la única que tal vez podría salir airosa de la prueba. Entregué, pues, la partitura y las partes de orquesta a Habeneck y pude así contar por la noche a nuestro comité que había hecho ya el primer paso en el camino del éxito.

ME acuciaba el propósito de reanudar personalmente las relaciones que había sostenido por escrito con Scribe, pero mis amigos me disuadieron de ello, logrando convencerme que un hombre tan atareado como el célebre autor, no dispondría de tiempo para un joven compositor totalmente desconocido. En compensación, Anders me hizo conocer a un tal Dumersan con quien tenía amistad. Este, de edad madura, había escrito un centenar de obras para pequeños teatros de *vaudeville* y abrigaba la ilusión de que, antes de morir, se representara una de sus producciones en una gran escena lírica. Desprovisto de toda vanidad de autor, hubiera aceptado con sumo gusto adaptar en versos franceses una de mis óperas ya terminadas. Le ofrecimos, pues, mi *Liebesverbot*, que tal vez pudiera interesar al tercer teatro lírico llamado «La Renaissance». Este teatro estaba instalado en la sala Ventadour que, a causa de un incendio reciente, había sido reformada.

Mis amigos me aconsejaron que escribiera algunas breves melodías para ofrecerlas a cantantes conocidos por sus numerosos conciertos. Lehrs y Anders me procuraron los textos. Anders compareció con un inocentísimo *Duerme, hijo mío* original de un joven poeta amigo suyo y ésta fué la primera obra que compuse con letra francesa. Resultó tan bien, que por la noche, mientras la interpretaba suavemente al piano, mi mujer me llamó desde su cama para decirme que aquella melodía la mecía en un sueño delicioso. Además puse música a *L'attente*, a unas *Orientales* de Víctor Hugo y a *Mignonne*, una romanza. Más adelante, en 1841, en el suplemento musical del diario *Europa*, editado por Lewald, publiqué estas ligeras composiciones de las cuales no tengo que sonrojarme.

Una gran aria destinada  
a Lablache

SE me ocurrió entonces la idea de escribir una gran aria para bajo, con el aditamento de un coro, destinada a Lablache en su papel de Orovisto de *Norma*. Lehrs tuvo que procurarse el texto por medio de un refugiado italiano. Escribí, al estilo de Bellini, una composición efectista que guardo todavía entre mis manuscritos. Inmediatamente fuí a ofrecérsela a Lablache. Un negro muy amable me recibió en la antesala, y porfió en hacerme entrar en el despacho de su amo sin siquiera anunciarme. Se me figuraba muy difícil que tal personaje me recibiera, y confiando ya en verme desairado había expuesto en una carta el objeto de mi demanda, con lo que esperaba hacerme comprender más fácilmente que mediante una explicación a viva voz. La familiaridad del complaciente negro me puso, pues, en un aprieto. Depositó en sus manos mi manuscrito y mi carta, y haciendo caso omiso de su asombro y de su insistencia en introducirme cerca de su amo, me apresuré a salir de la casa con el propósito de ir a buscar la respuesta algunos días más tarde. En mi segunda visita Lablache me recibió con gran amabilidad, me aseguró que mi aria estaba escrita a la perfección, pero que desgraciadamente era imposible intercalarla en la ópera de Bellini, que se representaba con bastante frecuencia.

La recalcó, de la que yo era el único culpable al adaptar nuevamente el estilo de Bellini, resultó, pues, inútil y pronto se demostró la infructuosidad de este ensayo. Era evidente que si quería oír mis otras arias cantadas en público había de conseguir primero recomendaciones personales cerca de los cantantes.

Schlesinger.  
Paulina Viardot

EXPERIMENTÉ, pues, una gran alegría cuando finalmente Meyerbeer llegó a París. No mostró la menor sorpresa por el escaso resultado que habían dado sus recomendaciones, antes al contrario, estimó oportuno advertirme que en París todo era muy dificultoso y que indudablemente lo mejor que podría hacer era buscarme un modesto empleo. Con este propósito me acompañó a casa de su editor, Mauricio Schlesinger, y luego de presentarme a él me abandonó a mi suerte; poco después marchó para Alemania.

Como Schlesinger no sabía en realidad qué ocupación darme y, por otra parte, las personas que bajo su alta protección me presentó en su despacho —entre ellas el violinista Panofka— no podían prestarme ningún servicio, eché mano nuevamente de mis consejeros domésticos. Estos, por lo menos me habían procurado ya alguna cosa, por ejemplo, la traducción francesa, realizada por un profesor parisino, de *Los dos granaderos* de Heine. Para esta traducción había compuesto una aria de barítono de la que estaba satisfecho. Atendiendo los consejos de Anders inicié la búsqueda de cantantes y cantatrices para mis nuevas composiciones. La señora Paulina Viardot, a quien me dirigí en primer lugar, examinó conmigo las piezas; me dijo sin titubear que le gustaban pero se dolió luego de no poder presentarlas en sus conciertos. La misma aventura me acaeció con una tal señora Widmann, que con su hermosa voz de contralto, cantó con expresión *Duerme, hijo mío* pero no supo después qué hacer con la obra. Un tal Dupont, tercer tenor de la Gran Ópera, después de haber tarareado mi composición sobre la poesía de Ronsard, me declaró que este viejo texto francés no sería del agrado del público de entonces. Gerakdy, concertista muy estimado y profesor de canto, a quien visité en varias ocasiones, me dijo, al ofrecerle mi obra *Los dos gran-*



diros, que no era posible que llegara a cantarse en público a causa del acompañamiento final que recordaba La Marsellesa.

HABERICK, fue el único que cumplió su promesa, pues hizo ejecutar para Anders y para mí, durante un ensayo de la orquesta, mi obertura de *Cristóbal Colón*. Consideré este acto como una alentadora cortesía del anciano músico, pues evidentemente no podía incorporarse mi obra en uno de los célebres conciertos del Conservatorio. Desgraciadamente, me di cuenta que ninguna ventaja había de reportarme aquella prueba ya que mi composición de juventud, escrita a la ligera, había dado sin duda a la orquesta la opinión de un talento muy común.

Sin embargo, en el curso de los ensayos, experimenté una emoción tanto más profunda cuanto que era totalmente inesperada, y debo estimar aquellos que ejercieron una considerable influencia sobre la nueva fase de mi formación artística. Esto se produjo, sobre todo, con ocasión de la *Novena sinfonía* de Beethoven, ejecutada por aquella célebre orquesta de una manera tan perfecta y sobrecogedora que debía de obedecer sin duda al resultado de largos estudios. Vi de pronto ante mis ojos la imagen presentida en mis sueños juveniles, que la miserable dirección de Pollenz había disipado. Aparecía ahora clara y luminosa como el sol y podía tocarla con las manos. Antaño sólo entreveía en ella constelaciones místicas y átonos fantasmas pero ahora, brotando de innumerables fuentes, como un caudal de irresistibles melodías que derramaban sobre mi corazón con una intensidad imposible de describir.

El período decadente de mi gusto, que había comenzado precisamente con la turbación en que me había sumido la ejecución de la obra de Beethoven, y que desgraciadamente había tomado cuerpo durante mi anodina carrera de director de teatro, tuvo fin en medio de la veigüenza y el arrepentimiento.

Mis tristes experiencias habían dado pie, en aquellos últimos años, a este cambio interior; pero mi ánimo no volvió a encontrar realmente su fuerza original sino a través de la sensación indescriptible que experimenté en el transcurso de aquella interpretación, cuya belleza era absolutamente inédita para mí. Puedo comparar esta emoción con la que sentí, cuando aún adolescente, a los dieciséis años, al el *Fidelio* a la señora Schroder-Devrient.

En aquel justo momento en que me daba cuenta claramente de lo angustiosa de mi situación en París y de la imposibilidad de alcanzar el éxito por el camino que había emprendido, fué el primer resultado de aquella audición, el inspirarme el ardiente deseo de crear una obra que me procurara una íntima satisfacción absoluta. Para conseguirla, bosquejé una obertura que había de ser la primera parte de una sinfonía completa sobre *Faust* cuando tenía ya en la cabeza toda la segunda parte sobre «Margarita». Quince años más tarde, tras haberla tenido en olvido por espacio de tanto tiempo, volví a ocuparme de esta composición correspondiendo a los deseos de Liszt y a sus juiciosas indicaciones. La retoqué en parte y ultimé una obertura para el *Faust* que ha sido ejecutada con éxito en varias ocasiones. Me alentaba entonces la ambición de incorporar una obra de este género al repertorio de los conciertos del Conservatorio, pero me enteré a poco que, a su juicio, me habían dispensado ya suficiente atención y me significaron su deseo de que les dejara en paz durante algún tiempo. Al comprobar la inutilidad de mis esfuerzos, recurrí nuevamente a Meyerbeer en demanda de otras recomendaciones especialmente para cantantes. Me sorprendió que a este respecto Meyerbeer me recomendara, desde Berlín, a su administrador, un singular personaje llamado Gouin, empleado de Correos. Este y su mujer habían recibido las necesarias instrucciones de Meyerbeer para ayudarme en lo posible. Gracias a su intervención, el célebre compositor me puso en contacto con Anténor Joly, director del teatro lírico *La Renaissance* al que ya me he referido.

**Pascua de 1840** CON una facilidad casi inquietante, Gouin obtuvo del director Joly la promesa de representar mi obra *Se prohíbe amar*. Tratóbase solamente de ofrecer al comité del teatro la audición de ciertos fragmentos de la ópera a fin de que pudieran formar juicio acerca de la misma. Pero cuando recibí la cooperación de algunos artistas de este teatro para que estudiaran los tres pasajes traducidos por Dumersan, se me respondió que, sintiéndolo mucho, esos artistas se hallaban por el momento demasiado ocupados. Gouin supo, sin embargo, salir del paso. Contando con plenos poderes del maestro reclutó a varios cantantes que debían favores a Meyerbeer, y que prometieron su concurso para la audición proyectada. Era estos la señora Dorus Gras, verdadera *prima donna* de la Gran Ópera, la señora Widmann y el señor Dupont. Conocía a los dos últimos por los vanos esfuerzos que había llevado a cabo para lograr que cantaran mis composiciones breves.

¡He aquí, pues, mi situación después de seis meses, ya casi en la Pascua de 1840! Basando mis esperanzas para el futuro en las gestiones de Gouin, que me parecían muy formales, y estimulado sobre todo por los temerarios consejos de Lehrs, decidí modificar el modo de vivir que hasta entonces había llevado en Francia. Resolví dejar el oscuro barrio de los Inocentes y trasladarme hacia un barrio de la capital más próximo al mundo de los artistas. Lo que ello significaba y en qué condiciones habían de ser ejecutados mis propósitos se comprenderá cuando haya relatado como hasta entonces habíamos vegetado en París.

**«El Monte de Piedad»** ARREAR de que desde el día de nuestra llegada nos arreglamos lo más económicamente posible— incluso cenando por un franco en un modesto restaurante— el resto de nuestros ducados se evaporó bien pronto. El amigo Moeller, que contaba ofrecernos a los beneficios del primer suunto que resolviera favorablemente, nos dió a entender que en cuanto estuviéramos necesitados acudiríamos a él. Así tuvimos que hacerlo y le escribimos. Entre tanto, empeñé cuanto de valor poseíamos. No atreviéndome a informarme acerca del paradero de una casa de préstamos, busqué en el diccionario el nombre francés de estos establecimientos, a fin de descubrirlos por medio de la muestra. En mi pequeño diccionario de bolsillo no había otra denominación que «lombardo». Di entonces en el plano de París, y en un barrio inextricable, con una calleja que se llamaba calle de los Lombardo. Me trasladé allí y durante largo tiempo erré a la ventura sin conseguir la menor información. En cambio, me intrigaron con frecuencia las palabras «Monte de Piedad» que leía en los cristales de los faroles. Cuando pregunté a mis consejeros íntimos el significado de aquellas «piadosas montañas», me sorprendió gozosamente saber que precisamente en ellas residía mi salvación. Me apresuré a llevar al tasador del «Monte de Piedad» cuantos objetos de plata poseíamos, especialmente nuestros regalos de boda. Después les llegó el turno a las modestas joyas de mi mujer y los trajes de tea-

no que le quedaban, entre ellos un hermoso vestido de cola bordado en plata, que había pertenecido a la duquesa de Desvau.

El amigo Moeller no daba señales de vida; teníamos que vivir al día hasta la recepción de su anhelada remesa, de tal modo que una mañana fueron nuestros anillos de matrimonio los que tomaron el camino del «Monte de Piedad». Como la prometida ayuda no acababa de llegar me enteré que existía aún, un último recurso que consistía en vender las papeletas de empeño. La cruel necesidad nos obligó a recurrir a este último medio y el vestido de la duquesa se perdió para siempre.

No tuvimos noticias de Moeller pero más tarde, siendo yo director de orquesta en Dresde, vino una vez a visitarme y me declaró que, después de nuestra separación, se sintió molesto y ofendido en su amor propio por ciertas cosas que nos atribuían a mi mujer y a mí, y según las cuales, habíamos hablado de él de una manera ofensiva y humillante. A esto se debió que rompiera toda relación amistosa con nosotros. Como nada nos recordaba la conciencia comprendimos que habíamos sido calumniados y privados, por tanto, de la segura ayuda con que confiábamos en nuestra penuria.

CUANDO nuestro estado de indigencia iba acentuándose cada vez más, un acontecimiento, como funesto presagio, contribuyó a angustiarlos. El perro que tras tantas molestias y extorsiones conseguimos traer a París, nuestro magnífico «Robber», valioso animal que despertaba admiración por doquier, desapareció como por encanto, y según todas las apariencias secuestrado. En medio de la barahúnda de las calles de París, como antes en Londres, había dado muestras del instinto más seguro y volvía a encontrar siempre su camino. Desde los primeros días se iba solo al jardín del *Palais Royal* donde se animaba a una numerosa camarilla perruna. Los chiquillos goraban grandemente con él por la destreza con que les devolvía cuantos objetos le arrojaban al agua del estanque. Cuando pesábamos con él por los muelles del *Pont-Neuf* solía pedirnos permiso para bañarse y no tardaba en atraer a una muchedumbre de badulaques, que celebraban con gritos de admiración las zambullidas que ejecutaba para atrapar los utensilios u otros objetos que estaban sumergidos. Este espectáculo dió motivo para que la policía nos rogara que pusiéramos fin a semejante causa de aglomeración. Una mañana le dejé salir como de costumbre pero no volvió, y a pesar de todas nuestras pesquisas no conseguimos dar con su paradero. Los que conocían nuestra situación se congratularon de aquella pérdida, pues se extrañaban de que careciendo de lo más necesario, nos dedicáramos aun a alimentar a un perro de tamaño tan grande.

En el segundo mes de nuestra estancia en París, mi hermana Luisa llegó de Leipzig para reunirse con su marido Federico Brockhaus, que la esperaba desde hacía algún tiempo. Se propusieron efectuar un viaje a Italia y Luisa aprovechó su paso por París para verificar varias compras, propias de una mujer adinerada. Por mi parte estimaba natural que no se compadecieran de nosotros, ni se considerasen responsables respecto a parientes que parecían haber obrado, al establecerse en París, de una manera asaz impremeditada. Así, pues, sin aparentar tampoco una situación boyante no quise sacar provecho ninguno de nuestro parentesco. Nos preocupamos ante todo de no dar a nuestros ricos hermanos la menor sospecha de que tratábamos de excitar su compasión, y Minna se prestó generosamente a ayudar con sus consejos a Luisa en la compra de cosas de lujo.

**El pintor E. Kietz** SIN embargo, gracias a mi hermana, contraí una singular amistad que adquirió pronto notable importancia en todo cuanto me concernía. Era el joven pintor Ernesto Kietz, de Dresde, un verdadero producto de la naturaleza, sobremanera sincero y cordial. Su habilidad y facilidad para los retratos, que realizaba con un estilo muy personal mediante el uso de lápices de color, le había granjeado en su patria una fama notoria. Sus éxitos habían sido tan lucrativos que se decidió a proseguir seriamente sus estudios. Se había instalado en París donde trabajaba desde hacía un año en el taller de Delaroche. Desgraciadamente había seguido un camino en el que no obstante su innegable talento, a causa de su índole atolondrada y casi infantil y de su falta de instrucción y de carácter había de conducirle a la pérdida de todas sus aptitudes. Así pude comprobarlo, muy a pesar mío, merced a la frecuencia con que Kietz nos visitaba. Entre tanto, este ser crédulo y bonachón nos era a todos muy agradable, sobre todo a mi mujer, que tan a menudo se hallaba sola. Su gran bondad y su afectuosa abnegación hicieron preciosos su amistad, que constituyó al mismo tiempo, una fuente de recursos en medio de la gran miseria en que nos hallábamos.

Todas las noches acogíamos a Kietz en nuestro círculo íntimo aunque al viejo Anders, tan pusilánime, y al escrupuloso Lehrs se les antojara el pintor un singular colega. Su afable simplicidad y sus jocosas ocurrencias llegaron a sernos indispensables. Lo que muy a menudo nos regocijaba era el convencido ardor con que tomaba parte, sin el menor embarazo, en las conversaciones francesas. Después de veinte años de residir en Francia no sabía aún hilvanar correctamente dos palabras seguidas. Aprendía en el taller de Delaroche la pintura al óleo; evidentemente, también en este arte mostraba un talento poco común y, sin embargo, fué precisamente el escollo en que naufragó. Necesitaba tanto tiempo para preparar los colores en la paleta y lavar los pinceles, que rara vez llegaba a pintar alguna cosa. Como en pleno invierno son cortos los días cuando había acabado de poner en orden sus utensilios, ya reinaba la obscuridad, de suerte que jamás logró, que yo sepa, terminar un solo cuadro. Los extranjeros que se dirigían a él y le encargaban retratos se veían siempre obligados a salir de París antes de que aquellos estuvieran terminados. Llegó incluso a lamentarse de ver morir a sus modelos bajo su pincel. Únicamente el ogro del propietario, que jamás percibió un céntimo del alquiler, se las ingenió de modo que el artista lograra finalizar su retrato. Este fué, a mi entender, el único que Kietz consiguió terminar en París.

Lo que mejor acertó fueron unos croquis ligeros e ingenuos, que inspirados por el tema de nuestra conversación dibujaba rápidamente durante la noche. Aquel mismo invierno hizo un apunte mío al lápiz; lo ejecutó con gran esmero y dos años después, cuando aprendió a conocerme mejor, lo retocó y lo dejó en el estado en que aún existe en la actualidad. Se complacía en diseñarme como me veía durante nuestras charlas íntimas, precisamente cuando la satisfacción y la vivacidad de la conversación animaban mis facciones. No transcurría una sola velada en que mi carácter agriado a menudo por las cotidianas decepciones, no acabara por recobrar la jovialidad que era corriente en mí. Y durante aquel período de preocupaciones, esto impelió precisamente al buen Kietz, a representarme como un hombre absolutamente ac-







guro del porvenir y que miraba lejos, sonriéndose de las vicisitudes del presente.

A fines del año 1839 llegó a París mi hermana menor Cecilia con su marido Eduardo Avenarius. Comprendíamos perfectamente la preocupación que causamos a la joven esposa al hallarnos en una situación que fácilmente se adivinaba apurada. Tampoco la suya era en verdad de las más brillantes. Así, en lugar de ir a visitar a nuestros parientes esperamos durante algún tiempo que vinieran ellos a nuestra casa.

En cambio nos confortó ver de nuevo a comienzos de 1840 a Enrique Laube y su mujer. Después de nuestra última separación, Laube se había casado, en circunstancias bastante extraordinarias, con Iduna Budaeus, joven viuda de un médico de Leipzig. Habían venido a París en viaje de placer y se proponían residir varios meses en la capital francesa. Ya durante la larga prisión preventiva de Laube, esa joven mujer, apiadada de su suerte, había demostrado por él, sin conocerle, un acentuado interés y una viva simpatía. Era en la época en que salía de Berlín. Poco tiempo después tuvo lugar el proceso de Laube, que fué condenado a la clemente pena de un año de cárcel. Accediendo a su demanda se le autorizó a que purgara su condena en Muskau, (Silesia). Allí pudo sacar partido de la vecindad de su amigo, el príncipe de Puckler a cuyas órdenes estaba el director de la cárcel. El príncipe visitó a menudo al escritor para consolarlo. Y su amiga decidió casarse con él antes de que ingresara en la cárcel a fin de poderlo socorrer en la propia Muskau.

Experimenté una gran alegría al ver a mi amigo en tan brillante posición, y más aún al encontrar nuevamente en él la misma cordial simpatía hacia mí. Nos seguimos viendo con frecuencia, nuestras mujeres intimaron, y él fué el primero que conceptuó mi loca escapada de París con el mejor humor.

Conocí en casa de Laube a Enrique Heine. Uno y otro se entregaban, a propósito de mi insólita situación, a afectuosas ocurrencias que me regocijaban. Laube no se atrevía a reconvenirme seriamente respecto a mi intento de conquistar París, pues la ligereza con que me refería a esta esperanza cimentada sobre bases tan endeblés, acababa por dar al traste con su gravedad inicial. Y aunque, sin oponerse a mis propósitos, trató de ayudarme y con este fin me rogó que le trazara un plan razonable de mis proyectos. Contaba obtener con este medio algunos recursos destinados a mí en Leipzig, donde tenía que regresar. Esto ocurría precisamente en el momento en que concertaba un favorable acuerdo con la dirección de *La Renaissance*. Me imaginé avanzar con pie firme y creí poder afirmar que si hubiera contado con recursos para vivir durante seis meses llegaría a «hacer algo». Laube prometió ocuparse de mí y cumplió su palabra. En Leipzig consiguió que se interesara por mi carrera uno de sus poderosos amigos; los miembros pudientes de mi familia siguieron el ejemplo y durante medio año recibí por mediación de Avenarius una pensión mensual.

Resolvimos, dejar nuestra casa de huéspedes y alquilar un piso en la calle Helder. Mi mujer cuyo carácter serio y previsor había acabado, debido a mi incuria por perder su estabilidad, se dejó convencer de la necesidad de este cambio. Minna insistió sobre todo en que haciéndose ella misma la comida la vida nos resultaría más económica que yendo al hotel o al restaurante. El futuro le dió plenamente la razón; sin embargo, el punto débil residía en nuestra instalación pues no poseíamos nada de lo necesario en un hogar, ni contábamos con medios para procurarnos el más modesto mobiliario.

Lehrs, que estaba al corriente de todo el engranaje de la vida parisien, nos ayudó con sus consejos. A su entender, únicamente podría justificarse mi empresa a condición de conseguir un éxito que correspondiera a la osadía de la misma; mas como no contaba con ninguna posibilidad de lograrle durante largos años, había de confiar en una gracia especial del Destino o renunciar irremisiblemente a todo. Era preciso por tanto, que alcanzara el anhelado objetivo en el transcurso de aquel mismo año, y para ello había de tener el valor de arriesgar algo y demostrar que no en vano me llamaba Wagner. (Wagner significa audaz). Mi piso cuyo alquiler anual ascendía a mil doscientos francos sería pagado por plazos trimestrales, y en cuanto a la instalación se encargaría de ella un carpintero recomendado por la patrona de nuestra antigua casa de huéspedes, que había de suministrarlos lo necesario mediante una serie de pagos por adelantado que estimó ventajosos. Lehrs persistía en su idea: para que uno llegara a hacer algo en París era necesario, ante todo, disponer de una fachada que inspirase confianza.

Contaba seguro con el Teatro *La Renaissance*, donde iba a efectuarse mi audición. Dumersan me solicitaba con insistencia que le diera a traducir en versos franceses el resto de *Liebesverbot*... Nos lanzamos, pues, a la aventura y el 15 de abril hicimos nuestra entrada en la decorosa vivienda de la calle Helder aunque, con gran asombro del portero, con un equipaje mas que exiguo.

La primera visita que recibí en el nuevo piso en que tan audazmente me había alojado, fué la de Anders. Venía a anunciarnos la quiebra y cierre del teatro *La Renaissance*.

La noticia me dejó más anodado que una desgracia normal, pues me reveló con la celeridad del rayo la vanidad de todas mis expectativas. Mis amigos se pronunciaron abiertamente contra Meyerbeer, y no se anduvieron con chiquitas para decirme que el maestro estaba sin duda al corriente de la situación de dicho teatro, al que me había dirigido para apartarme de la Gran Opera. No quise devanarme los sesos con la insinuación de esta sospecha. Bastantes preocupaciones tenía con preguntarme qué iba a hacer con la carga de mi hogar.

Habiendo estudiado mis artistas los fragmentos de *Se prohíbe amar*, destinados a la audición, resolví que, por lo menos, llegara esta a oídos de personas influyentes. Como únicamente se trataba de asistir a un simple concierto, que no había de acarrear la menor consecuencia, Eduardo Monnaís, que después de la dimisión de Duponchel dirigía provisionalmente la Gran Opera, aceptó con sumo agrado mi invitación, con tanta mayor razón, cuanto que los cantantes pertenecían a su instituto. Me respondió afirmativamente con la mayor amabilidad. Dedicada a estos dos caballeros dispuse, un día mi presentación en el saloncillo de descanso de los artistas de la Gran Opera, y yo mismo acompañé al piano las tres piezas escogidas. Ambos afirmaron que la música era «exquisita». Scribe se brindó a suministrarme un texto en cuanto la administración de la Opera me encargara la música. Monnaís no hizo la menor objeción, salvo que tal encargo no podría efectuarse inmediatamente. En seguida me di cuenta de que no se trataba más que de

frases corteses y aun estimé que Scribe se había mostrado muy amable con molestarse en hacer acto de presencia para decirme las

En el fondo, me avergoncé profundamente de haberme ocupado en desenterrar tres fragmentos de aquella frívola obra de juventud, pero lo hice en la creencia de que aquella música ligera sería muy del agrado del público parisien. Y abandonando toda esperanza de triunfar en París renuncié también definitivamente a este género de música. No pudiendo comunicar a nadie, y menos aún a mi mujer, la completa transformación que se había operado en mi gusto, me sumí en una verdadera melancolía. Aunque continuaba poniendo al mal tiempo buena cara, a partir de aquel día deseperé de triunfar en París. La espantosa miseria que presentía motivó que contemplara con una especie de horror los colores con que bajo el sol de mayo se engalanaba la ciudad. Era aquel el más desesperante momento para toda iniciativa artística. A cada puerta que con fingida esperanza llamaba, me respondían con la frase terriblemente monótona: «El señor está en el campo».

DURANTE los largos paseos que efectuaba con mi pobre mujer y en los cuales nos sentíamos horriblemente solos en medio de la abigarrada muchedumbre, le describía, presa de delirio, la felicidad que debía de existir en los estados libres de la América del Sur. Allí estaríamos muy lejos de todas esas miserias, no sabríamos nada acerca de las cosas de teatro, de ópera y de música y sería fácil, con un trabajo serio, crearse una existencia razonable. Como Minna no comprendía lo que esto significaba, le recomendé la lectura de un relato de Zschokke, *La fundación de Maryland*, que yo arababa de leer, en el que aparecían descritos de una manera seductora la dicha y el bienestar de los emigrados europeos, respirando libremente después de las torturas que habían sufrido en su antiguo país. Pero Minna, más práctica, me demostró la necesidad de soportar la vida de París pensando al mismo tiempo en los medios de hacer las mas posibles economías.

Ello no fué óbice para que elaborara el plan del texto de mi obra *El buque fantasma*. Por otra parte, no había abandonado tampoco la esperanza de dar una audición en París. Condensé todo el tema en un acto, reduciendo así la acción dramática solamente a los personajes principales con objeto de soslayar el aparato teatral, que me repugnaba. Desde el punto de vista práctico, confiaba más en una pieza en un acto. Se representaban a menudo como introducción a los ballets de la Gran Opera. Pensando en esto, escribí a Meyerbeer, a la sazón en Berlín, recabando su ayuda.

Además, continué trabajando ininterrumpidamente en mi composición de *Rienzi* hasta terminarla por completo. Entre tanto, nuestra situación era cada vez más crítica. Me veía forzado a consumir por anticipado las dádivas que Laube me había ofrecido, y perdí con ello toda la simpatía de mi cuñado Avenarius que no alcanzaba a comprender por qué nos habíamos instalado en París.

UNA mañana, en que estábamos debatiendo como íbamos a pagar el primer trimestre de nuestro alquiler, se presentó un empleado de la administración de mensajerías trayéndome un paquete expedido desde Londres. Me imaginé que era un envío del cielo y mientras me tendían el acuse de recibo, en el que constaba que tenía que pagar siete francos de portes, desaté nerviosamente el paquete. Pero en seguida me di cuenta, aterrado, que contenía mi obertura sobre *Rule Britannia* devuelta por la Sociedad Filarmónica de Londres. Declaré, enfurecido, que no aceptaba el paquete, pero el funcionario, advirtiéndome que lo había abierto, reclamó enérgicamente los siete francos que le adeudaba. De nada le sirvió porque yo no tenía los siete francos. Objeté que me había comunicado demasiado tarde el coste de los portes y le conminé a que se llevara el único ejemplar de mi obertura. Obsequiaba con ella a los señores Laffitte y Cailliard que podían disponer de la misma a su antojo. Ignoro qué se habrá hecho de este manuscrito y no he sentido nunca curiosidad por saberlo.

Inopinadamente, acudió Kietz en socorro de nuestras calamidades. Una solterona de Leipzig, llamada Leplay, tan rica como avara, le encomendó que le buscara en París una habitación económica donde quería residir por algún tiempo con su compañera de viaje, que era la propia suegra de Kietz. Nuestro piso, sin ser espacioso, era no obstante excesivo y en realidad constituía para nosotros una carga demasiado penosa. No titubeamos, en realquilar el mejor sitio a aquellas dos damas cuya estancia duró cerca de dos meses. Por otra parte, mi mujer se encargó de servirles el desayuno, exactamente como en una casa de huéspedes, congratulándose de ganar los céntimos que este servicio le proporcionaba. A pesar de lo importuno de aquella vecindad de solterona extravagante, el alquiler que nos satisfizo nos ayudó un poco a sortear aquel difícil período, y por mi parte, a pesar de la poca tranquilidad que había en el piso, continué trabajando en mi *Rienzi*.

Brix. El conde Kuscelew

Mi trabajo resultó más difícil cuando, después de la marcha de aquellas damas, realquilé una habitación a un comisionista alemán que dedicaba sus horas libres a tocar la flauta. Este buen hombre, de una gran modestia, se llamaba Brix, y nos había sido recomendado por uno de nuestros recientes amigos, el pintor Pecht. A éste le conocí por mediación de Kietz. Los dos trabajaban juntos en el taller de Delaroche y formaban el más perfecto contraste, Pecht era, sin duda, menos dotado que Kietz, pero gracias a su celo o a su formalidad, consiguió aprender rápidamente la pintura al óleo, con la que labró sus primeros éxitos. Dueño de una relativa instrucción, deseaba aún acrecentarla, y manifestando en todas las ocasiones un carácter sincero y leal. A pesar de que no llegara a intimar con nosotros como mis tres antiguos amigos, formó parte de los que nos guardaron fidelidad en la desgracia y que se reunían casi todas las noches en mi casa.

Recibí un día la emocionada prueba de la infatigable fidelidad con que Laube se preocupaba por nuestra suerte. Vino a verme el administrador del conde Kuscelew, y después de informarse someramente sobre mi situación me comunicó que su señor, a quien Laube le había hablado de mí en Carlsbad, deseaba favorecerme y ser amigo mío. Acariciaba el propósito de reclutar en París una reducida compañía de ópera cómica que se aviniera a trasladarse a sus propiedades de Rusia, y andaba en busca de un director musical que le ayudara a reunir los elementos de la mentada compañía. Me encaminé, con el consiguiente agrado a la mansión del Conde, en la que hallé a un hombre de edad madura, de modales distinguidos y afables, que me recibió con amabilidad mis breves composiciones francesas. Sin embargo, debió darse cuenta sin duda de que no era yo el hombre que necesitaba, y a pesar de su exquisita cortesía ni siquiera entró en negociaciones conmigo con respecto a la



campaña de ópera que se proponía llevar a cabo. Con todo, aquella misma noche me envió unas amables palabras acompañadas de diez luises de oro, aun cuando ignora lo que con ello quiso pagarme. Como suponía que me pagaba por adelantado le contesté rogándole que me diera algunas indicaciones acerca de lo que deseaba de mí y qué género de composición había de proporcionarle. No recibí ninguna respuesta y traté en vano en varias ocasiones de que me recibiera en su casa. Supe más tarde que al conde únicamente le agradaban las óperas de Adam, y que, en lo tocante a la composición de su compañía, le interesaba más formar un pequeño sercillo que un verdadero conjunto artístico.

Mis relaciones con el editor Schlesinger habían sido hasta entonces completamente infructuosas. No hubo manera de decidirme a que publicara mis composiciones francesas por último, para alcanzar por este medio notoriedad le encargué que editara a mis expensas *Los dos granaderos*. Kietz suministró para el título un magnífico frontispicio grabado en piedra, y Schlesinger me presentó una factura de cincuenta francos por la impresión. La suerte de esta publicación fué curiosa. La obra ostentaba el nombre de la casa Schlesinger pero como yo había sufragado los gastos de la edición los beneficios de la venta me debían corresponder a mí. Según el editor me aseguró más tarde, no se vendió ni un solo ejemplar. Después, cuando con mi *Rienzi* conseguí en Dresde cierta popularidad, Schott, editor de música en Maguncia, estimó oportuno publicar en Alemania mi obra *Los dos granaderos*. Sus publicaciones consistían casi exclusivamente en traducciones del francés. No hizo por tanto, sino imprimir el original de Heine debajo del texto francés. Pero como este había sido traducido libremente en un metro distinto del alemán, la poesía de Heine no sintonizaba en absoluto con la música y producía un efecto grotesco. Indignado de este proceder protesté contra el perjuicio que me irrogaba la impresión, sin mi consentimiento, de una de mis obras. A este respecto Schott me amenazó con un proceso por difamación porque, según él, su edición no era una falsificación sino una reproducción. Yo no conocía esta diferencia y para evitarme mayores molestias le di toda clase de explicaciones. Cuando en 1848 me informé con el señor Brandus, sucesor de Schlesinger, acerca de mi breve composición, me enteré de que se había publicado una nueva edición, pero nadie prestó oídos a los derechos que reclamaba. Y como no abrigaba el propósito de adquirir de mi bolsillo un ejemplar de *Los dos granaderos* he prescindido hasta hoy, de poseer mi propiedad. Más adelante se verá en qué proporción se han desarrollado y han sido lucrativas empresas semejantes sobre mis obras.

TRATÁBASE, por el momento, de indemnizar a Schlesinger de sus cincuenta francos y éste me propuso que colaborara en la *Gaceta musical* que publicaba. Dado que no sabía suficientemente el francés para escribir en este idioma, tuve que hacer traducir mis artículos y ceder al traductor la mitad de mis honorarios. Me consolé diciéndome que en todo caso me procuraría sesenta francos para una hoja impresa. Lo que era tal hoja pronto había de saberlo. Cuando fui a casa del editor —siempre gruñón y más aún en ocasiones como esta— a percibir mis honorarios, tomó un execrable instrumento de hierro en el que las líneas de las columnas estaban marcadas con cifras, lo aplicó sobre el artículo a tasar y después de haber cuidadosamente sustraído del total el espacio que formaban el título y la firma, procedió a sumar las líneas. Y resultó de ello que lo que yo había calculado como una hoja impresa quedó, en realidad, reducida a la mitad.

Comencé, pues, a pergeñar artículos con destino a la singular publicación de Schlesinger. El primero fué una extensa disertación titulada *Acerca de la música alemana*. Con la entusiasta exageración que me era habitual describí en este artículo el carácter serio y profundo del movimiento musical alemán, ensalzando a este de tal modo que Anders observó que estaría muy bien si así fuera verdaderamente. Experimenté la inopinada satisfacción de ver mi artículo traducido al italiano en una revista musical de Milán, y no pude contener una sonrisa al verme calificado, por un error que sin duda no sería posible hoy día, de *dottissimo musico tedesco*.

Mi artículo tuvo una favorable acogida. Schlesinger me encargó entonces que escribiera algo acerca del arreglo que el general ruso Lwoff había efectuado del *Stabat mater* de Pergolese. Salí del paso demorando mi prosa todo lo posible con una finalidad puramente práctica. Después, por propia iniciativa, escribí con tono sencillo una humorada titulada: *De la profesión de virtuoso y de la independencia del compositor*. Durante aquel período me sorprendió la llegada de Meyerbeer, que venía a pasar quince días en París. Se mostró, como siempre, muy simpático y servicial. Cuando le comuniqué mi proyecto de escribir una obra en un acto que pudiera representarse como introducción a un ballet, y le supliqué al mismo tiempo que me presentara al nuevo director de la Gran Opera, León Pillet, no mostró ningún inconveniente en acompañarme a su casa y recomendarme a él. Sin embargo, en el curso de la conversación que Pillet y Meyerbeer sostuvieron acerca de mí, me sorprendió desagradablemente oír al primero aconsejarme que para componer un ballet me asociara con otro músico. No quise ni siquiera oír hablar de esto, pero brindé a Pillet un breve resumen del tema de mi obra *El buque fantasma*. Y así estaban las cosas cuando Meyerbeer salió nuevamente de París, y esta vez para no volver por espacio de largo tiempo.

AL no tener noticias de Pillet continué trabajando asiduamente en la composición de *Rienzi*, aun cuando con frecuencia me veía forzado a interrumpir mi tarea para ejecutar los trabajos que me proporcionaba Schlesinger y que constituían mis medios de vida. Como mi colaboración en la *Gaceta musical* me daba muy poco dinero me encargó un día que escribiera un método para la corneta de llaves. Al mostrarle mi sorpresa por tal empresa me respondió suministrándome cinco métodos ya publicados para la corneta de llaves, que era a la sazón el instrumento predilecto de la juventud masculina de París. A base de esos cinco métodos había de combinar un sexto, pues Schlesinger sólo apetecía poseer uno editado por su propia casa. Cuando estaba metido en tales quebraderos de cabeza el propio Schlesinger aventó todas mis preocupaciones. Precisamente acababan de enviarme un método ya terminado, pero entonces me encargó que escribiera catorce suites para corneta de llaves. Entendíase por ello revoltillos sobre óperas. Schlesinger me procuró los materiales necesarios remitiéndome a casa sesenta argumentos de óperas completos para piano. Los examiné someramente con objeto de encontrar los

aires que pudieran convenir a mis suites. A fin de tener a mano y a la vez de sitio la mayor variedad posible de melodías, levanté sobre mi mesa un singular edificio con los sesenta volúmenes en los que había señalado una tira de papel los pasajes que habían sido de mi agrado.

Con gran satisfacción de mi parte y consternación de mi pobre madre, Schlesinger me comunicó que Schultz, el mejor corneta de París, a quien había dado a repasar mis estudios antes de entregarlos a la imprenta, había declarado que yo no tenía la menor idea de lo que era una corneta de llaves y que había escogido tonalidades demasiado altas que los parisienses no llegarían nunca a interpretar. Schultz consintió en corregir todo cuanto yo había escrito, pero tuve que cederle la mitad de mis honorarios. Por otra parte, me desbarataron del resto del encargo y los sesenta tupidos volúmenes tomaron de nuevo el camino del singular almacén de la calle Richelieu.

Me veía de nuevo falta de recursos. La miseria iba cerniéndose sobre nuestro hogar, pero había recobrado mi libertad y el tiempo para poder dar los últimos toques a *Rienzi*. El 19 de noviembre termine finalmente esta voluminosa ópera.

Había decidido ofrecerla al Teatro de la Corte en Dresde, a fin de procurarme, en caso de éxito, los medios para mi retorno a Alemania. Elegí Dresde porque sabía que se encontraba allí Tichatscheck, el mejor tenor para el papel principal, y contaba también con la generosa protección de la señora Schroder-Devrient, que anteriormente, por amistad con mi familia, se había esforzado en vano para que el teatro aceptara mi obra *Las hadas*. Conocía también al secretario del teatro, el conserjero Winkler (Teodoro Hell), antiguo amigo de nuestra familia, con quien pasé una agradable velada en la época en que Apel y yo efectuamos nuestro viaje a Bohemia. A todas estas personas escribí persuasivas cartas sobre la cuestión, envié una demanda oficial al intendente, el señor de Lüttichau, y finalmente una súplica, en la debida forma, al rey de Sajonia.

No había omitido indicar exactamente, con ayuda del metrónomo, el movimiento de los tiempos, pero como no poseía dicho instrumento, tuve que pedirlo prestado. Una mañana me dispuse a llevarle al domicilio de su propietario, ocultándolo debajo de mi raído gabán. Aquel día había de ser uno de los más extraordinarios de mi vida. Llegué a creer que todas las desventuras que me acosaban se habían, por decirlo así, dado cita para abrumarme. Además de que no sabía cómo procurarle a Minna los escasos francos necesarios para los gastos de la casa, tenía que pagar varias letras de cambio cuyo vencimiento había recaído. Siguiendo la costumbre parisiense, en el momento de nuestra instalación había firmado varios efectos a la orden para el pago de nuestro mobiliario. Esperando que me llegaría, no sabía de dónde, una ayuda cualquiera, tenía que tratar, en principio, de apaciguar a los poseedores de aquellos papeles, que se hallaban desperdigados por todos los barrios posibles, pues las letras de cambio habían pasado por diferentes manos. Aquella mañana se trataba, pues, de ablandar a un comerciante de quesos que vivía en un quinto piso. Luego tenía la intención de visitar a Enrique Brockhaus, el cuñado de mis hermanas, que acababa de llegar a París. Me proponía, por último, entrevistarme con Schlesinger a fin de que me proporcionara el dinero que faltaba para expedir mi partitura. Al mismo tiempo, tenía que devolver el metrónomo que me habían prestado, y por todo ello salí de casa muy de mañana. Minna se despidió tristemente de mí. Sabía por experiencia que cuando emprendía aquella clase de expediciones, no volvía a verme hasta la noche.

Vana persecución de «Robber»

LA niebla envolvía las calles. La primera cosa que vi al salir de casa fué a «Robber», el perro que me habían robado el año anterior. Creí, al principio, ser víctima de una alucinación y llamé a «Robber» con voz estridente. El animal me reconoció inmediatamente y se acercó a mí, pero como avancé bruscamente hacia él tendiendo el brazo, temió, al parecer, que iba a golpearle, pues durante los últimos tiempos que estuvo con nosotros le azoté estúpidamente en varias ocasiones. El miedo que se apoderó de «Robber» desvaneció, al parecer, cualquier otro recuerdo; retrocedió espantado, corrí en pos de él, pero el animal huyó más rápidamente todavía. Estaba seguro de que me había reconocido; al doblar las calles se volvía hacia mí, visiblemente inquieto, y al verme correr detrás de él como un loco, emprendía nuevamente la fuga. Esta desatinada persecución por calles que apenas podía reconocer a causa de la niebla, me condujo finalmente frente a la iglesia de San Roque, donde me detuve jadeante, llevando todavía el metrónomo debajo del brazo. No divisando ya al perro, permanecí allí inmóvil durante algún tiempo, tratando de perforar la neblina con la mirada y preguntándome lo que significaba en aquel día nefasto la aparición espectral de mi antiguo compañero de viaje. Cual una bestia huraña y salvaje, «Robber» había huído de su amo. Mi corazón se llenó de pesadumbre. Angustiado por esta aventura, en la que veía un horrible presagio, reanudé con paso inseguro mis tristes menesteres.

«La Favorita»

ENRIQUE Brockhaus me aseguró que le era totalmente imposible acudir en mi ayuda, y me despedí de él profundamente abochornado, esforzándome en disimularle cuán dolorosa me era tal humillación. El fracaso me acompañó por doquier, y una vez en el despacho de Schlesinger, después de haber tenido que soportar las más vacuas y largas conversaciones de los visitantes que mi patrono retenía exprofeso, tuve que marcharme sin haber logrado el menor socorro. Ya entrada la noche, llegué a casa, donde Minna acechaba, angustiada, desde la ventana. Había presentado ya mi infortunio a fin de prepararme, por lo menos, una cena reparadora, se había dirigido a nuestro realquilado, el flautista Brix, para pedirle prestado algún dinero. Aunque este hombre, sobremanera cargante, pusiera a menudo nuestra paciencia a prueba, lo tolerábamos a causa de su bondad.

Durante algún tiempo, el éxito de una nueva ópera de Donizetti iba a procurarme indirectamente algunos ingresos, que gané ejecutando un penoso trabajo.

El público parisiense, cuyo gusto había decaído mucho, acababa de acoger con gran entusiasmo una obra de las más endebles del maestro italiano: *La Favorita*.

Schlesinger, para resarcirse de las pérdidas que le habían ocasionado las últimas óperas de Havély, había adquirido los derechos de representación de aquélla. Una mañana llegó a mi casa jadeante, rebosando una grotesca alegría y me pidió pluma y papel para calcular ante mis ojos la enorme cuenta de lo que, gracias a él, yo iba a ganar. Escribió: «*La Favorita*, arreglo completo para piano, ídem a cuatro manos; arreglo completo para cuarteto, ídem para







dos violines, ídem para corneta de llaves. Total a pagar: mil cien francos.» Y de esta suma, quinientos por anticipado.

De una sola ojeada me di cuenta de la explotación que significaba aquella oferta, pero no vacilé un segundo en aceptarla.

Cuando hube traído a casa los quinientos francos en gruesos escudos de cinco francos, me entretuve en apilarlos encima de la mesa. En aquel momento nos visitó inopinadamente mi hermana Cecilia Avenarius. Hasta entonces había mostrado una señalada reserva en sus relaciones con nosotros, pero la contemplación de aquella riqueza la tranquilizó sobre nuestro porvenir. A partir de aquel momento, nos vimos más a menudo y fuimos con frecuencia invitados a comer en su casa los domingos.

Sin embargo, toda distracción había terminado para mí; las pruebas de aquellos últimos tiempos habían de tal modo sentado mi cabeza que, en penitencia de todos mis pecados anteriores, me sumergí por entero en aquella humillante tarea que constituía mi único medio de existencia. Para economizar la calefacción, sólo encendíamos el fuego en nuestro dormitorio, que servía a la vez de salón, de comedor y de despacho. Me trasladaba en dos pasos de la cama al escritorio y, para comer, no tenía más que volver la silla, que no abandonaba hasta que, ya muy entrada la noche, me iba a acostar. A fin de distraerme un poco, cada cuatro días efectuaba un breve paseo.

Esta mortificación, que duró todo el invierno, me acarreó una dolencia intestinal que me ha molestado todo el resto de mi vida.

La corrección, larga y enojosa, de las pruebas de una partitura de la ópera de Donizetti, por cuyo trabajo conseguí arrancar trescientos francos a Schlesinger, acrecentó mis ingresos. Y aun tuve que hallar el tiempo de transcribir las partes instrumentales de mi obertura de *Fausto*, pues no había renunciado todavía a la esperanza de oírla en uno de los conciertos del Conservatorio.

Con objeto de sustraerme a la desastrosa influencia que ejercía sobre mí la insípida tarea que Schlesinger me había impuesto, escribí un reportaje titulado: *Eine Pilgerfahrt zu Beethoven*, que apareció en la *Gaceta Musical* bajo el título: *Una visita a Beethoven* (1).

Schlesinger me confesó francamente que este artículo había causado sensación y había gustado enormemente. Tuve la prueba de ello al verlo reproducido, completo o fragmentado, en varias revistas. Recabó de mi otros artículos del mismo género. Escribí uno titulado *Das Ende eines Musikers in Paris* («Un músico extranjero en París»), en el que me vengué de todas las humillaciones que me habían sido infligidas. No acabó de agradarle a Schlesinger, pero me granjeó emocionadas muestras de aprobación por parte de sus pobres empleados, y Heine me dedicó este elogio: «Hoffmann no hubiera sido capaz de escribir una cosa semejante.» El propio Berlioz se refirió elogiosamente a mi artículo en su sección de *Le Journal des Débats*, y me atestiguó luego de viva voz su simpatía a propósito de otro artículo musical y estético que titulé: *De las oberturas*. Le había interesado el principio, en el que analizaba aquel género de composiciones, dando como modelo la obertura de *Ifigenia en Aulida*, de Gluck.

Esta afinidad me impulsó a trabar amistad con Berlioz. Hacía ya algún tiempo que fui presentado a él en el despacho de Schlesinger, donde le hallaba a menudo y en una de cuyas ocasiones le ofrecí un ejemplar de *Los dos granaderos*. Pero no logré saber la opinión que mi obra le merecía. Me había dicho solamente que tocaba muy poco la guitarra y que no había tenido tiempo todavía de interpretar mi composición al piano. Sus grandes obras instrumentales, que el año anterior había oído varias veces bajo su dirección, me causaron una impresión extraordinariamente estimuladora. Aquel invierno (1839-1840), dirigida por el propio Berlioz, se ejecutó varias veces su sinfonía de *Romeo y Julieta*, y tuve la fortuna de asistir a uno de los conciertos.

Ciertamente era aquél un mundo nuevo para mí y en el que trataba de hallarme objetivamente a mí mismo. En primer lugar, había quedado casi aturrido por el vigor de un virtuosismo orquestal del que aun no tenía la menor idea. Las más atrevidas combinaciones parecían palpables por la fantástica osadía y la severa precisión con que Berlioz las abordaba. Ejercían en mí una irresistible influencia, sobrepujando mis sentimientos personales acerca de la música y la poesía. Todo yo era oídos para cosas respecto de las cuales no tenía ninguna noción, y que trataba de explicarme. En su *Romeo y Julieta*, por ejemplo, tanto más cuanto que estaba subyugado por los numerosos y admirables fragmentos de esa obra maestra, hasta el punto que, a pesar de su argumento y de su desmedida extensión, no me atreví nunca a formular la menor crítica de ella. Después de esta nueva sinfonía, Berlioz dirigió aquel mismo invierno la ejecución de su *Sinfonía fantástica* y el *Harold*.

Con una admirativa emoción había seguido las descripciones musicales que se suceden en la *Sinfonía fantástica*, llegando a comprender casi enteramente *Harold*. Sin embargo, al oír su *Sinfonía fúnebre en memoria de las víctimas de la revolución de julio*, me embargó una grave y singular sensación de opresión ante la personalidad de aquel maestro maravilloso. Esta obra había sido ejecutada bajo su dirección por un nutrido conjunto hábilmente combinado de músicos militares, en el verano de 1840, con ocasión de la ceremonia del traslado de los restos de las víctimas al pie de la columna de julio. Y comprendí entonces la grandeza y la energía de aquel artista incomparable, único en el mundo.

Esta audición me produjo, no obstante, la inquietud que uno experimenta ante una cosa extraña con la que no se llega nunca a simpatizar y me preguntaba por qué razón alguna de las grandes obras de Berlioz, un día me entusiasmaba y al siguiente me hastiaba o repelía. Durante muchos años Berlioz fué para mí un problema doloroso e irritante, que no he logrado resolver hasta mucho más tarde.

En aquella época me consideraba aún, al lado de Berlioz, como un verdadero escolar. De resultas, me sumí en una desconcertante perplejidad, pero, a poco, me visitó Schlesinger, quien, queriendo que yo sacara partido del éxito de uno de mis artículos, me invitó a que hiciera ejecutar una de mis piezas para orquesta en un gran concierto organizado por la redacción de *La Gaceta Musical*. Me daba perfecta cuenta de que ninguna de las obras que tenía en reserva, no siendo apropiadas para aquel concierto, producirían un efecto favorable. Ni siquiera estaba

Humillante  
tarea

Exito  
de unos reportajes

Obras  
de Berlioz

La obertura  
de «Cristóbal Colón»

seguro de mi obertura de *Fausto*, pues me figuraba que únicamente un público que ya conociera podría apreciar la delicadeza de su final. Enterado, por otra parte, de que no tendría a mi disposición más que una orquesta de segunda categoría (la de Valentino, del Casino de la calle de San Honorato), y que sólo se verificaría un ensayo, se me presentaba el dilema de renunciar a la audición u ofrecer mi obra de juventud, la obertura de *Cristóbal Colón*. Resolví optar por este último partido.

Cuando fui a casa de Habeneck a buscar los cuadernos que contenían las partes instrumentales, aquél, sin duda con la mejor intención, pero también con la mayor franqueza, me aconsejó que no me presentara al público parisién con aquella obertura, que era, a su entender, demasiado vaga.

La mayor dificultad estribaba en procurarme las seis trompetas. Este instrumento, que los alemanes tocan con tanto virtuosismo, rara vez se emplea en los conciertos franceses. El corrector de mis *Suites para corneta de llaves*, Schiltz, acudió en mi ayuda. Me vi obligado a reducir a cuatro el número de trompetas, y aun de estas cuatro, sólo podía contar con dos seguras. En el ensayo, la ejecución de mi «efecto» principal me desalentó grandemente. Ni una sola vez tocaron las trompetas sin desentonar en los pasajes inspirados y suaves. No se me concedió tampoco la libertad de dirigir personalmente mi obra, y tuve que enterdarme con un director de orquesta íntimamente persuadido — y los músicos parecían abundar en su opinión — de que mi composición era absurda.

Berlioz, que había asistido al ensayo, guardó una actitud de reserva; no me alentó ni me desalentó y se limitó a sonreír y afirmar con un suspiro, que todo era muy difícil en París. La noche del concierto (4 de febrero de 1841), el público, compuesto en su mayor parte por subscriptores de *La Gaceta Musical*, no parecía mal predispuesto. Me aseguraron incluso que, aun cuando no les agradara mi obertura, la habrían aplaudido. Pero aquellas desdichadas trompetas que soltaban gallos en los más delicados pianísimos, causaron en los auditores un desencanto difícil de ocultar. Sobre todo en París, el público se complace en admirar la destreza de los virtuosos en los pasajes difíciles. No cabía la menor duda de que había sufrido un fracaso completo y que después de tamaño desastre París había dejado de existir para mí. No me quedaba otro camino que encerrarme en mi sórdida habitación y ponerme a fabricar de nuevo arreglos de óperas a la Donizetti.

Mi renuncia al mundo fué tan absoluta, que ni siquiera me rasuraba. Por primera y única vez en mi vida, con gran dolor de mi mujer, me dejé crecer la barba como un penitente. Soporté todas estas miserias con paciencia y resignación, pero me sacaba de quicio la vecindad de un pianista que habitaba en un cuarto vecino al mío, y que estudiaba durante las veinticuatro horas del día la fantasía de Liszt sobre *Lucia di Lammermoor*. Para darle a entender lo que tenía que aguantar, trasladé un día mi piano, horriblemente desafinado, desde el salón al dormitorio, lo coloqué junto a la pared del vecino y luego rogué a Brix que tocara su flauta e interpretara conmigo la obertura de *La Favorita*, que precisamente había acabado de arreglar para flauta y piano. Este conjunto debió sin duda de aterrorizar a mi vecino, pues la portera me contó al día siguiente que había resuelto cambiar de habitación. Sin embargo, me avergoncé un poco de mi proceder.

La portera  
de la calle Heider

Acabamos por mantener con la portera una cierta intimidad. Al principio, empleábamos sus servicios para determinados quehaceres de la casa, tales como cocinar, cepillar los vestidos, limpiar las botas, etc. Sin embargo, el poco dinero que por tales menesteres le dábamos, rebasó muy pronto nuestras posibilidades, y Minna tuvo que pasar por la humillación de prescindir de sus servicios y hacer ella sola todo el trabajo. Puesto que nuestra locataria no podía saber las causas, mi mujer se vió obligada no solamente a ocuparse de la cocina, sino también a lavar la ropa y limpiar las botas de nuestro realquilado. Estábamos recelosos, sin razón, de nuestra portera, pues aquella buena mujer y su marido nos trataron siempre con gran consideración, en la que había buena parte, es cierto, de familiaridad. El marido discutía de política conmigo. Cuando se formó contra Francia la cuádruple alianza y bajo el ministerio intermitente de Thiers la situación se tornó inquietante, me tranquilizó un día con estas palabras: «Hay cuatro hombres en Europa: el rey Luis-Felipe, el emperador de Austria, el emperador de Rusia y el rey de Prusia; y como los cuatro son unas damiselas, no tendremos guerra.»

Por lo general, no me faltaba compañía por las noches, pero mis contados amigos fieles se vieron forzados a acostumbrarse a que continuara garrapateando en su presencia.

La noche de San Silvestre  
de 1840

En la noche de San Silvestre de 1840 mis amigos me proporcionaron una agradable sorpresa. Se habían dado cita en mi casa sin prevenirme. Lehrs tiró del cordón de la campanilla y se presentó con una lonja de tocino; Kietz llegó con ron, anís y limones; Pecht trajo una oca y Anders dos botellas de champaña, que debía al agradecimiento de un vendedor de instrumentos a quien en una ocasión había hecho propaganda de sus pianos, y al que sólo acudía en las fechas señaladas. Aparté, pues, de mi lado la ignominiosa *Favorita* y me dispuse con buen ánimo a celebrar aquella fiesta de camaradería. Se asignó trabajo a todo el mundo. En primer lugar, procedimos a caldear el cuarto, luego ayudamos a mi mujer en la cocina y por último fuimos a la tienda a buscar lo que faltaba. La cena fué un festín pantagruélico y cuando el champaña y el punch produjeron su efecto, pronuncié un enfático discurso que provocó en mis amigos las más estrepitosas carcajadas. Continué hablando y finalmente, en el arrebatado de mi entusiasmo, subido en una silla sobre la mesa, a manera de púlpito, prediqué el evangelio de las más desatinadas teorías acerca del desprecio del mundo y las ventajas de los Estados libres de la América meridional. Mis oyentes, encantados, se desternillaban de risa. Y, finalmente, como el estado en que se hallaban no les permitía volver a sus casas, tuvieron que pasar la noche en la mía.

Vieuxtemps El primer día del año 1841 me encontró en plena penitencia frente a mi *Favorita*.

Recordando todavía otra velada, también feliz, aunque de otro género, que nos procuró la visita del célebre violinista Vieuxtemps, amigo de infancia de Kietz. Tuve la dicha de recibir en mi casa a este joven artista, tan festejado entonces en París. Durante toda una noche nos embelesó a mí y a mis amigos, con su arte admirable y sus salones adquirieron con ello un verdadero prestigio. Para recompensarlo de su amabilidad, Kietz se lo cargó a costas y se lo llevó así hasta su casa, situada en nuestra misma calle.

(1) Publicado en la colección "Libélula", de Ediciones Anfora



A comienzos de aquel año, un golpe inesperado acabó de abrumarme. Desconocedor de las costumbres de París, habíamos esperado el último día para comunicar que dejábamos nuestro piso. Con este objeto fui a visitar a la propietaria, una viuda joven, muy rica, que residía en una de sus propiedades de Marais. Me recibió con cierto embarazo y me dijo que iba a hablar de mi asunto a su administrador. Me comunicaron por escrito que tenía que haber dado cuenta de mi decisión el día anterior y que, por tanto, aquella no era válida. Según las cláusulas del contrato, estaba obligado a pagar el alquiler por un año más. Corrí aterrado a entrevistarme con el administrador, un anciano muy enfermo e inmovilizado por la parálisis, que me recibió de una manera hosca. Le expliqué mi error y le supliqué que me librara de mi compromiso; pero el administrador se limitó a contestarme que la culpa era mía y no suya si yo había venido un día tarde y que, por tanto, que me atuviera a las consecuencias.

El portero de mi casa, a quien di cuenta, presa de gran consternación, de aquella visita, me respondió para tranquilizarme: «De saberlo yo, le hubiera puesto sobre aviso, pues ese hombre no vale siquiera el agua que bebe.»

Este inopinado infortunio desvaneció la esperanza que teníamos de llegar a salir de la insostenible situación en que nos hallábamos. Durante algún tiempo nos consolamos pensando que encontraríamos otro realquilado. No ocurrió así y llegó la Pascua y el segundo año de arrendamiento sin saber a qué santo encomendarnos. Por último, el portero encontró una familia extranjera dispuesta a alquilar por algunos meses nuestro piso amueblado. Aceptamos gozosos este medio de asegurar el dinero del próximo plazo, y confiábamos que, al abandonar aquellas desdichadas habitaciones, llegaríamos a aventar todo infortunio.

Nos dispusimos, pues, a buscar un piso económico en las afueras de París. Nos habían recomendado Meudon y tomamos en alquiler una vivienda en la avenida que va desde Meudon a Bellevue. Después de haber dado a la portera de la calle Helder plenos poderes para la vigilancia de nuestros realquilados, nos instalamos lo mejor que pudimos en nuestro nuevo hogar. Tuvinos que llevarnos con nosotros a nuestro coinensal, el bueno de Brix, pues el desgraciado atravesaba asimismo una crítica situación. Como carecía de dinero, si en aquel momento hubiésemos rehusado admitirlo en nuestra casa, se habría encontrado en mitad del arroyo. Nuestro traslado se efectuó el 29 de abril.

Era, en realidad, un salto de lo imposible a lo inconcebible, pues ignorábamos completamente de qué íbamos a vivir aquel verano. El manantial de Schlesinger se había secado y no divisábamos ninguno ni a derecha ni a izquierda.

Sólo podía contar con mis trabajos de periodista que, aunque poco lucrativos, obtenían algún éxito. El invierno anterior había entregado a *La Gaceta Musical* un extenso artículo sobre el *Freischütz*, de Weber, que, con intercalamiento de los recitados de Berlioz, tenía que representarse en la Gran Opera. Este artículo me valió, al parecer, la aversión de Berlioz. No eludí mis observaciones acerca de los inconvenientes que presentaba dicho proyecto: los accesorios destinados a hacer figurar la obra de Weber, escrita según la fórmula de las antiguas óperas, en el lujoso repertorio de aquel teatro, acarrearla, sin duda, la pérdida de las primitivas dimensiones de aquella y su total desfiguración.

El resultado me dio la razón, pero los que habían concebido la idea de aquel «perfeccionamiento» no perdonaron mi intromisión periodística. Tuve, no obstante, una halagadora satisfacción. Mi artículo había llamado la atención de la célebre Georges Sand. En una novela basada en la vida provinciana francesa, comenzaba expresando sus dudas sobre la capacidad de los franceses para comprender la originalidad del elemento místico del pueblo, y fundamentaba su opinión en lo que yo había escrito a propósito del *Freischütz*.

Los esfuerzos que llevé a cabo para que aceptaran en Dresde mi *Rienzi*, me suministraron un nuevo pretexto para mi actividad periodística. El secretario del teatro de dicha ciudad, Winkler, a quien ya me he referido, me tenía al corriente de la marcha de mi asunto, pero aprovechaba al mismo tiempo la ocasión para hacerme colaborar gratuitamente en el periódico que publicaba, el *Abendzeitung*, cuya venta había disminuido mucho. Me pidió frecuentes *Correspondencias de París*. Para que Winkler se mostrara bien dispuesto y yo llegara a saber algo acerca de mi ópera, cada vez que le escribía tenía que adjuntarle una crónica para su publicación. Y como esas negociaciones teatrales se iban dilatando cada vez más, tuve que elaborar numerosas *Cartas parisienses*, que me ponían en un verdadero aprieto, pues, en efecto, desde hacía mucho tiempo vivía retirado en mi habitación e ignoraba en absoluto lo que ocurría en París.

**Cambio de opinión sobre París** Mi apartamento de todo lo ficticio en la vida artística y social de París arranca de un motivo grave. Provenía de mis desventuradas experiencias y también de la aversión que me inspiraba

el movimiento artístico que antes me había embelesado y cuyo contacto rehúsa ahora en lo posible. Con todo, la representación de *Los Hugonotes*, a la cual asistí por primera vez, me dejó deslumbrado; la nutrida orquesta y la cuidada y efectista puesta en escena, me proporcionaron un goce anticipado y significativo acerca de la perfección de los medios que podrían ponerse en uso para el montaje de una obra. Pero, cosa curiosa, estas representaciones no ejercían sobre mí ninguna atracción. Muy pronto descubrí en el modo de actuar de los artistas su fondo caricaturesco, y divertía a mis amigos rememorando la manera de cantar de los franceses, haciéndoles observar la falta de gusto que había en sus exageraciones. Y era inevitable que mi crítica no daba tampoco de lado a los compositores, pues a fin de asegurar el éxito, no dudaban en explotar aquellas modas ridículas.

**Decadencia del gusto francés** QUE una obra tan vacua y al mismo tiempo tan poco francesa como *La Favorita*, de Donizetti, se perpetuara en los carteles de la Gran Opera, por lo general tan aristocrática, me hizo perder la paciencia y todo el respeto que me había esforzado en guardar por aquel «primer teatro lírico del mundo». Durante mi estancia en París, sólo asistí cuatro veces, si mal no recuerdo, a la Gran Opera. En cuanto a la Opera Cómica, ya desde el principio me había repellido, tanto a causa de la actuación convencional y fría de los actores, como de la música detestable que allí se oía. Fué esta misma frialdad convencional la que me inspiró la repulsión que sentía por los cantantes de ópera italiana. La gran celebridad de los artistas que desde hacía largos años interpretaban cuatro óperas, y siempre las mismas, no lograba resarcirme de su falta de pasión, a mi entender elemental, aquella pasión que tanto me había hecho gozar al oír a la señora Schröder-Devrient. Me di

perfecta cuenta de que todo en París se hallaba en decadencia y no esperaba ni la esperanza ni el deseo de que se pusiera coto a la misma.

Prefería los pequeños teatros, en los que el talento francés se mostraba en su elemento. Estaba, no obstante, demasiado preocupado en hallar en ellos puntos de contacto con mis sentimientos íntimos, para que pudiera considerar con indiferencia unas cualidades que me eran tan poco simpáticas. Como, por otra parte, desde el principio de mi estancia en París me hallaba abrumado por las necesidades materiales y toda suerte de preocupaciones y veía con toda claridad la inutilidad de mis esfuerzos, llegué a no sentir el menor anhelo por nada, hasta el punto que desechaba enojado e impaciente toda ocasión de divertirme. Varias veces, con gran decepción de Minna, devolví localidades del Teatro Francés, donde actuaba Raquel. Únicamente una vez entré en ese célebre teatro, y aún obligado por las crónicas que me reclamaba mi insaciable protector de Dresde.

PARA llenar las columnas del *Abendzeitung* me conduje de una manera verdaderamente desvergonzada. Con la ayuda de Anders y Lehrs, elaboré con extractos de periódicos y conversaciones de café unos relatos que sazoné con la salsa picante que Heine había puesto de moda. Con ello me exponía, pues, continuamente a que mi consejero de Dresde, Winkler, descubriera cualquier día el origen de mi ciencia parisién.

Como le interesaba especialmente, pues era tutor de los hijos de Weber, le envié una larga crítica de la representación del *Freischütz*. Y teniendo en cuenta, además, las seguridades que me daba de que no tardaría en conseguir una promesa formal respecto a mi *Rienzi*, le mandé también, como muestra de mi infinito agradecimiento, el texto original alemán de mi reportaje sobre Beethoven. Apareció en 1841 en el *Abendzeitung*, editado por Arnold en Dresde, y que ha dejado ya de publicarse.

DURANTE algún tiempo se extendió aún más mi campo de actividad literaria a través de mi colaboración en la revista mensual literaria *Europa*, dirigida por Lewald. Este fué el primero que dió a conocer mi nombre al público. Me enteré de que esta elegante revista, bastante divulgada en aquella época, publicaba suplementos musicales, y ya cuando residía en Königsberg había enviado a su editor dos de mis composiciones inéditas. Era una de ellas una melodía sobre la melancólica poesía de Scheuerlin, *El niño y el pino* — obra cuya paternidad reconozco —, y la otra, mi famosa canción de carnaval del *Liebescrbot*. Cuando se me ocurrió la idea de ofrecer al público, por mediación del propio Lewald, mis breves composiciones francesas y envié a este editor *Duerme, hijo mío, L'attente*, de Hugo, y *Mignonne*, de Ronsard, no solamente me satisfizo unos modestos honorarios — los primeros que percibí por una composición —, sino que aun me suplicó que le enviara largos y jugosos artículos en los cuales trasladara a sus lectores mis impresiones de París.

Envié a este editor *Duerme, hijo mío, L'attente*, de Hugo, y *Mignonne*, de Ronsard, no solamente me satisfizo unos modestos honorarios — los primeros que percibí por una composición —, sino que aun me suplicó que le enviara largos y jugosos artículos en los cuales trasladara a sus lectores mis impresiones de París.

Escribí entonces para su publicación *Diversiones parisienses* y *Fatalidades parisienses*, en los que imitando nuevamente la manera de Heine, narraba cáusticamente las decepciones que me había producido París y el desprecio que me inspiraban no pocas cosas de esta ciudad.

PARA ese segundo artículo hice uso de las aventuras de un tal Hermann Pfau, un granuja redomado con quien me relacioné durante el peor período de mi juventud en Leipzig. Vagabundeaba por París desde comienzos del anterior invierno y se hallaba en tan mísero estado que a expensas de los escasos ingresos que me proporcionaba *La Favorita* me apiadé con frecuencia de él. En justa compensación contaba sus vicisitudes parisienses en el periódico de Lewald y conseguía por este medio algunos francos. Sin embargo, mis trabajos literarios siguieron otros derroteros a consecuencia de las negociaciones que había entablado con el director de la Gran Opera, León Pillet. Logré enterarme de que mi esbozo del *Fliegender Hollaender* (*El buque fantasma*) había sido de su agrado, pero al decírmelo me pidió que le cediera el texto porque, de acuerdo con ciertos compromisos, había de proporcionar a diferentes compositores temas para pequeñas óperas.

Traté entonces de convencer a Pillet de viva voz y por escrito que sólo podía esperarse un éxito confiándome a mí el desarrollo y la composición de dicho bosquejo. Me movería evidentemente en terreno firme, pues el plan que le había facilitado no contenía sino meros apuntes. Mis razonamientos no sirvieron de nada y el director me comunicó francamente el resultado de las esperanzas que me hacía concebir la recomendación de Meyerbeer.

No había la menor posibilidad de que me encargaran una ópera antes de siete años, pues la dirección había adquirido compromisos por todo este tiempo. Por lo tanto, tenía que entrar en razón y ceder mi proyecto de libreto mediante una modesta indemnización. Y si me obstinaba en arriesgar-me en la Gran Opera, Pillet, me aconsejaba que me dirigiera al maestro de baile y me entendiera con él a propósito de un nuevo «paso» al que podría poner música.

**Abandono de «El buque fantasma»** Tal proposición me inspiró una repugnancia no disimulada y el director me abandonó tranquilamente a mi terquedad. Tras no pocas dificultades logré entrevistarme,

para solicitar su apoyo, con Eduardo Monnais, a quien había conocido en la redacción de *La Gaceta Musical* y que era a la sazón comisario de los teatros reales. Leyó mi bosquejo de libreto y me declaró con crudeza que no acertaba a comprender que a Pillet le hubiera gustado, pero visto que, para desdicha suya, estaba enamorado de él había que sacar partido de su estado de ánimo y aceptar en el acto la indemnización que me ofrecía por el texto. Por otra parte, Monnais estaba enterado de que el mencionado texto había estado en manos de Pablo Foucher, cuñado de Víctor Hugo, quien había asegurado que el tema de *El buque fantasma* era ya conocido en Francia, y que, por lo tanto, no se trataba de una obra inédita. Me hice cargo entonces de cual era mi situación y me dispuse a acceder a los deseos de Pillet. Asistí a la entrevista que éste celebró con Foucher, y gracias a la intervención del primero, Foucher se avino a cedermé quinientos francos, que percibí en el acto, sobre los derechos de autor que le serían satisfechos por la administración del teatro en la época de las representaciones.

Mi veraneo en la avenida de Meudon cobró entonces otra fisonomía. Aquellos quinientos francos me permitieron en Francia abandonar a su suerte a *El buque fantasma* y escribir y componer inmediatamente mi *Fliegender Hollaender*, que destinaba a Alemania.



Extra-Beilage zu Eberhard's Allgem. Polizei-Anzeiger.  
Band XXXVI. N<sup>o</sup> 41.



*Richard Wagner*

*ehemal. Capellmeister und polnischer  
Flüchtling aus Dresden.*

Retrato de Wagner en los archivos policiales de  
Dresde. Wagner consta como "capellmeister und  
politischer".

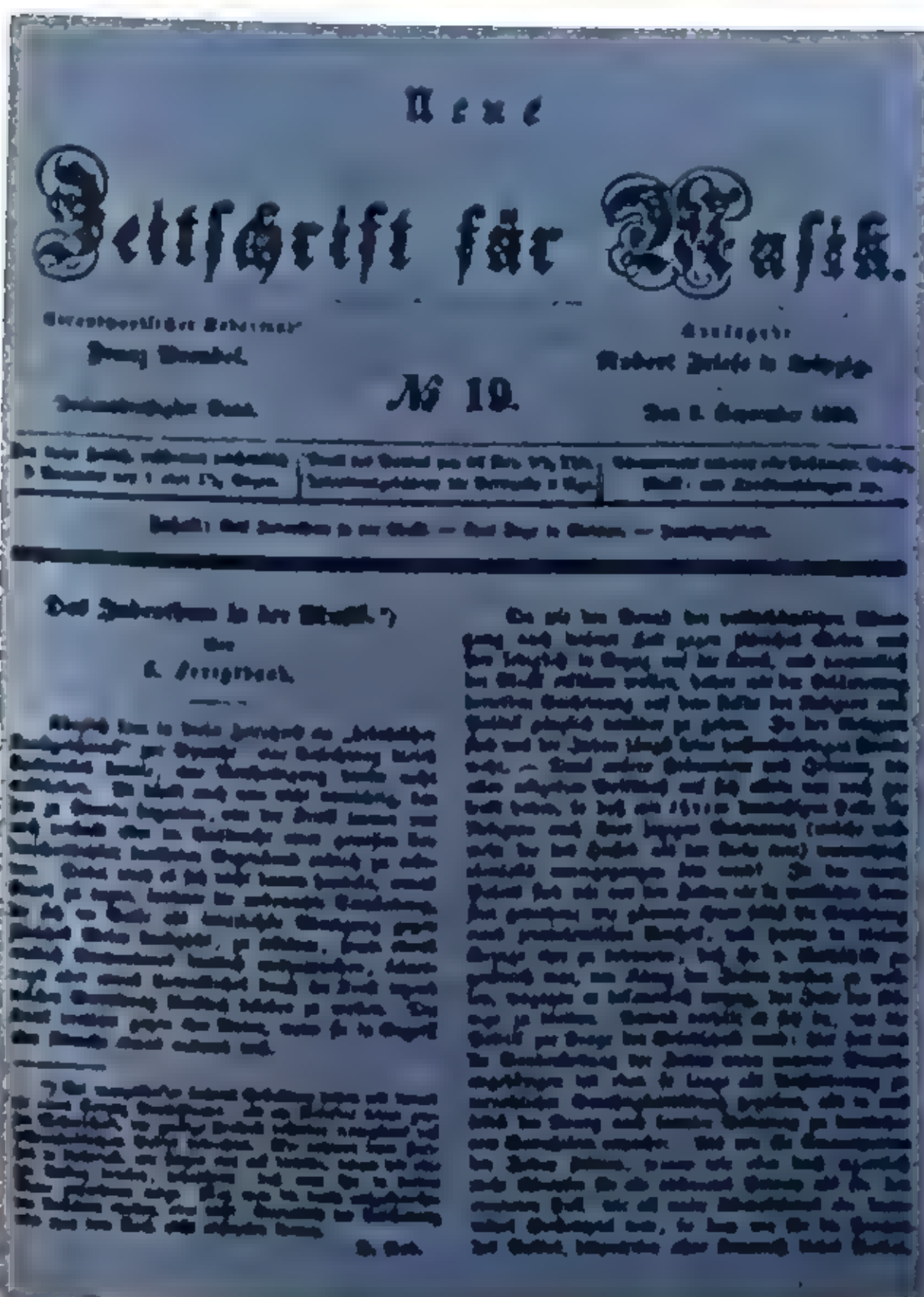
Portadilla de la edición de "Das  
Kunstwerk der Zukunft", de  
Wagner, en Leipzig en 1850.

# Kunstwerk der Zukunft.

Richard Wagner.

Leipzig,  
Verlag von Otto Wigand.  
1850.

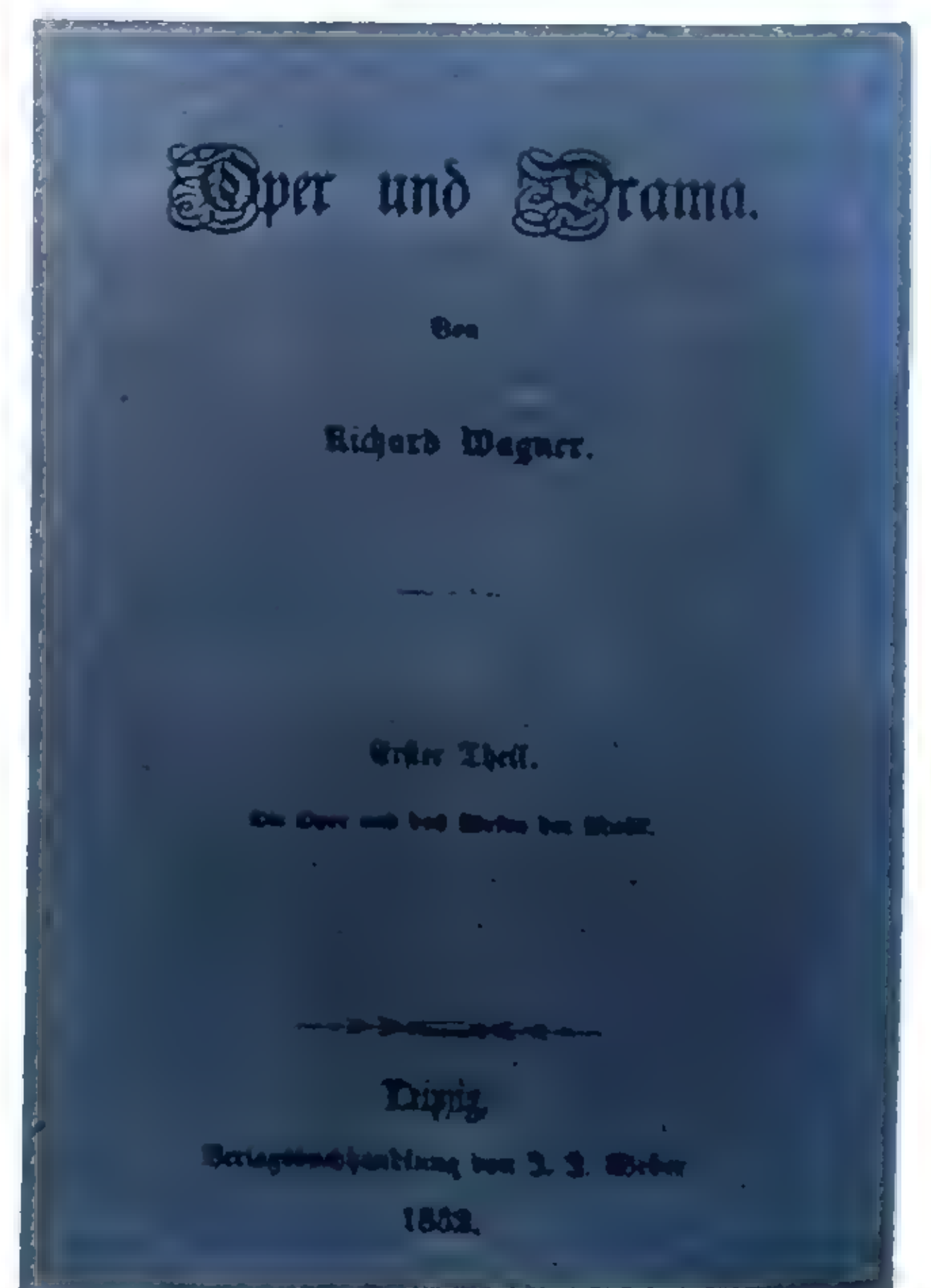
Publicación del escrito "Das Judenthum  
in der Musik", en el Neue Zeitschrift für  
Musik, de 3 de septiembre de 1850, bajo  
el pseudónimo de K. Freigedank.



Portadilla de la edición de "Die Kunst  
und die Revolution", en Leipzig en 1849.



Portadilla de la edición de "Oper und  
Drama", en Leipzig en 1852.





La conclusión de aquel asunto me permitió mejorar un poco mi situación, que iba siendo cada vez más desesperada. Hemos pasado los meses de mayo y junio en una creciente agustia. Al principio, la belleza primaveral, el aire puro del campo y el alivio de verme liberado de los penosos trabajos de jornalero musical que me habían ocupado todo el invierno, habían despertado en mí un sentimiento de esperanza y me habían impulsado a escribir una breve novellita titulada *Una noche feliz*, que publicó *La Gaceta Musical*. Sin embargo, pronto sufrimos las consecuencias de la absoluta indigencia en que nos hallábamos. La falta de recursos se hizo sentir con una crueldad verdaderamente angustiosa, amargura que se acentuó por la circunstancia de que mi hermana Ceelia y su marido, siguiendo nuestro ejemplo, alquilaran cerca de donde residíamos una vivienda para el verano. Su situación no era brillante pero al menos segura. Cada día nos veíamos pero jamás les di cuenta del estado en que nos hallábamos, que llegó a su punto culminante el día en que encontrándolo me sin dinero y en la imposibilidad de pagar el billete del tren marché a París a pie. De la mañana a la noche erré por la ciudad en busca de una moneda de cinco francos y como no conseguí procurármela tuve que reembarcar a pie el penoso camino de Meudon. Minna había salido a mi encuentro; le di cuenta del resultado negativo de mi expedición, y mi mujer me explicó desolada que ese Hermann Pfau de quien ya he hablado había llamado a nuestra puerta pidiendo algo de comer para su mujer y que le había dado el poco pan que nos quedaba.

Nuestra última esperanza era Brix, que por singulares circunstancias se había convertido en nuestro compañero de miserias, pero también él había salido muy de mañana hacia París con el mismo objeto que yo. Cuando, por último, regresé jadeante y empapado en sudor nos dijo que su viaje había sido totalmente infructuoso y como tampoco había encontrado a ninguno de sus amigos o conocidos que hubiera podido invitarle a comer estaba hambriento y nos suplicaba por favor que le diéramos un pedazo de pan. Ante una situación tan apurada mi mujer se revistió de valor; estimaba su deber impedir que aquellos dos hombres perecieran de hambre. Fué a casa del panadero, del carnicero y del tabernero y bajo plausibles pretextos obtuvo a crédito —por primera vez en tierra francesa— todo lo necesario. Una hora más tarde Minna nos invitó a una comida muy bien dispuesta. Cuando estábamos sentados a la mesa vino casualmente a vernos la familia Avenarius que parecía visiblemente tranquilizada a propósito de nuestras posibilidades de aprovisionamiento.

La venta de *El buque fantasma*, a comienzos de julio, puso fin a aquella extrema miseria, pero me arrebató asimismo mi última esperanza de triunfar en París.

Mientras duraron los quinientos francos pude permitirme trabajar en mi obra. Nuestro primer gasto consistió en alquilar un piano del que había tenido que privarme durante meses enteros. A pesar de que desde el otoño anterior sólo había ejercitado mi intelecto en escribir artículos de periódico y arreglos de ópera, la posesión de aquel instrumento había de devolverme la convicción de que todavía era un músico. El poema del *Fliegender Hollaender*, que había terminado en el período de mi mayor miseria, había merecido la completa aprobación de Lehrs. Este me declaró que jamás escribiría nada mejor y que aquella obra sería mi *Don Juan*. Tratábase ahora de aplicar la música. En el invierno precedente, cuando aún abrigaba la esperanza de componer ese tema para la Gran Ópera, había ya desarrollado algunos fragmentos líricos, y Emilio Deschamps había traducido mis versos alemanes. Destinaba esos fragmentos a una audición que no llegó a efectuarse. Eran: *La balada de Senta*, *El canto de los marineros noruegos* y *El canto de la tripulación de espectros de El buque fantasma*.

Buen humor en Meudon

HABÍA estado privado de música durante tanto tiempo que el primer día no me atreví a abrir el piano que había mandado llevar a nuestro piso. Temía, en verdad, llegar a la evidencia de que mi cerebro estaba totalmente vacío... cuando de pronto me pareció que se me había olvidado transcribir el aria del piloto que figuraba en el primer acto. Justamente acababa de terminar los versos. Me puse, pues, inmediatamente a componerlo y el resultado de mi labor me satisfizo. Lo mismo ocurrió con *El canto de las hilanderas*. Y al darme cuenta de que esas dos melodías no podían ser tachadas de reminiscentes experimenté una gran alegría al comprobar que aún sabía componer.

Toda la música del *Fliegender Hollaender* fué escrita en siete semanas y no quedaba sino el trabajo de instrumentarla.

Entonces se operó en mí un cambio completo; mi buen humor asombró a todo el mundo, y especialmente mis parientes Avenarius los que no dudaron un sólo momento, en vista de mi jovialidad, que nuestros asuntos marcharan viento en popa. Efectuaba largos paseos por los bosques de Meudon y aún ayudaba a Minna a coger setas. Desgraciadamente, esta modesta distracción constituía para mi mujer el principal encanto de nuestra soledad en el bosque. Cuando volvíamos a casa cargados con un succulento botín, nuestro propietario se llevaba las manos a la cabeza asegurándonos que acabábamos por envenenarnos. El destino, que me guió siempre hacia lo extraordinario, me hizo tropezar aquella vez con el más original propietario que pueda hallarse, no solamente en los alrededores de Meudon sino también en París.

Nuestro propietario, Jadin

JADIN era tan viejo que aseguraba haber visto a Madame Pompadour en Versalles, pero sea como fuere, lo cierto es que, increíblemente lozano y vigoroso, se complacía en disimular su verdadera edad. Se confeccionaba él mismo todo cuanto necesitaba, habiéndose fabricado una colección completa de pelucas de los matices más diversos que iban desde el rubio juvenil al blanco venerable, pasando por el castaño y el gris, las que se ponía según su estado de humor. Hacía de todo, pero lo que me encantaba era su manía por la pintura. Tenía engalanadas las paredes de sus habitaciones con dibujos infantiles de animales y decorado sus vidrieras con ridículas pinturas. Esto no me causaba la menor molestia y por el contrario, me daba la seguridad de que, por lo menos, no se ocupaba de música. ¡Cuál no sería, mi espanto al escuchar cierta mañana unos misteriosos y desafinados sonidos de arpa elevarse de una región desconocida de los sótanos en que habitaba!

La última vez que le vi se me presentó como una aparición de los *Cuentos de Hoffmann*. Cuando a fines de otoño regresamos a París, Jadin nos rogó que nos lleváramos con el equipaje un monstruoso tubo de estufa agregado que dentro de poco tiempo iría a recogerlo. Y en efecto, un día crudo de invierno Jadin llegó a nuestra casa vestido con un extravagante traje de su

propia fabricación, compuesto de un pantalón muy ceñido de color de paja, una chaqueta color verde manzana con unos enormes faldones, chorrera y puños de encaje; cubría además su rubia peluca con un sombrero tan pequeño que a cada momento se le caía de la cabeza, todo esto sin detallar sus innumerables joyas falsas. Iba ataviado de esta guisa porque se figuraba que en aquel elegante París no podía uno pasear decentemente con un sencillo vestido de campo. Reclamó el tubo de su estufa y al preguntarle donde estaban los moros de cuerda para llevárselo se asombró, vomitando, de lo poco prácticos que éramos. Apartó él mismo el tubo, lo colocó debajo del brazo y rehusando la menor ayuda comenzó a bajar así la escalera. Tuvo que hacer tales maniobras en presencia de todos los inquilinos de la casa que se habían congregado para presenciar el espectáculo, que tardó por lo menos media hora en llegar abajo. No mostró por ello el menor azoramiento y, finalmente, gracias a su habilidad y a su obstinación consiguió salir de la casa. Y le vimos aún caminar por la acera con paso elegante y desenvuelto hasta que desapareció de nuestra vista para siempre.

NADA más tengo que decir referente a ese período tan breve. *Nuevas preocupaciones* y, sin embargo, tan fecundo durante el cual me entregué absolutamente a mí mismo, dedicado por entero al consuelo del trabajo artístico, puro. Y cuando ese período tocó a su fin me sentí de nuevo lo bastante fuerte para mirar con calma el retorno de las necesidades y las preocupaciones que ya comenzaban a iniciarse. Con premeditada precisión terminé la última escena de mi ópera al mismo tiempo que mi último escudo. Y como no poseía ya la tranquilidad necesaria para componer la obertura, tuve que aplazar este trabajo para una época más propicia pues me propiaba nuevamente sacrificar mi tiempo y mi reposo a la lucha por la vida.

Cierta día la portera de la calle Helder vino a comunicarnos que la misteriosa familia que había realquilado nuestro piso se había marchado y que, por lo tanto, nos correspondía a nosotros pagar el alquiler. Le respondí que no teniendo ya intención de volver a aquel piso podía el propietario cobrar-se, vendiendo los muebles que habíamos dejado. Experimentamos sensibles pérdidas en diferentes aspectos, entre las que se contaba aquel mobiliario que no habíamos terminado de pagar y que tuvimos que ceder para abonar la renta de un piso que ya no habitábamos.

En medio de indecibles privaciones traté al menos de reservarme la suficiente libertad para terminar la instrumentación de mi *Fliegender Hollaender*. Aquel otoño los fríos se presentaron muy pronto. Todo el mundo abandonó el campo y la familia Avenarius se trasladó nuevamente a París. Únicamente nosotros ni siquiera podíamos pensar en ello, pues apenas contábamos con el dinero necesario para el traslado. Jadin, el propietario, se quedó extrañado de que, a pesar de las malas condiciones que la casa ofrecía en invierno, nos quedáramos en ella. Para justificarnos, pretexté que la urgencia de mi trabajo no permitía la menor interrupción.

Esperaba nuestra liberación de uno de mis antiguos conocidos de Königsberg, un joven y rico comerciante llamado Ernesto Castel, que había venido a vernos en Meudon y nos había invitado a ir a París con objeto de ofrecernos un suntuoso obsequio. Nos prometió adelantarnos algún dinero y con esta ayuda esperaba salir del paso.

Ayuda de Kietz A fin de distraernos en nuestra melancólica soledad un día se presentó Kietz con una gran carpeta de dibujos debajo del brazo y un almohadón en el otro. Se proponía hacer de mí y de mis miserias parisienses grandes caricaturas destinadas a divertirnos, y como había observado que en nuestro duro canapé no había ningún almohadón había traído uno para descansar después de su trabajo.

Sabiendo además que a duras penas podíamos comprar carbón, había traído también unas botellas de ron para preparar el *punch* que había de hacer las veces de calorífero durante los días brumosos. En estas ocasiones leía a él y a mi mujer en alta voz cuentos de Hoffmann.

Calle Jacob número 14 (octubre de 1841)

LLEGARON, por fin, noticias de Königsberg. Mi oferta no había sido aceptada. ¿Qué hacer, entonces, sin ningún recurso frente aquella helada neblina que anunciaba el invierno? Kietz se comprometió entonces, costase lo que costase, a ayudarnos. Cogió de nuevo su carpeta y su almohadón y volvió a París. Al día siguiente regresó con doscientos francos que había conseguido procurarse. Salimos inmediatamente hacia la capital en busca de una modesta vivienda y por fin hallamos una, que daba a un patio, en la calle Jacob número 14, en cuyo barrio residían nuestros amigos. Más adelante me enteré de que poco tiempo después de nosotros vivió en la misma casa Proudhon. Nos trasladamos definitivamente a París el día 30 de octubre, y con los restos del naufragio de la calle Helder nos instalamos más mal que bien en aquel piso que tenía el inconveniente de ser frío y que dañó considerablemente nuestra salud. Allí aguardamos el resultado de las gestiones que había emprendido para colocar mis obras en Alemania. Lo importante era asegurarme, en primer término, la tranquilidad necesaria para consagrarme a la composición de la obertura del *Fliegender Hollaender*. Expliqué a Kietz que hasta que terminara y enviara la partitura completa, contaba con él para procurarnos el dinero necesario para la casa. Kietz tenía un tío, también pintor, que residía desde hacía mucho tiempo en París; gracias a la ayuda de ese personaje, muy avaro, Kietz logró agenciarse, con monedas de cinco y diez francos, los recursos indispensables. En aquella época mostraba a menudo con jovial orgullo mis zapatos que sólo tenían el nombre, pues la suela raída por el uso, hacía ya mucho tiempo que se había evaporado.

Miseria de Lehrs

Esto no me preocupaba. Durante el tiempo en que bajo la protección de Kietz estuve atareado en el *Hollaender* ni siquiera puse los pies en la calle. Pero cuando a comienzos de diciembre hube enviado mi partitura a la intendencia del Teatro de Berlín, fué ya imposible endulzar la amargura de nuestra situación. Tuve que entrar yo mismo en campaña en busca de recursos. Lo que eso significaba en París me lo dió a entender el ejemplo que precisamente en aquel momento me ofrecía el desgraciado Lehrs. Acuciado por la necesidad, como yo un año antes por la misma época, había tenido que recorrer durante un día entero los diferentes barrios de la ciudad a fin de obtener el aplazamiento de las letras de cambio cuya fecha de vencimiento era inminente. Abrumado de fatiga había tomado como refresco una bebida extremadamente fría. De resultas, se le apagó casi la voz y su persistente ronquera había acelerado sin duda el aterrador desarrollo del germen de tuberculosis que residía en él. Desde hacía algunos meses su debilidad se acentuaba de día en día y sentíamos por él



las más vivas inquietudes. Únicamente el propio Lehrs creía que no trataba más que de un resfriado pasajero, que desaparecería en el acto si pudiera caldear un poco la habitación. Una vez que fui a verle le encontré en un cuarto verdaderamente glacial encorvado sobre su mesa de trabajo, y lamentándose de que su obra para Didot no avanzaba, lo que deploraba, tanto más, cuanto que le apremiaban a causa del dinero que había recibido a cuenta. Me dijo que su miseria le parecía aun más insostenible si no se consolaba con la idea de que por lo menos ya había terminado mi *Fliegende Holländer*, pues esto representaba una esperanza de éxito en el seno de nuestro pequeño círculo de amigos.

PROFUNDAMENTE apesadumbrado le supliqué que viniera a calentarse en nuestro hogar y trabajase a mi lado. Lehrs limitóse a sonreír de mi temerario ofrecimiento, y de que pensara en socorrer a los demás cuando en mi habitación apenas había sitio para mi mujer y para mí.

Sin embargo, una tarde vino a nuestra casa y sin pronunciar palabra nos tendió una carta que le había dirigido Villemain, a la sazón ministro de Instrucción Pública. Este le expresaba en términos calurosos la pena que experimentaba por no haberse enterado hasta entonces de la situación y del estado de salud de un sabio tan eminente como Lehrs pues, según decía el ministro, su inteligente colaboración a la edición de los clásicos griegos que publicaba Didot contribuía a la gloria que esta obra proporcionaba a la nación, Villemain añadía que los fondos puestos a su disposición para subvencionar a las ciencias no le permitían de momento asignarle más de quinientos francos. Permitíase, sin embargo, adjuntar esta suma a la carta, rogando a Lehrs que la aceptara como testimonio de agradecimiento del Gobierno francés, esperando poder ofrecer a no tardar, una sensible mejora a su situación.

Esta carta nos produjo el efecto de un milagro y nos sentimos hondamente emocionados por lo que esto significaba para el pobre Lehrs. Dedujimos que Didot había dado cuenta al ministro del estado de miseria en que se hallaba Lehrs y que aquel, avergonzado de la ignominiosa explotación de socorrerle de su propio peculio; pero sabíamos también, por la experiencia de casos análogos, que una ayuda tan pronta y tan afable de parte de un ministro sería una cosa imposible en Alemania.

Lehrs pudo pues caldear su habitación y entregarse de nuevo al trabajo. Desgraciadamente, no podíamos abrigar grandes esperanzas sobre el curso de su enfermedad, y cuando en la primavera siguiente salimos de París nos despedimos de Lehrs con la dolorosa certidumbre de que no volveríamos a ver a aquel amigo fiel.

Me encontré nuevamente sumido en una gran penuria a la que se sumaba la preocupación de tener que reanudar mis correspondencias gratuitas en el *Abendzeitung* pues mi protector, el consejero Winkler, no acababa nunca de informarme con precisión acerca de la suerte de mi *Rienzi*. Tuve, que contentarme con saber que una nueva ópera de Halévy había conseguido un gran éxito en mi país.

«La reina de Chipre» SCHLESINGER, encantado con el triunfo de *La reina de Chipre*, vino a verme y me prometió los tesoros de Ali-Babá por todos los arreglos posibles de aquel nuevo astro que brillaba con luz propia en la constelación operística. Puse manos a la obra y expié la falta de haber compuesto el *Fliegender Holländer* acomodando *La reina de Chipre* a todas las necesidades. El trabajo fué, no obstante, menos penoso que en ocasión de *La Favorita*. Por una parte esperaba verme pronto liberado de mi destierro en París y me decía a mí mismo que aquella fase de mi lucha contra la miseria sería la última; y por otra parte, que era infinitamente más interesante ocuparse de una partitura de Halévy que de la inocua *Favorita*.

Tras un largo intervalo entré de nuevo en la Gran Ópera para oír *La reina de Chipre*. Aunque no me faltaron motivos para sonreírme y darme cuenta de toda la endehlez del género que se cultivaba en aquel teatro, principalmente en lo tocante a la dicción musical con frecuencia ridícula, sentí no obstante un verdadero placer al conocer a Halévy en uno de sus mejores aspectos. Aprecié su vigoroso talento y le tuve en gran estima, sobre todo por su ópera *La Judía*.

Escribí, por tanto con sumo agrado un artículo que Schlesinger me pidió para *La Gaceta Musical*, y comenté extensamente la última obra de Halévy. Formulaba, entre otros, el deseo de que la escuela francesa —que había ganado mucho con el estudio de los maestros alemanes— no se dejara influir por las maneras italianas tan vacuas y superficiales. Precisamente con el objeto de estimular esta escuela francesa me permití subrayar la verdadera importancia de Auber, y principalmente de su obra *La muda de Portici*, señalando finalmente el contraste que ofrecía esta obra con las sobrecargadas melodías de Rossini, que semejaban en los más de los casos estudios de solfeo.

Al corregir las pruebas de mi manuscrito me di cuenta de que el pasaje sobre Rossini había sido suprimido. Eduardo Monnais me confesó que, como editor de un periódico musical, se había visto obligado a efectuar aquella supresión. Me dijo que podía expresar mis dudas acerca de Rossini en cualquier publicación, pero que esto parecería simplemente absurdo en una revista consagrada a defender los intereses de la música. Mis elogios sobre Auber no le habían tampoco entusiasmado pero permitió que se publicaran.

Esta manera de juzgar y de hacer, me ilustraron acerca de la decadencia de la música de ópera y del gusto artístico de mis contemporáneos franceses.

Lachner, víctima de una desventura

ENVÍE también, a propósito de la misma ópera, un extenso artículo a mi amigo Winkler que no había conseguido informarme todavía acerca de la aceptación de mi *Rienzi* en Dresde, y aproveché la ocasión para chancearme respecto a una desventura que le había ocurrido al maestro de capilla Lachner.

Lachner era muy amigo de Küstner, a la sazón intendente del teatro de Munich, y éste, con el deseo de proporcionar a Lachner una brillante ocasión, encargó para él un libreto de ópera a Saint-Georges, en París. Recibir un libreto de París constituía para un compositor alemán la dicha mayor que pudiera soñarse. Pero Küstner se encontró con que *La reina de Chipre* escrita por Halévy trataba absolutamente el mismo tema que el libreto que había proporcionado a Lachner, y que éste había ya puesto en música. Que

este libreto fuera o no verdaderamente bueno carecía de importancia esencial era que fuese original y reservado a la memoria de Lachner, que había de glorificarlo. Pero pronto se comprobó que el texto que Saint-Georges había enviado a Munich era poco más o menos el de *La reina de Chipre*, que había modificado ligeramente suprimiendo algunos pasajes interesantes. Grande fue la cólera del intendente muniqués. Por su parte, Saint-Georges se extrañó de que el alemán hubiera podido imaginarse que por el precio irrisorio que había estipulado en el encargo recibía un libreto único y especialmente reservado para Alemania. Como yo ya sabía a qué atenerme respecto a aquella fábrica francesa de libretos de ópera y por nada en el mundo hubiera consentido a poner música a los textos soberbiamente efectistas de Scribe o de Saint-Georges me divertí mucho con aquel incidente, y hablé de él con cierto desenfado a los lectores de la *Abendzeitung* entre los cuales no figuraba, así lo espero, mi futuro amigo Lachner.

Los arreglos de la ópera de Halévy me pusieron en relación con el propio maestro, y me depararon la ocasión de sostener agradables y frecuentes entrevistas con aquel hombre excelente, adornado de una verdadera modestia, pero que desgraciadamente envejeció antes de tiempo. Su indolencia ponía a Schlesinger fuera de sí. Halévy, que había leído mi arreglo para piano, quería introducir en él algunas modificaciones a fin de que su interpretación fuera más fácil, pero no lograba dar cima a su trabajo. Al no disponerse de las pruebas, se retrasaba la publicación, y Schlesinger comenzaba a temer que antes de que pudiera lanzarse la edición se había extinguido ya la popularidad de que entonces gozaba la ópera. Me intimó, pues, a que al día siguiente, muy de mañana, me trasladara a casa de Halévy para obligarle a trabajar conmigo en las pruebas.

Llegué a casa de Halévy a las diez de la mañana. El maestro acababa de levantarse y no disimuló su intención de tomar primero su desayuno. Aceptando su invitación me senté con él ante una mesa muy bien servida y mi conversación pareció complacerle. Se presentaron unos amigos a visitarle, y finalmente compareció el propio Schlesinger que montó en cólera al no vernos trabajando en aquellas pruebas que tanto le apremiaban. Halévy no mostró la menor contrariedad. Se lamentó solamente de haber obtenido un nuevo éxito pues, según decía, únicamente gozaba de un agradable reposo cuando sus obras no conseguían el favor del público, lo que había ocurrido respecto a casi todas las últimas. Pero en aquel momento no tenía motivo alguno de preocupación. Preguntábase por qué había tenido éxito *La reina de Chipre*, y acusaba a Schlesinger de haberle preparado para tener ocasión de atormentarlo.

Como uno de los visitantes se extrañó de que Halévy me dirigiera algunas palabras en alemán Schlesinger le respondió que todos los judíos sabían el alemán. Preguntóse entonces a Schlesinger si también él era judío a lo que respondió que si bien lo había sido, por el amor de su mujer había abrazado el cristianismo. Me causó una agradable sorpresa oír tratar con tanto desenfado un tema que los alemanes procuran siempre eludir por el temor de herir el amor propio o las creencias del interesado.

Amabilidad de Halévy CON todo esto, nadie se ocupaba de las pruebas. Schlesinger me impuso entonces la obligación de no moverme del lado de Halévy hasta que se terminara nuestro trabajo. En el curso de mis conversaciones con el gran compositor me enteré del secreto de su indiferencia: estaba a punto de casarse con una mujer rica. En aquella época me figuré ver en la indolencia de Halévy la desconsoladora prueba de que ciertos talentos no llegan a la cúspide de la fama si no les estimula en su juventud el afán de hacerse ricos. Creí encontrar en aquel caso la explicación del hecho de que, con gran frecuencia, semejantes talentos sólo producen una sola obra superior a lo corriente. En el caso de Halévy existía, empero, otra circunstancia. No se creía figurar entre los «grandes», y la sincera modestia con que hablaba de sus obras se entreveraba con la incredulidad que profesaba por todo cuanto, gracias a una persistente ambición, habían producido en el teatro francés los afortunados autores de su época. De él oí por vez primera una ingenua confesión de escepticismo sobre el valor de las producciones artísticas en aquel inestable terreno, y ha sido este escepticismo, desgraciadamente no tan modesto por lo general, lo que a mi entender ha servido de pretexto a los judíos para irrogarse el derecho de introducirse en nuestra vida artística.

Sólo una vez me habló Halévy con profunda cordialidad; fué en el momento de mi salida para Alemania, cuando deseó a mis obras el éxito que según él merecían. Volví a verle en 1850. Supe que con ocasión de los conciertos que arababa de dar, rompió una lanza en mi favor contra los críticos parisienses que arremetieron contra mí de la manera más soca. Halévy se expresó sobre mi labor en términos de gran benevolencia. Esto me impulsó a ir a verle en el palacio del Instituto del que, desde hacía bastante tiempo, era secretario perpetuo. Pareció sobre todo mostrarse deseoso de saber de mis labios en qué consistía la nueva teoría que yo había expuesto sobre la música, que con referencia a ella, había oído tantas pampiroladías. Me aseguraba que mi música sólo contenía música y que se diferenciaba de las demás porque, a su entender, la consideraba notoriamente buena. A esto respondí con jocosas explicaciones a las que replicó de buen humor, desafiándome una vez más un éxito grande en París. Me pareció, no obstante, que no había en sus palabras tanta seriedad como el día en que me despidió en mi viaje a Alemania y saqué en consecuencia de que dudaba de la posibilidad de mi triunfo. Esta última visita me dejó una penosa impresión al observar cuanto había descendido aquel músico, uno de los últimos compositores franceses de valor, desde el punto de vista moral y estético. Y a modo de contraste, sólo vi en París la doblez de quienes explotan impudicamente la decadencia general atribuyéndose al mismo tiempo el título de sucesores de Halévy.

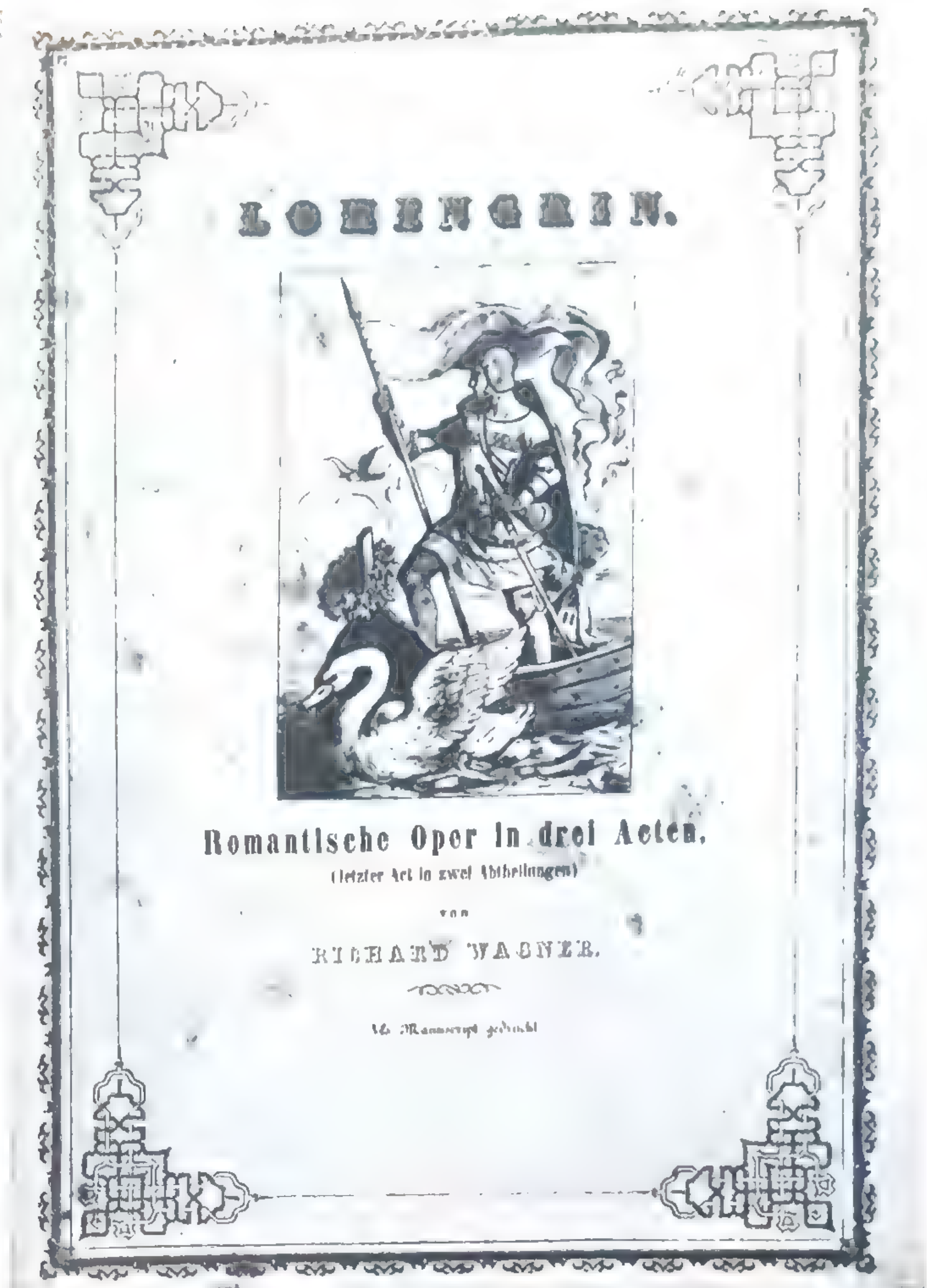
Aspiraciones importantes ME entregué de nuevo a mi asalariada tarea y, mientras trabajaba, mis pensamientos volaban hacia Alemania, que refulgía ante mis ojos con una luz nueva e ideal. Traté en lo posible de compenetrarme con lo que allí me atraía y me llenaba de nostalgia. Gracias a mis relaciones con Lehrs sentía de nuevo mis antiguas aspiraciones hacia lo serio y trascendente y de lo cual, mis contactos con el teatro me habían apartado durante algún tiempo. Estas reflexiones me sumieron en filosóficas meditaciones. Me extrañó sobremanera oír a Lehrs, de ordinario tan bonrado y tan rígido, emitir francamente sus dudas acerca de la inmortalidad del



*Retrato juvenil de Wagner.*



*Portadilla de la edición  
de Lohengrin.*



*Cartel anunciador del estreno de Lohengrin, en Weimar, el 28 de agosto de 1850.*





alma. Opinaba que esta incredulidad, confesada u oculta, era absolutamente natural y había sido la fuerza motriz de los hombres superiores que habían realizado grandes cosas. Las consecuencias de esta manera de pensar comenzaron a germinar en mi ánimo sin que llegaran, no obstante, a producirme ninguna perturbación profunda; antes al contrario; tenía para mí un gran atractivo ver ensancharse un campo infinito de reflexiones y de conocimientos al margen del cual había pasado hasta entonces con un frívolo atolondramiento.

Lehrs me desanimó para que reanudara el estudio de los clásicos griegos en el idioma original. Me consoló diciéndome que tal como yo era, un músico con toda el alma, alcanzaría sin gramática ni diccionario el entendimiento y la comprensión necesarias. Si uno quería experimentar un verdadero goce en su estudio no era el griego una bagatela que podía aprenderse de manera superficial.

Me acució entonces el afán de aprender la historia de Alemania con mayor atención de como lo había hecho en la escuela. Tenía en mi poder la *Historia de los Hohenstaufen*, de Raumer, y todas las grandes figuras que ésta contenía cobraban, a medida que iba avanzando en la lectura, una mayor enjundia. Me cautivó sobre todo el inteligente emperador Federico II cuyo destino me inspiró la más viva simpatía y cuya vida traté en vano de describir bajo una forma poética. Al no lograrlo se me antojó que la de su hijo Manfredo, casi igual en importancia, sería menos dificultosa. Y concebí, el plan de un gran poema dramático en cinco actos que había de prestarse perfectamente a ser puesto en música. Para introducir en él un personaje romántico femenino se me ocurrió la idea de valerme del hecho histórico, según el cual el joven Manfredo, traicionado de todos, expulsado de la Iglesia y abandonado de sus partidarios tomó el camino de la Apulia y los Abruzzos para refugiarse entre los sarracenos de Luceria. Estos le acogieron con entusiasmo, y militando bajo sus órdenes lo condujeron de triunfo en triunfo hasta la victoria.

Me satisfizo ya entonces descubrir en el espíritu germano su aptitud para rebasar los estrechos límites de la nacionalidad y comprender a la humanidad entera sea cual sea la indumentaria con que ésta se presente. Y era esa aptitud lo que, a mi juicio acercaba al espíritu alemán al griego.

FEDERICO II me pareció el producto más perfecto de aquella facultad. El rubio germano de antigua ascendencia sueva, heredero del reino normando de Sicilia y Nápoles constituía, a mi entender, la suprema expresión del ideal alemán. Había dado a la lengua italiana su primera cultura; había echado las bases del desarrollo de las ciencias y de las artes allí donde el fanatismo de la Iglesia o la rudeza feudal dominaban a su antojo; había recibido en su corte a los poetas y sabios de los países orientales reuniendo así, a su alrededor, las gracias del espíritu y de la vida de los pueblos árabes y persas; y puesto fin a su cruzada mediante un tratado de paz y de amistad con el sultán, tratado que proporcionaba a los cristianos de Palestina más ventajas de las que se hubiera podido conseguir con la más sangrienta de las guerras, pero que al mismo tiempo atraía, sobre su cabeza las iras del clero romano por el cual había sido traicionado y entregado a los infieles. Este admirable emperador excomulgado por la Iglesia y que luchó en vano contra la crasa ignorancia de su siglo, personificaba, a mi sentir, el valor y la inteligencia. El tema de mi poema era la historia de su hijo preferido, Manfredo, quien después de la muerte de su hermano mayor había visto disgregarse completamente el Imperio, y cuyo reinado sobre la Apulia era más aparente que real por estar éste sometido a la dominación papal.

Nos lo encontramos nuevamente en Capua, en medio de una corte en la que todavía subsiste el espíritu de su padre, pero bajo una forma muelle y debilitada. Desespera de restablecer el antiguo poderío imperial de los Hohenstaufen y trata de ahogar su pena en la poesía y en el canto. Aparece entonces en su corte una joven sarracena que ha venido directamente de Levante. Recuerda al príncipe el pacto concluido entre el Oriente y el Occidente bajo el emperador Federico II y conmina al desalentado joven a que vele por la herencia paterna. Se expresa como una profetiza inspirada y logra mantener a distancia al príncipe, que no tarda en quedar locamente prendado de ella. La joven sarracena sabe preservar al príncipe de las celadas que le tienden los poderosos de la Apulia, y, asimismo, de las consecuencias de la excomunión papal, que le arrebatara por ella sus feudos; guiándole y protegiéndole, la sarracena emprende audazmente la huida, en la que, seguida por escaso número de fieles, atraviesa con el príncipe las agrestes montañas donde, en una espantosa noche, se le aparecen al exhausto fugitivo los espectros de Federico y de su ejército. Por fin, la joven lo conduce a Luceria, donde habitan los sarracenos que en tiempos pasados se habían refugiado en las montañas de Sicilia y que vivían del robo y del pillaje. Con gran disgusto del papa, Federico II, mediante un convenio pacífico, había otorgado a los sarracenos derechos de ciudadanía en Luceria, situada en medio de los Estados de la Iglesia, creándose así fieles aliados en un país enemigo, siempre presto a la traición.

Continuación de «Manfredo» CON la cooperación de amigos adictos, Fátima — mi heroína —, ha preparado en Luceria la recepción de Manfredo. Un motín ha alejado de la ciudad al comandante del Papa, y el Príncipe ha podido entrar en ella. Toda la población, poseída de un encendido entusiasmo, reconoce al hijo de su bienamado emperador. Los sarracenos lo nombran su jefe y se aprestan a combatir a su lado los enemigos de su difunto protector.

Manfredo se encamina, pues, hacia la victoria y gana para su causa a toda la Apulia. El nudo trágico de la acción estriba en la pasión cada vez más violenta que el joven Príncipe siente por la maravillosa heroína. Y ese nudo era el resultado de singulares invenciones mías. Fátima es hija del amor que tuvo el gran Emperador con una noble dama sarracena. Al morir su madre, la ha enviado a Manfredo, prediciéndole que alcanzaría por medio de ella los honores supremos, con la única condición de que no cediera a sus hechizos. Al esbozar el plan del poema, no había decidido aún si Fátima debía o no saber que era la hermana de Manfredo. Fiel a su juramento, y aun en los momentos más críticos, la joven sarracena no se mostró al Príncipe más que a una distancia inaccesible. Una vez el Príncipe es coronado en Nápoles, aquella estima terminada su obra y se dispone a abandonar al nuevo rey para regresar para siempre a su patria lejana. Únicamente la acompañará uno de sus compañeros y amigos de infancia, el sarraceno Nuredin. Este le ha sido de gran ayuda para la salvación de Manfredo y la joven

está prometida con él desde su más temprana juventud. Mas como ella se acerca al rey cuando éste está dormido, con la intención de verle por última vez, Nuredin se imagina que su prometida no le guarda fidelidad. Esta vez, resigna, no obstante, a casarse con el sarraceno, a quien devoran los celos, que se acentúan aún más al comprender la mirada que, desde lejos, Fátima dirige al rey, de regreso de su coronación y que significa su adiós definitivo. El sarraceno, fuera de sí, no piensa más que en vengar inmediatamente su honor y hunde su puñal en el corazón de la profetiza. Esta se desploma y le agradece sonriendo el haberla libertado de una vida que se le había hecho odiosa. Al ver el cadáver, Manfredo se da cuenta de que su felicidad se ha desvanecido para siempre.

HABÍA adornado esta acción con escenas suntuosas y situaciones complicadas y, al compararla con otros temas del mismo género, El «Venusberg», me imaginaba que, desarrollada en el escenario, cobraría gran interés. Sin embargo, este bosquejo no llegó a entusiasmarme lo bastante para poder pensar en una representación, tanto más cuanto que en aquella misma época me cautivó inopinadamente otro tema que encontré en el libro popular del *Venusberg*, caído casualmente en mis manos.

OBEDECIENDO al inconsciente impulso que me impulsaba hacia todo cuanto me parecía germano, no capté todo el encanto de esta inclinación hasta después de haber leído el sencillo relato de la vieja leyenda «Tannhäuser» «Lohengrin» del *Tannhäuser*. Conocía ya los diversos elementos de esos episodios, que había encontrado anteriormente en el *Phantasi*, de Tieck, los cuales habían evocado en mí el género fantástico con que Hoffmann me había embelesado; y ni siquiera se me había ocurrido la idea de extraer de aquella historia el tema de una obra dramática. Lo que inclinó la balanza del lado del libro popular fué lo que se contaba incidentalmente acerca del papel que había desempeñado *Tannhäuser* en el «Torneo poético de Wartzburg».

Conocía también este último relato por el cuento de Hoffmann *Los hermanos de Serapión*. Sin embargo, me di cuenta de que el poeta había hecho modificaciones en el tema, y me esforcé en dilucidar cuál era la verdadera trama de aquella atrayente leyenda. Lehrs me facilitó entonces un número de las *Memorias de la Sociedad Alemana de Königsberg*, en el que Lukas hablaba en detalle de la *Wartzburg Krieg*, y publicaba el texto en la lengua primitiva. No podía utilizar, por decirlo así, aquella forma antigua, pero, en cambio, se me mostró la Edad Media alemana bajo un característico colorido del cual no tenía ninguna idea.

En aquel mismo volumen encontré, además, como continuación del poema de la *Wartzburg*, un artículo crítico sobre el relato de *Lohengrin*, con todos los principales detalles de esa larga epopeya.

Un mundo nuevo acababa de abrirse para mí y, sin haber dado aún con la forma que quería prestar a mi *Lohengrin*, conservé de éste una imagen imborrable, de tal modo que, más tarde, al conocer las diversas ramificaciones de aquella leyenda — y como ocurrió en el caso de *Tannhäuser* —, se reavivó en mi ánimo la primitiva imagen.

Estas impresiones acuciaron vivamente mi deseo de regresar a Alemania y poder consagrarme tranquilamente a un trabajo creador en la patria que había aún de reconquistar.

Mas ni siquiera me era permitido pensar en trabajos tan atractivos. Tenía aún que luchar contra la vulgar miseria que me retenía en París. Con todo, encontré en esta lucha los medios de trabajar en el sentido que me apetecía.

#### Relaciones con Dessauer

DESSAUER, músico y compositor judío bastante conocido, no faltó de ingenio y cuya hiponcondría, sobre todo, hizo inolvidable a cuantos le trataron, había llegado a París. Durante mi juventud le encontré en Praga. Sus medios de fortuna le habían granjeado la protección de Schlesinger, que se proponía encargarle algo para la Gran Opera. Este Dessauer había leído el texto de mi obra *El buque fantasma*. Insistió para que le proporcionara un libreto del mismo género, puesto que éste había sido entregado por León Pillet a Dietsch, director de los coros, quien debía ponerle música. Dessauer había obtenido del mentado Pillet la promesa de un encargo para la Gran Opera, y me ofreció doscientos francos si le proporcionaba un tema análogo al que tanto concordaba con lo melancólico de su temperamento. Repasé mentalmente los títulos de las obras de Hoffmann y encontré fácilmente un relato apropiado: *La mina de Falún*. Arreglé lo mejor que pude esta singular e interesante historia, y Dessauer adquirió el convencimiento de que el texto era harto merecedor de ser puesto en música.

Dessauer experimentó una gran decepción cuando Pillet rechazó nuestro proyecto, debido a que la complicación de la puesta en escena del segundo acto implicaba insuperables dificultades para montar el ballet que había de representarse inmediatamente después. Dessauer me rogó entonces que le escribiera a cambio un oratorio sobre María Magdalena. El día en que formuló este deseo, se hallaba en un estado de profunda hiponcondría y aseguraba que aquella misma mañana había visto su propia cabeza en el suelo, junto a la cama. No me negué a lo que me pedía, pero le supliqué que me concediera tiempo para ello, y lo cierto es que aun hoy día no he dispuesto de él.

#### «Rienzi» es aceptado en Dresde (Primavera de 1842)

Así transcurrió el invierno. Mis posibilidades de regresar a Alemania iban tomando cuerpo lentamente y reanimaban mis esperanzas. No había cesado de comunicarme con Dresde a propósito de *Rienzi*, y acabé por encontrar en el director de los coros, el emprendedor Fischer, un hombre honrado y dispuesto en mi favor. Me suministraba sobre mis asuntos informaciones exactas y dignas de confianza. A comienzos de enero de 1842 me hablaron de nuevas dilaciones, pero de pronto recibí la noticia de que *Rienzi* sería probablemente representado a fines de febrero. Ello me produjo una gran consternación, pues para aquella época me era completamente imposible efectuar el viaje. No obstante, no tardó en llegar una rectificación de la noticia, y el honrado Fischer me comunicó que el estreno de mi ópera había sido aplazado hasta el otoño venidero. En seguida me di cuenta de que si no me personaba en Dresde, mi obra no llegaría nunca a representarse. Por último, en el mes de marzo, habiéndome anunciado el conde de Redern, intendente del Teatro Real de Berlín, que mi *Fliegender Holländer* había sido aceptado por dicho teatro, creí contar ya con los suficientes motivos para regresar lo más pronto posible a Alemania.





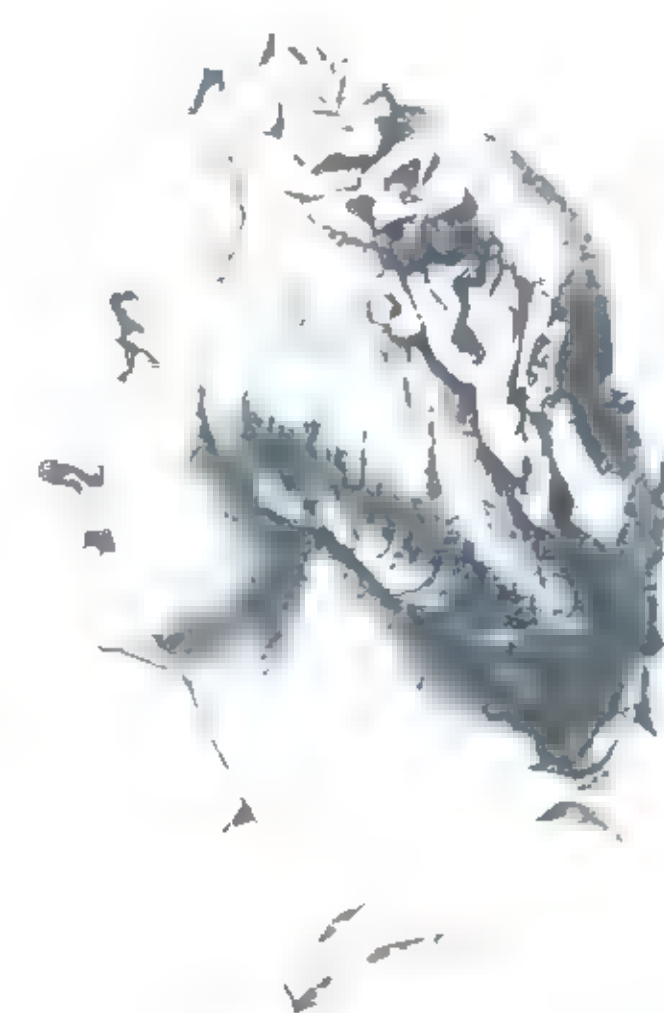
*Heinrich Vogl, el Lohengrin de 1867.*



*Representación del I Acto de Lohengrin, en obra de Heinrich Döll (1868).*



*Representación de Lohengrin (II Acto, V escena), el 16 de junio de 1867, según escena de Michael Echter.*



*Maria d'Agoult, madre de Cósima, en los tiempos de sus relaciones con Liszt.*



A propósito del *Fliegender Holländer*, tuve ocasión de observar diversas experiencias acerca de los sentimientos de los directores de teatro alemanes. Confiando en la favorable impresión que mi ópera había producido en el director de la Gran Ópera de París, la envié, primero, al director Ringelhardt, de Leipzig, a quien ya conocía. Pero éste, desde el asunto del *Liebesverbot*, me distinguió con una profunda repulsión. No teniendo esta vez absolutamente nada que decir acerca de la trivialidad de mi tema, achacó a éste un carácter demasiado sombrío y lo rechazó. Lo remití entonces al consejero Küstner, intendente del Teatro de la Corte en Munich, con quien me había entrevistado en París cuando fué a esta ciudad a encargar *La reina de Chipre*. Me devolvió también el *Fliegender Holländer*, asegurándome que mi obra no cuadraba en las condiciones teatrales alemanas ni con el gusto del público. Comprendí lo que tal lección significaba al enterarme de que había encargado en París un libreto francés con destino a Munich.

Terminada ya la partitura y adjuntando a la misma una carta para el conde de Redern, la envié a Meyerbeer, que se hallaba en Berlín, suplicándole que hiciera uso de toda su influencia en mi favor, visto que, a pesar de su buena voluntad, no pudo ayudarme en París.

Dos meses después recibí, con agradable sorpresa, una carta del conde en la que me formulaba una esperanzadora promesa y adiviné en este hecho una prueba de la simpatía que Meyerbeer me atestiguaba. Desgraciadamente, al llegar poco tiempo después a Alemania, supe que el conde de Redern pensaba desde hacía mucho tiempo en dejar la intendencia de la Ópera berlinesa, que le reemplazaría Küstner, de Munich. De ello deduje que, a pesar de las alentadoras palabras del conde de Redern, nada había en ellas de formal, puesto que la representación de mi obra tenía que depender de su sucesor.

Al tan deseado retorno a Alemania y que legitimaban bien fundadas esperanzas, fué finalmente posible por el interés que mostraron por mi porvenir los miembros pudientes de mi familia. Del mismo modo que Didot había tenido sus razones de orden práctico para solicitar del ministro Villemain un subsidio para Lehms, así también mi cuñado Avenarius, al darse cuenta del giro que tomaba mi lucha contra la miseria, se decidió a interceder cerca de mi hermana Rosalía para procurarme una ayuda que en verdad no esperaba. El 26 de diciembre de 1841 fuí yo quien traje una oca a Minna, y este oca sostenía en su pico un billete de quinientos francos que mi hermana Luisa había hecho llegar a mis manos por medio de Avenarius y de un rico comerciante de unos amigos suyos, llamado Schleiter.

Este agradable subsidio que reanimaba nuestro pobre hogar, no hubiera, empero, bastado a ponerme de buen humor de no ofrecermé perspectiva de

*El «Fliegender Holländer» aceptado en Berlín*

poder salir definitivamente de París. Habiendo sido aceptadas dos de mis óperas por grandes teatros, creí llegado el momento de dirigirme a mi cuñado Federico Brockhaus con la esperanza de ser mejor recibido que el año anterior, es decir, que, espoleado por la necesidad, había acudido a él en demanda de auxilio. En aquella ocasión me respondió negativamente porque, según dijo, yo estaba de acuerdo con mi regla de conducta. Pero esta vez no me engañó y en la víspera de mi marcha a París me envió los fondos que necesitaba.

Con el corazón henchido de esperanza y gozando ya de una notable mejora en mi vida material, pasé relativamente bien la segunda parte del invierno, desde el nuevo año hasta la primavera de 1842, y esparcí la alegría en el pequeño círculo de amistades que, gracias a mis pacientes Avenarius, se había congregado en torno mío. Acompañado de Minna, iba con frecuencia a su casa, así como a la de otras familias, entre las cuales se hallaba la de Kuhne, director de un instituto pedagógico. Kuhne y su mujer, de quienes guardo un agradable recuerdo, organizaban pequeñas reuniones, que yo acompañaba con mi conversación y con el buen humor con que me sentaba al piano para improvisar bailables que verdaderamente se bailaban. Y llegué hasta el punto de granjearme con ello una casi importuna popularidad.

*Salida para Alemania (7 de abril de 1842)* SONÓ por fin la hora de la liberación. Amaneció el día en que me volví de espaldas a París, deseando de todo corazón no regresar jamás a la capital francesa. Era el día 7 de abril

de 1842. La ciudad brindaba las galas de su belleza primaveral, y debajo de nuestras ventanas, que daban a un jardín, completamente desnudo en invierno, verdeaban los árboles y trinaban los pájaros.

Grande y casi abrumadora fué nuestra emoción al despedirnos de nuestros pobres y fieles amigos Anders, Lehms y Kietz. A Anders no le quedaba, al parecer, mucho tiempo de vida, pues, a causa de su avanzada edad, su salud se había quebrantado seriamente. En cuanto a Lehms, no se podía abrigar ninguna ilusión. Con el corazón acongojado, observamos los estragos que en tan corto espacio de tiempo — los dos años y medio de mi estancia en París — había causado la miseria en aquellos seres tan nobles, tan buenos e incluso tan valiosos.

Kietz, cuyo porvenir me inquietaba menos por su salud que por su carácter, nos dió, en el momento de partir, las últimas pruebas de su afecto ilimitado y casi infantil. Se imaginó que no contaba con suficiente dinero para el viaje y me obligó, a pesar mío, a aceptar una moneda de cinco francos, que era cuanto poseía en aquel momento. Y aun, sin que yo me diera cuenta, introdujo en la valija de la diligencia un paquete de buen rapé francés.

Pronto rodamos por los bulevares, traspusimos luego las barreras y ya no vimos nada más, porque nuestros ojos estaban arrasados de lágrimas.

*Subsidios en Leipzig*





*Segunda Parte*  
(1842-1850)





*Lilian Nordica cantó el papel de Elvraut en Bayreuth en 1894. Este escenario ni fue el Lohengrin del Metropolitano.*



*Puesta en escena para el II Acto de Lohengrin, según Max y Gotthold Brückner (1894).*

*Escenario para el III Acto de Lohengrin (Bayreuth, 1936).*



*Moderna representación de Lohengrin (escena final) en Bayreuth (1972).*







**E**n aquella época (abril de 1842), el viaje desde París a Dresde duraba cinco días y cinco noches. Cerca de Forbach, en la frontera alemana, encontramos nieve y una baja temperatura que, después de la primavera que habíamos gozado en París, nos resultó harto desagradable. Verdaderamente, a medida que nos adentrábamos en la patria reconquistada, íbamos hallando muchas cosas que sólo nos agradaban a medias, y me decía para mis adentros que los viajeros franceses que regresaban de Alemania, no estaban del todo equivocados al desabrocharse sus abrigo al pisar suelo francés y respirar más libremente, como si pasaran del invierno al verano. Nos vimos obligados a ponernos cuanta ropa de abrigo teníamos para inmunizarnos, en lo posible, del sensible cambio de temperatura. El mal tiempo se convirtió en un suplicio cuando, entre Francofort y Leipzig, nos cruzamos con la ola de vendedores que se trasladaban a la feria de Pascuas de esta última ciudad. Las diligencias se hallaban abarrotadas de tal modo, que durante dos días y una noche de viento, nieve y lluvia, tuvimos que cambiar continuamente de coches suplementarios, a cual más destastado. El viaje resultó, pues, tan penoso como nuestra travesía del mar del Norte.

La única nota agradable de aquel trayecto fué la aparición del Wartzburg, bañado por los rayos del sol y de cuyo espectáculo disfrutamos casi todo el camino. El camino de este castillo, que pronto divisan los viajeros procedentes de Fulda, me reanimó extraordinariamente. No lejos de allí vislumbré una cresta de montaña que bauticé inmediatamente con el nombre de «Horselberg», y mientras rodábamos por el valle montaba en mi imaginación la escena del tercer acto de mi *Tannhauser*. Conservé de ello una memoria tan precisa, que más adelante el pintor Despléchins pudo realizar en París las decoraciones según el plan que le rescñé.

Había ya considerado como un presagio significativo el atravesar por primera vez, y precisamente de regreso de París, el Rin alemán de las mil leyendas; pero encontrar en mi camino, serme dado admirar aquel Wartzburg histórico y mítico, me pareció un augurio mucho más favorable todavía. Estas sensaciones me confortaron tan intensamente, que llegué a olvidar la lluvia y el viento, los judíos y la feria. Así llegué, dichoso y animado, con mi pobre mujer, extenuada y aterida de frío, a aquel Dresde de donde partí para desterrarme en Riga después de mi triste separación de Minna.

Era el 12 de abril de 1842. Nos apeamos frente al hotel «La ciudad de Gotha». La ciudad donde había pasado algunos de mis años de infancia y adolescencia, tan preñados de impresiones, me produjo aquel día triste y nuboso, un efecto glacial y sombrío. Me parecía que todo cuanto podía recordarme mi juventud estaba agostado y muerto. No había ninguna casa hospitalaria para recibimos. Los padres de mi mujer, bastante míseros, habitaban un sórdido aposento. Tuvimos, pues, que ponernos inmediatamente en busca de una modesta habitación, que hallamos por fin en la «Topfergasse», a razón de siete táleros mensuales.

*En casa de mi madre, en Leipzig* Después de efectuadas las visitas de cortesía que exigía la aceptación de mi *Rienzi*, y provista Minna de todo cuanto necesitaba, mientras duraba mi breve ausencia, partí el 15 de abril para Leipzig, a casa de mi madre y mis hermanas. Hacía seis años que no las había visto.

Durante aquel espacio de tiempo, tan lleno para mí de acontecimientos, se produjo, después la muerte de Rosalia, lo que motivó un gran cambio en la vida de mi madre. Esta, que durante largos años había tenido que atender a los cuidados de una familia numerosa, se hallaba ahora libre de los quehaceres caseros y de toda preocupación material; vivía en una casa hermosa y confortable, próxima a la de los Brockhaus. Su bulliciosa actividad y la rudeza de su carácter habían dado paso a la jovialidad que la era natural, y tranquila y apacible, participaba de la próspera felicidad de sus hijas casadas. Aquella vez tranquila la debía, sobre todo, al cordial afecto que le profesaba su yerno Federico Brockhaus, por quien yo experimentaba un sincero agradecimiento.

Al entrar inopinadamente en la habitación de mi madre, ésta tuvo un gozoso sobresalto. Todo resquemor desapareció al instante entre nosotros, y sintió mucho que en lugar de mi hermano Julio, aquel desdichado joyero que no iba nunca a verla, yo no pudiera quedarme para siempre a su lado. Mi madre me habló, llena de confianza, de mis empresas presentes y futuras. Tenía fe en mí y su confianza en mi éxito se había acrecentado con las predicciones que poco antes de su muerte había hecho sobre mí la buena Rosalia.

*Berlín y Meyerbeer* Permanecí muy pocos días en Leipzig, pues tenía que trasladarme a Berlín para conferenciar con el conde de Redern a propósito de mi *Fliegender Holländer* y obtener de él una respuesta definitiva. Como ya he dejado dicho, apenas llegué supe que el conde estaba a punto de abandonar sus funciones de intendente. En todo lo relativo a futuras disposiciones, me rogó, pues, que me dirigiera a su sucesor, Kustner, que no había llegado aún a Berlín. Comprendí en seguida lo que significaba para mí aquel nuevo estado de cosas, y en lo relativo a mis asuntos berlineses, bien pude decirme que hubiera procedido muy cautamente al no moverme de París. Esta impresión fué refrendada por la visita que hice a Meyerbeer. Inmediatamente me di cuenta de que, en opinión del maestro, había obrado demasiado impulsivamente al venir directo a Berlín. De todos modos, aunque amable y atento, lamentó estar «a punto de partir». Y desde aquel día lo estuvo siempre cada vez que fui a verle a Berlín.

Mendelssohn que acababa de ser designado para uno de los cargos de director general de música instituidos por el rey de Prusia, residía también en aquella época en la capital prusiana. Habiéndole sido ya presentado, fui a su casa; me aseguró que dudaba del éxito de sus actividades en Berlín y que hubiera deseado regresar a Leipzig. No hice la menor alusión acerca de mi gran sinfonía, ejecutada antaño en Leipzig, y cuya partitura casi le obligué años atrás a aceptar. El propio Mendelssohn no pareció recordar aquel singular obsequio. En su lujosa instalación doméstica parecía envolverme un frío glacial, pues aun cuando no puede decirse que me mantuviera a distancia, no conseguí tampoco que mostrara conmigo una verdadera confianza.

Visitó también a Reittab, para quien tenía una carta de presentación de su fiel editor, mi cuñado Brockhaus. Reittab se mostró menos cortés que Mendelssohn y su acogida no solo no fué mejor, sino que, al contrario, reveló una franca indiferencia. Esta era sin duda una preconcebida posición de Reittab, que no significó el menor desecho de interesarse por mí.

Me sentí, pues, muy desmoralizado y ni siquiera me atreví a entrevistarme de nuevo con el consejero de la comisión, Carl. Trataba en vano de recordar el Berlín, animado de sensaciones juveniles, que había recorrido en compañía de Laube. Durante las desagradables semanas que había pasado antaño en esta ciudad, había, por lo menos, encontrado a un hombre que, a pesar de su aspecto un poco rudo, se ocupaba de mí con verdadero afecto. Ahora que ya conocía Londres, y sobre todo París, la ciudad alemana, cuya desmedida extensión no hacía de ella una gran capital, me produjo un efecto verdadera mente deprimente, y me decía que si mi vida había de transcurrir sin que llegara a saborear las nubes del éxito, preferiría aventurar esta triste experiencia en París y no en Berlín.

De regreso de aquel viaje absolutamente inútil, me detuve algunos días en Leipzig, y senté mis reales en casa de mi cuñado Hermann Brockhaus, a la sazón profesor de lenguas orientales en la Universidad de dicha ciudad.

Su familia se había aumentado con dos niñas y en presencia de aquella apacible felicidad, que acrecentaban aún una sana actividad intelectual y un vivo interés por todas las aspiraciones de orden superior, se apoderoó de mí, el vagabundo inquieto y dinámico, una dolorosa emoción.

Una noche en que mi hermana, después de haber atendido a sus encantadores y bien educados hijos, y de haberles recomendado con tiernas palabras que fueran a acostarse, se había reunido con nosotros en la espaciosa y confortable biblioteca, atestada de libros, donde nos habíamos instalado para cenar y pasar algunas horas en íntima conversación, prorrumpí de pronto en sollozos. Mi buena hermana, que había visto cinco años antes toda la miseria de mi prematuro matrimonio, pareció comprenderme.

Gracias a la iniciativa de mi cuñado Brockhaus, mi familia me ofreció entonces un préstamo que había de ayudarme a esperar el estreno de mi *Rienzi* en Dresde. Se me hizo esta proposición asegurándome que no hacían más que cumplir con su deber y que de ningún modo debía titubear en aceptarla. Eran doscientos táleros, que me serían entregados por plazos durante seis meses. Como no había otros recursos en perspectiva, Minna debía de dar pruebas de un gran talento de ama de casa para salir adelante con este subsidio, pero, en fin, ello me parecía posible y regresé a Dresde plenamente satisfecho.

Para el círculo de amistades de mis parientes interpreté y canté por primera vez, desde el principio hasta el fin, mi *Fliegender Holländer*, y pude observar que mi obra despertó cierto interés. Cuando, más tarde, mi hermana Luisa asistió en Dresde a una representación de la ópera, confesó no haber experimentado una emoción comparable en intensidad, a la que le había producido mi simple audición.

*Apel. Guillermo Fischer* En Leipzig fué también a visitar a mi viejo amigo Apel. El desgraciado estaba completamente ciego, pero su resignación y hasta su buen humor ahuyentaron de mí todo motivo para compadecerme de su suerte. En seguida había reconocido, según me aseguró, el traje azul que yo llevaba y, a pesar de que éste era marrón, estimé procedente no desmentirle, y me marché de Leipzig agradablemente sorprendido de haber encontrado a todo el mundo feliz y satisfecho.

En Dresde, donde llegué el 26 de abril, hallé en seguida ocasión de ocuparme seriamente de mi porvenir. Espoleaban mis esperanzas las relaciones que había contraído con las personas a las cuales me había dirigido a propósito de la representación de *Rienzi*. El resultado de mi entrevista con el director general Luttichau y el maestro de capilla Reissiger, no fué, en verdad, muy satisfactorio, y llenó mi ánimo de dudas respecto a la próxima ejecución de mi obra. Ambos parecieron mostrarse muy sorprendidos de verme en Dresde. Y hasta sospeché que mi protector y corresponsal, el consejero Winkler, hubiera preferido que me hallara aún en París. También aquella vez, como sucedió siempre después, encontré una simpatía más efectiva entre las clases menos distinguidas de la población de Dresde que en los círculos aristocráticos. El viejo director de coros, Guillermo Fischer, a quien ni siquiera conocía, me dispensó una calurosa acogida. Unicamente él se había tomado un verdadero interés por mi partitura; tenía plena confianza en mi triunfo y se puso enérgicamente en actividad para hacerla estudiar. Cuando traspuse el umbral de su habitación y me di a conocer, Fischer lanzó una exclamación de alegría y avanzó hacia mí con los brazos abiertos. Y me sentí súbitamente transportado a una atmósfera de esperanzas.

*Fernando Heine* Incógnito, además, en el actor Fernando Heine y su familia el apoyo de una amistad sincera y cordial. Cuerdo es que, siendo aún niño, había ya conocido a Fernando Heine, que era a la sazón uno de los muchachos a quienes mi padrastro Geyer se complacía en reunir en torno suyo. Su talento como dibujante no era muy valioso, y fueron sin duda las grandes cualidades morales que le adornaban las que motivaron que fuera bien recibido en el círculo íntimo de nuestra familia. Como era desmedrado y de baja estatura, mi padrastro le llamaba «Davidchen» («pequeño David»). Y con este diminutivo tomaba parte en las reuniones de amigos, de las que ya he hablado, cuyo objeto final era, con frecuencia, efectuar excursiones al campo, en las que también participaba, según ya he contado, Carlos María de Weber.

Perteneiente a la buena escuela antigua, Heine era un miembro útil, pero no sobresaliente, de la compañía de comedias de Dresde; poseía todas las condiciones para ser un excelente *regisseur*, cuyas funciones desempeñaba, pero no supo granjearse nunca el favor de la dirección. Hacía uso a menudo



de sus aptitudes como dibujante y bajo este título se habían recabado sus consejos para el estreno de *Rienzi*. De este modo tuvo ocasión de ocuparse de la obra de un miembro de la familia en cuyo seno antaño había pasado días felices. Me acogió como al hijo de la casa y en ésta encontramos, nosotros los errabundos, el hogar de la patria que se nos antojaba extraña. Acompañados de Fischer, pasamos casi todas nuestras veladas en casa de Heine, y al mismo tiempo que nos entregábamos a conversaciones llenas de esperanzas, hacíamos los debidos honores a los arenques y las patatas que componían de ordinario la comida.

La señora Schröder-Devrient se hallaba ausente de Dresde, pasando unas vacaciones Tichatschek iba a comenzar las suyas, y, por este motivo, en el transcurso de una corta visita repasé rápidamente con algunos pasajes de su *particella* de *Rienzi*. Su carácter avisado y simpático, su voz admirable y su gran talento musical prestaron aún mayor valor al placer con que, según me aseguró, interpretaría el papel de «Rienzi». Heine me dijo, además, que el tenor estaba encantado con la perspectiva de lucir variadas indumentarias, especialmente una armadura plateada que exigía el personaje. Podía, pues, contar con él. Me ocupé luego de los preparativos de estudio de la ópera, que tenía que comenzar a fines de otoño, al regresar los cantantes de sus vacaciones. Me preocupaba sobre todo tranquilizar a mi amigo Fischer, a quien dije que estaba dispuesto a efectuar en la partitura, excesivamente larga, las supresiones que él exigiera. Con todo, estaba animado de tan buenas intenciones, que con su colaboración puse manos a la obra para verificar aquella difícil operación. En el salón de ensayos del Teatro de la Corte, con la ayuda de un viejo piano, interpreté y canté, con gran asombro de Fischer, toda mi partitura. Imprimí tal brío a mi labor, que mi amigo, después de apoderarse del clavicordio que yo estaba a punto de destrozár, sintió serio temor por mis pulmones. Pronto renunció de buena gana a toda discusión acerca de los pasajes que tenían que suprimirse, pues allí donde, a su juicio, era necesaria una exclusión, yo le demostraba precisamente que se trataba de una parte muy importante. Agachando la cabeza, se sumergía conmigo en las monstruosas olas de armonía, y sólo ponía en duda sus posibilidades de admisión consultando el reloj. Traté en vano de demostrarle que marchaba mal. Con el propósito de ganar una media hora, sacrifiqué, sin preocuparme demasiado por ello, la gran pantomima y todo el ballet del segundo acto. Luego, bajo la protección de Dios, se confió la colosal obra a la pluma de los copistas...

PENSAMOS entonces en lo que haríamos el resto del verano y resolví pasar algunos meses en Töplitz, sitio donde recibí mis primeras y embriagadoras impresiones de juventud. El aire puro y los baños serían, sin duda, provechosos a la quebrantada salud de Minna.

Pero antes de realizar aquel proyecto, tuve que trasladarme inmediatamente a Leipzig, para ocuparme de la suerte de mi *Fliegender Holländer*. Me habían prevenido que Küstner, el nuevo intendente de Berlín, acababa de llegar. El 5 de mayo me hice anunciar en su casa. Küstner se hallaba en la singular situación de tener que hacer representar en Berlín la ópera que había desechado en Munich, debido a que la obra había sido aceptada por su predecesor. Me prometió que reflexionaría sobre la manera de resolver aquel espinoso problema. Con objeto de saber el resultado de estas reflexiones, pensaba estar en Berlín el día 2 de junio, pero me detuvo en Leipzig una carta de Küstner en la que me suplicaba que tuviera paciencia por algún tiempo.

Alberto Wagner y su familia, en Halle

Como Halle estaba cerca, resolví ir a ver a mi hermano Alberto. Quedé profundamente apesadumbrado al encontrar a este hombre que, a mi juicio, estaba dotado de aspiraciones elevadas y de un verdadero talento de cantante dramático, contratado con su familia en el teatro de aquella ciudad, en mezquinas e indignas condiciones. Aquel estado de cosas en que antaño estuve yo mismo a punto de sumirme, me resultó extremadamente antipático. Lo que más me afligió fué advertir la resignación con que mi hermano se había acomodado a aquella vida. Sólo un motivo de esperanza hallé en aquella casa: la hija adoptiva de mi hermano, la joven Juana, que contaba entonces quince años y que me cantó con aire ingenuo y una voz notablemente hermosa la conmovedora romanza de Spohr: *¡Rose, wie bist du so schön!*

En Töplitz, con mi madre

REGRESÉ a Dresde, y con Minna y una de sus hermanas emprendimos, con un tiempo magnífico, aquel encantador viaje a Töplitz, donde llegamos el 9 de junio. Encontramos en Schoenau una modesta habitación en la fonda de «El Roble». A poco llegó también mi madre para efectuar su cura anual de baños calientes, y aquella vez hizo el viaje con tanto mayor placer cuanto que sabía que me encontraría. Las involuntarias prevenciones que tenía contra Minna a causa de mi matrimonio verdaderamente imprevisor, se desvanecieron cuando comenzó a conocer las aptitudes caseras de mi mujer, y hasta llegó a sentir afecto y estimación por la compañera de mis vicisitudes parisinas. La compañía de mi madre, cuyo caprichoso temperamento nos obligaba a no pocos miramientos, nos dió motivo para comprobar la movilidad casi infantil de su imaginación. Conservaba tal vivacidad de espíritu, que una mañana se quejó de que no había podido dormir a causa del relato que yo había hecho la víspera de la leyenda de *Tannhauser*. Me reprochó haber tenido que pasar una noche en blanco, no desagradable, pero sí agitada.

Después de haber escrito a Schletter, el rico Mecenas de Leipzig, y obtenido de él que se interesara por la suerte de Kietz, que había quedado en la miseria, en París; y tras de haberme ocupado también de poner orden en mis propias finanzas, muy poco brillantes, dejé a Minna en manos del médico, y siguiendo mi antigua costumbre, emprendí una excursión a pie por las montañas de Bohemia. Quería trabajar bajo las agradables impresiones de aquella jira, en el proyecto de mi *Venusberg*.

Aires pastorales en el «Venusberg»

Me dejé tentar por el pintoresco paraje de Schreckenstein, cerca de Aussig, y me detuve en un pequeño mesón donde cada noche me arreglaron un lecho de paja en el único aposento de que disponían. La ascensión cotidiana al Wostrai, la cima más alta de la región, me rejuvenecía, y aquel romántico aislamiento reavivó hasta tal punto el brío de mis años mozos, que bajo un hermoso claro de luna, y solamente arropado con la sábana, me encaramaba a las ruinas de Schreckenstein, para darme a mí mismo la ilusión del fantasma que hubiera querido ver. Y al mismo tiempo me regocijaba la idea de que hubiera alguien que, al divisarme de lejos con mi macabro atuendo, temblara de terror.

Allí bosquejé el plan detallado de una ópera en tres actos, *El Venusberg*, que más tarde seguí fielmente al escribir el libreto.

En una de mis escaladas al Wostrai, oí de pronto a un pastor que, tendido sobre la hierba en una pequeña prominencia del valle, silbaba un alegre aire de danza campestre. Me imaginé en seguida formando parte de un cortejo de peregrinos desfilando por el valle junto al pastor. Con todo, no fué imposible más tarde recordar la melodía del pastor y según mi rollo habitual, tuve que recurrir a su colaboración. Enriquizado con este brío, y de muy buen humor, regresé sano y salvo a Töplitz, donde recibí a poco la interesante noticia del próximo retorno a Dresde de la señora Schröder-Devrient y Tichatschek. Esto hizo decidirme a efectuar también el viaje, pero no tenía tanto que la dirección resolviera modificar el programa como no estar presente en el estudio de *Rienzi*. Dejé, pues, a Minna en compañía de mi madre y llegué a Dresde el 18 de julio.

Alquilé una pequeña habitación en una extraña casa, que después fue derribada, que daba a la avenida de Maximiliano y me apresuré a ponerme en contacto con los principales artistas de la Ópera. Mi antiguo entusiasmo por la señora Schröder-Devrient cobró nuevos bríos. Tuve ocasión de oírla varias veces, la primera en *Barba-Azul*, de Grétry, cuya representación me produjo una fuerte impresión, puesto que se trataba de la primera obra que vi en el teatro de Dresde cuando apenas tenía cinco años. Había guardado de ella un recuerdo maravilloso, del que gocé nuevamente. Aun recuerdo el énfasis con que, tocado con un sombrero de papel que yo mismo me hice, y con gran regocijo de toda la casa, declamaba el aria de *Barba-Azul*: «Ah, infiel!... ¡La puerta está abierta!» Tampoco el amigo Heine había olvidado aquellos episodios.

ENTRE tanto, las representaciones de la Ópera no acababan de satisfacerme. Sobre todo, echaba de menos en la orquesta la vigorosa sonoridad de los conjuntos parisenses, con sus numerosos instrumentos de cuerda. Me di cuenta de que al instalarse la orquesta en el bello edificio del nuevo teatro, no se había aumentado el número de instrumentos de cuerda en proporción con las dimensiones de la sala. Por ello, y por la pobreza de los decorados, tuve la impresión de que el teatro alemán sufría, en lo tocante a su organización, de cierta inferioridad. Esta indigencia se manifestaba sobre todo en las obras del repertorio parisién, que se daban, por añadidura, a través de horribles traducciones.

En París había experimentado una profunda aversión por el género que cultivaba la ópera francesa, mas he aquí que me embargaba nuevamente el sentimiento que me había hecho abandonar el teatro alemán y marchar a París. Este sentimiento se reavivaba en mí aún con mayor violencia que antaño. Me sentí envilecido, casi me despreciaba a mí mismo y no me acuciaba el menor afán de ocuparme de los textos alemanes, por estimables que fueran. Y me preguntaba tristemente qué era preciso hacer en aquel extraño mundo para llegar a algún resultado.

GRACIAS a la simpatía que me mostraron algunos espíritus selectos conseguí, no obstante, vencer mi desazón. Me refiero sobre todo a la gran actriz Schröder-Devrient, con la cual tanto había deseado antes colaborar. Evidentemente, habían transcurrido muchos años desde que la vi por primera vez. En lo concerniente a su figura, Berlioz, que desde el invierno anterior estaba en Dresde, dedicado a una corresponsalía parisina, se había expresado desfavorablemente sobre ella, hasta el punto de opinar que su gordura un poco maternal hacía imposible la ilusión en los papeles de jovencitas, y especialmente en aquellos que precisaban de una indumentaria de época, como era el caso de *Rienzi*. Su voz, que nunca había sido voluminosa, no le obedecía siempre, y la cantante se veía generalmente forzada a «arrastrar» el movimiento. Pero lo que más perjudicaba a su arte era que estaba limitado a unos pocos papeles, que había interpretado con excesiva frecuencia, de forma que su constante preocupación para obtener los mismos efectos prestaba a su modo de actuar una cierta afectación, con una tendencia, a veces desagradable, a la exageración. A pesar de que me daba cuenta de todo esto, hice caso omiso de tales debilidades, pues, por encima de todo, comprendía y me embelesaba su incomparable talento. Por otra parte, bastaba que su vida, singularmente azarosa, sumiera a la artista en una cierta sobreexcitación para que recobrara en seguida el vigor creador de su mejor época. Y de ello tuve ocasión de ver las más bellas demostraciones.

Celos de sus rivales

SIN embargo, cuando observé el cambio que, debido a la perniciosa influencia del teatro, se había operado en su carácter, sin duda decepcionado y noble en su origen, la actriz me causó una verdadera decepción. Aquellos mismos labios que expresaban los más puros arranques trágicos de los grandes dramaturgos, hablaban el lenguaje ordinario de la mayor parte de las heroínas de la escena. No podía soportar que sus rivales, gracias únicamente al don natural de una hermosa voz o de un físico agraciado, le arrebataran el favor del público; y no solamente no acertaba a encontrar la resignación digna de una gran artista, sino que, con los años, su irritación fué haciéndose más y más desagradable. Tal estado de cosas, de las cuales en seguida me di cuenta, me acarrearón ciertas dificultades porque, en resumidas cuentas, la señora Schröder-Devrient no tenía una excesiva facilidad para la música y sólo aprendía un nuevo papel a costa de arduas horas de trabajo del compositor encargado de hacérselo estudiar. La desesperante lentitud con que se hacía cargo de la parte musical de sus papeles, era de cepcionante, y eso fué precisamente lo que ocurrió en su papel de «Adriano»

José Tichatschek de Rienzi.

SI con aquel carácter noble y elevado, pero difícil, me veía obligado a hacer uso de toda clase de miramientos, con Tichatschek la cosa marchó a las mil maravillas, pues estaba dotado de excelentes cualidades, aunque, carácter infantil, era muy superficial e ingenuo. Músico verdaderamente extraordinario, jamás aprendía sus papeles y cantaba a primera vista los pasajes más difíciles, que los demás artistas sólo aprendían a costa de largos estudios. Cuando había ensayado lo bastante para que su *particella* quedara grabada en su memoria, lo restante, es decir, la manera cómo correspondería a las exigencias del arte del canto y de la declamación dramática, venía por sí solo. Así se apropiaba los errores de copia del texto y continuaba pronunciando la palabra falsa con la misma energía que la verdadera. Era completamente inútil hacerle observaciones o darle consejos, pues, convencido de sí mismo, aseguraba que «todo irá bien». En efecto, pronto renuncié a poner a contribución la inteligencia del cantante para hacerle comprender el espíritu que animaba a mi héroe. Pero el entusiasmo





Robert Schumann.

Anuncio del primer ciclo de obras de Wagner en Weimar, de febrero a mayo de 1853. Se incluyen El Holandés Errante, Tannhäuser y Lohengrin.

## Anzeige.

### Großherzogliches Hof-Theater.

Mittwoch den 16. Februar zum Erstenmale: Der fliegende Holländer, von Richard Wagner.

Samstags den 19. Februar zum Erstenmale wiederholt: Der fliegende Holländer, von Richard Wagner.

Sonntag den 27. Februar: Tannhäuser, von Richard Wagner.

Mittwoch den 2. März: Der fliegende Holländer, von Richard Wagner.

Samstags den 5. März: Lohengrin, von Richard Wagner.

Weimar, den 12. Februar 1853.

Großherzogliche Hof-Theater-Intendantur.



Caricatura referente a la incomprensión hallada por la música de Wagner en algunos sectores musicales.

Franz Liszt, amigo infatigable.





con que se entregó a su afortunado papel y el efecto arrebatador de su voz maravillosa, recompensaron sobradamente mi abnegación.

Con excepción de esos dos intérpretes de personajes principales, solo tenía a mi disposición talentos harto mediocres. Sin embargo, la buena voluntad era general y, con objeto de que el propio maestro de capilla Reissiger tocara el piano durante los ensayos, se me ocurrió la idea de una ingeniosa estratagema. Este se me había lamentado de las dificultades con que tropezaba para procurarse buenos libretos de ópera, y estimaba una cosa muy práctica que yo me hubiese acostumbrado a escribir personalmente los míos. Desgraciadamente, Reissiger había relegado esta práctica durante su juventud, pues no otra cosa le faltaba para llegar a ser un verdadero compositor dramático. Yo mismo debía conjeturar que poseía mucha «melodía», pero no me parecía que esto bastara para entusiasmar a los actores. Por ejemplo — lo que seguramente no le había pasado inadvertido — la señora Schröder-Devrient producía el éxtasis del público en *Romeo y Julieta*, de Bellini, con el mismo pasaje final que en *Adela de Loix*, del propio Reissiger, cantaba sin ninguna expresión. No cabía duda de que ello debía achacarse al texto.

En seguida le prometí proporcionarle un libro de ópera en el que podría aplicar, con gran efecto, su «melodía», y aun algunas otras. Reissiger aceptó agradecido la oferta y, por mi parte, me puse a versificar mi antiguo proyecto de libreto *La noble prometeda*, basado en la novela de Kœnig, que envié hacía tiempo a Scribe. Me comprometí a entregarle una página de versos por cada ensayo al piano, y cumplí fielmente mi promesa hasta que el libreto quedó terminado.

Algún tiempo después me enteré, con gran extrañeza, que Reissiger había encargado a un actor llamado Kriethe otro libreto intitulado *El naufragio de la Medusa*. Supe entonces que la desconfiada mujer del director no había creído en mi buena voluntad al ceder un texto a su marido. A pesar de que la obra les pareció excelente y apta para impresionar, temieron que mi modo de actuar encubriera alguna celada y se mostraron excesivamente precavidos. Por tanto, entré de nuevo en posesión de mi manuscrito, que me permitió más tarde prestar un buen servicio a mi viejo amigo Kittl, de Praga. Kittl puso música a aquel texto, que intituló *Los franceses frente a Niza*, y, según me han asegurado, dicha obra — que nunca he llegado a oír — se ha representado a menudo y con éxito en Praga. A este propósito, un crítico estimó oportuno abrimme los ojos acerca de mis verdaderas aptitudes, declarando que aquel texto era una prueba evidente de mi talento de libreteista, y que me había descarriado al consagrarme a la composición. Al contrario de Laube, quien, después de la representación de *Tannhauser*, lamentaba todavía que no encargara mis libretos a un versificador profesional...

Por el momento, alcancé con mi trabajo el éxito deseado, pues Reissiger cumplió hasta el fin con su deber respecto al estudio de *Rienzi*. Tenía continuamente el ánimo en suspenso, no tanto quizá por los versos que yo le entregaba regularmente, como por el creciente interés que los actores mostraban por la ópera y, sobre todo, por el verdadero entusiasmo de Tichatschek. Este, que por una partida de caza abandonaba fácilmente los ensayos al piano, acudía a los de *Rienzi* como a una fiesta, con los ojos brillantes y de muy buen humor. Acabé por sumirme en un estado de exaltación permanente. En cada ensayo, los actores acogían con aplausos los pasajes preferidos y el conjunto final, que más tarde, por ser demasiado largo, tuve, desgraciadamente, que abreviar. Estas explosiones de entusiasmo se convirtieron en una fuente de ingresos para mí; Tichatschek aseguraba que aquel *si menor* era tan bello que había que pagar algo para oírlo, y depositando una blanca moneda de dos *silbergroschen* encima de la mesa, invitó a los demás cantantes a que siguieran su ejemplo. Así lo hicieron sin hacerse rogar y a cada ensayo alguien decía: «Este es el momento de echar más monedas.» La señora Schröder-Devrient, que también tenía que abrir su bolso, se quejaba de que aquellos ensayos acabarían por arruinarla. Me entregaban regularmente esos singulares donativos y nadie se llamaba a engaño acerca de la feliz acogida que dispensábamos a tan agradables honorarios; con ellos pagábamos, mi mujer y yo, nuestro yantar cotidiano.

Ensayos de «Rienzi»

Entusiasmo creciente del personal

A comienzos de agosto, Minna llegó de Tœplitz acompañada de mi madre. En nuestro inconfortable aposento, llevábamos una vida mísera, pero nos alentaba la esperanza de una liberación que ¡ay! se hacía esperar mucho. Los meses de agosto y septiembre transcurrieron con las continuas interrupciones que ocasionaba el exigente y cambiante repertorio de un teatro alemán de ópera. Únicamente al empezar el mes de octubre los ensayos combinados cobraron el carácter anunciador de una próxima representación. Los ensayos de conjunto y de orquesta hicieron concebir en cada participante la certidumbre de un gran éxito. Los últimos produjeron un efecto verdaderamente arrebatador. Cuando por primera vez ejecutamos íntegramente la escena del segundo acto, con la llegada de los mensajeros de la paz, la emoción fué general, y hasta la señora Schröder-Devrient, a pesar de estar descontenta porque su papel no era el de la heroína del drama, sólo pudo responder a mis preguntas con voz entrecortada por las lágrimas. Creo que todo el personal del teatro, incluso los más modestos empleados, me apreciaban como una especie de prodigio, y ciertamente no me engañaba al ver también en aquel afecto la simpatía que inspiraba un joven cuya situación precaria nadie ignoraba y que salía de una obscuridad completa para entrar súbitamente en la gloria.

El inválido caritativo

DURANTE los quince minutos de descanso que se daban en el ensayo general, todos los intérpretes se dispersaron para templar sus nervios con un bocadillo, pero yo me senté sobre un montón de decoraciones dobladas y permanecí allí inmóvil, para que nadie advirtiera la turbación que experimentaba al no poder hacer como los demás. Un cantante italiano, inválido, que interpretaba en *Rienzi* un pequeño papel, pareció darse cuenta de mi indigencia y me trajo un vaso de vino y un pedazo de pan. Lamenté mucho después tener que prescindir de él; por esta causa no tardó su mujer en tratarlo mal, hasta el punto que pronto figuró entre el número de mis enemigos. En ocasión de mi huida de Dresde, en 1849, me enteré de que aquel cantante me había denunciado a la policía, acusándome de haber tomado parte en la insurrección. Me acordé entonces de la escena ocurrida durante el ensayo general de *Rienzi*, y como me juzgaba culpable de haber sido la causa de su desdicha conyugal, me pareció ver en aquella venganza el castigo a mi ingratitud.

El estado en que me hallaba la víspera del estreno de mi ópera no puede compararse con ninguna de las sensaciones que experimenté antes o después en casos análogos. Esta excitación la compartí con mi buena hermana Clara, que en aquella época llevaba en Chemnitz una existencia difícil y había venido a Dresde a correr mi suerte. Bajo la influencia de mi éxito creciente, aquella desdichada, que vivía su vida de esposa y de madre en un mezquino ambiente burgués y cuya extraordinaria voz tan pronto se había atrofiado, se sentía renacer a una nueva existencia. Con ella y el afable director Fischer pasábamos nuestras veladas en casa de la familia Heine, en la que nos aguardaban invariablemente los arenques y las patatas. Estábamos con frecuencia de un humor excelente, y en la víspera del estreno un *punch* contribuyó a nuestra completa felicidad. Y espasmo el día que había de acarrear sin duda un gran cambio en mi existencia, nos separamos, cual niños felices, entre risas y lágrimas.

En la mañana del día 10 de octubre de 1842, día en que me formulé a mí mismo la promesa de no molestar con mi visita a ninguno de mis actores, encontré casualmente a Risse, actor estimable pero un poco fastidioso, a cuyo cargo corría una de las breves *particellas* de bajo de mi ópera. Tras unos días lluviosos, el domingo se presentó luminoso y límpido, y el sol refulgía como nunca. Risse, que era un artista vanidoso y de una ridícula afectación, se detuvo delante de mí, mirándome como fascinado y sin pronunciar palabra. Me contempló largo tiempo con los ojos brillantes y, por último, con un singular tono de emoción, acabó por explicarme que quería darse cuenta del aspecto que ofrecía un hombre a quien tal destino estaba reservado aquel día. Prometí a Risse que, al día siguiente, iría a «La ciudad de Hamburgo» y bebería con él la botella de vino a que me había invitado.

NINGUNA de las sensaciones que me ha producido la representación de mis obras sucesivas puede ni siquiera compararse a la emoción que me sobrecogió en el estreno de *Rienzi*. Con ocasión de mis óperas posteriores, la preocupación harto comprensible de velar por el éxito de la representación, me ha absorbido siempre de tal modo, que no he llegado nunca a experimentar el menor goce, ni me ha sido posible tampoco observar la acogida que el público me dispensaba. Lo que sentí muchos años después, en condiciones excepcionales, durante el ensayo general de *Tristán e Isolda*, es demasiado distinto de lo que experimenté en el estreno de *Rienzi*, para poder establecer un paralelismo.

De antemano estaba seguro del éxito; pero que éste se me mostrara tan positivamente favorable, constituye una rara excepción. En ciudades como Dresde, los espectadores, generalmente reservados y perplejos en presencia de obras de autores desconocidos, no se pronunciaban nunca sobre una ópera nueva en su primera audición. En mi caso, el público se vió, por así decirlo, coaccionado por las entusiastas referencias que el personal del teatro había propalado por la ciudad. Toda la población aguardaba febrilmente ver aquella maravilla.

Ocupé un palco con Minna, mi hermana Clara y la familia Heine; y cuando trato de evocar mi estado de ánimo durante aquella noche, no logro sino resucitar las sensaciones de un sueño. No experimentaba ni alegría ni inquietud; se me figuraba que mi obra pertenecía a otro, pero la contemplación de la sala atestada me inspiraba un verdadero terror y no me sentía con ánimos para echar una mirada sobre la muchedumbre. El gentío obraba sobre mí como un fenómeno natural, algo así como una lluvia tempestuosa; y como si buscara un techo protector, me refugié en el fondo del palco.

Éxito de «Rienzi»

No me di cuenta de que aplaudían, y cuando al final de cada acto tuve que adelantarme al palco para saludar al público que me aclamaba frenéticamente, fué preciso que cada vez me empujara el amigo Heine hacia las tablas. Una creciente inquietud me preocupaba: había observado que, al terminar el segundo acto, había transcurrido tanto tiempo, al menos, como si, por ejemplo, se hubiera representado íntegramente *Robin de los bosques*. Al final del tercer acto, particularmente aturdidor a causa de su tumulto guerrero, eran ya las diez. Hacía cuatro horas que duraba la representación. Fuí presa de una verdadera desesperación, y las ovaciones que me tributaban los espectadores no me parecían más que una manifestación de cortesía: pensaban, sin duda, que lo que habían visto aquella noche era más que suficiente, y no cabía duda que de un momento a otro se levantarían de sus asientos y se marcharían en masa. Como aún faltaban dos actos, tenía la convicción de que la obra no llegaría a representarse completa, y daba libre curso a mi acto de contrición. ¿Por qué no había comprendido a tiempo la necesidad de efectuar alguna supresión? Me hallaba, pues, en el caso singular de haber compuesto una obra que gustaba enormemente como tal, pero que era imposible que llegara a buen puerto a causa de su ridícula extensión. Ciertamente, los actores continuaban actuando con verdadero entusiasmo; Tichatschek se mostraba cada vez más ardiente y apasionado, pero me figuraba que todo aquello se debía a un cariñoso deseo de salvar el escándalo que iba a estallar de una manera inevitable.

Mi asombro se trocó en una verdadera perplejidad al ver que en el último acto, hacia medianoche, el público se mantenía aún en su sitio. No daba crédito a mis ojos y a mis oídos, y cuanto ocurrió aquella noche me parecía una fantasmagoría. Había comenzado ya el nuevo día cuando, por última vez, tuve que corresponder a los aplausos del público y salir a escena al lado de mis fieles intérpretes.

Mis inquietudes respecto a la desmedida extensión de mi ópera acentuáronse aún más debido al malhumor de mis propios parientes, con quienes me reuní inmediatamente después de la representación. Federico Brockhaus había venido de Leiprig con su familia y algunos amigos y nos había invitado a festejar mi éxito cenando en el hotel y brindando a mi salud. Pero hallamos la bodega y la cocina cerradas, y como todo el mundo estaba fatigado y hambriento, no oí más que exclamaciones de disgusto sobre el tiempo inaudito que había durado la representación; ¡desde las seis de la tarde hasta medianoche! Las conversaciones languidecieron en seguida y nos separamos absolutamente aturridos.

Supresiones indispensables

PARA el caso de que se efectuara una segunda representación al día siguiente, me trasladé a las ocho de la mañana al despacho de los copistas, a fin de ocuparme de las supresiones indispensables. Contrariamente al año anterior, en que, resistiendo al bondadoso Fischer, había defendido cada compás que éste quería suprimir, demostrándole la decisiva importancia que tenía, estaba poseído ahora de un incontenible furor de cerceamiento. Nada me parecía ya necesario en mi partitura. Todo lo que la víspera el público había acogido con tanto entusiasmo, se me antojaba aquella mañana una insípida hojarasca, de la cual podría suprimirse una gran



parte sin que por ello se perjudicara el conjunto. Sólo un deseo me obsesaba: encuadrar mi obra monstruosa en unas proporciones razonables. Con tal que, mediante las exclusiones que había ordenado a los copistas, llegara a conjurar la catástrofe, pues estaba convencido de que el director general, de acuerdo con la ciudad y el teatro, me harían comprender que en atención a la singularidad del hecho, podía representarse una vez un fenómeno como mi obra *El último tribuno*, pero que era de todo punto imposible ejecutarla varias veces.

Aquel día eludi todo contacto con el teatro. Por la tarde fui a ver de nuevo a los copistas, a fin de comprobar si se habían cumplido mis órdenes, pero aquéllos me informaron de que Tichatschek, que también había acudido a su despacho y se había hecho mostrar las supresiones, había prohibido terminantemente que se llevaran a cabo. Por otra parte, el director Fischer quería entrevistarse conmigo sobre este asunto. Interrumpióse, pues, el trabajo, y a consecuencia de tales contraórdenes, me parecía inevitable una absoluta confusión. No llegué a comprender lo que todo aquello significaba y abrigaba los más serios temores caso de que aquella operación se difiriera. Por último, aquella misma tarde me reuní con Tichatschek en el teatro y, sin darle tiempo a que comenzara a hablar, le pregunté encolerizado por qué había interrumpido el trabajo de los copistas. Y el cantante, con voz apagada, respondió: «No puedo permitir que suprima usted nada de mi papel... ¡Es divino!»

Le miré completamente atónito y me sentí de pronto metamorfoseado. Aquel testimonio de mi éxito comenzó a disipar mis singulares inquietudes. Luego se sucedieron los demás. Fischer estaba radiante y se burlaba de mí; todos me hablaban del entusiasmo que la obra había despertado en la ciudad, y, por último, recibí del intendente una carta de agradecimiento por mi soberbia ópera. No me quedaba, pues, más que estrechar a Tichatschek y a Fischer entre mis brazos y anunciar a Minna y a Clara lo que había ocurrido.

Después que los actores se hubieron tomado un descanso de algunos días, tuvo lugar, el 26 de octubre, la segunda representación de *Rienzi*. Efectué en ella alguna supresión que me costó gran trabajo hacer aceptar a Tichatschek. No oí ninguna queja sobre la duración aún considerable de la representación, y acabé por compartir la opinión de mi tenor, que decía que si él resistía hasta el final, también el público podía hacer lo mismo. Dejé, pues, las cosas como estaban durante seis representaciones, que alcanzaron todas un éxito rotundo.

Mi ópera había suscitado el interés de las viejas prince-  
sas de la Corte real; desgraciadamente, su desmesurada  
duración les hacía fatigosa una obra que, no obstante,  
querían ver íntegramente. Lüttichau me propuso entonces que se represen-  
tara *Rienzi* completa, pero repartiéndola en dos sesiones. Acepté la proposi-  
ción y, tras un intervalo de varias semanas, se anunció *La grandezza de Rienzi*,  
con los dos primeros actos para la primera noche, y para la segunda, *La caída  
de Rienzi*, con los tres restantes. Precedía esta segunda parte una obertura  
que había compuesto exprofeso. La combinación resultó del agrado de los  
altos personajes y, sobre todo, de las dos damas más ancianas de la familia  
real, las princesas Amelia y Augusta. No ocurrió lo mismo con el público;  
calculó que de este modo tendría que pagar doble localidad y tachó de ex-  
ploración el nuevo arreglo. El descontento que ello originó estuvo a punto  
de dar al traste con *Rienzi* y, después de tres representaciones de este género,  
el director se vió obligado a representar nuevamente la ópera en su forma  
primitiva, lo que facilité mediante nuevas supresiones.

*Tichatschek se opone  
a las supresiones*

*«Rienzi», representada  
en dos sesiones*

*Manifestaciones de envidia.* A partir de aquel día mi ópera se representó siempre  
con la sala llena, y quedé plenamente convencido de  
*Julio Mosen* la persistencia de su éxito al observar la envidia que  
por doquier había suscitado.

Una penosa experiencia tuve de ello con el poeta Julio Mosen. Cuando  
llegué a Dresde fui a verle y como apreciaba realmente su talento, no tardé  
en contraer con él una cordial amistad, que me proporcionó momentos agra-  
dables e instructivos. Me ofreció un volumen de sus dramas que, en general,  
me interesaron grandemente. Figuraba entre ellos una tragedia sobre *Cola  
Rienzi*, cuyo tema era tratado, a mi parecer, de una manera original y emo-  
cionante. Respecto a esta obra, le supliqué que no se inquietara por mi libre-  
to, que en modo alguno podía parangonarse con su drama.

Poco tiempo antes de la representación de *Rienzi*, representóse en Dresde  
una de sus obras menos afortunadas: *Bernardo de Weimar*. No alcanzó éxito;  
la acción, falta de movimiento y con tendencia hacia la arenga política, su-  
frió la suerte que le deparaban semejantes errores. Mosen asistió algo apesa-  
dumbrado a los preparativos de *Rienzi*, y me confesó la contrariedad que ex-  
perimentaba al no poder hacer representar en Dresde el drama que había  
escrito a base del mismo personaje, y ello debido a su tendencia política de-  
masiado acusada, que se destaca más en una comedia que en una ópera, en la  
que nunca se presta atención a las palabras. Le di benévolutamente razón sobre  
el desdén que profesaba hacia el género de la ópera, pero al siguiente día  
del estreno, al encontrarle en casa de mi hermana Luisa, quedé asombrado  
al verle estallar en una explosión de cólera y zaherirme irónicamente a pro-  
pósito del feliz éxito de mi obra. Sin embargo, sus acerbos y francas expansio-  
nes coincidían, en el fondo, con mi opinión, es decir, con la íntima convic-  
ción que yo abrigaba acerca de la verdadera nulidad del género de ópera en  
el que, a pesar de todo, había triunfado con mi *Rienzi*; de suerte que nada  
se me ocurrió objetar a los apóstrofes de Mosen. Los soporté, presa de una  
extraña confusión.

Lo que en mi defensa hubiera podido alegar, no había madurado aún  
lo bastante en mi ánimo y, por otra parte, no se cimentaba en nada seguro  
para que me fuera posible expresar lo que daba pábulo a mis convicciones.  
Con todo, mi primera reacción respecto al infortunado poeta, a quien sincere-  
mente compadecía, fué darle a entender que, gracias a su arranque de en-  
vidia, me había procurado la satisfacción de comprobar que reconocía un  
éxito en el que yo mismo no acababa de creer.

*Las críticas: Carlos Bank.* Con ocasión del estreno de mi *Rienzi*, surgieron, con las  
*Julio Schladebach* críticas de los periódicos, una serie de dificultades que  
fueron agravándose cada vez más. Conocía ya a Carlos

Bank, crítico teatral de Dresde; vino a verme una vez en Magdeburgo y pa-  
reció mostrarse muy complacido al interpretarles varios fragmentos de mi obra  
*Se prohíbe amar*. Cuando nos volvimos a encontrar en Dresde, no me perdonó  
no haberle procurado una butaca para el estreno de *Rienzi*. Lo mismo me  
ocurrió con un tal Julio Schladebach, que a la sazón trabajaba en Dresde

como periodista. Me mostraba amable con todo el mundo, pero eludía sien-  
pre las menores atenciones a alguien que se otorgaba el título de crítico tea-  
tral. Siempre he mantenido esta insuperable aversión. A este respecto, he  
llegado con el tiempo a una brusquedad casi sistemática, y casi durante toda  
mi vida he sido el blanco de las más duras invectivas de la prensa. Por el  
momento, tales acometidas no llegaron a contrariarme, pues los periodistas  
no se daban todavía muchos humos y, en cuanto a los de Dresde, escribían  
tan poco en las publicaciones extranjeras, que el movimiento artístico de di-  
cha ciudad pasaba inadvertido en el mundo, lo que en otro aspecto no dejaba  
de tener ciertos inconvenientes.

No hicieron mella en mi ánimo los sinsabores que acompañaron mi éxito,  
y por primera y única vez en mi vida me sentí rodeado de una benevolen-  
cia general que me compensó sobradamente de todas las pruebas por las que  
había pasado.

Otras consecuencias, igualmente inesperadas, y al margen de la cuestión  
pecuniaria, se derivaron súbitamente de mi éxito. En cuanto a mis honora-  
rios sólo recibí trescientos táleros, con lo que pude considerarme afortuna-  
do, pues la dirección general, que de ordinario pagaba al autor veinte lúises  
en concepto de derechos, había hecho conmigo una excepción. Tampoco po-  
día confiar en vender mi ópera a un editor antes de que ésta se hubiese re-  
presentado en otros escenarios importantes. Pero quiso el destino que la  
muerte repentina del director real de música, Rastrelli, acaecida poco tiempo  
después del estreno de *Rienzi*, dejara una plaza vacante para cuya concesión  
todos los ojos se posaron inmediatamente en mí.

Mientras duraron las negociaciones referentes a mi nuevo puesto de director de música, las cuales se di-  
lataron por mucho tiempo, la dirección general dió  
*El «Fliegender Hollaender»  
en Dresde*

una prueba casi apasionada de mi talento. No quería de ningún modo que  
el estreno de mi *Fliegender Hollaender* se efectuara en Berlín, sino que era  
preciso que yo reservara tal honor para Dresde. Como la Intendencia de Ber-  
lín no se opuso a ello autoricé con sumo agrado que mi nueva obra se estre-  
nara también en Dresde; y aunque tuve que renunciar al concurso de Ti-  
chatschek, debido a que no figuraba en la ópera ningún tenor trágico, conté  
con la activa colaboración de la señora Schröder-Devrient que tenía en aque-  
lla un papel mucho más preponderante que en *Rienzi*. La exigua partici-  
pación que la señora Schroder Devrient había tenido en esta última obra le  
había disgustado conmigo, por lo que procuré resarcirla depositando mi nueva  
ópera en sus manos.

Tal prueba de confianza era nociva a mi obra, pues adjudiqué el prin-  
cipal papel masculino al barítono Waechter, célebre artista en otro tiempo  
pero que no estaba a la altura de su *particella*. A este respecto, Waechter me  
expresó los temores que ante tal empresa le asaltaban.

Ya en la lectura de mi poema y con gran satisfac-  
ción por mi parte, la célebre artista, a la que tanto  
*La señora Schroder-Devrient,  
en el papel de «Senta»*  
admiraba, mostró un vivo interés por mi obra, y el  
tiempo que dedicó a estudiar el papel de «Senta» durante el cual estuve con  
frecuencia a su lado fué una de las épocas más exquisitas y más seriamente  
instructivas de mi vida. Particulares circunstancias que intervinieron en su  
existencia me permitieron comprender el carácter de aquella notable mujer.

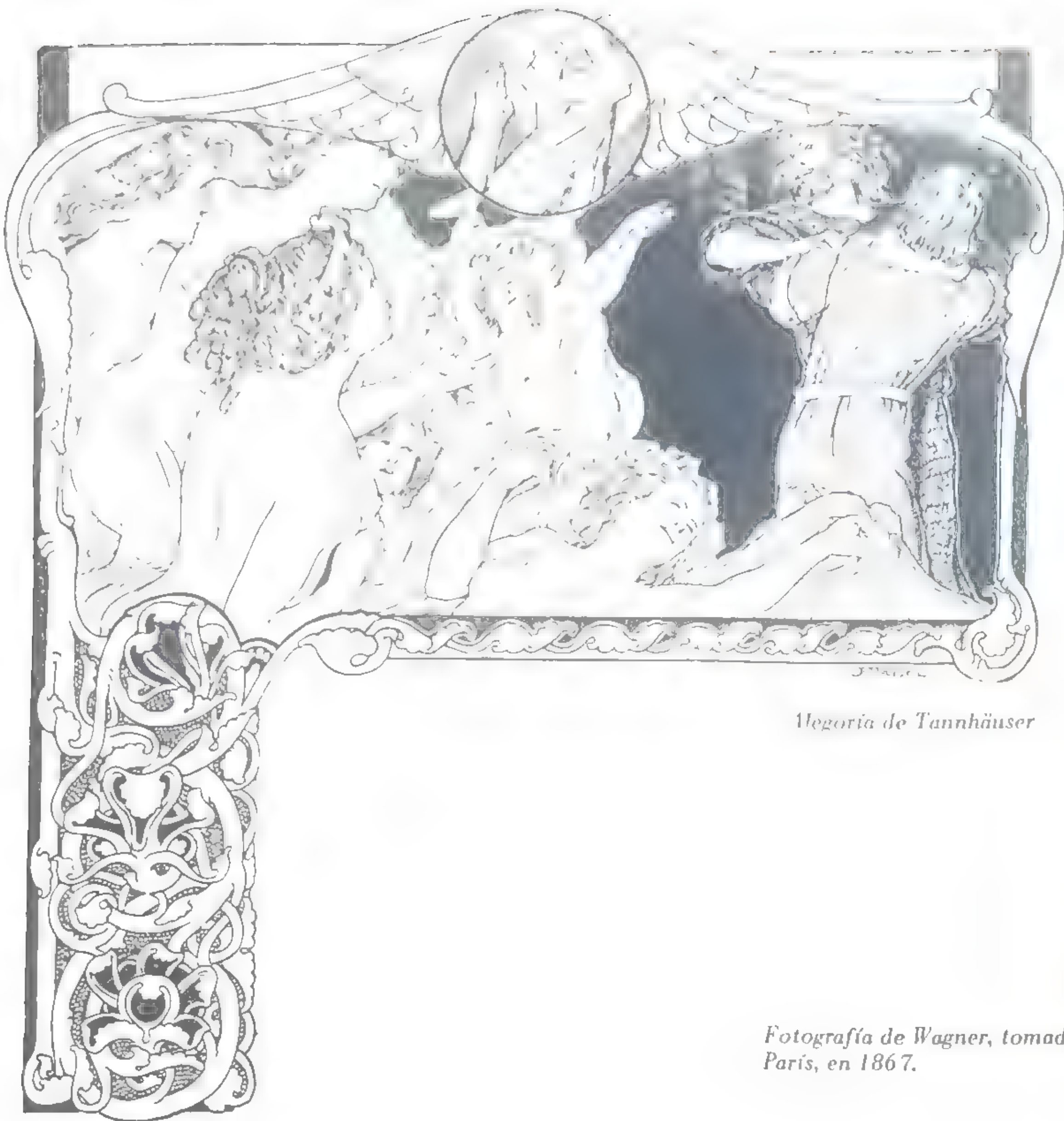
Aunque la gran actriz, hostigada por su madre, la célebre Sofía Schröder,  
que vivía entonces con ella, no me ocultara la contrariedad que le causaba el  
que yo hubiese escrito para Dresde una obra tan brillante como *Rienzi* sin  
haberle reservado el papel principal, dominó sentimientos tan mezquinos  
gracias a su índole generosa, y no anduvo remisa en tratarme de genio. Y  
además, me atestiguó la confianza que, a su juicio, sólo podía concederse a  
los genios. Al elegirme por confidente y consejero en asuntos de amores, ver-  
daderamente escabrosos, dió con ello motivo a no pocos comadreos aunque  
ciertamente la manera con que se declaraba en público amiga mía no dejaba  
de halagarme.

*Concierto en Leipzig* PARA empezar tuve que acompañarla a Leipzig donde había  
organizado un gran concierto a beneficio de su madre. Con  
objeto de que, a su juicio, el programa fuera más atrayente  
anunció dos arias de *Rienzi* ejecutadas bajo mi propia dirección: la de Adria-  
no y la plegaria de Rienzi (cantada por Tichatschek). Mendelsohn, que se  
contaba entre sus amigos, participaba también en el concierto dirigiendo per-  
sonalmente su nueva obertura de *Ruy Blas*. Durante los dos días que pasé  
en Leipzig intimé por primera vez con Mendelsohn. Nuestras relaciones an-  
teriores se habían limitado a unas pocas entrevistas que no tuvieron el menor  
alcance. En casa de mi cuñado Federico Brockhaus organizamos un pequeño  
concierto en el que la señora Schröder-Devrient, acompañada por Mendelsohn,  
cantó unas melodías de Schubert. En tal ocasión observé la inquietud y la  
singular turbación con que el maestro, joven aún y en el pináculo de la  
gloria, me miraba o mejor dicho me espiaba.

*Inquietud de Mendelsohn* A su entender, un éxito operístico alcanzado en Dresde  
o en cualquiera otra ciudad tenía escaso valor. Me con-  
taba evidentemente entre los músicos que no eran santo de su devoción y  
con los cuales prefería no tratar, pero los indicios característicos que sella-  
ban mi triunfo le inquietaban. Mendelsohn soñaba ardientemente con com-  
poner una buena ópera y quizá le molestaba el tener que cerciorarse de que  
otro se le había adelantado y había obtenido un éxito notorio con una mú-  
sica que aquel tenía el perfecto derecho de estimar detestable, y tal vez le  
mortificaba también que la señora Schröder-Devrient, que era amiga suya y  
la juzgaba una artista de mérito, se manifestara tan abiertamente en favor  
mío. De todo ello abrigaba vagas sospechas, pero una singular observación  
de Mendelsohn me forzó a reconocer lo bien fundadas que estaban mis pre-  
sunciones. Terminado el ensayo de nuestro concierto, le acompañé a su casa.  
Por el camino le estuve hablando de música en términos apasionados; de  
pronto me interrumpió, y aunque poco hablador de ordinario me dijo con  
tono vehemente que la música, más que las demás artes, poseía desgraciada-  
mente la particularidad de estimular no solamente las cualidades sino tam-  
bién los defectos, y entre estos la envidia. Y al pensar que Mendelsohn po-  
día atribuirme este sentimiento me sonrojé de vergüenza, pues jamás se me  
había ocurrido oponer a la suya mi capacidad musical.

Cosa curiosa, en aquel concierto no quiso patentizar por medio de sus  
obras que estaba muy por encima de toda comparación posible conmigo;  
una ejecución de su obertura de *Las Hébridas* le hubiera situado en un plano  
en el que, dada la enorme diferencia que existía entre nuestras obras, nada  
hubiera tenido que temer con mis dos arias de ópera. Pero al escoger su





*Vegoria de Tannhäuser*

*Fotografía de Wagner, tomada en París, en 1867.*



*Franz Liszt*



*Maria d' Agoult*





Como la señora Schröder-Devrient tenía que ausentarse de Dresde por una larga temporada, sólo se efectuaron cuatro representaciones de *Fliegender Hollaender*, y el número de espectadores me demostró que aquella vez los dresdenses no estaban contentos de mí. A fin de salvar la gloria de mi reputación la dirección general se vió forzada a reponer *Rienzi*. El éxito de esta ópera y el fracaso de *Fliegender Hollaender* me dieron varios motivos de reflexión. Poseído de una extraña inquietud pensaba que si bien era cierto que el *Fliegender Hollaender* había sido interpretado muy medianamente, no era tampoco menos seguro que el éxito de *Rienzi* se debiera exclusivamente a los intérpretes. Evidentemente, Waechter no había estado a la altura de su cometido pero tampoco Tichatschek había sabido traducir el carácter de su papel, pues, no dejé de advertir la negligencia y los errores de su interpretación. Ni un sólo momento se había preocupado de traslucir la índole sombría y demoníaca de *Rienzi* que yo había acentuado en los pasajes decisivos de la acción. Siempre se mostró un tenor heroico y radiante hasta que en el cuarto acto, al serle comunicado el decreto de destierro, se postuló de hinojos como un bonzo y se resignó a su suerte con un lirismo deplorable. Insistí en hacerle observar que *Rienzi*, no obstante estar sumido en un profundo dolor, tenía que mantenerse firme como una roca, pero Tichatschek no quiso modificar su opinión personal ni su interpretación escénica que, dicho sea de paso, mereció los plácemes de la concurrencia.

Al reflexionar sobre el éxito de *Rienzi* conjeturaba que este se debía, por una parte, al magnífico y poderoso órgano vocal del cantante, siempre dispuesto a hacer gala de sus facultades, y por otra, al afortunado conjunto de los coros y el animado colorido de la escena. Recibí en este sentido una preciosa indicación cuando representamos la ópera en dos sesiones. A pesar de que la segunda parte fuese superior a la primera en el aspecto dramático y musical no conseguí, cosa curiosa, atraer un público tan numeroso debido tal vez a que en la primera mitad figuraba el ballet. La prueba un poco ingenua de que lo que más cautivaba de la ópera residía precisamente en dicho ballet me la señaló mi hermano Julio, que había llegado de Leipzig para asistir a una representación. Se sentó conmigo en un palco muy a la vista del público, y le prohibí que aplaudiera aunque sus muestras de aprobación se dirigieran exclusivamente a los intérpretes. Logró contenerse durante casi toda la representación pero ante una cierta evolución del ballet se apoderó de él tal entusiasmo que se contagiò de la exaltación del público, y haciéndome señas de que le era imposible dominarse se puso a aplaudir frenéticamente.

Cosa extraordinaria, este ballet valió más tarde a mi *Rienzi*, que por cierto fué fríamente acogido en Berlín, la señalada y duradera predilección del rey de Prusia. Muchos años después solicitaba aún la reposición de aquella ópera cuya acción dramática no había logrado entusiasmar al público berlinés. Más tarde también, asistiendo en Darmstadt a una representación de *Rienzi*, tuve ocasión de comprobar que habían suprimido de manera inaudita los mejores fragmentos de la obra y que, en cambio, habían ampliado aún más el ballet. Sin embargo, la música de este ballet, que compuse rápidamente en Riga, y sin el menor interés por semejante género, era precisamente de una notoria endeblez. De buenas a primeras tuve que suprimir la pantomima trágica que era lo mejor del ballet; de suerte que ya en Dresde me sentía francamente avergonzado de mi obra.

Por otra parte, no contábamos en Dresde con medios coreográficos para ejecutar ventajosamente mis juegos antiguos y mis danzas de una característica solemnidad, y que más tarde fueron felizmente interpretados en Berlín. Tuve que contentarme, pues, con algunos «pasos» absurdos cuyas evoluciones efectuaban dos jóvenes danzarinas, y con una compañía de guerreros que desfilaban con su escudo en la cabeza: este escudo había de evocar el testuz de los antiguos romanos. El maestro de baile y sus colaboradores, con sus mallas color de carne, se lanzaban sobre aquella plataforma donde verificaban toda suerte de volteretas que simbolizaban, a su juicio, la lucha de los gladiadores. Era en aquel momento cuando la sala estallaba en ovaciones y ello me indicaba que había alcanzado el apogeo de mi éxito.

#### Desprecio por el género teatral

MIENTRAS la singular divergencia que existía entre mis aspiraciones íntimas y mis éxitos exteriores se acentuaba cada vez más, al aceptar el cargo de director de música en Dresde me vi impelido hacia la senda fatal en la que me lancé en la época de mi matrimonio; y ello con una analogía que tenía algo de aterrador. Desde el principio de aquellas negociaciones había demostrado, con mi aquiescencia, una falta de entusiasmo que no puede tacharse en modo alguno de afectación. Sentía por aquel género teatral un profundo desprecio que no atenúa el conocimiento que había adquirido de la intendencia de la corte, en apariencia tan distinguida. Su dirección parecía querer encubrir con ignorante suficiencia, el decaimiento del teatro moderno y la dirección del mismo. Cerbrábase el paso hacia todas las cosas elevadas, y visto de cerca no era aquello más que un haz de frívolos y vanidosos intereses agavillado por un aparato burocrático tan rígido como ridículo. Quedé firmemente convencido de que tener que dedicarme al teatro era la cosa más desagradable que pudieran imponerme. Por tanto, cuando a la muerte de Rastrelli me asaltó la tentación de ser infiel a mi íntima convicción y me apresuré a declarar a mis amigos que no abrigaba la menor intención de aceptar la plaza que quedaba vacante.

#### ¿Seré maestro de capilla?

PERO todo cuanto puede quebrantar la resolución de un hombre se coaligó contra mí. En primer lugar, la perspectiva de afianzar mi existencia mediante una percepción regular de honorarios ejercía una tiránica atracción. Ahuyenté esta tentación pensando en mis éxitos como compositor de ópera, pues esperaba que me reportarían al menos lo suficiente para poder vivir modestamente en dos habitaciones y trabajar, sin ser molestado, en nuevas obras. Pero a propósito de mi afán por un trabajo tranquilo razonaba justamente que teniendo consolidada mi situación, sin verme por ello sobrecargado de ocupaciones, me sería más fácil que nunca consagrarme a mis composiciones pues, en efecto, desde que terminé mi *Fliegender Hollaender* había pasado un año entero sin poder hacer nada. Con todo, me parecía indigno de mí suceder al difunto Rastrelli en una plaza de director de música subordinada a la del maestro de capilla. Rechacé, pues, firmemente la oferta y obligué a la dirección a que se procurara un sustituto en otra parte.

Rehusado definitivamente el cargo, me informaron que, a consecuencia de la muerte de Morlacchi, existía otro puesto disponible, el de maestro de

#### Experiencias resultantes de la representación

capilla real. Y según se me decía, el rey se mostraba dispuesto a otorgármelo. La importancia que tales cuestiones alcanzan en Alemania, sobre todo en las residencias reales, sumada al prestigio que dichas funciones confieren a un músico alemán, que considera a estas como el bien terrestre más envidiable, produjo su efecto sobre mi pobre mujer y la sumió en una gran inquietud. Por doquier se abría ante mí la agradable perspectiva de anudar unas relaciones como hasta entonces no las habíamos conocido: a nosotros, gente sin hogar; y la posibilidad de ser bien vistos y bien recibidos, reavivó nuestro ánimo, y la esperanza de poseer bajo la alta protección del rey un domicilio estable nos prometía el sosiego y el bienestar que en nuestros tiempos de angustias habíamos deseado tan ardientemente.

La viuda de Carlos Maria de Weber, la amable y avisada Carolina, ejerció asimismo una influencia decisiva sobre mi voluntad. Frequentaba a menudo su casa y me atraía especialmente su compañía a causa de los recuerdos del maestro por quien tanta estima tenía. Con emocionada sinceridad, la viuda de Weber me suplicó que no resistiera a aquella significativa llamada del destino. Según decía, se creía con derecho a instarme a que me instalara en Dresde para ocupar el lugar tan tristemente desamparado a raíz de la muerte de su marido. Piense usted —añadía— en lo que tendré que contar a Weber cuando sea llegada la hora de reunirme con él, y tenga que decirle que la obra a la que con tanta abnegación se consagró se halla completamente abandonada; y piense usted cual es mi sufrimiento al ver a ese holgazán de Reissiger ocupando el cargo que Weber desempeñó con tanto brío, y oír sus óperas cada año más indecorosamente presentadas... Si usted apreciaba a Weber debe usted honrar su memoria tomando su sucesión y continuando su obra. Luego, como mujer experimentada, sacaba a relucir, con enérgica solicitud, las ventajas de orden práctico que ofrecía el asunto, y me exhortaba a pensar en mi mujer, que, en el caso de que yo muriera repentinamente, tendría al menos el porvenir asegurado.

Pero más que los consejos de aquella mujer inteligente, que su afecto, y que sus razonamientos, lo que mayor influencia ejerció sobre mi voluntad fué un sentimiento que la vida no ha podido arrebatarme: la fe entusiasta en la posibilidad de encontrar donde el destino me condujera —a la sazón en Dresde— los medios de forzar al mundo musical a abandonar la rutina y crear lo imposible. En el fondo —pensaba— bastaría tal vez un hombre apasionado y convencido, favorecido por la fortuna, para que se lograra regenerar la música sumida en la decadencia, para obtener una ennobecedora influencia sobre los artistas y el público, y liberar al arte encadenado ahora con ignominiosas ligaduras. La rápida y feliz mudanza que acababa de operarse en mi destino me reforzaba en mi creencia, y la nueva manera de ser de Lüttichau me cautivó positivamente en cuanto pude darme cuenta de ella. Este hombre singular me mostró una simpatía de la que no le hubiera creído capaz, y debo confesar que no se apartó jamás, ni siquiera cuando más tarde tuvimos frecuentes discusiones, del afecto sincero que me atestiguó.

Con todo, sólo se obtuvo mi asentimiento por una especie de sorpresa. El 2 de febrero de 1843 fui muy amablemente convocado al despacho de la Intendencia Real, en el que encontré agrupado en torno a Lüttichau, a todo el estado mayor de la capilla. Este instó a mi inolvidable amigo Winkler a que procediera a la lectura de un decreto real según el cual se me nombraba maestro de capilla de Su Majestad, con unos honorarios vitalicios de mil quinientos táleros. Terminada la lectura Lüttichau pronunció una pomposa alocución en la que suponía que yo aceptaría con sumo agrado el honor que me dispensaba el Monarca. En seguida me di cuenta de que con tan aparatoso boato me hurtaban toda posibilidad de discutir la cuestión de los honorarios. La supresión del año de prueba al que el propio Weber había tenido que someterse estaba sin duda calculado para halagarme y reducirme al silencio.

Mis nuevos colegas se apresuraron a felicitarme; Lüttichau, prodigándome toda clase de cumplidos, me acompañó hasta la puerta y mi mujer, loca de alegría, cayó en mis brazos. Tuve, pues, que adoptar un continente satisfecho y permitir que me complimentaran como maestro de capilla si no quería correr el albur de suscitar un verdadero escándalo.

#### El rey Federico de Sajonia

DESPUÉS de una sesión ceremoniosa en cuyo curso presté juramento de servir fielmente al rey, y luego que el director general, con breves y vehementes palabras, efectuó mi presentación, ante todo el cuerpo de capilla reunido, fui recibido en audiencia por Su Majestad. Al ver el rostro de aquel monarca, tan bondadoso, tan afable y tan modesto, recordé involuntariamente el proyecto que había formado en mi juventud de componer una *Obertura política* sobre el tema «Federico y la libertad». La conversación, al principio un poco embarazosa, cobró animación cuando el rey me expresó la satisfacción que había experimentado al oír mis dos óperas. Si una observación tenía que hacerme —me dijo después de una amable vacilación— era la de que hubiese deseado ver destacarse más netamente de su marco a los personajes de mis dramas musicales. A su entender, las fuerzas elementales dominaban en ellos demasiado: en *Rienzi* el pueblo y en *Fliegender Hollaender*, el mar. Me pareció comprender muy bien lo que con ello quería significar el rey, y me complacieron grandemente las pruebas de interés y de juicio personal que le merecieron mis obras. Se excusó además, de que, por detestarle el teatro, no asistiera con frecuencia a la representación de mis obras. Provenía esta aversión del hecho que él y su hermano Juan se habían visto forzados durante su juventud a someterse a unos principios de educación que obligaba a los dos muchachos a asistir con regularidad a los espectáculos teatrales, a pesar de que, despojados de toda etiqueta, hubieran sin duda preferido entregarse a una ocupación más de su agrado.

Poco tiempo después me fué dado conocer un ejemplo característico del espíritu que anima a los cortesanos. Me contaron que Lüttichau, habiendo tenido que esperar en la antesala durante mi audiencia, se había quejado de la duración de la entrevista.

En el curso de los años siguientes sólo dos veces se me dejó la ocasión de entrevistarme con aquel excelente soberano. Fué la primera al ofrecerle el arreglo para piano de mi *Rienzi* que le había dedicado, y la segunda, con motivo de la representación de mi afortunada adaptación de *Ifigenia en Aulida*, de Glück. El rey, que tenía una señalada predilección por esta última

#### La viuda de Carlos Maria de Weber



obertura de *Ruy Blas* parecía acuciarle el deseo de aprovechar aquella ocasión para acercarse al género de la música operística, con el objeto sin duda de que su composición recibiera, por así decirlo, un reflejo de ésta. La obra estaba evidentemente calculada para un público parisién, y terminada la ejecución Roberto Schumann avanzó hacia la orquesta para felicitar a Mendelsohn y sonriente, con su habitual torpeza, le dijo que su obra era «famosa pieza de orquesta».

En honor a la verdad debo decir que en aquella velada ni Mendelsohn ni yo cosechamos éxito alguno. Quedamos totalmente esfumados bajo la extraordinaria impresión que produjo en todos los circunstantes la venerable Sofía Schröder al recitar la balada de *Leonora* de Burger. Los periódicos reprocharon a la señora Schröder-Devrient de haber organizado a beneficio de su madre, que ni siquiera conocía el pentágono, una reunión casi exclusivamente musical, forzando así en cierto modo al público filarmónico de Leipzig a tomar parte en aquel beneficio. Pero con todo, al lado de aquella vieja y desdentada mujer que había recitado el poema de Burger con un brío y una sublimidad casi aterradores, nosotros, los cómplices musicales, no éramos más que unos pobres ministriles. Esto y otras muchas cosas me dieron durante algunos días hartos motivos de reflexión.

En diciembre de aquel año, efectué un viaje a Berlín en compañía de la señora Schröder-Devrient, donde la cantante había sido invitada a participar en un gran concierto de la corte, y en cuya ciudad yo tenía que conferenciar con el intendente Küstner a propósito de mi *Fliegender Hollaender*. Si no logré dar cima a mis asuntos personales, aquella breve estancia en Berlín cobró en cambio, para mi porvenir, una importancia particular y del más alto valor: me entrevisté nuevamente con Franz Liszt. Debido al carácter caprichoso e inconstante de la señora Schröder-Devrient, aquel nuevo encuentro tuvo lugar en circunstancias especiales que nos sumieron a Liszt y a mi en una singular turbación.

Había ya contado a mi protectora que había conocido a Liszt en una ocasión anterior. Durante el segundo y desgraciado invierno que pasé en París, en que para vivir me veía forzado a aceptar los trabajos de mercenario que me proporcionaba Schlesinger, me informó Laube —que no cesaba de ocuparse de mí— de la próxima llegada de Liszt a París. Laube me recomendó que fuera a verle pues, según decía, Liszt era «generoso» y seguramente me ayudaría. Cuando me enteré de su llegada me presenté muy de mañana en el hotel donde se hospedaba. Pasé al salón donde esperé en compañía de otros caballeros, y pronto apareció Liszt en batín, amable y locuaz. Escuché con gran desasosiego, porque no la comprendía, la conversación que se entabló en francés relativa a la última gira del maestro por Hungría y, por último, Liszt me preguntó amablemente en qué podía servirme.

Parecía haber olvidado la recomendación de Laube, y todo lo que se me ocurrió contestar a su pregunta fué que tenía muchos deseos de conocerle. Se mostró encantado y prometió mandarme una localidad para su próximo concierto. Traté de iniciar una conversación sobre el arte y le pregunté si conocía la composición que, basada en la de Schubert, había escrito Loewe sobre *El rey de los alisos*. Su respuesta negativa puso fin al diálogo y dándole mi dirección di por terminada mi visita. Poco después, su secretario Belloni me trajo, con unas amables líneas del maestro, una localidad para la sala Erard donde se celebraba el concierto. El local estaba atestado; vi a Liszt sentado en el estrado ante el piano de cola rodeado por lo más selecto de la sociedad femenina de París; escuché las entusiastas ovaciones que se prodigaron a aquel virtuoso adorado de todo el mundo; oí interpretar varios de sus piezas más brillantes, entre ellas su fantasía sobre *Roberto el Diabolo*, y no experimenté en suma otra impresión que la de la estupefacción. Era la época en que me apartaba de la senda que erróneamente había seguido y que me había conducido a una dirección opuesta a mi verdadero temperamento; y la abandoné entonces con una silenciosa amargura no exenta, empero, de énfasis. No me sentía con ánimos para discernir el valor de una personalidad que refulgía bajo aquella luz de la que yo me alejaba para sumirme en la obscuridad. Y no volví más a casa de Liszt.

La señora Schröder-Devrient y Liszt

Como ya he dicho, conté aquella entrevista a la señora Schröder-Devrient, que escuchó mi relato con vivo interés debido sin duda a que había tocado su punto débil, es decir su envidia de artista. Entre tanto, Liszt, que también había sido solicitado por el rey de Prusia para tomar parte en el gran concierto que tenía que efectuarse en la corte berlinesa, se apresuró a informarse cerca de la señora Schröder-Devrient de los detalles del éxito de *Rienzi*.

Mi protectora, al darse cuenta de que el autor de *Rienzi* era para el maestro un personaje totalmente desconocido, se apresuró a echarle en cara su falta de clarividencia, pues el compositor de quien quería informarse, era aquel mismo pobre músico que poco tiempo antes había despedido en París de manera tan desdeñosa. La señora Schröder-Devrient parecía mostrarse encantada al contarme su entrevista con Liszt, pero yo no participé de su alegría pues en seguida adiviné la manera con que había apañado mi relato. Estábamos en su aposento discutiendo precisamente sobre este punto cuando, de pronto, oímos en la habitación contigua el célebre pasaje del bajo cantante del aria de *Donna Anna* ejecutado rápidamente al piano en octavas.

—¡Pero si es él! — exclamó la señora Schröder-Devrient.

Carácter simpático de Liszt

A poco entró Liszt y solicitó de la cantante su colaboración para un ensayo. Muy a pesar mío y con malicioso regocijo la señora Schröder-Devrient me presentó como el compositor de *Rienzi*, a quien Franz Liszt desearía seguramente conocer después de haberle despedido incorrectamente en su orgulloso París. Protesté seriamente afirmando que mi protectora, seguramente para chancearse, había desnaturalizado el relato que yo le había hecho de mi visita. Liszt, que por lo visto debía conocer también las extravagancias de la gran artista, pareció hacer caso omiso de lo dicho por la señora Schröder-Devrient. Con todo, declaró que no recordaba haberme visto en París, y se lamentó que le dijeran que alguien pudiera tener motivos de queja de semejante falta de atención por su parte. En agradable contraste con las zahirientes palabras de la petulante actriz, el tono cordial y la manera sencilla con que Franz Liszt se excusó de su descortesía me produjeron un efecto simpático y conciliador. Y su modo de defenderse contra los mortificantes ataques de que era objeto me dio una idea convincente de las cualidades que adornaban a aquel hombre superior: su amabilidad y su bondad incomparables.

La señora Schröder-Devrient acabó por tomar a broma el nuevo título

de doctor que acababa de conferir a Liszt la Universidad de Königsberg, y a causa del cual corría el albur de que lo tomaran por un boticario. Al cabo Liszt se postró de hinojos ante ella, se declaró incapaz de luchar contra aquella granizada de sarcasmos y la suplicó que le indultara. Nos separamos después de haberme asegurado que no faltaría a la audición de mi *Rienzi*, y expresándome su confianza de darme entonces dictamen más afortunado de mi obra que aquel con el que su mala estrella le había gratificado.

La sencillez y, por así decirlo, la ingenuidad de cada una de sus expresiones y de sus palabras me impresionaron profundamente, y comprendí la seducción que ejercía Liszt sobre todos cuantos le trataban. En aquel momento reconocí con toda sinceridad la falsa opinión que hasta entonces me había merecido el gran compositor.

Aquellos dos viajes a Leipzig y a Berlín no fueron más que breves intermedios en los estudios que hacíamos del *Fliegender Hollaender*. Me preocupaba sobremanera que la señora Schröder-Devrient conservara el vivo interés que había atestiguado por mi obra, pues me daba perfecta cuenta de que, dada la mediocridad de los demás intérpretes, sólo podía contar con ella para que llegara al público el espíritu de mi composición.

Si el papel de «Senta» le había caldo en gracia ello se debía a particulares circunstancias que agitaban a la sazón la vida de aquella mujer apasionada. Convertido en su confidente, supe que después de varios años de relaciones estaba a punto de romper con el hijo del ex-ministro de Cultos Müller, un hombre joven pero muy formal y sinceramente enamorado de la actriz. A la sazón era teniente de la guardia real. Debido a la volubilidad de su carácter, mi protectora se proponía lanzarse a otra aventura mucho menos recomendable. Su nueva elección era un tal Münchhausen, a quien acababa de conocer en Berlín. Por supuesto, era también joven, alto y delgado pues tales eran los exigentes gustos de mi amiga. La confianza ilimitada que en este caso me demostró tenía sin duda su origen en la perversidad de su conciencia. Sabía que Müller, con quien contraje amistad a causa de las excelentes cualidades que le adornaban, la amaba con toda la vehemencia de un primer amor, y que ella le traicionaba bajo los pretextos más fútiles. Debía estimar también que el tal Münchhausen no era digno de Guillermina Schröder-Devrient, y que únicamente motivos de egoísmo y frivolidad le inclinaban hacia ella. Sabía, además, que nadie aprobaría su conducta, y sobre todo sus antiguos amigos a los que con sus caprichos y antojos había incomodado en no pocas ocasiones. Y me declaró francamente que le era preciso abrirme su corazón pues me consideraba como un genio que comprendiera las exigencias de su temperamento; por lo que me encontré así en una insólita situación.

Su inclinación por mí y el objeto de ésta me eran profundamente antipáticos y no obstante, sentía un poco de compasión y hasta interés por la pasión que tan ardientemente se apoderaba de aquella extraña mujer.

Estaba pálida y presa de gran abatimiento, vivía casi sin comer y sus fuerzas vitales estaban tan tensas que temí cayera gravemente o tal vez mortalmente enferma. Se pasaba las noches en blanco, y cada vez que yo llegaba a su casa con mi infortunado *Fliegender Hollaender* me sobrecogía de tal modo su estado que ni siquiera pensaba en nuestro trabajo. Pero ella me retenía, me obligaba a sentarme al piano y se sumergía con toda su alma en el estudio de su papel. Tarda en aprender, sólo llegaba a hacerse cargo de la música después de largos y repetidos ejercicios. Cantaba durante horas enteras con tal brío que con frecuencia me levantaba de la silla y le suplicaba que descansara; pero ella se golpeaba sonriente el pecho para tranquilizarme y todos los músculos de su hermoso cuerpo se tendían: no, nada había que temer. En verdad, su voz adquirió durante aquel período una frescor juvenil y una resistencia que me llenaban de asombro, y tuve que reconocer el singular fenómeno que la ridícula inclinación de la artista por un hombre banal y de escaso valor redundaba en beneficio de mi «Senta». El volumen de voz de la cantante, extraordinariamente cálido, era tan notable que para prestarme un servicio, y a fin de evitar cualquier retraso en la representación del *Fliegender Hollaender*, se sintió con ánimos para efectuar el ensayo general el mismo día del estreno. Este tuvo lugar el día 2 de enero de 1843. Sus consecuencias me fueron muy aleccionadoras e imprimieron una dirección decisiva a mi destino.

Incapacidad de Waechter

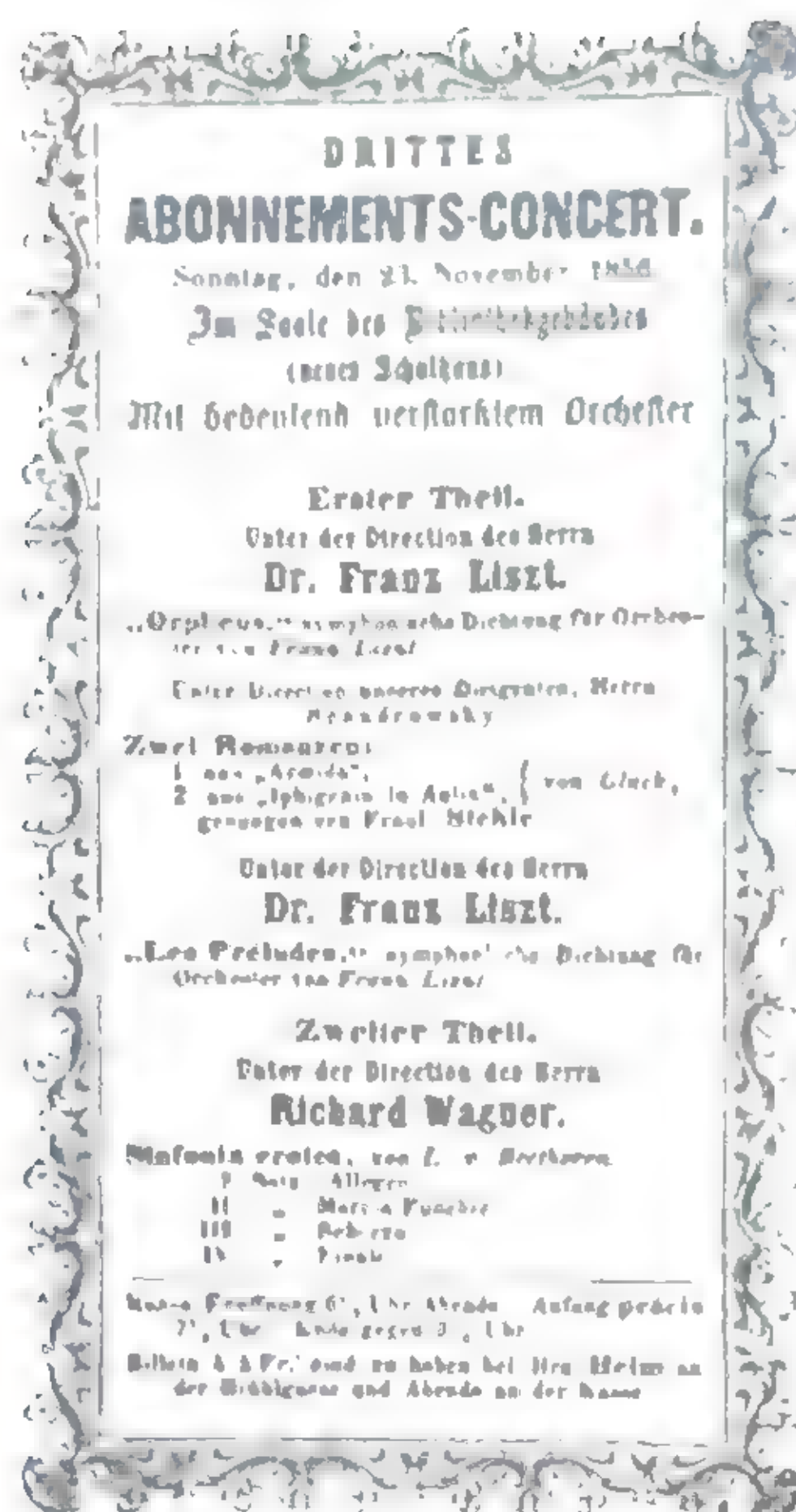
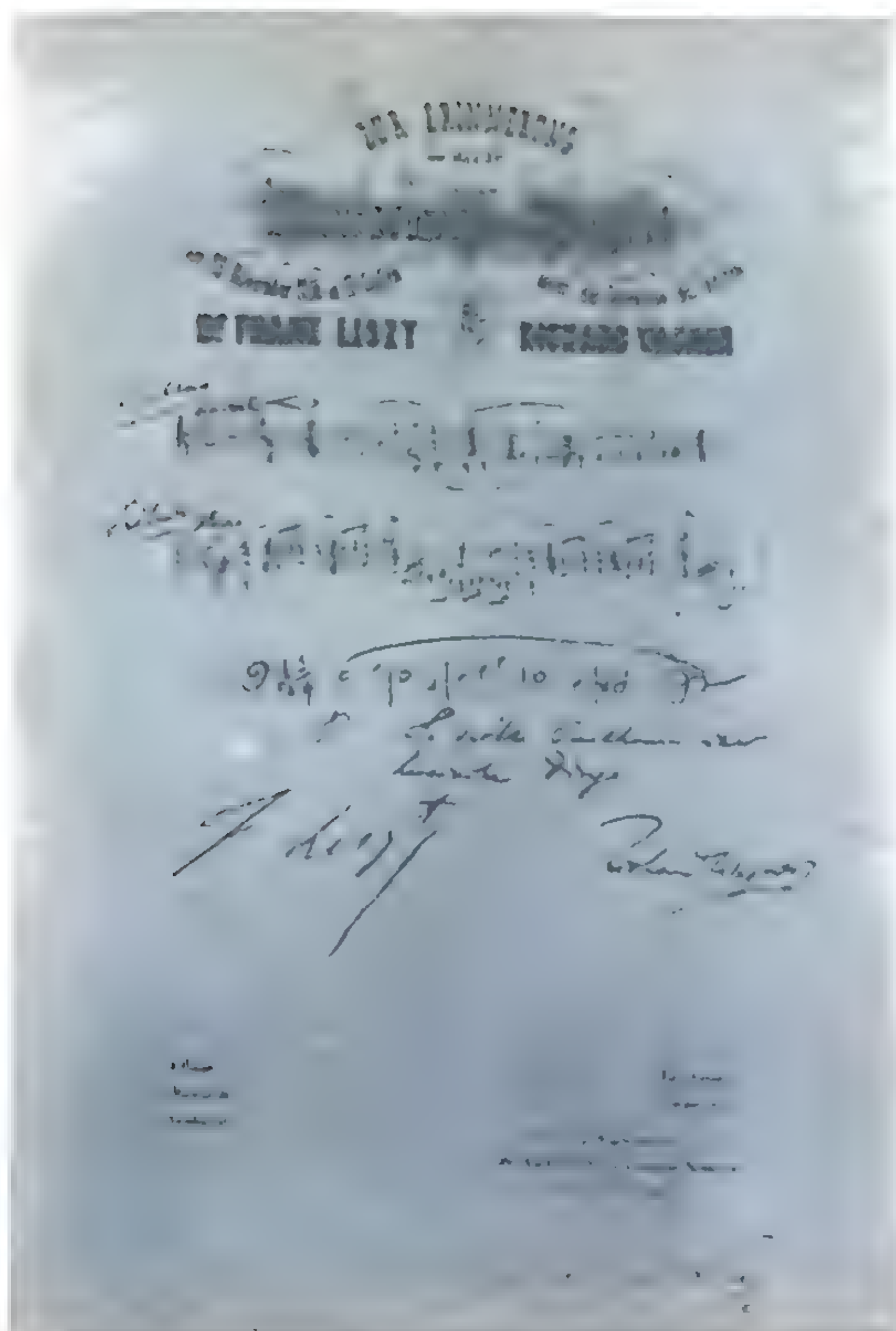
El relativo fracaso de mi obra me señaló, en primer lugar, con qué meticuloso cuidado había de ocuparme en el futuro de la interpretación dramática de mis composiciones. Me había figurado que mi partitura se comprendería por sí misma y que los cantantes sabrían interpretarla, por propia iniciativa, a mi entera satisfacción. Mi viejo y modesto amigo Waechter que, en tiempos de Enriqueta Sontag, había hecho un célebre «Barbero de Sevilla», expresó desde el principio, una opinión contraria a la mía. Desgraciadamente, la señora Schröder-Devrient se dio cuenta demasiado tarde, en los ensayos, de la completa ineptitud de Waechter para interpretar mi enérgico y taciturno navegante. La inquietante gordura de Waechter, su rostro mofetudo y los movimientos ridículos de sus brazos y piernas que parecían moverse por su cuenta, desesperaban a mi irritable «Senta». En uno de los ensayos durante la escena cumbre del segundo acto, en el momento en que la señora Schröder-Devrient tenía que avanzar hacia él con el gesto de un ángel tutelar que anunciara la salvación definitiva, se volvió inopinadamente hacia mí y me musitó al oído:

—¿Cómo es posible cantarle esto al ver sus ojillos de cerdo? Por Dios, Wagner ¿por qué ha hecho usted eso?

La consolé como pude y cifré mis esperanzas en Münchhausen que me prometió ocupar el día del estreno una butaca que fácilmente advertiría la señora Schröder-Devrient. Y en efecto, a pesar de la abominable vacuidad de la escena, la gran artista consiguió en el segundo acto cautivar por entero al público entusiasmado. En cuanto al primer acto, éste hizo el efecto de una fastidiosa entrevista entre Waechter y Risse, el mismo actor que el día del estreno de *Rienzi* me invitó a tomar una botella de buen vino.

En el tercer acto, el estrépito de la orquesta no consiguió agitar aquel mar que siguió en una estúpida bonanza, ni a mover el buque fantasma de su prudente posición. El público no podía salir de su asombro que después de *Rienzi*, cuyos actos eran todos animados y en la que Tichatschek aparecía deslumbrante con sus ricas indumentarias, hubiera podido ofrecerle una obra tan sombría y taciturna.





Liszt interj. 1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41. 42. 43. 44. 45. 46. 47. 48. 49. 50. 51. 52. 53. 54. 55. 56. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 63. 64. 65. 66. 67. 68. 69. 70. 71. 72. 73. 74. 75. 76. 77. 78. 79. 80. 81. 82. 83. 84. 85. 86. 87. 88. 89. 90. 91. 92. 93. 94. 95. 96. 97. 98. 99. 100. 101. 102. 103. 104. 105. 106. 107. 108. 109. 110. 111. 112. 113. 114. 115. 116. 117. 118. 119. 120. 121. 122. 123. 124. 125. 126. 127. 128. 129. 130. 131. 132. 133. 134. 135. 136. 137. 138. 139. 140. 141. 142. 143. 144. 145. 146. 147. 148. 149. 150. 151. 152. 153. 154. 155. 156. 157. 158. 159. 160. 161. 162. 163. 164. 165. 166. 167. 168. 169. 170. 171. 172. 173. 174. 175. 176. 177. 178. 179. 180. 181. 182. 183. 184. 185. 186. 187. 188. 189. 190. 191. 192. 193. 194. 195. 196. 197. 198. 199. 200. 201. 202. 203. 204. 205. 206. 207. 208. 209. 210. 211. 212. 213. 214. 215. 216. 217. 218. 219. 220. 221. 222. 223. 224. 225. 226. 227. 228. 229. 230. 231. 232. 233. 234. 235. 236. 237. 238. 239. 240. 241. 242. 243. 244. 245. 246. 247. 248. 249. 250. 251. 252. 253. 254. 255. 256. 257. 258. 259. 260. 261. 262. 263. 264. 265. 266. 267. 268. 269. 270. 271. 272. 273. 274. 275. 276. 277. 278. 279. 280. 281. 282. 283. 284. 285. 286. 287. 288. 289. 290. 291. 292. 293. 294. 295. 296. 297. 298. 299. 300. 301. 302. 303. 304. 305. 306. 307. 308. 309. 310. 311. 312. 313. 314. 315. 316. 317. 318. 319. 320. 321. 322. 323. 324. 325. 326. 327. 328. 329. 330. 331. 332. 333. 334. 335. 336. 337. 338. 339. 340. 341. 342. 343. 344. 345. 346. 347. 348. 349. 350. 351. 352. 353. 354. 355. 356. 357. 358. 359. 360. 361. 362. 363. 364. 365. 366. 367. 368. 369. 370. 371. 372. 373. 374. 375. 376. 377. 378. 379. 380. 381. 382. 383. 384. 385. 386. 387. 388. 389. 390. 391. 392. 393. 394. 395. 396. 397. 398. 399. 400. 401. 402. 403. 404. 405. 406. 407. 408. 409. 410. 411. 412. 413. 414. 415. 416. 417. 418. 419. 420. 421. 422. 423. 424. 425. 426. 427. 428. 429. 430. 431. 432. 433. 434. 435. 436. 437. 438. 439. 440. 441. 442. 443. 444. 445. 446. 447. 448. 449. 450. 451. 452. 453. 454. 455. 456. 457. 458. 459. 460. 461. 462. 463. 464. 465. 466. 467. 468. 469. 470. 471. 472. 473. 474. 475. 476. 477. 478. 479. 480. 481. 482. 483. 484. 485. 486. 487. 488. 489. 490. 491. 492. 493. 494. 495. 496. 497. 498. 499. 500. 501. 502. 503. 504. 505. 506. 507. 508. 509. 510. 511. 512. 513. 514. 515. 516. 517. 518. 519. 520. 521. 522. 523. 524. 525. 526. 527. 528. 529. 530. 531. 532. 533. 534. 535. 536. 537. 538. 539. 540. 541. 542. 543. 544. 545. 546. 547. 548. 549. 550. 551. 552. 553. 554. 555. 556. 557. 558. 559. 560. 561. 562. 563. 564. 565. 566. 567. 568. 569. 570. 571. 572. 573. 574. 575. 576. 577. 578. 579. 580. 581. 582. 583. 584. 585. 586. 587. 588. 589. 590. 591. 592. 593. 594. 595. 596. 597. 598. 599. 600. 601. 602. 603. 604. 605. 606. 607. 608. 609. 610. 611. 612. 613. 614. 615. 616. 617. 618. 619. 620. 621. 622. 623. 624. 625. 626. 627. 628. 629. 630. 631. 632. 633. 634. 635. 636. 637. 638. 639. 640. 641. 642. 643. 644. 645. 646. 647. 648. 649. 650. 651. 652. 653. 654. 655. 656. 657. 658. 659. 660. 661. 662. 663. 664. 665. 666. 667. 668. 669. 670. 671. 672. 673. 674. 675. 676. 677. 678. 679. 680. 681. 682. 683. 684. 685. 686. 687. 688. 689. 690. 691. 692. 693. 694. 695. 696. 697. 698. 699. 700. 701. 702. 703. 704. 705. 706. 707. 708. 709. 710. 711. 712. 713. 714. 715. 716. 717. 718. 719. 720. 721. 722. 723. 724. 725. 726. 727. 728. 729. 730. 731. 732. 733. 734. 735. 736. 737. 738. 739. 740. 741. 742. 743. 744. 745. 746. 747. 748. 749. 750. 751. 752. 753. 754. 755. 756. 757. 758. 759. 760. 761. 762. 763. 764. 765. 766. 767. 768. 769. 770. 771. 772. 773. 774. 775. 776. 777. 778. 779. 780. 781. 782. 783. 784. 785. 786. 787. 788. 789. 790. 791. 792. 793. 794. 795. 796. 797. 798. 799. 800. 801. 802. 803. 804. 805. 806. 807. 808. 809. 810. 811. 812. 813. 814. 815. 816. 817. 818. 819. 820. 821. 822. 823. 824. 825. 826. 827. 828. 829. 830. 831. 832. 833. 834. 835. 836. 837. 838. 839.





ópera, me detuvo en un paseo público y me felicitó cordialmente por mi trabajo.

Con aquella audiencia real había alcanzado sin duda el punto culminante de mi afortunada y rápida carrera en Dresde. A partir de aquel día, y bajo múltiples formas, no me faltaron las preocupaciones. Las ventajas que me deparaba mi nueva situación no guardaban relación con los sacrificios y deberes que desde que había recobrado mi independencia pesaban sobre mi existencia, de modo que no tardé en darme cuenta de lo inestable de mi posición económica. El joven director de orquesta, que después de su salida de Riga había desaparecido completamente de la escena pública, reaparecía súbitamente, en medio de la estupefacción general, como maestro de capilla real en Dresde. Los primeros efectos de mi fortuna, que llegó a sabiéndose de todo, el mundo, se manifestaron con las urgentes y amenazadoras reclamaciones con que me abrumaron mis acreedores de Königsberg, los mismos que procuré eludir lanzándome desde Riga a una aventura llena de tribulaciones. Y por si ello fuera poco me vi expuesto a las reivindicaciones de todos aquellos que por doquier y desde años atrás se creían con derecho a exigir algo de mí. Se me presentaron reclamaciones de cuando era estudiante e incluso de cuando iba a la escuela. Acabé por esperar recibir de un momento a otro la factura de mi nodriza por sus trabajos de lactancia.

Cierto es que todo ello no ascendía a una suma crecida, pero a fin de desmentir los malévolos comadreoos que a este respecto se suscitaron, y de los que más tarde me enteré, declaro solemnemente que mil táleros que mediante intereses me prestó la señora Schröder-Devrient, me bastaron para saldar todas mis deudas y cuanto, sin esperanza de recobrarlo, me anticipó Kietz en París. Devolví a mi amigo el dinero que me prestó en aquellos angustiosos días de París y, por añadidura, tuve aun ocasión de ayudarle.

PERO ¿dónde encontrar tanto dinero? Mi situación económica era tan precaria que para estimular a la señora Schröder-Devrient a aceptar la representación del *Fliegender Hollaender*, tuve que confesarle la importancia que para mí representaban los derechos de autor que tenía que percibir. Ni siquiera se habló de concederme una indemnización por mi instalación que correspondía, no obstante, al rango de maestro de capilla; tampoco me reembolsaron la adquisición de una ridícula y costosa indumentaria cortesana, de suerte que absolutamente falto de recursos no podía pensar en instalarme sin hacer un empréstito en regla. Abrigaba la esperanza de que con el gran éxito de *Rienzi* se representaría esta ópera en otros escenarios alemanes, y mis propios parientes, entre ellos la sensata Otilia, opinaban que mis ingresos se verían pronto aumentados con los beneficios de las futuras representaciones. Al principio todo pareció marchar sobre ruedas. El teatro de la corte de Casel y el de Riga, que conocía muy bien, solicitaron la partitura de mi *Fliegender Hollaender*. Deseaban representar algo mío lo más pronto posible, y, según los rumores que circulaban, esta ópera era menos larga y exigía menos aparato que *Rienzi*. En mayo de 1843 recibí de aquellas dos ciudades favorables noticias sobre el éxito de la representación. Pero no pasó de ahí y transcurrió todo el año sin que volviera a solicitarse mi partitura. Traté de ganar algún dinero publicando un arreglo para piano del *Fliegender Hollaender*; y no hice lo mismo con *Rienzi* pues, contando con un éxito más duradero, me lo reservaba para más adelante. Este intento fracasó a causa de la mala voluntad que demostraron los señores Haertel de Leipzig, quienes manifestaron estar dispuestos a editar mi ópera a condición de que yo renunciase a todos los honorarios.

**Animosidad de los críticos** POR el momento, no podía contar con mis éxitos más que en un sentido figurado. No podía quejarme de las múltiples atenciones que me dispensaba el público de Dresde, pero también a este respecto se desvanecieron prontamente mis sueños de Arcadia. La instalación de mi residencia en Dresde originó sin duda una nueva era para los periodistas y críticos musicales, y el rencor que inspiró en ellos mi fortuna les prestó la fuerza vital de que hasta entonces, carecían. Está demostrado que C. Bank y J. Schladebach, dos personajes a quienes ya me he referido, se instalaron en Dresde por aquella época. Y sé además que Bank tuvo algo que ver con la policía, cuyo asunto se arregló mediante la intervención y la recomendación de mi cofrade Reissiger.

El éxito de *Rienzi* sentó muy mal a esos caballeros que bajo un contrato duradero tenían la misión de ejercer la crítica musical en los periódicos de Dresde. Ni por asomo había tratado de granjearme sus favores y, no obstante, les había sido harto difícil verter su bilis contra un joven músico generalmente amado y por quien el público benévolo se interesaba, tanto más cuanto que estaba enterado de su vida tan poco favorecida por la fortuna. Sin embargo, mi extraordinario nombramiento para el puesto de maestro de capilla real les dispensó de todo miramiento. En aquel momento, una suerte inaudita alumbraba mi destino. Ya existía algo con que dar pasto a la envidia; ya se podía morder sobre algo concreto, y al hablar de mí no tardaron todos los periódicos alemanes en adoptar un tono que no ha cambiado aún en la hora actual. Durante mi primera estancia en Suiza como refugiado político se operaron algunos cambios pasajeros en unas hojas de color especial que desaparecieron cuando gracias a los esfuerzos de Liszt, y a pesar de mi destierro, mis óperas se divulgaron por toda Alemania.

**Protección de Laube** Si después de las representaciones de Dresde, dos teatros solicitaron mis partituras débese ello al hecho que mis dos periodistas polizontes se creían aún obligados a guardar alguna mesura en su nefasta actividad. Pero más tarde, no me equivoqué al atribuir la absoluta falta de consideración al efecto de las falsas y calumniosas informaciones que aparecieron sobre mí en los periódicos. Mi viejo amigo Laube se apresuró, en verdad, a defenderme con su pluma, y habiéndose hecho cargo nuevamente, a partir del nuevo año de 1845, de la redacción del *Mundo elegante* me rogó que le proporcionara mi biografía para uno de sus próximos números. Sin duda le complacía sobremanera el presentarme triunfalmente al mundo literario de entonces, y con objeto de que el artículo apareciera más deslumbrante lo acompañó con una litografía del retrato que antaño me hizo Kietz. Sin embargo, al observar el aplomo y la insistencia con que se criticaban, se denostaban y se despreciaban mis obras, acabó por enjuiciar las mías con no pocos titubeos y vacilaciones. Más tarde me confesó que, a su parecer, no era posible mantener una situación tan deplorable frente a la prensa y

que, sabedor de mis principios, me juzgaba hombre perdido y me daba su riendo su bendición.

EN mi nuevo campo de actividad pronto me di cuenta de que se operaba, respecto a mí, un cambio de opinión que fué como pan bendito para los periodistas. Como no me espoleaba ningún sentimiento de vanidad, ni siquiera solicité dirigir personalmente mi ópera. Sin embargo, habiéndome dado cuenta de que el maestro de capilla Reissiger se mostraba cada vez más indolente después de cada representación de *Rienzi*, y que la ejecución del conjunto caía en la rutina habitual de la indiferencia y la vanidad, y sabiendo, por otra parte, que se contaba conmigo como director de orquesta, formulé el deseo de dirigir yo mismo la sexta representación. Sin ensayo previo y sin haberme puesto en contacto con los músicos todo marchó a las mil maravillas: cantantes y orquesta quedaron electrizados y, según el decir de todo el mundo, aquella representación de *Rienzi* ha sido la mejor que haya podido verse. A causa de la muerte de Rastrelli se hallaba Reissiger abrumado de trabajo, y por este motivo me confiaron a mí el estudio y la dirección del *Fliegender Hollaender*. Me instaron además a que diera una prueba de mis aptitudes dirigiendo una partitura que no fuera mía y se escogió para tal menester el *Euryanthe*, de Weber. Todo el mundo se mostró satisfecho, y fué precisamente después de esta representación cuando la viuda de Weber me rogó con insistencia que aceptara las funciones de maestro de capilla en Dresde. Y me declaró que, por primera vez después de la muerte de su marido, escuchó la obra de Weber interpretada con su verdadero espíritu y con el movimiento requerido.

El primer resultado de mi nombramiento fué el de herir el amor propio de Reissiger, que hubiera preferido ver a su lado a un director que le estuviera subordinado en lugar de un colega con la misma autoridad que él. Con todo, su carácter apacible y su índole perezosa hubieran acabado por que se congraciara conmigo si su orgullosa mujer no le hubiera suscitado temores de verme convertido en su rival. A pesar de que tal estado de animosidad no pasó nunca a mayores, no tardé en advertir en la prensa ciertas indiscreciones que me demostraron la falta de sinceridad de mi colega. No dejaba de abrazarme cada vez que me veía pero yo no me llamaba a engaño acerca del valor de estas muestras de efusión.

UNA cosa, no obstante, me extrañó más aún: de pronto me di cuenta que había suscitado un profundo sentimiento de envidia en un hombre de quien jamás habría sospechado tal pasión. Era Carlos Lipinsky, primer violín desde hacía varios años en la capilla real y renombrado virtuoso. Músico enamorado de su arte y singularmente original, Lipinsky era también de una vanidad increíble y esta vanidad impelía a los peores extravíos a aquel polaco de un carácter receloso y versátil.

Aunque su talento y el ejemplo de su habilidad estimulasen a los violinistas, Lipinsky no estaba evidentemente en su sitio en una orquesta bien organizada. Aquel hombre excéntrico se esforzaba por merecer al pie de la letra el elogio de Lüttichau, que había dicho que el sonido del violín de Lipinsky emergía siempre del conjunto. Por eso se adelantaba un poco a los demás instrumentos y actuaba de primer violín en toda la acepción de la palabra. Interpretaba los matices a su antojo, y las suaves inflexiones de un piano cobraban bajo su arco una fanática dureza. A este respecto era totalmente imposible hacerle entrar en razón, y únicamente se podía obtener algo de él mediante las más encendidas lisonjas. De grado o por fuerza me veía, pues, obligado a soportar sus defectos. Me esforcé en atenuar el daño que causaba a la orquesta atenuándole de mil maneras una amistad entusiasta; pero no podía resignarse a admitir que bajo mi dirección se sucediesen las audiciones mejor que de ordinario; y fuese el que fuese el maestro de capilla que estaba ante el atril por poco que él, Lipinsky, interviniera, la orquesta debía ser excelente.

**Falsa conducta de Lipinsky** AHORA bien, como suele ocurrir cuando un nuevo director ocupa su cargo, los músicos se dirigieron a mí para solventar varias cuestiones que habían quedado en suspenso. Lipinsky, irritado, se apresuró a aprovecharse de la ocasión para cometer un acto de singular traición. Había muerto uno de los más viejos contrabajos y Lipinsky insistió cerca de mí para que no fuera reemplazado como solía hacerse, es decir por vía de ascenso, sino por un notable contrabajo que él conocía, el virtuoso Müller, de Darmstadt. Cuando el músico a quien tal medida perjudicaba vino a hablarme permanecí fiel a la promesa dada a Lipinsky: expresé mis escrúpulos respecto a aquel sistema de ascensos, y afirmé que por el juramento que había prestado al rey estimaba mi deber salvaguardar los intereses artísticos del Instituto antes que los de cualquiera otra índole. Con gran asombro de mi parte—asombro bastante ridículo por cierto—ocurrió entonces que toda la orquesta se manifestó en contra mía, y cuando a propósito de unas reclamaciones tuve una explicación con Lipinsky también éste me acusó respecto al asunto del contrabajo, de haber relegado los intereses de la orquesta de la que teníamos el deber de ocuparnos paternalmente. Y Lüttichau, que estaba a punto de ausentarse de Dresde, se mostró muy inquieto por tener que dejar los asuntos en un estado tan amenazador, tanto más cuanto que Reissiger estaba de vacaciones.

La experiencia que saqué de tan insolente actitud me devolvió inmediatamente el sosiego necesario para tranquilizar al desdichado director general, a quien aseguré que, a partir de aquel momento, ya sabía a qué atenerme y que obraría en consecuencia. Cumplí fielmente mi palabra y nunca más entré en conflicto con Lipinsky ni con ningún otro miembro de la orquesta; antes al contrario, a medida que fué pasando el tiempo los músicos se mostraron tan adictos a mi persona que sólo elogios me merecían sin sumisión.

**Augusto Roedel** UNA cosa, no obstante, se me aparecía segura y cierta: no acabaría mis días siendo maestro de capilla de Dresde, y a partir de aquel momento, mis funciones fueron para mí una pesada carga, tanto más cuanto que alcancé en aquella época algunos éxitos personales verdaderamente notables.

Aquella situación me deparó, sin embargo, un amigo cuyo afecto subsistió aún largo tiempo después que hubo cesado nuestra común actividad en Dresde. Se había hecho necesario un director de música adjunto a los dos maestros de capilla. Precisábase no tanto un músico de renombre como un buen trabajador, servicial y ante todo católico, pues, con gran descontento de las autoridades eclesásticas de la Corte, los otros dos maestros de capilla eran protestantes. Un sobrino de Hummel, Augusto Roedel, de Weimar, solicitó con gran empeño el puesto, y como reunía las condiciones requeri-



das le fue otorgado. Roeckel era originario de una antigua familia bávara; su padre había sido cantante, y desde el tiempo de las primeras representaciones de *Fidelio*, de Beethoven, había interpretado a menudo el papel de Florestán. También había mantenido relaciones cordiales con el propio maestro y llegó a la posteridad muchos de los rasgos de la vida del gran hombre. El padre de Roeckel fué más tarde profesor de canto y, por último, director teatral. Fué el primero que ofreció a los parisinos el espectáculo de una ópera alemana, les hizo también oír a la señora Schroder-Devrient y orientó sus jiras artísticas con tanto acierto, que a él se debe sin duda la gran impresión que *Fidelio* y el *Freischütz* produjeron en los franceses que desconocían todavía dichas obras.

En tales empresas y otras semejantes su joven hijo Augusto colaboró con él asiduamente, y desde muy temprana edad llegó a ser un músico consumado. Como los viajes de su padre se prolongaron por bastante tiempo, llegando incluso a Inglaterra, Augusto había adquirido, con el trato de las personas y la contemplación de las cosas más diversas, muchísimos conocimientos útiles, entre ellos el inglés y el francés. Su inclinación por la música le señaló, no obstante, el camino a seguir y su gran disposición para este arte le daba derecho a confiar en el éxito. Tocaba perfectamente el piano, comprendía una partitura a la primera ojeada, tenía el oído extremadamente fino y estaba dotado, en fin, de todo cuanto precisa un músico *práctico*. En cuanto a la composición se inclinaba a ella no tanto por el afán de producir como por el deseo de dar muestras de lo que era capaz; y trataba de hacerse destacar por medio de una obra hábil en la que, a falta de un músico genial, se reconociera al diestro compositor de ópera. Con tal propósito, y sin ínfulas de ninguna clase, había terminado una ópera, *Farnelli*, cuyo texto había escrito él mismo, sin otra pretensión que la de igualar a su cuñado Lottzing. Me trajo esta partitura en una de sus primeras visitas y como no había oído mis óperas en Dresde me rogó que le tocara algo de *Rienzi* o del *Fliegender Hollaender*. Su continente, que rebosaba franqueza y simpatía, me impulsó a corresponder de la mejor manera posible a sus deseos, y me di cuenta de que la impresión que le produjo aquella audición fué tan intensa y decisiva, que declaró que no quería importunarme más con la partitura de su propia ópera.

UNICAMENTE más tarde, cuando la comunión de nuestros intereses y de nuestros gustos fué haciéndose cada vez más estrecha, se permitió, impelido por la necesidad de sacar partido de su composición, pedirme un favor de amigo, es decir, que examinara su partitura. Le aconsejé que retocara algunos pasajes pero pronto le entró tal repulsión por ella que se la quitó de delante y no se sintió con ánimos para escribir otra. Una vez hubo conocido mis óperas y mis nuevos bosquejos me dijo con toda franqueza que en adelante consistiría su misión en verme trabajar, ayudarme fielmente, interpretar mis obras y hacerlas comprender al público y, en fin, a desembarazarme de cuanto hubiera de penoso en mis funciones y en mis relaciones con el mundo, añadiendo que siendo como era amigo mío, no quería exponerse al ridículo de componer óperas a mi lado. Me esforcé, sin embargo, en convencerle de que no dejara estériles sus facultades, y le indiqué varios temas que me hubiera gustado que mi amigo les pusiera música, tales como un breve drama francés intitolado *La hija de Cromwell*, y, más adelante, una conmovedora historia que había hallado en un almanaque, y de la cual le tracé un plan detallado para la composición. Todos mis esfuerzos resultaron infructuosos y llegué a la conclusión de que realmente mi amigo carecía de condiciones para realizar un trabajo productivo. Por otra parte, preocupaciones materiales angustiaron su existencia y el desgraciado, que a duras penas podía sostener a su mujer y a su numerosa familia, me inspiró pronto una compasión más profunda y un interés mayor de lo que me habían suscitado sus ensayos artísticos. Muy inteligente, despabilado, fiel a la amistad y de un corazón de oro, Roeckel, gracias a sus conocimientos y a su experiencia, se convirtió pronto para mí en un amigo y compañero del que ya no podía prescindir. Fué el único que comprendió mi situación particular en el mundo que me rodeaba y fué también el único a quien pude confiar con entera franqueza mis inquietudes y preocupaciones. Pronto se verá qué terribles pruebas y qué miserias nos reservaba nuestro destino común.

**Antonio Pusinelli** Mi instalación en Dresde me valió otro amigo que también desde el primer momento me guardó afecto y fidelidad, pese a que, debido a su profesión, ejerciera sobre mi carrera una influencia menos decisiva. Era un médico joven llamado Antonio Pusinelli, vecino nuestro. Habiéndose presentado el orfeón de hombres *Liedertafel* a ofrecermos una serenata con motivo de mi treinta aniversario, Pusinelli aprovechó la ocasión para conocerme y atestiguarne al mismo tiempo su sincera y profunda admiración. No tardamos en ser buenos amigos, se constituyó en mi médico de cabecera y durante el período de mi estancia en Dresde, en la que me abrumaron toda serie de dificultades, tuve ocasión de comprobar su abnegación y su generosidad. Su fortuna personal le permitía efectuar frecuentes dispendios, y tuve no pocas veces ocasión de mostrarle mi agradecimiento.

**Enriqueta Sontag** GRACIAS a la cortesía de la familia del chambelán de Koenneritz, amplié más aún el círculo de mis amistades de Dresde. La mujer del chambelán, María de Koenneritz, nacida Fink, amiga de la condesa Hahn-Hahn, se interesó de una manera casi apasionada por mis éxitos como compositor. Parecía que a través de aquella familia se me hubiera deparado la ocasión de tomar contacto con los círculos aristocráticos de Dresde, pero no ocurrió así. Mis relaciones con la nobleza no pasaron de ser meramente superficiales y jamás hubo entre nosotros una simpatía recíproca. Sin embargo, me fué dado conocer a la condesa Rossi (la célebre Sontag) que, con gran asombro de mi parte, me dispensó una efusiva acogida y me dió así ocasión a que luego que me hube destacado un poco, fuera a visitarla a Berlín. Contaré en el momento oportuno la singular decepción que experimenté en mi segunda entrevista con ella, y debo solamente añadir que gracias a la experiencia que había adquirido, aquellos círculos aristocráticos no me impresionaron ya lo más mínimo. Acabé incluso por ahuyentar todo deseo y toda esperanza de penetrar en esferas en las que no hallaba ningún aliado.

**La señora de Lüttichau** Si la familia Koenneritz se mostró amable conmigo durante todo el tiempo que viví en Dresde no ejerció, en cambio, ninguna influencia sobre mi carrera artística o sobre el mejoramiento de mi situación. Sin embargo, cuando nuestra desavenencia se puso de manifiesto Lüttichau me aseguró muy formalmente que la señora de Koenneritz, con sus

encendidos elogios, me había transformado el peso y a causa de ello me mostraba demasiado engreído con respecto a él. Ni siquiera parecía sospechar que si alguna de entre las damas de la aristocracia había contribuido a cimentar mi vanagloria era precisamente su propia mujer, Ida de Lüttichau, nacida Knobelsdorf.

La impresión que me produjo aquella noble mujer, sensible y culta es la primera de este género que haya experimentado en mi vida, y sin duda hubiera ejercido una gran influencia sobre mí si me hubiese sido posible verla más a menudo y de una manera más íntima. Me lo impedía, no tanto la circunstancia de ser la esposa del director general sino su estado constantemente enfermizo, y el temor que me asaltaba de ser indiscreto e importuno. No le hacía, por consiguiente, sino raras visitas. Su recuerdo se conjunta en mi memoria con el de mi hermana Rosalía. No he olvidado la dulce ambición que me animaba granjearme la simpatía de aquel ser elegido que languidecía dolorosamente en un hosco ambiente. Mientras el público de Dresde se obstinaba en no comprender, después de *Rienzi*, mi nueva ópera *Fliegender Hollaender*, abrigué la esperanza de realizar mi ambición al darme cuenta del interés que se tomaba la señora Lüttichau por la suerte de mi última obra. Ella fué la primera en luchar contra la corriente y en alentarme a seguir el nuevo camino que me había trazado. Estuve tan contento que más tarde, cuando publiqué esa obra, se la dediqué. Contaré la calurosa simpatía que mostró por mi carrera y la influencia que ejerció sobre mis íntimos gustos artísticos cuando me refiera a ciertos incidentes que ocurrieron durante los últimos años de mi período dresdense. Sin embargo, nuestras relaciones se vieron con frecuencia interrumpidas y aquella amistad, a pesar de la importancia que tuvo, no modificó en absoluto mi género de vida.

Mis relaciones con el mundo del teatro se situaron en el primer plano de mi existencia, y aún después de mis grandes éxitos tuve que contentarme con la esfera familiar, en el seno de la cual me preparé para el logro de tales éxitos. A mis viejos amigos Heine y «papá» Fischer se sumaron Tichatschek y su inseparable compañero. Quienes a la sazón vivieron en Dresde y conocieron a Fürstenau, el litógrafo de la corte, se extrañarán quizá que casi sin darme cuenta contrajera amistad con este íntimo de Tichatschek hasta el punto de recibirlo constantemente en mi casa; pero el significado de tan singular familiaridad estriba en el hecho de que cesó de existir en el preciso momento en que mi situación en Dresde se me hizo insostenible.

Mi elección en el comité de la *Liedertafel* amplió aún más el círculo de mis amistades superficiales. Componíase esta sociedad de un número bastante reducido de empleados y jóvenes comerciantes, cuya finalidad era no tanto distraerse como interpretar música vocal; pero su presidente, el profesor Loewe, hombre bastante exótico, ambicionaba alcanzar determinados resultados, y para ello estimaba necesario la autoridad de que yo gozaba entonces en Dresde. Era uno de sus principales afanes conseguir el traslado de los restos de Carlos María de Weber desde Londres a Dresde. Me interesé apasionadamente por la realización de este deseo y colaboré con sumo agrado a la ambición un poco presuntuosa del profesor. En primer lugar, tenía que organizarse un festival de música y convocar a todas las sociedades corales masculinas con objeto de que reforzasen la *Liedertafel*, absolutamente nula desde el punto de vista musical. A fin de llevar a cabo tal proyecto se creó un comité que presidió Loewe con tal energía, que pronto tomó el carácter de un tribunal revolucionario constituido en sesión permanente. A causa de su acalorado ardimiento di a Loewe el sobrenombre de Robespierre.

«Los ágapes de los Apóstoles» AUNQUE por propia iniciativa me hubiera situado al frente de la empresa pude, afortunadamente, escapar al terrorismo de Loewe, por estar muy atareado en una enjundiosa composición que había prometido para el concierto de la fiesta. Me habían encargado que escribiera una pieza para un conjunto de hombres cuya duración había de ser de una media hora. Me di cuenta de que la fatigosa monotonía de las voces masculinas, en la que únicamente la orquesta introducía una nota de variedad, sólo sería soportable con la ingerencia de algunos motivos dramáticos. Construí, pues, grandes escenas corales, celebrando la Pascua de Pentecostés con el descendimiento del Espíritu Santo sobre los apóstoles. No había en el conjunto ningún solo y el efecto de aquél, tal como lo exigía el objeto de la empresa, residía en la masa de los distintos coros. Esta composición, que recientemente ha sido cantada en diferentes sitios, se intitoló *La comida de los apóstoles*, y teniendo en cuenta el escaso tiempo de que dispuse para escribirla, debo clasificarla entre mis obras ocasionales. Me sentía bastante satisfecho de mi pieza, sobre todo durante los ensayos en que únicamente dirigía los coros de hombres de Dresde. Pero cuando el día de la interpretación, en la iglesia de Nuestra Señora, donde tuvo lugar el concierto, tuve ante mí a mil doscientos cantores procedentes de toda Sajonia, y que habían venido para tomar parte en la ejecución de mi obra, quedé sorprendido del efecto relativamente poco considerable que me produjo aquella enorme muchedumbre. Y me di cuenta entonces de lo desatinado de aquellos monstruosos conjuntos de música vocal que me inspiraron, en adelante, una aversión definitiva.

Harto trabajo me costó desembarazarme de la *Liedertafel*, y sólo lo conseguí después de presentar al profesor Loewe a un ambicioso de su especie llamado Fernando Hiller. Más adelante me referiré al traslado de las cenizas de Weber, la más gloriosa de las empresas en que participé con el concurso de aquella sociedad. Por el momento, me contentaré con señalar otra composición ocasional debida a mis funciones de maestro de capilla real.

**Inauguración del monumento al rey Federico-Augusto** El día 7 de junio de aquel mismo año (1843) se inauguró en el Zwinger (1), con toda la pompa que las circunstancias requerían, el monumento al rey Federico-Augusto, obra del escultor Rietschl. Mendelssohn y yo nos vimos honrados con el encargo de componer una cantata y de asumir la dirección del festival musical. Yo escribí un coro sencillo y de modestos vuelos para hombres, pero le incumbió a Mendelssohn la difícil tarea de intercalar el *God save the King* (en alemán: *Heil dir im Rautenkranz*) en el fragmento que le correspondía componer. Quiso llevar a cabo su labor mediante una obra magistral de contrapuntista, gracias a la cual, a partir de los ocho primeros compases, se acompañaba la melodía original con los instrumentos de metal que interpretaban el himno anglo-sajón. Mientras el osado intento de Men-

(1) Palacio que habita el rey en Dresde.—N. del A.





*Matilde Wesendonck, por C. Dörner, en 1860.*



*Otto Wesendonck, en fotografía de 1860.*



*Liszt, Cósima y Hans von Bülow*

*El "Asilo" de Wagner en Zurich.*



delahm fracasó completamente, mi canto, exento de toda pretensión, pareció haber producido bastante buen efecto. Según me dijeron, nadie comprendió por qué el coro no cantaba el aire que interpretaban los instrumentos de metal. Con todo, Mendelssohn, que había asistido al concierto, me agradeció por escrito la manera con que había velado por la ejecución de su composición. Y yo recibí del comité de fiestas una tabaquera de oro, cuyo valor correspondía sin duda al de mi cantata, en la que había grabado tan groseramente un tema de cara que, con gran sorpresa, encontré el metal perforado por varios sitios.

A pesar de las distracciones ajenas al gran cambio que se había operado en mi existencia, me esforzaba en no dejarme influir por ellas, y prestando oídos a la experiencia que mis éxitos me habían proporcionado, me recogía en mí mismo y me reafirmaba en mis propósitos. Ya en mayo, en mi treinta aniversario, había terminado el poema de mi *Venusberg* (así llamaba entonces a *Tannhauser*). En aquella época no había llegado aún a estudiar a fondo la poesía medieval, y sólo conocía su clasicismo a través de los recuerdos de mi juventud y por superficiales conocimientos que debía a Lehrs, en ocasión de la estancia de ambos en París. Avanzaba mi posición bajo la protección real, contaba entonces con posibilidades para crear un hogar tranquilo lo que era, a mi juicio, de gran importancia, pues esperaba así poder reanudar, según un plan cuidadosamente meditado, los estudios que habían interrumpido casi totalmente mi vida teatral y mis años de miseria parisién. Tal esperanza se vió confirmada por el carácter de mis ocupaciones oficiales: no estuve nunca sobrecargado de trabajo y bajo este aspecto fui objeto por parte de la dirección general de atenciones excepcionales. Aunque había pocos meses que ocupaba el cargo, me concedieron aquel mismo verano unas semanas de reposo, que fui a pasar en Toeplitz, lugar por el que sentía una especial predilección y donde de antemano había enviado a mi mujer.

Al llegar a Toeplitz experimenté una verdadera satisfacción al comprobar cuanto había cambiado mi situación en comparación con el año anterior. En lugar del sórdido cuarto con que entonces tuve que contentarme, alquilé en la misma casa «El Roble», en Schoenau, cuatro espléndidas y confortables habitaciones. Mi hermana Clara respondió a nuestra invitación, y también se reunió con nosotros mi buena madre, que iba todos los años a Toeplitz para curar su gota. También yo aproveché mi estancia en la ciudad para seguir una cura de agua mineral, a fin de conseguir una mejora en la afección intestinal que había contraído en París. Desgraciadamente, el efecto fué contrario y mientras me quejaba del nerviosismo y de la agitación en que me había sumido, me enteré que obraba contrariamente a las prescripciones del médico. Mientras efectuaba el paseo mañanero, durante el cual bebía mi agua, deambulaba con paso rápido por los umbrosos senderos del Jardín de Thurn, por lo que me hicieron comprender que el agua únicamente produciría un efecto beneficioso si caminaba lentamente y no me fatigaba lo más mínimo.

**La Mitología alemana** QUIEN me hubiera visto se hubiese dado cuenta también que llevaba siempre conmigo un tupido volumen que abría cuando, sentado en los bancos solitarios, descansaba al lado de mi botella de agua. Era la *Mitología alemana*, de J. Grimm. Quienquiera que conozca este libro comprenderá que la riqueza de su contenido, extraído de múltiples sitios y reservado casi exclusivamente a los eruditos, me sumiera en un estado de intensa excitación. Buscaba la luz y unos personajes claramente diseñados, y en lugar de esto hallaba allí los restos de una época desaparecida, sin vestigios plásticos, por así decirlo, una especie de caos que ofrecía a primera vista el efecto de un amontonamiento de rocas agrietadas ocultas debajo de sutiles malezas. No había nada definido ni línea arquitectural alguna, y me sentí tentado con frecuencia a renunciar al trabajo que me daba al tratar de reconstruir algo de todo aquello. Sin embargo, se desprendía del libro un encanto maravilloso que me encadenaba. La tradición más ínfima parecía brotar de una patria recobrada, y muy pronto todas mis facultades sensitivas se concentraron en la contemplación de un mundo de personajes que me parecía conocer desde hacía largo tiempo. Al verlos ante mí tan llenos de vida y tan familiares, y al oír su lenguaje, me preguntaba de donde procedía su afinidad conmigo. Sólo podría comparar mi estado de entonces a una especie de renacer, y del mismo modo que uno admira con emoción la primera señal de percepción del niño, así también mi propia mirada se extasiaba, deslumbrada, ante la vida milagrosa de un mundo al lado del cual había vivido hasta entonces tan ciego como el niño en el seno materno.

De buenas a primeras, las consecuencias de mi estado de ánimo fueron muy poco favorables a mi intención de componer una parte del *Venusberg*. Había hecho trasladar un piano a «El Roble», pero rompí todas las cuerdas sin alcanzar el menor resultado. A duras penas logré bosquejar los primeros compases del *Venusberg*, cuyos principales motivos retenía, por fortuna, en mi mente. Sufría agudamente de enervamientos y congestiones; y a veces me imaginaba estar enfermo y pasaba días enteros tumbado en la cama, entregado a la lectura de las leyendas de Grimm, y sumiéndome una y otra vez en mi malhadada mitología. Se me ocurrió, por último, la buena idea de efectuar una excursión a Praga para sustraerme de todas las miserias de mi estado de salud. En un coche descubierto realicé este agradable viaje en compañía de mi mujer, con la que había ya escalado una vez la montaña de Milischau.

En Praga me apeé delante de mi querido «Caballo Negro». Hallé a mi amigo Kittl un poco más metido en carnes y me enteré con alegría que mis hermosas amigas de juventud, Jenny y Augusta Pachta se habían casado, al fin, muy ventajosamente, con caballeros de la más rancia aristocracia. Todo iba, pues, a pedir de boca y regresé a Dresde para reanudar mis funciones de maestro de capilla del rey de Sajonia.

**Mi domicilio en la Avenida de Oster**

TUVIMOS entonces que ocuparnos de la instalación y acondicionamiento de nuestra espaciosa morada, ventajosamente situada en la Avenida de Oster con vistas al Zwinger. Por supuesto, los muebles que compré eran recios y elegantes, tal como corresponde a un hombre de treinta años que se instalaba, en fin, para toda su vida. Como no contaba con ninguna subvención complementaria tuve que pedir prestados, mediante el pago de intereses, los fondos necesarios para estas compras. La perspectiva de los honorarios que me producirían mis obras,

representadas con éxito en Dresde, me daba casi la seguridad de que a muy breve plazo podría reembolsar toda la cantidad pedida en préstamo. Tres objetos sobre todo me hacían apreciar mi elegante vivienda: un gran piano de cola de Breitkopf y Hartel, del que me enorgullecía de haber entrado en posesión; un despacho majestuoso que perteneció hoy día al músico Otto Kummer y, por último, el grabado de Cornelius que sirve de frontispicio a *Los Nibelungos*. Con su luminoso marco gótico es la única pieza de la que nunca me he separado.

Pero lo que sobre todo me retenía en mi aposento, dándome la sensación de estar en mi casa, era una biblioteca que me proporcioné al curé de una sola vez, de acuerdo con el plan de mis estudios. Cuando se produjo en Dresde el hundimiento de mi situación esta biblioteca pasó de una manera singular a manos de Enrique Brockhaus. Yo le debía entonces quinientos táltos y Brockhaus para cubrir su préstamo, que mi mujer ni siquiera sospechaba, mandó embargar, sin que Minna lo supiera, mi interesante colección que nunca más he vuelto a poseer. Estaba en ella copiosamente representada la literatura del antiguo alemán y también la de la Edad Media, de la que poseía numerosas y valiosas obras, entre ellas la rara y vieja *Romanza de los Doce Pares*. Contaba asimismo con excelentes obras históricas sobre la Edad Media y el pueblo alemán en general, a las que debían sumarse ejemplares de la literatura poética y clásica de todas las épocas y de todos los países. Los poetas italianos ocupaban su sitio al lado de Shakespeare, y de los escritores franceses — aunque difícilmente comprendía a unos y otros — había adquirido los textos originales con la esperanza de disponer en adelante del tiempo necesario para estudiar a fondo las lenguas cuyo estudio había demorado. En cuanto a la antigüedad griega y romana me contenté con nuestras traducciones de los clásicos. Había ya comprobado con Homero, cuyas obras adquirí en griego, que precisaría de muchos ratos de ocio para recuperar mis antiguos conocimientos lingüísticos. Y descando, por otra parte, agenciarme un conjunto lo más completo posible de obras de historia, no había vacilado en procurarme los libros más voluminosos que de ella trataban.

Con tal bagaje me creía en medida de afrontar todas las contrariedades y sinsabores que me aguardaban en mis nuevas actividades; y abrigando la esperanza de gozar tranquilamente y por largo tiempo del hogar finalmente conseguido, luce mi entrada en mi nueva mansión en octubre de 1843, la cual, si no era suntuosa, tenía al menos una excelente apariencia.

Los primeros momentos libres que me dejaron mi cargo de director y los estudios literarios a los que con sumo agrado me dediqué, los consagré a la composición de *Tannhauser*, cuyo primer acto quedó terminado en enero de 1844. Destácase el invierno del citado año, del que no guardo ningún recuerdo señalado respecto a mi actividad en Dresde, por las empresas que me condujeron, la primera, a comienzos de enero, a Berlín para la ejecución de mi *Fliegender Hollaender*, y la segunda, a Hamburgo, en marzo, para el *Rienzi*.

**El «Fliegender Hollaender» en Berlín**

RECUERDO muy bien las impresiones que recibí en aquel primer viaje. El intendente del teatro de Berlín, Kustner, me había comunicado la inesperada noticia de una próxima representación del *Fliegender Hollaender*. Dado que hacía poco más o menos un año que se había incendiado el edificio de la Opera, me figuraba que no sería aún posible efectuar en él representación alguna, por lo que aguardaba tranquilamente la reapertura y no había insistido en recordar mi obra a la intendencia berlinesa.

La mezquina puesta en escena de Dresde me había aleccionado acerca de la importancia que tenía para mi drama marítimo una representación cuidada y atendida hasta en sus más mínimos detalles. Contaba, pues, especialmente con los concienzudos ensayos y los excelentes medios escenográficos que poseía el teatro de Berlín, y me exasperó enormemente ver que mi ópera hacía las veces de sobresaliente en la sala interina de la Comedia. Sin embargo, toda reclamación era inútil. Me habían prevenido, no que se comenzaría el estudio de la composición, sino que ésta iba a ser representada dentro de muy pocos días. Tal decisión me dió a entender que mi obra estaba condenada a pasar de una manera fugaz sobre la escena berlinesa, pues no podía suponer que una vez terminado el nuevo edificio de la Opera serían construídos nuevos decorados. Me doraron la píldora fijando las representaciones del *Fliegender Hollaender* para la época en que la señora Schröder-Devrient efectuara una larga temporada en Berlín, pues no carecían de motivos para suponer que me satisfaría grandemente contar como intérprete con la célebre artista. Pero a todo esto debo añadir que la elección del *Fliegender Hollaender* no era más que un expediente. Estaban, en efecto, en un aprieto porque el repertorio de la señora Devrient se componía casi exclusivamente de supuestas grandes óperas — sobre todo de Meyerbeer — y se reservaban éstas para las brillantes representaciones que habían de darse en el nuevo edificio.

**Ejecución de la ópera**

La intendencia de Berlín calificó, pues, mi obra de «ópera de maestro de capilla», lo que me hacía prever para aquélla el destino habitual de esa clase de composiciones. La manera cómo nos trató a mí y a mi *Fliegender Hollaender*, confirmó aquella desalentadora sospecha. Sin embargo, en atención a la señora Schröder-Devrient y a su valioso concurso, luché contra aquel penoso presentimiento, y me trasladé a Berlín a fin de contribuir del mejor modo posible al éxito de la representación. Inmediatamente me di cuenta de cuán necesaria era mi presencia. Ocupaba el artil del director un tal Henning (o Henniger), que por derechos de antigüedad había llegado del rango de simple ejecutante al del maestro de capilla, de modo que no entendía ciertamente gran cosa en la dirección de una orquesta en general y absolutamente nada en el caso de mi ópera. Ocupé su sitio y dirigí el ensayo general y dos representaciones, en las que no tomó parte la señora Schröder-Devrient. La endeblez de los instrumentos de cuerda que prestaba vulgaridad a la sonoridad de la orquesta me contrarió grandemente pero, en cambio, quedé agradablemente sorprendido por el talento y el celo de los actores. También me satisfizo la puesta en escena que bajo las órdenes de Blum, el inteligente régisseur y de sus competentes e ingeniosos maquinistas era una rara perfección. En aquellas alentadoras condiciones sentía gran curiosidad por conocer el efecto que produciría en el público berlinés la representación definitiva.



Lo que me aconteció en aquella circunstancia fué verdaderamente insólito. Los numerosos auditores se planteaban sin duda una sola pregunta: ¿De qué manera iban a en- *Estreno del «Fliegender Hollaender»* contrarme desacertado? En el transcurso del primer acto la opinión general pareció manifestar ostensiblemente su tedio; no se produjo ninguna manifestación de agrado, y según me aseguraron después, debí de considerarme muy afortunado por ello, pues el menor asomo de simpatía hubiera sido considerado como procedente de la claqué y habría sido vivamente recusada. Kúsnier me dijo más tarde que le había admirado mi aplomo cuando, a pesar de la ausencia de toda manifestación de aprobación, abandoné el atril y salí a escena. Ello se debía a que estaba satisfecho de la representación. Como no esperaba el efecto decisivo hasta el segundo acto, estaba resuelto a no desalentarme, y mi única preocupación estribaba en velar por la buena ejecución de mi obra, sin importarme ni poco ni mucho la reacción de los berlineses. Y, en verdad, que se rompió el hielo. El público desistió de clasificarme de una manera determinada, y al final del acto se dejó arrebatar por un entusiasmo creciente. Tuve que corresponder a los insistentes llamamientos de los espectadores y efectuar acompañado de mis intérpretes, los consabidos saludos de agradecimiento.

El tercer acto era demasiado corto para que se manifestara el menor síntoma de hastío y como, por otra parte, el efectismo escenográfico era de altos vuelos, cerrados e insistentes aplausos rubricaron el final de la representación, dándonos la sensación de que habíamos alcanzado un verdadero triunfo.

Mendelssohn se hallaba a la sazón en Berlín, con Meyerbeer, por asuntos de la dirección general de música y había asistido a la representación. Desde un palco proscenio seguía, con el semblante pálido, la marcha de los acontecimientos. Al final del espectáculo vino a mi encuentro y con tono de indiferente amabilidad, murmuró: «Supongo que estará usted contento». Durante mi breve estancia en Berlín tuve ocasión de verle otras veces e incluso pasé una velada en su casa oyendo música de cámara, pero nunca pronunció una sola palabra más acerca del *Fliegender Hollaender*. Se limitó a informarse cuando tendrían lugar la segunda representación y si la señora Schröder-Devrient tomaría parte en ella. Tampoco correspondió a los elogios calurosos y sinceros que le tributé sobre la música de su *Sueño de una noche de verano*, que se interpretó en varias ocasiones y que yo oí por vez primera; sólo se refirió detalladamente al comediante Gern, que tenía a su cargo el papel de Zettel y que, a su juicio, mostraba una desmedida afectación.

ALGUNOS días después y dirigida por mí tuvo lugar, con los mismos actores, una segunda representación. El resultado de la misma fué diferente, pero tan insólito como el de la primera. Evidentemente, me había granjeado algunos partidarios, que ya al comenzar la representación me prodigaron abundantes palmas, a los que respondieron estrepitosas silbas, de suerte que durante todo el espectáculo ningún espectador se sintió con arrestos para aplaudir. Se hallaba también presente en la representación mi viejo amigo Heine, a quien la dirección de Dresde había enviado expresamente a Berlín para estudiar la puesta en escena del *Sueño de una noche de verano*. Cediendo a su persuasión acepté la invitación de uno de sus parientes berlineses para cenar en un café-restaurant, llamado «Bajo los tilos». Al abandonar el teatro, y no obstante hallarme muy cansado, acompañé a Heine y a su pariente a un local desagradable y débilmente iluminado donde, para reparar mis fuerzas, apuré de un solo trago el vaso de vino que me ofrecían; escuché las peroratas de mi buen amigo y las de su compañero, y me sumí en la lectura de los periódicos del día que publicaban las críticas de mi *Fliegender Hollaender*. Quedé sobrecoigido de estupor al ver con qué impudor y desfachatez unos crasos ignorantes juzgaban a mi persona y a mis obras. Nuestro huésped, un redomado filisteo, me dijo que después de haber leído los diarios de la mañana había previsto lo que acontecería por la noche, pues los berlineses esperaban siempre las críticas de Reilstab y Cia. para saber a qué atenerse. Aquel singular anfitrión se proponía sin duda achisparme, y mientras el amigo Heine trataba de evocar nuestros recuerdos de la época de *Rienzi* en Dresde, mandó traer botellas de vino de diferentes marcas. Mi cabeza iba ladeándose de una manera peligrosa, el suelo se movía bajo mis pies y pasada ya medianoche mis dos amigos tuvieron que escoltarme hasta el hotel donde me hospedaba.

*Singular visita nocturna* EN los oscuros corredores débilmente iluminados por la bujía que sostenía el muchacho que me acompañaba, me vi, de pronto, frente a frente con un caballero vestido de negro, de rostro pálido y distinguido continente, que después de asegurarme que me esperaba desde el final de la representación, solicitó hablar unos momentos conmigo. Me excusé pretextando que no me hallaba en condiciones para ocuparme de ningún asunto, cosa que no debió de pasarle desapercibido, pues sin estar precisamente borracho, había cometido la imprudencia de beber demasiado vino. Sin embargo, el singular visitante hizo caso omiso de mis palabras e insistió en hablar conmigo precisamente en aquella hora. Ante la imposibilidad de oponer resistencia, nos sentamos pues en una habitación fría, apenas iluminada por la mortecina luz de una bujía, y con lenguaje elegante y persuasivo me contó que había asistido a la representación de aquella noche y que se figuraba cual debía ser mi humor ante el giro que habían tomado los acontecimientos. Añadió que nada en el mundo le hubiera impedido haber venido a declararme que yo había escrito una extraordinaria obra maestra y que cometería un grave error si ante aquella ridícula acogida del público berlinés me dejaba vencer por el desaliento. Aquella misma noche había vislumbrado, según decía, el magnífico porvenir que prometía al arte alemán una obra como el *Fliegender Hollaender*.

*El profesor Werder* SE me erizaron los cabellos; aquello era una vívida representación de un cuento de Hoffmann, y me fué imposible articular palabra. Me informé solamente del nombre del desconocido, de lo que éste pareció asombrarse, pues el día anterior habíamos conversado juntos en casa de Mendelssohn. Fué allí precisamente donde le impresionaron mi conversación y mi manera de ser. Lamentó no haber asistido al estreno del *Fliegender Hollaender*, y se prometió a sí mismo no faltar a la segunda representación. Se llamaba Werder y era profesor. Esto no me decía nada y tuvo que darme su nombre por escrito. Tomó papel y tinta y satisfizo mis deseos; luego se despidió de mí y yo, casi sin saber lo que hacía, me eché sobre la cama y me sumí en un sueño profundo. Al día siguiente me encontraba ya perfectamente bien. Fuí a despedirme de la señora Schröder-Devrient, que me prometió velar por la suerte de mi *Fliegender Hollaender*, embolsé mis cien

ducados en concepto de honorarios y me dirigí a Leipzig, donde entregué los ducados a mis parientes para saldar el dinero que me habían anticipado, durante el tiempo en que, mientras esperaba en Dresde, tuve que subsistir a las necesidades más perentorias. Luego proseguí el viaje en dirección a Dresde, donde sintiéndome feliz en medio de mis libros tuve ocasión de reflexionar acerca de la profunda impresión que la visita de Werder me había producido.

A fines de aquel mismo invierno recibí una invitación en regla para trasladarme a Hamburgo, donde el activo director Cornet iba a representar *Rienzi*. Este me confesó que debido al grave sesgo que tomaban sus asuntos necesitaba una obra de éxito para ponerse nuevamente a flote, y que por haberla visto en Dresde creía que *Rienzi* era la más indicada. Emprendí, pues, el viaje en el mes de marzo, lo que en aquella época era harto penoso; a partir de Hannover tenía que proseguirse la marcha en un vehículo de postas, y, no sin peligro, atravesar el Elba que arrasaba grandes témpanos de hielo.

La ciudad de Hamburgo se hallaba en período de reconstrucción; un voraz incendio acababa de asolarla y se veían aún en el centro amplios espacios cubiertos de escombros. El cielo grisáceo y el frío fueron causa de que haya guardado de aquella estancia un recuerdo casi odioso. Ya durante los ensayos, los escasos recursos escénicos de que se disponía en Hamburgo y que sólo consistían, por decirlo así, en un amasijo de vulgares oropeles, me exasperaron de tal modo que pasé todos mis instantes de reposo en mi solitaria habitación de hotel. Cansado y descorazonado se reavivaron en mí mis antiguas e infaustas experiencias sobre el género teatral superficial.

Sobre todo se me hacía penoso convertirme involuntariamente en cómplice de las bajas apetencias de Cornet. Sólo una cosa le interesaba: asombrar al público. A su juicio el éxito había de reportarme grandes ventajas, pues lejos de unos honorarios merquinos me prometía pingües recaudaciones para el futuro. La dignidad de la puesta en escena, que ni siquiera alcanzaba a comprender, fué sacrificada al boato y al fausto más ridículos, y Cornet se imaginaba asegurar el éxito de la obra, organizando una especie de desfiles en los que los participantes lucieran todos los restos de las indumentarias que habían servido para los ballets y las comedias de magia. Le bastaba, por lo visto, que se movieran sobre las tablas gran número de personajes y de vestimentas coloridas. Y lo más desolador era, por añadidura, oír al cantante que asumía el papel principal, tenor viejo, engreído y sin pizca de voz, llamado Wurda, que interpretaba «*Rienzi*» de la misma manera que su personaje favorito «*Elvino*» en *La Sonámbula*. Era tan detestable que, durante el segundo acto me asaltó la tentación de derrocar el Capitolio a fin de sepultar a Wurda entre las ruinas e impedir al mismo tiempo que el director exhibiera los diferentes cortejos por los cuales mostraba tanto entusiasmo.

UNA sola cantante me devolvió la esperanza, y me cautivó la pasión con que se hizo cargo del papel de Adriano. *Un hermoso papagayo* Era la señora Fehring, la misma que años después, merced a sus facultades, fué elegida por Liszt, en Weimar, para cantar la Ortrude de *Lohengrin*. Estas condiciones me sumían en un gran desaliento. No ocurrió, empero, ningún fracaso y la dirección confió en mantener *Rienzi* en el repertorio hasta que Tichatschek pudiera deslumbrar con ella a los hamburgueses, lo que efectivamente aconteció en el verano venidero. Cornet se dio cuenta de mi desánimo y de mi mal humor, y habiéndose enterado de que quería regalar un papagayo a mi mujer, se las arregló de modo que me obsequiaran en mi beneficio con un hermoso ejemplar de aquellas aves trepadoras. Con ocasión de mi triste viaje de retorno me lo llevé en su minúscula jaula. Minna me recibió con los brazos abiertos, pues aquel hermoso papagayo era para ella la prueba palpable de que yo llegaría a ser alguien.

Poseíamos ya un lindo perrito que nació en Dresde, en la casa de nuestro propietario, el día del primer ensayo de *Rienzi*. La fidelidad que me mostraba, amén de otras cualidades excepcionales, le granjearon la estimación de cuantos frecuentaban nuestra casa. El dócil pajarillo, que no tenía ningún defecto y era harto gracioso, animó más aún nuestro hogar y contribuyó a que no se dejara sentir tanto la falta de hijos. Mi mujer le enseñó los principales fragmentos de *Rienzi*, y el jocos animal no tardó en silbarlos cuando me oía de lejos subir la escalera. Mi hogar parecía, pues, a propósito para llevar una existencia feliz.

*Publicación de mis obras* LAS representaciones de mis óperas no motivaron ningún otro viaje por la sencilla razón de que no recibí ninguna otra oferta. Me di cuenta de que mis obras se difundían muy lentamente, e imaginé que ello se debía a que no existía ningún arreglo para piano que las popularizara. Desplegué, pues, una energía llena de tesón en conseguir que se publicasen. A fin de reservarme los beneficios de la venta, que tan necesarios me eran, se me ocurrió la idea de hacer la edición a expensas mías, y para ello entré en negociaciones con el librero musical de la corte, llamado Meser, que no había publicado hasta entonces más que algunos vales.

Meser se constituyó por contrato en el editor nominal de mis obras, aunque en realidad no era más que un corredor a quien había de corresponderle un diez por ciento de los beneficios. Por mi parte, me había comprometido a suministrar el capital representado por los gastos de impresión, que eran harto considerables, pues se trataba de dos óperas, una de las cuales era excepcionalmente extensa. Para que el negocio resultara ventajoso se precisaba, además, de la recopilación para piano de otros arreglos. Para realizar, pues, los beneficios que deseaba y mediante los cuales pensaba re-sarcirme de mis desembolsos y saldar mis deudas, necesitaba una suma bastante crecida. Como la señora Schröder-Devrient se hallaba a la sazón en Dresde por la Pascua de 1844 y con ocasión de la renovación de su contrato, le confíé mi proyecto y los motivos que me impulsaban a realizarlo.

*Empréstito a la señora Schröder-Devrient* Mi protectora creía a pies juntillas en el futuro éxito de mis obras. Se hizo cargo de mi situación, se convenció de la justicia de mis cálculos, y sin darme a entender que su ayuda significaba para ella ningún sacrificio, se mostró dispuesta a anticiparme la suma necesaria para la edición de mis obras. Había de sustraer esta cantidad del montante de su fortuna colocada en valores polacos, y lo único que me pidió fué que le satisficiera los intereses que dejara de percibir. Todo eso aparecía tan claro y de tan fácil arreglo, que a renglón se-





*Ilustración para "El Oro del Rhin"  
(Fasolt y Fafner llevándose a Freia),  
en obra de Ferd. Leeke.*



*Decorados para la primera escena de  
"El Oro del Rhin", en dibujo de  
Heinrich Nisle.*



*Los nibelungos en el Bayreuth de 1876.*



*Marian Weed como Freia y  
Alois Buystaller como Froh,  
en "El Oro" de 1899.*



*Entrada de los dioses en el Walhalla, en la  
escenificación presentada en Munich en 1869.*



guido me puse en relación con un grabador de Leipzig y me ocupé por entero en la publicación de mis obras.

Cuando pedí a mi amiga el primer anticipo de dinero, los trabajos que bajo mis órdenes se habían ejecutado subían ya a una crecida suma. Pero la célebre artista había llegado a una fase de su vida absolutamente inesperada y muy funesta para mí. Habiéndose enemistado con el desdichado Münchhausen había vuelto humildemente arrepentida con su antiguo amante, mi amigo Hermann Müller, sin sentirse, a lo que parece, verdaderamente satisfecha. Creyó entonces descubrir el nuevo astro de su vida en la persona de otro teniente de la guardia, y con su habitual desenfado traicionó con una facilidad inaudita a su primer amigo para echarse en brazos de un joven petimetre, cuya nulidad moral e intelectual no era un secreto para nadie. Mi protectora pensaba haber dado fin con su amor ideal, pero el efébo teniente se tomó muy en serio la felicidad que le había caído encima y de buenas a primeras se apresuró a echar mano a la fortuna de su futura esposa. La aplicación del dinero le pareció poco segura y quiso sacar mejor partido de él. Mi amiga me explicó entonces, llena de confusión, que no estaba en disposición de cumplir su promesa.

Este cambio me sumió en un abismo de inquietudes y preocupaciones, que imperaron desde entonces en mi existencia y dejaron su huella en todas mis empresas. No me era posible rescindir mi contrato con el grabador, y, para llegar a una solución ventajosa, no me quedaba otro remedio que continuar la publicación comenzada y mantener la esperanza del éxito. Tuve, pues, que acudir a unos amigos y, por último, acuciado por la necesidad, me vi obligado a pedir prestado a unos usureros el dinero que me sirvió para editar mis óperas, a las que añadí *Tannhäuser*. Refiero estos detalles para explicar la catástrofe hacia la cual me encaminaba sin remisión posible. Al principio no acertaba aún a darme cuenta de lo desesperada de mi situación; harto sabía cuán costoso resultaba afianzar los éxitos en los teatros alemanes, pero creía, no obstante, que mis óperas acabarían por gozar de una extensa popularidad. Si algunas contrariedades me habían sobrevenido en Berlín y en Hamburgo, no me faltaban tampoco motivos de aliento. Ante todo, *Rienzi* continuaba gozando del favor del público de Dresde, y el auditorio, que se aumentaba en verano con gran número de viajeros, era a la sazón considerable. Dado que mi ópera no se había representado aún en ninguna otra parte, los forasteros que llegaban a Dresde desde todas las regiones alemanas ansiaban verla y la acogían siempre con satisfacción. Hasta el punto de que, incluso en verano, una representación de *Rienzi* tomaba el carácter de una fiesta encantadora, cuyos efectos me alentaban.

Preocupaciones económicas

En una ocasión se encontraba Liszt entre los viajeros que se hallaban de paso. En aquella época no figuraba *Rienzi* en el repertorio, pero Liszt insistió acerca de la dirección general y obtuvo de ésta una representación especial de dicha ópera. Encontré a Liszt por la noche en el «camerino» de Tichatschek, y las palabras con que me expresó su admiración me causaron una emoción profunda. Liszt llevaba entonces una existencia singular que le mantenía constantemente en un ambiente de frivolidad que se oponía a nuestro mutuo acercamiento. Mas, a partir de aquel momento recibí con frecuencia estimables muestras de la favorable impresión que le había causado, y me atestiguó asimismo su más viva simpatía. De todas partes acudían a llamar a mi puerta personas pertenecientes a los círculos más aristocráticos, solicitando una audición de *Rienzi*, pues según lo que Liszt les había dicho y lo que sin duda les había interpretado en una de sus jiras triunfales, esperaban de mí algo verdaderamente notable.

Entusiasmo cordial de Liszt

**Alwina Frommann** A tales muestras de cordial entusiasmo por parte de Liszt se sumaban otros testimonios de verdadero afecto. Poco tiempo después de la sorprendente y nocturna declaración de simpatía de Werder, recibí el desahogo epistolar de una persona totalmente desconocida y que se convirtió más adelante en una fiel amiga. Me refiero a Alwina Frommann. Después de mi salida de Berlín, había oído dos veces a la señora Schröder-Devrient en mi *Fliegender Holländer*, y la carta en que, abriendo su corazón, me expresó la emoción que le había producido dicha obra, me dio a conocer por primera vez el valor de una ciega admiración, de la que el más grande maestro no podría prescindir sin sentir su influencia en su alma, pues es imprescindible en el artista la necesidad de creer en sí mismo.

**La «Armida» de Gluck** No guardo de aquel año ningún recuerdo sobresaliente acerca de mis actividades como maestro de capilla a que me fui habituando poco a poco. Para festejar mi debut, y como una especie de prueba de distinción, me hicieron asumir la dirección de la *Armida*, de Gluck, que se interpretó en marzo de 1843, antes de la ausencia periódica de la señora Schröder-Devrient. La representación apareció rodeada de una cierta expectación, debido a la circunstancia que Meyerbeer debutaba con la misma ópera en sus funciones de director general de música en Berlín, siendo de Berlín precisamente de donde provenía el especial respeto que se profesaba por la obra de Gluck. Y me contaron que Meyerbeer había ido con la partitura a casa de Rellstab con objeto de hacerse explicar la verdadera manera de interpretarla.

Poco tiempo después me enteré de una singular historia acerca de unos candelabros de plata. Según parece, el célebre compositor se sirvió de ellos para «iluminar» al no menos célebre crítico con ocasión del examen de su partitura, intitulada: *Campo de Silesia*. No atribuí, pues, gran importancia a los consejos que me dio a propósito de *Armida*, y confié en mi propio trato para dar, mediante variados matices, una mayor flexibilidad a aquella obra excesivamente fatua y afectada que estudié, entre tanto, concienzudamente. A este propósito, recibí luego del eminente gluckista Eduardo Devrient una opinión plenamente aprobatoria. Habiendo asistido éste a una de nuestras representaciones, la comparó a la de Berlín y elogió vivamente la graciosa movilidad de algunas de nuestras partes que en la interpretación berlinese resultaron de una burda tosquedad. Le impresionó sobre todo un pequeño coro de ninfas en el tercer acto (en *do mayor*), al que gracias a un movimiento moderado y a un *piano* delicado había suprimido la antigua rudeza que conservaron en Berlín, sin duda por fidelidad a la historia. A fin de romper la penosa rigidez de la orquestación, hice uso de un medio inocente que consistió en modificar cuidadosamente el movimiento de *basso* continuo que iba desarrollándose indefinidamente con cuartas, introduciendo en él un tiempo ora *legato* ora *pizzicato*. La dirección había dedicado cre-

cidas sumas para los decorados y el espectáculo conocido una buena cantidad de completos.

Y como por otra parte, a pesar del canto admirable de la señora Devrient, *Ifigenia en Taurida*, de un valor superior, se representaba ante las butacas vacías, en seguida adquirí el renombre de ser un director apropiado para Gluck.

Durante largo tiempo tuve que cultivar esta aureola, pues de buen mal grado dirigí con frecuencia mediocres representaciones del repertorio, incluso de Mozart; y la vulgaridad de las mismas desazonaba aun más a cuantos, habiéndose percatado de mi intervención en *Armida*, acudían al teatro con una esperanza particular. Algunos de mis amigos llegaron hasta a figurarse que Mozart me interesaba muy poco y que apenas lo comprendía; pero se daban cuenta de que al ocupar incidentalmente la dirección de aquellas representaciones sin un ensayo previo, las más de las veces no podía en absoluto someterme a ninguna influencia. Con todo, me sentía yo mismo situado en una falsa posición, pues a pesar de que ya conocía todas las contrariedades y sinsabores del caso, la imposibilidad de remediar aquellos defectos, su sujeción a la rutina más vulgar y lo agobiador del trabajo hacían mi situación insoportable.

Mi colega Reissiger, a quien me lamentaba a menudo de que la intensidad apenas atendía nuestras reclamaciones encaminadas al mantenimiento en el campo de la ópera, de producciones verdaderamente artísticas, me consolaba diciéndome que con el tiempo acabaría por hacer como él: no preocuparse más de tales quimeras y resignarse al inevitable destino de los maestros de capilla. Y, con esto, se daba con orgullo palmaditas en el vientre, deseándome que lo tuviera pronto tan redondeado como el suyo.

A los motivos que me llenaban de indignación en presencia de aquella rutina, venía ahora a sumarse la manera con que nuestros mejores directores trataban la reproducción de nuestras obras maestras. En aquel tiempo se invitó a Mendelssohn a dirigir personalmente su *Paulus* en uno de los grandes conciertos que el domingo de Ramos daba la orquesta de Dresde. Esta obra, que no conocí hasta entonces, me produjo una impresión tan favorable que experimenté de nuevo un vivo deseo de reanudar mi amistad con Mendelssohn. Pero una singular conversación que sostuve con él la misma noche del concierto, dió al traste con tal propósito.

El domingo de Ramos

Después del oratorio, Reissiger dirigió la octava sinfonía de Beethoven. Ya en los ensayos había observado que incurría en el defecto en el que suelen caer todos cuantos interpretan dicha obra: daba al *tempo di minuetto* de la tercera parte un anómalo movimiento de vals. No sólo la obra entera perdía su carácter grave y majestuoso, sino que el trío era ridículo por la imposibilidad en que se hallaban los violoncelos de sujetarse a tamaña rapidez. Se lo hice observar a Reissiger, que compartió mi criterio y prometió imponer a la audición el verdadero tiempo de *minué*, que yo le había indicado. Luego expliqué mi intervención a Mendelssohn, que se hallaba a mi lado en un palco escuchando la sinfonía. Me dió razón y declaró que tenía que ser tal como yo había dicho. Comenzaba justamente la tercera parte, pero Reissiger, incapaz de imponer de golpe un cambio de movimiento a la orquesta, se dejó llevar por su viejo hábito y dió el *tempo di minuetto* como un vals. Iba a expresar mi disconformidad cuando Mendelssohn dió a entenderme por señas de que la audición era totalmente de su agrado; se imaginaba que también yo debía de estar satisfecho y ni siquiera pareció darse cuenta de que Reissiger no había modificado su primitivo proceder. Me extrañó de tal modo aquella falta absoluta de sentimiento musical en el célebre compositor, que a partir de entonces formé de él un concepto especial.

Mendelssohn y la Octava Sinfonía

Más tarde me confirmé este concepto Roberto Schumann, que me expresó su satisfacción por el movimiento que yo prestaba a la primera parte de la novena sinfonía de Beethoven. Dicha sinfonía se interpretaba en Leipzig todos los años bajo la dirección de Mendelssohn, y, a juicio de Schumann, la acelerada rapidez con que se ejecutaba la echaba a perder absolutamente.

Entre tanto, aguardaba suspirando las raras ocasiones en que, en cumplimiento de mis funciones, podía actuar según el espíritu de nuestros grandes maestros; pero la mayor parte del tiempo estaba condenado a vivir en la desazón en que me sumía el repertorio habitual de nuestro teatro. Se me deparó una de aquellas felices ocasiones cuando, de regreso de mi desagradable excursión a Hamburgo, asumí la dirección del concierto que tenía que celebrarse el domingo anterior a la Pascua de 1844.

**La «Sinfonía pastoral»** Fui encargado de dirigir la *Sinfonía pastoral*. Aquellas audiciones del domingo de Ramos, que gozaban a la sazón de gran renombre, presentaban aún muchos defectos que sólo podían remediarse con mil artimañas. Uno de ellos estribaba, por ejemplo, en la colocación de los músicos. La orquesta se situaba en dos hileras semicirculares rodeando al coro de cantores; esta disposición me parecía tan extraordinariamente defectuosa, que me fueron necesarias las explicaciones de Reissiger para comprenderla. Tal absurda colocación databa aún del difunto maestro de capilla Morlacchi que, compositor italiano de óperas, desconocía naturalmente la importancia y las necesidades de la orquesta. Cuando pregunté por qué se le había permitido regentar en un dominio en el que nada entendía, me respondieron que en todo tiempo y aun frente a Carlos Maria de Weber los italianos no sólo habían gozado del favor de la corte, sino incluso asumido la dirección general. No se admitía ninguna oposición, y aún entonces era harto dificultoso sustraerse a los malos hábitos que aquellos habían dejado en herencia. En las altas esferas todo el mundo estaba persuadido de que Morlacchi debía saber las cosas mejor que nadie.

Acudieron de nuevo a mi mente mis impresiones de infancia sobre el eunuco Sassaroli, y pensaba en las exhortaciones de la viuda de Weber y en la importancia que ésta concedía al hecho de que yo asumiera la sucesión de su marido. Con todo, la ejecución de la *Sinfonía pastoral* tuvo más éxito del que podía esperarse, y el goce incomparable y maravilloso que saboreé al poder ocuparme ya de las obras de Beethoven avivó en mi ánimo un afán renovador. Roeckel compartió íntimamente este placer; no se movía de mi lado y durante los ensayos, pensando y dirigiendo al unísono conmigo, me secundaba con sus ojos y sus oídos.

**Ovaciones al rey de Sajonia en Inglaterra** Además de aquel éxito feliz, el mismo verano tuve la fortuna de proyectar una empresa que había de realizarse a plena satisfacción. Si no tuvo ésta una gran importancia musical cobró, en cambio, un acentuado significado social. El rey de Sajonia estaba a punto de regresar de un largo viaje que había efectuado



a Inglaterra. Ya desde mi temprana juventud, cuando el Rey no era entonces más que el príncipe Federico, me había inspirado este monarca una viva simpatía. Las informaciones que se publicaban sobre su estancia en ultramar contribuían aún a exaltar mis sentimientos patrióticos. Aquel soberano modesto, a quien repugnaban la pompa y el fasto, coincidió casualmente en Inglaterra con la inopinada visita del emperador Nicolás. Se habían organizado en honor del soberano ruso festejos suntuosos y desfiles militares, a las que nuestro rey, muy a pesar suyo, tuvo que asistir. Sin embargo, el pueblo inglés, con el objeto de expresar su antipatía contra el Zar, se entregó a entusiastas demostraciones en favor del rey de Sajonia. Los periódicos subrayaron intencionadamente la tendencia de los sentimientos del pueblo británico, y nos pareció que desde Inglaterra soplaban hacia la pequeña Sajonia un viento lisonjero y bienhechor, que nos hacía enorgullecer de nuestro soberano. Con tal estado de ánimo supe que, para el retorno del príncipe, se preparaba en Leipzig una recepción cuya parte musical sería dirigida por Mendelssohn. Me informé de lo que contaban hacer en Dresde, pero me aseguraron que el Rey no se detendría en dicha ciudad y que se trasladaría directamente a su castillo de Pillnitz. En seguida me di cuenta de que esta circunstancia facilitaría mis deseos de preparar al Rey una acogida cordial. Como funcionario palaciego sólo hubiera podido organizar en Dresde un recibimiento oficial, mientras que en el campo todo tomaría un carácter más íntimo.

Se me ocurrió entonces la idea de congrega a todos los ciudadanos de Dresde que supieran cantar o tocar un instrumento cualquiera, a fin de que el día de la llegada del príncipe ejecutaran una cantata que yo iba a componer. Pero surgió una dificultad: Lüttichau, mi director general, se hallaba ausente de Dresde. Entenderme con mi colega Reissiger hubiera retrasado las cosas, dándole además un carácter oficial que yo quería evitar. Por otra parte, no había tiempo que perder, pues el retorno del príncipe se anunciaba muy próximo. En mi calidad de director de la *Liedertafel*, decidí convocar a los cantores y a los músicos e invité asimismo a los miembros del teatro y de la orquesta a que se reunieran con nosotros. Luego me trasladé a Pillnitz a fin de tomar, con el mariscal de la Corte, las disposiciones necesarias. Tuve que consagrar el tiempo que empleé en aquel breve viaje a escribir mis versos y ponerlos en música, pues en cuanto regresara a la ciudad tenía que entregar mi composición a los copistas y litógrafos. Aquel gozoso frenesí en medio de una campaña luminosa, aquel hermoso día de verano y el sincero afecto que me inspiraba el príncipe alemán, electrizaron mis facultades y me hicieron concebir las formas melismáticas de la marcha del *Tannhauser*, que apuntaban ya en aquella salutación al Rey. Más adelante las desarrollé y aquella marcha contribuyó a hacer de *Tannhauser* la más popular de mis óperas.

A partir del día siguiente, mis ciento veinte músicos y trescientos cantores comenzaron el estudio de mi composición. Reuní esta muchedumbre en el Teatro Real, y al principio todo marchó admirablemente. Los ejecutantes y yo más que ellos, estábamos encantados, pero de pronto se presentó un enviado del director general diciéndome que Lüttichau había regresado y deseaba hablarme. Este se enteró por mi amigo Reissiger de las disposiciones que yo había tomado sin anuencia de nadie, y se sintió vejado. Si hubiera llevado su corona de barón, indudablemente se le habría caldo de la cabeza. Lo que le indignaba sobre todo era que me hubiese permitido dirigirme a un funcionario de la Corte sin haber contado con su intervención. Le ofrecí anular todo cuanto había hecho, pero esto le asustó. Le pregunté entonces qué era lo que quería, pues, evidentemente, algo tenía que hacerse. Ni él mismo parecía saberlo y me declaró que no me había portado como buen colega, pues ni siquiera había comunicado a Reissiger mis propósitos. Respondí que estaba dispuesto a ceder a Reissiger mi composición y la dirección de la misma. Esto le pareció excesivo, pues, en el fondo, no tenía gran confianza en el otro director. Para Lüttichau, el aspecto más desagradable del asunto estribaba en el hecho de que me hubiera dirigido al mariscal de la Corte, Reitzenstein, que era, al parecer, su enemigo personal. No tiene usted idea — me dijo — de todas las trapisondas de este hombre. Sus confidencias familiares llegaron a conmoverme y me permitieron presentar al turbado cortesano mis excusas casi sinceras. Respondió encogiéndose de hombros y dejó que aquel enojoso asunto siguiera su curso.

**Llegada a Pillnitz:** Sin embargo, el éxito de mi empresa estaba más amenazado por el cielo que por el malhumor del intendente real. Durante todo el día cayó una lluvia torrencial. Si aquella tormenta continuaba, me sería imposible trasladarme al día siguiente, como estaba convenido, con mis centenares de cantores a la embarcación a vapor que habíamos encargado para transportarnos a Pillnitz, situada a dos horas de distancia. Roeckel era el único que me tranquilizaba: «Tenga usted confianza; usted es hombre de suerte y gozaremos mañana de uno de los más hermosos días del mundo.» Mi amigo tuvo razón. Desde el amanecer hasta la noche, el 12 de agosto de 1844, fué el más hermoso día de verano que puedo recordar. La sensación de bienestar con que en medio de una bruma matutina vi embarcarse a mi legión de alborozados músicos me dilataba el corazón y me hizo creer realmente en mi buena estrella. A fuerza de cumplidos logré aventar el malhumor de Reissiger y persuadirle de que compartiera conmigo el honor de la jornada dirigiendo la composición.

**Feliz mañana en Pillnitz:** Todo transcurrió a las mil maravillas. El monarca y la familia real quedaron visiblemente emocionados y más tarde, cuando vinieron tiempos azarosos, la reina de Sajonia—según dicen—recordaba aún con emoción aquel día y aquella mañana como uno de los más bellos de su vida. Reissiger enarboló la batuta con gran dignidad, mientras yo cumplía en el coro con mi *partucella* de tenor. Fuimos reclamados en seguida en audiencia por la familia real; el Rey nos dió cordialmente las gracias y la Reina nos felicitó, a mí por lo que había compuesto y a Reissiger por lo bien que había dirigido. El Rey nos suplicó que repitiéramos las tres últimas estrofas porque un dolor de muelas le privaba de permanecer largo tiempo al aire libre. Combiné en seguida una evolución que fué ejecutada con una perfección tan notable que aun hoy día me siento orgulloso de aquel éxito. Atendiendo a los deseos del soberano hice repetir la cantata, pero sólo conservé la posición en semicírculo de los cantores el tiempo de una estrofa; a partir de la segunda mis cuatrocientos músicos realizaron un movimiento de conversión y se oyeron las dos últimas estrofas mientras caminaban e iban ale-

jándose por el jardín. Así, pues, los últimos sonos sólo llegaron a los oídos reales como un eco lejano.

Gracias a mi infatigable actividad y a mi presencia por doquier se verificó la retirada sin la menor vacilación ni en el compás ni en el canto, y con una seguridad tal que aquella cobró la apariencia de una maniobra teatral, concienzudamente estudiada. Una vez llegados al patio del castillo hallamos dispuestas sobre el césped una serie de mesas en las que, por orden de la reina, había una opipara colación. Y desde las ventanas del fuerte la real huéspedela velaba personalmente por el bienestar de sus invitados.

Todos los ojos se volvían hacia mí para felicitarme, y por poco consideré hallarme en el Paraíso. Después de haber recorrido en numerosos grupos los amenos alrededores del castillo, Keppgrund, entre otros, que ya conocía desde mi juventud y por el que sentía gran predilección, regresamos a Dresde casi entrada la noche y en el mejor estado de ánimo que pueda imaginarse.

ESTABA nuevamente convocado para el día siguiente en la Dirección General, y en el momento en que iba a reiterar mis excusas a Lüttichau por la inquietud que le había causado, aquel hombre me cogió la mano y me dijo lido, de rostro enjuto y de facciones duras, me cogió la mano y me dijo que todo aquello debía relegarse al olvido; que yo era un gran hombre y que cuando nadie se acordara ya de él, yo sería aún célebre y estimado. Y al decir esto su semblante cobró una expresión que, sin que quepa la menor duda, nadie excepto yo conocí jamás.

Profundamente emocionado con aquella inopinada declaración traté de expresar la confusión que me embargaba, pero Lüttichau me atajó con amable familiaridad; se esforzó por dominar su turbación y se refirió sonriente a la abnegación de que yo había dado pruebas, al ceder a Reissiger, que carecía de méritos para ello, el puesto de honor que me correspondía.

Cuando le aseguré que sólo me había sentido verdaderamente satisfecho después de haber logrado persuadir a mi colega de que asumiera la dirección de la alborada, respondió Lüttichau que se hacía cargo de mis razonamientos, pero que no concebía cómo Reissiger se había dejado convencer para ocupar un lugar que no era suyo. A partir de aquel día, Lüttichau me mostró una benévola simpatía hasta el punto de que incluso en cuestiones de negocios reinó entre nosotros casi una verdadera intimidad. Aunque más tarde nuestras relaciones adquirieron un grado de tirantez y acabaron por tomar un carácter de enemistad oficial, aquel hombre singular guardó siempre para mí una especie de ternura que prestaba a sus más violentas recriminaciones el tono lastimero de un amor incomprendido.

AQUEL año tomé mis vacaciones a comienzos de septiembre y me instalé ya un poco tarde en los declives vinícolas, propiedad de Fischer, situados no lejos de Loschwitz, y cerca de los famosos viñedos de Findlater. Aquella estancia de seis semanas respirando aire puro me estimuló y me dió alientos, y el 15 de octubre había ya terminado la música del segundo acto de *Tannhauser*. En aquella época dieron en Dresde una representación de *Rienzi*, por cuyo motivo regresé a dicha ciudad. La concurrencia era verdaderamente escogida, pues vi en los palcos y en el anfiteatro a Spontini, a Meyerbeer y al autor del Himno Nacional ruso, el general Lwoff. No traté de saber la impresión que mi ópera había producido a aquellos grandes maestros, con sobrada aptitud para juzgarme; me contenté con la satisfacción que experimenté de que mi obra hubiese sido presentada en presencia de una sala llena de gente, que no regateó sus aplausos. Al final de la representación tuve la alegría de ver a mi perrito «Peps», que me trajeron al teatro y que para reunirse conmigo había efectuado el largo trayecto que mediaba desde nuestra casa de campo a la ciudad. Y sin preocuparme más de las celebridades europeas que habían asistido al espectáculo, regresé a mi apacible morada campestre, donde Minna me recibió gozosa, sobre todo al ver de nuevo a «Peps», a quien creía perdido.

**La composición de «Tannhauser», terminada:** Allí recibí la visita de Werder, que de una manera tan singular me había expresado en Berlín su simpatía. Aquella vez logré verle a la luz del día, bajo un cielo despejado, y pude discutir tranquilamente con él acerca del valor del *Fliegender Hollaender*, respecto al cual sentía cierta prevención desde que Tannhauser no me daba punto de reposo. Resultaba un espectáculo verdaderamente insólito impugnar la opinión de mi amigo y enterarme por él de las cualidades que contenía mi obra.

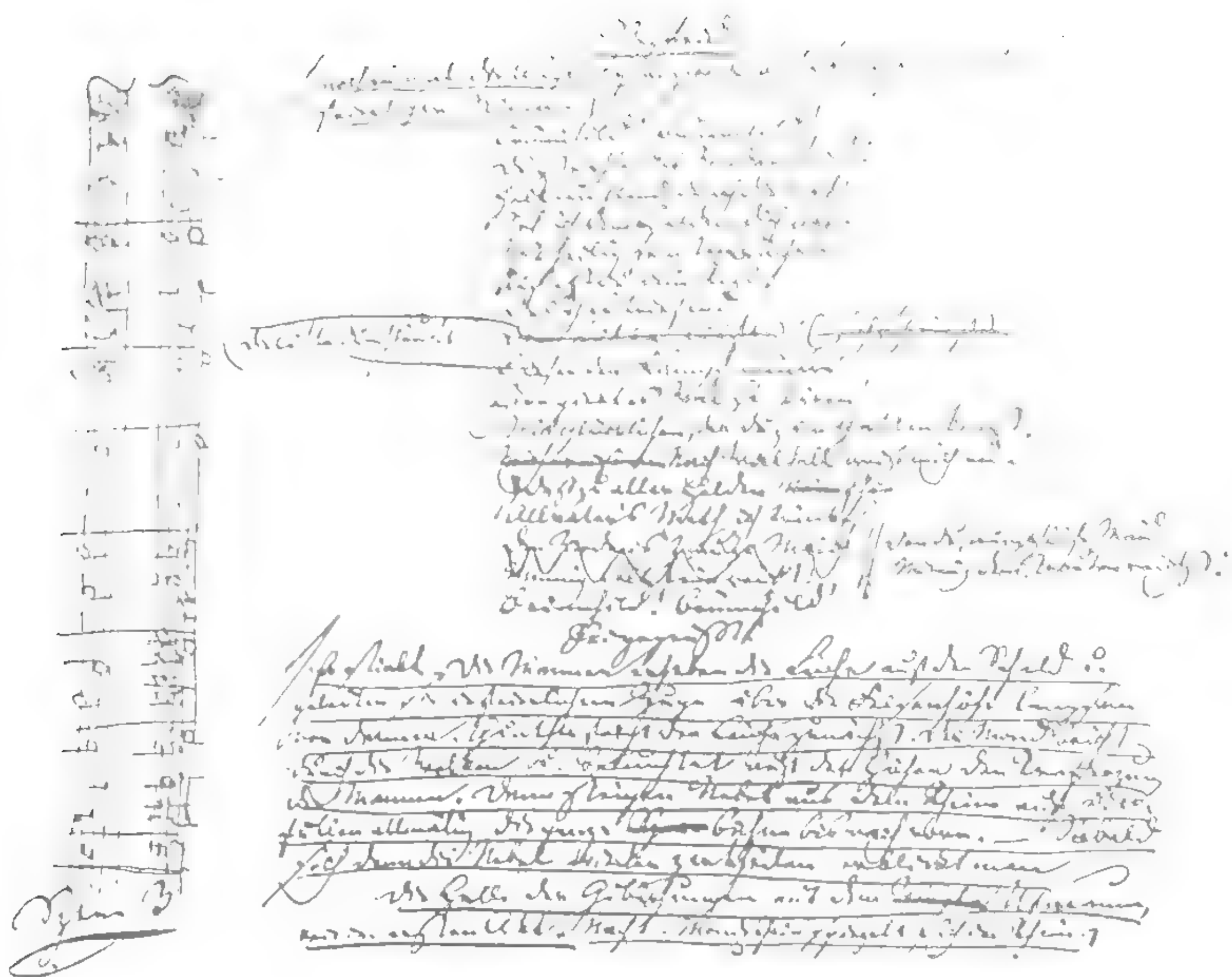
De nuevo en nuestros cuarteles de invierno, me esforcé para que, entre la composición del segundo y el tercer acto de *Tannhauser* se produjera un intervalo tan largo como entre los dos primeros, y a pesar de mis numerosas ocupaciones y gracias también a la sana influencia de regulares paseos solitarios, logré terminar el tercer acto antes de fin de año, exactamente el día 29 de diciembre. Lo que, entre tanto, me distrajo de mi composición, fué la llegada de Spontini, que vino a nuestra casa por algún tiempo, a propósito de su nueva ópera *La Vestal*, que a la sazón se estaba montando en Dresde. Los curiosos incidentes y los rasgos característicos que ilustraron mis relaciones con el venerable y célebre maestro, han quedado tan grabados en mi memoria, que son merecedores, a mi entender, de ser contados.

**Spontini, invitado en Dresde:** TENÍAMOS suficientes motivos para esperar que las representaciones de *La Vestal* alcanzarían un gran éxito: contábamos con el concurso de la señora Schröder-Devrient, y la ejecución de la música era, en general, excelente. Sugerí, pues, a Lüttichau la idea de que invitara a Spontini a dirigir personalmente su obra, tan justamente renombrada. El anciano maestro no quería saber nada de Berlín, donde había sufrido amargas humillaciones, por lo que, al invitarlo, le ofrecíamos una especie de reparación demostrativa de amistad. Habiéndome encargado la dirección de *La Vestal*, me fué confiada al mismo tiempo la misión de ponerme de acuerdo con su autor.

Aunque escribí yo mismo mi carta en un francés detestable, no cabe duda de que ésta debió de inspirarle la mayor confianza respecto a mi celo por la empresa, pues en su contestación me expresó con solemne tono su ferviente deseo de asistir a la fiesta. Dado que entre los intérpretes se contaba la señora Schröder-Devrient, Spontini se manifestaba absolutamente tranquilo sobre el valor de los mismos; confiaba en que nada faltaría a la puesta en escena de los coros y ballets y esperaba asimismo que la orquesta le satisficiera plenamente. Componíase ésta de un número suficiente de excelentes instrumentos, y le tout serait garni de douze bonnes contrebasses (1). Esta frase me

(1) En francés es el original.





Original manuscrito del primer texto para la muerte de Siegfried, que data de 1848.

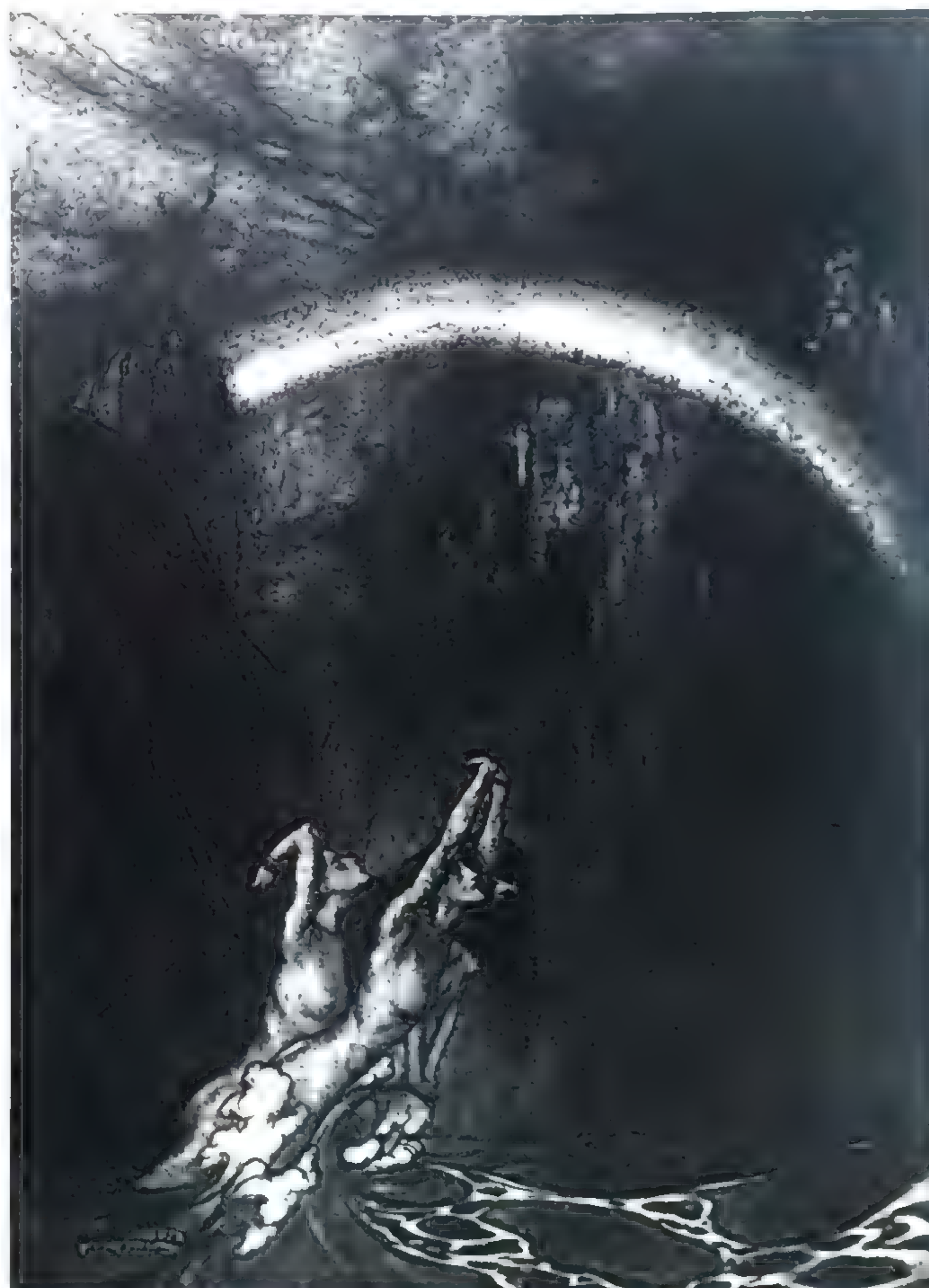


Retrato de Wagner en París, en 1867.

Alberich se lanza a por el Oro, en ilustración de Arthur Rackham.



Los lamentos de las Hijas del Rhin, al haberles sido robado el Oro. (Ilustración de Arthur Rackham).





die a entender en cifras las otras exigencias del maestro. Me entrevisté inmediatamente con el intendente, con objeto de ponerle en aviso respecto a las dificultades con que tropezaría nuestro proyecto. Este quedó aterrado; precisaba, costase lo que costase, encontrar un pretexto para anular la invitación. La señora Schröder Devrient se enteró de nuestras tribulaciones, y como conocía a Spontini, rompió a reír como una loca por la imprudencia con que nos habíamos lanzado a semejante aventura. La señora Schröder Devrient se encontraba indispueta y pensó que esto bastaría para diferir en lo posible la representación; pero Spontini declaró que le aguardaban con impaciencia en París y como disponía de muy poco tiempo para consagrarnos, nos instaba a que se efectuara la representación lo más pronto posible. Llérame mano del expediente de la indisposición de mi amiga, y urdí sobre ella una sarta de mentiras que dieron por resultado la definitiva renuncia del compositor a la invitación que le había cursado.

ENVIADA la carta, respiramos a todo pulmón, y, sin más inquietudes, nos dedicamos tranquilamente a nuestro trabajo hasta la víspera del ensayo general. Pero aquella mañana, hacia mediodía, un coche se detuvo ante la puerta de mi casa y vi apearse del vehículo, vestido con un redingote de sayal azul y sin nadie que le acompañara, al orgulloso músico que, por lo general, sólo se mostraba con la indumentaria de un grande de España. Entró en mi habitación, me enseñó mis cartas y me demostró, a través de nuestra correspondencia, que no solamente no había ni siquiera pensado en declinar nuestra invitación, sino que, por el contrario, se sometía a todas nuestras condiciones. Bajo la gozosa impresión que experimenté al hallarme en presencia de aquel hombre prestigioso, y verle en su día dirigir personalmente su ópera, olvidé mi turbación y me comprometí a hacer lo imposible para contentarle. Spontini me dedicó, al escucharme, una sonrisa de satisfacción casi infantil, pero cuando, para que disipara de una vez todas las dudas que pudiera abrigar sobre mi sinceridad, le supliqué que dirigiera él mismo el ensayo que había de tener lugar al día siguiente, frunció el entrecejo y opuso a ello no pocas dificultades.

Llegada de Spontini

CONFUSO y meditabundo, no acertaba a explicarse abiertamente, de manera que me era difícil adivinar cómo podría decidirle a que aceptase mi proposición. Tras algunos titubeos, me preguntó finalmente con qué clase de batuta dirigía. Le indiqué con la mano la longitud y el espesor de la varilla de madera ordinaria que utilizábamos y que, en caso necesario, el mozo de la orquesta recubría con un papel blanco. Spontini lanzó un suspiro y se informó de si era posible contar para el día siguiente con una batuta de ébano, cuyo grosor y longitud me señaló con las manos y adornada en sus dos extremos con sendos botones de marfil. Le prometí que contarla, al menos, con una parecida para el primer ensayo, y que para la representación dispondría de otra absolutamente impecable. Visiblemente tranquilizado, Spontini se pasó entonces la mano por la frente y me permitió que anunciara su presencia para el día siguiente. Y luego regresó al hotel donde se hospedaba, no sin haberme hecho una vez más serias recomendaciones acerca de la confección de su batuta.

Primer ensayo de «La Vestal»

CREÍA soñar y me apresuré a comunicar lo que acababa de acontecer. Nos encontrábamos en un callejón sin salida. La señora Devrient se ofreció como víctima propiciatoria, y yo conferencé con el carpintero del teatro a propósito de la famosa batuta. Logramos procurarnos una del espesor y la longitud deseados; era negra, con dos gruesos cabos blancos. Podía, pues, comenzar la representación. De buenas a primeras, Spontini no pareció estar muy a sus anchas en su puesto de director de nuestra orquesta. Como primera medida, quiso que los óboes se colocaran a su espalda. Este cambio hubiera acarreado, por el momento, una completa desorganización en las filas de los músicos, y le prometí que, después del ensayo, tomarla las medidas pertinentes. Spontini no contestó y blandió su batuta. Entonces supe por qué concedía tanta importancia a las dimensiones de la misma. Spontini no la cogía por el extremo, como los demás directores, sino que la empujaba por el medio, como un bastón de mariscal, y se servía de ella no tanto para dirigir como para mandar.

Exigencias de Spontini

Desde los primeros momentos reinó en el teatro una confusión que fué acentuándose paulatinamente, debido a que las explicaciones del maestro, dadas en un embrollado alemán, eran incomprensibles para los miembros de la orquesta y los cantantes. Mas lo que comprendimos claramente, fué que no consideraba aquel ensayo como definitivo, y que abrigaba la intención de que se interpretara su ópera de un modo distinto al que habíamos estudiado. La desesperación se apoderó de nosotros, y particularmente de mi viejo amigo Fischer, *régisseur* y director de los coros, que con tanto entusiasmo había coadyuvado a que se invitara a Spontini. Vela va el repertorio completamente desbaratado y poco a poco se sintió invadido de tal exasperación, que cualquier observación del maestro le parecía una sandez, y acabó por espetarle, en alemán, las peores groserías.

Una vez, el italiano me indicó por señas que me acercara a él, y a propósito de un coro que acababa de cantar, me dijo en voz baja: «No cantan del todo mal estos coristas.» Fischer, que lo había observado, desconfiado y receloso, me preguntó entonces con acaloramiento: «¿Qué dice este vejecorio?» Sin embargo, aquel breve entusiasmo de Spontini dió paso en seguida a una decepción. El primer tropiezo grave se produjo en el primer acto, a causa de la evolución de la marcha triunfal. Spontini expresó con ruidosa vehemencia su descontento por la indiferencia del pueblo ante el paso de las vestales. Como era corto de vista, no podía ver en detalle lo que ocurría en el escenario, y no se había dado cuenta de que, siguiendo las órdenes de nuestro *régisseur*, todos los figurantes doblaban la rodilla a la llegada de las sacerdotisas. Y Spontini exigió entonces que el respeto religioso del ejército se manifestara de una manera drástica, es decir, mediante el choque de las espadas en el suelo en el momento en que los guerreros romanos se echan a tierra. Esto motivó numerosos ensayos y el paloteo se producía siempre demasiado pronto o demasiado tarde.

Una y otra vez Spontini dirigió personalmente la maniobra, golpeando el atril con la batuta, pero no se consiguió ningún progreso. El ruido no se producía nunca ni de una manera oportuna ni con la debida energía. Recordé entonces la admirable precisión con que se ejecutaban en Berlín semejantes evoluciones y la impresión que antaño me habían causado en la representación de *Fernando Cortés*, y comprendí que necesitaríamos aún mucho tiempo para satisfacer las exigencias del maestro e infundir a nuestra mollicie la firmeza y disciplina que con tanto ardor requería.

Después del primer acto, Spontini subió al escenario. Creyendo encontrar todavía a los artistas, se proponía hacerles observar la necesidad de que se aplazara la representación, con objeto de disponer de tiempo para aleccionarlos según sus ideas mediante los más variados ensayos. Pero sobre las tablas se había producido una desbandada general: actores y figurantes se habían escabullido, presos de pánico ante aquella angustiosa situación. No quedaban más que los encaigados de la tramoya, los lampistas y algunos del coro que, colocados en semicírculo en torno a Spontini, escuchaban las peroratas del maestro que, con indescriptible emoción, les hablaba sobre el verdadero arte teatral. Interrumpí aquella penosa escena, persuadí a Spontini de que sus temores eran infundados y le asegure que todo saldría perfectamente bien.

Le anuncié, además, la próxima llegada de Eduardo Devrient, que había asistido a las representaciones de *La Vestal* en Berlín, y que con objeto de que las sacerdotisas fuesen recibidas con todo el respeto debido, se ocuparía de adiestrar los coros y los figurantes. Logré, por último, que desistiera de su absurda posición; conjugamos un plan de ensayos que le pareció acertado y acabé, en verdad, por ser el único que no estaba descontento del giro que tomaban las cosas. A pesar de cuanto había de risible en la conducta de Spontini, advertía en ella una energía que me hizo comprender cómo había podido perseguir y alcanzar uno de los fines del arte teatral que nuestra época ha perdido casi de vista.

COMENZAMOS con un ensayo al piano que el maestro contaba para dar sus instrucciones a los cantantes. No nos enseñó nada nuevo. Hizo unas ligeras observaciones particulares respecto a la dicción y se extendió acerca de la interpretación en general. Me di cuenta de que solía tratar a los cantantes de renombre, como la señora Schröder-Devrient y Tichatschek, con especial miramiento. Únicamente prohibió a este último que pronunciara la palabra *Braut* (novia), que la versión alemana pone en boca de Licinio cuando éste se dirige a Julia. Conceptuaba esta palabra desagradable al oído y no concebía que pudiese emplearse en música una tan bárbara como aquella. El cantante que interpretaba el papel del gran sacerdote, un artista de poco talento y escasas facultades, recibió una lección menos breve. El compositor le explicó el carácter del personaje, que se bosquejaba en su recitado dialogado con Halifex. Se trataba de hacerle comprender que todo ello no era más que una trama, basada en la superstición, urdida por los sacerdotes. El pontífice no teme a su rival, incluso cuando éste se halla al frente del ejército romano. En el peor de los casos, está dispuesto a reavivar el fuego de las vestales mediante sus maravillosos ingenios; de modo que si Julia escapaba al sacrificio, aquel supuesto milagro salvaría el prestigio de la teocracia.

En una conferencia que sostuve con Spontini a propósito de la orquesta, pregunté al maestro por qué él, que generalmente solía emplear los trombones, no se había valido de ellos para la magnífica marcha triunfal del primer acto. A lo que Spontini, a su vez, me preguntó extrañado: «¿Es que no están los trombones?» Le mostré la partitura y me suplicó entonces que añadiera algunas trompetas y que todo estuviera listo para el próximo ensayo. Y agregó: «Oí en su *Rienzi* un instrumento que usted denomina tuba; no quiero que falte en la orquesta y le ruego que escriba usted la partitura del mismo para *La Vestal*.»

Me complació grandemente atender sus deseos y cumplí mi misión con discreción y tacto. Cuando Spontini examinó mi trabajo por primera vez, me dirigió una mirada de carinosa gratitud, y fué tan duradera la satisfacción que le produjo aquel fácil ornamento en su partitura, que más tarde me escribió desde París una carta muy afectuosa, en la que me rogaba que le proporcionara la partitura de aquellos instrumentos. Sin embargo, su vanidad no le permitió reconocer que había sido yo quien la había escrito, y únicamente me escribió: «Sírvasse mandarme la parte de trombón para la marcha triunfal, y también la de tuba, tal como se ejecutó en Dresde bajo mi dirección.»

DE un modo especial le di muestras de mi deferencia por el celo con que, atendiendo a sus deseos, modifiqué completamente la disposición de la orquesta. Las ideas que a este respecto poseía eran no tanto el resultado de un sistema, como el producto de un hábito. Y comprendí la importancia que el maestro le atribuía cuando me explicó cuál era su método de dirigir.

—Yo dirijo únicamente con la mirada — me dijo —; mi ojo izquierdo es el primer violín, y el derecho el segundo violín. Pero para actuar con la mirada, aún en el caso de que uno sea corto de vista, es necesario no llevar gafas, como suelen hacerlo los malos directores de orquesta. Yo — agregó confidencialmente — no veo nada a dos pasos de distancia y, no obstante, consigo todo lo que quiero con la mirada.

Spontini y la orquesta

Por otra parte, su manera de disponer la orquesta era muy poco racional; así, la costumbre de colocar detrás de él a los dos óboes, se debía ciertamente al ejemplo que le había dado una orquesta parisíen, ya disuelta, a la que aquéllos pertenecían y que, al parecer, no disponía de espacio para disponer sus instrumentos en la forma que hasta entonces se había seguido. Aquellos músicos se veían forzados a desviar del público la embocadura de su instrumento, y nuestro excelente óboe se indignó de tal modo con tal imposición, que sólo tomando la cosa a chanza logré calmarle. De todos modos, la disposición de la orquesta estaba basada en un sistema muy justo que, por desdicha, era completamente inusitado en Alemania.

Spontini repartió entre el conjunto, equitativamente, el cuarteto de instrumentos de cuerda, y del mismo modo, en lugar de reunir en un punto todos los instrumentos de metal y los bombos, los separó y los distribuyó en las dos alas de la orquesta, mientras los instrumentos de viento más delicados constituían una sintonización apropiada entre los violines.

La costumbre, que subsiste aún en las más importantes y célebres orquestas, de clasificar los instrumentos en grupos distintos, el de viento y el de cuerda, es una verdadera brutalidad y revela un desconocimiento absoluto de la belleza de la música orquestal, cuyos sonidos deben fundirse y propagarse por todos lados por igual. Experimenté una gran alegría que la visita de Spontini me hubiera deparado la ocasión de introducir en Dresde aquella afortunada mudanza. Y cuando el maestro se marchó, me fué fácil conseguir del rey la autorización para mantener el cambio que aquél había exigido. Sólo tuve que corregir algunas extravagancias y particularidades fortuitas en la organización de la orquesta para contar, al cabo, con una disposición satisfactoria y eficaz.



A pesar de las excentricidades que prodigaba Spontini durante los ensayos, este hombre excepcional fascinaba a los músicos y a los cantantes hasta el punto de inspirarles un vivo interés por la representación. Entre otras cosas, exigía, con una extraordinaria energía, una marcada acentuación del ritmo. En su actuación con la orquesta berlinesa, había adquirido la costumbre, cuyo significado no logré captar en seguida, de señalar la nota sobresaliente con la palabra «ésta». Lichatschek, verdadero genio del canto lírico, se mostró encantado con tal innovación, pues también él se había acostumbrado, cuando los coristas tenían que efectuar una entrada importante, a que logran una singular precisión, afirmándoles que bastaba con acentuar la primera nota para que el resto marchara a las mil maravillas. Poco a poco fué invadiendo nuestro teatro un ambiente favorable a Spontini; sólo las violas tardaron en recobrar el terror que el maestro les había causado. Como en la lúgubre cantilena de Julia, al final del segundo acto, el acompañamiento de aquellos instrumentos no respondía a la idea del compositor, éste se volvió repentinamente hacia los músicos y con voz sepulcral les dijo: «¿Acaso reside la muerte en las violas?» Los dos vejetes, aquejados de hipocondría, y que, no obstante su derecho al retiro, se aferraban, muy a pesar mío, a sus facistolos, creyeron ser objeto de una amenaza y alzaron sus desorbitados ojos hacia Spontini. Para que se repusieran del susto, tuve que explicarles, despojado de toda afectación teatral, lo que el maestro requería de ellos.

Terror de las violas

Sobre las tablas, Eduardo Devrient hacía gala de una gran actividad y consiguió formar un expresivo conjunto. Frente a las exigencias, que nos ponían a veces en un grave aprieto, siempre sabía sacarnos de apuros. Habíamos resuelto representar la ópera con las supresiones en uso en todos los teatros alemanes y terminarla con el apasionado dúo, sostenido por el coro, que cantan Licinio y Julia después de la liberación de ésta.

Representación de «La Vestal»

Pero el maestro, a quien le apenaba que su brillante obra se terminara con una impresión mortuoria, se obstinó en añadir al mentado dúo la escena final y el ballet que caracterizan la ópera seria francesa. Fué preciso, pues, transformar la puesta en escena y presentar bajo el aspecto más risueño y placentero los macizos de rosas de Venus ante los cuales los sacerdotes y sacerdotisas coronadas de flores unen a la desdichada pareja. Mas esta modificación no contribuyó, desgraciadamente, a rubricar un éxito que todo el mundo deseaba.

Durante la representación, que transcurrió con verdadero entusiasmo y precisión, surgió un inconveniente que ni siquiera habíamos sospechado. Nuestra célebre señora Schröder-Devrient no estaba ciertamente en condiciones de interpretar el papel de la más joven de las vestales, tanto más cuanto que con su figura un poco rolliza tenía que ser objeto de comparación con la gran sacerdotisa, cuyo porte juvenil se destacaba graciosamente. Este papel corría a cargo de mi sobrina Juana Wagner, que, en posesión de una voz de cautivadora belleza y de un positivo talento dramático, daba al espectador la impresión de que los papeles de las dos cantantes debieran ser invertidos. No escapó a la clarividencia de la señora Schröder-Devrient esta desdichada circunstancia; para conservar victoriosamente su supremacía, echó mano de cuantos recursos tenía a su disposición, pero sus esfuerzos la hicieron caer en la exageración y aún, en el momento patético, en un exceso deplorables.

Cuando después del gran trío del segundo acto ve la salvación de su bienamado en la huida, y en dolorosa postración se adelanta hacia el proscenio lanzando con el corazón oprimido la exclamación: «¡Ya es libre!», la señora Schröder-Devrient pronunció más que cantó estas palabras. Conocía sobradamente el efecto que una intensa emoción así expresada puede producir, y en *Fidelio* había suscitado muchas veces la admiración del público valiéndose de este artificio. En la frase: «Un paso más, y eres muerto!», pronunciaba la palabra «muerto» casi sin entonación vocal. La extraordinaria impresión que entonces experimenté, dimanaba del terror prodigioso que me invadía cuando, como derribado por el hachazo brutal del verdugo, me sumía bruscamente, desde las esferas ideales de la música que ennoblece las situaciones más atroces, al duro terreno de la horrible realidad. Fué en aquel momento cuando me percaté del límite extremo de lo sublime y, basándome en esta sensación, puedo decir que dicho límite se encuentra allí donde dos mundos diferentes que se tocaban se separan súbitamente, dejándonos entreverlos en el mismo instante y con el mismo golpe de vista. Mas este momento es único y solemne y no siempre le está permitido a uno evocarlo. Me di cuenta de ello por el fracasado intento de la gran artista en la representación de *La Vestal*. Aquella palabra, pronunciada con voz ronca y casi sin tonalidad, nos heló, al público y a mí, como una ducha fría, y sólo vimos en ello un efecto teatral frustrado.

**Éxito mediocre de Spontini** ¿HABÍAN sido desmesuradas las esperanzas de los espectadores, que habían pagado a doble precio la curiosidad de ver a Spontini ante el atril del director de orquesta? O el estilo de la obra, con su arcaico tema francés, ¿pareció anticuado, a pesar de la belleza y la brillantez de la música? O el final languideciente de la obra, ¿tuvo el mismo resultado decepcionante que el efecto dramático frustrado de la señora Schröder-Devrient? Lo cierto es que no se manifestó en ningún momento un verdadero entusiasmo y que la representación sólo alcanzó un éxito mediocre. Fué para mí un espectáculo penoso ver aparecer en el escenario al célebre compositor, atiborrado de medallas y condecoraciones, agradeciendo al público la tibieza de sus aplausos.

Nadie se dio cuenta mejor que el propio Spontini de aquel poco alentador resultado. Decidióse a conseguir por fuerza un éxito, cuando menos aparente, y recurrió al expediente que solía emplear en Berlín a fin de que se representaran sus obras ante una sala atestada. Escogía siempre el domingo para sus representaciones, porque la experiencia le había demostrado que en tal día el teatro se llenaba de un público fácilmente predispuesto al entusiasmo. Como el domingo señalado para que Spontini asumiera por segunda vez la dirección de *La Vestal* no estaba aun próximo, la prolongación de su estancia nos deparó el interesante placer de vernos a menudo con él. Guardo de mis entrevistas con el maestro, ora en casa de la señora Schröder-Devrient, ora en la mía, un recuerdo tan preciso, que voy a hablar de ellas con suma agrado.

**Una cena en casa de la señora Schröder-Devrient** RECUERDO, sobre todo, una cena que celebramos en casa de la señora Schröder-Devrient, durante la cual sostuvimos una animada conversación con el maestro y su mujer y una hermana de Erard, el célebre fabricante de pianos. La parte que Spontini tomaba en la conversación consistía en escuchar con grave actitud la charla de los demás y esperar a que se requiriera su opinión.

En cuanto tomaba la palabra, lo hacía con una solemnidad de tribuna, con frases precisas, en forma categórica y con un tono que daba a entender que toda contradicción implicaría una ofensa. Fernando Hiller, que se encontraba entre los invitados, inició una conversación sobre Liszt. Luego que se hubo zanjado el tema en todos sentidos, Spontini formuló su dictamen con el énfasis que le era habitual, y sus palabras me demostraron que, desde su trono berlinés, no había visto las cosas de una manera precisamente imparcial e indulgente. Cuando Spontini se mostraba dispuesto a dar rienda suelta a sus oráculos, no podía tolerar que se produjera el menor ruido. A la hora de los postres se hallaban ya los presentes más animados. El maestro nos obsequió con un largo discurso, en el transcurso del cual la señora Schröder-Devrient se permitió soltar la risa a propósito de otra cosa. Spontini lanzó una furiosa ojeada a su mujer. La señora Devrient se apresuró a excusarse explicando que no había podido contenerse al leer lo que había escrito en el envoltorio de un caramelo. A lo que Spontini sentenció: «No obstante estoy seguro de que ha sido mi mujer quien ha suscitado esta risa. No permito que se rían estando yo presente; yo no río nunca; me gustan las cosas serias.» Acabó, sin embargo, por participar del general alboroto y para probar que aun tenía una dentadura excelente, se divirtió en provocar nuestra estupefacción cascando gruesos terrones de azúcar.

Después de la cena, Spontini se mostró más animado y locuaz. Parecía sentir por mí la más viva simpatía. Declaró abiertamente que me tenía en gran estima, y quiso demostrarlo tratando de disuadirme de que siguiera mi carrera de compositor dramático. Sabía muy bien — decía — que le costaría convencerme del valor del amistoso servicio que me prestaba, pero como juzgaba importante ocuparse de mi felicidad, no vacilaría en pasarse seis meses en Dresde. Y podríamos, al mismo tiempo, aprovechar la ocasión para gestionar la representación, bajo su dirección, de sus otras óperas, entre ellas, *Inés de Hohenstaufen*.

PARA hacerme comprender que, después de Spontini, la carrera de compositor dramático estaba condenada al fracaso, comenzó por dirigirme este singular elogio: «Cuando oí su *Rienzi*, me dije: he aquí a un hombre genial que ha hecho ya más de lo que puede hacer.» Y explicando lo que con esta paradoja quería dar a entender, se expresó en esta forma: «Después de Gluck, he sido yo, con *La Vestal*, quien ha hecho la gran revolución; he introducido el *Vorhall* de la sexta en la armonía y el bombo en la orquesta. Hice con *Cortés* un paso adelante, y luego tres más con *Olimpia*, *Nurmahal*, *Alcador* y todo cuanto compuse en mis primeros tiempos de Berlín no son más que obras de circunstancias, y no tengo ningún inconveniente en cedérselas. Y he avanzado después cien pasos más con *Inés de Hohenstaufen*, en la que he imaginado una utilización de la orquesta que reemplaza perfectamente al órgano.» A partir de aquella época, se había ocupado con frecuencia de otro tema: *Las atenienses*, cuya terminación le había sido reclamada por el propio Kronprinz, actualmente rey de Prusia. Y al decir esto, y como prueba de sus aseveraciones, Spontini extrajo de su cartera algunas cartas del monarca, que nos dió a leer.

Cuando hubimos leído concienzudamente aquellas epístolas, Spontini continuó su perorata. Si a pesar de aquellas alentadoras lisonjas, había desistido de escribir la composición musical de aquel tema, por otra parte excelente, se debía ello a que se juzgaba incapaz de sobrepasar su *Inés de Hohenstaufen* y encontrar algo nuevo. Concluyó diciendo: «¿Cómo es posible que alguien pueda inventar algo nuevo cuando yo, Spontini, no puedo aventajar de ningún modo mis obras precedentes? Y, por otra parte, ¿acaso se ha escrito después de *La Vestal*, una sola nota que no fuese robada de mis partituras?» Y para certificar que no se trataba simplemente de una baladronada, sino que sus aseveraciones se apoyaban sobre el resultado de investigaciones científicas, recordó que su mujer había leído con él la voluminosa disertación de un célebre miembro de la Academia francesa.

Por motivos que se ignoraban, aquel escrito, de un gran valor científico, no se había impreso, pero, al parecer, no cabía duda alguna de que sin él *Vorhall* de la sexta, inventado por Spontini en *La Vestal*, no existiría ninguna melodía moderna, pues era evidente que toda forma melódica que posteriormente se empleara, había de ser escamoteada de su obra.

**Sus reflexiones sobre sus propias obras** ME quedé estupefacto. Confiaba, sin embargo, en que la opinión de Spontini acerca de sus composiciones futuras sería hartamente mejor. Le expresé mi convencimiento en lo tocante a las verdades formuladas por su famoso académico, pero le pregunté si, contando con un poema dramático de una tendencia poética desconocida e inédita hasta la fecha, no se sentiría impelido a la búsqueda de nuevas formas musicales. Spontini sonrió compasivamente y me demostró que mi pregunta encerraba un error: «¿En qué consistirían esas formas? En *La Vestal* he compuesto un tema romano, en *Fernando Cortés*, un tema hispanomejicano, en *Olimpia* un tema grecomacedónico y, por último, en *Inés de Hohenstaufen* un tema alemán; todo lo restante no vale un camino.» Indudablemente, suponía que no me refería de ningún modo al género llamado romántico, al modo de *Freischütz*. Un hombre sesudo no se dedicaba a estas mentecateces; el arte era algo muy serio y Spontini, por su parte, había rebasado el límite de la seriedad. Y en fin de cuentas, ¿en qué nación surgiría, pues, el compositor que sobrepasara a Spontini? Imposible entre los italianos, a quienes trataba simplemente de «gorrinos», ni entre los franceses, que habían imitado a estos últimos; ni tampoco entre los alemanes, que no se desprenderían jamás de sus boberías y que, aun admitiendo que tengan buenas disposiciones, los echan a perder los judíos. «¡Oh!, créame usted — añadió —, cuando yo era emperador de la música en Berlín, Alemania podía aún abrigar esperanzas, pero desde que el rey de Prusia ha entregado su música al desorden ocasionado por los dos judíos errantes que se lo han hecho suyo, no queda ya esperanza alguna.»

**Spontini y «Antígona»** AL llegar a este punto, nuestro amable huésped estimó muy acertadamente que convenía distraer al maestro, cuya creciente excitación nos sumía en una gran inquietud. El teatro se hallaba a dos pasos. La señora Schröder-Devrient comprometió a su amigo Heine, que era uno de los invitados, a que escoltara a Spontini; el maestro asistiría a una representación de *Antígona* que, debido a la puesta en escena de la época, obra de Semper, despertaría seguramente su interés. De momento, el maestro declinó la invitación, pretextando que su *Olimpia* contenía en un grado sumo de perfección todo cuanto le era dable conocer. Se logró, sin embargo, que desistiera de su negativa; fué al teatro, pero volvió al cabo de algunos instantes, y, con una sonrisa despectiva, declaró que le bastaba cuanto había visto y oído para reafirmar en su opinión.





*Los nibelungos, en dibujo de Carl Emil Doepler (1876).*



*Mime (Kurt Marschner) y Alberich (Toni Blankenheim) en Hamburgo en 1956.*



*Mime (Paul Kuen) en el Met. en 1961.*



*Mime (Paul Kuen) en los festivales de Bayreuth de 1952.*



*Dioses y gigantes ante el Walhalla (Hamburgo, 1956).*



*Alberich (Frans Andersson) con las Hijas del Rhin (Joan Carlyle, Gwyneth Jones, Maureen Guy), en Londres en 1964.*



logrado demostrar la verdad de lo que acerca de la música de su marido sostenía

En cambio, mantenía en Dresde excelentes y cordiales relaciones con Fernando Hiller. También Meyerbeer, sin saber exactamente por qué se había instalado en la capital sajona. Había alquilado un pequeño pabellón de verano en el *Firnaischer Schlag*, bajo un hermoso árbol de su jardín había colocado un piano y en un idílico albergue trabajaba en su *Campo de Silesia*. No abandonaba casi nunca la soledad de su retiro y apenas tuve ocasión de verle. Hacia aquella época, Fernando Hiller absorbió poco a poco todo cuanto en el campo musical de Dresde no estaba en manos de la orquesta oficial y de sus directores, y por espacio de muchos años se consagró por entero a la misión que se había impuesto. En posesión de considerables medios de fortuna, instaló un hogar confortable, y su casa se convirtió en un agradable centro de reunión, frecuentada sobre todo por polacos que, a la sazón, abundaban en Dresde. Secundaba a Hiller su mujer, una judía polaca muy inteligente, que se había convertido a la religión protestante al mismo tiempo que su marido, y por si ello no bastara, se habían hecho bautizar en Italia. Hiller se presentó al público en Dresde con una ópera de su composición, titulada *El sueño de Nochebuena*, que representamos en el teatro de la Corte.

Las óperas de Hiller

Desde que el extraordinario acontecimiento de la representación de mi *Rienzi* había cimentado un éxito duradero, nuestro público se había emancipado y más de un compositor volvía la mirada hacia la apacible «Florescia sobre el Elba», respecto a la cual un día había dicho Laube que, al escucharla, uno cantaba siempre la palinodia de haber olvidado demasiado pronto las buenas cosas que aquella contenía.

Desventura de Hiller

Se imaginaba Hiller que su composición *El sueño de Nochebuena* era una obra esencialmente alemana. De un horrible drama de Raupach, *El molinero y su hija*, había extraído un asunto de ópera con diálogo y música. Y se figuraba haber escrito en un estilo muy popular una obra en la que un padre y una hija mueren tuberculosos y fallecen casi uno en pos del otro.

Su composición resultó víctima del hado que, según me contó Liszt más tarde, persiguió sin tregua y de un extraño modo a Hiller. A pesar de sus méritos como músico, que el propio Rossini tenía en gran estima, sus obras fracasaban en todas partes, fuese en francés en París, o en italiano en Italia. En Alemania había abordado el género de Mendelssohn y logró escribir un oratorio titulado *La destrucción de Jerusalén*, que tuvo la fortuna de pasar inadvertido del caprichoso público de los teatros y que valió a su autor el título indiscutible de concienzudo compositor alemán. Así, cuando Mendelssohn fué nombrado director general en Berlín, se llamó a Hiller al frente de la Sociedad de la *Gewandthaus*, de Leipzig; pero también en esta ocasión le persiguió su inveterada mala estrella y tuvo que abandonar el cargo porque, según se rumoreaba, no quisieron aceptar a su mujer como *prima donna* de concierto. Fué depuesto de sus funciones con ocasión del regreso de Mendelssohn y, de resultas de esto, Hiller se jactó de haberse querrellado con el maestro.

**Insistencia de Hiller** Reciente aún el éxito de mi *Rienzi* en Dresde, Hiller no pudo sustraerse a la tentación de probar fortuna como compositor de ópera. Gracias a su actividad prodigiosa y también al atractivo que un hijo de ricos banqueros ejerce siempre hasta sobre un Intendente de la Corte, consiguió desbancar el *Farinelli* de mi pobre amigo Röckel, cuya representación le habían prometido, y a sustituirlo por *El sueño de Nochebuena*. Además, Hiller abundaba en la opinión de que, junto con Reissiger y yo, debía de contar el teatro con un músico de más renombre que Röckel. Pero, gracias sobre todo a nuestra avenencia, le bastaban, por lo visto, a Lütichau nuestras dos celebridades, y prestó oídos sordos a las insinuaciones de Hiller. A mí, personalmente, *El sueño de Nochebuena* me puso en un verdadero compromiso, pues Hiller, después de haber dirigido una representación ante una sala vacía, se apresuró a declararme que había sufrido un error al no atender mis consejos y no haber abreviado su ópera en un acto, modificando el final. Y se figuró complacerme al anunciarme que en cuanto tuviera la seguridad de que su obra sería repuesta, seguiría mis recomendaciones.

Conseguí, en efecto, obtener una reposición, a la que no siguió ninguna otra. Hiller, que conocía mi poema del *Tannhäuser*, estimaba que era para mí una gran ventaja el escribir yo mismo los libretos y, a su parecer, con acierto. Tuve que prometerle que la primera vez que mi amigo escogiera y arreglara un texto, no le faltaría mi ayuda.

Poco tiempo después asistió Hiller a una representación de mi *Rienzi*, que tuvo de nuevo lugar ante una sala llena y entusiasta. Aprovechó el momento en que, terminado el segundo acto, abandonaba precipitadamente la orquesta a fin de corresponder desde la escena a los abundantes aplausos del público, para salirme al paso, y al mismo tiempo que me prodigaba apresuradas felicitaciones, musitó con insistencia la súplica: «¿Representará usted mi *Sueño*, verdad?» Se lo prometí riendo, pero no puedo recordar si cumplí o no mi promesa. Y, aguardando el feliz parto de un tema de ópera inédito, Hiller se consagró con ardor a la música de cámara, para cuyo culto la majestuosa instalación de su salón se prestaba a maravilla.

**Traslado de las cenizas de Weber** Las distracciones que me proporcionaban las relaciones de que acabo de hablar, fueron felizmente neutralizadas por un serio acaecimiento que ejerció una notable influencia sobre el estado de ánimo en que me hallaba al terminar, a fines de aquel año, la composición de *Tannhäuser*. Me refiero al traslado desde Londres a Dresde, en diciembre de 1844, de los restos mortales de Carlos María de Weber. Como he dicho anteriormente, se había constituido un comité que se ocupaba de esta piadosa empresa. Se había tenido noticia por un viajero de que el modesto sarcófago que contenía las cenizas de Weber reposaba en la iglesia de San Pablo, de Londres, en un lugar tan abandonado, que había motivos para temer que dentro de poco tiempo no sería ya posible encontrarlo. Mi activo amigo, el profesor Loebe, había sabido sacar partido de la emoción producida por la noticia para instar a la *Liedertafel*, que era su obsesión, a que tomara la iniciativa del traslado de los restos de Weber. El gran concierto organizado por los coros masculinos con el objeto de arbitrar fondos, había dado un resultado satisfactorio. Se trataba ahora de invitar a la intendencia del teatro a que actuara en el mismo sentido, pero se tropezó con una terca resistencia.

La dirección general había notificado a nuestro comité las deliberaciones a propósito de los escrúpulos del Rey a que se turbaba el reposo de un muerto. No se daba mucho crédito a esta razón y, no obstante, no había modo de actuar. Se acordaron entonces de mi nueva situación y, llenos de esperanza, me designaron como portavoz, a lo que me presté de muy buena gana. Me hice nombrar del comité, en el que también figuraban Schulz, consejero de la Corte, conservador del Museo de Antigüedades y verdadera autoridad en las cuestiones de arte, y un banquero cristiano. Se llevaron a cabo múltiples gestiones para el buen éxito de nuestra empresa, se hicieron llamamientos a varias personalidades, se formularon proyectos y, y bre todo, se celebraron con frecuencia largas sesiones.

Con tal motivo, vine a resultar un antagonista de mi jefe Lütichau. Alumiendo la defensa de la supuesta voluntad del Rey, hubiera querido Lütichau prohibirme pura y simplemente que participara en la empresa, pero sabía, por la experiencia de la alborada de Pillnitz, que en cuanto a mí se refería — y haciendo uso de la expresión popular que él empleaba — que «el que va por lana sale trasquilado». La supuesta disconformidad del Rey con el proyecto no se había puesto de manifiesto, y no creo que el soberano obstaculizara la realización de la empresa. Si era preciso, ésta se llevaría a cabo prescindiendo del concurso oficial, y era evidente que en el caso de que la Corte se empeñara en impedir abiertamente al Teatro Real, al que Weber había pertenecido, de coadyuvar en la tarea, se acarrearía la animadversión de gran parte de la población.

Lütichau, convencido de que la empresa no se llevaría a cabo sin mi cooperación, trató de disuadirme de ella mediante amistosas observaciones. Me declaró que, a su parecer, no podía consentirse que se tributaran exagerados homenajes a la memoria de Weber, cuando a nadie se le había ocurrido ir a buscar en Italia las cenizas de Morlacchi, que, no obstante, había contraído mayores méritos en la orquesta real. ¿Qué consecuencias traería todo aquello? Suponiendo que Reissiger falleciera durante sus vacaciones, su esposa tendría los mismos derechos que la señora Weber — a la que tantas extorsiones se había causado — a exigir que se trasladara con gran pompa y boato el cadáver de su marido. Traté de tranquilizarle y si no logré demostrarle las diferencias que existían en los dos casos y que tanto le desazonaban, conseguí, sin embargo, persuadirle que dejara que las cosas siguieran su curso. Y así tenía que ser, puesto que el Teatro Real de Berlín había anunciado una representación a beneficio nuestro. Meyerbeer, a quien a instancias de nuestro comité se recabó su concurso, dirigió su *Euryanthe*, cuya representación nos valió la bonita suma de dos mil táleros. Algunas otras escenas secundaron el ejemplo, por lo que el teatro de la Corte de Dresde no podía en modo alguno ir a la zaga. Pronto le fué posible a nuestro banquero disponer de un capital suficiente para los gastos del traslado y los de un sepulcro particular con un monumento decoroso. Y aun nos quedaría un remanente, que se consagraría a la erección de la futura estatua de Weber.

De los dos hijos que había dejado el maestro, el mayor se trasladó a Londres. Escoltó las cenizas de su padre a bordo de una embarcación preparada que remontó el curso del Elba hasta el desembarcadero de Dresde, donde reposaron por primera vez en tierra alemana. El traslado había de efectuarse por la noche y tenía que ir acompañado de un imponente cortejo con antorchas. Asumí personalmente la misión de componer la marcha fúnebre y me valí para ello de dos motivos del *Euryanthe*. Precedí con la «Visión de los espectros», de la obertura, hasta llegar a la cavatina: *Hier dich am Quell*, en la que no hice otra modificación que transportarla en sí *bemol mayor*, y con la repetición del primer motivo, tal como figura en el final de la ópera, se terminaba la marcha. Había orquestado esta pieza sinfónica, diestramente combinada, para ochenta instrumentos de metal escogidos, y no obstante tan poderoso conjunto, había procurado sobre todo acentuar la dulzura y suavidad de los tonos. El lúgubre trémolo de las violas, tomado de la obertura, fué ejecutado con un ligerísimo piano por veinte tambores con sordina, y ya durante el ensayo en el teatro fué su efecto tan sobrecogedor, y tan doloroso el recuerdo de Weber, que la señora Schröder-Devrient, que tan íntimamente conocía al maestro, experimentó una profunda emoción. No me faltaban, pues, razones para creer que jamás había alcanzado mejor cualquier fin que me hubiera propuesto. La ejecución en plena calle durante el desfile de la solemne comitiva, resultó asimismo perfecta. No estando indicado por ninguna señal rítmica, el movimiento, muy lento, ofrecía particulares dificultades, por lo que durante el ensayo había hecho desalojar completamente la escena, a fin de disponer del espacio necesario. Y cuando los músicos hubieron estudiado bien la partitura, les hice caminar dando vueltas a mi alrededor, con objeto de que se ejercitaran. Varios espectadores, que desde sus ventanas vieron llegar el cortejo, me aseguraron que el efecto fué de una solemnidad indescriptible.

**Amortajamiento en la cripta** Se depositó el sarcófago en la capillita del cementerio católico de Friedrichstadt, donde esperaba la señora Schröder-Devrient con una modesta corona. Al día siguiente fué descendido con gran pompa en la cripta preparada al efecto. Nos correspondió a mí y al segundo presidente del comité, el consejero de la Corte Schulz, el honor de pronunciar la oración fúnebre. La muerte reciente del hijo menor del maestro, Alejandro de Weber, suministró a mi discurso un tema particularmente emocionante. El fallecimiento inopinado de aquel joven, en la flor de la edad, había trastornado de tal modo a la madre, que si nuestra empresa no se hubiera hallado tan avanzada, hubiésemos tenido que aplazarla. En aquella nueva y cruel prueba, veía la pobre viuda una sanción divina castigando como un pecado de vanidad su ardiente deseo de asistir al traslado de las cenizas de aquel que había muerto hacía tanto tiempo. Como el público, en su simplicidad, sustentaba con respecto a esto ideas análogas, estimé mi deber precisar exactamente los motivos de nuestra empresa, y lo conseguí con tal perfección, que varios de los circunstantes me aseguraron que nada podía añadirme a mi justificación.

**Discurso mortuario** Por primera vez en mi vida tenía que hablar oficialmente en público e hice en aquella ocasión una singular experiencia sobre mí mismo. A partir de aquel día, he improvisado siempre mis discursos, pero en aquella coyuntura, a fin de no apartarme de la concisión necesaria, lo preparé y lo aprendí de memoria. Estaba tan seguro de mi tema y de la forma que le había dado, que, no dudando de mi memoria, no había tomado ninguna precaución para que me ayudasen si el caso lo requiriera. Así, pues, durante la ceremonia sumí a mi hermano Alberto en una gran angustia; se hallaba muy cerca de mí y me confesó que, a pesar de su emoción, me había maldicho por no haberle facilitado el manuscrito para hacer las veces de apuntador.



Heine nos contó que, apenas habían entrado en la galería de anfiteatro, casi vacía, Spontini se había vuelto hacia él en el momento en que comenzaba el coro de Baco, y le había dicho: «Esto es la *Berliner Sing Akademie*; váma nos.» Al salir — continuó diciendo Heine —, nos encontramos con un personaje solitario que se ocultaba detrás de una columna. Reconoció a Mendelsohn y estoy convencido de que las palabras de Spontini llegaron a sus oídos.

De lo dicho por el maestro sacamos la conclusión de que pensaba permanecer en Dresde el tiempo suficiente para que pudieran representarse todas sus óperas. Sin embargo, la señora Schröder-Devrient, que al mismo tiempo que deseaba para Spontini el éxito más rotundo, abrigaba sus temores de que la segunda representación de *La Vestal* resultara un lamentable fiasco, estimó obrar sensatamente y en propio interés de Spontini impidiendo la mentada representación en tanto el maestro permaneciera en Dresde. Pretextó una nueva indisposición y fue encargado por la dirección de informar al compositor del indefinido aplazamiento que había sufrido la obra.

Me era tan penosa la misión que me habían confiado, que recibí la compañía de Roeckel, que había acabado también por apreciar a Spontini, y que hablaba el francés más correctamente que yo. Poseídos de gran inquietud y presumiendo una escena desagradable, nos trasladamos a su casa, pero con gran asombro de nuestra parte, el maestro, advertido ya de nuestra visita por una amable esquila de la señora Devrient, nos acogió de muy buen talante y nos anunció que tenía que partir inmediatamente hacia París. De la capital francesa se trasladaría lo más pronto posible a Roma, donde sería recibido en audiencia por el Papa, que acababa de nombrarle conde de San Andrés. Nos mostró, además, otro documento en virtud del cual el Rey de Dinamarca le confería la nobleza. Era su nombramiento de caballero de la Orden del Elefante, que, en efecto, honra a quien la ostenta; pero Spontini sólo nos habló de sus ventajas honoríficas, pero no de la Orden en sí, que se le antojaba demasiado vulgar. Con un regorijo casi infantil, daba libre curso a su vanidad satisfecha. De sus preocupaciones en Dresde a propósito de *La Vestal*, se había visto de pronto transportado, como por milagro, al reino de la gloria, desde donde contemplaba beatíficamente el mundo y las contrariedades y sinsabores de los compositores de óperas. Roeckel y yo nos apresuramos a bendecir al Santo Padre y al rey de Dinamarca. Nos despedimos cariñosamente de aquel singular anciano, y para que su dicha fuera completa le prometí que reflexionaría seriamente acerca del amistoso consejo que me había dado a propósito de la composición de óperas.

Más adelante me enteré de que Spontini había hablado de mí en una nueva ocasión; ésta fué cuando supo que huí de Dresde y busqué asilo en Suiza como refugiado político. Spontini creyó que yo había participado en un complot contra el rey de Sajonia y como éste era a sus ojos mi bienhechor, bajo cuyos auspicios había sido su maestro de capilla, exclamó dolorosamente sorprendido: «¡Cuánta ingratitud!»

Con motivo de su fallecimiento, Berlioz, que no se había movido de la cabecera de su cama, me ha contado que Spontini se debatía desesperadamente con la muerte, clamando sin cesar: «¡No quiero morir, no quiero morir!» Y cuando Berlioz le decía, para consolarle: «¿Cómo puede pensar en morir, maestro, usted que es inmortal?» Spontini le replicaba, irritado: «¡No me venga usted con bromas pesadas!»

A pesar de las extravagancias de su carácter, la noticia de su muerte, que me llegó estando en Zurich, me causó una profunda impresión. Expuse mi parecer sobre sus composiciones en un sucinto artículo que publiqué en la *Eidgenössische Zeitung*, en el que me refería principalmente a la diferencia que existía entre él y el todopoderoso Meyerbeer, sin olvidarme del viejo Rossini, la cual residía en la verdadera fe que Spontini tenía en sí mismo y en su obra. Pero es hora ya de que diga que había acabado por darme cuenta que esta fe se había trocado en una ciega idolatría de su propia persona.

No recuerdo ya si las singulares impresiones que me produjo Spontini en Dresde me proporcionaron materia de reflexión, y si traté seriamente de sintonizarlas con la admiración creciente que me inspiraba el célebre maestro. Evidentemente, sólo me fué dado conocer su faceta caricaturesca, pero ya desde sus años mozos debía de poseer los gérmenes de una vanidad excepcional que, sin duda, no hicieron más que desarrollarse. Lo que a través de su ejemplo puede probarse, es la verdadera decadencia del arte musical y dramático en una época que permitió a Spontini envejecer en la confusión y vacuidad que señalaban su situación en Berlín. Su discernimiento se había, sin duda, malogrado, pues atribuía una sorprendente importancia a simples bagatelas cuyo principal mérito estribaba, según él, en su propia frivolidad. Aun cuando se complacía en exagerar de una manera ridícula el valor de sus obras, no por ello menguaba, a mi juicio, el alto concepto que aquéllas me merecían. Hallaba justificada la satisfacción que Spontini sentía de sí mismo al parangonarse con las glorias musicales que le suplantaban y compartía con más entereza de lo que hubiera podido expresarlo en voz alta, su desprecio por aquellas celebridades. De suerte que, cosa extraña, aquellas entrevistas de Dresde, a pesar de sus ridículos aspectos, me inspiraron una extraordinaria y particular simpatía por Spontini, cuyo sentimiento no he vuelto jamás a experimentar.

Los tiempos que siguieron me depararon, asimismo, múltiples ocasiones de conocer a fondo a otras personalidades artísticas de la época. Estas experiencias fueron muy variadas y estimo oportuno hablar de la más interesante, la que hice con Enrique Marschner.

Siendo aún muy joven, Marschner había sido llamado por Weber a la dirección de la orquesta de Dresde. A la muerte de Weber, se jactó, a lo que parece, de ser su sucesor. Si resultó defraudado en sus esperanzas y no obtuvo el cargo, no fué tanto a causa de sus escasos méritos, como a su desagradable manera de ser. Mas un día tuvo la suerte de que una inesperada herencia, que le advino por su mujer, le permitiera renunciar a toda clase de menesteres retribuidos y consagrarse exclusivamente a la composición de óperas. Durante el arduo período de mi juventud, en que se desataron por mi sangre los demonios de la música, Marschner residía en Leipzig, donde se estrenaron sus óperas más renombradas: *El vampiro* y *El templario y la judía*. Mi hermana Rosalía me acompañó una vez a su casa a fin de recabar de Marschner la opinión que yo le merecía. Se mostró cortés, pero la visita no dió el menor resultado. Asistí luego al estreno de su nueva obra: *La novia del halconero*, que obtuvo un éxito perfectamente describible. Más tarde, Marschner fijó su residencia en Hannover.

Asistí en Wurtzburgo a la representación de su *Hans Heiling*. Su ópera *Adolfo* cuyo estreno había tenido lugar en Berlín y en cuya obra *de Nassau* observé una señalada vacilación en la tendencia y una mermada de fuerza creadora. Después aparecieron otras óperas, entre ellas, *El castillo del Fina y Babu*, que no alcanzaron ninguna popularidad. La dirección de Dresde había mostrado siempre por Marschner cierta ojeriza y únicamente se representaba de vez en cuando *El templario y la judía*. Dirigía esta ópera mi colega Reissiger, pero con ocasión de una de sus ausencias, tuve que reemplazarle. A la sazón, trabajaba precisamente en *Tannhauser*. Recuerdo que aun cuando frecuentemente había dirigido aquella obra en Magdeburgo, sufría ahora lo indecible a causa de su instrumentación confusa y desordenada, hasta el punto que, cuando regresó Reissiger, le supliqué que asumiera en adelante la dirección de aquella ópera. Sin embargo, desde que había sido nombrado maestro de capilla, mi pundonor artístico me estimulaba a que tuviera lugar la representación de *Hans Heiling*. La escasa calidad de la interpretación, que en aquella época no estaba en mi mano remediar, impidió que el éxito fuera inmediato, aunque, por otra parte, la composición pareció anticuada. Supe entonces que el autor acababa de terminar una nueva obra: *Adolfo de Nassau*. En un artículo encomiástico que leí a propósito de esta nueva ópera, se ensalzaba la noble tendencia patriótica alemana de la última producción de Marschner. Deseoso de acostumbrar al teatro de Dresde a la iniciativa, logré convencer a Lüttichau de que, antes de que se representara en otros escenarios, reclamara dicha ópera para nuestra ciudad.

Marschner, a quien la dirección del teatro de Hannover no trataba ciertamente con gran deferencia, se apresuró a acceder a nuestra petición; envió la partitura y se brindó a venir a Dresde para la representación. No le halagaba a Lüttichau verle nuevamente al frente de la orquesta, y por mi parte yo estimaba que solicitar frecuentemente a músicos forasteros para que dirigieran personalmente sus obras acarrearía a la larga una serie de perturbaciones que no serían siempre tan instructivas y divertidas como en el caso de Spontini. Resolvióse, pues, que yo asumiera la dirección de la ópera.

¡CUÁNTO lo deploré! Llegó, por fin, la partitura. El compositor de *Música banal* *El templario y la judía* se había limitado a dotar el miserable libreto de Carlos Golmik de una música tan superficial que, a fin de cuentas, el efecto principal se basaba en una vulgar canción báquica a cuatro voces, que celebraba el vino y el Rin alemanes de la manera banal como lo efectúan los cuartetos de voces masculinas. Se apoderó de mí un gran desaliento. A pesar de esto, no podía ya retroceder y tuve que adoptar un continente severo para obligar a los cantantes a que perseveraran en su estudio. La tarea fué harto ingrata. Tichatschek y Mitterwurzer, ambos excelentes músicos, tenían a su cargo los principales papeles; descifraban su *particella* con el libro abierto, y después de cada pasaje levantaban los ojos hacia mí, tratando de adivinar mi pensamiento.

Me afanaba en darles a entender que tenían que habérselas con la buena música alemana y que tenían que hacer caso omiso de cuanto pudiera decirseles. Se miraron uno a otro, estupefactos, sin saber qué pensar de mí. No formularon la menor objeción y como yo continuaba guardando una compostura seria por demás, prorrumpieron finalmente en una risotada, a la que me sumé sin poderme reprimir. Me vi entonces forzado a hacerles partícipes de mi angustia, y les supliqué que, puesto que nada podía ya cambiarse, se vistieran como yo de la máscara de seriedad que las circunstancias requerían.

Una vienesa, la señora Spatzer-Gentiluomo, cantante muy moderna y fuerte en ejercicios de vocalización, recién llegada de Hannover, y en la que Marschner confiaba mucho, se mostró encantada de su *particella*, que contenía, a su parecer, brillantísimos efectos para su voz. Hubo verdaderamente un final en el que mi «maestro alemán» estuvo a punto de superar a Donizetti. La princesa, envenenada por una rosa de oro, obsequio del desalmado obispo de Maguncia, es presa del delirio. Adolfo de Nassau, al frente de los caballeros alemanes, jura vengarla y desahoga sus sentimientos en una estrofa acompañada de un coro, tan enmarañada y vulgar, que sin duda alguna Donizetti la hubiera arrojado a la cabeza de su peor alumno.

MARSCHNER llegó para dirigir los últimos ensayos; pareció mostrarse muy satisfecho y me dió sobradas ocasiones para ejercitarme, sino a mentir, por lo menos a silenciar mi opinión, de modo que no tuvo Marschner ningún motivo para dejar de creer en mi celo y en mi respeto. En la representación, el público se portó poco más o menos de la misma desdichada manera que mis cantantes en los ensayos. Lanzamos al mundo una criatura muerta al nacer. Sin embargo, Marschner se consoló, pues se había bisado su cuarteto báquico, que recordaba el: «¡No alcanzarán nuestro libre Rin alemán!», de Becker.

Después de la representación, recibí en mi casa al compositor, en compañía de algunos amigos, no presentándose los cantantes que, por lo visto, estaban ya lo suficientemente abrumados con la obra.

En su brindis, se le ocurrió a Fernando Hiller señalar el valor de Marschner como compositor «alemán» de una obra «alemana». Pero fué singularmente desautorizado por el propio músico, por que nos enteramos que, en lugar de preocuparse tanto de la composición de las óperas alemanas, lo que debería hacerse es atender un poco más las exigencias de los cantantes, brindándoles ocasión de hacer brillar las cualidades de sus voces, añadiendo que, hasta el presente, ni él mismo se había ocupado lo bastante de ello.

LA decadencia extraordinaria del viejo maestro alemán, que había sido dotado de un aventajado talento, se debía en gran parte a un acto de su voluntad y a un cambio de actitud que asumía refrendado por el éxito.

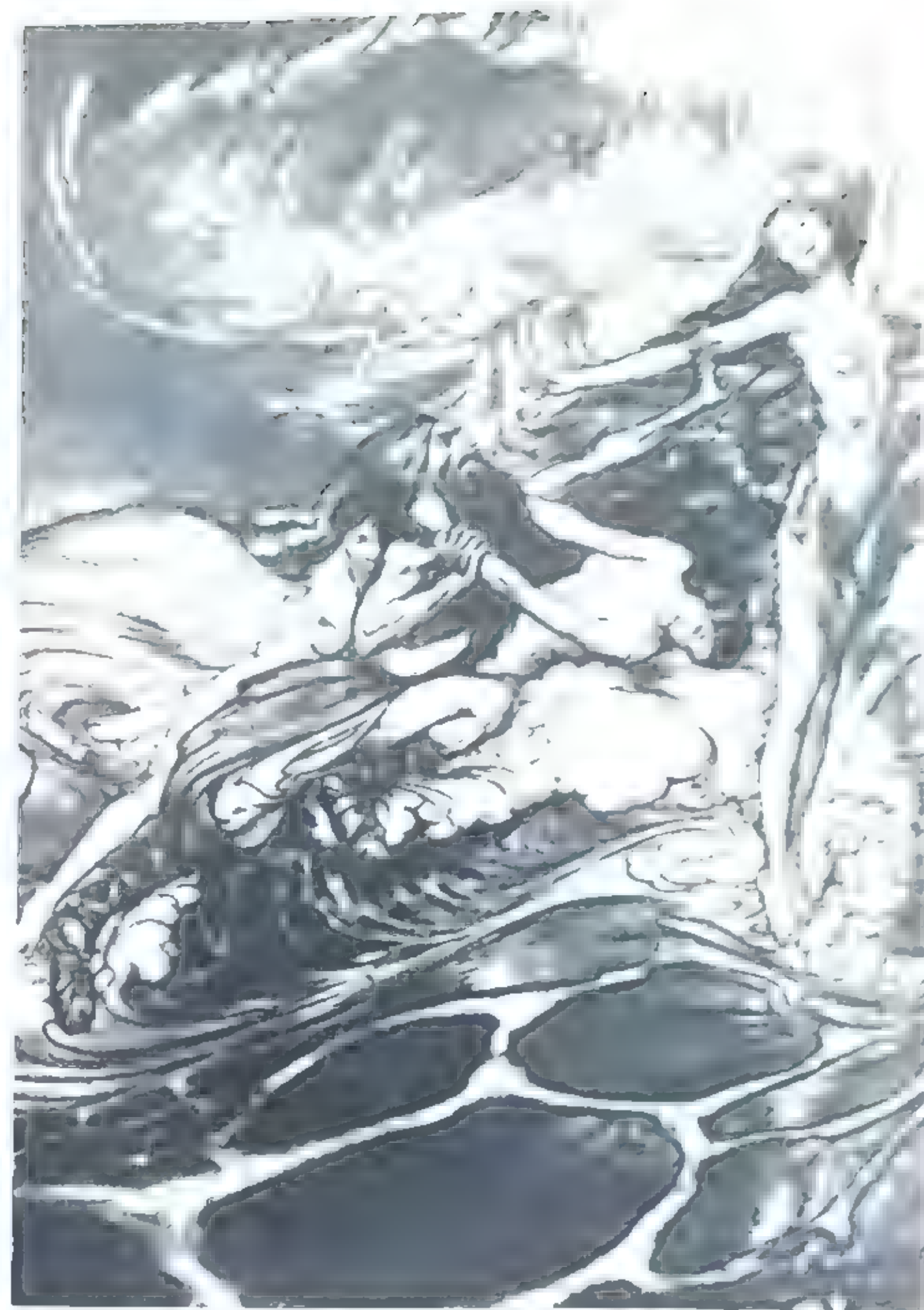
Algunos años más tarde, con ocasión de mi aventurada representación de *Tannhauser*, encontré nuevamente a Marschner en París. No experimenté el menor deseo de reanudar mis antiguas relaciones, pues, francamente, no me apetecía ser testigo de las últimas consecuencias del cambio cuya explicación nos había dado en Dresde. Me enteré que se hallaba sumido en una casi completa chochez y gobernado a su antojo por su vanidosa mujer, cuya mayor ambición consistía en que brillara sobre su marido un último rayo de prestigio parisién. Leí entonces unas gacetas, en las que, después de encomiar al público francés, se le conjuraba a que no creyera que fuera yo quien representaba en la música contemporánea el espíritu alemán. Por poco que uno se fijara en las obras de Marschner, se daría cuenta en seguida de que este espíritu alemán era mucho más matizado y más comprensible en sus composiciones, que en las mías. Marschner murió antes de que su mujer hubiese





*Ilustración de las Hijas del Rhin, en dibujo de Carl Emil Doepler (1876).*

*Wagner en los tiempos de sus relaciones con Matilde Wesendonck.*



*El Oro vuelve al Rhin, la escena que cerrará toda la Tetralogía, en el mismo lugar en que empieza (Ilustración de Arthur Rackham).*



*Wotan (Hermann Nissen) y Loge (Julius Patzak) ante el Walhalla, en escenografía de Emil Preterius, para Bayreuth (1938).*



Allí aquí lo que sucedió. A poco de haber comenzado mi discurso con voz clara y potente, quedé tan profundamente emocionado por el tono y el acento de mi propia voz, que del mismo modo que me oía hablar a mí mismo, me pareció también verme a mí mismo frente a la compacta y recogida muchedumbre. Tuve la sensación de ser doble y, dejándome embargar por el interés del fenómeno, aguardaba febrilmente lo que iba a ocurrir, sin darme ya cuenta de que permanecía allí de pie y de que tenía que hablar. Sin embargo, no estaba en modo alguno intimidado o distraído; pero después de mi primera frase, se produjo una pausa tan extraordinariamente larga, que cuantos me vieron en aquella actitud, como transportado y dejando vagar la mirada, no sabían qué pensar acerca de mí. Finalmente, mi prolongado mutismo y el silencio absoluto que me rodeaba, me hicieron recordar que no estaba allí para escuchar, sino para hablar. Reanudé inmediatamente el hilo de mi discurso y lo pronuncié hasta el fin con tanta expresión, que el famoso actor Emilio Devrient me afirmó haberle impresionado tanto el aspecto dramático del incidente como la propia ceremonia fúnebre. La solemnidad dió fin con una pieza coral para hombres, cuyo texto y música habían sido compuestos por mí y que, debido a sus dificultades, tuvo que ser ejecutado por los mejores cantantes de la ópera. Lüttichau, que había asistido a la manifestación, me aseguró luego que estaba convencido de la razón de ser de la empresa.

Había, pues, conseguido un éxito que me llenó de una íntima satisfacción, y si alguna sombra hubiera podido empañarla, la hubiesen disipado las efusivas muestras de agradecimiento con que, con ocasión de la visita que le hice al regresar del cementerio, me colmó la viuda de Weber. El hecho de que, siendo ya todo un hombre, me hubiera sido dado en aquellas segundas y últimas exequias, tener ante mí al maestro, cuyo conocimiento me había impulsado con tanto entusiasmo hacia la música y cuya muerte tan dolorosamente me había afectado en mi infancia, encerraba, a mi modo de ver, un profundo significado. Después de cuanto acabo de contar acerca de mis experiencias con los maestros contemporáneos, comprenderá muy fácilmente mi ardiente deseo de acercarme a los antiguos y verdaderos maestros de la música. Al pie de la tumba de Weber, no era ciertamente consolador pasar en revista sus sucesores, pero fué más tarde cuando me di verdaderamente cuenta de la desolación resultante de aquellas consideraciones.

Pasé el invierno de 1841 a 1845 en una dolorosa incertidumbre entre las distracciones que me incitaban a salir de casa y los acontecimientos que influían lo íntimo de mi ser. Gracias a una extrema asiduidad y al empleo, a pesar del invierno, de las primeras horas de la mañana, terminé en abril la partitura de mi *Tannhäuser*, cuya composición fué acabada antes del nuevo año. La escritura de la instrumentación resultó harto difícil, porque la trazaba de rondón y con todo el cuidado necesario en un papel especialmente preparado para la autografía. A renglón seguido, mandaba litografiar cada página y hacer de ella un tiraje de cien ejemplares, con la esperanza de que todo este trabajo redundaría en provecho de la propagación de mi obra. La esperanza podía o no realizarse, pero lo cierto es que tuve que desembolsar quinientos táleros. Volveré a referirme en mi biografía a la suerte que cupo a este trabajo que me costó tanto tiempo y dinero. En resumidas cuentas, saludé la llegada del mes de mayo provisto de cien ejemplares esmeradamente impresos de mi nueva ópera, la primera que creé después de *Fliegender Holländer*. Hiller, a quien mostré algunos pasajes, me aseguró amablemente haber sacado de ellos una impresión netamente favorable.

Envío de mis partituras a los teatros

A estos preparativos para lograr una pronta popularización de *Tannhäuser*, me espoleaba la necesidad de un éxito tanto más apeteído, cuanto que mi situación económica era cada vez más difícil. Hacía ya un año que había comenzado a editar yo mismo mis obras, y la empresa fué llevada a cabo con creciente actividad. En septiembre de 1844 dediqué al rey de Sajonia un rico y precioso ejemplar del arreglo completo de *Rienzi* para piano; el *Fliegender Holländer* estaba también terminado y habían aparecido o estaban a punto de aparecer unos compendios de *Rienzi* a dos y cuatro manos, y las piezas de canto de las dos óperas. Además, había hecho reproducir por un copista las partituras de las dos óperas citadas, en veinticinco ejemplares autografiados. Aunque esta edición implicaba un considerable aumento de mis gastos, la estimé necesaria para poder enviar las partituras a los teatros y estimularlos a que se representaran mis obras, pues la dispendiosa publicación de los arreglos para piano sólo podía ser lucrativa si los teatros popularizaban las óperas.

Envié, pues, *Rienzi* a las escenas más importantes. Todas la devolvieron y en Munich ni siquiera se tomaron la molestia de abrir el paquete. La experiencia era ya suficiente, y me ahorré los gastos de un ensayo semejante con el *Fliegender Holländer*. Desde el punto de vista comercial, contaba, pues, que el éxito de *Tannhäuser* acarrearía el de las óperas precedentes, y mi singular agente, el editor de la Corte, Meser, acabó por mostrarme de acuerdo con mi parecer. Preparamos en seguida unos compendios para piano de *Tannhäuser*, que escribí yo mismo, mientras Röckel se encargaba de los del *Fliegender Holländer*, y un tal Kling de los de *Rienzi*.

«Venusberg». «Tannhäuser»

SENTÍA Meser tal aversión por el título de *Venusberg* («El monte de Venus»), que consiguió que lo cambiara. Objetaba que, por no conocer yo al público, ignoraba las chanzas de dudoso gusto a que daba motivo aquel título, y que provenían ciertamente de los profesores y estudiantes de la clínica medicinal de Dresde, pues se basaban aquéllas en un obscuro juego de palabras cuyo origen sólo éstos comprendían. Le bastó a Meser con citarme un retruécano repugnante para que efectuara en el acto la deseada modificación. Añadí entonces al nombre de mi héroe el de una leyenda extranjera según el mito de *Tannhäuser: el torneo poético del Wurttemberg*, y puse a éste en estrecha relación con la historia de *Tannhäuser*. Desgraciadamente, no fué esta conjunción del agrado del historiador Simrock, sabio y estimado traductor, a quien tenía en gran consideración, *Tannhäuser* y *el torneo poético del Wurttemberg* habían de ser presentados al público con un ornato al estilo medieval, que adornaría asimismo el arreglo para piano. Encargué entonces, por mediación de nuestra oficina de Leiprig, unos tipos de caracteres góticos, que aumentaron aún más los gastos, y comuniqué esta innovación a Meser, dándole al mismo tiempo la garantía más absoluta sobre el éxito de la obra.

Nos hallábamos sumidos en estos apuros, y precisaban tales sacrificios para procurarse los capitales necesarios para la empresa, que no quedaba otro recurso, en verdad, que el de contar con el éxito de la explotación. De todos

modos, la dirección del teatro compartía plenamente las esperanzas que yo abrigaba acerca de *Tannhäuser*.

Los magníficos decorados que habían suministrado a Dresde los mejores pintores de la Gran Ópera de París y que, adaptados al estilo de la decoración alemana, producían el efecto de verdaderas obras maestras, me habían estimulado a rogar a Lüttichau que, en lo concerniente al *Tannhäuser*, se dirigiera a los mismos artistas. Los encargos al pintor Diepléchin — las negociaciones iniciadas con él, databan ya del otoño precedente — se satisficieron asimismo muy pronto en lo relativo a los bellos vestidos característicos de la Edad Media, que había diseñado mi amigo Heine. Únicamente el encargo del hall de los cantantes de Wurtzburg sufrió algún retraso por culpa de Lüttichau, que pretendía que el salón del palacio de Carlomagno, que había construido el pintor francés para *Oberon*, serviría a maravilla para mi obra. Tuve que desplegar sobrehumanos esfuerzos para demostrar a mi superior que no se trataba de ningún modo del brillante salón de un emperador, sino de un cuadro escénico de una precisa originalidad, que sólo podía realizarse de acuerdo con mis indicaciones. De resultas de esto, me puse de un humor de perros y el Intendente me tranquilizó diciéndome que no solamente no se oponía a aquel hall, sino que, por el contrario, iba a encargarse en seguida su construcción. Se propuso, por lo visto, acrecentar mi placer haciéndome esperar, pues no se aprecia lo que se obtiene fácilmente. Aquel hall había de acarrearle aún no pocas preocupaciones, pero a fin de cuentas las cosas marchaban por buen camino.

Todas aquellas favorables circunstancias convergían en un punto luminoso, que proyectaba sus rayos de esperanza sobre la primera representación de mi nueva obra, que había de tener lugar con motivo de la inauguración de la temporada de otoño. Esta era aguardada por doquier con cierta impaciencia. Y por primera vez leí una correspondencia del *Allgemeine Zeitung* en la cual se hablaba de mí y de mi ópera con una benevolencia significativa, pues se decía, entre otras cosas, que el libreto estaba escrito con un innegable sentimiento poético. Lleno de esperanza, parti el mes de julio para mis vacaciones de verano y me trasladé en primer lugar a Marienbad, en Bohemia, con el propósito de someterme a una cura que nos habían recomendado a mi mujer y a mí.

Heine aquí en la tierra volcánica de esa Bohemia tan curiosa y para mí tan estimulante. Un verano magnífico, casi demasiado caluroso, contribuyó a mi felicidad. Resuelto a llevar una vida tranquila, como lo exigía mi tratamiento médico, únicamente llevé conmigo lecturas fáciles: los poemas de Wolfram d'Eschenbach en la versión de Simrock y San Marte, y la epopeya anónima de Lohengrin, con la gran introducción de Gœrres. Con un libro debajo del brazo, me adentraba en el bosque y, tumbado a orillas de un riachuelo, me distraía en compañía de Titurel y Parsifal, personajes de los poemas tan extraños y, sin embargo, tan familiares de Wolfram. Pero pronto fué tan impetuoso el deseo de dar una forma personal a lo que había aprendido a conocer, que a duras penas conseguí dominar mis impulsos. Me habían especialmente recomendado que, durante el período de mi cura, no me entregara a ninguna tarea excitante. Una creciente nervosidad se apoderó entonces de mí. *Lohengrin*, cuya concepción databa aún de mi estancia en París, se presentó de pronto en mi cerebro totalmente estructurado y con todos los detalles de la forma dramática que podía revestir el tema. Sobre todo la leyenda del cisne, debido a los estudios que había hecho desde aquella época, llenó mi imaginación de un encanto infinito.

Plan escénico de «Lohengrin»

RECORDANDO la prohibición del médico, resistí esforzadamente a la tentación de escribir el plan que acababa de trazar, y, para no ceder, hice uso de un remedio enérgico y singular. Algunas reseñas de la *Historia de la Literatura alemana*, de Gervinus, me habían inspirado un gran interés por *Los maestros cantores de Nuremberg* y por Juan Sachs. El solo nombre de Merker (1) y sus funciones en el concurso de los maestros cantores, bastaba para extasiarme.

Sin otras informaciones sobre Juan Sachs y los poetas de su época, se me ocurrió durante un paseo la idea de una escena cómica en la que el maestro zapatero, golpeando con el martillo sobre la horma, da, en plan de poeta popular, una lección a Merker que, en castigo de sus sentencias de pedante, se ve forzado a cantar. Centré la atención sobre los signos distintivos de los dos antagonistas: de un lado, el tablero negro sobre el cual Merker ha trazado sus rayas con tiza, y del otro los zapatos, señalados igualmente con signos, que blandió Juan Sachs, echándose los dos mutuamente en cara los errores cometidos al cantar. Para situar esta escena en el final del segundo acto, combiné rápidamente una calle angosta y tortuosa, llena de vecinos, de algarraba y de puñetazos... y, de pronto, toda mi comedia de los maestros cantores surgió ante mí tan llena de vida que, a pesar de la orden del doctor, me permití, puesto que se trataba de un tema regocijante, de transcribir sobre el papel. Lo efectué inmediatamente, con la esperanza de librarme así de la obsesión de *Lohengrin*. ¡Grave error! A mediodía, apenas entré en el baño, se apoderó irresistiblemente de mí el deseo de notar *Lohengrin*. Incapaz de pasar la hora entera en el agua, al cabo de pocos minutos salí de la bañera y, cubriendo apresuradamente mi cuerpo, me precipité como un loco hacia mi habitación, donde me abalancé sobre el papel. Lo mismo ocurrió los siguientes días, hasta que ultimé completamente el plan escénico de *Lohengrin*.

El médico opinó entonces que, decididamente, yo no estaba hecho para aquella clase de curas, y que sería mejor que abandonase manantial y bañera. Mi nervosidad había ido en aumento, y los vanos esfuerzos que hacía cada noche para dormir, solían dar lugar a una serie de aventuras.

Efectuamos algunas agradables excursiones, entre ellas una a Eger, que me interesó vivamente por los recuerdos de Wallenstein, y asimismo por la original indumentaria de sus habitantes. A mediados de agosto regresamos a Dresde; mis amigos se congratularon de mi jovial y exuberante buen humor, y, en cuanto a mí, me imaginaba estar dotado de alas.

Estudio de «Tannhäuser»

EN estas circunstancias, dió comienzo, con el retorno de los artistas en septiembre, el estudio de *Tannhäuser*, lo que motivó que mi carácter recobrar su anterior seriedad. Desde el punto de vista musical, los ensayos marcharon con tan buena fortuna que ya podía pensarse en una próxima representación. Pero la ejecución presentaba ciertas dificultades. La señora Schröder-Devrient fué la primera en darse cuenta de ellas, y las juzgó con tanta clarividencia, que estimó su deber exponerme sus escrúpulos, lo que me sumió en un mar de inquietudes y de confusiones. De

(1) El que señala los errores de los cantantes. N. del A.



buenas a primeras, el poema le daba que pensar. En una de mis visitas, me leyó, con una voz maravillosamente expresiva, los principales pasajes del último acto, y me preguntó luego si tenía bien sentada la cabeza al creer que un ser tan infantil como Tichatschek sabía hallar los acentos que reclamaba el *Tannhauser*. Traté de demostrarle, así como demostrármelo, que las cualidades de mi música expresaban de un modo tan exacto y seguro los acentos necesarios que, a mi parecer, aquélla hablaba en lugar del intérprete, aún en el caso de que este no acertara a dar la expresión requerida. La señora Devrient movió la cabeza y respondió que ello podría tal vez ser cierto para un oratorio, pero no para un drama musical.

ENTONCES me cantó al piano la plegaria de Elisabeth, y me preguntó cómo acertaría a expresarla debidamente la artista que, aun cuando poseyera una voz hermosa y fresca, careciera de alma y de la indispensable experiencia del amor. La respondí sonriendo que por aquella vez teníamos que contentarnos con el cantor y la juventud, y la supliqué encañecidamente que diera sus instrucciones a mi sobrina Juana, a quien había sido confiado el papel de Elisabeth.

Desgraciadamente, el problema que me planteaba Tichatschek no podía resolverse del mismo modo, pues tratar de dar un consejo a mi robusto amigo no tendría otro resultado que sumirle en la confusión. No me quedó, pues, otro remedio que confiar en el volumen de su voz y en la marcada acentuación de su canto.

La preocupación que la interpretación de los papeles principales causaba en la gran artista, aún tenía otro motivo. La señora Devrient no sabía cómo llenar su misión. El papel de Venus, no obstante su brevedad, era de una dificultad extrema, y el acierto en expresar su idealismo, de una importancia capital para el éxito del conjunto. Este papel estaba apenas esbozado en mi obra y de ello me di cuenta más tarde, con ocasión de la representación de la ópera en París. Habiendo tenido que refundirla, comencé de nuevo por entero aquella parte, reparando concienzudamente lo que había relegado al principio. Por el momento, el intérprete no podía, ni siquiera valiéndose de cualesquiera artificios, traducir la idea que yo había querido expresar; máximo, se hubiera logrado despertar la sensualidad de los espectadores presentándole una actriz particularmente joven y hermosa e inspirar así su interés por ese medio puramente físico. La señora Schröder-Devrient, con su figura de matrona, se daba cuenta sobradamente de que este recurso no estaba ya a su alcance, y este sentimiento la sumió en tal timidez, que ni siquiera acertaba a hacer uso de sus habituales aptitudes de seducción. Lamentóse con una triste sonrisa de la imposibilidad en que se hallaba de representar a Venus en su indumento habitual. «¿Qué diablos voy a ponerme para interpretar a Venus? ¡Una simple faja no basta! Me disfrazaré, pues, con un vestido de carnaval. ¡Y entonces sí que va usted a ponerse contento!»

CONTABA especialmente sobre el efecto musical del conjunto que me había producido, durante los ensayos, una buena impresión. Hiller, que había ojeado mi partitura, me expresó su admiración por la instrumentación que le había dado. La sonoridad delicada y característica de la orquesta, me satisfizo grandemente y me afirmó en la resolución de servirme en adelante con la mayor moderación de los medios orquestales, a fin de obtener así la abundancia de combinaciones que necesitaba para mis obras futuras. Únicamente mi mujer echó de menos en los ensayos las trompetas y los trombones que tanta brillantez habían dado a *Rienzi*. Su reflexión me hizo sonreír, pero atribuí importancia al sentimiento de decepción que experimentó al observar el efecto languidociente del *Torneo poético*. Partiendo del punto de vista del público, que sólo apetece diversión y entretenimiento, mi mujer había descubierto un notorio defecto. Pero en seguida me di cuenta de que la causa del mismo no era tanto un error de concepción como mi negligencia en atender los ensayos.

Al concebir aquella escena, me encontré ante un dilema esencial, que tenía que resolver una vez por todas: ¿sería *El torneo poético* una suite de aires de concierto o un dramático concurso poético? Todos cuantos no hayan captado el sentido de esta escena en una representación absolutamente perfecta, son hoy día de parecer que se trata de piezas de canto presentadas alternativamente o simultáneamente desde el punto de vista puramente musical, con ritmos y compases variados, destinados a ofrecer el atractivo y la diversidad que se buscan en el programa de un concierto. Pero ello no responde de ningún modo a mi intención, que en aquella ocasión y por primera vez en una ópera, consistía en forzar al público a interesarse por mi pensamiento poético, haciéndole recorrer todas las fases de su desarrollo. Y es así solamente como el público se hallaba en situación de comprender un suceso infausto que no hacía presentir ningún acontecimiento exterior, y que anunciaba únicamente el conflicto de las almas. De ahí esa música extremadamente sobria, amplia y que, a mi sentir, no solamente no entorpecía la comprensión del discurso poético, sino que, por el contrario, la facilitaba. La construcción rítmica de la melodía se amplificaba solamente bajo la influencia de la pasión, sin ser interrumpida por inútiles modulaciones. De ahí también el parsimonioso empleo de los instrumentos de orquesta en el acompañamiento, y mi voluntaria renuncia a todos los efectos musicales. Estos entraban en juego muy poco a poco y solamente cuando la situación cobraba un tinte trágico, que sólo se comprendía por el sentimiento y no por el pensamiento.

*Ejecución insuficiente* CUANDO interpretaba yo mismo al piano la totalidad de *El torneo poético*, nadie hubiera podido negar que no se hubiese alcanzado el efecto apetecido. Pero ahí estribaba precisamente la gran dificultad con que he tropezado en todas mis óperas: obtener de mis cantantes la interpretación deseada. La incuria que, debido a mi inexperiencia, se manifestó en los ensayos del *Fliegender Holländer*, se repitió, con todas sus dañosas consecuencias, en el *Tannhauser*. En cuanto me di cuenta de ello, busqué ansiosamente el medio de inculcar a mis cantantes la verdadera interpretación. Desgraciadamente, era imposible influir a Tichatschek en este sentido, puesto que al aconsejarle cosas que no alcanzaba a comprender, se corría el riesgo de desconcertarlo e intimidarlo.

Tichatschek sabía que poseía una hermosa voz metálica, que cantaba con justeza y ritmo y que fraseaba con gran claridad. Sólo me di cuenta de la insuficiencia de estas facultades en el momento de la representación, cuando, al final del *Torneo*, observé lo que, cosa extraordinaria, no había advertido en los ensayos cuando Tichatschek se colocaba delante de Elisabeth y le dirigía, sumido en arrebatado éxtasis, el himno destinado a Venus. Pensé entonces en la advertencia de la señora Schröder-Devrient, aproximadamente como Creso exclamando sobre la hoguera: «¡Oh, Solón: oh, Solón!»

Si a pesar de su excelencia musical, no supo este cantante sugerir los elementos de vivacidad y de encanto melódico de *Tannhauser*, conseguí, al menos, dar a conocer un nuevo elemento hasta entonces casi desconocido en la ópera. En varias de sus interpretaciones, había observado al joven baritono Mitterwurzer, un hombre singularmente silencioso y poco sociable, en el que había adivinado, con su voz agradable y atrayente la magnífica facultad de emocionar profundamente las almas. Habiéndome confiado el personaje de Wolfram, tenía motivos para estar satisfecho de su celo y del éxito de sus estudios. Me aferré, pues, a él para imponer las exigencias que todavía no me había atrevido a formular, y que habían de ser aceptadas hasta sus últimas consecuencias si quería que en aquel problemático *Torneo* llegara a comprenderse la justeza de mis intenciones y de mi proceder.

Estudiamos, juntos entonces el cantor de obertura de aquella escena y habiendoselo cantado yo mismo a mi manera, quedé sorprendido que mi interpretación le pareciera tan nueva y tan difícil. Se mostraba incapaz de imitarme y recalca a cada intento en su manera banal, lo que me demostraba claramente que hasta entonces nada había visto en aquel pasaje sino el su puesto recitado con inflexiones facultativas. Y se irrogaba el derecho de modular estas a tono con su voz.

Por otra parte, él mismo se mostraba sorprendido de su ineptitud en imitarme. Pero al mismo tiempo, le habían impresionado de tal modo la novedad de mi manera y la justeza de mis exigencias, que me suplicó que no hiciéramos por el momento otros ensayos y le permitiera franquear sólo el nuevo mundo que acababa de abrirse ante él. Durante varios ensayos canto sólo a media voz, como para ejercitarse, y únicamente en el último mostré de qué manera había resuelto el problema. El éxito de que entonces fui testigo, fué para mí una áncora de salvación: vislumbré entonces la posibilidad de encontrar y formar los intérpretes que necesitara, y a pesar del descaecimiento de nuestro género teatral he guardado intacta mi fe en el porvenir. Para que su canto produjera el efecto por mí deseado Mitterwurzer metamorfoseó completamente su actitud, su mirada y sus gestos; creó un nuevo ser y gracias a la impresión que produjo llegó el público a comprender mi obra. El papel de Wolfram, cuyas dificultades había superado de un modo tan brillante, consagró a Mitterwurzer e hizo de él un verdadero artista. Su labor emocionada y cautivadora había de ser la salvación de mi ópera cuyo éxito se había visto francamente amenazado en la primera audición.

A su lado, el personaje de Elisabeth fué el único verdaderamente simpático. La juventud de mi sobrina, su cuerpo esbelto y gracioso, su fisonomía genuinamente alemana, su voz ya entonces de un timbre muy agradable y de una expresión frecuentemente infantil y conmovedora y, por añadidura, su talento no de trágica pero sí de actriz, le granjearon el fervoroso beneplácito del público. Con este papel alcanzó pronto la celebridad y años después cuando me hablaban de una representación de *Tannhauser* en la que mi sobrina había participado me decían que el éxito de la obra se debía a ella casi exclusivamente. Pero la variedad y la gracia de sus movimientos sólo era altamente encomiado en la escena en que recibe en el Wurtburg a los huéspedes, y yo reconocía en aquel persistente éxito el resultado de los increíbles apuros que mi hermano, tan experimentado, y yo, habíamos pasado para inculcarle el sentido de su papel. Desgraciadamente, jamás hemos logrado hacerle comprender la dicción musical de la plegaria del tercer acto. De nuevo hubiera podido exclamar como para Tichatschek: «¡Oh Solón!» cuando, después de la primera audición me vi forzado a efectuar en aquel pasaje una considerable supresión que, a mi juicio, lo despojaba definitivamente de su importancia. A pesar de su cimentada reputación de gran artista, Juana no ha sabido nunca interpretar exactamente aquella plegaria mientras que una cantante francesa, la señora María Sax, la cantó en París a plena satisfacción mía.

*Demora en el envío de los decorados* HABÍAN progresado de tal modo nuestros estudios que si la puesta en escena hubiera estado terminada se habría podido aún representar la obra a comienzos de octubre. Sin embargo, algunos de los decorados encargados a París llegaron con gran retraso. El valle del Wurtburg era excelente y producía un bello efecto pero el del interior de «El Monte de Venus» me dió hartas preocupaciones. El pintor no me había comprendido; no había sabido plasmar el carácter atractivo y aterrador a un tiempo de la gruta salvaje, y colocó en esta bosquecillos y estatuas que recordaban Versalles. Me vi obligado a exigir que se operaran en aquel decorado grandes modificaciones que precisaron de mucho tiempo. La rosada neblina que envuelve la gruta y que al disiparse descubre el valle del Wurtburg fué producida gracias a una invención que combiné yo mismo. Sin embargo, la mayor contrariedad provenía del imperdonable retraso en enviar desde París los decorados del hall para *El torneo poético*. Iban pasando los días y aunque no faltaban las promesas nada llegaba. Fuí cada día al apartadero de mercancías de la estación, registré todos los bultos pero el hall no aparecía. Fatigado con tanto ajeteo y tribulaciones no consentí en que se aplazara el anunciado estreno, desde hacía tanto tiempo, y me aviné a substituir el soñado hall por el salón de Carlomagno que Lüttichau me había destinado desde el principio. Y en efecto, al alzarse por segunda vez el telón, la reaparición de aquel decorado que tan repetidamente había sido visto en *Oberón* contribuyó no poco a desazonar al público que esperaba de mi ópera las más extraordinarias sorpresas.

*Estreno de «Tannhauser»* EL estreno de *Tannhauser* tuvo lugar el 19 de octubre (19 de octubre de 1845) En la mañana de aquel día, una mujer joven, bella y distinguida, se hizo anunciar en mi casa por el violinista Lipinsky. Era la señora Kalgir, sobrina del conde de Nesselrode, canceller de Estado de Rusia y a la cual Liszt había hablado con tal entusiasmo de mí que había venido ex profeso a Dresde para asistir al milagro de mi nueva creación. Creí tener motivos para estimar aquella halagüeña aparición como un feliz augurio. A pesar de que aquella vez la señora Kalgir debió de experimentar cierta decepción debida a la falta de claridad de la representación y de su casi fracaso, he tenido en el curso de mi vida ocasión para felicitarme de la impresión que aquel primer encuentro había producido en el ánimo de aquella mujer notable y enérgica.

*M. C. Gaillard* OTRA grata visita fué la de un hombre original, M. C. Gaillard, editor de una revista musical berlinesa de reciente aparición. Había leído en ella la primera y única crítica favorable de mi *Fliegender Holländer*. A pesar de la forzada indiferencia que me inspiraba el mundo de la crítica aquel artículo me produjo tal impresión que invité a su autor, a quien no conocía, a asistir al estreno de *Tannhauser*. Indudablemente, debió de ha-



in *Die drei Nixen*  
(Bayreuth, 1974).



*Las tres Hijas del Rhin en  
el Bayreuth de 1951.*



*El Oro y las Hijas del Rhin  
(Illustrirte Zeitung, Leipzig,  
septiembre 1876).*





ter algunos sacrificios para corresponder a mi invitación pero se presentó en Dresde y me sobrecogí de emoción al ver a un hombre joven, amenazado por la tuberculosis y que llevaba penosamente una existencia llena de dificultades materiales. Venir a Dresde debió estimarlo su deber pues no reclamó indemnización alguna y ni siquiera hospitalidad. Me di cuenta que por sus conocimientos y su capacidad no llegaría nunca a ejercer una influencia notable, pero su inteligencia y la honestidad de su carácter me impresionaron favorablemente. El desgraciado sucumbió a consecuencia de su enfermedad al cabo de algunos años sin haber cesado nunca, en los momentos difíciles, de darme pruebas de su fidelidad y estima.

TAMBIÉN llegó mi antigua amiga Alwina Frommann que ya anteriormente, con ocasión de representarse en Berlín mi *Fliegender Holländer*, me distinguió con su simpatía. No la conocía personalmente y la vi por primera vez en casa de la señora Schröder-Devrient, que era amiga suya, y la cual me la presentó, sonriendo, como una de mis conquistas más gloriosas. Alwina Frommann ya no era joven y no podía abrigar ninguna pretensión de deslumbrar por su belleza, pero sus ojos grandes, penetrantes y expresivos, atestiguaban la belleza de su alma. Era hermana del editor Frommann de Jena y conocedora de detalles íntimos acerca de Goethe, que se hospedaba en casa de su hermano cuando iba a Jena. En calidad de lectora se relacionaba con cierta intimidad con la princesa Augusta de Prusia y era considerada, por los que conocían su relación con la futura emperatriz, casi como su amiga y confidente. Con todo, pasaba sus apuros económicos y parecía mostrarse orgullosa de haberse creado una especie de independencia con su modesto talento de pintora de arabescos. Siempre ha sentido gran afecto por mí y formó parte del reducido número de los que no dejándose influir por la detestable impresión de aquel estreno de *Tannhauser* se declararon inmediata y categóricamente en favor mío.

En cuanto a la representación en sí, he aquí las instructivas experiencias que aquella me procuró. Sus defectos, que ya he mencionado, residían en la torpe y excesivamente sumaria composición del papel de Venus y el desmesurado prólogo del primer acto. Estos defectos ejercieron una desfavorable influencia sobre la ejecución teatral, al no suscitar el apasionado interés que, según la concepción del poema, debe preparar al espectador a la catástrofe. El prólogo constituye ya un a modo de punto de partida y debe promover la ansiedad con que se sigue el trágico desarrollo del drama.

AUNQUE la gran escena fué interpretada por una artista como la señora Schröder-Devrient y un cantante tan dotado como Tichatschek, el efecto falló de manera notoria. Quizá la actriz, en un arranque de su genio, hubiera encontrado los acentos justos de la pasión, pero tenía por compañero a un tenor carente de toda intensidad dramática y de toda expresión de dolor o de sufrimiento y que debido a sus dotes naturales únicamente podía manifestar la alegría o la energía declamatoria. El público sólo se animó un poco al oír el aria conmovedora de Wolfram y la escena final de aquel acto.

En la misma escena Tichatschek arrebató finalmente al público con la magnificencia de su voz, y me aseguraron que después de aquel primer acto cundió entre los auditores una gran corriente de simpatía hacia mi obra y su autor, que se acrecentó aún más en el segundo acto en el que Elisabeth y Wolfram reunieron todos los sufragios. Desgraciadamente, el héroe del drama, Tannhauser, fué desapareciendo poco a poco y se desvaneció fuera de aquella atmósfera de simpatía hasta el punto de que en la última escena pareció que la catástrofe lo anonadaba completamente y se esfumó en una actitud dolorosa...

El principal defecto del personaje estribaba en la circunstancia de que el tenor era incapaz de traducir la verdadera expresión del gran *adagio* final que comienza con estas palabras: «Un ángel ha descendido del cielo en ayuda del miserable...»

En una introducción al *Tannhauser*, que he escrito más tarde, he explicado en detalle la importancia de aquel pasaje. Sin embargo, a la segunda representación tuve que suprimirlo, porque debido a la monotonía con que Tichatschek lo cantaba parecía de una extensión insoportable. No queriendo herir el amor propio de aquel actor que en tanta estima me tenía y que tan útil me había sido en su género, pretexté haber observado que aquel fragmento era defectuoso. Y como se consideraba a Tichatschek como mi intérprete predilecto, cada vez que más adelante se representó *Tannhauser*, se suprimió aquella frase musical, de una importancia primordial, siendo esta una de las causas por las que nunca me hice ilusiones acerca del significado del éxito de esa ópera en Alemania. Mi temor, que tanto en la alegría como en el dolor manifestaba siempre una desbordante energía, se retiró al final del segundo acto con el continente humilde y contrito de un pobre pecador para reaparecer en el tercero en una actitud de resignación que debía despertar una afectuosa compasión. Sólo recobró su vigor de cantante al dar a conocer la excomunión papal lanzada contra él, y su voz resurgió entonces tan pujante y voluminosa que era un verdadero goce oírle dominar el acompañamiento de los trombones.

**Defectos de mi concepción** Este defecto radical del personaje había suscitado en el público cierta desazón respecto al conjunto, y yo mismo había contribuido a aumentar su incertidumbre con mi inexperiencia acerca del nuevo campo de mi concepción dramática. En la primera versión de la obra, tal como entonces se representó, había querido simbolizar los intentos de Venus para atraerse de nuevo al amante infiel como el producto de una visión delirante de Tannhauser, debiendo evitar el horror de la situación la presencia del Hieselberg en una lejanía de rosado resplandor. Del mismo modo que el anuncio decisivo de la muerte de Elisabeth fué para Wolfram como una especie de adivinación, así también el sonido en lontananza del campaneo fúnebre y la llama apenas visible de las antorchas atraían la atención de los espectadores hacia el Wurtburg que se levantaba en el fondo de la escena. Los jóvenes peregrinos que no aparecían hasta el final y cuyas manos no empuñaban aún el verdeante báculo, sólo anunciaban el milagro por medio de palabras y no con signos exteriores. Así, este pasaje resultó bastante ininteligible a los espectadores, tanto más cuanto que el acompañamiento, de una monotonía demasiado prolongada, más bien le perjudicaba.

CUANDO cayó finalmente el telón tenía plena conciencia de mi fracaso. No tanto por la actitud siempre cordial y benévola del público, como por mi propia convicción de haber presentado una obra en la que se notaba grandemente mi falta de experiencia. Todos mis miembros estaban como paralizados y los contados amigos, entre los que se contaban mi buena hermana Clara y su marido, que vinieron a verme, compartieron mi pesadumbre. Aquella misma noche tomé las medidas necesarias para remediar de algún modo los defectos de la representación. Bien veía donde residía el punto débil, pero ante el menor intento de ilustrar a Tichatschek sobre el carácter de su papel me vendía el desánimo. Corría el riesgo de desorientarle o de contrariarle e incitarle a que bajo cualquier pretexto desistiera en adelante de cantar *Tannhauser*. Tuve, pues, que recurrir al único medio que pudiera asegurar gratos auspicios en la reposición de mi ópera: cargué en mi cuenta las deficiencias del papel y llevé a cabo unas supresiones que merecieron, es verdad, su significación dramática, pero que privaron que las demás partes se malograran con una mala interpretación. Aunque profundamente mortificado confiaba en que para la próxima audición, que deseaba se efectuara lo más pronto posible, gozaría mi obra de notables ventajas. Pero Tichatschek se había desalentado y me vi forzado a esperar ocho largos días.

[No es posible describir lo que sufrí durante aquellos ocho días! Aquel retraso se me figuraba funestísimo. Cada fecha que transcurría entre las dos representaciones hacía más y más problemático el resultado de la primera, hasta el punto que se llegó a afirmar que había sido un verdadero fracaso. La masa del público se mostraba sorprendida y contrariada de que en la concepción de esa nueva producción no hubiese tenido en cuenta el favor que había merecido la tendencia de Rienzi, y mis amigos más juiciosos se hallaban sumidos en una verdadera perplejidad ante aquella obra que no habían alcanzado a comprender y que les parecía mal concebida y ejecutada. En cuanto a los críticos, embistieron contra ella con un placer no disimulado, como verdaderos cuervos a los que se ha brindado un pedazo de carroña. Y hasta se valieron de los acontecimientos del día para dañarme y calumniarme. Era la época en que Czernsky y Ronge movían gran algarabía con su agitación germano-católica a la que se daba un matiz avanzado y liberal. Descubrióse entonces que mediante el *Tannhauser* yo me había propuesto, glorificando el catolicismo, suscitar una tendencia reaccionaria del mismo modo que Meyerbeer había celebrado el protestantismo con sus *Hugonotes*. Y por espacio de mucho tiempo circuló el rumor de que yo estaba a sueldo del partido católico.

Mientras se llevaban a cabo tales esfuerzos para menoscabar mi popularidad se me dispensó un singular honor. Un tal Rousseau, redactor de la *Gaceta Oficial de Prusia* y a quien sólo conocía a través de una crítica en la cual había destrozado mi *Fliegender Holländer*, me escribió y vino por último personalmente a solicitar mi amistad y mi alianza. Me contó que habiendo sido enviado desde Austria a Berlín para trabajar en la propaganda del catolicismo, se había dado cuenta de la infructuosidad de sus esfuerzos y regresaba a Viena a fin de poder moverse con entera libertad entre los elementos a los cuales también yo pertenecía, como lo había probado sobradamente con mi *Tannhauser*. El «Diario de noticias de Dresde», notable órgano local de calumnias y maledicencias, publicaba cotidianamente alguna noticia destinada a perjudicarme. Acabé por darme cuenta que esos ataques eran contrarrestados con vigorosas respuestas, muy alentadoras para mí, lo que me asombró durante largo tiempo, pues sabía que en tales casos son los enemigos y no los amigos los que dan la cara. Roeckel me confesó entonces riendo que aquella campaña en mi favor era obra suya y de Heine.

**Aplazamiento de la segunda representación** CUANDO de desagradable me sucedió aquellos días sólo me contrariaba a causa de la imposibilidad de rehabilitarme con una nueva audición. Tichatschek continuaba con su ronquera, y según afirmaba, no quería de ningún modo volver a representar *Tannhauser*. Me contaron también que Lüttichau, asustado del escaso éxito de la ópera, había dado orden inmediatamente de anular el encargo de los decorados del *hall*, que todavía no habían llegado, o devolverlos caso de que ya estuvieran en Dresde. Estas manifestaciones de desaliento, acabaron también por desanimarme y estuve a punto de creer que *Tannhauser* había muerto definitivamente. Fácilmente se comprenderá con qué estado de ánimo juzgaba mi situación y sobre todo la de mis empresas de publicación. Aquellos horribles ocho días me parecieron una eternidad y durante aquella semana eludí a todo el mundo.

**Semper. Roeckel** SIN embargo, una mañana en que tuve que ir a la librería Meser me encontré allí con Gottfried Semper que estaba comprando el volumen de *Tannhauser*. Poco tiempo antes había sostenido con él, a propósito de mi ópera, una violenta discusión. Semper se resistía a admitir que las cruzadas y las *minnesinger* medievales pudiesen suministrar tema para una obra artística, y me significó su desprecio por haber trabajado sobre esta materia. Pero, cosa curiosa, en el momento en que Meser me decía que no se había pedido ninguna de mis obras, mi fogoso antagonista acababa de adquirir y pagar una de ellas, la única que hasta entonces se había vendido. Semper, confuso y perplejo, se excusó diciendo que para tener una idea de la pieza precisaba conocerla exactamente y que para ello no existía desgraciadamente otro recurso que leer el libreto. Sin embargo, aquel encuentro con Semper, de por sí tan poco importante, ha quedado grabado en mi recuerdo como un primer indicio verdaderamente alentador.

Con todo, el mayor consuelo me vino de Roeckel. Durante aquella desdichada semana me consagró un afecto que debía durar toda la vida. Sin que yo ni siquiera lo sospechara había trabajado infatigablemente en favor mío, disputando para explicar mi obra, recogiendo sufragios, y, por último, dejándose arrebatado el mismo por un frenético entusiasmo por *Tannhauser*. En la víspera de la segunda audición, con tanta impaciencia esperada, tomamos juntos un vaso de cerveza. Después de haberme mirado largo tiempo juró que mi cabeza no era despreciable, que algo particular corría por mi sangre y que todo ello también lo había observado en mi hermano Alberto a pesar de que éste no se me parecía. Para hacerse comprender, designó ese «algo» como el fuego característico de mi naturaleza que, según él, abrasaba a los demás, mientras yo me caldeaba al ardor de sus llamas. Prueba de ello es que en varias ocasiones Roeckel me había visto literalmente echar chispas. No sabiendo qué pensar de aquellos desatinos rompí a reír. Pues bien —añadió entonces Roeckel— ya hará usted la experiencia con *Tannhauser* el éxito es absolutamente seguro y cierto y es absurdo pensar que la obra no se mantenga en los carteles. De regreso a mi casa me di perfecta cuenta de que si realmente *Tannhauser* triunfaba y alcanzaba una verdadera popu-



litud, las consecuencias de ello serían para mí de una importancia incommensurable.

FINALMENTE, tuvo lugar la segunda representación. Espérase que habrá efectuado suficientes cambios en mi obra para que el conjunto resultara satisfactorio: considerable reducción de los papeles principales, renuncia a mis pretensiones al idealismo en ciertas partes de la representación y realce de los pasajes que eran del agrado del público. Llegó, por último, el decorado del segundo acto. Nos produjo a todos un efecto de majestuosa belleza que nos pareció de feliz augurio. Sufrí, desgraciadamente, la humillación de ver la sala medio vacía. Ahora ya sabía, con toda la franqueza deseable, cuál era el dictamen del público acerca de mi obra.

Si los espectadores eran en escaso número se componían en su mayoría de amigos fervientes de mi música. La acogida que se dispuso a la misma fué en extremo calurosa, y Mitterwurzer levanto el entusiasmo. En cuanto a Tichatschek, mis fieles Roeckel y Heine habían juzgado oportuno recurrir a medios artificiales para ponerle de buen humor. Y además, a fin de facilitar la comprensión de la importancia que revestía la última escena, que aparecía harto confusa, recabaron activamente la cooperación de un grupo de jóvenes, los más de ellos pintores. Roeckel y Heine les habían recomendado que subrayaran con palmas determinados pasajes que el día del estreno no habían provocado ningún aplauso. Y, en efecto, después de la frase de Wolfram: Postrada ante Dios, ella ruega por tí. El cielo la ha escuchado, Enrique, ¡estás salvado! —una explosión de ovaciones pareció aclarar a los ojos del público toda la situación. Aquel momento, que en el estreno pasó desapercibido, me granjeó a partir de entonces, en todas las representaciones, una vehemente manifestación de simpatía de parte de los auditorios. Algunos días más tarde tuvo lugar con la sala llena una tercera representación. La señora Schröder-Devrient, que estaba desolada por no poder prestar una mayor contribución al éxito de mi obra, presenció el resto de la pieza desde el pequeño palco destinado a los actores. Y me contó que Lüttichau había estado en su casa y que radiante de satisfacción le había dicho que, finalmente, veía *Tannhauser* salvado.

Y así fué, pues en el transcurso de aquel invierno repusimos la ópera varias veces. Sin embargo, observamos que cuando dábamos dos representaciones casi seguidas la segunda estaba siempre menos concurrida. Y nos dimos cuenta también que mi obra no había conquistado todavía el interés del gran público sino solamente el de las gentes ya preparadas. Me fuí enterando poco a poco que entre los amigos de *Tannhauser* figuraban personas que apenas frecuentaban el teatro y casi nunca la ópera. La participación de ese nuevo público fué cada vez más numerosa y manifestó, de una manera desconocida hasta entonces, una viva simpatía por el autor.

Me contrariaba, sobre todo por Tichatschek, que al final de cada acto solo me reclamaran a mí sobre las tablas. No obstante, me veía obligado a corresponder a las muestras de aprobación del auditorio. De negarme a salir a escena hubiese ocasionado a mi cantante una nueva humillación, pues cuando aparecía únicamente con su colega las palmas que el público dedicaba eran casi ofensivas para él. ¡Cuánto deseaba yo que no fuera así y que la excelencia de la ejecución hiciera olvidar al autor! Jamás pude obtener esa perfección en Dresde, lo que me indujo a una conclusión característica que me guió en todas mis empresas venideras.

Sea como fuere, con motivo de la representación en Dresde de mi *Tannhauser*, sólo logré hacer comprender a la parte más selecta del público mi tendencia a salirme de los caminos trillados forzándolo en cierto modo a reflexionar y a hacer abstracción de la interpretación deficiente. Desgraciadamente, no pude lograr el mismo resultado sobre la mayoría de los espectadores puesto que éstos al no sentirse cautivados por una representación perfecta y briosa nada comprendieron de mis intenciones. Y a este respecto me ilustraron lo suficiente interesantes amistades y relaciones que contraí aquel invierno.

HACIA aquella época el doctor Hermann Franck, de Breslau, se retiró a Dresde y su grata y exquisita compañía fué para mí un verdadero estimulante. En posesión de cierta fortuna era de aquellos que sin alcanzar público renombre gozan de una gran reputación en los círculos selectos por sus vastos conocimientos, su claro discernimiento y sus aptitudes literarias. Había tratado de consagrar su capacidad y su inteligencia al servicio del pueblo, correspondiendo al llamamiento de Brockhaus para que formara parte de la redacción del *Deutsche Allgemeine Zeitung*, que mi cuñado había lanzado algunos años antes. Pero al cabo de un año el doctor Franck se despidió de su editor, y salvo en casos extraordinarios no hubo manera de inducirle a que escribiera en un periódico. Sus breves y espirituales alusiones a sus experiencias como redactor del *Allgemeine Zeitung* justificaban, a mi sentir, la aversión que sentía por el periodismo. Así, pues, le agradecí sumamente que, sin mediar ningún ruego de mi parte, escribiera sobre el *Tannhauser* un extenso artículo que apareció en octubre o noviembre de 1845 en el suplemento de la *Gaceta de Augsburgo*, y que conteniendo las primeras palabras reveladoras sobre una obra de la que tanto se han venido ocupando después, exponía las reflexiones más moderadas, más extensas y más completas que jamás se hayan escrito sobre aquella ópera. Y así fué como fué introducido en aquel gran periódico de política europea, que a consecuencia luego de una mudanza de casaca de la redacción se trocó en el receptáculo de todas las sandeces imaginables contra mí y contra mi obra.

FRANCK me cautivaba sobre todo por la finura y el tacto de sus discernimientos. Había en él un no sé qué de distinguido que provenía no tanto de su encumbrado origen como de su vastísima cultura. Su discreción y su reserva más bien me atraían que me repelían, pues formaban un elemento que hasta entonces me era desconocido. Chocaba algunas veces con él a propósito de sus juicios sobre determinadas reputaciones pero advertía luego, no sin cierta satisfacción, que las opiniones de Franck habían sido influidas por las mías. Ya entonces me resistía a aceptar el elogio con que se aureolaba a ciertos grandes hombres otorgándoles una patente de «amabilidad» que se disipaba ante un atento examen de sus obras. A pesar de su experiencia puse a menudo a mi amigo entre la espada y la pared y me chocó oírle, algunos años más tarde, citarme un ejemplo sorprendente de la «amabilidad» de Meyerbeer, a quien tanto había encomiado. Recordó sonriendo las singulares preguntas con que contradije entonces sus aserciones

Sin embargo, ya en aquella época quedó desconcertado cuando le demostré palpablemente el desinterés de Mendelssohn cuyos sacrificios en favor del arte continuamente ensalzaba. En una conversación referente a este músico, Franck había concluido proclamando la satisfacción que le procuraba la conducta de un hombre que no temía los más áridos sacrificios para liberarse de una situación falsa e inútil para el arte. ¿No era acaso un hermoso gesto que Mendelssohn renunciara a los tres mil táleros que percibía por su cargo de director general en Berlín, para ser de nuevo simple director de orquesta en la *Gründthaus* de Leipzig?

CASUALMENTE se me deparó la ocasión de proporcionar a Franck informes exactos sobre el pretendido desinterés de Mendelssohn. Habiendo solicitado del director general un aumento de sueldo para varios miembros necesitados de nuestra capilla real, había obligado a Lüttichau a explicarme que los fondos de la capilla se hallaban muy mercados a consecuencia de las recientes decisiones del rey y que, por tanto, no había medio de socorrer a los músicos menesterosos. El prefecto del distrito de Leipzig, llamado Falkenstein, admirador apasionado de Mendelssohn, había obtenido del rey que el maestro lo fuera nombrado de capilla privada, con unos honorarios secretos de dos mil táleros. De manera que con los mil táleros que recibía oficialmente por la dirección de la *Gründthaus*, conseguía Mendelssohn recuperar completamente los tres mil táleros a los cuales había parecido renunciar al regresar a Leipzig. Estos crecidos emolumentos mermaban enormemente el presupuesto de la capilla, y por un sentimiento de vergüenza se mantenían en secreto. Por otra parte, al hacerse público el nombramiento de un maestro de capilla sin funciones se hubiese corrido el riesgo de mortificar a los que trabajaban y estaban menos pagados. Tales razones obligaron también a Mendelssohn a mantener en secreto aquella dotación, y de ahí que presenciara la glorificación de su retorno a Leipzig y se viera citado como un modelo de desinterés. Franck, a quien conté toda la historia quedó atónito, y me confesó que jamás había visto un ejemplo semejante de falsa gloria.

No tardamos en modificar nuestra opinión sobre otras celebridades artísticas que se hallaban entonces en Dresde.

Sobre Fernando Hiller, la «amabilidad» por excelencia, nos pusimos pronto de acuerdo. Respecto a los conocidos pintores de la «Escuela de Düsseldorf», con los cuales me relacioné frecuentemente a propósito de mi *Tannhauser*, no traté de formar un juicio personal; me bastaba la celebridad de sus nombres pero Franck me reveló ciertas cosas que me causaron no pocas decepciones. En cuanto a Bendemann y Hübner, parecía que pudiese fácilmente sacrificarse Hübner a Bendemann pues este último, que acababa de terminar los frescos de un salón del castillo real y a quien sus amigos habían ofrecido un banquete de honor, era para mí el tipo del gran maestro digno de estima. ¡Cuál no sería mi estupefacción al oír a Franck compadecer al rey de Sajonia por haber permitido que Bendemann «pintarrajeara» uno de sus salones!

Sin embargo, no podía negarse que estas personas no fueran «amables» y que su sociedad, que me atraía cada vez más, ofreciera, en contraste con la gente de teatro, un gusto señalado por la conversación fina e intelectual, que, no obstante, no llegaba nunca a estimularme de una manera apasionada y fecunda. Con todo, Hiller parecía deseoso de llevar a cabo algo mejor, y durante aquel invierno organizó pequeñas reuniones que se celebraron por turno en casa de uno u otro de los participantes. Además de Hübner y Bendemann, asistía también a ellas Roeckel que era poeta en sus ratos de ocio y que tuvo en aquella época la desdicha de escribir para Hiller un texto de ópera al que tendré ocasión de referirme.

A los músicos de nuestras reuniones, o sean a Hiller y a mí, vino a sumarse Roberto Schumann. Se había instalado también en Dresde y trabajaba en temas de ópera que dieron finalmente como resultado su *Genoveva*.

Conocí a Schumann en Leipzig. Hablamos comenzado poco más o menos al mismo tiempo nuestra carrera musical, y suministré varias veces breves artículos a la *Nueva Gaceta Musical* que él redactaba, el último de los cuales, bastante extenso, fué una crónica que envié desde París sobre el *Stabat mater* de Rossini. Hablamos llamado a Schumann para dirigir en nuestro teatro una ejecución de su *Paraiso y Peri*, pero su especial desmaña como director de orquesta me había obligado a acudir frecuentemente en su ayuda. Con todo, la obra de ese músico profundo y vigoroso me interesaba grandemente. Pronto reinó entre nosotros una benevolencia recíproca y una confianza cordial. Al siguiente día de una representación de *Tannhauser*, a la que había asistido, Schumann vino muy de mañana a hacerme una visita y se declaró absolutamente partidario de esa ópera; sólo objetó una excesiva precipitación en el final del segundo final, lo que me probó la finura de su sentido musical pues pude demostrarle, con la partitura en la mano, que aquel defecto provenía de una supresión que había temido que efectuar.

De vez en cuando íbamos juntos de paseo y en lo que su laconismo permitía, cambiábamos ideas acerca de diferentes temas musicales. La *Novena sinfónica* de Beethoven, cuya ejecución había sido siempre malograda en Leipzig a causa del movimiento que Mendelssohn prestaba a la primera parte, Schumann se complacía ahora en oír la bajo mi dirección. De todos modos, la compañía de Roberto Schumann no ejerció ninguna influencia sobre mí y por otra parte su carácter era demasiado reservado para que mis impulsos hicieran mella en él. Prueba de ello fué la concepción de su poema *Genoveva*. Mi ejemplo, que sólo obró en él exteriormente, le impulsó únicamente a escribir un libreto de ópera.

Me invitó una vez a la lectura de dicho libreto. Lo había escrito al modo de Hebbel y Tieck, y cuando, impulsado por el cordial deseo de ver triunfar su ópera, le llamé la atención respecto a algunos errores de bulto que contenía, reconocí entonces la indole de aquel hombre singular. Sólo le interesaba mi admiración y recusaba con extrema susceptibilidad toda intromisión en la obra que le entusiasmaba. Y ahí nos quedamos.

GRACIAS a su actividad y sus atenciones, Hiller había logrado mantener nuestras pequeñas reuniones artísticas. Al invierno siguiente esas reuniones mayor volumen y constituímos una especie de sociedad particular que se reunía familiarmente cada semana en una sala reservada del restaurante Engel, en la plaza de Correos.

El célebre J. Schnorr, de Munich, a quien habíamos festejado con uno de nuestros habituales ágapes, acababa de ser nombrado conservador de las Galerías de Dresde. Ya con anterioridad había ocasión de ver sus enormes cat-





*El Oro del Rhin, en ilustración de Theodor Pixis (Illustrirte Zeitung, Leipzig, 23 octubre 1869).*



*Caricatura de Rossini.*



*Ensayos para "El Oro del Rhin", con ocasión del 125 aniversario del nacimiento de Wagner (Leipzig, 1938).*



que me habían producido una fuerte impresión, tanto por sus dimensiones como por los temas de la vieja Alemania que representaban y que tan otros me eran en aquella época. Oí hablar entonces de la «escuela de Munich» de la que era Schnorr uno de los maestros, y mi corazón se llenó de esperanza al pensar en todo cuanto podría verse en Dresde donde tan grandes maestros habían venido a albergarse. Aunque la figura de Schnorr y el tono lacrimoso de su voz de maestro de escuela —que no armonizaba de ningún modo con sus monstruosos castones— me causaron una cierta decepción, me sentí dichoso al verlo llegar el sábado por la noche al café Ingel. Era muy versado en leyendas alemanas y cuando se suscitaba este tema de conversación me sentía transportado.

TAMBIÉN se sumó a nosotros el célebre escultor Haenel. Su talento me había inspirado un profundo respeto pero *Haenel, Pecht, Rietschl* no juzgue sus obras según mi propio sentir sino sujetándome a opiniones más autorizadas. Su continente y sus maneras me parecieron afectadas, y al hablar se extendía en unas teorías sobre el arte que me sumían en la mayor perplejidad. A veces me figuraba oír a un filisteo palabrista pero mi viejo amigo Pecht, que a la sazón se había instalado en Dresde por algún tiempo, aventó todos mis recelos. Me demostró el valor artístico de Haenel, y en vista de ello me esforcé yo también en apreciar sus obras.

En vivo contraste con Haenel, Rietschl apareció luego entre nosotros. Tanto trabajo me costó creer que aquel hombre enfermizo, de pálido semblante y que se expresaba a menudo con un tono tímido y lastimero fuese escultor. Mas como particularidades casi análogas no me habían impedido creer en el talento del pintor Schnorr, me habitué fácilmente a Rietschl, y sentí por él tanta más simpatía cuanto que estaba desprovisto de toda afectación. Recordó haber recibido de él elogios entusiastas sobre mi personalidad y mi talento de maestro de capilla. Lo que era raro, a pesar del tono familiar de nuestro brillante círculo de artistas no reinaba ciertamente en él la estima recíproca tal como yo la entiendo, y, en el fondo se hubiera dicho que ninguno ponderaba lo que otro producía. Así, Hiller, que había organizado conciertos, se había visto festejar en un banquete en el que con un agradecimiento patético habíanse glorificado sus meritos. Sin embargo, cuando me reuní en la intimidad con sus amigos me di cuenta de que las empresas de Hiller no les inspiraba la menor simpatía; antes al contrario, hablaban de ellas con aire dubitativo y encogiéndose de hombros. Por otra parte, pronto dieron fin aquellos conciertos. Jamás oí en las reuniones de dichos maestros una sola palabra que hiciera alusión a las obras de uno u otro, y me di cuenta con frecuencia de que más de uno no sabía siquiera de qué hablar.

Con su originalidad, Semper, animaba de tal modo su conversación que Rietschl, aún cuando se interesaba vivamente por ella, con frecuencia se asustaba entregándose a verdaderas lamentaciones sobre la vehemencia de las controversias que se producían entre Semper y yo. Cosa curiosa, partíamos siempre de la idea de que éramos antagonistas, pues Semper me juzgaba militando en el catolicismo arcaico que atacaba con feroz iracundia. Y me costó gran trabajo hacerle comprender que mis estudios y mis gustos me inclinaban hacia el medioevo alemán y a la búsqueda del ideal primitivo del mito germanico.

Así, cuando hablamos finalmente de la mitología alemana y le manifesté mi entusiasmo por nuestras heroicas leyendas pareció otro hombre, y bien pronto estuvimos unidos por un noble interés que nos aisló del resto de la sociedad. Sin embargo, el diálogo terminaba siempre con una discusión violenta que no era sino el resultado de la maniática inclinación de Semper a una contradicción sistemática. Sólo se guiaba por el sentimiento de ser diferente de los demás, y sus exageradas paradojas, que no perseguían otra finalidad que provocar la protesta, no tardaron en probarme que además de mí él era el único que tomaba en serio lo que decía, pues los otros artistas hurtaban el cuerpo en el momento oportuno.

*Gutzkow y Laube* ESTA última tendencia era compartida por Gutzkow, que se reunía a menudo con nosotros. La dirección general lo había llamado a Dresde en calidad de dramaturgo, pues varias de sus obras, como *La vejez y la gloria. El modelo de Tartufo y Uriel Acosta*, habían cosechado recientemente grandes éxitos y a ellas se debía que el repertorio de la comedia hubiera recobrado su pasado esplendor. Dado que, por otra parte, mis óperas se habían estrenado en Dresde, el Teatro Real parecía entrar en un período floreciente, y para que así fuese, la intendencia desplegaba su mejor voluntad. Desgraciadamente, no pude ver realizados mis sueños a propósito de Laube. Mi viejo amigo, que deseaba ardientemente ser llamado a Dresde, se había lanzado briosamente al género teatral. Ya en París había observado el celo con que estudiaba Scribe a fin de apropiarse una técnica sin la cual, decía, todo el arte dramático alemán era vano. Con su obra *Rococó* pretendía haberse erigido en maestro de ella, y se imaginaba capaz de escribir sobre cualquier materia una obra de gran efecto, lo que no le impedía por otra parte seleccionar cuidadosamente los temas. Sin embargo, me humillaba, por lo que a él se refería, que a pesar de su teoría las únicas de sus obras que obtenían éxito eran aquellas en que menudeaban las palabras mordaces que tenían más o menos relación con la política del día. Nunca faltaban en sus obras una arenga manifiesta a la «unidad alemana» o al «liberalismo alemán». Sus ideas esenciales eran expuestas primeramente, a modo de ensayo, a los abonados a nuestro teatro de residencia, formulándolas Laube con una destreza particular que únicamente se aprendía, según aseguraba en la escuela de los *vaudevillistas* franceses. Así, las piezas que creó me procuraron unas veladas sumamente agradables, especialmente porque el autor venía con frecuencia a Dresde para asistir a las representaciones. Su notoria habilidad y su verdadero entusiasmo en ocuparse de todas las cosas del teatro daban derecho a esperar que su nombramiento hubiera resultado altamente beneficioso.

Pero la decisión recayó finalmente en favor de su rival Gutzkow, a pesar de que éste no vacilara en reconocer su ineptitud para asumir las rutinarias funciones que le incumbían. Bien pronto adquirimos el convencimiento de que el éxito de las mejores obras de Gutzkow se debía a su talento literario. Inmediatamente después de sus dramas sensacionales nos sirvió unas intrigas teatrales, sumamente tediosas, en las que se echaba de ver la habilidad que anteriormente había dado muestras.

Pero esas cualidades abstractas de simple literato le rodearon de una aureola de gran escritor y eso fué lo que determinó a Lüttichau, preferirlo a Laube. Al obrar de esta suerte, el intendente se imaginaba contribuir al realce del renombre de Dresde y demostrar que más favorecía los intereses superiores del arte que el lado práctico del teatro.

Como no tardé en darme cuenta de la ineptitud de Gutzkow como director dramático su nombramiento me molestó so *Gutzkow y la música* bremanera, y así se lo expuse abiertamente a Lüttichau que debió de tomarlo a mal, pues a partir de aquel día se acentuaron nuestras desavenencias. Tenía mis motivos para quejarme amargamente de la falta de comprensión y de la ligereza de quienes tienen en sus manos el destino de instituciones tan nobles como nuestros teatros de la corte, y a fin de preservarme, al menos personalmente, de las perturbaciones que había de acarrear aquel funesto nombramiento prohibí en absoluto toda ingerencia de Gutzkow en la dirección de la ópera. Se consintió a ello y al mismo tiempo se ahorró a Gutzkow humillaciones fáciles de prever.

De resultas, se produjo entre Gutzkow y yo una tirantez de relaciones que me esforcé en remediar a través del contacto directo que sostuvimos en nuestras reuniones. Todos mis esfuerzos para animar a aquel hombre singular, cuya cabeza se inclinaba temerosa sobre el pecho, resultaron vanos; traté una y otra vez de interesarle en la conversación pero mostraba tal prudencia que no hubo manera de hacerle salir de su recogimiento. Conseguí, sin embargo, hacerle entrar en discusión a propósito de una escena de su *Uriel Acosta*, en la que mientras el héroe presta el juramento de abjuración de sus llamémoslas hechicerías la orquesta lo subraya con un acompañamiento de género melodramático. Este acompañamiento había de ser un ligero trémolo prolongado con acordes apropiados pero en la audición me pareció absurdo y degradante, tanto en lo concerniente a la música como al drama. Aquella noche traté, pues, de hacer comprender a Gutzkow los nobles principios en que se basaba mi observación. Respondíome al principio con un hosco y desconfiado silencio, y luego acabó por decirme que mis exigencias de músico iban demasiado lejos y que no comprendía por qué se degradaba la música al emplearla en pequeñas dosis en la comedia, pues a fin de cuentas ¿no se trataba la poesía con mas desenfado en la ópera?... Desde el punto de vista práctico era conveniente que el dramaturgo no se mostrara demasiado difícil. No era siempre posible proporcionar brillantes salidas a los personajes, y como resultaba harto penoso que cualquiera de los actores principales abandonara la escena sin ser aplaudido era preferible suscitar una gozosa diversión con el atractivo rumor de la orquesta. Gutzkow pronunció estas palabras adoptando un grave continente, y a partir de aquel momento no tuve con él nada de común.

NINGUNA otra controversia sostuve con los pintores, músicos y *Berthold Auerbach* otros artistas de nuestro círculo pero, no obstante, en aquella misma época me relacioné frecuentemente con Berthold Auerbach.

Alwina Frommann me había hablado muy bien de sus *Novelas lugareñas* y me inspiró gran interés por su lectura. Y a propósito de ellas establecí una comparación que fué de mi agrado. Según mi amiga, aquellos modestos relatos, que así los denominaba, habían producido en los círculos literarios berlineses el efecto de una ventana que se abre en un tocador perfumado a fin de que penetre en él el aire fresco del bosque. Leí después esas *Historias del bosque negro* que tan rápidamente alcanzaron la celebridad, y me cautivó el tono nuevo y lleno de vida de aquellas anécdotas arrancadas de la vida popular y omadas con un pronunciado colorido local.

Dado que Dresde se había convertido en el punto de reunión de nuestras celebridades literarias y artísticas, también Auerbach vino a pasar una larga temporada en casa de su amigo Hiller, que se mostró encantado de convivir con una nueva notabilidad a la que estaba unido por la raza. Aquel joven campesino judío, un poco achaparrado, y que no trataba de disimular su origen inspiraba en el acto una gran simpatía; su blusa verde y sobre todo su gorro de cazador también verde le daban ciertamente el aire del autor de esas novelas rústicas de Suevia, pero supe más adelante que su indumento no era más que una resultante de su candidez.

*Consejos de Keller a Auerbach* El poeta suizo Gottfried Keller me contó un día en Zurich que cuando comenzó a interesarse por Auerbach, había señalado a éste el camino a seguir por el cual sus producciones literarias llegarían fácilmente a procurarle lectores y dinero. Le aconsejó que se vistiera con aquella blusa y se tocara con aquel gorro, pero teniendo en cuenta que no era tan apuesto ni tan buen mozo como Keller era conveniente que adoptara inmediatamente un aire un poco rudo y jovial. Y el propio Keller le encasquetó el gorro en la cabeza.

De momento, nada vi en Auerbach de positiva afectación. El tono y el género popular parecían serle tan naturales que uno se preguntaba como con tan buenas condiciones podía hallarse a sus anchas en esferas diametralmente opuestas, pues en aquellos círculos, que hubieran debido ser antipáticos a su carácter, parecía moverse como en su verdadero elemento. De espíritu y maneras originales, rudo y sentimental al mismo tiempo, se sentía evidentemente halagado de mostrar a la distinguida sociedad que le rodeaba las cartas del Gran Duque de Weimar y sus propias respuestas, sin dejar por ello de guardar sus puntos de vista de campesino de la Suevia que, dicho sea de paso, tan bien le sentaban.

*El Judaismo de Auerbach* ME atrajo sobre todo porque fué el primer judío con el que pude hablar de judaísmo con toda cordialidad y franqueza. Parecía saberle mal disipar los prejuicios existentes contra su raza y contaba de manera conmovedora hechos relativos a su infancia. Se jactaba de ser sin duda el único alemán que hubiese leído de cabo a rabo *La Mesada*, de Klopstock. Esa lectura, que había de efectuar en secreto, lo absorbía completamente y un día que a causa de ello llegó tarde a la escuela el maestro lo reprendió con estas palabras: «¿Dónde has ido a traficar, diablillo judío?»

Estas experiencias habían hecho de él un hombre triste y meditabundo, aunque no agrio de carácter, pues llegaba hasta a apiadarse de sus perseguidores. Tales eran los rasgos que habían motivado mi simpatía por Auerbach; pero me extrañó que con el tiempo enriqueciera su caudal de ideas y acabé por creer que, a su juicio, toda la humanidad y la historia de la misma se reducía al problema de la glorificación del judaísmo. Un día le aconseje afectuosamente que no porfiara tanto en la cuestión judía, pues existían evidentemente otros puntos de vista con que juzgar al mundo. Disipóse entonces todo su candor, y con un tono extático y lacrimoso, que no me pareció natural, me respondió que lo que le pedía era imposible. Había en el judaísmo muchas cosas que reclamaban toda su solicitud.

No he podido por menos de evocar aquella sorprendente angustia de Auerbach cuando al correr de los años he sabido que había contraído varias veces matrimonio con mujeres de su raza y de los cuales sólo he sabido que le habían enriquecido. Largo tiempo después de nuestra primera entrevista volví a ver a Auerbach en Zurich. Le hallé muy cambiado, pero negativa-



mente su aspecto era desahogado y vulgar en extremo, y su pizcosa vivacidad se había trocado en el desasosiego habitual a los judíos. Parecía mostrarse arrepentido de su locuacidad y de no reservar cuanto decía para los periódicos. De todos modos, la comprensión que durante mi período de Dresde mostró Auebach, aunque siempre a su manera de judío y de suevo, por mis intentos artísticos me animaron y me confortaron grandemente.

En aquella misma época adquirí una nueva experiencia al comprobar que encontraba como artista más estima y aprobación en las personas célebres, de importancia reconocida y de elevada instrucción, que en las demás. La boga de *Rienzi* me encerró en los círculos del mundo teatral, pero el éxito de *Tannhäuser*, tan difícil de lograr, me puso en relación con los elementos a que acabo de referirme. Aun cuando así se ensanchan mis horizontes me causó una impresión lamentable la vanidad de las esferas, llamadas superiores de la literatura y las artes contemporáneas. En todo caso, las relaciones que sostuve durante el invierno del estreno de mi *Tannhäuser* no me proporcionaron ninguna ventaja, pero afortunadamente tampoco lograron distraerme de mis trabajos. Y, por el contrario, la vida superficial que Hiller había puesto de moda y cuya fatua vanidad observé al punto, me espoleó a recogerme en mí mismo a fin de producir lo más pronto posible alguna cosa que me desvaneciera las penas e inquietantes emociones en que me había sumido mi última ópera.

Por las semanas después de las primeras representaciones de *Tannhäuser* terminé el poema de *Lohengrin*, y a partir de noviembre procedía a su lectura, al principio en mi casa y destinada a mis íntimos, y luego en las reuniones de Hiller. Se dijo que «resultaría» y me felicitaron. También a Schumann le agradó aun cuando no alcanzaba a comprender qué forma musical iba a darle. Y se me ocurrió entonces recitarle una parte del texto apropiada para cavatinas y grandes arias. Schumann sonrió y se declaró satisfecho.

A propósito de unas observaciones críticas, llenas de tacto y de delicadeza que me hizo Franck acerca de la parte trágica del poema, tuve ocasión de sumirme en profundas reflexiones. A Frank le parecía injusto castigar a Elsa con la partida de Lohengrin; comprendía que este rasgo eminentemente poético compendia el carácter de la tragedia, pero dudaba que respondiera éste a las exigencias de un desenlace dramático. Hubiera preferido ver perecer a Lohengrin víctima de la involuntaria traición de Elsa, pero como esto parecía imposible estimaba entonces que bajo cualquier pretexto debiera de procurarse que Lohengrin se viera forzosamente retenido. No hice de momento gran caso a esta objeción, pero luego acabé por preguntarme si, manteniendo la indispensable partida, no se hallaría algún medio para impedir aquella cruel separación. Me afané, pues, en buscar de qué manera podría obligar a la arrepentida Elsa a abandonar el mundo al mismo tiempo que Lohengrin. Este cambio hubiera hecho sonreír a mi ingenioso amigo.

Sumido aún en tal incertidumbre di a leer mi poema a la señora Lüttichau, a fin de que examinara a su vez el dilema propuesto por Franck. En una breve misiva en la que me expresó el placer que le había proporcionado la lectura de mi librito, me dió su parecer sobre el punto en litigio, declarando lacónicamente que Franck carecía de sentido poético al no comprender que la partida de Lohengrin era irremediable y que no era posible modificar el desenlace. Esto me quitó un gran peso de encima y mostré triunfalmente la carta a Franck, quien, verdaderamente confundido escribió inmediatamente a la señora Lüttichau, dándole minuciosas excusas. Cambiaron entonces una correspondencia ciertamente muy interesante, que no tuve ocasión de leer, pero cuyo resultado no originó cambio alguno en *Lohengrin*.

Cosa curiosa, más tarde, una misma observación a propósito de aquella cuestión me sumió una vez más en una pasajera incertidumbre. Adolfo Stahr, a quien no satisfacía el desenlace de *Lohengrin*, me hizo con la mayor franqueza idénticas reflexiones a las que anteriormente había formulado Franck, y como me hallaba en un estado de ánimo muy distinto de cuando escribía el poema, me confesé culpable de atolondramiento y declaré a Stahr, en una carta poco meditada, que a mi juicio llevaba sin duda razón. Ignoraba que con aquella confesión causaba un vivo dolor a Liszt que sostenía, frente a Stahr, el mismo criterio que antes la señora Lüttichau en oposición a Franck. El disgusto que causó a mi gran amigo la traición que yo había cometido conmigo mismo no duró, afortunadamente, mucho tiempo. Sin haberme enterado aun de la contrariedad de Liszt, al cabo de algunos días me di cuenta de mi error, y mi desatino me pareció tan claro como la luz del día, de suerte que desde mi asilo suizo pude luego complacer al maestro con esta protesta: «Stahr se equivoca, Lohengrin tiene razón».

**Estudios** Por el momento, tuve que limitarme a la crítica poética de mi librito y ni siquiera podía pensar en ponerlo en música. Tenía aun que adquirir, a costa de las mayores dificultades, la armonía temperamental que tan necesaria me era para componer y que sólo lograba después de haber sufrido mil tribulaciones.

Mis infaustas experiencias en ocasión de la representación de *Tannhäuser* habían disipado en mí toda esperanza en el porvenir de mis actividades artísticas; abrigaba además la certeza de que por espacio de mucho tiempo únicamente se representaría mi obra en el teatro de Dresde, y no podía contar tampoco con su popularización en Alemania, tanto más cuanto que con una obra coronada por el éxito como *Rienzi*, no había conseguido darme a conocer. Mi situación pecuniaria era, pues, verdaderamente crítica. La catástrofe parecía inevitable. Y preparándome para soportarla traté de aturdirme sumiéndome en una parte en mis estudios sobre historias, leyendas y literatura, y de otra consagrándome sin descanso a varias empresas artísticas.

«**Costumbres alemanas**» En lo relativo a los primeros llegué especialmente a familiarizarme, en todos sus aspectos, con el medioevo alemán. Aunque incapaz de proceder con la exactitud de un filólogo, me apliqué con tanta tenacidad a mis estudios, que me fué posible hallar un extraordinario interés en la lectura de *Costumbres alemanas*, de J. Grimm. Alguien debía de preguntarse por qué yo, el «compositor de óperas», no pudiendo transportar directamente a las tablas el resultado de tales estudios me descarraba por senderos tan abruptos. Más adelante algunas personas se dieron cuenta sin duda de la fisonomía particular de mi *Lohengrin*, pero ello se atribuyó a una afortunada elección del tema y se encomió la singular habilidad de que yo había dado pruebas. Los compositores buscaron con preferencia, tanto los relatos alemanes de la Edad Media como los de la antigüe-

dad escandinava, pero nada logrado salió de tales investigaciones. Tal vez me atribuya un mérito al decir hoy día que era preciso recurrir a las *Costumbres* y a otras obras del género. En aquel tiempo me olvidé de indicar mi procedimiento a Fernando Hiller que se había consagrado apasionadamente a la historia de un Hohensaufen. El éxito no acompañó a su obra y a hoy se entera que nada le dije acerca de las *Costumbres*, me tachará de perfidioso.

En cuanto a las empresas musicales, la que aquel invierno me ocupó principalmente fue la ejecución de la *Novena sinfónica* de Beethoven. La preparé con gran esmero y he aquí cómo, además de singulares luchas, me valió enseñanzas muy útiles para toda mi carrera musical.

A excepción del teatro y de la iglesia, la capilla real sólo tenía una vez al año ocasión de actuar en una sala de conciertos. Era cuando daba una audición a beneficio de su caja de viudas y huérfanos. Con este objeto se había arreglado la espaciosa sala de la vieja Opera, en su origen reservada exclusivamente para los oratorios. A fin de atraer a tales conciertos mayor cantidad posible de público se solía, por lo regular, agregar al oratorio una sinfonía. Una vez dirigí la ejecución de la *Sinfonía pastoral*, de Beethoven, y otra la *Creación*, de Haydn. Esta última obra me procuró un gran placer, y después de aquella primera interpretación aprendí verdaderamente a conocerla.

Aquellos conciertos los dirigíamos alternativamente Reissiger y yo, y en aquel domingo de Ramos de 1846 me correspondía a mí elegir la sinfonía. Todos mis deseos se cifraban en la *Novena*, sobre todo porque apenas era conocida en Dresde. Pero cuando el comité encargado de la administración de los fondos de pensión se enteró de mi intención, todos sus componentes quedaron aterrados, y en una audiencia especial suplicaron a nuestro director Lüttichau que hiciera uso de su autoridad absoluta para hacerme desistir de mi proyecto. Para fundamentar su demanda argumentaron que la elección de aquella obra perjudicaría sin duda alguna a la Caja de retiro.

Aquella composición estaba tan desacreditada entre el público, que la asistencia al concierto se veía sin duda considerablemente mermada. Algunos años antes, en un concierto en favor de los pobres, se interpretó la *Novena sinfónica*, y Reissiger declaró con toda franqueza que había sido un fiasco.

Tuve que hacer uso de toda mi fuerza de persuasión para alejar las aprensiones de nuestro director. En cuanto a los administradores, como sabía que iban chismorreando por la ciudad de que continuamente tenían que soportar mis locuras, sólo se me ocurrió reñir definitivamente con ellos. Y para que se avergonzaran de las inquietudes de que daban muestras, resolví preparar de tal modo al público para aquella audición que, aparte del interés que pudiera inspirarles la composición, la curiosidad acudiría en masa a la sala de conciertos y asegurarla a la caja la crecida recaudación que se creía amenazada.

Hice, pues, de la *Novena sinfónica* una cuestión de honor y todos mis esfuerzos tendieron a hacerla triunfar. Y como el comité manifestaba sus temores a propósito de los gastos que acarrearían las partituras de los instrumentos, las pedí prestadas a la Sociedad de Conciertos de Leipzig.

**Nuevo estudio de la partitura** ¡Qué sensación experimenté al enfrentarme de nuevo con aquellas páginas misteriosas que en mi primera adolescencia había copiado durante noches enteras, y cuya contemplación me sumía en un verdadero estado de misticismo, al poder ahora estudiarlas a fondo! Del mismo modo que durante mi infausto período parisién, la audición de las tres primeras partes de la sinfonía, ejecutadas por la incomparable orquesta del Conservatorio, habían disipado instantáneamente mis funestos errores, e influyendo con fuerza mágica y fructuosa mis nuevas aspiraciones íntimas, me puso de nuevo en contacto, de manera maravillosa, con las primeras impresiones de mi juventud, así también, cuando volví a ver con mis propios ojos lo que de adolescente sólo había visto con los del alma, pareció que el recuerdo de aquella época renacía en mí con una misteriosa fuerza vital. A partir de entonces me habían ocurrido muchas cosas, que si bien habían permanecido inexpressadas, me habían impelido en mi fuero interno a recogerme en mí mismo y a interrogar angustiosamente al Destino acerca de lo que este me reservaba.

**Impresiones que recibí** Lo que no me atrevía a confesarme, era que mi existencia artística y material carecía totalmente de base y que la miserable carrera que había emprendido, y que no cuadraba con mis afanes, se me aparecía sin salida alguna. La *Novena sinfónica* trocó en un verdadero entusiasmo aquella desesperación que me esforzaba en ocultar a mis amigos. No es posible que jamás obra alguna de maestro se haya adentrado en el corazón de un discípulo como con fuerza tan arrebatadora penetró en el mío la primera parte de aquella sinfonía. Quienquiera me hubiese visto entonces recorriendo la partitura abierta a fin de determinar los medios de ejecución, hubiese quedado atónito ante mis sollozos y mis lágrimas apasionadas, y se hubiera sin duda preguntado si era aquella una conducta digna de un maestro de capilla de la Corte de Sajonia». Afortunadamente, no fui importunado por las visitas de los administradores de nuestra orquesta ni por la del majestuoso director Reissiger, ni tampoco por la de Fernando Hiller, tan versado no obstante en música clásica.

**Programa explicativo** Solía imprimirse para aquel concierto un programa conteniendo la letra de los cantos, lo que aproveché para elaborar y añadir al librito una introducción explicativa de la obra de Beethoven. Mi propósito era no ya influenciar en el juicio crítico del auditor, sino exclusivamente en su sentimiento. Este trabajo, en el que se reproducían con buena fortuna los principales pasajes del *Faust*, de Goethe, fué objeto de elogiosos comentarios en Dresde y otros lugares. Publiqué, además, en el *Diario de Noticias*, de Dresde, una serie de entusiasmas y anónimas consideraciones destinadas a excitar el interés del público por aquella composición que hasta entonces — según se me aseguró — gozaba en Dresde de muy poco crédito.

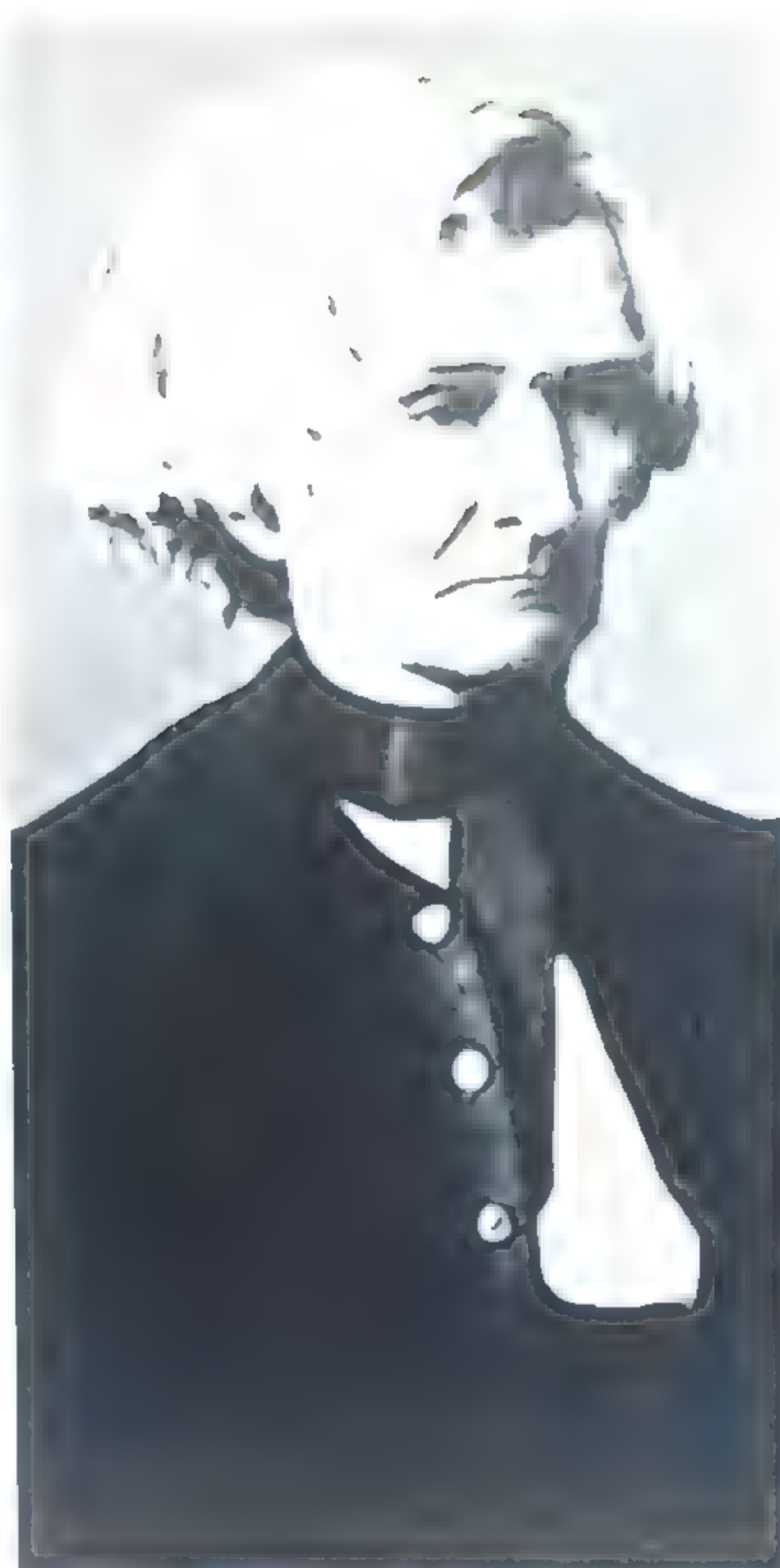
En el aspecto pecuniario también conseguí mi propósito. La recaudación fué superior a la de los años anteriores, y los administradores de la orquesta aprovecharon mi presencia en Dresde para solicitar para los años venideros la ejecución de aquella sinfonía que aseguraba por lo visto pingües ingresos.





à M<sup>r</sup> Henri Heine  
**LES DEUX GRENADIERS**  
 (Die beiden Grenadiere)  
**RICHARD WAGNER**  
 L. A. 1870 N° 22  
 MAYENCE CHEZ LIS FLS DEB SCHOTT  
 PARIS 1870

Portadilla de "Les deux grenadiers",  
 lied de Wagner sobre texto de Heine.



Hector Berlioz.

Ilustración de Theodor Pixis para el II Acto  
 de La Walkyria (Munich, 1870).



Siluetas de Franz Liszt al piano y  
 Ricardo Wagner detrás.



Ilustración para el poema de Los Nibelungos  
 (muerte de Siegfried).





Entra en Dreste la  
...mero de los  
...una manera  
...retados por la  
...hice  
...que velaba  
...el pasaje de  
...por todos  
...una triple  
...to modo el acom-  
...mentos de madera má-  
...ayado por toda la orquesta, resul-  
...bles la melodía de los instrumen-  
...e cuerda que, no obstante, sólo  
...a la letra impresa no podía  
...pensamiento del maestro a un error  
...to en que los instrumentos de cuerda  
...continuación del nuevo tema, construí  
...ndicado, a un *forte* apenas señalado,  
...seguros, ejecutado con todo el brío posible  
...percibido. Y así procedí desde un  
...a la *sfz* con objeto de asegurar a la perfección el efecto

El fugato de difícil comprensión había de ser ejecutado operando sobre el movimiento del auditor. El fugato 6,8, según el verso del canto: *Froh wie seine Sonnen fliegen*, en el aria marcia del final, había sido siempre para los directores, un quebradero de cabeza, pero yo, basándome en las estrofas precedentes, alentadoras como una preparación a la lucha y a la victoria, hice ejecutar dicho fugato con un jubiloso movimiento de torneo, en el que se combate con todo el ardimiento y todas las fuerzas.

Al día siguiente tuve la satisfacción de recibir la visita del director de orquesta Anacker, de Friburgo. Lleno de arrepentimiento venía a declararme que si bien hasta entonces había sido mi antagonista, después de aquel concierto se contaba sin reserva entre mis amigos. Lo que sobre todo le había subyugado — añadido — era precisamente la manera con que había interpretado aquel *fugato*.

Consagré asimismo una atención particular al original pasaje, en forma de recitado de los violoncelos y contrabajos, que aparece en los comienzos de la última parte, y que bajo la dirección de Pohlitz había acarreado antes tan gran humillación a mi viejo amigo de Leipzig. Gracias a la experiencia de nuestros contrabajos tenía la seguridad de alcanzar a este respecto una perfección absoluta. Después de doce ensayos especiales con esos instrumentos logré hacer reproducir aquel pasaje como si fuera independiente, expresando de manera conmovedora la más elegíaca dulzura o la más violenta energía.

**Coro de trescientos cantores** En cuanto inicié mi empresa comprendí que aquella sinfonía sólo podía alcanzar un efecto arrebatador y popular a base de vencer las dificultades extremas de los coros en un sentido verdaderamente ideal. Me di cuenta de que estas dificultades únicamente serían superadas por una masa de cantores poseídos de un gran entusiasmo. Ante todo se trataba de procurarme un conjunto considerable de voces. Nuestro coro teatral solía estar reforzado por la «Academia de canto», un poco afeeminada, de Dressig. Después de vencer no pocas resistencias conseguí el concurso de los alumnos del «Liceo de la Cruz», con sus excelentes voces juveniles, y del coro del seminario de Dresde muy ejercitado en el canto religioso.

Reuní en frecuentes ensayos a aquellos trescientos participantes, y con recursos puramente personales me esforcé en trasportarlos a un estado de verdadero éxtasis. Logré, por ejemplo, dar a entender a los bajos que el célebre pasaje: *Seid umschlungen Millionen!* y sobre todo el: *Bruder, über'm Sternenzelt muss ein guter Vater wohnen* no había de cantarse como solía hacerse, sino que tenía que ser un clamor de verdadero arrobamiento. Yo mismo me sentí poseído de tal enajenamiento que acabé por trasportarlos a todos y no cedí hasta que mi voz, que al principio señoreaba por completo, se perdió finalmente como ahogada entre ondas de ardorosa armonía.

¡Cuál no fué mi gozo al oír el recitado de barítono *Freunde, nicht diese Töne*, que por su gran dificultad es casi imposible ejecutar, cantado por *Mitterwurzer* con conmovedora expresión! Este recitado lo habíamos estudiado y examinado en común, siguiendo el método que nos era ya habitual.

**Nueva instalación de la orquesta** Procuré también asegurarme una acústica excelente haciendo transformar completamente el local donde, de acuerdo con mi nuevo sistema, coloqué la orquesta. Como puede comprenderse, no fue fácil conseguir el dinero destinado a estas reparaciones, pero al cabo logré mis propósitos. Se reconstruyó el estrado, concentré la orquesta en el centro, y en torno de ella a numerosos cantores colocados en elevadas gradas en forma de anfiteatro. Para el efecto del coro la ventaja era enorme, y al mismo tiempo los pasajes sinfónicos de la orquesta, cuidadosamente dispuestos, brotaban más precisos y energicos.

**Éxito de la sinfonía** Ya en el ensayo general la sala estuvo abarrotada. Reissiger cometió entonces la increíble insensatez de intrigar cerca del público contra la Sinfonía, instigándole a que se diera cuenta de los «deplorables errores» de Beethoven. Por el contrario, Gade, que dirigía a la sazón los conciertos de la *Gewandthaus*, en Leipzig, y que había venido a escucharnos, se aseguró después del ensayo general, que de buena gana pagaría entrada doble para oír una vez más el recitado de los contrabajos. Y Hiller opinaba que había ido demasiado lejos en la modificación de los movimientos, pero más tarde comprendí, por la manera como dirigió espirituales obras de orquesta, lo que con aquello había querido decir. A lo que más adelante tendré ocasión de referirme.

Con todo, y principalmente entre los no versados, no podía negarse que el éxito no hubiera superado todas las esperanzas. Recuerda que un filólogo, el doctor Koechly, me abordó y me confesó que por primera vez en su vida le había sido posible seguir con interés desde el principio hasta el fin una composición sinfónica. En cuanto a mí experimenté la reconfortante sensa-

ción de que, si seriamente me lo proponía, poseía sin duda alguna las facultades y el brio necesarios para llevar a buen término todo cuanto emprendiera. Mas una pregunta me acuciaba: ¿Por qué motivos no había logrado poner aquellas facultades al servicio de mis propias y nuevas concepciones? Con la *Novena sinfonia*, de Beethoven, una obra tan problemática y tan poco popular, había alcanzado un éxito absoluto y, sin embargo, cada vez que se representaba mi *Tannhauser* me daba cuenta de que no había hallado aún el medio de hacer triunfar mi obra. ¿Cómo lograrlo? Era y sigue siendo el enigma del que dependía en adelante el rumbo de mi vida.

PERO no disponia de tiempo para reflexionar útilmente respecto al significado ideal de aquella cuestión, pues, como una aterradora advertencia, surgía ante mí la expresión material de mi fracaso. No podía ya diferir las penosas gestiones destinadas a rehuir la catástrofe que me amenazaba.

Un ridículo presagio me impulsó a ello. Mi agente y por así decirlo, editor de las tres operas: *Rienzi*, *Fliegender Hollaender* y *Tannhauser*, el muy singular librero de la Corte, C. F. Meser, me citó un día en el café «Verderber» a fin de conferenciar sobre nuestros asuntos. Poseídos de gran inquietud discutimos acerca de la posibilidad de obtener un mediocre o tal vez un pésimo resultado en la próxima feria de Pascuas. Para confortar su ánimo pedí una botella del mejor «Haut Sauternes». Nos trajeron un frasco venerable; llené los vasos, brindamos por el buen éxito de la feria, bebimos y... comenzamos a vociferar como poseídos, escupiendo el fortísimo vinagre aromático que por error nos habían servido. —¡Cielos! —exclamó Meser—. ¡no podía suceder nada peor! —En efecto —repliqué— tengo el presentimiento de que para nosotros muchas cosas se nos van a volver vinagre—. Y vi con la rapidez del rayo que tenía que agenciarme al margen de la feria el socorro necesario.

No solamente debía restituir los capitales que tan difícilmente conseguí, y que habían devorado las costosas publicaciones de mis óperas, sino que habiéndome visto finalmente obligado a dirigirme a unos usureros, cundió de tal modo el rumor de que estaba entrampado, que los amigos que me ayudaron cuando me instalé en Dresde, abrigaron grandes inquietudes.

AMARGO fué el desengaño que tuve con la señora Schröder-Devrient, cuya incalificable conducta para conmigo precipitó el desastre. Según ya he dejado dicho, al principio de mi estancia en Dresde, la señora Devrient me hizo un préstamo de mil táleros a fin de que pudiese cancelar mis deudas anteriores y sobre todo acudir en ayuda de mi viejo amigo Kietz, en París. La envidia que sentía contra mi sobrina Juana y la sospecha de que yo había hecho venir a ésta para facilitar a la dirección general la rescisión del contrato con la célebre artista, habían sumido a la señora Devrient, habitualmente de nobilísimo corazón, en un estado de rencorosa irritación, que con harta frecuencia se ve en el teatro.

Habiendo roto sus compromisos por propia iniciativa, decía en cambio a todo el mundo, que yo había contribuido a que la dirección prescindiera de su concurso. Luego, sin que le importara la amistad que me profesaba, hizo entrega a un activo abogado del reconocimiento de mi deuda y éste, sin miramiento ninguno, formuló una denuncia contra mí. Me vi, pues, forzado a confesar mi situación a Lüttichau, a quien supliqué gestionara en mi favor un anticipo real que me permitiera arreglar mis comprometidos asuntos.

Mi jefe se mostró dispuesto a apoyar la súplica que yo había de dirigir al rey, en la que debía de hacer mención del importe de las deudas. Me explicaron que la suma que se me concedería no sería más que un préstamo que me haría la caja de retiro del Teatro, a pagar con un interés del cinco por ciento y que además, la caja exigía como garantía que firmara un seguro de vida, lo que mermaba aún en un tres por ciento el capital proporcionado. En estas condiciones estimé, naturalmente, como medida de prudencia, no mencionar en mi súplica las deudas que no tenían carácter inminente y que esperaba saldar con los beneficios que habían de procurarme mis publicaciones. Con todo, los sacrificios que me costó aquel socorro, cercenaron de manera sensible y permanente mis honorarios de maestro de capilla.

La póliza de seguro que me reclamaban me acarrió las más desagradables complicaciones y tuve que luchar contra las inquietantes dudas que se manifestaron acerca de mi estado de salud y de mi longevidad y que prevenían de los rumores que, al parecer con secreta satisfacción, esparcía el vulgo que analizaba superficialmente el desánimo en que me hallaba entonces. Mi médico, el amigo Pusinelli, que me conocía a fondo, logró por último dar informes suficientes, y gracias a ellos pude contratar un seguro a razón del tres por ciento.

Luis Spohr El último de aquellos penosos viajes a Leipzig estaba además motivado por la invitación que recibí del viejo maestro Luis Spohr. Correspondi a esta con un vivo placer, ya que aquella visita adquiría para mí el carácter de una reconciliación. Spohr, estimulado por el éxito que mi *Fliegender Hollaender* obtuvo en Cassel y asimismo por el goce que le había producido mi obra, se había decidido, a pesar de sus anteriores fracasos, a probar fortuna una vez más como compositor dramático.

Su nueva obra era una ópera intitulada: *Los cruzados*. La había ofrecido el año anterior al teatro de Dresde con la esperanza, según me dió a entender, de que yo recomendaría su representación. En una carta que me escribió me había llamado la atención sobre el hecho de que la tendencia de aquella composición era en absoluto diferente de la de sus anteriores óperas, pues, según decía, se había ceñido exactamente a la declamación dramática, para lo cual el tema de «primera calidad» le había servido a maravilla. Evidentemente, el viejo maestro se equivocaba en sus aserciones y la lectura de su libreto y de su partitura me causó más espanto que placer. Mi vacilación en pronunciarme sobre aquella obra se debió a la costumbre existente de que sólo dependiera del maestro de capilla la elección de las óperas que habían de representarse. Y correspondió a Reissiger, que se gloriaba de su antigua amistad con el viejo maestro, emitir su dictamen sobre la nueva obra y dirigirla caso de que fuera aceptada. Al cabo de algún tiempo supe, desgraciadamente, que la dirección había devuelto la partitura a Spohr, adjuntándole una respuesta de una brevedad ofensiva, por lo que el viejo maestro se me quejó amargamente.

Al invitarme al ir a verle me daba la prueba de que había logrado tranquilizarle y consolarle. Me escribió que se trasladaba a una estación termal, que tenía grandes deseos de conocerme personalmente, pero que como le venía muy cuesta arriba hacer alto en Dresde, me rogaba que le fuera a ver en Leipzig, donde se detendría algunos días.



Aquel encuentro no dejó de impresionarme. Spohr era un hombre de ventajada estatura, aspecto distinguido y majestuoso y muy ponderado en sus maneras. Se explicó de un modo emocional y casi tímido sobre la quintesencia de su cultura artística. Su aversión por las nuevas tendencias de la música provenía de la impresión que le produjo, en sus años de adolescencia, una audición de *La flauta mágica*, de Mozart, entonces de reciente aparición, y que ejerció en su vida una influencia decisiva. Le di a leer mi poema *Lohengrin*, y con ocasión de una cena que nos reunió en casa de mi cuñado Brockhaus, expresó calurosamente a éste la simpatía que le inspiraban mi obra y mi persona. Nos encontramos de nuevo en unas veladas musicales que tuvieron lugar en casa del director de música Hauptmann y en la de Mendelssohn, en las que tuve ocasión de oír al maestro tocar la partitura de violín de uno de sus propios cuartetos. La gran placidez de que Spohr daba muestras, precisamente en aquellos círculos, me produjo emocionado efecto de venerable dignidad. Más adelante, testigos que tal vez no sean por entero dignos de fe, me contaron que la representación de *Tannhäuser* en Cassel, había dejado a Spohr turbado y perplejo, y según aquellos debió de declarar que temía me hubiese desbarriado y que, por tanto, no podía ya seguirme.

Cultura artística  
de Spohr

PARA reponerme de todos los sinsabores y preocupaciones que me habían abrumado, obtuve de la dirección una licencia de tres meses. Antes de crear una nueva obra quería retirarme al campo y respirar aire puro, y escogí para ello una casita situada a la mitad del camino entre Pillnitz y el pueblo de Gross-Graupen, en el límite de la Suiza sajona. Frecuentes excursiones por el Porsberg, por el cercano valle de Liebethal y hasta por el lejano Bastei, templaron pronto mis nervios fatigados. Pero cuando intenté dar principio a un bosquejo de la música de *Lohengrin*, me mortificaron hasta la desesperación, persiguiéndome constantemente las melodías de *Guillermo Tell*, de Rossini, que recientemente había dirigido. Presa de una indecible desazón acabé por dar con un antídoto contra aquella insoportable obsesión, y que consintió, mientras efectuaba mis paseos solitarios, en cantarme a mí mismo con una acentuación enérgica el primer tema de la *Novena sinfonía* que me había quedado grabado en la memoria con bastante exactitud. El remedio fué verdaderamente eficaz.

Bosquejo de la música  
de «Lohengrin»

Al bañarme una tarde en el río, cerca de Pirna, lo que hacía todos los días para refrigerarme, quedé atónito al oír, silbado por un bañista invisible, el motivo del coro de peregrinos del *Tannhäuser*. Aquel primer indicio de una posible popularidad de mi obra, que con tantas dificultades se representó en Dresde, me produjo una impresión tan profunda, que jamás he podido olvidarla.

De vez en cuando recibía la visita de amigos de Dresde y en una ocasión, acompañado de Lipinsky, la de Hans de Bulow, que a la sazón contaba dieciséis años. La presencia de aquel muchacho me complació sumamente, pues ponía de manifiesto el interés que a través de mis obras le inspiraba. Sin embargo, de ordinario, únicamente mi mujer me acompañaba en mis largos paseos, y aún a veces sólo mi perrito «Peps». Durante aquellas vacaciones veraniegas, consagradas en su mayor parte al arreglo de mis asuntos y a los cuidados que requería mi salud, logré no obstante trazar, aunque superficialmente, un bosquejo de los tres actos de mi *Lohengrin*.

Con este bosquejo regresé a Dresde, en el mes de agosto, para reanudar como maestro de capilla unas funciones que me fastidiaban cada vez más. Y, por añadidura, nuevas preocupaciones comenzaron a abrumarme. La publicación de mis óperas exigía continuamente nuevos sacrificios que no podía soslayar, pues el éxito de aquella empresa constituía la única posibilidad de poder ir adelante. Pero como el más ínfimo esfuerzo en este sentido abría nuevas brechas en mis honorarios, ya harto menguados, no tardé en desalentarme.

Para recobrar ánimos me puse energicamente a trabajar en mi *Lohengrin*, y procedí de una manera que en lo sucesivo no he vuelto a seguir. Compuse en primer lugar el tercer acto. Me acuciaba a ello la crítica que me habían hecho sobre su carácter dramático y la importancia de su desenlace. Por otra parte, los motivos musicales del recitado concerniente al Graal contenían, a mi parecer, el alma de toda la obra y ardía en deseos de darle una forma definitiva y satisfactoria. Conseguí, por último, terminarlo no sin que una grande e importante interrupción retrasara la conclusión del mismo.

Modificación  
de «Ifigenia en Aulida»

DE acuerdo con una proposición mía, aquel invierno había de representarse en el Teatro Real, la *Ifigenia en Aulida*, de Gluck. Estimé mi deber consagrar a esta obra, cuyo tema tenía para mí un especial interés, una atención particular, y proceder a su estudio con mucho mayor cuidado del que en su tiempo había puesto en *Armida*. De buenas a primeras quedé aterrado ante la traducción que acompañaba la partitura berlinesa. Los enriquecimientos de instrumentación, harto groseros, que encontré en aquella partitura, podían inducirme a error; para evitar tal peligro hice venir la de París y corregí a fondo la traducción, guiándome solamente por la justeza de la declamación. Hasta tal punto me interesó aquel trabajo, que me puse a retocar también la partitura. En lo posible traté de sintonizar el poema con la obra de Eurípides, soslayando todo cuanto, según el gusto francés, había convertido las relaciones entre Aquiles e Ifigenia en unos amoríos dulzones, que se terminaban con el inevitable matrimonio; y opté, por último, por modificar totalmente el desenlace. En mis esfuerzos para aunar entre sí, mediante preludios y ligados, las arias y los coros que se suceden generalmente sin transición, eché mano para ello de motivos del propio Gluck, a fin de que se notara lo menos posible la intromisión de otro músico. En el tercer acto me vi obligado, no obstante, a incorporar unos recitados de mi composición para Ifigenia y el personaje de Artemisa, que había introducido en la obra. Manteniendo la preocupación de valorar debidamente la música de Gluck rehice casi toda la instrumentación. No logré dar fin a este improbable trabajo hasta fines de aquel año, y tuve que dejar para el nuevo año la terminación del tercer acto de *Lohengrin* que había comenzado.

Representación  
de «Ifigenia» (1847)

EN los primeros días del año 1847 me absorbió completamente la representación de *Ifigenia*, de la cual me tocó también asumir las funciones de «régisseur», pues el decorador y hasta los maquinistas reclamaban constantemente mi ayuda. El efecto teatral y el conjunto de la obra eran tan decalados y tan torpes que para lograr un movimiento dramático tuve que recurrir con frecuencia a mi inventiva. Sólo podía explicarme aquella esterilidad por la manera con que se trataba el arte escénico en París, en la época de Gluck. De todos los intérpretes, Mitter-

weizer fué el único que en su papel de Agamenón me satisfizo plenamente; había comprendido y expresado perfectamente mis intenciones y su labor fué verdaderamente extraordinaria en todos los aspectos. La representación obtuvo un éxito popular que sobrepasó toda esperanza y este resultado, conseguido con una obra de Gluck, sorprendió de tal modo a la dirección que ésta estimó su deber, a partir de la segunda representación, de incluir mi nombre en los carteles como adaptador.

Ello motivó que la crítica se mostrara más atenta y aquella vez se expresó, respecto a mi labor, con bastante justeza. Unicamente los retoques que efectué en la obertura suscitaron la reprobación de aquellos señores acostumbrados a la ejecución del original de Gluck. Hablé de ello en una disertación especial sobre las «Oberturas de Gluck», y debo solamente añadir que el músico que, en aquella ocasión, formuló tan singulares observaciones, se llamaba Fernando Hiller.

AQUEL invierno continuaron las reuniones instituidas por Hiller que, integradas por elementos harto heterogéneos, tomaron poco a poco en casa de su organizador el carácter de veladas particulares. Abrigaba mis sospechas de que Hiller se proponía con ello preparar el terreno donde colocar su pedestal. En efecto, con la cooperación de aficionados en posesión de medios de fortuna, y al frente de los cuales se hallaba el banquero Kaskel, Hiller creó una sociedad de conciertos de abono. Como no podía disponer de la capilla real tuvo que contentarse con otros músicos de la ciudad y con militares. No podría negarse que gracias a su celo obtuvo resultados dignos de encomio. La ejecución de composiciones aún desconocidas en Dresde, especialmente en el campo de la música moderna, me atrajo con frecuencia a aquellos conciertos. El público hacía acto de presencia, sobre todo para oír a los virtuosos de fuera; desgraciadamente no se presentó Jenny Lind, pero tuve ocasión de conocer al violinista Joachim, muy joven aún en aquel tiempo.

El valor de Hiller como músico pude calibrarlo por su modo de interpretar obras que yo conocía a fondo. Quedé ciertamente asombrado al oír, bajo su dirección, interpretar con la desidia de la indiferencia un triple concierto de Juan Sebastián Bach. Y a propósito del *tempo di menuetto* de la *Octava sinfonía* de Beethoven, me aconteció con Hiller algo todavía más extraordinario de lo que antaño con Reissiger y Mendelssohn. Le había dicho que asistiría a la audición de dicha sinfonía a condición de que ejecutara con el movimiento requerido la tercera parte, que de ordinario se desnaturalizaba indignamente. Me aseguró que compartía en absoluto mi parecer, y por ello quedé estupefacto al oír en el concierto el movimiento de vals, que me era harto conocido. Cuando le interpele sobre esa cuestión se excusó sonriendo, pretextando que en el momento en que había comenzado el minuet se había distraído hasta el punto de haber olvidado la promesa dada... Para agasajarle con motivo de aquellos conciertos que dieron fin en el segundo año se ofreció a Hiller un banquete al que me sumé gustoso.

Causaba entonces gran extrañeza en aquellos círculos que yo, que tanto animaba las conversaciones, hablase casi siempre de literatura griega y de historia y nunca de música. Ello se debía a que me sentía impelido cada vez más a una labor de investigación que constituía un remanso de paz en mis enojosas tareas oficiales. Tenía que llenar las sensibles lagunas originadas por la insuficiencia de mis estudios clásicos, y que habían tomado mayor volumen a consecuencia de la vida que había llevado. La ignorancia que a mí mismo me atribuía me aguijoneaba a apropiarme de nuevo, mediante un estudio sistemático, aquellos elementos de cultura eternamente nuevos e importantes. Para alicionarme racionalmente acerca del medioevo alemán y del objeto que perseguía, comencé por la antigüedad griega, cuyo estudio me produjo un entusiasmo tan delirante que no me era posible hablar apasionadamente de otro tema que de aquel que tan poderosamente me atraía.

**Eduardo Devrient** De vez en cuando había alguien que me escuchaba con sumo agrado, pero en general todo el mundo prefería conversar conmigo sobre temas teatrales, ya que después de la representación de *Ifigenia* se me consideraba una autoridad en tales cuestiones. Un hombre a quien en este aspecto juzgaba, y tenía motivos para ello, por lo menos tan experto como yo, Eduardo Devrient, me favoreció con su beneplácito. En aquella época, y a consecuencia de una trama urdida por su propio hermano Emilio, había tenido que renunciar a sus funciones de *régisseur* en jefe de la Comedia. Fraternalizamos por las conversaciones que sostuvimos a ese respecto acerca de la nulidad de todo nuestro aparato teatral, y de la malhadada influencia de nuestra intendencia, contra cuya ignorancia no se podía luchar. Me expresó asimismo su asentimiento por mi manera de dirigir *Ifigenia* tan diferente de la, a su juicio detestable, de Berlín. Durante mucho tiempo fué Eduardo Devrient el único hombre con quien pude hablar seriamente y en detalle de las verdaderas necesidades del teatro, y de los medios para remediar el estado miserable en que vegetaba. Su dilatada experiencia me suministró preciosos consejos, me ayudó con éxito a luchar contra el prejuicio según el cual se creía salvar al teatro otorgando su dirección a literatos de fama, y me reafirmó en la idea de que la institución sólo prosperaría en verdad por el trabajo de sus propias fuerzas, o sea, de los actores.

Su influencia  
sobre mí

A partir de entonces y hasta mi salida de Dresde mantuve ininterrumpidamente cordiales relaciones con Eduardo Devrient, cuyo carácter algo reservado y su mediocre talento como actor no me habían inspirado anteriormente gran simpatía. Su meritoria obra: *Historia del arte dramático alemán*, en la que entonces estaba ocupado y que publicó poco a poco, me deparó nuevas y útiles explicaciones, así como atraerentes puntos de vista acerca de las cosas que verdaderamente me interesaban.

Logré, por último, reanudar la composición del tercer acto de *Lohengrin*, interrumpida en la mitad de la escena nupcial. El concierto del domingo de Ramos, para el cual se había reclamado con insistencia la *Novena sinfonía* de Beethoven, me dió suficientes ánimos para que, sin pedir una nueva licencia, pudiera continuar el trabajo de mi nueva composición. Me contenté con cambiar de barrio y encontré una vivienda que me proporcionó el reposo y el sosiego apetecidos.

Alojados  
en el palacio Marcolini

EN una parte bastante excéntrica y aislada de Dresde se levantaba el antiguo palacio Marcolini. Pertenecía al municipio, que cedía en alquiler algunos aposentos. Rodaba al palacio un espacioso jardín de estilo francés. El escultor Haenel, a quien contaba hacia largo tiempo entre mis buenas amistades, y que en testimonio de admiración me había ofrecido para mi salón la reproducción en yeso de un bajorrelieve del monumento a Beethoven, había arrendado la planta baja

Conciertos  
de Hiller





*La cabaña de Hunding (La Walkiria, I Acto), en acuarela de Heinrich Breling (1882).*



*Escena final de "La Walkiria", en grabado de K. Dielitz.*



*Enfrentamiento de Siegmund y Hunding (La Walkiria, II Acto), en ilustración correspondiente a la época del estreno.*



*El Canto a la Primavera (La Walkiria, I Acto), en grabado de Meisenbach.*



una de las alas laterales del enorme palacio, y allí había instalado su  
grada. Mediante un módico alquiler senté mis reales encima de ella, en el  
primer piso. Esto me permitió no sólo someterme, en aquel bello y umbroso  
ambiente, a una cura higiénica y moral tan  
adecuada al artista enervado, sino también reducir mis gastos y mejorar un  
poco mi situación pecuniaria. Minna logró dar fin a nuestra insalva-  
ble manera práctica y sin grandes dispendios, y en aquellas habita-  
ciones nos sentimos muy a gusto y alegres. Sólo un inconveniente,  
que con el tiempo me fué muy penoso, me molestaba: lo lejísimo que vivíamos  
unos o por trabajosas representaciones, no podía pagar un coche para regre-  
sar a mi casa. Pero esta contrariedad era atenuada por el buen humor que  
nos inculcaba la serena placidez de aquellos maravillosos días de verano.

DURANTE aquel período renuncié por voluntad propia a toda participación en la dirección del teatro. Y tenía mis motivos para ello. Todos mis intentos de aprovechar racionalmente a los artistas, y de volverlos a que siempre había tratado de explicar y desarrollar mis principios de reforma. En un concienzudo informe que elaboré el año anterior en mis días de ocio, había trazado un plan de reorganización de la capilla demostrando como, utilizando juiciosamente los fondos reales, se lograría un resultado más justo de los emolumentos y un trabajo más productivo de los artistas. Con ello se conseguiría no solamente elevar el nivel artístico de la capilla sino también mejorar la situación económica de los músicos. Me proponía al mismo tiempo reunir a éstos en una sociedad de conciertos cuya finalidad sería dar a conocer al público de Dresde los géneros musicales que en esas casas se cultivaban. Y además, gracias a ciertas favorables circunstancias que se señalaba, se daría cima a la construcción de una sala de conciertos que, según acabó de enterarme, no existe aún hoy día en Dresde. Con esta intención me puse en relación con arquitectos y aparejadores. De acuerdo con los planos, ya ultimados, se procedería al derribo de la parte del palacio del Zwinger, que hacía las veces de almacén de los pintores decoradores del teatro, y el lavadero del patio, construyéndose en su lugar un hermoso edificio más pequeño que podrían alquilarse ventajosamente a diferentes sociedades. Los proyectos cuyo lado práctico nadie ponía en duda y en los que el gerente de la caja de las viudas y huérfanos vislumbraba, incluso, una provechosa aportación de capital, fueron objeto de ardua discusión por parte de la dirección general; pero luego me fueron devueltos con corteses muestras de agradecimiento por mi acabado trabajo, diciéndome en una breve carta que por el momento estimaban prudente dejar las cosas tal como estaban.

SE recusaron asimismo todas mis proposiciones para sacar mejor partido, no fatigándolos inútilmente, de nuestros valores artísticos. *Mi* Pero al fin, habiéndome dado cuenta de que todo cuanto se obtenía después de interminables conferencias, como por ejemplo, el plan definitivo del repertorio, podía luego ser modificado o anulado por el simple capricho de un cantante o la voluntad de cualquier inspector, acabé, después de discusiones, enojos e innumerables contrariedades, evitando todo intrusismo en el teatro aún en los casos en que hubiera sido mi deber hablar. Me limité, por tanto, a dirigir las representaciones que me eran designadas, y a pesar de la creciente tirantez de relaciones entre Lüttichau y yo, todos se veían obligados a soportar mi recalcitrante malhumor y guardar atenciones para el autor de *Rienzi* y de *Tannhauser*, cuyo éxito se traducía cada verano con la afluencia al teatro, de un numeroso público de forasteros.

*Esquilo*  
*Aristófanes*

EN este estado de renuncia por una parte y de emulación por otra, pude gozar aquel verano de un retiro casi completo y de las ventajas de mi nueva instalación. Acabé mi *Lohengrin* en el más favorable estado de ánimo. El intenso deleite que entonces experimentaba provenía de que, además de consagrarme a mis composiciones, me entregaba con ardor a los estudios a que me he referido. Con plena madurez de espíritu y de sentimientos comprendí a Esquilo por primera vez. Las elocuentes didascalías de Droysen evocaron tan vivamente en mi mente la arrebatadora imagen de las representaciones griegas, que la lectura de *La Orestíada* me dió a entender la impresionante fuerza que tales tragedias habían de tener sobre las tablas. Nada puede compararse con la emoción que me produjo Agamemón; y hasta el final de *Las Euménidas* quedé sumido en tal arrobamiento, que esta fué la causa de que aún hoy día no haya podido reconciliarme por completo con la literatura moderna. Bajo la influencia de aquellas impresiones se formaron sin duda mis ideas acerca de la importancia del drama y del teatro. Pasando por los otros poetas trágicos llegué a Aristófanes. Después de haber trabajado asiduamente toda la mañana con *Lohengrin*, iba después de comer a protegerme del calor debajo de los frondosos árboles del jardín. No sabría describir el goce intenso que me producía la lectura de las obras de Aristófanes, después de sumirme en sus *Pájaros* sondeé la profundidad y la riqueza de ese favorito de las Gracias, como gustaba de nombrarse a sí mismo. Me sumergí también en los mejores *Diálogos* de Platón, y *El banquete*, entre otros, me procuró una comprensión tan íntima de la maravillosa vida griega que me pareció, en verdad, estar más cerca de Atenas en mi casa que bajo cualesquiera ámbitos en que discurre la vida moderna.

Dado que mis estudios perseguían una finalidad netamente precisa, no pensé en servirme de un manual de literatura cualquiera, y después de haberme asimilado la *Historia de Alejandro* y la *Historia del Helenismo* de Droysen, así como las obras de Niebuhr y de Gibbon, pasé directamente a las antigüedades germanas, donde hallé de nuevo a mi amado Jacobo Grimm. Al tiempo que trataba de comprender a fondo mejor que no lo había hecho con la lectura de *Los Nibelungos* y las *Canciones de gesta*, las antiguas epopeyas alemanas, me dejé cautivar por las *Investigaciones* de Mone sobre las leyendas heroicas, y aunque los críticos severos formularan objeciones acerca de sus atrevidas conclusiones, la riqueza de la obra me sedujo por completo. Atraído irresistiblemente hacia el Norte, de donde manaban los manantiales que buscaba, me esforcé dentro de lo que me permitía mi desconocimiento de las lenguas escandinavas en familiarizarme con la *Edda* y los pasajes en prosa de los poemas heroicos. La lectura de la *Walsungasaga* ejerció una influencia notable sobre la manera con que tomaban cuerpo en mi imaginación aquellos temas que había aprendido a conocer con las *Investigaciones* de Mone. La impresión que tenía desde hacía largo tiempo acerca de la belleza peculiar de aquel viejo mundo legendario, cobró pronto los lúcidos

contornos que me permitieron revelar de una forma plastica mis concepciones futuras.

MIENTRAS todo eso maduraba en mi ánimo ter-  
miné, radiante de gozo, los tres actos de mi  
Lohengrin. Y al abandonar así los derroteros del  
pasado para franquear ese nuevo mundo, tenía la sensación clara y neta de  
que este sería el puerto de salvación donde me refugiaba para rehuir la  
mediocridad de la ópera y el teatro modernos. Se fortalecía mi salud y per-  
sistía de tal modo en mi buen humor, que por espacio de largo tiempo  
estaba en olvido todas las preocupaciones que me acarreaba mi situación.

Cotidianas excursiones por los alrededores, desde las márgenes del Elba a las alturas de Plauen, que efectuaba casi siempre solo, sin otra compañía que la de «Peps», favorecían mi fructuoso recogimiento.

En aquellos días me sentía mejor dispuesto que nunca a recibir placenteramente a cuantos amigos y conocidos acudían a compartir mi modesto yantar en el jardín Marcolini. Me hallaba a menudo encaramado en la copa de un árbol o instalado en la nuca del *Neptuno* que formaba el centro de un grupo de enormes dimensiones que se levantaba en medio de un estanque siempre seco y que databa de una época gloriosa. Y gozaba luego paseandome con mis amigos por la ancha acera que conduce al palacio y que mandó construir Napoleón cuando en el año fatal de 1813 estableció su cuartel general en aquel edificio.

TERMINADO mi Lohengrin a fines de agosto, era ya tiempo de pensar seriamente en el modo de mejorar mi precaria situación. Y para ello me pareció lo mejor ocuparme nuevamente de propagar mis óperas por los teatros alemanes.

Desgraciadamente, el éxito creciente de *Tannhauser* en Dresde no había tenido eco en ningún otro teatro. En este sentido Berlín era la única ciudad que podría ejercer una influencia poderosa y hacia ella volaban mis pensamientos. Las referencias que poseía acerca de los gustos del rey Federico Guillermo IV me hacían concebir la esperanza de que se interesaría y simpatizaría con mis obras si lograra presentarlas con todos los requisitos necesarios. Incluso había pensado en dedicarle *Tannhauser*, y a fin de conseguir la autorización para ello, me dirigí al conde de Redern, a la sazón intendente de la música real, quien me respondió que el rey no podía aceptar la dedicatoria de una obra sin conocerla. Ahora bien, como mi *Tannhauser* había sido rechazado, estimándolo demasiado épico, por la Intendencia de la Corte, el conde me apuntó la idea de que, caso que persistiera en mi deseo, sólo me quedaba el recurso de arreglar en lo posible mi ópera para música militar y hacérsela oír al rey con ocasión de un desfile. Ello me bastó y combiné otro plan de ataque para Berlín.

CONSIDERÉ oportuno desde el punto de vista práctico debutar en Berlín con aquella de mis óperas que había obtenido en Dresde el éxito más señalado. Habiendo logrado una audiencia de la reina de Sajonia, hermana de la reina de Prusia, recibí su apoyo para que fuesen cursadas órdenes a la intendencia de Berlín al objeto de que se representara mi *Rienzi*, tan del agrado de la Corte de Sajonia. Me sonrió el éxito, pues, poco después me comunicó mi viejo amigo Küstner, que *Rienzi* iba a ser representada en Berlín y que se deseaba verla dirigida por mí. Küstner había introducido en Berlín, en ocasión de la ópera *Catalina de Cornaro*, de su antiguo amigo muniqués Lachner, la costumbre de que los autores percibieran un tanto por ciento sobre la recaudación, lo que me alentaba a creer que si *Rienzi* alcanzaba un éxito cuando menos comparable con el logrado en Dresde, pronto podría resolver mis dificultades económicas. Pero lo que me interesaba sobre todo era el deseo de hacerme presentar al rey de Prusia, y mediante la lectura del poema de mi *Lohengrin* llegar tal vez a inclinarle a mi favor y conseguir del soberano se representara la ópera en el Teatro de la corte.

*Llegada a Berlín* El silencio que se había guardado en Alemania respecto a mis éxitos en Dresde, me demostraba que en adelante tenía que acometer mis empresas en un centro que gozara de mayor influencia. Consideré como tal a Berlín, y gracias a la valiosa recomendación de la reina de Prusia supuse que me sería posible llegar hasta el rey. Lleno de alientos y esperanzas me puse en camino en el mes de septiembre para ir a dirigir en Berlín el primer ensayo de mi *Rienzi* que, en realidad, poco me interesaba.

En el primer momento la capital de Prusia me produjo el mismo efecto que cuando, a mi regreso de París, la visité de nuevo después de una larga temporada. El profesor Werder, el amigo de mi *fliegender Holländer*, había alquilado en mi nombre una habitación en la célebre plaza de los Gendarmes; sin embargo, el espectáculo cotidiano que presenciaba desde mi ventana no me permitía creer que me encontrara en la metrópoli de Alemania.

Pronto me absorbieron las preocupaciones sobre mi próxima representación. No podía quejarme de los preparativos oficiales pero no tardé en darme cuenta de que se consideraba a *Rienzi* como una «ópera de maestro de capilla». Aunque sin el menor propósito de hacer nada de extraordinario, se puso amablemente a mi disposición a todos los cantantes disponibles. Y zozobraron los ensayos cuando se anunció a Jenny Lind para una temporada que acaparó el Teatro Real por espacio de bastante tiempo.

*Illaire. Tieck* A fin de sacar partido del retraso que esto significaba para mis planes, me esforcé en conseguir el objeto principal de mi viaje; obtener una audiencia del rey, para lo que me serví de mis ya antiguas relaciones con el conde de Redern, Intendente de la música real. El conde me acogió con gran solicitud, me invitó a cenar con él y conversó cordialmente conmigo acerca de las gestiones necesarias para el logro de mi proyecto que prometió apoyar en todo cuanto estuviera de su mano. Por otra parte, me trasladé varias veces al Palacio Real con la esperanza de ver a la reina y agradecerle su protección, pero no conseguí más que entrevistarme con algunas de sus doncellas. Me aconsejaron entonces que me dirigiera a Illaire, jefe del gabinete secreto del rey, el cual parecía interesado seriamente por mí y me aseguró que trataría de presentarme al soberano.

Al interrogarme sobre mis intenciones, le expresé mi deseo de leer *Lohen-grin* al rev. En una de las numerosas visitas que le hice, me preguntó si no estimaba prudente procurarme una recomendación de Tieck, a lo que le respondí que ya había pensado en el viejo poeta, que vivía, gracias a una pensión real, en los alrededores de Potsdam.

Recordaba que hacía algunos años, cuando la señora Lütichau y yo ha-



bamos sopesado el tema de *Lohengrin*, ella había enviado este poema, junto con el de *Tannhauser*, a su célebre amigo. Tieck me recibió, por consiguiente, como a un antiguo amigo y mis largas conversaciones con él me han dejado un precioso recuerdo. Es verdad que Tieck se había granjeado una reputación un poco dudosa, por la facilidad con que proporcionaba recomendaciones a los escritores en busca de protección, pero no por esto dejé de experimentar un verdadero placer al oírle expresarse con particular ardor contra los representantes de la nueva literatura dramática, que se esforzaba en imitar la habilidad de los dramaturgos franceses; y sus lamentaciones sobre la pérdida de toda preocupación poética cobraron acentos hondamente elípticos.

Mi texto de *Lohengrin* mereció una entera aprobación, pero el anciano vate no alcanzaba a comprender cómo sería posible ponerle música sin trastornar totalmente los principios básicos de la ópera actual. Exponía, sobre todo, sus dudas acerca de las escenas semejantes a la que tiene lugar entre Ortrude y Federico, al principio del segundo acto. Mis explicaciones sobre el modo de resolver estas dificultades y la exposición de mi ideal en música dramática, le inspiraron, a lo que me pareció, un sincero interés. Sin embargo, a medida que me entusiasmaba comunicándole mis altos designios y mi ambición de obtener, para realizarlos, la protección del rey, el semblante de Tieck iba cobrando una mayor gravedad. «No dudo — me dijo — que el rey le escuche con atención y hasta que las ideas y proyectos de usted le inspiren simpatía, pero si le aconsejo que no cuente con un resultado práctico, si no quiere usted exponerse a los mayores contratiempos. ¿Qué puede usted esperar de un soberano que hoy se entusiasma por la *Ifigenia en Taurida*, de Gluck, y mañana por *Lucrecia Borgia*, de Donizetti?»

La cautivadora conversación de Tieck me impidió darme cuenta, de momento, de la amargura que encerraban sus palabras. Me prometió gustoso su más calurosa recomendación para el consejero Illaire, y se despidió de mí con una cordialidad muy afectuosa, acerca de la que tuve mis dudas.

A pesar de todas mis gestiones, no logré obtener la famosa audiencia del rey. Habiéndose reanudado los ensayos de *Rienzi* después de la marcha de Jenny Lind, resolví consagrarme únicamente mis esfuerzos a la representación de mi ópera. Supuse que, dado que la obra se representaba bajo los auspicios del rey, éste asistiría al estreno, y de este modo pensaba realizar mi principal deseo. Pero cuanto más cercana estaba la fecha de la representación, menos confianza tenía en el valor artístico de la misma. Para el papel de *Rienzi* había tenido que contentarme con un tenor mediocre y de escaso talento. Era un hombre dotado de buena voluntad, que me había recomendado con insistencia mi querido amigo Meinhard, que gozaba de un justo renombre y en casa del cual cenaba. Cuando después de haber bregado denodadamente con mi tenor y, lo que me ocurría a menudo, concebí alguna ilusión sobre sus aptitudes, me vi forzado, en los últimos ensayos, a rendirme a la amarga evidencia. La puesta en escena, los coros, los ballets y las partes secundarias eran casi perfectas, pero el personaje central, sobre el que gravitaba toda la acción, se desvanecía como una sombra sin carácter.

La ópera fué representada a fines de octubre y su resultado cerca del público fué lógica secuela de aquellas condiciones. Gracias al buen efecto de algunos brillantes fragmentos de orquesta, y a la excelente interpretación de una tal señora Köster en su papel de Adriano, llegué a creer en un éxito aparente. A pesar de todo, me daba cuenta de que éste no era estimable, pues la quintaesencia de mi composición no había arraigado en el campo del sentimiento, y sólo se habían ofrecido a los ojos y a los oídos las partes accesorias de la misma. Y, por añadidura, los críticos berlineses se apresuraron, según su costumbre, a denigrar mi ópera, de suerte que, después de la segunda representación, que yo dirigí personalmente, no me faltaron motivos para preguntarme cuál era el resultado de mis arduos esfuerzos.

Hermann Franck. FORMULÉ esta pregunta a los pocos amigos fieles con que contaba, y recogí respuestas harto aleccionadoras. Figuraba entre aquéllos Hermann Franck, que acababa de instalarse en Berlín. Las mejores horas de aquellos dos tristes meses las pasé en su compañía, de la que, no obstante, podía gozar muy raramente. Antaño solíamos departir sobre temas al margen del teatro, pero en aquellos momentos casi me avergonzaba de formularle mis quejas, tanto más cuanto que se referían a una obra que ya sólo me interesaba desde un punto de vista práctico. Por su parte, Franck se lamentaba de que no hubiese tratado de crearme en Berlín un auditorio adicto a base de *Tannhauser*, en lugar de *Rienzi*, que quizá era más apropiada para un público ordinario. Argüía que el carácter de esta obra había despertado el interés de quienes no cuentan ya entre los censores de espectáculos, precisamente porque han abandonado toda esperanza de ver llegar el teatro a un puesto señero.

Por otra parte, Werder me dió cuenta de sus desalentadoras observaciones sobre el arte berlinés. Me dijo un día que no debía esperar nada de aquel público, pues en toda representación de una nueva obra, no había, desde la primera a la última fila, un solo espectador que no pensara exclusivamente sino la manera de desacreditarla. Sin tratar, no obstante, de disuadirme de mis aspiraciones, estimó su deber precaverme contra la confianza que pudiera inspirarme aquel público de Berlín, especialmente el de las altas esferas. Sabiéndole convencido de las altas cualidades del rey, le pregunté lo que a su parecer contestaría el soberano si yo le expusiera mis ideas acerca del ennoblecimiento de la ópera. Tras haber escusado mi encendida perorata, Werder repuso: «El rey diría: ¡Diríjase usted a Stawinsky!» Este era el *régisseur* de la Ópera, un hombre regordete, perezoso y echado a perder por la rutina.

Bernardo Marx. Todo cuanto iba aconteciendo parecía expreso para desmoralizarme. Había ido a ver a Bernardo Marx, que antaño, en ocasión del *Fliegender Holländer*, se había puesto de mi parte y me había dispensado una cordialísima acogida. Pero me sorprendió la singular mollicie de aquel hombre, a quien por sus escritos y críticas musicales, había creído dotado de una briosa energía. Quedé mayormente estupefacto por cuanto le conocí entonces al lado de una mujer muy joven y de una radiante belleza. Su conversación me dió a entender que no confiaba en ningún resultado favorable respecto a lo que nos interesaba, pues conocía desde hacía mucho tiempo la increíble nulidad de las autoridades dirigentes para pensar aún en realizar cualquier esfuerzo. Me contó el curioso resultado de una petición que había dirigido al rey a propósito de la creación de una escuela de mú-

sica. En una audiencia particular, el monarca había examinado minuciosamente el proyecto, de suerte que Marx abrigaba la convicción de que sus planes se verían prontamente realizados. Uno a otro se le fueron enviando y, finalmente, se le llamó para que conferenciara con un general. Este, al igual que el rey, se hizo explicar el proyecto en detalle y expresó luego su calurosa aprobación al mismo. «Y esto fué todo — concluyó Marx —, porque nunca más he oído hablar de este asunto.»

Suri un día que la condesa Rossi, la célebre Enriqueta Sontag. La condesa Rossi que había guardado un buen recuerdo de mí, y que viviendo muy retirada en Berlín, se encontraba en la enojosa situación de tener que pisar nuevamente las tablas, manifestó deseos de verme. También ella se lamentó amargamente de la imposibilidad de obtener para el arte una ayuda cualquiera de las clases superiores de la sociedad berlinesa. Incluso le parecía que el rey experimentaba cierta satisfacción al ver los funestos derroteros que seguía el teatro, pues jamás trataba de remediar los defectos que se le señalaban y tampoco daba su consentimiento jamás a un proyecto de mejora. Como la condesa deseaba conocer mi nueva obra, le dejé, para su lectura, el poema de mi *Lohengrin*.

Al día siguiente volví a su casa, con ocasión de una velada musical que había organizado en honor de su paternal protector, el Gran Duque de Wecklenburgo-Strelitz. Al devolverme mi manuscrito, me aseguró que era muy de su agrado y que, al leerlo, había creído ver a menudo «danzar ante ella a las pequeñas hadas». Por lo general, las palabras afectuosas y cordiales de aquella mujer, dotada de una sólida cultura, solían darme ánimos, pero aquellas que acababa de pronunciar me produjeron el efecto de una ducha fría. No tardé en retirarme y no volví a ver a la condesa Rossi, que, por otra parte, no me mandó ya ninguna otra invitación a sus veladas.

E. Kossak se interesó por conocerme, pero sin entrar en relaciones cordiales o provechosas con él, me inspiró la suficiente simpatía para darle a leer mi *Lohengrin*. Me recibió un día en su habitación, que, recién fregada, aparecía llena de un espeso vaho que nos fué a ambos muy desagradable. Al devolverme mi manuscrito, me midió de cabeza a pies con una mirada casi compasiva, asegurándome con acento sincero que «estaba muy bien».

Algo más risueña fué la compañía de H. Truhn, con quien tomaba de vez en cuando un vaso de buen vino en casa de «Luther y Wegener», donde gustaba ir en recuerdo de los *Cuentos de Hoffmann*. Parecía escuchar con interés mis ideas sobre el deseable y posible desarrollo de la ópera. Respondía a ellas con observaciones muy sagaces y con frecuencia muy espirituales. Su ingenio me satisfacía grandemente. Pero con ocasión de la representación de *Rienzi*, hizo como los demás críticos: se burló de mí y se cebó en mi obra.

Únicamente mi pobre y viejo amigo Gaillard que, dicho sea de paso, no gozaba de la menor influencia, permaneció fiel a mi lado. Como su pequeño comercio de música no marchaba prósperamente, y su revista había dejado de publicarse, sólo pudo serme útil para cosas sin importancia. Pretendió que me interesara por sus obras dramáticas, numerosas y de escaso valor, pero pronto me dió cuenta de que, bajo este aspecto, estaba tan perdido como en el de su salud, minada por una fiebre hética. A pesar de toda la adhesión que me manifestaba, sólo coseché de su trato impresiones frecuentemente desmoralizadoras.

Relistab. DADO que mi único deseo era alcanzar en Berlín el éxito imprescindiblemente necesario a mi situación, acallé todo sentimiento de rencor íntimo y me presenté en casa de Relistab. Este había criticado la «nubosidad» y la «falta de consistencia» de mi *Fliegender Holländer*, por lo que estimé oportuno llamar su atención sobre la estructuración más clara y mejor trabada de mi *Rienzi*. Pareció aceptar con cierta satisfacción aquella prueba de mi aparente aprecio, pero me declaró de antemano la firmeza de su parecer: todo cuanto se manifestaba en el arte musical después de Gluck, no valía un comino. En el mejor de los casos, sólo se llegarían a componer verdaderos galimatías.

No tardé en darme cuenta de que no había nadie en Berlín que tuviera fe en el porvenir del teatro, y me enteré que únicamente Meyerbeer era capaz de cambiar, aunque no mucho, aquel general estado de ánimo. También aquella vez encontré a mi, llamémoslo protector, y en cuanto llegué, fui a su casa. En la antesala, atareado un sirviente en preparar unas maletas, me dijo que su amo estaba a punto de partir, lo que el propio Meyerbeer me confirmó, sintiendo no poder serme útil. Mi primera visita se trocó, pues, en una despedida. Lo creía ausente desde hacía largo tiempo y quedé sorprendido al saber, algunas semanas más tarde, que, aun cuando no hubiera dado señales de vida, seguía en Berlín. Incluso se le vió en uno de los ensayos de *Rienzi*. Sólo más tarde comprendí la significación de aquella conducta, cuando Eduardo de Bulow, el padre de mi joven amigo, me dió de ella una explicación bastante conocida de quienes están iniciados en aquella táctica.

Ausencia del Rey. LLEVABA ya cierto tiempo en Berlín cuando el maestro de capilla Taubert me notificó el rumor que circulaba, de cuyo origen no tenía la menor idea, sobre que yo aspiraba al puesto de director del Teatro Real, añadiéndose que contaba con grandes posibilidades de obtenerlo. Para conservar, especialmente con Taubert, una buena inteligencia que me era necesaria, tuve que atestiguarle de una manera precisa que jamás había pensado en nada semejante y que, aún en el caso de que me ofrecieran aquel cargo, no lo aceptaría.

Fracasaban, entre tanto, todos mis intentos para aproximarme al Rey. Mi mediador, el conde de Redern, a quien a pesar de haberseme hecho observar su solidaridad con Meyerbeer, continuaba visitando con frecuencia, se mostraba tan servicial y tan afectuoso conmigo, que cada vez recobraba la confianza en su honestidad. No me quedaba, por consiguiente, sino la esperanza de ver al Rey en la representación de *Rienzi*, y dado que ésta tenía efecto bajo sus auspicios, estimaba imposible que el Soberano no hiciera acto de presencia a la misma. Ahora bien, precisamente en la tarde del estreno, el conde de Redern, con semblante descompuesto, vino a decirme que el Rey iba a partir para una cacería. Le supliqué entonces que hiciera lo posible para que el Soberano asistiera, al menos, a la segunda representación. Mi infatigable protector me confesó entonces, por singular que ello parezca, que Su Majestad debía de experimentar una cierta repulsión a corresponder a mis deseos, pues había oído de propios labios del Rey estas duras palabras: «¡Ah! ¿Insiste usted todavía con su *Rienzi*?»





*Encuentro de Siegmund y Sieglinde, en la cabaña de Hunding (Ilustración de Arthur Rackham).*



*Wotan se despide de la Walkiria (Ilustración de Arthur Rackham).*

*Carl Ridderbusch como Hunding (Bayreuth, 1974).*

*La Cabalgada de las walkirias, en escenificación de Siegfried Wagner (Bayreuth, 1930).*





En la segunda representación, un agradable incidente me hizo recobrar un poco mi buen humor. Al final del segundo acto, el público pareció dispuesto a reclamar mi presencia en el escenario. A fin de estar listo para corresponder a la benevolencia del auditorio, abandoné el atril, pero en el momento en que puse el pie en el resbaladizo encerado del corredor, estuve a punto de romperme la crisma en una caída aparatosa. Me sentí sujeto por una mano vigorosa y reconocí al príncipe de Prusia, que salía de su palco. Aprovechando aquella aprehensión de mi persona, me invitó al punto a seguirle cerca de su esposa, que deseaba conocerme. La Princesa acababa de llegar a Berlín y me dijo que, aun cuando oía mi ópera por vez primera, estaba desde hacía mucho tiempo al corriente de mi persona y de mi orientación artística a través de los calurosos informes de una amiga común, Alwina Frommann. Aquella entrevista, en la que el Príncipe tomó parte visiblemente interesado, revistió un carácter cordial y reconfortante.

Mi vieja amiga Alwina, que seguía en Berlín las peripecias de mi sino, hacía cuanto estaba en su mano para darme el aliento y la voluntad de perseverar en mi cometido. Iba a verla casi todas las tardes y su noble conversación me fortalecía contra las penosas luchas del día siguiente. Me consolaba sobre todo la cálida e inteligente simpatía que Alwina, al igual que nuestro amigo Werder, me atestiguaba. Dediqué a Werder mi *Lohengrin*, motivo de todas las tribulaciones que entonces pasamos. Desde la llegada, por tanto tiempo demorada, de su protectora, la Princesa de Prusia, la señorita Frommann esperaba saber del Rey alguna cosa concreta acerca de mi asunto, pero no tardó en darme a entender que la Princesa, en desgracia, sólo podía ejercer su influencia sobre el Soberano manteniéndose en los límites de la más estricta etiqueta. De suerte que tuve que marchar de Berlín sin haber conseguido la menor noticia a este respecto.

HABIÉNDOSEME encomendado la dirección de una tercera representación de *Rienzi*, aún podía contar con la posibilidad de ser llamado súbitamente a «Sans-Souci», la residencia real. Me señalé, pues, a mí mismo como último plazo una fecha hasta la cual dejaría abierta la puerta al destino. Pero también transcurrió este plazo sin que aportara solución alguna, y tuve que confesar entonces que mis esperanzas en lo concerniente a Berlín, eran decididamente vanas. Y al llegar a esta conclusión, me sumí en un tristísimo estado de ánimo.

No recuerdo haber pasado por un período tan aciago como el de aquellas semanas berlinesas, tan frías y húmedas, bajo un cielo eternamente gris. Todo cuanto me acontecía, aún al margen de mis sufrimientos personales, pesaba sobre mí como una losa de plomo. Tal era el caso, por ejemplo, de mis conversaciones con Hermann Franck acerca de las condiciones sociales y políticas del país, que tomaban un carácter más y más sombrío después del infortunado intento del rey de Prusia de convocar los Estados reunidos. Al principio, me contaba entre aquellos que esperaban de aquella asamblea un excelente resultado, pero quedé literalmente aterrado cuando un hombre como Frank, tan versado en aquellas cuestiones, me ilustró sobre los personajes y los hechos de la política prusiana. Sus consideraciones, formuladas con espontaneidad, sobre el gobierno de Prusia, al que se atribuía erróneamente la representación de la inteligencia alemana, y sus juicios acerca de la administración prusiana, a la que se adjudicaba un orden y una seguridad de los que carecía por completo, destruyeron totalmente la favorable opinión que aquella me merecía, así como todas las esperanzas que abrigaba a propósito de un mejoramiento social. Y cuando aun trataba de ilusionarme acerca de un próspero desarrollo de Alemania, me parecía estar sumido en un verdadero caos.

En Dresde, había acariciado la esperanza de salir de mi miseria con ganar a mi partido al rey de Prusia, pero en aquellos momentos no podía cerrarme de ojos ante el abismal vacío de las cosas. En el desesperado estado de ánimo en que me hallaba, no experimenté ninguna emoción cuando, con ocasión de mi visita de despedida al conde de Redern, éste me anunció, presa de visible abatimiento, que Mendelsohn acababa de morir. Ello sirvió al intendente para que en mi última visita, que sin duda le era ya de por sí harto desagradable, rehuyera una franca explicación sobre mi situación respecto a la cual había parecido interesarse.

**Salida de Berlín** No me quedaba, pues, más que resolver mis asuntos «materiales» con la ayuda de lo que mis éxitos me habían suministrado como «material». Para aquella estancia de dos meses en Berlín, a donde mi mujer y mi hermana Clara, contando con el éxito de *Rienzi*, habían acabado por acudir, mi viejo amigo, el Intendente Küstner, estimó su deber no concederme ninguna indemnización. Con una precisión de jurista, me demostró, a través de nuestra correspondencia, que de ningún modo me había «invitado» a dirigir *Rienzi*, sino que simplemente había expresado sus deseos de que me trasladara a Berlín. No podía tampoco recabar la intervención del conde de Redern, que parecía estar muy impresionado por la muerte de Mendelsohn. No me quedó, pues, otro remedio que agradecer a Küstner la entrega del tanto por ciento sobre la recaudación de las representaciones de *Rienzi*. Y se extrañaron en Dresde que, como resumen de mi brillante empresa de Berlín, me viera obligado a solicitar un anticipo sobre mis honorarios.

No es posible, a mi juicio, estar más deprimido como yo lo estuve cuando, con un tiempo abominable, regresé a Dresde atravesando las tristes Marcas prusianas. Sin embargo, al tiempo que contemplaba en silencio la neblina gris a través del cristal de la portezuela del vagón, aun me divertía escuchando a mi mujer disputarse con un viajante de comercio. Este no había encontrado mejor tema de conversación que denigrar *Rienzi*, «aquella nueva ópera».

De buenas a primeras, mi mujer salió al paso de varios errores de aquel hostil compañero de viaje, pero luego se dejó llevar por su carácter y acabó por hacerle confesar que, no solamente no conocía la obra, sino que hablaba de oídas y quizá por haber leído las críticas. Minna le reconvino con energía, «pues — le dijo — nunca puede saberse a quién se zahiere al hablar de ese modo».

Esta fué la única impresión con que arribé a Dresde.

Apenas llegué, me di cuenta de la repercusión que habían tenido mis contrariedades, por la conmiseración que me atestiguaban mis amigos y conocidos. Los periódicos habían informado de un fracaso en toda regla. Fué para mí una verdadera tortura adoptar un continente sereno para afirmar que el fracaso no había revestido, ni mucho menos, caracteres de gravedad y que, por el contrario, había vivido en Berlín momentos muy agradables.

*El Príncipe y la Princesa de Prusia*

Estos esfuerzos, a que no estaba acostumbrado, me colocaron en un singular paralelismo con respecto a Fernando Hiller. Durante mi ausencia, se había representado la nueva ópera de mi amigo, titulada *Conrado de Hohenstaufen*, y después de tres representaciones, Hiller estimaba seguro un éxito brillante. Nada me había dicho sobre la composición de esa obra, en la que poeta y músico se figuraban haber imitado a la perfección las orientaciones y los efectos de mi *Rienzi*, combinándolos ventajosamente con los de *Tannhäuser*, y cuando partió para Dusseldorf, en donde acababa de ser nombrado director de conciertos, lleno de confianza, me recomendó su obra, lamentando, al mismo tiempo, no haber podido dejarme sus señas. Me confesó que su éxito era debido, en parte, a la excelente interpretación del papel de Conrado, que corría a cargo de mi sobrina Juana. Y ésta, por su parte, me declaró con el mismo aplomo que, a no ser por su intervención, la ópera de Hiller no hubiera gustado. Me acuciaban, pues, ardientes deseos de conocer aquella afortunada composición, lo que pude satisfacer en una cuarta representación, que tuvo lugar después que Hiller y su familia se hubieron marchado definitivamente de Dresde.

CUANDO, al dar comienzo a la obertura, me dirigí a mi butaca, observé con estupefacción que, salvo algunas raras excepciones, todos los asientos de la sala estaban vacíos. En el extremo de la fila estaba sentado el autor del libreto, el delicado pintor Reinike; ambos nos aproximamos hacia el centro de la sala e hicimos comentarios acerca de la singular situación en que nos hallábamos. Reinike me formuló sus quejas sobre la manera como Hiller había puesto música a su texto, pero, evidentemente turbado por el fracaso definitivo de la obra, se olvidó de decirme el secreto del error en que había caído Hiller al creer en el éxito de su ópera. Y me enteré, además, de qué manera el compositor había sido víctima de una tal ilusión.

La señora Hiller, de origen polaco, había logrado que sus numerosos compatriotas residentes en Dresde, y que asistían con frecuencia a sus veladas, se interesaran por la obra de su marido. A la primera representación, esos amigos, habituales al teatro, habían arrastrado al público con sus ententóreos aplausos, pero por lo visto la ópera no acabó de satisfacerles, pues a la segunda representación ninguno de ellos hizo acto de presencia. Ante la escasa asistencia de público, la suerte de *Conrado* parecía ya decidida. Pero entonces se apeló a todos los recursos para que se repusiera la ópera en domingo, y se recabó para ello el apoyo de todas las fuerzas polacas. Y la aristocracia polonesa, con su caballerosidad habitual, cumplió con su deber respecto a la inquieta pareja en cuyo salón habían pasado tan agradables veladas. Todo salió a pedir de boca, el compositor fué aclamado e Hiller se confió a la experiencia, según la cual el éxito de una obra depende de la tercera representación, como había sucedido con *Tannhäuser*. Pero el artificio quedó al descubierto en aquella cuarta representación, a la cual asistí y que nadie creía obligado a presenciar, dado que el compositor se hallaba ausente. Mi sobrina se sintió muy vejada y declaró que el más precioso talento de una cantante no conseguiría salvar una ópera tan tediosa como aquella.

**Consejos tardíos a Hiller** Al tiempo que era testigo de aquel naufragio, observé diferentes errores, que señalé al poeta. Este se lo comunicó a Hiller, quien a renglón seguido me escribió desde Dusseldorf una carta de una cordialidad a toda prueba, en la que confesaba el error que antes había sufrido al eludir mis consejos a propósito de la elección del tema. Y, además, me daba a entender muy claramente que aun había tiempo para enmendar la ópera de acuerdo con mis indicaciones y que sobre mí recaería el mérito de que se mantuviera en el repertorio una obra llena de buenas intenciones y notable en su género... ¡Demasiado tarde!

**Conducta de Lüttichau** TUVE la satisfacción de saber que habían tenido lugar en Berlín dos nuevas representaciones de *Rienzi*. El propio maestro de capilla Taubert me comunicó el buen efecto de diversas supresiones que él había efectuado y de cuyo resultado se mostraba complacido. Por mi parte, como ya no podía contar con un éxito duradero y lucrativo en Berlín de mi obra, me era de todo punto imposible ocultar por más tiempo a Lüttichau la necesidad en que me hallaba, caso de tener que entregarme de lleno a mis funciones, de que me aumentarían mis honorarios. No atreviéndome a confiar con los ingresos procedentes de fuera, ni en mi infortunada empresa editorial, me era forzoso reconocer que mis modestos emolumentos no bastaban a cubrir mis necesidades. Y, en fin de cuentas, no pedía otra cosa sino que me pusieran en un plano de igualdad con mi colega Reissiger, como así me lo habían prometido.

A Lüttichau le pareció propicio el momento para hacerme sentir que me hallaba bajo su dependencia, y que si quería estar a bien con él, tenía que mostrarme dócil y sumiso. Pero ¡cuáles fueron mi terror y mi humillación cuando, para hacerme comprender la respuesta del Rey, me comunicó su propio informe! Decía en él que la desmedida estimación en que yo tenía mi propio talento y desgraciadamente también la absurda adulación de amigos exaltados — entre ellos la señora de Könnertitz —, me habían inducido a creer que tenía, por lo menos, tantos derechos al éxito como Meyerbeer, por ejemplo; que mi presunción me había acarreado tales deudas, que tal vez sería oportuno darme una licencia indefinida; pero que, por otra parte, mi celo y mis producciones artísticas, sobre todo el arreglo de la *Ifigenia*, de Gluck, aconsejaban a la dirección que se tratara de retenerme, en cuyo caso debería pensarse en mejorar mi situación pecuniaria...

No pude leer más... Atónito e indignado, devolví el papel a mi protector Lüttichau se dió cuenta en el acto del nefasto efecto que había producido su informe, y se esforzó en atenuarlo subrayando que se había dado satisfacción a mis deseos, puesto que podía pasar inmediatamente por la administración a percibir los trescientos táleros que me habían concedido. Me alejé sin decir palabra y preguntándome cómo soportaría tamaña afrenta. Y me fué imposible ir a buscar el dinero.

**El rey de Prusia en Dresde** CUANDO me debatía en medio de las más penosas dificultades, cierto día de noviembre, me anunciaron que el rey de Prusia venía a Dresde y que deseaba especialmente ver el *Tannhäuser*. Asistió, en efecto, a la representación con la familia real de Sajonia y pareció mostrar un verdadero interés por la obra. A este propósito, me contaron que la explicación que había dado acerca de su ausencia en las representaciones de *Rienzi*, en Berlín, era la de que, sabiendo que mi ópera sería mal interpre-

*«Conrado de Hohenstaufen» de Hiller*

*La suerte de «Conrado»*



tada en su teatro, había preferido no asistir al espectáculo. Esta circunstancia extraordinaria me inculcó la suficiente confianza para permitirme ir a pe-

abrir los trescientos táleros que tanto necesitaba.

LUTICHAU parecía mostrarse deseoso de recobrar mi amistad, y su amabilidad, jamás desmentida, me persuadió de que a aquel hombre, aun que falto de educación, no le cabía la menor duda acerca del ultraje que me había infligido. Desenterró el proyecto que yo había expuesto en mi Memoria sobre la creación de conciertos de abono, y me rogó que los organizara en el teatro, aunque bajo los auspicios de la propia dirección. Después de haber logrado que la recaudación fuese reservada para los miembros de la orquesta, me ocupé con sumo agrado de la empresa. De acuerdo con mi plan, se colocó a toda la orquesta en el escenario; gracias a una pared de resonancia que mandé instalar, la acústica era excelente y el local se convirtió así en una sala de conciertos magnífica. Se decidió dar cada invierno seis conciertos, pero como nos hallábamos ya a fines de año, sólo se admitieron abonos para tres, cuya inscripción se cubrió en seguida. Estos preparativos me atarearon de tal modo, procurándome tantos motivos de distracción, que, al principio de aquel fatal año de 1848, hacía gala del buen humor más envidiable.

El primero de los conciertos tuvo lugar a fines de enero, y su sola programación me granjeó el asentimiento general. Estimaba acertado que, para imprimir a estas audiciones un significado peculiar y destacarlas de las interpretaciones desprovistas de todo sentimiento artístico, en las que se suceden sin ningún orden las producciones más diversas, debía de introducir en aquéllas dos géneros de verdadera música que produjeran, al alternarse, una impresión de plenitud.

Intercalé, en vista de esto, entre dos sinfonías una o dos composiciones vocales bastante largas y poco conocidas, y ello me pareció dar suficiente para todo el concierto. Después de una sinfonía de Mozart — en *re mayor* —, todos los músicos dejaron libre el escenario y fueron reemplazados por un coro imponente. Este cantó en primer lugar el *Stabat mater*, de Palestrina, cuya dicción musical había atendido cuidadosamente, y luego el motete a ocho voces de Bach: *Singet dem Herrn ein neues Lied*. La orquesta ocupó de nuevo su sitio y el concierto dió fin con la *Sinfonía heroica*, de Beethoven.

Fué un señalado éxito, que abrió nuevos horizontes a mis actividades como director de música. Mi repulsión por el repertorio de ópera se acentuaba cada vez más, y aquellas funciones de director me prodigaban cierto consuelo. Por otra parte, sintiéndome incapaz de luchar con mi sobrina, que no soñaba más que con papeles de *prima donna*, y a la cual apoyaba Tichatschek, fui perdiendo poco a poco toda influencia. Habiendo comenzado, desde mi regreso de Berlín, la instrumentación de *Lohengrin*, y acostumbRANDOME ya a resignarme a cuanto pudiera sobrevenirme, podía, a mi parecer, mirar tranquilamente el porvenir, cuando una triste noticia me trastornó brutalmente.

A comienzos de febrero me comunicaron la muerte de mi madre. Me apresuré a trasladarme a Leipzig para asistir a su entierro y pude aún contemplar por última vez, con profunda emoción, el rostro sereno y apacible de la muerta. Los últimos años de su vida, antaño tan activa e inquieta, habían transcurrido en un dichoso bienestar y en una especie de buen humor infantil y tranquilo. En el momento de morir estaba como transfigurada y, sonriente y humilde, había exclamado: «¡Ah, qué hermoso es, qué dulce, qué divino! ¿Cómo he podido merecer semejante gracia?»

Una gélida mañana la depositamos en su tumba. El puñado de tierra helada que, según el uso, tomé para echarla sobre el féretro, produjo un ruido seco y fuerte que me horrorizó. De retorno del cementerio fuimos a casa de mi cuñado Hermann Brockhaus, donde mi familia estuvo reunida durante una hora. Yo caminaba solo, con la única compañía de Enrique Laube, que había querido mucho a mi madre. Mi amigo se mostró muy preocupado por lo desencajado de mi semblante, y me acompañó a la estación. Pudimos, por último, cambiar nuestros sentimientos acerca de la operación que pesaba sobre el país, y que, al favorecer la tendencia de la época hacia la corrupción y las futilidades, ahogaba, a nuestro sentir, toda aspiración elevada.

Durante el corto trayecto de Leipzig a Dresde, tuve netamente conciencia del completo aislamiento en que me hallaba. La muerte de mi madre había roto los vínculos naturales entre hermanos y hermanas, absorbidos unos y otras por sus intereses particulares. Triste y abatido, me refugié, pues, en el único objeto que me pudiera otorgar un consuelo: en mi *Lohengrin* y mis estudios sobre el antiguo alemán.

**Síntomas de la revolución**

LLEGARON entonces aquellos últimos días de febrero que habían de acarrear una nueva revolución en Europa. Entre mis amigos y conocidos, era de los que no creían próxima y ni siquiera posible una conmoción del mundo político. Mis primeras reflexiones sobre tales cuestiones databan de la revolución de julio y de la sistemática reacción que la había seguido. Había estado después en París y los síntomas que pude observar no me inclinaban a sospechar que estuviera próximo un gran movimiento revolucionario. Había visto construir, por orden de Luis Felipe, los fuertes que rodeaban la capital, me habían informado sobre la importancia estratégica de los numerosos puestos de policía fortificados, diseminados por la ciudad, y tenía el convencimiento de que todas las medidas estaban tomadas para sofocar cualquier veleidad alborotadora del pueblo parisino. Y cuando, a fines del año anterior, después de la guerra de la *Sonderbund*, en Suiza, y la triunfante revolución de Sicilia, todas las miradas convergían con curiosidad en París, no participé del temor y de la expectación generales. A pesar de que nos llegaran noticias acerca del desasosiego que reinaba en la capital francesa, siempre puse en duda, especialmente con Röckel, que revistiera aquello el menor carácter de gravedad.

Me hallaba ante el atril del director de orquesta durante un ensayo de *Marta* cuando, en un momento de descanso, se presentó Röckel con el aire satisfecho de alguien que tiene razón, para comunicarme la fuga de Luis Felipe y la proclamación de la República. Experimenté una singular sorpresa, pero, con todo, no pude reprimir una sonrisa por la escasa importancia que atribuía a tales acontecimientos. No obstante, aumentó la agitación a mi alrededor y el nervosismo general acabó también por arrastrarme. Tuvo Alemania sus jornadas de marzo y de todas partes llegaban las noticias más sorprendentes. En nuestro pequeño país de Sajonia se sucedieron las representaciones y demandas revolucionarias, pero durante varios días el Rey, engañado sobre la gravedad del movimiento, resistió con firmeza.

Por la tarde de uno de aquellos días verdaderamente borrascosos, dimos nuestro tercer gran concierto de abono, al que, como a los demás, asistieron el Rey y la Corte. En conmemoración de la muerte de Mendelsohn, había incluido en el programa su sinfonía en la *menor*, que respondía, de una manera curiosa, incluso en sus pasajes menos severos, a la angustia del público por la familia real. No oculté a Lipinsky mi pesar por la torpeza con que había compuesto el programa de aquel día, puesto que a aquella sinfonía en *menor* sucedía la quinta de Beethoven, igualmente en *menor*.

El polaco, espiritual y a veces romántico, me consoló, exclamando con una mirada singularmente socarrona: «¡Bah, cuando hayamos interpretado los dos primeros compases de la sinfonía, nadie se dará cuenta de si ejecutamos a Mendelsohn en *menor* o en *mayor*!»

Los dos compases fueron felizmente precedidos por la exclamación de un patriota, que súbitamente gritó en medio de la sala: «¡Viva el Rey!», grito que el público rubricó con caluroso entusiasmo. Lipinsky tenía, pues, razón. La sinfonía, con su primera parte de una emoción tan vibrante, resonó como un huracán de jubilosa alegría y dudo que alguna vez haya arrebatado al público como aquella noche. Este fué el último concierto de ese género que dirigí en Dresde.

Poco tiempo después se produjo el inevitable cambio político. El Rey dejó cesante a su ministerio y formó otro en gran parte liberal e independiente por enérgicos y verdaderos amigos del pueblo, quienes, a partir de su nombramiento, proclamaron las medidas encaminadas a la elaboración de una constitución democrática. Aquel desenlace y la alegría que todo el país manifestó, me causaron una profunda emoción. ¡Cuánto me hubiera satisfecho encontrar el medio de llegar hasta el Rey y convencerme por mis propios ojos de la confianza que debía de tener en el amor de su pueblo! Por la noche hubo iluminaciones en la ciudad. El Soberano recorrió las calles en un coche descubierto. Presa de gran agitación, seguí su alcance a fin de estar presente cuando me pareciera que una muestra de afecto particularmente cordial debiera de alentarme y consolar su ánimo. Mi mujer quedó horrorizada cuando, ya muy entrada la noche, entré en mi casa completamente extenuado y ronco de tanto gritar.

Los acontecimientos de Viena y de Berlín y sus resultados, en apariencia extraordinarios, sólo me interesaron, sin embargo, como noticias periodísticas dignas de ser leídas, y la convocatoria de un parlamento en Francfort para reemplazar a la dieta disuelta, me pareció un hecho tan extraño como simpático. Con todo, aquellos acaecimientos de tanta importancia no lograron interrumpir un solo día mi trabajo regular, y experimenté una orgullosa satisfacción al terminar la partitura de mi *Lohengrin*, precisamente durante los últimos días de aquel mes de marzo tan accidentado. Y acabé la instrumentación de la música con la marcha del caballero del Grial hacia el místico país.

HACIA aquella época, recibí un día la visita de una joven americana, casada en Burdeos, la señora Jenny Laussot, acompañada de Carlos Ritter, Hans de Bulow

Laussot, nacida en Rusia de padres alemanes, pertenecía por su familia a los emigrados que, establecidos en Curlandia, se instalaron luego en Dresde, hacia donde les atraían los goces artísticos. Recordaba haberle visto ya en mi casa después del estreno de *Tannhauser*, en que me suplicó estampara mi firma al pie de una partitura de ópera que había adquirido en casa del editor. Supe entonces que aquel ejemplar pertenecía a la señora Laussot, que había asistido a la representación y deseaba conocerme. La joven mujer me expresó su admiración con una gran timidez y de una manera que hasta entonces desconocía, manifestando al mismo tiempo su pesar por tener que partir de Dresde, su ciudad favorita, junto con la familia Ritter, cuyo afecto por mi persona me subrayó con insistencia. Cuando esos jóvenes amigos se despidieron de mí, me embargó un sentimiento extraño y hasta entonces inédito. Desde el tiempo del *Fliegender Holländer*, con Alwina Frommann y Werder, encontraba de nuevo, por primera vez, una simpatía reciente que se me figuraba una vieja amistad, y cuyos acentos cordiales me eran poco menos que desconocidos. Invité al joven Ritter a que viniera a verme siempre que gustara y a que me acompañara en mis paseos. Su extremada timidez debió de impedirle aceptar mi invitación, y recuerdo no haberlo visto en mi casa sino muy raras veces. Con todo, más tarde se reunió con su amigo Hans de Bulow, que acababa de hacer su inscripción como estudiante de Derecho en la Universidad de Leipzig. Bulow, más locuaz y comunicativo, me atestiguó un afecto inalterable, al que correspondí con sumo agrado. Fué en su casa donde vi las primeras señales exteriores del entusiasmo político. En su sombrero y en el de su padre brillaba la escarapela negra, encarnada y oro, antiguos colores del Imperio germano.

Mis llamamientos al pueblo

TERMINADO mi *Lohengrin*, embargó mi atención la marcha de los acontecimientos, y no pude mostrarme indiferente a la efervescencia que había provocado la idea de la unidad alemana y las esperanzas que ésta hacía concebir. Mi discernimiento político estaba suficientemente formado, especialmente por mis relaciones con mi amigo Hermann Franck, para no esperar resultados eficaces del nuevo Parlamento, pero, con todo, recibía la inevitable influencia de la opinión general, que no creía posible una reacción. Sin embargo, en lugar de palabras yo reclamaba actos mediante los cuales nuestros Príncipes se apartaran definitivamente de sus tendencias, tan nocivas al interés público. Este estado de ánimo me llenó de entusiasmo, hasta el punto que dirigí a los Príncipes y a los pueblos alemanes un llamamiento poético popular, invitándolos a la guerra contra Rusia, pues de este país provenía el desgraciado movimiento autocrático que había enajenado a sus Soberanos el afecto de los pueblos. He aquí una de las estrofas de ese llamamiento:

La lucha contra el esclavo  
emprendamos con ardor.  
¿Serás, pueblo, su esclavo?  
¡No, tu espada brilla como el sol!

No teniendo ninguna relación con periódicos políticos, y habiéndome enterado casualmente de que Auerbach se hallaba en Manheim, donde había sido visto al frente de un movimiento revolucionario, le envié mi poesía, rogándole que hiciera de ella el uso que mejor le pluguiera. Pero no recibí respuesta.

Mientras el Parlamento de Francfort hacía sus primeras armas, y uno





THE WALKER



Staged by James K. Hays  
 Set and costumes by  
 Robert G. LaVal  
 Music by Brunnhilde  
 and the Orchestra  
 1972



Birgit Nilsson como Brunnhilde.





no sabía exactamente a qué atenerse respecto a los fogosos discursos de aquellas gentes ineptas, me impresionó fuertemente la actitud de la población vienesa conducida por aquella «legión académica» cuyo ímpetu se revelaba tan subitamente. Con anterioridad, había repelido victoriosamente un intento reaccionario, que había triunfado en Nápoles y estaba aún indeciso en París. Suficientemente versado en la psicología del pueblo, no contaba ni poco ni mucho con su razón ni con su sensatez, y sólo tenía fe en la fuerza del hecho consumado, surgido del entusiasmo o de la necesidad absoluta. Las jornadas de Viena, en las que habían tomado parte no sólo la juventud culta sino también la clase obrera, me aprisionaron de tal manera, que expresé una vez más mi modo de pensar en un nuevo llamamiento poético de tipo popular. Lo envié a *La Gaceta Austríaca*, que lo publicó, con mi firma, con todas sus letras.

El gran cambio político había originado en Dresde la fundación de dos asociaciones. Una de ellas se denominaba «Asociación Alemana» y según rezaba su programa, reclamaba «una monarquía constitucional sobre las más amplias bases democráticas»; su tendencia no debía de ser muy subversiva, pues, de lo contrario, no figurarían en ella, como fundadores, Eduardo Devrient y el profesor Rietschel. La otra asociación, por oposición a la primera, demasiado pusilánime, era la de los «patriotas»; en ésta, las bases democráticas aparecían situadas en primer plano y la «monarquía constitucional» sólo figuraba como un simple ornato.

Röckel, que había perdido la confianza en la monarquía, era uno de los fervorosos miembros de esa última sociedad. El pobre hombre se encontraba, por así decirlo, en un callejón sin salida. Desde hacía mucho tiempo había renunciado a alcanzar una personalidad en el campo de la música. Dirigir música era para él un trabajo fastidioso y, por desgracia, tan poco retribuido, que no le permitía subvenir a las necesidades de una familia que aumentaba todos los años. Las lecciones particulares que, gracias a los extranjeros pudientes que residían en Dresde, hubieran podido proporcionarle pingües ingresos, le inspiraban un indecible horror. Röckel contraía, pues, cada vez más deudas y arrastraba una existencia penosa. Padre de una numerosa familia, no veía otro recurso que comenzar de nuevo su vida como granjero, y asegurar el porvenir de los suyos mediante su inteligencia y el trabajo de sus manos. En aquellos últimos años, me hablaba, durante nuestros paseos, de sus lecturas de obras que trataban de economía rural, y aplicaba las lecciones que de ellas extraía a tratar de mejorar su mísera situación. Cuando sobrevinieron los disturbios del 48, se orientó inmediatamente hacia el más avanzado de los partidos socialistas, que irradiaba, amenazador, desde el foco de París. Todos sus amigos quedaron estupefactos ante el gran cambio que se operó en Röckel, que aseguraba haber descubierto súbitamente su verdadera vocación: la de «agitador». Su fecundia, que no se había atrevido a desplegar en la tribuna pública, se manifestaba en la intimidad con extraordinaria energía. No toleraba la menor contradicción y se apartaba definitivamente de aquellos a quienes no lograba disuadir. A fuerza de ahondar de día y de noche en los problemas que trataba de resolver, su inteligencia se aguzó; refutaba con una impugnación intransigencia la aserción más banal y, de resultas, no tardó en hallarse en la situación del predicador en el desierto. Todos los temas le fueron familiares.

Proyecto de armamento del pueblo

La «Asociación de patriotas» nombró a Röckel, junto con algunos fervientes demócratas y algunos técnicos militares, para formar parte de un comité encargado de elaborar un proyecto de armamento del pueblo. Figuraba entre aquéllos el ex prometido de la señora Schröder-Devrient, mi antiguo amigo Hermann Müller. Este y otro teniente de la guardia, llamado Zichlinsky, fueron los únicos oficiales del ejército sajón que tomaron parte en el movimiento político. Como amigo de las artes, yo asistía a las sesiones de aquel comité. Si la memoria no me es infiel, aquel proyecto, que fué impreso, contenía principios muy justos, aunque de imposible ejecución, sobre la constitución de una verdadera defensa nacional.

Cuando comprobé la horrible vacuidad y lo banal de las frases con que se complacían los agitadores, me sentía cada vez más espoleado a dar mi parecer sobre aquellas cuestiones políticas y sociales que arrebatában a todo el mundo. A pesar de que debiera, quizá, sopesar que personas bien informadas como Hermann Franck no se manifestarían, muy a pesar mío, mientras durara aquella absurda confusión, me sentía impelido, en cuanto se presentaba la ocasión, a discutir a fondo aquellos problemas. Naturalmente, los periódicos desempeñaban en todo ello un papel detestablemente excitador.

«República o Monarquía»

La «Asociación de patriotas», a cuyas reuniones asistía como simple espectador, cuando éstas se celebraban en un jardín público, había señalado como tema de discurso a sus oradores: «¡República o Monarquía!» Quedé estupefacto al darme cuenta con qué indecible desenfado se planteaba aquella cuestión; sólo sabía decirse una cosa: que preferían, naturalmente, la forma republicana, pero que si la monarquía se portaba bien, no había por qué prescindir de ella. Este tema originó varias animadas discusiones y, por mi parte, expuse mi opinión personal en un artículo que apareció sin mi firma en la *Gaceta de Dresde*. Me proponía en él llamar la atención de algunos espíritus selectos, más sobre la calidad de los gobiernos que sobre la forma de los mismos. Después de haber enumerado las necesidades y las obligaciones que precisaba el progreso de las condiciones políticas y sociales y haber apuntado las consecuencias de tal progreso, planteaba la cuestión de saber si ese ideal era o no realizable con un rey al frente del país; y creí oportuno presentar a ese rey plenamente satisfecho de reunir con un gobierno de base republicana, que le permitiría, sin duda, alcanzar los más nobles objetivos. Con todo, estimé mi deber aconsejar a aquel rey que se mostrara más confiado con su pueblo de lo que le era posible hacerlo con la Corte y la Nobleza que le rodeaban. Y terminé diciendo que, a mi juicio, el rey de Sajonia estaba destinado a dar el buen ejemplo a los príncipes alemanes.

Lectura en la «Asociación de patriotas»

A Röckel le pareció ese artículo inspirado por el ángel de la conciliación. Tomándose en serio mi talento de orador, y temiendo que mi artículo pasara inadvertido, me instó a que lo leyera públicamente en la próxima reunión de la «Asociación de patriotas». Sin saber aún qué resolución tomar, asistí a aquella reunión, pero ante la conminadora insistencia de un abogado llamado Blöde y de un tal Klette, peletero de oficio, me vi obligado a ocupar la singular tribuna, desde la cual, con el papel en la mano, procedí, en presencia de tres mil personas, a una vehemente lectura de mi artículo. El

efecto fué terrible. Los auditores, estupefactos, sólo retuvieron del discurso del maestro de capilla real el pasaje dirigido contra los cortesanos del Rey. La noticia de aquel acto inaudito se extendió por la ciudad como un reguero de pólvora. Al día siguiente, mientras duraba un ensayo de *Wien*, cuya representación había de efectuarse al otro día, acudieron muchas personas a felicitarne por mi fervor y mi adhesión a la causa; pero el día de la representación, Rivoli, el mozo del teatro, me comunicó que, a causa de ciertos obstáculos, aquélla no podría efectuarse. En efecto, la sensación que había causado había ido tan en aumento, que la dirección temía que, de darse lugar, se produjeran enojosas manifestaciones. Los periódicos me dedicaron una sarta de maldiciones y de sarcasmos, de los que no podía defenderme de ningún modo. Y hasta la Guardia Comunal se consideró ofendida y su comandante me retó a un duelo. Sin embargo, fué entre los funcionarios y los modestos empleados de la Corte de donde surgieron mis peores enemigos que, dicho sea de paso, lo han seguido siendo hasta hoy día. Me enteré de que, en cuanto estaba en su mano, no cesaban de hostigar al Rey y al Intendente con el propósito de que me expulsaran en el acto. Me pareció, pues, oportuno escribir directamente al Monarca para explicarle mi conducta, sin duda desacertada, pero no culpable.

Envié esa carta a Lüttichau, rogándole que la hiciera llegar a manos del Rey. Al mismo tiempo solicité una breve licencia para ausentarme de Dresde y calmar así la efervescencia que se había producido. La cordial benevolencia que me demostraba Lüttichau, me produjo una impresión que no traté de ocultarle. Pero cuando, más tarde, no pudo reprimir la cólera que le habían causado diferentes asuntos, y entre ellos mi artículo, cuyo sentido no llegó a comprender, me di cuenta de que si aquel hombre se había mostrado al principio tan conciliador, no había sido por motivos humanitarios, sino por obediencia a la voluntad del Rey. Este, haciendo caso omiso a todas las cábalas y aun a Lüttichau, que quería infligirme una corrección, había intervenido en el asunto y prohibido terminantemente que en adelante se le importunara con cuestiones que se refirieran a mí. Después de aquella halagadora experiencia, tenía motivos para esperar que el Rey había comprendido mi carta y también mi artículo mucho mejor que la mayoría de la gente.

Entramos a comienzos de julio, y resolví aprovechar la licencia para ir a Viena que me habían concedido para distraerme y efectuar un viaje a Breslau. Pasé por Breslau, donde estuve una tarde en casa de un antiguo amigo de nuestra familia, el director de música Moserius. La conversación fué animada, pero imbuída desgraciadamente de la agitación política del momento. Lo que más me interesó fué la rica colección que poseía Moserius de excelentes copias que, si mal no recuerdo, eran cantatas de Juan Sebastián Bach. Sus regocijantes anécdotas de músicos, que me contó con singular gracejo, quedaron grabadas en mi mente por espacio de largo tiempo. En el transcurso del verano, Moserius vino a Dresde a devolverme mi vista, y cuando le interpreté al piano un fragmento de *Lohengrin*, expresó sobre esta composición un asombro y una admiración que me parecieron sinceros. Mucho tiempo después supe que había hablado de mí en términos denigrativos y sarcásticos, pero no traté de ahondar en aquellas habladurías, y aún menos, habituado como estaba desde hacía largo tiempo a cosas más increíbles todavía, en el carácter de aquel hombre.

Una vez en Viena, fui en seguida a casa del profesor Fischhof, que sabía guardaba notables manuscritos, entre los cuales me atraía sobre todo el original de la sonata de Beethoven en *do menor* (opus III). Por mediación de este nuevo amigo, un poco huraño por cierto, trabé amistad con Vesque de Pütlingen, el compositor de la vulgar ópera *Juana de Arco*, representada en Dresde. Hombre prudente en los gustos, sólo se había apropiado de Beethoven las últimas sílabas: «Hoven», que utilizaba como pseudónimo. Un día en que fuimos invitados a cenar en su casa, descubrí que aquel patriota, que ostentaba el emblema tricolor y seguía con convicción la corriente de la época, era antiguo y fiel servidor del príncipe Mettemich.

El señor de Fonton CONTRAJE asimismo una interesante amistad con el señor de Fontón, consejero de Estado y agregado a la embajada de Rusia en Viena. Le visité a menudo en compañía de Fischhof. Efectuábamos juntos excursiones por los alrededores de la ciudad, y por primera vez tropecé con un inveterado adepto del pesimismo, que sólo veía posible la salvación del país en un despotismo absoluto. Escuchaba con agrado y sin duda los comprendía — pues se jactaba de haber frecuentado las escuelas más liberales de Suiza — mis entusiastas panegíricos sobre la gran influencia que ejercería sobre la humanidad un ideal artístico. Asentía en que este ideal ni podía ser realizado por el despotismo, pero no veía de qué manera podían ser recompensados mis esfuerzos. A la hora del champaña, se mostró más comunicativo, y en un arranque de sentimentalismo, deseó el mejor éxito a mis ideas. Más tarde, me contaron el fin miserable de aquel hombre cuyo talento y energía de carácter despertó mi admiración.

Plan de reforma teatral

No emprendiendo nunca nada sin un fin concreto, resolví, con ocasión de mi viaje a Viena, introducir en lo posible en aquella ciudad mis ideas concernientes a una reforma teatral. Viena poseía cinco teatros, que cultivaban géneros diversos, pero todos ellos marchaban mal. El terreno me pareció, pues, particularmente propicio. Elaboré rápidamente el proyecto de una especie de federación, por la cual los diferentes teatros serían puestos bajo la dirección de sus miembros activos y de los dramaturgos que trabajaban para ellos. Me informé en seguida acerca de las personas a las cuales podría exponer mi plan. Además de Federico Uhl, a quien conocía por mediación de Fischhof y que se sumó inmediatamente a mis proyectos, me citaron a un tal Franck — que supongo es el mismo que publicó un gran poema épico titulado *Tannhauser* —, y a un cierto doctor Pacher, agente de Meyerbeer, y de una reputación dudosa, debido a su talento en toda clase de embrollos. Mis elegidos se reunieron un día en casa de Fischhof para conferenciar. El más simpático de ellos era, sin duda, el doctor Becher, un hombre muy culto y apasionado, y que aunque recelaba del éxito de mi proyecto, escuchó con interés la lectura del mismo. Observé en sus palabras una falta de ilación y una intemperancia que recordé cuando, poco tiempo después, me enteré que había sido fusilado por haberse sumado a los sediciosos de octubre en Viena. Por el momento, no coseché otro fruto que la satisfacción de haber expuesto a algunos auditores mi plan de reforma teatral. Todos me dieron a entender que tenían otra cosa que hacer que ocuparse de tan inocentes innovaciones.



PARA darme una idea de lo que inflamaba los cerebros vieneses, Uhl me condujo a un club de tendencias avanzadas, donde me fué dado conocer a un tal Segismundo Engländer, que logró destacar poco después por sus artículos políticos.

El desenfado con que Engländer y otros se expresaban sobre los más temidos personajes del gobierno austriaco, me produjo una sorpresa casi tan grande como la escasa consistencia de sus puntos de vista políticos.

También fué a ver al poeta Grillparzer, que con su drama *El antepasado* me había producido en mi infancia una impresión un poco fabulosa. La que en aquel momento experimente fué ciertamente muy anodina. Cuanto le expliqué no pareció desagradarle, pero no disimuló la sorpresa que mis aspiraciones le causaban y no sabía a punto fijo lo que yo esperaba de él. Ha sido el primer autor dramático que he visto con uniforme de funcionario.

Después de haber efectuado con el mismo objeto una visita a Baumerfeld, que resultó asimismo infructuosa, estimé que por aquella vez había ya trabajado en Viena lo suficiente, y sólo pensé en dejarme llevar por las singulares sensaciones que me hacían experimentar las demostraciones públicas de una muchedumbre abigarrada y versátil. Observé con interés las hazañas callejeras de la «Legión académica», que desplegaba jactanciosamente los colores alemanes, pero casi me llenó de regocijo ver que la librea de los vendedores de helados en los teatros ostentaba aquellos mismos colores.

En el *Carltheater*, de la Leopoldstadt, asistí a una nueva farsa titulada *Nestoy*, en la que aparecía hasta el príncipe de Metternich. Y cuando formulaban a éste la pregunta: «¿Acaso has envenenado tú al duque de Reichstadt?», desaparecía entre bastidores como un malhechor desenmascarado. La urbe imperial, de ordinario tan ávida de diversiones, daba entonces la sensación de una ciudad joven y llena de fuerza. Y recordé esta impresión cuando, poco tiempo después, supe la participación activa que tuvo la juventud vienesa en la lucha popular contra las tropas del príncipe de Windischgrätz.

De regreso, hice alto en Praga, donde mi viejo amigo Kittl, cada vez más rollizo, temblaba aún por haber asistido a los recientes tumultos. Parecía figurarse que la rebelión del partido checo contra el gobierno austriaco había sido dirigida especialmente contra él, y estimaba justo reprocharse a sí mismo de haber provocado la terrible sedición de aquella época, con la composición de su libreto *Los franceses ante Niza*, en la que figuraba una especie de marcha revolucionaria que pronto llegó a hacerse popular.

En el barco a vapor que me conducía a Dresde, encontré, lo que me alegró mucho, al escultor Hanel, que acababa de recibir de manos del conde Alberto Nostitz, que viajaba también con nosotros, sus honorarios por la construcción de la estatua del emperador Carlos IV. Rebosaba buen humor por todos los poros, pues, según las cláusulas del contrato, sus emolumentos le habían sido pagados en plata. En su satisfacción, desechó todo prejuicio, y aunque perfectamente enterado de que mi conducta en Dresde, pocas semanas antes, había promovido un verdadero escándalo, no vaciló en mostrarse conmigo en un coche descubierto, desde el desembarcadero a mi casa.

La tormenta parecía, no obstante, haberse disipado, y sin que me molestaran lo más mínimo, reanudé mis funciones y mi género de vida habitual. Desgraciadamente, reaparecieron también mis antiguas y eternas preocupaciones pecuniarias, necesitaba dinero y no sabía dónde encontrarlo. Cuando el invierno anterior recibí por escrito la respuesta a la súplica que dirigí al Rey solicitando un aumento de mis honorarios, no examiné bien, poseído de furor como estaba, aquella comunicación. La volví a leer, entonces, con mayor atención. Mi cólera y mi humillación fueron indescribibles al comprobar que aquella famosa gratificación de trescientos táleros sólo era válida para un año, en lugar de ser regular, como me lo había figurado. Era ya demasiado tarde para reclamar y no tenía otro recurso que contentarme en silencio con aquella miserable limosna.

Falsa  
de Lüttichau

Sin embargo, mis relaciones con Lüttichau sufrieron de nuevo un cambio completo; éstas habían mejorado cuando aún podía creer en su benevolencia, pero desde mi regreso, su conducta me llenó de amargura. Lüttichau me contó que los miembros de la capilla real le habían entregado una petición, en virtud de la cual solicitaban mi expulsión, pues consideraban una vergüenza tener que obedecer a un director tan fuertemente comprometido. Entonces Lüttichau les llamó al orden y consiguió calmarlos. La versión, tan ventajosa para él, que Lüttichau me dió del asunto y de su intervención personal en el mismo, me había dispuesto a su favor, pero habiendo tenido después una explicación con los músicos, me enteré que lo que había ocurrido era poco más o menos lo contrario. Diversas sugerencias, sobre todo de parte de los funcionarios de la Corte, incitaron a los miembros de la capilla a llevar a cabo la gestión indicada, amenazándoseles, caso de que no se prestaran a ello, con caer en desgracia ante el Rey y correr el riesgo de ser acusados de propalar ideas subversivas. Temiendo los mismos las enojosas consecuencias que podrían acarrearles aquellas maquinaciones, una comisión de ellos fué a entrevistarse con su director y le declararon formalmente que, como corporación artística, no tenían ningún interés en mezclarse en las cosas que no les importaban.

La última aureola con que mi consideración rodeaba a Lüttichau se desvaneció definitivamente, y sólo me quedó la confusión en que me hallaba sumido por haberme dejado llevar por sus falsas demostraciones. Sufrí menos por la afrenta que me habían inferido que por la imposibilidad en que me hallaba de poder valerme de mi influencia sobre aquel hombre, para el mejoramiento del teatro. Así, no me preocupé ni poco ni mucho de conservar aquel destino de maestro de capilla tan mezquinamente retribuido. A partir de aquel momento, sólo la cruel necesidad me sujetó a aquel puesto. Nada hice para empeorar mi posición, pero nada tampoco para afianzarme en ella. Lo más urgente era, por el momento, tratar de reponerme de mis defraudadas esperanzas y buscar el modo de aumentar mis ingresos. Y se me ocurrió la idea de ir a ver a Liszt y pedirle consejo.

Amistad de Liszt

Poco tiempo después de las turbulentas jornadas de marzo y poco antes de la terminación de mi partitura de *Lohengrin*, tuve la agradable sorpresa de recibir la visita de Liszt. Llegaba de Viena, donde había estado presente en las barricadas, y se marchaba a Weimar, donde se proponía instalarse definitivamente. Pasamos entonces una velada en casa de Schumann; hubo música, pero, finalmente, una discusión que sostuvieron Liszt y Schumann a propósito de unas divergencias de criterio sobre Mendelssohn y Meyerbeer, degeneró en una verdadera diáputa, y Schumann, presa de furor, se encerró en su dormitorio por espacio de mucho tiempo. De regreso, Liszt y yo nos reímos mucho de la embarazosa situación en que nos

Engländer.  
Grillparzer

colocó el mal humor de nuestro huésped. Rara vez vi a Liszt tan jovial y alegre como aquella noche. A pesar del frío y del frío traje negro que llevaba nos acompañó al violonista Schubert y a mí, hasta nuestras casas respectivas.

Aproveché los contados días de libertad de aquel mes de agosto para efectuar una excursión a Weimar, donde habíe a Liszt viviendo en condiciones extraordinariamente ventajosas, gracias a la alta protección que le dispensaba el Gran Duque. Aunque sólo pudo ayudarme con una recomendación que, dicho sea de paso, no me valió de nada, mi visita a aquel hombre cordial y solícito, me produjo una alentadora impresión.

De nuevo en Dresde, me acomodé lo mejor posible a mi suerte, y no vislumbrando otro expediente, envié a mis acreedores, que eran en realidad mis amigos, una circular en la que les exponía mi situación con la mayor franqueza; y les suplicaba que aguardaran a que mi fortuna tomara otros rumbos, pues, por el momento, no me era posible devolverles ni un céntimo. Al consentir, como así lo hicieron, en no hacer nada contra mí, dejaban sin efecto las intenciones hostiles que atribuía, con razón, a mi director general, que hubiera aprovechado con sumo gusto la animosidad de mis acreedores para jugarme una mala partida. Todas ellas accedieron sin vacilar a mi ruego y mi amigo Pusinelli y mi vieja amiga maternal, la señora Klepperbein, declararon incluso estar dispuestos a renunciar por completo a sus haberes. Algo tranquilizado, y seguro, por otra parte, de que Lüttichau no podría hostilizarme en mi cargo, que era libre de dejar o de conservar a mi antojo, continué cumpliendo estrictamente con mis funciones de maestro de capilla y reanudé mis estudios con más ardor que nunca.

En aquellas condiciones, asistí al singular desenvolvimiento del destino de mi amigo Rœckel. Como cada día circulaban nuevos rumores anunciando un golpe de estado reaccionario y otras represiones, Rœckel estimó su deber redactar un llamamiento preventivo y razonado destinado a los soldados del ejército sajón. Lo hizo imprimir y mandó distribuir numerosos ejemplares. Pero el ministerio público juzgó que era aquél un acto indiscutiblemente revolucionario. Rœckel fué detenido y pasó tres días en el calabozo de guardia, hasta que el abogado Minkwitz consiguió reunir los mil táleros que exigían como fianza. Luego se intentó contra él un proceso por alta traición. Y cuando volvió a su casa, donde le esperaban con ansiedad su mujer y su familia, el comité de los «patriotas» organizó una pequeña manifestación pública. Se llamó abiertamente al liberado «combatiente del pueblo». Mas la dirección lo suspendió provisionalmente de sus funciones, y, por último, lo despidieron definitivamente.

Rœckel se dejó entonces crecer la barba y emprendió inmediatamente la publicación de un periódico popular, que él mismo redactaba, y con cuyo éxito contaba para resarcirse de la pérdida de sus honorarios. Alquiló un local en la *Brüdergasse* para la distribución del periódico. Este llamó la atención por la personalidad de su único redactor, a quien se conoció en un aspecto hasta entonces inédito. Rœckel no se andaba nunca por las ramas ni hacía gala de frases ampulosas; se ceñía a las cuestiones candentes que interesaban al bienestar público, y después de haberlas analizado cuidadosamente, extraía de ellas conclusiones útiles a los intereses superiores. Cada artículo era breve y no contenía nada inútil; todos eran tan claros que instruían y se hacían comprensibles a los espíritus menos cultivados. Adentrándose en el meollo de las cosas, se limitaba al substantivo, sin emplear esas perífrasis que acarrean tanta confusión en los cerebros incultos. Creóse así un gran círculo de lectores, pero el módico precio de aquel periódico semanal no bastaba a procurarle los ingresos que necesitaba. Y, por otra parte, debía de pensar que si la reacción asumiera de nuevo el poder, no le perdonaría aquel periodismo popular. Su hermano menor, en una visita que efectuó a Dresde en aquella época, declaró sin ambages que se veía forzado a aceptar en Inglaterra una colocación como profesor de piano, desagradable pero lucrativa, con el único objeto de estar en disposición de sostener a la familia de Rœckel cuando éste acabara sus días en las galeras o en la horca.

Utopías de Rœckel

Como Rœckel tenía absorbido su tiempo por todos los comités imaginables, sólo le veía en ocasión de nuestros raros paseos durante los cuales me entregaba a arduas discusiones con aquel hombre singular e inquieto cuyo espíritu, no obstante, seguía siendo lúcido y reflexivo. Soñaba con la reorganización completa de las condiciones civiles tales como existían, mediante la transformación de sus bases sociales. Apoyándose en Proudhon y otros socialistas, quería destruir el poder del capital por medio de la producción del trabajo y construir un nuevo mundo moral. Sus atrayentes opiniones acabaron por catequizarme, hasta el punto que me figuraba realizar mi ideal artístico en el mundo de Rœckel. Dos de sus puntos de vista me impresionaron particularmente. El matrimonio, tal como lo conocíamos, no debía existir en el porvenir. Le pregunté cómo se representaba nuestras relaciones, siempre cambiantes, con mujeres que se condujeran de una manera dudosa. A ello me respondió con cierta indignación que no podríamos hacernos una idea de lo que son en realidad la pureza de costumbres y las relaciones entre los sexos, mientras no estuviéramos liberados del yugo de las profesiones, de las clases y otras obligaciones. Sólo me quedaba sumirme en reflexiones acerca de lo que podría hacer el amor de una mujer por un hombre cuando hubieran desaparecido las preocupaciones de dinero, de rango social, los prejuicios de familia y las obligaciones resultantes de aquél.

En otra ocasión le pregunté dónde encontraría los hombres que quisieran dedicarse a un trabajo intelectual o artístico cuando todos se vieran reducidos a la misma condición de obreros. Me contestó que precisamente el hecho de que todos produjeran según las fuerzas y el talento de cada uno, acarrearía la total desaparición de lo que la ley del trabajo tiene de penoso y duro: trabajar no sería, en último término, más que ocuparse en un sentido necesariamente artístico. ¿No está acaso probado que el campo que labora un solo campesino rinde menos que cuando está cultivado por varias manos? Esas ilusiones, que Rœckel me exponía con un soberbio énfasis, me indujeron a reflexionar sobre ellas, y aun a querer cooperar a la edificación de una sociedad que respondiera a mi más elevado ideal artístico.

Plan de un teatro  
nacional

ANTE todo, dirigí mis pensamientos hacia lo que me interesaba más de cerca: el teatro. Me impulsaba a ello no sólo mis íntimas apetencias, sino también circunstancias exteriores. La reciente y democrática ley sajona sobre la elección de diputados, hacía prever una renovación en la representación nacional. Casi por todas partes gozaban de gran predicamento los diputados marcadamente radicales y eran de esperar, por tanto, cambios extraordinarios en la economía gubernamental. Pa-





Portrait of a woman





recta, pues, decidido que la lista civil del Rey sería sometida a una revisión severa: toda superfluidad había de ser suprimida y el teatro estaba amenazado de serle retirada la subvención que figuraba en la lista civil, ya que se consideraba dicha institución perfectamente inútil y reservada solamente a la parte más corrompida de la sociedad.

En interés del teatro, y teniendo en cuenta la importancia que a mi parecer tenía, me sentí llamado a proporcionar a los ministros las explicaciones que podrían dar a los diputados para demostrarles que, si el teatro, en su actividad actual, no era digno de ningún sacrificio de parte del Estado, sería más detestable todavía y de una tendencia más peligrosa para las costumbres públicas si el gobierno hiciera dejación de un control que la religión y la escuela tenían el derecho de exigir.

A mi entender, toda la cuestión se reducía a fijar las líneas principales de una organización que asegurara la realización de las más nobles tendencias artísticas. Esborcé, pues, un plan que permitía, con la subvención que había figurado hasta entonces en la lista civil, crear y sostener un Teatro Nacional del Reino de Sajonia. Señalé con tal precisión los detalles de mi proyecto, que tenía casi la seguridad de que los ministros harían uso de él como orientación cuando plantearan aquella cuestión delante de las Cámaras.

Se trataba, por tanto, de ponerme en relación con un miembro del gobierno, y para ello me parecía natural dirigirme al ministro de Cultos, que era a la sazón Von der Pfordten. Este tenía la reputación de ser un político aribista, que trataba de hacer olvidar el origen de su encumbramiento, debido a los recientes tumultos, pero como había sido profesor, pasaba por ser un hombre con quien podía conversar sobre el tema que tanto me interesaba. Desgraciadamente, me enteré de que las instituciones artísticas del Reino — y entre ellas el teatro — se hallaban bajo la jurisdicción del ministerio del Interior. Fué, pues, al honrado Oberlaender, que no era ni muy culto ni muy amigo de las artes, a quien tuve que presentar mi proyecto, no sin antes haberlo recomendado también a Von der Pfordten. Aun cuando se hallaba muy atareado, me recibió éste con amabilidad y me aseguró su apoyo, pero su continente y la expresión de su fisonomía, disiparon pronto la confianza que abrigaba de encontrar en él el interés esperado.

El ministro Oberlaender, sencillez y grave, me tranquilizó inmediatamente, pero hombre de gran franqueza, me confesó que había pocas esperanzas de recibir del Rey la autorización necesaria para tratar una cuestión que había marchado hasta entonces rutinariamente. Por otra parte, no tengo por qué ocultar que las relaciones del Monarca con sus nuevos ministros eran casi forzadas y faltas de confianza, hasta el punto que el Rey sólo recibía a los ministros para despachar los asuntos de trámite. Y el ministro acabó aconsejándome que lo mejor que podía hacer era enviar mi proyecto directamente a la Cámara.

DESEANDO ante todo impedir que aquel asunto del teatro — en el caso de que llegara a discutirse en el debate sobre la lista civil — fuera tratado con completa ignorancia del mismo, no vacilé en hacerme presentar a algunos diputados influyentes. Penetré así en una esfera nueva y harto singular, que me deparé la ocasión de conocer opiniones y personas cuya existencia hasta entonces ignoraba. Lo desagradable del asunto era tener que entrevistarse con aquellos caballeros ante una caña de cerveza y tener que exponerles mis intenciones, tan nuevas para ellos, en medio de la másapestosa humareda de tabaco. Un tal Trütschler, hombre apuesto, de enérgico porte y de majestuosa gravedad, me declaró después de haberme escuchado durante cierto tiempo, que no había por qué hablar del Estado, que sólo existía la Sociedad y que ésta no precisaba de nuestra ayuda para saber lo que tenía que hacerse en favor de las artes y del teatro. Lleno de confusión, renuncié desde entonces a mis esfuerzos y también a mis esperanzas.

No se habló más de mi proyecto. Sólo supe que, habiendo llegado a oídos de Lüttichau, se acentuó todavía más la animosidad con que éste me distinguía.

En mis paseos solitarios me consolaba de mi triste humor, forjándome una sarta de quimeras: edificaba un Estado social basado en los afanes y esfuerzos de los socialistas y comunistas más avanzados, dispuestos a la sazón a establecer su sistema; pero estos esfuerzos sólo cobrarían, a mi parecer, su debida importancia así que los socialistas lograran la transformación política deseada. Únicamente entonces podría producirse el renacimiento artístico con que soñaba.

Plan de «Federico Barbarroja» En aquella misma época pensaba en la composición de un drama que tuviera por héroe al emperador Federico Barbarroja. La idea de soberanía había de verse representada en su mayor y más terrible importancia, y ante la imposibilidad de realizarla, el emperador había de mantener una dignidad que inspirara la simpatía y diera una clara noción de la multiplicidad de las cosas de este mundo. Sólo apunté a grandes rasgos el bosquejo de ese drama, que había de escribirse en versos rimados populares y al estilo de nuestros poetas épicos, algo semejante, en fin, al poema *Alejandro*, del cura Lambert. La acción estaba repartida en cinco actos, de la manera siguiente. Primero: Reunión de la Dieta en las llanuras de Roncaglia, y exposición de la soberanía imperial. Segundo: Sitio que comprendía incluso la invasión del agua y del aire. Tercero: Toma de Milán. Cuarto: Dieta de Augsburgo. Humillación y castigo de Enrique el «León». Quinto: Dieta y gran reunión de la Corte de Maguncia, paz con los lombardos, reconciliación con el Papa, toma de la Cruz y salida hacia Tierra Santa.

Los «Wibelungen» PERO el interés que me inspiraba ese plan dramático fué atenuado desde el principio por la poderosa atracción que ejercía sobre mi espíritu el lado místico de otro tema del mismo género, basado en la leyenda de *Los Nibelungos* y de *Sigfrido*. Esa conexión entre la historia y la fábula me inclinó a escribir sobre aquel tema una disertación, para la cual me serví de unas monografías — el nombre de cuyos autores no recuerdo — que encontré en la Biblioteca Real, y que me suministraron preciosas indicaciones sobre las primitivas realezas de Alemania. He publicado más tarde, bajo el título de *Wibelungen* (1), un estudio bastante extenso sobre esta materia, y después de *Barbarroja* no he vuelto a tratar en ópera ningún tema histórico.

(1) *Wibelungen, Nibelungen*, juego de palabras sobre la antigua denominación de los *Wälsinger*. Göttingen.

Partiendo de ahí, me dispuse a esbozar el cuadro preciso y sucinto, que germinaba en mi espíritu, sobre el antiguo mito de *Los Nibelungos* y el de *Los dioses germanos*. Al trabajar en él, entresí la posibilidad de utilizar uno de los elementos de aquel tema para un drama musical. Con todo, vacilé en lamíntame con la idea de su realización, que ofrecía, a mi parecer, demasiadas dificultades escénicas. Solo me sentí con ánimos para consagrarme seriamente a ese nuevo trabajo cuando renuncié en absoluto a toda esperanza de sostener mi situación en nuestro teatro de Dresde. El porvenir de éste me dejaba indiferente, y en las condiciones en que entonces me hallaba, las posibilidades de existencia de la ópera no me importaban ni poco ni mucho. En cuanto a *Lohengrin*, no me quedaba más que aguardar a que se efectuara una buena representación en Dresde, y en el caso de que se llevara a cabo, a contentarme con ella para siempre. Había ya comunicado a Lüttichau la terminación de la partitura, pero visto que las circunstancias no eran propicias, le había dejado en libertad para que fijara la fecha en que podría representarse la obra.

En tanto, el archivero de la capilla real se acordó de que hacía trescientos años que se había puesto la primera piedra de aquel instituto oficial, y que ello era motivo para que se festejara un jubileo. Decidióse dar en el teatro un gran concierto de gala, en el que serían ejecutadas composiciones de maestros de capilla sajones de todas las épocas. Con sus dos directores al frente, los músicos rindieron homenaje al Rey en Pillnitz. En esta ocasión, un músico fué nombrado por primera vez Caballero de la Orden del Mérito. Este músico era mi colega Reissiger, que hasta entonces era tenido en muy poca estima por la Corte y el Intendente, pero que había sabido situarse — sobre todo en comparación conmigo — por la manera tumultuosa como había proclamado sus sentimientos monárquicos durante el período de los disturbios. Así, cuando apareció en la sala de conciertos ornado con su extraordinaria condecoración, fué acogido con entusiastas aclamaciones por un público netamente conservador. Su obertura de *Yelva* provocó una salva de aplausos que no volvió a oír nunca más en su vida, mientras que el primer final de *Lohengrin*, una muestra del más joven maestro de capilla, fué recibido con una tibieza a la que los auditores de Dresde no me habían acostumbrado.

Terminado el concierto nos reunimos en un banquete, y no anduve en reparos en exponer franca y firmemente mis ideas sobre lo que el porvenir reservaba de bueno a los miembros de la capilla. Marschner, que en calidad de ex-director de orquesta de Dresde había sido invitado a la fiesta del jubileo, me hizo observar que mi óptima opinión sobre los músicos no acarrearía a éstos más que perjuicios. Indudablemente debiera de haber reflexionado que me enfrentaba con gente poco instruída, que no conocían más que el único instrumento que tocaban, por lo que al hablarles de aspiraciones artísticas sólo suscitaba en ellos confusión y ansiedad.

Un más bello recuerdo que el de aquellos festejos, fué el de la sencilla fiesta conmemorativa que nos congregó, en la mañana del jubileo, en torno a la tumba de Weber. Nadie encontró una palabra que decir, y como Marschner no pronunció más que una alocución bastante árida y casi irreverente, me acució el deseo de dedicar al maestro desaparecido algunas palabras emocionadas que dieran a aquella ceremonia su verdadero carácter.

Agitaciones políticas Aquellos impulsos artísticos no fueron más que una breve interrupción en mis preocupaciones políticas. En octubre, los acontecimientos de Viena tuvieron una violenta repercusión en nuestra ciudad. Todas las mañanas aparecían en las paredes inscripciones en rojo y en negro en las que se leían arengas en favor de los vieneses contra la *Monarquía roja* (por alusión a la desacreditada *República roja*), amén de otras incitaciones del mismo género. Excepto sobre las personas que estaban al corriente de la marcha de las cosas, y que no hacían acto de presencia en las calles, aquellos acontecimientos ejercían sobre la población una influencia inquietante. Cuando Windischgraetz entró en Viena, Froebel fué indultado y Blum fusilado, todo daba pábulo a creer que en Dresde iba a ocurrir una hecatombe. Organizóse una gran manifestación en honor de Blum; un cortejo interminable al frente del cual iba el ministerio recorrió las calles de la ciudad, y con gran regocijo de la muchedumbre figuraban en él, muy a pesar suyo, el prudente Von der Pfordten. A partir de aquel día el horizonte político fué ensombreciéndose, y todo el mundo parecía esperar una catástrofe. Como Blum se había hecho temer y odiar a consecuencia de su labor de agitación en Leipzig, llegóse a decir en alta voz que había sido ejecutado por orden de la Gran Duquesa Sofía con la intención de prestar un gran servicio a su hermana la reina de Sajonia. Partidas de refugiados vieneses con uniforme de la «Legión académica» llegaron a Dresde, y sus amenazadores atencidos acabaron por no suscitar ningún temor.

Los refugiados de Viena Un día, al dirigirme al teatro para dirigir una representación de *Rienzi*, el mozo de la orquesta vino a anunciarme que varios caballeros deseaban hablarme, y a poco se presentaron ante mí una media docena de aquellos demócratas. Me trataron de hermano y me pidieron localidades para la representación. Reconocí por último a uno de ellos, un tal Haefner, antiguo escritor, menudo, jorobado, y tocado con un sombrero calabrés. Me había sido presentado por Uhl, en Viena, con ocasión de mi reciente visita al club político. Aunque quedé muy turbado al advertir la estupefacción con que los músicos presenciaron aquella entrevista, ni siquiera traté de excusarme. Fué tranquilamente a la caja y pedí seis entradas de favor que ofrecí a mis singulares peticionarios, después de lo cual se alejaron no sin antes haberme estrechado efusivamente las manos en presencia de numerosas personas. Dudo que ello sirviera de estímulo para alanzar mi situación como maestro de capilla, pero sí es cierto que jamás he sido aplaudido con tanto frenesí como aquella noche al final de todos los actos de *Rienzi*.

En general, el público ordinario del teatro parecía querer manifestarse contra el del concierto oficial que me había tratado con tan elocuente frialdad, y, por ello, se había formado a mi favor un partido casi apasionado. Se trataba de *Tannhauser* o de *Rienzi* siempre me aclamaba, y a pesar de que las tendencias de ese bando no fuesen del agrado del Intendente este no dejaba de testimoniarme cierto respeto personal.

Los decorados de «Lohengrin» Un día, Lüttichau me hizo la promesa de que en muy breve plazo se representaría mi *Lohengrin*. Le expliqué los motivos que me habían impedido proponerle mi obra más pronto, pero visto que el personal de la ópera me parecía apto estaba dispuesto a preparar aquella representación. En aquella época, el hijo de mi viejo amigo Heine había regresado de París donde le había enviado la dirección para estudiar con los

Jubileo de la capilla real  
Reissiger, condecorado



artistas Despléchins y Diéterle la pintura decorativa. Con sólo demostrar lo que había aprendido podía aspirar a un puesto en el Teatro de la Corte, *Lohengrin*, y había instado a Lüttichau a que se interesara por mi última obra. Contando con mi asentimiento se accedió a los deseos del joven Heine.

El rumbo que tomaban las cosas me produjo una viva satisfacción, pues veía en la preparación de *Lohengrin* una ocupación que me distraería y así lo esperaba de todas las agitaciones y turbulencias de aquellos últimos tiempos. Por lo que mi estupefacción fué mayúscula cuando el joven Guillermo Heine vino un día a comunicarme que le habían anulado los encargos relativos a los decorados de *Lohengrin*, ordenándole que comenzara los de otra ópera. No dije una sola palabra ni me informé siquiera de los motivos de aquella extraña conducta. Más tarde vine en conocimiento de las afirmaciones que Lüttichau hizo a mi mujer, y, admitiendo que fuesen sinceras, la mento haberle designado como autor de aquella afrenta y haberme apartado irremisiblemente de él a partir de aquel momento. Muchos años después respondía aun a quienes le interrogaban sobre aquella cuestión que la Corte estaba a la sazón tan mal dispuesta contra mí, que a pesar de sus deseos de que se representara mi ópera no pudo vencer las dificultades que le salieron al paso.

Sea lo que fuere, la contrariedad que aquello me causó ejerció sobre mí una influencia decisiva, pues ahogó en su germen la reconciliación que tal vez hubiera dado lugar a una espléndida representación de *Lohengrin*. A partir de entonces me volví de espaldas al teatro, dejándome llevar por mi indiferencia respecto a cuanto pudiera afianzar mi puesto de maestro de capilla, y dedicándome a la elaboración de proyectos artísticos de imposible realización en los teatros de aquella época.

Me dispuse entonces a ejecutar el plan que desde hacía tanto tiempo y con tanto temor había esbozado sobre *La muerte de Sigfrido*. Entre tanto, no pensaba ni en el teatro de Dresde ni en ningún otro teatro real; sólo quería realizar alguna cosa que me liberara para siempre de las absurdas condiciones en que me hallaba. No habiendo manera de dirigirme a Roeckel leí mi poema a Eduardo Devrient, la única persona con quien podía dialogar aún sobre cuestiones de arte dramático. Me escuchó estupefacto, y advirtiéndome que era mi propósito abandonar el género teatral moderno y las esperanzas que este llevaba anejas, se negó naturalmente, a darme la razón. Se esforzó, no obstante, en capacitarse de mi obra y a intentar si, pese a su singularidad, podría representarse. Eduardo Devrient llevó a cabo su cometido con tal seriedad que llamó mi atención sobre un defecto que consistía en que el juicio que me merecía el público era excesivamente óptimo al estimarle capaz de completar con el pensamiento todo cuanto faltaba a mis breves indicaciones épicas. Me hizo observar que antes de ver a Sigfrido y Brunilda enzarzados en un conflicto, tenía que dar a conocer las venturosas relaciones que los dos habían tenido antes. En efecto, había dado principio al poema de *La muerte de Sigfrido* con las escenas que forman hoy día el primer acto de *El crepúsculo de los dioses*, y todo cuanto concierne a las relaciones anteriores de Sigfrido y Brunilda sólo era apuntado en un diálogo lírico-épico entre la esposa abandonada y la cabalgata de las Walkyrias al desfilar éstas ante el peñasco en que aquélla se hallaba. La observación de mi crítico me sugirió inmediatamente la idea de las escenas que componen actualmente el prólogo del drama.

**Eduardo Devrient** Mis relaciones con Eduardo Devrient fueron cada vez más cordiales. Con frecuencia invitaba a su casa a un escogido círculo de auditores al que me sumaba con sumo agrado pues, con gran asombro de mi parte, el lector daba muestras de un talento de que carecía sobre las tablas. Me consolaba asimismo encontrar a alguien que me comprendiera cuando hablaba de la funesta desavenencia que existía entre el director general y yo. Y no obstante mis menguadas esperanzas en una posible reconciliación, Devrient parecía tomarse gran interés en ella.

A la entrada del invierno la corte se instaló nuevamente en Dresde; asistía con frecuencia al espectáculo y recibí en varias ocasiones visibles muestras de su desagrado. A la reina le pareció una vez que yo había «dirigido mal» la *Norma*, y otra vez que en *Roberto el Diabolo* «no llevaba bien el compás». Y como era Lüttichau quien estaba encargado de comunicarme estas reconvenciones la conversación que de ello se originaba no era propicia ciertamente a disipar nuestra mutua animosidad.

**Teodoro Uhlig** AUNQUE la etervescencia era general y la inquietud reinaba por doquier no creía, sin embargo, que las cosas llegaran a lo peor. La reacción que fermentaba no estaba sin duda lo bastante segura de su victoria para que pudiera evitar cualquier erupción. Así, nuestra dirección general no puso ningún obstáculo a que los miembros de la capilla real, sumándose al espíritu de la época, formaran una sociedad con el fin de velar por sus intereses cívicos y artísticos. Un músico, llamado Teodoro Uhlig desplegaba en ella una actividad particular. Era un violinista joven que apenas contaba veinte años, con un rostro inteligente, dulce y de una gran nobleza, y que se distinguía de sus colegas de orquesta por la firmeza y la seriedad de su carácter. Yo había observado que en diferentes ocasiones había dado pruebas de un buen golpe de vista, y, además, apreciaba en mucho sus vastos conocimientos musicales. Su espíritu sagaz y sus ardientes deseos de instruirse me inspiraban la mayor simpatía, y no tardé en elegirle para acompañarme en los paseos en los que antes me escoltaba Roeckel.

Un día me rogó que asistiera a una de las reuniones de su sociedad e hiciera uso de la palabra a fin de animar y hacer más fecundos los esfuerzos verdaderamente loables de los músicos. Expuse a estos, que me escucharon con gran atención, un resumen del informe sobre la reforma de la orquesta que el año anterior no había sido aceptada por el director general. Y después de haberles expuesto mis intenciones y mis planes, les dije que habiendo perdido toda esperanza de obtener personalmente alguna cosa de la intendencia les aconsejaba que tomaran ellos mismos la iniciativa de la reforma. Mi proposición fué acogida con gran entusiasmo.

**Lüttichau en cólera** Si Lüttichau permitía a los músicos reunirse en sesiones un día es no es democráticas, lo hacía sin duda para estar al corriente de los móviles revolucionarios de la sociedad. Tenía en ella sus coplas, entre otros un corneta llamado Lewy, hombre repugnante, detestado de todos los músicos, pero especialmente protegido por la Intendencia. Mis palabras fueron, transmitidas —exageradas sin duda— a Lüttichau, quien juzgó llegado el momento de hacerme sentir el peso de su autoridad. Me llamó en

nalmente a su casa, tuve que sufrir la cólera que le habían motivado años de mis actos, me dió a entender que estaba al corriente del plan de reforma que había propuesto al ministerio y me acusó de querer suplantarle.

No me anduve entonces por las ramas para exponerle cuál era mi parecer sobre nuestras relaciones recíprocas, y como Lüttichau me amenazaba que se dirigiese al Rey y exigir mi despido, le repliqué que poco me importaba su amenaza, y, por el contrario, le insté a que ejecutara sus designios, pues contaba con la justicia del Monarca que escucharía sin duda, tanto la acusación como mi defensa. Por otra parte, no veía otro medio para entrevistarme con Su Majestad y darle cuenta de mis quejas personales y las referentes a las artes y al teatro. Esta respuesta no fué ciertamente del agrado de Lüttichau que me preguntó qué debía de hacer para entenderse conmigo, visto que en mi opinión —que él me atribuyó, naturalmente— le acusaba de ser un re-domado granuja. Nos separamos encogiéndonos de hombros.

Sin embargo, a mi antiguo protector le debieron de preocupar mis despropósitos, pues se dirigió a Eduardo Devrient que sabía era apacible y razonable a fin de que éste hiciera uso de su influencia y me hiciera entrar en razón. Devrient cumplió su misión, y al declararle firmemente que no asistiría nunca más a las conferencias teatrales del Intendente, no pudo reprimir una sonrisa, confesó que no había nada que hacer y que Lüttichau se vería obligado a salir del paso como pudiera.

Todo el tiempo que mi destino me retuvo en Dresde como maestro de capilla, experimenté las consecuencias del desfavor real y directorial. Los conciertos de abono que había organizado el año anterior fueron dirigidos por Reissiger, por lo que adquirieron inmediatamente el carácter de nulidad de los conciertos habituales. El público dejó de interesarse por ellos y a duras penas se pudo asegurar su continuidad.

No conseguí representar en la Ópera mi *Fliegender Holländer* a la que el talento de Mitterwurzer hubiera dado una interpretación superior. Mi sobrina encontró desagradable el papel de Senta que le había destinado; prefería *Zampa* y *La favorita* en lo que le apoyaba mi antiguo entusiasta de *Ateniz*, Tichatschek, encantado por su parte de poderse ataviar con tres nuevas y brillantes vestimentas proporcionadas por la dirección. Esas dos «estrellas» de la Ópera de Dresde se habían confabulado para hostilizar mi rigorismo en lo tocante al repertorio, y me dieron pruebas de su animosidad logrando que por vergüenza mía, se representara esa *Favorita* de Donizetti, de la cual tuve que hacer antaño en París unos arreglos para Schlesinger.

Había impugnado con todas mis fuerzas la elección de aquella ópera, para cuyo papel de heroína, y mi hermano compartía mi parecer, era apropiada la voz de mi sobrina; pero cuando se supo mi desavenencia con la dirección, mi renuncia voluntaria a toda influencia y el manifiesto desfavor en que me hallaba, se aprovecharon estas circunstancias para forzarme a dirigir precisamente aquella antipática obra. Además de que era el turno que me correspondía, me utilizaban sobre todo para dirigir *Marta*, de Flotow, obra que no atrala jamás un público numeroso pero que se representaba con frecuencia cuando surgían dificultades a propósito del repertorio.

Así, cuando echaba una ojeada retrospectiva a mi carrera de maestro de capilla que duraba desde hacía siete años, experimentaba una verdadera humillación al observar el mezquino resultado logrado tras tantos esfuerzos. Me decía que si partiera súbitamente de Dresde no dejaría en la ciudad la menor huella de mis actividades, y que si el Rey tenía que juzgar entre el Intendente y yo, a pesar de toda su benevolencia tendría que dar razón al cortesano aunque no fuera más que ateniéndose a las consecuencias.

«Novena sinfonía». El Domingo de Ramos de 1849

Con todo, el Domingo de Ramos del año 1849 me proporcionó una gran satisfacción. Con objeto de asegurar una buena recaudación la orques-

ta había escogido una vez más la *Novena sinfonía* de Beethoven, y los músicos se prepararon a realizar una ejecución impecable. El público dió muestras de un entusiasmo sincero. Miguel Bakunin, que se ocultaba de la policía, asistió en secreto al ensayo general pero al terminarse la audición vino sin temor ninguno a la orquesta y me dijo que si toda la música estuviera condenada a desaparecer en la conflagración universal deberíamos, aún arriesgando nuestra vida, salvar aquella sinfonía. Pocas semanas después parecía, en verdad, encenderse en las calles de Dresde la «conflagración universal», tomando parte en ella Bakunin como jefe pirotécnico.

**Miguel Bakunin** CONOCÍA ya desde hacía algún tiempo aquel hombre extraordinario con quien entré en relación de una manera singular. Ya con

anterioridad su nombre me había llamado la atención en los periódicos a propósito de hechos sorprendentes. Por ejemplo, aunque ruso, había tomado parte en París en una reunión de polacos en la que declaró que poco le importaba ser ruso o polaco, pero sí ser ante todo un hombre libre. Más tarde, Jorge Herwegh me contó que en aquella misma época, estando en París, Bakunin había renunciado a todas las rentas que percibía de su familia, ventajosamente situada en Rusia, y que un día había dado a un mendigo, en los bulevares, los dos francos que constituían toda su fortuna. No quería ver trabada la libertad de su existencia por una última preocupación previosa.

Fué Roeckel, en cuya casa se alojaba Bakunin, quien me reveló la presencia de éste en Dresde. Mi amigo, que llevaba ya una vida desordenada, me invitó a que conociera al revolucionario, perseguido por el gobierno austriaco por haber intervenido en los acontecimientos de Praga en el verano de 1848, así como en el congreso eslavo que los había precedido. No queriendo alejarse demasiado de Bohemia, Bakunin se instaló en Dresde donde se movía con mucha prudencia.

La sensación que había producido en Praga se debía al llamamiento que había dirigido a los checos aconsejándoles que contra la germanización que les inquietaba, no sólo no buscaran apoyo en los rusos sino que por el contrario se defendieran con el fuego y la espada de la influencia de aquellos como de todo otro pueblo tiranizado por el despotismo. Basó un conocimiento superficial de las tendencias de Bakunin para disipar los prejuicios nacionales que los alemanes sentían entonces contra él. Cuando le vi personalmente, vegetando bajo la misera protección de Roeckel, me sorprendió al principio la extraña y sugestionadora personalidad de aquel hombre entonces en pleno vigor de sus treinta años. Todo en él era colosal y de una fuerza ingenua. No creo que se haya preocupado nunca de mí, pues los intelectuales le interesaban muy poco. Lo que quería eran hombres enérgicos y prestos a la acción. Pero más tarde me di cuenta de que era más veraz en la teoría de la devastación que en la práctica de la misma, y que se complacía sobre todo en hablar y discutir; estaba acostumbrado a socializar, y tumbado en el canapé de su huésped debatía con interlocutores diversos los proble-





*Brünnhilde (Nanny Larson) con el Walkiria (Rudolf Buchelmann) en 1951.*



*Sigmund (Peter Hofmann), despidiendo a Brünnhilde, en el II Acto de La Walkiria (1975).*



*Margot Kestel como Brünnhilde.*



de la revolución. En aquellas justas oratorias salía siempre vencedor, pues era imposible defenderse contra los argumentos que exponía con el mayor aplomo y que alcanzaban los últimos límites del radicalismo.

La primera tarde en que nos conocimos me contó su vida. Oficial ruso perteneciente a una encumbrada familia se sentía oprimido bajo el estrecho yugo del militarismo, y la lectura de Rousseau le incitó a buscar un pretexto para huir a Alemania. En Berlín se lanzó al estudio de la filosofía con el propósito de un barbano que despierta a la civilización. Predominaba entonces la filosofía de Hegel, y Bakunin se apropió de tal modo la disciplina de la filosofía que mediante un ensayo escrito y concebido según la dialéctica severa del maestro sumió en un mar de confusiones a los más célebres discípulos de Hegel. Después de haber impugnado, como decía, la filosofía, se fué a Suiza a predicar el comunismo, y luego pasando por Francia y Alemania se trasladó a la frontera de los países eslavos de los cuales esperaba —por su menor grado de civilización— la regeneración del género humano. Basaba sus esperanzas en el carácter eslavo, el más acusado en el tipo nacional ruso. Creía que era el rasgo principal de aquel carácter en la ingenua fraternidad de que daba pruebas el campesino ruso y en el odio natural que siente contra el esclavo que le oprime, o sea, según decía, el instinto del animal mordiendo al hombre que le torturaba. En apoyo de su opinión alegaba también Bakunin la inclinación infantil y diabólica del pueblo ruso por el fuego, de la que había hecho uso Rostopchin en su estratagema contra Napoleón cuando el incendio de Moscú. Arguía Bakunin que bastaría con persuadir al mujik en el que, no obstante la opresión, su bondad nativa había permanecido indemne, que la quema de los castillos señoriales era una obra justa y agradable a Dios para provocar un movimiento general cuyo resultado sería, por lo menos, la destrucción de lo que aún a los ojos del filósofo más profundo de la Europa civilizada, constituye el origen de la miseria del mundo moderno. Poner esa fuerza en movimiento le parecía a Bakunin una tarea digna de un hombre razonable. Y mientras propugnaba a su manera esos terribles principios no cesó durante una hora entera de preservar sus ojos delicados, haciendo uso de su gruesa mano a modo de pantalla, del resplandor de la lámpara.

El aniquilamiento de toda civilización excitaba su entusiasmo. Para lograrlo no desdeñaba ninguna de las palancas políticas posibles, y su conversación en la que apuntaba a veces una jocosa ironía, giraba sobre aquella utopía. Bakunin recibía representantes de todos los matices revolucionarios, pero tenía predilección por los eslavos a quienes pensaba utilizar provechosamente para la demolición del sistema ruso. A pesar de su República, y de su socialismo al modo de Proudhon, los franceses no le inspiraban ninguna confianza. En cuanto a los alemanes, no dió nunca su opinión. La democracia, la república y todo cuanto pudiera parecerseles no le parecían dignas de atención, y con su crítica despiadada pulverizaba las objeciones de cuantos pensaran en reconstruir lo que sería destruido. Recuerdo que un polaco, horrorizado por aquellas teorías, hizo observar que de todos modos sería necesaria una organización estatal para preservar del pillaje al particular que hubiera cultivado su campo. Bakunin le replicó: Levanta, pues, una barrera que circunda tu campo y dedícate a crear nuevamente la policía. El polaco, confuso, no supo qué contestar.

A guisa de consuelo el revolucionario explicó que el mundo nuevo se reconstruiría de por sí. Sólo una cosa debería preocuparnos. ¿De dónde surgiría la fuerza destructiva? ¿Habría quizás alguien lo bastante loco para figurarse que sobreviviría al gran cataclismo? Representémonos a Europa con San Petersburgo, París y Londres convertidos en montones de ruinas: ¿puede acaso suponerse que ante estos gigantescos escombros tendrían aún los incendiarios conciencia de sí mismos? Pero a los que se declaraban partidarios fervorosos de la causa, Bakunin, para inquietarlos, les daba a entender que no era el presunto tirano el mayor de los enemigos sino el filisteo barrigudo cuyo arquetipo representaba el pastor protestante. Bakunin sólo creería en la humanidad de este último cuando le viera entregar a las llamas su propio hogar, su mujer y sus hijos.

Estas aserciones me desconcertaron, tanto más cuanto que Bakunin se reveló hombre sensible y amable. Parecía participar de todas mis preocupaciones e inquietudes a propósito del perpetuo riesgo que corrían mis proyectos artísticos; pero, no obstante, rehusó entrar en detalles y tampoco quiso conocer mis trabajos sobre *Los Nibelungos*. En aquella época, seducido por la lectura de los Evangelios, había esbozado el plan de una tragedia destinada a la escena ideal del futuro: *Jesús de Nazareth*. Bakunin me rogó que desistiera del relato, pero como a través de algunas indicaciones orales traté de interesarle por el mismo, me desecó buena suerte suplicándome vivamente que representara a Jesús como un ser débil. En cuanto a la música me aconsejó que compusiera todas las variantes posibles sobre este único motivo: el tenor debía cantar: «¡Matadle!»; el barítono: «¡Colgadle!» mientras el bajo debía de repetir: «¡A la hoguera! ¡a la hoguera!».

Sin embargo, ese hombre monstruoso me inspiró un sentimiento de satisfacción el día en que conseguí hacerle escuchar las primeras escenas de mi *Fliegender Hollaender*. Después de haber tocado el piano y de cantar, me detuve un momento y entonces Bakunin que se había mostrado más atento que ningún otro exclamó: ¡Es maravillosamente hermoso!, y me suplicó que continuase.

Como llevaba la triste existencia del hombre obligado a ocultarse continuamente, le invitaba a menudo por las tardes a mi casa. Mi mujer le servía para cenar carne fría y finas rodajas de salchichón. Pero nuestro invitado, en lugar de preparar con ellas emparedados al estilo sajón lo engullía todo de una vez. Al darme cuenta del aturdimiento de Minna tuve la debilidad de hacer observar a mi huésped cómo se servía en nuestro país... y entonces como confesó sonriendo que estaba ya harto y que bien podía permitirse comer a su manera. Le sorprendió asimismo el modo de beber en nuestros pequeños vasos. Le repugnaba beber el vino a pequeños sorbos burguesamente distribuidos a fin de hacer más duradero el goce que se experimenta al satisfacer la necesidad del alcohol; un buen trago de aguardiente —aseguraba— respondía infinitamente mejor a aquella necesidad. Por otra parte, le era sumamente odiosa la calculada moderación que prolonga el deleite; un hombre que sea verdaderamente hombre no busca más que el apaciguamiento de la necesidad. El solo y único goce digno del hombre y de la vida es el amor.

Este rasgo y aún muchos otros me probaban que una barba enemiga de toda civilización se entreveraba en aquel tipo singular, con las exigencias del idealismo más puro, por lo que las impresiones que de él recibía pasaban a un involuntario terror a una atracción irresistible. Le gustaba acompañarme en mis paseos solitarios, y como no temía que le estuvieran acechando me en practicar el ejercicio necesario a su salud. Mis tentativas para hacerle comprender mi ideal artístico no obtuvieron ningún resultado mientras

no nos movíamos del terreno de la disquisición. Todo se le antojaba prematuro, y se resistía a admitir que pudieran basarse sobre las necesidades de la de testable sociedad presente las leyes de un porvenir que, según Bakunin, había de ser el resultante de una organización completamente diferente del mundo social. Como sólo preconizaba la destrucción y nada más que la destrucción, acabé por preguntarme de qué modo me singularizaré gozando de aquella en obra. Y entonces, tal como lo había presentado me di cuenta claramente del escaso fundamento de las hipótesis sobre las cuales se cimentaba su plan de acción.

Si mis esperanzas de una regeneración artística de la humanidad me hacían parecer, a su sentir, un hombre poco práctico y encandilado en las nubes, sus suposiciones en lo concerniente a la indispensable destrucción de todas las instituciones civilizadas eran, por lo menos, tan poco fundadas como mis apreciaciones.

A la primera vista, Bakunin parecía en verdad ser el centro de una conspiración universal, pero finalmente me di cuenta de que todos sus proyectos sólo conducían a vagos afanes de revolución semejante a la de Praga, puesta en escena por sólo algunos estudiantes.

Cuando Bakunin estimó propicio el momento se dispuso a trasladarse a aquella ciudad. El viaje era arriesgado y nuestro conspirador tuvo que proveerse del pasaporte de un comerciante inglés. Se vió obligado asimismo a sacrificar a la civilización burguesa su frondosa y ensortijada cabellera y su tupida barba, y dado que no podía acudir al peluquero fué Roedel quien se encargó de la tarea de Figaro. Algunos amigos asistieron a la operación, que fué realizada sirviéndose de una navaja embotada y siendo el paciente el único que se mostró imperturbable a los sufrimientos ocasionados por la maniobra. Nos separamos de Bakunin con la idea de no volverle a ver con vida. Al cabo de ocho días estaba de regreso, y reconoció que había sido mal informado acerca de los asuntos de Praga y del puñado de moralistas que los dirigían. Con tal motivo fué el blanco de las afectuosas burlas de Roedel, y adquirió entre nosotros la reputación de un conspirador palabrero. Mas adelante, todas sus conjeturas sobre el pueblo ruso evidenciaron la misma falta de fundamento que su esperanza en los jóvenes revolucionarios de Praga. Por las ideas subversivas que preconizaba se había creado una fama de individuo extremadamente peligroso, pero jamás supo poner en práctica sus principios.

A pesar de todo con ocasión de la infortunada insurrección de mayo de 1849 observé por mis propios ojos, por decirlo así, como es frecuente el caso de los que no creen en las teorías que profesan, que su conducta no fué nunca guiada por intereses personales.

En el invierno de aquel año mi situación y mi humor habían sido diversamente influidos por la honda efervescencia que por doquier reinaba. Mi única ocupación artística había consistido en realizar un bosquejo del drama en cinco actos *Jesús de Nazareth*. A partir de aquel momento, pasé mi tiempo en recapacitar y en preocuparme por lo que pudiera acontecer. Presentía que mis actividades artísticas en Dresde tocaban a su fin; mi cargo me pesaba cada día más, y especulaba con los acontecimientos para librarme de él. La situación política de Alemania y Sajonia había de desembocar en una catástrofe. Esta catástrofe se avecinaba de día en día, y me complacía en unificar mi sino personal con el del mundo. La reacción levantaba cabeza y parecía querer precipitar el desenlace, por lo que podía esperarse de un momento a otro la lucha decisiva. No era lo bastante exaltado para que me acuciara la tentación de tomar en ella una parte activa, pero me inclinaba a dejarme arrastrar, no importándome dónde me llevara la corriente de los acontecimientos.

El «Tannhauser», en Weimar

PRECISAMENTE en aquella época un nuevo hecho, acogido al principio con sonrisa de incredulidad, pareció tener que acarrear un cambio en mi destino. Desde Weimar, Liszt me anunció para el mes de marzo una representación de *Tannhauser*, bajo su dirección. Era la primera vez que se representaba mi obra fuera de Dresde. Liszt, con una gran modestia, me había dado cuenta de aquella empresa como respondiendo esta a sus deseos personales. Y a fin de asegurar un buen resultado había contratado a Tichatschek para las dos primeras representaciones.

A su regreso, el tenor me dió cuenta, con gran asombro por mi parte, del gran éxito que mi ópera había obtenido en Weimar. Con mis honorarios, el Gran Duque me envió una tabaquera de oro que he utilizado hasta 1864. Todo ello me pareció tan nuevo y singular que estuve tentado de no ver en aquel episodio más que una consecuencia de la amistad que me profesaba un gran artista. ¿De qué me sirve ahora? —me pregunté— ¿no será demasiado pronto o demasiado tarde? Una amable carta de Liszt me decidió, no obstante, a aceptar la invitación que me hacía de ir a pasar algunos días con él para asistir a la tercera representación de *Tannhäuser*. Esta obra debía representarse por los mismos intérpretes de Weimar, ya que se pensaba incluir mi ópera en el repertorio. Entonces solicité de la Dirección unas vacaciones para la segunda semana de mayo.

Síntomas revolucionarios (3 de mayo de 1849)

Pocos días me separaban de aquel acontecimiento pero aquellos fueron nefastos. El primero de mayo el nuevo ministro Beust, reaccionario y nombrado por el rey, disolvió las Cámaras. Una de las consecuencias que me acarreó aquel acto fué el apuro en que me vi de tener que acudir en ayuda de Roedel y los suyos. Por su calidad de diputado, Roedel había gozado hasta entonces de inmunidad parlamentaria, pero disuelta la Cámara tuvo que buscar en la huida su salvación. No contando con otros medios para socorrerle le prometí atender a la continuidad de su periódico, pues gracias en parte a esa publicación vivía su familia. Roedel acababa de franquear la frontera de Bohemia, y, por mi parte, sumido en la mayor perplejidad me esforzaba en hacerme cargo del funcionamiento de la imprenta, cuando ya por todos lados estallaba en Dresde la tormenta tanto tiempo esperada: comisiones tumultuosas, manifestaciones del populacho, ruidosas sesiones de los comités, en fin, todo cuanto presagiaba una guerra civil. El día 3 de mayo la muchedumbre que se apiñaba en las calles daba pábulo a creer que llegaría incontestablemente hacia donde la llevaran, pues el reconocimiento de la Constitución confederativa alemana, reclamado por todas las diputaciones del país, había sido reusada por el gobierno con una firma de la que no solía dar muestras. Por la tarde, solamente como auditor benevolente y en interés del periódico de Roedel que por caridad seguía redactando, asistí a una sesión del «Comité de los Patriotas». La conducta de aquellos hombres a quienes el fervor popular había llevado a la dirección de las asambleas llamó mi atención. Evidentemente, aquella gente no estaba a la altura de la situación y lo estuvieron aún



menos cuando surgió el terrorismo que practican siempre, en semejantes casos, los militantes de las clases bajas contra los representantes de las teorías democráticas. Oí en una confusa barahunda las mociones más disparatadas y las respuestas más indecisas. La necesidad de defenderse constituía el tema principal de los debates. Se discutió la cuestión del armamento pero en medio de tal confusión que cuando se juzgó oportuno levantar la asamblea me llevé de ella una impresión de completo desorden.

Me marché con el pintor Kaufmann, un joven artista de quien había visto, en la exposición de Dresde, algunos cartones con apuntes sobre la «historia del espíritu humano». Recordé que había observado entonces que el rey de Sajonia examinaba los cuadros. Y que cuando se detuvo ante uno de los cartones de Kaufmann representando la tortura de un hereje bajo la inquisición española, el monarca había hecho un movimiento de cabeza y había apartado los ojos de aquella escena que sin duda le parecía desagradable. Conversando con el pintor, que pálido y con el semblante preocupado, preveía indudablemente lo que iba a ocurrir, llegamos a la plaza de Correos, frente a la fuente levantada según los planos de Semper, cuando, de pronto, desde el cercano campanario de la iglesia de Santa Ana tocaron a rebato. ¡Cielos, ya comienza! —exclamó aterrado mi compañero, y desapareció al punto. Me dijeron más tarde que residía en Berna como refugiado político, pero jamás le he vuelto a ver.

El sonido tan próximo de aquella campana me produjo también a mí un efecto sorprendente. Era una tarde soleada, y observé en el acto el mismo fenómeno que el que describió Goethe cuando trató de analizar la sensación que le produjo el cañoneo de Valmy. Toda la plaza me pareció bañada en una luz amarilla algo celada, poco más o menos como en Magdeburgo el día del eclipse de sol. Quedé sumido en una especie de intenso bienestar, y me entraron ganas de chancearme sobre cuanto, hasta entonces, se me había figurado de una grave importancia.

En tal estado de ánimo me trasladé a casa de Tichatschek, sin duda porque vivía muy cerca, con el propósito de pedirle una de las escopetas que dada su gran afición a la caza cuidaba con gran esmero. Tichatschek estaba de vacaciones; sólo encontré a su mujer, y el miedo que la atenazaba me inclinó a la jovialidad. Le aconsejé que pusiera las escopetas de su marido a disposición del «Comité de Patriotas», pues de lo contrario corría el riesgo de que el populacho se las arrebatara. Supe más tarde que la excentricidad de mi humor me fué reputado como un crimen.

Volví de nuevo a la calle para observar si además del campaneó y de la luz amarilla había algo nuevo. En el Viejo Mercado divisé un grupo encandilado en una acalorada discusión en el que reconocí, agradablemente sorprendido, a la señora Schröder-Devrient. Acababa de llegar de Berlín y se enteró, lo que la emocionó en alto grado, que en frente del hotel donde se hospedaba habían disparado contra el pueblo. Había sido testigo en Berlín de una asonada reprimida por la fuerza pública, y estaba indignada de presenciar de nuevo el mismo espectáculo en la ciudad de Dresde que creía tan pacífica. Apartándose súbitamente de la muchedumbre estúpida que escuchaba con visible placer sus apasionadas peroratas, pareció mostrarse encantada de ver a alguien a quien pudiera dirigirse y rogarle que hiciera todo lo posible para poner coto a aquellos actos repugnantes.

Al día siguiente volví a verla en casa de mi viejo amigo Heine donde se había refugiado; allí, al observar mi sangre fría me suplicó una vez más que tratara de atajar aquellas luchas homicidas. La conducta de la señora Schröder-Devrient en aquella ocasión le valió más tarde una acusación de alta traición y de excitación a la rebelión. Y se vio obligada a defenderse y a demostrar su inocencia ante el tribunal, para no perder la pensión que le habían asegurado sus largos años de actividad en la Ópera de Dresde.

«¡A las barricadas!» El famoso 3 de mayo me dirigí en primer lugar hacia los barrios de la ciudad, donde según el rumor público había derramamiento de sangre. Supe que en el momento en que se efectuaba delante del arsenal el relevo de la guardia se había producido una reyerta entre civiles y militares, debido a que un grupo había intentado apoderarse del depósito de armas. Los revolucionarios habían sido dispersados por la bravura de la soldadesca que había hecho uso de las armas. Me acercaba por la calle de Rampisch al campo de batalla cuando me crucé con una compañía de la guardia municipal que, completamente inocente de lo que ocurría, se encontró expuesta al fuego de los soldados. Observé que uno de los guardias, a quien uno de sus camaradas sostenía del brazo, se esforzaba en caminar a buen paso a pesar de que iba arrastrando su pierna derecha. Algunas voces gritaron: «¡Está sangrando!» Advertí, en efecto, las gotas de sangre que iban marcando su paso. Poseído de honda emoción comprendí de pronto el grito que retumbaba a mi alrededor: «¡A las barricadas!» «¡A las barricadas!» Seguí maquinalmente la corriente que retrocedía hacia el arsenal y el Viejo Mercado. Mezclado entre la alborotada muchedumbre observé un grupo que avanzaba a lo ancho de la calle Rosmarin, y que me recordó con cierta exageración la sociedad a la que en una ocasión había facilitado entradas de favor para asistir a una representación de *Rienzi*. Figuraba también entre ellos un jorobado que me hizo pensar en el escribiente Vansen, del *Egmont* de Goethe. Cuando resonó el grito sedicioso: «¡A las barricadas!» le vi frotarse las manos de placer. Finalmente, tras largo tiempo esperada, la revolución, hacía acto de presencia.

Recuerdo muy bien haber sido atraído por lo extraordinario de aquel espectáculo sin que experimentara, no obstante, el menor deseo de sumarme a los combatientes. Con todo, su exaltación que aumentaba por momentos acabó por arrebatarme. Marché tras aquellos insensatos hasta irrumpir en el salón del Consejo municipal. Hubiérase dicho que se trataba de un mutuo acuerdo con los representantes de la ciudad. Penetré luego por los salones de sesiones, y me pareció que reinaba en ellos una desorganización y una peregrinidad generales. Al caer la noche resolví regresar lentamente a mi casa situada en el apartado barrio de Friedrichstadt, y para llegar al cual tuve que franquear las barricadas que habían sido rápidamente construidas aprovechando el material de los puestos ambulantes del mercado. Y al día siguiente me trasladé de nuevo al centro de la ciudad, a fin de proseguir mis observaciones a propósito de tan inauditos acontecimientos.

El jueves, día 4 de mayo, el edificio del ayuntamiento se convirtió, por decirlo así en el foco del movimiento revolucionario. La noticia de que el rey y toda la corte, bajo los consejos del ministro Beust, había salido del castillo para trasladarse en un buque a la fortaleza de Koenigstein, a orillas del Elba, llenó de espanto a la parte moderada de la población que aún confiaba en un acuerdo pacífico entre el Monarca y su pueblo. En esta ocasión, el Consejo municipal se vio desbordado por los acontecimientos, y recabó la cooperación de los miembros de la Cámara sajona que no habían salido de Dresde, quienes se reunieron en el ayuntamiento para conferenciar sobre las medidas a tomar a fin de proteger al Estado que amenazaba derrumbarse. Se envió una comisión al ministerio que regresó diciendo que no había podido localizarlo. Al mismo tiempo se esparció el rumor de que según un convenio había tiempo firmado con el rey de Prusia, éste se disponía a enviar tropas para ocupar Dresde. Había que encontrar, por tanto, el medio de protegerse contra el ataque de hordas extranjeras.

El mismo día llegó la noticia del triunfo del movimiento alemán en Wurtemberg, donde el ejército, por su declaración de fidelidad al Parlamento, había frustrado de tal modo las intenciones del gobierno que éste había aceptado de buen o mal grado la constitución alemana. Los políacos reunidos en el Ayuntamiento sacaron de ello la conclusión de que con tal que pudiera decidirse a las tropas sajonas a tomar una actitud análoga a las de Wurtemberg, también en Dresde se podrían arreglar las cosas amistosamente. El rey se veía así en la obligación de mostrarse buen patriota y oponerse a la ocupación de su país por los prusianos. Se trataba de hacer comprender a los soldados que se hallaban aún en Dresde, la importancia de la actitud que tenían que tomar.

ESTIMANDO que era ese el único medio de salir del caos y llegar a una paz honrosa, confieso que por una vez me dejé llevar a una demostración, que por otra parte, resultó infructuosa. Persuadí al impresor del periódico de Roedel de que no compusiera más que una sola hoja del mayor formato posible, y que redujera el texto a esas palabras impresas en grandes caracteres: «¿Estáis con nosotros contra las tropas extranjeras? Esos pasquines fueron fijados en las barricadas que se suponía serían las primeras en ser atacadas, y debían señalar a los soldados sajones cuál era su deber en el caso de que se vieran obligados a actuar. Naturalmente, esos pasquines sólo fueron observados por quienes más tarde me denunciaron. Y durante todo el día se sucedieron tumultuosas reuniones que no contribuyeron, ciertamente, a aclarar la situación.

La vieja ciudad atrincherada ofrecía un cuadro interesante, y al seguir apasionadamente los preparativos de la defensa me sorprendió ver a Bakunin surgir de pronto de su retiro y pasearse con un traje negro a través de los obstáculos acumulados en la calle. Sin embargo, me equivocaba por completo al creerle feliz y satisfecho por la marcha de los acontecimientos. Todas las medidas tomadas para la resistencia le parecían, al contrario, ejecutadas por niños y me declaró que aquel asunto de Dresde le deparaba la ventaja de no verse ya obligado a ocultarse de la policía y poder pensar en marcharse. Las circunstancias son aquí poco propicias —decía— para que valga la pena de que participe en ellas—. Y mientras deambulaba con el cigarrillo en los labios mofándose de la ingenuidad de los revolucionarios de Dresde, me detuve ante el edificio del Ayuntamiento mirando cómo los guardias comunales armados con fusiles respondían a la voz de mando de su comandante.

Saliendo de las filas de un cuerpo de tropas privilegiadas —la compañía de Cazadores— se dirigieron hacia mí, Rietschel y Semper; el primero se mostraba muy inquieto por el carácter que tomaba el movimiento, y el segundo, que me creía bien informado, me juró que se hallaba en una situación harto embarazosa. La compañía escogida de la que formaba parte estaba animada de un espíritu netamente democrático, pero él, por su profesorado en la Academia de las Artes, no sabía cómo coligar las convicciones de su compañía —que compartía en parte— con su carácter de «ciudadano». La palabra «ciudadano» me produjo un efecto ridículo; miré a Semper fijamente a los ojos y repetí: «¡Ciudadano!». El escultor sonrió extrañamente y se alejó sin decir palabra.

Gobierno provisional AL siguiente día, viernes 5 de mayo, me situé de nuevo como observador apasionado delante del Ayuntamiento. Las cosas habían de tomar un sesgo decisivo. Los escasos diputados que allí se hallaban reunidos no sabían a quién dirigirse para entrar en negociaciones, pues, de hecho, el gobierno había dejado de existir. Y determinaron constituirse ellos mismos en gobierno provisional. Debido a su talento de orador, el profesor Koechly fué encargado de efectuar la proclamación de ese gobierno desde el balcón del ayuntamiento, en presencia de los guardias comunales que permanecieron fieles y de una escasa muchedumbre. Al mismo tiempo se declaró legal la Constitución, y la milicia prestó fidelidad a la misma. Recuerdo que el solemne acto apenas me impresionó, y comprendía cada vez más las dudas que abrigaba Bakunin sobre la importancia de aquellos acontecimientos.

En lo concerniente al aspecto técnico se confirmaron mis dudas cuando Semper, con uniforme completo de soldado ciudadano y tocado con un *chacó*, me informó que la barricada levantada entre la «Wildstrufgasse» y la «Brüdergasse» estaba construida de manera muy defectuosa. Para tranquilizar su conciencia de ingeniero le di las señas de la oficina de la comisión militar encargada de la defensa. Semper entró allí con la sensación de que iba a cumplir una grave misión, y obtuvo sin duda la autorización de construir las importantes obras de defensa que en aquel punto débil eran necesarias. No he vuelto a ver a Semper en Dresde pero supongo que llevó a cabo los trabajos estratégicos que le confió el comité con la conciencia artística de un Miguel Ángel o de un Leonardo de Vinci.

Armisticio (5 de mayo de 1849) Por lo demás, todo el día y la mañana del siguiente, transcurrieron en deliberaciones sobre el armisticio concluido con el comandante de las tropas sajonas. Advertí sobre todo la extraordinaria actividad desplegada por uno de mis antiguos camaradas de Universidad, el abogado Marshall de Bieberstein. Por su cualidad de oficial superior de la guardia comunal de Dresde, y por su celo incomparable, se distinguía ventajosamente del ingente número de charlatanes que había producido la revolución. Aquel mismo día se nombró comandante de las fuerzas revolucionarias a un ex-general griego llamado Heinz Bakunin, que continuaba de vez en vez haciendo acto de presencia, no





*Despedida de Wotan, en ilustración de Ferd. Leeke.*



*Frida Leider, Brünnhilde en Bayreuth de 1928 a 1938.*



*Amalie Materna, la Brünnhilde del Bayreuth de 1876.*

*Gertrude Kappel, Brünnhilde de 1912 a 1936.*



*Franz Völker, Siegmund de 1933 a 1942 en Bayreuth.*





estaba sin embargo tranquilo. El gobierno provisional depositaba toda su esperanza en una solución pacífica lograda por la influencia moral, pero Bakunin estimaba con razón que aquel se llamaba a engaño y preveía claramente un ataque bien preparado de parte de los prusianos. A su parecer, sólo podíase defenderse de él mediante acertadas medidas estratégicas, y dado que carecían los revolucionarios de las capacidades militares necesarias aconsejaba que se dirigieran éstos a algunos oficiales polacos ya experimentados que residían en Dresde. Esta proposición fué impugnada en el acto, pues, por otra parte, se confiaba mucho en las negociaciones iniciadas con el Parlamento de Francfort, a la sazón en plena agonía. Aunque todo el mundo deseaba que las cosas se llevaran a cabo con la mayor lealtad posible, el tiempo pasaba agradablemente; y en aquellas deliciosas tardes primaverales las hermosas damas y sus caballeros se paseaban a través de las calles llenas de trincheras y parapetos; hubiérase dicho que todo aquello no tenía otra finalidad que la de divertir al público. También a mí me daba el espectáculo una sensación de beatitud a la que se mezclaba la idea de que aquella historia, que no presentaba ciertamente visos de seriedad, tomaría fin con una benévola proclama del gobierno. Y sin darme prisa regresé a mi casa ya entrada la noche, meditando a propósito de un nuevo drama sobre *Aquiles*, que desde hacía largo tiempo me preocupaba.

Encontré en casa a mis dos sobrinas Clara y Otilia Brockhaus, hijas de mi hermana Luisa. Desde hacía un año vivían en pensión en Dresde, y su visita semanal aportaba a mi hogar la alegría y el alborozo juvenil de que carecía. Estuvimos pues, del mejor humor del mundo; simpatizamos con las barricadas y no temimos desear la victoria para quienes las habían levantado. Y durante todo el día del viernes, 5 de mayo, la influencia del armisticio alenó aquel excelente estado de ánimo.

De todas partes llegaban noticias que hacían presagiar un levantamiento general en Alemania. El Gran Ducado de Baden y el Palatinado estaban en plena efervescencia a favor del Imperio; se rumoreaba asimismo que ciudades como Breslau se removían inquietamente, y cuerpos francos de estudiantes que se habían formado en Leipzig habían llegado a Dresde donde habían sido aclamados por la población. En el ayuntamiento se había organizado un departamento completo de defensa, del que formaba parte el joven Heine, el mismo cuya intervención a favor de la representación de *Lohengrin* había fracasado como la mía. Especialmente la Erzgebirge sajón prometía refuerzos poderosos, y tenía uno motivos para creer que si la «Vieja ciudad» continuaba atrincherándose con tesón, se llegaría a rechazar victoriosamente la ocupación extranjera.

El sábado, 6 de mayo, los acontecimientos adquirieron una mayor gravedad. Las tropas prusianas irrumpieron en la «Ciudad nueva», y los militares sajones que recibían a la sazón su bautismo de fuego opusieron resistencia. A mediodía, terminada la tregua, los prusianos apoyados por varias piezas de artillería, trataron de apoderarse de una de las posiciones principales de los revolucionarios, situada en el Mercado Nuevo. Se me figuraba que la cuestión iba a resolverse en el primer encuentro, pues ni en unos ni en otros advertía el ardimiento y la gravedad indispensables a quienes están dispuestos a soportar las pruebas más duras. Al oír el crepitar de la fusilería, lamenté no poder ser testigo de aquel primer choque, y se me ocurrió la idea de encaramarme a la «Torre de la Cruz». A pesar de que aún desde aquella altura prominente no podía tener una idea clara sobre la situación observé, no obstante, que después de una hora de nutrido cañoneo las piezas prusianas fueron reducidas al silencio y se retiraron. El pueblo rubricó aquella retirada con un jhurra! entusiasta. El primer ataque pareció, pues, haber sido rechazado, y, a partir de aquel momento, mi interés por los acontecimientos cobró un carácter cada vez más apasionado.

Con objeto de adquirir más informes me dirigí corriendo al Ayuntamiento, en medio de la infernal baraúnda que reinaba por doquier. Finalmente, Bakunin, que figuraba en el grupo de los principales, me relató con una gran precisión lo que había ocurrido.

**Arrojo de Heubner** HABÍAN llegado noticias de que en una de las barricadas más amenazadas, en el Mercado Nuevo, los defensores, ante la intensidad del ataque, habían puesto pies en polvorosa. Inmediatamente, mi amigo Marschall de Bieberstein y otro graduado de la guardia comunal, León de Zichlinsky, hicieron un llamamiento a los voluntarios y los condujeron hacia la abandonada posición. Desprovisto de armas y con la cabeza descubierta, Heubner, el magistrado de Friburgo, único representante del Gobierno Provisional — los otros dos jefes Todt y Tschirner se esfumaron al primer susto — se lanzó con denuedo sobre la baricada en cuestión, y con sus enardecidas palabras había conseguido arrastrar tras él a los voluntarios.

El éxito fué completo. Fué reconquistada inmediatamente, y un fuego tan inesperado como enérgico hizo retroceder a los desalojados que intentaban recuperar de nuevo la posición. Bakunin que en pos de los voluntarios había sido testigo de la escena, me declaró que a pesar de la cerrazón de sus opiniones políticas, Heubner, que pertenecía a la izquierda moderada de la Cámara sajona, era todo un hombre y que él, Bakunin, no había vacilado, aún con riesgo de su vida, a ponerse en seguida a su disposición. Por su parte, Heubner debió de reconocer la necesidad imperiosa de hacer uso de medios enérgicos, y no desestimó los consejos de violencia de Bakunin. Dada la notoria incapacidad del comandante se adjuntó al jefe de los revolucionarios un grupo de asesores, compuesto por oficiales polacos muy experimentados. Bakunin, que se jactaba en afirmar que nada comprendía del arte de la guerra propiamente dicho, no se movió del Ayuntamiento, ni abandonó a Heubner un solo momento, y con imperturbable sangre fría tampoco cesó de dar las opiniones e informes que se le solicitaban.

**En la «Torre de la Cruz»** DURANTE el resto del día el combate se limitó a escaramuzas de fusileros en torno a diferentes posiciones. A fin de tener una visión conjunta de la situación me dispuse a encaramarme de nuevo a la «Torre de la Cruz»; pero para llegar a ella era preciso franquear un espacio expuesto a los disparos de las tropas apostadas en el Castillo Real. Ese espacio estaba siempre desierto, y no resistí a la singular tentación de pasar por él cautelosamente, pues sabía que en estas circunstancias se recomienda a los soldados bisoños que no den nunca muestras de un apresuramiento que atrae a las balas. Una vez hube alcanzado mi puesto prominente, hallé en él a otros espectadores movidos unos por la curiosidad y otros enviados por el mando revolucionario para atisbar los movimientos del enemigo. Se hallaba entre ellos un profesor llamado Berthold, hombre

apacible y sosegado, aunque convepido y resuelto, con quien ensarté una grave discusión filosófica que derivó hacia el terreno de la religión. Y sin dejar de hablar, con un jergón que le había proporcionado el guardia de la torre había construido con gran destreza un parapeto para protegernos de las balas de los carabineros prusianos, que apostados en las torres de la iglesia de Nuestra Señora habían escogido como blanco el sitio que ocupábamos. A pesar de que la noche se nos venía encima no me atreví a abandonar mi interesante refugio, y por mediación del guardia hice llegar una esquila a mi mujer con objeto de ponerla sobre aviso y pedirle al mismo tiempo provisiones de boca. Bajo la campana de la torre que redoblaba terriblemente, y mientras las balas golpeaban sin interrupción los muros, pasé allí una de las noches más extraordinarias de mi vida, compartiendo con Berthold la guardia y el sueño.

El domingo, 7 de mayo, fué un día admirable. Me despertó el canto de un ruiseñor apostado en el jardín Schütz, próximo a nosotros. Un completo silencio y una paz deliciosa reinaban en la ciudad y en el campo que se cubrió hasta la lejanía, al levantarse el sol, de una espesa neblina a través de la cual percibimos claramente la música de *La Marsellesa*, que llegaba a nuestros oídos desde los alrededores de la *Tharanderstrasse*. A medida que los sonidos se iban acercando se disipaba la bruma, y pronto el sol, esparciendo una luz púrpura, hizo relucir los fusiles de una larga columna que llegaba a la ciudad. No era posible resistir la impresión de aquel espectáculo. Lo que por espacio de tanto tiempo había echado de menos en el pueblo alemán, el elemento cuya ausencia tanto había contribuido a cimenfar mi mal humor se ofrecía en aquellos momentos a mis ojos como un símbolo de radiantes colores. Aquella columna se componía de varios miles de mineros de la Erzgebirge, bien armados y organizados, que acudían en auxilio de Dresde. Los vimos desfilar ante el Ayuntamiento, y después que hubieron sido objeto de entusiastas aclamaciones, sentaron sus reales en la plaza y se entregaron al descanso. Otros refuerzos llegaron a la ciudad durante el día, y la bravura de que habían dado muestra la víspera parecía recibir la debida recompensa.

Sin embargo, las tropas prusianas modificaron, al parecer, su plan de ataque, y en lugar de concentrarse frente a una sola posición cargaron sobre diferentes puntos a la vez. Los recién llegados habían traído consigo cuatro pequeños cañones pertenecientes a un tal Thade de Burgk, a quien va conocía por el benévolo, pero ridículamente fastidioso, discurso que había pronunciado en la fiesta del aniversario de la *Liedertafel*. Le recuerdo ahora con cierta ironía al recordar los disparos que desde las barricadas hicieron sus cañones sobre los asaltantes.

Con todo, me embargó una profunda impresión cuando, hacia las once, un violento incendio devoraba el edificio de la vieja Opera, donde pocas semanas antes había dirigido la última interpretación de la *Novena sinfonía*. De siempre, este edificio, que no era más que provisional y en cuyo interior había amontonadas telas y maderas, parecía predestinado a ser pasto de las llamas. Me dijeron que fué incendiado exprofeso para proteger contra un ataque del enemigo aquella parte de la ciudad, así como la famosa barricada de Semper. Y senté la conclusión de que motivos así son en este mundo mucho más poderosos que los de pura estética, pues desde hacía largo tiempo se había reclamado inútilmente el derribo de aquel abominable edificio que lastimaba el aspecto del elegante palacio del *Zwinger*. Abarrotado de materias de fácil combustión su fábrica fué pronto pasto de las llamas, y cuando estas alcanzaron la techumbre metálica de las galerías del *Zwinger*, y las planchas de cinc, bajo la acción del calor comenzaron a ondularse como admirables olas azuladas, los espectadores, al creer amenazado aquel monumento de historia natural, deploraron vivamente el incendio. Algunos afirmaron que el salón de las armaduras corría peligro, a lo que contestó un soldado miliciano que no valía la pena preocuparse si se incendiaban o no los «nobles disecados». Con todo, prevaleció el sentimiento del amor al arte y se atajó el fuego que, en verdad, no causó grandes estragos.

**El espanto de la señora Roeckel** Poco a poco nuestro puesto de observación, relativamente seguro, se fué llenando de numerosos ciudadanos que habían recibido la orden de proteger desde allí la entrada del Mercado Viejo, poco resguardada del lado de la calle de la Cruz. Desarmado como estaba, no era aquel, por supuesto, mi sitio. Por otra parte, había recibido una misiva de mi mujer que tremendamente inquieta reclamaba mi presencia. A duras penas y dando muchos rodeos para evitar las calles donde aún se luchaba, y sobre todo el cañoneo que procedía del *Zwinger*, conseguí llegar al apartado barrio donde residía. En nuestra vivienda rodeaban a Minna, presas de gran excitación, numerosas mujeres entre las que figuraba, fuera de sí por el miedo, la señora Roeckel, que creía que su marido, enterado de los sucesos de Dresde, había vuelto a la ciudad y tomaba parte en la refriega. Y, en verdad, aunque oí decir que había vuelto Roeckel, no logré verle.

Como siempre, la presencia de mis jóvenes sobrinas me devolvió el buen humor. El ruido de la fusilería las había encandilado hasta el punto de que mi mujer, tranquilizada por mi presencia, acabó por contagiarse de la animación de las jóvenes. Todas estaban en contra del escultor Haenel, que por miedo a los revolucionarios había exigido que se cerrase la casa. Le horrorizaban sobre todo, los hombres armados de hoces que habían pasado por la calle, lo que originó las burlas de las mujeres. De suerte que aquel domingo transcurrió como en una fiesta de familia.

**Roeckel en plena acción** Al día siguiente, el lunes 8 de mayo, traté de volver al escenario del combate y llegar hasta el Ayuntamiento con el propósito de obtener informaciones. En el momento

en que, cerca de la iglesia de Santa Ana, escalaba una barricada, un guardia comunal me gritó: «Ha surgido, señor maestro de capilla, la divina chispa de la alegría y el viejo caserón podrido ha ardido por los cuatro costados (1)». Se trataba, sin duda, de un auditor ferviente de la *Novena sinfonía* y su *pathos*, que me llegó de improviso, me confortó a mil maravillas. Un poco más lejos, en una calle solitaria del barrio de Plauen, me crucé con el músico Hiebendahl, oboe de la capilla, aún hoy día muy estimado. Vestía el uniforme de guardia comunal, sin fusil, y dialogaba con un ciudadano igualmente desarmado. Al verme estimó su deber recordar mi intervención contra Roeckel, quien provisto de una orden revolucionaria estaba investigando el

(1) Alusión a un pasaje de la *Novena sinfonía*. (N. del A.)



En aquel momento, Roeckel, seguido por dos guardias comunales armados de sencillos fusiles, avanzaba hacia mí. Me saludó cordialmente pero volviéndome al punto hacia Hiebendahl y su vecino, les preguntó por qué se hallaban charlando allí en lugar de estar en su puesto. Hiebendahl se excusó objetando que le habían requisado su fusil, y entonces Roeckel les gritó, riendo: —¡Vaya un par de buenos mozos que estáis hechos! — y los dejó plantados. Mientras caminábamos, Roeckel me contó rápidamente las aventuras que le habían ocurrido desde la última vez que nos vimos, y tuvo la delicadeza de no querer informarme de cual había sido mi intervención en su periódico.

En el Ayuntamiento encontré a Bakunin, quien me dijo que, siguiendo su consejo, el Gobierno Provisional había decidido abandonar su insostenible situación en Dresde y ejecutar una retirada armada hacia las montañas de la Erzgebirge, donde se reunirían con él los refuerzos que llegaban de todas partes y especialmente de la Turingia. Allí habría medios para preparar la guerra popular alemana, lo que no era posible en Dresde, puesto que los más brillantes combates en sus atrincheradas calles tenían siempre el carácter de una revuelta.

En mi precipitado regreso al barrio de Friedrichstadt me di cuenta de que las comunicaciones entre este barrio y el centro de la Ciudad estaban dominadas casi por completo por las tropas prusianas, y comprendí qué desagradables consecuencias nos acarrearía el estado de sitio resultante de la ocupación militar. No me fué difícil convencer a Minna de la necesidad de huir conmigo por la calle Tharand, todavía libre, y trasladarnos a Chemnitz a casa de mi hermana Clara. Mi mujer se apresuró a arreglar sus cosas y me prometió reunirse conmigo una hora más tarde en el pueblo más próximo, donde adelantándome con mi perrito «Peps» debía de procurarme un coche para nuestro viaje.

verdad era algarabía.

Cuando acompañado de Minna enfilábamos por último, en coche, la carretera de la Erzgebirge, nos cruzamos con numerosas escuadras de tropas recién equipadas que se dirigían a Dresde. Su encuentro nos produjo una gran alegría, y mi mujer no se recataba de alentarles, gritando que todas las barreras todavía resistían. Sin embargo, nos causó una penosa impresión ver a una compañía de soldados caminar silenciosamente hacia Dresde. Y cuando les preguntamos adonde iban, respondieron secamente, de acuerdo sin duda con la orden que les habían dado: A cumplir nuestro deber.

Llegada a Chemnitz  
y retorno a Dresde

ENCONTRÉ por último a algunos miembros del Gobierno Provisional, entre ellos Todt y Tschirner, quienes pasado el primer momento, se habían olvidado y perdido.

Habla a su lado un joven polaco galitziano, llamado Hamberg, que poco tiempo antes me había rogado Bakunin que lo recomendara a Lipinsky para que éste le diese lecciones de violín. No le agradaba a Bakunin que aquel adolescente, falto de experiencia y que le admiraba apasionadamente, se arriesgara en la contienda, aunque le felicitó cordialmente cuando le vió regresar con un fusil en bandolera, después de haber luchado en las barricadas. Habla ordenado al joven que se sentara a su lado en el colchón, y cada vez que le veía estremecerse al ruido de un cañonazo demasiado violento le daba una palmada en los hombros, diciéndole: ¡No es lo mismo que estar junto a tu violín! ¿Por qué lo abandonaste, desventurado músico?

Bakunin propuso entonces almacenar todos los depósitos de pólvora en los sótanos del mentado edificio y hacerlo saltar en cuanto se acercaran los prusianos; pero el Consejo Municipal, que continuaba ejerciendo sus funciones en un despacho interior, protestó con energía contra semejante proposición. Como Bakunin no cedía en su idea, el Consejo se afanó en desprenderse de todas las provisiones de pólvora y se arrojó a su causa a Heubner a quien Bakunin nada sabía negar. Tomadas ya todas las disposiciones, la retirada hacia al Erzgebirge que tenía que efectuarse el día anterior había sido definitivamente decidida para el siguiente a primera hora. El joven Zinchlinsky había recibido ya la orden de proteger con este fin la carretera de Plauen. En cuanto a Roeckel, Bakunin me dijo que no le había visto desde la víspera; sin duda lo habían apresado, pues en aquellos últimos tiempos había dado muestras de gran nerviosidad.

Retirada armada  
hacia la Erzgebirge

Al día siguiente, después de toda suerte de aventuras, llegamos a Friburgo, donde me dediqué inmediatamente a la búsqueda de los reservistas. Marschall les aconsejó que requisaran por los pueblos tantos vehículos y caballos como pudieran. Cuando se pusieron en marcha hacia Dresde, espoleado yo por el vehemente deseo de tomar parte en los acontecimientos de la ciudad, quise regresar a ella, pero Marschall me declaró que la misión que tenía confiada le obligaba a adentrarse más aún en el país, y me pidió permiso para dejarme.

135



*Siegmund (Peter Hofmann) y  
Sieglinde (Hannelore Bode) en  
Bayreuth en 1976.*



*La Fricka que fue Luise Reuss-Belger,  
en la primera década de nuestro siglo.*



*Wotan (Rundgassen) con  
Brünnhilde (Birgit Nilsson).*



*Sieglinde (Leonie Rysanek) y Siegmund  
(James King), en Bayreuth en 1965.*



¿Qué sucede? — le gritó. — ¿A dónde vais?  
A casa — replicaron. — En Dresde todo ha terminado. En aquel coche que se ve a lo lejos nos sigue el Gobierno Provisional.

SALTÉ de mi asiento, y cediendo el vehículo a los que estaban causados, corrí apresuradamente por la carretera al encuentro del desdichado Gobierno Provisional. Y en efecto, en un elegante landó de alquiler que cubría fatigosamente la cuesta vi a Heubner, a Bakunin y a Martín. Este último el energico secretario de la administración de correos. Bakunin y Martín iban armados con sendos fusiles. Los empleados del secretariado habían tomado asiento en el interior del vehículo, y en la parte trasera del mismo se habían acomodado todos los guardias nacionales fatigados que habían encontrado sitio donde agarrarse. Al intentar introducirme en el coche oí un singular coloquio entre el conductor y los miembros del Gobierno Provisional. El hombre del pescante suplicaba que aliviaran el peso que soportaba el carruaje, cuyos endeble muelles no estaban hechos para aquellos trotes, y rogaba al Gobierno que hiciera apearse a cuantos se habían aferrado delante y detrás.

Bakunin estimó mas interesante relatarme la afortunada retirada de Dresde, que se había efectuado sin ninguna pérdida. Aquella misma mañana había mandado derribar los árboles recién plantados de la avenida de Maximiliano a fin de proteger su flanco izquierdo de un ataque de la caballería prusiana. Las lamentaciones de los moradores del pascu, que gemían en voz alta por la pérdida de los frondosos árboles, le habían divertido en grado sumo. Entre tanto, nuestro cochero plañía cada vez más fuertemente hasta que acabó por prorrumpir en sollozos. Bakunin le contemplaba con semblante satisfecho, sin dignarse dirigirle una sola palabra y se contentó con exclamar: «¡Las lágrimas de los filisteos son el néctar de los dioses!»

A Heubner y a mí esta escena comenzaba a fastidiarme, y mi amigo me preguntó que, puesto que los otros se resistían a apearse, debíamos hacerlo nosotros. Por otra parte, parecía oportuno abandonar el landó, pues las nuevas tropas de franco-tiradores se alineaban a lo largo de la calzada para recibir las órdenes del Gobierno Provisional. Entonces Heubner, con una gran dignidad, revistió las tropas, comunicó a los jefes el estado de la situación y les instó a que guardasen su confianza y fidelidad a la causa por la que ya se había vertido tanta sangre. Todos tenían que retirarse hacia Friburgo y aguardar allí las órdenes que pudieran llegar.

Surgió entonces de entre las filas de las tropas un tal Menzendorff, predicador católico alemán, hombre serio, joven aun, a quien conocía ventajosamente de Dresde, donde en el transcurso de una interesante conversación había llamado mi atención sobre el escritor Feuerbach. Había venido a colocarse bajo la protección del Gobierno Provisional, pues, según explicó, habiendo sugerido en una asamblea popular el envío a Dresde de la guardia comunal de Chemnitz, fué maltratado por el jefe de dicha columna cuando se recibió la orden de retirarla: se lo habían llevado prisionero y sólo debía su libertad a haberse cruzado con franco-tiradores de distinta índole.

Columbramos a lo lejos, detenida en una colina, la guardia comunal de Chemnitz. Esta envió una comisión que recabó de Heubner ciertas aclaraciones respecto a la marcha de los acontecimientos. En posesión de ellas, y sabiendo que proseguiría la lucha con tenacidad, la comisión invitó al Gobierno Provisional a que se instalara en Chemnitz. En cuanto aquella se reunió con la tropa vimos a los franco-tiradores reorganizar sus filas y reemprender inmediatamente el camino de Chemnitz. Tras varias interrupciones de este género nuestra comitiva, bastante desordenada, arribó finalmente a Friburgo donde Heubner fué recibido por varios amigos que le instaron a que no expusiera su ciudad nativa a los peligros de la guerra civil, instalando en ella el Gobierno Provisional. Heubner nada respondió y nos rogó a Bakunin y a mí que le acompañáramos a su casa para deliberar. Allí fuimos testigos de una escena emocionante entre Heubner y su mujer, a quien volvía a ver después de tantas tribulaciones. En breves palabras le hizo comprender la gravedad y la importancia de la misión que le había sido confiada. Se consagraba a Alemania y al noble porvenir de la nación, y estaba dispuesto a sacrificar su vida.

**Conferencia entre Heubner y Bakunin** Nos sirvieron el almuerzo, y con el brío y el buen humor propios de una abundante colación, Heubner dirigió a Bakunin una breve y contundente alocución. Como apenas le conocía ni siquiera sabía pronunciar exactamente su nombre... querido Bakunin — le dijo —: antes de tomar una decisión es preciso que me digas si el fin político que persigues es, como me han dicho, la república roja. Por eso te ruego que te manifiestes abiertamente a fin de que sepa si en lo sucesivo puedo contar con tu amistad.

Prescindiendo de eufemismos Bakunin respondió que las formas de gobierno le importaban un bledo, y que no arriesgaría la vida por ninguna de ellas. En cuanto a sus deseos y esperanzas, eran tan vastos que no podían tener relación alguna con los disturbios de Dresde y las ramificaciones que éstos pudieran tener en Alemania. Hasta el momento en que se había dado cuenta del efecto que producía la conducta noble y esforzada de Heubner, a Bakunin le había parecido aquella revolución un movimiento ridículo e insensato. A partir de aquel instante las consideraciones políticas cedieron paso al interés que le inspiraba aquel entusiasmo, y tomó inmediatamente la resolución de colaborar como amigo activo y adicto con aquel hombre sobresaliente, a pesar de que éste perteneciera a un partido político moderado respecto al cual Bakunin, poco informado sobre el movimiento de los partidos en Alemania, no podía prever cual podría ser su porvenir.

**Consejos de Bakunin** HEUBNER se declaró satisfecho de aquella respuesta, y solicitó de Bakunin su opinión sobre el actual estado de cosas. ¿No era acaso justo y acertado licenciar las tropas y renunciar a una lucha evidentemente desesperada? El ruso, con su convicción y su serenidad habituales, respondió que salvo el propio Heubner todo el mundo estaba en libertad de renunciar a la lucha. En su calidad de primer miembro del Gobierno Provisional, sus conciudadanos habían acudido al llamamiento a las armas que se les había hecho, centenares de vidas habían sido sacrificadas, y licenciar a los combatientes hubiera sido tanto como confesar que aquellas víctimas habían sido inmoladas a una pura vanidad, por lo que quedando solo ellos dos no podían abandonar su puesto. En caso de derrota pagarían con su vida, pero era preciso conservar inmaculado su honor a fin de que si mas adelante se produjera un llamamiento semejante, no inspirara éste la duda y la desesperación.

Este lenguaje decidió a Heubner, que redactó inmediatamente una proclama en la que pedía para Sajonia la elección de una Asamblea constituyente que había de ser convocada en Chemnitz. Estaba posible instalar en dicha ciudad la sede del Gobierno Provisional, y que mientras se aclarara la situación política general de Alemania, se viera a aquél asistido por la población y las numerosas tropas de combatientes revolucionarios cuya colaboración le anunciaban. Mientras tenía lugar el conciliábulo, narios cuya colaboración le anunciaban. Mientras tenía lugar el conciliábulo, aquellas tres ultimas jornadas de Dresde, Born, a plena satisfacción de Heubner, había sido encargado del mando de las tropas, y acababa de comunicar a éste que la retirada hacia Friburgo se había llevado a cabo con perfecto orden y sin ninguna pérdida. Al darnos cuenta de su comunicación aquel hombre joven, de porte modesto, nos produjo un excelente efecto. Al preguntarle Heubner si se encargaría de defender Friburgo contra un eventual ataque del ejército, respondió que no siendo militar no entendía nada de estrategia, y que únicamente un oficial podría asumir esta misión. En tales condiciones pareció preferible, aunque sólo fuera para ganar tiempo, replegarse hacia la populosa ciudad de Chemnitz. Ante todo, había que atender, sin embargo, al aprovisionamiento de las masas de franco-tiradores congregadas en Friburgo.

Con este objeto, despidióse Born de nosotros para tomar las primeras medidas, y lo mismo hizo Heubner para entregarse a una hora de reposo. Me quedé solo en el canapé con Bakunin, pero vencido éste prontamente por el sueño, reclinó pesadamente su voluminosa cabeza sobre mis hombros. Al observar que se había dormido profundamente coloqué su cabeza en el respaldo del canapé y salí de casa de Heubner para informarme, como lo hacía con gran interés desde hacía varios días, de la marcha de los acontecimientos. Llegué a la Plaza del Ayuntamiento, donde los burgueses de la ciudad se las arreglaban como mejor podían con las inquietas y sobreexcitadas bandas de franco-tiradores. ¿Cuál no sería mi asombro al encontrar allí a Heubner, a quien creía durmiendo en su casa! Demasiado inquieto para dejar a la gente, ni siquiera una hora, sin su dirección, bulla de actividad. Instaló un puesto de mando en el que en medio de la infernal barahúnda que le rodeaba, comenzó la organización de las fuerzas. No tardó Bakunin en reunirse con nosotros. Insistió principalmente en que se escogiera un buen oficial, pero no encontramos ninguno. En esto, un hombre de edad madura que acababa de llegar del Voigtland al frente de un importante grupo de fuerzas, impresionó a Bakunin con sus enérgicas soflamas, por lo que nuestro amigo propuso que le nombraran en el acto comandante en jefe. Era imposible, no obstante, tomar una resolución así, en medio de aquel espantoso tumulto. Sólo confiábamos en llegar a dominar aquel desorden en Chemnitz, y, por ello, Heubner dió la orden de que en cuanto hubiésemos reparado nuestras fuerzas reanudáramos la marcha hacia dicha ciudad.

Como deseaba ardientemente salir de aquel caos, en cuanto se tomó la mentada decisión declaré a mis amigos que emprendería solo el camino, y que al siguiente día me reuniría con ellos en Chemnitz. Tuve la fortuna de atrapar aún la diligencia que estaba a punto de salir, y pude ocupar un asiento. Sin embargo, como los franco-tiradores iniciaban ya su marcha por el mismo camino, se convino de que para no ser impelidos por la turba, multa, esperaríamos el vehículo a que se hubiera terminado el desfile de los milicianos, que duró largo tiempo. Mientras, me puse a examinar el porte de aquellos revolucionarios. Un grupo del Voigtland llamó particularmente mi atención por la extravagante compostura de sus hombres que obedecían al redoble de un tambor que trataba de quebrar la monotonía de su música, dando alternativamente con los palillos sobre la piel y la madera de la caja. Y aquel ruido seco y desagradable me recordó el castañeteo macabro de una danza nocturna de esqueletos, que con horrible realismo oí durante la ejecución en París de la *Sinfonía fantástica* de Berlioz.

**Llegada a Chemnitz** De pronto, me acudió el deseo de volver a ver a mis amigos y pensaba que tal vez podría efectuar con ellos el viaje a Chemnitz. Mas no estaban ya en el Ayuntamiento; corrí a casa de Heubner y me dijeron que estaba durmiendo. Volví entonces hacia la diligencia que aguardaba aún a que estuviera libre la carretera. Impaciente y preocupado comencé a pasear a grandes zancadas, y, por último, vencido por la desconfianza fui de nuevo a casa de Heubner para rogarle que me admitiera como compañero de viaje. Habíase ya marchado con Bakunin. Desesperado, tuve que acomodarme como pude en la diligencia que estaba a punto de salir. Después de muchas paradas y no pocas aventuras llegué a Chemnitz ya muy entrada la noche, y me hospedé en el primer hotel que encontré, donde dormí algunas horas. Al día siguiente, a las cinco de la mañana, me trasladé a casa de mi cuñado Wolfram que vivía a quince minutos de la ciudad.

**Detención de Heubner y Bakunin** Por el camino, pregunté a un cuerpo de guardia si había llegado ya el Gobierno Provisional. — ¿El Gobierno Provisional? — replicaron —. ¡Pero, por Dios, si ya no existe! — No comprendí nada, y en casa de mis parientes donde mi cuñado se hallaba ausente, reclamado a la ciudad como guardia cívico, tampoco pudí informarme acerca de lo que ocurría en Chemnitz. Mi cuñado regresó aquella misma mañana, y nos contó finalmente lo que había sucedido mientras yo dormía en el hotel. Al parecer, Heubner, Bakunin y aquel Martín a quien ya me he referido, habían llegado antes que yo a Chemnitz. Al requerirles su identidad, Heubner, con gran aplomo, declaró su nombre y dió al mismo tiempo orden de que comunicasen a las autoridades el hotel donde tenían intención de hospedarse. Apenas se hubieron retirado a sus habitaciones irrumpió en ellas la gendarmería y en nombre del gobierno del distrito practicó su detención. Heubner, Bakunin y Martín suplicaron entonces que por lo menos se les permitiese dormir algunas horas, dado que en el estado de extenuación en que se hallaban no era de temer el menor intento de evasión.

Aquella misma mañana, fuertemente escoltados, fueron conducidos a Altenburgo. Desgraciadamente, mi cuñado me confesó que la guardia comunal de Chemnitz había marchado hacia Dresde contra su voluntad, y con el oculto propósito de sumarse lo más pronto posible a las tropas realistas. Al invitarle a trasladarse a Chemnitz se tendió a Heubner una celada. El comandante de la guardia, que vino a la ciudad mucho antes que él, apostó centinelas en sus puertas a fin de que en cuanto llegase Heubner le detuvieran inmediatamente. Mi cuñado, a cuyos oídos habían llegado los comentarios de los jefes de la Guardia Comunal respecto a mi confraternización con los revolucionarios, estaba muy inquieto por lo que pudiera sucederme. En todo caso, la casualidad venturosa me impidió entrar con los otros en





... fondo, no me daba exacta cuenta de la relación existente entre mi...  
... la justicia de mi país. ¿Era merecedor de castigo según la ley? Lo...  
... raba. Entre tanto, se llegaban las noticias más alarmantes acerca de los...  
... sucesos de Dresde. Principalmente el actor Genast suscitó una eme...

... ción general al esparcir rumores acerca de actos de pillaje cometidos por...  
... Roedel, harto conocido en Weimar. Por la sinceridad de mis declaraciones...  
... no tardó Liszt en darse cuenta de que también yo había estado metido en...  
... aquellos horribles sucesos. Con todo, durante algún tiempo se enfadó...  
... sobre mi conducta, y por mi parte, ciertas razones completamente al margen...  
... de los tribunales del país me hacían abstenerme de cualquier manifestación...  
... revolucionaria. Involuntariamente dejé a mi amigo en su error.

Nos reuníamos en casa de la princesa Carolina de Wittgenstein, a quien conocí el año anterior en una de sus breves estancias en Dresde. Discutíamos animadamente toda suerte de asuntos artísticos. Una tarde se suscitó un vivo debate a propósito de un aspecto de tragedia sobre *Jesus de Nazareth*. Les hice un esbozo de la misma y cuando terminé de hablar, Liszt guardó un silencio que resultaba visiblemente condenatorio, pero la princesa, alterada, se manifestó con energía por la elección, para las tablas, de un tema semejante. La escasa seriedad con que trate de defenderme de mis paradojas me hizo comprender cual era mi situación moral en aquel entonces. Sin que nadie se diera cuenta de ello, las cosas vividas habían dejado honda huella en mi espíritu.

A pesar de todo, tuvo lugar un ensayo de orquesta de *Tannhäuser*, ser, que fué para mí un gran estimulante artístico. La Gran Duquesa de Weimar

La dirección de Liszt, más musical que dramática, me dió por primera vez la sensación halagadora y reconfortante de ser verdaderamente comprendido por alguien. Además, y no obstante el estado de ensoñación en que me hallaba, hice observaciones útiles y decisivas acerca de las aptitudes de los cantantes y de la administración. Después de aquel ensayo fui invitado por Liszt, con el director Stoeckl y el cantante Goetze, a una cena íntima en un restaurante distinto del que solíamos frecuentar. Aquella noche llegué casi a asustarme al observar en Liszt un rasgo de su carácter que hasta entonces me era desconocido. El maestro, cuyo temperamento era de ordinario apacible y sosegado, arremetió furiosamente contra aquella sociedad que también a mí me indignaba, y en su cólera llegó a castañetear los dientes. Emocionado por aquel singular arrebato, pero incapaz de comprender la causa del mismo, me quedé verdaderamente atónito. El resto de la noche necesitó Liszt para reponerse del agudo ataque de nervios que siguió a su exaltación. Y mucho me sorprendió ver llegar a mi amigo al día siguiente en traje de viaje. Por razones que no llegó a expresar claramente, me dijo que tenía que trasladarse a Callsruhe y me invitó para que junto con el director de música Stoeckl, le acompañase hasta Eisenach. Durante el trayecto, el chambelán, señor de Beaulieu, nos detuvo para decirnos que la Gran Duquesa de Weimar, hermana del Zar Nicolás, deseaba recibirme en su castillo de Eisenach. Hice observar que no estaba presentable, pero Liszt se apresuró a aceptar en mi nombre la invitación. Y en efecto, por la tarde, la gran duquesa me acogió del modo más benévolo, departiendo amablemente conmigo, y haciendo una calurosa recomendación a su chambelán para que se me complaciera en todo cuanto deseara.

Liszt me aseguró más tarde que la noble protectora como no ignoraba que no tardarían en perseguirme a consecuencia de mi actuación en Dresde, se había apresurado a conocerme personalmente, puesto que pocos días después aquella visita la hubiera comprometido.

Liszt prosiguió su camino y me dejó en Eisenach en compañía de Stoeckl y de Kühnstedt, director de música en Weimar y experto contrapuntista, a quienes encargó que velaran por mí. Con Kühnstedt visité el castillo de Wartburg, que no había sido aún restaurado, visita que me inspiró singulares reflexiones acerca de mi destino. ¿No era acaso sorprendente que franqueara por primera vez el umbral de aquellas ruinas, tan íntimamente vinculadas a mi pensamiento de artista, justamente en el momento en que me vería sin duda obligado a abandonar Alemania?

De regreso a Weimar me enteré al siguiente día de aquella excusión, de las noticias más inquietantes. Liszt, de vuelta al cabo de tres días, recibió una carta de mi mujer, que no se había atrevido a escribirme directamente, en la que decía que había tenido lugar una investigación policíaca en mi domicilio de Dresde, en donde residía Minna desde hacía algún tiempo. Y añadía que habiendo una orden de detención contra mí, la habían aconsejado que me advirtiera no debía presentarme en Dresde.

Me oculto en Magdala (20 de mayo de 1849) ENTONCES Liszt, que se preocupaba grandemente por mi seguridad, reunió un consejo de amigos experimentados para conferenciar sobre los medios de preservarme del peligro que me amenazaba. El ministro Watzdorf, a quien había ido a ver, estimaba que en caso de requisición debía simplemente regresar a Dresde, a donde me conducirían en un confortable coche particular. Sin embargo, habían llegado a nuestros oídos rumores tan desfavorables sobre los brutales procedimientos de los prusianos, y la manera como interpretaban el estado de sitio, que Liszt y sus amigos, ante la imposibilidad de protegerme en Weimar decidieron que tenía que alejarme lo más pronto posible de la

que no abandonara el suelo alemán sin antes despedirme, y que por otra parte, me proponía permanecer en los alrededores de Weimar. Se accedió a mi deseo, me hospedara provisionalmente en Magdala, en casa de un agricultor que me ofrecía asilo por la mañana me trasladé en coche a casa de Siebert, en la que éste me recomendó a un tal profesor Weidner, de Berlín, para que continuara mis estudios teóricos de agricultura durante tres días, y aún se me depuso un ejemplar de su obra, aquel compositor no era lo bastante estúpido para dejarse apresar por la policía.

La mujer de mi huésped, al llegar del mercado de Weimar, me contó que el compositor de la ópera que había de estrenarse en la misma noche, había tenido que huir precipitadamente para escapar a la persecución de la policía sajona. El economo, en Siebert había puesto sobre aviso en lo que a mí se refería, pero Liszt, ante a su mujer cómo se llamaba aquel músico. Como ésta no recordaba el economo acudí en auxilio de su memoria pronunciando el nombre de Roedel, el director de música harto conocido en Weimar. —Sí — dijo la mujer — se llamaba Roedel. El marido rompió a reír y exclamó que a pesar de su obra, aquel compositor no era lo bastante estúpido para dejarse apresar por la policía.

Por último, el 22 de mayo, día de mi cumpleaños, Minna llegó a Magdala. Al recibir mi carta se apresuró a trasladarse a Weimar, donde le dieron cuenta de mi paradero. En seguida me escribió que huyera de Alemania. En vano intenté darle a entender lo elevado de mis puntos de vista; no hubo medio de quitarle de la cabeza que yo no era más que un irreflexivo y un desgraciado que, mal aconsejado, me había sumido y conmigo a mi mujer, en la más horrible situación. Decidimos que cuando ella saliera para Weimar yo partiría de Magdala a pie para reunirnos de nuevo al día siguiente por la tarde en casa del profesor Wolff, en Jena, donde daría a Minna mi último adiós.

Me puse, pues, en camino para aquel trayecto de seis horas, y, declinando el día, llegué a una eminencia desde donde se divisaba ya la bella y pequeña ciudad universitaria de Jena. Mi mujer, a quien había prevenido mi amigo Liszt, me esperaba ya en casa de Wolff. Y de nuevo se celebró consejo en presencia de un profesor llamado Widmann. ¿Qué hacer? Bajo el pretexto de que había tomado parte en la revolución se había lanzado desde Dresde una orden de detención contra mí. No podía, pues, hallarme en seguridad en ninguno de los Estados de Alemania. Liszt me aconsejó que marchara a París, donde tendría un nuevo campo de actividad. Widmann estimaba imprudente efectuar el viaje por Francfort y el Gran Ducado de Baden, pues allí reinaba aún gran efervescencia y la policía vigilaba especialmente cuantos le parecían sospechosos. Lo más seguro era pasar primero por Baviera, bastante tranquila entonces, y llegar a territorio suizo, desde donde el viaje a París no había de presentar el menor riesgo. Precisaba un pasaporte y acepté el que me brindó Widmann que, aunque caducado ya, le habían devuelto en Tubinga a nombre suyo.

Después de la desesperada despedida que me hizo mi mujer, me marché en diligencia. Sin el menor tropiezo, y después de pasar cerca de Rudolstadt, que tantos recuerdos evocaba en mí, alcancé la frontera bávara, desde donde, sin interrupción, continué mi viaje hasta Lindau. A la entrada en esta ciudad, y al igual que a los demás viajeros, me pidieron el pasaporte. Aquella noche la pasé en un estado febril en espera de la salida material del barco que hace la travesía del lago Constanza.

Tenía grabado en mi mente el acento suave del profesor Widmann, cuyo pasaporte utilizaba, y hacía cálculas sobre las respuestas que podría dar a la policía bávara, caso de que ésta me interrogase acerca de la irregularidad de mis papeles. Presa de gran excitación me ejercité durante toda la noche en el dialecto suizo, y la inutilidad de mis esfuerzos acabó por causarme risa. Con los nervios en tensión aguardaba el instante en que la policía se presentara. Por último, llegó un agente con tres pasaportes en la mano y preguntó cual de ellos era el mío. Lo cogí y me despedí amablemente de aquel buen hombre que tan malos ratos me había hecho pasar.

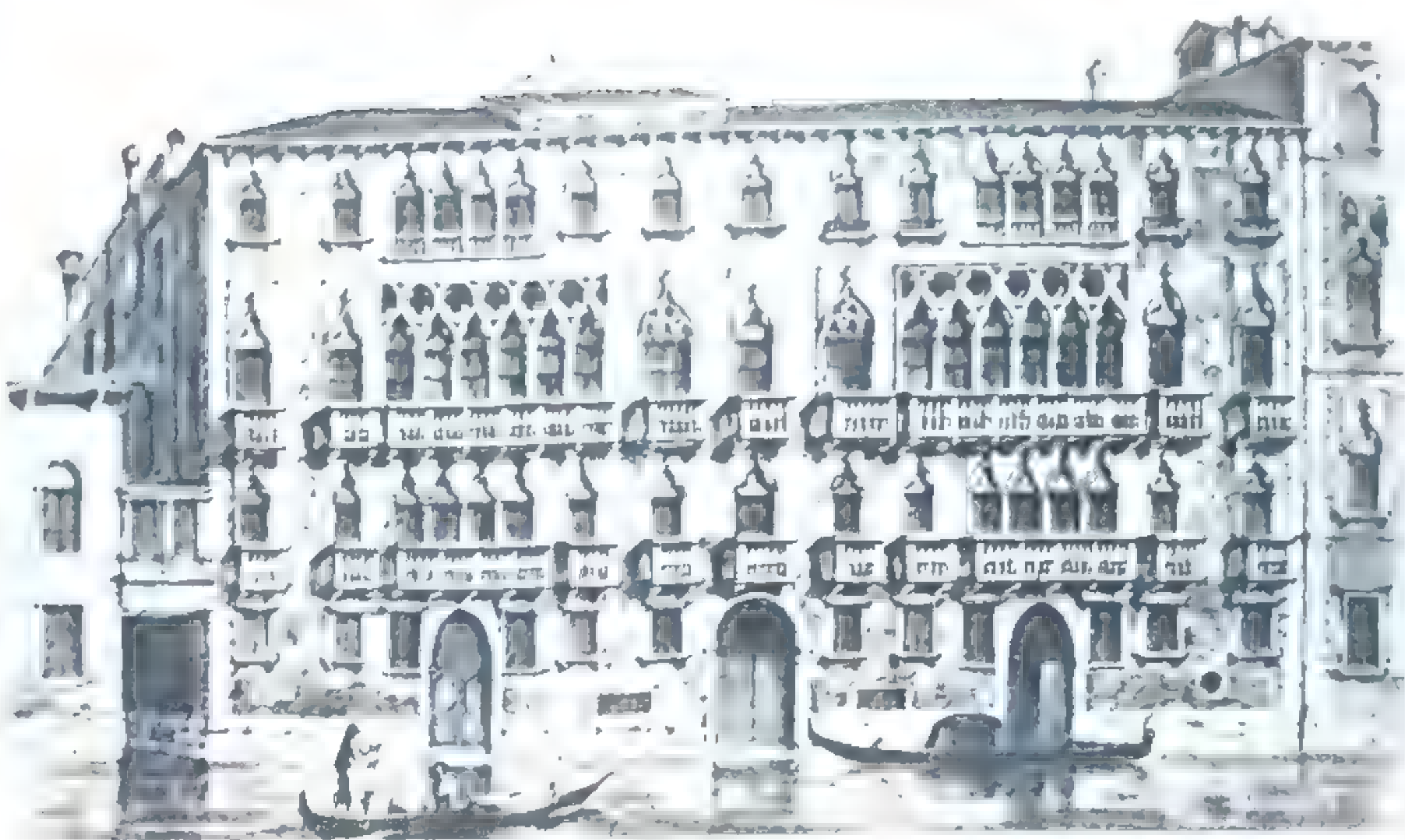
Llegada a Suiza (31 de mayo de 1849) UNA vez a bordo observé con singular satisfacción que me hallaba ya en territorio helvético. La radiante y luminosa mañana de primavera me permitía contemplar toda la extensión del gran lago, con los Alpes por fondo. En cuanto llegué a Rorschach, el primer pueblo suizo, me apresuré a enviar unas líneas a casa para anunciarles mi feliz arribo y mi liberación de todo peligro. El trayecto en un coche de postas a través de la raseña región de Saint-Gall fué verdaderamente delicioso, y cuando a las seis de la tarde del último día de mayo entré por Oberstrass en la ciudad de Zurich y vi brillar los Alpes glarisienses encima del espejante lago, resolví inmediatamente, sin darme exacta cuenta de lo que hacía, dar de lado todo cuanto pudiera obstaculizar mi instalación en aquel país.

No quería ir a Francia como refugiado político, y por ello la proposición de mis amigos de trasladarme a París pasando por Suiza me sedujo, sobre todo porque sabía que encontraría en Zurich a un antiguo amigo que — al menos yo así lo esperaba — lograría procurarme un pasaporte. Alejandro Müller, con quien me unió una gran amistad en Wurtemberg, se había instalado desde hacía tiempo en Zurich, donde daba lecciones de música. Y uno de sus alumnos, Guillermo Baumgartner, me había visitado años atrás en Dresde, llevándome saludos de Müller. Entregué entonces a Baumgartner un ejemplar de la partitura de *Tannhäuser*, para que hiciera llegar de mi parte a manos del músico aquel afectuoso recuerdo. Mi conducta cortés dió sus frutos. Müller y Baumgartner, a quienes fui a ver en seguida, me pusieron en relación con dos de sus amigos, Jacobo Sulzer y Francisco Hagenbuch, cancilleres de Estado, y que eran a su parecer los más indicados para acudir en mi ayuda. Dichos caballeros, a quienes se sumaron algunos íntimos, me acogieron con una benévola y respetuosa curiosidad y me tranquilizaron inmediatamente. El mesurado aplomo con que se expresaron, desde su punto de vista de republicanos, sobre las persecuciones de que era objeto, me dieron a conocer un ambiente que hasta entonces ignoraba, de la burguesía intelectual. Aquí me sentía tranquilo, en un refugio seguro, mientras que en Alemania había caído en la situación de un malhechor debido a la singular relación que se había establecido entre mi re-





*Matilde Wesendonck, en retrato de C. Dörner.*



*Palacio Giustiniani, en Venecia, en el que se refugió Wagner.*

*La musa inspirando a Wagner, en dibujo de la época.*

*Matilde Wesendonck, retratada con su hijo Guido.*





pulsión por las condiciones oficiales en que vegetaban las artes y la efervescencia política general.

Con el propósito de que me granjeara la protección de los dos cónsules, especialmente uno de los cuales, Jacobo Sulzer, poseía una aventajada cultura clásica, mis amigos habían organizado una velada en la que tenía que dar lectura a mi poema *La muerte de Sigfrido*. Puedo afirmar que jamás he encontrado auditores masculinos más atentos que aquéllos. Por el momento, mi éxito valió un pasaporte en regla para el fugitivo perseguido en Alemania, y a poco pude proseguir mi viaje a París.

En Estrasburgo, después de admirar la célebre catedral, cogí el coche correo, que era en aquella época el mejor modo de locomoción. Me absorbió entonces un fenómeno singular. Hasta aquel momento, sobre todo cuando dormitaba, retumbaba aún en mis oídos el ruido de los cañonazos y de la fusilería de la revolución, pero entonces el ruido opaco y monótono que hacían las ruedas al avanzar por la carretera parecía llevar a mi ánimo, y así ocurrió durante el trayecto, la melodía de *Freude, schöner Götterfunken*, de la *Novena sinfonía*, ejecutada por graves contrabajos.

DESDE mi entrada en Suiza hasta mi llegada a París, mi humor apático y como amodorrado había dado paso a un optimismo y un bienestar que hasta entonces desconocía. Me sentía libre como el aire, feliz de no estar condenado a perecer en un lodazal. Pero desde la primera semana de mi estancia en la capital francesa se manifestó en mí una reacción muy sensible. Liszt me había recomendado a su ex secretario Belloni, y éste se creyó obligado a ponerme inmediatamente en relaciones con un «autor». Gustavo Vaisse, a fin de que pusiera música a uno de sus textos. El ofrecimiento no me tentó ni poco ni mucho; no vi al «autor», y para precaverme de entablar negociaciones con él, escogí el plausible pretexto del cólera, que a la sazón hacía estragos en París. Con objeto de hospedarme cerca de Belloni, alquilé una habitación en la calle de Nuestro Señor de Loreto y no transcurría una hora sin que llegara a mis oídos el redoble del tambor anunciando el paso de los cadáveres que se llevaban los guardias nacionales. A pesar del calor sofocante, estaba prohibido beber agua, y en cuanto a los alimentos, había que tomar las mayores precauciones. Todo ello me sumió en un estado de verdadera desazón, agudizado aún más por la fisonomía que en aquellos días ofrecía París. La divisa «Libertad, igualdad, fraternidad», era visible aún en todos los edificios públicos y otros establecimientos del Estado, pero jamás vi circular a tantos cajeros con los saquitos repletos de monedas de plata sobre los hombros y las abultadas carteras debajo del brazo. Hubiérase dicho que la vieja plutocracia, habiendo triunfado de la propaganda socialista después de haber temblado ante ella, se esforzaba, con una ostentación un poco maliciosa, en recobrar la confianza pública.

ENTRÉ maquinalmente en el establecimiento de música de Schlesinger. El propietario era ahora un tal Brandus, un judío de una personalidad más acusada aún que la de Schlesinger, descortés y desaseado. Unicamente Enrique, el viejo agente de ventas, me recibió con amabilidad. Después de una breve conversación en el establecimiento, que parecía vado, me preguntó con cierto azoramiento si ya había visto a «mi maestro» Meyerbeer. «¿Meyerbeer está aquí», inquirí. «En efecto, replicó Enrique aún más turbado, está ahí, en el despacho.» Al dirigirme hacia donde el agente me indicaba, vi salir a Meyerbeer, presa de gran confusión, del lugar donde, al reconocer mi voz, había permanecido escondido por espacio de diez minutos. Se excusó, sonriendo, de haber tenido que corregir unas pruebas urgentes. La conducta de aquel hombre para conmigo había sido no ya dudosa, sino demasiado humillante, sobre todo la última vez que le vi en Berlín, para saber a qué atenerme. No manteniendo ya tratos con él, le saludé con la frialdad que me inspiró la turbación que involuntariamente mostraba al verme en París. Creía que yo volvía a probar fortuna y pareció extrañarse cuando le dije que me repugnaba la sola idea de un nuevo intento.

—Sin embargo, Liszt ha escrito sobre usted un magnífico artículo en los *Débats*.

—¡Ah, ya comprendo! —repliqué—. Pero no sabía que el afecto entusiasta de un amigo tuviera que ser explotado por una especulación en común.

—El artículo ha producido sensación y no creo que deje usted de sacar partido de él.

Este repulsivo *quidproquo* me exasperó, y con cierta rudeza aseguré a Meyerbeer que el giro reaccionario que tomaban los acontecimientos me incitaba a ocuparme de todo menos de las producciones artísticas.

—Pero ¿qué espera usted de la revolución? —replicó—. ¿Quiere usted escribir partituras sobre las barricadas?

Contesté que no pensaba en escribir ninguna partitura, y nos separamos sin que hubiésemos llegado a comprendernos.

Schlesinger. Semper. Por la calle me crucé con Schlesinger. Bajo la impresión producida por el artículo de Liszt, Schlesinger creía que mi presencia en París tenía una finalidad especulativa, y, para ello, las posibilidades con que contaba eran, a su parecer, muy favorables.

«¿Quiere usted ocuparse de mis asuntos?», le repliqué. No tengo un céntimo y supongo que la ópera de un desconocido no será, a su juicio, más que una cuestión de dinero.» «Tiene usted razón», repuso Schlesinger alejándose a toda prisa.

Después de estos desagradables encuentros en la capital apesada, me orienté hacia algunos de mis compañeros de Dresde que, como yo, se habían refugiado en París. Y al igual que yo, Semper había fracasado. Le encontré en casa de Despléchins, el pintor de los decorados de *Tannhäuser*. Aunque no pudimos disimular una sonrisa por lo grotesco de nuestra situación, experimentamos un gran placer al volvernos a ver. Cuando se rodeó — pues era imposible, a su juicio, tomarla frontalmente — la famosa barricada por la cual como arquitecto constructor había velado, Semper se retiró de la lucha. Con todo, en cuanto los prusianos proclamaron el estado de sitio, estimó haberse comprometido lo suficiente para no permanecer un minuto más en Dresde. Y se consideraba afortunado de haber podido, siendo ciudadano del Holstein, obtener un pasaporte del gobierno danés sin intervención de las autoridades alemanas y efectuar inmediatamente su huida a París. Le expresé mi pesar de que la fatalidad le hubiera interrumpido la dirección de la construcción del museo de Dresde. No pareció prestar a ello gran importancia y contestó que aquel edificio le había causado ya bastantes preocupaciones.

Más, a pesar de nuestras inquietudes, las únicas horas gozosas de mi estancia en París las pasé con Semper.

MI frustrado pintor de los decorados de Lohengrin, el joven *Veraneo en Reims* Heine, que era asimismo refugiado político, se sumó pronto a nuestra compañía. Las preocupaciones de orden material no contaban para él, pues su profesor Despléchins le había ofrecido trabajo. Unicamente yo me encontraba en París sin saber qué hacer, y mi solo afán era salir cuanto antes de aquella atmósfera de cólera. Naturalmente, acepté con gran placer la ocasión que para ello me brindó Belloni. Me invitó a ir con él y su familia a pasar una temporada en La Ferté-sous-Jouarre. Allí, respirando aire puro y en un reposo absoluto, podría aguardar el rumbo que tomaran los acontecimientos. A los ocho días de mi llegada a París emprendí, pues, aquel corto viaje a Reims, donde tomé en alquiler una modesta alcoba en casa de Rafael, comerciante de vinos, cuya casa estaba cerca de la del alcalde del pueblo, en la que se había instalado la familia Belloni.

Durante el tiempo, bastante largo, que estuve sin noticias de Alemania, ocupé mis ocios en la lectura. Las obras de Proudhon, especialmente *La propiedad*, me proporcionaron consuelos singularmente apropiados a mi situación particular y luego me sumergí con enorme placer en la atractiva lectura de la *Historia de los girondinos*, de Lamartine.

UN día, Belloni nos trajo la noticia de la infructuosa sublevación que los republicanos, con Ledru-Rollin a la cabeza, habían llevado a cabo. En efecto, el 13 de junio se habían levantado contra el gobierno provisional, que navegaba entonces a velas desplegadas hacia la reacción. Mi protector y su pariente, el alcalde del pueblo, en cuya casa efectuábamos nuestras comidas, se indignaron vivamente por aquel fracaso. Por mi parte, mi atención se centraba sobre todo en los acontecimientos de Alemania, especialmente en los de los países renanos y el Gran Ducado de Baden, donde se había constituido un gobierno provisional. Pero cuando su pimos que también allí el movimiento, que al principio parecía estar muy arraigado, había sido completamente aniquilado, me sentí desmoralizado y abatido por lo mísero de mi situación personal.

Cuanto ésta había tenido de extraordinaria y justificativa de mi agitación, se disipaba ahora en la vulgaridad de mis apremiantes preocupaciones materiales. Y bastaron las noticias que recibí finalmente de mis amigos de Weimar y de mi mujer, para acabar de desalentarme. Los primeros enjuiciaban con cierta dureza mi conducta en los últimos tiempos y estimaban que, por el momento no podían hacer nada por mí, especialmente en Dresde o en la corte del Gran Ducado, pues, según escribía a Belloni la princesa de Wittgenstein, «no puede llamarse a puertas derruidas». No sabía a qué atenerme a este respecto, pues ni por un momento acudí a mi mente hacer uso de tal mediación. No obstante, acepté con no disimulada satisfacción los escasos socorros que me enviaron. Y resolví utilizarlos para regresar a Zurich, donde pensaba refugiarme momentáneamente en casa de Alejandro Müller, cuya vivienda, según había podido comprobar, era bastante espaciosa.

Apartamiento de Minna. Mi mujer, que no me había escrito desde hacía largo tiempo, me envió una carta que me causó una gran amargura. Me comunicaba en ella que no pensaba ya reanudar nuestra vida conyugal. Y decía que, después que por ligereza o despreocupación había echado a perder una situación que no volvería a presentarse, no podía exigir de ella que consintiera en seguirme en nuevas aventuras. En principio, juzgué con bastante equidad la desgraciada situación de Minna. Había tenido que dejarla sin ningún recurso, y no pude darle otro consejo que el de vender nuestros muebles de Dresde y demandar ayuda a nuestros parientes de Leipzig. Hasta aquel momento, había soportado el desasosiego que llevaban anejo las circunstancias, porque no solamente me figuraba que mi mujer compartía mi entusiasmo, sino que había dado pruebas de ello durante aquel período extraordinario. Pero Minna negó en absoluto que así fuera, y quiso aplicarme el juicio que le merecía a la opinión pública mi situación, con la única diferencia de que admitía mi inconcebible ligereza como una circunstancia atenuante.

Sin embargo, como rogué insistentemente a Liszt que velara por ella, no tardé en tranquilizarme, a lo que contribuyó no poco la inesperada conducta de Minna. Dado que mi mujer me decía de buenas a primeras que dejarla de escribirme, le contesté que no abrigaba en adelante la menor intención de inquietarla y tenerla al corriente de mi incierta suerte.

Nuestra desavenencia. Evoqué entonces los largos años de nuestra vida conyugal, a partir de los primeros días, tan borrascosos y dolorosos, de nuestro matrimonio. No cabía duda de que los meses de nuestra azarosa vida parisien habían ejercido una bienhechora influencia sobre nuestra unión. La miseria que Minna había aceptado con gran intrepidez y contra la cual había luchado con tanto aliento, habían sellado nuestras almas de una manera indeleble. Mis éxitos en Dresde, y principalmente el codiciado cargo de maestro de capilla, habían sido para Minna la bella recompensa de todo cuanto había soportado a mi lado. Ser la «señora directora» representaba para ella el summum que podía esperar de la vida, y todo cuanto perturbaba el ejercicio de mis funciones le parecía una amenaza a su bienestar. La dirección artística que había iniciado con *Tannhäuser*, suscitó en ella temores por mis éxitos futuros y la desalentaron grandemente. Se fué apartando de mí a medida que mis conceptos — sobre los cuales me mostraba cada vez menos expansivo — y mis relaciones con el teatro y el director del mismo, me habían alejado del camino del éxito, al parecer de Minna, por el que se figuraba marchar a mi lado. Mi conducta en la catástrofe de Dresde fue, a su entender, el resultado de mis nuevos errores, y del mismo modo enjuició la influencia de gente sin conciencia, entre ellos, a aquel desdichado de Rœckel, que al halagar mi vanidad, me habían sumido con ellos en el infortunio.

Desde que reanudamos nuestra vida en común, nuestra desavenencia moral era aún más acusada que nuestro desacuerdo exterior. Siempre se habían suscitado entre nosotros escenas de gran violencia, sin que la reconciliación llegara nunca por su propia iniciativa o por una confesión de sus verros. Para recobrar la paz del hogar, y también porque pronto me di cuenta de que debido a la disparidad de nuestros caracteres y cultura intelectual, me incumbía a mí ser razonable y dar el primer paso, me reconocí siempre reo de nuestras disputas, consiguiendo apaciguar a Minna con una espontánea declaración de arrepentimiento. Pero al mismo tiempo llegué, desgraciadamente,



convencerme de que, obrando de tal forma, perdía toda influencia sobre sentimientos y carácter.

El día cuando llegó el momento en que, de querer minna, me afectas las consecuencias lógicamente resultantes de mis ideas y de mi manera de obrar, me hubiera sido imposible recurrir a mi modo habitual de apaciguamiento, choqué con un espíritu femenino que no cedía por mis concesiones, que Minna nunca y en ninguna circunstancia dio su brazo a torcer. En resumen, que con la incuria de que di muestras en mi cargo de Dresde, había contribuido al derrumbamiento de mi situación, ocasionando asimismo la ruina de una vida conyugal en lo que solamente no hallaba ya consuelos ni alientos, sino que, por el contrario, Minna se había convertido en cómplice inconsciente del ambiente hostil que me abrumaba.

Me di cuenta de todo esto después de haberme recobrado de la primera impresión que me causó la conducta verdaderamente poco afectuosa de mi mujer. Recuerdo, no obstante, que no me afligió grandemente. Impotente como era para defenderme, el sentimiento de haber edificado mi existencia sobre arena me procuró, a no tardar, un bienhechor sosiego. En mi estado de insondable pobreza, aquel completo y certísimo abandono me inspiró un sentimiento de liberación. Acogí, por tanto, muy complacido los socorros que me brindaban desde Weimar, con los que contaba para dar por terminada aquella equivocada e inútil estancia y refugiarme en un lugar cuyo único atractivo residía precisamente en esa falta absoluta de oportunidades sobre las cuales había basado hasta entonces mi carrera. Ese lugar era Zurich, carente de todo arte oficial y público, donde por primera vez encontré a gentes sencillas y desconocedoras de mi obra musical, y a las que únicamente inspiró una amable simpatía mi persona.

Llegué a casa de Müller y, mostrándole los veinte francos que componían toda mi fortuna, le supliqué que me autorizara a alojarme en la buhardilla de la casa. Mi amigo quedó visiblemente turbado ante la confianza de que me permitía hacer uso y se afanaba en complacerme. De buenas a primeras, me ofreció un espacioso salón, con un piano de cola, pero yo lo rehusé y me declaré satisfecho con un modesto dormitorio. Desgraciadamente, me resultó muy penoso participar de las comidas de la familia, no porque la cocina no fuera de mi gusto, sino porque los alimentos que ingería eran nocivos a mi estómago.

Antes de la acogida que me dispensó mi huésped, fui objeto, por parte de la ciudad de Zurich, de una recepción que puedo calificar de suntuosa. Los jóvenes, que al principio mostraron por mí un gran interés, continuaron tratándome con singular deferencia, y, entre ellos, Jacobo Sulzer me distinguía notablemente. Como no había alcanzado aún los treinta años, no había sido todavía elegido miembro del Gobierno de Zurich, pero, no obstante su juventud, ejercía sobre cuantos le trataban la influencia de un hombre maduro. Y cuando, más tarde, me preguntaron si había encontrado en la vida lo que desde un punto de vista moral se llama un carácter o un hombre de una absoluta integridad, sólo pude citar, tras madura reflexión, al entonces mi nuevo amigo Jacobo Sulzer. Su designación para uno de los mejores puestos del cantón, o sea el cargo de canciller, se debía a la preponderancia del partido liberal, que acababa de alcanzar el Poder bajo la dirección de Alfredo Escher, pues, no pudiéndose dejar las funciones públicas a manos de los viejos y experimentados miembros del partido conservador, se había tenido que recurrir a los jóvenes particularmente dotados. Sulzer fué elegido uno de los primeros. Recién llegado de las Universidades de Bonn y Berlín, se proponía optar al profesorado de filología de la Universidad de su ciudad natal, pero se le propuso entonces para dirigir la cancillería cantonal. Con objeto de capacitarse para el cargo, pasó seis meses en Ginebra, para perfeccionarse en la práctica de la lengua francesa, cuyo uso había abandonado a causa de sus profundos estudios filológicos. Su golpe de vista certero, su asombrosa actividad, así como la independencia y la rigidez de su carácter, reacio a toda política maniobrera, le valieron al cabo de pocos años una de las más brillantes situaciones gubernamentales, y para el bien general conservó durante largo tiempo las funciones de director de hacienda del cantón y las de miembro de la comisión escolar federal.

Mi influencia sobre Jacobo Sulzer

La manera inopinada con que me conoció, le sumió en una singular confusión de ideas. Su nombramiento de Canciller le había apartado bruscamente de los estudios filológicos y de las bellas artes, hacia las cuales le atraía su gusto. Mi poema sobre *La muerte de Sigfrido* le reveló las investigaciones que yo había llevado a cabo sobre el medioevo alemán. También él lo había estudiado con minuciosidad de filólogo superior a la mía, y cuando se dió cuenta del género de mi música, se apoderó de Sulzer, hombre por lo general serio y reservado, tal interés por una esfera tan al margen de sus funciones, que se creyó obligado a defenderse de aquella turbadora influencia con unas frases intemperantes.

Con todo, durante los primeros tiempos de mi estancia en Zurich se dejó llevar por sus sentimientos con amable franqueza. Con más frecuencia de lo apropiado para un funcionario de un pequeño Estado burgués, la de lo apropiado para un funcionario de un pequeño Estado burgués, la vieja mansión oficial del primer canciller se convertía en la sede de un cénico náculo que yo capitaneaba. En estas ocasiones, el músico Baumgartner cataba una y otra vez los caldos de los viñedos que Sulzer poseía en Winterthur, y que, servidos con liberalidad, ejercían sobre nosotros una fuerte atracción. Y cuando con el buen humor de que hacía gala en aquella época, me enarzaba en peroratas ditirámicas, en el curso de las cuales llevaba a sus últimas consecuencias mis teorías sobre el arte y la vida, mis auditores me replicaban a menudo con una verborrea y un gracejo que ciertamente eran debidas más al efecto del vino que al de mi inspiración.

Petulantones reuniones en Zurich

Un día en que el profesor Ettmüller, el sabio germanista y erudito conocedor de *Edda*, correspondiendo a una invitación de Sulzer, escuchó una de mis conferencias sobre *La muerte de Sigfrido*, tuvimos que acompañarlo a su casa presa de un inquietante entusiasmo. En cuanto marchó, una singular petulancia se apoderó de los que quedaban. Se me ocurrió la disparatada idea de arrancar todas las puertas del aposento del Canciller. Viendo los arduos esfuerzos que desplegaba, el secretario Hagnbuch se brindó a ayudarme, y gracias a su ardimiento y robustez física, conseguimos hacer saltar de sus goznes todas las puertas de la casa. Sulzer presenciaba nuestra tarea con benévola sonrisa. Sin embargo,

a las preguntas que le hicimos, nos contestó el día siguiente que había pasado toda la noche poniendo de nuevo las puertas en su sitio, trabajo que tuvo que efectuar solo, pues no le interesaba, por supuesto, que a la mañana siguiente el ordenanza se diera cuenta de las turbulencias que habían sucedido durante la noche.

La singular libertad de que gozaba en Zurich despertaba en mí una creciente excitación. A veces me asustaba a mí mismo la intemperante exaltación con que defendía, contra todos, las más y la revolución desatinadas paradojas. Poco después de mi llegada a Zurich, me dediqué a desarrollar mis concepciones sobre la naturaleza de las cosas, como se habían formado en mi espíritu bajo la influencia de mis experiencias en el campo del arte y de la política. No contando con otro recurso que mi pluma, para ganar algún dinero se me ocurrió la idea de escribir una serie de artículos, a través de los cuales, y en el sentido revolucionario que tan caro me era, expondría mi opinión acerca del arte moderno y las relaciones del mismo con la sociedad. Me proponía publicarlos en un gran periódico francés, como, por ejemplo, *Le National*. Envié entonces mis seis digresiones a uno de mis antiguos amigos, Alberto Franck, hermano del célebre Hermann Franck, que se había hecho cargo de la librería francoalemana que dirigía mi cuñado Avenarius, rogándole al mismo tiempo que los mandara traducir y se ocupara de su publicación. Alberto Franck tardó en devolvérmelos, con la observación, muy justa, de que, por el momento, el público francés no solamente no alcanzaría a comprenderlos, sino que ni siquiera se interesaría por ellos.

Apliqué entonces a este manuscrito el título *De las artes y la revolución* y lo envié al editor Otto Wigand, de Leipzig. Este se encargó de publicarlo en forma de folleto y me mandó cinco luises en concepto de honorarios. Se me dijo que el éxito me incitó a explotar mi talento de escritor. Rebuscando en mis papeles, logré dar cima a un ensayo histórico que había comenzado el año anterior, después de mis estudios sobre la leyenda de *Los Nibelungos*. Lo intitulé *La historia según la leyenda de los Wibelungen*, y probé de nuevo suerte con Wigand. Lo sensacional del título *Las artes y la revolución*, sumado a la emoción que había producido la desertión del maestro de capilla de Dresde, convertido en refugiado político, había colinado las esperanzas del editor, que consistían en provocar un pequeño escándalo. Aun cuando el librero no me dijo nada, me enteré que se había lanzado otra edición de mi folleto, por lo que se aceptó en seguida mi segundo manuscrito, por el cual me pagaron igualmente cinco luises.

Como era la primera vez que mis trabajos literarios me proporcionaban algún dinero, creí haber hallado con ello un medio infalible para salir de apuros. Pensaba dar, el próximo invierno en Zurich, una serie de conferencias públicas sobre los citados temas, y, conservando mi libertad, subvenir a mis modestas necesidades sin ocupar ningún cargo ni practicar la música. El mundo se reorganizaba de tal modo que, sin contar con algunos ingresos, era imposible moverse en él, por lo que estimaba necesario recurrir a aquellos expedientes para subvenir a mis más perentorias necesidades.

Algún tiempo después de mi llegada a Zurich, presencié la desbandada de los restos del ejército badense, que había franqueado la frontera suiza con los hombres políticos que lo acompañaban. La capitulación de Villagos dispuso la última esperanza de quienes esperaban de la lucha la liberación de los pueblos europeos. Pero entonces, presa de emoción, me sustraje a los acontecimientos exteriores y me sumí en mi vida íntima.

Todos los días, después de mi indigesta comida en casa de Müller, iba al «Café Literario», donde tomaba mi café, rodeado de jugadores de cartas y de dominó, que celebraban sus bonachonas ocurrencias con estrepitosas risotadas. Medio absorto, contemplaba allí las bastas pinturas murales representando paisajes antiguos, que evocaban en mi ánimo la impresión que en mi adolescencia me produjo una acuarela de Genelli, en la que se veía a las Musas aleccionando a los Dionisios. Allí se forjaron las ideas de mi *Obra de arte del porvenir*. Un día me sustrajo a mis ensueños la noticia de que la señora Schröder-Devrient se hallaba en Zurich, a cuyo hecho atribuí una singular significación. Me trasladé inmediatamente al hotel «Zum Schwerter», donde la artista se hospedaba, y quedé desolado al enterarme de que acababa de partir en el buque. Nunca más volví a ver a la señora Schröder-Devrient, y fué mi mujer, que se relacionó nuevamente con ella en Dresde, quien me comunicó su dolorosa muerte, sobrevenida muchos años después.

Carta de Minna

AL cabo de dos meses de aquel singular estado de libertad y laxitud, recibí de Dresde consoladoras noticias de Minna. A pesar de la manera brutal y ofensiva con que mi mujer me dió a entender que se separaba de mí, no me consideraba, por mi parte, separado de ella. Para informarme de su situación, escribí una carta a una de sus parientas, que ésta, sin duda, dió a leer a mi mujer, y, por otra parte, velé por ella con los medios que estaban a mi alcance, recomendándola insistentemente a Liszt. Recibí entonces una respuesta directa, que me reveló no solamente la energía de que aquella diligente mujer daba muestras en la situación difícil en que se hallaba, sino también su deseo sincero de volver a mi lado. Expresaba, en verdad, con cierto despecho sus dudas acerca de mis posibilidades de triunfo en Zurich, pero añadía que, siendo mi mujer, se consideraba obligada a correr el riesgo de continuar viviendo a mi lado. Esperaba que Zurich no sería más que un lugar de paso y que no tardaría en instalarme en París para trabajar seriamente como compositor de ópera. Me anunciaba para septiembre su llegada a territorio suizo con el perrito «Peps», el papagayo «Papo» y su hermana Natalia.

Llegada de Minna a Suiza

ALQUILÉ para nosotros una habitación y un despacho, y desde Rapperswil emprendí el camino a pie a Saint-Gall y Rorschach, a través de las rientes campiñas de Toggenburgo y Appenzell. En el puerto de Rorschach, al ver desembarcar a mi singular familia, la mitad de la cual estaba compuesta de animales domésticos, me sobrecogió una verdadera emoción. Debo confesar que lo que me produjo un efecto más agradable fué el perrito y el papagayo. Mi mujer se apresuró a enfriar mis sentimientos anunciándome, en cuanto nos reunimos, que si mi conducta era impropia, estaba dispuesta a regresar a Dresde, donde no le faltaría ayuda y protección.

Bastó una sola ojeada sobre mi pobre mujer, visiblemente envejecida durante nuestra separación, para que sintiera por ella una compasión que ahogó todos mis resentimientos. Ante todo, traté de alentarla y persuadirla de que nuestra mala fortuna sería pasajera. Al principio, no lo conseguí, pues Minna, sintiéndose humillada, comparaba la pequeña ciudad de Zurich con la populosa Dresde. Los amigos que le presenté no hicieron mella en su ánimo.

«De las artes y la revolución»

Trabajos literarios





Estreno de "Tristán e Isolda" en Munich, el 10 de junio de 1865, con los actores Ludwig y Malwina Schnorr von Carolsfeld en los papeles principales.



Retrato de Wagner en 1862.

Hans von Bülow, Tausig y Karl Klindworth, colaboradores todos ellos de Wagner.



Frederic Nietzsche (izquierda) y Arthur Schopenhauer (derecha), dos filósofos definitivamente unidos a la vida y la obra de Wagner.





A pesar de todo, Minna me confortó un poco al anunciarme la llegada de diversos enseres de nuestro mobiliario desdrense, que estimó indispensables para una instalación definitiva. Animada de los mejores propósitos, me había expedido mi detestable piano de cola de Breitkopf y Haerdel, así como, con su marco gótico, el grabado de *Los Nibelungos*, de Cordes, de cuyos aposentos de nuestro ajuar, resolvimos instalarnos en uno de los reducidos aposentos de las casas Escher, en «Zeltweg».

### Instalación en Zurich

PERO [ay], pronto surgió la cuestión de saber cómo íbamos a vivir. De buenas a primeras, mi proyecto de dar conferencias públicas chocó con el orgullo de mi mujer. Para escapar de la miseria, Minna propuso seguir el consejo de Liszt y que yo compusiera una ópera destinada a París. Para apaciguarla y porque, en verdad, no tenía otra cosa en perspectiva, me puse de nuevo en correspondencia con mi gran amigo Belloni y su secretario, que residían a la sazón en París. Entre tanto, acepté la invitación de la Sociedad Musical de Zurich, que me rogó dirigiera una obra clásica en uno de sus conciertos, y examiné con su menguada orquesta la Sinfonía en la mayor, de Beethoven. Con este trabajo logré impresionar hondamente al público y embolsar cinco napoleones. En cambio, mi mujer, que recordaba los abundantes medios musicales con los que poco tiempo antes dirigía en Dresde, con pingües resultados económicos, la ejecución de obras semejantes, experimentó ante mis actividades una verdadera tristeza.

*La Sociedad Musical  
de Zurich*

La «Obra de Arte del Porvenir»

CON la preocupación de procurar nuestro yantar cotidiano, y debatiéndome en vano contra el frío de mi reducida habitación, situada en la planta baja y nunca visitada por el sol, escribí durante los meses de noviembre y diciembre una obra bastante voluminosa sobre la *Obra de arte del porvenir*. Y como el éxito de mi primera publicación daba derecho a esperar para esa tarea de ambiciosos alcances unos honorarios importantes. Minna no hizo la menor objeción a mi nueva labor.

La «Obra de Arte del Porvenir»

CON la preocupación de procurar nuestro yantar cotidiano, y debatiéndome en vano contra el frío de mi reducida habitación, situada en la planta baja y nunca visitada por el sol, escribí durante los meses de noviembre y diciembre una obra bastante voluminosa sobre la *Obra de arte del porvenir*. Y como el éxito de mi primera publicación daba derecho a esperar para esa tarea de ambiciosos alcances unos honorarios importantes. Minna no hizo la menor objeción a mi nueva labor.

*Retorno a los estudios filosóficos*

No obstante, mis profundos y cautivadores estudios de Historia habían sido el punto de partida con que durante el último período de mi estancia en Dresde traté de proseguir esa inveterada tendencia de mi espíritu. La obra de Hegel sobre la *Filosofía de la Historia*, me sirvió, sin duda, de introducción a la filosofía propiamente dicha, y encontré en ella no pocas cosas, ante las cuales me inclinaba. No me cabía la menor duda de que ese camino me conduciría finalmente hasta el tabernáculo del santo edificio filosófico. Y cuando más incomprensibles se me presentaban las conclusiones con que aquel espíritu profundo y poderoso discernía todo conocimiento superior, tanto más me aplicaba en abundancia a la cuestión de lo «absoluto» y cuanto a él se refiriese.

**Luis Feuerbach** La revolución inetrumpió mis estudios. Y cuando me sumía en preocupaciones de orden práctico acerca de la formación de la nueva sociedad, un antiguo teólogo, llamado Metzdorf, predicador católico y agitador político que se tocaba con un sombrero calabrés, me orientó hacia el único y verdadero filósofo de los tiempos modernos, Luis Feuerbach.

Entre tanto, en Zurich, mi reciente amigo el profesor Bumgartner me trajo el libro de Feuerbach *La muerte y la inmortalidad*. Completamente profano en aquellas materias, el estilo lírico y atractivo del autor ejerció sobre mí una gran influencia. Ya en la época de mis conversaciones con Lebra en París, y sin que ahondara en ellas, las cuestiones capciosas que se trataban en aquel libro eran analizadas de una manera prolija, como si se plantearan

En cambio, haré trabajo más costoso. En la *Religión y el arte*, que he titulado *El tianismo*, del mismo autor. A través de la tupidia exposición, no logré asir una sencilla idea de la religión desde el punto de vista subjetivo y psicológico. Sea lo que fuere, consideré a Feuerbach como el representante de la liberación radical y categórica del individuo al manumitirlo de las creencias dogmáticas, y los iniciados comprenderán fácilmente los sentimientos que me impulsaron a dedicarle mi libro *Sobre el arte y la religión*. Pero a mi amigo Sulzer, discípulo ferviente de Hegel, no le agradó que me sumara al número de los adeptos de aquel autor, a quien no catalogaba entre los filósofos. «Lo mejor del caso — decía — es que Feuerbach, que no es capaz de expresar una sola idea original, le ha incitado a usted a pensar.»

Por el momento, trabajé con entusiasmo en mi enjundiosa obra literaria, y tuve la satisfacción de leer el capítulo que trata del arte poético a Eduardo de Bulow, el padre de mi joven amigo, también escritor y adepto de Tieck. Su visita me sorprendió en mi habitación, donde tuve ocasión de comprobar que, al escuchar mis ideas tendiendo a introducir radicales reformas en la dramaturgia — reformas que habían de dar lugar al florecimiento de nuevos Shakespeares —, quedó visiblemente consternado. Esto me alentó a creer que el editor aceptaría fácilmente aquella obra revolucionaria, y, dado que era de un volumen considerable, pedí por ella veinte luises de oro que me fueron... prometidos.

«El herrero Wieland» REANUDÉ las negociaciones con Belloni, y para atestiguarle mi sinceridad, bosquejé incluso un plan detallado de la fábula que había de ser versificada por el poeta francés, puesto que no podía pensar, ni de lejos, en un tema que no hubiera elegido yo mismo. Escogí, por tanto, la leyenda a que me había referido al final de mi libro sobre la *Obra de arte del porvenir*, que acababa de terminar. Era la de *El herrero Wieland*. Conocía al dedillo esta historia, extraída de la *Wilkynga Saga*, por la adaptación que de ella había hecho Simrock. Una vez hube convertido el proyecto escénico en una obra en tres actos, con diálogos detallados, estimé que podría, no sin cierto azoramiento, ofrecerlo al autor parisino.

*La señora* ADEMÁS, Liszt esperaba haber descubierto el medio de dar a conocer  
*Julia Ritter* mi música en París. Para ello se había puesto en relación con Seghers, director de los conciertos de Santa Cecilia, quien se comprometió a que se ejecutara durante el mes de enero mi obertura de *Tannhauser*. Se estimó, por consiguiente, oportuno que desde principios de año estuviera presente en la capital francesa. Unos subsidios realmente inesperados hicieron entonces posible un viaje que, en mi precaria situación, consideraba irrealizable. En vano solicité ayuda a mi familia y a todos mis amigos de Alemania. Mi hermano Alberto, cuya hija Juana seguía una brillante carrera teatral, me trató, junto con los suyos, como a un sarnoso cuyo contagio hay que evitar. Únicamente la familia Ritter, que residía en Dresde, me dio pruebas de su acendrada estima. Hasta aquel momento, sólo conocía de la familia al joven Carlos. Y cuando su respetable madre, Julia Ritter, se enteró por mediación de mi viejo amigo Heine, de la situación en que me hallaba, estimó su deber ofrecerme inmediatamente, a través de una tercera persona, la suma de quinientos táleros. Alrededor de esta misma época recibí de Burdeos una carta de aquella señora Laussot que había venido a verme en Dresde el año anterior, quien, en términos amables y llenos de sensibilidad, me atestiguaba de nuevo su cordial simpatía. Y fueron ésos los primeros síntomas de una nueva fase de mi existencia, en el curso de la cual me habitué a que mi suerte material dependiera de íntimas determinaciones que me fueron apartando poco a poco del estrecho círculo de mi familia.

Por el momento, esa ayuda suscitó en mí un dejo de amargura, pues me arrebataba todo pretexto para diferir mi marcha hacia el detestado París. Pero cuando traté de demostrar a mi mujer que con aquel dinero podríamos quizá salir de apuros sin necesidad de movernos de Zurich, Mílna se enojó y me acusó de débil y de cobarde. Y agregó que, si no intentaba por lo menos triunfar en París, me abandonaría a mi suerte y no permanecería en Zurich en plan de espectadora de mi ruina como mesquino escritor y miserable director de cuarto orden.

*Mi estado nervioso y enfermizo* ACABÁBAMOS de entrar en el año 1850. Para conseguir la paz, resolví, por último, efectuar el viaje que se había demorado a causa de mi precario estado de salud. A la excitación de aquellos últimos tiempos, había sucedido una reacción de mis nervios, y a mi larga y constante agitación, una acusada apatía. Los perpetuos resfriados, causados por la mala sana habitación, en la que permanecía constantemente sen-





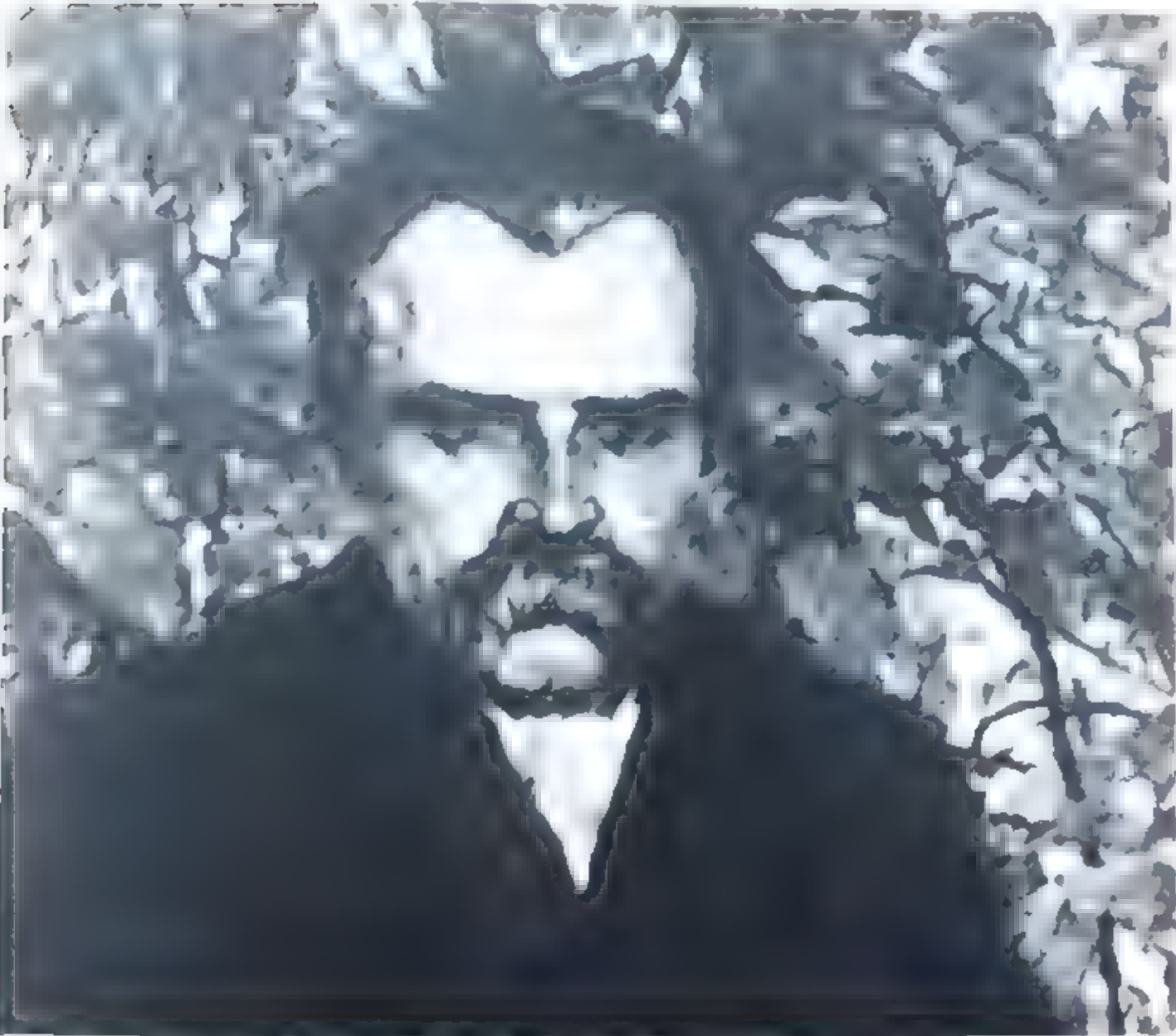


Salut au grand auteur de  
 l'opéra et Juliette  
 et Isolde.  
 Tristan et Isolde.  
 Wagner

Autor manuscrito de Wagner a Berlioz: "Al gran  
 autor de Romeo y Julieta, el autor agradecido  
 Tristan e Isolda".



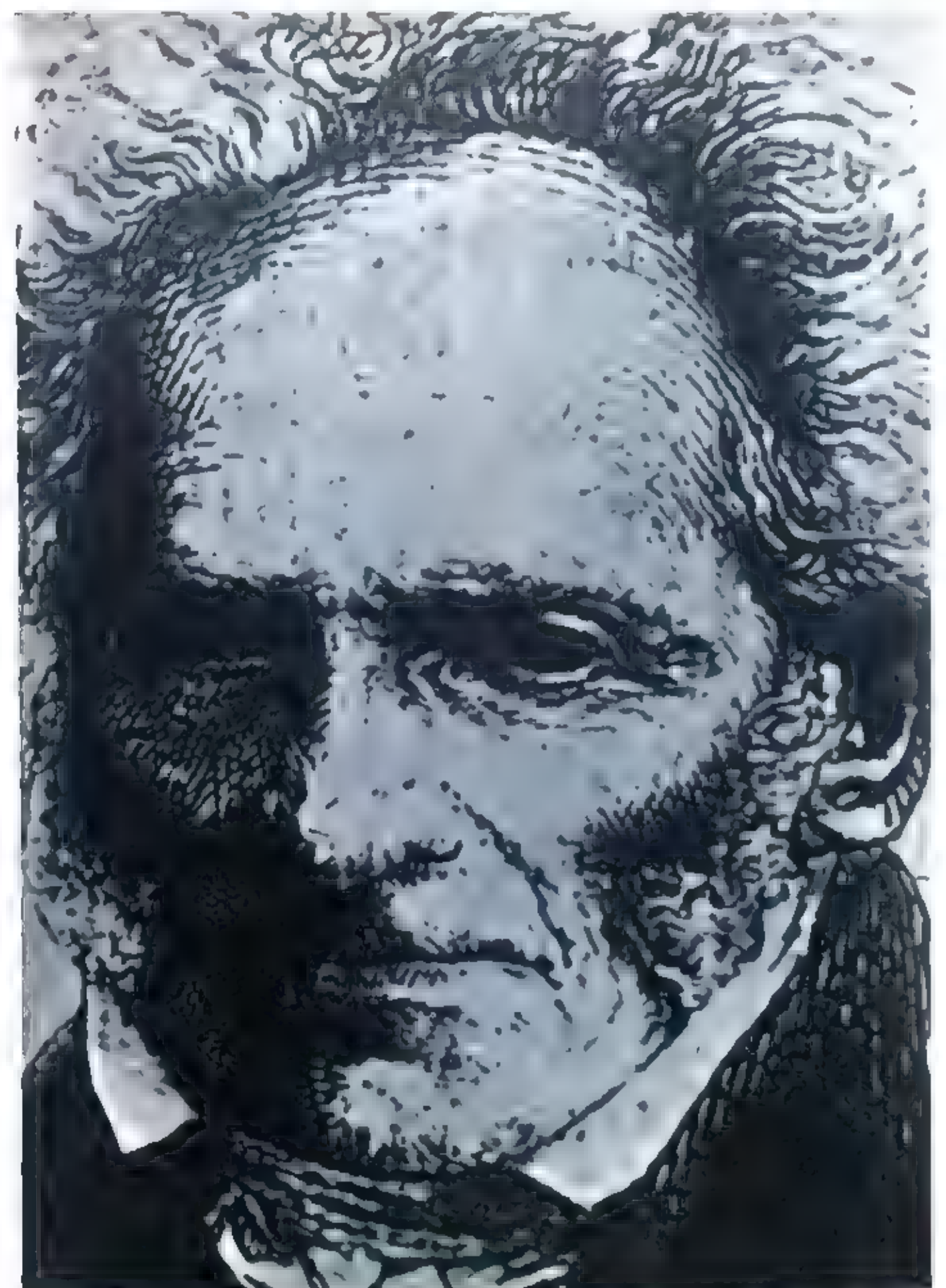
Ludwig y Malwina Schnorr von Carolsfeld, que interpretaron  
 los papeles de Tristán y de Isolda en el estreno de esta obra  
 en 1865.



Frederic Nietzsche.



Kirsten Flagstad, gran intérprete del papel de Isolda.



Arthur Schopenhauer.



la emocionó profundamente, pero prefería a éste mi bosquejo de *El herrero Wieland*. Y me confesó que más le hubiera estimado seguir la suerte de la compasiva novia de Wieland que la Guttrune en *Sigfrido*. Estas conversaciones sobre tantos temas que nos cautivaban hablaban de crearnos a la postre una situación embarazosa. Desgraciadamente, habíamos coincidido en observar que la señora Taylor no se daría nunca cuenta del verdadero sentido de la protección que Jessie me otorgaba, y, además, había advertido poco a poco, con espanto, la desavenencia que existía en el joven matrimonio. Laussot debió darse cuenta de la indiferencia que inspiraba a su mujer, ya que, de no haber sido así, no se hubiera atrevido un día a reprocharle con dureza lo poco que le hubiera importado a su mujer un hijo suyo. Estimaba, por tanto, como dicha que Jessie no hubiera conocido las dulzuras de la maternidad. Perplejo y entristecido, me hallaba en presencia de uno de esos infortunios que tan a menudo se encubren bajo los ropajes de una situación confortable.

TOCABA a su fin mi estancia de tres semanas, cuando recibí de Minna una carta, que por la impresión que me produjo debo considerar como una de las más nefastas. Sea como fuere, mi mujer expresaba su satisfacción por haber encontrado nuevos amigos, pero me dijo que si retrasaba aún más mi vuelta a París para atender con ahínco a la ejecución de mi obertura y sacar partido del éxito de la misma, no se sentía con ánimos para seguir pensando en mí, y que, en todo caso, no comprendía que yo pudiera regresar a Zurich con las manos vacías. Casi al mismo tiempo leí en un periódico la condena a muerte de Röckel, Bakunin y Heubner, y la noticia de su próxima ejecución me sumió en una patética desolación. Escribí a Röckel y a Bakunin una breve y sentida carta de despedida y, no ocurriéndome ningún medio para que ésta llegara a la fortaleza de Koenigstein, donde estaban encerrados, la envié a la señora Lüttichau. Era ésta la única persona lo suficientemente influyente para hacer llegar la carta a manos de mis amigos y, a pesar de nuestras divergencias de opinión, tenía la seguridad de que, generosa y de noble alma, respetaría y cumpliría mi deseo. Más adelante me contaron que la carta cayó en poder de Lüttichau y que éste la echó al fuego.

En aquellos momentos, la dolorosa noticia acentuó aún más mi desesperado malhumor. Y resolví acabar con todo y con todos, con el arte y con la vida. Aun a costa de grandes privaciones, estaba dispuesto a correr el azar de lo desconocido. Contaba ceder a mi mujer la mitad de la renta que percibía de mis amigos, y con el resto me iría a Grecia, al Asia Menor, a cualquier parte y en no me importa qué condiciones. Mi propósito era olvidar y que se olvidaran de mí.

A fin de que Jessie pudiera ilustrar a mis bienhechores sobre el destino que pensaba dar a mis subsidios, comuniqué mis intenciones a la única confidente que tenía en aquel entonces. Jessie pareció agradablemente sorprendida y la aversión que le inspiraba su propia vida despertó en ella el deseo de seguir un destino semejante al mío; y me expresó su pensamiento por medio de alusiones y palabras breves y apresuradas. Sin saber a punto fijo a qué nos conduciría todo aquello, y sin que mediara entre nosotros ningún acuerdo, salí de Burdeos presa de una mayor agitación que cuando llegué, lleno de compasión y de inquietud y dudando acerca de lo que tenía que hacer. Por comenzar, regresé a París. Era en los primeros días de abril.

**Ruptura con Minna** EN un estado verdaderamente lamentable, enervado y fatigado al mismo tiempo, sufriendo de insomnio, pasé ocho días en el Hotel Valois, al objeto de darme cuenta de mi desdichada situación. Pero aun cuando hubiese intentado emprender de nuevo los proyectos que me impelieron a efectuar el viaje a París, nada podía hacer por el momento. El pesar que me ocasionaba vilipendiar así mis energías para obedecer a absurdas exigencias, se trocó en una rabia concentrada. Como de todos modos tenía que contestar la última y apremiante carta de mi mujer, le expliqué extensa y francamente, aunque con amabilidad y tras una recapitulación de nuestra existencia, que había adoptado la firme resolución de dispensarla en adelante de unir su destino al mío, dado que me sentía incapaz de triunfar en la vida, como ella anhelaba. Me comprometía a cederle desde aquel momento y para el futuro la mitad del dinero que percibiera, pero ella había de reflexionar sobre mi determinación, debida a que con ocasión de nuestra entrevista en Suiza me había amenazado con abandonarme. Y tuve que reprimirme para no despedirme definitivamente de ella.

Remité algunos pasajes de esta carta a Jessie, en Burdeos, pero sin extenderme en consideraciones sobre el proyecto, que yo denominaba «mi huida del mundo». Mis recursos eran todavía insuficientes. Jessie me respondió que su intención era la misma y solicitaba mi protección para el momento en que hubiera adquirido su libertad.

Verdaderamente asustado, traté de hacerle comprender la gran diferencia que había entre la situación miserable y desesperada de un ser como yo, que, frente a lo imposible, se abandonaba a la deriva, y la de una joven mujer sustrayéndose a una vida de familia, en apariencia confortable, por motivos que sólo yo podría comprender. Jessie me tranquilizó en cuanto a la excentricidad de su proyecto. Nadie vería en él nada de extraordinario, pues, por comenzar, únicamente pediría permiso para efectuar una nueva visita a la familia Ritter, de Dresde. Estas emociones y preocupaciones me sumieron en tal estado de agotamiento, que me apremió la necesidad de refugiarme en un solitario retiro, no muy lejos de París.

**Restaurante «Homo»** ME habían hablado muy bien de Montmorency, y a mediados de abril me trasladé allí en busca de un modesto cobijo.

Después de deambular por las calles de la pequeña ciudad, erré por sus alrededores, cuyo aspecto era aún invernal, y para reponer un poco mis fuerzas entré en uno de esos patios que tienen algunas tabernas y que sólo los domingos se llenan de clientes. Me hice servir pan, queso y una botella de vino, y pronto me vi rodeado de un grupo de gallinas, a las que distribuí las migajas. Despertó mi admiración el desinterés del gallo, que ni siquiera picoteaba y dejaba a su harén el pan que yo le ofrecía. Pero éstas cobraron cada vez mayor confianza, hasta que se posaron encima de la mesa, y, sin el menor reparo, comenzaron a devorar mi yantar. Al ver semejante desorden, el gallo se sumó también a la partida y con avidez largo tiempo reprimida, se lanzó sobre mi queso.

Por último, aquella invasión de alados rateros acabó por echarme del banco, lo que me produjo un verdadero alborozo. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, rompí a reír y al volverme miré la muestra de la ta-

berna. El tabernero se llamaba Horvo. Esto se me antojó un buen augurio, por lo que decidí hospedarme allí. Me mostraron una habitación muy reducida, que alquilé inmediatamente, en la que sólo había una cama, una tosca mesa de madera y dos sillas. Encima de ellas coloqué mis útiles de aseo y sobre la mesa algunos libros y la partitura de *Lohengrin*. Disponía, además, de un escritorio. Aunque el tiempo seguía siendo borrascoso y el desnudo bosque me proporcionara unos paseos pocos agradables, me encontraba muy a mi gusto en aquella modesta instalación. Había hallado en ella la posibilidad de que todo el mundo me olvidara y, por mi parte, olvidarme de todo cuanto en aquellos últimos tiempos me había inquietado tan desesperadamente.

DISPERTÓSE entonces mi viejo instinto de artista. Ojeé mi *Lohengrin* y decidí enviarlo inmediatamente a Liszt. Confíaba en él para que, en cuanto pudiera, lograra hacer representar mi ópera. Cuando me desembaracé de esta partitura, me pareció estar libre como el aire, y se apoderó de mí una despreocupación diagénica por todo cuanto me esperaba. Y hasta invité a Kietz a que viniera a gozar conmigo de los placeres de mi nuevo acomodo. Llegó, en efecto, como antaño en Meudon, y encontró mi aposento más modesto aún que entonces. Con todo, compartió alegremente mi comida y durmió en una improvisada cama. Y cuando regresó a París, prometió ponerme al corriente de lo que ocurría en el mundo...

Todo esto me hacía vivir apaciblemente, cuando, de pronto, la aterradora noticia de que mi mujer acababa de llegar a París y me buscaba, turbó por completo mi gozosa paz. Pasé una hora en una penosa lucha moral, sin saber qué decisión tomar. Por último resolví actuar de modo que no pudiera nunca creerse que mi determinación fuese del género de aquellas que, tomadas a la ligera, se perdonan con semejante facilidad. E inmediatamente salí de Montmorency. Una vez en París, llamé a Kietz a mi hotel y le insté a que dijera a Minna — que ya había intentado verle — que lo único que sabía de mí era que me había marchado de París. El pobre diablo se vio en un verdadero aprieto, pues, aunque no tanto como yo, no podía sustraerse a la compasión que le inspiraba Minna. Y pretendía que tenía la impresión de ser «el eje en torno al que giran todas las desdichas del mundo». No obstante, se hizo cargo de la seriedad de mis intenciones y de la verdadera significación de las mismas y llevó a cabo su misión con tacto y sentimiento.

AQUELLA misma noche tomé el tren para Clermont-Ferrand, donde me detuve, antes de proseguir mi viaje hacia Ginebra, para esperar noticias de Dresde, de la señora Ritter. Estaba en tal estado de abatimiento que, aun disponiendo de recursos, ni siquiera hubiera podido pensar en emprender tan largo viaje.

Para matar el tiempo de la espera, me trasladé a la orilla opuesta del lago Lemán, a Villeneuve, donde conseguí fácilmente una habitación en el hotel Byron, totalmente vacío en aquella época. Sabiendo que Carlos Ritter había ido a verme a Zurich, le escribí que, con el mayor sigilo, viniera a Villeneuve, donde nos volvimos a ver en la segunda semana de mayo.

Apreciaba en Carlos Ritter una absoluta adhesión a mi persona, la rapidez con que se hacía cargo de mi situación y comprendía la necesidad de mis decisiones, así como un fácil asentimiento, sin mediar objeción alguna, a cuanto determinara para mí o para él. Mis trabajos literarios le llenaban de admiración; me contó la viva impresión que éstos habían producido en sus amistades y me instó a que aprovechara los escasos días de reposo de que gozaba para preparar la publicación de mi poema sobre *La muerte de Sigfrido*. Escribí entonces para esta obra un breve prefacio, en el que la recomendaba a mis amigos como un recuerdo de la época en que esperaba consagrarme por entero a trabajos puramente artísticos, entre ellos la música. Envié este manuscrito a Wigand, en Leipzig, pero me fué devuelto poco después acompañado de unas líneas en las que decía que no creía posible vender un solo ejemplar de mi obra, sobre todo si persistía en exigir la impresión en caracteres latinos. Más adelante me enteré que también se había negado a pagar a mi mujer los diez luises que me debía por mi *Obra de arte del porvenir*.

**Exaltada misiva** A pesar de lo enojoso de mi situación, ni siquiera tuve tiempo de Jessie para pensar en acometer el menor trabajo. En efecto, pocos días después de la llegada de Carlos, los más graves ataques de la vida real conturbaron mi tranquilidad moral. En una exaltada misiva, la señora Laussot me escribió que no había podido eludir el dar cuenta de sus intenciones a su madre, y que ésta había sospechado en seguida que yo me había confabulado con su hija; y el señor Laussot, advertido de lo que ocurría, había ido más lejos y hablaba nada menos que de ir en busca mía para meterme una bala en la cabeza. En seguida resolví lo que tenía que hacer: trasladarme a Burdeos y zanjar definitivamente la cuestión con mi adversario.

Inmediatamente escribí una extensa carta a Eugenio Laussot, en la que procuré aclarar todos los puntos, aunque no por ello me abstuve de añadir que no comprendía que un hombre pudiera retener por la fuerza a una mujer que ya había dejado de quererle. Le anuncié luego que llegaría a Burdeos al mismo tiempo que mi carta y que le indicaría en seguida el hotel donde podría entrevistarse conmigo; le comunicaba, por último, que a fin de dejarle en completa libertad de acción, no advertiría a su mujer del paso que iba a dar. No le oculté tampoco que podría tropezar en el viaje con graves dificultades, pues no disponía de tiempo para hacer visar mi pasaporte por la embajada de Francia. Envié también algunas líneas a la señora Laussot para recomendarle serenidad y discreción, y, fiel a mis propósitos, no le dije una sola palabra acerca de mi cambio de domicilio. Muchos años después, conté esta historia a Liszt, quien me aseguró que había comedido una tontería al no prevenir a la joven mujer de la decisión que había tomado.

**Salida para Burdeos** AQUELLA misma noche me despedí de Carlos, y a la mañana siguiente emprendí desde Ginebra mi penoso viaje a través de Francia. Me sentía tan agotado, que hasta llegué a creer próxima mi muerte, y en este sentido escribí a la señora Ritter, contándole, además, el inaudito conficto en que me hallaba.

Mi incorrecto pasaporte me valió en la frontera no pocas molestias. Tuve que explicar con todo detalle el objeto de mi viaje, y únicamente gracias a mi insistencia sobre los graves asuntos de familia que reclamaban mi presencia en Burdeos obtuve que las autoridades me dieran, excepcionalmente, libre paso. Por Lyon y la Auvernia rodé tres días y dos noches en diligencia. Finalmente, al rayar el alba divisé desde lo alto de una cuesta la ciudad de Burdeos, iluminada por un incendio.

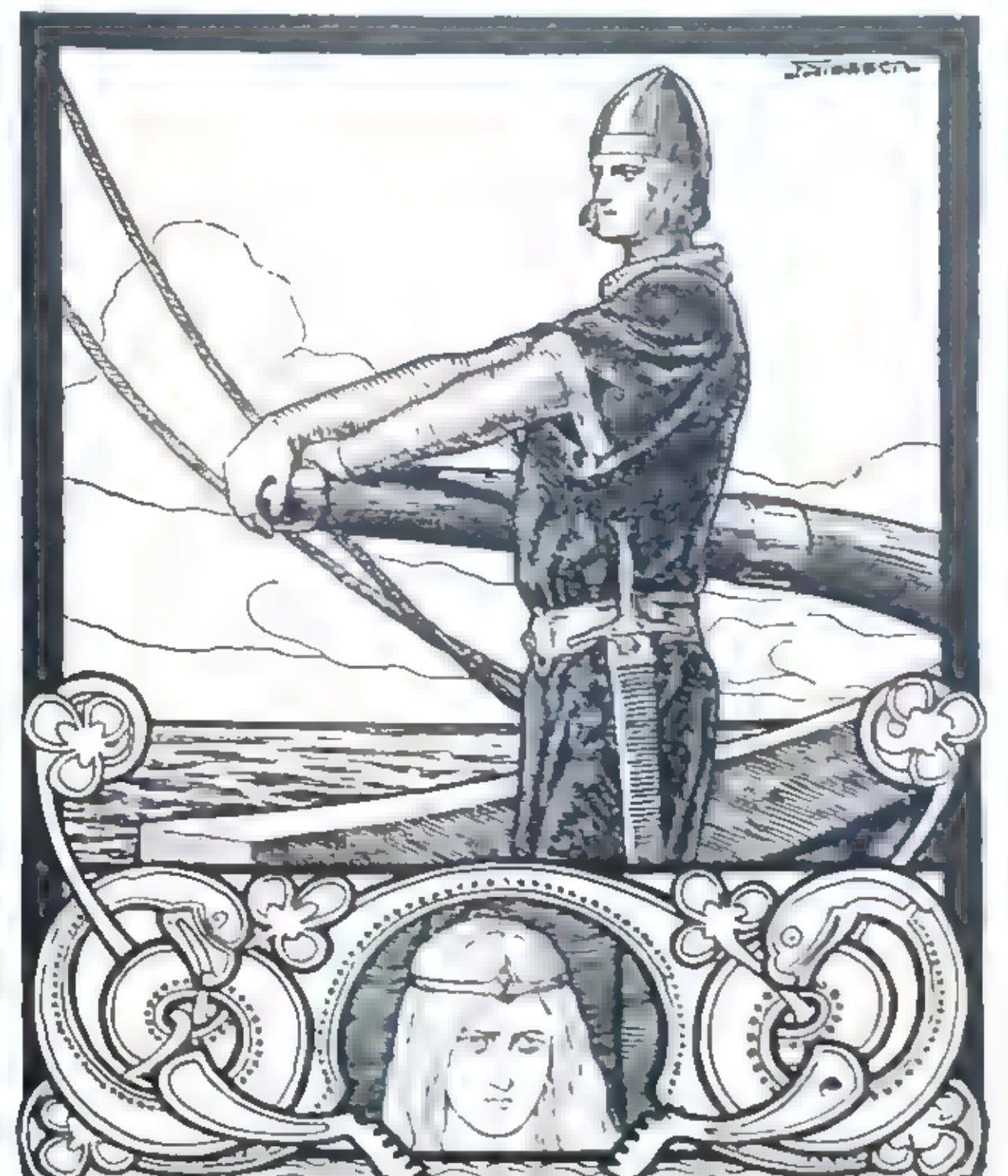
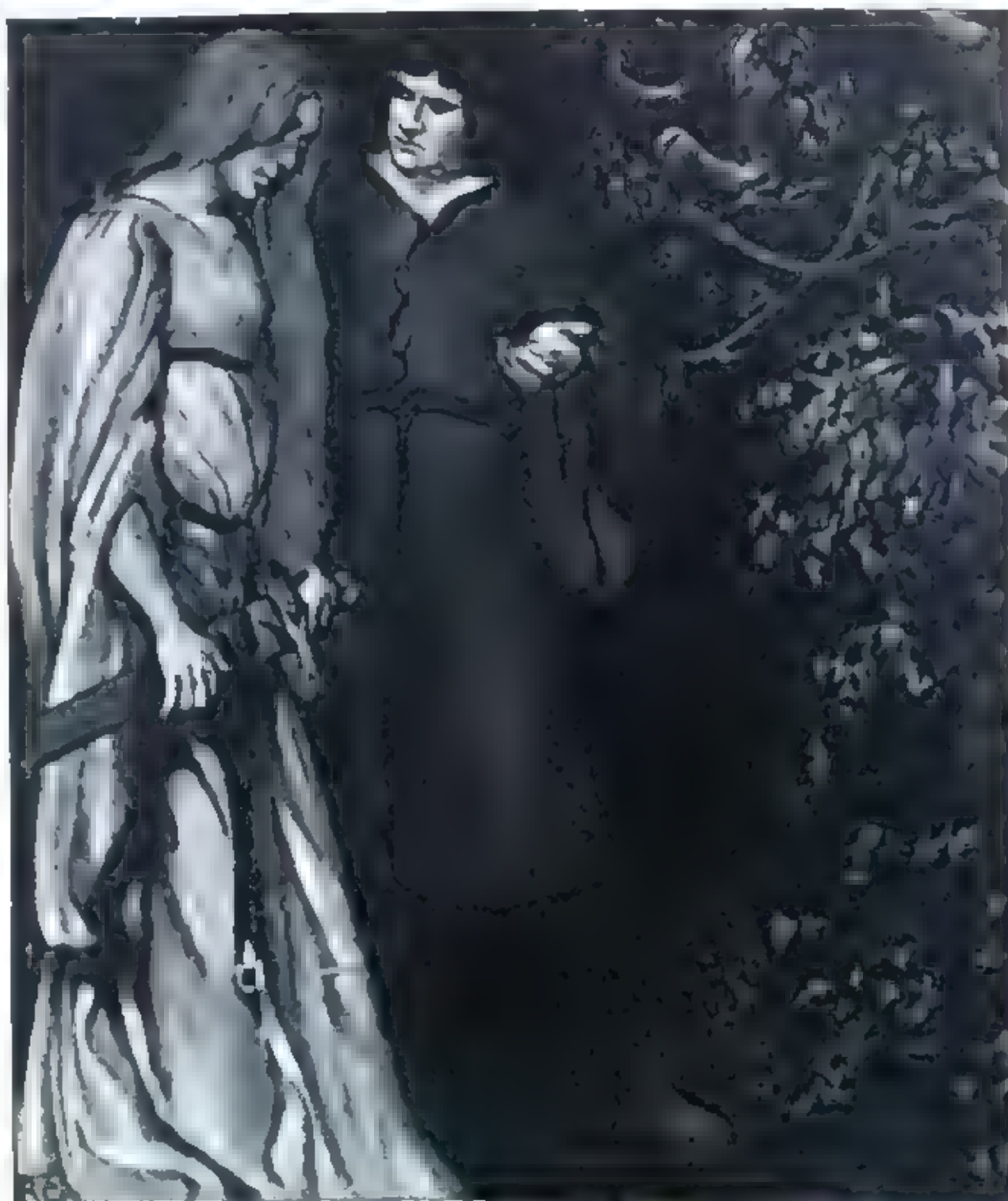




*Muerte de Isolda, en ilustración de Meisenbach.*



*Tres ilustraciones de Robert Engels, relativas al poema de Tristan e Isolda.*



*Alegoría de Tristán.*



Me hospedé en el hotel de «Las Cuatro Hermanas». Inmediatamente mandé a Laussot una esquila en la que le comunicaba que no saldría del hotel en todo el día y que esperaba su visita. Pero no se presentó. Al atardecer, recibí una convocatoria de la policía citándome a la comisaría. Al preguntarme si mi pasaporte estaba en regla, confesé la verdad, y declaré que un importante asunto familiar me había hecho precipitar mi marcha. A este respecto me notificaron que se veían obligados a prohibirme la estancia en Burdeos, precisamente a causa de esos «asuntos de familia». Y al contestar a mis insistentes preguntas, no ocultaron que obraban así accediendo a los deseos de las personas afectadas.

Esta singular explicación me devolvió instantáneamente mi buen humor. Supliqué al comisario que me concediera por lo menos dos días para descansar de mi fatigoso viaje, a lo que accedió con sumo agrado, tanto más cuanto que no podría ver a la familia en cuestión, pues según me dijo el propio comisario, había salido de Burdeos aquella misma mañana. Dediqué, a Jessie una extensa carta en la que le conté cuanto había ocurrido, y no reparé en decirle cuán vergonzosa me parecía la conducta de un hombre que compromete el honor de su mujer con una denuncia a la policía. Y saqué de ello la conclusión de que no podría relacionarme con ella en tanto no se viera completamente liberada de aquella indigna unión.

Tratábase ahora de hacer llegar mi carta a su destino. Las indicaciones del comisario no eran lo bastante precisas para que pudiera saber si los Laussot habían salido de Burdeos por uno o más días. Resolví pues llevar yo mismo la carta. Tiré de la campanilla. La puerta se abrió. Sin ver a nadie, subí al primer piso, crucé por todas las habitaciones que encontré abiertas y cuando llegué a la de Jessie deposité mi carta en su mesita de labor. Luego volví sobre mis pasos sin encontrar tampoco a nadie. Y como no recibí ninguna noticia me puse en camino en la fecha convenida y salí de Burdeos.

El esplendoroso tiempo de mayo me rejuveneció; y el Dordogna, a lo largo del cual rodamos durante mucho tiempo, me embelesó por sus limpidas aguas y su gracioso nombre. Me distrajo la conversación entablada entre un sacerdote y un oficial sobre la necesidad de desembarazarse pronto de la república. El sacerdote era en el fondo más humano y liberal que el militar, que repetía a modo de estribillo: Hay que acabar con eso. En esta ocasión visité Lyon, y en un paseo que hice por la ciudad me esforcé en evocar las escenas de su sitio y toma durante la Convención, igual que tan vivamente, las ha descrito Lamartine en su *Historia de los girondinos*.

De vuelta a Ginebra e instalado de nuevo en el Hotel Byron, fui a ver a Carlos Ritter, quien me comunicó buenas noticias acerca de su familia. Su madre se había apaciguado a tranquilizarle a propósito de mi salud, explicándole que en los individuos nerviosos el presentimiento de una muerte próxima es un fenómeno frecuente, y que no había motivo para atormentarse por ello. Y le anunció además su próxima visita a Villeneuve con su hija Emilia. Todo ello me confortó grandemente. Me pareció que aquella familia, tan buena y tan cariñosa para conmigo, me la enviaba el cielo para señalarme la senda de una nueva existencia. Las dos damas llegaron el día 23 de mayo, fecha de mi treinta y siete aniversario. La madre, Julia Ritter, me causó una profunda impresión. Sólo la había visto una vez en Dresde con ocasión de que Carlos me instó a que asistiera a su casa a la audición de un cuarteto que había compuesto. Toda la familia me demostró entonces un respetuoso afecto no exento de admiración.

La madre se mostró parca en palabras, pero cuando me despedí de ella me agradeció mi visita con lágrimas en los ojos. No comprendí entonces el sentido de aquellas lágrimas y al preguntarle su causa, extrañada de mi pregunta, me explicó que provenían de la emoción que le causaba la inesperada bondad que yo había atestiguado por su hijo.

**La familia Ritter, en Villeneuve** Las dos damas permanecieron ocho días con nosotros. Al objeto de distraernos efectuamos algunas excursiones por el hermoso valle del Ródano, pero, no obstante, no logramos disipar la emoción de la señora Ritter a propósito de los acontecimientos que le había explicado, y de la angustia que experimentaba por mi porvenir. Sólo más tarde me enteré del impropio esfuerzo que aquella mujer delicada y enferma de los nervios había tenido que ejecutar para realizar aquel viaje; y cuando más tarde traté de persuadir a la familia de que viniera a instalarse en Suiza a fin de vivir todos juntos, me dieron a entender que de aquel viaje a Villeneuve — empresa casi excéntrica por parte de la pobre mujer — no debía en modo alguno sacar la conclusión de que la señora Ritter gozara de una salud que en realidad no poseía desde hacía largo tiempo. Por el momento, me confió a su hijo y me entregó dinero para subvenir a nuestras necesidades. Me confesó que su fortuna era modesta, y que no pudiendo ya contar con los Laussot se sentía inquieta acerca de como podría ayudarme a conservar mi libertad. Al cabo de ocho días nos despedimos visiblemente emocionados de aquella mujer respetable. Se marchó para Dresde con su hija y no he vuelto a verla más.

**En la soledad de Zermatt (junio de 1850)** Mi deseo de desaparecer de la escena del mundo me hizo tomar entonces la resolución de retirarme con Carlos en un paraje montañoso, lo más desierto posible. Nos trasladamos, entonces, al solitario valle de la Viège, en el cantón del Valais. Después de sortear mil dificultades y senderos apenas hollados, llegamos a Zermatt. Allí, al pie del enorme y majestuoso monte Cervino nos creíamos, en efecto, separados del mundo. En aquella salvaje soledad traté de

adaptarme de la mejor manera posible, pero no tardé en darme cuenta de que Carlos no se sentía a su gusto. Al segundo día me confesó que el paisaje le parecía horrible y que estaríamos mucho mejor al borde de un lago. Examinamos el mapa de Suiza y, por último, elegimos Thoune.

Desgraciadamente, se había apoderado de mí tal estado de nervosismo que la menor fatiga corporal me provocaba copiosas transpiraciones que me dejaban exhausto. Tuve que hacer un gran esfuerzo para bajar a pie hasta el valle. Llegamos finalmente a Thoune, y sintiéndome ya más alentado alquilé algunas habitaciones modestas y alegres, cuyas ventanas daban a la carretera. Se trataba, sin embargo, de ver si podríamos permanecer en ellas.

Mi joven amigo, cuya timidez no había aun desaparecido, era muy poco hablador, pero su compañía me era siempre agradable, y se expansionaba a veces con una sorprendente vivacidad. Por la noche, cuando antes de acostarse venía a sentarse en mi cama se expresaba, con su atrayente acento de los países bálticos, sobre todo cuanto le interesaba. Durante aquellos días experimenté un singular placer en releer *La Odisea*, que vino a parar casualmente a mis manos. El héroe mártir, siempre errante, nostálgico y vencedor de todos los obstáculos, me inspiraba una simpatía fraternal.

Pero apenas había recobrado la paz y la tranquilidad, una carta de la señora Laussot a Carlos lo echó todo a perder. Le parecía a mi joven amigo que Jessie se había vuelto loca, y no se atrevía a mostrarme su misiva. Yo se la arranqué de sus manos. La joven mujer estimaba su deber advertir a mi amigo que había roto definitivamente toda relación conmigo, pues sabía ya a qué atenerse acerca de mi personalidad.

Por mediación de la señora Ritter me enteré luego de lo que había ocurrido en Burdeos. En cuanto llegué a dicha ciudad, Laussot, de acuerdo con la señora Taylor, había trasladado a Jessie al campo y allí se estuvo el matrimonio hasta que tuvieron la seguridad de que la policía me había hecho salir de Burdeos. A Jessie le habían ocultado mi carta y mi viaje, y habían obtenido de ella la promesa de que permanecería tranquila durante todo un año, que renunciaría a su estancia en Dresde, y, por último, que cesaría toda correspondencia conmigo; y como al término de dicho plazo le prometían su entera libertad, Jessie se sometió a estas condiciones. Sin embargo, los dos conjurados se dedicaron en seguida a hacerme pasar a los ojos de todo el mundo, y, huelga decirlo, también a los de la joven mujer, como el tipo del seductor profesional.

La señora Taylor se había quejado a mi mujer de mis «proyectos adúlteros», y al mismo tiempo que se compadecía de ella le brindó su ayuda. La pobre Minna, viendo de pronto en mi decisión de permanecer alejado de ella un motivo que ni siquiera había sospechado, se dirigió a su vez, acongojada, a la señora Taylor. Valiéronse además de un singular *quid proquo* para acusarme de una mentira de la que yo me hubiera servido a sabiendas. Un día, Jessie me dijo bromeando, que como su padre había pertenecido a una secta particular, cuyos componentes no eran bautizados según los ritos católicos y protestantes, ella no practicaba ninguna religión reconocida; a lo que contesté a modo de consuelo, que también yo me había encontrado mezclado entre sectas igualmente inquietantes, puesto que poco después de mi matrimonio supe que éste había sido celebrado por uno de aquellos «pietistas» de Königsberg. ¡Dios sabe de qué manera fueron transmitidas mis palabras a la digna matrona inglesa! La respuesta de Minna proporcionó sin duda a Jessie tema suficiente para juzgarme del modo que los demás apetecían, y a este resultado se debió la carta que recibí mi joven amigo.

De todo este embrollo lo que más me indignó fué el disgusto causado a mi mujer. Me era indiferente lo que pudieran pensar de mí, pero acepté sin reparos el ofrecimiento que me hizo Carlos de ir a Zurich para darle explicaciones y tranquilizarla.

Mientras aguardaba el regreso de Carlos recibí una carta de Liszt. Me expresaba en ella la impresión que le había producido la lectura de mi partitura *Lohengrin*, y añadía que esta obra le había dado una opinión definitiva sobre la grandeza de mi porvenir. Me anunciaba que, de acuerdo con mi autorización consagraría todos sus esfuerzos al servicio de mi ópera a fin de que pudiera ser representada en Weimar, con ocasión de las próximas fiestas organizadas en honor de Herder. Casi al mismo tiempo llegó también a mis manos una carta de la señora Ritter en la que me rogaba que no me tomara muy a pecho aquella infortunada historia de Burdeos que ella conocía perfectamente.

Cuando Carlos regresó de Zurich me contó, lleno de admiración, la conducta de mi mujer, que había dado pruebas de una notable energía. No habiéndome encontrado en París volviéndose de nuevo a Zurich, y de acuerdo con el deseo que yo había manifestado anteriormente, había alquilado una morada solitaria a orillas del lago. La había amueblado con su habitual ingenio y allí vivía con la esperanza de que alguna vez daría finalmente señales de vida. Al parecer, Sulzer había simpatizado mucho con Minna y la había ayudado en forma cordial e inteligente.

Y de pronto, Carlos exclamó: —¡Ah, cuán diferente es esa gente de esas locas inglesas!— No le respondí. Finalmente, le pregunté sonriendo, si acaso le gustaría instalarse en Zurich. Y replicó en el acto: —¡Oh, sí, si puede ser hoy mejor que mañana!— ¡Pues, cúmplase tu voluntad! —respondí. Liemos los bártulos. ¡Da lo mismo que estemos aquí, que en otra parte!

Y sin más comentarios salimos al día siguiente para Zurich.





*Tercera Parte*  
*(1850-1861)*



*Tristán e Isolda, II Acto, cuadro 1.*



*Tristán e Isolda beben el filtro de amor en ilustración de Ferd. Leeko.*



*Retrato de Wagner, en 1864.*



*Escenografía para el I Acto de "Tristán e Isolda"*







MINNA había tenido la suerte de descubrir en los alrededores de la ciudad una vivienda que respondía perfectamente a los deseos que había expresado antes de mi salida de Zurich. Levantada a orillas del lago, en el barrio del «Engen», a un cuarto de hora aproximadamente de la ciudad, era una vieja propiedad burguesa llamada «La estrella del pastor», y pertenecía a una afable anciana, la señora Hirzel. El primer piso, muy tranquilo y de un coste moderado, contaba con el suficiente confort para nuestras modestas exigencias.

Allí llegué una mañana muy temprano. Minna estaba aun acostada. Como temía que hubiese vuelto junto a ella movido por un sentimiento de compasión la tranquilicé, pero le exigí la promesa de que nunca más volvería a hablar de todo cuanto había ocurrido. Pronto se encontró en su elemento al mostrarme una y otra vez los progresos de su mansa instalación. A partir de aquella época y durante una larga serie de años las condiciones materiales de nuestra existencia, no obstante las interrupciones causadas por diversas dificultades, fueron mejorándose cada vez más e incluso no tardó en reinar en nuestro hogar una cierta jovialidad. Con todo, no conseguí repimir por completo el deseo inquieto y a veces violento que me acuciaba de romper con todo cuanto se convertía en hábito de mi vida.

Al principio, nuestros animales domésticos «Peps» y «Papo» contribuyeron no poco hacer atractivo nuestro hogar. Tanto el perro como el papagayo me querían apasionadamente, y aun a veces de una manera importuna. «Peps» pretendía que su puesto estaba detrás de mí, encima de la silla donde me sentaba para trabajar, y «Papo» me llamaba por mi nombre, Richard, cuando me ausentaba demasiado tiempo del salón donde él solía estar. Si yo no respondía llegaba revoloteando a mi despacho y posándose encima de mi mesa se ponía a jugar de una manera inquietante con las plumas y el papel. Estaba tan bien domesticado que jamás lanzaba su grito natural de pájaro: sólo se le oía hablar o cantar. Y en cuanto oía mis pasos en la escalera saludaba mi llegada con la marcha final de la sinfonía en *do menor*, o con el comienzo de la octava sinfonía en *fa mayor*, y aun con uno de los alegres motivos de la ópera de *Rienzi*.

En cuanto a «Peps», era extraordinariamente nervioso. Mis amigos le llamaban «el inquieto Peps», y en ciertos momentos, en cuanto se le dirigían palabras afectuosas, se ponía a gemir y a ladrar. Estos animales reemplazaban los hijos de que carecíamos, y como mi mujer sentía por ellos una ternura casi apasionada constituían entre nosotros un vínculo y un objeto de intereses comunes. No ocurría lo mismo con la desventurada Natalia. Sus relaciones con Minna eran un motivo constante de discusiones. Hasta el último de sus días mi mujer guardó el singular pudor de no confesar a la muchacha que era su madre, de suerte que Natalia, que se creía su hermana, no comprendía que no recibiera un trato de igualdad. Minna, adjudicándose la autoridad materna, mostraba a menudo su contrariedad al ver a su hija tan mal educada. Natalia, que en la edad en que más cuidados necesitaba debió de estar sin duda excesivamente mimada y consentida, era en la actualidad patosa de cuerpo y de espíritu. Gorduzuela y de baja estatura, parecía torpe y necia. Por otra parte, su carácter, apacible en sus primeros años, había cambiado bajo la influencia de las reprimendas y los sarcasmos de Minna, y se había vuelto terca y desagradable. Por eso, las relaciones de las supuestas hermanas alteraban el sosiego del hogar con insupportables perturbaciones. Y la paciencia con que yo soportaba sus querellas y diversiones no era sino el resultado de la indiferencia que sentía en mi fuero interno por todo cuanto me rodeaba.

**Carlos Ritter** Nuestro hogar se vió animado con la presencia de mi joven amigo Carlos Ritter, que fué nuestro comensal. Se instaló en una buhardilla encima de nuestro piso, compartió nuestras comidas, me acompañó en mis paseos y durante cierto tiempo pareció mostrarse contento. Pero no tardé en advertir en él una creciente inquietud. Carlos había tenido ocasión de asistir a las escenas violentas que desde hacía tiempo eran frecuentes en mi vida conyugal y había podido darse cuenta de donde me apretaba el zapato. Nada me decía de ello mi joven amigo, pero un día le recordé que al avenirme a regresar a Zurich lo había hecho obedeciendo a sentimientos completamente alejados de la esperanza de reanudar una existencia familiar dichosa.

No obstante, descubrí otras causas de la desazón de que daba muestras mi joven amigo. Con frecuencia llegaba tarde a las comidas y sin el menor apetito. Creí al principio que nuestra alimentación le sentaba mal, pero no tardé en darme cuenta que le gustaba de tal modo los dulces y pasteles que temí enfermara del estómago con el abuso de tales golosinas. Mis observaciones a este respecto le pusieron al parecer de un humor de perros. A partir de entonces le vimos muy rara vez. Supuse que estaba hastiado de la sordidez de su habitación y no hice el menor esfuerzo para impedirle que se hospedara en otra parte.

**«Lohengrin» en Weimar** Como se sentía constantemente contrariado, me satisfizo darle la oración de interrumpir una estancia que a todas luces no era de su agrado, y a fines de agosto logré con-

vencerle para que se trasladara a Weimar, donde había de tener lugar el estreno de *Lohengrin*. Por otra parte, invité a Minna a que me acompañara en una excursión al Righi. Efectuamos la ascensión a pie con bastante prontitud, pero desgraciadamente la fatiga provocó en mi mujer los primeros síntomas de la afección cardíaca, que más adelante había de acentuarse. El 28 de agosto, día del estreno de *Lohengrin*, pasamos la velada en el hotel del Cisne, en Lucerna, siguiendo en nuestra imaginación, momento por momento, el curso de la representación. Con todo, cada vez que intentaba

hacer compartir a mi mujer una de mis emociones me invadía el mismo sentimiento de pesar y decepción.

Los informes que recibí sobre la representación de Weimar no eran ciertamente los más propicios para tranquilizarme sobre la suerte de mi obra. Carlos Ritter, que regresó pronto a Zurich, me habló de los defectos que había observado en la puesta en escena, y de un mediocre cantante que tenía a su cargo el principal papel. Sin embargo, el conjunto había causado una buena impresión. Noticias más alentadoras me llegaron del propio Ivrt. Harto conocía la insuficiencia de medios con los cuales se había arriesgado a tan temeraria empresa, y no estimaba necesario extenderse en consideraciones sobre este particular, por lo que, a su entender, lo importante era el espíritu de la obra y el efecto que ésta había producido a las diferentes y señaladas personalidades que había logrado atraer a Weimar para asistir a la representación.

El resultado de aquel significativo acontecimiento, y que sólo más tarde pude calibrar, no ejerció por el momento ninguna influencia sobre mi situación. Me preocupaba sobre todo la vocación del joven amigo que me había sido confiado. Desde Weimar, Carlos había ido a ver a su familia en Dresde y a su regreso me comunicó su intención de seguir la carrera de músico y de obtener un puesto de director musical en un teatro. Desconocía sus aptitudes musicales. Siempre se negó a tocar el piano delante de mí, pero sometió a mi juicio una composición, *La Wal-kyria*, escrita sobre una poesía suya en versos aliterados. Advertí en ella una gran torpeza, pero también un conocimiento profundo de las reglas de la armonía. Reconocíase claramente el alumno de Roberto Schumann. Este maestro me había asegurado tiempo atrás que consideraba a Carlos Ritter como uno de sus discípulos mejor dotados, pues a la seguridad de su oído sumábase una rapidez de concepción poco común. No tenía, pues, ningún motivo para no compartir la confianza que el joven tenía en sí mismo acerca de sus cualidades como futuro director de orquesta.

Próxima ya la temporada de invierno me informé del paradero del director del teatro de Zurich, y me enteré que daba aún representaciones en Winterthour. Suizo, siempre servicial en cuanto se le pedía consejo y ayuda, organizó una entrevista con el director Kramer en el hotel «Sauvage», en Winterthour, donde comimos juntos. Se convino que a partir de octubre Carlos Ritter sería el director de orquesta para el próximo invierno, por cuyas funciones percibiría unos aceptables honorarios. Sin embargo, como mi protegido era un debutante notorio respondí de sus cualidades al director musical, y me comprometí a reemplazarle en el caso de que su inexperiencia causara perturbaciones en la marcha del teatro.

Carlos se mostró muy contento. En octubre, y cuando se anunció la inauguración de una temporada teatral de «tendencias artísticas especiales», estimé necesario conocer las «aptitudes directoriales» de mi joven amigo. Para su debut escogí el *Freischütz*, por ser esta una ópera muy conocida. No abrigaba Carlos la menor duda sobre la facilidad en dirigir una obra tan sencilla, pero cuando tuvo que repasarla conmigo al piano y se vió obligado a vencer finalmente la timidez que le había retenido siempre de tocar este instrumento delante de mí, me di cuenta, con verdadero horror, de que no tenía ninguna idea sobre el acompañamiento. Ejecutaba la parte de piano con la negligencia del «dilettante» a quien no le importa, cuando sus dedos tropiezan con una dificultad, retrasar el compás de un cuarto de tiempo. Carecía además de toda idea sobre la precisión rítmica y el conocimiento de los tiempos, verdaderamente indispensables para un director de orquesta. Estupefacto, no sabiendo qué decir, y confiando en un imprevisto despertar del talento del joven, permití que se efectuara el primer ensayo con orquesta. Ante todo, había provisto a Carlos de un par de lentes, pues había observado en él una acentuada miopía de la que hasta entonces no me había dado cuenta. Las lentes obligaban a mi director en cierto a aplicar de tal modo sus narices sobre la partitura, que le era imposible observar al mismo tiempo a la orquesta y los cantantes. Pero cuando ante el atril le vi lleno de confianza, y, no obstante las lentes, mirar únicamente la partitura; cuando con su batuta le vi dibujar en el aire un vago compás que se forjaba él mismo como en un sueño, me di cuenta de que me hallaba en la necesidad de mantener mi promesa de garantía. Me fué difícil y penoso hacer comprender a Carlos los motivos que me obligaban a reemplazarle. De buen o mal grado tuve que inaugurar la temporada teatral de la empresa Karmner, y el éxito que me valió la dirección del *Freischütz* me colocó en una situación singular, tanto respecto del teatro como del público. Y no me fué fácil desprenderme de ella.

**Hans de Bülow** No podía ya pensarse en Ritter para el cargo de director de orquesta. Esta infortunada experiencia coincidió de extraña manera con el cambio que se operó en la carrera de otro de mis jóvenes amigos, Hans de Bülow, a quien conocí también en Dresde. El año anterior, en Zurich, había encontrado a su padre, Eduardo de Bülow, que recién casado en segundas nupcias se había instalado a orillas del lago de Constanza. Hans de Bülow, que residía a la sazón en casa de su padre, me escribió que le era imposible realizar su ardiente deseo de venir a verme en Zurich, como me había anunciado. Por lo que pude colegir que su madre, entonces divorciada de su padre, se esforzaba en impedir que Hans siguiera la carrera musical; hubiera querido que continuara sus estudios de Derecho y fuera abogado o diplomático. Pero los gustos y el talento del joven le inclinaban hacia la música. Al parecer, al ser autorizado Hans por la señora Bülow para visitar a su padre, le había recomendado especialmente que no se entrevistara conmigo. Al saber que este último, a pesar de la simpatía que me profesaba, le retenía igualmente de partir para Zurich, supuse que, no obstante estar en juego el porvenir de su propio hijo, Eduardo de Bülow hacía con ello una concesión a su primera mujer y eludía así un nuevo conflicto con ella.

**Situación del joven de Bülow** Esta suposición, que me llenó de amargura contra Eduardo de Bülow, se vió confirmada por los términos de la carta en la que Hans me daba cuenta de la cruel necesidad en que se hallaba de abrazar una carrera que detestaba, y sumirse para toda su existencia en un antagonismo moral que atormentaría su alma para siempre. La amarga pesadumbre con que se dirigió a mí me dieron el derecho de hacerle comprender que no se trataba solamente de su futura profesión sino de toda su vida intelectual y moral. Le expliqué lo que haría en su lugar si sintiera germinar en mí una vocación irresistible por la carrera de las artes y estuviera dispuesto a vencer las mayores dificultades, aunque se contara

*Aptitudes musicales de Carlos Ritter*

*Comienzos de Carlos Ritter*



entre ellas la contrariedad de una riña de familia. Antes que seguir una senda equivocada no vacilaría en tomar una decisión extrema y en aceptar la mano que se me tendiera como yo le tendía la mía. Por consiguiente, si a pesar de la prohibición de su padre persistía en venir a verme, debía de llevar a cabo su proyecto en cuanto recibiera mi carta. Carlos Ritter aceptó complacido la misión de entregar personalmente la carta a Hans. Una vez hubo llegado a la propiedad de Eduardo de Bulow, Carlos hizo llamar a su amigo, y llevándose un poco lejos de la casa le dio a leer lo que yo había escrito. Inmediatamente, y tal como iba vestido, Hans resolvió partir sin dinero y bajo el azote de la lluvia y el viento, los dos amigos efectuaron el viaje a pie hasta Zurich. Y una tarde, los dos jóvenes, exaltados, llenos de osadía y acusando en su indumentaria las huellas de su larga expedición pedestre, entraron en mi casa. Ritter, aparecía verdaderamente radiante por lo bien que había desempeñado su cometido, y el joven de Bulow me atestigüó una apasionada gratitud. Inmediatamente tuve conciencia de los grandes deberes que me incumbían hacia él, y me compadecí sinceramente de su enfermiza excitación. Y durante largo tiempo esos dos sentimientos fueron mi norma de conducta para con el joven de Bulow.

Para comenzar habla que infundirle alientos y para ello me mostré con él contento y afectuoso. Su situación quedó pronto arreglada. Figuró como asociado en el contrato teatral de Carlos, participando de sus modestos honorarios; y yo salí fiador de los dos.

Bulow, director de orquesta

El primer día de espectáculo tuvo que dirigir un *vaudeville*. Sin saber a punto fijo de qué se trataba, Hans se colocó ante el atril del director, y blandió su batuta con un verdadero placer y una gran seguridad. Inmediatamente me tranquilicé y deseché toda inquietud sobre las aptitudes del nuevo director de orquesta. Sin embargo, me apenó mucho tener que consolar a Carlos de la confusión en que le sumía la confirmación definitiva de su incompetencia como músico práctico. Y me di cuenta de que a partir de aquel día en el corazón del joven, por otra parte excelentemente dotado, germinó una cierta falta de confianza para conmigo, sentimiento que incluso se trocó en una antipatía secreta. Con todo, no había medio de mantenerle en el cargo que yo le había procurado y de que cogiera de nuevo la batuta de director.

UNA dificultad inopinada agravó aun más la situación de Hans de Bulow. Desde que asumí la dirección de la orquesta, Kramer y su personal se irrogaban el derecho de reclamar constantemente mi presencia ante el atril. Varias veces más, en efecto, ocupé la dirección de la orquesta, en parte para acreditar, con mi autoridad sobre el público, la compañía de ópera compuesta en verdad por buenos cantantes, y en parte también para servir de modelo a mis jóvenes amigos, especialmente a Bulow por su gran vocación. Este último acabó por mostrarse a la altura de sus funciones, y pronto declaré en conciencia que en ningún caso me creía obligado a reemplazarle. Pero una cantante, a quien mis elogios habían engreído, escogió aquel momento para crear dificultades a Hans, forzándome así a asumir de nuevo la dirección. No tardamos en darnos cuenta del estado de cosas que se había creado. Cansado de los sinsabores y contrariedades que todo ello me proporcionaba, resolvimos, de acuerdo con el director, rescindir un contrato que era engorroso para todos. En aquella misma época ofrecieron a Hans el cargo de maestro de capilla en Saint-Gall. Abandoné, pues, a los dos jóvenes a su suerte y partieron para esa ciudad vecina a fin de probar en ella juntos fortuna, o por lo menos ganar tiempo.

Hans y Carlos a Saint-Gall

Aunque enojado conmigo, Eduardo de Bulow se resignó pronto a aceptar la decisión que había tomado su hijo. No había contestado la carta en la que trataba de justificar mi manera de obrar, pero había venido a ver a Hans en Zurich con el fin de reconciliarse con él.

En el transcurso del invierno visité varias veces en Saint-Gall a los dos muchachos. A Carlos, que había sufrido un nuevo fracaso al intentar dirigir la obertura de *Ifigenia*, de Gluck, le encontré sumido en los más sombríos pensamientos. La falta de ocupación contribuía a mantenerle en ese malhadado estado de ánimo. Por el contrario, Hans, con una compañía destestable, una peor orquesta y el sórdido local que hacía las veces de teatro, y a pesar de lo penoso de las circunstancias, se mostraba muy activo. Viendo difícil su situación le dije que ya había trabajado bastante y que sabía lo suficiente para asumir con éxito las funciones de director de orquesta en una esfera más digna de sus aptitudes. Pero ¿dónde hallarla? El joven me contó entonces que su padre le había prometido recomendarle al barón de Poissl, intendente del teatro de la corte en Munich. Pero su madre, que no tardó en inmiscuirse en el asunto, deseaba enviar a su hijo a casa de Liszt, en Weimar, a fin de que acabara su educación musical.

Salida de Hans para Weimar NADA me fué más agradable que recomendar también a mi gran amigo a ese joven por cuyo porvenir me interesaba de una manera sincera. Hans salió de Saint-Gall en la Pascua de 1851, y como permaneció bastante tiempo bajo la protección weimariana, me consideré relevado de mis solicitudes. Ritter se quedó solo. Vacilaba en si debía o no volver a mi lado, pero su fracaso en Zurich le afectó de tal modo que prefirió seguir provisionalmente en su soledad de Saint-Gall.

El invierno anterior, en ocasión de una visita que me hicieron mis jóvenes amigos, tuvieron lugar en Zurich manifestaciones musicales superiores a las de Saint-Gall. Hans actuó como pianista en un concierto de la Sociedad de música, en el que yo dirigí una sinfonía de Beethoven. De ello resultó un estímulo recíproco. Me suplicaron que siguiera ocupándome de los conciertos de dicha sociedad, pero como la orquesta era muy endeble sólo prometí mi colaboración — que por otra parte se limitaba exclusivamente a dirigir una sinfonía de Beethoven — a condición de que se recabara la cooperación de buenos músicos de fuera, especialmente para los instrumentos de cuerda. Para cada sinfonía exigía tres ensayos, y como los músicos forasteros venían a Zurich con este solo objeto, dichos ensayos cobraban siempre un tono de solemnidad. Por otra parte, como el tiempo que se consagra de ordinario al ejercicio de un programa entero de concierto me era reservado únicamente para la sinfonía, podía dedicar todos mis cuidados a la dición musical. Y como generalmente no había grandes dificultades de ejecución a vencer, llegué a conseguir una perfección interpretativa y una delicadeza en los matices que me satisfacían, tanto más cuanto que no dejaba de observar el efecto verdaderamente sorprendente que aquellas causaban en el público.

Descuñé en la orquesta varios músicos de talento. Mencionaré sobre todo el oboe Fries, a quien saqué del modesto lugar que ocupaba en la orquesta para confiarle el puesto de primer oboe en las sinfonías de Beethoven. Debía ejecutar su partitura conmigo, absolutamente como una voz humana. En la audición de la Sinfonía en *do menor*, la primera que dimos, ejecutó en la primera parte el breve compás indicado por un *adagio* sobre uno de los calderones, de una manera tan característica y tan llena de emoción, que nunca más lo he vuelto a oír igual. Este singular músico dejó la orquesta cuando yo cesé de dirigirla, y se dedicó a la venta de libros de música.

Orquesta y músicos de Zurich

Teníamos también entre los ejecutantes a un clarinete distinguido, Ott-Imhof, rico patricio, culto y amante de las artes. Su estilo carecía quizá de vigor, pero era de una notable pureza. Tampoco olvidaré al excelente cornista Baer, a quien había nombrado jefe de los instrumentos de metal, sobre cuyos componentes ejercía una saludable influencia. No creo haber oído en parte alguna los acordes rigurosos y prolongados del final de la Sinfonía en *do menor*, ejecutados con tanta intensidad como entonces en Zurich, y sólo puedo parangonar la impresión que recibí con la que me produjo la orquesta del Conservatorio en la *Sinfonía con coros*.

La ejecución de la sinfonía en *do menor* produjo a nuestro público de concierto, y en particular a mi fiel amigo Sulzer, hasta entonces refractario a la música, un efecto muy especial. Sulzer se entusiasmó de tal modo que, en respuesta a la crítica melévolá de un periodista, publicó una sátira escrita en el estilo de Platen.

En aquel invierno me avine aún a dirigir la *Heroica* de Beethoven. En dicho concierto Bulow se reveló como pianista. Temetatio, y quizás un poco imprudente, escogió la obertura de *Tannhäuser*, arreglada para piano por Liszt, pieza tan ingeniosa como difícil. Bulow causó sensación y a mí mismo me llenó de asombro. Hasta aquel momento no había apreciado su virtuosismo en su justo valor, por lo que deposité la mayor confianza en el porvenir del joven artista.

Bulow se revela como un virtuoso

DURANTE el invierno había podido comprobar su talento en diferentes ocasiones, y le sabía adornado de extraordinarias dotes para dirigir y acompañar. Con frecuencia se reunían en mi casa unos cuantos amigos. Habíamos formado una especie de club cuyos pasatiempos eran por lo general amenizados por el talento de Bulow. Yo cantaba ciertos pasajes de mis óperas y Hans me acompañaba con comprensión e inteligencia. En esas reuniones daba también lectura de mis manuscritos, y así fué como durante varias veladas consecutivas y ante un auditorio atento y cada vez más numeroso, leí en alta voz el tupido libro *La ópera y el drama*, que había escrito en el transcurso del invierno. Debo hacer constar que después de mi regreso de Zurich, habiendo recordado ya un poco el sosiego y la presencia de ánimo, reanudé en seguida y seriamente el trabajo. No se trataba, sin embargo, de componer la música de *La muerte de Sigfrido*. La sola idea de escribir una partitura que no había de ser interpretada me desalentaba, y pensaba siempre qué camino podría seguir — aunque fuera dando un gran rodeo — para conseguir que se representara mi obra. Y se me figuraba indispensable que el reducido círculo de mis amigos que de cerca o de lejos se ocupaban de mi arte, se interesaran por el problema que tenía por resolver.

Un día, Sulzer me dio a leer en el gran diccionario contemporáneo de Brockhaus, un artículo sobre la ópera que, a su sentir, concordaba con mis ideas, deparándome con ello la ocasión de dar principio a aquel trabajo aclaratorio. Me bastó una ojeada para darme cuenta de los defectos que contenía aquel artículo y procuré demostrar a Sulzer la diferencia que sobre aquellas cuestiones existía entre la opinión de personas, que no dudaba en considerar inteligentes, y la mía. Como a través de las explicaciones demasiado breves que pude darle no logré hacerle comprender mis ideas, en cuanto llegué a casa bosquejé un plan detallado de las mismas. Y así comenzó la obra publicada con el título *Ópera y drama*, obra que me absorbió durante varios meses, hasta febrero de 1851.

Muerte de «Papou» CRUELMENTE expié el ardor con que procuré terminar aquel libro. Cuando, según mis cálculos, sólo me faltaban algunos días para dar cima al manuscrito, mi querido papagayo, que solía contemplarme mientras escribía, cayó gravemente enfermo. Como el animal siempre se había repuesto de crisis semejantes, no presté gran atención a su dolencia. Cuando mi mujer me rogó que fuera a un barrio apartado en busca de un veterinario que nos habían recomendado, no quise dejar el trabajo y diferí el encargo para el día siguiente, y luego para otro día. Finalmente, una noche se terminó el fatal manuscrito, pero a la mañana siguiente nuestro pobre «Papou» apareció muerto en el suelo. Minna compartió mi desolación, pues el cariño que sentíamos hacia nuestros queridos animales domésticos fué por espacio de mucho tiempo el vínculo cordial de nuestra común existencia.

Relaciones con Sulzer SULZER, delicado de salud y en extremo irritable, entró, muy a pesar suyo, en la administración del Estado. Haciendo en el sentido más amplio de la expresión el sacrificio de sus gustos y de sus inclinaciones, había obedecido a su conciencia de ciudadano consciente. Según decía, sus relaciones conmigo le habían llevado, más de lo que le permitía su deber, a una esfera de goces estéticos. Y hubiera abundado aún más en tales ocurrencias si el arte no hubiera sido para mí una cosa muy seria. Cuando me oía proclamar que la vocación artística del hombre es siempre superior a nuestras obligaciones para con el Estado, Sulzer saltaba de sus casillas. Pero por otra parte, la sinceridad de mis afirmaciones lo atraía hacia mí y a mi manera de ver. Se concebirá fácilmente que nuestras entrevistas no se limitaban siempre a apacibles discusiones. Con frecuencia y a causa de nuestra semejante excitabilidad, tomaban un carácter verdaderamente violento, hasta que Sulzer, hecho un basilisco, cogía su bastón y su sombrero y se marchaba sin despedirse.

Afortunadamente, al día siguiente por la tarde, en un rasgo que decía mucho en favor de mi amigo, volvía a la hora habitual y teníamos ambos el convencimiento de que nada había sucedido entre nosotros. Sólo cuando ciertas dolencias corporales le forzaban a una reclusión completa era harto difícil verle, y se enfurecía sobremanera cuando alguien se interesaba por su estado. En tal caso, el único medio de que recobrara su buen humor era pedirle algún favor. En seguida demostraba una agradable sorpresa y se





*Isolda (Helga Dernesch)  
y Brangäne (Christa Ludwig)  
en el I Acto del Tristán.*

*Kirsten Flagstad como  
Isolda, ofreciendo el  
filtro a Tristán.*



*L'amour des ames, cuadro  
de Jean Delville.*





aprestaba a llevar a cabo cuanto se le pidiera. Su rostro se sereniaba y usomaba la sonrisa a sus labios.

En nuestro círculo, el músico Guillermo Baumgartner formaba el más perfecto contraste con Sulzer. Jacarab Baumgartner. Hagenbuch. doso compadre, sin gustos ni aficiones arraigadas, había estudiado lo suficientemente el piano para ser un buen profesor de música, dando para poder vivir tantas lecciones como era necesario. Con tal que no fuera demasiado elevado, todo cuanto era bello despertaba su entusiasmo. Hombre excelente y de buen corazón, Baumgartner respetaba a Sulzer acerbamente, pero sentía por la taberna una inclinación tan acusada que ni el propio Sulzer consiguió corregirle de este vicio.

Otros dos amigos se sumaron a éstos desde el principio de mi estancia en Zurich: el segundo canciller Hagenbuch, hombre capacitado y digno de estima, y un abogado llamado Bernardo Spyl, redactor del *Freigenossliche Zeitung*. Era un buen hombre, aunque no dotado de una inteligencia superior, a quien Sulzer trataba a veces con cierto aire desabrido.

Alejandro Müller, a quien las desventuras domésticas, las enfermedades y su oficio de profesor de música absorbían cada vez más, desapareció pronto de entre nosotros. Otro músico, Abt, a pesar de su composición vocal, *Las golondrinas* (1), no llamó siquiera mi atención. Se separó de nosotros poco después de mi llegada a Zurich para ir a instalarse en Brunswick, donde hizo una brillante carrera.

Debido a los acontecimientos políticos de entonces, la sociedad de Zurich se vió enriquecida con toda clase de elementos extranjeros. Cuando volví a la ciudad en enero de 1850 había ya encontrado a Adolfo Kolatschek, personaje que no carecía de buenos modales, pero bastante fastidioso. Sintiéndose con vocación de periodista, había fundado una revista mensual alemana, cuyas páginas brindaba a los vencidos de la revolución, y destinada a continuar la lucha en el terreno intelectual. Kolatschek me consideraba como un escritor y casi me halaga que estimara que un «poeta» como yo no había de faltar en el haz de inteligencias en que se apoyaba su empresa.

Ya cuando residía en París le había enviado un artículo titulado *El arte y el clima*. Y en Zurich aceptó con sumo agrado algunos extractos bastante extensos de mi obra inédita, *La ópera y el drama*, que me paró aceptablemente. Este hombre ha seguido siendo para mí el tipo único del redactor, lleno de tacto y discreción. Me dió a ler la crítica manuscrita que un tal Palleske había hecho de mi *Obra de arte del porvenir*, y me dijo que no la imprimiría sin contar con mi autorización. Era una apreciación escrita con pretensiones, y por añadidura, superficial y nada inteligente. Si llegaba a aparecer en nuestra *Revista* me vería obligado a impugnarla mediante interminables y fatigosas explicaciones sobre mi verdadera teoría. Y como no tenía ningún deseo de consagrarme a tales menesteres, acepté de buen grado la decisión de Kolatschek, que devolvió el manuscrito a su autor.

**Reinhold Solger** GRACIAS a Kolatschek trabé conocimiento con Reinhold Solger, un hombre muy interesante y distinguido. Sin embargo, su carácter inquieto y aventurero no soportó por mucho tiempo la vida sordida y mezquina de Zurich. No tardó Solger en separarse de nosotros y partió para América del Norte, donde dió mucho que hablar por su actitud provocativa y sus conferencias sobre las condiciones sociales existentes en Europa. Es lamentable que un hombre dotado de tan preclaro talento no nos haya legado obras importantes. Lo que durante su breve estancia en Zurich escribió para nuestra *Revista*, es sin duda superior a todo cuanto un alemán haya jamás publicado acerca de tales materias.

**Jorge Herwegh** Al año siguiente (1851) apareció entre nosotros Jorge Herwegh. Con gran asombro de mi parte le encontré una buena mañana en casa de Kolatschek. Sólo más tarde y de una manera poco agradable, me enteré de los motivos que le habían traído a Zurich. Por el momento, con su continente aristocrático y de hombre acostumbrado al bienestar y a la elegancia, me hizo el efecto de ser genuinamente hijo de su época. Las interjecciones francesas con que salpicaba sus peroratas le prestaban un aire singularmente distinguido, o por lo menos ficticio. Pero, su apuesta figura, su mirada maliciosa y la finura de sus modales no dejaban de fascinar a cuantos se le acercaban. Me sentí casi halagado al ver que aceptaba con agrado mi invitación a mis rústicas recepciones. No carecían éstas de atractivo cuando estaba presente Bülow para animarlas, pero a mí nada me decían. La noche en que comencé la lectura de mis manuscritos, mi mujer me aseguró que Kolatschek se había dormido, y que Herwegh sólo se había preocupado de hacer los honores al *punch*. Y cuando más tarde, en doce sesiones consecutivas, leí a mis amigos de Zurich mi libro *La ópera y el drama*, Herwegh estuvo ausente en todas ellas, pues según objetó no quería formar parte de aquéllos para quienes se han escrito cosas semejantes.

**Amistad con Herwegh** Poco a poco, nuestras relaciones fueron haciéndose, no obstante, más cordiales. Lo que en Herwegh me atraía no era exclusivamente el poeta, al que tantos homenajes le habían sido tributados, sino especialmente las cualidades de delicadeza y de finura de un espíritu admirablemente cultivado. Finalmente, me di cuenta de que también Herwegh experimentaba el deseo de verme. La discusión de cuestiones graves y profundas, a las que en presencia suya me entregaba apasionadamente, despertó una noble simpatía en aquel hombre, que después de sus fáciles éxitos como poeta, adoptaba actitudes perniciosas y triviales, que contrastaban con su verdadera índole. A este cambio contribuyó sin duda el creciente embarazo de una situación en la que trataba de conservar las apariencias de una cierta opulencia. En resumen, Herwegh fué el primero que mostró una comprensión inteligente acerca de mis opiniones y de mis aventurados proyectos, y creí en la sinceridad de sus palabras cuando me aseguró que no solamente no cesaba de reflexionar sobre mis ideas, sino que, ciertamente, nadie se ocupaba de ellas con más interés que él. Nuestras relaciones íntimas y verdaderamente elevadas recibieron un nuevo aliciente cuando di cuenta a Herwegh de la composición a la que a partir de la próxima primavera consagraría mi trabajo.

La representación de *Lohengrin*, organizada por Liszt el otoño anterior en Weimar, había logrado mejores resultados de los que era dable esperar de una empresa ejecutada con tan escasos recursos. Los resultados se debían sin duda al inteligente celo de mi generoso amigo. No le fué posible a Liszt contratar para Weimar los cantantes de valor que precisaba *Lohengrin*. En ciertos pasajes se vió obligado a sugerir solamente lo necesario para lograr una representación aceptable de mi ópera, pero dió sus indicaciones de manera hel y espiritual. En principio, había escrito de su puño y letra un extenso ensayo sobre *Lohengrin*. Lo había hecho imprimir, y como antizaba la obra hacia en sus menores detalles, había suscitado entre los amigos de las artes un entusiasmo que raras veces se logra inspirar. Carlos Ritter se distinguió ventajosamente, haciendo del original hancés una excelente traducción alemana que apareció en el *Illustrierte Zeitung*. Poco después, Liszt escribió sobre *Lohengrin* un artículo que completaba el de *Lohengrin*. Ambos estudios fueron reunidos en un fascículo que suscitó durante largo tiempo, sobre todo en el extranjero, un interés extraordinario por mis obras, haciendo éstas más comprensibles que los arreglos para piano que sólo se estudian de una manera imperfecta.

No le bastó a Liszt con esto sino que consiguió aún contratar a artistas de fuera para las representaciones weimarianas de mis óperas; y además, con su amable insistencia, atraía a la ciudad personalidades capaces de comprender y apreciar mi música.

Sus buenas intenciones chocaron, sin embargo, con Franz Dingelstedt. Este, muy a pesar suyo, había escrito sobre *Lohengrin* una crítica en el *Allgemeine Zeitung*, que era en realidad un verdadero galimatías. Pero, mejor resultado obtuvo Liszt con Adolfo Stahr, a quien, gracias a su elocuencia desbordante, había sumado a sus ideas. La minuciosa crítica de Stahr, que apareció en el *National Zeitung*, de Berlín, y en la cual subrayaba la importancia de *Lohengrin*, fué, ciertamente, de un gran y persistente efecto sobre el público alemán.

Tampoco dejó Liszt de actuar en el círculo, ya más restringido, de los músicos de profesión, y Roberto Franz, obligado casi forzosamente a asistir a mi ópera, se expresó a su vez con un entusiasmo digno de loa. Tales ejemplos influenciaron sin duda la opinión y durante algún tiempo la prensa musical, de ordinario tan estúpida, pareció dispuesta a mostrar un verdadero interés por mi persona.

Ya tendré ocasión de decir lo que a no tardar debía desviar ese movimiento en un sentido totalmente opuesto al que hasta entonces había mantenido. Por el momento, Liszt aprovechó aquellos alentadores presagios, y me instó a que reanudara mis actividades de compositor. Después del éxito de *Lohengrin* me incitó a algo todavía más osado: a poner música a mi poema *La muerte de Sigfrido*, que el propio Liszt montaría en Weimar. A instancias suyas, el señor de Ziegesar, intendente de su teatro, me presentó, en nombre del gran duque, un contrato en regla para firmarlo. Prometí terminar la obra en el curso del año y recibí, entre tanto, una suma de quinientos táleros. Cosa curiosa, poco más o menos por aquel tiempo, y también por mediación de Liszt, el duque de Coburgo me ofreció novecientos táleros por instrumentar una ópera que se disponía a componer. A pesar de mi destierro, este generoso «protector» me proponía incluso que me trasladara a su casa. Encerrados en su castillo de Coburgo, él, el príncipe compositor, la poetisa señora Birchpfeiffer y yo podríamos conferenciar sobre la nueva obra y trabajar en ella. Por supuesto, Liszt sólo exigió de mí un honorable pretexto denegatorio aconsejandome, sin embargo, hiciera mención de mi «depresión moral y física». Más adelante, mi amigo me contó que el príncipe había recabado particularmente mi colaboración a causa del excelente partido que yo sabía sacar de los trombones. Y habiendo preguntado a Liszt cual era a este respecto mi fórmula, el maestro respondió: «Es muy sencilla, monseñor. Antes de escribir para los trombones, Wagner espera tener algo que decir».

**Retorno a la composición**

A pesar de todo, la oferta de Weimar me tentaba grandemente. Cansado aún del arduo trabajo que había supuesto para mí *La ópera y el drama*, me senté ante el piano de Haertel, que conseguí salvar de la catástrofe de Dresde, y tras un largo período de inactividad traté de comenzar la composición de mi gran drama heroico. Rápidamente conseguí las notas del canto de las Normas, que estaba ligeramente esbozado; pero cuando quise poner música al primer apóstrofe de Brunilda a Sigfrido, me desalenté. Me preguntaba una y otra vez qué cantante sería capaz de crear, el año próximo, el papel de mi heroína. Pensé en mi sobrina Juana, cuyas excelentes aptitudes me parecieron antaño en Dresde apropiadas para este papel. Actuando ya de *prima donna*, Juana Wagner estaba a la sazón en Hamburgo, pero por lo que supe de ella y de su familia, y después de su conducta descortés para conmigo, no me cabía la menor duda de que tenía que renunciar a toda esperanza de recurrir a su talento. Y durante mi trabajo de composición mi imaginación me jugó la mala pasada de importunarme continuamente con la imagen de otra *prima donna* de Dresde, la señora Gentiluomo-Spatzer, la misma que tiempo atrás había entusiasmado a Marschner y le había inspirado ditirambos a la Donizetti. Furioso, acabé por dejar el piano, declarando que no me era posible escribir para semejantes cotorreras.

En cuanto me puse nuevamente en contacto, aunque sólo con el pensamiento, con el teatro, se apoderó de mí un descorazonamiento que no lograba vencer; y casi me consoló la idea de que un malestar físico contribuía sin duda a la continuidad de mi sombrío malhumor. Aquella primavera sufrí mucho de una erupción que se extendió por todo mi cuerpo. Mi médico me prescribió que tomara regularmente todas las mañanas unos baños sulfurosos. A pesar de que esta cura provocaba una excitación penosa en mi sistema nervioso, y me forzó más tarde a hacer uso de un remedio radical, los pascos matinales que efectuaba en aquel fresco mes de mayo para ir a tomar mis baños en la ciudad me produjeron un valudable efecto moral.

**Plan de «El joven Sigfrido»**

CONCEBÍ entonces el plan de *El joven Sigfrido*, comedia heroica que había de preceder y completar la tragedia de *La muerte de Sigfrido*. Arrebatado por la fiebre creadora me persuadí de que aquella pieza sería de más fácil ejecución que la otra, quizá demasiado profunda y sombría. Después de dar cuenta a Liszt de mis intenciones ofrecí a la Intendencia de Weimar, a cambio de la subvención anual de quinientos táleros que recibía, el nuevo poema *El joven Sigfrido*, que aún tenía que versificar y poner música. Llegamos a un acuerdo e inmediatamente me retiré a la buhardilla que Carlos Ritter había dejado, para escribir rápidamente, en medio de los efluvios sulfurosos y primaverales, y con el ánimo mejor

(1) Muy popular en Suiza. (N. del A.)



supuesto del mundo, el poema *El joven Sigrido*, según el esbozo que tiempo atrás había elaborado.

Me referiré ahora a las relaciones de verdadera y fecunda amistad que después de mi salida de Dresde había mantenido con Theodor Uhlig, el joven músico a quien ya he mencionado. Debido al interés que Uhlig se tomaba por mi suerte y mis obras, su carácter independiente, a veces un poco áspero, se había modificado por lo que a mí respecta, y se contaba entre uno de mis sumisos admiradores. Uhlig, que asistió al estreno de *Lohengrin*, me envió un comentario muy sensato de mi obra. Como Haertel, el editor de música de Leipzig, consintió de buen grado en publicar *Lohengrin* sin pagarme por ello honorario alguno, encargué a Uhlig el arreglo de la obra para piano. Pero esto aparte, los problemas teóricos que yo planteaba en mis escritos contribuyeron sobre todo a que mantuviéramos una correspondencia regular. Y me complacía que Uhlig, que no tenía otra instrucción que la puramente musical, aceptara sin vacilar las tendencias que horrorizaban en grado sumo a artistas cuya cultura parecía ser mucho más completa.

A fin de expresar nuestra concordancia de ideas, Uhlig había desarrollado sus facultades de escritor y había publicado en la *Revista alemana* de Kolatschek, un extenso y excelente artículo sobre la música instrumental. Además, me dió a leer un trabajo, severamente teórico e inédito hasta hoy día, acerca de la formación de frases y temas musicales. Advertí en él una originalidad de interpretación y un examen profundo, en sus características diferencias, de los estilos de Mozart y Beethoven. Me pareció que este concienzudo estudio podría servir de base a una nueva teoría sobre la frase musical, mediante la cual se podría ahondar en el misterioso procedimiento de Beethoven y llegar a elaborar del mismo un sistema comprensible y aplicable.

Los artículos de Uhlig habían llamado la atención del editor de la *Nueva revista musical*, Franz Brendel. Este, «El judaísmo en la música» poseedor de un instinto seguro, adivinó el valor de mi joven amigo. Una vez colaborador de la revista no le costó trabajo a Uhlig sacar a Brendel de su indecisión y lograr su adhesión, dadas la honestidad y seriedad de sus intenciones, a la «Nueva Escuela» que había de causar sensación en el mundo de la música. Tampoco yo pude eludir mi colaboración a dicha revista y envié un artículo que tuvo fatales consecuencias. Me había dado cuenta de que en un sentido erróneo se empleaban las expresiones «melodías judías», «música de sinagoga» y otras del mismo género, resultando de ello inútiles provocaciones. Me sentí, pues, impulsado a examinar a fondo la cuestión de la ingerencia de los judíos modernos en la música, a mostrar su influencia y a enumerar los signos característicos de este fenómeno. Y a este respecto expuse mis ideas en una extensa disertación que intitulé: *El judaísmo en la música*. No abrigaba la menor intención de desmentir mi firma, caso de que quisieran conocer el nombre del autor, pero me pareció preferible utilizar un pseudónimo con el solo objeto de evitar que un tema que tanto me interesaba tomara un carácter personal y perdiera así su verdadera significación.

**Hostilidad de la prensa** El escándalo y el espanto que causó este artículo fueron indescriptibles. La increíble hostilidad con que hasta hoy día me han tratado todos los periódicos de Europa, sólo puede ser comprendida por quien haya sido testigo del alboroto provocado por mi escrito y por quien sepa que la prensa europea está casi exclusivamente en manos de los judíos. Y quienes, por el contrario, sólo buscan el motivo de tales incesantes detracciones en la aversión teórica y práctica que mis puntos de vista y mis trabajos inspiraban en mis adversarios, no tendrán jamás una idea clara de esas cosas.

El primer efecto de esta borrasca alcanzó al pobre Brendel, que tuvo que sufrir las consecuencias de un artículo que no le concernía. Otro de los resultados inmediatos fué que aquellos que, estimulados por Liszt, se habían declarado en favor mío, se apresuraron a guardar un silencio prudente o adoptaron incluso una actitud malévol, pues estimaban que en interés propio, quizá les conviniera un día demostrar que no comulgaban con mis ideas.

**La «Música del porvenir»** Uhlig, que me demostró desde el primer momento una fervida adhesión, instó a Brendel, que parecía un poco pusilánime, a que se mantuviera firme, y le suministró para su periódico artículos serios o cáusticos y profundos o humorísticos. Atacó especialmente a nuestro principal controversista, un tal Bischoff, de Colonia, a quien Fernando Hiller había sumado a su causa. A ese Bischoff se debe el que Hiller nos aplicara, a mí y a mis amigos, la denominación irónica de «músicos del porvenir». Siguióse entre ellos una polémica bastante divertida, que planteó el principio fundamental de la «música del porvenir». Esta expresión, que había levantado una tempestad por toda Europa, Liszt la había recogido y había aceptado con alegría y orgullo. En verdad fué yo quien di la primera idea con el título de mi libro *Obra de arte del porvenir*, pero ésta se convirtió en un verdadero grito de guerra cuando *El judaísmo en la música* abrió todas las esclusas de la ira, que se cernió entonces sobre mí y mis amigos.

Mi obra *La ópera y el drama* no se publicó hasta la segunda mitad de aquel año (1850), y en cuanto la advirtieron los músicos que gozaban entonces del favor oficial, espolearon aún más la hostilidad que en contra mía se había desencadenado. A partir de aquel momento, esta animosidad tomó el carácter de perfidia y calumnia, y en cuyo desarrollo y mantenimiento se podía reconocer a Meyerbeer, gran experto en tales materias. El fué quien hasta su bienaventurado fin dirigió la campaña con mano firme y segura.

**Al encuentro de Uhlig** Uhlig conoció mi obra *La ópera y el drama* así que ésta suscitó tan vehementes clamores. Le hice obsequio del manuscrito adornado con una elegante encuadración encañada. Como antítesis al pensamiento de Goethe (*Faust*): «Toda teoría, amigo mío, es gris», se me ocurrió la idea de escribir, a guisa de dedicatoria: «Mi teoría, amigo mío, será roja.» De ello resultó una correspondencia animada y verdaderamente agradable con aquel joven sincero, dotado de un espíritu sagaz. Hablamos estado separados durante dos años, y experimentaba un vivo deseo de volverle a ver. Sin embargo, aceptar mi invitación no era una cosa fácilmente practicable para el pobre muchacho, que apenas había alcanzado el rango de músico de cámara. No obstante, logró vencer todas las dificultades que se oponían a su viaje y me anunció su visita para los primeros días de julio. Resolví es-

perarlo en Rorschach, a orillas del lago de Constanza y acompañarlo a Zurich, después de una excursión a través de la Suiza oriental. Según mi costumbre, emprendí el camino a pie, y pasando por la risueña comarca de Toggenburgo, llegué a Saint Gall, rejuvenecido y de excelente humor. Fué a ver a Carlos Ritter, quien después de la marcha de Bülow permanecía en el más singular aislamiento. Y aunque se vanagloriara de las agradables relaciones que había contraído con un músico de la ciudad llamado Grottel, y del cual no he oído hablar nunca más, no se me ocultaba el motivo de su retraimiento.

No obstante estar muy fatigado por mi viaje pedestre, no pude reprimir el deseo de leer a aquel joven amigo, tan inteligente y de una comprensión tan viva, mi poema *El joven Sigrido*, que acababa de terminar. A mi primer oyente le produjo éste una impresión que me satisfizo extraordinariamente. En mi feliz estado de ánimo, persuadí a Carlos de que abandonara su hosca soledad y viniera conmigo al encuentro de Uhlig, para efectuar después la ascensión al Santis y encaminarnos, por último, hacia Zurich, donde le hospedaría cordialmente en mi casa.

Al ver desembarcar en el puerto de Rorschach a mi invitado Uhlig, se me oprimió el corazón. Aparecían en su rostro los estragos de la tuberculosis y de una comprensión tan viva, mi poema *El joven Sigrido*, que acababa de terminar. A mi primer oyente le produjo éste una impresión que me satisfizo extraordinariamente. En mi feliz estado de ánimo, persuadí a Carlos de que abandonara su hosca soledad y viniera conmigo al encuentro de Uhlig, para efectuar después la ascensión al Santis y encaminarnos, por último, hacia Zurich, donde le hospedaría cordialmente en mi casa.

Era la primera vez que en pleno verano caminaba varias horas seguidas por un inmenso campo de nieve. Una vez hubimos llegado a la cabaña de nuestro guía, sita en aquellas agrestes alturas, sólo disponíamos para reparar nuestras fuerzas de una frugal comida, terminada la cual tuvimos que escalar aún una pirámide de rocas de un centenar de pies de altura, para alcanzar luego la cima de la montaña. A mitad del camino, Carlos, inopinadamente, rehusó a seguirnos. Para vencer su molicie, envié al guía, quien, ora por la violencia, ora por la persuasión, logró traerlo a nuestro lado. Sin embargo, mientras trepábamos de roca en roca al borde de los precipicios, me di cuenta de que había obrado mal al forzar a Carlos a acompañarnos en aquella peligrosa ascensión. No había duda de que, a causa del vértigo, no tenía Carlos conciencia de sus actos. Miraba adelante sin ver nada; tuvimos que hacerlo marchar entre nuestros «alpenstocks», y a cada instante temíamos verle desplomarse y resbalar hacia el abismo. Al llegar a la cumbre, cayó desvanecido. Y entonces me di cuenta de la tremenda responsabilidad que había contraído, pues teníamos que efectuar aún un descenso harto peligroso. El temor que experimentaba por mi joven amigo me hizo olvidar los peligros que podían acecharme, y obsesionado continuamente por la imagen de Carlos aplastado en el fondo de un precipicio, llegué felizmente con mis compañeros a la cabaña del guía.

**Visita de Uhlig a Zurich** Uhlig y yo resolvimos efectuar el descenso por la otra vertiente de la montaña, aventurándonos por un sendero que ofrecía no pocos peligros. Persuadí, pues, a Ritter de que se quedara en la cabaña, esperando en ella el retorno del guía que, después de habernos indicado el camino, volvería para acompañarlo por la fácil ruta que habíamos tomado al subir. Después de separarnos, Ritter se dirigió hacia Saint-Gall, mientras nosotros cruzamos el magnífico Toggenburgo hacia Rapperswil y el lago de Zurich. Sólo nos tranquilizamos sobre la suerte que cupo a Carlos cuando algunos días después llegó finalmente a Zurich. Poco tiempo permaneció entre nosotros, sin duda para eludir la tentación de acompañarnos en una nueva excursión de montaña que habíamos proyectado. Mucho más tarde supe que residía desde hacía bastante tiempo en Stuttgart, donde, al parecer, vivía dichoso en compañía de un joven actor, con quien contrajo rápidamente amistad.

**Lo que Uhlig cuenta de Dresde** Por lo que a mí respecta, me satisfacía la compañía del joven músico de Dresde, adornado de excelentes dotes y de un carácter a la vez firme y apacible. Con sus ensortijados cabellos rubios y sus hermosos ojos azules, Uhlig producía a mi mujer el efecto de un ángel que hubiera descendido entre nosotros. Su rostro ofrecía, a mi parecer, interesantes particularidades, a causa de su extraordinario parecido con el rey de Sajonia a la sazón reinante, Federico Augusto, mi antiguo protector. Este parecido daba pábulo a quienes afirmaban que Uhlig era hijo natural del rey. Me distraía, sobre todo, por las anécdotas que relataba de Dresde, del teatro y de las condiciones musicales de la ciudad. Mis óperas, que habían sido la gloria de aquella escena, no figuraban ya en el repertorio, y para darme una idea de la manera cómo me juzgaban mis antiguos colegas, Uhlig me contó que uno de ellos, con motivo de la aparición de *El arte y la revolución*, había formulado esta «profunda» reflexión: «Mucho lloverá antes de que Wagner vuelva a ser maestro de capilla.»

Para dar a entender cómo conceptuaban en Dresde los progresos musicales, mi joven amigo me contó que teniendo Reissiger que dirigir la Sinfonía en la mayor, que anteriormente se había interpretado bajo mi dirección, resolvió uno de los problemas con que tropezó, de la siguiente manera: sabido es que Beethoven desarrolla el gran final de la última parte con un *forte* continuo que sólo subraya con un *sempre più forte*. Ahora bien, Reissiger, cuando dirigía antes que yo la citada Sinfonía, intercalaba en aquel pasaje un *piano*, al objeto, sin duda, de lograr un *crescendo* conveniente. Por supuesto, yo suprimí en seguida aquel *piano* y recomendé a la orquesta que siguiera tocando sin interrupción y lo más fuerte posible. Cuando la Sinfonía cayó de nuevo en manos de mi predecesor, le pareció difícil a éste restablecer aquel desdichado *piano*. Y entonces, para salvar su autoridad, que corría peligro de verse comprometida, Reissiger decretó que, en lugar del *forte*, se aplicaría un *mezzo forte*.

Sin embargo, lo que más me consternó fué la noticia del desastre que había ocurrido, bajo la protección de Meser, el librero de la Corte, a mi infortunada empresa editorial. Meser, obligado siempre a desembolar sin obtener ingreso alguno, se lamentaba de ser un camero presto al sacrificio. Con todo, mi «víctima» vigilaba celosamente que nadie atosmara las narices en sus libros, pretendiendo con ello salvar una propiedad que, estando confiscados mis bienes, se hubiera perdido para siempre. Mucho más agradable





Antigua ilustración de la leyenda de "Tristán e Isolda", escrita por Gottfried von Strassburgs.



Ilustración del estreno de "Tristán e Isolda" (I Acto), en Munich en 1865.

Decorados de Soler i Rovirosa para el III Acto de "Tristán e Isolda" (1899).



Isolda (Catarina Ligendza) y Brangäne (Yvonne Milton) en el moderno Bayreuth.





me era conversar con mi amigo acerca de *Lohengrin*. Uhlig había terminado el arreglo para piano y corregido las pruebas del mismo.

Uhlig profesaba una admiración sin límites por la hidroterapia, y a este respecto ejerció sobre mí una fuerte influencia. Sobre este método me dió a leer la obra de un tal Rausse, que me cautivó por sus tendencias radicales, que me recordaban, en cierto modo, las de Feuerbach. La negación de toda ciencia medical y del empirismo de la misma, y la fe en la acción de la naturaleza secundada por el uso metódico del agua fortificante y refrescante, tuvieron pronto en mí un adepto apasionado. Rausse pretendía que un medicamento sólo puede obrar sobre el organismo en tanto que el veneno no ha sido asimilado, y demostraba en su libro que personas debilitadas por un uso desmedido de medicinas, habían sido curadas por medio del famoso Priesnitz, que expella por los poros el veneno contenido en el cuerpo. Recordé en seguida los baños sulfúricos que con tanta repugnancia tomé la primavera anterior, e imputé a aquella cura, quizá con razón, mi envenenamiento crónico. Resolví, pues, desatascar mi sangre de todos los tóxicos que había absorbido y seguir un tratamiento a base de agua fría, que haría de mí un hombre primitivo completamente sano. Ello fue durante largo tiempo mi única preocupación. También Uhlig estaba seguro de que, siguiendo un régimen hidroterápico severo y regular, llegaría a fortalecer definitivamente su propia salud. Lo cierto es que de día en día aumentó mi confianza en dicho método.

A fines de julio emprendimos un viaje a pie a través de la Suiza central. Desde Brunnen, a orillas del lago de los Cuatro Cantones, fuimos por Bechenried a Engelberg. Al atravesar la agreste garganta de Surenes, tuvimos ocasión de aprender a deslizarnos sobre la nieve. Al vadear un pequeño torrente, Uhlig cayó en el agua, pero inmediatamente dispuso la inquietud que me produjo las consecuencias de aquel baño forzado, asegurándome que era un ejercicio harto provechoso para la prosecución de la cura. Tampoco le preocupó la obligación en que se vió de despojarse de sus ropas y hacerlas secar; las tendió al sol, y una vez completamente desnudo, dió un paseo, a su juicio, muy saludable. En espera de que el sol cumpliera su cometido, conversábamos sobre los importantes problemas que ofrecen los temas musicales de Beethoven. De pronto, gasté una broma a mi compañero, asegurándole que veía llegar al conserjero de la Corte, Carus, de Dresde, acompañado de importantes personajes.

Y gozando del mejor humor, llegamos al valle de Reuss, cerca de Attinghausen, y la misma tarde nos encaminamos hacia Amsteg. A la mañana siguiente, y a pesar de nuestra fatiga, visitamos aún el valle de la Maderane. El majestuoso panorama que se divisa desde el ventisquero de Hufi, con el imponente macizo del Tödi al fondo, recompensó nuestros esfuerzos, pero cuando regresamos a Amsteg nos hallábamos extenuados. Conseguí persuadir a mi amigo, siempre emprendedor y entusiasta, de que debíamos renunciar a franquear la garganta de Klausen por el valle de Schachen, lo que pensábamos efectuar al día siguiente. Y así emprendimos de nuevo y tranquilamente el camino de Flüelen.

Partida de Uhlig No advertí en Uhlig el menor síntoma de desfallecimiento. Y a comienzos de agosto se puso en camino para Dresde. Esperaba aligerar la carga de su difícil y desmoralizadora existencia de músico de orquesta dirigiendo con atisbos artísticos los intermedios musicales de las representaciones teatrales. Le acompañé hasta la diligencia con el corazón oprimido, y también a Uhlig debió de sobrecogerle una súbita angustia. Lo cierto es que fué aquella la última vez que nos vimos.

Como el correo era muy caro en aquella época, las cartas demasiado voluminosas gravaban excesivamente nuestro presupuesto. A Uhlig se le ocurrió entonces la ingeniosa idea de servirse, para nuestra correspondencia, de las mensajerías, pero como éstas sólo expedían paquetes de un peso determinado, un viejo ejemplar del *Figaro*, de Beaumarchais, que poseía Uhlig en una venerable traducción alemana, viajó de Dresde a Zurich sirviendo de lastre a nuestras cartas. Y cada vez anunciábamos éstas diciendo: «He aquí a *Figaro*, que te trae noticias.»

Inmediatamente después de nuestra separación escribí, como prefacio a una nueva edición de mis tres poemas *Fliegender Hollaender*, *Tannhauser* y *Lohengrin*, una *Carta a mis amigos*, que fué del agrado de Uhlig. Este se regocijó en grado sumo cuando le dije que Haertel, que se había encargado de editar el volumen pagándome por él diez luises en concepto de honorarios, mostraba su disconformidad con ciertos pasajes de mi prefacio en lo que, a su juicio, zahería sus sentimientos conservadores y su ortodoxia. Llegó a protestar con tanta energía, que estuve a punto de encargar a otra casa la publicación de mis poemas. Opté finalmente por la conciliación, y tranquilicé la timorata conciencia de Haertel haciendo al texto algunas ligeras modificaciones.

Cura de hidroterapia CONSIDERÉ ese extenso prefacio, que me había ocupado durante todo el mes de agosto, como el punto final de mi actividad literaria. Sin embargo, cada vez que me proponía reanudar la composición de *El joven Sigfrido*, que había prometido a Weimar, me asaltaban inquietantes dudas y experimentaba una cierta aversión por tal trabajo. En la ignorancia de la causa de mi íntima desazón, se me ocurrió la idea de que provenía de mi estado de salud, y resolví un día poner seriamente en práctica las teorías hidroterápicas que con tanto entusiasmo había abrazado. Me informé acerca del establecimiento más cercano, y a mediados de septiembre comuniqué a mi mujer que me iba a Albisbrunn, situado a tres horas de Zurich, con la convicción de volver radicalmente curado. Mi decisión asustó a Minna, que se figuró que todo ello no era más que un nuevo pretexto para abandonarla. La supliqué que aprovechara mi ausencia para instalarse en las habitaciones que acabábamos de alquilar en la planta baja de una de las casas Escher, en el Zeltweg. El piso era pequeño, pero bien situado, mientras que el de Enge, donde habitábamos, se hallaba demasiado apartado de la ciudad, por cuya razón resolvimos dejarlo durante el invierno.

Müller, compañero de infortunio DADO lo avanzado de la estación, todo el mundo se extrañó de verme tomar una cura hidroterápica, y, sin embargo, no tardó en unirse a mí un compañero de infortunio. No había logrado aún convencer a Herwegh a que me acompañara, cuando el azar me envió a Hermann Müller, el ex teniente de la guardia sajona y amante de la señora Schröder-Devrient. Era un camarada leal y de conversación agradable. No le

había sido posible conservar su puesto en el ejército sajón, y a pesar de que no fuera en verdad un refugiado político, gozaba de las atenciones con que se trataba a los patriotas en destierro. No confiaba ya en hacer carrera en Alemania y había venido a Suiza a fin de orientarse para una nueva vida.

Conociéndome ya por las relaciones frecuentes que antaño había mantenido en Dresde, no tardó, en Zurich, en ser un ayudante en Albisbrunn amigo de mi casa. Mi mujer, en particular, le tenía en gran estima. Fácilmente le convencí de que se trasladara a Albisbrunn para curarse de una dolencia que le atormentaba. Y entre tanto llegaba, me instalé lo mejor posible, pues tenía pensamiento de permanecer en aquel establecimiento hasta que el éxito más completo coronara el tratamiento, en manos del doctor Brunner.

En la estancia en Albisbrunn Mi mujer le tomó ojeriza en cuanto le vió, y le llamaba «traficante en aguas». El doctor Brunner trataba a sus pacientes según un método muy superficial. A partir de las cinco de la mañana, debíamos permanecer algunas horas con un «maillots» mojado; luego, en plena transpiración, nos sumergía en un baño frío, hasta llegar a los cuatro grados de temperatura; finalmente, como reacción, un enérgico paseo a través del aire otoñal, que no tardábamos en sentir helado; además, abstinencia completa de vino, café y té; sólo agua en las comidas, en medio de una horrible sociedad compuesta exclusivamente de incurables; tristes veladas con un *whist* salvador; ausencia de toda ocupación intelectual y, con ello, una nervosidad y una debilidad que iban en aumento. Esta fué la vida que llevé durante nueve semanas consecutivas. No quería sustraerme a ella sino después de haber hecho aparecer a flor de piel todos los medicamentos que había ingerido en mi vida. Y considerando el vino como extremadamente nocivo, me proponía, mediante violentas transpiraciones, expeler de mi cuerpo todo cuanto en mis francachelas en casa de Sulzer no había podido asimilar.

Aquella existencia llena de privaciones, en una detestable habitación con muebles hostiles y toda la falta de confort de las pensiones suizas, despertó en mí, por contraste, el deseo de una instalación particularmente agradable, deseo que no tardó en obsesionarme y que, con los años, fué acentuándose. Y en mi imaginación forjaba la casa y el hogar que hubiera querido poseer para que mi espíritu contara con toda su libertad de producción artística.

En aquella época pareció manifestarse una mejora de mi situación material. Carlos Ritter se encontraba también en un establecimiento hidroterápico, en Stuttgart. Para desdicha suya, me escribió que contaba con alcanzar óptimos resultados, no bañándose sino ingiriendo enormes cantidades de agua. Como yo no ignoraba que el beber demasiada agua sin recurrir a un tratamiento complementario puede acarrear dañosas consecuencias, advertí a Carlos que tenía que someterse a una cura racional y no retrocediera cobardemente ante las privaciones. Y le conminé, además, a que viniera inmediatamente a Albisbrunn.

Carlos me obedeció y pocos días después tuve la alegre sorpresa de verle. La hidroterapia radical despertó su admiración, pero el uso práctico de la misma le fué pronto muy penoso. Polemizó contra la indigesta leche fría, basándose en la observación de que en la naturaleza la leche materna se bebe caliente. El «maillots» y los baños fríos le producían una fuerte desazón, y a escondidas del médico, no tardó en seguir un tratamiento a su manera, pero más agradable. Compraba mediocres golosinas en casa de un tendero del pueblo vecino y se ponía furioso cada vez que le sorprendían haciendo secretamente sus compras. Y poco a poco se vió en una situación insoportable, que únicamente mantenía por amor propio.

Le sorprendió en Albisbrunn la noticia de la muerte de un tío rico, que dejó una suma bastante importante a cada miembro de la familia Ritter. Su madre, al comunicarnos este ventajoso mejoramiento de su estado de fortuna, declaró que se hallaba ahora en situación de poder atender a la subvención que me habían ofrecido antaño las familias Ritter y Laussot reunidas. Así, pues, entré desde entonces en la comunidad de los Ritter, gozando de una renta anual de ochocientos táleros por todo el tiempo que me fuera necesario.

Proyecto definitivo de «Los Nibelungos» ESTA feliz y alentadora circunstancia avivó inmediatamente en mí el deseo de realizar mi antiguo proyecto de *Los Nibelungos*, sin preocuparme de las dificultades de ejecución que pudieran surgir en nuestras escenas teatrales. Ante todo, tenía que rescindir mi compromiso con la Intendencia de Weimar. Había percibido ya doscientos táleros como honorarios fijos. Carlos se complació en poner en seguida esta suma a mi disposición, a fin de que pudiera devolverla. Envié, pues, este dinero a la Intendencia weimariana, expresándoles al mismo tiempo mi agradecimiento por las atenciones que me habían dispensado. Escribí asimismo una carta a Liszt, en la que le explicaba con todo detalle mi gran proyecto y la obligación íntima que me impulsaba a obrar como lo hacía. En su respuesta, Liszt me atestiguó su satisfacción al saberme dispuesto a acometer una obra tan grandiosa, y aunque sólo fuera por su originalidad, parecía juzgar el plan digno de mí.

Respiré a pleno pulmón. La idea de tener que entregar *El joven Sigfrido* a actores que, aunque pertenecientes al mejor teatro alemán, no estaban lo suficientemente preparados, me había atormentado de tal modo como si con el compromiso que había firmado me hubiera mentido a mí mismo.

Retorno a Zurich (Noviembre de 1851) LA estancia en Albisbrunn me era cada vez más penosa. Me acuciaba el afán de trabajar, y al no poder satisfacerlo, se acentuó mi nervosidad de una manera inquietante. Mi cura había sido un fracaso completo y no tuvo otro efecto que el de acentuar mi estado nervioso, aun cuando en mi terquedad no quería reconocerlo así. Las secreciones radicales no se habían presentado y el resultado de todo ello fué que enflaquecí de una manera aterradora. Sali del establecimiento a fines de noviembre, y pocos días después Müller siguió mi ejemplo. Carlos se quedó solo a fin de obtener la mejoría de que yo me jactaba haber conseguido.

En Zurich, nuestro nuevo piso me causó la mejor impresión. Aunque pequeño, Minna lo acondicionó decorosamente. Compró un gran y amplio diván, algunas alfombras y muebles cómodos. Mi mesa de trabajo estaba instalada en la habitación que daba al patio. Como era de madera tosca, la recubrieron, a instancias mías, con un mantel verde guarnecido en todo su alrededor de cortinillas de seda muy fina, también verde. El conjunto resultó muy de mi agrado, y todo el mundo celebró mi gusto. Esta mesa, en la que siempre trabajé después, me la llevé conmigo a París años más tarde y cuando me marché de la capital francesa, se la cedió en propiedad a Blandina Olli-



vier, hija mayor de Liszt. Esta la envió luego a la finca de su marido, en Saint-Tropez, donde aún debe estar.

Constituyó para mí un gran placer recibir en aquel piso, mejor situado que el anterior, a mis amigos de Zurich. Sin embargo, durante largo tiempo eché a perder nuestras reuniones con mi vehemente obstinación en hacer propaganda de la hidroterapia y en denostar, con verdadero fanatismo, el vino y otras bebidas alcohólicas. Defendía tales ideas con un fervor religioso. Cuando Sulzer, y sobre todo Herwegh, que se las daba de entendido en cuestiones de química y de física, impugnaban mis razonamientos y me demostraban lo absurdo de la teoría de Rausse acerca de las propiedades tóxicas del vino, me ahincaba entonces en razones de estética y de moral, y maldecía ese sucedáneo bárbaro y detestable que permite provocar en nosotros el éxtasis que únicamente el amor debe procurarnos. Argumentaba que lo que uno busca en el vino, aun cuando no se abuse del mismo, no es más que el enajenamiento que excita nuestras fuerzas intelectuales hasta la exaltación, que el hombre verdaderamente noble sólo debe sentir bajo el influjo del amor. Ello nos llevaba a un examen de las relaciones modernas entre los sexos, y censuré, entre otras cosas, la grosera costumbre de los suizos que separan, en sociedad, a los hombres de las mujeres. Sulzer, en su calidad de soltero, pretendía que se dejaría embriagar con sumo gusto por la presencia de las mujeres, pero «¿dónde cogerlas sin robarlas?» Herwegh aceptaba casi totalmente mis puntos de vista, a excepción de lo referente al vino; consideraba al jugo de la vid como un fortificante que, como lo prueba Anacreonte, armoniza perfectamente con el éxtasis amoroso.

No les faltaron motivos a mis amigos para inquietarse pronto de mi estado de excitación, y de mi extravagante y singular terquedad en prolongar mis «ejercicios acuáticos». Mi semblante era lívido, y estaba terriblemente delgado. Dormía muy poco y por cualquier nimiedad se apoderaba de mí una agitación anormal. Pero aun cuando llegué a no conciliar el sueño, afirmaba que jamás me había sentido mejor ni más contento, y con aquella temperatura invernal continuaba tomando a primera hora de la mañana mis baños fríos, con gran tormento de mi mujer, que debía iluminar el camino con una linterna durante mis paseos matinales.

En tal estado de ánimo y de salud, recibí el primer ejemplar impreso de *La ópera y el drama*. Lo acogí con un placer casi excéntrico, y más que leer lo lo devoré. Lo que contribuía sobre todo a sumirme en aquella enajenación, era la certidumbre de verme librado para siempre, con el consentimiento — forzado, es verdad — de Minna, de la obligación de reanudar mi dolorosa carrera de maestro de capilla y de compositor de ópera. Nada ni nadie exigía de mí lo que dos años antes me había hecho tan desgraciado. El subsidio de la familia Ritter, asegurándome lo necesario para poder vivir, me dejaba en plena libertad. Este sentimiento creó en mí un estado de ánimo tan optimista, que cuanto iba a emprender me parecía destinado a la posteridad.

AUNQUE las malas condiciones teatrales del momento parecían desvanecer toda esperanza de ver mis obras artísticas ejecutadas en público, no por ello dejó de alentarme la íntima convicción de que no escribía únicamente para mí. Presentía que, tanto en nuestras aspiraciones musicales como en nuestra vida social, había de operarse un cambio profundo, y, como resultado de ello, nuevas necesidades a las que precisamente habían de responder las obras cuyo atrevido plan acababa de esbozar. Por supuesto, que no podía comunicar a mis amigos aquellas temerarias esperanzas nacidas del juicio que me merecía el estado general del mundo entonces. El completo fracaso de los últimos movimientos políticos no me desanimaba; antes al contrario, estaba seguro de que tal fracaso sólo provenía de la falta de claridad con que se habían analizado las causas iniciales de la revolución. A mi juicio, ello era el resultado de un impulso social que, a pesar de su fracaso político, nada había perdido de su energía; y aun el movimiento parecía haberse extendido más. Basaba mi convicción en las observaciones que había hecho en ocasión de mi última estancia en París. Asistí a una asamblea electoral del llamado partido socialdemócrata, y salí de ella hondamente impresionado. La reunión había tenido lugar en el gran local provisional de «La Fraternidad», en el barrio de Saint-Denis, y el continente digno, al margen de todo atisbo tumultuoso, de los seis mil hombres que se hallaban presentes, me dio una idea excelente de la firmeza de ánimo de aquel joven partido. Las arengas de los oradores pertenecientes a la extrema izquierda de la Asamblea Nacional me sorprendieron, tanto por su bella elevación retórica, como por la firmeza de las opiniones expuestas. Como a este partido, verdaderamente extremista, se sumaban todos los ciudadanos que se agregaban a la oposición contra la reacción reinante, y, por otra parte, los elementos antes simplemente liberales aumentaban las filas de la democracia, era de presumir que, al menos en París, este partido saldría triunfante en las elecciones de 1852 para el nombramiento de nuevo presidente de la República.

Mis suposiciones eran, sin duda, compartidas por Francia entera, y todo el mundo aguardaba que aquel año 1852 acarrearía un cambio extraordinario en todas las cosas. Los conservadores temían mucho tal cambio y lo esperaban verdaderamente aterrados. La situación de los demás Estados europeos, en los que toda tentativa libertaria había sido sofocada con una brutal ineptitud, daba motivos para creer que la situación actual no podía ser de larga duración. Se esperaba, por tanto, con emoción y curiosidad el gran momento crítico.

**El 2 de diciembre** DURANTE el período de mi cura, cambié con mi amigo Uhlig una activa correspondencia y, al mismo tiempo que de los baños de agua fría, habíamos discutido acerca de la cuestión europea. Uhlig, que venía a verme después de sus ensayos de orquesta, se resistía a compar-tir mi fe en el cambio heroico que, a mi juicio, se preparaba. Me aseguraba que no tenía la menor idea acerca de la cobardía de los hombres. Aun así, llegué a convencerle de tal modo, que acabó por creer, como yo, en la gran subversión que se produciría en el año 1852.

Nuestras cartas, que nos llegaban siempre por conducto del *Fígaro*, contenían a este propósito no pocas alusiones. Y cuando teníamos motivos para quejarnos de alguna infamia, invocaba en seguida aquella fecha de esperanza y de fatalidad. Me figuraba que, al principio, presenciáramos como competidores pasivos la general transmutación del mundo, y que nuestro cometido daría principio cuando los demás no supieran ya qué hacer.

Me sería imposible describir con qué fuerza prendió en mi ánimo aquella singular esperanza, pero no tardé en comprobar que la inquietante excitación de mi sistema nervioso era debido, en gran parte, a la arrogancia con que

expresaba mis convicciones. La noticia del golpe de Estado del 2 de diciembre me pareció increíble. A mi juicio, no sólo estaba en juego la organización definitiva del mundo, sino su hundimiento. Y cuando el éxito de las maniobras reaccionarias pareció haberse ahumado, me aparté de aquel mundo enigmático con la indiferencia que nos inspira un problema que no vale la pena de resolver.

PARA molarnos de nuestras antiguas ilusiones, invité a Uhlig a que no tuviera en cuenta el advenimiento del nuevo año de 1852, y continué fechando mis cartas en diciembre de 1851, de tal modo que este mes fué de una desmesurada duración. Sin embargo, no tardé en sumirme en una extraordinaria depresión moral, consecuencia a la vez de la decepción que me había producido el giro que habían tomado los acontecimientos políticos y del mal estar subsiguiente a mi exagerada cura hidroterápica. Por doquier reaparecían en la vida social los síntomas desmoralizadores y decepcionantes de los que habíamos intentado liberarnos mediante las revoluciones de los años anteriores. Vela llegado el momento en que caeríamos tan bajo, intelectualmente hablando, que un nuevo libro de Enrique Heine sería saludado como un benéfico estimulante. Y, en efecto, poco tiempo después, el *Romancero* de este poeta, que parecía ya olvidado, sembró la alarma en los periódicos con el clamoreo con que Heine solía acompañarse. Ello me hizo reír. Yo formaba parte del número, sin duda reducido, de alemanes que jamás han abierto dicho libro. Bastante trabajo tenía en cuidar de mi quebrantada salud; y a fin de cuentas, tuve que resolverse a seguir un tratamiento diametralmente opuesto al anterior.

No obstante, este cambio se operó muy lentamente, y bajo la influencia de mis amigos. Desde principios de invierno, el número de éstos había aumentado. Pero ahora no figuraba entre ellos Carlos Ritter. Se había marchado de Alsbirbrunn ocho días después que yo e intentó instalarse cerca de mi casa, pero hastiado de Zurich, en cuya ciudad no hallaba distracciones apropiadas a su juventud, no tardó en regresar a Dresde.

En compensación, por mediación de Marschall de Bieberstein, mi antiguo amigo de la revolución dresdense, trabé amistad con los señores Wesendonck, que acababan de instalarse en Zurich. Marschall ocupó el piso de la casa Escher que yo había habitado en los primeros tiempos de mi estancia en Zurich. Habiendo sido invitado un día a su casa, recuerdo que en el transcurso de la velada entablé una discusión de una desmedida violencia con el profesor Osenbruck. Durante la cena no cesé de hostigarle con obstinadas y acaloradas paradojas, hasta el punto de que aquel hombre sintió un verdadero horror de mí, y a partir de aquel día eludió en lo posible todo encuentro conmigo.

La amistad que acababa de contraer con la familia Wesendonck me abrió las puertas de una casa agradable, que se distinguía ventajosamente de los hogares de Zurich. Otto Wesendonck, algunos años más joven que yo, había amasado una pingüe fortuna como socio de un almacén de sedas de Nueva York. En todas las decisiones importantes de la vida, parecía guiarse por el criterio de su mujer. Oriundos de la provincia renana, ostentaban ambos el rubio sello de su país. Habiendo tenido que instalarse en una ciudad europea propicia a los intereses de la firma americana, habían elegido Zurich con preferencia a Lyon, sin duda a causa de los elementos alemanes que en ella residían. El año anterior habían asistido a la ejecución de una sinfonía de Beethoven que yo dirigí, y la sensación que dicho concierto había producido en Zurich les había sugerido el deseo de que frecuentara el círculo de sus relaciones.

**El «Fliegender Hollaender», en Zurich** AQUEL invierno, a comienzos del nuevo año, me dejé persuadir una vez más para organizar tres conciertos de la «Sociedad de Música». Para ello había puesto

como condición de que sólo contando con músicos de refuerzo ejecutaría algunas piezas excepcionales. Personalmente, experimenté un gran placer al dirigir, con todo el esmero requerido, la música de *Egmont*, de Beethoven. Además, atendiendo a los vivos deseos de Herwegh de oír alguna composición mía, interpretamos en su honor la obertura de *Tannhauser*, cuyas tendencias expliqué en un programa que escribí para aquella ocasión. Y lo mismo hice para la obertura de *Coriolano*, que obtuvo asimismo una excelente audición.

Cediendo, además, al interés que mostraban mis amigos, acabé por asentir a las súplicas del director del teatro, Loewe, y le prometí cuidar de una representación del *Fliegender Hollaender*, lo que me obligó a nuevas y desagradables relaciones, aunque momentáneas, con una compañía teatral. Debo decir también que influyó en mi decisión una consideración humanitaria, pues la representación había de ser a beneficio del joven maestro de capilla Schöneck, a quien tenía en gran estima por su verdadero talento de director.

El esfuerzo que me costó aquella incursión en el campo de los ensayos de ópera, de los que ni siquiera me acordaba, contribuyó no poco a agravar mi estado nervioso. Sufriendo lo indecible, quebranté la fidelidad a mis radicales principios respecto a los médicos, y sometiéndome a los consejos de Wesendonck, me confié a los cuidados del doctor Rahn-Escher. Este hombre, de maneras suaves y delicadas, logró con el tiempo, y gracias a lo moderado de su tratamiento, que gozara finalmente de una normalidad soportable.

Sólo apetecía una cosa: comenzar mi poema combinado de *Los Nibelungos*. Pero para sentirme con ánimos de acometer tal esfuerzo, esperaba la llegada de la primavera. Mientras, consagraba mi tiempo a pequeños trabajos, entre los cuales mencionaré una carta a Liszt destinada a la publicidad. A propósito de la «Fundación Goethe», expuse mis ideas sobre la necesidad de crear un teatro alemán original. Y escribí una segunda carta, dirigida a Franz Brendel, en la que expresaba mi opinión acerca de la línea de conducta que había de seguir una revista musical.

**Enrique Vieuxtemps, Hermann Franck** RECUERDO de aquella época una visita que me hizo Enrique Vieuxtemps, que, acompañado de Belloni, había venido a Zurich para dar un concierto. Y como antaño en París, deleitó a mis amigos dando en mi casa un concierto de violín.

A comienzos de la primavera me sorprendió asimismo la visita de Hermann Franck. Sostuve con él una interesante conversación sobre los recientes acontecimientos políticos, durante cuyo desarrollo le había perdido completamente de vista. Con tono sosegado, Hermann Franck me expresó su contentamiento por el acaloramiento con que había intervenido en la revolución de Dresde. Muy extrañado, me equivoqué sobre el sentido de sus palabras. Me explicó entonces que siempre me había creído capaz de todos los entu-

*Polémica contra el vino*

*Presuntuoso estado de ánimo*

*Esperanza de un cambio político*

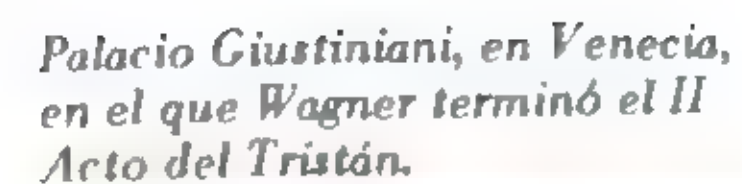
*Giro desagradable de los acontecimientos políticos*

*Los señores Wesendonck*

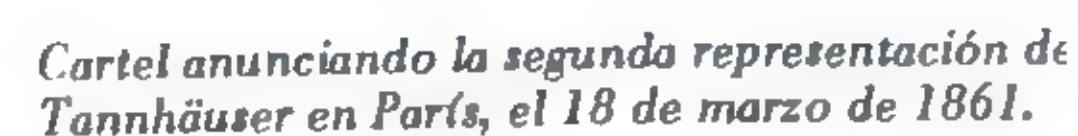




*Tristán e Isolda beben del filtro, en escenificación moderna, con los actores Jon Vickers y Roberta Knie.*



Anuncio del primer concierto de Wagner en París, el 25 de enero de 1860.



*Cosima y Blandine, hijas de  
Franz Liszt, aun niñas (1846).*









bríos pensamientos, y fué él quien, por último, le convenció que efectuara quel viaje a pie, al que Herwegh no llegaba a decidirse. Al atravesar el San Gotardo con Wille y un profesor llamado Eichelberger, Herwegh se indignó al tener que andar por una magnífica carretera, pues, a su juicio, sólo es admisible tener que ir a pie por caminos en los que no posible valerse de un carruaje.

Después de una excursión por los alrededores de Lugano, donde me contrarió oír continuamente los infantiles carrilones de las iglesias italianas, persuadí a mis amigos de que me acompañaran a las islas Borromeas, hacia las cuales me sentía irresistiblemente atraído. A bordo de la embarcación a vapor del lago Mayor encontramos un extranjero, alto y delgado, con altos mostachos de húsar, a quien apodamos entre nosotros el «general Haynau». Nos divertía tratarle con una ostensible desconfianza, pero no tardamos en darnos cuenta de que era un amable y simpático patricio de Hannover, quien, habiendo efectuado por Italia largos viajes de placer, nos dió útiles consejos acerca del modo de entendernos con los italianos. Sus recomendaciones nos sirvieron de mucho con ocasión de la visita que efectuamos a las islas Borromeas.

Allí, nuestros compañeros se separaron de mí y de mi mujer para regresar por el camino más corto, pues nosotros nos proponíamos pasar por el Simplón y el Valais y visitar a Chamonix. A causa de la fatiga del viaje, no podía posible acometer inmediatamente tal empresa, y, por otra parte, deseaba aprovechar aquella ocasión para ver todo cuanto en Suiza es digno de verse. Confíaba, además, que el estado en que desde hacía tanto tiempo me hallaba cambiaría bajo el influjo de una nueva y fuerte impresión exterior. Y por ello no quería dejar escapar la que esperaba del Montblanc. No fueron pocas las dificultades que tuve que vencer. Llegados de noche a Martigny, encontramos todos los hoteles atestados. Sin embargo, logramos hospedarnos, gracias a un postillón que tenía relaciones con una camarera, que nos abrió solícitamente el aposento de sus amos, que aquella noche se hallaban ausentes. En el valle de Chamonix visitamos, como es de rigor, el Mar de hielo, y la Flégère, desde el Montblanc, me produjo un efecto sobrecogedor. Con todo, tentaba menos mi imaginación la idea de la ascensión al coloso que la de la travesía de la garganta de los Gigantes, con su inmensa y majestuosa soledad. Durante largo tiempo acaricé el proyecto de llevar a cabo aquella ascensión, pero en el descenso de la Flégère Minna se dislocó el pie, y a causa de este accidente tuvimos que suspender cualquiera otra excursión. Y, además, tuvimos que acelerar nuestro regreso por Ginebra.

Volví de este grandioso e interesante viaje, el único, por así decirlo, que haya efectuado en provecho de mi salud, en un estado de singular depresión. Y se afincó en mi ánimo una nostalgia cuyo origen se perdía en la bruma de los tiempos, que había de orientar mi vida por otros derroteros.

De vuelta a mi casa, encontré, en verdad, los signos precursores del cambio que había de operarse en mi destino. Eran las peticiones y los encargos de diferentes teatros alemanes de diferentes encargos de *Tannhauser*. El primero de ellos fué el del Teatro de la Corte, de Schwerin. La hermana menor de Rœckel se había casado con el actor Montz, a quien conocí en mi mocedad. De Inglaterra, donde fué educada, había vuelto como cantante a Alemania. La representación de *Tannhauser* en Weimar le había producido tal impresión, que había hablado de ella con entusiasmo a varios miembros del teatro de Schwerin, particularmente al administrador Stock. Y éste, después de haber examinado personalmente la ópera, había recomendado calurosamente a la dirección que se representara.

No tardaron en seguir el ejemplo los teatros de Breslau, de Praga y de Wiesbaden. El maestro de capilla de Wiesbaden era mi amigo de infancia Luis Schindelmeisser. Llegaron las demandas de otras escenas, pero la que más me sorprendió fué la del Teatro de la Corte de Berlín, por mediación de su nuevo intendente Hülsen. En este último caso, tenía motivos para suponer que el impulso se debía a la princesa de Prusia influida por mi fiel amiga Frommann, y al éxito de las representaciones de Weimar.

Negociaciones con Berlín Sin embargo, así como me complacía la acogida que daban a mi obra los teatros de mediana importancia, también así me asustaba la manera como sería ejecutada en el mayor de los escenarios alemanes. Sabía que en las pequeñas ciudades dirigirían las representaciones maestros de capilla que me profesaban un afecto sincero, y que, sin duda, ellos mismos se habían interesado por las mismas. Pero en Berlín era diferente. Como maestros de capilla había Taubert, personaje vanidoso y sin talento, y Enrique Dorn, el antiguo director de Riga, hombre de funesto recuerdo y a quien conocía desde largo tiempo. Con ninguno de ellos sentía el deseo de entrar en tratos acerca de la ejecución de mi ópera, y, por otra parte, no veía la posibilidad de hacerlo sin contar con ellos. Sabiendo su mala voluntad y no ignorando tampoco su falta de aptitudes, no me faltaban motivos para dudar del éxito de la representación de *Tannhauser* bajo su dirección. Estando desterrado, no podía trasladarme a Berlín con objeto de velar para que la ejecución discurriera fiel al espíritu de mi obra. Supliqué, entonces a Liszt que aceptara mi propuesta de nombrarle mi representante y *alter ego*, a lo que el maestro asintió con sumo agrado. Pero cuando impuse esta condición a la Intendencia berlinesa, me respondieron que la presencia de un maestro weimariano sería considerada por los de la Corte como una grave ofensa, y que, por consiguiente, tenía que renunciar a aquella cláusula. De resultas, se sucedieron una serie de transacciones que sólo sirvieron para diferir para una fecha lejana la representación de *Tannhauser* en Berlín.

Instrucciones sobre «Tannhauser» A partir de aquella temporada *Tannhauser* se propagó con una rapidez creciente por los escenarios de Alemania. Esto me producía una gran inquietud, por la imposibilidad de darme exacta cuenta del espíritu que animaba estas representaciones. Siéndome vedada mi presencia en todas partes, traté de hacer comprender mis intenciones mediante una disertación muy detallada, que contenía todas las instrucciones necesarias para una representación inteligente de mi ópera. Hice imprimir elegantemente, y a mis expensas, un libreto bastante voluminoso, y a todo teatro que encargaba la partitura enviaba cierto número de ejemplares destinados al maestro de capilla, al *régisseeur* y a los actores principales. No supe de una sola persona que hubiera leído o aplicado aquellas instrucciones. En 1864 no me quedaba ninguno de los folletos que tan generosa-

mente había distribuido. Y tuve entonces el placer de encontrar íntegra e los archivos del Teatro de la Corte de Munich todas las que anteriormente había remitido. Ello me deparó la feliz ocasión de enviar uno de los folletos al rey de Baviera, que me lo solicitó por escrito, y guardé, además, algunos ejemplares para mí y mis amigos.

Por un destino singular, la divulgación de mi ópera coincidía con mi resolución de componer *El poema de Los Nibelos*, una obra, cuya concepción me forzaba a hacer caso omiso de las condiciones bajo las cuales trabajaban los teatros alemanes. Mi determinación no fué coaccionada en modo alguno por el inesperado giro que tomaban los acontecimientos. Sin apartarme en lo más mínimo del plan que me había trazado, encontré, al contrario, en lo concerniente a las representaciones de *Tannhauser* y de mis otras óperas, el sosiego necesario para que las cosas siguieran libremente su curso. No intervine, por consiguiente, en nada, y aunque me extrañó grandemente que sólo se hablara de éxitos, mi opinión sobre el teatro en general y sobre la ópera en particular, siguió siendo inmutable. Y nada hizo mella en mi deseo de elaborar mis dramas de *Los Nibelungos*, como si el teatro de entonces no existiera y necesariamente tuviera que llegar un día el teatro ideal de mis sueños.

En octubre de aquel mismo año ultimé el poema *El oro del Rin*, cerrando así el ciclo de *Los Nibelungos* tal como lo había bosquejado, comenzándolo por el fin. Al mismo tiempo modifiqué *El joven Sigfrido* y, sobre todo, *La Muerte de Sigfrido*, con objeto de que tuvieran las proporciones que requería el conjunto. Este último drama adquirió el desarrollo que exigía la importancia que tiene en la Tetralogía. Y dado que el tema del drama de *El joven Sigfrido* constituía un solo episodio de la vida del héroe, lo que asignaba a éste su exacto lugar al lado de los principales personajes del ciclo, denominé este drama simplemente *Sigfrido*.

Me contrariaba no poder dar a conocer, sin duda por largo tiempo, ese ambicioso trabajo poético a quienes, a mi parecer, hablan Buena impresión de mis amigos mostrado interés por él. Y como de vez en cuando recibía, con gozosa sorpresa, los derechos de autor que me enviaba la dirección de los teatros donde se representaba *Tannhauser*, resolví destinar una parte de ese dinero para hacer imprimir, para mi uso particular, algunos ejemplares de mi poema. Sólo quería cincuenta, pero que fueran bellamente impresos. Mas el buen humor que me originaban estas ocupaciones se vió truncado por una contrariedad que me vi obligado a vencer.

Cierto es que, a pesar de que la mayoría de mis amistades casi trataron mi poema de quimérico o de presuntuoso, recibí, no obstante, inequívocas pruebas del interés que aquél había despertado. Unicamente Herwegh me atestiguaba una comprensión verdaderamente calurosa; hablábamos a menudo del poema, y a medida que las iba terminando, solía leerle las partes de que aquél se componía. Sulzer, en cambio, manifestaba su contrariedad por la modificación que había hecho en *La muerte de Sigfrido*, y a su juicio, no obstante convenir en el acierto de algunos cambios, el drama era en su origen excelente y lleno de carácter. Y por ello me rogó que, para evitar que se perdiera, le obsequiara con el manuscrito de la versión primitiva.

Lectura del poema EN el mes de diciembre, poco tiempo después de haber terminado mi poema, y a fin de darme cuenta del efecto que éste produciría, me decidí a pasar algunos días en la finca de la familia Wille, para dar lectura de mi obra a nuestro reducido círculo habitual. Además de Herwegh, que me acompañaba, se hallaban allí la señora Wille y su hermana, la señora Bissing. En mis frecuentes visitas a Mariafeld, donde llegaba a pie en dos horas, me había granjeado la amistad de aquellas dos mujeres que constituían un público entusiasta cuando tocaba el piano a mi manera. Por su parte, al señor Wille no le encantaban mucho aquellas diversiones y no tenía reparo en confesar que la música era para él un verdadero suplicio. Sin embargo, como tenía buen fondo, acabó por aceptar las cosas buenasmente.

Llegué a Mariafeld al anochecer y en seguida procedí a la lectura de *El oro del Rin*. Luego, como no era muy tarde y nadie pensaba que podía fatigarme, leí *La Walkyria*, cuya lectura duró hasta medianoche. A la mañana siguiente, después del desayuno, le llegó el turno a *Sigfrido*, y por la tarde, para terminar, di lectura a *El crepúsculo de los dioses*. La impresión que produjo mi poema me dejó plenamente satisfecho, y sobre todo las dos damas no ocultaron su entusiasmo. Sin embargo, esta lectura me sumió, desgraciadamente, en una gran agitación. Aquella noche no pude conciliar el sueño y al día siguiente rehuí toda conversación con un continente tan hesco que nadie comprendió mi precipitada marcha. Unicamente Herwegh, que me acompañó también a mi regreso, pareció interpretar mi humor y lo compartió en silencio.

Muerte de Uhlig (1853) Me había reservado el gran placer de ofrecer la obra completamente terminada a mi amigo Uhlig, de Dresde, con quien había cambiado una correspondencia regular sobre mi poema, y cuya elaboración había seguido en todas sus fases. No había querido enviarle *La Walkyria* antes de haber terminado *El oro del Rin*, y aun esperaba poder presentárselo todo en un bello ejemplar impreso. Pero a comienzos de otoño las cartas de Uhlig me inquietaron acerca del estado de salud de mi amigo. Se quejaba de frecuentes accesos de tos, y finalmente de una extinción absoluta de su voz. Uhlig achacaba su estado a su constitución enfermiza y quería curar su dolencia fortaleciendo su cuerpo mediante el agua fría y largas marchas a pie. Si su cometido como violinista en el teatro le agotaba, se sentía, en cambio, mejor después de una marcha de siete horas. Pero la tos y la ronquera continuaban y aun hablando de muy cerca le costaba trabajo hacerse oír.

Hasta entonces, y en espera de que un médico le sometiera a un tratamiento razonable, no había querido inquietar a mi desdichado amigo. Pero como continuaba afirmándose su fe en los preceptos de la hidroterapia, no pude dominarme por más tiempo y le aconsejé vivamente que dejara aquellas monsergas y se confiara a un buen médico. No era cuestión de fortalecerse, sino de cuidarse. Mi carta le trastornó y comprendió que, a mi parecer, estaba gravemente atacado por la tuberculosis.

—¿Qué será de mi mujer y de mis pobres hijos —me escribió— si realmente es así? Pero ¡ay! era ya demasiado tarde. Con un supremo esfuerzo trató todavía de hilvanar algunas líneas para mí, pero a poco mi viejo amigo Fischer, el director de los coros, tuvo que aproximar su oído a los exan-



Retrato de Wagner en Brusel (1860).



Portadilla de la obra de Charles Baudelaire: "Richard Wagner et Tannhäuser à Paris", Paris, 1861.

RICHARD WAGNER

ET

TANNHAUSER

A PARIS

PAR

CHARLES BAUDELAIRE



Paris 23 Avril 76.

PARIS

E. DENTU, ÉDITEUR

L'IMPRIMERIE DE LA SOCIÉTÉ DES GENS DE LETTRES

17, RUE D'ORFÈVRE

1861



Caricatura francesa que hace referencia al fracaso del Tannhäuser en París, obra de J. Blass.



Wagner, trovador errante, dirige su catalejo a París (caricatura de J. Blass, 1861).



los labios de Uhlig, para oír sus últimas voluntades, que me transmitió en su última voluntad. La noticia de la muerte siguió la carta de Fischer con solterogedos. Uhlig expiró el 3 de enero del nuevo año 1853. Y, con Lehrs, fui el segundo de mis fieles amigos que me arrebató aquella enfermedad. Yo fui destinado y que luego regalé a mi ahijado Sigfrido, el menor de sus hijos. Supliqué a la viuda de mi desgraciado amigo que me remitiera todos los papeles, teóricos, prácticos, que me remitió todo. Entre ellas ese tratado sobre la formación de temas que ya he mencionado. A pesar de que la publicación de aquellos estudios me hubiera acaricado un arduo trabajo, a causa de las ineludibles correcciones, pregunté a Haertel, de Leipzig, si estaría dispuesto a satisfacer una buena cantidad a la es- posa de mi amigo. Haertel me respondió que semejantes ediciones no le intere- saban, ya que las publicaciones de ese género no reportaban el menor be- neficio. Y entonces me di cuenta de la aversión que existía en ciertos medios contra cualquier músico que tuviera relaciones conmigo.

La experiencia de la muerte de Uhlig alentó la oposición de mis amigos respecto a mis teorías hidrotérmicas. Herwegh lo persuadió a mi mujer que a consecuencia del cansancio que me producían los ensayos y los conciertos, cuya dirección asumí aquel invierno, debía alente- rme a beber un vaso de buen vino. Poco a poco recobré el hábito de los ex- tantes anodinos como el café y el té, y mis amigos observaron satisfe- chos que volvía a ser un hombre normal. Mi médico, el doctor Rahn-Es- cher, fué por espacio de muchos años un buen amigo de mi casa, y gra- cias a sus excelentes consejos consiguió dominar mis nervios sobreexcitados. Dio una prueba de su buen juicio cuando, a mediados de febrero, propuse leer mi poema tetralógico durante cuatro veladas consecutivas a un nutrido círculo de oyentes. La primera noche cogí, un fuerte resfriado y a la mañana siguiente me levanté completamente afónico. Objeté inmediatamente a Rahn cuanto sentiría tener que renunciar a mi lectura. ¿Qué hacer para sanar in- mediatamente de aquella ronquera? El doctor me recomendó que no me mo- viera de casa durante el día y que luego, bien arropado, me trasladara al salón de la conferencia y allí tomara algunas tazas de té sin cargar. Lo de- mas vendría por sus pasos contados. Si no hubiera seguido las prescripciones del médico y me hubiese dejado dominar por la contrariedad que me causa- ba aquel enojoso contratiempo, hubiese sin duda caído seriamente enfermo. De todos modos, la lectura del apasionante drama marchó a las mil maravil- las. Lo mismo ocurrió la tercera y la cuarta velada, después de la cual me sentí completamente restablecido.

Habría obtenido para aquellas sesiones un elegante salón del hotel «Baur», y no obstante haber invitado a un reducido círculo de amistades advertí con sorpresa que todas las noches la concurrencia iba en aumento. Cierta es que había de- jado en libertad a mis amigos para que trajesen con ellos a cuantas perso- nas se sintieran atraídas, más por un verdadero interés que por simple cu- riosidad. El efecto de aquellas lecturas fué altamente favorable. Los hombres mas esclarecidos de la Universidad y del Gobierno hicieron sobre ellas gran- des elogios, y formularon acerca de mi poema y de las intenciones artísticas que en él se manifestaban, muy justas reflexiones. La profundidad, quizá un poco fría de sus apreciaciones, me sugirió entonces la idea de considerar has- ta qué punto podría valerme de aquellas buenas disposiciones en provecho de mis tendencias artísticas.

Basándose en observaciones harto superficiales, todo el mun- do se figuraba que podría hacerme cargo del teatro de Zu- rich. Teniendo en cuenta las insuficientes condiciones escénicas de la ciudad, pero apoyándome en principios razonables, reflexioné, acerca de las posibili- dades de dar auge en Zurich a la vida teatral. Con este motivo expuse por escrito mis ideas en un trabajo que titulé *Un teatro en Zurich*, y que hice imprimir para que llegara a conocimiento de todos. La edición, de un cen- tenar de ejemplares, se agotó pero no se cosechó ningún resultado.

Más tarde, con ocasión de un banquete de la Sociedad de Música, supe que determinados elementos estimaban mis ideas magníficas pero de imposi- ble realización. El venerable Ott-Imhof era de una opinión contraria. A su parecer, faltaba en mi propuesta lo único que hubiera podido hacerla acep- table, y era mi consentimiento para asumir yo mismo la dirección de ese teatro, pues, según él, nadie como yo podría llevar a la práctica mis ideas. El asunto quedó ranjado al contestar que esta eventualidad no entraba en mis cálculos, aún cuando en mi fuero interno no podía dejar de dar la razón a aquellos caballeros. El interés que me inspiraban los zuriqueses iba en aumen- to. Pero al no poder acceder a los deseos de mis amigos, afanosos de ver en el teatro una de mis obras principales, me brindé por último a escoger al- gunos fragmentos característicos de mis óperas para ser interpretadas bajo mi dirección, a condición, empero, de que me procuraran los músicos necesarios para el buen éxito de la empresa. Inmediatamente se abrió una subscripción que alcanzó óptimos resultados, gracias sobre todo a algunos pudientes ami- gos de las artes que prometieron sufragar los gastos que acarrearía el con- cierto. Consistía mi misión en reunir la orquesta que necesitaba. Para ello, gestioné la cooperación de buenos músicos y tras no pocos trabajos pude ufa- narme de haber logrado un aceptable conjunto.

Habría organizado los conciertos de modo que los mú- sicos forasteros permanecieran en Zurich de uno a otro domingo, es decir, una semana entera. La primera fué consagrada exclusivamente a los ensayos. Las audiciones tuvieron lugar el miércoles 18, el viernes 20 y el domingo por la noche del 22 de mayo de 1853. Este último día celebré al mismo tiempo mi cuarenta aniversario. Afortuna- damente, mis órdenes fueron cumplidas puntualmente. De Maguncia, Wies- baden, Frankfurt y Stuttgart, así como de Ginebra, Lausana, Basilea, Berna y otras ciudades importantes de Suiza, músicos escogidos llegaron a Zurich el domingo por la tarde. Inmediatamente se trasladaron al teatro donde se les había indicado el puesto que debían ocupar en la orquesta, de acuerdo con el plan que tan excelentes resultados me dió en Dresde. Al día siguiente es- taban ya orientados y pudo darse comienzo a los ensayos sin ninguna demo- ra ni confusión.

Teniendo aquella gente a mi disposición desde la mañana hasta la noche les hice interpretar sin esfuerzo largos fragmentos del *Fliegender Hollaender*, *Tannhauser* y *Lohengrin*. Más trabajo me costó formar el coro, pero también éste me proporcionó una gran satisfacción. En materia de arias únicamente

di a conocer la balada de «Senta» del *Fliegender Hollaender* que cantó la mu- jer del director de música Heun, si no con voz educada sí con irreprochable celo.

Como la empresa tenía, en suma, un carácter mas patriarcal que publico, creí corresponder a los deseos de gran número de mis amigos y conocidos iniciándolos, con los medios de que disponía, en el carácter de mi música. Mas para ello era indispensable conocer la armazón poética de mis obras. In- vité por consiguiente a los que pensaban asistir a los próximos conciertos a que durante tres tardes escucharan en el salón de la Sociedad de Música la lectura del texto de las tres óperas, de las que figuraban fragmentos en los programas. Con tal fervor se aceptó mi invitación que pude afirmar enton- ces, que mi público de Zurich estaba mejor preparado que ningún otro para la audición de los pasajes mas característicos de mis obras.

Esos conciertos me produjeron una particular emoción por ser aquella la primera vez que oía algo de mi *Lohengrin* ejecutado por orquesta, y pude darme cuenta asimismo del efecto que producían en el preludio mis combina- ciones de instrumentos. Entre dos conciertos se celebró un banquete, y a excepción del de Pesth que tuvo lugar más adelante, el de Zurich fué el úni- co que jamás se haya organizado en mi honor. El brindis de Ott-Usteri, el respetable presidente de la Sociedad de Música, me conmovió sinceramente. Dirigiéndose a los músicos llegados de sitios tan diversos les llamó la aten- ción acerca del objeto y los resultados de aquella reunión, y les recomendó que se llevaran con ellos el convencimiento de que habían tomado parte en un gran acontecimiento en el campo de un nuevo arte en el que cosecharían preciosos frutos.

La sensación que estos conciertos despertaron, se esparció cada vez más por toda Suiza, y de apartadas ciudades se nos suplicó que repitiéramos otras au- diciones. Me dieron la seguridad que sin temor a una menor afluencia de oyentes podría volver a dar los tres conciertos la próxima semana. Cuando al discutirse la cuestión objeté mi fatiga y asimismo mi deseo de dar a tales ejecuciones un carácter extraordinario, me satisfizo hallar en el amigo Hagenbuch una aprobación tan inteligente como eficaz. Terminóse, pues, la fiesta y los músicos pudieron regresar en la fecha convenida.

ESPERABA que Liszt, que en marzo había organizado en Weimar una «semana wagneriana», representándose en su transcurso las tres óperas de las cuales sólo di en Zurich al- gunos fragmentos, asistiría a aquellos conciertos. Desgraciadamente, no le fué posible disponer de tiempo, y me prometió su visita para comienzos de julio. De mis amigos de Alemania sólo mis fieles Julia Kummer y Emilia Ritter llegaron a tiempo. Partieron para Interlaken los primeros días de junio, y como también yo tenía necesidad de descanso me reuní con ellos en compa- ñía de mi mujer a fines de aquel mismo mes. Sin embargo, una lluvia per- sistente echó a perder aquella estancia que tan agradable prometía ser. El primero de julio, y cuando ya desesperados nos disponíamos los cuatro a re- gresar a Zurich, apareció de nuevo el buen tiempo. Lo saludamos con gran entusiasmo afirmando que era Liszt quien había hecho el milagro. En efec- to, en cuanto llegamos a Zurich nos aguardaba nuestro gran amigo. Y fué aquella una de esas gozosas semanas en las que cada día y cada hora encierra un rico caudal de recuerdos.

ACABABA de instalarme en el segundo piso de una de las casas Es- cher donde hasta entonces había habitado una planta baja horri- blemente reducida. La señora Stockar Escher, propietaria del in- mueble, mujer de un talento artístico personal —era aficionada a pintar a la acuarela— y llena de entusiasmo por mi obra, se había esforzado para dar a nuestra vivienda las máximas comodidades posibles. Mi permanencia en el establecimiento de Albisbrunn, y más aún las privaciones a que estuve some- tido, había avivado mi gusto innato por los hogares confortables. Ahora pude dar libre curso al mismo, pues las demandas cada vez más numerosas de mis óperas habían mejorado inopinadamente mi situación pecuniaria. Instalé, mi morada con el mejor confort posible y compré, sin reparar en gastos, al- fombras y muebles nuevos. Y cuando Liszt entró en mi casa quedó extasiado ante lo que llamó mi «pequeña elegancia».

Por primera vez experimenté el goce de conocer en mi amigo al composi- tor. Con verdadera pasión interpretamos varias de sus piezas para piano que merecieron más adelante la celebridad, así como algunas de las composicio- nes sinfónicas que acababa de terminar. En una carta que escribí a la señora de Wittgenstein, y que ha sido publicada, tuve ocasión de expresar la impre- sión que entonces experimenté. El placer que sentía por todo cuanto iba conociendo de Liszt era intenso, sincero, y sobre todo hondamente estimulan- te. ¿Acaso tras un largo intervalo, no iba yo mismo a consagrarme de nuevo a la producción musical? ¿Qué mejor y de mayor provecho para mí podía de- sar si no la intimidad por tanto tiempo deseada de aquel amigo, entonces en plena madurez de su talento; de aquel amigo que con tanta generosidad se había dedicado a la difusión de mis obras y logrado hacérlas comprender?

Como la inevitable afluencia de amigos y conocidos que venían a vernos podía echar a perder aquellos días de inefable gozo nos escapamos, con la única compañía de Herwegh, para efectuar una excursión al lago de los Cuatro Cantones. En Grütli se le ocurrió a Liszt la idea de que nos tuteáramos mutuamente con ocasión de beber de las tres fuentes que brotan de la roca. Y allí se despidió nuestro amigo tras haberme prometido una entre- vista para el otoño venidero.


MUCHO me hubiera desalentado la marcha de Liszt de no haber sido por el interés que se tomaron los ciu- dadanos de Zurich en distraerme de una manera que hasta entonces desconocía. Finalmente, se había dado cima a la obra maes- tra caligráfica del diploma de honor que la Sociedad de Canto de Zurich ha- bía decidido otorgarme. La entrega solemne de este documento había de ir acompañada de un gran cortejo de antorchas en el que tomarían parte todos aquellos que oficial o individualmente se interesaban por mí. Y una hermosa noche de verano si llegar al Zellweg, precedida de una banda de musica, una imponente muchedumbre de portadores de antorchas que me ofreció un es- pectáculo único y me produjo una emoción indescriptible.

Después de unos cantos al desde mi piso el discurso que pronunció en la calle el presidente de la Sociedad. Estaba tan emocionado que dejándome llevar por mi temperamento sanguíneo y por mi imaginación aludí claramen- te en mi respuesta a la posibilidad de ver a los elementos burgueses de Zurich iniciar la obra que habría de realizar mi gran ideal artístico. Mi auditorio creyó, por lo que supuse, que me refería a un florecimiento especial de las Sociedades corales masculinas de la ciudad y se mostró bastante satisfecho de









Donnerstag den 21. Juni 1864

zum ersten Male:

ΣΥΝΟΠΗ:

Pittsburgh  
 1941-1942

zu 1 - Er an der M-Me zu haben  
Vier Toleranzen

Neue Aufnahme

### Preise der Plätze

P. J. 100      100      100

Die Karte wird am Anfang ihrer Geschichte



A black and white illustration of a man in a long coat and hat, possibly a scholar or writer, sitting at a desk and writing. He is surrounded by books and papers. The scene is set in a room with a large window and a lamp.





tiguarlo. Mostrando idéntico interés, tanto por los temas más elevados que nos ocupaban como por los más mínimos detalles de nuestras relaciones personales con el mundo, suscitaba en cada uno de nosotros una especie de entusiasmo que alentaba a su más alto grado nuestras mejores facultades. Su hija, de quince años de edad, nos encantaba por su aire soñador. Siendo su modo de vestir y sus modales los de una muchacha apenas adolescente, la honre con el título de «la niña». Y cuando nuestras discusiones o nuestro alboroto eran demasiado impetuosos y rozaban la petulancia, sus ojos oscuros y soñadores conservaban su hermosa placidez, e involuntariamente nos dábamos cuenta de que en los problemas que nos inquietaban la Niña representaba la cordura de la inocencia.

No hubiera sido difícil incitarme a dar lectura de *Los Nibelungos*, pues tenía entonces la debilidad de leerlos en público —lo que dicho sea de paso irritaba a Herwegh— pero acercándome al momento de la separación escogí *Sigfrido*. Como Liszt se dirigía a París para ver a sus hijos le acompañamos todos hasta Estrasburgo. Yo estaba resuelto a seguirle hasta París pero la princesa se creyó obligada a regresar a Weimar con su hija. Durante las horas que permanecemos en Alsacia las dos damas me suplicaron que continuara la lectura de mis obras, pero lo cierto es que nunca encontramos el momento propicio para ello.

La mañana del día señalado para la marcha, Liszt vino a despertarme para anunciarme que la princesa y su hija se proponían acompañarnos a París. Agregó sonriendo que María había convencido a su madre ante el deseo de ésta de querer conocer las otras partes de *Los Nibelungos*. Me encantaba el giro aventurero que tomaban nuestros planes de viaje, pero desgraciadamente había llegado también el momento de separarnos de nuestros jóvenes compañeros.

A propósito de Joachim, que se había mantenido siempre modesta y casi temerosamente apartado de sus compañeros, Bülow me explicó que en cuanto Joachim estaba delante de mí se apoderaba de él una especie de melancólica timidez, que se debía sin duda a las opiniones que yo había formulado en mi famoso artículo sobre el judaísmo. En una ocasión mostró una de sus composiciones a Bülow y le preguntó si encontraba en su trabajo algún indicio de «judaísmo». Este rasgo singular y diría casi conmovedor, me impulsó a despedirme de Joachim con la mayor cordialidad y a estrecharlo entre mis brazos. No he vuelto a verle (1), pero me he enterado más tarde de las cosas más extraordinarias respecto a su animosidad contra Liszt y contra mí.

Al regresar a Alemania, les ocurrió a nuestros jóvenes amigos la divertida desventura de ser detenidos por la policía, que los acusó de perturbar el reposo ciudadano. Habían hecho su entrada en Baden a los ruidosos acordes de la marcha de *Lohengrin*, y tanto trabajo le costó a la población hacerse cargo del sentido de aquella manifestación.

NUESTRO común viaje a París, así como la estancia en la ciudad, fué rica en hondas impresiones resultantes de la cordialísima amistad que se trabó entre nosotros. Ya entrada la noche, y después de alojar a las damas en el Hotel de los Príncipes, Liszt me instó a efectuar un paseo por los bulevares, absolutamente desiertos en aquella hora. Y no dudó que en tal ocasión nuestros sentimientos eran tan dispares como nuestros recuerdos.

Al día siguiente, al entrar en la habitación de mi amigo, éste me dijo, con una afectuosa sonrisa, que la princesa María estaba deseosa de escuchar una nueva lectura. En verdad París me era completamente indiferente. La princesa Carolina mantenía una actitud reservada; asuntos familiares acaparaban la atención de Liszt, y, de resultas, aquella aventura original dió principio a que, antes de poner los pies en las calles de París, consagráramos la primera tarde a continuar la lectura comenzada en Basilea. Y transcurrieron los días siguientes leyendo en alta voz todas las partes de que se componía mi obra *El anillo de los Nibelungos*.

#### La Gran Opera. Cuartetos Morin-Chevilland

FINALMENTE, París recobró sus derechos. Pero mientras aquellas damas recorrían los museos yo me retiré a mi habitación, atormentado por desagradables dolores nerviosos de cabeza. Sin embargo, a instancias de Liszt tomé parte en diferentes distracciones. En cuanto llegó el maestro había tomado un palco para una representación de *Roberto el Diablo* con el propósito de que las damas asistieran a la Gran Opera un día señalado. Tengo mis motivos para suponer que no se vieron exentos mis amigos del malhumor que me proporcionó aquel espectáculo. Pero Liszt abrigaba aún otras intenciones. Me había suplicado que me vistiera de etiqueta, y satisfecho de la buena voluntad que puse en obedecerle me obligó en el entreacto a acompañarle al salón de descanso. No cabía duda de que aquel saloncillo le recordaba algunas animadas veladas de su juventud; estos recuerdos le resarcían evidentemente de la tristeza de aquella noche. Y sin saber exactamente por qué habíamos efectuado aquel breve paseo volvimos a nuestro palco con cierta fatiga en el alma.

La impresión que me produjo la audición de los cuartetos en *mi bemo mayor y en do sostenido menor* de Beethoven, a la que mi amigo y yo habíamos sido invitados por la *Agrupación de Cuartetos Morin-Chevilland*, fué para mí una de las más estimulantes y casi comparable a la que me causó antaño *la Sinfonía con Coros* ejecutada por la orquesta del Conservatorio. Agradablemente sorprendido, reconocí de nuevo las enormes ventajas del inteligente celo con que los franceses se apropiaban los tesoros de una música que en Alemania se trata aún tan brutalmente. Unicamente comprendí en París verdaderamente el cuarteto en *do sostenido menor*, y por primera vez abondé claramente en su melodía. Y bastaría este único recuerdo para que mi estancia en la capital francesa fuera para mí inolvidable.

OTROS recuerdos quedaron, no obstante, grabados más o menos profundamente en mi mente. Un día Liszt me llevó a pasar la velada en casa de sus hijos que vivían en un barrio apartado de París, bajo el cuidado de una institutriz. Era para mí un espectáculo inédito ver a mi amigo entre sus hijas ya un poco mayorcitas y su hijo apenas adolescente. El mismo se sorprendía, al parecer, de gozar de los placeres de una paternidad de la que durante tantos años sólo había conocido sus preocupaciones. También allí me instaron a que leyera algo y esto fué el último acto de *El crepúsculo de los dioses*, que constituye el final del poema. Entre tanto, llegó Berlioz quien lamentó cortésmente no haber asistido a la totalidad de la lectura.

Al día siguiente, Berlioz, que partía para una gira de conciertos en Ale-

mania y había ya embalado su música, nos invitó a una comida de despedida. Liszt interpretó algunos fragmentos de *Benvenuto Cellini* de Berlioz, que éste acompañó cantando con su estilo original y un poco falto de expresión. Allí vi, y tardé mucho en saber quién era, a Julio Janin, el célebre folletínista parisién que me impresionó por su indolente jerga parisina absolutamente incomprensible para mí.

Asistimos todavía a una cena, cuya sobremesa se prolongó quizá en demasía, en casa de Erard, el célebre fabricante de pianos. En esta cena como en otra que nos ofreció Liszt en el Palais-Royal, volví a ver a los hijos de mi amigo. El más joven, Daniel, me impresionó por su gran viveza y su parecido con su padre. En cambio, observé en sus hijas una gran timidez.

RECUERDO también una velada que pasé en casa de la señora Kallergis, la notable mujer que por primera vez volví a ver después de la representación de *Tannhauser* en Dresde. En la mesa me hizo una pregunta a propósito de Luis Napoleón, pero en el estado de nervosismo en que me hallaba contesté que nada podía esperarse de un hombre a quien una mujer se mostrara incapaz de amarle. Mi réplica tuvo la virtud de poner fin a la conversación. Después de la cena la joven María de Wittgenstein se dió cuenta de mi reserva y de mi tristeza, que provenían en parte de mis dolores de cabeza y en parte de la sensación de considerarme extraño en aquel ambiente. Me complació haber despertado su interés y le agradecí su simpatía y el afán que mostró en distraerme.

Al cabo de ocho días, que pesaron sobremanera en mi ánimo, mis amigos partieron de París. No había reanudado aún mi trabajo y resolví no marcharme sin antes haber logrado la tranquilidad de espíritu necesaria para mi gran proyecto. Escribí a mi mujer que viniera a reunirse conmigo con objeto de que pudiera volver a ver aquel París donde habíamos pasado juntos tantas miserias. Y cuando llegó Minna fueron nuestros huéspedes más constantes Kietz y Anders, así como un joven polaco, hijo del conde Vicente Tyskiewicz, que en otros tiempos había sido objeto de mi apasionada veneración. Cuando lo conocí aún no había nacido su hijo. Este, apasionado por la música como mucha gente hoy día, dió mucho que hablar en París. En una ocasión asistiendo a una representación del *Freischütz*, que según la costumbre establecida en la Gran Opera había sido mutilado y modificado, se sublevó contra el «robo» que se cometía con los que conocían la obra, y con objeto de que le reembolsaran el precio de la localidad intentó abrir un proceso contra el teatro. Proponíase, además, fundar un periódico en el que demostraría que la indolencia en París de la música oficial era un insulto al buen gusto del público.

También trabó relaciones conmigo un joven príncipe, Eugenio de Wittgenstein-Sayn, amigo de Liszt. Artista no despreciable hizo un medallón de mi efígie para el cual tuve que posar varias veces, y que gracias a la colaboración de Kietz no salió del todo mal.

Tuve aún que someterme a importantes consultas con el doctor Lindemann, un médico joven amigo de Kietz. El doctor Lindemann se esforzaba en hacerme perder mi fe por la hidroterapia y quería convertirme a su teoría sobre la virtud de los tóxicos. Se había granjeado cierta consideración en la Facultad de París vacunándose a sí mismo y ante testigos varios tóxicos en un hospital, y estudiando concienzudamente los efectos de los mismos en su organismo.

Lindemann estaba convencido de curar mi nervosismo, caso de que le permitiera practicar las experiencias necesarias con objeto de determinar las sustancias metálicas bajo cuya influencia reaccionaban específicamente mis nervios. Entre tanto, y con la mayor tranquilidad de espíritu me aconsejó que cuando me acometieran crisis agudas hiciera uso del láudano. Y por el momento estimaba la valeriana como el remedio más eficaz.

#### Bosquejo de «El oro del Rin» (noviembre de 1853 a enero de 1854)

DESAZONADO, fatigado y presa finalmente de una extraña excitación, salí de París con Minna, en octubre de 1853 sin comprender aún porque había ido allí a gastar tanto dinero. Con la confianza de que la difusión de mis obras en Alemania me reportaría algunos beneficios, regresé resignado a Zurich con la firme intención de no salir de dicha ciudad antes de haber puesto en música algunas partes por lo menos de *Los Nibelungos*. Y en efecto, a comienzos de noviembre emprendí ese trabajo que tantas demoras había sufrido. Hacía cinco años y medio, o sea desde fines de marzo de 1848, que estaba apartado de toda composición musical. Si no tardé en encontrar de nuevo mis fuentes de inspiración se debe sin duda a que siguiente a una especie de migración de mi alma. En lo concerniente al aspecto técnico de mi obra me vi turbado cuando, siguiendo mi costumbre, quise bosquejar en dos situaciones el motivo de la introducción que había concebido durante mi amodorramiento en Spezzia. Desde el principio, me vi obligado a recurrir a un formulario para las partituras completas, y esto me indujo a adoptar una nueva manera de escribir. Con lápiz, y a grandes rasgos, bosquejé la partitura de mi composición. Este procedimiento me acarrió más tarde graves dificultades pues la menor interrupción en mi tarea me hacía olvidar la significación de los signos que había trazado presurosamente en mi formulario, y me costaba tanto trabajo encontrar luego lo que lo concerniente a *El oro del Rin*. El 16 de enero estaba ya determinada toda la composición y esbozado al mismo tiempo el plan de los temas más importantes que forman la arquitectura musical de mi tupida obra. Era a todas luces necesario que la gran introducción contuviera precisamente los ciembles mi salud, y debo confesar que, absorbido con mi composición, guardo escasos recuerdos de las personas que en aquella época me rodeaban.

#### Instrumentación de «El oro del Rin» (28 de mayo de 1854)

DURANTE los primeros días del nuevo año dirigí todavía algunos conciertos de orquesta. Para complacer a mi amigo Sulzer se ejecutó la obertura de *Ifigenia en Aulida* de Gluck, a la que doté de un final de mi propia cosecha. La obligación de ocuparme de esta breve composición que opuse a los finales de Mozart, me suministró materia para un artículo sobre dicho problema artístico publiqué en la revista musical de Brendel. Con todo, ello no fué óbice para dar el último toque a la partitura de *El oro del Rin* que escribí al principio con lápiz sobre hojas sueltas. Y el 23 de mayo de 1854 di cima también a la instrumentación. Poco habían cambiado, entre tanto, mis amistades, que continuaban sien-

(1) Esto ha sido escrito en 1869.



...mas que había contraído en el transcurso de los últimos años. Mi economía no era, empero, todo lo floreciente que fuera de desear en lo concerniente a la instalación de mi hogar como en el género de vida que llevaba, los cálculos que había hecho sobre los ingresos de mis importantes y productivos teatros de Alemania. Especialmente me apesadumbraba aquel año que no lograba introducirme ni en ni en Viena. No me faltaron preocupaciones que me atormentaron durante gran parte del año. Para rehuirlas me entregué al trabajo, y en vez de limitarme a poner en limpio *El oro del Rin* empecé inmediatamente la composición de *La Walkyria*. A fines de julio terminé la primera parte pero vino a interrumpirla un viaje que efectué a la Suiza meri-

no eludió comentar con un dejo de ironía el saludable aspecto de Roedel, su buen humor y la resignación con que parecía aceptar su suerte.

Entre tanto, me sumí febrilmente en el trabajo. «El mundo considerado como voluntad e inteligencia» El 26 de septiembre terminé la copia de la partitura de *El oro del Rin*. Luego, en la apacible soledad de mi casa leí un libro cuyo estudio había de ser para mí de la mayor importancia. Me refiero a *El mundo considerado como voluntad e inteligencia*, de Arturo Schopenhauer. Herwegh me había recomendado esta obra subrayándome que a pesar de que hacía más de treinta años que había sido editada, acababa en cierto modo de ser descubierta. Herwegh se interesó por ella debido a un enjundioso comentario de un tal Frauenstaedt. Desde el primer momento el libro me atrajo poderosamente y me consagré sin descanso a su lectura.

Ya en diferentes ocasiones me había acuciado el deseo de ahondar en el verdadero sentido de la filosofía, deseo que durante mi primera estancia en París me habían inspirado mis conversaciones con Lehrs. Había tratado también de satisfacerlo siguiendo los cursos de los profesores de Leipzig, y leyendo más adelante los escritos de Schelling y de Hegel. Mas todas mis tentativas habían sido vanas y creí hallar en Feuerbach la causa del fracaso de mis esfuerzos. El libro de Schopenhauer me cautivó en seguida, no solamente por el interés que me inspiraba su curioso destino sino sobre todo a causa de la extraordinaria claridad y precisión que advertí desde el primer momento en sus explicaciones acerca de los más difíciles problemas de la metafísica. Ciertamente es que yo había sido influido por el juicio de un crítico inglés. Este había declarado con franqueza no muy convencido, que el instintivo respeto que le había merecido siempre la filosofía alemana tal como la exponen escritores incomprensibles como Hegel y otros, provenía no ciertamente de la propia incapacidad de estos filósofos sino del preconcebido énfasis con que se complacen. Y la prueba de ello se la daba la rapidez con que la lectura de Schopenhauer desvanecía todas las dudas que pudieran caber en su espíritu.

Como ocurre siempre a quienes apasiona el sentido de la vida analicé primero las conclusiones del sistema de Schopenhauer. A pesar de que el aspecto estético de dicho sistema me satisficiera plenamente, y que me sorprendiera la atención que consagraba especialmente a la música, me asustaron como a cualquier persona que se hallara en un estado de ánimo semejante al mío— sus conclusiones morales, pues la muerte de la voluntad y la más completa resignación son consideradas en ellas como la única manumisión posible de las ligaduras de nuestra incapacidad individual, que no puede llegar a concebir y a comprender el universo.

Quienquiera hubiera deseado asentar en la filosofía el derecho de obrar política y socialmente en favor de la llamada «libertad del individuo», no hubiese encontrado argumento ninguno en aquella obra en la que su autor demuestra que, para satisfacer el instinto de la personalidad, debe seguirse otro camino. Todo ello no era al principio de mi agrado, pues no creía tener que renunciar tan pronto a la serena sabiduría antigua que campeaba en mi *Obra de arte del porvenir*. Fué Herwegh quien con palabras decisivas me incitó a reflexionar sobre mi susceptibilidad.

Lo trágico de la vida —me dijo— se contiene precisamente en la teoría de Schopenhauer sobre la inexistencia del mundo visible. Todo gran poeta, y en general todo gran hombre, intuye perfectamente ese vacío. Pensé entonces en mi poema *Los Nibelungos* y comprobé con sorpresa que en mis concepciones poéticas había reconocido inconscientemente lo que en teoría me sumía en la perplejidad. De suerte que sólo en aquel momento comprendí verdaderamente a mi «Wotan». Bajo la impresión de este descubrimiento me consagré nuevamente al estudio del libro de Schopenhauer. Me di cuenta entonces de que se trataba sobre todo de comprender la primera parte del mismo, que explica y profundiza la teoría de Kant sobre la idealidad del mundo basada en el tiempo y en el espacio; y cuando creí haber dado el primer paso hacia su comprensión me convencí de que ésta sólo se adquiere a costa de extremas dificultades.

A partir de aquel día, y por espacio de muchos años, jamás abandoné aquel libro. En el verano del año siguiente lo había leído ya por cuarta vez. La influencia que ejerció sobre mí fué extraordinaria y ciertamente decisiva para toda mi vida. Hasta aquel momento sólo juzgaba los conocimientos que iba adquiriendo a través de mi sentimiento, pero aquellos cobraron con Schopenhauer una profundidad semejante a la que desde el punto de vista musical me había granjeado el estudio del contrapunto con mi viejo maestro Weinlich. Y cuando en mis trabajos de escritor me aventuraba por azar a hablar de mi arte, tema que siempre me fué caro, todo el mundo debió darse cuenta sin duda de la influencia que sobre mí ejercieron las lecciones de Schopenhauer.

Por el momento, envié al venerado filósofo un ejemplar de mi poema *Los Nibelungos*, contentándome con escribir debajo del título estas simples palabras: «Homenaje respetuoso». Me determiné a obrar así, tanto por la timidez que experimentaba al tener que enfrentarme por escrito con aquel gran hombre como por lo inerte que una carta aún extensa había de resultar. Harto se haría cargo Schopenhauer, al leer mis poemas, de cual era la talla de su autor. Renuncié a la vanidad de verme honrado con una respuesta, pero supe después por Carlos Ritter y el doctor Wille, que habían visto a Schopenhauer en Francfort, que éste se había expresado sobre mi obra de una manera favorable y significativa.

Episodio de Parsifal «Tristán e Iseo» Al margen de esos estudios filosóficos proseguí la composición de *La Walkyria*. Llevaba una vida retirada y dedicaba mis horas de ocio a efectuar largos paseos por los alrededores. Pero en aquella época, como solía ocurrir cuando me consagraba por entero a la música, me acució de nuevo el afán de producir una obra poética. El estado de ánimo en que me había sumido la lectura de Schopenhauer fué causa sin duda de que ambicionara, para manifestar mis sentimientos, una expresión estática. Así concebí mi poema *Tristán e Iseo*. Conocía a fondo el tema por mis estudios en Dresde, pero Carlos Ritter llamó de nuevo la atención sobre él, dándome cuenta del plan de un drama que sobre dicho asunto acababa de bosquejar. Sin andar en reparos señalé a mi joven amigo los defectos que, a mi juicio, contenía su trabajo. Ritter sólo había utilizado azarosas situaciones que ofrecía la trama, pero yo, por el contrario, atraído por su carácter de trágico relieve eludí todo cuanto no tenía relación con dicha tendencia principal. Al regresar un día de mi paseo, bod

La Sociedad federal de música me invitó a dirigir en Sion el festival de su reunión anual. Aunque la Sociedad contaba con medios suficientes, me negué muy

*Festival de música en Sion (julio de 1854)*

blumentemente a dirigir la *Sinfonía en la mayor* de Beethoven. Aprovechando la ocasión me propuse ir a Montreux con el fin de visitar a Carlos Ritter, que residía en dicha ciudad con su joven y reciente esposa. Ocho días permanecí en Montreux durante los cuales me fué dado a conocer, no sin cierta curiosidad, las particularidades de ese joven matrimonio que no me pareció para una felicidad duradera. Luego partí con Carlos Ritter para el Val de Aoste donde había de tener lugar el festival de música. En Martigny se reunió con nosotros un joven un tanto singular. Le había visto el año anterior en Zurich con motivo de mis grandes conciertos, habiéndome sido presentado como músico entusiasta. Era Roberto de Hornstein. Mi joven amigo Ritter parecía estar muy contento de haber encontrado aquel regocijante compañero. Estaba Hornstein tan deseoso de seguir nuestra fortuna que habiendo llegado a sus oídos que yo había de dirigir la fiesta federal de música, había venido ex profeso de Suabia a Suiza. Sin embargo, la organización de aquella fiesta fué tan defectuosa y poco digna de una empresa artística, que la miseria orquesta que actuó en la pequeña iglesia que hacía las veces de sala de concierto, me causó una impresión decepcionante. Y me indigné de la ligereza con que acepté semejante oferta. Escribí inmediatamente algunas líneas al verdadero organizador de la fiesta, el director de orquesta Methfessel, de Berna, y sin más, salí de Sion sin despedirme siquiera de mis jóvenes amigos.

A propósito de mis amigos no me faltaban motivos particulares para obrar como lo hice. Recuerdo todavía estos motivos porque podrían ser objeto de un estudio psicológico. Cuando a mediodía encontré en el hotel a Ritter y Hornstein di libre curso ante ellos a la irritación que me produjo la falta absoluta de sentido artístico que existía en la organización de aquel festival, y mi cólera suscitó en aquellos jóvenes una risa que degeneró en impertinencia. Supuse que su alborozo provenía de la conversación que sin duda habían mantenido a expensas mías. Y como mis reprimendas e incluso mis demostraciones de enojo parecían inútiles, salí del comedor absolutamente estupefacto e hice con tal sigilo mis preparativos de marcha que no se dieron cuenta de nada mis amigos.

*Carlos Ritter y Roberto de Hornstein*

Alcibíades», comedia de Ritter Tras unos días de estancia en Génova y Lausana regresé a Montreux para despedirme de la joven señora Ritter. Encontré en su casa a Carlos y a su amigo. Decepcionados por mi súbita marcha habían abandonado también la malhadada fiesta y habían vuelto a Montreux con la esperanza de saber algo de mí. No hice la menor alusión a su descortés conducta, y cuando Carlos me rogó encarecidamente que prolongara mi estancia en su casa me avine a ello, sobre todo porque sentía curiosidad por conocer un trabajo poético que mi amigo acababa de terminar. Era una comedia titulada *Alcibíades*, concebida y ejecutada con una notable delicadeza y soltura.

Ya en Albisbrunn, Carlos me había hablado de esta obra. En aquella ocasión me había mostrado un elegante puñal en cuya hoja estaban grabadas las sílabas «Alci», y me explicó que en Stuttgart uno de sus amigos, el joven actor a quien ya me he referido, poseía otro puñal en el que se leían las sílabas «Biades». Me pareció entonces que sin la ayuda de puñales simbólicos, Carlos había encontrado en ese imbécil de Hornstein el complemento necesario a sus gustos alcibiadescos, y no cabía duda de que en Sion se habían figurado representar una escena «antigua» a un nuevo «Sócrates». La comedia de Carlos me demostró felizmente que su talento artístico era superior a sus predisposiciones físicas. Hoy día sigo deplorando que las dificultades ciertamente considerables que presentaba la puesta en escena de aquella obra no hayan podido ser resueltas. Durante aquellos días también Hornstein observó una conducta discreta y juiciosa. Cuando partió para Lausana con su mochila en la espalda, lo que le prestaba un aire de histrión, le acompañé a pie un buen trecho.

Primer acto de «La Walkyria» (agosto de 1854) PASANDO por Berna y Lucerna llegué por el camino más corto a Seelisberg, a orillas del lago de Cuatro Cantones, donde me esperaba mi mujer. Los sín-

tos mas de la afección cardíaca que había observado en ella se habían agravado, y con objeto de atajar el mal le habían recomendado que pasara una temporada en Seelisberg. Durante algunas semanas suporté pacientemente las molestias e incomodidades de la vida de pensión, pero desgraciadamente mi presencia turbaba el reposo de que tan necesitada estaba Minna. A pesar de todo, el aire puro y mi paseo cotidiano por los senderos de la montaña me hicieron mucho bien. Y en mi imaginación escogía incluso el apartado lugar donde un día haría edificar la vivienda que albergaría mi tranquila vida de trabajo. A fines de julio regresamos juntos a Zurich donde me dediqué inmediatamente a escribir *La Walkyria*. Y durante aquel mes de agosto compuse todo el primer acto.

En aquella época me preocupaban sobremanera las dificultades pecuniarías a las que ya me he referido. Deseaba sobre todo estar tranquilo, y por ello accedí con sumo gusto a la petición de mi mujer que me solicitó permiso para ir a ver a sus parientes y amigos de Dresde y Zwickau. Poco después me escribió desde Weimar que la princesa de Wittgenstein la había repuesto afectuosamente en su castillo de Altenburgo. También había visto a la mujer de Roedel, a la que el hermano de mi amigo atendía en la incertidumbre de sus posibilidades. Al decidirse Minna a ir a ver a Roedel en la catedral de Waldheim con objeto de dar cuenta a su mujer del estado en que se hallaba, lo hizo impelida solamente por su carácter singularmente enérgico. Minna consiguió, en efecto, hablar con Roedel pero al describirme la visita



*Hans Sachs (Germ. Nat. Museum).*



*Emil Fischer como Hans Sachs y Auguste Seidl-Kraus como Eva (1885).*



*Maria Müller como Eva, y Erich Kunz como Beckmesser.*



*Klaus Hirte como Beckmesser (Bayreuth 1974).*





que los tres actos en los que contaba compendiar la acción del tema. En primer lugar introduje un episodio que más adelante eliminé y que consistía en la visita de Parsifal cuando en busca del Grail, al lecho de Tristán

El lecho de Tristán herido de muerte y debatiéndose en los sufrimientos de la agonía se identificaba en mi imaginación con el personaje Amleto, el rey de Dinamarca. Con todo, después de ardua lucha conmigo mismo conseguí abandonar momentáneamente esa concepción y continuar mi obra. El motivo de mi gran composición musical. Entre tanto, y gracias a la ayuda de mis amigos, logré también que mis asuntos pecuniarios tomaran un giro favorable. Minna había ido a Berlín, y por mediación de nuestro amigo Frommann había podido celebrar una entrevista con el señor Holsen, intendente del Teatro de la corte. Después de dos años de tergiversaciones y carencia de motivos para imponer las condiciones a que antaño pedí mi autorización para que se representara *Tannhauser* en Berlín, los demás escenaristas alemanes persistían en el éxito de mi obra, y un eventual fracaso sería sin duda más perjudicial a la dirección teatral berlinesa que a la reputación de mi ópera.

A principios de noviembre regresó Minna de su viaje, y al socaire de las manifestaciones abandoné *Tannhauser* a su suerte, en lo concerniente a las representaciones de Berlín. Estas me causaron suma contrariedad debido a la deplorable ejecución de mi obra, pero tuve al menos la satisfacción de disfrutar de elevados derechos de autor que durante cierto tiempo cayeron con cual todo bienhecho en mis exhaustos bolsillos.

Por aquel tiempo la Sociedad de música de Zurich solicitó de nuevo mi cooperación para sus conciertos de invierno. Proponían un concurso a condición de que se ocuparan seriamente de mejorar la orquesta de acuerdo con mis indicaciones. Había ya enviado a los miembros de la Sociedad dos proyectos sobre la manera como yo entendía que había de formarse una buena orquesta; y elaboré aún un tercero, muy detallado, en el que explicaba ampliamente cómo sin grandes dispendios podría lograrse aquella asociándola al teatro. Declaré entonces a la Sociedad que si no se decidían a llevar a la práctica mis modestos planes sería aquel el último invierno que colaboraría con ella.

Además, me interesé grandemente por un cuarteto que habían formado los primeros músicos de la orquesta, quienes me habían rogado que les indicara la verdadera interpretación de las piezas que les había recomendado. Gracias al favor que supieron granjearse por parte del público fué para mí un gran placer proporcionar a aquellas gentes unos ingresos accesorios bastante considerables. Desgraciadamente, sus progresos artísticos eran muy lentos y me di cuenta de que en su interpretación individual, los matices más sutiles no pueden ser substituidos, por lo que suministra a los músicos un prolongado estudio artístico de su instrumento.

Mucho me angustió a que estudiaran bajo mi dirección el Cuarteto en do sostenido menor de Beethoven, lo que me costó inúmeros ensayos y una dura perseverancia. Escribí para el programa una breve introducción explicativa de esta curiosa obra. Todavía ignoro hoy si por mis explicaciones o por la interpretación de la pieza en el concierto, logré impresionar a uno u otro de los auditores. Si a esto añado, que el 30 de diciembre de aquel mismo año terminé el esbozo de *La Walkyria*, creo haber dicho lo suficiente para dar a entender cuán intensa y ambiciosa era en aquella época mi actividad. Mi modo de vivir fué realmente rígido y severo, y no permití que la menor distracción turbara mis actividades.

En enero de 1855 comencé la instrumentación de *La Walkyria*. Pero ya desde el principio un trabajo circunstancial vino a interrumpirme. Accidentalmente, había hablado a algunos amigos de mi *Obertura de Fausto*, que compuse en París quince años antes, y aquellos desearon oírla. Su deseo me estimuló a examinar de nuevo esa obra que en su tiempo había motivado un cambio total en mis concepciones musicales. Hacia algunos meses que Liszt la había hecho ejecutar en Weimar, y aunque había expresado su deseo de que ciertos pasajes que apenas estaban esbozados fueran más acentuados, me habló de ello en términos elogiosos. Y siguiendo los acertados consejos de mi amigo retoqué aquella obertura, y en esta forma ha sido publicada por Haerdel en Leipzig. Luego la hice estudiar por nuestra orquesta y al parecer tuvo éxito. Únicamente mi mujer estimó que nada decía en ella que valiera la pena, y cuando salí para Londres me rogó que no la incluyera en ninguna audición.

**Imitación para Londres** PRECISAMENTE en aquel momento recibí una singular oferta que no había de repetirse en el curso de mi vida. En enero, la Sociedad Filarmónica de Londres me preguntó si estaría dispuesto a dirigir los conciertos que tenía que dar aquel año. Queriendo en primer lugar informarme exactamente de las condiciones musicales que me ofrecían, iba demorando mi respuesta, cuando vino a sorprenderme la visita de un tal Anderson, miembro de la dirección de esa célebre Sociedad. Había efectuado el viaje de Londres a Zurich con el único propósito de asegurar mi consentimiento. Tenía que permanecer cuatro meses en Londres y dirigir en la capital inglesa ocho conciertos, por los que había de percibir doscientas libras esterlinas. Vacilaba en decidirme, puesto que si desde el punto de vista práctico los emolumentos no eran ciertamente considerables, por otra parte no era muy de mi agrado dirigir conciertos. Únicamente me tentaba ponerme nuevamente en contacto por una vez con una nutrida orquesta; y además, creí ver un indicio del destino en las circunstancias envueltas en misterio, que impelían a los músicos de un mundo que tan extraño me era, a que se fijaran en mí. Y contesté afirmativamente a Anderson, cuya fisonomía de inglés estúpido y amable se iluminó de gozo cuando, arropándose con un magnífico abrigo de pieles, cuyo propietario conocí más tarde, emprendió de nuevo el camino de su isla.

**"Tannhauser" en Zurich** ANTES de partir tuve que resolver aún algunos asuntos. El muy indiscreto director del teatro de Zurich había acabado por obtener mi autorización para una representación de *Tannhauser*. Había conseguido sus fines, reprochándome el haber facilitado la partitura a todos los teatros excepto al suyo, y objetando que al denegarle este favor causaba un gran perjuicio a su empresa. Mi mujer intervino también en el asunto porque los cantantes de los papeles de *Tannhauser* y de *Wolfram* habían acudido a ella en demanda de protección. Y Minna logró que me ayudara de uno de sus protegidos, un infortunado tenor hasta entonces perseguido por la dirección.

Les hice cantar varias veces sus papeles, luego tuve que cuidar de ellos en los ensayos, y transcurriendo así las cosas, llegué hasta el atril del director donde senté mis reales para la primera representación. De esta velada teatral guardo sobre todo el recuerdo de la cantante encargada del personaje de Elisabeth. De ordinario, hacía partiquinas, pero en *Tannhauser* apareció con un abanico en la mano finamente enguantada.

Aquella vez se terminaron ya mis concesiones, y cuando el público reclamó mi presencia sobre las tablas, no anduve renuoso en declarar a mis amigos que me veían allí por última vez, y que en adelante tendrían que ocuparse solos de su teatro, cuyo mediocre valor habían podido comprobar justamente. Mis palabras causaron unánime asombro. Igual declaración hice a la Sociedad de Música, donde antes de mi marcha había dirigido un concierto que fué verdaderamente el último.

Desgraciadamente, nadie creyó en la sinceridad de mis palabras, de manera que al invierno siguiente tuve que recurrir a una explicación seria y casi descorés, a fin de desembarazarme, de una vez para siempre, de las pretensiones de las gentes de Zurich. Les dejé bastante estupefactos, y el 25 de febrero me puse en camino para Londres.

Pasé por París, donde me detuve algunos días sin ver más que a Kietz y a su amigo el doctor Lindemann, el supuesto hacedor de milagros. El 2 de marzo, en cuanto llegué a Londres, fui a ver a Fernando Praeger, amigo de infancia de los hermanos Roedel, de quien tenía óptimas referencias. Residía en Londres desde hacía largos años, y aunque un poco pagado de sí mismo a causa sin duda de su limitada instrucción, era a fin de cuentas, un hombre excelente. Después de haber pasado la primera noche en su casa alquilé una habitación que daba a la Portland-Terrace, en los alrededores de Regents Park, del que guardaba un buen recuerdo con ocasión de mi primer viaje a Londres. Me prometí para la primavera siguiente pasar unas agradables semanas en las cercanías del parque cuyas frondosas hayas habían llegado su sombra hasta la calle. Pero a pesar de que permanecí cuatro meses en Londres no pude gozar de aquella primavera cuyo clima nuboso apesadumbró mi ánimo.

Praeger se ocupó de mí con suma complacencia y me acompañó en las diferentes visitas que tuve que efectuar, entre ellas a casa de Costa, director de orquesta de la Ópera Italiana. Por lo que conocí al generalísimo de la música londinense, ya que Costa era al mismo tiempo director de la "Sacred Music Society", donde casi todas las semanas se interpreta a Haendel y Mendelssohn.

Praeger me condujo después a casa de su amigo Sainton, primer violín de la orquesta de Londres. Sainton me recibió con gran cordialidad y por él me enteré de la historia de mi llamamiento a Londres. Sainton, meridional de Toulouse, de carácter ingenuo y apasionado, tenía por comensal a un alemán de pura sangre, llamado Luders, hijo de un músico de orquesta de Hamburgo. Este, rudo en apariencia, se mostraba, empero, muy afectuoso. Y la manera como el azar había unido a aquellos dos hombres en una amistad inseparable, me causó una gran impresión. En una gira artística, Sainton, procedente de San Petersburgo, había llegado a Helsingfors, desde Finlandia. En dicha ciudad un hado adverso le persiguió saludablemente, y cuando no sabía ya cómo salir del paso se encontró en la escalera del hotel con aquel tímido y modesto hijo del músico municipal hamburgués. Luders, que se dio cuenta de las dificultades de Sainton, le brindó espontáneamente su amistad, al mismo tiempo que su bolsa. A partir de aquel día no se separaron un solo momento; efectuaron giras por Suecia y Dinamarca y tras las más singulares aventuras hicieron alto en el Havre, París y Tolón, para instalarse definitivamente en Londres. Sainton obtuvo un puesto importante en la orquesta, pero Luders trataba modestamente de ganar su vida dando lecciones de música. Ambos vivían en un decoroso aposento rivalizando en atenciones y mutuos miramientos.

**Descontento de Costa** LUDERS había leído mis escritos sobre el arte musical, y el de *La ópera y el drama*, entre otros. Este le hizo exclamar: «¡Diablos, es muy importante!». Y así fué como Sainton mostró interés por mí. Cuando antes de la inauguración de la temporada, y por motivos que aún ignoro, el todopoderoso Costa, que se había querellado con la Sociedad filarmónica, se negó a dirigir los conciertos, Anderson, el *treasurer*, había acudido apurado a aconsejarse de Sainton. Y éste, fundándose en la buena opinión que Luders tenía de mí, instó a Anderson para que me contratara. Al parecer, no se llegó en seguida a un acuerdo, pero al afirmar Sainton, con el mayor desenfado, que me había visto dirigir en Dresde, el *treasurer*, arropándose con una magnífica pelliza que pidió prestada a Sainton, se decidió a emprender el viaje a Zurich, cuyo resultado fué mi presencia en Londres. Mas también me enteré de que Sainton había actuado con la imprevisión propia del carácter de su país, pues Costa, al hacer su declaración a la Sociedad Filarmónica había pensado que no la tomarían en serio. Mi nombramiento no fué por consiguiente de su agrado. Director de la misma orquesta que pusieron a mi disposición para los conciertos filarmónicos, no cesó de hacer uso de su influencia en un sentido hostil a cuantas empresas me proponía llevar a cabo, de lo que resultó que mi amigo Sainton, sin saber a qué atribuirlo, sufrió asimismo las consecuencias de la ojeriza de Costa.

**Los conciertos "filarmónicos"** Esta situación fué agravándose cada vez más. Sin embargo, tenía que luchar aún contra otros elementos que me ocasionaron no pocas molestias. En primer lugar, me granjeé la declarada aversión de Davison, crítico musical del *Times*. Este hombre fué el primero en hacerme sentir las consecuencias de mi antiguo artículo *El judaísmo en la música*. Según me contó Praeger, ese Davison, por la omnipotencia de que hacía gala a causa de su puesto en el *Times*, estaba habituado a recibir los homenajes de quienquiera desembarcara en Inglaterra con una finalidad musical. La propia Jenny Lind se había sometido a esta exigencia que le valió, al parecer, grandes ventajas. Únicamente la Sontag, a la sazón condesa Rossi, había creído poder prescindir de ellas. Por mi parte, no abriguaba otro propósito que contar con una nutrida y excelente orquesta para dar con ella brillantes audiciones, y me desalentó sumamente saber que no tenía libertad para fijar el número de ensayos que me parecieran necesarios. Por razones de economía la Sociedad me suplicó que me contentara con uno solo antes de cada concierto, en el que habían de interpretarse dos sinfonías y varias otras piezas. Esperaba con mi presencia suscitar cierta emulación, pero salirse de la rutina era, por lo visto, una cosa absolutamente imposible en Londres. Y



no tarde en darme cuenta de que las obligaciones que había asumido se convertían para mí en las más penosas de las tareas.

En el primer concierto ejecutamos la *Heroica* de Beethoven, y el éxito de mi dirección apareció tan indiscutible que el comité de la Sociedad se mostró dispuesto a hacer importantes sacrificios para el segundo concierto. Me suplicaron que incluyera en el programa fragmentos de mis composiciones y la *Sinfonía con coros*, y como excepción me concedieron dos ensayos. El concierto transcurrió bastante bien. Había bosquejado un programa explicativo para mi obra, pero, con un poco de semblante, los miembros del comité suprimieron en él las palabras *Holy Gial y God*, que estaba prohibido emplear en una audición profana. Para los coros de la sinfonía tuve que recurrir al personal de la Ópera italiana, y para el gran recitado contentarme con un barítono que ya en el ensayo me desesperé por su flemia inglesa al estilo italiano. En los textos traducidos al inglés, interpreté *Hail thee joyce* por «alegría, divina luz». La Sociedad filarmónica no había regateado esfuerzos para asegurar el éxito de aquel concierto, que en sí nada dejó que desear. Por ello nos sorprendió la iracunda y despectiva crítica del colaborador del *Times*. Se encomendó a Praeger que diera a Davison cuantas explicaciones deseara, y que por lo menos se dignara asistir a un banquete que había de organizar Anderson y en el que podía presentarme amablemente al crítico. Pero, Praeger me conocía ya lo suficiente para no permitir que aquellos caballeros alimentaran la menor esperanza de obtener de mí cualesquiera concesiones. No se celebró el banquete y harlo me di cuenta de que la Sociedad lamentaba sinceramente haber contratado una mala cabeza como yo para dirigir sus conciertos.

Después del segundo concierto las vacaciones de Pascua im-  
plicaban un largo período de descanso; y por otra parte, habiéndome dado cuenta de lo desatinado e infructuoso de la empresa de la Sociedad Filarmónica, consulté a mis amigos preguntándoles si no estimaban más razonable que renunciara a Londres y regresara lo más pronto posible a Zurich. Praeger me aseguró entonces que mi partida no sería considerada de ningún modo como un fracaso sino, simplemente, como una absurda descortesía, cuyas consecuencias repercutirían en mis amigos. Resolví quedarme entonces, pero sin ninguna esperanza de impulsar de una manera sensible la vida musical de Londres.

La reina eligió para su asistencia anual a aquellas audiciones el séptimo concierto, y este fué el único estímulo que se me deparó. La soberana había solicitado, por mediación de su marido, el príncipe Alberto, la interpretación de la obra de *Tannhauser*. Con la presencia de la corte real la velada cobró un aspecto de agradable solemnidad. Tuve el placer de ser llamado al lado de la reina y el príncipe consorte, y conversé con ellos cordial y animadamente. La conversación giró sobre la posibilidad de representar mis obras en el teatro, y al objetar el príncipe Alberto que los cantantes italianos no eran capaces de interpretar mi música, me complació oír replicar a la reina que aquellos actores italianos eran casi todos alemanes. Aquella velada me produjo una impresión confortadora. Constituía, evidentemente, una demostración a mi favor, pero por desgracia, no se obtuvo de ella ningún resultado, pues luego, como antes, la gran prensa continuó afirmando que todos mis conciertos habían sido un fracaso. Fernando Hiller, que asistía a la sazón a un festival musical en la provincia renana, proclamó sin ambages que las cosas no iban bien en Londres y que, por decirlo así, me habían expulsado de la capital inglesa. Sin embargo me esperaba en el último concierto una gran satisfacción. Aconteció en él una de esas raras escenas resultantes de la manifestación de sentimientos largo tiempo reprimidos. Después de mis éxitos, los componentes de la orquesta no tardaron en darse cuenta de que para granjearse la consideración de su todopoderoso director Costa y no arriesgarse a ser despedidos inmediatamente, no habían de mostrarme la menor simpatía. De ahí el súbito silencio de los músicos, que no habían vacilado al principio en atestiguar su satisfacción. Pero como se daba fin a los conciertos, los ejecutantes expresaron sus verdaderos sentimientos y estallaron en ensordecedoras ovaciones. Y el público, que por lo general salía ruidosamente de la sala sin esperar los últimos acordes, se congregó en grupos entusiastas que me rodearon aclamándome y estrechándome las manos. Ninguna de las manifestaciones de músicos y de público fué, como esta, de tan espontánea cordialidad.

Se caracterizó especialmente mi estancia en Londres por las diferentes relaciones personales que trabé en el curso de la misma. A poco de llegar recibí la visita de uno de los discípulos preferidos de Liszt, el joven Carlos Klindworth, que habla de ser después uno de mis más gratos y fieles amigos. No obstante su juventud y el poco tiempo que hacía que residía en Londres, Klindworth tenía ya formado su juicio acerca del movimiento musical inglés, y aunque sus opiniones se me antojaron muy pesimistas, no tardé en cerciorarme de la justeza de las mismas. Incapaz siquiera de asomarse a los singulares círculos musicales ingleses, Klindworth perdió pronto toda esperanza de encontrar en ellos la aquiescencia que merecía. Estaba, por tanto, resignado, y ganaba su vida a duras penas, dando lecciones domiciliarias a través de los páramos de la vida inglesa. Excelente músico y destacado pianista, era demasiado orgulloso el alumno de Liszt para conceder la menor atención a los influyentes críticos que en cuanto llegó se cebaron en él. Me pidió autorización para efectuar un arreglo para piano de mi partitura *El oro del Rin*, destinada únicamente a ejecutantes de primer orden. Pero una grave enfermedad que hacía tiempo minaba su existencia me privó de su agradable compañía.

Praeger y su familia continuaban atestigüandome un gran afecto, y encontré también un verdadero hogar en casa de la singular pareja Sainton-Luders. Bastó una sola de sus invitaciones para que fuese a comer casi siempre en la casa de estos afectuosos y sinceros amigos. Allí venía con frecuencia Praeger a buscarme cuando descansaba del ajetreo de mis ocupaciones londinenses. A veces deambulábamos de noche por las brumosas calles, y entonces Luders, después de obsequiarnos con un excelente *punch*, que preparaba en cualquier bar, sabía infundirnos el preciso reactivio para las malas impresiones de Londres. Una noche nos vimos separados por un interminable cortejo que llenaba las calles: la muchedumbre acompañaba al emperador Napoleón desde Saint-James a Covent-Garden. Había venido con la Emperatriz, a efectuar una visita a la reina Victoria con ocasión de una fase crítica de la guerra de Crimea y pude comprobar entonces que la población inglesa cuenta con tantos badulaques como la de otros países. Al intentar cruzar una calle para trasladarme de Haymarket a Regent

Street me confundieron con uno de aquellos fanáticos curiosos y fui traído como tal. Esta evidente equivocación me puso de muy buen humor.

Las contrariedades y sinsabores que me acaricaba la singular hostilidad existente entre Sainton y Anderson, alimentada aun por Costa, me privaban de toda posibilidad de ejercer la menor influencia sobre la Sociedad, pero a este respecto luce, no obstante, algunas regocijantes experiencias. Anderson, gracias a la protección de un cochero del servicio de la reina, había logrado asumir la dirección de la Capilla Real (Queen's Band). Pero ignoraba hasta tal punto todo conocimiento musical, que el concierto anual que dirigía, se transformaba cada vez, gracias al petulante Sainton, en una continua rechifla. Me enteré con respecto a éste de cosas verdaderamente jocosas. Con ocasión de su querrela con Anderson, Sainton dio a conocer al público que la voluminosa señora Anderson — a la que a causa de su corpulencia había apodado «Carlomagno» — había acaparado el papel y los honorarios de un trompeta de la Corte. Mas, pronto me di cuenta que mi dicharachero amigo, con su prurito de revelar las ocurrencias e intimidades de aquella inveterada pandilla, llevaría seguramente las de perder. En efecto, fui testigo de la desventura que le aconteció cuando se trató de saber quien de los dos, Anderson o él, había de ceder. Prueba de que en la libre Inglaterra las cosas no marchan mejor que en otra parte.

Nuestro pequeño círculo se amplió de una manera muy interesante con la llegada de Berlioz, solicitado asimismo en Londres para dirigir dos conciertos de la nueva Sociedad «The New Philharmonic Society». El director de dicha entidad solía ser siempre el doctor Wilde, un hombre extraordinariamente complaciente pero de una incapacidad que rozaba el ridículo. Ignoro las influencias que debió mover para ocupar el aulil aquel verdadero molletudo inglés, a quien Lindpainter, de Stuttgart, dió lecciones particulares de director de orquesta. De resultados de ese adiestramiento en un nuevo género, Wilde dejaba a la orquesta que tocara a su antojo y procuraba seguirla marcando el compás. De este modo oí ejecutar una sinfonía de Beethoven, y con gran asombro por mi parte el público estalló en aplausos, tan vehementes por lo menos, como cuando bajo mi dirección precisa y estudiada se interpretó la misma obra. Con todo, y para prestigiar estos conciertos se recabó la presencia de Berlioz.

Asistí, pues, a algunas audiciones de obras clásicas, dirigidas por él, entre otras a una sinfonía de Mozart, y muy a pesar mío, me fué dado ver a ese director, tan enérgico cuando hacía ejecutar sus propias composiciones, abandonarse a una rutina digna del último de los directores de orquesta. Varias de sus obras, por ejemplo, los efectistas fragmentos de la sinfonía de *Romeo y Julieta*, me produjeron una vez más una grata impresión, pero sin dejar de darme cuenta de las debilidades que se observan en las mejores composiciones de este músico extraordinario. Por el contrario, antaño me sumía en una extraña desazón lo intenso de la sensación.

La propia personalidad de Berlioz me interesó sobremanera. Tuve ocasión de comer con él varias veces en casa de Sainton, y no tardé en ahondar en la personalidad de aquel hombre que, aunque de escasa sensibilidad en algunos aspectos, estaba notablemente dotado. Mi viaje a Londres se debía únicamente a mis afanes de distracción y de estímulo, y al compararme con Berlioz que, de más edad que yo, sólo le había atraído a la capital inglesa el botín de algunas guineas, me creía estar en el séptimo cielo. No me pasaron desapercibidas su laxitud y desesperación, y me apiadé sinceramente de aquel artista tan superior a todos sus rivales. Berlioz pareció apreciar mi risueña familiaridad, pues siendo de ordinario un poco reservado se mostraba visiblemente más comunicativo durante las gozosas horas que pasábamos juntos. Me contó muchos detalles divertidos sobre Meyerbeer y sobre la imposibilidad de rehuir sus halagos cuando quería obtener un artículo elogioso. Antes del estreno de *El profeta*, Meyerbeer ofreció la habitual «cena de la víspera», y habiéndose excusado Berlioz de asistir, Meyerbeer se lo reprochó amistosamente y le suplicó que le compensara de la pena que le había causado con un «magnífico artículo» sobre su ópera. Berlioz declaró después que era absolutamente imposible que ningún periódico parisién se aviniera a publicar una sola línea contra Meyerbeer.

No me era fácil departir con él sobre temas artísticos más concretos. Siempre chocaba con el francés que, expresándose en términos categóricos y tajantes, estaba tan seguro de sí mismo que ni siquiera se le ocurría la idea de que quizá yo no había comprendido bien a su interlocutor. En una ocasión llegué casi a acalorarme, y advirtiéndome sin sorpresa que no me era desconocida la lengua francesa traté de explicarle en que consistía, a mi entender, el secreto de las «concepciones artísticas». Intente demostrarle la fuerza de las impresiones que la vida produce en el alma; estas impresiones nos tienen encadenados hasta que podemos librarnos de ellas dando forma a lo que sentimos íntimamente; de modo que esta creación artística no es, a nuestro parecer, la consecuencia de las impresiones directas de la vida, sino más bien el producto de nuestras facultades sacadas de su somnolencia por esas mismas impresiones y cuya expresión conceptualmos como una liberación.

Berlioz apuntó una sonrisa de inteligente condescendencia y dijo: «Nosotros llamamos a eso «digerir». Grande fué mi asombro al ver que tan rápidamente había comprendido mis prolijas explicaciones, y respondió tal asombro a la manera con que mi nuevo amigo se portó generalmente conmigo. Le invité a mi último concierto y a la cena de despedida que ofrecí en mi casa a algunos amigos. No permaneció mucho tiempo entre nosotros, y pretextando jaqueca se marchó. Los demás comensales no anduvieron remisos en afirmar que, a su juicio, Berlioz se había sentido vejado por las excesivas muestras de entusiasmo con que el público me había despedido.

En el fondo, me aprovecharon poco las escasas amistades que contraje en Londres. Tuve el placer de ver a un tal Ellerton, hombre de maneras agradables, cuñado de lord Brougham, poeta, amigo de las artes y, desgraciadamente, también compo-  
sitor. Me lo presentaron en uno de los conciertos filarmónicos, y sin la me-  
nor turbación me dió la bienvenida, diciéndome que confiaba en mi para  
amortiguar la desmedida admiración que los londinenses profesaban por  
Mendelsóhn. Fué el único inglés que me hizo el honor de invitarme. Nos  
ofreció a mi y a mis buenos amigos una comida en el «University Club»,  
en cuya ocasión conocí el lujo de esta clase de establecimientos. Después de  
una velada verdaderamente espléndida, pudimos darnos cuenta del punto  
débil de la hospitalidad inglesa, pues sin que al parecer asombrara a nadie,





Theo Adam como Hans Sachs.

**Auff heutiger Sing Schul geben etliche**  
**Liebhaber der Kunst den Meistersingern etliche Gaben zu versetzen.**

Hanns Sachs seines Alters 81. Jahr.

Darumb soll erstlich in dem Frey-  
 Angen gesungen: Römische/und an-  
 dere warhafftige Historien

Soll das gemessen von 12. bis auff 18.  
 Zu dem gleichen aber von 11. bis auff 12.

In dem Hauptsingen soll gesun-  
 gen werden auß dem alten  
 und neuen Testament

Soll das gemessen von 20. bis auff 30.  
 Zu dem gleichen aber von 30. bis auff 40.

Man wird auch doher ein schön  
 new Lied auff unser Art und Weis  
 zusammen singen.

Ihr Singer singt zu Gottes Lob/  
 Das Daenst der Kunst hat er prob/  
 Wer das best ehre/den wird man preisen/  
 Soll auch die best Maß davon reissen/  
 Drumb ihr Singer ehret euch beflissen.

Wer solches hören will / der komm nach ge-  
 hakenen Wirtshaus Predigt zu S. Catha-  
 rina/ so wird man anfangen

Anuncio de la Escuela de Maestros Cantores  
 en grabado de época.



Escena final de "Los Maestros  
 Cantores", Bayreuth 1963.



Primer acto de "Los Maestros  
 Cantores".



mi huésped, que no estaba en estado de cruzar solo una calle, se hizo llevar a su casa por dos hombres que le sostuvieron del brazo.

Conoci también a un hombre muy afable y ocurrente, llamado Potter, compositor viejo estilo, una de cuyas sinfonías se ejecutó bajo mi dirección. Esta sinfonía me cautivó por sus modestas proporciones y su correcto contrapunto; y experimenté mayor goce aún, cuando el autor, con timidez casi inquieta, declaró que confiaba la interpretación enteramente a mi cuidado. Al obligarle a que me permitiera dar su verdadero movimiento al *andante*, le di una prueba de que éste me parecía bello y pleno de interés. Tenía Potter tan poca confianza en su obra, que por temor de ser molesto quería acelerar los ensayos. Pero rebotó de alegría y de gratitud cuando vió que aquel *andante*, ejecutado bajo mi dirección, le granjeó abundantes palmas.

Menos simpático me era un tal Mac Farnine, un escocés melancólico y enfático, pero cuyas composiciones, según me aseguró el comité de la Sociedad filarmónica, eran altamente estimadas. Parecía demasiado orgulloso para ponerse de acuerdo conmigo sobre la ejecución de una de sus obras. Me satisfizo, por consiguiente, que se prescindiera de una de sus sinfonías que no eran de mi agrado, y se escogiera una obertura *Steeple-chase*, cuyo carácter apasionado y bravío me complacía.

Los Wesendonck me habían recomendado a la familia de un comerciante llamado Bencke, a fin de que dispusiera por lo menos con una «casa» en Londres. Las contadas invitaciones de Bencke me fastidiaron en un momento, pues para corresponder a ellas tenía que trasladarme a Camberwell, donde residía, distante más de una legua alemana. Allí conocí la familia en cuyo hogar Mendelsóhn se sentía como en el suyo cuando se detenía en Londres. Aquellas buenas gentes no sabían siquiera de qué hablarme; me colmaban de cumplidos sobre mi manera de dirigir las composiciones de Mendelsóhn y me contaban «emocionados rasgos» del difunto.

TAMBIÉN se ocupó de mí Howard, un viejo y agradable burgués secretario de la Sociedad Filarmonica. Se creía el único, entre mis amigos ingleses, que se preocupaba de procurarme distracciones. En compañía de su hija fui varias veces a la Ópera italiana de Covent Garden, donde el *Fidelio*, representada de una manera ridícula, y cuyos resultados corrian a cargo de alemanes andrajosos e italianos sin voz. Consegui evitar que la asistencia a aquel teatro fuera demasiado frecuente, pero lo que no pude eludir fué, con ocasión de mi visita de despedida en casa de Howard, el inesperado encuentro con Meyerbeer. El maestro acababa de arribar a Londres para la representación de su obra *La estrella del Norte*. Al verle entrar recordé, de pronto, que Howard no era solamente secretario de la Sociedad Filarmonica, único título que quizá me importara, sino también crítico musical del *Illustrated News*; y a esto se debía que los grandes compositores no dejaran nunca de visitarle. Al verme, Meyerbeer pareció como atarado de parálisis, lo que me sumió también a mí en tal estado de turbación que me fué imposible dirigirle una sola palabra. Howard, que creía que nos conocíamos quedó estupefacto. Al acompañarme a la puerta me preguntó si no había sido presentado aún a aquel célebre maestro, a lo que respondí rogándole que se informara cerca del propio Meyerbeer. Aquella misma tarde vi de nuevo a Howard y éste me afirmó que Meyerbeer había hablado de mí en términos de la mayor consideración. Le aconsejé entonces que leyera algunos números de la *Gaceta musical*, de París, en los que Fétis había reproducido el juicio poco estimable que yo merecía a Meyerbeer. Howard bajó la cabeza y no pareció comprender «que dos grandes compositores pueden encontrarse de tan singular manera».

Visita de Hermann Franck  
OTRA sorpresa, esta vez agradable, fué la visita de mi viejo amigo Hermann Franck, que hallándose entonces en Brighton vino a pasar unos días en Londres. Conversamos largamente, y a duras penas conseguí darle de mí una sincera opinión. En aquellos últimos años, y desde que no nos habíamos vuelto a ver, los músicos alemanes le habían dicho sobre mi persona toda clase de demuestos. En primer lugar se extrañó el encontrarme en Londres donde, a su parecer, el ambiente no era de ningún modo propicio a mis tendencias musicales. No llegué a comprender lo que quería dar a entender con su expresión de «tendencias» y le conté simplemente lo que me había decidido a aceptar la invitación de la Sociedad Filarmonica.

Terminados ya los conciertos, me aprestaba a regresar a Zurich. Pero Franck había supuesto otra cosa, ya que haciéndose eco de los rumores que sobre mí circulaban, me atribuía el propósito de crear una sólida situación en Londres al objeto de emprender desde la capital inglesa una guerra de exterminio contra todos los músicos de Alemania. Tales eran las intenciones que me achacaban generalmente en mi país. Nada, por tanto, le asombró tanto a Franck como el singular contraste entre mi personalidad ficticia, tal como la veían las gentes, y la verdadera, que reconoció en seguida. Y a este respecto nos dimos, bromeando, toda clase de explicaciones.

Muerte de Hermann Franck  
Me satisfizo verle como yo lleno de admiración por la obra de Schopenhauer, que descubrimos el año anterior. Habló de ella con extraordinaria precisión. Creía o en la completa decadencia del espíritu y de las formas políticas alemanas o en una regeneración total a través de las ideas de Schopenhauer. Se separó a poco de mí para ser víctima de un fin tan trágico como incomprensible. Pocos meses después de mi retorno a Zurich supe su misteriosa muerte.

Como ya he contado, Franck había ido a Brighton a acompañar a su hijo, un muchacho de unos dieciséis años, que con gran disgusto de su padre sentía una vocación irresistible por la marina inglesa. La mañana en que el muchacho había de embarcarse recogieron a Franck muerto delante de su casa, con el cráneo aplastado. Se había caído por la ventana. El hijo había muerto también, al parecer, ahogado en su cama. La madre había fallecido hacía varios años. No quedaba nadie para aclarar ese terrible suceso que ha permanecido hasta hoy, que yo sepa, envuelto en el más insondable misterio. Al despedirse de mí, Franck olvidó reclamarme un plano de Londres que, por desconocer su dirección, no pude enviarle. Todavía le conservo.

Semper en Londres  
Mis relaciones con Semper, a quien visité en Londres donde se había instalado desde hacía largo tiempo con su familia, me dejaron un recuerdo, aunque menos triste, igualmente melancólico. Le conocí en Dresde con su carácter rudo y hasta violento, y me sorprendió en Londres por la calma y resignación con que soportaba la ruptura de su carrera de artista y sacaba partido de su gran talento, amoldándose a las cir-

cunstancias. No podía esperar en Inglaterra recibir encargos para importantes construcciones, pero confiaba, sin embargo, en la protección que le otorgaba el príncipe Alberto, que le abría perspectivas para el futuro. Se contentaba, entre tanto, con diseñar ornamentos arquitecturales y muebles de lujo, y consagraba a esta tarea el mismo celo que si se tratara de importantes edificios. De todos modos, los trabajos que efectuaba eran bien retribuidos. Nos veíamos con frecuencia y pasé varias veladas en su casa de Kensington. Recobramos entonces nuestro antiguo estado de ánimo y la seriedad que nos era habitual y que nos ayudaba a soportar los embates de la vida.

APROVECHANDO mis horas libres visité varios teatros de Londres. Teatros de Londres excepto la Ópera, donde siquiera puse los pies. Las salas londinenses eran muy interesantes. Me atraía sobre todo el «Adelphi-Theatre», donde en el Strand, donde me acompañaron Praeger y Luders no pocas veces. Se representaban bajo la denominación de *Christmas*, cuentos populares escenificados. Una de las representaciones me interesó grandemente: la obra estaba formada de un ensamblaje de los cuentos más populares, pero tan bien combinados unos con otros, que no se advertía la menor transición. Comenzaba con *La oca de oro*; sucedía a este *Los tres deseos*; se pasaba a *La caperucita roja*, en el que el lobo, transformado en ogro, cantaba una tonadilla de gran efecto cómico, terminándose luego con *La cenicienta*, a la que se añadían otros ingredientes. Estas representaciones, de un notorio alcance dramático, con bellos decorados y buenos actores, me dieron una idea excelente sobre la manera de distraer el pueblo con los recursos de la imaginación.

Menos comedias al estilo francés, cuyos matices eran por lo general excesivamente interpretados, se representaban comedias de magia, como el *Yellow dwarf*. Un actor favorito del público, llamado Robson, interpretaba en ella el papel de un mono. Vi a este mismo actor en una pequeña comedia titulada *La fiebre de Garrick*, en la que encarnaba el personaje de un borracho a quien se toma por Garrick y que en aquel estado se pone a interpretar *Hamlet*. La osadía de su mímica me inspiraron la mayor admiración.

En Marylebone, un modesto teatro, lejos del centro de la ciudad, que trataba en aquella época de atraerse el público con obras de Shakespeare, asistí a una representación de las «Merry Wives», que me asombró positivamente por su corrección y su precisión. *Romeo y Julieta*, a pesar de lo mediocre de la compañía, me produjo también en el «Haymarket» una impresión favorable. Observé en ella una fidelidad en la puesta en escena que debía de provenir, sin duda, de la tradición de Garrick. Experimenté en dicho teatro una ilusión óptica que todavía no he podido olvidar. Después del primer acto manifesté a Luders, que me acompañaba, la estupefacción que me causaba ver interpretar Romeo por un viejo actor que contaba por lo menos sesenta años, y que se esforzaba en suplir su ya lejana juventud mediante acentos dulzones y afeminados. Luders echó entonces una ojeada en el programa, y exclamó: —¡Cielos, pero si es una mujer! — Y en efecto, era la actriz americana, miss Curshman, célebre en aquellos tiempos.

Me fué imposible obtener una localidad para asistir a la representación de *Enrique VIII*, en el «Princess-Theatre». Esta obra, que gozaba de un favor extraordinario, se representaba según los métodos modernos y realistas, con una puesta en escena de las más cuidadas y pomposas.

Conciertos de la «Sacred Music Society»  
En el campo de la música, que me era más familiar, guardo recuerdo de varios conciertos de la «Sacred Music Society», que tuvieron lugar en la espaciosa sala del «Exter Hall».

Los oratorios que se interpretaban casi todas las semanas en dicho local, eran ejecutados con la impecable seguridad resultante de repetidos ensayos. Reconocí asimismo que las composiciones del coro de setecientas voces eran verdaderamente notables por la gran precisión que se observaba en ellas. En este aspecto, *El Mesías*, de Haendel, constituyó una manifestación importante. Ahí capté el verdadero espíritu del culto que los ingleses rinden a la música. Este culto está, a mi juicio, en íntima relación con el protestantismo inglés, y ello explica porque el oratorio atrae, más que la ópera, a un público más numeroso. La audición de un oratorio ofrece además la ventaja de servir en cierto modo de oficio religioso. Del mismo modo que en la iglesia uno se sienta con el libro de cánticos en la mano, así también en estos conciertos todos los auditores tienen ante sus ojos el arreglo para piano de Haendel, cuya edición popular se adquiere en la taquilla por un shilling. Los oyentes siguen con atención la obra a fin de no perder ninguno de sus matices y poder subrayarlos en el momento señalado, como por ejemplo, la entrada del Aleluya, que suele oírse de pie. Tal manifestación era, sin duda, al principio, un acto espontáneo de entusiasmo, que no obstante, sigue realizándose con cronométrica exactitud en cada ejecución de *El Mesías*.

Malestar físico permanente  
PERO a todas esas evocaciones las aventaja sin duda el recuerdo del continuo malestar que evidentemente me causó el clima de Londres en aquellas fechas. Estaba constantemente resfriado y el régimen inglés que, aconsejado por mis amigos, intenté seguir no me alivió lo más mínimo. Mi aposento no estaba tampoco lo suficientemente caldeado y esto perjudicó el trabajo que había llevado conmigo. Esperaba terminar en Londres la instrumentación de *La Walkyria*, pero no sobrepasé un centenar de páginas. Lo que me contrariaba sobre todo era que los apuntes sobre los que tenía que basar la instrumentación, habían sido hechos sin prever la prolongada interrupción que hubiera de seguir a la concepción de aquellos. Y me enfrentaba a menudo con mi hoja, garabateada con lápiz, como ante una página llena de signos desconocidos, que no lograba descifrar. Desesperado me sumí en la lectura del Dante. Por primera vez ahonde seriamente en su obra, y *El infierno* cobró en la atmósfera de Londres, un realismo inolvidable.

Retorno a Zurich  
Sonó finalmente la hora que me libertó de todos los males en que me había sumido la falaz esperanza de hallar en el extranjero alguna cosa estimulante o simplemente simpática. Tuve al menos la satisfacción de que mis nuevos amigos me despidieran afectuosa y cordialmente. En mi viaje de regreso hice alto en París, cuya ciudad confortó gozosamente mi ánimo. La gran urbe rezumaba toda su gloria estival, y una compacta multitud se solazaba paseándose, en lugar de atender sus ocupaciones materiales. Llegué a Zurich el 30 de junio de 1855 aportando de mi excursión un beneficio neto de mil francos.



Mi mujer se proponía volver a Seelisberg, en orillas del lago de Cuatro Cantones, para someterse a su tratamiento de dieta. Muerte de «Pepso»  
 Lucha y como, a mi parecer, el aire de la montaña sería sin duda saludable  
 embargo, una mortal afección de mi perrito nos impidió el propósito. Mi  
 pobre «Pepso», que tenía ya trece años, se fatigaba mucho al andar. En  
 pocos días se volvió tan achacoso que discutíamos acerca del modo de lle-  
 varnoslo a Seelisberg, pues no había duda de que no podía soportar el  
 cansancio de la ascensión. A poco, entró en la agonía. Embotadas sus facul-  
 tades, sufría frecuentes convulsiones. La única señal de vida que daba aún  
 consistía en salir de su cesta, colocada en la habitación de mi mujer, y acer-  
 carse con paso inseguro hasta mi mesa de trabajo, a cuyo pie se tendía  
 completamente extenuado. El veterinario no había ya que decirnos. Como  
 las convulsiones del pobre animal iban siendo más y más frecuentes y dolo-  
 rosas, me aconsejaron que le librara de sus sufrimientos con un poco de  
 ácido prúsico. Demoramos entonces nuestra marcha hasta el momento en  
 que me pareció que la muerte sería una liberación para aquel animalillo,  
 cuyo estado era evidentemente desesperado. Alquilé un bote y fui, a fuerza  
 de remos, a una hora de distancia, a la casa de un joven médico que cono-  
 cía, el doctor Obrist. Sabía que poseía en un botiquín toda suerte de vene-  
 nos. Me facilitó la dosis necesaria y en un espléndido atardecer de verano  
 volví a atravesar el lago. Sólo quería hacer uso de este último recurso en  
 el caso extremo que el pobre moribundo sufriera demasiado. Aquella noche  
 durmí como de costumbre en su cesta, al pie de mi cama, de donde se  
 levantaba todas las mañanas para despertarme, restregándose con una pa-  
 nta. De pronto, oy los gemidos que le originaban uno de sus violentos y  
 convulsivos ataques. Luego, sin un grito, el enfermo se desplomó sobre  
 su almohadón. Aquel acontecimiento me produjo un efecto tan extrañamente  
 solemne, que consulté mi reloj. A la una y diez minutos de la mañana del  
 día 10 de julio murió mi pequeño y abnegado compañero, cuya ternura  
 para conmigo había sido a veces tan expansiva. Al día siguiente, entre lá-  
 grimas y sollozos, le dimos sepultura. Para ello nuestra propietaria, la señora  
 Stocker Escher nos cedió un bello rincón de su jardín, y allí quedó «Pepso»  
 reclinado sobre el almohadón de su cesta.

Algunos años después me mostraron aún su tumba, pero la última vez  
 que sin prevenir a nadie fui a echar una ojeada en el jardincillo vi que  
 todo había sido transformado de la manera más elegante, y que el último  
 vestigio del recuerdo de «Pepso» había desaparecido.

PARRAMOS entonces para Seelisberg únicamente compañía. Estancia en Seelisberg  
 dos del nuevo papagayo que, para reemplazar al buco (agosto de 1855)  
 «Papoo», había comprado el año anterior a mi mujer en  
 la feria de animales de Kreuzberg. Era también un excelente animal, inteli-  
 gente y dócil, que abandoné completamente a los cuidados de Minna, pues  
 aunque lo trataba cariñosamente, no hice de él mi amigo. Afortunadamente,  
 durante nuestra estancia en aquel lugar, que nos complació por su aire purí-  
 simo, nos vimos favorecidos con un tiempo delicioso. En el intervalo de mis  
 paseos solitarios copié la parte ya terminada de *La Walkyria*, y reanudé  
 también mi estudio favorito de Schopenhauer.

Allí recibí, acompañado de una amable carta, el último libro de Berlioz,  
 titulado: *Peladas de orquesta*. Su lectura me divertía y me estimuló al  
 mismo tiempo, pues lo grotesco del gusto del autor me parecía en su obra  
 tan extraño como en sus composiciones.

Estuvo también en Seelisberg el joven Roberto de Hornstein, pero su  
 actitud fué esta vez inteligente y afectuosa. Me interesó particularmente la  
 rapidez con que captaba el pensamiento de Schopenhauer, cuyo estudio ha-  
 bía comenzado. Me dijo que se proponía instalarse por algún tiempo en  
 Zurich, donde Carlos Ritter y su mujer pensaban asimismo establecer sus  
 cuarteles de invierno. Y hacia allí nos dirigimos también nosotros a media-  
 dos de agosto.

El Budismo. RODEADO de mis antiguas amistades me puse tranquilamente a  
 «Los Vencedores» instrumentar *La Walkyria*. Me llegaban de fuera, es decir, del  
 mundo teatral alemán, frecuentes noticias sobre la creciente po-  
 pularidad de *Tannhauser*, y poco a poco se sumó a la misma *Lohengrin*,  
 cuya suerte había sido al principio tan incierta. El intendente del Teatro  
 de la corte de Munich, Franz Dingelstedt, llevó a cabo la empresa de dar a  
 conocer *Tannhauser* en una región que, a causa de Lachner, me era muy  
 poco propicia. Al parecer, las cosas marcharon bastante bien, pero no lo sufi-  
 ciente, a juicio de Dingelstedt, para poder pagarme regularmente los dere-  
 chos de autor prometidos. Con todo, gracias a las atenciones de mi fiel  
 amigo Sulzer, que se cuidaba de mis ingresos, estos me eran más que sufi-  
 cientes, y, libre de preocupaciones, podía permitirme consagrarme por en-  
 tero a mis trabajos. Desgraciadamente, durante todo aquel invierno, y a  
 consecuencia sin duda del inclemente clima de Londres, estuve sujeto a acce-  
 sos de erisipela, que reaparecían al menor cambio de régimen o al más leve  
 resfriado. Me molestaba sobre todo tener que interrumpir con tanta fre-  
 cuencia mi trabajo, pues durante los días de enfermedad apenas lograba dis-  
 traerme con la lectura.

El libro que más me cautivó entonces fué la *Introducción a la historia del*  
*budismo*, de Burnouf. En esta obra encontré materia para un poema dra-  
 mático, que aunque apenas lo tenga bosquejado, no lo he echado en olvido.  
 Quizá un día lo desarrolle. A esta pieza la intitulé: *Los vencedores*, y se  
 basa en esta sencilla leyenda: Una joven de Tschantala, gracias a su amor  
 puro y doliente por Ananda, el discípulo principal de Buda, es recibida  
 en la venerable orden mendicante de Cakyamuni. Escogí este tema, tanto por  
 su profunda y austera belleza, como por su singular conexión con un pro-  
 cedimiento musical que luego cobró forma en mi mente. Los diferentes ava-  
 tares de todas las criaturas que encuentra Buda permanecen tan presentes  
 en su ánimo como la momentánea encarnación de las mismas. Esta historia  
 adquiriría su significación por el hecho de que los pasados sufrimientos de los  
 personajes principales repercutían en la vida presente de los mismos. Me  
 di cuenta en seguida de la posibilidad de evocar, por medio de la música,  
 los recuerdos de aquella doble vida y me propongo, con verdadera ilusión,  
 componer un día este poema.

Así, además de mi gigantesco trabajo de *Los Nibelungos*, dos otros  
 temas llenaban vivamente mi imaginación: *Tristán* y *Los vencedores*.  
 Pero cuanto más me ilusionaban estos proyectos más se exasperaba mi  
 impaciencia a causa de los malhadados accesos que interrumpían mis activida-  
 des de compositor. Últz me anunció su visita para aquellos días, pero tuve que  
 suplicarle que no viniera, pues no podía saber de antemano si estaría o no

en cama los días que permaneciera conmigo. Pasé entonces aquel invierno  
 ora entregado a una labor tranquila y resignada, ora irritado, caprichoso  
 y haciendo sufrir a mis amigos con las intemperancias de mi carácter.

Me alegró, sin embargo, que Carlos Ritter se acercara a mí, instalándose  
 en Zurich. Al escoger esta residencia me demostraba un verdadero afecto que  
 en Zurich. Al escoger esta residencia me demostraba un verdadero afecto que  
 dispuso no pocas penosas impresiones. También vino Hornstein, pero no se  
 quedó mucho tiempo en la ciudad. Aseguraba estar bajo los efectos de un  
 gran «nervosismo» hasta el punto de no poder tocar una sola nota al piano,  
 gran «nervosismo» hasta el punto de no poder tocar una sola nota al piano,  
 y no me ocultó que habiendo muerto loca su madre, temía estar abocado  
 al mismo destino. Aún cuando esta circunstancia le hiciera en cierto modo  
 interesante, unía a sus cualidades intelectuales tal debilidad de carácter  
 que pronto perdimos respecto a él toda esperanza, de modo que su preci-  
 pitada partida de Zurich no nos sumió, en verdad, en un gran desconsuelo.

Desde hacía algún tiempo el círculo de mis relaciones se había. Gottfried Keller  
 ampliado aun más; trabé amistad con Gottfried Keller, un zu-  
 riqués que por sus obras poéticas había adquirido cierto renombre en Ale-  
 mania. Al regresar a su país, sus compatriotas, llenos de esperanza en su  
 talento, le dispensaron una brillante acogida. Sulzer me había hablado elo-  
 giosamente de sus trabajos, especialmente de su gran novela *El jovial En-  
 rique*, cuyos méritos tampoco exageraba. Quedé estupefacto al ver en Keller  
 a un hombre extremadamente torpe y de aspecto huraño, que desde el pri-  
 mer momento suscitaba inquietudes respecto a su porvenir. Estas inquietudes  
 tenían su razón de ser: todos sus escritos, que denotaban verdaderamente una  
 acusada originalidad, no eran en suma más que los primeros jalones de una  
 formación artística, y uno esperaba con impaciencia la obra que le consagrara  
 definitivamente como un gran escritor. Nuestras relaciones se redujeron, pues,  
 a incessantes preguntas mías sobre lo que se proponía hacer. Keller me expu-  
 so entonces una serie de proyectos que parecía haber bien madurado, pero  
 que al analizarlos se hallaban completamente faltos de consistencia. Afortu-  
 nadamente para Gottfried Keller; sus conciudadanos lograron sin duda, mo-  
 vidos por su patriotismo, colocarlo en la administración pública, en la que,  
 hombre honesto y de despierta inteligencia, rindió seguramente buenos servi-  
 cios. Pero ello atajó, después de los primeros impulsos, su carrera de autor.

Mi amigo Herwegh no tuvo jamás la misma suerte. Durante largo. El poema épico  
 tiempo traté de clasificar sus primeras producciones como las pri- de Herwegh  
 micias de obras artísticas importantes. El propio Herwegh confe-  
 saba que no creía haber dado aún todo cuanto podía esperarse de él. Afir-  
 maba haber hecho acopio de toda la documentación necesaria para una en-  
 juncliosa obra poética, y especialmente innumerables «ideas». Nada le faltaba  
 a excepción del marco donde colocar su cuadro. Todos los días esperaba en-  
 contrar lo que le faltaba, pero como este «hallazgo» duraba ya demasiado  
 tiempo, yo mismo me ocupé de buen grado a diseñarle aquel famoso «marco».  
 Se proponía, evidentemente, escribir un gran poema épico en el que podría  
 consignar el resultado de todas sus experiencias. A su entender, el Dante  
 había tenido la suerte de haber descubierto aquel paseo a través del Infierno  
 y el Purgatorio hasta el Paraíso. Esto sugirió la idea de proponerle que  
 echara mano del mito de la metempsicosis, tal como lo conoce el brahma-  
 nismo, y asimismo en la forma como nos lo ha divulgado Platón. Esta idea  
 no le pareció mal, y le expliqué entonces cual era, a mi juicio, la forma  
 que debía darse al poema. Herwegh debía condensar la acción en tres actos  
 principales, divididos cada uno en tres cantos, lo que daba un total de nueve.  
 En el primer acto, el héroe había de aparecer en su patria asiática, en el  
 segundo en el mundo helénico y romano, y en el tercero en el mundo medie-  
 eval y de los tiempos modernos. Mi proposición le tentó grandemente y  
 creyó que podría sacar partido del asunto. Pero no fué este el dictamen del  
 doctor Wille, un hombre un poco clínico, en cuya casa de campo nos reunía-  
 mos con frecuencia. Wille era de opinión que lo que reclamábamos de Her-  
 wegh era excesivo. Este no era en el fondo más que un buen muchacho  
 suevo, que a causa de la aureola judía con que le adornaba su mujer, había  
 sido juzgado y estimado muy por encima de su valor. A estas descortes  
 consideraciones no encontré más respuesta que encogerme de hombros. Con  
 el tiempo el pobre Herwegh desarrolló, en efecto, una actividad cada vez  
 menor y, al parecer, acabó por sumirse en una completa incapacidad.

Llegada de Semper  
 a Zurich

LA llegada de Semper a Zurich animó nuevamente nuestro  
 cenáculo. Las autoridades suizas recabaron de mí que logra-  
 ra el consentimiento de Semper para ser nombrado profesor  
 de la Escuela Politécnica Federal. Semper vino a Zurich a informarse sobre  
 el terreno y se llevó de su visita una excelente impresión. En el curso de  
 un paseo que hicimos juntos le satisfizo ver verdaderos árboles, por los cuales  
 trepaban auténticas orugas. Resolvió instalarse en Zurich, y así fué como él y  
 su familia se sumaron por espacio de largo tiempo al círculo de mis amista-  
 des. Sin embargo, no podía contar Semper con encargos para la construcción  
 de grandes edificios, y, como él mismo decía, se veía condenado a la profesón  
 de maestro de escuela. Con todo, pronto le cautivó una importante obra de  
 arte que después de no pocas contrariedades y tras haber cambiado a me-  
 nudo de editor, publicó bajo el título *El estilo*. En distintas ocasiones me  
 fué grato verle atareado con los dibujos que ilustrarían su propio texto, y  
 que él mismo ejecutaba con gran esmero sobre piedra. De tal modo le encan-  
 taba este trabajo que pretendía no preocuparse ya de las grandes construc-  
 ciones, pues el más ínfimo detalle le interesaba como artista mil veces más

Apartamiento  
 de la Sociedad de Música

FERI a mi declaración del anterior invierno, me había  
 apartado completamente de la Sociedad de Música. Nunca  
 más, en efecto, dirigí conciertos públicos en Zurich. Al  
 principio, aquellos caballeros no creyeron seriamente en mi decisión y tuve  
 que afirmarles que mi resolución era bien firme. Y aproveché la ocasión para  
 reprocharles su mollicie y su indiferencia en formar la orquesta cuyo proyecto  
 les había sometido. Para excusarse, me dijeron que aun cuando los amigos de  
 la música de Zurich, eran bastante ricos vacilaban todos en ser los prime-  
 ros en subscribir cierta suma, para no llamar así la atención de los otros  
 acerca del estado de su fortuna. Mi antiguo amigo Ott-Imhof me dijo que  
 para una empresa así se desprendería de buen grado de diez mil francos  
 cada año, pero objetó que si lo hiciera todo el mundo se asombraría de la  
 manera como derrochaba su dinero. La sensación que esto causaría sería tan  
 desagradable que estaba expuesto sin duda al peligro de verse sometido a  
 tutela. Pensé entonces en la exclamación de Goethe al principio de sus  
 primeras «Cartas de Suiza»; y a partir de aquel momento cesé de partici-  
 par en el progreso de la música en Zurich.



Hans Sachs, en grabado de época.



Hans Sachs, en grabado de época.



Ich war ich HANS SACHS gestalt, Vnd von den lieben Engeln.  
 Gleich ein und achtzig Jahre alt, Getragen in Abrahams Scho-  
 Lchen Wochen, darzu funff Tag Leb nun im Fried, des mich vergay,  
 Da ich von him, schmerzlich mit Klag Mein lieber Heiland Jesus Chr-  
 Durch die Allmachtig Gottes-Wahl Im sechs und siebenzigsten J-  
 Wardtfordert aus dem Tamerthal Der neunzehende Jenner was



Escena final de "Los Maestros Cantores", en Bayreuth en 1933.



Primera escena de "Las Maestros Cantores", en ilustración de Theodor Pixis, fechada en Munich en 1868.



Teatro de la Opera de Viena.



La señora Heim.  
Indicaciones íntimas

*Il primo colpo*

visita de Tichatschek  
(junio de 1856)

En una excursión que en compañía de nuestro huésped efectuamos a Brunnen, a orillas del lago de Cuatro Cantones, cogí un ligero resfriado y, de resultas, una décimotercera recaída de erisipela, que fué tanto más dolorosa cuanto que para no echar a perder el goce de nuestro amigo con un precipitado retorno, persistí en no interrumpir la partida. Levantóse un terrible huracán que me impidió encender el fuego para caldear mi habitación. Tuve que meterme en cama y cuando Tichatschek se marchó resolví, en cuanto mi convalecencia me lo permitiera, cambiar de aires, dirigiéndome hacia el Sur. Me parecía que aquella abominable dolencia estaba diabólicamente vinculada a Zurich.

A Ginebra y Mornex

Este vecino era un doctor llamado Vaillant, que en una hermosa casa, rodeada de un establecimiento hidroterápico, se dedicaba a curar a los enfermos.

El doctor 1.º

Por otra parte, Vaillant, con gran amabilidad, procuró satisfacer mis deseos, especialmente mi afán de reposo y soledad.

Fui dispensado de almorzar en el comedor, cosa que me enervaba sobremanera y me permitió que me preparara yo mismo el té en mi habitación. Pero después de la desazón de la cura matinal, me aproveché del misterio con que se rodeaba un privilegio que los demás pupilos habían de ignorar, para abismarme por entero en un nuevo goce. Durante dos horas, y después de haber cerrado con llave la puerta consumí una y otra taza de té entregado a la lectura de Walter Scott. Encontré en Ginebra una buena traducción francesa, a precio módico, de dicho autor, y me llevé los libros a Morrex. Esta lectura era la más apropiada a mi manera de vivir de la cual tenía que ahuyentar todo estudio y trabajo serio. Estimo además que la admiración de Schopenhauer por el novelista inglés está perfectamente justificada, aun cuando hasta entonces su reputación me había parecido dudosa. También llevaba conmigo en mis paseos solitarios, y a causa de su pequeño formato, un volumen de Byron que me habían prestado. Me proponía una y otra vez leerlo sentado en la cima de un montículo cualquiera, teniendo enfrente la mole del Montblanc, pero como el libro se quedaba siempre en el bolsillo no tardé en dejar a Byron en mi casa.

## Planos de mi futura casa

### Visita a Ritter en Lausana

*Serenata lugareña en Brunnen*  
(agosto de 1856)



por mis frecuentes visitas a Brunnen. La charanga del lugar, integrada por músicos de afición, campesinos todos ellos de las cercanías del lago, se instaló en dos barcas iluminadas con faroles venecianos, acercóse a nuestro hotel levantado al borde del agua y con una temeridad verdaderamente federal, atacó algunas de mis composiciones. Si el compás y la afinación dejaban mucho que desear, no faltaban en cambio el brío y el entusiasmo. Después de responder cordialmente a un breve y respetuoso discurso que me dirigieron, estrechar vigorosamente las mías. Aun después de haber transcurrido muchos años, jamás he visitado aquel lugar sin que me detuviera algún saludo familiar o un fuerte y cordial apretón de manos. No siempre acertaba a saber qué querían de mí tal o cual barquero o campesino, pero al preguntárselo me enteraba entonces de que también mi interlocutor era uno de aquellos músicos que aquella hermosa noche de verano me habían obsequiado tan amablemente.

Mi buena hermana Clara permaneció una larga temporada en Zurich, y su compañía contribuyó a hacer agradable nuestro hogar. Quería mucho a Clara que era, en verdad, el alma musical de nuestra familia. Su presencia nos deparaba a todos un indudable bienestar, sobre todo por la sordina que su presencia imponía a nuestras escenas conyugales. A causa de la agravación de su afección cardíaca, Minna se mostraba cada vez más irascible, terca y caprichosa.

Esperaba para octubre la visita de Liszt que, acompañado esta vez de numerosos amigos, se proponía permanecer algún tiempo en Zurich. No demoré sin embargo la composición de *Sigfrido*, y el 22 de septiembre comencé a notar el bosquejo que había hilvanado. Una de las mayores plagas de mi existencia se abatió entonces sobre mí. Desde hacía poco un hojalatero había instalado su taller frente a nuestra casa y durante todo el día tenía que soportar su ruidoso martilleo. En mi profundo pesar de no poder habitar una vivienda independiente y protegida contra todo alboroto estuve a punto de desistir de mi composición hasta haber satisfecho mis legítimos deseos. Mas la cólera que sentía por el hojalatero me proporcionó precisamente, en un momento de exasperación, el motivo musical del furor de *Sigfrido* contra Mimo, el chapucero herrero. Inmediatamente interpreté en sol menor aquel tema ingenuamente camorrista y alborotador, y sin ceder en mi iracundia canté al mismo tiempo las palabras a mi hermana. Ambos prorrumpimos en estridentes risotadas y esto me alentó a perseverar en mi trabajo. Y cuando el 19 de octubre me anunciaron la llegada de Liszt había escrito ya una buena parte de la primera escena.

Por el momento llegó solo, y su presencia prestó en seguida una gran animación musical en mi casa. Había terminado sus sinfonías de *Fausto* y el *Dante*, y era un maravilloso goce oírse las interpretar al piano según la partitura. Harto sabía que no ignoraba Liszt la honda impresión que me producían sus obras, y por ello me atreví a hacerle observar el error que había cometido en su sinfonía de *Dante*. Si algo me había convencido del magistral poder de concepción poética del músico era el primitivo final de su sinfonía del *Fausto*. El recuerdo conmovedor de Margarita campeaba en ella de una manera pura y ligera, sin que para forzar la atención se aplacara a medios violentos. Me parecía, por consiguiente, que la sinfonía del *Dante* había de terminarse de la misma manera, evocando el «Paraiso» con la dulce entonación del *Magnificat* en delicada armonía.

¿Cuál no sería mi desencanto al oír que aquellas bellas intenciones se desvanecían bruscamente con la aparición de un motivo enfático y plagiado que, según me dijeron, había de representar el «Domenico». Y exclamé entonces: —¡No, no, no es esto! ¡Hay que suprimirlo! ¡Nada de Señor mío majestuosos! ¡Conservemos esa vaga y delicada fluctuación! —Tienes razón —repuso Liszt—, esta era mi idea, pero la princesa no ha compartido mi opinión. Sin embargo, prevalecerá tu consejo.

Estaba contento. Pero más tarde mi pesar fué inmenso al saber que no solamente el final del *Dante* no era modificado, sino que el de *Fausto*, cuya delicadeza tanto apreciaba, había sido substituido por otro final sumamente efectista, reforzado con coros. Este simple incidente indica bien a las claras cual era la índole de mis relaciones con Liszt, comparadas con las que Liszt sostenía con su amiga Carolina de Wittgenstein.

**Desavenencia entre Liszt y Ritter** ESPERÁBAMOS en Zurich a Carolina de Wittgenstein y a su hija María, y nos preparamos a recibirlos. Pero antes de su llegada ocurrió en mi casa una lamentable escena entre Liszt y Carlos Ritter. La fisonomía de Ritter, y sobre todo la lacónica y desdenosa manera con que expresaba sus opiniones, parecían sobreexcitar los nervios de Liszt. Una tarde, éste se refirió con admiración a los servicios prestados por los jesuitas, y ya entonces pareció encolerizarse ante la socarrona sonrisa con que Ritter le escuchaba. En la mesa, la conversación recayó sobre el emperador de Francia Luis Napoleón, y aunque no estábamos precisamente predispuestos a admirar la situación política de Francia, mi gran amigo insistía con cierta presunción a que reconociéramos los méritos de aquel soberano. Liszt, tratando de subrayar la importancia de Francia en la cultura europea habló, entre otras cosas, de la Academia Francesa. Nuevamente asomó la sonrisa en los labios de Ritter, y entonces Liszt visiblemente molesto no pudo reprimir su cólera. Y al replicar a Ritter dijo poco más o menos: «En fin, si nos negamos a reconocerle, ¿qué somos entonces? Unos babuínos. Eso es todo.» Yo me eché a reír. Carlos continuó sonriendo, pero esta vez con una expresión de mortal aturdimiento.

Bülow me dijo más adelante que en sus querellas estudiantiles Ritter, a causa de su fisonomía un poco parecida a la del simio, era tratado de babuño por sus camaradas. Sintióse, por lo tanto, horriblemente ofendido con la observación del doctor, que así llamaba a Ritter a Liszt. Salió de mi casa echando espumarajos y durante algunos días no volvió a poner los pies en ella. Algunos días más tarde me escribié que sólo volvería a ella a condición de que Liszt le presentara sus excusas, o bien en el caso de que yo expulsara a éste de mi casa. Y me apenó mucho recibir algún tiempo después una carta de la estimable madre de Ritter en la que me reprochaba mi injusta conducta para con su hijo, pues había permitido que le insultaran en mi propio hogar sin que se le dieran satisfacciones. No conseguí, por lo visto, aclarar debidamente aquel incidente, y por espacio de largo tiempo mi situación respecto a aquella familia amiga fué harto delicada.

Cuando Liszt lo supo deploró el incidente, y con su habitual generosidad dió los primeros pasos para una reconciliación. Fué a ver a Ritter en su casa, pero en la conversación ni siquiera se aludió a lo ocurrido. Entre tanto, llegó la princesa, y Carlos aprovechó la ocasión para devolver a Liszt la vi-

sita, aunque esta fué destinada en verdad a la noble dama. Sin embargo, Liszt se dió por satisfecho, y desde entonces Ritter dejó de asistir a nuestro cenáculo. Se marchó de Zurich y fué a instalarse en Lausana.

La princesa Carolina y su hija se hospedaron en el hotel Baur con intención de permanecer en Zurich una buena temporada. La llegada de las damas se dejó sentir no solamente en mi modesta vivienda sino en toda la ciudad. La singular animación que en mi modesta vivienda iba suscitaba aquella mujer afectó hasta a mi hermana Clara por doquier que iba suscitaba aquella mujer afectó hasta a mi hermana Clara que vivía aún con nosotros y que se sintió como transportada. Se hubiera dicho que Zurich se había transformado de pronto en una metrópolis. Iban y venían toda suerte de vehículos, corrían de aquí para allá los sirvientes, se sucedían banquetes y reuniones, y, de pronto, nos vimos rodeados, surgiendo de todos los sitios, de numerosos e interesantes personajes que jamás hubiéramos sospechado que residieran en Zurich.

Liszt había traído consigo a un músico llamado Winterberger, quien creía su misión hacerse el ocurrenciente. Llegó de Winterthour para quedarse en Zurich, otro músico llamado Kirchner, apasionado adepto de Schumann, quien no anduvo tampoco remiso en hacer gala de su excentricidad. Pero era sobre todo a los profesores de la Universidad a los que la princesa Carolina se proponía hacer salir de sus casillas. Tan pronto los recibía individualmente como los invitaba «en masa». Cuando después de mi paseo del mediodía iba un momento a su casa la encontraba almorzando con Semper o con el profesor Koehly, otra vez con Moleschott y siempre en «audiencia particular». Y hasta mi singular y huraño amigo Sulzer se sintió atraído a las habitaciones de la princesa, de cuya entrevista salió, según confesó, en cierto modo subyugado. Reinaba siempre en torno de la princesa una agradable atmósfera de libertad y familiaridad. Las sencillas reuniones que celebrábamos en mi casa eran verdaderamente encantadoras, pues la princesa, con un donaire y una gracia genuinamente polaca y patriarcal, ayudaba a mi mujer a atender a los invitados. Un día, después de una sesión musical mis invitados, sentados unos en las butacas y otros tumbados sobre la alfombra, se reunieron a mi alrededor y me pidieron una conferencia sobre mis dos nuevas composiciones: *Tristán* y *Los vencedores*.

El punto culminante de nuestras pequeñas festividades lo constituyó el cumpleaños de Liszt, que bajo los auspicios de la princesa se celebró con gran fasto el 22 de octubre. Todos los notables de Zurich recibieron una delicada invitación. Un telegrama de Weimar nos trajo una poesía de Hoffmann de Fallersleben, la cual declamó Herwegh, por orden de la princesa, con voz extraordinariamente cambiada y adoptando para ello un solemne continente. Luego, acompañado por Liszt, canté con la señora Heim el primer acto y una escena del segundo de *La Walkyria*. Me di cuenta del efecto que había producido nuestra producción cuando el doctor Wille formuló el deseo de oír otra vez aquella composición, pero mal ejecutada al objeto de que pudiera formar juicio de ella. Temía sin duda, haber sido influido por el virtuosismo de los ejecutantes. Se interpretaron después a dos pianos obras sinfónicas de Liszt. La conversación giró en el banquete en torno a Enrique Heine, respecto al cual Liszt expresó opiniones capciosas. Al preguntarle la señora Wesendonck si creía que el nombre de Heine sería inscrito en el templo de la Inmortalidad, Liszt replicó vivamente: «Sí, pero con fango», réplica que, por supuesto, produjo cierta sensación.

**Carácter de nuestras reuniones** UNA enfermedad de Liszt — una erupción por todo el cuerpo, que le retuvo en cama bastante tiempo — interrumpió desgraciadamente nuestras reuniones. En cuanto se restableció un poco ensayamos juntos al piano las dos partituras ya terminadas de *El oro del Rin* y *La Walkyria*. La princesa María escuchaba atentamente y hasta explicó al auditorio algunos pasajes difíciles del poema.

También la princesa Carolina se mostraba deseosa de captar la verdadera «intriga» del destino de los dioses en *El anillo de los Nibelungos*. Un día me llamó a su casa en «audiencia particular», como si se tratara de un profesor de Zurich. Debía darle todas las aclaraciones necesarias, y confieso haber estado íntimamente convencido que lo que deseaba era conocer a fondo la delicada y misteriosa urdimbre de la acción. Mas, la princesa exigió de mí una precisión tan matemática, que a fin de cuentas tuve la impresión de que le había explicado una piera francesa de enredo. La bondad de esta dama era tan grande como su vivacidad, y justamente a propósito de la viveza de su carácter un día aceptó de buen grado esta observación mía: «¡Si tuviera que vivir al lado de usted — le dije — estaría muerto al cabo de un mes!».

Su hija María me causaba en verdad mucha pena. Desde que la vi por primera vez, hacía ya tres años, se había marchitado de manera sorprendente. La llamaba entonces «la niña», pero ahora no era ya una muchacha. Una amarga decepción parecía haberla avejentado antes de tiempo, y precisaba una gran excitación para que asomara de nuevo a su rostro su lozanía y encanto habituales.

Recuerdo una deliciosa velada que pasamos en casa de Herwegh, en la que Liszt se entusiasmó con un piano horriblemente desafinado con la misma vehemencia que con los apuestos cigarros que solía entonces fumar. Y cuando se puso a improvisar en aquel abominable instrumento, el espectáculo fué algo tan maravilloso que creímos no ya en la magia sino en la brujería.

**Irritabilidad de Liszt** CON sincero pesar advertí varias veces en Liszt el irritable humor, casi pendenciero, que se había ya manifestado en la desdichada escena sobre todo en presencia de la princesa Carolina. Así, tuvimos a punto de tener un altercado a propósito de Egmont, a quien Liszt despreciaba por haberse dejado embaucar por el duque de Alba. Sin embargo, conservé la calma suficiente para desinteresarme de la discusión y considerar únicamente el estado fisiológico de mi amigo. Jamás se pronunciaron entre nosotros palabras desabridas, pero durante toda mi vida he tenido la íntima sensación de que el día que estallara una disputa, ésta sería espantosa. Y quizás ha sido esta sensación la que me ha impedido siempre el enojarme con él, pese a que harto conocí que de mis amigos mi vivo e irascible carácter.

**Concierto en Saint-Gall** DESPUÉS de una estancia de seis semanas, mi importante visita se marchó de Zurich y la princesa nos invitó a todos a trasladarnos a Saint-Gall donde debíamos permanecer ocho días y honrar con nuestra presencia un concierto organizado por el joven director de música Schadowsky.

Huéspedes de la princesa, nos alojamos todos en el hotel «Brochet» como

La princesa Carolina en Zurich

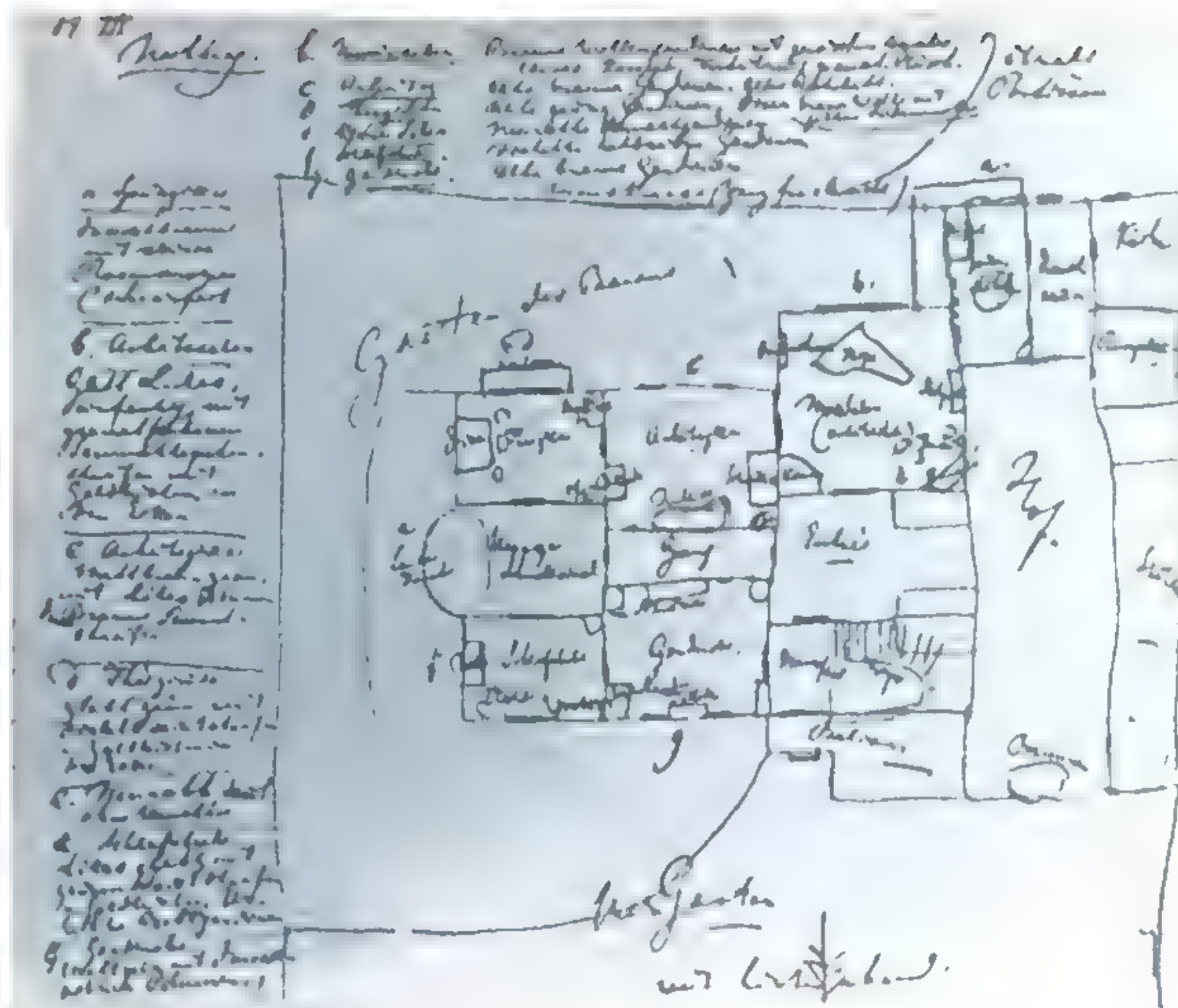
Cumpleaños de Liszt (22 de octubre)

Las sinfonías de Liszt





Matilde Maier.



Plano realizado en puño y letra por Wagner, de su vivienda en Penzig, cerca de Viena, en una carta enviada a Matilde Maier con fecha 25 de mayo de 1863.

Caricatura de Liszt al piano.



Retrato de Hans von Bülow, que había sido discípulo de Franz Liszt, y primer marido de Cósima Liszt.



Cósima Liszt, mujer de Hans von Bülow.





si se tratara de nuestra propia casa. Para mí y mi mujer, la princesa había reservado una habitación contigua a la suya, pero la primera noche resultó muy accidentada. Le acometió a la princesa una de sus crisis nerviosas de ahogo, y para librarla de las penosas alucinaciones que la atormentaban, su hija María tuvo que leerle toda la noche en voz alta. Aquel rumor y sobre todo aquella incomprensible falta de atención para el sueño del vecino me sumieron en un estado de excitación indescriptible. A las dos de la madrugada, agotadas ya mis fuerzas, salté de la cama y llamé ininterrumpidamente hasta que se presentó un criado a quien intimé la orden de que nos diera una habitación en el ala opuesta del hotel. No obstante lo intempestivo de la hora sacamos nuestros bártulos, y a pesar de que en la habitación de al lado se dieron cuenta de nuestra mudanza no debieron de causar nuestros apuros la menor impresión. A la mañana siguiente quedé atónito al ver aparecer a María como si nada hubiera pasado, y sin aludir siquiera a la aventura de la noche. Y me enteré entonces de que cuantos se relacionaban con la princesa estaban ya acostumbrados a estas extravagancias.

Pronto se llenó el hotel de un enjambre de invitados: Herwegh y su mujer, el doctor Wille y su mujer, Kirchner y otros muchos. La vida que se llevó el «Brochet» fué digna de la del hotel Baur. Todo ello se hacía en honor de los conciertos de la modesta Sociedad de Música de Saint-Gall. En los ensayos, Liszt, maestro perfecto, estudió con la orquesta dos de sus composiciones, *Orfeo* y los *Preludios*, y a pesar del reducido número de músicos la ejecución resultó verdaderamente ajustada y briosa. Me satisfizo especialmente el pasaje sinfónico de *Orfeo*, tan moderado en la forma, y que conceptué entre las mejores de las obras de Liszt. El público, por su parte, se entusiasmó sobre todo por los *Preludios*, cuya mayor parte merecieron los honores de la repetición.

Me correspondió a mí dirigir la *Heroica* de Beethoven. A duras penas di fin a mi labor, pues en tales ocasiones me restriaba siempre y me subía la temperatura. La impresión que le produjo a Liszt mi interpretación de la obra de Beethoven confortó mi ánimo. Al sentir del maestro fué justa y profunda. Observábamos recíprocamente nuestra manera de dirigir con una atención y un interés verdaderamente aleccionadores.

Después del concierto tuvimos que asistir a un sencillo ágape, en cuyo transcurso los honorables burgueses de Saint-Gall nos dedicaron bien meditados discursos sobre la importancia que a su parecer tenía nuestra visita. Respondí con sincera emoción al panegírico versificado que me dirigió un poeta local. Liszt se sintió tan ditirámico que levantó la copa por una representación modelica de *Lohengrin* con motivo de la inauguración del nuevo teatro de Saint-Gall, a lo que todos los circunstantes asintieron.

Al día siguiente, 24 de noviembre, fuimos todos invitados a la casa del principal mecenas musical de la población: el rico comerciante Bourrit. Liszt interpretó al piano, entre otras composiciones, la *Gran Sonata en si bemol mayor*, de Beethoven. Y Kirchner declaró entonces con ruda franqueza: «Tenemos el deber de decir que acabamos de asistir a algo que no nos parecía posible; y no obstante, creo todavía en la imposibilidad de lo que hemos oído.»

Por aquellas fechas se cumplía el vigésimo aniversario de mi boda. Alguien propuso celebrarlo, y a los sonos de la marcha nupcial de *Lohengrin* se organizó una alborozada polonesa que siguió en cortejo todas las habitaciones del hotel.

A pesar de tan agradables episodios me acuciaba el deseo de volver a mi apacible retiro de Zurich. Una indisposición de la princesa retrasó varios días la marcha a Alemania de mis amigos, y nos vimos obligados a pasar con ellos aquel tiempo inútil. Por último, el 27 de noviembre, les acompañé a Rorschach y me despedí de ellos a bordo del buque a vapor que los llevó a mi patria. Después, no he vuelto a ver a la princesa ni a su hija y es probable que nunca más volvamos a encontrarnos.

Composición del primer acto de «Sigfrido» (febrero de 1857)

Me separé de ellos no sin cierta inquietud, pues la princesa estaba realmente enferma, y tampoco Liszt se encontraba bien. Les había aconsejado que se dirigieran inmediatamente a Weimar para atender a su salud y me sorprendió luego saber que en lugar de seguir mi consejo se detuvieron en Munich, donde permanecieron largo tiempo en medio de diversiones y gozos artísticos. Decididamente, no era yo el más indicado para aconsejar o no a seres de semejante índole. Regresé a Zurich abrumado de cansancio, padeciendo de insomnio, atormentado por el intenso frío que se dejaba sentir y con el temor de que la vida que había llevado aquellos últimos días me acarrearía un nuevo ataque de erisipela. Sin embargo, al día siguiente me desperté con buen ánimo y tuve ocasión de ponderar una vez más al excelente doctor Vaillant. No tardé en recobrar por entero mi salud, y a comienzos de diciembre reanudé la composición de *Sigfrido*. Mi vida había recobrado aparentemente su curso normal: trabajo, largos paseos, lecturas, y a veces por la noche la visita de un amigo. No obstante, las consecuencias que a causa de Liszt tuvo mi querella con Ritter me apenaron profundamente. Mis relaciones con aquel joven, que fueron tan cordiales, tomaron fin, y sin dignarse hacerme una visita Ritter partió de Zurich antes de terminarse el invierno.

Durante los meses de enero y febrero de 1857 concluí el primer acto de *Sigfrido*. Esta vez no me contenté con un somero bosquejo a lápiz, sino que anoté concienzudamente toda la composición. Al mismo tiempo seguí con el mayor celo el tratamiento que me había recomendado el doctor Vaillant. Temiendo constantemente el retorno de mi erisipela, traté de prevenirlo según el sistema hidroterápico por medio de transpiraciones semanales con el cuerpo cubierto solamente con un «maillot». Conseguí, en efecto, evitar la enfermedad que tanto me aterraba, pero como me fatigaba mucho esperaba con impaciencia el retorno del buen tiempo, que me permitiría relajar la severidad del tratamiento.

Además, tenía que soportar verdaderas torturas a causa de las crecientes molestias de vecinos alborotadores y melómanos. Al ruido del hojalatero, a quien odiaba a muerte y con quien sostenía por lo menos una vez por semana un terrible altercado, había venido a sumarse el de los pianos que iban en mi casa en aumento constante. Finalmente se incorporó al concierto la flauta de un tal Stockar, que nos deleitaba todos los domingos con sus acordes. En estas condiciones renuncié a la lucha y juré no componer más en mi vida.

La casita Lavater Fué entonces cuando mis amigos Wesendonck, que acababan de regresar de una larga estancia en París, me brindaron la feliz perspectiva de realizar mi ardiente deseo de poseer una habitación a mi gusto. Ya en anteriores ocasiones Wesendonck se había mostrado dispuesto

a hacerme construir una casita en el sitio que apeteciera. Mis planos, que un profano hubiera podido creer trazados por un profesional, fueron sometidos a examen de un arquitecto. Sólo la adquisición del terreno ofrecía dificultades. En mis paseos por la colina que separa el lago de Zurich del valle del Sihl, me había llamado poderosamente la atención una linda casita. Estaba situada en el término municipal de Enge y era conocida por la casita Lavater, por haber pertenecido al célebre frenólogo que pasaba en ella largas temporadas. El canciller Hagenbuch, a quien había ganado a mi causa, se informó indirectamente acerca de la posibilidad de adquirir a buen precio algunos pies de aquel terreno. Pero el asunto no era fácil, pues pertenecía por parcelas a varias personas, y para conseguir el deseado emplazamiento se hubiera tenido que comprar porciones demasiado grandes a diferentes propietarios. Di cuenta a Wesendonck de mi decepción, y mi amigo acabó a su vez por ambicionar poseer en aquella colina un terreno lo suficientemente vasto para edificar en él una espaciosa quinta para uso de su propia familia. Tal vez me cediera entonces un pedazo.

La adquisición de aquella propiedad y la construcción de su casa, que Wesendonck deseaba espaciosa y confortable, absorbieron desde entonces las actividades de mi amigo. Quizá pensó que la instalación de dos familias en la misma vivienda ocasionaría a la larga desavenencias y disgustos. Se propuso entonces adquirirme una modesta casita con jardín, separada de la suya por un estrecho camino vecinal. La solución fué también de mi agrado. Cuando Wesendonck me anunció su intención mi alegría no tuvo límites. Pero la decepción fué inmensa cuando, un buen día, el improvisador adquirente supo que el propietario, cansado de sus vacilaciones, acababa de vender su terreno a otro. Por fortuna, el nuevo comprador era un médico alienista que se proponía construir una casa de salud al lado de la propiedad de Wesendonck. La desagradable perspectiva que ofrecía la noticia hizo despertar a mi amigo de su molición. Aplicó toda su energía y sus dotes de persuasión para arrebatarse aquel terreno al nefasto doctor, y consiguió finalmente comprarlo, aunque tuvo que pagarlo muy caro. Y por la Pascua de aquel año me ofreció aquella casita mediante un alquiler de ochocientos francos que había de pagar al Zeltweg.

La instalación de la casita que durante la primavera me ocupó apasionadamente, me acarreó no pocas contrariedades. La casa sólo estaba acomodada para una breve temporada de verano. Se precisaban estufas y todo cuanto la hiciera habitable en invierno. A pesar de que lo indispensable corrió a cargo de Wesendonck, faltaban todavía muchas cosas, lo que originó interminables dificultades, tanto a causa de la perpetua divergencia de opiniones que existía entre mi mujer y yo, como por la incertidumbre de mi situación pecuniaria, pues no disponía aún de ningún capital. Sin embargo, el giro que iban tomando los acontecimientos alimentaba, en mi ánimo optimista, una absoluta confianza en el porvenir. A pesar de la mediocridad de las representaciones, las funciones de *Tannhauser* en Berlín me reportaban beneficios superiores a mis cálculos. También en Viena se despejaba el horizonte. Es verdad que no había logrado introducirme aún en el Teatro de la corte; y referente a ello me aseguraron que en tanto existiera una corte imperial en Viena era imposible que se representaran en aquel teatro mis óperas revolucionarias.

Esta singular situación impulsó a mi antiguo amigo Hofmann, ex director del Teatro de Riga y en la actualidad director del de Josephstadt, a correr el riesgo de realizar con una compañía de ópera particular, una representación de *Tannhauser* en la espaciosa sala que había hecho construir en Lerchenfeld, en las afueras de Viena. Me ofrecía para cada representación una asignación de cien francos. Liszt, a quien comuniqué la oferta, la juzgó improcedente, pero le respondí que en semejante ocasión era del parecer de Mirabeau, quien habiendo sido desechado para la asamblea de los notables se presentó como «trapero» al objeto de recabar los sufragios de los electores de Marsella. Conseguida la aprobación de Liszt entré en la capital austriaca pasando por el teatro de temporada de Lerchenfeld.

Acerca de aquellas representaciones me contaron las historias más asombrosas. En un viaje que hizo a Viena, Sulzer asistió a una de ellas y se quejó sobre todo del libreto. Y por añadidura, debido a las malas condiciones del local, cuando llovía todo el mundo salía calado hasta los huesos. Algunos años más tarde el yerno de la viuda del músico Herold me habló muy distintamente a propósito de aquellas representaciones. Fué a Viena con ocasión de su viaje de novios y me dijo que, a pesar de sus defectos, el conjunto de Lerchenfeld le había gustado infinitamente más que el de Berlín que, a su juicio, era muy mediocre. Por el momento, la actividad de mi antiguo amigo de Riga me valió dos mil francos por las veinte representaciones que consiguió dar, y resulta quizá comprensible y perdonable que el porvenir me inspirara entonces confianza. ¿Acaso no estaban al alcance de mi mano los incalculables resultados de una popularidad inesperada y los beneficios que esta me reportaba?

Publicación de «Los Nibelungos» Al tiempo que me ocupaba en la instalación de mi anhelada casita y terminaba la instrumentación del primer acto de *Sigfrido*, me sumí de nuevo en la filosofía de Schopenhauer y en las novelas de Walter Scott. Y queriendo además expresar de una manera significativa los sentimientos que me inspiraban las composiciones de Liszt, resumí estos bajo la forma de una carta que dirigí a María de Wittgenstein y que publiqué en la *Revista Musical* de Brendel.

Cuando llegó el momento de amoldarme a lo que, a mi parecer, había de ser el definitivo refugio de mi existencia, no sabía qué medios podía arbitrar para dar a esta existencia una sólida base. A propósito de *Los Nibelungos* entablé nuevas negociaciones con los Haertel, pero estos editores se mostraron reservados y poco dispuestos a emprender tal publicación. Me quejé de ello a Liszt, rogándole al mismo tiempo que diera a conocer al gran duque de Weimar — que según me había dicho mi amigo deseaba constituirse en protector de mi tetralogía — las dificultades con que tropezaba la edición de mis obras. Alegaba entre otras razones que si bien era imposible exigir que un simple comerciante de música se arriesgara en un negocio de tan altos vuelos, bien podía solicitarse de un príncipe el que se tomara interés por ello. Al fin y al cabo sería para él un timbre de gloria contribuir a la terminación de mi obra. No apetecía, por tanto, sino que el gran duque asumiera las funciones de Haertel, que adquiriese la composición y que me abonara la parte terminada. En estas condiciones el gran duque sería el propietario de mi obra y podría más tarde resarcirse de sus sacrificios, escogiendo él mis



in editor. Lixt me comprendió perfectamente pero me desanimó a que en Su Alteza Real, para una empresa de tal género. Entonces en la joven gran duquesa de Baden. Aunque intermitentes, mantenido buenas relaciones con Eduardo Devrient, que desde hacía años era director del Teatro de la corte en Karlsruhe. Recibí de él líneas de felicitación por mis obras *La obra de arte del porvenir* y *La el drama*. En lo concerniente a mis óperas, Devrient objetó que su categoría de condiciones para que pudieran representarse en él. Pero esto cambió súbitamente cuando el gran duque contrajo matrimonio con la hija de la princesa de Prusia. Gozando en Karlsruhe de independencia, e influido por mi antigua amiga Alwina Fromman, la joven gran duquesa solicitó con insistencia que se interpretaran mis obras en el Teatro de la corte. Así se hizo y Devrient me dio cuenta del gran interés que ella se tomaba por mis obras, hasta el punto de que con frecuencia asistía a los ensayos. La noticia me causó una agradable impresión, y dirigí a la gran duquesa una carta de agradecimiento a la que adjunté, como hoja de álbum, *Los adioses de Wotan*, de la última parte de *La Walkyria*.

En esto llegó el 20 de abril, día en que sin poder entrar en mi casa, por no estar todavía dispuesta, tenía que dejar libre mi alojamiento de Zeltweg, alquilado ya a otras personas. En las frecuentes visitas, que incluso con un tiempo inclemente, hicimos Minna y yo a nuestra casa, llena siempre de perezosos albañiles y carpinteros, cogimos un fuerte resfriado que nos obligó a pasar ocho días en el hotel. Estábamos de un humor de perros y no pocas veces me pregunté si valía realmente la pena instalarnos en aquella nueva vivienda, pues tenía el presentimiento de que el destino acabaría por echarme de ella. A fines de abril nos vimos obligados a acomodarnos en nuestro nuevo hogar. La casa era fría y húmeda, las estufas no daban ni pizca de calor, y como los dos nos encontrábamos mal a duras penas pudimos abandonar el lecho.

Tuvimos entonces un buen presagio. La primera carta que recibí en mi nueva morada fué una afectuosa y conciliadora misiva de la señora Julia Ritter, que cancelaba nuestra mala inteligencia a propósito de su hijo. Llegó luego la primavera. El día de Viernes Santo me acariciaron los calidos rayos de un sol que, por primera vez desde que habitábamos en aquella casa, se mostró en todo su esplendor. Nuestro jardinillo verdeaba, trinaban los pájaros, y, por último, podía sentarme en nuestro balcón y gozar de la tan deseada quietud. Lleno de gozo me acordé de pronto que era Viernes Santo y recordé que ya en otra ocasión me había impresionado otra solemne y semejante advertencia en el *Parzifal*, de Wolfram. Desde mi estancia en Marienbad, donde concebí *Los maestros cantores* y *Lohengrin*, no volví a ocuparme de aquel poema, pero en este momento el idealismo de su tema me subyugaba. Basándome en la idea del Viernes Santo bosquejé inmediatamente todo un drama en tres actos.

Alternándolo con la instalación de la casa no terminada aún, y a la que me aplicaba con verdadero entusiasmo, reanudé *Sigfrido*, dando comienzo al segundo acto. Indeciso sobre el nombre que había de llevar mi nueva morada, y sintiéndome por otra parte satisfecho de la introducción de aquel acto, se me ocurrió la idea de escoger algo relacionado con mi trabajo y pensé, sonriendo, que quizá *Reposo de Fafner*, sería un nombre muy apropiado. Pero luego desistí de ello y mi chalet se llamó simplemente «El asilo», y así lo denominé al pie de la página de música que había compuesto.

*El consúl Ferreiro* SIN embargo, desvanecida toda esperanza de obtener el apoyo del gran duque de Weimar, el malhumor que se apoderó de mí no me dejó un solo instante. Pesaba sobre mis hombros una carga que no sabía ya cómo desembarazarme de ella. En aquella misma época recibí una sorprendente epístola de un individuo llamado Ferreiro, que aseguraba ser consúl del Brasil en Leipzig, en la que me comunicaba que el emperador del Brasil sentía gran interés por mi música. Mi respuesta debió de contener algunas dudas, pues Ferreiro, en una nueva carta, me explicó que a su soberano le gustaba el alemán y tenía grandes deseos de recibir mi visita en Río de Janeiro, donde dirigiría personalmente mis óperas. Sólo que se cantaba únicamente en italiano, por lo que debería hacerse primero una traducción de mis textos, cosa fácil e incluso benéfica para mis poemas. Lo curioso es que semejante proposición me sorprendió agradablemente. No cabía duda de que componería fácilmente un poema apasionado que se ajustaría muy bien al italiano, y pensé con más ahínco que nunca en *Tristán e Isolda*. De buenas a primeras, y para poner a prueba la generosa simpatía del emperador del Brasil remití a Ferreiro los tres arreglos para piano, lujosamente encuadrados, de mis primeras tres óperas y aguardé durante largo tiempo la halagadora carta, anunciándome la brillante acogida que aquellos habían tenido en Río Janeiro. Pero nunca más he oído hablar ni de música ni del emperador del Brasil ni de su consúl Ferreiro.

También Semper tuvo relaciones arquitectónicas con aquel país de los trópicos. Habiéndose puesto a concurso la construcción de un nuevo teatro de ópera en Río de Janeiro, mi amigo probó fortuna y diseñó unos magníficos planos que nos interesaron grandemente. El doctor Wille, sobre todo, juzgaba una gran ocurrencia edificar un teatro para un público negro. Ignoro si las relaciones de Semper con el Brasil fueron más satisfactorias que las mías, pero lo que sí es cierto es que no construyó en aquel país ningún teatro.

*Canto de «Las hijas del Rin»*

A consecuencia de un resfriado, tuve alta temperatura durante algunos días y me repuse del todo precisamente el día de mi cumpleaños. Por la tarde, instalado en la terraza, llegó de mi cumpleaños. Era el aire de *Las tres hijas del Rin*, pertenecientes a *El oro del Rin*. En el firmamento teatral de Zurich había aparecido el año anterior la señora Pollert, la misma cuyas queceñas conjugales habían impedido antaño en Magdeburgo la última representación de mi obra *Se prohíbe amar*. Seguía siendo cantante y era, además, madre de dos hijas. Como su voz se mantenía aceptable y se había mostrado siempre muy atenta conmigo, le di a estudiar el último acto de *La Walkyria*, y, junto con sus hijas, las escenas que cantan *Las hijas del Rin*. de las que habíamos dado con frecuencia breves audiciones a nuestros íntimos. Al oírlo inopinadamente aquella tarde del día de mi cumpleaños, el canto de mis obsequiosas amigas me produjo una viva emoción, y mientras esperaba de pronto una singular repugnancia en continuar la composición de *Los Nibelungos*, me acució, por el contrario, un ardiente deseo de consagrarme inmediatamente a *Tristán*. Resolví ceder a este íntimo anhelo y co-

menzar el nuevo trabajo, cuya idea acariciaba desde hacía largo tiempo. Lo consideré, no obstante, como un intermedio, pues *Los Nibelungos* seguía siendo para mí la obra importante. A fin de atestiguarle a mí mismo que no era obedeciendo a un sentimiento de repulsión por lo que desatendía mi primera labor, me impuse la tarea de terminar el segundo acto de *Sigfrido*, que acababa de iniciar. La realicé con verdadero entusiasmo, dejando entre tanto que *Tristán* fuera cobrando en mi espíritu contornos más definidos.

Otras causas me estimulaban también a componer *Tristán*, cuya em- presa me parecía tan útil como llena de atractivos. Estas causas fueron decisivas con ocasión de la visita, prolongada durante tres días, que me hizo Evaristo Devrient a comienzos de julio. Me habló de la buena acogida que la gran duquesa de Baden había dispensado a mi envío y aún me pareció que Devrient había recibido el encargo de llegar a un arreglo conmigo. Le dije entonces que pensaba interrumpir mi trabajo de *Los Nibelungos* para consagrarme a una obra que por su enjundia y lo fácilmente representable que sería, me granjearía sin duda mi reingreso en nuestros teatros. Sería injusto conmigo mismo si diera a entender que únicamente mó-

vilés de interés me hicieron decidir entonces a ocuparme de *Tristán*. Debo confesar, no obstante, que desde el día en que emprendí la composición de mis grandes óperas, se operó en mi estado de ánimo un cambio notable. A la sazón acababa justamente de terminar mis obras críticas, en las que trataba de explicar la decadencia de nuestro arte, y especialmente de nuestro arte teatral, relacionándola con el estado general de la civilización. En aquella época me hubiera sido imposible componer un ópera con el sólo propósito de verla representada en uno de nuestros teatros. Y como ya he explicado, tuve que renunciar por completo a semejante finalidad para sentirme nuevamente con ánimos para realizar mi obra artística. Aún hoy día tengo la firme convicción de que sólo podrían representarse *Los Nibelungos* bajo las especiales condiciones que más tarde describí en el prefacio de la edición del poema.

Con todo, el éxito popular que mis primeras óperas ejercieron sobre mi estado de ánimo, me hicieron pensar seriamente en la posibilidad de hacer representar *Los Nibelungos*, cuya primera mitad ya estaba terminada. Hasta aquel momento, me había alentado la esperanza de que las gestiones de Lixt cerca del gran duque de Weimar serían fructuosas, pero las últimas experiencias que había hecho me habían demostrado la inutilidad de mi espera. En cambio, las circunstancias habían llevado mi convencimiento a la idea de que una obra del género de *Lohengrin* o de *Tannhauser*, sería bien acogida en todos los sitios. La composición de *Tristán* prueba claramente que hice caso omiso, al escribirla, de las condiciones de nuestros teatros de ópera. Pero habiendo de luchar constantemente con las preocupaciones materiales, me figuraba que, al dejar de lado *Los Nibelungos* para acometer aquella nueva obra, obraba como un hombre razonable y práctico.

DEVRIENT estimó acertado mi especulativo proyecto. y al preguntarme a qué teatro me proponía destinar el estreno de la nueva obra, le respondí que a cual-

quiera, mientras me fuera posible participar personalmente en la representación. O sería en el Brasil o, puesto que me estaba prohibida la entrada en el territorio de la Confederación alemana, en una ciudad fronteriza que contara con ciertos recursos artísticos. Pensé en Estrasburgo, pero Devrient me disuadió de ello con atinadas observaciones. A su juicio, una representación en Karlsruhe sería fácil de organizar y presentaba, además, mayores posibilidades de éxito. Le hice observar que no me sería posible trasladarme allí para velar por el estudio de mi obra, pero Devrient objetó que, dado el evidente interés que me atestiguaba el Gran Duque, no había de abrigar ningún temor sobre este punto. La perspectiva me fué, en verdad, muy agradable, tanto más cuanto que Devrient me habló después del excepcional talento del joven tenor Schnorr, que, al parecer, se había entusiasmado con mis óperas. Saturado de optimismo, hice todo lo posible para ofrecer a Devrient una agradable hospitalidad. Una mañana, en honor de mi huésped, toqué al piano y canté *El oro del Rin*, mereciendo sus más ardorosos plácemes. Medio en broma, medio en serio, le dije que había pensado en él al crear el papel de Mímo, expresándole mi confianza de que llegara un día a representarlo. Luego le llegó el turno a Devrient, que nos dio una lectura a la que había invitado a mis amigos Semper y Herwegh. Devrient nos leyó con tal perfección las escenas de Antonio de *Julio César*, de Shakespeare, que Herwegh, desconfiado y zumbón al principio, reconoció después de buen grado el mérito del artista.

En el propio «Asilo», Devrient escribió una carta al gran duque de Baden, en la que le daba cuenta de mis actividades y de mi situación pecuniaria. Poco tiempo después de la marcha de Devrient recibí, escrita de puño y letra del Gran Duque, una misiva muy amable. Me agradecía, en primer término, la hoja de álbum que había enviado a su mujer, y me afirmaba después que se proponía en adelante ocuparse de mi suerte, y sobre todo de mi regreso a Alemania.

*Terminación del segundo acto de «Sigfrido» (Agosto de 1857)* El proyecto de hacer representar *Tristán*, la ópera que tenía aún que componer, fué entonces uno de los fines que más codicié en mi vida. Resultado inmediato de todo ello fué el mantenimiento del excelente humor en que me hallaba, bajo cuya influencia terminé el segundo acto de *Sigfrido*. En aquellas luminosas tardes de verano, dirigí invariablemente mis paseos hacia el tranquilo valle del Sihl. En el bosque, escuchaba atentamente el trino de los pájaros y me asombraba oír ignoradas melodías, ejecutadas por cantores alados a los que no veía y cuyos nombres desconocía. Noté cuidadosamente sus aires en mi mente y, a través de una imitación artística, me serví de ellos para la escena del bosque de *Sigfrido*. A comienzos de agosto di cima al segundo acto. Me satisfacía, para la continuación de mi trabajo de composición, guardarme en reserva el tercer acto, en el que figuraba el despertar de Brunilda. Me parecía que todas las dificultades de mi obra estaban ya vencidas y que la tarea que me quedaba por hacer era un puro deleite.

Firmemente persuadido de que gobernaba así mis fuerzas de una manera muy racional, me preparé entonces a escribir *Tristán*. Pero mi paciencia fué puesta a prueba con la visita del bueno de Praeger, de Londres. Tuve un gran placer al ver de nuevo a este desdichado y abnegado amigo, pero como se figuraba estar presa de gran nerviosidad y perseguido por la fatalidad, sus quejas acabaron por fatigarme. A pesar de toda mi buena voluntad, sus penas no llegaron a apesadumbrarme. Como evasión, propuse efectuar una jira a Schaffhouse, donde la célebre cascada del Rin, que vi por primera vez en mi vida, me causó una gran impresión.

*Composición de «Tristán»*

*Ofrecimiento de hospitalidad a Devrient*



13. April 1910  
 Nummer 15  
 90 Jahrgang

Berliner

Preis  
 20 Pfennig

# Illustrirte Zeitung

Verlag Ullstein Berlin SW 68



Das reiche Frauen-Idol unserer Zeit  
 Cosima Wagner, die Tochter von Franz Liszt und ihrem Richard Wagner, die jetzt 42 Jahre alt geworden ist.  
 (Links: A. Franz, 1840, nach Cosima und Richard Wagner)

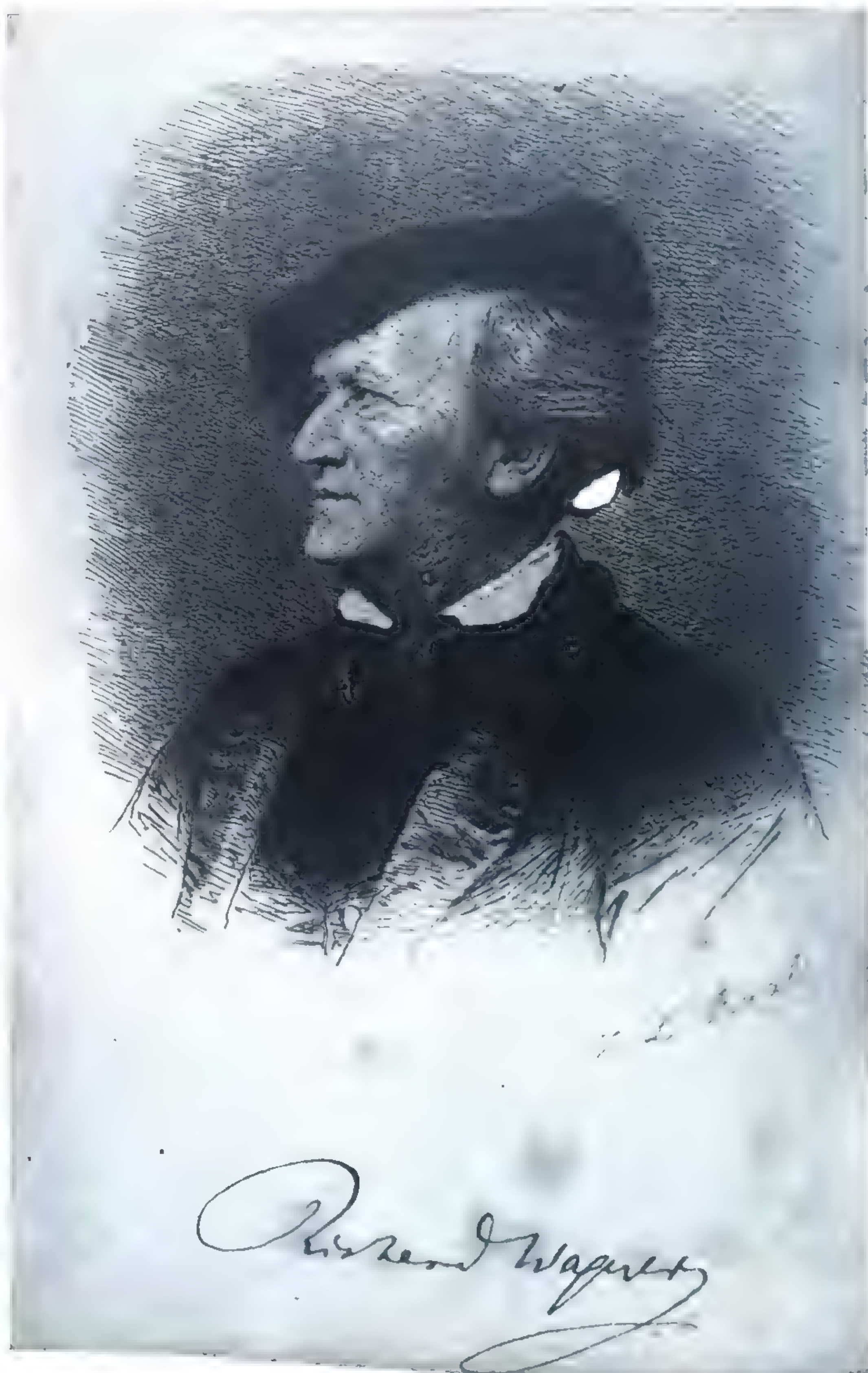
Cósima y Franz Liszt en la portada del Berliner Illustrirte Zeitung, de 13 de abril de 1910.

Salón Schlossberg, donde se celebró la primera entrevista de Wagner con Luis II.



Caricaturas de Liszt al piano.

Ricardo Wagner









la única condición de que una vez por semana interpretara aquella una gran composición antes de la representación dramática. Y aquella noche le había llegado el turno, casualmente, a la obertura de *Tannhauser*. De aquel episodio conservé sobre todo un sentimiento de envidia por Estrasburgo, la villa feliz en que vió la luz un ciudadano como aquel. En todas las ciudades que visité por mis menesteres musicales, y especialmente en Zurich, no aconteció jamás nada semejante.

MIENTRAS departía con el director de orquesta Hasselmann acerca de las condiciones musicales de Estrasburgo, tuvo lugar en París el famoso atentado de Orsini contra el emperador. A la mañana siguiente, al proseguir mi viaje, percibí vagos rumores sobre el acontecimiento, y el 17, a mi llegada a París, el mozo del hotel me enteró de todos los detalles del mismo. Por mi parte, no vi en ello más que un golpe aciago del destino que se cebaba en mi persona, y mientras almorraba veía ya en mi imaginación a mi antiguo conocido, el agente del ministerio del Interior, comunicándome a dejar mi residencia por mi cualidad de refugiado político. Me persuadí que causaría mejor impresión a la policía si dejaba el fígón de la calle Filles-Saint-Thomas, donde por motivos de economía me había hospedado al principio, y me instalaba en el Gran Hotel del Louvre, recién inaugurado. Mi primera idea había sido tomar una habitación en un hotel de la calle Le Peletier, que ya conocía, pero en este establecimiento se fragó precisamente el atentado y allí buscaron y detuvieron al autor principal del complot. ¡De haber llegado a París dos días antes, me hubiera hospedado sin duda en aquella casa!...

DESPUÉS de esta deliberación con el demonio de mi destino, fui a casa de los Ollivier. No tardó Emilio Ollivier en distinguirme como siempre con su activa simpatía, y se interesó en seguida por el asunto que había motivado, en apariencia, mi viaje a París. Me acompañó un día a casa de un notario amigo suyo, quien, por lo visto, le debía algún favor. Se redactó un documento en regla bien provisto de cláusulas enérgicas y en virtud del cual daba plenos poderes a Emilio Ollivier para salvaguardar mis derechos de autor. Todo ello se escribió en papel timbrado debidamente sellado, y aunque no tuve que satisfacer ningún emolumento, me sentí completamente tranquilizado y me puse complacido bajo la protección de mi nuevo amigo.

Me paseé en su compañía por la sala de los pasos perdidos del Palacio de Justicia. Ollivier me presentó a los más célebres abogados del mundo, que deambulaban de acá para allá revestidos con la toga, y adquirí pronto tal familiaridad, que expliqué a cuantos me rodeaban el tema de *Tannhauser*. Todo ello era muy de mi gusto, pero no menos satisfecho estaba de poder conversar con Ollivier sobre su situación y opiniones políticas. A su juicio, sólo la república era viable y no cabía duda que después de la inminente caída del poderío napoleónico se restablecería aquella de una manera duradera. Ollivier y sus amigos no se proponían, claro es, provocar una revolución, pero cuando ésta fatalmente se produjera, querían impedir que la república volviera a caer en manos de intrigantes. Ollivier llevaba sus principios hasta las últimas consecuencias del socialismo. Conocía a respetaba a Proudhon, pero no su política. Nada puede cimentarse definitivamente — decía —, si no es por iniciativa de una organización política. Para realizar la quimera más audaz, el equitativo reparto entre todos de los bienes públicos, bastaba con ceñirse a las sumas vía legislativa. Ya se había introducido, por razones de utilidad pública, reformas importantes en el abuso del derecho privado. Y a este respecto observé con gran satisfacción los progresos que había hecho en la formación de mi carácter: me era ya posible asistir e intervenir en tales discusiones sin acalorarme como antaño.

**Blandina.** En esto, Blandina, por su dulzura, su jovialidad, su finura espiritual y su viva percepción, ejerció sobre mí una bienhechora influencia. Nos comprendíamos al instante. Y bastaba la más nimia observación para que nos entendiéramos sobre las personas y las cosas.

El domingo siguiente, mis amigos me depararon la agradable sorpresa de obsequiarme con una localidad para un concierto del Conservatorio. Hasta entonces sólo había podido presenciar los ensayos. Me encontré al lado de la viuda del compositor Hérold, una mujer muy simpática que a las primeras palabras que cambiamos se declaró adepta de mi música. En verdad, no había oído todavía ninguna composición mía, pero motivaba su parecer la influencia entusiasta que ejercían sobre ella su hija y su yerno, que, con ocasión de su viaje de novios, habían visto *Tannhauser* en Viena y en Berlin, como ya he relatado anteriormente. Todo esto me sorprendió y me satisfizo. Por primera vez en mi vida asistí a una audición de *Las cuatro estaciones*, de Haydn. El público pareció complacerse con las coloridas cadencias con que finaliza, con excesiva frecuencia, la frase musical de dicho compositor. Aquellas cadencias, cuyo uso ha sido ya abandonado por los músicos modernos, les parecían a los parisienses algo nuevo y original.

**El crítico Scudo.** PASÉ muy agradablemente el resto del día en el seno de la familia Hérold. A última hora de la tarde llegó un hombre cuya presencia fué considerada particularmente importante. Era Scudo, el célebre y todopoderoso crítico musical de la *Revue des Deux Mondes* y otros periódicos. Siempre le merecieron mis obras un juicio desfavorable y mi benévola huésped esperaba, por medio de aquel encuentro, disponer a Scudo en favor mío. Pero poca cosa podría obtenerse, a mi parecer, de una simple conversación de salón. Más adelante he podido, en efecto, comprobar que los motivos que impelen a un caballero de aquella clase a manifestarse en favor o en contra de un artista, no tienen nada que ver con las obras de éste, ni aún con lo simpático o antipático de su persona. En una de sus crónicas, Scudo hizo pagar a aquella amable familia que me acogía la simpatía que sentía por mí mofándose de sus «agudos» principios democráticos y tratando de convertirla en el hazmerreír de las comedillas literarias.

**«Los Troyanos» de Berlioz.** Fué también a ver a Berlioz, cuya amistad me había granjeado en Londres. Le comuniqué que mi viaje a París era únicamente de placer, y ello pareció alegrarle. En aquella época, Berlioz estaba absorbido por la composición de una gran ópera: *Los Troyanos*. A fin de abundar en la obra descé, ante todo, conocer el libreto escrito por el propio Berlioz. Este dedicó toda una tarde a leerme a mí solo. Inútil describir mi desazón. El poema en sí y la dicción ruda y teatralmente afectada del autor, me hicieron barruntar que el carácter de su música sería de la misma calidad.

Quedé absolutamente desolado, tanto más cuanto que me daba cuenta

de que Berlioz consideraba esta ópera como una obra maestra, cuya representación constituiría una de las mayores ilusiones de su vida.

Con los Ollivier, me invitó también la familia Erard, en cuyo hogar encontré a mi antigua amiga, la viuda de Spontini. La comida fué excelente y, cosa curiosa, fué a mí a quien se dirigieron para que me sentara al piano, cosa curiosa, fué a mí a quien se dirigieron para que me sentara al piano, cosa curiosa, fué a mí a quien se dirigieron para que me sentara al piano. Los auditores aseguraron que habían comprendido y apreciado perfectamente. Los auditores aseguraron que habían comprendido y apreciado perfectamente. Los auditores aseguraron que habían comprendido y apreciado perfectamente. Ademas, gracias a la previsión de la señora Erard y de su cuñado Schaeffer, que estaba al frente del negocio desde la muerte de Erard, tuve la inapreciable suerte de entrar en posesión de uno de los célebres pianos de cola de su fábrica. Y me pareció con ello que el oscuro motivo de mi viaje a París se había súbitamente aclarado. Estaba tan encantado, que cualquier otro resultado me hubiera parecido quimérico, y consideré la adquisición de aquel instrumento como el éxito más valioso de mi estancia en la gran ciudad.

Con el mejor humor salí de París, el 2 de febrero, para trasladarme a Epernay, donde residía a la sazón mi antiguo amigo Kietz. Habiendo sido por azar amigo de infancia de Paul Chan- don, éste se había apiadado del desventurado pintor y le había recogido en su casa, procurándole numerosos encargos de retratos. En cuanto llegué a Epernay, me obligaron a hospedarme en la hospitalaria morada de los Chan- don, y no pude negarme a permanecer allí dos días. El era un apasionado admirador de mis obras, y especialmente de *Rienzi*, a cuyo estreno asistió en Dresde. Me hicieron visitar las fabulosas bodegas cavadas en el terreno gre- doso de la Champafia, en una longitud de varias leguas. Kietz estaba pintando un retrato al óleo y me complació saber que, al decir de todo el mundo, llegaba a terminarlo.

Pude sustraerme al fin a no pocas conversaciones inútiles, y abreviando aquella inesperada hospitalidad, llegué el 5 de febrero a Zurich, donde por anticipado había invitado a mis amigos a que pasaran la velada conmigo. Como creía tener muchas cosas que contar, estimé más práctico relatarlas a todos al mismo tiempo, en lugar de fatigarme repitiendo a cada uno los mismos detalles. Entre los invitados figuraba Semper. Contrariado por haber tenido que permanecer en Zurich durante mi viaje a París, escuchó mis jubilosas descripciones con su refunfuñante humor y no anduvo remiso para decirme que era un «imprudente afortunado». La envidia que suscitaba mi «fortuna» me hacía sonreír. Mis negocios prosperaban con desesperante lentitud; por doquier habían sido vendidas casi todas mis óperas, y muy poca cosa me quedaba de la suma que la venta me había proporcionado. Sin noticias de sus representaciones, a no ser por los menguados derechos de autor que me llegaban, se me ocurrió la idea de poner también a la venta *Rienzi*, que reunía, a mi entender, las cualidades que exigían nuestros detestables teatros. Una nueva representación de *Rienzi* en Dresde hubiera ido a las mil maravillas, pero ésta, al parecer, se vió impedida por la impresión que había producido el atentado de Orsini.

Continué la instrumentación del primer acto de *Tristán*, pensando que en un momento dado se encontrarían, sin duda, otros pretextos al margen de la política para impedir la propagación de dicha obra en los escenarios alemanes. Trabajaba por completo a la ventura, y sin la menor esperanza, en resumidas cuentas.

**Concierto en casa de los Wesendonck.** EN el mes de marzo, la señora Wesendonck me comunicó que, para celebrar el cumpleaños de su marido, tenía la intención de organizar en su casa una especie de concierto. Le sugirió esta

idea una pequeña alborada que, como atento vecino, interpreté aquel invierno el día de la onomástica de la propia señora Wesendonck, con la colaboración de ocho músicos de Zurich. Era el orgullo de la morada de los Wesendonck un vestíbulo bastante espacioso y muy elegante, ornado con estuco parisién. Al cruzarlo, afirmé un día que la música tendría allí sin duda una excelente resonancia, y con ocasión de aquella alborada efectuamos en él una especie de ensayo. Deseaba ahora hacer la prueba en grande. Me brindé a reunir una orquesta aceptable, que interpretara fragmentos sinfónicos de Beethoven, de los cuales escogería los motivos más jubilosos en consonancia con la proyectada velada. Los preparativos duraron algún tiempo, se pasó la fecha del cumpleaños y finalmente, en los últimos días de marzo, casi coincidiendo con la Pascua, pudo celebrarse el concierto. Este festival en privado alcanzó un éxito completo. Bajo mi dirección, una orquesta lo suficientemente nutrida para la instrumentación de Beethoven, interpretó perfectamente una selección de fragmentos sinfónicos. La singularidad de semejante concierto casero produjo una gran emoción entre los invitados distribuidos en los diferentes salones. Al comenzar la fiesta, la hijita de la señora Wesendonck me ofreció una batuta de marfil esculpido construída según un diseño de Semper y que ha sido la primera y única batuta que jamás me hayan ofrecido. No faltaban a mi alrededor flores y plantas verdes, y cuando se terminó el concierto con el *adagio* de la *Novena sinfonía*, pasaje de un profundo recogimiento, los invitados no pudieron menos de reconocer que les había sido oír algo extraordinario. A mi entender, una audición musical debía acabar siempre no con una pieza ruidosa, sino con una obra sosegadora como ese *adagio*.

**Impresión melancólica de la fiesta.** Mis amigos Wesendonck, a quienes había dedicado especialmente aquella muestra de atención, les produjo aquella fiesta, una profunda y solemne emoción. A mí, en cambio,

me dejó una impresión melancólica, parecida a una advertencia del destino. La nueva pasión de mi vida había alcanzado su punto álgido y aún lo había sobrepasado; la cuerda del arco estaba demasiado tensa. La señora Wille me confesó más tarde que había experimentado aquella noche sensaciones análogas. El 3 de abril envié al grabador de Leipzig el primer acto de la partitura de *Tristán*. Había prometido a la señora Wesendonck el borrador del prólogo, en el que había anotado la instrumentación con lápiz. Se lo envié adjuntándole una esquila en la que le expresaba sin tapujos el estado de ánimo en que me hallaba. Sin embargo, desde hacía algún tiempo mi mujer se mostraba recelosa respecto a nuestra vecina, quejándose amargamente de que la señora Wesendonck no la trataba con las atenciones debidas a la esposa de un hombre que gozaba en su casa de tanto favor. De una manera general, estimaba que, en nuestras mutuas relaciones, las visitas de nuestra vecina eran a mí a quien iban destinadas, y no a ella. Con todo, Minna no se había mostrado todavía abiertamente celosa.



*Luis II, en su carro real, viajando de noche.*



*Luis II*



*Ceremonia real presidida por Luis II.*



*Caricatura de Wagner.*



AQUELLA mañana, mientras se paseaba por el jardín, vió Minna al criado que llevaba mi envío; lo detuvo, le arrebató la carta y la abrió. Incapaz de comprender el estado de ánimo que revelaban aquellas líneas, no interpretó más que su literal y habitual sentido y se creyó con derecho para venir a mi habitación y abrumarme con los más singulares reproches acerca del espantoso descubrimiento que se figuraba haber realizado. Más tarde me confesó Minna que nada le había indignado tanto como la serenidad y la aparente indiferencia con que la recibí. Lo cierto es que no le respondí una sola palabra, cambié ligeramente de posición y dejé simplemente que saliera de la habitación. Pero si pensaba para mis adentros que era aquella la forma insoportable que tomaba en adelante el lazo conyugal tan penosamente reanudado ocho años antes, y que entorpecería siempre mi existencia. Di a Minna la orden terminante de que permaneciera tranquila, y que en sus comentarios y manera de obrar evitara todo motivo de sospecha, importancia que tenía para nosotros aquel incidente tan baladí. Minna pareció hacerse cargo de mis razonamientos y me prometió ser discreta y poner fin a sus estúpidos celos. Desgraciadamente, a la pobre mujer la exaltaban siempre las ideas más negras y sufría una dolorosa excitación provocada por su afección cardíaca. Y creyó consolar su corazón con el único medio que se le antojó eficaz: animada de las mejores intenciones, llamó la atención de nuestra vecina respecto a las consecuencias que podría acarrearle una imprudente intimidad conmigo.

*Celos de Minna  
(Abril de 1858)*

AL regresar de un paseo encontré al matrimonio Wesendonck, que se disponía a salir en coche. Observé que, mientras él sonreía con aire de singular satisfacción, ella estaba presa de una gran turbación. En seguida adiviné lo que había ocurrido, pues también mi mujer estaba extraordinariamente contenta. Minna me tendió noblemente la mano y me dijo que me quería como siempre me había querido. Le pregunté si por avar había faltado a su promesa, y me respondió que, mujer avisada, había tenido, en efecto, que volver a poner las cosas en orden, por lo que le di a entender entonces que las consecuencias de su perjurio serían sin duda molestas para ella. De buenas a primeras, me pareció indispensable que se marchase lo más pronto posible a Brestenberg, a orillas del lago Hallwil, cosa que ya habíamos convenido anteriormente. Nos habían recomendado este balneario como muy beneficioso para la salud de Minna, y según nos aseguraron, el médico de Brestenberg hacía curas magníficas a los enfermos del corazón. Minna se sometió, y yo, sin querer saber lo que acerca del incidente pensaban los moradores de la casa vecina, conduje a mi mujer y a su papagayo a aquellos baños, situados a algunas horas de Zurich, cuya instalación era ciertamente decorosa. Cuando me despedí de Minna, ésta se dio cuenta de que la situación era al mismo tiempo triste y grave. Solo pude consolarla prometiéndole que trataría de atenuar las desdichadas consecuencias que su falta de palabra podría acarrear a nuestra vida en común.

*Minna,  
en Brestenberg*

A mi regreso, me enteré de los detalles de la conducta de Minna para con nuestra vecina. Engañándose groseramente sobre la índole de mis relaciones, puramente amistosas, con aquella joven mujer que no pensaba en verdad más que en velar por mi reposo y mi bienestar, Minna se atrevió incluso a amenazarla con hacer revelaciones a su marido. La señora Wesendonck, que se sabía inocente, se había sentido herida en sus sentimientos hasta el punto de no saber ya qué pensar acerca de mí: no podía comprender que yo hubiese podido dejar a mi mujer en su funesto error. Gracias a la ponderada intervención de nuestra común amiga, la señora Wille, se me absolvió finalmente de toda participación en la conducta de Minna, pero me dieron a entender que no le sería ya posible a la ofendida el volver a poner los pies en mi casa o seguir tratándose con Minna. No parecieron comprender que en estas condiciones mi única respuesta era marcharme del «Asilo», y aún de Zurich. Esperaba, no obstante, que con el tiempo las aguas volverían a su cauce, puesto que la intimidad con mis amigos no había sido destruída, sino sólo enturbiada. Mas para ello precisaba mi mujer una notable mejora de su salud, que le permitiera reconocer las locuras que había cometido y reanudar de esta forma las relaciones con nuestros vecinos. Transcurrieron así las cosas durante varias semanas, y los Wesendonck efectuaron un viaje de placer por el Norte de Italia.

*Intervención  
de la señora Wille*

**El segundo acto de «Tristán»**  
(Mayo de 1858)

ENTRETANTO, la llegada del piano prometido por los Erard me sumió en casi una melancolía, pues comprobé de pronto qué afono instrumento era el Breitkopf y Haertel, de que hasta entonces me había servido. Siguiendo los consejos que por espíritu de conservación me dió mi mujer, reelegí mi antiguo piano a los sótanos de la casa. Más tarde, Minna se lo llevó a Sajonia y lo vendió, si la memoria me es fiel, por cien táleros. El nuevo piano acariciaba deliciosamente mi sentido musical, y al inaugurarlo con una improvisación, di sin esfuerzo con los suaves acordes de la escena nocturna del segundo acto de *Tristán*. Y comencé su composición a comienzos de mayo.

**El gran duque de Weimar,  
en Lucerna**

SORPRENDÍOME entonces una inopinada interrupción. El gran duque de Weimar, que acababa de regresar de un viaje de Italia, me invitó a que fuera a verle a Lucerna. Tuve entonces con mi aparente protector de antaño, una larga entrevista en la habitación de hotel del chambelán Beaulieu. Conocí a este último con ocasión de mi fuga de Dresde. De esta entrevista saqué la consecuencia que mi inteligencia con el gran duque de Baden a propósito de *Tristán* había producido alguna impresión en la Corte de Weimar. Carlos Alejandro aludió directamente a *Tristán* y añadió que, a cambio del interés que le inspiraban siempre mis *Nibelungos*, deseaba recibir de mí la promesa de que se reservara a Weimar la representación de aquella obra, a lo que accedí sin hacerme de rogar.

De una manera general, la personalidad del príncipe me causó una agradable impresión. Sentado conmigo en un estrecho canapé, habló con gran familiaridad, utilizando, sin embargo, un lenguaje singularmente escogido, como si tratara de dar muestras de su cultura intelectual. Me sorprendió que no hiciera mella en su dignidad las reflexiones extemporáneas y de corto alcance de Beaulieu, que con su áspera y desagradable voz se mezcló en la charla. Al preguntarme el Gran Duque, tras no pocos rodeos, lo que pensaba sinceramente acerca de las composiciones de Liszt, me extrañó sobremanera no advertir en él la menor contrariedad cuando el chambelán aprovechó la ocasión para expresar su opinión personal acerca del estimable amigo del príncipe. Al decir de Beaulieu, las composiciones de Liszt no eran sino el producto de las manías de un gran virtuoso. Me di cuenta entonces de las

singulares relaciones que existían entre el Gran Duque y su chambelán, y tuve que esforzarme para conservar un grave continente.

Al día siguiente, nueva visita al Gran Duque. Esta vez no estaba el canciller, por lo que el príncipe se expresó sobre Liszt con sincero apasionamiento. A solas los dos, me expresó que no sabía apreciar en su justo valor los consejos y la estimulante compañía de su amigo. En aquel momento tuve la sorpresa de ver entrar a la Gran Duquesa. Su marido me presentó a ella. La Gran Duquesa se inclinó graciosamente y la impecable corrección de su movimiento ha quedado grabada en mi memoria. Los prominentes pensamientos consideraron, sin duda, aquel encuentro conmigo como un agradable incidente de viaje. Desde aquel día no he vuelto a oír hablar de ellos (1), y más adelante, cuando fui a ver a Liszt, poco antes de su marcha de Weimar, no logré conseguir, pese a la intervención de mi amigo, que el Gran Duque me concediera una audiencia.

Poco tiempo después de aquella excursión a Lucerna, llegó a mi casa Carlos Tausig.

Carlos Tausig provisto de una carta de recomendación de Liszt. Tausig tenía entonces dieciséis años y sorprendía por su fisonomía graciosa y juvenil, con la que contrastaba una señalada madurez de inteligencia y de maneras. En Viena, donde actuó en un concierto, le habían llamado el «Liszt del porvenir». De todos modos, parecía merecer este título, pero aterrado me di cuenta de que fumaba el tabaco más fuerte que podía encontrar. Me encantó su resolución de pasar algún tiempo a mi lado. Además de su espíritu aún algo infantil, y, no obstante, ser muy razonable, por no decir casi astuto, su pulcritud interpretativa y su rápida comprensión musical me causaban un verdadero placer. Descifraba todo cuanto iba a parar a sus manos, y para divertirme hacía uso de su increíble destreza para las cosas más extravagantes. Se instaló cerca de mí y le invité a todas mis comidas. Tausig estimó su deber acompañarme en mis paseos habituales por el valle del Sihl, pero no tardó en dispensarse de ello. Vino conmigo a Brestenberg, pero como yo iba allí todas las semanas para observar los progresos de la cura de mi mujer, no tardó tampoco en evitar aquellas excursiones. Brestenberg y la compañía de Minna no parecieron ser de su gusto. Con todo, no pudo eludir el ver con frecuencia a Minna cuando ésta, a fines de marzo, interrumpió su cura para venir a pasar algunos días a mi lado y ocuparse de los quehaceres domésticos.

Por la conducta de Minna me di cuenta entonces que había ya dejado de dar importancia a los recientes y lamentables acontecimientos. Se figuraba que se había tratado simplemente de unos «amorcillos» de los que ya había dado buena cuenta. Como Minna hablaba de ello con un tonillo socarrón muy desagradable, una noche, a pesar de los miramientos a que me impelía su estado de salud, me vi obligado a explicarle claramente la situación en que me había colocado y darle a entender que, a consecuencia de su desobediencia y de su ridícula conducta con nuestra vecina, era más que dudoso que pudiéramos continuar viviendo en nuestro «Asilo», en el que, tras no pocos trabajos, acabábamos de instalarnos. Le previne, además, de que nuestra separación sería entonces inevitable y que, en tal caso, estaba decidido a no reanudar nuestra vida matrimonial.

Todas las cosas graves que en aquella ocasión dije a mi mujer sobre el carácter de nuestro pasado le causaron, al parecer, una intensa emoción, sobre todo cuando comprendió que era ella la causa del desmoronamiento de nuestra existencia, edificada tras tantas dificultades. Por primera vez desde que la conocía, la oí proferir una lamentación digna y afectuosa. Y también por primera y única vez me dió una prueba de ternura y humildad besándome la mano cuando a medianoche me despedí de ella.

Este acto me impresionó profundamente y me pareció como posible un cambio súbito en el carácter de mi desdichada mujer. Y de nuevo alenté en mi ánimo la esperanza de poder continuar en la situación en que nos hallábamos. Todo parecía confirmar esta esperanza. Mi mujer volvió a Brestenberg; un verano espléndido favoreció mi trabajo en el segundo acto de *Tristán*; las veladas que pasaba con Tausig me eran sumamente agradables, y, por último, mis relaciones con mis vecinos, que no llegaron nunca a ser hostiles, parecían tomar un rumbo que deseaba no sufriera el menor desvío. Y aún admitía que, cuando mi mujer, terminada su cura, se trasladara de nuevo al lado de su familia en Sajonia, el tiempo acabaría por dar al olvido todo cuanto había ocurrido, borrando el recuerdo de la conducta de Minna y cicatrizando las heridas que ésta había infligido a nuestra vecina, restableciéndose por sí mismas las irreprochables relaciones habidas siempre entre ambas casas. Lo que contribuía a alentar mi buen humor era la perspectiva de recibir una agradable visita, y las ofertas que acababan de hacerme dos de los más importantes teatros alemanes.

**Ofertas de los teatros de Berlín y de Viena**

EN el mes de junio la Intendencia de Berlín solicitó informes acerca de *Lohengrin*, y pronto llegamos a un acuerdo. También en Viena, la forzada introducción de *Tannhauser* había producido su efecto en la dirección del teatro de la Corte. La dirección artística de la Opera fué confiada al excelente maestro de capilla Carlos Eckert. Este aprovechó la feliz circunstancia de que la Opera contaba con un buen conjunto de cantantes y el momentáneo cierre del teatro, impuesto por la necesidad de restaurar la sala, para dedicar el tiempo que le quedaba libre a estudiar una obra nueva y difícil. Logró hacer aceptar *Lohengrin* y me formuló sus propuestas. Por mi parte, hubiera querido percibir los derechos de autor en la forma que me eran sufragados en Berlín, pero no se pudo acceder a mi deseo. El aloro del viejo teatro era reducido y no permitía creencia personalmente a ultimar un acuerdo en nombre de la dirección, y me ofreció veinte mil florines por las veinte primeras representaciones de *Lohengrin*, y otra suma igual después de la vigésima. La amistosa confianza con que me habló el honrado músico me conquistaron en seguida, e inmediatamente cerré tratos con él. Acto seguido Esser examinó la partitura conmigo y fué anotando concienzudamente todas mis observaciones.

**Bosquejo del segundo acto de «Tristán»**

CUANDO Esser se despidió de mí para comenzar en Viena el estudio de *Lohengrin*, abrigaba las mejores esperanzas en un éxito rotundo. Con el mejor estado de ánimo terminé, a comienzos de julio, el bosquejo de la composición del segundo acto de *Tristán*, y poco después puse en limpio la primera escena. Mas a partir de aquel momento mi trabajo se vió constantemente interrumpido

(1) Escrito en 1862, (N. del A.)



Vino a visitarme Tichatschek, quien se instaló en la reducida habitación que destinaba a los amigos. Quería descansar, decía, de sus últimas campañas, pues se jactaba de haber logrado reponer mis óperas en el repertorio de allí triunfalmente», añadía. También estaba en proyecto una o más representaciones de *Lohengrin*. Todas esas noticias me eran muy agradables, pero en verdad no sabía qué hacer de aquel hombre durante todo el santo día. Fortunadamente, Tausig se dió cuenta de mi embarazo y se encargó de dar ocupación a Tichatschek, jugando a las cartas con él desde por la mañana hasta por la noche. Aún tuve otras visitas: el joven y célebre tenor Niemann, cuyo talento me habían encomiado mucho, y su prometida, la notable actriz señorita Seebach. Por su estatura casi colosal, el cantante me pareció creado para el papel de Sigfrido. Sólo que encontrándose juntos en mi casa dos tenores famosos, ni uno ni otro quiso cantar, recelando ambos mutuamente. Pese a todo, adquirí el convencimiento de que la voz de Niemann respondía a su voluminosa persona.

El 15 de julio fui a buscar a mi mujer a Brestenberg y la conduje de nuevo a casa. Aprovechando mi breve ausencia, mi criado, un avisado sajón, estimó su deber celebrar el retorno del ama de casa con cierta solemnidad y construyó una especie de arco de triunfo que engalanó con flores. Mas resultó de esto una gran confusión. Minna, muy satisfecha, se persuadió de que esa florida edificación dejaba en cierta manera atónitos a nuestros vecinos, que debían ver en ello la prueba de que el retorno de mi mujer no era en modo alguno un acto de compasión por parte mía. Así, durante algunos días, no quiso que se quitase aquel distintivo de fiesta.

En aquella época, los Bulow, fieles a su promesa, habían vuelto también a Zurich. Como el desgraciado Tichatschek retrataba una y otra vez su marcha y seguía ocupando nuestra única habitación libre, los Bulow se vieron obligados a hospedarse en el hotel por espacio de algunos días. Habían ya visto a los Wesendonck y supe por ellos que el arco de triunfo había producido un efecto deplorable en el ánimo de nuestra joven vecina. Y me extrañó asimismo saber que ésta se lamentaba aún vivamente de la ofensa que la habían inferido. Me dió cuenta entonces de la gran confusión que reinaba en el ánimo de unos y otros, y a partir de aquel instante abandoné definitivamente la esperanza de una reconciliación.

Sobrevinieron días de horrible desasosiego. Descaba estar en el punto más apartado del globo y, en cambio, mi casa estaba llena de invitados. Por último se marchó Tichatschek y pude al menos con sagarme a unos huéspedes que me eran más queridos. Los Bulow me parecían, en verdad, enviados del cielo para apaciguar la abominable agitación que trastornaba mi casa. El día que llegó Hans tuvo ocasión de presenciar una espantosa escena de Minna conmigo, pero fingió no darse cuenta de nada. Yo acababa de declarar a mi mujer que al extremo que habían llegado las cosas, era imposible seguir habitando nuestra casa, y que sólo aguardaba para marcharme el momento en que se fueran nuestros jóvenes amigos. Aunque esta vez tuve que confesarle que no era solamente su conducta la causa de mi desesperación.

Pasamos todavía un mes en nuestro «Asilo», cuyo nombre tan poco cuadraba con la realidad. Fueron unas semanas horriblemente penosas, y mis experiencias cotidianas fortalecían mi resolución de abandonar para siempre aquel lugar. No por esto mis invitados sufrían menos que yo. Mi tormento repercutía en todos aquellos que simpatizaban con mis sufrimientos. Y para colmo de tan infortunada hospitalidad, Klindworth, que acababa de llegar de Londres, se reunió con nosotros. La casa estaba atestada. Se agrupaban en el comedor unos preocupados y lúgubres huéspedes, y la persona que se veía obligada a procurarles alojamiento era precisamente la que me hacía aborrecer un hogar que también ella había de abandonar. Me parecía que existía alguien que habría sabido aportar un poco de luz y de sosiego o, por lo menos, un tanto de orden en aquel estado de confusión en que estábamos sumidos, y ese alguien era Liszt, que me había prometido su visita. Estaba Liszt tan al margen de nuestras relaciones cotidianas y de nuestro sentido zuriqués, era hombre de tanta experiencia y poseía hasta tal punto lo que se llama el «aplomo» de la individualidad, que me parecía el único hombre capaz de poner remedio a nuestra desunión y a aquel desorden. Estruve casi tentado de aplazar toda resolución definitiva hasta haber hablado con él. Traté de que anticipase su llegada, pero fué en vano. Me propuso, en verdad, una entrevista a orillas del lago Lemán, ¡pero al cabo de un mes!

**Situación intolerable** Fué apoderándose entonces el desánimo de mí. La existencia con mis amigos iba arrastrándose en una incurable languidez. Por un lado, nadie adivinaba lo que me impelia a abandonar una instalación tan agradable, y, por otro, no cabía duda de que aquel estado de cosas no podía prolongarse un día más. De vez en cuando consagrábamos unos momentos a la música, pero nos hallábamos distraídos. Nuestros pensamientos estaban en otra parte. Para acabar de agobiarme, vinieron a sumarse a mi pesadumbre las preocupaciones de un festival federal de canto, por lo que me vi obligado a defenderme de las múltiples pretensiones de los organizadores. Les contesté de una manera poco correcta e incluso envié a paseo a Franz Lachner, que venía con ellos y a quien ni siquiera devolví la visita que me hizo. Tausig, es verdad, nos divirtió cantando una octava demasiado alta y con su infantil voz de falsete la cantata tudesca guerrera que Lachner había compuesto para aquella fiesta. Pero esto no contribuyó, ciertamente, a regocijarnos. Todo cuanto hubiera podido ser para mí aquel mes de verano uno de los más estimulantes de mi vida, lo hacía aún más insoportable: por ejemplo, la presencia entre nosotros de la condesa de Agoult, que había venido a Zurich para ver a su hija y a su yerno.

**Salida general del «Asilo»** (Agosto de 1858) ESTABA la casa literalmente abarrotada cuando, por último y después de haber mantenido su ojeriza por espacio de largo tiempo, llegó Carlos Ritter. De todos mo-

dos, fué nuevamente el ser interesante y original de antaño. Próximo el momento de la salida general, tuve que ocuparme de la rescisión de mi contrato de alquiler. Para ello fui a ver personalmente a Otto Wesendonck, y luego, acompañado de Hans, me despedí de la señora Wesendonck. Aunque turbada todavía por el sentimiento de su orgullo herido, se despidió cordialmente de nosotros y acabó por acusarse a sí misma de ser la causa del desacuerdo que se había producido.

Todos mis amigos se separaron de mí con viva emoción, pero sólo pude corresponder a sus manifestaciones de afecto con una marcada apatía. El 16 de agosto partieron también los Bulow, Hans anegado en llanto y Cósima

guardando un taciturno silencio. Había convenido con Minna de que permanecería una semana aún a mi lado, a fin de desalojar la casa y disponer a su criterio de nuestro modesto capital. Le aconsejé que recabara la ayuda de otra persona para aquella penosa tarea, pues no comprendía cómo en aquellas circunstancias se pudiera ocupar mi mujer de un trabajo tan desagradable. Pero Minna me contestó con tono de reprimenda: «¡Sólo me faltaría eso!» Bastante pena tengo de abandonar todas mis cosas! Además, hay que hacerlo todo con orden.» En verdad, y como supe más tarde, muy a pesar mío, Minna llevó a cabo su tarea con cierta solemnidad práctica anunciando en los periódicos una ventajosa subasta por marcha repentina, suscitando con esto tal emoción que todo el mundo quedó consternado; lo que asimismo dió origen a los rumores y habladurías que atribuyeron un sentido de escándalo al incidente ocurrido y a las relaciones que fueron su causa, y cuyas odiosas consecuencias han recaído sobre mí y la familia Wesendonck.

El 17 de agosto, al día siguiente de la marcha de los Bulow —sólo la presencia de estos amigos me había retenido en Zurich—, me levanté muy de mañana, después de una noche de insomnio. Tenía que tomar el tren de las cinco de la tarde y cuando bajé al comedor para almorzar, Minna me aguardaba ya.

Mi mujer estaba resignada y sólo se dejó vencer por la emoción cuando viajábamos en el coche que nos condujo a la estación. El día era claro y luminoso, sin una nube en el cielo. Al separarnos, no vertí una sola lágrima, y no recuerdo que volviera la cabeza después de haberme despedido de ella, lo que casi me horrorizó. Pero cuando el tren se puso en marcha, comenzó a invadirme un creciente sentimiento de bienestar. Era evidente que una vida atormentada como la de aquellos últimos tiempos no podía durar un solo día más. Se imponía, por tanto, que si quería reanimar mi instinto vital y dar de nuevo una finalidad a mi existencia, tenía que desahogarme por completo de las desdichadas condiciones de vida que hasta entonces había llevado.

Por la tarde de aquel mismo día me apeé en Ginebra, donde contaba descansar un poco y poner orden a mis ideas. Pero ¿cómo iba a organizar mi vida? Pensé al principio intentar un nuevo ensayo e instalarme en Italia. Pero habiendo reflexionado en los resultados de mi primera experiencia, estimé conveniente no marcharme hasta la llegada del otoño, con lo que me evitaría las molestias de un cambio de clima. Alquilé, entonces, una habitación por un mes en la casa Fazy y traté de persuadirme que me encontraba maravillosamente instalado.

Había anunciado mi proyecto de viaje a Italia a Carlos Ritter, que residía en Lausana. Fué grande, por consiguiente, mi sorpresa cuando me comunicó en su respuesta que también él se

proponía trasladarse a Italia. Iría solo, pues su mujer había de pasar el invierno en Sajonia por razones de familia. Y se me brindó como compañero de viaje. Además, habiendo pasado el año anterior unos días en Venecia, me aseguró que en esta estación el clima era allí muy soportable. Resolví, pues, partir con él lo más pronto posible. En primer lugar, tuve que ocuparme de mi pasaporte. Esparaba de las embajadas de Berna la seguridad de que, siendo refugiado político, no sería molestado en Venecia que, no obstante ser una ciudad austríaca no formaba parte de la Confederación alemana. Liszt, a quien solicité informes a este respecto, me aconsejó vivamente que no marchara a Italia; en cambio, uno de mis amigos que se entrevistó con el ministro de Austria, dispuso completamente mis temores. Así que, después de una estancia de ocho días en Ginebra, pude comunicar a Carlos Ritter que estaba presto a partir. Fui a recogerle a Lausana y nos pusimos en camino.

**Llegada a Venecia** (29 de agosto de 1858) SUMIDOS en nuestras propias reflexiones, apenas cambiamos unas palabras durante todo el viaje, que efectuamos por el Simplón y el lago Mayor. Al llegar a Baveno, volví a visitar las islas Borromeas. Allí, en las terrazas de la Isola Bella y en compañía de mi joven amigo, que no solamente no era nunca indiscreto, sino más bien demasiado silencioso, gocé de una admirable mañana de verano. Por primera vez desde hacía mucho tiempo me sentía perfectamente tranquilo, y comencé de nuevo a soñar con un futuro de paz y de armonía. Por Sesto Calende proseguimos en un coche de postas nuestro viaje camino hacia Milán. Estaba Carlos tan anhelante por llegar a su querida Venecia, que apenas si me permitió admirar el célebre Domo milanés. Aquellos días me sentí completamente feliz. Y cuando el 29 de agosto, en la hora del crepúsculo, divisamos Venecia reflejada en el espejo de sus aguas, le acometió a Carlos tal frenesí de alegría y de entusiasmo, que su sombrero salió despedido por la ventanilla del coche. No quise yo quedarme a la zaga y arrojé también el mío por la portezuela. Llegamos a Venecia con la cabeza descubierta. Inmediatamente tomamos la góndola que, siguiendo el Canal Grande, había de transportarnos a la Piazzetta di San Marco. El tiempo se oscureció súbitamente y aún no sé por qué la góndola me llenó de terror. A pesar de todo cuanto había oído decir acerca de esas embarcaciones pintadas de negro, su aspecto me causó una desagradable sorpresa. Y cuando en la nuestra tuve que acomodarme debajo de la tela negra que hacía las veces de techo, tuve la misma impresión que la que me produjo el cólera, y creí verdaderamente encontrarme en un convoy de apestados. Carlos me aseguró que esto le ocurría a todo el mundo, pero también que muy pronto se habituaba uno. Sucedió luego el larguísimo trayecto del sinuoso Gran Canal, pero nada de cuanto veía lograba disipar mi inquietud. Allí donde Carlos admiraba la «Ca' d'oro», de Fanny Elsler o cualquier otro palacio célebre, yo no veía más que las ruinas que yacían entre esos interesantes edificios. Acabé por no decir una palabra y consentí en desembarcar en la famosa Piazzetta para visitar el palacio de los Dogos. Pero decidí admirarlo cuando se hubiera disipado de mi ánimo el melancólico humor en que me había sumido mi llegada a Venecia.

**Instalación en el palacio** Guistiani En el hotel donde nos hospedamos nos destinaron unas habitaciones muy tristes, cuyos balcones daban a unos angostos canales. Así que al día siguiente me dediqué a la

búsqueda de un alojamiento decoroso para una larga estancia. Supe que en uno de los tres palacios Guistiani, no lejos del Palazzo Foscari, que los extranjeros abandonaban en invierno a causa de su mala situación, hallaba sin duda algunas habitaciones para alquilar. Encontré, en efecto, unos aposentos muy espaciosos y que según me aseguraron, estaban desocupados la mayoría. En vista de esto, alquilé un enorme y majestuoso salón y un dormitorio contiguo y me apresuré a trasladar mi equipaje. Y el 30 de agosto por la tarde ya podía decir en verdad que estaba instalado en Venecia.

Poder trabajar sin ser molestado había sido mi única preocupación. Lo





Quadro de Ludwig Beckstein: "Una tarde en casa de Wagner". En el mismo espacio: Lilli Lehmann, Jul. Rubinstein, H. Richter, Wagner, Franz Maticka, Betz, Wilhelm, Rietzsch, Prandl.

Wagner y sus amigos en Munich, el 17 de mayo de 1865: Friedrich Uhl, Richard Pohl, H. von Rost, Auguste Röckel, Casperini, Wagner, Hans von Bülow, Adolf Jensen, Carl Gille, Franz Müller, Felix Draesecke, Alexander Ritter, Damrosch, Heinrich Porges y Moszornig.

München.  
Königl. Hof- und National-Theater.  
Samstag den 10. Juni 1865.  
Hochfeierliches  
Konzert.  
**Tristan und Isolde**  
von Richard Wagner.  
Premiere der Fassung.  
Soprano: Frau v. ...  
Alto: ...  
Tenor: ...  
Bass: ...  
Orchester: ...  
Anfang um sechs Uhr, Ende nach zehn Uhr.  
Der erste Akt ist eine alte Geschichte, die zweite eine neue.



Cartel anunciador del estreno de "Tristán e Isolda" en Munich, en 1865.



La villa de Tribschen, con el Monte Pilatus encima, cerca de Lucerna. En esta casa vivió Wagner de abril de 1866 a abril de 1872.

Tribschen.





cuando inmediatamente a Zurich para que me enviaran mi Erard y mi cama, pues no dudaba de que no tardaría en conocer el frío de Venecia. Por otra parte, las paredes grises de mi salón me fueron pronto insostenibles, pues al no recordar, no sintonizaban lo más mínimo con un techo de burnos completamente pintado al fresco. Encargué entonces que cubrieran las paredes con un empapelado corriente encarnado oscuro, lo que dió lugar a un poco de aljofre. Con todo, estos contratiempos me parecían soportables cuando desde mi balcón admiraba con goce creciente el soberbio canal, y me decía: «Aquí terminare *Tristan*».

Hice recubrir con mamparas de cretona barata, de un color uniforme, las toscas puertas que el propietario húngaro había hecho colocar en aquel destrozado palacio en substitución de las de valor que habían sido sin duda no un poco teatrales. Las sillas eran de madera, aunque tapizadas con una hasta tela de algodón. Había también una mesa cuyas patas estaban notablemente esculpidas y doradas, pero cuya superficie la constituía una grosera plancha de pino que cubrí con un mantel encarnado de no mucho valor. Finalmente, llegó mi piano. Ocupó un lugar preeminente en el centro del salón y me dispuse a poner en música la admirable Venecia.

Sin embargo, aquel mismo día me sentí enfermo de disentería, cuya dolencia experimenté ya en Génova, y durante varias semanas me vi imposibilitado de acometer toda clase de trabajo. Pero a todo, habiendo comenzado a captar las incomparables bellezas de la señorial ciudad, me alentaba la esperanza de poder extraer de la contemplación de las mismas las fuerzas necesarias para una producción artística fecunda y de altos vuelos. En uno de mis primeros paseos por la Riva me abordaron dos extranjeros. Uno era el conde Edmundo Zichy, y el otro el príncipe Dolgorukow. Habían salido de Viena hacia una semana y asistido a las primeras representaciones de mi *Lohengrin*. Hablaron encomiásticamente de mi obra, y a juzgar por su entusiasmo, adquirí el convencimiento de que les había causado una impresión extraordinariamente favorable. El conde Zichy se marchó de Venecia poco después, pero Dolgorukow tenía la intención de pasar en ella todo el invierno.

El conde  
Edmundo Zichy

Estaba resueltamente decidido a permanecer al margen de toda sociedad, pero en lo que le concernía a aquel príncipe ruso, tuve bien pronto que renunciar a mi propósito. Dolgorukow frisaba los cincuenta años, su fisonomía era grave y muy expresiva — se jactaba de ser de origen caucásico —, manifestaba bajo todos conceptos una profunda y vasta cultura, poseía una gran experiencia y daba muestras de una rara comprensión acerca de cosas de música. Conocía asimismo a fondo la literatura musical, hasta el punto de que por la misma se le podía suponer una afición cultivada desde hacía largos años. No anduve remiso en declararle en seguida que por motivos de salud necesitaba estar solo y no ver a nadie, pero, con todo, me era sumamente difícil eludir su encuentro en los escasos paseos de Venecia, y, por otra parte, tampoco hubiera podido impedir que aquel simpático extranjero frecuentara el «Albergo San Marco», donde se hospedaba y donde yo solía ir a comer con Ritter. Así que durante mi estancia en Venecia, y sin que esto me desagradara, vi a Dolgorukow casi todos los días.

Mis relaciones  
con el príncipe Dolgorukow

UNA tarde, al entrar en mi casa me sorprendió de una manera inquietante la noticia de la llegada de Liszt a mi palacio. Me precipité hacia la habitación que indicaron y quedé atónito al hallarme en presencia del pianista Winterberger. Este se había introducido cerca del propietario, alegando ser amigo de Liszt y mío, y en los primeros momentos de confusión lo habían tomado por el propio Liszt. Conoció a aquel joven con ocasión de la prolongada visita que Liszt me hizo en Zurich. Parece que era un excelente organista y que se le empleaba como segundo cuando se trataba de interpretar piezas a dos pianos. Salvo sus maneras un poco bobaliconas, nada de particular había observado en él. Por el momento, no dejó de extrañarme que al llegar a Venecia hubiese justamente elegido mi casa para hospedarse. Aseguró que no había venido sino como enviado de una tal princesa Galitzine, que se proponía pasar el invierno a orillas del Canal Grande. No conociendo a nadie y habiendo oído decir en Viena que me hallaba en Venecia, ésta era la razón por la que se había hospedado en mi hotel. Le hice observar que no existía tal hotel, y le declaré que si la princesa rusa abrigaba la intención de instalarse cerca de mi casa, me mudaría inmediatamente. Winterberger trató entonces de tranquilizarme y me dijo que, según sus noticias, la princesa tenía ya alquilado un piso en otra parte. Le pregunté entonces qué le había traído al palacio, advirtiéndole de paso que los alquileres del mismo eran muy crecidos. Si yo soportaba esta pesada carga, añadió, se debía a que deseaba estar tranquilo, sin ninguna vecindad y sobre todo sin ningún vecino que tocara el piano. Winterberger me dió toda clase de seguridades; me dijo que no me causaría la menor molestia y por último me rogó que le permitiera alojarse en la misma casa que yo hasta que se le presentara la ocasión de hacerlo en otra parte.

Lo primero que hizo Winterberger fué granjearse la amistad de Carlos Ritter, y ambos iniciaron la búsqueda de una habitación lo suficientemente apartada de las mías para que ningún sonido de piano llegara a mis oídos. Me resigné, pues, a la idea de tener a Winterberger como vecino, pero transcurrió aún algún tiempo antes de que permitiera a Ritter que lo trajera a mi casa.

En cambio, no tardé en simpatizar con un profesor italiano de piano llamado Tassarini. Su cabeza era graciosa y típicamente veneciano, y esmaltaba su hablar un singular tartamudeo. Era, además, apasionado por la música alemana y conocía muy bien las nuevas composiciones de Liszt y las mías. «Respecto a la música — aseguraba —, soy un mirlo blanco en medio de cuantos italianos me rodean.» Fué por mediación de Ritter como pudo acercarse a mí. En Venecia, Carlos parecía afanarse más en el estudio de la población que en su propio trabajo. Había alquilado en la «Riva dei Schiavoni» una reducida y modesta habitación, en la que daba siempre el sol, de suerte que jamás tenía necesidad de calentarla. Por otra parte, sólo servía en verdad para su escaso equipaje, pues casi nunca se le encontraba en ella. Durante el día recorría los museos y las galerías de arte y por la noche los cafés de la Plaza de San Marcos. De una manera regular, sólo veía a Ritter, pues me había encerrado en mi firme resolución de no ver a nadie y ni siquiera con traer ninguna nueva amistad. El médico habitual de la princesa Galitzine — que ciertamente se había instalado en Venecia, donde, según se decía, — llevaba una vida ostentosa —, me había dado a entender en varias ocasiones que mi visita sería muy del agrado de aquella dama, aunque jamás iba a

verla, a pesar de que, habiendo tenido necesidad de los arreglos para piano de *Tannhauser* y *Lohengrin*, y no ignorando que la única persona que en Venecia los poseía era aquella princesa, no di siquiera el menor paso para pedirselos.

Una sola y única vez dejé entrar un extranjero en mi aposento. Le conocí en el «Albergo San Marco» y su fisonomía me fué simpática. Era el pintor en el príncipe Dolgorukow y para el profesor de Rahl, de Viena. Para él, para el príncipe Dolgorukow y para el profesor de Tassarini, llegué incluso a organizar una especie de velada en cuyo transcurso se interpretaron algunos fragmentos de mis obras. Y fué en aquella ocasión cuando Winterberger hizo su entrada en mi salón.

Mi manera de vivir  
en Venecia

DURANTE los siete meses que viví en Venecia, sólo en aquellas raras ocasiones me relacioné con mis semejantes, y fuera de ellas observé siempre el plan cotidiano que me trazaba de antemano la más estricta regularidad. Trabajaba hasta las dos de la tarde, y luego subía en la góndola que me esperaba para conducirme, siguiendo el grave y majestuoso Gran Canal, a la alegre Frazzetta, cuya gracia y animación me infundían cada vez una vida nueva. Entraba en mi restaurante habitual, me paseaba solo o con Carlos por la Riva, llegando hasta el Giardini, la única plaza de Venecia plantada de árboles. A la caída de la tarde, volvía a tomar una góndola para regresar a mi casa. Por el Gran Canal, más austero y silencioso en aquella hora, llegaba frente al viejo Palazzo Giustiniani, cuya sombra aquella noche iluminaba mi lámpara. A las ocho, después de trabajar un poco, chada sólo iluminaba el chapoteo del agua, que me anunciaba la llegada de la góndola de Carlos. Este tomaba el té conmigo y conversábamos juntos por el espacio de algunas horas. Interrumpía a veces mi método de vida para ir al teatro, con preferencia al de Camplol, donde se interpretaban muy bien las comedias de Goldoni. La ópera me inspiró solamente una curiosidad pasajera. Con frecuencia, y sobre todo cuando a causa del mal tiempo no podía efectuar nuestro paseo, íbamos por la tarde al teatro popular Malibran. La entrada costaba seis *krentzers* y se representaban en él obras románticas ante un público ingenuo y bonachón, que las escuchaba en mangas de camisa. Con gran sorpresa y regocijo por mi parte, asistí a la representación de una bufonada: *El Baruffe Chiozzotto*, que Goethe había visto con sumo agrado en aquel mismo local. La obra era interpretada con un realismo acerca del que no guardo nada parecido en mis recuerdos.

La música en la Plaza  
de San Marcos

En otros aspectos, el pueblo veneciano, oprimido y degenerado, nada atayente ofrecía a mi imaginación. En medio de las ruinas de aquella admirable ciudad mis únicas sensaciones eran las que experimentaría cualquier otro extranjero. Cosa curiosa, el sentido genuinamente alemán de la excelente música militar del ejército austríaco me acució en cierto modo a reanudar mi contacto con el público. Los dos directores de música de los regimientos austríacos de guarnición en Venecia deseaban interpretar las oberturas de *Tannhauser* y *Lohengrin*. Me rogaron que asistiera en los cuarteles a los ensayos de sus hombres. Encontré en ellos a todo el cuerpo de oficiales y fui tratado con el mayor respeto. Por las noches, las charangas militares actuaban una tras otra en la plaza de San Marcos brillantemente iluminada, y de unas condiciones acústicas que pueden calificarse de perfectas. En varias ocasiones los acordes de mis oberturas amenizaron la terminación de mi comida. Me asomaba entonces a la ventana del restaurante y no sé aún lo que más me embelesaba, si la contemplación de la admirable plaza inundada de luz y llena de paseantes o la gloriosa armonía musical que ascendía por los aires. Pero se echaba de menos lo que era dable esperar de un público italiano: entre los miles de auditores que se agrupaban en torno a los músicos y escuchaban con una atención sostenida, jamás se levantaron dos manos para aplaudir. La menor señal de aprobación de una música austríaca hubiera sido considerada como un crimen de lesa patria.

Toda la vida pública de Venecia estaba sujeta a esa singular tensión existente entre la población y las autoridades, tensión que se manifestaba especialmente con respecto a los oficiales austríacos que, dicho sea de paso, se mezclaban con los venecianos del mismo modo que el aceite con el agua. Por otra parte, tampoco el pueblo demostraba la menor simpatía por el clero pese a ser este de origen italiano. En la plaza de San Marcos asistí al paso de una ceremoniosa procesión saludada por el pueblo con destempladas mofas.

HARTO trabajo le costaba a Ritter quebrantar la regularidad de mi jornada cuando me rogaba que le acompañara a visitar una galería o una iglesia. Con todo, las bellezas y curiosidades arquitecturales que a cada paso encontraba en mi camino llamaban siempre mi atención. Durante todo el tiempo que pasé en Venecia fueron los paseos en góndola por el Lido lo que me depararon los gozes más intensos. El retorno, sobre todo, a la hora crepuscular me sumía cada vez en un incomparable embelesamiento. En una de estas ocasiones, una maravillosa noche de septiembre, pudimos admirar la asombrosa aparición del gran cometa. Este se mostró en toda su brillantez y ello pareció a todo el mundo el signo precursor de una gran catástrofe militar.

DURANTE una noche de insomnio en la que a las tres de la madrugada estaba asomado a mi balcón, oí por primera vez el célebre y antiguo canto de los gondoleros. Parecióme que el primer acento, ronco y lastimero, que resonó en la noche silenciosa provenía del Rialto situado poco más o menos a un cuarto de hora de distancia. Una análoga melopea le respondió más lejos todavía. Aquel extraordinario y melancólico diálogo continuó así a intervalos a veces bastante extensos, y quedé de tal modo impresionado que me fué imposible retener en mi memoria las escasas notas sin duda harto sencillas que la modulaban. Otra noche comprendí por experiencia toda la poesía que encerraba aquel canto popular. Volví a casa muy tarde transportado en góndola por los sombríos canales, y,



de pronto, apareció la luna iluminando los indescriptibles palacios y a mi gondolero que manejaba cansinamente su enorme remo, de pie en la popa casi un aullido de animal: era un profundo gemido que subía en crescendo hasta un «johl» prolongado y acababa con la simple exclamación: ¡Venecia! Seguía todavía algo más, pero aquel grito me produjo una emoción tan intensa que no pude recordar el resto. Las sensaciones que entonces experimenté fueron harto características y no se disiparon durante todo el tiempo de mi estancia en Venecia. Quedaron grabadas en mi mente hasta el final del segundo acto de *Tristán*, y quizá me sugirieron los sonos lastimeros y languidos de la flauta pastoril al principio del tercer acto.

No pocas veces, sin embargo, fui interrumpido en mi tarea de notar los resultados de mis impresiones de Venecia. Dolencias físicas y mis antiguas preocupaciones de las que jamás había conseguido librarme me produjeron un hondo malestar y largas interrupciones en mis trabajos. Apenas había podido instalarme confortablemente en mi vivienda, expuesta a frecuentes ventarrones del norte y desprovista completamente de estufas; casi no me había repuesto de las desmoralizadoras consecuencias de la disentería y me disponía a reanudar el hilo tan cruelmente roto de la composición de mi segundo acto, cuando fui víctima de una afección esencialmente veneciana: unos forúnculos malignos en la pierna. Esta indisposición, consecuencia de un brusco cambio de temperatura, y que al principio juzgué benigna me produjo rápidamente agudos dolores. Tuve que consultar a un médico que me trató con gran cuidado durante cerca de un mes. Era a fines de diciembre, justamente en el momento en que Ritter se marchó de mi lado para ir a ver a sus parientes de Dresde y de Berlín. Durante aquel largo período de enfermedad permanecí, solo, sometido a los cuidados del inculto personal del hotel.

INCAPAZ de trabajar encontré una distracción en la lectura de la *Historia de Venecia*, del conde Daru. En la propia ciudad y en los mismos lugares la obra me interesó vivamente y a consecuencia de su estudio se desvanecieron en mi ánimo algunos de mis prejuicios populares contra el tiránico gobierno de la antigua Venecia. Las actividades del Consejo de los Diez, tan denostadas, y las de la Inquisición de Estado se me aparecieron bajo la luz de una ingenuidad sin duda cruel, pero característica. La proclama oficial diciendo que la fuerza del gobierno residía en el misterio de sus actos hizo adquirirme el convencimiento de que cada miembro de aquella singular república tenía un interés particular en el mantenimiento del secreto de Estado, y, por ello, eliminar toda posibilidad de que se divulgara un asunto oficial constituía un deber republicano. No existía, por lo expuesto en el seno de aquel gobierno la hipocresía propiamente dicha, y el clero, al mismo tiempo que mantenía relaciones respetuosas con el Estado, no ejerció sobre los ciudadanos una influencia envilecedora como ocurrió en otras partes de Italia. Las combinaciones terribles y despiadadas de la razón de Estado no eran sino proverbios de carácter antiguo y pagano sin ningún matiz verdaderamente sombrío y recordaban, a mi entender, las máximas de los atenienses, igual que las describe Tucídides cuando declara abiertamente aquellos viriles principios de moralidad.

Para cobrar nuevamente ánimos recurrí también esta vez a mi remedio ordinario: un volumen de Schopenhauer. Y aunque me diese cuenta de que en cierto aspecto los remedios que el escritor ofrece no pueden colmar algunas inquietantes lagunas de su sistema, ahondé aún más íntimamente en la obra del gran filósofo.

#### Noticias de Wesendonck y de Minna

Mis relaciones con el mundo exterior iban cobrando apariencias cada vez más tranquilizadoras. Pero un día, una carta de Wesendonck en la que me comunicaba la muerte de su hijito Guido de cuatro años de edad, me sumió en una gran tristeza. Recordé entonces haberme negado a ser padrino de aquel niño bajo el pretexto de que mi apadrinamiento podría serle funesto: Este recuerdo me afligió enormemente. Con profunda emoción y necesitado de descanso juzgué que me sería muy beneficioso un breve viaje a través de los Alpes. Pasaría las Navidades en compañía de mis antiguos amigos. En este sentido escribí a la señora Wille y recibí una respuesta no de ella sino de su marido en la que me contaba, de una manera que ciertamente no esperaba, el escándalo que había promovido mi súbita marcha de Zurich, y sobre todo del modo cómo mi mujer había contribuido a agrandarlo. La familia Wesendonck debió de sufrir mucho por ello. Supe al mismo tiempo que la conducta de los Wesendonck había sido razonable y juiciosa, lo que dió pie a que se iniciaran los primeros contactos precursores de una buena inteligencia.

#### Noticias de Lüttichau y de Devrient

ASIMISMO, la situación entre Minna y yo había mejorado. En Dresde, en el medio de antiguos amigos y sin que nada le faltara llevaba Minna una vida tranquila, y en su correspondencia conmigo se mostraba prudente y llena de atenciones, lo que venía a sumarse a la emoción que por su humildad me había producido la noche de nuestra escena memorable. Le sugerí con sumo agrado la esperanza de un posible acercamiento entre nosotros, mas para nuestra nueva instalación era precisa una base sólida y duradera, lo que a mi juicio sólo podía conseguirse en Alemania, y especialmente en Dresde. Con objeto de obtener algunos datos acerca de la eventualidad de este proyecto me dirigí directamente a Lüttichau. Supe por Minna, que le había visitado, que mi antiguo superior se había mostrado muy complaciente y aún había expresado una cordial simpatía por mí. Me decidí en escribirle con todo detalle y de la manera más afectuosa posible. Pero recibí de nuevo una buena lección. Sólo llegaron a mi poder algunas líneas escritas con un estilo administrativo en las cuales me declaraba que por el momento no era posible conseguir mi retorno a Sajonia.

Por otra parte, me enteré por los funcionarios de la policía que el ministro plenipotenciario de Sajonia en Viena hacía gestiones para lograr mi expulsión de Venecia. Pero no lo consiguió. Mi pasaporte suizo me protegía, y con gran satisfacción por mi parte las autoridades austríacas lo respetaron. Para regresar a Alemania sólo podía contar, con los amistosos esfuerzos del gran duque de Baden. Eduardo Devrient, a quien me dirigí en demanda de algunas informaciones a propósito del estreno de *Tristán*, me escribió que el gran duque consideraba segura mi presencia en dicha representación. Sin embargo, en el caso de que su intervención directa cerca del rey de Sajonia resultase infructuosa Devrient ignoraba si el príncipe tenía el propósito de cometer en favor mío un acto contrario al pacto que unía a los Estados alema-

nes o si llevarla a cabo su intento de otra manera. En conclusión, adquirí el convencimiento de que no era posible por el momento transferir mi domicilio a Alemania.

Al margen de estas preocupaciones, mantenía una correspondencia constante con los teatros a fin de procurarme los elevados honorarios que exigía el sostenimiento de mi doble domicilio. Afortunadamente, algunas escenas importantes se habían mantenido aún reservadas con respecto a la representación de mis óperas, de suerte que por este lado podía abrigar la esperanza de recibir algún dinero, ya que los ingresos que había percibido de los teatros que se habían mostrado más presurosos en representar mis obras estaban agotados desde hacía algún tiempo. El último que me pidió el *Tannhauser* fué el de la corte de Stuttgart, lo que dió motivo a que dicha ciudad me inspirara una viva simpatía, al igual que la de Viena que sólo entonces acababa de dar *Lohengrin* y que después del éxito de ésta se había visto obligada a representar *Tannhauser*. Las negociaciones que entablé con el director Carlos Esser desembocaron rápidamente en un buen resultado.

Todo esto transcurrió en el curso del invierno y hasta la primavera de 1859. Entre tanto, continuaba llevando una vida metódica y retirada. Curado mi forúnculo, en el mes de diciembre pude reanudar mis paseos por la Piazzetta y entregarme al fin con alguna continuidad a mis trabajos de composición. Pasé las fiestas navideñas y la de fin de año en la más completa soledad. Por las noches, sin embargo, me rodeaba una numerosa compañía, pues en aquella época mis quimeras eran de una extremada exaltación.

UNA tarde, a comienzos de enero de 1859, Carlos Ritter se presentó en mi casa a la hora habitual. Interesado mi joven amigo en la representación de una obra de teatro de la que era autor, había efectuado un viaje hasta orillas del mar Báltico. Se trataba de *Armida*, una obra que acababa de terminar y en la que se revelaba el gran talento del joven escritor. Sin embargo, la tendencia repulsiva de la obra hacía su representación sumamente difícil y se prestaba a no pocas interpretaciones acerca de los sentimientos que animaban al poeta. Algunos pasajes eran, no obstante, excelentes y entre ellos el encuentro de Rinaldo y *Armida*, en el que la naciente vehemencia de su pasión estaba descrita con ardorosos vuelos poéticos. Para que se representara este drama con posibilidades de éxito dado que campeaban en él los defectos y premuras de un dilettante, hubiera tenido que ser objeto de algunas modificaciones y acabarlo mejor. Muy a pesar mío, Carlos Ritter no quiso ni oír hablar de esto. Creía haber descubierto en Stettin el inteligente director que haría caso omiso de las imperfecciones que yo le señalaba. Pero también esta vez se equivocó Ritter. Y regresó a Venecia muy desazonado y dispuesto en adelante a vivir al día, lo que era por otra parte su más caro deseo. Pasearse por Roma vestido de capuchino y contemplar a todas horas alguna obra de arte le parecía la suerte más envidiable de este mundo. Dejó por consiguiente su *Armida*, y declaró el propósito de escribir un nuevo asunto dramático extraído de las «Historias florentinas» de Maquiavelo. Y por temor a que no desviara su atención de una obra en la que si bien no faltaban situaciones carecía de tema, se negó a manifestarme de qué asunto se trataba. El componer música no parecía ya interesarle y, no obstante, la *Fantasia* para piano que había escrito poco tiempo después de su llegada a Venecia demostraba sobradamente el talento musical que adornaba a Ritter.

#### Instrumentación del segundo acto de «Tristán»

Mi joven amigo dedicó en cambio un gran interés por la terminación del segundo acto de *Tristán*, en cuya ópera pude trabajar por último ininterrumpidamente. A Ritter, a Winterberger y a Tessarin les interpretaba con frecuencia por las noches lo que había compuesto durante el día, y estas audiciones nos hacían sentir más cordialmente comunicativos. Entre tanto, Bülow había arreglado para piano el primer acto de la partitura que ya había sido grabada por Haertel. Por lo que este primer acto se levantaba ante mí como un monumento terminado mientras que para el resto estaba aún sumido en la fiebre del alumbramiento. Durante los primeros meses del año 1859 me ocupé de instrumentar el segundo acto y pliego a pliego envié las hojas al grabador. A fines de marzo salieron los últimos para Leipzig. Se presentó entonces la necesidad de modificar mis condiciones de existencia. ¿Adónde iría a instalarme para comenzar el tercer acto? En un lugar, por supuesto, donde pudiera terminar mi trabajo sin ser molestado. En Venecia era de todo punto imposible. Estaba seguro de que esta labor me absorbería hasta mediado el verano, y de que mi salud no soportaría el calor del clima veneciano. Comenzaba a experimentar las enojosas consecuencias de mi falta de ejercicio y notaba sobre todo la falta de los largos paseos a pie que fortalecían mi cuerpo. En lo más crudo del invierno efectué una excursión. Tomé el tren hasta Viterbo y desde allí me adentré en las montañas y recorrí varias leguas de aquella comarca. Sin embargo, a causa de la temperatura aquella salida me resultó harto penosa y a esta angustia se sumaron otras impresiones desfavorables que contribuyeron a que regresara con alegría a la ciudad de las lagunas y me refugiara en ella como en un asilo sin polvo y sin caballos maltratados.

#### El archiduque Max. Su protección

POR otra parte, no dependía solamente de mí la prolongación de mi estancia en Venecia. El comisario de policía me había advertido muy cortésmente que el embajador de Sajonia en Viena intrigaba constantemente para que me expulsaran del territorio austríaco. Habiendo declarado que no era mi intención permanecer en la ciudad pasada la primavera, me aconsejaron que me dirigiera directamente al archiduque Max, a la sazón virrey en Milán, y basándome en un certificado médico solicitara de él autorización para quedarme en Venecia hasta que juzgara terminados mis trabajos. Así lo hice y a renglón seguido el príncipe ordenó telegráficamente a las autoridades venecianas que me dejaran en paz. Sin embargo, no tardé en darme cuenta de que la vigilancia que ejercía la policía sobre los extranjeros se había intensificado aquellos últimos tiempos, taban toda Italia. La guerra contra el Piamonte y Francia parecía próxima, evidentemente, el estado de excitación de la población se agudizaba por momentos. Paseándome un día por la Riva con Tessarin nos cruzamos con un grupo de extranjeros que seguían con curiosidad y deferencia al archiduque Max y su mujer, que a la sazón se hallaban de paso en Venecia. Pude observar a causa de un brusco movimiento de mi compañero que me había cogido el brazo y se esforzaba en llevarme consigo a fin, según me dijo de no verse obligado a quitarse el sombrero delante del príncipe. Pero al ver avanzar al





Retrato de Wagner en Munich, en 1865.

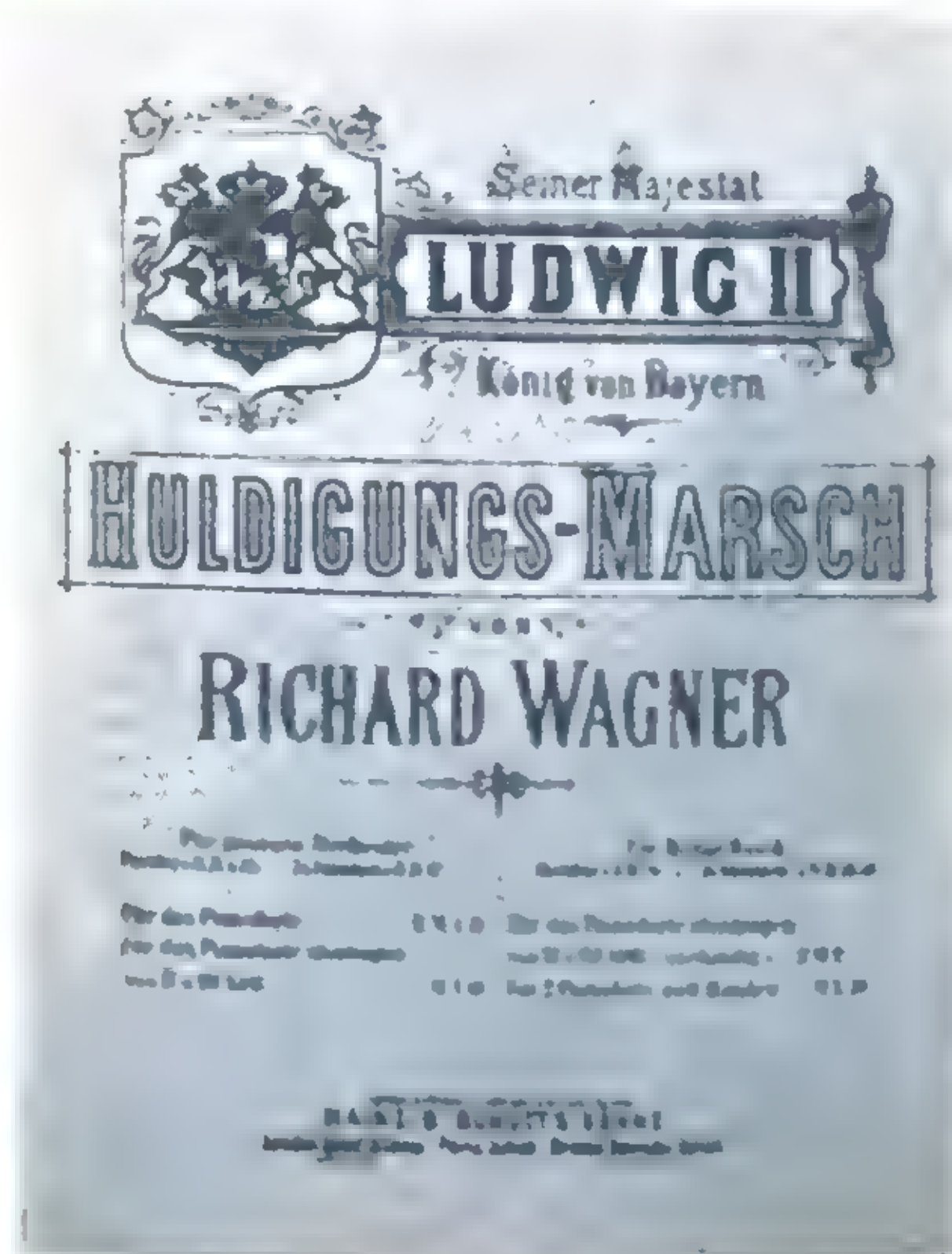


Cósima Liszt.



Hans von Bülow.

Portadilla de la "Huldigungsmarsch",  
dedicada por Wagner a Luis II, y  
compuesta en 1864.





Sin embargo, las cosas tomaron pronto un carácter grave de opresión. La Riva estaba de tal modo abarrotado por las tropas, cada día más numerosas, que ya fué imposi-

*Carácter de los austriacos en Venecia*

Por el momento, me enteré de que Milán estaba en estado de sitio y prácticamente cerrado a los extranjer<sup>os</sup>. Habiendo formado el proyecto de pasar el verano en Suiza, a orillas del lago de Lucerna, aceleré mi marcha para evitar el peligro de que a causa de los acontecimientos de la guerra encontrara cortado el camino. Hice mi equipaje, expedí mi Erard a través del Gotardo y me dispuse a despedirme de mis contadas amistades. Ritter quería continuar en Italia. Proponíase trasladarse a Florencia y a Roma adonde se había marchado su nuevo amigo Winterberger. Este aseguraba estar bien provisto de dinero que le había proporcionado un hermano suyo, y se disponía a efectuar un viaje de placer por aquel hermoso país. Necesitaba, decía, atender a su salud y descansar... ¿De qué? Lo ignoro. También Carlos pensaba salir pronto de Venecia. Me despedí cordialmente del buen Dolgorukow a quien dejé muy enfermo, y en la estación abracé a Ritter probablemente por última vez, pues no he recibido nunca más directamente noticias suyas ni he vuelto a verle.

*Llegada a Mildn*  
(24 de marzo de 1859)

Por las noches, no faltaba nunca a una representación de comedia que tanto me gustaba. En Milán cultivaba este género el minúsculo «Teatro Reno», y siempre ante escasísimo público.

Con estas impresiones, que gocé sin compañía alguna, un espléndido día de primavera me puse en camino hacia Suiza. En Como, todo estaba en plena florescencia, no me detuve en Lugano que no conocía, pasé el Gotardo en un pequeño trineo que se deslizaba entre dos murallas de nieve y llegué a Lucerna cuya fría temperatura contrastaba desagradablemente con la exuberante primavera que acababa de dejar.

estaría vacío y me sería fácil encontrar en él un aposento espacioso y alejado de todo ruido. No me engañé. El hotelero, el servicial coronel Segesser, me ofreció todo un piso del ala izquierda del edificio donde sin tener que efectuar grandes dispendios me instalé confortablemente en las habitaciones que escogí a mi gusto y conveniencia. Sólo me preocupaba el servicio, pues en aquella época del año la servidumbre del hotel era muy restringida. Encontré a una buena mujer muy atenta y preocupada siempre de mi bienestar, y aunque más adelante el Schweizerhof se llenó de extranjeros continuó prestándome sus valiosos servicios. Muchos años después me he acordado de ella y la he traído a mi casa para que cuidara de ella.

pudiera dar a luz a Apolo, y con Artemisa hasta el momento en que Neptun-  
o, apiadándose de ella, hace surgir del seno del mar la isla de Delos.

Ex cuanto llegué a Zurich fui a ver a los Wesendonck. Visita a los Wesendonck

Además de mi trabajo, que había llegado a ser abrumador, me atormentaban las preocupaciones materiales del mantenimiento de mi hogar y el de mi mujer. Ya en Venecia me había visto obligado a renunciar a los subsidios que la familia Ritter me había enviado siempre con regularidad, lo que hice voluntariamente a causa de los cambios sobrevenidos en la fortuna de mis amigos. Los honorarios de mis óperas obtenidos tras tantos trabajos estaban a punto de agotarse. Terminado *Tristán* había de pensar necesariamente en hacer aceptar *Los Nibelungos*. Creí poder basarme en el interés que el gran duque de Weimar me había testimoniado personalmente el año anterior para pedirle su ayuda pecuniaria. Escribí a Liszt y le reiteré mi súplica. Mi amigo había de proponer seriamente al gran duque la venta de *Los Nibelungos* en el sentido de que este adquiriera la propiedad de la futura publicación y gozara por tanto de los eventuales beneficios. Adjunté a mi carta la correspondencia que sobre este asunto sostuve con Haerfel con el propósito de que quizá sirviera de base a la transacción. Pero Liszt me respondió, tras no pocos circunloquios, que la propuesta no parecía ser del agrado de Su Alteza Real. Y así quedaron las cosas.

El principal acreedor, el actor Kriete, quería recuperar sus fondos y me perseguía con sus denuncias. Un abogado de Dresde, llamado Schmidt se ofreció a arreglar las cosas y después de una interminable e irritante correspondencia se llegó al acuerdo de que el sucesor del difunto Meser, un tal Müller, adquiriera la propiedad de toda la publicación. En todo aquel asunto sólo oí hablar de cuantiosos gastos y desembolsos que mi antiguo comisionado había hecho por mi cuenta. No me fué posible sacar algo en claro de todo aquel embrollo. Aunque el abogado aseguraba que aquel buen hombre se había embolsado indudablemente algunos miles de táleros de beneficio no hubo manera de saber adónde había ido a parar el dinero, pues Meser no había dejado el menor capital a sus herederos. Para apaciguar a Kriete tuve que resignarme a vender mis derechos de autor por tres mil táleros, exactamente la suma que debía a él y a otro acreedor menos importante. En cuanto a los intereses atrasados y los intereses de los intereses continué siendo deudor personal del actor.

Grabado de la partitura  
de «Tannhäuser»

Por lo expuesto, se deducirá que no conseguí mejorar mis futuras perspectivas. Aunque demasiado tarde tuve aún la satisfacción de ver grabada la partitura de *Tannhäuser*.

Agotada mi edición autografiada, a causa sobre todo de la incuria de Meser, habla durante mi estancia en Venecia, decidido proponer a Haertel a que publicara esta partitura. Pero el sucesor de Meser, que se habia apropiado de todo el fondo de edición, estimó cuestión de honor no entregar nada de *Tannhauser* a manos extranjeras e hizo grabar la partitura a expensas suyas. Desgraciadamente, quiso el destino que al año siguiente me viera obligado a modificar completamente las dos primeras escenas, y lamento que aún hoy día no haya podido intercalar la nueva versión en la partitura editada por él.

MIENTRAS terminaba el tercer acto de Tristán los editores Hacerel, que seguían creyendo que mi trabajo era un lustro

Las pruebas que tuve que corregir con la cabeza llena de los difíciles problemas de la composición de las escenas extáticas del tercer acto, me produjeron un efecto singular, casi siniestro. Me di cuenta entonces de que las primeras partes contenían precisamente la música más extraña y más osada que jamás haya producido. ¡Y la había compuesto con el propósito de escribir una obra de fácil representación! Mientras trabajaba en la gran escena de Tristán me preguntaba involuntariamente si no cometía una locura al ofrecer semejante producción a un editor y destinarla al teatro. Y sin em-



largo, pese a que sufría por ello lo indecible, no hubiera sacrificado ni un sólo de sus doloridosacentos.

Como mis dolores intestinales seguían atormentándome traté de calmarlos mediante el uso moderado del agua de Kissingen; no obstante, los necesarios paseos matinales me fatigaban sumiéndome en una absoluta inactividad. Entonces se me ocurrió la idea de cambiar mis paseos a pie por otros en caballo. Mi hotelero me cedió una vieja yegua de veinticinco años llamada *Tristán*. La montaba todas las mañanas y nos paseábamos mientras el animal se sentía con ánimos de seguir adelante. No se aventuraba a ir muy lejos, frecuentaba siempre los mismos lugares y daba media vuelta por su propia voluntad sin hacer caso de las exhortaciones de su jinete.

Así pasaron los meses de abril, mayo y parte de junio. Me esforzaba en vano en luchar contra mi melancólico estado de ánimo, y, en consecuencia, no logré sobrepasar la mitad de la composición de mi tercer acto. Llegó la temporada veraniega. Todas las dependencias del hotel se llenaron de gente y, por tanto, no podía ya disponer de las habitaciones que hasta entonces ocupaba. Me propuse entonces que me mudara al segundo piso del cuerpo de edificio central, ocupado generalmente por viajeros que sólo pasaban allí una noche en tanto que las dependencias estaban habitadas todo el día por los pupilos. El cambio coincidió perfectamente con lo que yo deseaba. Sin ser molestado lo más mínimo, pues las habitaciones contiguas sólo eran ocupadas por la noche, y permanecían vacías todo el día, pude trabajar holgadamente en el salón-cillo inmediato a mi dormitorio. Llegó por fin el verano, un verano espléndido, sin una nube en el cielo por espacio de dos meses completos. La estancia en mi habitación, fresca, en semipenumbra y bien preservada de los ardores del sol, me proporcionaba un indefinible goce; y solamente por la noche, asomado a mi balconcillo, me saturaba de la agradable brisa del verano. Algunos excelentes tocadores de cucino que todas las noches se paseaban en barca por el lago me embelesaban con su interpretación de aires populares.

Desafortunadamente, había ya sobrepasado el punto culminante de mi trabajo y el carácter señaladamente tierno del final del poema me sumía, a pesar de su melancolía, en una especie de delicioso éxtasis. A comienzos de agosto la obra estaba terminada y sólo me quedaba por instrumentar algún que otro pasaje.

En el aislamiento en que vivía, la guerra de Italia me depa-  
raba no pocas distracciones. Seguí con ansiedad la marcha de  
unos acontecimientos tan importantes como imprevistos. Por  
lo demás, no me faltaron tampoco relaciones. En el mes de julio recibí la  
visita de Félix Draesecke, a quien jamás había visto y que permaneció cierto  
tiempo en Lucerna. Habiendo oído el prólogo de *Tristán e Isolda* en un con-  
cierto organizado por Liszt decidió inmediatamente conocerme. Su llegada  
me dejó atónito y le dije sin ambages que no tenía tiempo para atenderle. Ya  
de buenas a primeras me fastidió por sus dimes y diretes acerca de cosas y  
personas que no me interesaban lo más mínimo. Draesecke se dio cuenta de  
mi estado de ánimo y se afectó tanto que estuvo a punto de marcharse a poco  
de haber venido. Me sentí entonces turbado y traté de disipar la mala opi-  
nión que tenía de mí, de suerte que durante bastante tiempo y hasta que se  
marchó de Lucerna, constituyó Draesecke mi cotidiana compañía. Y como era  
un músico de grandes dotes y desprovisto de vanidad acabé por congraciarme  
con él.

Mi antiguo amigo de Zurich, Guillermo Baumgartner, que me tenía en  
gran estima, vino también a Lucerna a pasar algunas semanas conmigo. Y  
por último llegó Alejandro Seroff, de San Petersburgo, hombre original e  
inteligente, que había tomado decididamente partido por Liszt y por mí. Ha-  
biendo oído mi *Lohengrin* en Dresde, deseaba conocer mi composición de  
*Tristán*. Le complací y le interpreté algunos fragmentos de esta última ópera.  
Con Draesecke efectuamos la ascensión al Pilato, y en aquella ocasión el nue-  
vo compañero, a quien le daban vértigos, me inspiró una viva simpatía. An-  
tes de marcharse le invité a efectuar una excursión a Brunnen y al Crütli,  
terminada la cual nos separamos. La falta de recursos en que se hallaba no  
le permitía prolongar su estancia, y, por otra parte, era mi propósito salir de  
Lucerna. Pero ¿a dónde ir? Esta era la cuestión. Me dirigí por carta a Eduar-  
do Devrient y hasta directamente al gran duque de Baden, a fin de obtener  
de éste la necesaria autorización para instalarme en Karlsruhe o en sus in-  
mediaciones. Ello hubiera bastado para satisfacer el afán que me acuciaba  
de oír de vez en cuando una orquesta o unos cantantes. Parece ser que el  
gran duque se dirigió a tal efecto al rey de Sajonia, pero éste le contestó que  
no era posible amnistiarme. Todo cuanto podía hacerse era indultarme des-  
pués que me hubiera sometido a una información judicial. Mis deseos eran  
por consiguiente imposibles de llevar a efecto y fracasaron cuantas gestiones  
hice para asistir personalmente al estreno de mi *Tristán*. Me decían siempre  
que confiara en el gran duque; pero ¿a quién dirigirme para lograr esa auto-  
rización de residencia que tan ardientemente deseaba?

**Decisión de instalarme en París** Tras largas reflexiones adquirí el convencimiento que no me quedaba otro remedio que instalarme en París. En esta ciudad podría al menos oír de cuando en cuando una buena orquesta o un excelente cuarteto, estimulante vital cuya privación tanto me había apenado en Zurich. Además, solamente en París podría vivir sin ser molestado. Y por otra parte, tenía que tomar una decisión respecto a mi mujer. Hacía ya un año que vivíamos separados. A juzgar por las cartas que Minna me escribía parecía haber aprovechado la dura lección que le había infligido. Confiaba por ello que en adelante nuestra vida conyugal sería soportable. Por último, no fué extraña tampoco la resolución que tomé para el problema que desde hacía tiempo tenía planteado, al tener que sufragar los gastos de mi mujer.

Convinimos que Minna se reuniría conmigo en París a fines de otoño. Hasta entonces me ocuparía de los menesteres de nuestra instalación y man-  
daría a buscar a Zurich los muebles y enseres de la casa.

Pero ante todo necesitaba dinero y no sabía ya a qué puerta llamar. Hice entonces a Wesendonck la misma propuesta que a propósito de *Los Nibelun-  
gos* formulé sin resultado al gran duque de Weimar. Ofrecí venderle los de-  
rechos de publicación. Wesendonck aceptó inmediatamente y por cada parte  
terminada de mi obra se declaró dispuesto a pagarme los honorarios aproxi-  
mados que podía esperar percibir de un futuro editor. Y así fue como Wesen-  
donck adquirió la propiedad de *El anillo de los nibelungos*.

*Terminación de «Tristán»  
(agosto de 1859)*

*Félix Draesecke.  
Baumgartner. Seroff*

pude finalmente fijar mi marcha para el 7  
septiembre. Pero antes me trasladé por tres días a Lucerna, donde me quedé hasta el 10 de septiembre de 1859.  
a Zurich a casa de mis amigos Wesendonck. Vi de nuevo a antiguos amigos  
ciertamente, me colmaron de atenciones. Vi de nuevo a antiguos amigos  
entre ellos a Herwegh, Semper y Gottfried Keller, y pase con ellos una ve-  
lada en el curso de la cual se entabló una violenta discusión a propósito de  
los acontecimientos políticos de entonces. A juicio de Semper, Austria ver-  
dadera representaba el principio nacional alemán, y el elemento romano per-  
nificado por Luis Napoleón el despotismo asiano que odiaba como posición  
y como artista. Expresóse en términos tan violentos que logró enterrar en la  
discusión al taciturno Keller y éste a su vez arrojó de tal modo en sus ata-  
ques que sumió a Semper en un estado de verdadera desesperación, acusán-  
dome después, ya que había sido invitado por los Wesendonck, de haberle  
hecho caer en una trampa llena de enredos. No obstante, no se separamos  
buenos amigos, y a partir de aquel día nuestras discusiones no alcanzaron nu-  
ca aquel diapason.

Después Zurich me dirigí a Winterthur con el propósito  
de ver a Sulzer. Sólo encontré a su mujer y al muchacho. (15 de septiembre de 1859)  
cho que había nacido del matrimonio. Ambos me pro-  
dujeron una impresión de conmovedora amabilidad, a lo que contribuyó  
también el pensamiento de que mi amigo, prematuramente envejecido, era  
ahora un padre feliz.

El 15 de septiembre llegué a París. Me apeé en la avenida de Maignon.  
pues abrigaba el propósito de hospedarme por las intermediaciones de los Cam-  
pos Eliseos, en una casita solitaria y apartada de todo bullicio que constitu-  
yera el refugio ideal que soñaba. Comencé mi búsqueda y para ello estu-  
dié el oportuno dirigirme a todas las personas de París cuyo recuerdo se mantenía  
vivo en mi mente. Los Ollivier se habían ausentado de la capital; la señora  
Agoult estaba enferma y se disponía a marcharse a Italia; no pudo reci-  
birme y me recomendó a su hija la condesa de Charnacé a quien fui a ver,  
aunque sin lograr hacerle comprender lo que quería. Visité también a los  
Hérold, que tan buena acogida me habían dispensado con motivo de mi  
última estancia en París. Sin embargo, como la señora Hérold estaba bajo los  
efectos de una singular excitación enfermiza que la hacía mostrarse indife-  
rente a todo, en lugar de exponerle el objeto de mi petición sólo traté de  
tranquilizarla y desistí de hablarle de mis proyectos.

No me quedaba otra solución que iniciar personal-  
mente mi búsqueda. Para realizar mi apasionado de-  
seo de vivir a mi gusto, y sin contar con recomen-  
dación alguna, escogí en la calle Newton, una calle sin terminar cerca de los  
Campos Eliseos y la Barrera de la Estrella, un lindo pabellón con un jardi-  
nillo que alquilé por tres años a razón de cuatro mil francos anuales. Apar-  
tado de la barandía de la calle el silencio era absoluto y eso fué lo que hizo  
decidirme. Su último inquilino había sido Octavio Feuillet, el autor prote-  
gido por la corte imperial. Me extrañaba, no obstante, que aquella casa de  
construcción relativamente reciente estuviera tan desvencijada en el interior,  
pero no hubo manera de que incluso aviniéndome a un aumento de alqui-  
lér efectuara en ella el propietario la menor reparación. Algún tiempo des-  
pués supe las razones de su negativa: en los nuevos planos de París aquellos  
terrenos estaban situados en el radio que abarcaban las próximas demolicio-  
nes, pero estas no habían sido anunciadas aun oficialmente, porque los due-  
ños hubiesen exigido inmediatamente las correspondientes indemnizaciones.  
Creí, pues, de buena fe, que me beneficiaría durante una serie de años de los  
gastos que me impusiese la mejora del interior de mi casa, y no vacilé en  
hacer los encargos necesarios. Llegó de Zurich mi mobiliario, y puesto que  
el azar me había traído a París me imaginaba que permanecería en esta ciu-  
dad todo el resto de mi vida.

Mientras iba efectuando la instalación de mi casa traté de orientarme para  
lograr que mis obras gozaran de un poco de consideración. En principio, fui  
a ver a de Charnal, el joven a quien había confiado la traducción francesa  
de mi *Rienzi*. Supe por él que Carvalho, director del Teatro Lírico, sólo que-  
ría oír hablar de *Tannhauser*. Supliqué a Carvalho que se dignara concederme  
una entrevista. Este me confirmó, en efecto, que estaba dispuesto a repre-  
sentar una de mis óperas a condición de que fuera *Tannhauser*. Para los  
parisienses — explicó — el nombre de Wagner está identificado con el de esta  
obra que sería absurdo querer dar otra. En lo concerniente a la adaptación  
francesa estimaba poco acertada la elección de de Charnal. Esto me impelo  
a examinar el trabajo de aquel amable joven y quedé aterrado, en efecto, al  
darme cuenta de que mi colaborador no tenía la menor idea acerca del carácter  
de la obra, no obstante jactarse de haber colaborado en el melodrama de  
*Schinderhannes* (1) que consideraba un tema romántico alemán. Con todo,  
alentado por su celo traté de sintonizar con mi música algunos de sus versos,  
pero pronto desistí de tan inútil trabajo.

Butow me había recomendado a Augusto de Gasperini, joven  
medico que apenas ejercía. Bulow le conoció en Baden Baden  
y advirtió en él una pronunciada afición por la música. Gas-  
perini se hallaba a la sazón ausente de París y en respuesta a una carta que  
le escribí me envió unas líneas para su amigo Leroy, parisiense y excelente  
profesor de música. Por sus maneras agradables se granjeó mi simpatía y  
también mi confianza por el consejo que me dió de no ocuparme ya más  
de de Charnal, que no era en suma más que un oscuro periodista. Y me  
recomendó a Roger, el cantante que a la sazón gozaba en París de gran cele-  
bridad, hombre inteligente y experimentado que sabía el alemán. Ya más  
alentado acepté la invitación que por mediación de un amigo me procuró  
Leroy para ir a visitar a Roger a su casa de campo. Me olvidado el nombre  
de esa soberbia finca que había pertenecido a un marqués. Era un castillo  
de un estilo monumental y rodeado de espaciosos terrenos abundantes en  
caza. La afición al manejo de las armas había ocasionado poco antes un he-  
rible accidente al amable tenor. Con un tiro de escopeta se había atrave-  
sado un brazo.

**El tenor Roger** Vi a Roger algunos meses después de ocurrida la desgracia. El tenor  
se encontraba ya completamente restablecido, pero había perdido el  
antebrazo. Se trataba entonces de saber si el aparato que un famoso meca-  
nico había construido exprtoso para el logranía producir en escena la ilusión

(1) Juan Buckler, llamado "El hijo de Canosa" Juan el Doctor pedoso, vate de bandos nacido en Neuchâtel  
en 1770 y ejecutado en Magonia en 1845. Fue uno de los más temibles bandoleros europeos bajo el nombre de



*Hans Richter, en 1866.*



*Cósima Liszt*

*Richard Wagner.*



*Eva, hija de Wagner, casada más tarde con H. S. Chamberlain, en retrato de Franz von Lenbach.*

*Cósima con Daniela en Berlín en 1860.*



*Wagner con su hija Eva, en 1868, en Tribschen.*





del miembro verdadero. Poco después pude comprobarlo: el éxito fué satisfactorio. En el transcurso de una representación a beneficio muy que se dió en la Gran Opera, Roger se sirvió con tal habilidad de su brazo derecho, el público que no ignoraba el percance, le aplaudió con extraordinario entusiasmo. Con todo, y muy a pesar suyo se le dió a entender que era inútil y que por tanto podía ya darse por terminada su carrera en la Gran Opera. Así que pareció mostrarse encantado con mi propuesta, que le abría la perspectiva de encontrar una especie de ocupación literaria, y aceptó gustoso el ofrecimiento de adaptar al francés de una manera práctica mi *Tannhäuser*.

Me canto varios de los pasajes principales de acuerdo con el texto que me trajo y su trabajo me pareció muy aceptable.

Después de pasar un día y una noche en el castillo salí contento y esperanzado de la morada de aquel cantante hasta entonces mimado del público y a quien acechaba una triste decadencia. La inteligencia con que se aplicaba en ahondar en mi obra me hacía concebir esperanzas sobre el espíritu francés. Y sin embargo, pronto tuve que renunciar a la colaboración de Roger. Su falta de energía y los esfuerzos a que se veía obligado para la búsqueda de un nuevo punto de apoyo en su existencia no le permitieron consagrar su tiempo a la labor que le encomendé, y, por el momento, le perdí completamente de vista.

Este intento con Roger era en cierto modo debido al azar. En verdad, no me sentí nunca impulsado a ello, por la sencilla razón de que mi intención se cifaba únicamente en encontrar en París una vivienda que me conviniera. Y además, mis inclinaciones artísticas se orientaban siempre hacia aquella Alemania donde no podía entrar.

Sin embargo, las cosas cambiaron de aspecto cuando me anunciaron que Carlruhe que no podría efectuarse la proyectada representación de *Tristán*. La empresa me había parecido siempre dotada de las mismas garantías y no acertaba a decirme donde habían podido surgir los obstáculos.

Iduardo Devrient me escribió que desde que yo había puesto el veto a la señora Garrigues, que ya entonces había contraído matrimonio con el joven Schnorr, todos sus intentos para encontrar una cantante apropiada para el papel de Isco habían fracasado. Me afirmaba que no sabía qué partido tomar, y hasta el tenor Schnorr, que me tenía en gran estima, desesperaba de poder triunfar en la última parte de la labor a él encomendada. En seguida me di cuenta de que había surgido allí alguna perturbación que fácilmente hubiese solucionado si me hubieran permitido, aunque por poco tiempo, trasladarme a Carlruhe.

En cuanto formulé nuevamente este deseo pareció suscitarse contra mí una verdadera exasperación. Especialmente Devrient se manifestaba con tal dureza y vehemencia, que acabé por sospechar que contribuía personalmente a mantenerme alejado de Carlruhe. Evidentemente, no aceptaba la menor indicación acerca de cómo había de dirigir su teatro. En cuanto al gran duque, desazonado sin duda por no poder cumplir su promesa de recibirme en su residencia, debía sentirse satisfecho de permanecer ajeno a las dificultades que habían surgido. Bülow, que había estado en Carlruhe en varias ocasiones hizo algunas alusiones significativas acerca de la índole de los sentimientos de Devrient para conmigo. Pero hasta mucho más tarde no pude poner las cosas en claro. Por el momento, adquirí el pleno convencimiento de que Alemania me cerraba sus puertas y de que aquella representación que tanto me interesaba había de gestionarla en otra parte.

#### Proyecto de representaciones alemanas, en París

Esto me instó a acometer un plan audaz: formar para actuar en el propio París una compañía alemana semejante a la que antaño se había presentado con la participación de la señora Schröder-Devrient. Abrigaba la convicción de que todos los buenos cantantes de teatros alemanes no vacilarían en acudir a mi llamamiento. Para el caso de que lograra afianzar sólidamente mi empresa recibí, en efecto, el prometedor concurso de Tichatschek, Mitterwurzer, el tenor Niemann y la cantatriz Luisa Meyer, de Viena. No me quedaba si no descubrir en París — y ahí residía la mayor dificultad — el hombre que por su cuenta y riesgo se aviniera a llevar mi proyecto a la práctica. Terminada la temporada de los Italianos tenía la intención de arrendar la sala Ventadour y representar en ella, durante la primavera y por espacio de dos meses, *Tannhäuser* y *Lohengrin*, y por último *Tristán*. Un conjunto seleccionado de cantantes y de coristas alemanes ofrecería así mis obras al público parisino. Con este proyecto en la cabeza mis actividades en París cambiaron totalmente de rumbo. Tenía que ocuparme ahora en contraer amistades útiles y tratar con personajes influyentes. Esperaba con impaciencia el retorno de Gasperini, a quien aun no había visto. Le había comunicado por carta mis proyectos y esperaba que me pondría en relaciones con uno de sus amigos llamado Lucy.

#### Lucy, futuro protector

Lucy era a la sazón recaudador general de contribuciones en Marsella. Tenía fama de ser rico y gozar de crédito. Del resultado de nuestras conversaciones sacamos en consecuencia que la empresa sólo sería viable el día en que contáramos con un financiero que la garantizara. Mi amigo Gasperini me confesó que al pensar en Lucy había tenido una excelente idea. Sólo que le parecía prudente exponer nuestra petición con mucha circunspección, pues aunque Lucy poseía un «gran corazón» era al fin y al cabo un hombre de negocios y no muy entendido en música. En consecuencia, estimamos procedente llamar la atención del público parisino hacia mi persona y mis composiciones. Se precisaba presentar estas con indudable brillantez a fin de contar con un éxito inicial que cimentara nuestras futuras gestiones. Por lo tanto, tomé la resolución de organizar un gran concierto. Para que me secundara en la ejecución de mi proyecto recurrí a mi antiguo amigo Belloni, antiguo secretario de Liszt. Inmediatamente nos dejó como compañero a un hombre amable e inteligente, llamado Giacomelli. Era éste redactor de un periódico alemán y Belloni me lo recomendó calurosamente debido a su «hermoso francés» y a su extremada actividad. El singular despacho de redacción de mi nuevo asociado cobró desde entonces una señalada importancia en mi existencia. Iba a él casi todos los días y allí me entrevistaba con todos esos seres extravagantes que uno se ve obligado a tratar en París cuando se trata de empresas de teatro o de otras actividades del mismo género.

**Fould y Mocquard** NUESTRO primer objetivo era conseguir un local conveniente. Ahora bien, era lógico que para presentar mis conciertos al público parisino, en ninguna parte podría efectuarlo más ventajosamente que en la sala de la Gran Opera y con la orquesta de la misma. Para ello tenía

que dirigirme al emperador Napoleón, lo que hice en una breve solicitud que redactó Gasperini. Con todo, no ignoraba que tenía que recelar del ministro Fould, cuyas relaciones con Meyerbeer me enajenaba su amistad. A fin de contrarrestar su nociva influencia resolvimos oponer a ésta la de Mocquard, secretario particular de Napoleón y, al decir de Ollivier, autor de los discursos que pronunciaba el emperador.

En un arranque de generosidad, Lucy se decidió a recomendarme personalmente a Mocquard, de quien había sido, aunque de un modo vago, amigo de juventud. Mas ninguna respuesta llegó de las Tullerías. Deduje de ello, de mis dos amigos más prácticos que yo corroboraron mi parecer, que no podía dárnoslo luchar contra el poder de aquel ministro de Estado. Y se debió a ello que entrase en negociaciones con Calzado, director de la Opera italiana. Aunque al principio se negó rotundamente a verme me entrevisté al cabo con aquel hombre y con gran asombro por mi parte logré arrancarle su consentimiento con mi fuerza de persuasión y sobre todo con el cebo que me ofrecía ante sus ojos del gran éxito que alcanzaría mi *Tristán*, interpretado por italianos. Se avino a arrendarme la sala Ventadour para tres representaciones que tendrían lugar con intervalos de ocho días. Aunque Giacomelli admirara luego la acalorada elocuencia de que yo había dado pruebas en aquella entrevista, es lo cierto que no obtuve de aquel recalcitrante director la menor rebaja en el precio del arrendamiento: cuatro mil francos por noche, comprendido el alumbrado.

EN aquel momento nada me parecía tan importante como reunir una orquesta perfecta para mis audiciones, lo que ocupó por entero los días ociosos de mis dos agentes. Sus esfuerzos suscitaban en mi amigo Ber-

Relaciones con Berlioz

lioz los primeros síntomas de animosidad contra mí y mi empresa. A poco de llegar a París, y estimulado por la buena impresión que me había producido nuestro encuentro en Londres en 1855, impresión que el propio Berlioz había cimentado durante algún tiempo con cartas afectuosas, fui a ver al maestro. No le encontré, y cuando al bajar las escaleras de su casa salí a la calle me crucé justamente con él. Al verme no pudo disimular el nervioso pavor que se apoderó de él, que se tradujo de manera verdaderamente penosa en su actitud y en su fisonomía. No me cabía duda alguna acerca de la índole de su emoción pero, no obstante, disimulé mi estupor bajo las apariencias de la inquietud, por otra parte muy natural, que me inspiraba su salud. Me confirmó, en efecto, que no se encontraba bien y que si resistía a los violentos accesos de una dolorosa neuralgia se debía al tratamiento eléctrico a que se había sometido, de una de cuyas sesiones regresaba precisamente. Para no aumentar sus sufrimientos quise despedirme de él en seguida, pero Berlioz, confuso sin duda por su falta de comedimiento, insistió en que subiese de nuevo a su casa. Logré por último devolverle su humor exponiéndole abiertamente mis proyectos: con mis conciertos no ambicionaba otro propósito que fijar la atención del público de París hasta conseguir organizar una temporada de ópera alemana. De este modo oíría una vez mis propias obras. Y le dije además que renunciaba absolutamente a las representaciones francesas de *Tannhäuser*, que el director Carvalho se había propuesto dar.

#### Animosidad de Berlioz

Esa explicación había tranquilizado a Berlioz cuyas relaciones conmigo fueron durante cierto tiempo aparentemente amistosas. Le envié a mis dos agentes a fin de que el maestro, hombre de experiencia, les aconsejara acerca del medio de reunir en París un conjunto de buenos músicos. Me informaron de que Berlioz se había mostrado al principio muy bien dispuesto, pero las cosas cambiaron completamente el día en que la señora Berlioz, que había entrado en la habitación durante las conversaciones, exclamó con tono de reproche: — ¡Cómo! ¿Acaso estás dando consejos para los conciertos de Wagner? (1) — En lo concerniente a esta dama supo Belloni que había recibido un precioso brazalete de Meyerbeer: — ¡No cuente usted más con Berlioz! — me dijo entonces. Y la cuestión quedó zanjada gracias a esa advertencia de mi perspicaz agente.

#### La prensa, comprada por Meyerbeer

A partir de aquel momento, el semblante antaño radiante del buen Belloni se tornó mustio y cariacontecido. Creía haber descubierto que toda la prensa parisina me era hostil debido sin duda a la extrema agitación que en Berlín atormentaba a Meyerbeer. No ignoraba mi agente que Meyerbeer sostenía una correspondencia apasionada con los principales folletínistas parisinos y que, entre ellos, el famoso Fiorentino le había hecho «cantar», amenazándole con estimar buena mi música. Naturalmente, el compositor debió de haber comprado muy caro el apoyo de los periodistas. Belloni estaba cada vez más preocupado y me aconsejaba que pensara ante todo en asegurar la parte financiera de la empresa, pues de fracasar en aquel aspecto no me quedaba otro remedio que recabar la protección imperial. Tales advertencias me impelieron a ser prudente, ya que los gastos que había ocasionado mi instalación en París habían agotado todos mis recursos económicos. Me vi obligado a recurrir a las Tullerías con una energía renovada, a fin de obtener la cesión gratuita de la Gran Opera y de su orquesta. Ollivier me ayudó mucho con sus consejos y sus recomendaciones que me granjearon pasajeras amistades harto heterogéneas. Y gracias a ellas logré franquear la puerta del despacho de Camilo Doucet — jefe de servicio del ministro Fould y al mismo tiempo autor dramático — sin abandonar la esperanza de llegar por este camino hasta el temible e inaccesible protector de Meyerbeer.

Una de sus recomendaciones me valió asimismo la amistad cordial y duradera, aunque sin utilidad para mis proyectos, de Jules Ferry. Pero el emperador y su secretario se obstinaron en guardar silencio, incluso después que hube obtenido del gran duque de Baden la intervención de su embajador en París y de haber éste aunado sus esfuerzos a los de Kern, ministro de Suiza, para abrir los ojos al soberano acerca del temible Fould. Mas, como digo, todo fué en vano y continuó el silencio.

#### Instalación de mi casa

CUANDO me parecía en verdad que el destino se inmiscuía de una manera singular en mi situación, me anunció Minna su llegada. Al eco de mi mujer vendría a reunirse conmigo. Mi propio aposento estaba situado en otro piso que el que destinaba a Minna, aunque también procuré dotar a la instalación de mi mujer de todo el confort posible. Para ello seguí el camino que me había trazado en Zurich y que me llevó más tarde a acusarme

(1) Textual



AGREGÓ Minna a ese personal su antigua cocinera de Zurich, con la que llegó a París el 17 de noviembre de 1859. La esperé en la estación. Minna me cargó en

*Llegada de Minna a París  
(noviembre de 1859)*

Todo el trabajo de la casa recayó desde entonces sobre la cocinera Teresa, una sueva que nos sirvió a maravilla durante nuestra estancia en París. Dotada de una extraordinaria sagacidad natural esa mujer comprendió en seguida la índole de mis relaciones con su ama, y por medio de su infatigable actividad en la casa se esforzó en que las cosas fueran más llevaderas para todos cuantos habitábamos en ella.

*El editor Schott compra  
"El oro del Rin"*

### Organización de mis conciertos

Mientras me entregaba con ardor a estos trabajos de organización llegó a París Hans de Bülow. Instalóse en la capital por algún tiempo, no tanto para actuar como virtuoso — su éxito relativo lo demuestra — como para secundarme en mi empresa. Se hospedaba en casa de la madre de Liszt pero pasaba casi todo su tiempo en la mía, tratando de serme útil y ayudándome a verificar las copias de las partituras instrumentales. Colaboró con todo interés al logro de mi proyecto y buscó adeptos entre las amistades que había

El primero de esos ensayos, que tuvo lugar en la sala Herz, *Ensayo tumultuoso*

Después de aconsejarme con mis amigos, aquella mañana, me trasladé a primera hora a la sala de conciertos y distribuí yo mismo los fascículos a mi gusto. Encargué luego para los músicos un buen desayuno, con el que les invité antes de dar principio al ensayo. El éxito del concierto — les dije — dependerá de la sesión de hoy. No saldremos de esta sala hasta que nos hayamos puesto de acuerdo. Les ruego que ensayen conmigo durante dos horas y acepten luego, para reparar sus fuerzas, una modesta colación en el salón contiguo. Después, efectuaremos un segundo ensayo que, por supuesto, cobrarán ustedes también. Esta proposición obtuvo una excelente acogida.

Muy contento del concierto y de la acogida que se le había dispensado, al día siguiente tuve ya que luchar contra las inesperadas y opuestas impresiones que me causaron las «efusiones» de la prensa. En lo tocante a los periodistas Belloni había tenido razón. Al no invitarlos habíamos excitado su furor. Pero contando más sobre la iniciativa de amigos influyentes que sobre los elogios de los críticos me impresionaron mucho menos las vociferaciones de esos caballeros que la ausencia de toda manifestación favorable de parte de mis partidarios. Me inquietaba sobre todo que la recaudación de aquella sala, que me pareció estar atestada, fuera tan escasa. Hablamos ingresado de cinco a seis mil francos, pero los gastos ascendían a más de once mil. Estos hubieran podido ser cubiertos por un segundo concierto menos oneroso contando, claro es, con una recaudación más elevada que en el primero. Pero Belloni y Gasperini bajaron tristemente la cabeza. Y no me ocultaron que mi concierto no había sido del agrado de los franceses, a quienes les gusta en la música el elemento dramático, es decir, vestuario, decorados de ballets y otras cosas propias del género.

Yendo en aumento los gastos de mi casa destiné a ellos una parte de los honorarios de Schott. Se necesitaban otros subsidios. Tras no pocas gestiones y por mediación de Gasperini los obtuve del hombre con quien contaba en el fondo para un asunto asimismo importante: Lucy, el recaudador general de contribuciones de Marsella. Había anunciado su llegada a París en la época de mis conciertos. Mi amigo Gasperini opinaba que un éxito rotundo de mi música le determinaría a tomar la grandiosa iniciativa de contratar a un elenco alemán de ópera para actuar en la capital francesa. Desgraciadamente, Lucy no estuvo presente en el primer concierto, y en el segundo llegó tarde y se durmió. Al pedirle un anticipo de algunos miles de francos para la organización del último llegó a la conclusión de que este préstamo le pondría a salvo de cualquier nueva petición que le hiciéramos, y en gracia a su tranquilidad sacrificó gustoso aquella suma. Aunque el tercer concierto perjudicó notoriamente mis intereses, me satisfizo su buena ejecución, así como la acogida de un público que, en verdad, mis agentes habían tenido que reforzar, pero en el que los que pagaban eran, no obstante, mas numerosos que en los conciertos anteriores.

Impresiones de crisas  
Publico

El descontento que me causó el fracaso financiero de mi empresa se veía compensado, en cambio, por la satisfacción que experimentaba al comprobar el efecto considerable que el concierto produjo en algunas personas. Indudablemente, esa impresión inmediata sumada al efecto indirecto de las violencias de la prensa me granjeó en París cierta popularidad. Admiróse sobre todo la osadía de que había dado muestras al no enviar invitaciones a ningún periódico. Conjeturaba ya cual sería el tenor de las críticas. Con todo, me apenó que un tal Franc-Marie, de *La Patrie*, que me había testimoniado su viva gratitud a la terminación del primer concierto se creyera obligado a someterse a la consigna de la camaradería hasta el punto de poner reparos a la simpatía que yo le había inspirado. Un artículo de Berlioz en el *Débats* causó un verdadero escándalo: comenzó con frases rebuscadas y finalmente me atacó con pérdidas insinuaciones. No quise dejar impune la conducta ruin de ese antiguo amigo y le respondí con una carta, que me costó mucho trabajo hacerla traducir en un buen francés y más aún conseguir que se publicara en aquel mismo periódico. Dicha carta me granjeó, empero, la simpatía de todos aquellos a quienes mi música había impresionado. Se contaba entre ellos un tal Perrin, ex director de la Ópera





Retrato de Wagner en Múnich, en 1865.

Retrato de Wagner.



Retrato de Wagner, según el  
Retrato de Wagner, en 1866.



Retrato de Wagner, en 1867.



Cómica y que ya en posesión de una pingüe fortuna se dedicaba a la pintura y al cultivo de las bellas artes. Más adelante, sin embargo, asumió la dirección de la Gran Opera. Perrin había oído *Lohengrin* y *Tannhauser* en Alemania y la manera como me habló de ellas me hizo concebir la esperanza de que, caso de presentarse la ocasión, pondría en juego toda su influencia para que mis obras enraizaran en Francia. Trabajé asimismo relaciones cordiales y duraderas con el conde Foucher de Careil, que conocía mis óperas por haber asistido en Alemania a representaciones de las mismas. El conde había adquirido cierto renombre con la publicación de diferentes ensayos sobre la filosofía alemana y especialmente con una edición de las obras de Leibniz. Y gracias a Foucher de Careil frecuenté un estimable ambiente cultivador del «esprit» francés que aun no conocía.

GUARDO silencio sobre no pocas de las superficiales relaciones que tuve en aquella época, entre ellas, por ejemplo, la del conde ruso Tolstoi, que se distinguía notablemente sobre los demás. Debo añadir, sin embargo, el sentimiento de profunda satisfacción que me inspiró el novelista Champfleury con un libro extremadamente amable que escribió sobre mí y mis conciertos. Algunos aforismos escritos en un estilo llano demostraban que el autor poseía tal comprensión de mi música y de mi personalidad como hasta entonces sólo había revelado Liszt en sus reflexiones sobre *Lohengrin* y *Tannhauser*, y que no he vuelto a encontrar bajo una forma tan elocuente y característica. El propio Champfleury era un hombre muy sencillo, casi ingenuo, un tipo cuya rara especie parece estar a punto de extinguirse en el pueblo francés.

Una relación aún más interesante fué la del poeta Baudelaire. Este, que creía poseer el sentido de los colores pero no el de los sonidos, se presentó a mí con una carta en la que me daba cuenta de las sensaciones que mi música le había hecho experimentar. El tono singularmente fantástico y osado de sus expansiones me hizo ver en Baudelaire un espíritu extraordinario que perseguía con ardorosa energía y hasta sus últimas consecuencias, las impresiones que mi música le había producido. No me dió sus señas con objeto, decía, de no inducirme a creer que deseaba algo de mí. Por supuesto, no tardé en descubrir el paradero y pronto se sumó Baudelaire al círculo de amigos que reunía en mi casa los miércoles por la noche. Cediendo a los consejos de mis antiguas amistades de París, entre las que Gasperini era una de las más fieles, me adapté a las costumbres francesas y acabé por poseer un «salón» en mi casita de la calle Newton. Minna, a pesar de que apenas sabía salirse del paso con las escasas palabras de francés que poseía, se desenvolvía en aquella estancia como una verdadera ama de casa. Los Ollivier nos visitaban en plan de amigos y durante cierto tiempo mi «día» se vió muy concurrido.

RECIBÍ en mi casa la visita de una antigua conocida, Malwida de Meysenbug, que siguió siendo mi amiga por toda la vida. No la había visto más que una sola vez, durante mi estancia en Londres (1855), pero con anterioridad había cambiado correspondencia con ella a propósito de mi obra *La obra de arte del porvenir*, que mereció su entusiasta aprobación. Al encontrarla en Londres donde se hospedaba en casa de una familia llamada Althaus, me pareció llena de proyectos y de afanes en pro del perfeccionamiento del género humano, y después de haber leído mi libro creyó que yo compartía sus ideas. Ciertamente, poco a poco había ido reconociendo la inanidad de las mismas, especialmente a consecuencia de mis estudios sobre Schopenhauer, que me había iniciado en el sentido trágico y profundo del mundo y en la vanidad de sus formas. En realidad, me había ido apartando casi con irritación de mi antigua utopía. Mi entusiasta amiga no había comprendido mi mudanza en el modo de pensar, y en nuestras discusiones acerca de este tema le produjo el efecto del renegado de una hermosa causa. Nos separamos en completo desacuerdo. Me asusté, por tanto, al encontrarla de nuevo en París. Pero, en cuanto me explicó que aquellas disputas de antaño la habían impelido precisamente a estudiar la filosofía de Schopenhauer, se disipó por completo el mal recuerdo de nuestras discusiones londinenses. Dedicóse a dicho estudio con gran seriedad y no tardó en darse cuenta del desencanto que debieron producirme sus opiniones, tan superficiales como ardorosamente defendidas acerca de la felicidad de los hombres.

La ayuda  
de la señora Schwabe

CONVERTIDA Malwida en mi más celosa adepta resolvió igualmente cumplir con su deber de amiga fiel. Contrajo amistad con mi mujer, y a pesar de las apariencias que yo trataba aún de guardar, no le pasó desapercibido el horrible malestar que reinaba en la casa. Malwida se esforzó en remediar afectuosamente los inconvenientes de nuestra situación, tanto más cuanto que no ignoraba la inseguridad material en que me encontraba en París y que el fracaso de mi empresa aún más había agravado. Las sumas enormes que me habían costado mis conciertos no eran ya un secreto para ninguno de mis amigos. Malwida no tardó en darse cuenta de que me encontraba en un callejón sin salida. Ningún camino se abría para llegar a un resultado que pudiera resarcirme de mis sacrificios. Por propia iniciativa, Malwida decidió que era su deber acudir en mi ayuda y con tal objeto me presentó a la señora Schwabe, viuda rica de un comerciante inglés, de cuya hija mayor era institutriz mi amable amiga. No me ocultó Malwida el cariz desagradable que podía tener aquella relación, pero contaba con la bondad real o imaginaria de aquella mujer, bastante grotesca, y con el honor que a juicio de ella representaría el hecho de ser recibida en mi salón.

A decir verdad, carecía en absoluto de medios de subsistencia. Sólo me sentí con ánimos para negar mi penuria cuando me enteré de que los alemanes residentes en París se proponían hacer una colecta para indemnizarme del fracaso de mis conciertos. Esto me produjo tal desazón que me apresuré a declarar que se engañaban por completo al suponer que mis dificultades provenían de las pérdidas que acababa de sufrir. Y me negué rotundamente a aceptar socorro alguno.

Pero la señora Schwabe, que acudía regularmente a mis veladas y que regularmente también se dormía durante la música, se decidió, a instancias de Malwida, a abrir la bolsa. La cantidad ascendía a unos tres mil francos que me eran sumamente necesarios. No queriendo recibir este dinero en concepto de regalo firmé un recibo del mismo comprometiéndome a devolverlo en el plazo de un año y se lo ofrecí a aquella dama que en modo alguno lo exigía. Lo aceptó para no herir mi amor propio. Pero cuando expiró el plazo me vi en la imposibilidad de pagar. Me dirigía entonces a la señorita de Meysenbug, que seguía residiendo en París, para que suplicara a la señora Schwabe, a la sazón ausente, que prorrogara por un año el pago de mi deuda.

Champfleury  
Baudelaire

Malwida de Meysenbug

Malwida me respondió con gran seriedad que podía disipar mis preocupaciones, pues la señora Schwabe me había entregado los tres mil francos con la única intención de ofrecerme una cotización voluntaria para el éxito de una empresa en la que se había sentido muy halagada de participar. Más adelante daremos cuenta de cómo acabó este asunto.

En aquel período tan agitado de mi vida el homenaje de un ciudadano de Dresde, Ricardo Weiland, me produjo una conmovedora sorpresa. Me envió un objeto de arte bastante bien realizado. Se trataba de una hoja de papel de música, de plata, enmarcada con laurel, en cuyo pentágono aparecían grabados los primeros compases de los temas principales de mis óperas comprendidas *El oro del Rin* y *Tristán*. Más tarde vino a verme ese hombre modesto y me contó que no había cesado de correr de una ciudad a otra para seguir las representaciones de mis óperas. Recordaba que la obertura de *Tannhauser* había durado en Praga veinte minutos, mientras que en Dresde, bajo mi dirección, sólo se precisaron doce para ejecutarla.

MI encuentro con Rossini resultó asimismo muy agradable. Un ingenioso periodista le había atribuido una jugosa frase que no tardó en propagarse. En el curso de una cena en que Caraffa, un amigo de Rossini, declaró su preferencia por mi música, Rossini al parecer debió de ofrecerle pescado sin salsa, pues Caraffa aseguraba guartarle una música carente de melodía. Rossini protestó abiertamente contra esta acusación y afirmó en términos de grave formalidad que era una «broma de mal gusto». — Jamás — decía — hubiera permitido semejante chanza contra un hombre a quien vela en camino de dilatar el dominio de su arte—. Por consiguiente, no vacilé en ir a visitarle. Rossini me recibió con una amabilidad que he descrito más tarde en mis recuerdos sobre este compositor italiano.

Complacióme asimismo saber que mi antiguo amigo Halévy había salido en defensa mía en la querrela que suscitó mi música. En la primera parte de estas memorias he hablado ya de la visita que entonces le hice.

Y, sin embargo, esas alentadoras entrevistas no modificaron lo más mínimo mi precaria situación. Seguí esperando con impaciencia la respuesta del Emperador a la autorización que había solicitado para reanudar mis conciertos en la Gran Opera. Teniendo en cuenta la inexistencia de gastos, era ésta la única posibilidad que se me presentaba de realizar los beneficios que tan necesarios me eran. No cabía duda de que el ministro Fould continuaba influyendo en el Soberano contra mí. Habiéndome enterado de que el mariscal Magnan había asistido a mis tres conciertos, me hacía suponer esto cierta simpatía que acaso me fuera valiosa. Se decía, además, que a partir del 2 de diciembre el Emperador le estaba especialmente reconocido. Queriendo ante todo eliminar la nociva influencia de Fould, que me detestaba, escribí al mariscal y un día vi con asombro que un húsar se detenía ante la puerta de mi casa y, después de apearse, entregaba a mi atónito doméstico una carta de Magnan en la que me invitaba a ir a su casa. Este militar, de porte exageradamente majestuoso, me recibió en su oficina de mando. Conversó muy inteligentemente conmigo y me confesó francamente su admiración por mi música. Escuchó con atención mi informe sobre las infructuosas tentativas que había realizado cerca del Emperador, y mis sospechas en lo concerniente a Fould. Me contaron que la misma tarde del día en que se celebró nuestra entrevista, el mariscal interpelló al ministro acerca de cuanto yo le había planteado. Lo cierto es que a partir de aquel día recibí pruebas cada vez más fehacientes del cambio de opinión que se manifestaba en las Tullerías, cambio que fué el resultado de un movimiento en mi favor que se produjo en un medio en el que ni siquiera había pensado adentrarme.

No se olvidan de mí  
en las Tullerías

BÜLOW, que, interesado por el giro que tomaban las cosas, continuaba en París, recibió de la princesa regente de Prusia unas cartas de recomendación para su embajador el conde de Pourtalés. Pese a los esfuerzos y sugerencias de Bülow, el conde no había mostrado interés aún en conocerme. Para el logro de sus fines, se le ocurrió a Bülow la idea de invitar al embajador y a su agregado, el conde de Hatzfeld, a un almuerzo que nos ofreció en el excelente restaurante Vachette. El resultado satisfizo por entero sus deseos. La gran sencillez del conde de Pourtalés, su conversación, sus maneras cordiales, todo, en fin, me cautivó. A partir de aquel día, el conde de Hatzfeld fué un habitual de mis «miércoles» y no tardó en traerme un mensaje que demostraba que no se olvidaban de mí en las Tullerías. Me invitó a que le acompañara a casa del conde Bacciochi, primer chambelán del Emperador, de quien recibí, finalmente, una respuesta a mi antigua solicitud. Preguntóme por qué me obstinaba de aquel modo en dar un concierto en la Gran Opera. No interesaría a nadie, ni cosecharía ningún éxito estimable. Y quizá sería preferible entenderse con Alfonso Royer, director de dicho Instituto imperial, para la composición de una ópera destinada especialmente a los parisienses. Naturalmente, no quise ni oír hablar de esto. Sucedióse otras conferencias por el estilo, sin llegar tampoco a ningún resultado. Con Bülow, que me acompañó a una de ellas, pudimos darnos cuenta de que aquel singular conde, a quien Belloni había conocido hacía tiempo como interventor en la Scala de Milán, padecía de un tic que nos pareció risible. Para disimular el nervioso temblor de su mano, enfermedad que tenía sin duda una causa poco honorable, jugaba constantemente con un bastoncillo que llevaba, haciéndole dar volteretas con la destreza de un acróbata.

Orden imperial  
referente a «Tannhauser»

CUANDO comenzaba a adquirir el convencimiento de que todos aquellos contactos con las autoridades de la Corte Imperial no darían ningún resultado, una mañana, el conde de Hatzfeld vino a sorprenderme con la noticia de que la víspera el emperador Napoleón había dado orden de que se representara *Tannhauser* en la Gran Opera. Se debía esta decisión a la princesa de Metternich. Con ocasión de que se hablaba de mí en presencia del Emperador, la Princesa intervino en la conversación y Napoleón III le preguntó su opinión acerca de mi música. La Princesa, que había visto mi obra en Dresde, habló entonces de ella con tan encendido entusiasmo, que el Monarca le hizo en el acto la promesa de que *Tannhauser* sería representado en París. Fould, al enterarse aquella misma noche de la decisión imperial, montó en cólera, pero Napoleón le dijo que nuevo a Bacciochi. Este me recibió con grave semblante y me preguntó cuál era el asunto de mi ópera. Para responder a una pregunta tan singular hice un breve resumen de la obra, y, al terminar, Bacciochi exclamó satisfecho: «¡Ah! ¿Así el Papa no sale en escena?... ¡Muy bien! Me habían dicho que usted

Homenaje  
de Ricardo Weiland

Simpatía de Rossini  
y de Halévy

El mariscal Magnan



197





"Los murmullos de la selva", en ilustración de Ferd. Loebe.



Los murmullos de la selva, en ilustración de Ferd. Loebe.

Fried. Arous como Siegfried.



Arous (Friedrich) y Siegfried (Friedrich) en el teatro de Bayreuth, en 1876 y 1877.



El teatro de Bayreuth, en 1876 y 1877.





representaciones sólo servían para acentuar con mayor vigor la voz interior que me decía claramente que seguía un camino equivocado. Y cada día, al regresar a mi casa, me sentía más inclinado a renunciar a aquella aventura. Con todo, cada vez que me entrevistaba con Royer, me dejaba seducir por la amabilidad con que repetidamente me ofrecía la colaboración de cuantos actores deseaba. Se trataba sobre todo de encontrar un tenor para el principal papel. Yo pensaba en uno: el célebre Niemann, de Hannover. Se le encomiaba entusiasmáticamente, y hasta algunos franceses, como Foucher de Carcil y Perrin, que le habían oído en mis óperas en Alemania, certificaban su talento. Sembrante adquisición le pareció al director sumamente ventajosa para su teatro y a fin de cuentas se invitó a Niemann a que viniera a París para negociar un contrato.

Royer deseaba también que aceptara una tal señora Tedesco, verdadera «trágica», y cuya belleza cuadraba maravillosamente para el papel de Venus. Sin haber visto a esa dama, di mi consentimiento a tan excelente elección, y también para el contrato de la señorita Sax, joven cantante de hermosa y fresca voz. Y lo di asimismo para aceptar al barítono italiano Morelli, quien con su poderoso órgano vocal contrastaba agradablemente con los amancestrados artistas de ese género que actuaban en las óperas francesas. Contaba con haber tomado todas las medidas necesarias para el buen resultado de la empresa, pero en realidad no confiaba mucho en el éxito.

Abrumado por todas estas preocupaciones, celebré mi cuarenta y siete aniversario. Estaba de un humor de perros y únicamente el inusitado brillo de Júpiter me pareció aquella noche un feliz presagio. Se sumaba a mis desvelos el buen tiempo que reinaba en París, tan desfavorable para los teatros. Y, además, desesperaba de poder subvenir a las necesidades de mi hogar, que habían aumentado considerablemente. En una palabra, no sabía ya a dónde y de quien echar mano.

Me dirigí entonces al editor Flaxland y llegué con él a un acuerdo en virtud del cual le cedí para Francia la propiedad de mis óperas *Fliegender Holländer*, *Tannhauser* y *Lohengrin*. Como puede recordarse, me había reservado este derecho al vender mis óperas al sucesor de Meser, en Dresde. De acuerdo con los términos de nuestro contrato, Flaxland había de entregarme inmediatamente mil francos por cada una de mis tres óperas. No percibiría nada más hasta después de la representación de las mismas en uno de los escenarios de París, o sea mil francos a la décima representación y otros mil a la vigésima. Inmediatamente di cuenta de ello a Pusinelli a quien había prometido dicha suma para resarcirle del dinero que año me había prestado, pero le supliqué, al mismo tiempo, que me cediera el primer pago de Flaxland, que estimaba indispensable para dar a conocer mis obras en París. Mi amigo se avino a todo. En cambio, el editor dresdense se portó de una manera muy desagradable. Quejóse de que se le perjudicaba y molestó tanto a Flaxland, que éste, a su vez, se creyó autorizado a crearle nuevas dificultades. Así que sólo conseguí acarrearle nuevas preocupaciones sin haber obtenido ninguna ayuda valiosa.

ENTRE tanto, presentóse un día en mi casa el conde Pablo de Hatzfeld y me invitó a efectuar una visita a la señora Kalergis, que acababa de llegar y que tenía interés en hablarme. No había vuelto a ver a esa dama desde la estancia que hice en París con Liszt en el año 1853. La señora Kalergis me dispensó una cordial acogida y me aseguró que lamentaba vivamente no haber asistido a mis conciertos del año anterior, por lo que no tuvo ocasión de ayudarme a sortear a tiempo penosas dificultades. Le habían contado que las pérdidas que yo había sufrido ascendían a unos diez mil francos y me rogó que aceptara una indemnización semejante. Cuando a mis compatriotas se les ocurrió la idea de organizar a mi favor una denigrante cuestación, habiéndose dirigido para ello a la embajada de Prusia, estimé mi deber negar al conde de Hatzfeld, que me interrogaba, mis necesidades de dinero. Pero ahora ninguna razón me impedía ocultar mis dificultades a aquella bondadosa mujer. Me parecía que lo que desde hacía tanto tiempo tenía derecho a esperar, se realizaba finalmente, y sólo un deseo me acusaba: el de demostrar mi reconocimiento a aquella noble y singular amiga. Todas las inquietudes que experimenté durante mis relaciones posteriores con ella, provinieron únicamente de mi contrariedad de no poder realizar este deseo. Me lo impedía el carácter extravagante y la vida nómada de la señora Kalergis.

Concierto íntimo  
en casa de la señora Viardot

Como mi protectora lamentaba no haber asistido a mis conciertos, traté al menos de darle una idea de ellos improvisando la audición del segundo acto de *Tristán*.

La señora Viardot, con la que me íntimé en aquella ocasión, se encargó de secundarme en las partes a canto. Para el acompañamiento a piano hice venir de Londres a Klindworth, a expensas mías. Ese concierto íntimo tuvo lugar en casa de la señora Viardot, y aparte de la señora Kalergis, en cuyo honor se daba, el único oyente fué Berlioz. La presencia de éste interesó especialmente a la señora Viardot, que se proponía, evidentemente, suscitar un acercamiento entre nosotros. Jamás he sabido exactamente la impresión que produjeron aquellos fragmentos de mi ópera. La señora Kalergis permaneció silenciosa. Berlioz elogió el brío de mi dicción, que contrastaba, en efecto, con la de mi compañera que, por decirlo así, sólo había cantado a media voz. Klindworth no mostró reparos en expresar su descontento. Había cumplido su tarea a la perfección, pero estaba enfurecido al ver que la señora Viardot, sin duda en atención a Berlioz, cantaba su *particella* sin la menor pasión. Nos deleitó mucho más la ejecución, en mi casa, del primer acto de *La Walkyria*, a cuya audición invité también al cantante Niemann.

El tenor Niemann,  
contratado

ESTE había correspondido al llamamiento del director Royer en vistas de su contrato. Su manera de ser me sorprendió. Al traspasar el umbral de la puerta de mi casa, me interpeló: «¿Inte-teso o no?» Sin embargo, cuando visitamos juntos al director, se esforzó en causar una buena impresión. Y lo consiguió. La sola presencia de aquel tenor de gigantesca talla, producía de buenas a primeras una sorpresa general.

Con todo, tuvo que someterse a una especie de audición, para la cual eligió el recitado del peregrinaje de *Tannhauser*, que cantó e interpretó en el escenario de la Gran Opera. La señora Kalergis y la princesa de Metternich, que habían asistido a escondidas a aquel ensayo, quedaron entusiasmadas, así como los miembros de la dirección. Se le contrató por ocho meses, a razón de diez mil francos por mes, contrata válida exclusivamente para *Tannhauser*, pues estimé mi deber oponerme a que el cantante actuara con anterioridad en otra ópera.

El contrato de Niemann, ultimado bajo condiciones tan exorbitantes, me dió de pronto una sensación de autoridad como nunca hasta entonces había

experimentado. Veía bastante a menudo a la princesa de Metternich, verdadera protectora de toda mi empresa, y cuyo esposo me acogía con una cordialidad que se comunicaba a los círculos diplomáticos que frecuentaban. La Princesa parecía gozar en la Corte Imperial de una influencia omnímoda, por lo que en cuantos asuntos me concernían, se habla evaporado por completo la influencia del terrible Fould. La propia Princesa me recomendó que en cuanto una cosa no marchara a mi gusto, me dirigiera a ella, que sabría siempre contentarme, ya que se daba cuenta de que yo no abrigaba mucha confianza en el éxito final.

Bajo estos auspicios, pasamos el verano muy agradablemente. En espera del otoño y del comienzo de los ensayos, me sentía feliz de poder el dinero suficiente para poder enviar a Minna a los baños de Soden, cerca de Francfort, donde tenía que someterse a una cura que le había sido vivamente recomendada. Cuando partió, a comienzos de julio, le prometí efectuarle una visita antes de dar por terminada su estancia, pues, ya que finalmente podía permitírmelo, tenía la intención de realizar un viaje por los países renanos.

En aquella misma época sobrevino un cambio favorable en mis relaciones con el rey de Sajonia, que por razones jurídicas había negado obstinadamente a concederme una amnistía. Los embajadores de los otros Estados de Alemania, particularmente los de Prusia y de Austria, me testimoniaban un interés cada vez más vivo, por lo que Seebach, enviado de Sajonia y casado con una prima de mi generosa amiga la señora Kalergis, no pudo soportar por más tiempo las constantes intrepelaciones de sus colegas acerca de mi delicada situación como refugiado político. Seebach intercedió en mi favor cerca de su Soberano. También intervino la princesa regente de Prusia, sin duda por mediación del conde de Pourtales. Me contaron que, con ocasión de una entrevista celebrada en Baden entre los Príncipes alemanes y el emperador Luis Napoleón, la Princesa había hablado de mí con gran elogio al rey de Sajonia. Habiendo quedado desvanecidos algunos ridículos temores, según me informó Seebach, éste pudo al fin comunicarme que el rey Juan, si bien no me amnistiaba y no me permitía la entrada en Sajonia, me autorizaba al menos a residir en los demás países de la Confederación alemana, bajo la condición de que mis actividades fueran puramente artísticas y que los Gobiernos de aquellos países declararan su asentimiento. Seebach me aconsejó que cuando marchara a Alemania no me olvidara de dar personalmente las gracias a la Princesa regente por su intervención. Y hasta el propio rey de Sajonia parecía desearlo.

Intervención  
de la princesa de Prusia

ANTES de realizar mi proyecto, tuve que luchar con las arduas dificultades que me ocasionaban mis traducciones del *Tannhauser*. Estas preocupaciones me hicieron caer enfermo y sufrí de nuevo mis antiguos dolores intestinales. Me prescribieron paseos a caballo. Para mis ejercicios de equitación me brindó sus consejos y su compañía un joven muy amable, el pintor Czermak, que me había sido presentado por la señorita de Meyenbug. Tomé un abono en un picadero y una hermosa mañana nos proporcionaron, a mi compañero y a mí, las dos bestias mejor adiestradas y más fáciles de la cuadra. Nos arriesgamos con gran prudencia a efectuar un paseo por el bosque de Bolonia. Habíamos escogido una hora mañanera, con objeto de no cruzarnos con los elegantes jinetes de la alta sociedad.

Ejercicios  
de equitación

Confiaba en la experiencia de Czermak y quedé asombrado al ver que yo era más diestro que él en el arte de la equitación y, sobre todo, más animoso. Soportaba valientemente el duro trote de mi caballería y, en cambio, el pintor juraba y perjuraba que no volvería a montar nunca más.

Con gran temeridad, resolví al día siguiente efectuar solo mi paseo. El palafrenero que me había traído el caballo me siguió con la mirada hasta la barrera de la Estrella, inquieto, sin duda, sobre el modo cómo cruzaría la plaza. Mas al llegar a la avenida de la Emperatriz, mi tordo se negó a avanzar, se ladeó, retrocedió y se encabritó hasta que consentí finalmente en dar media vuelta. Afortunadamente, el previsor palafrenero vino a mi encuentro. En el mismo centro de la plaza me ayudó a apearme y sonriendo se llevó el animal. Fué mi última y definitiva prueba de equitación; me costó diez tarjetas de abono, que yacieron olvidadas en el cajón de mi mesa de trabajo.

A partir de aquel día, me contenté con efectuar paseos a pie por el bosque de Bolonia, y seguido gozosamente de «Fips», todas las mañanas descubría nuevas bellezas en aquel parque tan primorosamente cuidado.

Viaje a los Países Renanos  
(Agosto de 1860)

El verano parisién había hecho cierto vacío a mi alrededor. Satisfecho del resultado inesperado de su almuerzo en el restaurante Vachette, cuya consecuencia directa fué la orden imperial de hacer representar mi *Tannhauser*, había ya tiempo que Bülow había regresado a Alemania. En el mes de agosto me puse en camino hacia el Rin. Pasando por Colonia, me dirigí primero a Coblenza, donde creía encontrar a Augusta de Prusia. Pero me enteré de que se hallaba en Baden-Baden. Me trasladé entonces a Soden, donde recogí a Minna y a su nueva amiga Clotilde Schiffner. Paramos poco en Francfort, donde por primera vez desde mi estancia en Dresde volví a ver a mi hermano Alberto, que se hallaba igualmente de paso.

Recordé entonces que me encontraba en la ciudad donde residía Arturo Schopenhauer, pero una singular timidez me retuvo, no obstante, de ir a verle. Mi espíritu estaba en aquella época demasiado distraído para que en una conversación con el filósofo pudiera alcanzar los fines a que, a mi parecer, había de tener una entrevista con Schopenhauer. Y, por otra parte, mis ideas estaban en aquellos momentos muy distantes de las suyas. Relegué a «otro» momento aquella visita que tanto me atormentaba. Esta ocasión la esperaba ardientemente y no había de tardar en llegar. Creí haber tenido ocasión para ello cuando al año siguiente me instalé por una buena temporada en aquellos parajes con objeto de terminar mis *Maestros cantores*, pero Schopenhauer acababa de morir, y no tuve otra opción que sumirme en reflexiones a las que se sumaba el arrepentimiento por lo poco previsor que era mi destino. No era ésta la primera vez que me ocurrían estas cosas, ni fué tampoco la última. Me sentía halagado ante la próxima visita de Liszt a Francfort, pero no encontré más que una carta, en la que me decía que no le era posible atender a mi súplica.

Entrevista  
con Augusta de Prusia

Nos dirigimos entonces directamente a Baden Baden, y mientras Minna y su amiga se dejaban vencer por las tentaciones de la ruleta, yo traté de conseguir una audiencia de mi alta protectora. Tenía en mi poder una carta de recomendación del conde de Pourtales a la condesa Hacke, dama de honor de Su Alteza Real. Tras algún titubeo, mandó anunciarme que a las cinco de la tarde estuviera en el Trink-Hall. El tiempo era húmedo y frío. En aquella hora las inmediaciones de aquel



Trink-Hall, lleno de promesas, estaban absolutamente desiertas. Augusta, acompañada de la condesa Hacke, se paseaba de uno a otro lado y al pasar comendación al rey de Sajonia y agradecerle el favor que, gracias a ella, me habían concedido, y quizá por ello sus palabras se limitaron casi exclusivamente a hacer protestas de su falta de influencia. Mi recordatorio pareció haberla disgustado y no tardó en despedirse de mí con algunas frases banales. Mi antigua amiga Frommann me dijo más tarde que no comprendía por qué causa yo había desagradado a la princesa, atribuyéndolo sin duda a mi acento sajón.

SALI, pues, de aquel paraíso de Baden sin llevarme ni una sola impresión agradable. Con Minna tomé el barco para descender el curso del Rin y recordé que, aunque ya había atravesado con frecuencia ese río, jamás había seguido el característico camino que discurre a través del medioevo alemán. En Colonia puse fin a esa excursión de ocho días, para entregarme de nuevo en París a la penosa tarea de llevar a buen puerto mi empresa teatral.

Con todo, esa tarea me fué sumamente allanada por el interés que me atestiguó el joven banquero Emilio Erlanger. Un hombre original, llamado Alberto Beckmann, ex revolucionario hannoveriano, bibliotecario después del príncipe Luis Napoleón, y por último agente periodístico de diferentes asuntos en los cuales no entendía nada, se declaró campeón de mi causa y en calidad de ello trabamos amistad. Se mostró siempre extremadamente servicial y me explicó un día que Erlanger, con quien estaba en relaciones periodísticas, deseaba conocerme. Decliné categóricamente tal honor, declarando que lo único que deseaba de un banquero era su dinero. Pero Beckmann tomo la broma en serio y me aseguró que lo que Erlanger deseaba justamente era serme útil en este sentido. Así es que conocí a un hombre muy agradable. A Erlanger le cautivaba verdaderamente mi música, que había oído con frecuencia en Alemania y que le había inspirado las mejores intenciones respecto a mi persona. Me pidió francamente que le confiara la gestión de mis finanzas. Eso sólo podía interpretarse de una manera: Erlanger se comprometía a proporcionarme el dinero que necesitara a cambio de que le confiara más adelante la administración de las recaudaciones de mis empresas parisienses. Le interesaba, decía, pasar por mi banquero. Esta oferta tan inopinada solucionaba a maravilla mi singular situación. Así, hasta el día en que puse fin a mi aventura de París, no me agobió ninguna preocupación económica.

A pesar de que en mis relaciones con mi banquero surgieran ciertas dificultades que la simple buena voluntad no pudo siempre superar, Erlanger se mostró verdaderamente adicto, y se preocupó seriamente de mi bienestar y del logro de mis proyectos. Un cambio tan favorable en mi situación hubiera debido alentarme, pero la inutilidad e inoportunidad de mi empresa, que veía cada vez más claramente, no eran, en verdad, propicias a devolverme el humor. Y a pesar de que aquella representación constituía la prueba de la confianza que se había depositado en mí, trabajé con desgana para el éxito de la misma. Sin embargo, conocía en aquella ocasión a un hombre que me ayudó a ilusionarme agradablemente por espacio de algún tiempo.

DESPUÉS de haber leído la traducción que con tanto ahínco habían elaborado mis dos voluntarios, Royer me declaró que no era posible utilizarla. Siendo indispensable corregirla, me recomendó calurosamente que confiara ese atabajo a Carlos Truinet, conocido por su anagrama de «Nuitter». Este hombre, joven aún, de franca y simpática fisonomía, me había ofrecido, hacía algunos meses, sus servicios para la traducción de mi ópera. Ejerciendo de abogado en París, Truinet era colega de Emilio Ollivier, que fué quien me lo envió. Pero como yo contaba a la sazón con la colaboración de Lindau, deseché su oferta. Después de la declaración de Royer, una nueva proposición de parte de Truinet había de ser bien recibida. No sabía el alemán, pero a su juicio le sería suficiente la cooperación de su anciano padre, que había efectuado largos viajes por Alemania. En realidad, no eran tampoco necesarios unos conocimientos especiales del alemán, puesto que se trataba solamente de dar un giro más francés a los versos que con tanta congoja había elaborado Roche bajo el impertinente imperio de Lindau, que se imaginaba ser la ciencia infusa. Y pronto me cautivó la incansable paciencia con que Truinet se sometía a las continuas modificaciones que reclamaban mis exigencias de músico.

Prescindí definitivamente del inepto Lindau, y Roche siguió siendo colaborador mío, pues su trabajo servía de base para la nueva versificación. Mas como le era difícil a Roche ausentarse de su oficina, le liberé de este trabajo y permanecí en contacto cotidiano con Truinet, que podía disponer de todo su tiempo. Su título de abogado no era más que una investidura. No se proponía litigar en ningún proceso, y todo su interés se cifraba en la administración de la Gran Opera, en la que, por otra parte, intervenía debido a sus funciones de archivero. Con la colaboración de uno u otro de sus camaradas, escribía obritas para el Vaudeville, los pequeños teatros y hasta para los Bouffes-Parisiens, pero no le gustaba hablar de ese aspecto de sus actividades, y cuando se le interrogaba sobre ello, desviaba en seguida la conversación.

Nueva música del «Venusberg» No obstante haberle demostrado mi agradecimiento por haber elaborado un texto de *Tannhauser* que se prestaba al canto, y al decir de todo el mundo, muy aceptable, no recuerdo que me hubieran entusiasmado las dotes poéticas o estéticas de Truinet. Sin embargo, muy fiel e inteligente, me dió señaladas pruebas de su afecto, sobre todo en los momentos ingratos. No creo haber encontrado jamás una persona como Truinet, de juicio más delicado y de voluntad más enérgica, en defensa de mis opiniones, que hacía siempre suyas. En principio, teníamos que acometer juntos un nuevo trabajo, que desde hacía largo tiempo estimaba necesario. Aquella representación de *Tannhauser*, que se preparaba con tanto celo, me había deparado la ocasión para ampliar y dar el último toque a la primera escena, la de Venus. Escribí en alemán un libreto de versos aritméticos a fin de dejar en plena libertad al traductor. Me aseguraron que los versos de Truinet no estaban del todo mal, y sobre éstos compuse la música con el propósito de adaptar a ella, más tarde, un texto alemán.

Además, cansado de luchar contra la dirección a propósito del gran ballet que se insistía en reclamarme, acabé por decidirme a dilatar considerablemente el prólogo de *Venusberg*, con objeto de que el cuerpo de baile pudiera realizar los más variados ejercicios coreográficos. Con ello, pensaba,

no tendrían ya motivo para quejarse de mi mala voluntad. La composición de esas dos escenas me absorbió durante todo el mes de septiembre. Y comencé entonces los ensayos al piano en el salón de descanso de la Gran Opera.

El personal que, al menos en parte, había sido especialmente contratado para representar mi obra, estaba ya completo. Me interesaba conocer los métodos que se seguían en París para el estudio de una nueva ópera. Definirlos es muy fácil: una gran sequedad, junto a una precisión extraordinaria. Sobresalta en este aspecto el director de Canto Vauthrot. Jamás recibí de él la menor muestra de aprobación, lo que hubiera podido inducirme a creerle poco dispuesto en favor mío, pero por su celo en el ejercicio de sus funciones, no tardé en darme cuenta de que cumplía su cometido con la mayor seriedad. A fin de que el canto produjera más efecto, insistió en que se introdujeran en el texto diferentes correcciones. Basándome en las partituras de Boieldieu y Auber, me había imaginado que en francés la traducción de las sílabas mudas era permitida en música y en poesía. Vauthrot me aseguró que sólo los compositores se tomaban esa libertad, pero no los buenos cantantes. A sus repetidos temores acerca de la extensión de la obra, repliqué que no comprendía su inquietud, pues, a mi entender, no podía aburrirse de ninguna manera un público habituado a deleitarse con la audición de *Semiramus*, de Rossini, que a la sazón se representaba con harta frecuencia. Vauthrot reflexionó y me dió la razón en lo concerniente a la monotonía del tema y de la música. A pesar de todo, me olvidé de que en estas representaciones el público no se ocupa de la acción ni de la música, ya que concentra únicamente su atención en el virtuosismo de los artistas.

Ahora bien, no había sido compuesto mi *Tannhauser* para lucimiento de unos virtuosos, y aunque éste hubiera sido mi afán, no podía contar con ningún astro rutilante. La única excepción era quizá aquella opulenta judía de aspecto ligeramente cómico, la señora Tedesco, que acababa de regresar de una gira triunfal por España y Portugal, donde había cantado óperas italianas. Parecía muy satisfecha de haber obtenido, gracias a mi indiferencia, un contrato en la Gran Opera. Debo decir, sin embargo, que le costó harto trabajo asimilarse en un papel que debió de parecerle algo extravagante y que sólo una verdadera trágica puede interpretar acertadamente. Durante cierto tiempo, los resultados de sus esfuerzos no fueron del todo despreciables, a lo que contribuyó sin duda la evidente inclinación que los numerosos ensayos habían dado pie entre ella y Niemann. Este, por su parte, iba pronunciando cada vez más correctamente el francés, de suerte que aquellos ensayos, en los que la señorita Sax se mostró una aventajada cantante, hacían presagiar la certeza de un éxito.

En verdad que aun no había podido calificar debidamente a Dietzsch, director de orquesta y futuro director de mi ópera. Sólo asistía a los ensayos al piano para dar cuenta exacta de los matices de los cantantes. En cuanto al *régisseur* Cormon, cuidaba de los movimientos escénicos con la pericia habitual a los franceses. Si uno u otro de los actores no acertaba a comprender mis indicaciones, todo el mundo se esforzaba en obedecer mis órdenes. Me consideraban como a un ser todopoderoso y todos se imaginaban que, merced a la influencia de la princesa de Metternich, podía obtener de la dirección cuanto quisiera. Un cierto número de hechos dieron pábulo a esta creencia. Enterado, por ejemplo, de que el príncipe Poniatowski deseaba hacer representar una de sus óperas en desuso, lo que implicaba una posible extorsión en mis ensayos, me quejé de ello a la intrépida Princesa. Esta logró inmediatamente obtener una orden imperial en virtud de la cual se relegaba para otra ocasión la principesca ópera. Esto no me granjeó ciertamente la amistad de aquel caballero, y claramente lo advertí cuando fui a verle a propósito de la cuestión.

Allanamiento de la calle Newton EN medio de las mencionadas ocupaciones, vino a verme mi hermana Luisa acompañada de algunos de los suyos. Si me mostré algo reacio en recibirles, era debido a que desde hacía algún tiempo arriesgaba uno la vida al querer entrar en mi casa. Comprendí finalmente por qué razones mi propietario se mostró en seguida dispuesto a firmar un arriendo a largo plazo y se negó, en cambio, a efectuar en su casa la menor reparación. La Comisión de Trabajos Públicos había decidido allanar la calle Newton y las rúas adyacentes y abrir una amplia avenida que enlazara uno de los puentes del Sena con la Barrera de la Estrella. Hasta el último momento, el Municipio denegó oficialmente la realización de ese proyecto, con el evidente propósito de diferir lo más posible el pago de las indemnizaciones de expropiación. Cada día, al llegar a mi casa, comprobaba asombrado que la calzada estaba más profundamente excavada. A poco me fué imposible llegar a casa ni en coche ni a pie. En estas condiciones, no puso ninguna objeción el propietario a mi marcha. Me suplicó solamente que le reclamara el importe de los daños y perjuicios que me habían ocasionado, pues era éste el único medio que había de permitirle a su vez demandar en justicia al Gobierno.

Caigo gravemente enfermo (Noviembre de 1860) Mi amigo Ollivier, a quien a causa de una falta parlamentaria le habían prohibido por tres meses el ejercicio de su profesión, me recomendó al abogado Picard. Este llevó mi pleito con señalado interés, como lo demostraron las actas judiciales. Ignoro si el propietario fué más afortunado que yo, pero a mí me denegaron toda indemnización y tuve que contentarme con la cancelación pura y simple de mi contrato de alquiler. En vista de esto, me instalé con sumo gusto en otro cuarto que alquilé en la calle Aumale, cerca de la Gran Opera. Era un piso reducido y poco agradable. A fines de otoño, con un tiempo desapacible, efectuamos nuestra mudanza. En esta ocasión me fué de gran utilidad mi sobrina Otilia, una criatura servicial y animosa, hija de mi hermana Luisa. Desgraciadamente, no presté atención a mi salud. Atravésado un estado de sobreexcitación. Tuve que quedarme en cama. Tenía fiebres tifoideas.

Era noviembre. Mis parientes tuvieron que marcharse y se despidieron de mí sin que apenas me diera cuenta. Me cuidaba mi amigo Gasperini y durante mis paroxismos, originados por la calentura, reclamaba la ayuda de todos los médicos posibles. El conde de Hatzfeld me mandó, en efecto, el de la embajada de Prusia. La injusticia que ello representaba hacia mi abnegado amigo, no provenía en verdad de una falta de confianza en él, sino que era el resultado de un delirio que trastornaba mi cerebro, llenándole de las

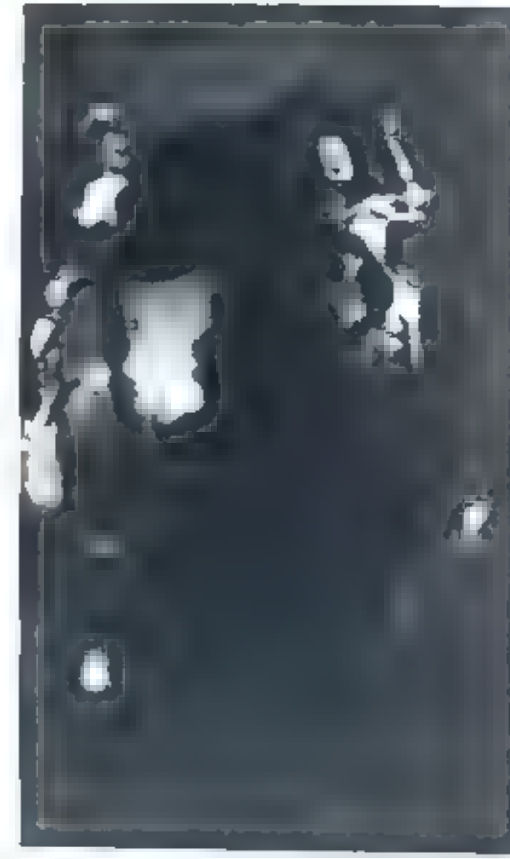




Los tres primeros Wotan de Bayreuth:  
Franz Betz (1876),  
Hermann Bachmann  
(1896) y Carl Perron  
(1896-1897).



Siegfried despierta a Brünnhilde, en ilustración  
de la época, de Knut Ekwall.



El papel de Wotan en Bayreuth a través de los años:  
Theodor Bertram (1901 a 1906), Walter Sgomer  
(1908 i 1914), Karl Braun, en el centro (1924),  
Friedrich Schorr (1925 a 1931), Josef Correk  
(1927 y 1928).



Anton van Rooy, Wotan en Bayreuth  
de 1897 a 1902.



Brünnhilde es conquistada por Siegfried, con  
aparición de Gunther ("El Ocaso de los Dioses").



más lujosas y absurdas imágenes. Me imaginaba que la princesa de Metternich y la señora Kalgieris me habían organizado una verdadera corte; invitaba al emperador Napoleón a que me hiciera una visita; exigía a Erlanger que pusiera a mi disposición una quinta de los alrededores de París y le declaraba que en la sombra pocilga en que estaba acostado, era imposible mi curación; y demandaba finalmente que me trasladaran a Nápoles, donde con la agradable compañía de Garibaldi sanaría en el acto todas mis dolencias.

Gasperini resistió animoso todas mis divagaciones. Con la ayuda de Minna, y a pesar de mis furiosos arrebatos, me aplicó asiduamente unas mostazas en la planta de los pies. Más adelante, en mis noches agitadas, soñé a menudo tenían el mismo origen febril de aquellas de entonces. Al cabo de cinco días remitió la fiebre, pero mi debilidad era extrema y había el peligro de que perdiese la vista. Finalmente, mis ojos recobraron su fuerza y algunas semanas después me atreví a ir hasta la Ópera para atender a los ensayos.

SUPE entonces que, desconfiando de que me salvara, se habían interrumpido los trabajos sin motivo plausible. «La música del porvenir» y me di cuenta de la desmoralización en que había caído mi empresa. Sin embargo, precisaba hasta tal punto de todo mi ánimo para restablecer mi salud, que procuré hacer caso omiso de aquella desorientación. Mientras, tuve un motivo de gozo. Recibí la traducción de los cuatro poemas que había publicado hasta entonces. Acababa de salir de la imprenta e iba acompañada de un prefacio que yo había dedicado a Federico Villot. La adaptación francesa se debía a Challemeil-Lacour, a quien conocí antaño como refugiado político en casa de Herwegh, en Zurich. La inteligencia con que realizó su trabajo fué del agrado de todo el mundo. Poco antes había enviado el texto alemán del prefacio al editor J. J. Weber, de Leipzig, para que éste lo publicase bajo el título de *La música del porvenir*, y recibí ese folleto casi al mismo tiempo que la traducción. Ello me satisfizo, pues me parecía que era éste el único provecho que había de depararme mi empresa parisién, cuyos comienzos habían sido, no obstante, aparentemente brillantes. A pesar de mi enfermedad, puse fin al arreglo de *Tannhauser*. La gran escena coreográfica del palacio de Venus fué terminada a las tres de la madrugada, después de una noche en blanco, en el momento en que Minna regresaba con una amiga del gran baile celebrado en el Ayuntamiento.

Con ocasión de las Navidades, no me olvidé de obsequiar espléndidamente a mi mujer. Para fortalecerme en mi larga convalecencia, siguiendo los consejos del médico, comí un bistec cada mañana y bebí todas las noches, antes de acostarme, un cuartillo de cerveza de Munich. Sin embargo, no celebramos la noche del día de San Silvestre y entré en el nuevo año durmiendo apaciblemente.

A comienzos del año 1861, la rutina de los ensayos dió paso a una notable actividad en vistas de la proyectada representación. Me di cuenta de que todos los participantes estaban muy animados, pero la excesiva frecuencia de los ensayos me incitaba a creer que la dirección no confiaba mucho en el éxito y obedecía simplemente a órdenes superiores. En verdad, harto me figuraba cómo iba a terminar todo aquello. Hacía tiempo que ya sabía a qué atenerme respecto a la prensa, sometida por entero a las órdenes de Meyerbeer. También el director debió de darse cuenta de ello. Había tratado, sin duda, de influir favorablemente a los grandes periódicos y acabó por convenirse de que la temeraria representación de *Tannhauser* encontraría una acogida hostil. Por otra parte, esa convicción era a ciencia cierta compartida por las altas esferas, y se trataba por todos los medios de atraer a mi causa a la parte de público que podría hacer inclinar la balanza.

*Consejos  
del conde Walewski*

Un día, el príncipe de Metternich me invitó a presentarme al conde Walewski, recientemente nombrado ministro de Estado. La entrevista cobró cierta solemnidad, que se manifestó sobre todo en el persuasivo discurso que me dirigió el conde. Trató de hacerme comprender que sólo desaban mi fortuna, preparándome un triunfo; pero ese éxito dependía de mí y de mi buena voluntad en agregar un ballet al segundo acto. Las cosas se llevarían a cabo sin reparar en gastos. Me autorizaban a escoger entre las más célebres danzarinas de San Petersburgo y de Londres, comprometiéndose a firmar su contrato en cuanto me decidiera a confiar a su colaboración el éxito de mi obra. Al rehusar esta oferta, expuse mis razones, pero éstas no produjeron el menor efecto. Y presté oídos sordos a cuanto el ministro me explicó que no podía contarse con el ballet del «primer» acto. Los habituales que asistían a la Ópera por el ballet, decían, cenaban a las ocho y no llegaban al teatro hasta las diez, es decir, a la mitad de la representación. Objeté que si no podía contentar a esos caballeros, confiaba, en cambio, en producir cierta impresión en el resto del público, pero Walewski, con su imperturbable gravedad, replicó que el éxito dependía únicamente de esos «caballeros», pues sólo ellos eran lo bastante poderosos e influyentes para contrarrestar la hostilidad de la prensa. Tales razonamientos no conseguí convencerme, y hasta llegué a renunciar a la representación de *Tannhäuser*; pero entonces el conde, con su proverbial gravedad, me aseguró que por orden del Emperador, a la que todo el mundo tenía que someterse, podía obrar a mi antojo y que de cualquier forma tratarían de satisfacer mis deseos. «Al hablarle como lo hago, añadió Walewski, no he querido más que darle un consejo de amigo.»

*El profesor de baile Petitpas* No tardaron en ponerse de manifiesto las consecuencias de aquella entrevista. Me apliqué con ardor a la ejecución de la gran escena coreográfica del primer acto y recabé para ello la colaboración del profesor de baile Petitpas. Pero lo que yo quería eran cosas imposibles absolutamente fuera de lugar en los ballets habituales: pensaba en las danzas de las menades y de las bacantes, y con esto sólo conseguí desconcertar a Petitpas. ¿Cómo podía figurarme que sus pequeñas alumnas llegaran a ejecutar danzas tan excéntricas? ¿Acaso no sabía que al intercalar mi ballet en el primer acto, renunciaba «ipso facto» a la participación de los corifeos de la Ópera? En compensación, Petitpas me ofreció para desempeñar el papel de las Gracias tres danzarinas húngaras que acababan de actuar en una comedia de magia en la Porte-Saint-Martin. Aunque en el fondo me satisfacía que no tuviera que depender de las «estrellas» del Instituto, pedí con insistencia que se pusiera en movimiento el cuerpo de baile que solía actuar. Me interesaba sobre todo un personal masculino numeroso, pero me dieron a entender que sólo conseguiría la colaboración de algunos oficiales sastres que, mediante el cobro de cincuenta francos mensuales, adoptan entre bastidores extravagantes posturas, mientras los solistas ejecutan sus trenzados. Quise, por último, ocuparme de la indumentaria y exigí que me presentaran

modelos originales. Me objetaron un sin fin de cosas, y mi fiel amigo Truinet me confió finalmente que la dirección estaba decidida a no gastar un solo centimo para un ballet que consideraba ya como frustrado. Fué este indicio el primero que me hizo luego adquirir la certeza absoluta de que hasta la propia administración del teatro estaba convencida de que eran vanos cuantos esfuerzos se hacían para el éxito de *Tannhäuser*. Esa sensación de desaliento ejerció entonces su influencia sobre todos los preparativos de esa representación, aplazada una y otra vez.

A partir del mes de enero los ensayos habían entrado en el período de la coordinación escénica y de los ejercicios con orquesta. Todo marchaba con una minuciosidad que, si bien al principio me satisfizo, resultó después importuna, cuando me di cuenta de que aquellos interminables ensayos menoscababan la desenvoltura de los actores. Si las cosas hubieran estado en mi mano, las dificultades que se interponían en el logro de mis fines hubieran sido rápidamente solventadas. Con todo, no era solamente la fatiga lo que hacía perder al cantante Niemann el entusiasmo que su papel le había inspirado al principio. Le habían persuadido de que mi obra estaba condenada al fracaso. Y a partir de aquel momento el tenor se sumió en una melancolía a la que trataba de dar, en mi presencia, un carácter «dibólico». Pretendía que sólo podía enjuiciar las cosas por su lado pesimista y en este sentido me hizo una crítica muy razonada acerca de la Gran Opera, de su público y de su personal de canto. «Es cierto, terminó diciéndome, que ninguno de los artistas es capaz de desempeñar su papel tal como usted lo ha concebido. Luego hay no sé qué que ni siquiera puede usted disimular en cuanto trata con el director de canto, el *régisseur*, el profesor de baile, el director de los coros y especialmente con el director de orquesta.» Y Niemann que se negaba a aceptar la menor supresión en su papel, se aventaja ahora a ello. Al expresar mi extrañeza, me replicó que tal cual pasaje carecía de importancia, pues en realidad nos hallábamos frente a una empresa que había de llevarse a cabo lo más sumariamente posible.

EL estudio de *Tannhauser* fué prolongándose en las condiciones des-  
citas hasta el día del ensayo general. Mis antiguos amigos, los com-  
pañeros de mis pasados años, llegaban a París para asistir a la «glo-  
ria» de mi estreno. Venía entre ellos Otto Wesendonck, Fernando Praeger, el  
pobre Kietz, a quien, dicho sea de paso, tuve que pagar el viaje y el hotel. No  
faltó afortunadamente Chandon, de Epernay, que trajo una canasta de «flor  
del jardín», su mejor clase de champaña, que habla de beberse para celebrar  
el éxito de *Tannhauser*. También vino Bülow, triste y abrumado por sus pro-  
prias preocupaciones y con la esperanza de que el buen resultado de mi em-  
presa contribuyera a tranquilizarle y a alentarle.

No me sentí con ánimos para darle cuenta de lo mal que estaban las cosas. Antes al contrario, al verlo tan deprimido, hice a mal tiempo buena cara. Sin embargo, como ya en el primer ensayo Bülow advirtió lo que ocurriría, no fingí un momento más y aguardamos la representación, que había sufrido un nuevo aplazamiento, sumidos en un estado de melancolía del que sólo nos sustrálamos gracias a los incesantes esfuerzos de mi amigo para serme útil.

*Sax.* De cualquier lado que considerara uno aquella grotesca empresa, no presentaba más que asperezas o lagunas, como, por ejemplo, la imposibilidad absoluta de reunir en aquel gran París los doce cuernos de caza del primer acto, cuyo conjunto había sonado triunfalmente en Dresde. Tuve que ponerme en relación con un hombre abominable, el famoso fabricante de instrumentos Sax, que acudió en mi ayuda procurándome toda clase de «equivalentes», como el «saxofón» y el «saxhorn» (1). ¡Y era aquel mismo Sax quien dirigía la música entre bastidores! Jamás conseguí de él una interpretación justa.

Pero el mal principal residía en la ineptitud del director de orquesta Dietzsch, ineptitud que jamás hubiera sospechado tan absoluta. En nuestros innumerables ensayos con orquesta me había acostumbrado a considerar a Dietzsch como una máquina, y desde mi lugar en la escena, frente a su atril, dirigía a él y a la orquesta indicando mis «tempi» con tanta firmeza que no estimaba posible que se modificaran cuando yo no estuviera cerca. Pero en cuanto Dietzsch actuó libre de toda traba, él, la orquesta y el canto, todo comenzó a vacilar. El director no estaba seguro ni de un movimiento ni de un matiz. En seguida me di cuenta del grave peligro que nos amenazaba. Si ninguno de los cantantes estaba a la altura de su papel y era incapaz de resolver los problemas que se planteaban con el fin de obtener un efecto acertado; si en esta ocasión, el nervio vital de las representaciones parisienses, el ballet en poco o en nada contribuía al logro del conjunto; y si, por último, el espíritu de la obra y ese algo que hacía vibrar la fibra íntima de los alemanes aún en las peores representaciones, no despertaba más que una sensación de rareza, es evidente que, por lo menos, hubiera sido necesario que la orquesta expresase con energía y vigor el carácter especial de la música, a fin de impresionar a los oyentes. Pero ¡ay!, bajo la dirección de Dietzsch, todo el trazado del dibujo se esfumaba y se desvanecía en un caos incoloro, los cantantes perdían su aplomo y hasta las pobres bailarinas no acertaban a dar con el compás de sus triviales pasos. Estimé, pues, procedente reclamar otro director y me brindé incluso para reemplazar a Dietzsch.

*Trato de desembarazarme de Dietzsch*

ESA reclamación acentuó más la confusión reinante. Con todo, los miembros de la orquesta, que conocían sobradamente la ineptitud de su director y que se mofaban abiertamente de él, tomaron partido contra mí con objeto de salvar al menos las apariencias. La prensa arremetió contra mi arrogancia, y ante aquel desorden Napoleón III no encontró otro paliativo que mandarme a decir que renunciara a mi pretensión, pues de lo contrario corría el peligro de comprometer mi propia situación y el éxito de mi ópera. Como compensación me autorizaron a reanudar los ensayos y ordenar cuantos estimaba necesarios.

Semejante autorización no podía acarrear otro resultado que el de fatigarnos y desazonarnos a mí y a todo el personal de la Ópera, sin que por ello Dietzsch comprendiera mejor los movimientos de la obra que dirigía. Así como imperial se suscitó una unánime actitud contra el exceso de ensayos, siendo oposición. Me di cuenta de que la dirección del teatro no tomaba en serio mi presunto poder, y como el cansancio iba acentuándose por todos lados re-

(1) Bocina de tubo largo, con boca en forma de campana. (N. del T.)



solve retirar mi partitura —según la expresión consagrada— es decir, renunciar a la representación de *Tannhäuser* en la Gran Opera.

Fue este sentido dirigi una razonada súplica al ministro de Estado Walewski, pero éste me respondió que no era posible acceder a mi deseo, pues los gastos ocasionados por los preparativos de la obra eran ya demasiado elevados. No me satisficieron sus razones, recabé la colaboración de los amigos que más se habían interesado en mi empresa, entre ellos el conde de Hatzfeld y Emilio Erlanger, y les supliqué que se entrevistaran conmigo para tratar de los medios de impedir la representación de *Tannhauser*. Quiso el azar que también Otto Wesendonck, que gozaba de antemano con el placer de asistir al estreno, participara también en aquella reunión. Se convenció entonces de lo desesperado de la situación y se apresuró a regresar a Zurich. También Praeger se marchó, y únicamente se quedó Kietz esforzándose en encontrar en París el escaso dinero que necesitaba para vivir.

Decidióse en aquella conferencia dirigirse por segunda vez al emperador pero, como la primera, su respuesta fué simplemente una autorización para que siguiera efectuando los ensayos que me parecieran necesarios.

ENORMEMENTE desazonado, y no obstante prever un triste resultado, dejé que las cosas siguieran su curso. En cuanto di autorización para que fijaran la fecha del estreno me agobiaron las numerosas obsesiones. Cada uno de mis amigos y admiradores exigían que les facilitase una buena localidad para la representación. Pero la dirección me había dado a entender que en tales ocasiones la distribución de localidades estaba exclusivamente reservada a la Corte y a los que dependían de ella. ¡Demasiado pronto supe, sin embargo, a quienes se repartieron los billetes! Por el momento, me preocupaba mucho no poder contentar a una gran parte de mis amigos. Algunos de ellos dieron muestras de una excesiva susceptibilidad y se quejaron amargamente de mi pretendida indiferencia. Champfleury me reprochó por carta mi crimen de lesa amistad; Gaspérini rió abiertamente conmigo porque no había reservado el mejor de los palcos a su protector, el recaudador general de contribuciones Lucy, de Marsella, que era mi acreedor. Y hasta Blandina Ollivier, que durante los ensayos había testimoniado el más caluroso entusiasmo por mi obra, hasta Blandina, estimó una absoluta falta de deferencia por mi parte, cuando ella y su marido, mis mejores amigos, recibieron dos modestas butacas de orquesta. Fueron precisos el buen sentido de Emilio Ollivier y mis reiteradas explicaciones para aplacar el enojo de la ofendida. Sólo el pobre Bülow comprendió y sufrió conmigo, y no retrocedió ante nada para apoyarme en aquella insostenible situación. La acogida que el 13 de marzo de 1861 se dió a mi obra abrió finalmente los ojos a mis amigos y estos comprendieron que no les había invitado ciertamente a asistir a uno de mis triunfos.

BASTANTE he hablado en otra parte de esa representación. Debo solamente añadir que puedo sentirme halagado de que el interés por mi obra venciera todos los obstáculos, pues mis adversarios no pudieron lograr sus fines, que eran impedir la representación a toda costa. Al día siguiente mis amigos y especialmente Gasperini me reprocharon haberme dejado escapar de las manos la distribución de localidades. Meyerbeer, aseguraban, sabía hacer mejor las cosas. Después de sus primeras experiencias en París no autorizaba nunca la representación de cualquiera de sus óperas sin tener antes la seguridad de que todos los asientos, hasta los de los más apartados rincones de la sala, estaban ocupados por sus admiradores. En cambio, yo ni siquiera había pensado en atender a mis mejores amigos, como por ejemplo a Lucy. Sólo a mí mismo podía achacar aquel fracaso.

*Segunda representación*  
(18 de marzo de 1861)

Pasé todo el día escribiendo cartas de excusa y haciendo gestiones conciliadoras. De todos lados me acuciaban para que en la siguiente representación reparara el error que había cometido en la primera, y cada uno tenía un buen consejo que darme. Como la dirección no puso a mi disposición más que un número muy restringido de billetes tuve que comprar otros y para ello procurarme el dinero. Me sabía mal dirigirme a Emilio Erlanger o a otro de mis amigos, pero entonces se acordó Gasperini de que un corresponsal de Wesendonck, el comerciante Aufmordt, nos había ofrecido una ayuda de quinientos francos. Curioso de ver qué resultado darían aquellos medios ficticios de éxito dejé obrar a su antojo a los que tan solícitos se mostraban por mi gloria. La segunda representación tuvo lugar el 18 de marzo, y durante el primer acto las cosas marcharon a pedir de boca. La obertura había sido calurosamente aplaudida sin notarse la menor oposición. Se acababa de subrayar el septimino del final con bravos entusiastas cuando la señora Tedesco, que estaba finalmente en cantada con su papel de Venus porque le permitía llevar una peluca rubia espolvoreada de oro, me dijo triunfalmente que todo iba bien y que habíamos alcanzado una gran victoria. Yo estaba en el palco del director. De pronto, a la mitad del segundo acto, resonaron estridentes silbidos. Entonces Royer se volvió hacia mí con aire absolutamente resignado y dijo: Son los «jockeys»; estamos perdidos.

*Tumulto durante la segunda representación*

Esos caballeros del Jockey-Club daban el tono al teatro. Indudablemente, en nombre del emperador, se había entablado con ellos verdaderas negociaciones rogándoles que dejaran pasar tranquilamente tres representaciones de mi ópera. Se les prometió entonces que se abreviaría mi obra hasta el punto que no fuera más que un alzamiento del telón antes del ballet. Pero no quisieron suscribir ese compromiso; en primer lugar porque en el curso de la primera y accidentada representación no me había mostrado dispuesto a consentir una modificación por el estilo y en segundo término porque temían que después de dos representaciones apacibles conquistara la ópera muchos admiradores, y que por lo tanto, la dirección se viera obligada a presentarla treinta veces seguidas con gran descontento de los aficionados al ballet. Era por tanto indispensable oponerse a tiempo. El excelente Royer reconoció en el acto que las intenciones de aquellos caballeros eran «serias» y abandonó la lucha a pesar del apoyo del emperador y de la emperatriz que asistían, estoicos, al tumulto de sus propios cortesanos.

Mis amigos quedaron trastornados. Después de la representación Bülow se lanzó sollozando en brazos de Minna a quien no le pasaron desapercibidas las groserías que sus vecinos, al reconocer en ella a mi mujer, le habían dirigido. Hasta nuestra fiel doméstica sueva, la buena Teresa, había sido in-

jurada por un furioso manifestante pero aquella al darse cuenta de que este comprendía el alemán le espetó a las barbas un vigoroso *schweinehund* que le hizo guardar el silencio por algún tiempo. Kietz había perdido el habla y en cuanto a la «flor del jardín» de Chandon languidecía en la despena

CUANDO me enteré de que a pesar de todo ello se proyectaba una tercera representación sólo dos caminos se presentaban ante mí para escapar a los «habituales»: o retirar mi partitura o bien — en el caso de que se persistiera en dar una nueva representación de la ópera — exigir que se efectuara en un domingo fuera de abono. Pensaba con ello aludir la irritación de los «jockeys» pues en general se dan aquellos días abandonar sus localidades a un público de ocasión. Esta estratagemma obtuvo la aprobación de la dirección y de las Tullías aún cuando — me convino en no anunciar que la próxima representación sería la tercera y la última. Ni yo ni Minna asistimos a ella. Me era tan odioso oír que insultaban a mi mujer como a los cantantes. Compadecía de todo corazón a Morelli y a la señorita Sax que continuaban siéndome ciegamente adictos. Ya el día del estreno, cuando al salir del teatro me crucé en el pasillo con la señorita Sax, hice un comentario en tono de chanza acerca de los silbidos con que la habían obsequiado pero ella me respondió con gravedad y orgullo: ¡Ah, qué miserables! ¡Cien veces lo soportaría como hoy!

Por su parte, Morelli, obligado a aguantar los clamores de los manifestantes sostuvo un singular combate consigo mismo. Le había enseñado minuciosamente el juego escénico que esperaba de él en el tercer acto, desde la marcha de Elisabeth hasta el momento en que Morelli comienza a cantar *La estrella de la noche*. En ningún caso había de abandonar el banco de piedra en el que estaba sentado medio a espaldas del público y desde donde dirigía su adiós a la que se marchaba. Se resistió mucho a obedecerme pues, a su juicio, era contrario a los usos de los actores de ópera no cantar un pasaje tan importante en el proscenio y de cara al público. Así que cuando en la representación quiso coger su arpa para acompañarse se oyó una voz en el público: «¡Ay, ya coge el arpa!» lo que provocó una risa estrepitosa seguida de nuevos silbidos. Por último, Morelli se decidió heroicamente a dejar allí su instrumento y a avanzar hacia las candeliejas. Tuvo que cantar su gran aria sin acompañamiento alguno pues Dietzsch sólo supo de qué iba a partir del décimo compás. Entonces el público se tranquilizó, escuchó en medio de un religioso silencio y cuando el artista terminó abundaron las palmas.

Mis actores se sintieron con arrestos para enfrentarse con nuevas tempestades. No pude oponerme a ello, pero no quise ser impotente espectador de los indignos procedimientos a que se exponían. Y en aquella tercera representación, cuyo éxito era tan dudoso como posible, me quedé en mi casa. A cada entreacto vinieron unos emisarios a informarnos. Ya al final del primer acto Truinet compartió mi criterio: decididamente, habla que retirar la partitura. Los «jockeys», en lugar de seguir su costumbre de no acudir al teatro los domingos se presentaron sin faltar ni uno a fin de no dejar transcurrir una sola escena sin manifestarse. Las discusiones fueron tan vivas que, según me contaron, a partir del primer acto la representación tuvo que ser interrumpida dos veces originándose pausas que duraron más de un cuarto de hora. La masa del público, sin que aquellas protestas influyeran en el juicio que le merecía mi obra, tomó firmemente partido contra aquellos alborotadores. Desgraciadamente, mis partidarios estaban en desventaja. Cuando cansados ya de batir palmas mitigaban sus aplausos y sus gritos, los «jockeys» arreciaban de nuevo en sus silbidos y en sus tocatas de flauta y recomenzaba el tumulto. Finalmente esos «caballeros» quedaron dueños del terreno. Durante un entreacto uno de ellos se presentó en el palco de una dama que, lívida de cólera, le presentó a su amiga con estas palabras: —Es mi primo, uno de estos miserables—. Este, sin dejar de sonreír, replicó: —¿Qué quiere usted? Comprenda usted que hay que mantener la palabra. Permitame que no abandone mi trabajo. Y se marchó.

*Indignación de la princesa de Metternich*

AL día siguiente encontré al amable ministro de Sajonia, el señor de Seebach, absolutamente afónico. Al igual que sus amigos, a fuerza de desgañitarse la noche anterior, había perdido totalmente la voz. Como yo, la princesa de Metternich se quedó en su casa; bastante tenía con haber soportado durante dos representaciones las afrentosas vociferaciones de nuestros adversarios. Y para que me diera cuenta del grado de violencia que había alcanzado su furor me contó que se querelló abiertamente con sus mejores amigos. Les había dicho: No me hablen ustedes de su libertad francesa. En Viena, donde a Dios gracias hay aún una verdadera nobleza no se ve jamás a un príncipe de Lichtenstein o de Schwarzenberg silbando a *Fidelio* desde su palco y reclamando un ballet.

Tengo la certidumbre de que también expresó su manera de pensar al emperador y que éste estimó que quizás alguna medida policíaca pondría límites a la conducta incivil de aquellos titulados caballeros. Desgraciadamente, estos pertenecían casi todos a la casa imperial. Había circulado por la ciudad el rumor de que se tomarían medidas para garantizar el orden, y cuando a la tercera representación mis amigos vieron los pasillos del teatro llenos de agentes de seguridad creyeron de buenas a primeras que se me estaba preparando un triunfo. Pero más tarde supieron que aquellas medidas de protección habían sido tomadas para proteger a los «jockeys», pues se temía que la gente que ocupaba los asientos de patio les hiciera pagar cara su insolencia.

La representación llegó a su fin pero fué continuamente perturbada por un espantoso tumulto. Después del segundo acto, la mujer del ministro revolucionario húngaro, señora de Szemere, llegó a nuestra casa arrasada en llanto asegurándonos que le había sido imposible permanecer un momento más en el teatro. Nadie supo informarme acerca de cómo transcurrió el tercer acto. Debí de parecerse a una batalla en una atmósfera de pólvora.

*Retiro mi partitura* AL día siguiente por la mañana Truinet, accediendo a mi sú-  
plica, vino a mi casa para redactar conmigo una nota dirigi-  
da a la dirección. Declaraba en ella que retiraba mi partitura porque no po-  
día tolerar un momento más que los cantantes fuesen insultados por mi culpa  
por ciertos espectadores, sin que la administración imperial contara con me-  
dios para protegerlos. Hice esta gestión sin el menor afán de presunción. La  
cuarta y la quinta representaciones estaban, en efecto, anunciadas y la admi-  
nistración me respondió que no podía suprimirlas, pues se consideraba obli-





*Siegfried forjando la espada, en ilustración de Arthur Rackham.*



*Ricardo Wagner y Cósima con su hijo Siegfried.*

*Siegfried canta a la libertad, con Nothung en la mano, ante la mirada asombrada de Sieglinde. (Ilustración de Arthur Rackham).*



*Siegfried se enfrenta a Fafner, en ilustración de Arthur Rackham.*





zada a atender al público que se apresuraba a encargar localidades. Sin embargo, al día siguiente, por mediación de Truinet, se publicó mi carta en los *Debats*, y, por último, después de no pocas vacilaciones convirtieron a devolverme mi obra.

Este desenlace ocurrió asimismo la conclusión de un proceso que Olivier llevaba en mi nombre contra Lindau. Pretendía éste participar en calidad de tercer colaborador de los derechos de autor del texto. Su abogado, el juriscónsulto Marie, basaba la legitimidad de su reclamación sobre un principio que se alagaba haber sido emitido por mí y según el cual había dicho que en un texto no me interesaba tanto la armonía del estilo como la melodía en mi música: me bastaba la exactitud literal de las palabras. Ahora bien, esa exactitud ni Roche ni Truinet habían podido alcanzarla puesto que ninguno de los dos sabía el alemán. En su informe, Olivier se indignó tan acaloradamente contra esa aseveración que se esperaba de un momento a otro que cantara *La estrella del pastor* para demostrar la esencia puramente musical de mi melodía. Subyugados por su elocuencia, los jueces desecharon las reclamaciones de la parte demandante. Con todo, como les pareció que Lindau había trabajado poco o mucho en el libreto me condenaron a pagarle una pequeña indemnización. Pero para satisfacer aquella suma no me bastaban los derechos de autor que me correspondían de las representaciones parisienses del *Tannhäuser*. Al retirar la partitura del repertorio habíamos convenido con Truinet ceder todos los derechos de autor, tanto en lo referente al texto como a la música al pobre Roche, que con el fracaso de mi ópera perdía la única esperanza de un posible mejoramiento de su miserable situación económica.

Otras relaciones quedaron aún rotas al socaire de los acontecimientos. Formaba parte de un «círculo artístico» del que me ocupaba con bastante interés, y que con la importante colaboración de las embajadas alemanas se había constituido en los medios aristocráticos. Proponíase organizar buenas audiciones musicales al margen del teatro e interesar en ellas a la alta sociedad. En su circular dicha entidad había tenido el mal gusto de comparar sus esfuerzos en pro de la buena música con los del Jockey Club para obtener buenos picaderos. Se había tratado por consiguiente de reunir a todos los músicos de cierto renombre. Mediante una cotización anual de doscientos francos ingresé como miembro en aquella sociedad y fui elegido para el comité artístico con Gounod y otras notabilidades parisienses. El presidente era Auber. Nos reuníamos con frecuencia en sesión en casa del conde de Osmond, un hombre joven, inteligente y despierto que había perdido un brazo en un duelo y que sentía gran afición por la música.

En aquella misma ocasión conocí a un joven príncipe Polignac. *Polignac. Aubert. Gounod* de Polignac que me interesaba sobre todo a causa de su hermano a quien se debe una traducción del *Fausto*. Almorzando un día en su casa le oí exponer las ideas fantásticas que la música le inspiraba. A propósito de la *Sinfonía en la mayor* de Beethoven, por ejemplo, quiso convencerme de la justeza de sus observaciones: pretendía reconocer en la última parte todas las peripecias de un naufragio.

Nuestras sesiones, cuya finalidad era organizar un gran concierto para el cual también yo habla de componer alguna cosa, sólo se animaban gracias al celo pedantesco de Gounod. Desempeñaba su papel de secretario con una infatigable y delicada minuciosidad. Auber, en cambio, en lugar de dirigir los debates los interrumpía con «buenas palabras» que no eran siempre del mejor gusto. A pesar del fracaso de *Tannhäuser* recibí todavía una invitación para las sesiones del comité pero dejé de asistir a las mismas, y en previsión de mi próxima partida a Alemania envié mi dimisión al presidente.

Sólo conservé la amistad de Gounod. Me contaron que en aquella sociedad se había manifestado siempre enérgicamente en favor mío y que había exclamado: «¡Ojalá me conceda Dios un fracaso semejante!». En agradecimiento a su simpatía le obsequié con un ejemplar de la partitura de *Tristán e Isolda*. La conducta de Gounod era digna de loa, sobre todo porque a pesar de las atenciones que exige la buena amistad aún no había podido escuchar su *Fausto*. Por otra parte, conocí entonces a un gran número de apasionados defensores de mi causa. En los periódicos de corta tirada de los cuales Meyerbeer no se preocupaba me ensalzaban positivamente y se publicaron sobre mi música excelentes juicios críticos. Y leí en alguna parte que *Tannhauser* era «la sinfonía cantada».

*Julio Janin. Vacquerie* BAUDELAIRE se distinguió por un fascículo espiritual y mordaz que escribió en mi favor, y hasta Julio Janin me sorprendió por los términos con que se expresó en un folletín de los *Débats*. Relataba lo ocurrido siguiendo su método habitual, es decir, apartándose del tema. Se representaban en los teatros parodias de *Tannhauser*, y Musard no encontró un medio mejor para atraer a la gente a sus conciertos que incluir cotidianamente con letras gigantescas en su programa la *Overtura de Tannhauser*. También Pacheloup, con una intención demostrativa, hizo ejecutar con frecuencia algunas de mis composiciones. Celebróse además una gran velada en casa de la condesa de Loewenthal, esposa del agregado militar de Austria. La señora Viardot cantó en ella diferentes pasajes de *Tannhauser*, y en premio a su labor recibió la suma de quinientos francos.

Por una singular aproximación se asoció mi suerte a la de Augusto Vacquerie, cuyo drama *Las exequias del honor* había fracasado también de una manera escandalosa. Sus amigos le ofrecieron un banquete al que fui invitado. Se nos festejó con entusiasmo, se pronunciaron acalorados discursos contra la manera como el público iba degradándose, y se tocaron hasta temas políticos, pues mi compañero de infortunio era pariente de Víctor Hugo. Muy a pesar mío, mis admiradores particulares hablaban hecho colocar un piano en la sala; me vi obligado a sentarme ante el instrumento e interpretar algunos de mis pasajes favoritos de *Tannhauser*, de suerte que la fiesta tomó el carácter de un especial homenaje a mi persona.

*Ofertas del señor de Beaumont* Sz quiso también aprovechar la popularidad que mi aventura me habia granjeado para acometer grandes empresas. El director del «Teatro Lírico» se proponía montar mi ópera pero tuvo que desistir de ello porque a pesar de sus esfuerzos no logró descubrir el tenor capaz de cantar *Tannhauser*. De Beaumont, director de la Ópera Cómica y que estaba en vísperas de bancarrota, confiaba salir de apuros con *Tannhauser* y me hizo grandes ofertas. Al decir de él, contaba para esta ocasión con el apoyo de la princesa de Metternich cerca del emperador y esperaba que éste

le ayudaría a salir de la miseria. Sin embargo, no me dejé tentar por las brillantes perspectivas que hizo espejar ante mis ojos y que en verdad no me impresionaron lo mas mínimo. Algún tiempo después me enteré con satisfacción que Roger, a la sazón en la Opera Cómica, había hecho interpretar un fragmento del ultimo acto de *Tannhauser* en una representación a beneficio suyo. Esto le acarreo furiosos ataques de la prensa pero una excelente acogida por parte del público.

Los proyectos iban multiplicándose. Un tal Chabrol, que se ocupaba de un «Teatro Wagner» firmaba Lorbach en los periódicos, se presentó en mi casa en nombre de una sociedad al frente de la cual figuraba un hombre extraordinariamente rico. Se intentaba fundar un «Teatro Wagner» del que sólo quise oír hablar bajo una única y exclusiva condición: la de que escogieran un director serio y experimentado. Se pensó en Perrin. Este, que esperaba desde hacía años el momento de llegar a ser director de la Giar Opera, no quiso comprometerse. Aunque achacaba únicamente el fracaso de mi obra a la incapacidad de Royer que no había sabido —me escribió— granjearse la simpatía de la prensa por la empresa. Quería darme la prueba de ello tomando el asunto entre sus manos. Pero muy prudente y razonador creyó observar algunas lagunas en las proposiciones de Lorbach. Y al discutir con éste las condiciones de corretaje Perrin tuvo la impresión de que se trataba de una especulación en que no todo estaba claro. Declaró que si había de crearse un «Teatro Wagner» reuniría él solo los fondos necesarios. Y verdaderamente pensó en adquirir el gran café del Alcázar o el «Bazar de la Bonne Nouvelle». No faltaban, al parecer, algunos capitalistas dispuestos a prestarle una ayuda financiera. Erlanger hablaba de una decena de banqueros prestos a colocar cada uno cincuenta mil francos en la empresa. Quinientos mil francos hubieran sido puestos, por tanto a disposición de Perrin. Sin embargo, pronto se desalentó, pues se dió cuenta de que si en verdad los hombres a quienes se había dirigido no deseaban cosa mejor que crear un teatro era solamente con fines de diversión personal y no para la difusión de mis obras en París.

TAN deprimentes experiencias dieron lugar a que Er-langer se desinteresara de mi suerte. Desde el punto de vista comercial su contrato conmigo había sido un mal negocio. Otros amigos se ocuparon entonces de poner orden en mis finanzas. Con mucho tacto, los embajadores de Alemania, por mediación del conde de Hatzfeld, se informaron de las necesidades. A mí me parecía simplemente que al obedecer la orden del emperador de hacer representar mi ópera en París, había perdido mi tiempo en una empresa cuyo fracaso no podía achacárseme. Y no anduvieron equivocados mis amigos al echarme en cara la negligencia de que había dado pruebas al olvidarme de estipular, desde el principio, ciertas indemnizaciones que hubieran parecido muy naturales al sentido práctico de los franceses. No había pedido ningún anticipo a modo de compensación de mis trabajos, y sólo contaba, en caso de éxito, con los ingresos que me producirían mis derechos de autor. Como me era imposible dirigirme entonces a la administración de la Ópera o al emperador, acepté con sumo agrado la intercesión de la princesa de Metternich en favor mío. El conde de Pourtalès había estado recientemente en Berlín para recabar del príncipe regente de Prusia la orden de que se efectuara una representación de *Tannhauser* a beneficio mío. Pero el príncipe chocó con la mala voluntad del intendente, de Hulsén, que me detestaba. Viéndome por tanto ante la perspectiva de un largo período de indigencia, tuve que permitir a mi protectora que asumiera las gestiones encaminadas para hacer valer mis derechos a una indemnización. Todos esos acontecimientos transcurrieron en el espacio de unos meses, a partir del estreno de *Tannhauser*, y el 15 de abril partí hacia Alemania con objeto, si me era posible, de enraizarme en mi país.

*Benevolencia del gran duque de Baden* BÜLOW, el único que comprendió absolutamente mi verdadero modo de pensar, me precedió en el viaje y partió en lo más álgido del zafarrancho de mis representaciones. Desde

Bülow, el único que comprendió absolutamente mi verdadera manera de pensar, me precedió en el viaje y partió en lo más álgido del zafarrancho de mis representaciones. Desde Carlsruhe me comunicó la excelente disposición de ánimo en que se hallaba el gran duque y su familia. En seguida concebí el plan de dar en dicha ciudad el estreno de mi *Tristán*, tantas veces demorado. Me trasladé, a Carlsruhe, y la acogida extremadamente cordial que me dispuso el gran duque contribuyó a alentarme en mi resolución. Este príncipe pareció mostrar sinceros deseos de inspirarme confianza. En una conversación familiar en la que tomó parte su joven mujer se esforzó en convencerme de que su interés por mí se basaba menos en mi cualidad de compositor —no creía tener el derecho ni poseer las dotes suficientes para dictaminar sobre música— que en los sufrimientos que había padecido a causa de mis opiniones políticas y libertarias. Dado que por motivos harto naturales no atribuí gran importancia a mi pasado revolucionario, el gran duque achacó esa reserva a desconfianza y trató de animarme afirmando que si a este respecto se habían cometido faltas y aún faltas graves, era sobre todo por quienes se habían quedado en Alemania y que habían sufrido las consecuencias de las mismas por los remordimientos que en su fuero interno les atormentaban. El deber de los culpables era ahora de reparar lo mejor posible el daño que habían inferido a los expulsados. Con la mejor voluntad el gran duque puso el teatro a mi disposición y dió las órdenes pertinentes al director del mismo.

*Viaje a Viena (mediados de mayo de 1861)* Ese director era justamente mi antiguo «amigo» Eduardo Devrient. La embarazosa contigencia que mostró al verme venir en apoyo de las habillitas de Bülow, como afirmaba

que la simpatía de Devrient por mí era fingida. Pero la amable acogida del soberano me infundió tantos ánimos que al menos en apariencia logré que Devrient se sometiera a mis órdenes. Ocupóse seriamente de la proyectada representación de *Tristán*; admitió que especialmente después de la marcha de Schnorr hacia Dresde no encontraríamos en Carlsruhe cantantes aptos para interpretar mi obra; me aconsejó que me dirigiera a Viena y se extrañó de que yo no quisiera hacer representar mis óperas en aquella gran ciudad donde tendríamos al alcance de la mano todo cuanto necesitara. Me costó harto trabajo hacerle comprender por qué prefería la certeza de algunas representaciones extraordinarias de *Tristán* en Carlsruhe a la posibilidad de que se incluyera mi obra en el repertorio de la Ópera de Viena. Obtuve entonces la autorización para invitar a Schnoor a que efectuara una jira a Carlsruhe, así



como la de escoger los buenos cantantes que habían de ayudarme a crear una representación modelo

Mi camino me conducía hacia Austria pero antes de seguirlo me vi obligado a regresar a París. Tenía que arreglar mis cosas y armarme para mi nueva expedición. De nuevo en la capital francesa después de una ausencia de seis días mi único cometido era tratar de agenciarme fondos. Las muestras de amistad más o menos cordiales que recibía de un lado y de otro sólo me inspiraban repulsión o indiferencia

Mientras que las gestiones llevadas a cabo por la princesa de Metternich para obtener la importante indemnización que esperaba de la corte avanzaban con una lentitud llena de misterio, un comerciante llamado Stürmer desplegó una mayor actividad y me echó una mano. Conoció antaño a Stürmer en Zurich y durante mi estancia en París no cesó de mostrarse interesado por mí. Gracias a él pude hacer frente a los gastos de mi casa y ponerme en camino para Viena.

Después hacia mucho tiempo me había anunciado Liszt su llegada a París. Durante el nefasto período que yo acababa de atravesar le había echado mucho de menos. Por su posición de notabilidad parisien hubiera podido serme muy útil y sin duda me hubiese ayudado a resolver aquellas inextricables dificultades. Le pregunté por qué demoraba tanto su llegada, pero su respuesta ambigua se me figuró parecerse a un encogimiento de hombros. ¡Cruel ironía del destino! Supe que vendría a París pocos días después que yo me marchara. Acuciado por la necesidad que me obligaba a anudar nuevos hilos para mi porvenir, tuve que salir de Francia sin esperar la llegada de mi antiguo amigo.

Como primera providencia volví a Carlsruhe y me presente de nuevo en casa del gran duque. Este me recibió con su amabilidad proverbial y me autorizó para que escogiera en Viena los cantantes que eligiese y los hiciera venir a Carlsruhe para una representación modelo de *Tristan*. Por consiguiente, salí para Viena. Me hospedé en el Hotel del Archiduque Carlos y espere la realización de la promesa que me dió por carta el maestro de capilla Esser de representar para mí algunas de mis óperas.

ENTONCES, y por primera vez, vi en escena *Lohengrin*. A pesar de que la obra figurara en el repertorio desde hacía cierto tiempo se accedió a mis deseos y se hizo preceder la representación de un verdadero ensayo. La orquesta interpretó la obertura con tal brío, y la voz de los cantantes y sus cualidades artísticas se mostraron con tanta brillantez en una obra que les era absolutamente familiar que, profundamente emocionado, no me sentí con ánimos para enjuiciar el conjunto. Hanslick se dió cuenta de mi enternecimiento y juzgó que el momento era oportuno para acercarse a mí. Sentado en el escenario escuchaba la obra y sólo le respondí con el breve saludo que se da a un desconocido. Intervino entonces el tenor Ander haciendome observar que Hanslick era una de mis viejas amistades. Repliqué secamente que recordaba muy bien a Hanslick pero que en aquellos momentos estaba ocupado en el ensayo. Y con mis amigos vieneses ocurrió lo mismo que sucedió a los de Londres cuando estos trataron de congratrarme con el terrible crítico musical del *Times*. Desde que se representaban en Viena mis obras ese Hanslick, que siendo estudiante había asistido a una de las primeras representaciones de *Tannhauser* en Dresde y que había publicado sobre la misma una crítica en extremo favorable, se había convertido en uno de mis más encarnizados enemigos. El personal de la Opera, que me tenía en gran estima, hizo al parecer todo lo posible para reconciliarnos. Pero su intento no tuvo éxito y quizá no estén equivocados quienes atribuyen la causa de aquella intransigencia mía al fracaso de todas cuantas empresas acometí en Viena.

Con todo, y por el momento, la favorable corriente de la opinión parecía ahuyentar de mi ánimo todo cuanto me era desagradable. La representación de *Lohengrin*, a la que asistí transcurrió en medio de una ininterrumpida ovación, la más entusiasta que jamás me haya sido tributada.

Aprovechando mi estancia en Viena, se abrigaba el propósito de representar otras dos óperas más pero me inspiraba cierta aprensión el deseo de que no se repitieran semejantes veladas. Conociendo los grandes defectos de las representaciones vienesas de *Tannhauser*, solicité el modesto *Fliegender Holländer* con el propósito de oír al cantante Beck que, al decir de muchos, daba una magnífica interpretación a su papel. Y también esta vez se entregó el público a las mismas manifestaciones de complacencia. Rodado de la general benevolencia pude pensar en el verdadero objeto de mi viaje.

LA juventud universitaria quiso homenajearme con un cortejo de antorchas pero decliné este honor, lo que Essler juzgó muy acertado. El propio Essler y los principales miembros de la Opera se preguntaron entonces de qué manera podrían explotarse aquellos éxitos. Me presenté al conde Lanckoronski, primer intendente de la corte, que me habían descrito como hombre muy original y profano en el arte y sus necesidades. Cuando le rogué que se sirviera conceder un largo permiso a los cantantes principales de su Opera, o sea la señora Duschmann (antes Luisa Meyer), a Beck y quizá también en Carlsruhe, me respondió categóricamente que no le era posible atender a mi petición. Añadió este viejo caballero que puesto que su personal era de mi gusto juzgaba mucho más sensato hacer representar mi nueva obra en Viena. Y no me sentí con ánimos para oponerme a esa proposición.

CUANDO bajaba las escaleras del palacio imperial, bastante preocupado por el nuevo giro que tomaban las cosas, me crucé junto al pórtico con un hombre de aventajada estatura y de fisonomía altamente simpática. Acercóse a mí y me brindó su coche para acompañarme al hotel. Era José Standhartner, médico muy reputado en la alta sociedad vienesa y gran melómano. Trabajamos amistad y fué siempre un fiel amigo.

También encontré en Viena a Carlos Tausig. Había venido a conquistar la capital austríaca para las obras de Liszt. Ya en el invierno anterior había trabajado en ese sentido dando una serie de conciertos que organizó y dirigió él mismo. Con Tausig vino asimismo Pedro Cornelius a quien conocí en Basilea en 1853 y que también había recalado en Viena. Ambos se sumaban en una verdadera exaltación al interpretar el arreglo de *Tristán* para piano que Bülow acababa de terminar. Gracias a Tausig se transportó a la

habitación que yo ocupaba en el hotel un piano de cola de Boesendorff y nos entregamos al cultivo de la música con verdadero frenesí. Había gran interés en comenzar inmediatamente los ensayos de *Tristan*, y me suplicaron con tanta insistencia que reservara para Viena el estreno de dicha ópera que acabé por prometer una nueva visita para dentro de algunos meses, a fin de dar principio a los ensayos.

SINEMBARGO en cierto modo intimidado de tener que comunicar al gran duque de Baden la modificación de mis proyectos, hice un singular rodeo antes de llegar a Carlsruhe. Acaeciendo mi cumpleaños uno de aquellos días resolví celebrarlo en Zurich. Desde Munich me trasladé a Winterthour donde contaba ver a mi amigo Sulzer. Desgraciadamente, éste se hallaba ausente. Sólo pude saludar a su mujer, que me pareció poseer una gran personalidad, y a su hijo, una criatura vivaracha con el que simpatice en seguida. Al saber que Sulzer estaría en Zurich al día siguiente, pasé el resto de la jornada en un hotelito donde me absorbí con la lectura de *Años de aprendizaje* de Goethe. Ahondé por primera vez en esa obra singular y subyugadora. Me familiaricé con el espíritu del poeta sobre todo en su notable descripción de la marcha de los compañeros en la que su lirismo cobta matices casi violentos.

Al día siguiente, muy temprano, llegué a Zurich. Una mañana luminosa y radiante me incitó a reanudar, por el camino de los escolares, mis antiguos paseos en el valle del Aah. Llegué a la finca de los Wesendonck. Debido a lo antenpestivo de la hora me informé de los hábitos de la casa, y me dijeron que en aquella hora Wesendonck solía bajar al comedor para tomar solo su desayuno. Me senté en un ángulo de la habitación y esperé. Apareció finalmente la voluminosa figura de aquel santo varón. Encaminóse silenciosamente hacia la mesa en que estaba puesto su café, pero al darse cuenta de mi presencia tuvo una alegre sorpresa. Transcurrió el día en medio de gran regocijo gozando de la compañía de Sulzer, Semper, Herwegh y también de Gottfried Keller. Me satisfizo mucho que mi sorpresa hubiera dado tan buen resultado en circunstancias tan particulares, precisamente en el momento en que mi destino era tema de las animadas discusiones de mis amigos.

Al día siguiente me marché a Carlsruhe. El gran duque aceptó mi comunicación con gran benevolencia. Contaba, en efecto, con una excusa para justificarme: a los cantantes les había sido denegado el permiso para ausentarse, y, por tanto, era ya imposible llevar a cabo la proyectada representación en Carlsruhe. Esta modificación no pareció disgustar a Eduardo Devrient pues, por el contrario, me deseó un brillante éxito en Viena.

TAUSIG se reunió conmigo en Carlsruhe pero como yo había decidido ir a ver a Liszt en París hizo el viaje conmigo pasando por Estrasburgo.

En París, reinaba en mi casa el mayor desbarajuste. De buenas a primeras, traté de procurarme los fondos que me eran necesarios para salir de la ciudad y, en resumidas cuentas, para vivir, pues no concebía grandes esperanzas para el futuro. Minna entre tanto, tuvo ocasión una vez más de dar muestras de su talento de ama de casa. En cuanto llegó a París no abandonó Liszt sus hábitos, e incluso su propia hija Blandina sólo tenía ocasión de hablarle en el coche que le conducía de visita en visita. Sin embargo, estimulado por su buen corazón aun tuvo tiempo para invitarse a comer un bistec en mi casa. Y hasta llegó a concederme toda una velada poniéndose a mi disposición para solucionar algunos compromisos que afortunadamente pude solventar. Precisamente aquella misma noche, y rodeados del restringido círculo de amigos de mis épocas de lucha, Liszt se sentó al piano. Entre otras cosas, interpretó casualmente su *Pantasia sobre Bach*. Precisamente la víspera Tausig la había interpretado y su ejecución despertó ciertamente mi admiración: pero cuando oyó a Liszt la sensación de su impotencia frente a aquel coloso, superior a los mas grandes maestros le dejó anonadado.

OTRO día nos reunimos con ocasión de un almuerzo, en casa de Gounod. La comida transcurrió en un ambiente de monotonía, y Baudelaire trató en vano de animarnos con sus rasgos de ingenio que parecían deshizarse ya por la pendiente de la desesperación. Baudelaire, «cubado de deudas» como él mismo me confeso, me había hecho en varias ocasiones los ofrecimientos más fantásticos para la explotación de mi glorioso fracaso. En la imposibilidad de aceptar ninguna de sus proposiciones me complació saberle refugiado bajo las alas protectoras del gran Liszt. Este le acompañaba por doquier podía atisbarse la fortuna. Ignoro si esto sirvió de gran cosa a Baudelaire. Poco tiempo después supe que había muerto sin haber gozado mucho de los favores de la suerte. Vi otra vez a Liszt en una cena dada en la embajada de Austria, cuya ocasión aproveché amablemente mi amigo para testimoniar abiertamente la simpatía que yo le inspiraba; en presencia de la princesa de Metternich interpreto algunos fragmentos de *Lohengrin*. Liszt fue también invitado a las Tullerías pero no se estimó necesario pensar en mí. Me contó que el emperador Napoleón había hablado con él a proposito de mi *Tannhauser* y como resultado de su conversacion convinieron que mi obra no debiera haberse representado en la Gran Opera.

Ignoro si Liszt habló de ese asunto con Lamartine pero sí sé que este puso toda clase de obstáculos para que yo me entrevistara con Liszt. Tausig, que al principio se había refugiado a menudo a mi lado, recayó insensiblemente bajo la dependencia de su maestro. Finalmente deje de verle, pues siguió a Liszt a Bruselas para efectuar una visita a la señora Street.

ARDE en deseos de salir de París. Con la ayuda del portero a quien di una gratificación de cien francos logré reanquilar mi piso de la calle Annale. Sólo me quedaba, por tanto, esperar noticias de mis protectores. Como en este aspecto no podía reclamar las cosas mi penosa situación se iba prolongando indefinidamente. No faltaron, sin embargo, algunos incidentes agradables. Me había granjeado la singular simpatía de una tal señorita Ebert, persona de cierta edad y sobrina de Meyerbeer. Había asistido a las representaciones de mi *Tannhauser* y los hechos repugnantes que acedieron en ellas le habían inspirado un entusiasmo misión de distraerme de mis preocupaciones. Y un hermoso día de primavera organizó, en uno de los mejores restaurantes del bosque de Bolonia, un suculento ágape en honor mío y de Kietz de quien todavía no habíamos logrado deshacernos. La familia Flaxland, con la que había tenido algunas diferencias a propósito de *Tannhauser* se esforzó asimismo en mostrármeme agradable, aunque hubiera deseado en verdad que esa amabilidad se debiera a motivos menos interesados.





*Laffite como Mime.*



*Rudolf Bockelmann, el Wotan de Bayreuth de 1931 a 1941.*



*Donald MacIntyre como Wotan (Bayreuth, 1974).*



*Hana Breuer como Mime, en Bayreuth en 1896, y Ernestine Schumann-Heink como Erda en el Met (1899).*



Con todo, estábamos decididos a marcharnos de París lo más pronto posible. Minna había de continuar su cura del año anterior en los baños de Soden, terminada la cual se trasladaría a Dresde a casa de sus antiguos amigos. Y yo esperaba el momento de ir a Viena para los ensayos de mi *Tristan*. Resolvimos depositar nuestro mobiliario, cuidadosamente embalado, en casa de un guarda muebles de París. Mientras preparábamos ese viaje tantas veces diferido sopesábamos las dificultades que nos acarrearía en el ferrocarril nuestro perrito «Fips». Pero un día, el 22 de junio de 1861, mi mujer, que había salido con el perro, lo trajo moribundo sin que pudiese explicarse lo que le había ocurrido. Sin duda, al decir de Minna, había ingerido un fuerte veneno que debió de encontrar por la calle. El estado del animal era lamentable; no presentaba ninguna herida externa pero su respiración jadeante nos hizo creer en una lesión del pulmón. En los primeros momentos de sus atroces sufrimientos mordió a Minna en los labios. Inmediatamente llamamos a un médico. La bestia no estaba rabiosa y el doctor nos tranquilizó completamente. Por desgracia, no había ya esperanzas de salvar al pobre animal; apoltonado en un rincón su respiración se hacía cada vez más acelerada y difícil. A las once de la noche pareció dormirse debajo de la cama de Minna pero cuando lo saqué de allí ya estaba muerto.

Minna y yo no hablamos nunca más de la impresión que nos produjo aquel triste suceso. Los animales domésticos habían adquirido siempre una gran importancia en nuestro hogar sin hijos, y la repentina muerte de nuestro cariñoso «Fips» pareció asestar el último golpe a una vida conyugal que desde hacía mucho tiempo se había hecho imposible. Mi primer cuidado fué sustraer el cadáver a la suerte que espera a los perros que mueren en París: se les echa en el muladar y por la mañana junto con las inmundicias los recogen los basureros. Resolví entonces enterrar a «Fips» en Dames. Allí di sepultura, al día siguiente, en la calle de la Tour-des-Dames. Allí di sepultura, al día siguiente, a nuestro perro. Y tuve que hacer uso de una singular elocuencia para obtener del ama de Sturmer, a la sazón ausente, la autorización para excavar bajo las malezas del jardín un hoyo lo suficientemente profundo para el pobre animal.

Llevé a cabo ese penoso trabajo con la ayuda del portero de mi casa. Luego cubrí cuidadosamente la tumba procurando no dejar trazas de la operación efectuada, pues temía que Sturmer no se sintiera muy inclinado a dar hospitalidad a un cadáver de perro. De esta manera conseguí arrebatarle toda posibilidad de que lo mandara desenterrar.

FINALMENTE, el conde de Hatzfeld me hizo saber de la manera más afable que algunos admiradores de mi arte, que deseaban guardar el anónimo, se habían reunido para ofrecermelos medios de salir adelante de mis inmerecidas dificultades. Este feliz resultado se debía sin duda a mi protectora la princesa de Metternich, y después de haberle expresado mi agradecimiento pude ya disponerme a abandonar definitivamente mi instalación parisién. Me interesaba sobremanera que, en cuanto fuera posible, se marchara Minna a Alemania para someterse a su cura. Y yo no abrigaba otro proyecto que ir a ver a Liszt en Weimar donde en el mes de agosto había de tener lugar una reunión de músicos alemanes en la que debían de ejecutarse, en audición de despedida, algunas composiciones de Liszt.

*Mi residencia en la finca de la Embajada de Prusia*

PERO por otra parte, Flaxland que se había arriesgado a publicar una edición francesa de mis otras óperas deseaba retenerme en París hasta que hubiese acabado con Truinet la traducción del libreto del *Fliegender Holländer*. Precisaba para ello de algunas semanas y no podía continuar viviendo en mi piso, totalmente desalojado. El conde de Pourtalés, sabedor de mis apuros, me invitó a que me hospedara, entre tanto en la finca de la embajada de Prusia. Jamás había recibido un ofrecimiento de tal índole y lo acepté con una gratitud colmada de felices presagios.

El 12 de julio, mientras Minna marchaba camino de Soden, me instalé en la finca de la embajada. Me proporcionaron una habitación pequeña pero muy decorosa, cuyos ventanales daban al jardín y desde los que se dominaba las Tullerías. Deslizábanse por las aguas del estanque dos cisnes negros cuya contemplación me sumía en un dulce arrobamiento. Cuando el joven Hatzfeld vino, por encargo de mis protectores, a informarse de mis necesidades, por primera vez desde hacía mucho tiempo y no obstante la falta de todas las condiciones que forman generalmente lo que se entiende por una existencia estable, invadió mi ánimo una emoción profunda y una exquisita sensación de bienestar. Solicité permiso para traer a mi Erard que no había sido embalado con el mobiliario, y una vez en mi poder fué colocado en un hermoso salón del primer piso. Allí trabajaba por las mañanas en la traducción del *Fliegender Holländer*. Compuse también dos páginas de álbum: una de ellas, destinada a la princesa de Metternich y basada en un gracioso motivo que desde hacía mucho tiempo guardaba en mi mente, fué publicada en seguida, pero la otra, dedicada a la condesa de Pourtalés, se ha perdido. Mis relaciones con la familia de mi huésped ejercieron sobre mí una influencia agradable y al mismo tiempo sosegadora. Comíamos en la misma mesa, y el almuerzo cotidiano cobraba con frecuencia las proporciones de un «ágapo diplomático». Conocí en aquella ocasión al ex-ministro de Prusia Bethmann-Hollweg, padre de la condesa de Pourtalés y departí gravemente con él acerca de las relaciones que deben existir entre el arte y el Estado. En respuesta a la exposición de mi pensamiento el ministro declaró, lo que me apenó mucho, que un acuerdo armónico de aquella naturaleza no lo estimaba posible el soberano, pues para este el arte no era más que un aspecto de la diversión. Con el conde de Hatzfeld tomaban parte a menudo en aquellas reuniones familiares los dos restantes agregados de la embajada: el príncipe de Reuss y el conde Dönhoff. El príncipe parecía ser la inteligencia política de la embajada, y me hicieron gran elogio acerca del talento y la habilidad que había desplegado en defensa de mi causa ante la corte imperial. El conde Dönhoff me cautivaba por su singular fisonomía y su amable sencillez.

*El príncipe y la princesa de Metternich*

Asistían también a las reuniones de la embajada el príncipe y la princesa de Metternich. Mis relaciones con ellos eran en cierto modo delicadas. Por haber asumido tan enérgicamente mi defensa a propósito de *Tannhäuser*, la princesa Paulina había sido objeto no solamente de las más groseras insinuaciones de la prensa, sino que tuvo hasta que sufrir las poco caballerescas desatenciones de la llamada alta sociedad. Su marido, que parecía haber sobrellevado bastante bien lo ocurrido, debía haber pasado sin duda momentos muy desagradables. Me era muy difícil conjeturar hasta qué punto la simpatía que mi arte inspiraba a la princesa pudiera haberla compensado de todas aquellas mortificaciones. A los ojos del mundo pasaba por ser una mujer extremadamente caprichosa y preocupada siempre del efecto que había de causar. Yo mismo, en el curso de nuestras anteriores relaciones, no había encontrado jamás el camino de un acercamiento real entre nosotros. Todo cuanto me había revelado su carácter era una confianza temeraria en sí misma, de la que se desprendía una energía sin freno y con ello un juicio muy avisado sobre las cosas prácticas. Y jamás he comprendido lo que quiso decirme al confesarme un día, con turbación casi pueril, que le gustaba oír las «fugas».

En cuanto al príncipe, de índole mezquina y reservada, supongo que sólo le atraía hacia mí su afán por aprender a componer, aunque tuvo la prudencia de no importunarme mucho en ese aspecto. En cambio, tuve ocasión de apreciar la justicia y el tacto de sus juicios políticos, cuyas cualidades me parecieron ser menos el resultado de la educación que del instinto que debía a su cuna y a su situación.

Después de haber pasado con mis amables huéspedes muchas horas de intimidad, durante las cuales hasta traté de convertirlos a Schopenhauer, tomé parte en una gran velada que me procuró sensaciones de verdadero enajenamiento. En un círculo de amigos que me eran todos adictos, se ejecutaron varios fragmentos de mis composiciones. Saint-Saëns estaba sentado al piano y, cosa extraordinaria, oí a una napolitana, la princesa de Campo-Real, acompañada por el excelente músico, cantar la escena final de *Iseo* con una perfecta pronunciación alemana y una asombrosa seguridad de entonación.

DURANTE aquellas tres semanas que fueron para mí de agradable reposo, el conde de Pourtalés se ocupó de proporcionarme un importante pasaporte prusiano. A causa de los temores de

de Seebach nada había podido obtener de Sajonia. Creyendo dejar París para siempre, me despedí afectuosamente de los contados franceses que habían permanecido fielmente a mi lado en la época de mis miserias. Cité a Gasperi, Champfleury y Truinet en un café de la calle Laffite, y nuestra entrevista se prolongó hasta muy avanzada la noche. Y cuando me dispuse a regresar hacia el faubourg Saint-Germain, Champfleury, que habitaba en lo alto de Montmartre, declaró que me acompañaría hasta mi casa. — No sé — me dijo — si nos volveremos a ver.

La maravillosa impresión que me produjeron las calles desiertas de París, bañadas por resplandeciente claro de luna, me proporcionaron un intenso goce; sólo las muestras que se encaramaban a lo largo de las casas hasta los pisos más elevados, símbolos de la formidable vida comercial que anima ciertas vías, como la calle Richelieu, parecían en el silencio de la noche, prolongar de manera pintoresca el rumor del día. Champfleury fumaba su pipa y me hablaba de las posibilidades de la República francesa. Su padre, bonapartista acérrimo, que leía cotidianamente los periódicos, había llegado a decir últimamente: «Sin embargo, antes de morir quisiera ver otra cosa.» A la puerta de la embajada nos despedimos con el alma embargada por la emoción.

*Gustavo Doré. Salida de París*

No he hablado todavía de un joven amigo parisién, del que me separé con la misma cordialidad: Gustavo Doré. Había venido a verme, recomendado por Ollivier, a poco de mi llegada a París, con el propósito de hacerme un retrato fantástico mientras dirigía la orquesta. Por motivos que ignoro no llegó a realizarse ese proyecto, quizá porque tampoco yo me presté a ello. Con todo, Doré solamente no lo tomó a mal sino que era de aquellos que indignados por el ultraje que me habían inferido me testimoniaban abiertamente su amistad. Además de las numerosas ilustraciones que ese hombre, de una asombrosa capacidad de trabajo, ejecutaba en aquella época, quería realizar también las de *Los Nibelungos*. Deseaba darme a conocer mi concepción de ese ciclo mitológico. Esto no fué fácil, pero como me aseguré que un amigo suyo conocía muy bien la lengua y la literatura alemanas me permití ofrecer a Doré el arreglo para piano de *El oro del Rin*, que acababa de aparecer, con el propósito de que el texto le ilustrara acerca del carácter fundamental de mi tema. Y era esa también una manera de corresponder al obsequio que me había hecho de un ejemplar ilustrado del *Dante*, su obra más reciente.

Las impresiones que me llevé de la benévola acogida de mis amigos prusianos eran buenas y amables, tanto más cuanto que era este uno de los pocos goces que mi penosa estancia en París me había proporcionado. Partí en la primera semana de agosto y pasando por Colonia me detuve en Soden-Bains. Allí encontré a Minna en compañía de una tal Matilde Schiffner, una amiga que, al parecer, le era indispensable porque mi mujer podía tirarla a su antojo. En Soden pasé dos días extremadamente desagradables, durante los cuales traté de hacer comprender a la pobre mujer que había de trasladarse a Dresde, cuya residencia me estaba aún prohibida. Por mi parte, trataría de encontrar primero en Viena y después en Alemania una nueva base para mis actividades.

Cuando le prometí a Minna que de todos modos le aseguraría mil táleros anuales, ésta dirigió a su amiga una mirada de singular satisfacción. Esa estipulación subsistió como condición normal de mis relaciones con Minna para el resto de su vida. Mi mujer me acompañó hasta Francfort donde me despedí de ella para trasladarme a Weimar. Schopenhauer acababa de morir.





*Cuarta Parte*  
(1861-1864)



*Lotte Lehmann como Sieglinde  
en 1930.*



*Henri Fabert como  
Mime en 1909.*

*Escenografía de Emil Preetorius  
para el I Acto de "Siegfried", en  
Bayreuth en 1931.*



*Escenificación para "Siegfried" en Bayreuth en 1876: Forja de la espada (I Acto), Enfrentamiento de Siegfried y el Vagabundo (III Acto).  
Decorados de Joseph Hoffmann.*







**D**E nuevo mi camino me condujo a través de la Turingia y me hizo flaquear una vez más el pie del Wartburg, que se encontró así incorporado de manera singular a mis salidas y regresos a Alemania. A las dos de la madrugada llegué a Weimar, y al día siguiente, al instalarme en la habitación que me había sido reservada en el Altenburg, Liszt me hizo observar intencionadamente que me hallaba en el aposento de la princesa, Maria de Wittgenstein. Esas damas no se encontraban allí para recibirnos. La princesa Carolina se hallaba en Roma, y su hija, casada con el príncipe Constantino de Hohenlohe, en Viena. Sólo quedaba en el Altenburg el ama de llaves de María, miss Anderson, que había de ayudar a Liszt a hacer los honores. Por otra parte, se iba a precintar la casa y el joven tío de Liszt, Eduardo, había llegado de Viena para hacer el inventario de toda la propiedad. No por ello dejaba de reinar una gran hospitalidad en el castillo, donde se hospedaban la mayoría de los músicos que habían llegado para aquella fiesta. Contábamos ya con dos de los principales invitados: Bülow y Cornelius. Todos los artistas, incluso Liszt, tocaban su cabeza con gorros de viaje, lo que me indujo a creer que era para subrayar el carácter familiar del festival rústico que había de tener lugar en Weimar.

Franz Brendel y su mujer se habían instalado con cierto boato en el piso superior de la casa. Pronto se vió el Altenburg atestado de músicos. Encontré entre ellos a mi antiguo amigo Draesecke, así como a un joven llamado Weisheimer, que Liszt me envió una vez a Zurich. También vino Tausig, pero casi siempre se mantuvo apartado de nuestras reuniones, pues estaba ocupado en cortejar a una joven dama.

Como compañera de mis breves paseos adjudicóme Liszt a Emilia Genast. No lo lamenté, porque la muchacha era muy inteligente y espiritual. Conoció también al violinista Damrosch. Aunque un poco distanciada de Liszt, acudió también mi antigua amiga Alwina Frommann, cuya presencia me llenó de alegría.

Cuando finalmente llegaron de París Blandina y Ollivier, hospedándose en el Altenburg, en habitaciones contiguas a la mía, aquellos días venturosos cobraron un carácter de gozosa exuberancia. El más petulante de todos era ciertamente Bülow. Teniendo que dirigir la orquesta en la *Sinfonía de Fausto*, de Liszt, daba muestras de un celo extraordinario. Sabía de memoria toda la partitura y contando con ejecutantes que no constituían en verdad lo más florido de los músicos de Alemania, consiguió dar a la obra una interpretación de una finura, una precisión y un brío maravillosos. Después de esta sinfonía, la música mejor lograda fué la de *Prometeo*, pero yo aprecié sobre todo el ciclo de romanzas: «Renunciamento», compuesto por Bülow y cantado por Emilia Genast.

La «Marcha alemana»,  
de Draesecke

Dicho sea de paso, las obras que se oyeron en aquel festival no valían ciertamente gran cosa. Figuraba entre ellas una cantata de Weisheimer, *La tumba en el Busento*, que pasó

inadvertida, pero la *Marcha alemana*, de Draesecke, provocó un verdadero escándalo. En esta singular composición, Draesecke, no obstante estar bien dotado, parecía haberse propuesto mofarse del público. Por motivos incomprensibles, Liszt, que le protegía con un apasionamiento fuera de lugar, obligó a Bülow a que dirigiera dicha prueba. A pesar de que Hans cumplió brillantemente con su cometido y hasta dirigió de memoria, el alboroto que se armó fué mayúsculo. No obstante el entusiasmo con que eran acogidas las composiciones de Liszt, no se había logrado que el autor se mostrara una sola vez ante el público, y, en cambio, cuando aun resonaba el último acorde de la *Marcha* de Draesecke, con la cual terminaba el concierto, mi amigo se puso de pie en el palco prosenio y aplaudió acaloradamente la obra de su protegido. Y como el auditorio expresaba su descontento, Liszt se inclinó sobre la barandilla del palco y, tendiendo los brazos, batió abundantes palmas y prorrumpió en enérgicos bravos. Sobrevino entonces una verdadera lucha entre el público y Liszt, cuyo semblante estaba encendido por la cólera. Blandina, sentada a mi lado, estaba como yo desesperada de la inaudita conducta de su padre y pasó mucho tiempo antes de que pudiéramos recobrarnos de aquel incidente. Liszt no dió ninguna explicación. Sólo le oímos proferir algunos epítetos de furioso desprecio dirigidos al público weimariano, «para el que aquella música era aún demasiado buena».

Supe que su comportamiento era motivado por una especie de rencor contra la verdadera sociedad de Weimar que, no obstante, nada tenía que ver con lo ocurrido. En cierto modo, quería vengarse de la silba que algún tiempo antes habían tributado a *El barbero de Bagdad*, de Cornelius, que el propio Liszt había dirigido. Pero también me di cuenta de que en aquellos últimos días debía de haber sufrido otras graves contrariedades.

Ovaciones de Weimar

Me aseguró Liszt que había tratado de convencer al Gran Duque para que me honrara con una distinción cualquiera, invitándome, por ejemplo, a una comida en la Corte. Pero el Soberano había sentido escrúpulos de compartir su mesa con un desterrado político, a quien le estaba aún prohibida la entrada en el reino de Sajonia. Liszt intentó entonces que, por lo menos, me condecoraran con la orden del «Halcón Blanco», pero también esto le fué denegado. Como sea que las gestiones que había hecho en mi favor en las altas esferas habían dado tan poco resultado, pensó en compensarme con un gran cortejo de antorchas, que organizaría en mi honor la burguesía de la ciudad. En cuanto oí hablar de ese proyecto, me esforcé en desbaratarlo, y finalmente lo conseguí.

Pero estaba visto que no podía pasar sin una ovación. Una mañana, el consejero de Justicia Gille, de Jena, acompañado de seis estudiantes, se presentó debajo de mis ventanas y me obsequiaron con una alborada cantando algunos sencillos aires. Les agradecí cordialmente aquella canción. Con oca-

sión de un gran banquete que reunió a todos los músicos y al que también asistí, sentado entre Blandina y Ollivier, se tributaron asimismo afectuosas ovaciones al compositor de *Tannhäuser* y *Lohengrin*. Durante su exilio, se había aprendido a apreciarlo y a quererlo y se saludaba con alegría su regreso a Alemania. Liszt pronunció unas breves y afectuosas palabras y yo, para contestar a un orador que se dirigió especialmente a mí, hablé largamente. Los almuerzos que Liszt ofrecía en el Altenburg a escogidos invitados eran siempre muy agradables. En uno de ellos brindé a la salud de la duquesa de la casa, a la sazón ausente (la princesa de Wittgenstein). Un día que amábamos en el jardín, tuve la alegría de encontrarme con la buena Frommann que, reconciliada con Liszt, conversaba muy juiciosamente con Ollivier.

Llegó finalmente el momento de separarnos. Después de una semana muy animada y variada, tuve la suerte de poder efectuar una gran parte de mi viaje a Viena en compañía de Blandina y Ollivier. Se había decidido ir a ver a Cósima en Reichenhall, donde seguía una cura. Al despedirme de Liszt en la estación, hablamos de Bülow, que en aquellos últimos días se había distinguido brillantemente, y que partió el día antes. Le prodigamos abundantes elogios y añadí, en tono de chanza, que no hubiera tenido necesidad de casarse con Cósima, a lo que Liszt, inclinándose ligeramente, replicó: «Era un lujo».

DURANTE el viaje, Blandina y yo nos desternillábamos de risa cada vez que Ollivier, intrigado por nuestras palabras, nos preguntaba con curiosidad: «¿Qué ha dicho?» Ello era debido a que nuestros jocosos comentarios los hacíamos en alemán. Con todo, Ollivier soportaba con benevolencia nuestro exuberante humor. Y sólo le contestábamos en francés a propósito del «tónico y del jamón crudo», que, al parecer, constituían régimen y que reclamaba constantemente. Llegamos a Nuremberg pasada la medianoche, por lo que nos vimos obligados a pernoctar en dicha ciudad. Nos costó harto trabajo hacernos conducir a casa de un hotelero, que mostró muchos reparos en abrirnos la puerta. A pesar de lo avanzado de la hora, aquel viejo y barrigudo posadero se decidió a ceder a nuestras súplicas y a proporcionarnos habitaciones, pero antes nos hizo esperar bastante tiempo en el vestíbulo, hasta que desapareció por un largo corredor. Le oímos llamar a una puerta lejana y pronunciar con tono amable y tímido: «¡Margarita!» Repitió ese nombre varias veces y explicó luego que había unos viajeros. Una voz regañona de mujer le respondió. Finalmente, Margarita prestó oídos a los ruegos del hostelero, compareció ligeramente vestida y, después de un misterioso conciliábulo con su amo, nos condujo a las habitaciones que se nos destinaban. Lo más curioso del caso es que durante todo aquel tiempo ni el posadero ni la sirvienta se dieron cuenta de la incontentible risa que se apoderó de nosotros tres.

Dedicamos la jornada siguiente a visitar algunas curiosidades de la ciudad y en último término el Museo Germánico, que por su relativa pobreza le suscitó a mi compañero francés un profundo desprecio. La considerable colección de instrumentos de tortura, entre ellos un arcón erizado de clavos en el interior, le inspiró a Blandina un sentimiento entre compasivo y repugnante.

El «barón» Hornstein. Aquella misma noche llegamos a Munich, cuya ciudad encantó a Ollivier. Al día siguiente, después que Ollivier hubo hecho abundante acopio de tónico y de jamón, recorrimos la ciudad. Estimaba Ollivier que, por su estilo a la antigua, los edificios levantados por el rey Luis I se distinguían ventajosamente de las construcciones con que el Emperador había colmado las calles de París, y declaró que a su regreso a Francia hablaría abiertamente de las observaciones que había hecho. Casualmente encontré en Munich a uno de mis antiguos conocidos, el joven de Hornstein. Le presenté como «barón» a mis amigos. Su porte ridículo y sus torpes maneras les regocijaron infinitamente y la fiesta fué completa cuando la tarde de nuestra salida hacia Reichenhall, el «barón» nos condujo a una cervicería situada en las afueras de la ciudad con objeto de que también conociéramos ese aspecto de Munich. La noche era cerrada y salvo el cabo de vela de que se servía el «barón» para ir a buscar él mismo la cerveza en la bodega, no había en el establecimiento iluminación alguna. Sin embargo, la cerveza era deliciosa, y después que Hornstein hubo efectuado tres o cuatro veces su expedición subterránea, nos dimos cuenta de que nuestro retorno a la estación ofrecía serias dificultades. Teníamos que apresurarnos. Dábamos de bruces en los campos labrados, caíamos en las zanjas y comprobamos que el «néctar de Munich» había sustraído la seguridad a nuestros pasos. Apenas estuvimos instalados en nuestro compartimiento, Blandina cayó en un profundo sopor, del que no despertó hasta el día siguiente, al llegar a Reichenhall. Cósima, que nos esperaba, nos acompañó hasta las habitaciones que había reservado para nosotros.

Visita  
a Reichenhall

ANTE todo, advertimos felizmente que Cósima estaba mejor de lo que podíamos esperar. A mí, principalmente, me habían dado noticias alarmantes acerca de su estado de salud. Cósima seguía una cura de dieta láctea en Reichenhall. Al día siguiente por la mañana la acompañamos hasta el establecimiento donde ingería su breva, pero Cósima parecía tener menos confianza en ese remedio que en los aires vivificantes de la montaña y en los paseos. Las dos hermanas, contentas de volver a ver, se entregaban a alegres expansiones, cuyos destellos apenas llegaban hasta nosotros, pues generalmente estábamos excluidos de sus diálogos; ambas se encerraban en una habitación para conversar con mayor intimidad. Sólo podía contar con la conversación francesa de mi amigo Ollivier sobre temas políticos. En una ocasión, no obstante, logré familiarizarme más con las dos jóvenes. Les dije que, puesto que su padre las desatendía casi por completo, abrigaba la intención de adoptarlas. Ese proyecto fué acogido con menos confianza que buen humor.

Un día me lamenté a Blandina de lo «salvaje» que era Cósima. Aquella no me comprendió en seguida, pero me declaró finalmente que el término que yo empleaba provenía de por sí de la «timidez de un salvaje». Al cabo de pocos días tuve que continuar mi viaje, tan agradablemente interrumpido. Me despedí de mis amigos y en el umbral de la puerta mis ojos se posaron en la mirada de Cósima, tímida y casi interrogadora.

«Hospitalidad»  
de Kolatschek

EN cabriolé descendí por el valle en dirección a Salzburgo. En la frontera austríaca me ocurrió un incidente en la Aduana. Liszt me había regalado en Weimar una cajita de buenos cigarros con que le había obsequiado el barón Sina. Conocía de Venecia los inconvenien-



Pasando por Salzburgo, llegué en medio de la lluvia torrencial y pernocté allí. Me apeé al día siguiente en Viena, meta provisional de mi viaje. Contaba gozar de la hospitalidad de Kolatschek, con quien contraje amistad en Suiza. Amnistiado desde hacía mucho tiempo, Kolatschek residía en Viena, y con ocasión de mi última estancia en dicha ciudad, había venido a verme y me había brindado su casa para evitarme el hospedaje, siempre desagradable, del hotel. La cuestión económica, a la sazón de gran importancia para mí, me impelió a aceptar su propuesta. Inmediatamente, con mi reducido equipaje, me trasladé a la dirección indicada. ¡Pero cuál no fué mi sorpresa al entrar en una casa abandonada en lo más descampado de un barrio apartado y falto de fáciles comunicaciones con la ciudad!

ME daba cuenta claramente de que mi situación era desesperada. Me parecía que todo el mundo me abandonaba. Algunos años antes hubiera podido esperar, en circunstancias análogas, encontrar amparo cerca de Liszt. Ahora era imposible, puesto que yo sólo había vuelto a Alemania para asistir a la clausura por predinto de la casa de Liszt en Weimar. Me era, por consiguiente, necesario contar con cualquier alojamiento. Para ello me dirigí al gran duque de Baden, que poco tiempo antes me había recibido con gran cordialidad. En una expresiva carta le expuse lo apurado de mi situación, asegurándole que me contentaría con el albergue más modesto, y suplicándole al mismo tiempo que me lo concediera en los alrededores de Carlsruhe, con una pensión de mil ochocientos florines. Me extrañó mucho recibir una respuesta que el Gran Duque se había limitado a firmar, sin escribir de su puño y letra. Me explicaba en su carta que, si me concediera lo que solicitaba, se correría el riesgo de que me entrometiera en los asuntos teatrales de Carlsruhe, que mi antiguo amigo Eduardo Devrient dirigía a la perfección. No tardarían en surgir dificultades y el Gran Duque se vería precisado a desempeñar el papel de justiciero y quizá a fallar las dificultades en desventaja mía. Por todo ello, y después de madura reflexión, estimaba preferible no acceder a mis deseos.

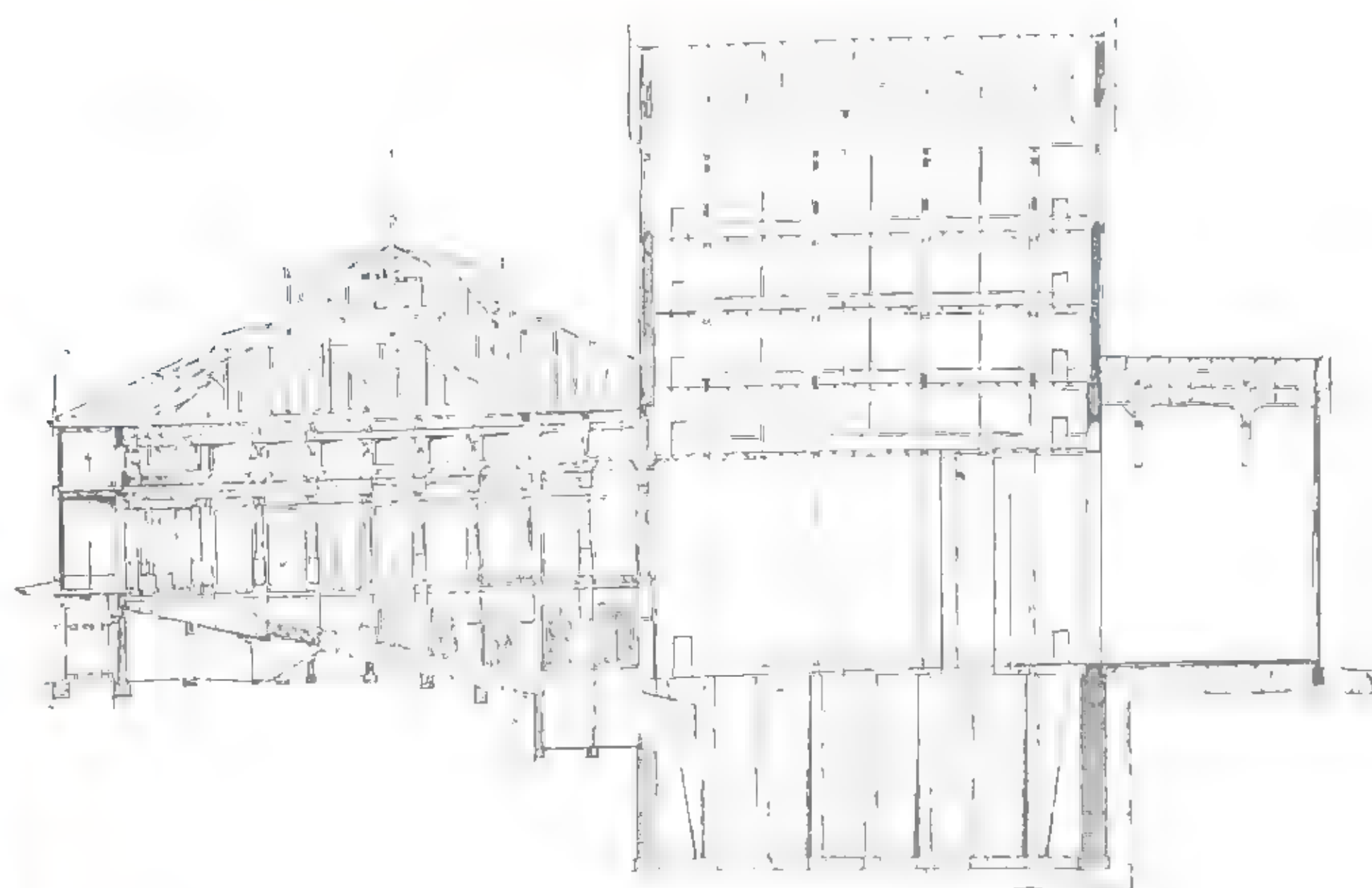
212





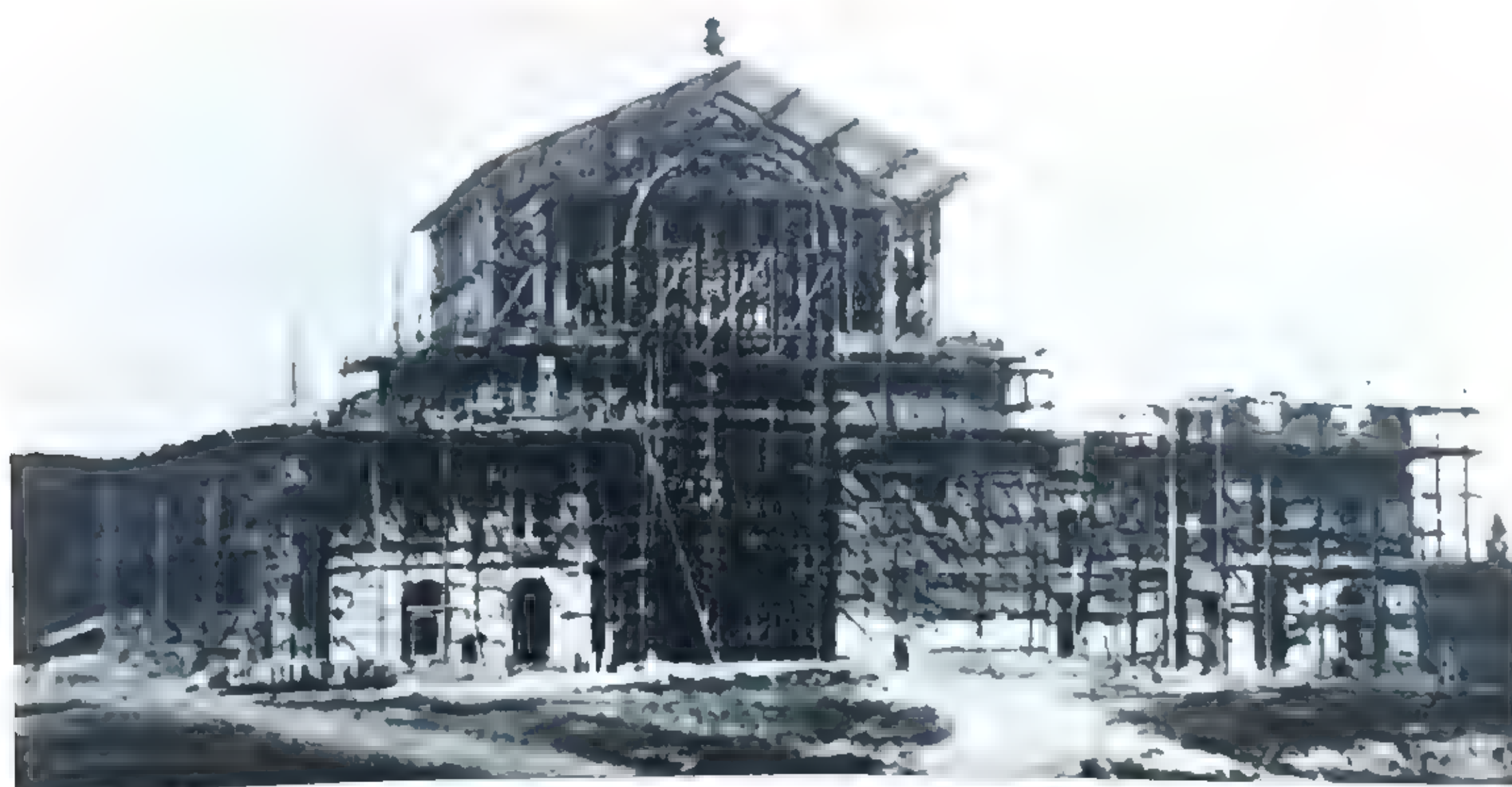
Marga Hoeffgen como Erda,  
en Bayreuth en 1974.

Wagner, Richard



Proyecto del arquitecto Otto Brückwald para el teatro de  
Bayreuth (1873). Debajo hay una nota del propio Wagner:  
Die Ornamente fort! (Los ornamentos fuera!).

Sección del Teatro proyectado  
en Bayreuth.



El Teatro en obras, en  
fotografía tomada el 2  
de agosto de 1873.



ENCONTRÉ también en Viena a mi antiguo amigo Enrique Laube. Desde hacía varios años era director del Teatro Imperial y Real del Hofbuhg. Con ocasión de mi última estancia, estimó su deber presentarme a diferentes personalidades literarias. Para él, hombre práctico, las «personalidades literarias» eran los periodistas y los críticos. Pensando prestarme un gran servicio, Laube invitó al doctor Hanslick a una de sus suntuosas cenas, y mi amigo quedó atónito al observar que no dirigía una sola tar artísticamente en Viena.

Quando volví a la capital austríaca, me acogió simplemente como a un antiguo amigo y me instó a que compartiera su mesa cuantas veces deseara. Podía deleitarme con las excelentes piezas de caza con que Laube, cazador apasionado, se regalaba a la hora del yantar. Y a pesar de todo esto, apro- veché muy raramente la invitación. En aquellas cenas, la conversación giraba siempre en torno a cuestiones de negocios teatrales, horriblemente áridas. Ter- minada la comida, comparecían generalmente actores y autores, que venían a tomar café con Laube. Reuníanse en torno a una gran mesa y mientras él descansaba silenciosamente dejándose envolver voluptuosamente por las nu- bes. Por afecto hacia su marido, la señora Laube se había convertido en una verdadera directora teatral, y estimaba necesario expresar en términos esco- servado, no obstante, el carácter placentero e infantil que antaño tanto apre- ciaba en ella, y cuando sin la menor violencia impugnaba sus opiniones, a lo que ninguno de sus cortesanos se hubiera atrevido, replicaba generalmente con no disimulado buen humor. Todo cuanto a ella y a su marido les pa- chanza y prodigando palabras más o menos ingeniosas. La señora Laube llegó, pues, a considerarme como un genial botarate, si bien es cierto que más adelante, habiendo asistido a uno de mis conciertos, me declaró con gozosa sorpresa que no dirigía del todo mal, cosa que no se esperaba después de lo que los periódicos habían dicho de mí.

Las informaciones de orden práctico que me dió Laube sobre el carácter de los miembros influyentes de la Intendencia de los teatros imperiales, me fueron de gran utilidad. Resultó de ello que cierto consejero de la Corte, el señor de Raymond, era un personaje importante, hasta el punto que el viejo conde Lanckoronski, primer mariscal de la Corte, aunque de ordinario extremadamente celoso de su autoridad personal, no se arriesgaba jamás a tomar una decisión en cuestiones financieras sin haber consultado a de Raymond, pues se le reputaba a éste como muy entendido en estas materias. De Raymond, de una ignorancia enciclopédica, acabó por dejarse influir por la prensa vienesa, que no cesaba de deprecarle. Y en cuanto supo que era mi intención hacer representar *Tristan* en Viena, trató de tenderme toda clase de celadas. Desde el punto de vista oficial, solo tenía que entenderme con el verdadero director de la Ópera, Salvi, antiguo profesor de canto de una dama de honor de la archiduquesa Sofía Salvi, de una nulidad absoluta, tenía la consigna de mostrarse vivamente interesado por la representación de *Tristan*. Con sus demostraciones de celo y de amabilidad trataba de disimularme el estado de ánimo cada vez más inquietante del personal.

El director Salvi. COMPRENDI todo esto un día que fui invitado, con un grupo de nuestros cantantes, a la casa de campo de un tal Dumba, a quien me habían presentado como uno de mis más fervientes admiradores. Ander había traído su *particella* de Tristán, de la que pretendía no poder separarse un solo instante. Ello provocó la ira de la señora Dustmann, que reprochó a Ander su hipocresía para conmigo, pues harto sabía, él y todo el mundo, que no cantaría en mi ópera. Si de tal modo obraba, era porque buscaba un pretexto para hacer recaer las culpas sobre ella. Salvi trató de intervenir y de atenuar el mal efecto de aquellas declaraciones. Para substituir a Ander, me aconsejó que contratara al tenor Walter, pero éste me era sumamente antipático y ni siquiera quise oír hablar de ello. Salvi me ofreció entonces hacer venir cantantes extranjeros. Se realizaron, en efecto, algunas pruebas, entre ellas, la de un tal Morini, que nos hizo concebir las más halagüeñas esperanzas. Estaba tan desmoralizado y me obsesionaba de tal modo la idea de ver mi obra representada en Viena, que con motivo de la representación de *Lucia*, de Donizetti, a la que asistí con Cornelius para oír a ese Morini, traté de llevar al ánimo de mi amigo un juicio favorable sobre el cantante. Cornelius escuchaba con profunda atención. Observé que estaba intranquilo y desasosegado. Y de pronto exclamó: «¡Horrible! ¡Abominable!» Ambos rompimos a reír y al salir del teatro habíamos recobrado nuestro buen humor.

Entre el personal del teatro no visité, en resumidas cuentas, más que al honrado maestro de capilla Enrique Esser. Se había entregado con ardor al estudio, para él muy difícil, de *Tristán*, y jamás perdió totalmente la esperanza de ver representada mi ópera. A su parecer, hubiera bastado para ello que yo hubiese dado mi conformidad a la elección del tenor Walter. A pesar de mi insistente negativa, quedamos buenos amigos, y como Esser era un buen andador, nos paseábamos juntos con frecuencia por los alrededores de Viena, él siempre formal y grave, y yo dejándome arrebatar por mi entusiasmo.

*La familia Standhartner* MIENTRAS que, como una dolencia crónica, el asunto de Tristán iba dilatándose, Standhartner y los suyos regresaron a la ciudad. Era a fines de septiembre. Tuve, pues, que buscarme otro alojamiento, y escogí para ello el hotel de la «Emperatriz Elisabeth». Continué, sin embargo, relacionándome con el médico y su familia y conocí a su mujer y a su hijita, así como a tres hijos y una hija del primer matrimonio de la señora Standhartner. En mi nueva morada eché de menos los cuidados de la amable sobrina Serafina, que tanto me había mimado con sus atenciones y su carácter afable y espiritual. A causa de su cuerpo gracioso y de sus cabellos siempre cuidadosamente rizados «a lo chico», la llamaba la «mufeca». Ahora, en mi triste habitación del hotel, no contaba con la ayuda de nadie. Además, los gastos de mi estancia aumentaban de una manera inquietante. No recuerdo haber percibido en aquella época otro dinero que veintidós o treinta lúises en concepto de derechos de autor de unas representaciones de *Tannhauser* en Brunswick. En cambio, Minna me envió desde Dresde algunas hojas de la corona plateada que sus amigos le habían ofrecido el 24 de noviembre, fecha de nuestras bodas de plata. Minna adjuntó a su envío algunos amargos reproches, lo que, dicho sea de paso, no me causó la menor extrañeza. A modo de consuelo, le di en mi respuesta buenas esperanzas para nuestras bodas de oro. Obligado a permanecer, sin objetivo al-

guno, en aquel costoso hotel, luce al menos todo lo posible para que pudie-  
ra verificarse una representación de *Tristán*. Me dirigí a Tichatschek, de Dres-  
de, pero, por supuesto, mi gestión resultó vana. Intenté lo mismo con Schnorr  
y fracasé igualmente. Había que confesarlo: la empresa era desesperada

CUANDO escribí a los Wesendonck a Zurich, no les oculté de ningún modo mi situación, y como mis amigos salían para Venecia en viaje de placer, me invitaron a sumarme con ellos con el buen propósito, sin duda, de distraerme. ¡Sólo Dios sabe cuáles eran mis pensamientos cuando, un día borrasco de noviembre, tomé el tren de Trieste y luego la embarcación a vapor que me transportó a Venecia! También en esta ocasión la travesía me produjo un mareo atroz. Finalmente, pude refugiarme en una pequeña habitación del «Hotel Danieli».

Mis amigos, a quienes encontré muy bien dispuestos, se deleitaban en la contemplación de pinturas y trataron de aventar mi mal humor haciéndome compartir sus gozes. No parecieron comprender nada, o mejor dicho, no quisieron, acerca de mi situación en Viena. También los Wesendonck experimentaban respecto a mí el sentimiento de resignación que me habían significado los más de mis amigos después del fracaso de mi empresa parisién de Tannhauser, iniciada, empero, bajo tan óptimos auspicios. Con Wesendonck, que llevaba siempre una monstruosa lente en bandolera, fui una sola vez a la Academia de Bellas Artes, que no había visitado en mi primera estancia en Venecia. A pesar de la gran indiferencia en que a la sazón estaba sumido, tuve que reconocer que *La Asunción* del Ticiano me hizo experimentar una sensación artística extraordinaria, que me devolvió bruscamente toda mi fuerza vital.

Y resolví escribir *Los maestros cantores*. Después de haber invitado a los Wesendonck y a mi viejo amigo Tassarín a un frugal almuerzo en el «Albergo San Marco», y luego de haber reanudado mi buena amistad con la bondadosa Luigia, que tan bien me habla cuidado en el «Palazzo Giustiniani», me marché bruscamente de Venecia, ante la estupefacción de mis amigos, y después de cuatro días verdaderamente melancólicos. Para regresar a Viena seguí el camino de tierra, con sus largos rodeos en ferrocarril. Durante ese sombrío trayecto, tuve la primera evocación musical de *Los maestros cantores*, cuyo poema, en su concepción primitiva, permanecía vivo en mi mente. Y con la mayor precisión creé en seguida la parte principal de la *Obertura en do mayor*.

Ello me inculcó un gran optimismo y en este estado de ánimo llegué a Viena. Había anunciado mi regreso a Cornelius, con el envío de una diminuta góndola que había comprado para él en Venecia y a la que adjunté una *Canzona* versificada en un italiano imposable. Mi intención de componer inmediatamente *Los maestros cantores* llenó a Cornelius de loca alegría y permaneció en este estado de verdadero enajenamiento hasta que salí de Viena. Inmediatamente puse en actividad a mi amigo, con objeto de que me procurara los materiales necesarios para la composición de mi obra. En primer lugar, estudié atentamente la disertación polémica de Grimm sobre la música de esos maestros cantores, y consulté luego la crónica nuremburguesa del viejo Wagenseil. Cornelius me acompañó a la Biblioteca Imperial, donde encontramos, afortunadamente, la obra, pero para obtener permiso de llevarnosla, mi amigo tuvo que efectuar una visita al barón Münch-Ballinghausen (Halm), visita que me describió como sumamente desagradable. Finalmente, me apliqué en mi hotel a hacer unos extractos de dicha crónica, de los cuales, por lo visto, supe servirme de modo tan excelente, que los ignorantes han quedado estupefactos.

Schott rechaza  
«Los maestros cantores»

PERO se trataba ante todo de contar con los recursos necesarios durante la etapa que iba a consagrar a mi trabajo. Pensé en el editor Schott, de Maguncia, a quien ofrecí *Los maestros cantores* a condición de que me proporcionara los subsidios indispensables a mi existencia por el tiempo que durara la creación de la obra. Y en mi deseo de proveerme de la mayor cantidad de dinero para trabajar sin preocupaciones, propuse cederle, no solamente la propiedad literaria de *Los maestros cantores*, sino incluso mis derechos de autor sobre las representaciones, todo por veinte mil francos. Un telegrama negativo de Schott derrumbó mis esperanzas. Forzado a recurrir a otros medios, resolví marcharme inmediatamente a Berlín. Bülow, que no cesaba de inquietarse por mí, me había dejado entrever la posibilidad de ganar una crecida suma dando en dicha ciudad un concierto bajo mi dirección. Dado que, por otra parte, deseaba ardientemente encontrar un refugio en la casa de algún amigo, me pareció que era Berlín mi última tabla de salvación.

La misma mañana en que me disponía a marcharme, recibí la carta de Schott, en la que, no obstante confirmar su telegrama negativo, me ofrecía perspectivas más favorables. Schott aceptaba inmediatamente el arreglo para piano de *La Walkyria*, y me anticipaba mil quinientos florines a cuenta del contrato definitivo. Ante esta noticia, la alegría de Cornelius fué indescriptible. A su parecer, *Los maestros cantores* estaban salvados. Mas, por otro lado, Bülow se veía obligado a darme cuenta de las enojosas experiencias que acababa de hacer con motivo de la preparación de mi concierto. Desalentado y lleno de cólera, me escribió que el señor de Hülsen le había declarado que, caso de que yo me trasladara a Berlín, no me recibiría; y en cuanto a dar la audición en el espacioso fumadero de Kroll, ni siquiera había que hablar de ello.

Plan escénico  
de «Los maestros cantores»

CUANDO bosquejaba con verdadero apasionamiento el plan escénico detallado de *Los maestros cantores*, la llegada del príncipe y la princesa de Metternich imprimió a mis cosas un rumbo todavía más favorable, por lo menos en apa-

Evidentemente, mis protectores de París se preocupaban seriamente por mi suerte. Con objeto de complacerles, conseguí que la dirección del teatro me prestara su excelente orquesta durante algunas horas de la mañana, a fin de que, con el pretexto de un ensayo en el teatro, pudiese hacer ejecutar algunos fragmentos de *Tristán*. Los miembros de la orquesta, así como la señora Dustmann, accedieron cariñosamente a mis deseos, por lo que invité a aquella audición a la princesa de Metternich y a algunas de sus amistades. Tras un único ensayo con orquesta, hice interpretar varios importantes pasajes de mi ópera: la obertura del primer acto y la mitad del segundo. Los cantó la señora Dustmann. Sin duda alguna, el efecto que el conjunto produjo sobre los auditores fué excelente. También hizo Ander acto de presencia, pero ni siquiera intentó cantar una sola nota, que, dicho sea de paso, tampoco



saba. Mis principescos amigos, así como la primera bailarina, la señorita Cou-  
sida, que con gran sorpresa de mi parte había entrado subrepticamente en la

ENTRADOS de mis deseos de retirarme a un completo aislamiento para componer una nueva obra, los Metternich me dijeron un día que estaban en condiciones de ofrecerme ese refugio en París. La espaciosa finca de la embajada de Austria, el Príncipe ponía a mi disposición un agradable aposento, que daba a un tranquilo jardín. Mi «Erard» estaba todavía en París; y si yo iba allí a fines de año, todo estaría a punto y podría trabajar sin ser molestado. Acepté con no disimulada alegría tan amable invitación, y me dispuse a poner en orden mis asuntos de Viena con objeto de poder marcharme decentemente a París. Para ello estimé que me sería de gran utilidad recibir una parte de los honorarios estipulados para *Tristán* y que la dirección, gracias a la intervención de Standharner, se mostraba dispuesta a pagarme. Sólo que las condiciones bajo las cuales me entregarían dicho anticipo, equivalían casi a una renuncia de mis derechos a la representación de la ópera en Viena. En vista para que los periodistas, que mantenían una constante relación con la dirección teatral, contarán que yo había aceptado una indemnización en concepto de recusación de *Tristán*. Afortunadamente, pude probar en seguida la falsedad de tales aseveraciones.

Sin embargo, las negociaciones con Schott se iban haciendo demasado largas. No había aceptado su propuesta para la publicación de *La Walkyria* e insistía en mi primera oferta de cederle mis futuros *Maestros cantores*. Schott se avino finalmente a entregarme a cuenta de mi ópera inmediata los mil quinientos florines que había destinado para la adquisición de *La Walkyria*. Una vez el cheque en mi poder, me apresuré a embalar mis cosas. Pero cuando estaba realizando mis preparativos, me sorprendió un telegrama de la princesa de Metternich. De vuelta a París, me suplicaba que demorara mi llegada hasta el mes de enero. No queriendo modificar mis planes continuando en Viena, resolví ir a Maguncia y, entre tanto, ultimar de palabra mis negociaciones con Schott. Mi marcha fué festejada en la estación por Cornelius, quien, con un misterioso entusiasmo, me musitó al oído una estrofa de Hans Sachs que yo le había recitado:

*¡Oh, joven caballero,  
que el alma de emoción me llena!  
Todo lo echaremos en olvido,  
según Hans Sachs lo dice y asevera.*

Conoci en Maguncia a la familia Schott, a la que apenas había visto en París. El joven músico Weisheimer, a quien ya me he referido, y que debutaba como maestro de capilla en el teatro de dicha ciudad, era su huésped cotidiano. Un día que cenaba con ellos, otro joven, el jurista Staedt, levantó su copa en mi honor con un brindis que me sorprendió por su alta estima. *Arregio con Schott*

Pero mis negociaciones con Franz Schott, que era un hombre un poco raro, progresaban muy lentamente. De acuerdo con mi primera propuesta, insistí en pedirle que me facilitara durante dos años los fondos que yo fuera necesitando para poder trabajar en mi nueva obra, liberado así de cualquier preocupación material. Schott se negaba a ello, bajo el pretexto de que le repugnaba aparentar que negociaba con un hombre como yo. Pues no otra cosa sería adquirir mi obra por una suma determinada y explotar después mis derechos de autor. El era editor de música, y no otra cosa. Le expliqué que, precisamente bajo este aspecto, sólo exigía de él anticipos de dinero que había de computarme como honorarios sobre la propiedad literaria de la obra, y que los derechos de autor en el teatro podía conceptuarlos únicamente como beneficios. Por último, y tras no pocas vacilaciones, se avino a concederme sucesivos préstamos «sobre composiciones musicales a entregar más adelante». A fin de cuentas, con tal de que pudiera contar con una suma de veinte mil francos que había de recibir en pequeñas partidas y según mis necesidades, la forma me era absolutamente indiferente.

Como después de haber pagado mis deudas del hotel de Viena me encontraba de nuevo sin recursos, Schott me dió unas letras de cambio sobre París. Procedente de esta ciudad recibí una carta de la princesa de Metternich, cuyo sentido no acerté a comprender: me hablaba en ella de la repentina muerte de su madre, la condesa Sandor, y de los cambios que con motivo de dicho fallecimiento se producirían en la familia.

*Llegada a París*  
(Diciembre de 1861)

definitiva. Por otra parte, me parecía más conveniente y económico recoger nuevamente a Minna, a quien, según la promesa que le había hecho, había de entregarle mil táleros por año. Pero una carta que por aquellos días me escribió mi mujer, dió al traste con mis intentos de acercamiento. Minna se esforzaba en su misiva en ponerme a mal con algunos de mis amigos. Insistí, por consiguiente, en llevar a cabo mi plan de París, que al menos tenía la ventaja de alejarme de ella lo más posible.

Me puse en camino a mediados de diciembre de 1861, y para empezar me hospedé en el modesto «Hotel Voltaire», sito en los muelles del mismo nombre. Mi habitación era casi humilde, pero el panorama que desde allí se divisaba, muy de mi agrado. Me proponía permanecer solitario e inadvertido en mi aposento hasta el momento en que, con el arribo del nuevo año, podría aposentarme en casa de la princesa de Metternich, como así ella lo había deseado. Con objeto de no comprometer a Hatzed y Pourtalès, amigos de los Metternich, no fui un solo día a su casa. De todas mis antiguas amistades, únicamente vi a quienes nada sabían acerca de mi nuevo proyecto, es decir, a Truinet, Gasperini, Flaxland y al pintor Czermak. Cenaba regularmente con Truinet y su padre, en la «Taberna Inglesa», adonde, sin riesgo de ser reconocido, podía ir por las noches a través de calles oscuras. Pero un día, al abrir el periódico, leí la noticia de la súbita muerte del conde de Pourtalès. ¡Cuál no fué mi dolor y, sobre todo, mi arrepentimiento por no haber cumplido con mi deber de efectuar una visita a aquel devoto amigo, y todo por haber guardado singulares atenciones hacia los Metternich! Me apresuré a acudir a casa del conde de Hatzfeld. Este me confirmó la triste noticia y me explicó que aquella muerte repentina se debía a una afección cardíaca, de la que hasta el último momento no se dieron cuenta los médicos.

En aquella misma ocasión me enteré de lo que ocurría en casa de los Metternich. El fallecimiento de la condesa Sandor, que me había comunicado la princesa Paulina, había de acarrear, en lo que a mí se refería, serias consecuencias. En interés de toda la familia, cuidaban como a un enfermo al conde Sandor, el calavera húngaro harto conocido. Muerta su mujer, se temía que el viudo se entregara a las peores locuras, y para evitar cualquier escándalo, los Metternich no vieron otra solución de que el conde se quedara a vivir con ellos. La habitación que me destinaban la ocupaba, pues, el conde Sandor. En estas condiciones, era evidente que ni siquiera pensarán en recibirme en la finca de la embajada. No me quedaba más remedio que maldecir el singular destino que me había conducido de nuevo a aquel nefasto París.

¿Qué hacer? Lo más sencillo era continuar provisionalmente en mi «Hotel Voltaire», que no era excesivamente caro, terminar en él mi poema de *Los maestros cantores* y, entre tanto, tratar de descubrir el tan deseado refugio. No era éste fácil de hallar. Mis fracasos parisienses envolvían mi nombre y mi persona con una especie de vapor grisáceo que parecía desfigurarme a los ojos de los viejos amigos. Esta sensación tuvieron los Ollivier. En todo caso, juzgóse una gran imprudencia mi pronta reaparición en el pavimento parisién. Tuve que explicar las singulares circunstancias que a ello me habían obligado, y asegurar que no era en absoluto mi intención enraizarme en París. En este aspecto, las impresiones que recibí de la familia Ollivier eran sin duda erróneas. No obstante, en la vida de mis amigos se habían operado notables cambios. Ollivier había tenido que hospedarse en casa de su abuela, que a causa de haberse fracturado la pierna, yacía en cama sin esperanzas de curación. Como el piso no era muy espacioso, los moradores de la casa se veían obligados a comer en el saloncillo contiguo al dormitorio de la anciana dama. Desde el último verano, Blandina parecía haber cambiado mucho. Su semblante era triste y grave y creí observar que estaba encinta. Emilio, distraído y reservado, me dió, sin embargo, un consejo muy útil a propósito del famoso Lindau.

Como Lindau me había hecho amenazar por un abogado a fin de arrancarme la indemnización que le había concedido el tribunal por su imaginaria colaboración en la traducción de *Tannhauser*, mostré la carta a Ollivier y le pregunté qué tenía que hacer. «No conteste usted», fué todo lo que me dijo. El consejo era fácil de seguir, y lo cierto es que nunca más he oído hablar de este asunto. Con el corazón oprimido, resolví no molestar más a los Ollivier, y cuando me despedí de ellos, Blandina me dirigió una mirada de indecible melancolía.

Mis relaciones se limitaron a Czermak y a la familia Truinet, con quienes cenaba casi todas las noches en la «Taberna Inglesa» o en otro restaurante económico del mismo género. De ordinario, frecuentábamos luego uno de los pequeños teatros, que ni siquiera había visto en la época de mis altas aspiraciones parisienses. Sentía predilección por el «Gymnase», cuya excelente compañía sólo representaba, por decirlo así, buenas obras. Una de ellas, un acto de una gran delicadeza y verdaderamente conmovedor: *Ceno en casa de mi madre*, constituye uno de mis mejores recuerdos. Ibamos también al «Palais-Royal», donde no encontraba tanta pulcritud, y al teatro «Déjazet». Así que conocí originalmente todas las farsas que un año con otro se sirven al público alemán a través de una detestable adaptación y desprovistas de color local.

Además, la familia Flaxland me invitaba algunas veces a su mesa. Cosa curiosa, ese editor confiaba aún en mi futuro y definitivo éxito en París y continuaba publicando en francés el *Fliegender Hollaender*, y hasta *Rienzi*. Como esta última obra no figuraba en nuestro primer contrato, percibí por ella pequeños honorarios particulares, que se elevaron a mil quinientos francos.

**Libreto**  
de «Los maestros cantores»

*Los maestros cantores con numerosos y satisfactorios versos. ¿Cómo no estar de buen humor cuando al levantar los ojos de mi papel para reflexionar sobre mis festivas rimas y sentencias, podía contemplar desde mi tercer piso el hormigueo humano que animaba los muelles y los numerosos puentes de la gran ciudad y, más a lo lejos, las Tullerías, el Louvre y el Ayuntamiento?*

Al umbral del nuevo año de 1862, el primer acto de mi obra estaba ya muy avanzado. Hice a la señora de Metternich la visita que hasta aquel momento había demorado. La princesa me dijo, con una turbación muy natural, que deploraba tener que retirar su invitación, y yo, con el mejor humor del mundo, le supliqué que no se atormentara por ello.

Rogué luego al conde de Hatfield que me comunicara cuando la viuda del conde de Pourtales estaría en condiciones de recibirme.

El poema de «Los maestros cantores», terminado

riando las galerías del «Palais-Royal» para trasladarme a la «Taberna Inglesa», di en súbita inspiración, con la melodía de las estrofas que versifica Hans Sachs sobre la Reforma, es decir, el aire con que en el último acto acoge el pueblo a su querido maestro. Reclamé en seguida a Truinet, que ya me esperaba, papel y lápiz para anotar la música que le cantaba a media voz. Truinet, a quien solía acompañar con su padre a casa del Fuabourg Saint-Honoré, repitió con gozoso entusiasmo: «¡Qué ingenioso frescor, mi querido maestro!»

*¿En busca de un refugio* Sin embargo, como mi trabajo tocaba a su fin, tenía que pensar seriamente en procurarme un refugio para más adelante. Me ima-

ginaba algo, dentro del género que había sido el Altenburg antes de que Liszt se marchara. Recordé entonces la calurosa invitación que el año anterior me había hecho la señora Street de pasar una larga temporada en su casa y en la de su padre, en Bruselas. Me aventuré a escribirle preguntándole si estaba dispuesta a acogerme durante algún tiempo. Me respondieron que estaban «desolados» de no poder dar satisfacción a mis deseos. En el mismo sentido me dirigió a Cósima, en Berlín, pero mi propósito pareció asustarla, lo que comprendí más tarde, al ver la instalación de los Bulow.

En cambio, me causó una verdadera sorpresa que mi cuñado Avenarius, que residía asimismo en Berlín y que gozaba de una buena situación, no me contestara con una negativa; me rogaba solamente que fuera primero a darme cuenta de si me convenía su casa para una larga temporada. Mi hermana





*Ricardo Wagner.*



*Cósima, retrato de Lenbach (Museo Tribschen).*



*Las Nornas, en cuadro de Hans Thoma (Museo Tribschen).*





Cecilia estaba de acuerdo con su marido, a condición, no obstante, de no verse obligada a recibir a mi mujer. En el caso de que ésta me hiciera una visita, fácilmente se encontraría hospedaje en casa de algún vecino. A este furibunda carta para quejarse de la falta de atenciones de mi hermana. La perspectiva de que con el menor pretexto volvieran a comenzar las antiguas querellas, me asustó grandemente, e impidió aceptar la hospitalidad de Avenarius.

No tenía otra opción que instalarme en un lugar tranquilo de los alrededores de Maguncia, bajo la protección económica de Schott. Este me habló de una bella campiña perteneciente al joven barón de Hornstein, situada precisamente cerca de aquella ciudad, y estimé verdaderamente honrar a dicho caballero solicitándole autorización para retirarme por algún tiempo a su propiedad del Rigau. Así es que me desconcertó el horror que le inspiró mi exigencia. Resolví, por tanto, dirigirme bucnamente a Maguncia, adonde expedí mi mobiliario, que había estado embalado en París cerca de un año. Antes de partir tuve el consuelo de recibir una noble exhortación a la perseverancia y a la resignación. Había puesto a la señora Wesendonck al corriente de mi situación y de mis preocupaciones, si bien solamente en la medida que lo permitía nuestra afectuosa amistad. Ella me envió entonces un pisapapeles de bronce que había comprado para mí en Venecia. Era un león de San Marcos, una de cuyas patas descansaba sobre la Biblia. Este león había de ser para mí un símbolo.

La condesa de Pourtalès me autorizó a ir a verla antes de marcharme de París. A pesar de su luto y de su dolor, tenía interés en expresarme su simpatía. Habiéndole hablad de mi actual trabajo, se informó de mi poema. Le dije cuánto lamentaba que su estado de ánimo no le permitiera saborear el carácter alegre de mis *Maestros cantores*, pero la condesa me respondió amablemente que, a pesar de todo, le gustaría conocerlos, y me invitó a que aquella misma noche le diese una lectura de mi obra. La condesa de Pourtalès ha aido, por consiguiente, la primera persona que oyó mi poema ya terminado y la impresión que éste nos produjo fué lo suficientemente fuerte para que ambos rompíramos a reír en más de una ocasión.

La tarde de mi marcha, el 1.º de febrero, reuní a mis amigos Gasperini, Czermak y a los dos Truinet en una última cena en mi hotel. Esta transcurrió muy agradablemente. Mis huéspedes se contagiaron de mi buen humor, aunque ciertamente ninguno de ellos conocía con exactitud el motivo del poema de cuya futura representación en Alemania esperaba tantas cosas.

Constantemente preocupado por escoger acertadamente mi lugar de refugio, me trasladé primeramente a Carlsruhe. El matrimonio ducal me recibió en verdad con gran cordialidad, y se informó de mis planes futuros. Pero no parecieron darse por aludidos respecto a mi intención de instalarme en Carlsruhe. Me extrañó la inquietud que manifestó el Gran Duque acerca de mis medios de existencia y de lo que me costaban mis numerosos viajes. Con grave continente traté de tranquilizarle, diciéndole que mi contrato con Schott me aseguraba los subsidios que me eran necesarios hasta la terminación de mis *Maestros cantores*. El Gran Duque pareció consolarse. Más tarde, me contó Alwina Frommann que el Gran Duque se había lamentado de la actitud con que le había respondido cuando me había ofrecido su bolsa como amigo. Confieso que no me di cuenta de aquel ofrecimiento. En el curso de nuestra entrevista, se trató únicamente de mi próximo retorno a Carlsruhe para el estudio y dirección de una de mis óperas, posiblemente *Lohengrin*.

Lectura de «Los maestros cantores» en Maguncia

PROSEGUI mi viaje hasta Maguncia, donde llegué el 4 de febrero en medio de una gran inundación. A consecuencia de un prematuro

deshielo, el Rin había rebasado su cauce y, no sin peligro, logré llegar a la habitación de Schott. Para el 5 por la tarde estaba anunciada una lectura de *Los maestros cantores*, para cuya asistencia Cornelius tenía que llegar de Viena. No habiendo recibido ninguna respuesta y enterado de que todas las comunicaciones estaban cortadas por haberse desbordado todos los ríos, dejé de contar con él. Sin embargo, esperé hasta el último momento para dar principio a mi lectura, y en cuanto dieron las siete apareció Cornelius. Unas horas antes, después de los más terribles infortunios — incluso había perdido su abrigo —, había llegado medio helado a casa de su hermana. También en Maguncia mi poema tuvo un éxito regocijante. Lamentaba solamente no poder aconsejar a Cornelius a que demorara su marcha. Se mantuvo firme en su resolución de partir al día siguiente. Llegado a Maguncia únicamente para asistir a la lectura de *Los maestros cantores*, quería que su viaje guardara íntegramente su carácter extraordinario y, a pesar de la calamidad de las heladas y las inundaciones, regresó a Viena.

Me instalo en Biberich (Febrero de 1862)

TAL como habíamos convenido, Schott y yo iniciamos la búsqueda de una vivienda que pudiera convenirme. En Biberich, a la otra orilla del Rin, no encontramos nada a mi gusto. Se nos ocurrió que tal vez en Wiesbaden..., pero finalmente decidí hospedarme provisionalmente en el «Hotel Europa», en Biberich. Desde esta ciudad practicaría un reconocimiento por los alrededores. Lo que ante todo necesitaba era un aposento solitario, en el que no se oyera ningún rumor de música. Lo descubrí en una gran casa recientemente construída a orillas del Rin por el arquitecto Frickhöfer. La vivienda era muy reducida, pero se ajustaba a mis deseos. Para entrar en ella tuve que esperar el arribo de mi mobiliario. Cuando llegó, tuve que almacenarle, lo que me costó trabajo y dinero, en un cobertizo de la Aduana de Biberich y sólo cogí los muebles que estimé indispensables para mi instalación.

Minna, en Biberich

DE ese mobiliario quería retener exclusivamente lo necesario, y lo restante, que era lo más voluminoso, había de ser expedido a mi mujer a Dresde. Así se lo advertí a Minna, pero ésta, ante el temor de que al desembalar los muebles se hubiese perdido o deteriorado algo, llegó una buena mañana, en el momento en que, tras ocho días de ajetreo, acababa de instalarme más o menos bien, con mi «Erard», en la nueva morada. En el primer instante, el buen semblante de Minna y sus dotes prácticas de ama de casa me sorprendieron agradablemente, y hasta llegué a pensar si, después de todo, no sería más sencillo retenerla a mi lado. Esas buenas disposiciones no duraron, sin embargo, mucho tiempo y no tardaron en suscitarse entre nosotros nuestras antiguas querellas. Cuando en el cobertizo de la Aduana procedimos al embalaje de lo «mío» y de lo «tuyo», Minna no pudo reprimir su cólera. ¿Por qué yo no había esperado su llegada para escoger lo que pretendía necesitar? Con todo, Minna juzgó con-

veniente dejarme algunos utensilios caseros. Cuatro cubiertos completos, tenedor, cuchara y cuchillo. También me correspondieron en el reparto algunas tazas, con sus correspondientes platillos. Todo lo demás, que no carecía de valor, Minna lo hizo embalar cuidadosamente y lo expidió a Dresde; al cabo de una semana, convencida de que había obrado muy santamente, se marchó. Minna creía ya estar lo suficientemente informada acerca de mi si marché. Minna creía ya estar lo suficientemente informada acerca de mi situación, y esperaba poder recibirme pronto de algunos miembros influyentes del bía hecho determinadas gestiones cerca de algunos miembros influyentes del Gobierno sajón, quienes le aseguraron que si yo presentaba oficialmente al rey una demanda de amnistía, nada se opondría a mi retorno a Dresde.

No sabía aún qué hacer. La presencia de Minna había turbado mi inspiración y me había desazonado en mi afán de trabajo, interrumpido ya por los tráfigos de la semana anterior. Un tiempo en extremo desapacible, unas estufas que apenas ca-

lentaban, la falta de confort en la casa y los cuantiosos e imprevistos gastos originados por la instalación de Minna, me quitaron todas las ganas de trabajar de nuevo en la obra comenzada en el «Hotel Voltaire». Sin duda, para distraerme, la familia Schott me invitó a acompañarla a Darmstadt, para asistir a una representación de *Rienzi*, en la que cantaba Niemann. En la estación, el ministro señor de Dalwigk, que me esperaba, me rogó que le acompañara a su propio palco. Temía evidentemente que el público me hiciera objeto de manifestaciones de simpatía, descortes para el Gran Duque. Con mucho ingenio, aparentaba de esta manera presentarme él mismo en nombre de la Corte. En este sentido se cumplieron, pues, los deseos del ministro. Niemann desempeñaba uno de los papeles más importantes, y la representación ofreció un aspecto interesante: sin duda para halagar al Gran Duque, se había cercenado lo más posible la ópera, a fin de poder alargar el ballet repitiendo los pasajes más triviales del mismo.

Al regresar a mi casa, me vi de nuevo obligado a franquear el Rin, que arrastraba todavía gruesos témpanos de hielo. Con un humor de perros, traté al menos de otorgar algunas comodidades a mi domicilio, y para ello contraté los servicios de una criada que preparaba mi desayuno. Mis otras comodidades las efectuaba en el «Hotel Europa».

Sin embargo, sin ánimos para trabajar y presa de un creciente nervosismo, traté de aplacarle ofreciendo al gran duque de Baden la prometida lectura de *Los maestros cantores*. A ello contestó afirmativamente el Gran Duque con un amable despacho firmado de su puño y letra. El 7 de marzo llegué a Carlsruhe para dar a conocer mi manuscrito al noble matrimonio. Para esta lectura y sin duda con el propósito de complacerme con una delicada atención, se había escogido un salón en el que aparecía colgada una gran pintura histórica de mi amigo Pecht, que representaba al joven Goethe declamando los primeros pasajes de su *Fausto* a los antepasados de los Soberanos badenses. Mi poema fué acogido muy favorablemente, y la Princesa tuvo la graciosa ocurrencia de recomendarme que cuidara muy especialmente de la música del excelente Pagner. Esta recomendación parecía ser la amistosa confesión de la desazón que experimentaba la Princesa al ver que un burgués protegía más activamente las artes que muchos príncipes.

«Tannhauser» en Carlsruhe

Se habló de representar *Lohengrin* en Carlsruhe, bajo mi dirección y con respecto a esto tuve que conferenciar de nuevo con Eduardo Devrient. Desgraciadamente, éste me dejó anonadado con una detestable representación de *Tannhauser*. Asistí a ella sin moverme del lado de Devrient, y comprobé con sorpresa que ese dramaturgo, a quien tanto había admirado, se dejaba llevar por la más vulgar rutina teatral. Y cuando le expresé mi asombro por los groseros errores que se advertían en la interpretación de los actores, me replicó igualmente sorprendido y aún malhumorado, que daba demasiada importancia a cosas que son usuales en todos los teatros. Aunque se decidió que al verano siguiente tendría lugar una representación modelo de *Lohengrin*, con la participación de los esposos Schnorr. En Frankfurt, mis impresiones fueron más agradables. Había visto una deliciosa comedia en la que Federica Meyer, la hermana de la señora Dustmann, mi cantante vienesa, había dado muestras de un tacto y de una delicadeza de interpretación que muy raramente puede verse en los actores alemanes.

La familia Raff

CON objeto de hacer mi vida más soportable, y para no verme reducido a la única sociedad de la familia Schott y de mi hotelero, traté de granjearme alguna amistad entre las personas residentes en los alrededores de Biberich. Con este objeto fui a ver a los Raff en Wiesbaden. La señora Raff, la hermana de Emilia Genast, a quien tenía en gran estima después del festival de Weimar, era actriz del teatro de Wiesbaden. Respecto a ella me contaron que, gracias a su prodigiosa economía y a su sentido del orden, había logrado restablecer la situación pecuniaria de su marido, que había llegado a ser muy precaria.

En cuanto a Raff, mi decepción fué completa. Por lo que había oído decir de él en la época en que, bajo la protección de Liszt, se entregaba a toda clase de excesos, le había tomado por un excéntrico genial. Pero sólo vi a un personaje huraño y vanidoso, de opiniones muy mezquinas y convencido, no obstante, de poseer un buen sentido de las cosas. Hallándose en una posición ventajosa, gracias a la previsión de su mujer, se permitió con visible pedantería darme amistosos consejos acerca de la manera cómo había de encauzar mi vida. Estimaba que obraría más razonablemente siempre que al componer mis dramas musicales tuviera más en cuenta la realidad de las condiciones teatrales. A su juicio, mi partitura de *Tristán* era el producto de un extravagante idealista. Aunque su mujer era bastante banal, no por ello dejaba de ir a verla en el curso de los paseos a pie que efectuaba hasta Wiesbaden. En cuanto a Raff, acabó por serme absolutamente indiferente. Sin embargo, habiendo aprendido a conocerme, bajó poco a poco el tono, se mostró más reservado en sus consejos de pretendida sensatez, y a la postre hasta evitó el provocar mis sarcasmos, con los que tenía enfrentarse.

Wendelin Weisheimer. Federica Meyer

EN Biberich, me visitaba con frecuencia Wendelin Weisheimer. Hijo de un rico agricultor de Osthofen, que, con gran asombro de su familia, se había apasionado por la música. Tenía gran interés en que conociera a su padre, con la esperanza de que lograría la aquiescencia de que su hijo siguiera la carrera musical. Tuve ocasión de efectuar algunas excursiones por aquellos parajes y comprobar, además, el talento del joven Weisheimer como director de orquesta con motivo de una representación de *Orfeo en los infiernos*, de Offenbach. Hasta entonces, sólo había ocupado un puesto de segundo orden en el teatro de Ma-

Niemann en «Rienzi», en Darmstadt



güencia. En interés de aquel joven, asistí a aquella audición de *Orfeo*, que resultó abominable. Me entro tal cólera y tal repulsión, que por espacio de

Para resarcirme con una distracción de un género más elevado, escribí a Federica Meyer, en Francfort, rogándole que me previniera cuando pudiesen representarse en escena *El secreto público*, de Calderón, cuya primera representación me había pasado inadvertida. Agradecida a la simpatía que yo le a repetirse, pero que iba a representarse *Don Gutiérrez*, del mismo autor. Me trasladé a Francfort para esa velada y tuve así ocasión de conocer personalmente a aquella interesante artista. Me consideré satisfecho de la forma como transcurrió la representación de la tragedia. La inteligente intérprete del papel principal únicamente estuvo a la altura de su cometido en los papeles de ternura, pues en las escenas patéticas pareció faltarle el vigor necesario. Me dijo que iba a menudo a Maguncia a visitar a una familia amiga. Le expresé mi deseo de que se detuviera también en Biberich, y así me lo prometió Federica.

Con motivo de una gran velada que dieron los Schott a sus amigos de Maguncia, tuve el placer de conocer a Matilde Maier. A causa de su «inteligencia», según me aseguró la señora Schott, se le designó en la mesa un puesto a mi lado. Su carácter serio y franco y la precisión de sus expresiones, no obstante su dialecto de Maguncia, hacían sobresalir particularmente el resto de las circunstancias, sin que para ello hiciera Matilde nada de particular. Fue a verla en el seno de su familia y esto me depa-  
 ró la ocasión de conocer un idilio hogareño como hasta entonces no había visto.

El padre, antiguo notario, había muerto, dejando una pequeña fortuna. Matilde vivía con su madre, dos tías y una hermana en un hogar modesto pero decoroso. Sólo tenía que preocuparse de su hermano, que estudiaba comercio en París. Matilde, con su buen sentido y su espíritu de razonamiento, se ocupaba por los intereses de la familia, logrando dar satisfacción a todo el mundo. Cuando yo iba a Maguncia, lo que hacía casi todas las semanas, aquellas damas me dispensaban una amabilísima acogida, obligándome cada vez a aceptar una pequeña colación. Como Matilde contaba con numerosas relaciones — conocía, entre otros, al único amigo de Schopenhauer, un anciano caballero de Maguncia —, teníamos ocasión de encontrarnos en otros sitios, por ejemplo, en casa de los Raff, en Wiesbaden. Entonces me acompañaba a veces hasta mi casa con Luisa Wagner, una amiga de más edad que ella, o bien la escoltaba yo hasta Maguncia.

ANTE la proximidad del buen tiempo y bajo la influencia de las buenas impresiones, a las que con- tribulan los paseos que efectuaba en el hermoso parque del castillo de Biberich, sentí finalmente renacer en mí el desco de trabajar. En un bello atardecer que admiraba desde mi balcón, y que lan- zaba sus rayos de oro sobre Maguncia y el majestuoso Rin, repentinamente cobró forma en mi espíritu la obertura de *Los maestros cantores*, no como antes, bajo la forma de un lejano espejismo, sino perfectamente clara y distinta. La compuse inmediatamente, como figura hoy día en la partitura y con los motivos principales de toda la ópera subrayados de una manera muy precisa. Luego continué la composición, siguiendo el texto Escena por escena.

El buen humor de que disfrutaba me estimuló a efectuar una visita a uno de mis vecinos, el duque de Nassau. Me había cruzado con él varias veces cuando me paseaba por su parque y estimé conveniente presentarme a él. Nuestra entrevista no tuvo, desgraciadamente, gran resultado. Me vi en presencia de un hombre muy bueno, pero de cortos alcances, que se excusó de fumar estando yo delante. «No puedo vivir sin mi cigarro», me dijo. Luego me confió su predilección por la música italiana. Al llegar a este punto me despedí de él, dejándole de todo corazón con sus gustos preferidos.

Al tratar de granjearme el favor del Duque, abrigaba un propósito. A orillas de un estanque, al fondo de su parque, se elevaba una especie de castillo, no muy espacioso y tan desvencijado, que parecía una ruina pintoresca. Servía de taller a un escultor. Me acuciaba ya la necesidad de tener que abandonar mi actual vivienda, y sentía vivos deseos de obtener permiso para alojarme en aquella destaralada construcción para el resto de mi vida. La mayor parte de la casa, de la que sólo ocupaba dos habitaciones, había sido alquilada para el verano a una familia que entraría en ella en unión de un piano. Sin embargo, pronto me aconsejaron que no continuara cortejando al duque de Nassau, pues, debido al emplazamiento del castillo, éste era húmedo y malsano.

*En la torre de Bingen* No por ello dejé de seguir buscando por todos lados la casita solitaria, rodeada de un jardín, donde me hubiera gustado vivir. En los viajes que emprendía a través de la comarca con esa idea en la cabeza, me acompañaban a menudo un día Weisheimer y otro Staedl, el joven jurista que en casa de los Schott brindó tan bellamente en mi honor. Este doctor Staedl era un personaje algo raro y apasionado jugador de ruleta en Wiesbaden, lo que explicaba su constante desasosiego. Me presentó a uno de sus amigos, el doctor Schuler, de Wiesbaden, un músico notable. Entre los tres sopesábamos las posibilidades con que contaba para descubrir la morada de mis sueños. Un día visitamos juntos Bingen, con el viejo y célebre torreón que sirvió hace muchos años de prisión al emperador Enrique IV.

Después de haber escalado la rocosa colina en cuya cumbre se eleva la torre, subimos hasta el cuarto piso, en el que se encuentra una vasta estancia cuadrada que abarca todo el interior del edificio. Desde su única ventana saliente se divisaba el Rin. Este era el ideal que buscaba. Mediante algunas cortinas, podrían practicarse las divisiones necesarias y disponirla así de una morada deliciosa. Stradl y Schuler, que conocían al propietario de aquellas ruinas, estimaban hacéndero ayudarme a realizar mis deseos. Poco después me comunicaron, en efecto, que el propietario consentía en alquilarme aquella sala mediante un precio módico. Pero al mismo tiempo me hicieron observar que desde el punto de vista práctico, mi proyecto era irrealizable. Nadie quería servirme en aquellas alturas y la única agua potable y aun mala de que podría disponer, había de sacarse de la profunda cisterna que había en las mazmorras del castillo. Me bastó encontrar un obstáculo de este género para renunciar inmediatamente a un proyecto tan arriesgado.

No tuve mayor suerte con la propiedad del conde de Schutenborn, en el Ringau. Me habían indicado este castillo, que nunca habitaban sus dueños. Verdaderamente, había en él unas cuantas habitaciones desocupadas que hu-

biera podido acomodar a mi gusto. Me informé cerca del intendente; escribió al Conde, pero la respuesta fué negativa.

Un incidente curioso interrumpió en aquella época mi trabajo ya comenzado. Cumpliendo su promesa, Federica Meyer, de regreso de Maguncia, se detuvo una tarde en mi casa con una amiga. Pero a poco de haber entrado, fue presa de un gran malestar y de claro que creía tener la escarlatina. Su estado se agravó muy pronto y mientras llamábamos a un médico tuvimos que trasladar a Federica al Hospital de Europa.

Quedé atónito ante la certeza con que Federica conoció inmediatamente la índole de su enfermedad que, por lo general, sólo se manifiesta en los niños a causa de contagio. Pero mi sorpresa se acentuó cuando, al día siguiente, muy de mañana, vi en la cabecera de la enferma al director del teatro de Francfort, el señor Guaita, que daba muestras de una inquietud tan viva que me pareció obedecer a otros motivos que los de su mero interés como director. Aliviado de que tomara tan calurosamente a Federica bajo su «conmo vedora» protección, conversé un poco con él acerca de la posibilidad de hacer representar una de mis óperas en Francfort. Al día siguiente ayudé a Guaita, cuya ternura me pareció paternal, a transportar a la enferma a la estación,

Poco tiempo después recibí la visita de un tal Burde, marido de la celebre cantante Ney y actor del teatro de Francfort. Conversando conmigo acerca del talento de Federica Meyer, me contó que ésta pasaba por ser la amante de Guaita, persona que gozaba en Francfort de gran consideración debido a su título de nobleza y que había obtenido de él la casa que habitaba. Esta noticia me causó cierta desazón, tanto más cuanto que de Guaita me había producido una impresión poco tranquilizadora y hasta desfavorable.

CUANTAS personas vivían en las cercanías de mi refugio de Biberich. *Mi cumpleaños* se portaron muy amablemente conmigo al aceptar, la tarde del 23 de mayo, fecha de mi cumpleaños la modesta invitación que les dirigí. Matilde Maier, su hermana y su amiga ejerciendo en cierto modo las funciones de amas de casa hicieron los honores y sacaron hábilmente partido de mi juego de valilla.

Mr tranquilidad vióse de nuevo turbada por la correspon- *Propongo el divorcio*  
dencia cada vez más irritante de Minna. Habiéndole señala- *a Minna*

do Dresde como lugar de residencia y queriendo aún ahorrarle la humillación del divorcio, acabé por realizar las gestiones que por mediación de ella me pedía el ministro de Justicia de Sajonia. Había solicitado mi amnistía y me la habían concedido autorizándome asimismo a fijar mi residencia en Dresde. Minna se creyó entonces con derecho a alquilar un piso espacioso e instalarlo lo mejor posible con el mobiliario que yo le había dejado, con la esperanza sin duda de que me decidiría a compartirlo con ella, al menos de cuando en cuando. Para ello y sin que me valiera replicar tuve que entregarle los novecientos táleros que exigía. Pero cuanto más me mostraba resignado a ese respecto menos comprendía ella la frialdad de mis cartas cuyo tono sosegado la mortificaba. Me dirigía reproches acerca de toda clase de presuntos agravios pasados y utilizaba para ello términos cada vez más groseros.

Recurrí por último a mi viejo amigo el doctor Pusinelli, que en atención a mí, había cuidado abnegadamente a la desgraciada mujer de tan difícil carácter. Le insté a que aplicara a Minna el duro remedio que mi hermana Clara me había recomendado recientemente como el mejor: supliqué a mi amigo que hiciera comprender a Minna la necesidad de una separación definitiva entre nosotros. Esta misión no le fué al pobre Pusinelli fácil de cumplir. Me contó que Minna quedó primero aterrada y que luego se negó categóricamente a consentir en el divorcio. Con todo, la predicción de mi hermana se realizó; a partir de aquel momento la manera de ser de Minna cambió de una manera asombrosa. Cesó de atormentarme y pareció hacerse cargo de su situación. Habiéndole aconsejado Pusinelli una cura en Reichenhall le mandé el dinero que necesitaba, y Minna pasó un buen verano en el mismo lugar en que el año anterior yo había encontrado a Cósima.

*Crisis nerviosa de mi sirvienta* CON buen ánimo reanudé mi trabajo. Después de cada interrupción el reanudar mi trabajo era una especie de sedante para mí.

Una noche me sobresaltó un singular incidente. Había compuesto el risueño tema de Pogner cantando «la hermosa fiesta de San Juan» y me lo repetía a mí mismo amodorrándome en mi cama cuando, de pronto, me despertó una clamorosa risa que se oía desde el piso superior. Esta risa de mujer fué haciéndose cada vez más estrepitosa y se trocó poco a poco en espantosos gemidos a los que siguieron unos horribles gritos. Me levanté asustado y comprobé que aquel ruido era originado por mi criada Lieschen que dormía en la habitación situada encima de la mía. Le había acometido a Lieschen una crisis de calambres histéricos. La sirvienta del hotel estaba a su lado. Se había ido en busca del médico. Presa de espanto tenía la certidumbre de que aquella mujer estaba a punto de exhalar el último suspiro, y me sorprendía la tranquilidad de que daban muestras los demás circunstantes. Supe entonces que estas crisis son frecuentes en las muchachas sobre todo cuando han bailado mucho. Durante mucho tiempo me fué dable todavía observar ese fenómeno, que se repitió en varias ocasiones. Como el flujo y reflujo de una marea aquella muchacha pasaba de un regocijo infantil a una risa insolente, hasta prorrumpir en gritos de condenada. Cuando la crisis pareció vencida me volví a la cama y «la fiesta de San Juan» dispuso todas las penosas impresiones que acababa de recibir.

En la mesa de juego de Wiesbaden



22. MAI 1872.

**PROGRAMM.**

- 1. Sonntag den 19. Mai:**  
Empfang der Gäste am Bahnhofe.
- 2. Montag den 20. Mai:**  
Proben. Abends Reunion im Saale des „Gasthofes zur Sonne.“
- 3. Dienstag den 21. Mai:**  
Proben. Abends Besuch der Fautaisio.
- 4. Mittwoch den 22. Mai:**  
Morgens 10 Uhr Zusammenkunft bei Hrn. Banquier Feustel. Zug zum Festplatz zum Zweck der  
**GRUNDSTEINLEGUNG.**  
Nachmittags 5 Uhr:  
Aufführung der IX. Symphonie Beethoven's  
im kgl. Opernhause.  
Abends 7 Uhr Festbankett im Saale des „Gasthofes zur Sonne.“
- 5. Donnerstag den 23. Mai:**  
Morgens 8 Uhr Versammlung der Patrone und Vereins-Delegirten zur Berathung im Rathhaus-Saale.

CARL GIESSEL'S OFFICIN IN BAYREUTH.

Cartel del 22 de mayo de 1872, anunciando en Bayreuth la audición de la Novena Sinfonía de Beethoven.

Die Könige des Nibelungen.  
Festbankett für drei Tage und einen Monat.

Vorlesungen auf den deutschen Festbanketten  
„Sagen und Märchen der Nibelungen.“

Der König  
Luis II.  
von Bayern  
wird an  
der Hand  
geführt.

Dedicatoria del "Anillo del Nibelungo" a Luis II.

**SYMPHONIE IN D-MOLL**

Se. Hochwohlgeboren  
Herrn Herrn  
**Richard Wagner.**  
dem unvergleichlichen,  
weltberühmten und erhabenen Meister  
der Kunst und Tonkunst.

intimsten Stillschweigens gewidmet

Anton Bruckner.

Portadilla de la Sinfonía de Anton Bruckner que éste dedicara a Wagner.



Fachada principal de la Casa Wahnfried, en la que Wagner habitó en Bayreuth.



acrecentó aún más al predecirle que en el próximo juego saldría el número 17. Recuerdo haber experimentado en aquel instante preciso como una serena sensación de duplicidad. Saltó efectivamente el 17 y mi joven amigo quedó de tal modo estupefacto que me suplicó que apostara sobre los números que fuera indicando. Muy tranquilamente le expliqué entonces que en cuanto jugara en serio me abandonarían al punto mis dones de presentimiento. Le aparté del tapete verde y en un bello atardecer tomamos el camino de Biberich.

EN aquella misma época tuve una entrevista muy penosa con la pobre Federica Meyer. Esta me comunicó su curación y me rogó que fuera a verla, pues deseaba excusarse de todas las molestias que me había ocasionado. Correspondí con sumo agrado a su deseo puesto que un viaje a Francfort constituía siempre para mí una agradable distracción. Encontré a la convaliente todavía muy débil y preocupada sobre todo por disipar la mala impresión que hubiera podido guardar de ella. Me habló de Guita como de un padre excesivamente cariñoso. Federica se había separado de su familia y de su hermana Luisa siendo aún muy joven, y cuando llegó sola a Francfort aceptó agradecida la protección de Guita, hombre ya de edad madura. Muy a pesar suyo, esa amistad le había acarreado no pocos sinsabores y contrariedades sobre todo por parte de la familia Guita. Se la calumniaba bajamente y se la acusaba de querer casarse con su protector.

No le oculté que ya me había dado cuenta de aquella animosidad y de que se decía además que había recibido su casa en calidad de regalo. Estas noticias pusieron a la convaliente fuera de sí, y a pesar de que ya las sospechaba desde hacía tiempo se indignó vivamente por aquellas habladurías. Y había pensado alguna vez que más le hubiera valido quizás abandonar la escena de Francfort pero ahora estaba firmemente resuelta a ello. No se me ocurrió ningún motivo para no creer en su palabra. Ni la persona de Guita ni su incomprensible conducta me habían inspirado nunca confianza, por lo que abracé la causa de aquella artista tan bien dotada y víctima de una evidente injusticia. Y le aconsejé por último que exigiera una prolongada licencia para restablecerse y se instalara a orillas del Rin.

TAMBIÉN por aquellos días, y atendiendo a órdenes del gran duque, Eduardo Devrient me habló de la representación de *Lohengrin* proyectada en Carlsruhe. Este hombre, a quien antaño admiré intensamente, se mostró entonces en toda su mediocridad. Me escribió una carta en la que con agria arrogancia, me manifestaba su pesar de que no quisiera otorgarle permiso para efectuar algunas modificaciones en *Lohengrin*. Añadía en su misiva que, con destinación a su orquesta, había hecho copiar la partitura de la ópera según las representaciones dadas en Leipzig para las cuales el director K. M. Rietz había efectuado algunas supresiones. Y costaría ahora harto trabajo añadir de nuevo los pasajes que quería reintegrar. A su juicio, esa exigencia mía era un verdadero galimatías.

Ahora bien, la única representación de *Lohengrin* que había sido un fracaso casi completo y que, por decirlo así no había sido bisada, era precisamente la que Rietz había destrozado en Leipzig. Y al pensar que Devrient quería justamente tomar aquella por modelo porque se figuraba que Rietz, digno sucesor de Mendelssohn, era el músico más serio de los «tiempos modernos» me estremecí de mi voluntaria y prolongada ceguera con respecto a este supuesto amigo.

*Schnorr en «Lohengrin»* Mi respuesta fué breve. Le expresé mi indignación, le declaré que no volvería a ocuparme de hacer representar *Lohengrin* en Carlsruhe y que a no tardar me excusaría de ello cerca del gran duque. Con todo, poco tiempo después me enteré de que iba a tener lugar una representación de la ópera, aunque según la manera habitual, y que los Schnorr, marido y mujer, interpretarían en ella los papeles principales. Ardía en deseos de oír a Schnorr, y, sin anunciarme, me trasladé a Carlsruhe. Por mediación de Kaliwoda adquirí una localidad y asistí de incógnito a la representación. Ya he descrito en mis *Recuerdos de Schnorr* la impresión que me produjo aquella velada y especialmente el artista. Inmediatamente mi atención se cifró en Schnorr. Y supliqué a éste que después de la representación viniera a pasar una o dos horas conmigo en mi hotel.

Me habían hablado tanto de su delicada salud que a pesar del notable esfuerzo que acababa de realizar tuve una agradable sorpresa al verle en aquella hora avanzada de la noche rebosante de vigor y brillantes los ojos. Al expresarle mis temores de que quizás aquella entrevista acabara de fatigarle, me respondió que aceptaba con sumo agrado sellar nuestra naciente amistad bebiendo conmigo una botella de champaña. Pasamos una buena parte de la noche en agradable conversación, y Schnorr me informó cumplidamente acerca del carácter de Devrient.

*Entrevista con el gran duque de Baden* RESOLVÍ quedarme el día siguiente para almorzar en casa de Schnorr y su mujer. Sabiéndome mal que el gran duque ignorara mi presencia en Carlsruhe solicité de él una audiencia que me fué concedida y fijada para aquella misma tarde. Tuve ocasión de conocer en la señora Schnorr a una mujer de una gran cultura dramática, y tanto uno como otro me dieron un singular resumen acerca de la conducta de Devrient a propósito de *Tristán*. Después de la comida fui al castillo a ver al gran duque. Nuestra breve entrevista resultó para uno y otro sumamente embarazosa. Por último, no vacilé en exponer francamente las razones por las cuales no había podido ocuparme de la representación de *Lohengrin*, y añadí que sabía de buena fuente las trabas que Devrient había puesto a la proyectada representación de *Tristán*.

Mi declaración produjo en el príncipe una penosa impresión. Devrient había sido lo suficientemente hábil para hacerle creer que sentía por mí una fiel y profunda amistad. El gran duque no quiso admitir que existiera entre nosotros otra cosa que leves diferencias artísticas. Al despedirme del gran duque éste hizo votos para que aquel desacuerdo diera paso a una cordial inteligencia, mas yo repetí con indiferencia que esto no me parecía posible. El príncipe se mostró entonces verdaderamente indignado. Jamás hubiera creído —me dijo— que yo manifestara tamaña ingratitud para con un amigo probado. Salí al paso de ese reproche excusándome primero de haber creído procedente expresar mi pensamiento con un tono de gravedad; pero que puesto que el gran duque me hablaba tan «seriamente» de dicho asunto me veía obligado a manifestarle seriamente también, mi manera de pensar acerca de mi presunto amigo. Y le declaré sin ambages que en adelante no quería

saber nada de Devrient. El príncipe se mostró entonces muy cordial y aun duda con el propósito de reconciliarnos trató de hacerme cambiar de opinión. Me retiré deplorando sinceramente la inutilidad de cuantas gestiones podía emprender mi protector en ese sentido. Supe más adelante que Devrient, a quien el gran duque puso al corriente de todo, atribuyó mi actitud a una tentativa mía para desplazarle en favor mío del puesto que ocupaba.

Como el gran duque persistía en su idea de verme dar un concierto en el que habían de ser ejecutados algunos fragmentos de mis últimas obras, Devrient se vió obligado a reanudar conmigo relaciones oficiales. Se aprovechó de la ocasión para adoptar aires de triunfador, y para darme a entender que a pesar de mis intrigas era deseo de su alto patrón que se celebrara mi concierto, pues el espíritu elevado del gran duque sabía distinguir entre la «cosa» y la «persona». Le respondí con una simple negativa.

DEPARTÉ largamente con los Schnorr a propósito de esa historia, después de lo cual decidimos que vendrían pronto a verme a Biberich adonde regresaba para recibir a Los Bülow, en Biberich (julio de 1861)

to a verme a Biberich adonde regresaba para recibir a Bülow cuya visita me había anunciado. Llegó a comienzos de julio con objeto de reservar habitaciones para Cósima que vino al cabo de dos días. Experimentamos una gran alegría al volvernos a ver, y destinamos nuestro tiempo efectuando toda clase de excursiones por el encantador Ringau. Reunidos en el comedor del «Hotel Europa», y con el mejor humor del mundo, comíamos en compañía de los Schott que también habían venido a Biberich. Por la noche, nos congregábamos en mi casa y nos dedicábamos a la música. Alwina Frommann, que se hallaba de paso, asistió a una lectura de mis *Maestros cantores* que ofrecí a mis amigos. Mi poema produjo en cada uno de ellos un efecto sorprendente, y todo el mundo se asombró del júbilo que estilo popular que empleaba por primera vez. La cantante Dustmann, que a la sazón actuaba en Wiesbaden, me hizo asimismo una visita, pero lamenté comprobar la aversión que experimentaba hacia su hermana Federica. Ello me confirmó la impresión que tenía sobre la necesidad en que se hallaba esta última de salir de Francfort.

Con la colaboración de Bülow pude hacer oír a mis amigos algunos pasajes ya terminados de la composición de *Los maestros cantores*. Repasamos también *Tristán*, lo que dió ocasión a que manifestaran los Schnorr hasta qué punto habían estudiado sus papeles. A mi juicio, su acento carecía todavía de precisión.

Con motivo de la temporada veraniega la comarca se iba llenando de visitantes, entre los que figuraban buen número de amigos y conocidos míos. El violinista David, de Leipzig, llegó a mi casa en compañía de su joven alumno Augusto Wilhelmy, hijo de un abogado de Wiesbaden. Nos consagramos entonces a la música muy en serio. Aloys Schmitt, maestro de capilla de Schwerin, nos interpretó lo que él llamaba una «ranciada» de su composición. Una noche tuvo lugar en mi casa una verdadera recepción. A mis otros amigos se sumaron los Schott y los dos Schnorr que, con gran placer de todos los circunstantes, cantaron la escena de amor del tercer acto de *Lohengrin*.

*Röckel, libre de la cárcel* UN día la inopinada aparición de Röckel en el comedor del hotel nos produjo una sobrecogedora emoción. Acababa de salir de la cárcel de Waldheim después de trece años de reclusión. Mi sorpresa fué mayúscula al observar que mi viejo amigo, aparte de haberse encanecido sus cabellos, apenas había cambiado. El propio Röckel me explicó que tenía la impresión como de haber salido de un capullo donde por tanto tiempo se había conservado. Reflexionando a qué ocupación podía ahora mi amigo dedicarse estimé oportuno aconsejarle que solicitara un empleo útil a un príncipe tan benévolo y liberal como era el gran duque de Baden. Mas Röckel, profano en ciencias jurídicas, no creía que fuera muy ventajoso para él un destino en un ministerio. Estimaba en cambio que su puesto era estar al frente de una penitenciaría. Conocía a fondo este género de establecimientos y sabía perfectamente las mejoras que podrían introducirse en ellos. Röckel asistió a la fiesta de tiro de Francfort que tenía lugar por aquellos días, y no pudo sustraerse a la pública y halagadora ovación que le valieron su martirio y la firmeza de su conducta. Y se quedó por espacio de algún tiempo en dicha ciudad y sus alrededores.

*El pintor César Willig* POR aquel tiempo, tanto mis amigos como yo tuvimos que soportar las molestias que nos causó un pintor llamado César Willig, a quien Otto Wesendonck había encargado que hiciera mi retrato. Ese artista no llegó a familiarizarse con mi fisonomía a pesar de que Cósima, que asistía a las sesiones, procuraba encaminarlo por la buena senda. Por último me hizo una pintura de perfil de las más rudimentarias, pero que tenía la ventaja de poseer al menos cierto parecido. Habiendo obtenido un resultado que juzgó satisfactorio Willig ejecutó una copia del retrato, que me ofreció. Inmediatamente se la envié a mi mujer a Dresde. Más adelante pasó a poder de mi hermana Luisa. Era una horrible pintura que vi de nuevo en Francfort en una exposición de Willig.

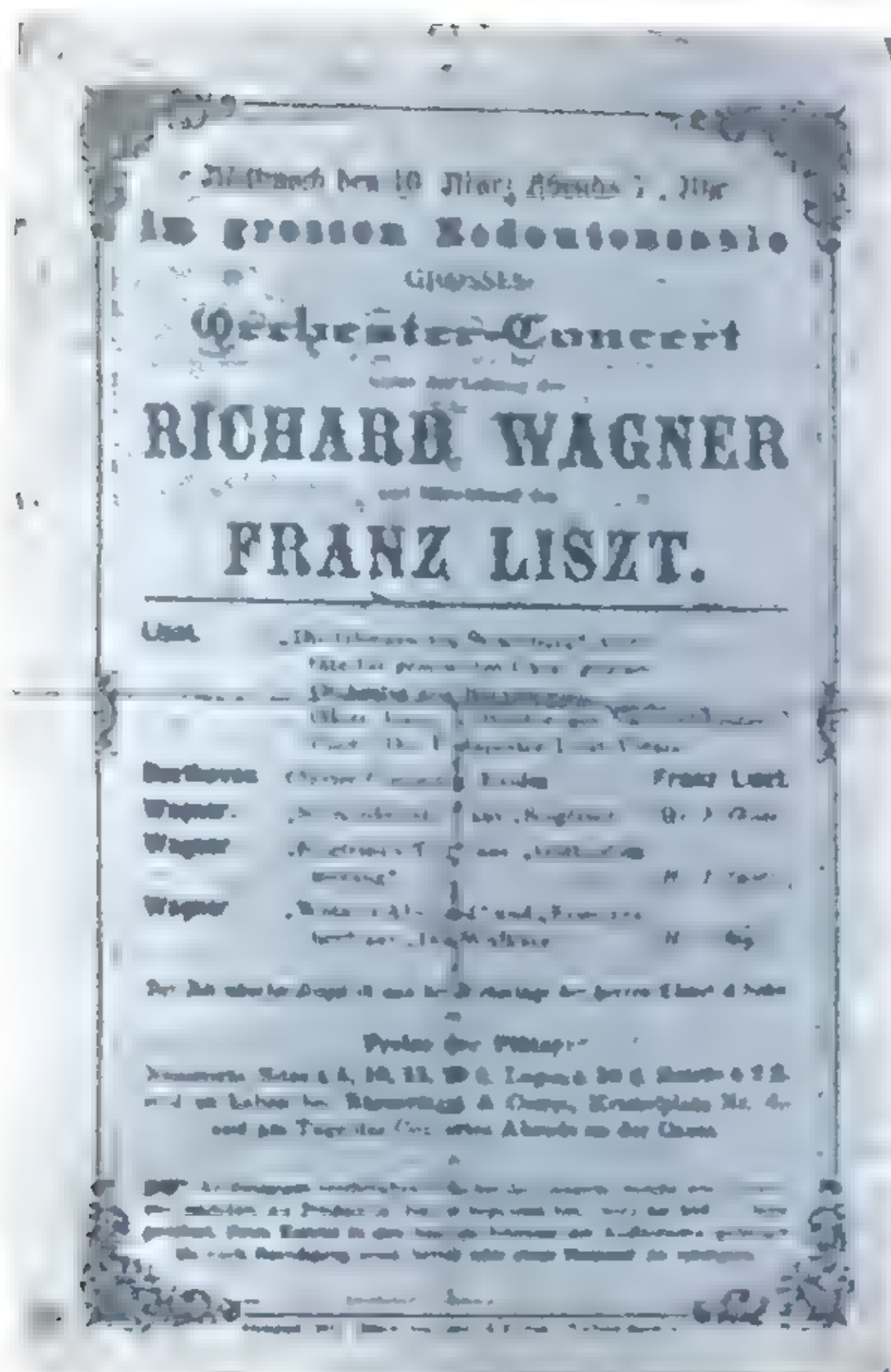
Con los Bülow y los Schnorr efectué una tarde un delicioso paseo hasta Bingen. Desde allí fui a Ruedesheim, a la otra orilla del Rin, donde convalecía Federica Meyer. La insté a que viniera conmigo y le presenté a mis amigos. Estos se interesaron infinitamente por esa notable mujer, y Cósima sobre todo la tuvo en gran aprecio. Nuestro contento, animado por el vino y el aire libre se acentuó más por un hecho inesperado. Un viajero sentado en una mesa bastante apartada se levantó súbitamente y se acercó a nosotros con el vaso en la mano, y luego, con respetuoso continente, nos dirigió un breve discurso muy encomiástico y bien hilvanado. Era un berlinés entusiasta de mis obras. Hablaba en nombre propio y en el de dos amigos suyos que acudieron a poco a sentarse alrededor de nuestra mesa. Nuestra pequeña fiesta se terminó con gran regocijo y abundancia de champaña. Una velada deliciosa y una admirable aparición de la luna sumaron su encanto a la embriaguez de nuestro retorno en aquella espléndida noche.

*Excursión al Drachensfels* PERSISTIENDO nuestro buen humor fuimos a ver a Alwina Frommann a los baños de Schlangenbad. De ahí, nuestra primera etapa fué Remagen. Visitamos la iglesia, muy bien situada, en la que un joven religioso estaba predicando ante una gran afluencia de fieles. Después de haber cenado en un jardín a orillas del Rin fuimos a pasar la noche en Rolandseck con el propósito de efectuar la ascensión al Drachen-





Esgrafiado representando a Wotan y sus dos cuervos, obra de Robert Krausse (1874), para la fachada de Wahnfried.

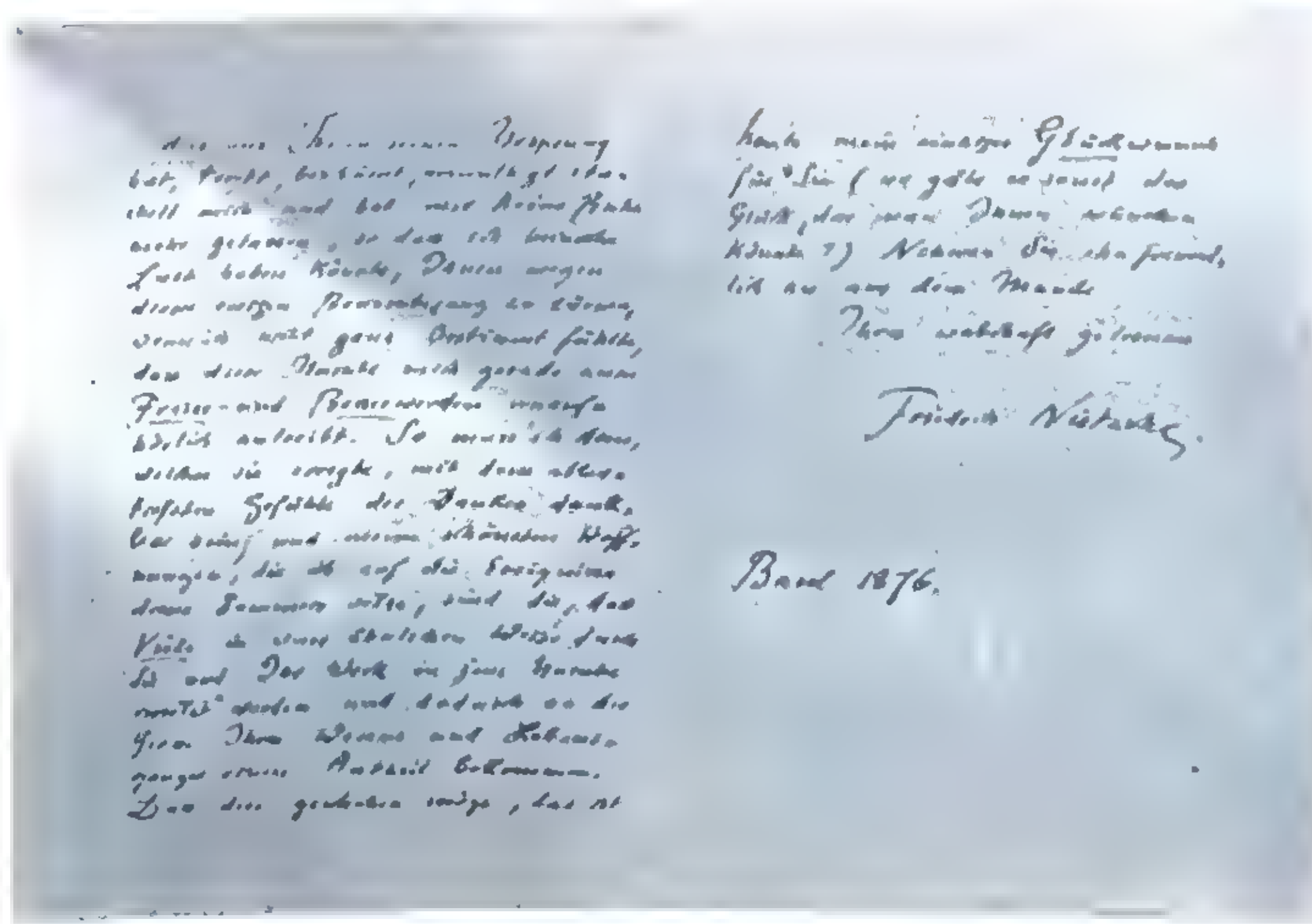
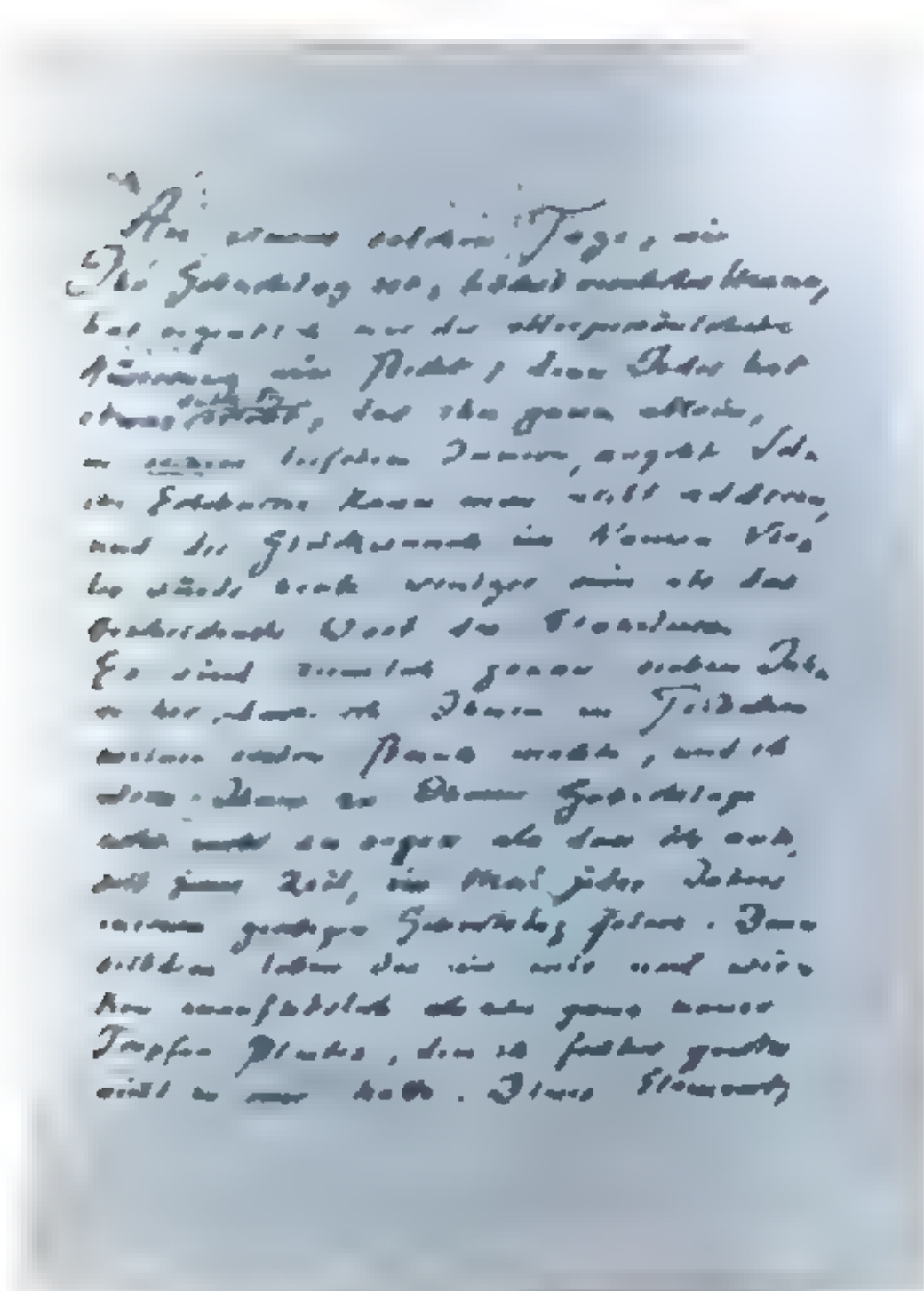


Cartel anunciador del concierto de Wagner y Liszt en Budapest, el 10 de marzo de 1875.

Eva Wagner, hija del compositor, casada con H.S. Chamberlain.



Las tres caras de la carta dirigida por Nietzsche a Wagner, el día de su cumpleaños, el 22 de mayo de 1876.



Frederic Nietzsche





fels a la mañana siguiente temprano. En esta excursión me ocurrió una aventura que acabó felizmente. Al bajar hacia la estación del ferrocarril, del otro lado del Rin, noté la falta de mi cartera; contenía un billete de cien florines y se me debía haber caído del bolsillo de mi abrigo. Dos caballeros que se habían sumado a nosotros en el descenso del Drachensfels se brindaron inmediatamente a volver sobre sus pasos para buscar el objeto perdido. Y verdaderamente, al cabo de algunas horas reaparecieron trayendo mi cartera y sin que nada faltara de su contenido. Dos picapedreros que trabajaban en la montaña la habían encontrado y la habían devuelto. Tal como estaba convenido, esas honradas gentes recibieron una buena gratificación, y nosotros festejamos el feliz resultado del incidente con una sabrosa comida ro-

Muchos años más tarde supe el epílogo de aquel pequeño acontecimiento. En 1873 al entrar en un restaurante de Colonia vino a saludarme el propietario del mismo que era justamente el que nos había servido en el mesón situado a orillas del Rin y a quien di mi billete de cien florines para que me devolviera el cambio. Aquel mismo día contó la historia de ese billete a un inglés y éste le ofreció por él el doble de su valor. El posadero no quiso aceptar semejante transacción y le cedió el billete a condición de que el inglés obsequiara con champaña a cuantos se hallaban presentes cuando se contó la anécdota, lo que aquel aceptó.

OTRA excursión a Osthofen que fué realizada por una invitación de la familia Weisheimer, resultó, ciertamente, menos agradable. Nos hospedamos en dicho lugar no sin antes haber tomado parte en el ágape de una boda de campesinos. Cósima fué la única que conservó su buen humor; yo traté de seguir su ejemplo pero a Bulow, profundamente disgustado, le acometieron accesos de cólera ante todo cuanto encontraba a su paso. Nos consolamos prometiéndonos que no nos dejaríamos seducir nunca más por semejantes aventuras. Al día siguiente regresé a mi casa. Cósima trató de distraer a Hans y devolverle su buen humor; ambos se trasladaron a Worms para admirar la vieja catedral y luego se reunieron conmigo en Biberich.

RECUERDO también una pequeña aventura que nos ocurrió en la ruleta de Wiesbaden. Había percibido veinte luises por los derechos de autor de una de mis óperas. No sabiendo qué hacer de una suma tan pequeña y hallándome por otra parte en una situación económica cada vez más alarmante invité a Cósima a que tomara la mitad de ese dinero y lo arriesgara en el tapete verde para probar nuestra suerte común. Pero me di cuenta, estupefacto, que Cósima no tenía la menor idea de la marcha del juego, pues lanzaba sus piezas de oro sobre la mesa al buen tután sin preocuparse si caían sobre un número o sobre un color. Lo cierto es que las monedas iban desapareciendo regularmente arrastradas por la raqueta del «croupier». Asustado, fui corriendo a otra mesa para enmendar la mala fortuna de Cósima. La suerte me fué tan favorable que recuperé rápidamente los diez luises perdidos por mi amiga y mi hado feliz nos hizo reír cordialmente.

Una representación de *Lohengrin* a la que asistimos juntos nos procuró menos placer. El primer acto era aceptable y nos sentíamos bien dispuestos, pero el resto de la ópera fué de tal modo desnaturalizado que apenas podía reconocer mi obra. Abandoné el teatro lleno de furor sin esperar la terminación de la ópera, pero Hans, obedeciendo a Cósima que quería salvar las apariencias permaneció con ella hasta el final, reprimiendo su indignación y sufriendo un verdadero martirio.

Habiendo llegado los Metternich a su castillo de Johannisberg anuncié mi visita al príncipe. Constantemente preocupado de hallar un domicilio tranquilo donde pudiera terminar mis *Maestros cantores*, se me ocurrió la idea de que ese castillo generalmente desocupado podría convenirme. Los Bülow me acompañaron a la estación. Tuve ocasión de congratularme de la amable invitación de mis protectores. También ellos habían pensado en la posibilidad de cedermé un pequeño aposento en la vivienda del mayordomo del castillo pero me hicieron observar las dificultades que tendría para proveer a mi sustento. A la sazón el príncipe se ocupaba de otra cuestión de gran importancia para mí: trataba de crearme en Viena una situación estable y duradera. En cuanto fuera a Viena, me aseguró, visitarla al ministro Schmerling a quien creía el más idóneo para tratar del asunto. Quizá consiguiera éste que el emperador se interesara por mi persona y encontrara un destino digno de mí. Convino que cuando yo fuera a Viena había de efectuar una visita a Schmerling en nombre del príncipe. Luego, correspondiendo a una invitación del gran duque los Metternich partieron hacia Wiesbaden adonde les acompañé para ir a reunirme con los Bülow.

*A Francfort, con los Bülow* DESPUÉS de una estancia de quince días los Schnorr se marcharon de Biberich. También los Bülow contaban partir de un momento a otro. Fui con ellos a Francfort donde nos quedamos dos días para asistir a una representación del *Taso* de Goethe, precedida del poema sinfónico del mismo nombre de Liszt. Esta representación suscitó en nosotros los más encontrados sentimientos. Mientras que Federica Meyer, en el papel de la princesa y Schneider en el de Taso, nos satisficieron grandemente por su acertada interpretación, la detestable ejecución de la obra de Liszt, dirigida por el maestro de capilla Ignacio Lachner, desoló a Bülow. En el almuerzo que Federica Meyer nos ofreció antes de la representación en un restaurante del Jardín botánico, se sumó a nosotros el misterioso de Guaita. Pronto tuvimos la sorpresa de comprobar que toda la conversación se reducía a un diálogo que nos hubiera parecido incomprensible de no haber adivinado los feroces celos que consumían a Guaita, a los que respondía Federica con un irónico desdén. La agitación de ese hombre se apagó un poco después de haberme formulado su deseo de representar *Lohengrin* en Francfort, bajo mi dirección. El proyecto me satisfizo, pues veía en él un pretexto para encontrarme de nuevo con los Bülow —que se habían comprometido a volver— y con los Schnorr, cuyo concurso me había asegurado.

*Perfecto acuerdo con Cósima* A mi parecer, podíamos disipar la tristeza que experimentábamos al tener que separarnos. Pero el malhumor de Hans iba en aumento. Se creía perseguido, y mi impotencia para consolarle me hacía suspirar muy a menudo. En cuanto a Cosima había perdido su timidez del año anterior en Reichenhall y se mostraba conmigo mucho menos reservada. Cantando un día a mi manera los *Adioses de Wotan* obser-

vé en el semblante de Cósima la expresión que tanto me había impresionado el día que se marchó de Zurich; pero esta vez el éxtasis de la mirada era sumamente sereno. Entre los dos todo era silencio y misterio. Con todo, estaba tan íntimamente persuadido de nuestra perfecta avenencia que podía permitirme con ella los peores desatinos. En Francfort, al cruzar una plaza pública, camino del hotel donde Cósima se hospedaba, le propuse que se sentara en una carretilla que encontramos al paso comprometiéndome a transportarla así hasta su casa. Cósima asintió en seguida pero yo, sorprendido de mí mismo, no me sentí con ánimos para llevar a cabo tan disparatado proyecto.

Me aguardaban en Biberich graves preocupaciones. Schott, que se había visto con dificultades para pagarme los últimos subsidios, cesó definitivamente de enviármelos. Cierta es que desde mi salida de Viena había recurrido únicamente a los anticipos de mi editor para saldar la instalación de mi mujer en Dresde, la mía propia en Biberich, y diferentes deudas que había contraído en París. A pesar de estos gastos, que habían absorbido una buena mitad de lo que me había sido estipulado por *Los maestros cantores*, confiaba que con el resto de la suma podría terminar mi ópera en paz. Schott me había dicho que aguardara hasta la época en que liquidase sus cuentas con las librerías. Y tuve que salir del paso como pude. Sin embargo, presentía que todo marcharía bien en cuanto entregara a Schott un acto terminado de mis *Maestros cantores*. Estaba ya en la escena en que Pagner presenta a Walter de Stolzing a los maestros cantores cuando, a mediados de agosto y estando aún los Bulow en mi casa, un accidente que pareció de escasa importancia me privó de escribir por espacio de dos meses.

Mi fastidioso propietario poseía un bulldog llamado «Leon». El pobre animal me inspiraba gran compasión porque na-

*Mordedura de un perro  
(agosto de 1862)*

die se cuidaba de él. Un día quise hacerlo lavar para limpiarle de la miseria que le consumía, y a fin de que la sirvienta encargada de la operación no tuviera miedo sujeté al animal por la cabeza. A pesar de la confianza que el perro me atestiguaba me mordió involuntariamente la primera falange del dedo pulgar de la mano derecha. Al principio no di importancia a la cosa, pues ni siquiera se veía ninguna herida pero pronto me di cuenta de que la mordedura había provocado una inflamación del periostio. Y como el dolor se agudizaba cuando escribía, me ordenaron que no me sirviera de la mano hasta mi curación completa. Los periódicos contaron que había sido mordido por un perro rabioso, y aunque el caso no fué tan grave, esto me llevó a reflexionar seriamente sobre la fragilidad humana. Para dar término a mi obra precisaba no solamente de la salud del espíritu, la inspiración y el «oficio», sino también de un dedo pulgar en buenas condiciones; pues era imposible dictar mi música como se dicta un poema. Para entregar al menos alguna «mercancía» a Schott seguí el consejo de Raff que estimaba que un fascículo de romances de mi composición bien valía un millar de francos, por lo que en espera de poder enviar *Los maestros cantores* ofrecí a mi editor cinco poesías de mi amiga la señora Wesendonck. Les había puesto música en la época en que me ocupaba de los estudios sobre *Tristán*.

*Visita a Schott, en Kissingen* LAS romanzas fueron aceptadas y editadas pero no por ello Schott se mostró más generoso. Acabé por suponer que se le excitaba contra mí, y con objeto de poner las cosas en claro y saber a qué atenerme me trasladé a Kissingen donde Schott seguía una cura. No me fué posible hablarle. Su mujer estaba apostada en la puerta como un ángel de la guarda, y para prohibirme la entrada me dijo que su marido estaba bajo los efectos de una violenta crisis hepática. Sabía ya lo bastante. Acepté algún dinero que el joven Weisheimer había pedido a su padre rico, y reflexioné luego acerca de lo que iba a hacer. No pudiendo ya contar con Schott perdí la esperanza de acabar mis *Maestros cantores* con toda tranquilidad.

Agobiado con tantas preocupaciones tuve la gran sorpresa de que la dirección de la Ópera de Viena me invitara a asistir al estreno de *Tristán*. Me comunicaban que no existían ya dificultades, pues Ander había sanado completamente de su afección en la garganta. Esta noticia me causó una gran extrañeza, y, después de informarme, supe todo cuanto había ocurrido en Viena durante aquel tiempo. Antes de mi última salida de dicha ciudad, la señora Dustmann, deseando interpretar el papel de Iseo, que le gustaba, se había esforzado en suprimir el verdadero obstáculo que entorpecía el logro de mi empresa.

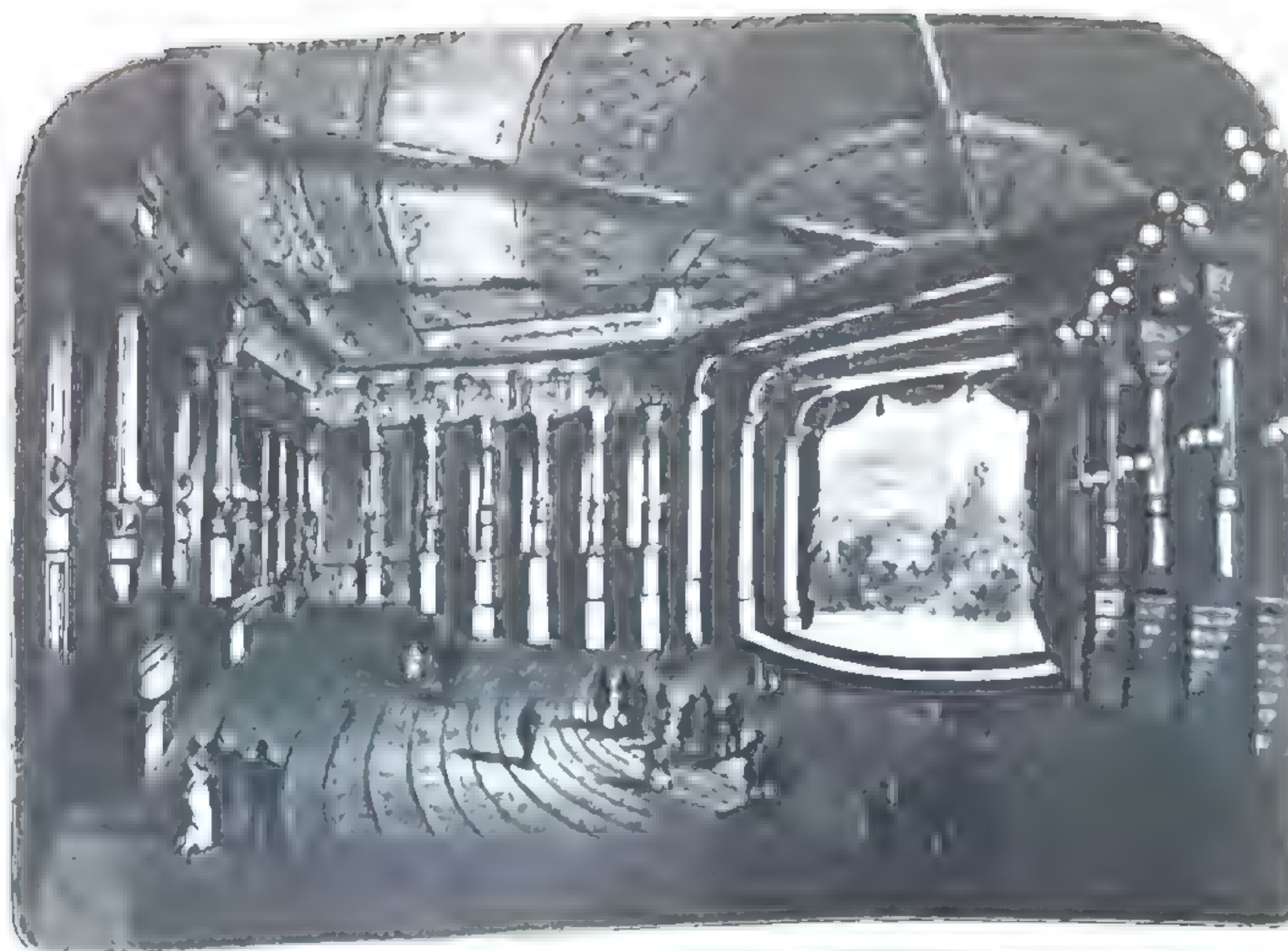
*Explicaciones de Hanslick* CON este objeto había organizado una velada a la que fuimos invitados los dos, el doctor Hanslick y yo. La cantante sabía perfectamente que sin la aquiescencia del crítico no lograría resolverse nada. Aquel día estaba de buen humor y no me violentó lo más mínimo ocuparme de Hanslick como de un invitado cualquiera, hasta que éste me llamó aparte como para una entrevista particular. Con sollozos y lágrimas Hanslick me aseguró que no podía soportar un momento más mi ofensiva indiferencia para con él. Cuanto había escrito acerca de mi música no provenía de su mala fe sino sin duda de su ignorancia, y me suplicó que lo ilustrara y lo instruyera. Me dió tales explicaciones con tan intensa emoción que tuve que consolarle y prometerle que me interesaría seriamente por sus futuras actividades. Y en verdad, poco tiempo antes de mi marcha, supe que Hanslick se expresó en términos calurosísimos sobre mí y de mi amabilidad. Este cambio había ejercido tal influencia sobre los cantantes de la Ópera y especialmente sobre aquel consejero de la corte Raymond, a quien tanto escuchaba el primer chambelán, que en las altas esferas comenzó por último a considerarse la representación de *Tristán* como una cuestión de honor para Viena. Y de ahí la invitación que había recibido.

**Ofertas de Weisheimer y de Guaita** CASI al mismo tiempo el joven Weisheimer me escribió desde Leipzig, a donde se había trasladado, que pensaba aventurarse a la organización de un buen concierto cantando con que yo le autorizara a ejecutar la nueva obertura de mis *Maestros cantores* y la de *Tristán*. Creía que este programa causaría sensación y que se venderían fácilmente todas las localidades; incluso podrían elevarse los precios, y, descontados los gastos, podría poner a mi disposición una suma bastante considerable. Por otra parte, de Guaita estaba atareado preparando la representación de *Lohengrin* en Francfort, y aún lamentando que los Schnorr no pudieran participar en ella recababa de mí la promesa que le





*El Bühnenfestspielhaus en Bayreuth.*



*La sala del Festpiel haus, en 1875-76. Las graderías aparecen sin sillas y las gradas recuerdan a los antiguos teatros griegos.*

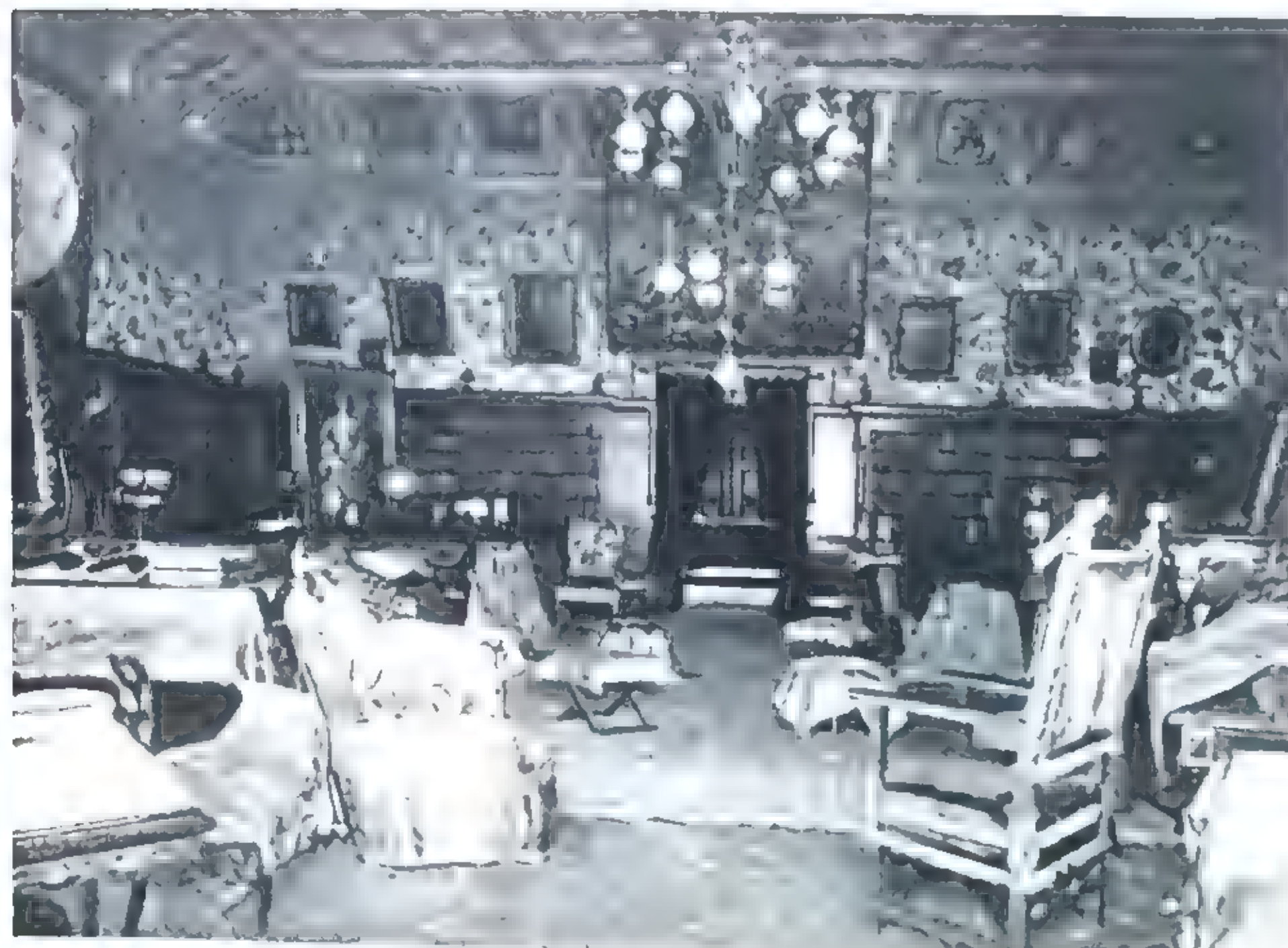


*Ricardo Wagner, en foto tomada en Londres en 1877.*

*Vista posterior, desde el jardín, de la casa Wahnfried.*



*La biblioteca y sala de estar de Wahnfried.*





había hecho de dirigir la obra. Tales ofertas hicieron madurar en mi ánimo el proyecto de abandonar provisionalmente la composición de *Los maestros cantores* y ganar la mayor cantidad posible de dinero con la organización de conciertos. Volvería a Biberich la primavera siguiente y reanudaría el trabajo de mi partitura sin tener que temer los caprichos de Schott. Resolví venderla.

Por otra parte, Minna insistía en apropiarse de mi cama y de ciertos objetos a los que me había acostumbrado y que ella quería colocar en el piso que había alquilado en Dresde. Era necesario, me escribía, que estuviera todo en orden para cuando fuera a verla. No queriendo reanudar mi resolución de que nuestra separación fuera lo más apacible posible le envié todo llas del Rin. Un fabricante de muebles de Wiesbaden se avino a concederme el largo crédito que para ello exigía.

A fines de septiembre me trasladé pues a Francfort para dirigir por espacio de ocho días los ensayos de *Lohengrin*. «*Lohengrin*» en Francfort Y una vez más desde que me relacioné con el personal de la Opera tuve que someterme a las mismas experiencias que tanto me hicieron sufrir anteriormente. Tuve que abandonarlo todo. Me detuvo, empero, el estandalo que provocó mi marcha y el interés que todo el mundo demostraba por retenerme. Por el efecto que había de producir una representación ejecutada sin supresiones alguna, con los «tempi» exigidos y una puesta en escena decorosa. Tanto, el público se entusiasmó como de costumbre, pero según me contaron Ignacio Lachner, tan mimado de los francforteses habían descendido a tan bajo nivel que para mantener la ópera en el repertorio se tuvo que recurrir a las habituales supresiones.

La impresión de conjunto me desalentó en grado sumo, tanto más cuanto que había esperado en vano a los Bülow. Cósima pasó por Francfort sin detenerse: había tenido que trasladarse rápidamente a París para llevar el socorro de su cariño a su abuela gravemente enferma, y a quien una nueva p.ez. Entonces, habiendo vuelto súbitamente el frío me encerré en mi casa de Biberich, y a pesar de tener dolorido todavía mi dedo pulgar logré instrumentar con destino a los próximos conciertos algunos pasajes ya terminados de *Los maestros cantores*. Envié en seguida la obertura a Weisheimer, y mientras éste la mandaba a copiar en Leipzig transcribí para orquesta la *Reunión de los maestros cantores* y el *Discurso de Pagner*.

ESTANDO las cosas ya casi ultimadas, a fines de octubre partí para Leipzig. Gracias a un singular contratiempo tuve ocasión, *A Eisenach. Visita durante el trayecto, de detenerme en el Wartburg. En Eisenach, donde el tren se detenía unos minutos, me apeé y cuando quise volver a subir ya el convoy estaba en marcha. Por un impulso inocente me puse a correr junto a mi vagón gritando al conductor que se detuviera, lo que por supuesto éste no hizo. Mi despropósito suscitó grandes risotadas entre la multitud de badulaques que llenaban el andén y que habían venido a presenciar la marcha de un príncipe. ¿Acaso os hace reír lo que me ha ocurrido? —les pregunté—: «Sí, nos hace reír» —me contestaron. Después de este incidente adopté por axioma que la desgracia de uno hace la dicha de otro cuando ese «otro» es un público alemán.*

*Llegada a casa de Hermann Brockhaus* Como el tren siguiente no pasaba hasta cinco horas más tarde envié un despacho para prevenir a mi cuñado Hermann Brockhaus que me había brindado su hospitalidad, y luego seguí a un individuo que se decía guía y que me condujo a visitar el Wartburg. Vi allí las restauraciones emprendidas por orden del gran duque entre ellas la sala con las pinturas de Schwind, pero nada despertó mi entusiasmo. Entré luego en el restaurante de este lugar de placer de Eisenach donde encontré a varias ciudadanas haciendo punto de media. El gran duque me aseguró más tarde que *Tannhauser* gozaba en Turingia de gran popularidad y que cualquier campesino conocía las melodías de la obra. Sin embargo, ni el posadero ni el guía me hablaron de ello. Inscríbí mi nombre con todas las letras en el registro de extranjeros y conté de qué amable manera me habían recibido en la estación. Ignoro si fueron o no anotadas mis observaciones. En Leipzig, Hermann Brockhaus, envejecido y metido en carnes, me dispensó una jovial acogida. Me condujo a su casa en la que Otilia y sus hijos me recibieron con gran cordialidad. Teníamos muchas cosas que contarnos, y el buen humor con que mi cuñado tomaba parte en tales entrevistas prolongaban estas a veces hasta la madrugada. Mis relaciones con el joven Weisheimer, compositor completamente desconocido, les inspiraron alguna desconfianza.

En efecto, el programa de su concierto se componía casi exclusivamente de sus propias obras y figuraba entre ellas un poema sinfónico, *El caballero de Toggenburg*, que acababa de terminar. Si yo hubiera asistido a los ensayos con la necesaria imparcialidad de ánimo me hubiese opuesto sin duda a que se ejecutase el programa tal como estaba redactado. Con todo, las horas que pasé en la sala de conciertos han seguido siendo para mí uno de los mejores y más dulces recuerdos de mi vida, y ello debido al retorno de los Bülow. Hans había tenido interés en consagrar en presencia mía el debut de Weisheimer interpretando en esa audición un nuevo *concerto* de Liszt.

*Entrevista con los Bülow en la «Gewandhaus»* Al entrar en aquella vieja sala de la «Gewandhaus», que tan bien conocía, y ver a todos aquellos nuevos músicos de la orquesta para quienes era un verdadero desconocido y a los que tuve que presentarme, me asaltó una honda pesadumbre. Pero pronto me pareció sentirme transportado. En un rincón de la sala vi a Cósima, pálida y vestida de luto, sonriéndome.

Arababa de llegar de París donde había dejado a su abuela en el lecho aquejada de una enfermedad incurable. Ocultó su rostro bajo un velo a causa del gran dolor que le había causado la muerte súbita e inexplicable de su hermana. Cósima me pareció llegar de otro mundo. Nuestros mutuos sentimientos eran tan graves y profundos que únicamente la alegría de volvernos a ver podía hacernos olvidar los penosos momentos con que nos enfrentábamos. Aquellos ensayos nos producían el efecto de sombras chinecas a las cuales asistíamos como alborozadas criaturas. También Hans se sentía

con buen ánimo y tentamos todos la impresión de embarcarnos en una aventura al modo de Don Quijote. Hans me llamó la atención sobre Brendel que, sentado no lejos de nosotros, parecía examinar-me. Me divertí dejarlo en tal expectativa y simulé no haberle reconocido. Mi conducta afectó mucho, al parecer, al pobre diablo y para compensar mi agravio para con él elogé especialmente sus meritos en el curso de las conferencias públicas que di más tarde sobre *El judaísmo en la música*. Era una especie de expiación hacia aquel que ya había dejado de existir.

La llegada de Alejandro Ritter y de mi sobrina Francisca acentuaron nuestro buen humor. Las monstruosas composiciones de Weisheimer hacían pasar a mi sobrina por alternativas de stupefacción y de regocijo. Ritter se burló especialmente de una melodía melancólica e incomprensible de los bajos en *El caballero de Toggenburg*, y como ya conocía el poema de mis *Maestros cantores* declaró que ese motivo merecía ser llamado el aire del «glotón solitario».

Quizá nos hubiera entrado el desánimo de no habernos *El concierto de Leipzig* alentado la buena ejecución de la obertura de *Los maestros cantores* y la admirable labor de Bülow interpretando al piano la nueva composición de Liszt. Sin embargo, el concierto puso en evidencia lo aventurado de la empresa y lo caro que habíamos pagado nuestra pereza. Con gran disgusto de Weisheimer, el público de Leipzig se abstuvo de hacer acto de presencia, obediendo sin duda a una consigna de los organizadores de los conciertos de abono. Jamás había visto, en semejantes circunstancias, un vacío tan absoluto. Aparte de los miembros de mi familia, entre los cuales mi hermana Otilia se hacía notar por una extravagante capota, sólo había algunos extranjeros que habían acudido a Leipzig expreso para el concierto. Entre ellos figuraban en primera línea mis amigos weimarianos: el maestro de capilla Lassen, el consejero de Estado Franz Muller, así como Ricardo Pohl y el consejero Gille que seguían siéndome fieles. Advertí con inquietante sorpresa la presencia del viejo consejero de la corte Küstner, antiguo intendente del Teatro real de Berlín a quien tuve que responder, como no dándole importancia a la cosa, acerca de sus comentarios sobre el incomprensible vacío de la sala. En cuanto a la gente de Leipzig sólo vi a los especiales amigos de mi familia que por lo general no solían asistir a ningún concierto, como por ejemplo Lothar Muller, hijo de mi viejo y fiel amigo el doctor Moritz Muller. En el centro de la sala estaban solas la novia de Weisheimer y su madre. A algunas filas de distancia nos sentamos Cósima y yo pero nuestras continuas risas durante el concierto escandalizaron a mis parientes que nos observaban de lejos. Como estaban de muy mal humor nuestro alborozo era para ellos totalmente incomprensible.

La obertura de *Los maestros cantores* produjo un efecto *Entusiasmo de la orquesta* tan favorable sobre los contados auditores que intentaban grabar el público que con gran satisfacción de la orquesta tuvimos que repetir-la. Se había desvanecido finalmente entre los músicos la desconfianza que se les había inculcado artificiosamente y acabó por romperse el hielo entre nosotros; y cuando al terminarse el concierto con la obertura de *Tristán* me adelanté para saludar al público tocaron una charanga en mi honor. Mi hermana Otilia quedó entusiasmada y aseguró que un homenaje así sólo había sido tributado a Jenny Lindt.

A partir de aquel momento, el amigo Weisheimer, que había abusado de la paciencia de todos nosotros, se sintió un poco incomodado conmigo. Imaginóse que su concierto hubiera dado mejores resultados de no figurar en el programa mis brillantes obras orquestales, y se hubiera limitado a ofrecer sus propias composiciones al público a precios más modestos. Sea como fuere, Weisheimer o mejor dicho su padre, hondamente defraudado, tuvo que acarrear con los gastos de la empresa y además con la humillación bien superflua de no poder entregarme el menor beneficio.

*Lectura de «Los maestros cantores»* Este fracaso no impidió a mi cuñado el dar en su casa las fiestas que de antemano había preparado para celebrar mi triunfo. También los Bülow asistieron a un banquete. Se organizó una velada en el curso de la cual di una lectura de mis *Maestros cantores* a un nutrido público de profesores. Tuve ocasión entonces de departir con el profesor Weiss, que tanto me había interesado en mi juventud cuando frecuentaba la casa de mi tío. Weiss me expresó su asombro y su admiración por mi talento de lector.

Desgraciadamente, los Bülow regresaron poco después a Berlín. Nos encontramos por última vez en la calle, un día de mucho frío y en circunstancias enojosas para ellos pues estaban efectuando una serie de visitas de cortesía. Durante aquella breve despedida habíamos experimentado más la opresión que pesaba sobre nosotros que el buen humor de los últimos días. Mis amigos sabían perfectamente en que triste estado de abandono me hallaba. Había sido demasiado crédulo al contar con los beneficios del concierto de Leipzig y figurarme que éste me proporcionaría algunos recursos con qué hacer frente a mis necesidades más perentorias. Mi situación era harto embarazosa sobre todo por la imposibilidad en que me hallaba de pagar el alquiler a mi propietario de Biberich. Deseaba hacer todo lo posible para asegurarme ese asilo un año más pero el hombre con quien tenía que entenderme era tan suspicaz que, a mi juicio, sólo podía granjearme su buena voluntad pagándole un anticipo.

*Socorro del gran duque de Weimar* TAMBIÉN había vencido el trimestre de la subvención de Minna. Se comprenderá que al llegarme en aquel momento, por mediación del consejero Muller, el socorro del gran duque de Weimar me pareciera éste caer del cielo. No pudiendo ya contar con Schott me había dirigido a mi amigo Muller, y, dada mi penuria, le había suplicado que diera cuenta de mi situación al gran duque con objeto de determinarle quizás a concederme una especie de anticipo sobre mis futuras óperas. El resultado fué recibir inopinadamente, la suma de quinientos taleros. Sólo más tarde me expliqué la benévola conducta del gran duque: éste deseaba a todo precio hacer ir a Weimar a su amigo Liszt, y contaba con razón influirle favorablemente mostrándose generoso conmigo.

*A Dresde en casa de Minna* ME fué pues posible trasladarme por algunos días a Dresde, tanto para aportar el subsidio a mi mujer, como para testimoniarle la estimación que había de confortarla en la situación difícil en que se hallaba. Minna acudió a recibirme en la estación y me condujo al piso que acababa de instalar en la calle de Santa Valpurgis, una rúa





Anton van Rooy como Wotan.



Escena final del "Ocaso de los Dioses", en Bayreuth en 1876, según escenografía de Joseph Hoffmann.



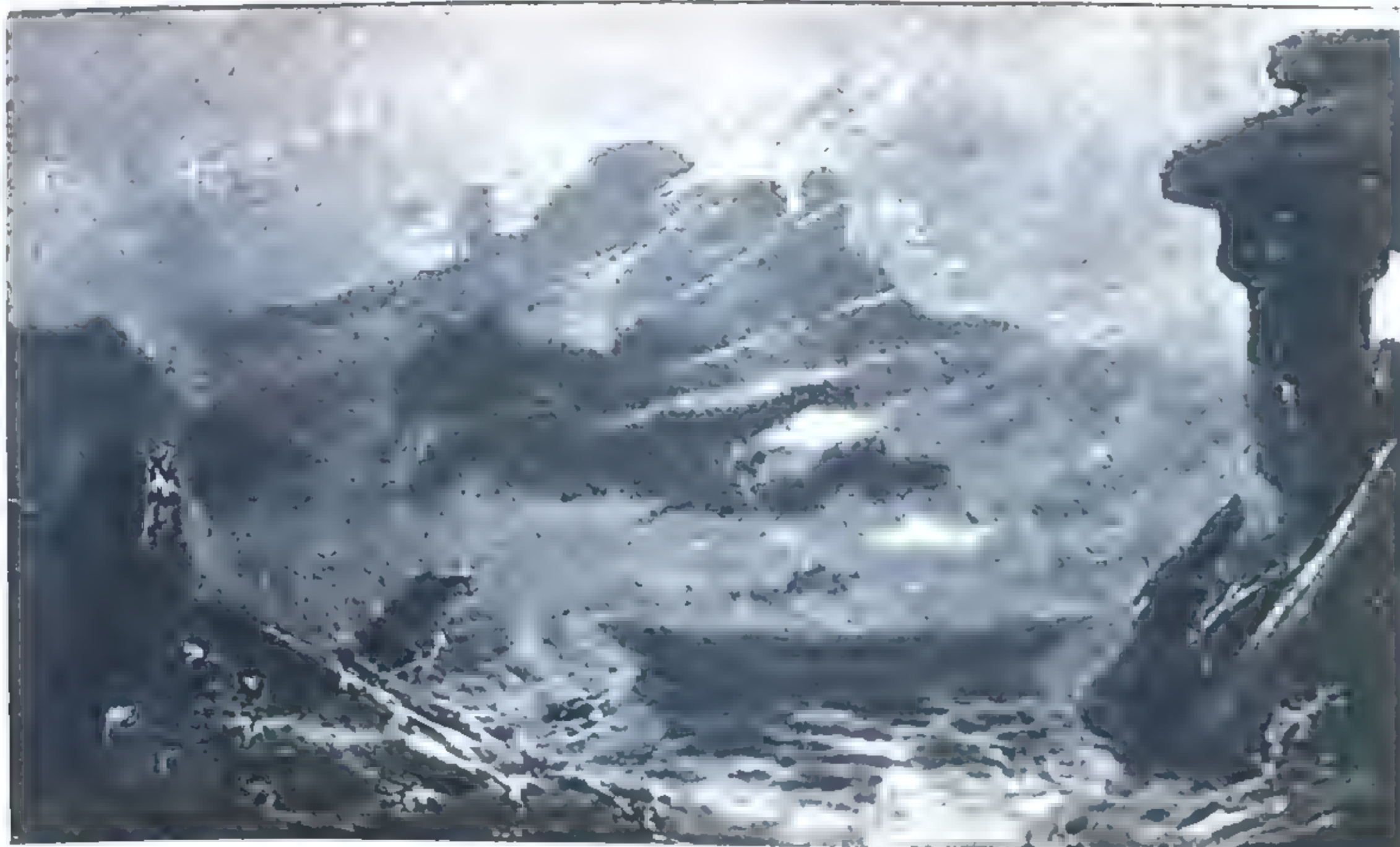
Franz Betz, el Wotan de 1876.



Mime y el Vagabundo ("Siegfried", I Acto), en Bayreuth en 1974,



Ilustración moderna para la Marcha Fúnebre.



Escena final del "Ocaso de los Dioses", en ilustración de Heinrich Nide.



que cuando salí de Dresde no existía aún. Al instalar el piso con su acostumbrada habilidad le guió indudablemente a Minna el deseo de que me sintiera a gusto en él. En el umbral de la puerta, una pequeña alfombra me acogió con la palabra «Salve» que mi mujer había bordado. Reconoció en el acto mujer se había contentado con una alcoba que daba al patio, y había reservado para mí un espacioso dormitorio, un gabinete de trabajo muy confortable y el salón. Señoreaba en mi despacho el gran escritorio de caoba que años había mandado construir para mi instalación como maestro de capilla. Después de mi huida de Dresde lo había adquirido la señora Ritter habiendo prestado a Minna proponiéndome que lo rescatara por la suma de se-  
de ello mi mujer se puso de malhumor.

La sola idea de tener que estar a solas conmigo inquietaba a Minna. Así que invitó a mi hermana Clara, que se hallaba en Chemnitz, a que viniera a compartir su habitación por algunos días. Clara dió muestras de su bondad y de su tacto habituales. Compadece a Minna y hubiera querido ayudarla a soportar aquellos tiempos dolorosos, pero no por esto abandonaba su intención de inculcar en el ánimo de mi mujer la idea de que nuestra definitiva separación era necesaria. De acuerdo con este criterio Clara puso a Minna al corriente de mis preocupaciones económicas. Eran éstas tan graves turbadoras ideas que estaba forjando. Rehuí, por otra parte, toda explicación. Vimos a la familia de Fritz Brockhaus y a su hija casada Clara Klessinger, a Pusinelli, al viejo Heyne, y por último a los dos Schnorr.

DEDICABA las mañanas a efectuar visitas. Cuando al ir a casa del ministro Baer para darle las gracias por mi amnistía *Visitas a los ministros* atravesé, por primera vez después de tantos años, las calles de Dresde estas me parecieron vacías y aburridas, pues las evocaba en mis recuerdos en el estado fantástico e interesante de las barricadas. ¡Ni un solo rostro conocido! Hasta el vendedor de guantes en cuyo establecimiento me había proveído siempre me trató como a un extraño. Estaba aún en la tienda cuando hizo irrupción en ella, viniendo de la calle, un hombre ya entrado en años, honde cámara Carlos Kummer, el mejor oboe que jamás he conocido y por quien sentía, a causa de ello, un verdadero afecto. Nos abrazamos cordialmente y al preguntarle si seguía tocando tan bien su instrumento me respondió que después de mi marcha no le había proporcionado la música un verdadero placer y que desde hacía largo tiempo estaba jubilado. Al informarme acerca de toda la vieja guardia de la orquesta supe que sus miembros habían muerto o estaban también jubilados: el larguirucho contrabajo Dietz, nuestro intendente, de Lüttichau, y el maestro de capilla Reissiger yacían bajo tierra; Lipinsky había vuelto a Polonia; el violinista Schubert ya no tocaba... ¡Cuán triste e insólito me pareció todo!...

El ministro Baer, no obstante haber tenido el valor de firmar mi amnistía me expresó sus inquietudes acerca de la misma. Temía que mi popularidad como compositor de ópera diese lugar a manifestaciones extemporáneas pero me apresuré a tranquilizarle prometiéndole que mi estancia en Dresde sería muy breve, y que no pondría los pies en el teatro. Se despidió de mí dando un profundo suspiro y lanzándome una inquisitiva mirada.

La acogida que me dispensó el señor de Beust fué harto diferente. Con el tono de un hombre mundano me dijo sonriendo que yo no era sin duda tan inocente como quería aparentar, y me llamó la atención sobre una carta que había escrito hacía tiempo y que había sido hallada en los bolsillos de Röckel. No la recordaba y di a entender al ministro que consideraba la amnistía que me habían concedido como un perdón a mis imprudencias. Y nos separamos con las más risueñas demostraciones de amistad.

Aún organicé una velada en el salón de Minna en el curso de la cual di lectura a *Los maestros cantores* que no conocían en Dresde. Luego, habiendo provisto a mi mujer de dinero para largo tiempo me despedí de ella en la estación, hasta donde me acompañó. Minna parecía presentir que no volvería a verme nunca más.

*Retorno a Biberich* EN LEIPZIG, me hospedé en un hotel donde me encontré a Alejandro Ritter con quien pasé una buena animada velada con buenos vasos de «punch». Me detuve en Leipzig porque me habían asegurado que un concierto a base de obras exclusivamente mías alcanzaría un buen éxito. En mi penuria económica había pensado primero seguir este consejo pero pronto me di cuenta de que los riesgos eran demasiado grandes, y me marché directamente a Biberich para poner en orden mis asuntos caseros. Desgraciadamente, encontré a mi propietario todavía más gruñón que antes. Parecía no haber podido olvidar mis censuras sobre la manera cómo trataba a su perro, ni el partido que había tomado contra él a propósito de los amos de mi sirvienta con un sastre. A pesar de mi dinero y de mis promesas no dió el brazo a torcer y aseguró que a causa de su estado de salud se veía obligado a reservar el piso para él en la primavera próxima. Al pagarle por anticipado le forcé al menos a dejarme en paz hasta la Pascua y acto seguido me dediqué con ahínco a la búsqueda de un alojamiento. Con el doctor Schuler y Matilde Maier visité los diferentes pueblos del Ringau, pero como no encontré nada que me conviniera, y, por otra parte, apremiaba el tiempo mis amigos me prometieron que proseguirían ellos las investigaciones.

*A Viena con Federica Meyer* ENCONTRÉ en Maguncia a Federica Meyer. Su situación en Francfort se hacía cada vez más difícil. Al contarle que había puesto en la puerta al administrador de Guaita, que había venido a verme para entregarme quince luises en concepto de honorarios por mi dirección de *Lohengrin*, Federica aprobó por entero mi actitud. Había reñido con de Guaita, y conseguido que aceptaran su dimisión, y se dirigía a Viena para efectuar una temporada en el «Burgtheater». Su conducta y su decisión le granjearon mi simpatía, pues veía en ello la prueba manifiesta de que todo cuanto se había dicho acerca de aquella mujer era pura calumnia. Como yo también me encaminaba a Viena, Federica se mostró muy contenta por hacer juntos una parte del viaje. Se detendría un día en Nuremberg, donde yo me reuniría con ella para continuar el trayecto. Así lo hicimos y juntos llegamos a Viena. Mi amiga se hospedó en el hotel «Munsch», pero yo guardé fidelidad al mío y me dirigí al «Emperatriz Elisabeth». Era el 15 de noviembre de 1862. Inmediatamente fui a ver al maes-

tro de capilla Esser, quien me aseguró que...

DESGRACIADAMENTE mis relaciones con Federica fueron por un lado estériles interpretadas por su hermana, la señora Dustmann, con quien *Estado eterno de Federica* tuvo una penosa escena. Imposible hacerle comprender el verdadero estado de las cosas. La conducta de su hermana — pretendía la señora Dustmann — deshonraba a la familia, y al venir a Viena Federica me metía a la propia señora Dustmann. Por otra parte, la salud de Federica me inspiró pronto serias inquietudes. Se había comprometido a dar tres representaciones en el «Burgtheater» sin pensar que era aquel el peor momento que pudiera haber escogido para presentarse ante un público como el de Viena. A causa de su larga enfermedad y de su atormentada convalecencia se había adelgazado horriblemente; además, era casi calva y no quería llevar peluca. La animosidad de su hermana la había malquistado con el personal del teatro, y esto, sumado a la infortunada elección de sus papeles hicieron fracasar su debut en aquella escena. Y no pudo formalizarse contrato alguno.

Muy decaída y sufriendo continuos insomnios tuvo el generoso pudor de ocultarme la tristeza de su situación. Se instaló en un hotel más económico «La ciudad de Francfort», y contando por lo visto con recursos suficientes resolvió esperar allí la curación de sus desquiciados nervios. Por consejo mío consultó a Standhartner, pero éste no la alivió gran cosa. Le habían prescrito paseos al aire libre, pero como en aquel final de noviembre el tiempo era muy frío se me ocurrió la idea de proponerle que pasara una larga temporada en Venecia. Federica parecía disponer aún del dinero necesario para este viaje. Así que me obedeció, y una gélida mañana la acompañé a la estación y la dejé partir con su fiel doncella hacia un destino que deseaba mejor. No tardé en tener la satisfacción de recibir de ella buenas noticias particularmente en lo concerniente a su salud.

No obstante esas penosas historias, no había olvidado en ningún momento mis relaciones con mis antiguos amigos de Viena. A poco de llegar ocurrió un incidente curioso. Como siempre y dondequiera que me hallara había de proceder a la lectura de *Los maestros cantores*, la efectué en presencia de la familia Standhartner, que había tenido a bien invitar a Hanslick a que asistiera a la lectura, puesto que también éste contaba ahora entre el número de mis amigos. Pero todo el mundo pudo darse cuenta de que a medida que iba avanzando la lectura el semblante del crítico iba tornándose más pálido y hosco. Y cuando terminé de leer partió como alma que lleva el diablo, sin que pudiéramos retenerle. Mis amigos coincidieron en afirmar que Hanslick debía haber considerado mi poema como un libelo dirigido a él, y nuestra invitación a escucharlo como un insulto. En efecto, a partir de aquel momento sus sentimientos hacia mí cambiaron totalmente y cobraron un carácter de violenta hostilidad, cuyas consecuencias no tardé en sufrir.

ENCONTRÉ también a Cornelius y a Tausig, con quienes estaba *Cornelius y Tausig* todavía molesto por la manera como se habían portado conmigo el año anterior. La cordial simpatía que me inspiraban esos jóvenes me había inducido a invitarles a venir a Biberich, al mismo tiempo que los Bülow y los Schnorr. Cornelius aceptó en seguida y por esto me sorprendió grandemente recibir una carta suya, fechada en Ginebra. Tausig, que por lo visto había entrado súbitamente en posesión de fondos, le había invitado a efectuar un viaje seguramente más agradable e importante que el que yo les había ofrecido. Sin dar la menor excusa, ni expresar el más leve pesar, se habían contentado con informarme que acababan de fumar un excelente cigarro a mi salud. Cuando volví a verlos en Viena no pude dejar de reprocharles su falta de atención, mas no comprendieron que pudiera estar resentido con ellos por haber preferido un delicioso viaje a la Suiza francesa a una simple visita a Biberich. Evidentemente, me consideraban un tirano.

*La condesa Krockow* EN mi hotel de Viena, Tausig se hizo culpable de una conducta asaz singular. Comía en el restaurante de la planta baja, y, al terminar, subía al cuarto piso sin detenerse en el mío. Iba a efectuar largas visitas a una tal condesa Krockow. Al interrogarle me dijo que esa dama era muy amiga de Cósima. Le expuse entonces mi extrañeza de que no me hubiera puesto en relaciones con la condesa. Respondió a mi pretensión con singulares evasivas, y cuando le hostigaba sobre su «amorcillo» declaró que nada había de ello y que la dama en cuestión no estaba ciertamente en la flor de la juventud. No le dije más, pero su manera de obrar acrecentó mi asombro cuando más tarde, al ser presentado a la condesa, ésta me confesó que había sentido vivos deseos de conocerme. Tausig se había negado siempre a presentarme a ella bajo el pretexto de que me desagradaba el trato con las mujeres.

*Preparativos para Conciertos en Viena* SIN embargo, mis relaciones con Tausig no sufrieron menoscabo. Me disponía entonces a realizar definitivamente el propósito de dar conciertos en Viena. Aún cuando el maestro de capilla Esser se afanaba seriamente en ensayar al piano las principales *particellas de Tristán*, yo no abrigaba mucha confianza en el buen resultado de estos estudios, no tanto por las aptitudes del personal como por su mala querencia. La conducta absurda de la señora Dustmann me desazonaba y me quitaba todo estímulo para asistir con frecuencia a los ensayos. A modo de desquite esperaba poder demostrar a mis agazapados adversarios que contaba con otros medios para presentar mi nueva música al público, y que en modo alguno me veía forzado a depender de las representaciones teatrales. Para ello me bastaba con hacer ejecutar en un concierto fragmentos de mis óperas desconocidas aún en Viena. En todo cuanto concernía al aspecto práctico de la empresa la ayuda de Tausig me fué muy valiosa. Convinimos en alquilar por tres veladas el teatro «An der Wien» y dar en él mis conciertos a fines de diciembre con intervalos de ocho días.

Pero, ante todo era necesario hacer copiar las partituras instrumentales de los fragmentos que escogí de *El oro del Rin*, *La Walkyria* y *Los maestros cantores*, dos de cada una de dichas óperas. No incluí la ópera de *Tristán* por temor a que coincidiera con la representación de la citada ópera, que seguía anunciándose. Cornelius y Tausig, con la colaboración de algunos copistas, se entregaron a esta tarea que sólo podía ser verificada por verdaderos músicos que supieran leer las partituras. A ellos se sumó Weisheimer que había venido exprofeso a Viena para asistir al concierto. Tausig me comunicó que Brahms, «un buen muchacho», según decía, deseaba también, no obstante la celebridad de que ya gozaba, participar de aquel trabajo. Le correspondió el lote de *Los maestros cantores*. Brahms se mostró sumamente





*La Marcha Fúnebre, en grabado  
de Meisenbach.*

*La Marcha Fúnebre en ilustración  
de Knut Ekwall.*



*Brünnhilde entre los gibichungos, en  
escenografía de Emil Preetorius.  
Bayreuth, 1934.*





modesto y servicial pero, de carácter apocado, pasaba casi siempre desapercibido en nuestras reuniones.

Vi también a Federico Uhl a quien ya conocía y que a la sazón, con la colaboración de Julio Fröbel y bajo los auspicios de Schmerling, redactaba un periódico político, *El mensajero*. Puso su diario a mi disposición y publicó en el folletín del mismo el primer acto del poema de *Los maestros cantores*. Mis amigos observaron que Hanslick se mostraba cada vez más virulento.

Absorbidos mis compañeros y yo en los preparativos del concierto, una buena tarde vimos llegar de París a un indioleto peronaje. Era un tal Moritz, dotado de unos encargos de Bulow, pero se mostró tan torpe y tan indiscreto, que espoleado por Tausig, a quien desagradaba la excesiva familiaridad de Cósima del trato que yo le había infligido, acusándome al mismo tiempo mejores amigos y me escribió una carta. El contenido de la misiva me sorprendió y apenó de tal modo, que sin decir palabra tendí el papel a Tausig. ¿Qué hacer para volver a poner las cosas en su punto? Tausig se envistió inmediatamente de aclarar el error y explicar a Cósima la verdadera versión del incidente. Poco tiempo después tuve el placer de comprobar el buen resultado de sus esfuerzos.

VERIFICÁBAMOS entre tanto los ensayos de mis conciertos. La Opera de la Corte me proporcionaba los cantantes que habían de interpretar los fragmentos de *La Walkyria*, el *Aria del herrero* de *Sigfrido*, y la *Arenca de Pagner* de *Los maestros cantores*. Para *Las tres hijas del Rin* tuve que contentarme con aficionados. El violinista Hellmesberger, cuya entusiasta ejecución espoleaba a los músicos me fué de gran utilidad. Después de los primeros ensayos, cuya resonancia en una de las pequeñas salas de la misma escena del teatro «An der Wien». No solamente el ruido del local era muy elevado, sino que aun tuve que satisfacer los gastos de una instalación para la orquesta. Las condiciones acústicas de la sala, en la que abundaban los pasillos, eran bastante malas, pero no conté con medios para hacer construir en ella una pared de resonancia y un techo.

Aunque muy concurrido, el primer concierto del 26 de diciembre no me deparó más que cuantiosos gastos y la pena de advertir que por falta de acústica la orquesta no había producido el efecto apetecido. Así que, a pesar de las perspectivas no muy halagueñas que ofrecían los dos siguientes conciertos, resolví construir aquella dispendiosa pared de resonancia. Presentaba también que ciertas gestiones que se habían iniciado avivarían la simpatía de los círculos elevados de Viena por mi música. Mi amigo, el príncipe de Lichtenstein, era del parecer que esto sería posible y creía que por mediación de la condesa Zamojska, dama de palacio en la corte, se podría llegar hasta el emperador. Un día, a través de los innumerables corredores del palacio imperial, el príncipe me condujo a las habitaciones de la condesa. Pude más tarde observar que también la señora Kalergis había desbrozado el camino. Con todo, únicamente consiguió interesar a la joven emperatriz; sólo ella asistió a la audición.

Segundo y tercer conciertos  
(enero de 1863)

Las decepciones fueron en aumento en el segundo concierto. A pesar de las advertencias que me hicieron me había obstinado a que tuviera efecto el 1.º de enero.

El público fué sumamente escaso. Mi único consuelo fué el de gozar del excelente efecto de la orquesta gracias al mejoramiento de la acústica del local. Las interpretaciones produjeron entonces una impresión tan viva que en el tercer concierto, el 8 de enero, la sala se vió casi atestada. El excelente sentido musical de los vieneses fué ejemplar: el preludio de la arenca de Pagner que no tiene en realidad nada de emocionante, levantó hasta tal punto el entusiasmo del público que, pese a que el actor encargado de la *particella* de Pagner se disponía ya a repetir su actuación, los auditores insistieron frenéticamente en que se bisara el fragmento.

En aquel momento vi en un palco a la señora Kalergis, que acababa de llegar a Viena. Su presencia me pareció un buen augurio, pues suponía que tenía intención de serme útil. En efecto, relacionada también con Standhartner, no tardó en llegar con él a un acuerdo acerca de la manera de resolver la crítica situación en que me habían colocado los crecidos dispendios que habían ocasionado mis conciertos. La señora Kalergis confesó a nuestro común amigo que carecía personalmente de recursos y que en el caso de gastos excepcionales sólo podría procurarse dinero contrayendo deudas. Tratabase de descubrir protectores más pudientes que ella. Se pensó entonces en la baronesa de Stockhausen, esposa del embajador de Hannover. Esta, muy amiga de Standhartner, me atestiguó una calurosa simpatía y logró conquistar en favor de mi causa a lady Bloomfield y a su marido, embajador de Inglaterra. Estos últimos, así como la señora de Stockhausen, dieron varias veladas en mi honor.

Animación de Konneritz

STANDHARTNER me trajo un día quinientos florines que me ofrecía una mano anónima para ayudarme a cubrir mis gastos. Asimismo, por mediación de Standhartner la señora Kalergis me envió mil florines que había logrado conseguir para subvenir a mis dispendios futuros. En la corte, sin embargo, los esfuerzos de la señora Kalergis, a pesar de su intimidad con la condesa Zamojska, no obtuvieron el menor resultado. Sus gestiones se habían visto contrarrestadas con la llegada del nuevo embajador de Sajonia, un tal de Konneritz, cuya familia ha sido siempre y en todo lugar nefasta para mí. En la presente ocasión ese miembro de tan funesta familia logró atajar toda posible acción en mi favor, contando a la todopoderosa archiduquesa Sofía, que en pasados tiempos yo había pegado fuego al castillo del rey de Sajonia.

Sin embargo, mi protectora trataba por todos los medios de serme útil a su manera. Sabedora de mi deseo de retirarme por algún tiempo en una morada tranquila, había pensado en la casa del agregado de la embajada de Inglaterra, hijo del célebre Bulwer Lytton. Este se había marchado de Viena pero conservaba su piso. La señora Kalergis me presentó a este hombre amable y todavía joven, que me invitó a cenar en su casa en compañía de Cornelius y de mi protectora. La velada dió fin con la lectura de *El crepúsculo de los dioses*. Sólo que habiéndome dado cuenta de que los oventes no prestaban mucha atención, abrevié mi lectura y me retiré con Cornelius.

Al dirigimos a casa sentimos frío. Incluso en casa de Bulwer las habitaciones no nos habían parecido lo suficientemente calientes. Para procurarnos algunas calorías entramos en un café de San Petersburgo, donde nos hicimos servir un vaso de punch. Guardo el recuerdo de esto porque por primera vez observé en Cornelius un humor extraordinariamente excéntrico. Pero mientras nosotros ingeríamos nuestro brevaje, la señora Kalergis ponía en juego toda su persuasión femenina para que Bulwer se interesara seriamente por mi persona. Lo consiguió, y el agregado puso su piso a mi disposición por espacio de nueve meses. De todos modos, al reflexionar sobre ello no vi las ventajas que aquel ofrecimiento podía procurarme para no contar en Viena con ningún modo de subsistencia. Todas mis posibilidades se vieron modificadas por la invitación que recibí de San Petersburgo. Me dió unos honorarios de dos mil rublos de plata había de dirigir en el mes de marzo dos conciertos de la Sociedad Filarmónica. La señora Kalergis, que también intervino en este asunto, me aconsejó vivamente que aceptara, pues opinaba que podría aumentar mis ingresos con un concierto que diera por mi cuenta y que alcanzaría ciertamente una crecida recaudación.

No hubiera aceptado semejante oferta de contar con la seguridad de que dentro de los meses venideros se representara *Tristán* en Viena. Pero como una nueva afección en la garganta del tenor Ander había interrumpido una vez más los ensayos, llegué a perder toda confianza en las promesas que me habían atraído a Viena. Además, esta confianza se había visto ya gravemente menoscabada con ocasión de mi primera visita al ministro Schmerling. Este pareció muy extrañado cuando me presenté ante él en nombre de Metternich. El príncipe — me aseguró — no le había pronunciado una sola palabra sobre mi persona. De todos modos, me dijo, muy amable, la recomendación de Metternich no era necesaria, y que un hombre como yo podía presentarse por sus propios meritos. Pero cuando me referí a la idea del príncipe de solicitar del emperador que me concediera una situación en Viena, el ministro se apresuró a declararme que carecía en absoluto de la influencia necesaria para decidir al emperador sobre cualquier cosa. Esta confesión de Schmerling me fué muy útil en lo concerniente a la conducta de Metternich. Y me di cuenta de que este último había estimado más prudente tratar de la representación de *Tristán* con el primer chambelán, que perder el tiempo cerca del ministro.

Ahora bien, presintiendo que esa representación no llegaría a efectuarse, acepté la oferta de San Petersburgo y me dispuse a procurarme los fondos indispensables para el viaje. Contaba para ello con la ayuda de Enrique Porges, quien había de organizar un concierto en Praga bajo mi dirección. A comienzos de febrero partí hacia dicha ciudad, donde fui recibido con gran amabilidad. Ese joven Porges, adepto entusiasta de Liszt y mío, me causó una buena impresión por su continente y por el celo de que daba muestras. El concierto tuvo lugar en la sala de la «Sophieninsel», figurando en el programa una sinfonía de Beethoven y fragmentos de mis últimas obras. La recaudación fué bastante crecida, pues al día siguiente, después de haber reservado una cierta suma para hacer frente a algunos pequeños gastos ulteriores, Porges pudo entregarme mil florines. Exclamé entonces, riendo, que era aquel el primer dinero que había ganado con mi propio trabajo. Tuve, además, ocasión de conocer en Praga a algunos jóvenes muy amables e instruidos, del partido alemán y del partido checo, entre ellos el profesor de matemáticas Lieblein y el escritor Musiol. Me causó asimismo una verdadera emoción ver de nuevo a la cantante Maria Löwe, a quien conocí en mi más temprana juventud. Era ahora arpista y formaba parte de la orquesta que actuaba en mis conciertos. Con ocasión del estreno de *Tannhauser* en Praga me escribió para expresarme su entusiasmo que no se vió jamás desmentido. Y por espacio de largos años, Maria Löwe se interesó vivamente por todas mis creaciones.

Nueva esperanza para «Tristán»

LLENO de satisfacción y alentado con nuevas esperanzas regresé rápidamente a Viena con objeto de ultimar definitivamente, si ello era posible, el asunto de *Tristán*. Un ensayo al piano de los dos primeros actos me llenó de admiración, pues el tenor era bastante aceptable y la señora Dustmann ejecutó con tanta perfección su difícil *particella* que no pude evitar el expresarle mi total aprobación. Se decidió, por tanto, representar mi obra después de la Pascua, lo que concordaba exactamente con mi regreso de Rusia.

La esperanza de percibir en San Petersburgo crecidas recaudaciones me decidió a realizar de nuevo mi proyecto de instalarme en el apacible Biberich. Como me quedaba bastante tiempo hasta la fecha de salir para Rusia, volví de nuevo a orillas del Rin a fin de poner mis cosas en orden. Efectué primero una visita a mi piso, y luego, acompañado de Matilde Maier y de su amiga Luisa Wagner, recorrí todo el Ringau en busca de la residencia deseada. No habiendo encontrado nada a mi gusto entré en negociaciones con el arquitecto Frickhofer para la construcción de una casita en un terreno a adquirir cerca de su quinta. Schuler, el amigo del joven Stadel, en su calidad de jurista y hombre de negocios, había de hacerse cargo del asunto. Se elaboró un presupuesto. La realización de mi proyecto dependía únicamente de los fondos que había de proporcionarme mi jira por Rusia. Dado que por otro lado y sucediera lo que sucediera me veía obligado a desocupar mi piso por la Pascua, mandé embalar todo mi mobiliario y lo expedí a casa del tapicero de Wiesbaden, a quien debía por cierto la mayor parte de los muebles que me había suministrado.

Visita a los Bülow en Berlín

DESPUÉS, animado de las mejores esperanzas, me puse en camino para Berlín, donde me detuve en casa de los Bülow. Cósima se mostró encantada de verme. Estaba próxima a dar a luz, pero ello no fué obstáculo para que me acompañara a la Escuela de música con objeto de reunirme con Hans. Entré en una larga sala, al extremo de la cual mi amigo estaba dando una lección de piano. Como yo permanecía en silencio junto a la puerta, Hans se enfureció y avanzó de pronto hacia el intruso; sólo entonces reconoció y rompió a reír jubilosamente. Acordamos almorzar juntos y entre tanto di con Cósima un delicioso paseo en el elegante landó del «Hotel de Rusia», en cuyo interior admiramos los hermosos botoncitos forrados que adornaban la tapicería. Bülow tenía reparos de que viera a su mujer en el estado de gravedad en que se hallaba debido a que en una ocasión, y a propósito de una dama que ambos conocíamos, le había expresado el apartamiento que en tales circunstancias me inspiraban las mujeres. De muy buena gana le tranquilicé en el caso particular de Cósima, pues nada había en ésta que pudiera desagradarme. Mis amigos me acompañaron a la estación; compartían mis esperanzas y celebraban de todo corazón





Wagner por todo el mundo.  
De izquierda a derecha, y de arriba a abajo:  
Lotte Lehmann como Siegmund, Arnold Lehmann como Brunnhilde, Siegfried Rothberg como Wotan, Kerstin Thorborg como Fricka, Rudolf Eckermann como Wotan, las Valkyrias (Siedler, Wells, J. J.), Arnold Matten y Cecilia Weyss como Wotan y Brunnhilde, Hans Hotter y Kirsten Flagstad como Wotan y Brunnhilde, Hans Hotter y Brunnhilde como Wotan y Brunnhilde, Ferdinand Fritsch y Maria Moller como Wotan y Brunnhilde, Maria Moller como Wotan y Brunnhilde, Astrid Varnay como Wotan y Brunnhilde, Astrid Varnay como Wotan y Brunnhilde.



II Acto de "El Ocaso de los Dioses"  
(IV Escena) en Bayreuth en 1972.



el cambio que se había operado en mi destino. Me despedí de ellos y continué de noche mi viaje.

En Königsberg nos detuvimos una tarde y una noche, pero no sin teniendo el menor deseo de ver nuevamente aquellos lugares que tan *Viaje a San Petersburgo* ni siquiera me preocupé por saber el nombre de la calle en que me hospedaba. Al día siguiente, muy de mañana, me puse nuevamente en camino hacia la frontera rusa.

Durante el largo trayecto, y algo inquieto por el recuerdo de la manera ilegal con que la pasé antaño, fui examinando el rostro de mis compañeros. Uno de ellos, un caballero livonio, me sorprendió por el tono duro y tajante con el que en lengua alemana expresaba su descontento por la emancipación concedida por el Zar a los campesinos rusos. Comprendí entonces claramente que la nobleza alemana establecida en las provincias bálticas no prestaría ciertamente una gran ayuda a los rusos que quisieran liberarse del yugo de la aristocracia. Poco antes de llegar a San Petersburgo se detuvo el tren y quedé aterrado al ver subir a unos guardias. Efectuaron éstos una investigación con el propósito, al parecer, de echar mano a algunos de los participantes en los últimos disturbios de Polonia. En una de las últimas estaciones, antes de llegar a la capital, los asientos libres de mi compartimiento se vieron invadidos por unos hombres cuyos altos gorros rusos de piel me inspiraron una gran inquietud, tanto más cuanto que aquellos individuos no apartaban la vista de mí. De pronto, el semblante de uno de ellos pareció iluminarse; me saludó con gran cordialidad y me anunció al mismo tiempo que tanto él como sus compañeros eran miembros de la orquesta imperial que habían salido a mi encuentro. Todos ellos eran alemanes.

En la estación de San Petersburgo me acompañaron triunfalmente hacia otros músicos que nos esperaban en gran número con el *Alejandro Seroff* comité de la Sociedad filarmónica. Me habían recomendado una «pensión» alemana, situada en la perspectiva Newsky. Me acogió en ella, con mucha circunspección, la mujer de un negociante alemán, la señora Kunst, que había reservado para mí un salón exclusivo, cuyos balcones daban a una ancha y animada calle. Comí con los otros pupilos. Entre ellos recibía con preferencia en mi habitación a Alejandro Seroff, a quien conocí en Lucerna. Se encariñó en seguida conmigo y no tardé en saber que ejercía en San Petersburgo el miserable cargo de censor de los periódicos alemanes. Algo desaliñado en sus maneras, enfermizo y necesitado se granjeó mi simpatía por su espíritu independiente y la vivacidad de su carácter, cuyas cualidades sumadas a un raro buen sentido habían hecho de él un crítico influyente y temido. Me di cuenta de ello cuando en las altas esferas me rogaron que hiciera uso de mi influencia sobre Seroff para que éste refrenara un poco el encarnizamiento con que perseguía a Antonio Rubinstein, a quien apenas se protegía. Formulé a Seroff la petición que me habían hecho y después que me hubo explicado las razones por las que consideraba las actividades de Rubinstein en Rusia como funestas para el arte, le supliqué que en atención a mí impusiera una tregua a sus persecuciones durante el tiempo de mi estancia en San Petersburgo, pues de ningún modo deseaba ser considerado como rival de Rubinstein. Exclamó entonces con una violencia concentrada: Le odio y no puedo avenirme a ninguna concesión.

En cambio, entre nosotros dos, la avenencia fue perfecta. Seroff comprendía tan bien mi modo de ser, que nuestras conversaciones se convirtieron pronto en una pura chanza, pues en todas las cuestiones serías siempre de la misma opinión. Nada igualaba en solicitud en cuanto se trataba de prestarme algún servicio. Se ocupaba en traducir al ruso el texto de los fragmentos de mis óperas, así como los programas explicativos de mis conciertos. Descubría con mucho tacto los cantantes aptos para interpretar mi música. Se consideraba recompensado de sus trabajos asistiendo a los ensayos y audiciones. Su rostro radiante era para mí un aliento y un estímulo continuos...

#### Éxito de mi primer concierto

La orquesta que conseguí reunir en la hermosa y espaciosa sala de la «Sociedad de la nobleza», me procuró la más viva satisfacción. La componían ciento veinte músicos seleccionados de las orquestas imperiales, los más de ellos verdaderos virtuosos que, por lo general, solían actuar en el acompañamiento de los ballets y de las óperas italianas. Todos respiraron satisfechos de poder dedicarse, bajo mi dirección, a una música más elevada.

Después del éxito considerable que obtuvo el primer concierto, se habló de mí en los círculos, a los cuales de una manera discreta pero calurosa, me había recomendado María Kalergis. Mi recatada protectora había sabido preparar con habilidad mi presentación a la gran duquesa Elena. En primer lugar hice uso de una recomendación de Standhartner para el doctor Arneith, médico de la princesa y a quien aquél había conocido en Viena. El doctor Arneith me presentó a su vez a la señorita de Rhaden, dama de honor predilecta de la gran duquesa. Con sólo la amistad de esta dama me hubiera dado por satisfecho, pues vi en ella a una mujer de sólida cultura, claro juicio y noble apostura; pero el manifiesto interés que me atestiguó se entreveraba con cierta inquietud que parecía relacionarse con la gran duquesa. La señorita de Rhaden creía, sin duda, que debía de hacerse por mí algo más importante de lo que ella podía esperar del espíritu y del carácter de su señora.

#### Recepción en casa de la gran duquesa Elena

Sin embargo, no conseguí llegar en seguida hasta la princesa Elena. Antes fui invitado en casa de la dama de Palacio a una velada a la que debía asistir la gran duquesa. Antonio Rubinstein, que hacía los honores artísticos de la reunión me presentó a la dama de Palacio, y ésta se atrevió entonces a conducirme a presencia de su señora. La conversación transcurrió pasablemente, y a poco recibí una invitación personal para asistir al té íntimo de la gran duquesa. Además de la señorita de Rhaden vi en él a la segunda dama de honor, la señorita de Stahl, así como a un anciano y afable caballero que me dijeron ser el general de Brebern, antiguo amigo de Su Alteza. Evidentemente, la señorita de Rhaden debió de haber laborado en favor mío, pues la gran duquesa manifestó el deseo de que diera lectura a mi poema *El anillo de los Nibelungos*. No poseyendo a la sazón ningún ejemplar del mismo, pero sabiendo que Weber había terminado en Leipzig la impresión de la obra, le telegrafí para que enviara inmediatamente a la corte principesca los folios impresos. Por el momento, mis protectores tuvieron que contentarse con una lectura de *Los maestros cantores*. También asistió a la misma la gran duquesa María, hija del emperador Nicolás y conocida por su vida asaz apasionada. La duquesa era una mujer de porte distinguido y todavía hermosa. Los co-

mentarios que le sugirió mi poema me fueron trasladados por la señorita de Rhaden; la gran duquesa María no había cesado de temblar ante la idea de que Hans Sachs acabara por casarse con Eva...

Al cabo de algunos días fui recibiendo sucesivamente las hojas impresas de mi poema de *Los Nibelungos*, y por cuatro veces, el círculo íntimo de la gran duquesa se congregó en torno mío para oír la lectura de mi obra. El general de Brebern asistía regularmente a las reuniones, pero también regularmente se dormía, despertándose luego «fresco como una rosa», según la expresión de la bella y jovial señorita de Stahl. Y mientras ésta hacía objeto al general de jocosas bromas, yo acompañé por pasillos y escaleras sin fin a las dos damas de honor a sus habitaciones situadas en el ala opuesta del palacio.

Otro de los personajes serenos que conocí fué el conde Wilohorsky, *Wilohorsky* que dada la elevada dignidad que ocupaba en la corte se adjudicaba a sí mismo la autoridad de un protector del arte musical. El mismo estaba convencido de su notable talento como violonchelista. Este anciano caballero parecía bien dispuesto en favor mío y se mostró muy satisfecho de mis conciertos. Me aseguró que la octava sinfonía de Beethoven (en *fa mayor*) le había producido un gran placer y que gracias a mi dirección había logrado finalmente comprenderla. Creía asimismo haber ahondado en el sentido de la obertura de *Los maestros cantores*, al contrario de la gran duquesa María que la estimaba incomprensible. Pero la opinión de la princesa era, al decir del conde, pura afectación. De no ser así, ¿cómo hubiera podido apasionarse por *Tristán* cuando él, músico cultivado, sólo había podido seguir la música a costa de un verdadero esfuerzo? Cuando di cuenta a Seroff de esa apreciación de Wilohorsky, aquél exclamó entusiasmado: ¡Ah, qué animal es ese conde! ¡Esa mujer sabe lo que es el amor!

El conde ofreció en mi honor un espléndido banquete, al que *Antonio Rubinstein* también fueron invitados Antonio Rubinstein y la señora *Abaza* y la señora Abaza. Terminado el agape supliqué a Rubinstein que se sentara al piano, y la señora Abaza insistió cerca de éste para que interpretara sus *Canciones persas*. Esta petición no fué del agrado del músico que creía sin duda haber compuesto cosas mejores. Con todo, esas composiciones me dieron una excelente opinión acerca del talento de los dos artistas. La señora Abaza había sido agregada como cantante a la corte de la gran duquesa y estaba casada con un ruso acaudalado y culto, que me invitó a su casa y me recibió muy atentamente. Entre tanto, se introdujo cerca de mí, en su calidad de entusiasta cultivador de la música, un tal barón Wittinghof, quien me honró con una invitación a una reunión a la que asistió la bella Ingeborg Stark, la pianista sueca y autora de sonatas, que conocí antaño en París. Me dejó estupefacto por la risa impertinente con que subrayaba la interpretación que el barón daba a sus obras. Aparte de eso afectaba una gran dignidad, pues, según decía, era novia de Hans de Bronsart.

Cambié con Rubinstein algunas afectuosas visitas. Este, aunque un poco dado a la melancolía, se mostró siempre muy atento conmigo. Me aseguró que tenía la intención de abandonar su actual situación en San Petersburgo, pues estaba hastiado de ella a causa principalmente de los ataques de Seroff. Como yo había de dar próximamente un concierto a beneficio mío, se estimó conveniente introducirme en el mundo de los comerciantes petersburgueses. Asistí, pues, a una audición dada en la sala de la Sociedad comercial. Ya en la escalera, me recibió un ruso que olía fuertemente a vino y que se me presentó como maestro de capilla.

Contaba bajo sus órdenes con algunos músicos escogidos de la orquesta imperial, a los que hizo ejecutar la obertura de *Guillermo Tell*, de Rossini, y la de *Oberón*, de Weber. Los bombos habían sido sustituidos por un pequeño tambor militar, lo que produjo un raro efecto en el mejor pasaje de la obertura de *Oberón*.

#### Mis conciertos en San Petersburgo

Si para mis propios conciertos podía estar confiado en lo referente a la orquesta, no sucedía lo mismo en cuanto a los cantantes. La soprano, señorita Bianchi, era bastante buena, pero en lo tocante a la parte de tenor tuve que contentarme con un tal Seroff que tenía más aplomo que voz. Hizo, sin embargo, posible la audición de las *Arias del herrero* de *Sigfrido*, dando la ilusión del canto con sólo su presencia en las tablas; en realidad fué únicamente la orquesta la que se encargó de producir el efecto deseado. Después de los dos conciertos de la Sociedad filarmónica me ocupé del mío, que tuvo lugar en la sala de la Ópera imperial. Para secundarme en la organización de los mismos me adjudicaron un músico jubilado que en compañía de Seroff pasó largas horas en mi habitación. Aunque ésta estaba siempre caldeada, jamás se quitó su abrigo de pieles, y como su ineptitud nos daba harto trabajo coincidimos en apreciar que aquel buen hombre representaba «el asno vestido con la piel del león». Mi concierto obtuvo más éxito del que cabía esperar, y no recuerdo haber sido nunca acogido por el público con tanto entusiasmo. Ya desde mi llegada a perder mi aplomo, lo que en verdad no me ocurre con facilidad. La cálida adhesión de la orquesta contribuyó, ciertamente, en gran parte a arrebatarme al público, pues eran siempre mis ciento veinte músicos los que acacido en San Petersburgo. Y oí a los músicos que, en su admiración, proferían exclamaciones como esta: ¡Confesemos que sólo ahora sabemos lo que es la música!

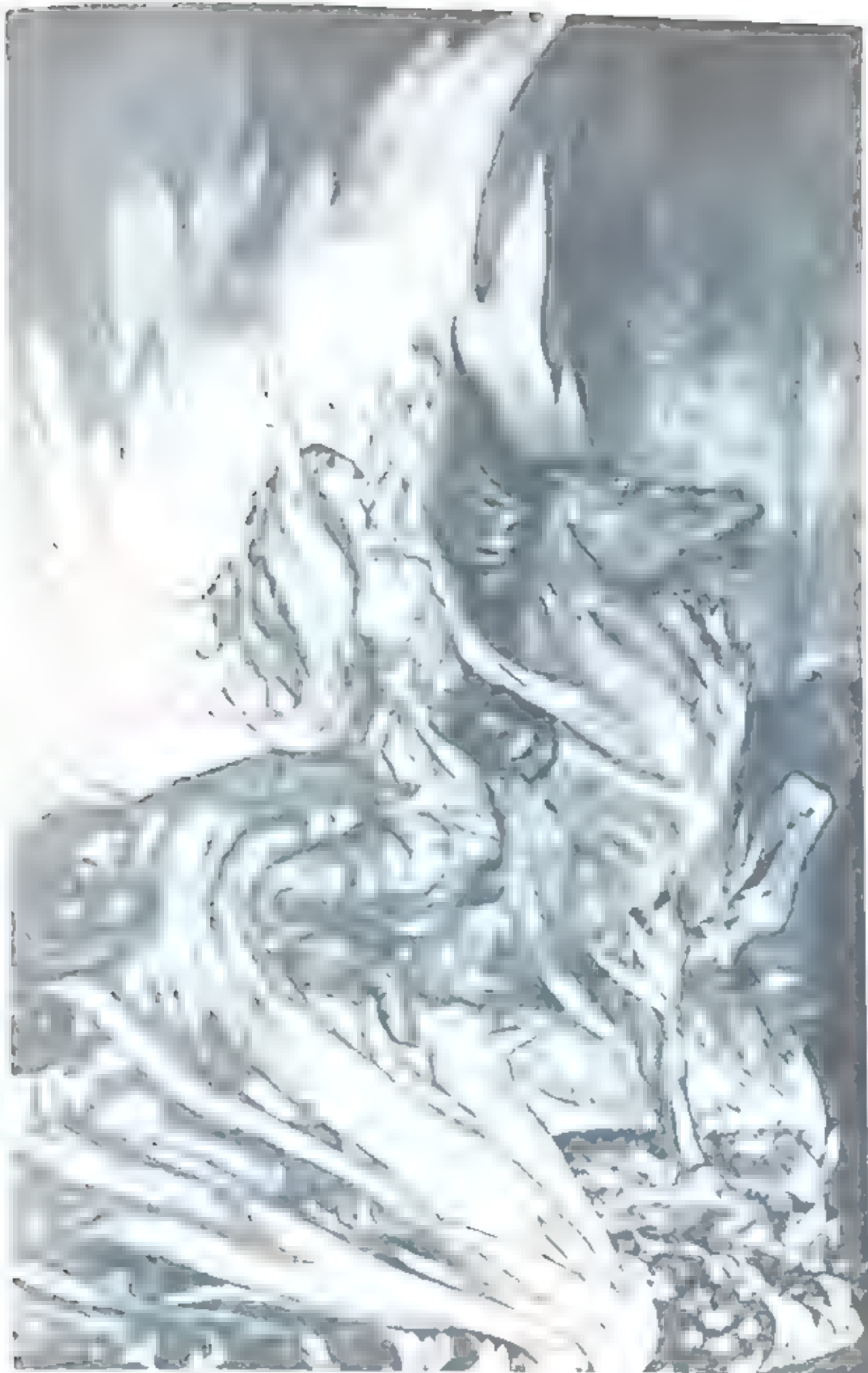
#### Concierto a beneficio de Schubert

TAN favorables disposiciones fueron aprovechadas por el maestro de capilla Schubert. Su ayuda me había sido de gran utilidad, y como recompensa me rogó que le permitiera tomar parte en el próximo concierto que había de celebrarse a beneficio suyo. Bastante vejado, ya que me daba perfecta cuenta de que Schubert me escamoteaba una brillante recaudación, haciéndola pasar de mis bolsillos a los suyos, días más tarde, las composiciones de más éxito de mi programa. El auditorio fué embolsado por aquel ser enfermizo a quien el destino castigó por haber me explotado, pues en el transcurso de aquel mismo año, Schubert falleció repentinamente.

#### Nicolás Rubinstein

AFORTUNADAMENTE, gracias al contrato que había firmado con el general Lwoff, intendente del teatro de Moscú, tenía en perspectiva nuevos éxitos y nuevos ingresos. En dicha ciudad había de dar tres conciertos con la garantía de la mitad de la recaudación o mil rublos por cada uno, caso de que lo que me correspondiera a prorrato no alcanzara





*Brunnhilde se lanza al fuego a caballo, en ilustración de Arthur Rackham.*



*Ánuncio y motivo utilizado por los festivales de Bayreuth en el I centenario de su fundación (1976).*

*Wagner dando instrucciones a Franz Betz (Wotan) en los ensayos generales para el estreno de la Tetralogía en 1876 según dibujo de Ludwig Bechstein.*



*Vista del Teatro de Bayreuth en el año 1876.*











Orchester-Probe.

Wagner hablando con Richter en 1876.  
durante los ensayos de la Tetralogía en  
Bayreuth. Richter se encuentra en el foso  
del teatro.

Richard Wagner  
Bayreuth, 13 de agosto de 1876  
(Richard Wagner)

Escrito de Wagner fechado en  
13 de agosto de 1876



Wagner con Betz, Porges y Richter, en dibujo de  
L. Bechstein, hablando en una taberna en  
Bayreuth en 1876.

Wagner dirigiendo, en silueta  
fechada en Viena en 1875.



Foso de la orquesta, en el  
Festpielhaus de Bayreuth.



Desgraciado destino  
de Federica Meyer

HASTA las más altas autoridades militares, en la persona del feld-mariscal Coronini, me rindieron homenaje. Este oficial me invitó a cenar en el castillo.

Cornelius.  
Los hermanos Porges

*Cornelius.*  
*Los hermanos Porges*

UNA vez mas me vi obligado a ocuparme en la preparaci6n de conciertos. Mientras, gozaba de mi bello jardin, muy agradable en medio de los fuertes calores que se dejaban sentir, y todas las tardes efectuaba largos paseos con mi fiel perro «Pohl». Iba, por lo general, a la lecheria de Saint-Guy, donde habia una leche excelente que me reconfortaba. Mi circulo de amigos se reducia a Cornelius y a Tausig, finalmente curado. Pero este me abandono durante bastante tiempo, debido a la amistad que habia contraido con adinerados oficiales austriacos. En compensaci6n, y por espacio de algun tiempo, fueron mis compaaferos de excursi6n el mayor de los Porges y su hermano. Adem6s, mi sobrina Ottilia Brockhaus, de Leipzig, me procur6 a menudo el placer de su visita. Mi sobrina estaba pasando una temporada en casa de Enrique Laube, con cuya familia la madre de aquella tenia una gran amistad.

Sin embargo, en cuanto trataba de reanudar seriamente mi trabajo, la inquietud por el porvenir me desazonaba y me atormentaba. No podía volver a Rusia antes de la Pascua del año venidero. Por lo tanto, sólo podía dar mis conciertos en ciudades alemanas. Y de casi todas partes, particularmente de Darmstadt, recibí respuestas negativas. En Carlsruhe, adonde me dirigí directamente al Gran Duque, parecieron vacilar. Mas la mayor decepción me llegó de San Petersburgo: una denegación categórica me hizo abandonar toda esperanza de ver realizado el plan que había presentado y para cuya ejecución exigía unos honorarios fijos. Según me aseguraron, la causa de ese *non possumus* provenía de la revolución polaca que, habiendo estallado durante el verano, paralizaba todas las actividades artísticas. Las noticias de Moscú fueron igualmente desalentadoras.

Las noticias de Moscú fueron mejores, pues me ofrecían la posibilidad de dirigir allí algunos buenos conciertos el año próximo. Recordé entonces que el cantante Setóld me había hablado de Kiev como de un campo abonado en el que podría trabajar de una manera lucrativa. Siguiendo su orientación, cambié correspondencia con dicha ciudad, pero me hablaban asimismo de la Pascua venidera, época en la que se reunía en Kiev la pequeña nobleza de las regiones vecinas. Todos esos proyectos eran de realización tan lejana que sólo pensar en ellos me arrebatava el sosiego y la paz necesarios a mi actual trabajo. Una cosa era cierta: me era indispensable subvenir hasta la Pascua a mis necesidades y a las de Minna. ¿Obtener una situación en Viena? Era muy problemático. Así, próximo el otoño, no me quedaba otra solución que arbitrar un préstamo. Tausig, muy experto en esta materia, me ayudó a encontrar el dinero.

Había ya acudido a mi mente la idea de tener que abandonar mi retiro de Penzing, pero ¿a dónde ir? En cuanto me embargaba de nuevo el afán de componer, me lo impedían las preocupaciones del momento. Con todo, como mi situación podía mejorarse de un día a otro, reanudé entre tanto el estudio de la *Historia de la antigüedad*, de Dunker. Por último, todo mi tiempo fué absorbido por mi correspondencia a propósito de los conciertos. Enrique Porges se ocupaba de Praga, y me hizo concebir esperanzas acerca de una audición en Löwenberg, donde el príncipe de Hohenzollern mostraba excelentes disposiciones respecto a mi persona. Escribí también a Hans de Bronsart, que a la sazón dirigía en Dresde la orquesta de una sociedad particular. Este aceptó respetuosamente mis propuestas y nos pusimos de acuerdo sobre la fecha y el programa del concierto que había de dirigirse en dicha ciudad. También el gran duque de Baden puso su sala de teatro a mi dis-

234





Heinrich von Stein (1857-1887), Carl F. Bach, Glasenapp (1847-1915), Hans von Wolzogen (1848-1938), teóricos del Wagnerismo.

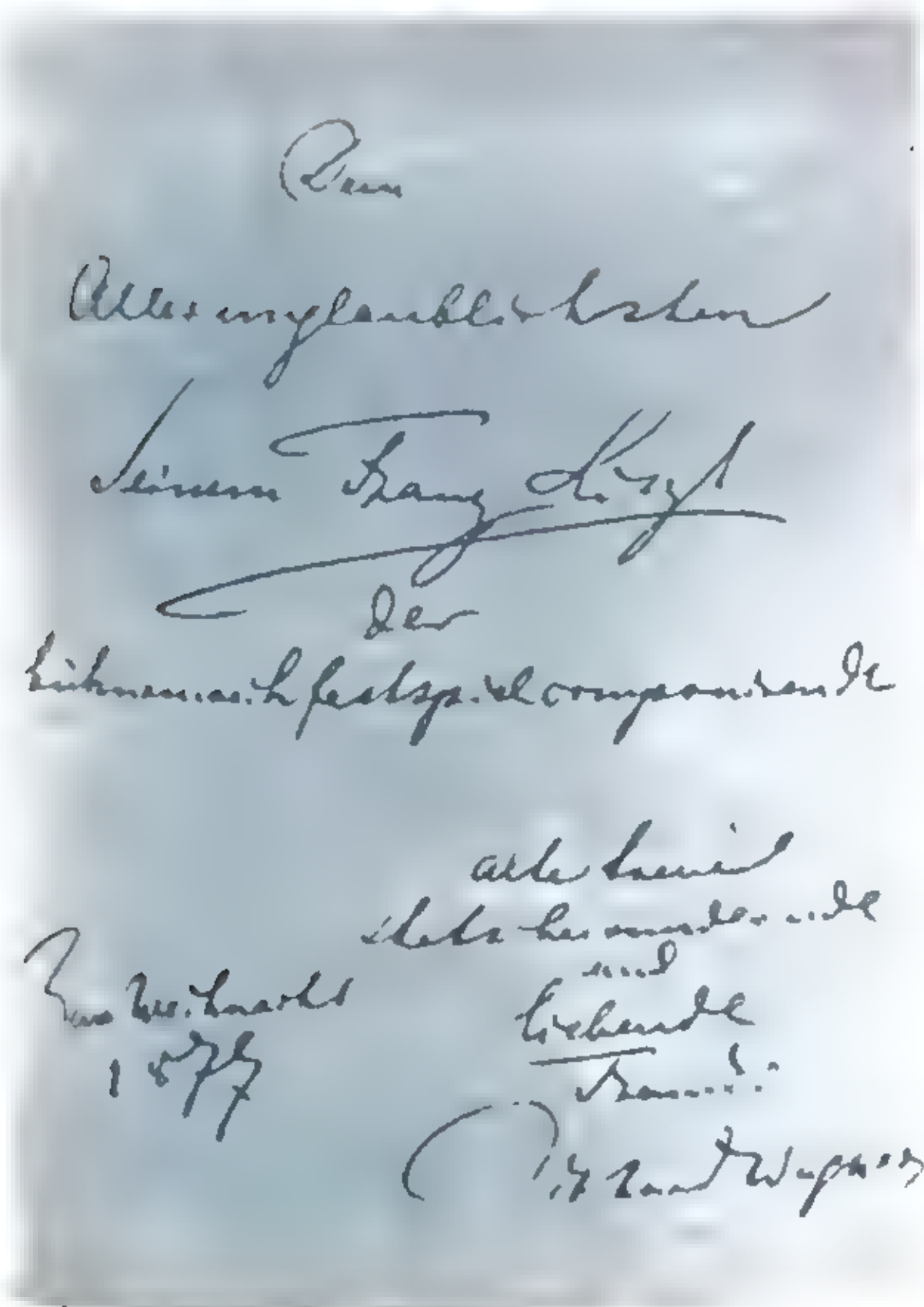


Kapellmeister Hans Richter.



Hans von Wolzogen.

Historia de Wagner a Liszt. 1877.



Sonntag, 28. April 1878  
**Neues Leipziger Stadt-Theater.**  
 Mit aufgehobenem Abonnement Zum ersten Male  
**Das Rheingold.**  
 Verabend zu der Trilogie „Der Ring des Nibelungen“ in 2 Abtheilungen von Richard Wagner  
 Montag, 29. April 1878.  
**Neues Leipziger Stadt-Theater.**  
 Mit aufgehobenem Abonnement Zum ersten Male  
**Die Walküre.**  
 Erster Tag aus der Trilogie „Der Ring des Nibelungen“ in 3 Aufzügen von Richard Wagner  
 Sonnabend, 30. September 1878  
**Neues Leipziger Stadt-Theater.**  
 Mit aufgehobenem Abonnement:  
 Zum ersten Male  
**Siegfried.**  
 Zweiter Tag aus der Trilogie „Der Ring des Nibelungen“ in 3 Aufzügen von Richard Wagner  
 Sonntag, 1. October 1878  
**Neues Leipziger Stadt-Theater.**  
 Mit aufgehobenem Abonnement:  
 Zum ersten Male  
**Götterdämmerung.**  
 Dritter Tag aus der Trilogie „Der Ring des Nibelungen“ in 3 Aufzügen von Richard Wagner

Cartel anunciador de la Tetralogía en Leipzig, en 1878.



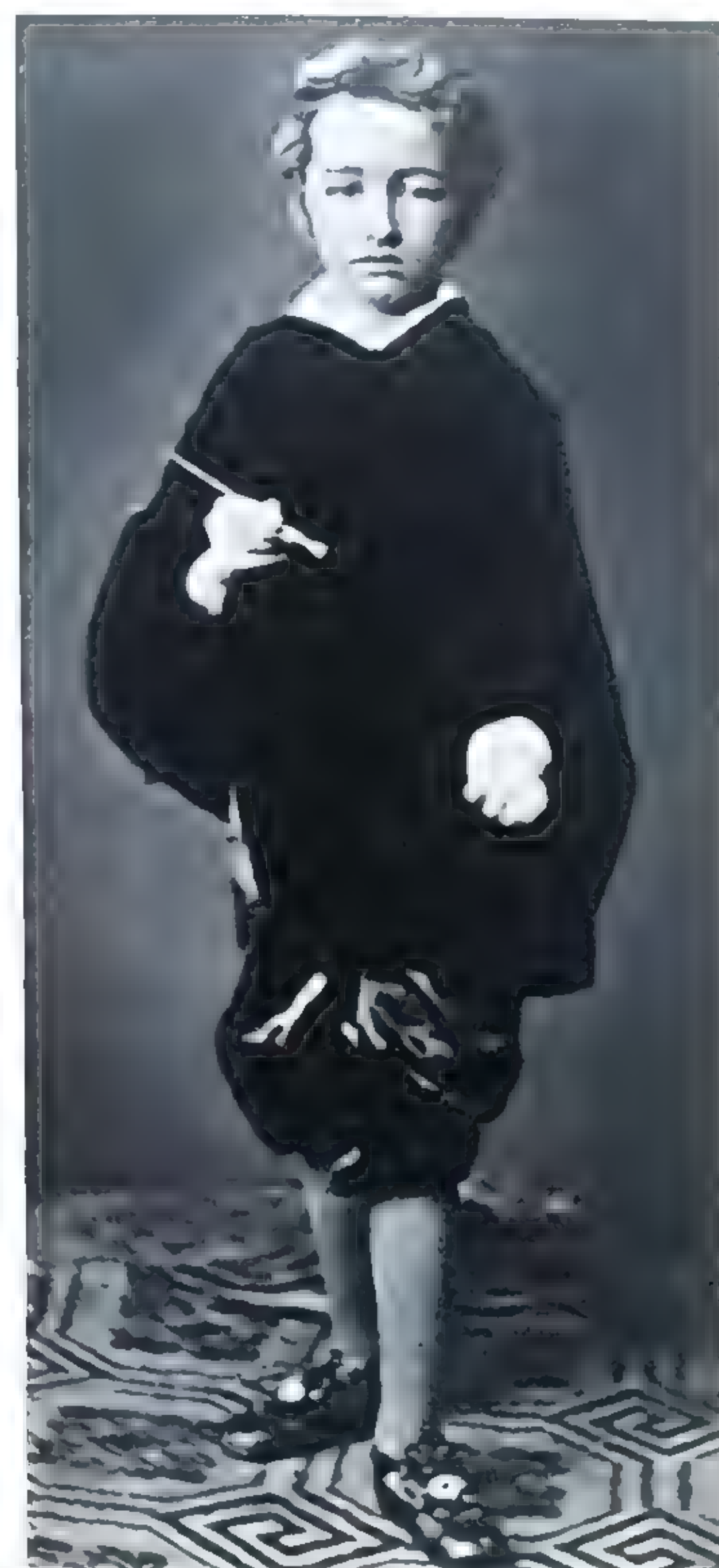






*"Ricardo Wagner en su casa en Bayreuth", cuadro de W. Fecknein, 1882, en el que se representa a Cósima, Ricardo Wagner, Lutz y Hans von Wolzogen.*

*El joven Siegfried Wagner.*



*Isolde, Blandine, Eva, Siegfried y Daniela.*



*Ricardo Wagner con su hijo Siegfried.*





mar mi parecer al día siguiente, pues en la cena que Damrosch organizó en mi honor, los asistentes a la misma eran en su mayor parte judíos. Al salir del concierto, ya entrada la noche, el inopinado encuentro con María de Buch me dio la sensación de verme maravillosamente transportado a un mundo mejor. Había venido con su madre, desde la finca de los Hatzfeld, para asistir a mi audición y había esperado en una especie de palco formado por algunos maderos, a la salida del público, para saludarme cuando yo abandonara el local. Después de la cena de Damrosch, la joven dama vino nuevamente a verme en traje de viaje, y me expresó una vez más la pena que le causaba la triste situación en que me hallaba. De regreso a Viena, le escribí agradeciéndole su atención y María de Buch me respondió solicitándome una hoja de álbum. Bajo la impresión del estado de ánimo con que salí de Berlín, se la envié, transcribiendo en ella estas palabras de Calderón: «¡Lo que es imposible de callar e imposible de decir!» De esta manera felizmente había creído expresar a un ser amigo el único sentimiento que me había en mí.

En Breslau, un nuevo encuentro con Enriqueta de Bissing tuvo resultados muy diferentes. Enriqueta me había seguido. Enriqueta de Bising se había hospedado en el mismo hotel que yo. Mi aspecto enfermizo le inspiraba sin duda una gran compasión por mi persona y mis asuntos. Le confieso sin reparos el estado de mi situación y la hice comprender que ese estado no era más que la consecuencia de la desazón de ánimo en que me hallaba cuando me marché de Zurich el año 1858. Mis incansables esfuerzos para poner un poco de orden en mis condiciones de existencia y encontrar las bases seguras de una vida normal, habían sido vanas. Mi amiga no dudó en imputar a las relaciones de mi mujer con la señora Wesendonck una gran parte de lo acaecido, y estimó, por tanto, su deber expiar la falta. A su parecer, había de continuar en Penzing, y su único deseo era que ninguna empresa de fuera viniera a menoscabar el saludable efecto del reposo. No quise ni oír hablar de mi proyecto de trasladarme a Rusia aquel mismo invierno, con el propósito de ganar dinero, y se comprometió a entregarme de su pequeña fortuna, ciertamente muy considerable, la importante suma que necesitaba para conservar mi independencia durante cierto tiempo. Sin embargo, para poner este dinero a mi disposición, tenía que vencer grandes obstáculos. Mientras me veía obligado a salir del paso como pudiera

GRANDINTEMENTE aliviado por las conclusiones de esta entrevista, regresé a Viena el 9 de diciembre de 1863. Una gran parte del obsequio del príncipe de Hohenzollern-Hechingen había servido para pagar la pensión de Minna y unas deudas nuevamente contraídas. Con la bolsa casi exhausta, pero con el corazón lleno de esperanza, saludé a mis contados amigos. A partir de aquel día, Pedro Cornelius acudía regularmente a mi casa por las tardes y nuestras reuniones se convirtieron en una agradable tertulia. De cuando en cuando hacían también acto de presencia Enrique Porges y Gustavo Schonaich. Por Nochebuena les invité a todos, y ante el árbol iluminado ofrecí a cada uno un pequeño obsequio simbólico. Tuve un poco de trabajo, gracias a Tausig, que me rogó que tomara parte en un concierto que daba en la espaciosa sala de los Reductos. Además de algunos fragmentos de mis nuevas óperas, tuve la satisfacción de poder dirigir a mi gusto la obertura del *Freischütz*. El efecto de la misma fué sorprendente, incluso sobre los propios músicos.

Y, no obstante, en las altas esferas nadie parecía tomarse ningún interés por mis producciones. Se continuaba ignorándome. Las cartas de la señora de Bissing me revelaban poco a poco las dificultades con que tropezaba para el cumplimiento de su promesa. Como, sin embargo, seguían alentándome, pasé de muy buen humor la velada de San Silvestre en casa de los Standhartner. Cornelius me procuró un gran placer dedicándome una poesía solemne y humorística al mismo tiempo.

Preocupaciones de dinero  
(Febrero de 1864)

El año 1864 comenzó bajo malos auspicios. Caí gravemente enfermo de un doloroso catarro que, al empeorarse, obligó a Standhartner a hacerme frecuentes visitas. Por otra parte, las cartas de la señora Bissing tomaban un giro inquietante. Al parecer, no podía percibir el dinero que me destinaba sin contar con la anuencia de su familia de Hamburgo, la del armador Sloman, y además, tenía que enfrentarse con los más violentos reproches, sazonados de calumnias sobre mi persona. Me atormentó de tal modo este estado de cosas, que preferí renunciar al concurso de esa amiga y reanudar mis antiguos proyectos de trasladarme a Rusia. Sin embargo, la señorita de Rhaden, a la que me dirigí nuevamente, me aconsejó vivamente no acudiera a San Petersburgo. El camino no estaba libre, pues la agitación de Polonia y las guerras me cerraban el paso. Además, en San Petersburgo nadie tendría tiempo para ocuparse de mí. Me proponían, en cambio, un viaje a Kiev, con la perspectiva de una posible ganancia de cinco mil rublos. Mis pensamientos se dirigieron entonces hacia esa ciudad y con Cornelius, que quería acompañarme, combiné trasladarme a ella pasando por el Mar Negro y Odesa; y ya pensábamos en agenciarnos las prendas de abrigo indispensables. Mientras, no me quedaba otro recurso que firmar nuevos pagares a corto vencimiento, para poder liquidar los emitidos anteriormente, también a corto vencimiento. Me lanzaba así a un sistema que, de no mediar a tiempo un oportuno remedio, había de conducirme fatalmente a la ruina.

La señora de Bissing  
me niega su ayuda

Intentar de luchar contra este estado de cosas, y en situación apuradísima, no se me ocurrió otra idea que escribir a la señora de Bissing rogándole que me dijera abiertamente, no si podía acudir en segunda en mi ayuda, sino si quería ayudarme. Mi presunta protectora debía de experimentar en el más alto grado sentimientos que yo ignoraba, pues, de lo contrario, no me hubiera contestado, poco más o menos, en estos términos: «¿Quiere usted saber si quiero ayudarle? Pues bien, no. ¡Dios me libre de ello!» Poco tiempo después su hermana, la señora Wille me dio una asombrosa explicación por tal conducta, incomprensible entonces para mí, y que achacaba a su debilidad de carácter.

Necesidad de huir  
Viena

En medio de tantas preocupaciones, llegamos a fines de febrero. Estábamos Cornelius y yo trazando nuestros planes para el viaje a Rusia, cuando recibí de Kiev y Odesa la noticia de que, por aquel año, teníamos que renunciar a toda empresa en sostenerme en Viena ni estas circunstancias, no podía, claro es, ni pensar en sostenerme en Viena ni permanecer en Penzing. No tenía la menor esperanza de encontrar un medio cualquiera ni siquiera momentáneo, de ganar dinero, y, por otra parte, mis

deudas, que con la colaboración de los usureros, habían alcanzado un inquietante total, eran tan amenazadoras, que de no contar con un socorro extraordinario considerable, corría verdaderamente un peligro personal. Sin ocultarle nada, pedí entonces consejo a Eduardo Liszt, juez del Tribunal Supremo Imperial y tío de mi viejo amigo Franz. Ya con ocasión de mi primera estancia en Viena, me había mostrado una calurosa simpatía, y abrigaba la convicción de que encontraría en él al hombre dispuesto a prestarme algún servicio.

En lo concerniente a la liberación de mis pagarés, no veía otra solución que la intervención de un adinerado bienhechor que indemnizara a mis acreedores. Durante algún tiempo, Eduardo Liszt esperó conseguir los fondos necesarios de una tal señora Scholler, esposa de un opulento comerciante y gran admiradora de mis obras. Por su parte, Standhartner, para quien no guardaba ningún secreto, creyó igualmente que podría hacer algo. Mi situación quedó entonces pendiente algunas semanas, al cabo de las cuales me comunicaron mis amigos que habían llegado incluso a reunir la suma necesaria para que pudiera marchar a Suiza. Esta huida parecía absolutamente indispensable. Allí estaría al abrigo de persecuciones y podría esperar el tiempo necesario para poder liquidar mis pagarés. Esta eventualidad era especialmente del agrado de Eduardo Liszt, que de esta manera tendría incluso ocasión de castigar a los usureros que tan inicuamente me habían explotado.

Durante aquellos meses de angustia, que a pesar de todo iluminaba una vaga esperanza, mis relaciones con mis amigos siguieron siendo muy cordiales. Cornelius venía todas las tardes a mi casa, acompañado a menudo de O. Bach del conde Laurencin y, en una ocasión, de Rodolfo de Lichtenstein. Con Cornelius volví a leer *La Inada*; cuando llegamos a la enumeración de las naves, quise pasar el pasaje por alto, pero Cornelius se opuso a ello y se brindó a continuar la lectura. No recuerdo si llegamos hasta el final. Yo leía por mi cuenta la *Historia del conde de Rance*, de Chateaubriand, que Tausig me había traído. El propio Tausig desapareció sin dejar rastro y un buen día se nos presentó prometido a una pianista húngara. En aquella época sufría yo mucho de dolorosos catarros crónicos. El miedo a la muerte me atormentaba de tal manera, que no traté más de defenderme de él. Legué mis libros y mis manuscritos, parte de los cuales habían de corresponder a Cornelius. Ya con anterioridad había recomendado a Standhartner los problemáticos restos de mi mobiliario de Penzing.

Dado que mis amigos me aconsejaban vivamente que estuviera dispuesto a huir lo más pronto posible, y que mi destino me conducía a Suiza, escribí a Otto Wesendonck suplicándole que me recibiera en su casa. Su respuesta fué una categórica negativa. No pude dejar de advertirle la injusticia que entrañaba su actitud. Se trataba ahora de dar a mi marcha la apariencia de un viaje de corta duración. Standhartner, muy inquieto de que llegaran a trascender mis intenciones, me invitó a almorzar en su casa, donde tenía ya mi maleta, que había llevado mi criado Franz Mrazek. Con el corazón oprimido, me despedí de él, de su mujer Ana y del fiel perro «Pohl».

El verno de Standhartner, Carlos Schonaich, y Cornelius me acompañaron a la estación. El primero sollozaba, pero el segundo afectaba un humor frívolo. Y salí por fin de Viena, la tarde del 23 de marzo de 1864. Mi intención era de permanecer de incógnito dos días en Munich, con objeto de descansar de las fuertes excitaciones que habían conmovido mi alma. Pasé esos dos días en el «Hotel de Baviera» y deambulé un poco por las calles de la ciudad. Era Viernes Santo. El tiempo frío y desapacible parecía ejercer su influencia en el ánimo de la población que, vestida de negro, se trasladaba de una iglesia a otra.

Pocos días antes había muerto el rey Maximiliano II, tan querido por los bávaros, dejando la corona a su hijo Luis II, que, no obstante contar dieciocho años y medio, estaba ya en edad de reinar. El retrato de ese joven monarca, que vi en un escaparate, me produjo una viva emoción, como se emociona uno siempre cuando ve a la juventud y la gracia en una situación que se supone difícil.

Hospitalidad  
de la señora Wille

En este caso compuse para mis adentros un epitafio humorístico y más tarde, sin ser molestado, atravesé el lago de Constanza. Heme, pues, nuevamente en Zurich, en calidad de fugitivo. De buenas a primeras, me dirigí hacia Mariafeld, la propiedad del doctor Wille. Más que con este antiguo amigo de Zurich, tenía amistad con su mujer, a quien había escrito en demanda de hospitalidad. Me proponía permanecer en su casa algunos días, el tiempo preciso para encontrar una vivienda en una de las localidades asentadas a orillas del lago de Zurich. La señora Wille me acogió con gran afecto. Su marido se hallaba ausente, preparando un viaje de placer a Constantinopla. No me fué difícil exponer mi situación a esa amiga, que se brindó de corazón a ayudarme en lo posible. Comenzó por arreglarme algunas de las habitaciones que antes había ocupado la señora de Bissing; pero desgraciadamente, habían cambiado el antiguo y confortable mobiliario. Quise proveer yo mismo a mi sustento, pero la señora Wille no lo permitió y cedi a sus ruegos de dejarle cuidar de mi persona. Como faltaban algunos muebles, la señora Wille se dirigió a la señora Wesendonck; ésta envió inmediatamente el mobiliario de que podía disponer y mandó asimismo un piano.

Mi estancia en Mariafeld

Para salir al paso de cualquier interpretación equivocada, la señora Wille expresó mis deseos de que fuera a visitar a mis viejos amigos de Zurich, pero en esto lo entorpeció, agravado aun más por el frío de los días, Otto y Matilde Wesendonck, quienes se presentaron en marzo. Este monio parecía pasar por un período de descontentos con sus viejos amigos. El mal tiempo y mi humor sombrío agudizaban mis dolores catarrálicos y me impedían trasladarme a los pueblos vecinos en busca de alivio. Atropado de la mañana a la noche con mi pelliza de Carlsruhe, pase unos días abominables, sumido en la lectura de los libros que la señora Wille me enviaba uno tras otro a mi refugio. Leí *Siebenkäs*, de Juan Pablo Richter, el *Diario de Federico el Grande*, Tausser, novelas de George Sand y de Walter Scott y por último *Belshazzar*, debida a la pluma de mi bondadosa huésped. De fuera, aparte de un violento y lamentoso de Matilde Maier, sólo me llegó el asombroso y temeroso envío de Paris de setenta y cinco francos en concepto de derechos de autor, procedentes de Trunet.

Por aquellos días en un tono era joven era desesperado. Había en la señora Wille acerca de lo que tenía que hacer para salir de aquella apurada situación. Entre otras se me ocurrió la idea de conseguir por todos los medios posibles que mi mujer consintiera en divorciarse, a fin de que pudiera



La familia e intérpretes en Bayreuth, en  
Papperitz. De izq. a der. aparecen:  
Cosima Wagner, el pintor Lenbach, el  
director F. Fischer, la cantante  
Cecilia Wagner, Fr. Brandt, los directores  
Hans Richter, Franz Listz al piano,  
etc. las condesas Schleinitz y Usedom.



El "foso místico" del Festpielhaus.



Caricatura de Wagner, por  
Gaul, fechada en 1886.

Caricatura de Wagner,  
fechada en 1886.



contraer nuevo matrimonio con una mujer acaudalada. Como nada me parecía inútil y todo posible, escribí, en efecto, a mi hermana Luisa Brockhaus, rogándole que se entrevistara con Minna y la persuadiera de que se contentase con su pensión anual y renunciase a sus derechos sobre mi persona. Recibí en respuesta el enfático consejo: que pensara primeramente en consolidar mi reputación y acreditarla con la composición de una nueva obra; esto sería mucho más provechoso que pensar en desatinadas gestiones. En todo caso, haría muy santamente con solicitar la plaza de maestro de capilla que había quedado vacante en Darmstadt.

Las noticias de Viena eran muy malas. Standhartner me comunicó que con objeto de salvar el mobiliario que había quedado en mi piso de Penzing, había concluido una venta ficticia del mismo con un negociante de Viena. Esto me causó un gran disgusto, pues de esta manera se perjudicaba a mi propietario, a quien debía pagar el alquiler dentro de poco tiempo. Gracias al apoyo de la señora Wille, pude enviar el dinero del alquiler al barón de Rockowitz; pero supe después que Standhartner y Eduardo Liszt habían hecho tabla rasa de mi alojamiento. Con el producto de los muebles, pagaron el arrendamiento del piso, imposibilitándome así mi regreso a Viena. A su juicio, este retorno hubiera sido pernicioso para mí. Al mismo tiempo, Cornelius me hizo saber que Tausig — que a la sazón se hallaba en Hungría — y que había salido fiador de uno de mis pagarés, se veía privado por este hecho de volver a Viena. Ello me apenó de tal modo que por mi cuenta y riesgo decidí trasladarme yo mismo a la capital austríaca; y así lo anuncié a mis amigos vieneses. Pero antes, quise tratar de procurarme la suma que necesitaba para proponer una transacción a mis acreedores. Con este objeto, me dirigí a Schott, acompañando mi apremiante petición de vehementes reproches sobre la conducta que había observado conmigo. Y resolví ir a esperar en Stuttgart, a fin de estar más cerca de Maguncia, el resultado de mis esfuerzos. No me faltaban, empero, otras razones para abandonar Suiza.

No tardé en darme cuenta de que mi presencia en Mariafeld inquietaba al doctor Wille, ya de regreso de su viaje, quien temía que entrara a saco en su bolsa. Sintiendo, empero, algo turbado por las consecuencias que acarrearía su manera de ser, me confesó en un momento de excitación, que abrigaba con respecto a mi persona los sentimientos de aquel que, habituado a ser alguien entre sus semejantes, se relaciona con un hombre ante el que se siente extrañamente inferior: «Uno desea tener su personalidad y no servir sólo de pedestal a otro.»

La señora Wille, barruntando el estado de ánimo de su marido, se había puesto de acuerdo con los Wesendonck, para que éstos, y mientras durara mi estancia en Mariafeld, me enviaran cien francos mensuales. En cuanto me enteré de ello, no me quedaba otra solución que anunciar a la señora Wesendonck mi inmediata salida de Suiza. Le dije que mis asuntos habían quedado ya arreglados a mi gusto y la supliqué afectuosamente que no se preocupara más de mí. Al parecer, la señora Wesendonck estimó comprometedor esta carta y la reexpidió, sin abrirla, a la señora Wille.

*Carlos Eckert.*  
*El barón de Gall* PARTÍ el 30 de abril de 1864 a Stuttgart, donde Carlos Eckert era, desde hacía algún tiempo, maestro de capilla del Teatro Real de la Corte. Tenía mis motivos para creer en la buena amistad de este hombre excelente, que tantas pruebas me había dado de su afecto cuando era director de la Opera de Viena, y que había asistido con entusiasmo al concierto que di en Carlsruhe el año anterior. Por otra parte, sólo recababa de él su ayuda para encontrar el tranquilo refugio en el que deseaba retirarme el próximo verano. Pensaba, además, que quizá descubriría algo en Cannstadt, cerca de Stuttgart. Allí terminaría lo más aprisa posible el primer acto de *Los maestros cantores*, a fin de enviar a Schott una parte

del manuscrito que le anuncié próximo a terminarse cuando le pedí un anticipo. En el retiro y la soledad, procuraría luego liberarme de mis deudas vienesas.

Eckert me recibió como un verdadero amigo. Su mujer, una renombrada belleza de Viena, que había sacrificado una situación social ventajosa a la fantasía de casarse con un artista, era todavía lo suficientemente rica para haber dotado al «maestro de capilla» de un hogar hospitalario y confortable. Me sentí muy bien en su casa. Eckert estimó su deber conducirme a casa del barón de Gall, intendente del Teatro de la Corte. Este me habló con gran benevolencia y buen sentido acerca de la difícil situación que me había creado en Alemania. Todas las puertas de mi país me estarían cerradas mientras los embajadores de Sajonia y sus agentes, diseminados un poco por doquier, siguieran menoscabando mi reputación propalando respecto a mí las más diversas calumnias. El barón, conociéndome mejor, se disponía a defender mi causa en la Corte de Wurtemberg.

*El secretario  
del rey de Baviera*

El día 3 de mayo, ya entrada la noche, estaba con Eckert comentando la entrevista celebrada con el barón de Gall, cuando me trajeron una carta de un caballero que se decía «secretario del rey de Baviera». Desagradablemente sorprendido de que hasta las personas que se hallaban de paso supieran mi presencia en Stuttgart, hice contestar que había salido y no tardé en regresar a mi hotel. Allí me dijeron que un caballero de Munich tenía gran interés en verme. Concedí entonces una entrevista al extranjero para el día siguiente, a las diez de la mañana.

Temiendo siempre nuevas preocupaciones, pasé una mala noche. Al día siguiente, recibí en mi habitación a un tal Pfistermeister, secretario del gabinete de Su Majestad el rey de Baviera. Este caballero me expresó primero su contento de que, después de haberme buscado en vano en Viena y en Mariafeld, a orillas del lago de Zurich, donde le habían informado exactamente acerca de mi paradero, había podido localizarme finalmente en Stuttgart. Luego me entregó una esquila del joven rey de Baviera, así como el retrato de éste y una sortija como obsequio. En unas breves palabras que me llegaron al alma, el joven Monarca se declaraba ferviente partidario de mi arte y afirmaba su deseo de acogerme amistosamente bajo su égida, a fin de preservarme de todas las inquietudes del destino. Pfistermeister me comunicó entonces que tenía la misión de conducirme inmediatamente cerca del Rey y me pidió permiso para anunciar telegráficamente nuestra llegada a Munich para el día siguiente. A medianoche estaba invitado en casa de Eckert, y Pfistermeister se excusó de no poder acompañarme.

La noticia dejó estupefactos y encantados a mis amigos, entre los cuales se contaba también el joven Weisheimer, de Osthofen. Estábamos aún sentados a la mesa, cuando Eckert recibió un telegrama de París en el que se le anunciaba la muerte de Meyerbeer. Esta maravillosa coincidencia hizo estallar de risa a Weisheimer, que lamentó seguidamente que el azar hubiera privado al maestro, que tanto me había perjudicado, de asistir a mi triunfo. El barón de Gall, que acudió poco después, me dijo con mucha soltura que, en adelante, no tenía ya necesidad de sus recomendaciones. Habiendo ya ordenado la representación de *Lohengrin*, me pagó por anticipado los honorarios estipulados. A las cinco de la tarde de aquel mismo día, me reuní con Pfistermeister en la estación y salimos juntos hacia Munich, donde mi visita al rey había sido anunciada para el día siguiente por la mañana (5 de mayo de 1864).

El mismo día había recibido de Viena apremiantes avisos de que no regresara a la ciudad. En adelante, se desvanecieron para siempre tales temores. El arriesgado camino que mi destino me hacía seguir para alcanzar la más elevada cumbre, jamás se ha visto libre de preocupaciones, e iba entonces a conocer unas penas que hasta entonces había ignorado; pero bajo la protección de mi noble amigo, la carga de las vulgares miserias de la existencia no había de hacerme sufrir nunca más.

F I N









Wagner en familia en Wahnfried en agosto de 1881: Blandine von Bülow, el tutor Heinrich von Stein, Cósima, Ricardo Wagner, Paul Zhukowski (sentado), y delante Isolda, Daniela, Eva y Siegfried.

# BAYREUTHER BLÄTTER.

Monatsschrift

des Bayreuther Patronatvereines

unter Mitwirkung Richard Wagner's redigiert von H. v. Wagner.

Inhalt

Erstes Stück	1878
Inhalt	
Bayreuther Patronatverein	
Richard Wagner's Redigiert	
H. v. Wagner	

Zur Einführung.

Primer ejemplar de las Bayreuther Blätter (enero 1878).



Hans von Bulow.



Cósima en Bayreuth.





**E**n el año 1859 el espejismo de París vuelve a ilusionar a Wagner. Este período, de 1859 a 1862, de su estancia en la capital francesa, constituye indudablemente una etapa de una importancia decisiva en su vida y en su arte.

Una vez más, deslumbrado por la luz de la espiritualidad francesa, Wagner decide, a fines del año 1859, volver a París. La gran ciudad ejerce sobre él una irresistible atracción. Ambicionaba encontrar allí el camino de su gloria, y, sin embargo, es fácil comprender que no era precisamente el de la capital gala el clima artístico más adecuado para su música.

No importa. París ejerce en la vida de Wagner una marcada influencia que perdura durante muchos años en su espíritu. París era para Wagner como una mujer que entra en nuestra vida para mayor tormento de nuestra alma. El gran músico la amaba y la odiaba a la vez. Praeger, que conoció a Wagner en Londres, hablaba de esa fascinación en los siguientes términos: «...aborrecía a esta ciudad (París), pero en los momentos de adversidad volvía la mirada hacia ella...»

Esa especie de seducción fué causa de sus muchas calamidades y podríamos decir que fué por infidelidad a su legítima patria por lo que Wagner sufrió la demora de su gloria.

Ricardo Wagner llega esta vez a París con sus sempiternas ilusiones y con esperanzas de una reconciliación, pero de nuevo el engaño le convence de su error. Más tarde deberá reconocer: «Es en París donde tuve conciencia de esta sed de ideal que se había ya elevado en mí, y que debía hacerme regresar a mi país y hacer entrar mi país en mí».

Es igualmente en este mismo período de vida parisiense cuando Wagner siente la imperiosa necesidad de la comodidad del lujo al cual aspiraba su ser, cuya alma vive en lo grandioso y en lo magnífico. Wagner no podrá aceptar por más tiempo las privaciones por las que antaño pasó heroicamente. Lleva en su espíritu un mundo maravilloso, al que intentará dar forma a fuer de deudas, y es seguramente el agobio que éstas le producen por lo que se decide a lanzar su famoso llamamiento a los príncipes.

El fracaso de *Tannhäuser* en la Ópera de París, provoca esta vez la ruptura definitiva y Wagner abandona Francia para regresar a Alemania, su verdadero hogar.

**Luis II de Baviera** EN estas circunstancias se produce el encuentro de Wagner con Luis II, rey de Baviera. La personalidad de este soberano, que ciñó la corona antes de los veinte años, y que nació cuando los acordes de *Tannhäuser* resonaron por primera vez en público, constituye uno de los enigmas más inextricables que surgen en el panorama de la historia moderna. Es un muchacho dotado de un alma enfermiza, de un espíritu romántico, de una imaginación asombrosa, y, por consiguiente, lleno de opuestos contrastes. Extraños complejos, cuyo origen radica ciertamente en la historia del reinado de su padre y de su abuelo, le impelen a un narcisismo valetudinario que le impulsa a buscar en Lohengrin un espejo de sí mismo, y que a la postre le deparará trágica muerte. Sus lecturas favoritas son Feuerbach y Edgar Poe. Su sueño, convertir a Munich, la capital del reino, en una joya arquitectónica, donde se rinda perpetuo culto a la belleza.

Pero la realización de este sueño, ¿quién la llevará a cabo? Falto de idoneidad para una verdadera actividad creadora, Luis II no puede aspirar a otra cosa que a ser el primer gozador de su sueño, el espectador que más alto precio habrá pagado para asistir a la pujanza y al esplendor apoteósicos de Wagner que quiere rodear a su capital y, con ello, a su propia persona. Wagner será, pues, el taumaturgo designado para la formidable tarea. Desde niño, ha visto en él a un maestro; su obra ha ejercido en su espíritu honda influencia. Ahora que los medios están a su alcance, hará de Wagner la palabra clave de su sueño. ¿Cree acaso hallar en el autor de *Lohengrin* el espíritu afín, el alma gemela, la contraimagen de sí mismo, pero glorificada por el genio, que ansía el Narciso que vegeta elegíacamente en su mundo interior? Ha transcurrido apenas un mes de acontecida la muerte del rey Maximiliano, cuando Luis II responde, por conducto de Pfistermeister, al llamamiento lanzado por Wagner en el prólogo de su poema sobre los Nibelungos: «¿Existirá el príncipe que haga posible la representación de mi obra?»

Lo que tantas veces Wagner había soñado y deseado, se convierte al fin en realidad. En sus horas de justificado pesimismo vió claramente que nunca podría vivir del producto de su arte y al mismo tiempo le horrorizaba la idea de tener que desempeñar un empleo. Esta angustiosa situación originaba el drama que toda alma de artista ha sufrido. Sin solución posible, al Wagner sólo aspira al disfrute de una pensión honorable que le permita, al margen de toda clase de preocupaciones materiales, dedicarse exclusivamente con tranquilidad y holgura al cultivo de su música.

Error profundo si eso creía sinceramente, pues en realidad su gran vitalidad, su espíritu inquieto y su exuberante imaginación predisaban de algo más, y difícilmente podía acomodarse a una vida sedentaria un hombre de su naturaleza, en la que alentaba todo un mundo fantástico.

En Munich, se inclina profundamente ante el joven soberano, pero éste le hace levantar la cabeza, le estrecha calurosamente la mano y le dice: «Sin que yo llegara siquiera a sospecharlo, ha sido usted, desde mi más tierna infancia, mi mejor maestro, mi educador y un amigo que como ningún otro ha sabido hablar a mi corazón... Haré cuanto esté en mi mano para que usted disfrute de su vida, disiparé todas sus preocupaciones y le proporcionaré el reposo a que aspira a fin de que pueda usted desplegar sin traba alguna su genio maravilloso».

WAGNER da cuenta, alborozado, a sus amigos del favorable cambio que se ha producido en su vida. Así, escribe a la señora Kallergis: «Lo que parecía increíble, es una realidad. Un rey me ha sido enviado por el cielo...» Y a la señora Wille: «Me comprende como mi propia alma...» Y a Hans de Bulow: «Creo que si el príncipe moría, moriría yo también».

Al cabo de algunas semanas, el rey instala a Wagner en la villa del conde Pellet, a orillas del lago de Starnberg y distante un cuarto de hora de su residencia. Todos los días el soberano va a verle o el músico se traslada a palacio. Todas las deudas de Wagner son pagadas y se le hace donación de una casa en Munich. Todo ha sido puesto a su disposición: el teatro, la orquesta, la intendencia, pero en sus salones, como en su vida, reina un vacío absoluto. «A pesar del milagro real — escribe —, mi soledad es terrible; sólo manteniéndome en las más altas cimas del arte puedo conservar el favor de ese joven monarca». La adoración casi mística que le profesa su soberano, le conmueve y le halaga, pero no logra mitigar la fiebre que de un tiempo a aquella parte consume su alma.

¡AQUEL paseo en coche con Cósima!... Hans vive, o mejor dicho, vegeta en Berlín. Wagner le escribe para llamarle a su lado. «Deberías quedarte aquí definitivamente, como pianista de mi joven rey. Hemos resuelto crear para nosotros un mundo aparte...» Y elabora el siguiente plan: «1865: *Tristán y Los maestros cantores*. 1866: *Tannhäuser y Lohengrin*. 1867-1868: gran representación de *El anillo de los Nibelungos*. 1870: *Los vencedores*. 1871-1872: *Parsifal*...» «Descarta que con tu mujer, tus hijos y la sirvienta te instalases en mi casa todo el tiempo que apetezcas... Nada me falta, Hans, mi vida se ha transformado por completo, pero... mi casa está desierta. Venid a llenarla. Estoy enfrentándome con la fase más importante de mi vida. Pensad en lo que os ofrezco: un parque magnífico, paseos en barca por el lago, excursiones a la montaña... Quizá venga con papá Franz (Liszt). Tu salud, Hans, se restablecerá por completo. En verdad, amigos míos, sólo falta vuestra presencia para que mi felicidad sea completa».

A fines de junio Cósima llegó a Munich con sus hijas. Su marido no había adoptado ninguna decisión. Presentóse también en Munich, pero a poco se marchó solo. Más tarde recibió de Wagner estas oscuras reflexiones: «El estado de salud de Cósima me tiene muy preocupado. Todo cuanto la concierne es extraordinario e insólito. Creo que tiene derecho a la libertad en el sentido más noble de la palabra. El temperamento de Cósima es a la vez jovial y profundo; las leyes de su modo de ser la conducen siempre, invariablemente, hacia todo cuanto es elevado. Nadie podrá ayudarla, con excepción de sí misma. Pertenece a una humanidad particular, que debemos aprender a conocer a través de ella. No le faltarán momentos de ocio para meditar sobre estas cosas y te decidirás al cabo a ocupar noblemente tu puesto a su lado. Este pensamiento me consuela».

Por fin la ansiada paz parece estar al alcance de Wagner. Sus sienes cobran un tinte plateado, y comienza a sonreírle la fortuna. Pero la madurez no significa para él remanso alguno. Como símbolo, el Venusberg ha dejado de existir para él; el norte que ahora debe perseguir es Elisabeth. Y, a costa de su tranquilidad, Cósima se decide a acoger bajo la sombra de sus alas a esta alma sedienta de espacio que se resiste a recalar permanentemente en puerto alguno, a este eterno desertor cuyas apetencias jamás se verán satisfechas, no tanto porque las dicte una ambición desmedida, como porque varíen casi a diario, al socaire de bruscas y geniales inspiraciones. No se ocultan a Cósima los obstáculos que se oponen a su propósito. Descubre asimismo que su amor por Bülow jamás ha existido en realidad, que nunca ha pasado de ser una especie de compasión casi maternal. Revive las inquietudes y los sobresaltos que más de una vez le han causado el carácter taciturno de su marido, sus reacciones nerviosas, su causticidad, sus violencias temperamentales. Conoce a fondo su alma noble, admira su lucidez crítica, compadece su corazón atormentado por la eterna batalla entre una inteligencia portentosa y una desolada impotencia creadora. Pero su abnegación no puede ya someterse al despotismo sarcástico de este hombre persuadido de su propio valer. Cósima ve plantearse ante sí el eterno dilema: o sacrificarse al cumplimiento de deber matrimonial, y salvar así la precaria seguridad de un hogar que ya no ofrece más alicientes, o precipitar la ruina definitiva de éste y emprender con otro hombre la aventura, igualmente precaria, de la dicha. Sabe lo que arriesga: un porvenir inseguro, el abandono de los hijos, y, sobre todo, la devastación moral que su decisión significará para Hans. La duda se apodera de su ánimo, pero su carácter rechaza toda clase de vacilaciones, del mismo modo que no se presta a situaciones ambiguas. Para ella, desobedecer los impulsos del corazón equivale a traicionarlo. Y su corazón pertenece a Wagner.

**Los dioses lo decidieron...** CÓSIMA se presenta en Starnberg, y al contacto de aquel a quien Liszt denomina «el glorioso», todas sus reservas mentales se van disipando poco a poco. «Cuando los dioses lo hubieron decidido — escribe Cósima en su diario íntimo —, me consagré al amigo íntimo, al protector de mi alma, a quien me reveló todo cuanto de noble y verdadero existe».

**Hostilidad contra Wagner** WAGNER se instala en la casa que Luis II le ha donado en Munich, en la Brienerstrasse. La rodea un hermoso jardín en el que abundan los nogales; es espaciosa y llena de comodidades. Wagner, como en anteriores ocasiones, se propone pasar en ella el resto de sus días. Muy cerca, en la Luitpoldstrasse, vive Cósima. El monarca dispensa a los amigos de su bienamado toda clase de favores y prebendas. Bülow es nombrado pianista de la Corte, y en 1866 dirige la Escuela Real de Música y la orquesta del Teatro Real. Y Wagner se naturaliza súbdito bávaro.

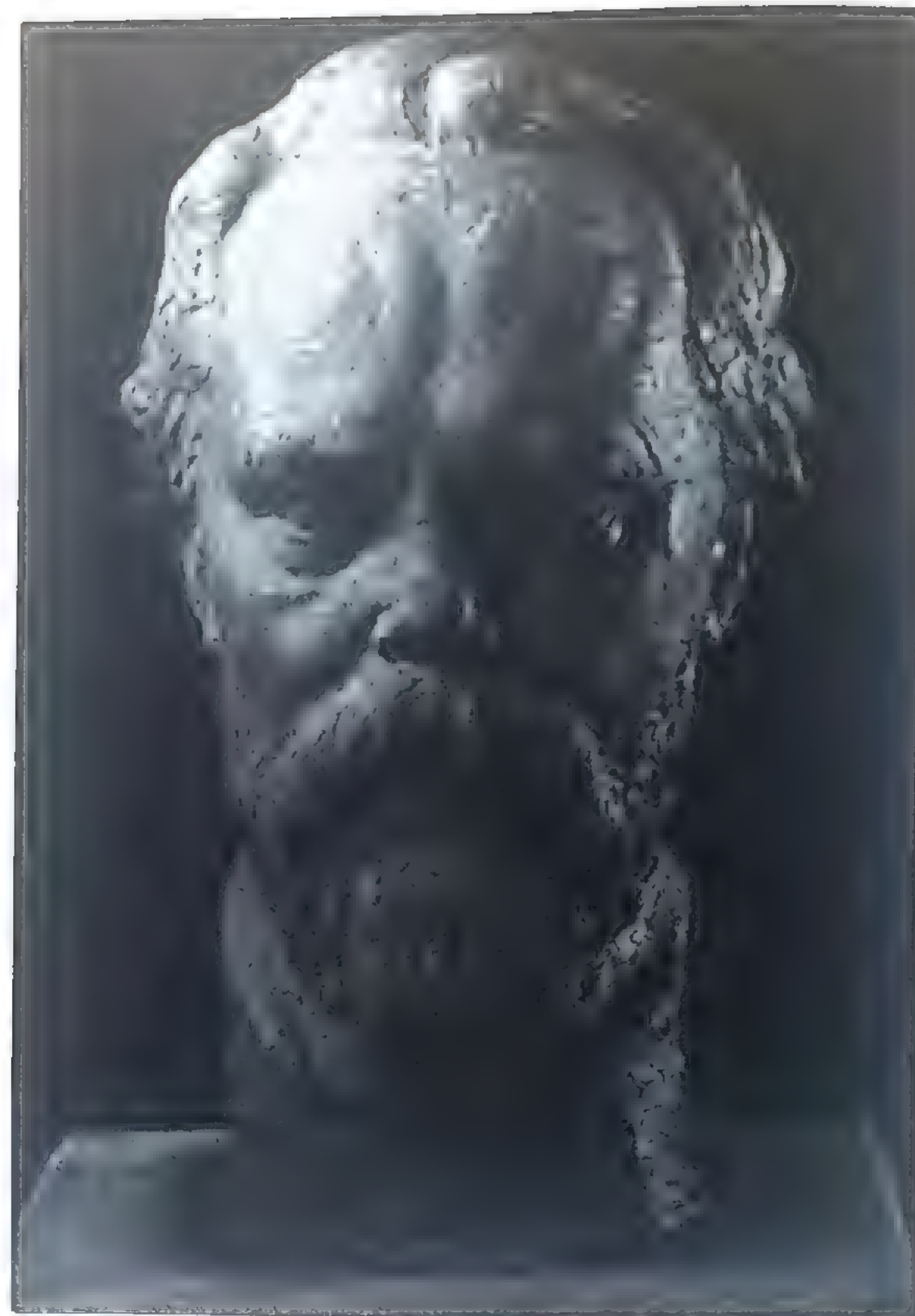
Fines de noviembre de 1864. Luis II ordena la edificación de un vasto teatro, donde *El anillo de los Nibelungos* pueda ser representado con toda dignidad. Y el 4 de diciembre, bajo la dirección personal de Wagner, se celebra una representación de *El buque fantasma*, que cinco lustros antes el Intendente de Munich había conceptuado inadecuada para Alemania. El público acoge la ópera con reserva. No se ha borrado todavía de las mentes la actuación de Wagner durante los sucesos revolucionarios del 48. Algunos periódicos no recatan su hostilidad contra el músico «plebeyo» protegido del rey. No falta tampoco la intervención de la política. Uno de los partidos trata incluso de utilizar la influencia que Wagner ejerce sobre Luis II para recabar el apoyo del soberano en favor de un nuevo reino renano-westfaliano, que abarcará una parte de Bélgica, una especie de reino de Borgoña. A cambio



Engelbert Humperdinck.



El joven Siegfried Wagner.



Siegfried, Isolde y  
Eva. con el perro Froh.

Anton Bruckner.











Primeros directores en Bayreuth: (De izq. a der.):  
Hans Richter (1876-1912). Franz Fischer (1882-1899),  
Hermann Levy (1882-1894). Felix Mottl (1886-1902),  
Richard Strauss (1894-1934). Siegfried Wagner (1896-1928).

Cartel anunciador del estreno de Parsifal,  
en Bayreuth el 26 de julio de 1882.

Hermann Levy. en retrato de  
Franz von Lenbach.



**Bühnenfestspielhaus Bayreuth.**

Am 26. und 28. Juli  
für die Mitglieder des Patronat-Vereins,  
am 30. Juli, 1. 4. 6. 8. 11. 13. 15. 18. 20. 22. 25. 27. 29. Aug. 1882  
öffentliche Aufführungen des  
**PARSIFAL.**  
Ein Bühnenweihfestspiel von RICHARD WAGNER.

Personen der Handlung in drei Aufzügen:

Aufertus	Herr Reichman.	Kundry	Frau Matrass.
Thamir	Kindermann.		Frau von Brandt.
Garnant	Scara.	Erster	Herr Fuchs.
	Nick.	Zweiter	" Stumpf.
Parsifal	Waldmann.	Erster	Frau von Galy.
	Gedert.	Zweiter	" Kell.
	Jäger.	Dritter	Herr Mikow.
Klingor	Hilf.	Vierter	" v. Halden.
	Porke.		
Klingor's Zuhörerschaft:		I. Gruppe	Frau von Horst.
Reich. Lieder-Sängerinnen		II Gruppe	" Meta.
			" Frosch.
			" André.
			" Galy.
			" Beken.

und Sopran und Alt in zwei Chören, 31 Duetten.  
Die Brüderchaft der Gräbner, Hingel und Kanten.

Ort der Handlung:  
Auf dem Gebirge und in der Burg der Gräbner, "Münster". Orchest. im Choral der weltlichen Kirche des  
polnischen Königs. Indem, Wagner's Zuhörerschaft, um die wichtige deutsche Kirche, den deutschen Kaiser  
zugewandt zu sein.

Beginn des ersten Aufzuges 4 Uhr.  
" " zweiten " 6 1/2 "  
" " dritten " 8 1/2 "

Escenógrafo. director y técnico del  
estreno de Parsifal: Paul von  
Joukovsky, Hermann Levy y  
Karl Brandt.





El piano esta colocado entre las dos ventanas y encima de él los medallones de Liszt y de Bülow. La pequeña habitación contigua al salón se ha convertido en biblioteca....»

Por primera vez en su vida experimentaba Wagner una vaga felicidad. Trabajaba con ahínco, su casa no se hallaba desierta como antes y había prometido al rey, en cuanto diera cima a *Los maestros cantores*, reanudar la gran obra de los Nibelungos, interrumpida desde hacía tantos años. Pero su salud estaba ya quebrantada, sobrevendrían a poco las crisis cardíacas y aquel hombre, prematuramente envejecido, se debatía en la incertidumbre de si tendría o no tiempo de dar término a su obra suprema.

ENTRE tanto, el rey Luis se prometió súbitamente con la princesa Sofía de Baviera, hermana menor de la emperatriz Elisabeth de Austria. Con esta ocasión, Wagner y Cósima cumplieron al soberano. Y el rey escribió a la señora de Bülow: «Amo profundamente a mi querida prometida, pero antepongo a todos mis afectos el que siento hacia el gran Amigo». Apenas transcurrido un mes después del noviazgo oficial, el rey dijo a Sofía: «Tú eres la más amada de todas las mujeres... pero el dios de mi vida es, como sabes, Ricardo Wagner». En otoño del siguiente año se rompió el compromiso y Luis II retornó a su soledad, a sus castillos; se hundió definitivamente en su destino de rey Hamlet, título con que pasará a la Historia.

Convencióse por último el rey de la clase de relaciones que ligan a Ricardo Wagner con la hija de Liszt. El comportamiento de su admirado protegido se le antojó un crimen espantoso. Pensaba en Bülow, y le compadecía y le detestaba al mismo tiempo por no haber sabido defender el bien que Dios le había deparado. Hans escribió desde Basilea: «Desde hace seis meses vivo solo, como un hombre soltero, sin familia, sin casa y sin hogar. Todo mi ajuar está todavía en Munich, donde tengo pagado el alquiler hasta fines de abril. ¡Viva el rey Luis II, responsable de toda esta miseria!»

SIN embargo, Bülow se trasladó a Tribschen, donde el 17 de febrero de 1867 su mujer dió a luz a su cuarta hija, la segunda de Wagner, a quien se impuso el nombre de Eva, en recuerdo de la heroína de *Los maestros cantores*, obra sobre la cual Wagner puso el punto final tres semanas más tarde.

Cósima y su marido, cuyos caminos estaban ya definitivamente separados, vivían, no obstante, juntos en el hogar del «glorioso». Wagner había dado fin a su ópera y exultaba de gozo. Podría decirse que su vida no discurría ya entre los seres humanos, sino en su música. Tras una ausencia de quince meses, Wagner regresa a Munich. Se entrevista con Luis II, pero ¡han pasado entre tanto tantas cosas! El remanso de Tribschen, el reconocimiento de las relaciones entre Wagner y Cósima, la debilidad política del soberano, su noviazgo, y, finalmente, esa nueva Alemania que después de Sadowa amenazaba con su imperialismo al anticuado feudalismo bávaro, constituían otros tantos obstáculos que se alzaban entre el monarca de un mundo anacrónico y el músico del porvenir. Sólo un vínculo consigue unirlos: la obra wagneriana. Quizá por ello, Luis II, haciendo acopio de las energías que le quedaban, organiza unas representaciones de *Tannhauser* y *Lohengrin* y prepara el estreno de *Los maestros cantores*. Funda el Conservatorio de música por el que propugnaba desde hacía un par de años, hace retirar su dimisión a Bülow y le nombra director de la nueva Academia.

Cósima, confidente del Rey

TODA suerte de complicaciones acompañan a estos acontecimientos. Los Bülow vuelven provisionalmente a Munich. Y, paradójicamente, Cósima llega a ser la confidente del Rey. No ha pasado inadvertido a esa hábil mujer lo que Wagner no llegó a descifrar, o sea, el complejo femenino y apasionado del taciturno príncipe, propicio a los aduladores, ser de carácter débil, pero que pretende identificarse con Lohengrin y Parsifal. Luis le envía flores, la colma de atenciones y agasajos, y Cósima se ingenia en mantener encendida en su espíritu la lámpara que alumbraba el altar erigido a Wagner. Procura darle frecuentes pruebas de su fidelidad y de la de Ricardo al noble amigo y protector. Y a los ojos del monarca, Cósima es una aliada, una defensora suya cerca de Wagner, una sagaz consejera que en varias ocasiones, y aunque ello parezca paradójico, se ve obligada a disipar las desavenencias que surgían de vez en cuando entre el Rey y su gran amigo.

Ello ocurrió, por ejemplo, con ocasión del incidente Tichatschek. Wagner había confiado a su antiguo amigo la interpretación de *Lohengrin*. El Rey asistió al ensayo general y cuando se dió cuenta de que en lugar del héroe juvenil y rutilante que esperaba, aparecía un obeso sexagenario, un «caballero de la triste figura», como le denominó, exigió inmediatamente que confiaran el papel a otro. Wagner se negó a complacer al soberano, pues el que antaño personificó a Rienzi, poseía todavía una voz admirable. El Rey se obstinó en mantener su veto y Wagner regresó sin titubeos a Tribschen.

Entrevista de Liszt con Wagner

Por aquella época, Liszt fué a pasar unos días en Munich con su hija «Cosette», como solía llamarla. No se le oculta el verdadero papel que Cósima desempeña ahora en la vida de Wagner, pero su tolerancia no se aviene, sin embargo, a admitir pasivamente que Cósima abandone a su marido y a sus hijos. Bülow, el más estimado de sus discípulos, es su yerno, y el gran virtuoso siente lacerado su corazón ante el convencimiento de que su hija desobedece a sus deberes de mujer cristiana para convertirse en tema de escándalo. Wagner debe renunciar a ella, y a tal fin Liszt se dispone a entrevistarse con él.

Wagner está solo en Tribschen. Al cabo de tres años de separación, Liszt le encuentra envejecido, con el rostro surcado de arrugas, pero rebotante de genio. Los dos amigos se disponen a hablar de hombre a hombre. Liszt quiere arrancar de Wagner una promesa que ya de antemano sabe que es imposible, pero confía lograrla para tranquilidad de Hans. Todas sus razones, claro está, chocarán con una invencible cerrazón. Wagner coloca en el atril del piano el manuscrito de *Los maestros cantores*, y Liszt, con gesto maquinal, posa las manos en el teclado. Los dedos maravillosos de Liszt arrancan del piano los acordes de la obertura. La voz de Wagner le acompaña. Toda discusión es ya quimera. Wagner y Liszt se despiden casi sin haber ahondado el tema que ha traído a éste a Tribschen.

«Los maestros cantores»

WAGNER había terminado en Tribschen la instrumentación de *Los maestros cantores*. La obra inmensa, concebida en 1845, que había comenzado a cobrar forma en Biberich, y luego más tarde reanudada en Viena y relegada de nuevo al olvido durante la etapa muni-

quesa, había sido completada, casi sin descanso, durante los últimos dieciséis meses. Wagner se sentía fatigado. Acometíanle de nuevo sus antiguos dolores intestinales. Pero Cósima le aguardaba. Ella era joven, fuerte y se sentía con ánimos para arrostrar con él y con Hans las duras pruebas que se avecinaban. Wagner salió de Tribschen, llegó a Munich por las Navidades, se hospedó en casa de los Bülow y reanudó su trabajo.

Wagner se entrevistó una vez más con el Rey y consiguió del monarca que el antiguo Intendente teatral fuera substituido por el barón de Perfall. El encargo de atender a todo lo concerniente a la representación de *Los maestros cantores* recayó sobre Bülow, que no deseaba otra cosa. La única evasión posible en su drama conyugal residía en un trabajo que le absorbiera por entero. Por su parte, Cósima toma a su cargo la tarea de manejar a Luis II hasta el día en que, tras arduos meses de trabajo, vuelve a alzarse el telón para un gran estreno de Wagner.

El acontecimiento, que tuvo lugar el 21 de junio de 1867, no solamente consolidó la gloria universal del compositor, sino que lanzó a los cuatro vientos los nuevos derroteros de sus doctrinas musicales y políticas. El antiguo revolucionario se había trocado en un ferviente imperialista. Sus propósitos se habían cumplido. El músico preparó cuidadosamente el terreno mediante una serie de artículos que publicó en la *Süddeutsche Presse* y que reunió en un folleto bajo el título de *Arte alemán y política alemana*. Nadie de cuantos asistieron a aquella memorable velada dudó por un momento que Wagner edificaría un día ese «edificio de arte», intrínsecamente alemán, adonde su música había de desembocar. ¡Cuán diferente era la nueva obra de *Tristán*! *Tristán* había sido un éxtasis, un clímax, una especie de síntesis apoteósica de los sufrimientos humanos. Por el contrario, *Los maestros cantores* abrían una senda en el campo indisciplinado, popular, pero profundamente libre y poético del arte alemán. *Los maestros cantores* poseen ese acento de mesurada alegría, esa serenidad, esa lograda plenitud que hizo decir a Bülow que substituirían tanto tiempo como existiera la lengua alemana. Es un canto a la vida activa, a la vida artesana, ingenua, un ensalzamiento de la sencillez, de la dicha equilibrada, de la dulce resignación, tal como Wagner la había soñado en vano a lo largo de su peregrinación por la existencia.

Ha dejado de existir el revolucionario del 48, y cede el paso al hombre del 70. Al romántico elegíaco ha sucedido el héroe faustico. Wagner, sentado al lado del Rey en el palco central del teatro, entra en posesión del prestigio con que su nombre ha de quedar estampado en las páginas de la historia de la música y de la civilización: el de resurrector de los viejos mitos raciales germanos, a cuya evocación consagrará en adelante su obra, y a los cuales asociará el nuevo optimismo antropológico con que desterrará su viejo pesimismo de hombre amargado. Se siente semejante a un dios, y, lo mismo que un dios, mira sonriente a los demás hombres, y traduce en música su sonrisa. «El tema esencial de *Los maestros cantores* — ha dicho el propio Wagner — expresa la amarga queja del hombre resignado que frente al mundo mantiene una fisonomía llena de gozo y de energía». Y uno de sus biógrafos ha agregado: «Es la lección del dios del Walhalla disfrazado de zapatero. No es rico como Pogner ni noble como Walther; sólo cuenta con su ingenuo corazón de poeta».

Entre los que han acudido a Munich, figura Otto Wesendonck, pero no Matilde. Bülow obtuvo ante el atril de director el más señalado triunfo de su carrera. Liszt no se movió de Roma y, el día del estreno, después de oír misa en la Capilla Sixtina, interpretó en su Bechstein algunas composiciones para el Santo Padre.

Después de las representaciones, Wagner se marchó solo hacia Tribschen. Y Cósima recibió del Rey estas líneas: «Cuento entre las horas más bellas de mi vida las que he pasado al lado del amigo querido, del grande e inmortal maestro, durante las representaciones de su admirable obra. No las olvidaré jamás...» Esta fué la última carta de Luis II a su embajadora. Pocos días después Cósima se unirá con Wagner para siempre. Transcurrirán algunos años antes que el soberano y su gran amigo vuelvan a verse, pero Wagner y Bülow no se verán nunca más.

Cósima

NADA podía aplazar el momento en que Bülow se vería separado de Cósima. Rendíase a la superioridad del hombre que le había arrebatado a su compañera, pero el orgullo y el amor propio herido le incitaban a rebelarse contra lo injusto de su destino. Hasta la idea de dar muerte a su maestro cruzó por un instante su cerebro. Terminada la representación de *Los maestros cantores*, Cósima se despidió de Hans. El se queda con las dos hijas mayores. Ella se reúne con el hombre que la aguarda.

Los dos amantes se fueron a viajar por Italia durante algunas semanas. Cósima tenía treinta y un años y Wagner cincuenta y cinco. Pero es ella quien se sentía más vieja. Sabía que era absolutamente necesario mantenerse fuerte, serena y pródiga en cariño. De lo contrario, grandes zozobras morales pondrían en peligro la seguridad de su dicha. Ardua es la tarea que la defensa de la felicidad le impuso, pero ella la aceptó sin vacilaciones. La atormentaba la ruina espiritual de Hans, la perspectiva de verse separada de sus hijos, la desaprobación de Liszt, el abismo creado por la diferencia de religiones. Pero el maestro supo hallar poco a poco respuestas pacificadoras. «Es tanta su bondad para conmigo, que ante la constante certidumbre de su grandeza querría fundirme en lágrimas» — escribe Cósima en su diario íntimo el 1.º de enero de 1869.

Un amor intenso, profundo y al mismo tiempo dulce y apacible preside aquel período de la vida de los dos amantes. Por primera vez en su vida, libre su espíritu de toda clase de trabas, Wagner trabaja con ahínco y con fe. Pero Cósima sufre, sin dejar traslucir sus penas. Sufre a causa de sus hijos, de Hans y hasta del propio artista ante el cual se siente prodigiosamente humilde.

Nacimiento de Sigfrido Wagner

Al alborcar del domingo 6 de junio de 1869, nació Sigfrido, el único hijo de Wagner, y el rostro del maestro se llenó de lágrimas. Este nuevo vínculo entre los dos amantes había de acarrear lógicamente el divorcio entre Cósima y Bülow, y éste, después de tres años de dudas y vacilaciones, se resolvió finalmente a consumir el sacrificio que se esperaba de él.

Presentó al Rey su dimisión de director de orquesta y renunció a sus funciones de director de la Academia de Música que Wagner y él habían fundado en Munich, cuya ciudad se le hizo insostenible. No aceptó fácilmente Luis II las razones por las cuales Bülow desistía de todo trato artístico con él, pero la realidad era ineludable y el monarca acabó por acceder a las peticiones de Hans. Este, en respuesta a la carta de Cósima recabando su libertad,





*Escenografía de Alfred Roller*

*Searia como Gurnemanz*



*III Acto de Parsifal: Eva Randova como Kundry. Peter Hofmann como Parsifal. Hans Sotin como Gurnemanz.*



*Boceto para la escena final de Parsifal, por Joukowski.*



*Escenografía de Alfred Roller para Parsifal (1934).*



*Las Doncellas-Flores en Bayreuth en 1975.*



escribió a su mujer, que ya sólo lo era nominalmente, una carta generosa en la que, entre otras cosas, le decía:

«Le agradezco que hayas tomado la iniciativa. Te he recompensado muy mal el cariño que me has demostrado durante nuestra pasada existencia. La pérdida de esos bienes preciosos — cuyo valor he reconocido después de haberlos perdido —, me arruina moralmente, y presiento que como artista estoy abocado a un fracaso irremediable. Has preferido consagrar tu vida y ofrendar los tesoros de tu corazón a un ser indudablemente superior, y lejos de censurar tu decisión, creo que tienes razón desde todos los puntos de vista. Lo único que me consuela es saber que eres feliz.»

En esta carta Bülow juega noblemente. Por aquellos días, al salir de una representación de *Tristan*, Hans exclamó: «¿Acaso no puede perdonársele todo al hombre que ha escrito esto?» No obstante, en una carta que escribió a la hermanastra de su mujer, la condesa de Charnacé, da rienda suelta a su rencor:

«Durante más de tres años, me he impuesto una vida de incesantes torturas, pero el infierno en que he estado sumido durante los últimos tiempos de mis actividades es inimaginable. Siempre en contacto con una muchedumbre de músicos, de profesores y de alumnos, sólo dos caminos se presentaban ante mí: el de ser considerado como un individuo ignorante de lo que todo el mundo sabía, o ser tachado de infame por haber aceptado el más vergonzoso convenio como favorito de un favorito del Rey.

«Suele decirse que el tiempo borra muchas injurias, pero esto tiene su límite. Me siento demasiado cubierto de vergüenza, y me considero desterrado de mi patria musical y de todos los países civilizados. Trataré de arrastrar mi pobre porvenir dando oscuramente lecciones de piano. Sólo la satisfacción de haber encontrado en este mundo la completa compensación de mis pecados me sostiene todavía...»

No habla de pronunciarse el divorcio hasta transcurrido un año. Wagner dedicó este tiempo a la terminación de *Sigfrido*, en cuyo trabajo se ve interrumpido por la visita de una serie de personas que en adelante habían de dejar honda huella en su vida.

Uno de ellos es Federico Nietzsche, joven profesor de filosofía en la Universidad de Basilea. Se presentó en Tribschen el lunes de Pentecostés de 1869, y solicitó ser recibido por Wagner. Este le dispensó una cordial acogida. Sabía que el recién llegado era un fervoroso apasionado de su música. Se habían conocido el invierno anterior, en casa de Luisa Brockhaus.

Nietzsche amanece a una vida intelectual todavía inédita, mientras Wagner, en la madurez de su gloria, vive de un pasado fecundísimo.

Sin embargo, convergen en un mismo sentimiento: el deseo de evadirse de su propia fuerza racial. Para Wagner y Nietzsche, la nostalgia del sur que ambos sentían correspondía seguramente a una subconsciente defensa contra la herencia germánica que pesaba sobre sus espíritus, lo que en el campo biológico llamaríamos defensas del organismo. Wagner, con la mirada fija durante tantos años en Francia, y con sus frecuentes viajes a Italia; Nietzsche, huyendo de sus oscuras profundidades, sediento de aire puro, buscando su oxígeno en una música que presiente pero que no encuentra. Y bajo el cielo azul de Sorrento tendrá lugar un día la última entrevista de esos dos hombres, quienes, pese a su afán de evasión, serán para la posteridad los valores más representativos de su país.

Entre Wagner y Nietzsche nace una estrecha amistad. Casi todos los sábados Nietzsche se encamina a Tribschen, donde pasa el fin de semana. Las conversaciones giran en torno a Schopenhauer, los griegos y los escritos de Wagner. Y Wagner aparece ante los ojos míopes de Nietzsche como la encarnación de lo que Schopenhauer llama el genio.

«Pero qué sombría había de ser su música interna para que el joven filósofo viese claridad en la música wagneriana y un refugio de luz para su espíritu! ¿Qué confusión en su cerebro para llegar al extremo de definir la música de Wagner con una sola palabra, a modo de resumen: síntesis!

Más tarde, Bizet logra hacerle reconocer el error que padecía, no por la calidad de su música, pero sí seguramente por su latinidad.

Nietzsche, delicado catador de armonías, escucha atentamente al maestro, pero Wagner ni siquiera llega entonces a sospechar que este joven seguidor de su doctrina le hará un día blanco de sus más crueles y desgarradas diatribas. Por el momento, Wagner sólo ve en Nietzsche la premonición de un mundo mejor y más puro, a un confidente y al mismo tiempo a un hombre en quien puede depositar su confianza. Por ello le encarga que se ocupe en Basilea de la impresión de su autobiografía. Se trata de una sorpresa con que quiere asombrar a Cósima y a algunos amigos escogidos, el día de Navidad. El manuscrito tiene que ser entregado capítulo por capítulo, y la tirada del mismo constará solamente de doce ejemplares (1).

Desavenencias  
entre Wagner y el Rey

ENTRE tanto, contra la voluntad de Wagner, tienen lugar en Munich, por orden de Luis II, unas representaciones de *El oro del Rin*. El monarca ha adquirido a Wesendonck todos los derechos sobre la Tetralogía, y para su propio goce personal organiza unas representaciones fragmentarias de la misma. Wagner se niega a prestar su concurso a ese ensayo, que estima prematuro y que a su juicio ha de redundar en menoscabo del alcance de toda su obra. Pero Luis II no transige, y por orden del soberano, Richter asume la dirección de las representaciones. Ello motiva que Wagner se ahinque cada vez más en su idea de que es necesario dar cima a su proyecto de construir él mismo su teatro.

Judith Gautier

NUEVOS invitados se presentaron aquel mismo verano en casa de Wagner, contribuyendo a aumentar estas preocupaciones. Todos ellos eran franceses: el escritor Catulle Mendès y su mujer, Judith Gautier (hija de Teófilo Gautier) y el amigo de ambos, Villiers de l'Isle-Adam. Si Wagner fracasó ante el público francés, despertó, en cambio, en las esferas intelectuales una ferviente admiración, siendo su música mejor comprendida por los literatos que por los músicos.

Testimonio del prestigio y de la celebridad de que gozaba Wagner en París son los términos de la primera carta que Baudelaire espontáneamente le escribe el 17 de febrero de 1860, en la que dice: «Siempre me figuré que, por muy acostumbrado a la gloria que pueda estar un gran artista, no sería insensible a un elogio sincero...» Y añade: «Pertenezco a una edad en la que ya no divierte escribir cartas a hombres célebres...»

Judith es joven, muy hermosa y siente una apasionada curiosidad por

todo cuanto concierne al maestro. Wagner atiende a sus visitas con gran cordialidad. Les enseña la casa, el jardín, sus pinturas y su colección de mariposas. Luego el maestro se sienta al piano, toca fragmentos de *Sigfrido* y «declama, canta, con un ímpetu, una pasión y una expresión tan perfectas — al decir de Judith —, que una cree ver el drama desarrollarse ante los ojos».

Tono es suavidad y dulzura en torno de Cósima, pero, no obstante, un velo de tristeza ensombrece su rostro. Su padre, Liszt, se opone a su divorcio y así se lo confía a Judith. Algunos días más tarde, en Munich, hallándose en el salón de la señora de Schleinitz, esposa de un ministro prusiano y amiga de Cósima, Judith ve entrar a un sacerdote. Es Liszt, a quien acompaña la señora Kalergis. Efectuadas las presentaciones, Liszt pregunta a Judith si ha visto a Cósima.

«Le suplico que no me diga usted nada contra su hija — contesta Judith —. ¿Quién no se sometería gustosa a la fascinación y al prestigio del genio?

«Comparto su opinión, pero debo callarme. Deseo más que nadie que este problema tenga una solución legal, pero nada puedo hacer para acelerarla, ni tampoco he tenido jamás el pensamiento de demorarla.

Pese a la oposición del autor, que no ignora que la escenificación es deficiente, pueril y hasta ridícula, el Rey exige que tenga lugar el estreno de *El oro del Rin*. Sesenta mil florines le

Estreno  
de «El oro del Rin»

han costado los decorados y se empeña en oír la música que tanto le embelesa. Pero comienzan a surgir dificultades. Hans Richter, el admirable director de orquesta de veintiocho años, que acaba de substituir a Bülow en la dirección del Teatro Real, se pone de parte del maestro y dimite. Betz se niega terminantemente a cantar, y Wagner se presenta de improviso, con objeto de hacerse cargo de la situación. Las autoridades temen que la presencia de Wagner origine nuevos disturbios, y para evitarlo le suplican que se marche inmediatamente a Tribschen, a lo que el músico accede. *El oro del Rin* se representa con un director de orquesta y un Wotan improvisados. Ningún amigo de Wagner se halla presente, ni siquiera Liszt, que tampoco ha podido ver *Los maestros cantores* y *Tristán*.

La representación de *El oro del Rin* constituye un fracaso, pero, no obstante, el Rey ordena montar *La Walkyria*. El autor vuelve a oponerse y una vez más Luis II hace caso omiso y hasta acusa al consejero Von Dufflip de abogar en favor del maestro. Luis II no acierta a comprender las razones por las cuales Wagner se resiste a ir a Munich. Wagner, entre tanto, reanuda la instrumentación del tercer acto de *Sigfrido* y comienza *El crepúsculo de los dioses*.

NIETZSCHE sigue frecuentando Tribschen. Cósima le da lectura del bosquejo de *Parsifal*. Wagner conversa con aquel atolondrado muchacho acerca de la filosofía de la música y se entabla una discusión sobre los recientes ensayos de Nietzsche, *El drama musical griego* y *Sócrates y la tragedia*, Nietzsche se siente plenamente feliz. Al lado de Cósima, «la única mujer de índole superior que jamás haya conocido», Nietzsche ama-

Ambiciones  
de Nietzsche

nece paulatinamente en las ideas que luego quedarán plasmadas en su futura concepción dionisiaca del mundo. Mientras, explora los secretos mitológicos — germánicos y griegos — que las ideas estéticas de Wagner le van descubriendo sucesivamente. Pero en esta afinidad se oculta la semilla de la discordia que más adelante enemistará a los dos grandes hombres.

Pese a la afinidad intelectual que le une con Nietzsche, que le satisface en grado sumo, le desazona a Wagner el abismo creado, por culpa de Luis II, entre el público y su música. Esa incompreensión se agudiza más a raíz de la representación de *La Walkyria* en Munich. Así, vuelve a acuciarle con más fuerza la idea de erigir su propio teatro. Cósima se dispone con todo su tesón a coadyuvar a la realización de esta idea.

MAS que el «cómo» es el «dónde» lo que preocupa a Wagner y a Cósima. ¿Dónde se levantará el edificio que ha de albergar y glorificar la obra suprema del maestro? De repente, acude a la memoria de Cósima el nombre de una lejana ciudad de Franconia, a la que Wagner se ha referido en sus Memorias: Bayreuth, la antigua capital de los margraves de Bayreuth-Ansbach. He aquí el lugar ideal para el Teatro de Fiestas, para la realización de su sueño dorado, de su último sueño, la materialización de su más ambicioso pensamiento. Es precisamente por esta época cuando Wagner está componiendo la cuarta jornada de su Tetralogía.

El 22 de mayo cumple Wagner cincuenta y siete años. Cósima contrata en Lucerna una orquesta de cuarenta y cinco músicos para festejar el aniversario. «Tanto en los días buenos como en los malos, indisolublemente contigo...» — escribe Liszt. Y el rey Luis II, en este día, regala a Wagner «Grane», el caballo de la Walkyria. Cósima, sin embargo, no puede evitar un momento de tristeza al pensar en Bülow, que vive solo en Florencia. Hace un repaso de los tiempos pasados y en su diario íntimo escribe esta frase de Madame Staël: «Aquel hermoso tiempo en que era tan desgraciada...»

Boda de Wagner  
con Cósima

EL divorcio se pronuncia a comienzos de julio. Hans se aviene incluso a ceder a sus hijos. Cósima puede ya casarse con Ricardo. Por aquellos días se habla por primera vez en los periódicos de una posible guerra franco-prusiana. Y el día 19 el cuñado de Wagner, Emilio Ollivier, presidente del Gobierno imperial francés, sube a la tribuna del «Palais Bourbon» para anunciar el desencadenamiento del conflicto. Al cabo de seis semanas, exactamente el 25 de agosto, después de las aplastantes victorias alemanas de Froeschwiller y Forbach, una semana antes de Sedán, Wagner se casa con Cósima en la iglesia protestante de Lucerna. Envía un poema patriótico a Luis II de Baviera y una carta a su suegra, la condesa de Agoult. Su mujer escribe a Matilde Wesendonck, quien le envía, como regalo de boda, un ramo de *edelweiss*.

Bautizo  
de Sigfrido Wagner

Dos días después de la rendición del Emperador de los franceses, tuvo lugar en Tribschen el bautizo del pequeño Sigfrido. Asistió a la ceremonia el matrimonio Wille, que con tal objeto efectuaron el viaje desde Zurich. Con ocasión de la venida al mundo de Sigfrido, Wagner escribe a Judith Gautier: «Parece que horribles truenos acompañan el nacimiento de ese terrible muchacho; pero no me desagradan esos augurios del cielo...»

Augurios que en la historia de Wagner se repiten con singular cronología. En efecto, cuando en 1813 nació Ricardo retumbaron los cañones, y la estrella de Napoleón I se precipitó en el ocaso. Vuelven a retumbar con ocasión del

(1) *Mein Leben*. (Mi vida) fue publicada veintiocho años después de la muerte de Wagner. De los doce ejemplares de la edición original, subsisten todavía once.





Bautizo de Kundry en el estreno de Parsifal en Bayreuth el 26 de julio de 1882: Amalia Materna como Kundry. Emil Scaria como Gurnemanz, y Hermann Winkelmann como Parsifal.



Cáliz de Valencia.



Theo Adam como Amfortas, en Bayreuth en 1972.



Ilustración escenográfica de Heinrich Nisle para el I. Acto de Parsifal.



Bautizo de Kundry.



„BAYREUTH, pequeña ciudad de la Alta Franconia. Palacio ro-  
tico. Teatro de los margraves...”

Una mañana de abril de 1871, el palacio recibe inesperadamente la visita de un hombre de baja estatura, frisando ya los sesenta años, de nariz aguileña, ojos acerrados, patillas grises y la frente surcada de arrugas. Ha llamado enérgicamente a la puerta, se expresa con acento autoritario, solicita que le enseñen el parque, se informa acerca de un terreno contiguo y expone el deseo de edificar allí su morada. Luego, acompañado de su joven esposa, recorre la ciudad en todos sentidos y notifica al burgomaestre que hará construir su teatro en la cima de una colina que domina la ciudad. En su mirada no hay titubeos; en ella se lee la certidumbre de que la moderna Alemania y el rey Luis II no regatearán su concurso en la empresa que ha de coronar su vida y cimentar su fama.

WAGNER avizoraba ya las cumbres de la gloria. En Berlín se dieron fiestas en su honor. Se celebró un concierto.

Wagner era, sin duda, demasiado independiente — casi podríamos escribir «cascarrabias» — para merecer el favor de los príncipes. El rey Luis II le hizo saber que desaprobaba en absoluto el proyecto de Bayreuth. Pero el compositor siguió firme en su ideas y a través de las «Sociedades Wagner» se acometió la empresa de arbitrar los fondos necesarios en numerosas ciudades alemanas.

ENTRE tanto, en el remanso de Tribschen, Wagner, arrullado por el amor de Cósima, trabajaba en *El crepúsculo de los dioses*. Sin embargo, no ha logrado conseguir todavía la serenidad apetecida. «Maldigo la música que me sume en inquietudes y no me deja gozar de mi felicidad. Mi propio hijo pasa por mi lado como en un sueño. Esta composición de los Nibelungos debiera estar terminada desde hace mucho tiempo. Es una locura. Quizá sería conveniente volver al estado salvaje, como Beethoven. No es cierto, como todos creéis, que la música sea mi elemento natural. Mi verdadera vocación era desarrollar mi cultura, vivir mi dicha».

En el mes de enero de 1872 Wagner interrumpió su trabajo de *El crepúsculo de los dioses* y marchó a Bayreuth con objeto de determinar el emplazamiento exacto del teatro y el de la casa que había resuelto construir para acabar en ella sus días. Retornó después a Tribschen y cursó una invitación a los miembros fundadores del Teatro de Bayreuth para la solemne colocación de la primera piedra del edificio. Las subscripciones no habían alcanzado, ni mucho menos, el millón de marcos necesario, pero, no obstante, se fijó la fecha de la ceremonia para el día de la Pascua de Pentecostés de aquel mismo año 1872.

El 19 de mayo de 1872, llegaron los invitados a Bayreuth. En la vieja ciudad engalanada se habían dado cita los artistas de más renombre, los cantantes, los directores de orquesta, damas ilustres de la corte berlinesa, el joven profesor Nietzsche, los amigos del maestro y los fundadores del teatro que pronto había de erigirse.

El programa de fiestas se abrió con la *Novena sinfonia*, en guisa de invocación a Beethoven. Al día siguiente llovió *Las fiestas de Bayreuth*

Luego, al subir al coche con su mujer y Federico Nietzsche, Wagner estaba extremadamente pálido. Nietzsche, al describir más tarde este momento, escribirá: «Guardaba un absoluto silencio y su mirada parecía ahincarse en sus adentros. Aquel día cumplía sesenta años. Todo su pasado no era más que la preparación de aquel momento».

"Gracias a vosotros, ocupo hoy día una situación que, ciertamente, no le ha sido dable obtener a ningún artista antes que yo. Hemos colocado hoy la primera piedra de un teatro destinado a los alemanes. Cuando volvamos a vernos en este mismo lugar, un flamante edificio nos dará la bienvenida. Leeréis en sus líneas la historia de la idea que va en él incorporada, y que a través de las proporciones, de la instalación y de la disposición de la sala os transportará a un orden de cosas distinto y nuevo..."

«Es mi deber agradecer al soberano todo cuanto ha hecho por mí. Cuando se me autorizó a volver a Alemania y nadie en este país, sobre todo las academias oficiales, no sabían qué hacer de mí, su voz generosa me llamó y me dijo: «Cuidaré de ti, porque eres un artista a quien aprecio. Es preciso que tu idea se lleve a cabo. Quiero emanciparte de toda preocupación material.» Y a esa grandeza de alma se debe que yo pueda hoy realizar ante vosotros este milagro.»

A la casa que habían construido para él, Wagner la denominó *Wahnfried*, es decir, «paz del espíritu, reposo de la imaginación», divisa superflua para este eterno evadido. Wahnfried no había de desempeñar otro papel que el de una de las ilusiones necesarias a Wagner para estimular la enorme energía de la que nacieron el tercer acto de *El crepúsculo* y *Parsifal*, y que estaba condenado a tener que emplear continuamente para rebatir los ataques de sus difamadores. Wagner conoció en Bayreuth a hombres tales como el burgomaestre Müncker, el banquero Feustel y su yerno Adolfo Gross, y el pastor Ditmar, todos ellos amigos devotos. Pero su influencia no contribuye a atenuar la campaña de difamación contra Wagner. Un conocido psiquiatra de Munich y libelistas de Berlín, de Koenigsberg o de Colonia destilaban su veneno en los periódicos.

*Liszt, en Bayreuth* Liszt fué el primero. El 15 de octubre de 1872 llegó a Bayreuth. Mientras se construía Wahnfried, los Wagner ocupaban un piso en la ciudad y en él se instaló también el abate. Parecióle que se reintegraba a su propia familia. «Las paredes del nuevo Teatro de los Nibelungos comienzan a subir» — escribe Cósima a la vieja princesa Carolina de Wittgenstein, la amiga de Liszt—. «Pese a las críticas, a los comadreo y a las dificultades, lo extraordinario de esa empresa es probablemente garantía de su éxito. Wagner lleva una vida muy retirada y no recibe a nadie. El otro día se decidió excepcionalmente a invitar a una docena de personas, pero casi siempre estamos solos. Los niños son encantadores y gozan de buena salud.»

Aun no ha cumplido Cósima cuarenta años, cuando se desprende de todas las actividades que no sirven al propósito de su esposo. En adelante, se dedica exclusivamente a la administración de la obra de Bayreuth y al cuidado de sus cinco hijos. Todo cuanto hay en ella de tenaz de sentido del orden, la jerarquía y el buen gobierno, lo pone al servicio de la fuerza creadora del maestro.

*Ayuda de Luis II* Así las cosas, los poderes públicos dejan de interesarse por la terminación del *Festspielhaus*, y casi lo mismo ocurre con los amantes de la música. Sólo puede contarse con el concurso de los artistas y los amigos. Una suscripción nacional abierta en cuatro librerías alemanas proporciona seis táleros (unos veinte marcos). Ante este resultado, Wagner escribe al príncipe de Bismarck, pero éste ni siquiera le contesta. Y Luis II, encerrado en su misantropía, absorbido en sus representaciones privadas y sus nuevos favoritos, se niega terminantemente a conceder la garantía que podría ser la salvación. El *Festspielhaus* parecía, pues, abocado a una bancarrota segura.





*Decorados de Christian Jank, para El...*



*Dibujo de Heinrich Nide para el III Acto de Parsifal, según la escenografía del día del estreno.*

*Erika Fodor, Kundry en Bayreuth de 1920 a 1933*

*La Kundry que fue Milka Ternina (Met., 1903), aquí en dos intervenciones a lo largo de la representación.*

*Martha Modl, Kundry en Bayreuth de 1951 a 1960*





Sin embargo, el versátil Luis II cambió una vez más de opinión, y el 15 de enero de 1874 escribió a Wagner prometiéndole su ayuda. No fue vana la promesa. El tesoro real concedió a la administración de Bayreuth un crédito de trescientos mil francos. Wagner y el comité que apoyaba su obra aceptaron entusiasmados. Reanudaron su trabajo los constructores y Wagner se aposentó definitivamente en Wahnfried.

En la cúspide de las dos columnas del pórtico, figuran los bustos del maestro y de su mujer y, encima de ellos, uniendo las dos columnas, hay un friso en el que aparecen todos los héroes de la mitología wagneriana. A la izquierda del vestíbulo de entrada se halla el salón de Cósima, en el que figuran reunidos todos sus recuerdos personales, los retratos de familia, los retratos del Rey, la acuarela de Semper para el teatro-modelo muniqués, que no llegó a construirse, coronas, copas de oro y plata y otros muchos objetos. A la derecha del vestíbulo hay el comedor y a continuación el gran salón con vistas al jardín. En esta espaciosa estancia se halla reunida la importante biblioteca — en buena parte reconstituida, a pesar de las ventas que se efectuaron — el piano de concierto y los retratos de Schopenhauer, de Wagner y de Cósima, por Lenbach (1). En el piso hay el gabinete de trabajo, los dormitorios y las habitaciones de los niños.

El sueño de Wagner — poseer una casa «donde acabar sus días» — llega a verse totalmente realizado. En efecto, algunos meses más tarde, el 21 de noviembre de 1874, escribe en la última página manuscrita de *El crepúsculo de los dioses*: «Terminado el Wahnfried. Sobre todo comentari». Hacía un cuarto de siglo que había puesto en Zurich la primera piedra de la inmensa Tetralogía...

AQUEL año de 1874 y a comienzos del siguiente murieron muchos de los parientes y amigos de Wagner, entre ellos el editor Schott, el prudente y útil colaborador de la obra wagneriana; María Kalergis, amiga de Liszt y protectora de Wagner; Pedro Cornelius; Alberto Wagner, el hermano de Ricardo; su cuñado Wolfram, y algunas señanas más tarde la esposa de éste, Clara, que fue, entre las hermanas de Wagner, la que siempre le demostró un afecto más constante. Y finalmente, le llegó el turno a «Russ», el perrazo danés que Vreneli, la sirvienta suiza, había comprado en Ginebra, diez años antes, con sus ahorros. El animal recibió sepultura al pie de las dos tumbas que Wagner había mandado construir en el jardín para sí mismo y para Cósima.

En el verano de 1875 quedó terminado el *Festspielhaus*. Cesaron los ensayos al aire libre de los solistas y la orquesta. En el interior del nuevo coliseo reinaba la oscuridad más completa. Los instrumentistas se hallaban agrupados en un foso que ocultaba incluso al director de orquesta.

En el escenario ensayaban los cantantes bajo la dirección de Hans Richter. A un lado, sentado a una mesita, sobre la cual se apoyaba la partitura contra una caja vacía, iluminada por una lámpara de petróleo, estaba el hombre que había hecho surgir de su cerebro aquel mundo de personajes imaginarios y de desgarradoras estridencias. Wagner imponía silencio a la orquesta, daba explicaciones, cantaba y forzaba a sus intérpretes a olvidar momentáneamente su celebridad y trocarse en Brunhilda, Sieglinda, Wotan, Alberico, Sigfrido y Sigfrido...

Acuden las viejas amistades En la noche del 5 al 6 de agosto, un tren formado con dos vagones se detuvo a una legua de Bayreuth, en plena campiña. Un hombre de aventajada estatura se apeó del convoy y se dirigió al encuentro de Wagner. Hacía ocho años que no se habían visto. Al alba, Wagner volvió a su casa tranquilizado. Luis II deseaba estar presente en las fiestas en calidad de simple espectador. Declinó la invitación de Wagner, que le brindó hospitalidad, y al día siguiente el monarca se trasladó solo, sin séquito alguno, al *Festspielhaus*.

Entre tanto, la muchedumbre, noticiosa de la llegada del rey, se congregó aquel día en las calles de la ciudad empavesada para aclamar al soberano, pero a poco se supo que éste se hallaba ya en su palco con Wagner para presenciar el ensayo general de *El oro del Rin*. El teatro estaba vacío. Los dos amigos se dejaron arrastrar por la avalancha mágica que abre la Tetralogía... Al día siguiente el rey oyó *La Walkyria*, al otro, *Sigfrido*; pero en cuanto hubo caído el telón en el último acto de *El crepúsculo de los dioses*, Luis II fue a refugiarse de nuevo en sus montañas.

Hacia un arte alemán La última noche, Wagner, desde las tablas, habló al público con estos términos: «Lo que tengo que deciros puede resumirse en algunas palabras, formularse en un axioma. Acabéis de ver lo que podemos hacer y si así lo queréis, vosotros tenéis la palabra. Si éste es vuestro deseo, poseeremos un arte».

Son sesenta años de duras luchas los que hablan a través de estas frases. El propio Wagner las comentó después, al final del banquete que siguió a la representación:

«No he querido decir que hasta este momento carecíamos de arte; pero sí creo que les ha faltado a los alemanes un arte nacional como lo poseen, a pesar de su endeblez y de sus pasajeras decadencias, los italianos y los franceses.»

Permítasenos, al llegar a este punto, entroncar nuevamente, en un inciso, la vida de Wagner y la de Nietzsche. Y es que mientras el primero descubrió a encontrar, en el curso de su existencia, su verdadero camino, descubriendo en su alma y en su música la fuerza de un nacionalismo que parecía haber ignorado, Nietzsche, en cambio, persistió en su instintivo sentimiento, que lo condujo a una marcada germanofobia.

No obstante, Wagner se dio cuenta de que los artistas difícilmente le perdonarían su grandeza. Ni siquiera sus cantantes, algunos de los cuales no se sometieron nunca a la regla bayreuthiana de no saludar al público al final de los actos. No pocos marcharon casi enemistados con el maestro. Hasta Richter mostró su desapego, y lo mismo ocurrió con la entusiasta condesa de Schleinitz. «Bayreuth es la tumba de la amistad» — dijo.

«Kundry» Con todo, seguían celebrándose en Wahnfried frecuentes recepciones, a las que Wagner asistía muy a pesar suyo. Luego se encerraba casi siempre a solas en su cuarto. El esfuerzo que acababa de realizar con la Tetralogía parecía haber agotado sus fuerzas, pero Wagner no quería darse por

vencido en ningún terreno. Escribía su testamento artístico, hablaba siempre de amar, deseaba siempre, esperaba siempre. ¿Esperaba, qué? Entre los forasteros que habían acudido a Bayreuth se hallaba una mujer, joven y lozana, más atraída por la persona de Wagner, por su rudeza, por su fuerza de monarca, que por el reflejo glorioso de aquella vejez fecunda. Esta mujer era Judith Gautier.

Durante las fiestas, Wagner la había visto en varias ocasiones. Y ahora le escribía: «Estoy triste. También esta noche hay recepción, pero no saldré de mi cuarto. Releo algunas páginas de mi vida que dicté a Cósima... ¿La he besado a usted por última vez esta mañana? No. Volveré a verla. Quiero verla, porque la amo. Adiós. Sea usted buena conmigo».

Harto sabía Wagner que no era amor lo que ella le inspiraba; pero, ¿qué importaba? Lo esencial para Wagner era que las fuentes de su propia madurez jamás fuesen un límite para su sed. Sentía palpitante en su espíritu un caudal inmenso de energías musicales. Su antigua ansia transhumante le hace desear que Bayreuth no sea ya su tumba.

Judith Gautier, hija de un poeta y poetisa a su vez, subyugada, fascinada por el genio de Wagner, iba a proporcionar al compositor la intensidad febril que éste necesitaba para crear a Kundry. Yegua ardorosa postrada a los pies de Parsifal, Kundry es el mito de la mujer sometida al poeta, de la pecadora vencida por el divino amor. No hay que dudar, pues, en asociar al último poema musical de Wagner a esta mujer, a esta última palpitación de su deseo.

«Judith — ha escrito el propio Wagner — es la plétora de donde el compositor extrae su «superfluo embriagador». ¿Acaso no es feliz con Cósima? Sí, ciertamente. Nunca como cuando compuso las armonías del Graal gozó Wagner de una tranquilidad y de un sosiego familiares tan completos. Pero los verdaderos perseguidores del amor ambicionan siempre esas íntimas comuniones en las que esperan volver a encontrar en un alma gemela la imagen de sí mismos que más prefieren. Es evidente que Judith no caló hondo en el alma de Wagner, pero también es cierto que determinó en él una corriente poética, una última subida de la savia; y el maestro encontró en ella uno de sus supremos alientos.

CINCUENTA años antes, la condesita Jenny Pacht comenzó a rasgar el velo que encubría la adolescencia de Wagner. Minna Planer fue la primera que le impuso los tormentos que habían de acompañarle en el dolor de la creación. Jessie Lausot fue a todas luces un error. No obstante, su influencia en el alma de Wagner no careció de fecundidad, pues le hizo gustar la a veces fructuosa sensación del escepticismo. Luego, Matilde Wesendonck le condujo al «punto culminante de su vida», y del brazo de esa Iseo inmortal alcanzó la más alta cima de la gloria humana. Las amantes que siguieron a ésta casi no cuentan. Matilde Maier y Federica Meyer no fueron más que «evasiones» o amoríos fugaces. Ambas desbrozaron el camino a Cósima, la madre de sus hijos, casi su propia madre, su protectora, su colaboradora, su confidente, su amiga, su verdadera fuerza... Y finalmente, con el brillo y el encanto fugaz de una estrella errante, Judith Gautier.

Y erran quienes quieren presentar a Wagner como un hombre casto, como el buen marido de sus dos esposas, como también se equivocan quienes le conceptúan un Don Juan o un pasivo. El amor o la pasión no fueron en Wagner más que una de las facetas de su talento. Sus frases encendidas cobraban forma en el pentagrama, y en modo alguno eran dictadas por el amor de una mujer como Judith. ¿En qué simas se abismaba Wagner a través de sus ojos? Quizá la nostalgia del París del que nunca logró adueñarse. Quizá también el reflejo de la imagen del Parsifal que él ambicionaba ser, un Parsifal sin edad ni origen, fabuloso como él mismo. En realidad, Judith fue una imagen incorpórea, una sombra, y las palabras que Wagner le dirigía provenían también de otra sombra.

Wagner y Nietzsche se separan ADÉMÁS de un déficit importante, el primer festival de Bayreuth fue causa de un gran desaliento. Desaliento porque el gran público seguía siendo, en el fondo, refractario al arte wagneriano, del que sólo captaba su brillante y ruidosa grandiosidad. En cuanto al déficit, se cifró de buenas a primeras en ciento veinte o ciento treinta mil francos. Era imposible reembolsar a los suscriptores, y, por otra parte, las deudas contraídas por la empresa habían de conducirla, sin duda, a la bancarrota, temida desde hacía mucho tiempo. Los Wagner pusieron el asunto en manos del banquero Feustel y Adolfo Gross. Luego marcharon a Italia, visitaron sucesivamente Verona, Venecia y Nápoles y prolongaron su estancia en Sorrento, donde encontraron a Nietzsche.

Han transcurrido siete años entre confidencias y disimulados dissentimientos entre Wagner y Nietzsche, y al cabo de ellos el músico se da cuenta de que ha perdido definitivamente a su admirador. La amistad que les unía se ha desvanecido por sí sola y ya no es posible continuarla. Nietzsche abriga la convicción de que Wagner sólo sabe atraerse a los hombres exaltando sus flaquezas. A juicio del joven filósofo, el autor de *Lohengrin* es uno de los promotores de la decadencia europea, un perverso corruptor del gusto y de la claridad. Nietzsche expresa incluso sus dudas sobre el hecho que sea la música el lenguaje directo del sentimiento. Y se enfurece al pensar que ha consagrado todo un libro a una idea que ahora se le antoja falsa, a enaltecer la gloria de un hombre cuyo orgullo, cuya filosofía y hasta cuyo arte ahora condena. Y se despide de Wagner, esta vez para siempre.

Se ha generalizado la creencia de que esta ruptura obedecía a causas de divergencia en el criterio artístico. Ciertamente es que Nietzsche opone a Bizet a Wagner, pero esto no hubiera sido motivo suficiente para romper la amistad que les unía. En realidad, la ruptura data de algún tiempo antes.

Con su creciente afán de meridionalidad, Nietzsche se da cuenta de que había identificado erróneamente su propia concepción de la música con la personalidad artística de Wagner, totalmente opuesta.

Cuando algún tiempo después Nietzsche descubre «su» música al oír la ópera *Carmen*, dice haber hallado al fin «una música que no suena...» Y a fin de cuentas, si no es *Carmen* la causa principal de la separación, posiblemente resida ésta en Cósima, para quien Nietzsche siente la mayor de las admiraciones.

—¿No me dice usted nada, amigo mío? — dice Wagner a Nietzsche, tendiéndole la mano.

Nietzsche no supo qué responder. A partir de aquel momento, ambos habían de seguir caminos opuestos, pero ni uno ni otro sospechaban que no volverían a verse nunca más. Desde hacía mucho tiempo, Wagner había adivinado lo que pasaba en lo más recóndito de aquella alma sombría. Y no volvió a hablar de Nietzsche...

(1) Reproducidos, los dos últimos, en la información gráfica que ilustra el presente volumen.



Was kommt Dir her Kitzge, Fride,  
 ein Wein verrückt dich den Kopf,  
 gelassne rages Angebinde,  
 erdünnde Fremde mit und gut  
 (Dunkel) (Dunkel) (Dunkel) (Dunkel)  
 (als wickelst du dich um, Monnesenigst)  
 (du wickelst dich (nach Koldi) wickelst)

Carta de Ricardo Wagner a Cosima.



Palacio Vendramin, en Venecia



Dibujo de Wagner, por Joukovsky, con la inscripción inferior de Cósima: "R. lesend 12 feb. 1883".

Palacio Vendramin en Venecia, en el que vivió Wagner desde el 18 de septiembre de 1882 al 13 de febrero de 1883, día de su muerte.



Ricardo y Cósima, junto al Palacio Vendramin, en ilustración fechada en 1882-1883.





Los Wagner efectuaron el viaje de regreso a Alemania pasando por Roma y Florencia. Para complacer a su padre, Cósima visitó en Roma a la princesa Carolina de Wittgenstein. La anciana dama se hallaba trabajando en los veinte volúmenes de su Teología mística. Ricardo visitó la basílica de San Pedro, el Vaticano y la Capilla Sixtina. En Roma tuvo ocasión de conocer al conde Gobineau, diplomático francés cuya obra literaria y filosófica, que Wagner y el doctor Schemann dieron a conocer en Alemania, había de arraigar profundamente en dicho país. Durante esta primera entrevista, no hicieron más que intercambiar unas cortesías, pero más tarde, en Wahnfried, el gentilhombre normando y el gran artista trabaron una fecunda amistad. Gobineau había vivido en Asia, Persia, Brasil, Grecia y Suecia. Afirmaba ser descendiente auténtico de los reyes vikingos. Esto excitaba la imaginación de Wagner, propensiva ya de por sí a todo cuanto le pareciera misterioso o mitológico. «Es una lástima que haya encontrado tan tarde al único escritor verdaderamente original que conozco» — exclamaba —. «No devoro sus libros; los saboreo. Descubro en ellos nuevos encantos a la lengua francesa».

Amistad con Gobineau

Desde Roma los Wagner se trasladaron a Bolonia, donde se dio una representación de *Rienzi* en honor del autor. Desde Bolonia marcharon a Florencia, donde visitaron el palacio Pitti, Fiesole y San Miniato. En esta ciudad aguardaba al maestro una sorpresa: el inesperado encuentro con Jessie Laussot, su antigua amiga de Dresde y de Burdeos. Esa excelente cultivadora de la música, discípula de Bulow, ya de edad madura, aunque no afeitada, estaba en vísperas de casarse con el profesor Karl Hillebrand, de quien Nietzsche ha dicho que era «el último alemán que supo manejar una pluma».

El texto de «Parsifal»

Sin embargo, Wagner anhelaba volver a su hogar. Por las Navidades se hallaba ya en Bayreuth, y el 23 de enero del siguiente año (1877) releo las cuartillas en las que bosquejó el *Parsifal*. En el transcurso de un mes, de fines de enero a fines de febrero, deja esbozado el texto de la obra, y a fines de abril esta queda completamente terminada. Entre tanto, había recibido tentadoras proposiciones. Viena le ofrecía veinte mil marcos para montar *La Valkyria*, y un empresario londinense le proponía la celebración de seis grandes conciertos en el Albert Hall.

ILUSIONADO con la perspectiva de un nuevo viaje a Londres, Wagner aceptó y se puso en camino. Por doquier se le tributaron a él y a Cósima honores regios. Diez mil oventes le ovacionaron calurosamente al aparecer en el estrado la noche de su primer concierto; pero a partir del segundo, el entusiasmo y las recaudaciones menguaron notablemente. Después del último concierto los gastos fueron tan crecidos que solo quedaban setecientas libras para cubrir las deudas. Una vez más, como en años anteriores, se le ocurrió a Wagner la idea de salir de Europa, vender su casa de Wahnfried e instalarse en América, de donde había recibido tentadoras ofertas. Pero este era un proyecto demasiado fantástico para realizado. Cósima ofreció a su marido cuarenta mil francos de la cantidad que le había correspondido de la herencia de su madre, a los que Wagner añadió los diez mil francos que acababa de percibir.

Conciertos en Londres

**Y así nació «Parsifal»** Sólo el trabajo de *Parsifal* sostiene la moral de Wagner en este trance difícil. Ayudada por Judith Gautier, Cósima tradujo el poema al francés, mientras que Wagner escribía a su amiga: «Se trata de la música de *Parsifal*. Dejaría de vivir si no acometiera semejante empresa. Ayúdeme...»

Contrariamente a su costumbre, Wagner compuso la música de *Parsifal* con notoria parsimonia. Podría conjeturarse que con los años su poder creador había menguado. No obstante, era casi reciente su admirable *Crepusculo*. El amor llenaba sus días, en adelante tranquilos y apacibles, el de Cósima ante todo, y luego el de Judith, discreto, quizá un poco desvaldo, pero sobremediano útil. Es frecuente el caso de artistas que hacen uso del alcohol o de los «paraísos artificiales» para elevarse a la región de la suprema inspiración, pero Wagner sólo reclama perfumes y sedas. Judith da satisfacción a sus deseos y se los envía copiosamente de París. Y Wagner, con la ilusión de un enamorado adolescente, abre las cajas que son testimonio de una apasionada admiración...

Y así nació *Parsifal*, «el puro, ingenuo y trascendente insensato», como lo definía Liszt. Y si de ordinario Wagner solía trabajar por las mañanas, con ocasión de *Parsifal* se excedió, ya que acometió la composición de dicha ópera trabajando en ella desde las seis de la mañana hasta las dos o las tres de la tarde. Después de comer efectuaba un breve paseo y al declinar el día se sumía en largas lecturas.

En principio, Wagner, quizá influenciado por las lecturas de Gobineau, había tenido la idea de situar el tema de *Parsifal* en la India. Pero luego mudó de opinión y vinculó *Parsifal* a ese mundo heroico, austero y monacal de *Tristán*, el mundo del rey Artús y sus caballeros. Por primera vez en su obra, Wagner celebra con *Parsifal* el triunfo de la vida sobre la muerte. El anciano maestro canta en su última creación un himno de confianza en la naturaleza y en la acción, de fe en el hombre. En verdad, el personaje principal del poema no es el casto Parsifal, sino el amor que desciende de la cúpula de Montsalvat como una presencia invisible.

En 29 de enero de 1878 quedó terminado el bosquejo de *Parsifal*, y el 26 de abril de 1879 Wagner daba fin a la instrumentación del tercer acto. Durante ese período sus ideas brotaban de nuevo con tal abundancia, que la mayor dificultad del músico estribaba en canalizarlas. Le oprimían con la misma fuerza del dolor, que de vez en cuando le impedía trabajar. Había sufrido la primera crisis cardíaca en Moscú, y luego la afección fué agudizándose paulatinamente. Sin embargo, no se inquietaba mucho por ello, pues, por encima de todo era preciso no perder tiempo. Depuraba y desarrollaba sus bosquejos, añadía las famosas síncopas, se proponía, en fin, que su música fuera vaporosa y tenue como un contacto espectral. Sin embargo, sólo componía de ocho a diez compases al día, y en la intimidad de los suyos y de contados amigos volvía a leer a Plutarco, Jenofonte, Shakespeare, Balzac... Entre los amigos habla Hans von Wolzogen, un joven aristócrata que bajo la égida del maestro acababa de fundar los *Bayreuther Blaetter* («Los cuadernos de Bayreuth»), una revista literaria y musical enteramente consagrada a la obra y a las ideas de Wagner y a los asuntos del Teatro de Fiestas.

Es el barón Hans von Wolzogen quien en 1887, o sea cuatro años después de la muerte del maestro, utiliza por primera vez en el *Musikalisches Wochenblatt* la palabra «leit motiv», la cual, contrariamente a lo que generalmente se cree, no es una invención de Wagner ni figura en ninguno de sus

escritos. Cuando Wagner se refería al «leit motiv» se expresaba con la palabra «grundthemen», o sea temas fundamentales.

El «leit motiv» no es exclusivamente wagneriano. En 1875 el musicólogo Jules de Lapepède recomendaba a los compositores utilizar la repetición de motivos para expresar los estados anímicos de los personajes.

Desde las pantomimas musicales de los primitivos a Berlioz, pasando por Cherubini y Meyerbeer, se ha empleado la forma de «leit motiv». En la escuela romántica es donde adquiere su auténtico valor, pero todavía aparecía el tema en forma de larga extensión melódica. Es Weber quien empieza a servirse de pequeños motivos que caracterizan los personajes. Sin embargo, el saber que no es un sistema creado por Wagner no impide reconocer que el «leit motiv» wagneriano se encuentra en la cumbre de ese sistema expresivo.

WAGNER se propone ahora dar forma a sus pensamientos sobre arte, filosofía y religión. En cierto modo, quiere instituir una moral basada en las ideas que han agitado toda su vida espiritual: el trabajo vasallaje del dinero, la degeneración de los pueblos occidentales bajo la influencia del judaísmo, que saca partido de la decadencia universal; la regeneración del hombre por medio de la higiene vegetariana, del arte y de la religión de la piedad. Los títulos de los escritos de Wagner en aquella época indican sobradamente el cauce de su pensamiento: *Conócete a ti mismo* (1879); *La religión y el arte* (1880); *Heroísmo y Cristianismo* (1881), etc.

A su juicio, el mundo todavía tiene que aprender y enseñar a vivir. Y esto no se encuentra en los libros ni en los programas de las escuelas. De acuerdo con este criterio, Wagner no enviará a su hijo a sentarse en los bancos de una escuela, sino que confiará su educación a un maestro que sepa interpretar a Shakespeare y Cervantes, un maestro que tenga buena voluntad, que sea puro de espíritu y limpio de alma, y que sepa templar el alma del pequeño Sigfrido contra las adversidades que el día de mañana le salgan al paso.

Arte, filosofía y religión

EN el otoño de 1879, Wagner siente bruscamente deseos de cambiar de horizontes. La nostalgia de Italia se apoderó de él una vez más. Como le decía Cósima: «Si uno siente realmente la vocación de mártir, hay que vivir en Alemania y morir en Italia». Wagner presentía, en verdad, que se iba acercando la hora de su muerte. Por consiguiente, haría falta no dejar a *Parsifal*; el tiempo apremiaba y aun tenía que instrumentarlo. Podía dar cima a su trabajo en Roma o en Nápoles... ¡Italia! ¡Cuántas veces acudió a su mente esa ruta de juventud hacia el país más viejo y más sano de Europa! ¿Acaso no era Liszt quien decía: «El mal de Italia será siempre el mal de las almas elevadas»?

Nuevo viaje a Italia

La elección recayó en Nápoles. Los Wagner se proponían ausentarse por espacio de seis meses. Cerrarían Wahnfried y relegarían al olvido todas las mezquindades profesionales. Después de no pocas negociaciones, alquilaron la villa Angri, situada a orillas de la *strada nuova* del Possilippo, y partieron de Bayreuth el último día del año.

El 4 de enero de 1880 la familia Wagner se extasiaba desde la terraza de la villa contemplando la gris humareda que se elevaba del Vesubio. Hacía un frío intenso. Pocos días antes había nevado. Divisábase a lo lejos Sorrento, Capodimonte, Ischia, Capri... ¡Aquello era vivir! Sentado en un pequeño y traqueteante tranvía tirado por dos caballos, Wagner se dirigía a la ciudad... Sentía más que nunca apasionadas ansias de vivir. Y exclamaba como transido: «¡Vayan al diablo las ruinas. Nápoles es mi ciudad. Aquí todo vive».

En Italia, donde Wagner sentía con mayor intensidad el pueblo, las pasiones, la luz, la belleza de las mujeres y la poesía. Era quizá la ausencia de su propia misión la que menos pesaba en su espíritu. Rodeado de su familia y de algunos nuevos amigos, se entregaba muellemente a la vida, incluso había abandonado el trabajo de *Parsifal*. Enrique von Stein, un joven escritor alemán en quien Wagner veía un preceptor idóneo para su hijo, y el pintor ruso Pablo de Jukowsky se convirtieron en asiduos de la villa Angri, donde este último hizo el retrato de Cósima Wagner. A la sazón, Stein escribía sus *Ensayos*, que más tarde hablan de granjearle una cierta notoriedad, y daba lectura de sus traducciones de sonetos de Giordano Bruno. Los Wagner y sus amigos, que hacían frecuentes excursiones, visitaron Amalfi y Ravello, donde descubrieron el viejo palacio Raffoli, de estilo morisco, cuyas columnas de mármol, la capilla casi sepultada bajo la yedra y la ancha escalinata que conducía a un arriate de rosas, hicieron exclamar a Wagner: «¡He hallado el jardín de Klingsor!»

**Actividades literarias** WAGNER reanudó sus paseos a través de campos y viñedos. Pronto le acuciaron nuevamente ansias de escribir y bosquejó su tratado sobre *Arte y Religión*. Trataba de demostrar en esta obra que el hombre prehistórico había sido vegetariano y que su decadencia arrancaba del momento en que se hizo carnívoro.

Este nuevo libro fué escrito en pocas semanas, venciendo el nerviosismo y los agudos dolores de pecho, que se acentuaron por esa época. Antonio Rubinstein, que fué a visitarle en Nápoles, interpretaba durante las veladas las últimas sonatas de Beethoven. Esas sesiones musicales hacían olvidar pasajeramente a Wagner su dolencia, que ningún médico acertaba a curar. Cósima se puso entonces en busca de un clima más favorable, y a partir del mes de agosto todos los habitantes de la casa, incluido Jukowsky, se instalaron en Torre Fiorentina, en los alrededores de Siena.

**Liszt, en Siena** EN Torre Fiorentina Wagner se acostaba en el lecho que utilizó el Papa Pío VI. En Nápoles la luz era demasiado cegadora y hacía un calor sofocante. Siena, en cambio, era un verdadero reino, la verdadera Italia. Liszt fué a pasar unos días en Torre Fiorentina. Pasaba ya de los setenta años, pero el infatigable anciano, que todavía gozaba de gran predicamento entre las mujeres, no había perdido un ápice de su vivacidad y sensibilidad habituales. Viajero impenitente, siempre en camino entre Roma, Budapest, Weimar o París, se tomaba a veces un descanso de algunos días en casa de su hija, se sentaba al piano, redactaba su siempre copiosa correspondencia y volvía a marcharse. Pero en esta visita se consiguió llevarlo al domo de Siena, donde interpretó una noche sus *Tres sonetos de Petrarca*, la *Sonata quasi una fantasia*, de Beethoven, varias piezas de Chopin y su *Sinfonía del Dante*; y en la víspera de su marcha casi todo el tercer acto de *Parsifal*, que Wagner cantó de pie a su lado. Wagner se dolía de la brevedad de las visitas de Liszt y trató de retenerle. Hubiera querido tener siempre al anciano virtuoso, que tenía necesidad de cuidados, de atenciones y de un ambiente familiar. Pero Liszt no podía acomodarse en aquel hogar feliz. El artista opulento y magnífico, pletórico y exuberante se tornaba cada vez más humilde, más tímido, más «impersonal», como él mismo lo confesaba a la princesa de Witt-





*Entierro de Wagner en Bayreuth.  
18 de febrero de 1883.*



*Funerales en Bayreuth.*



*Cósima Wagner.*



*Cósima Wagner.*

*Franz Liszt.*



*"La lúgubre góndola", composición  
para piano de Franz Liszt.*



genstein. El antiguo mecenas de Wagner sólo amaba la soledad, y con frecuencia iba a postrarse de hinojos en el oscuro rincón de alguna capilla.

Desde Siena, Wagner escribió a Luis II recabando por última vez su ayuda en favor de *Parsifal*. No quería que este «misterio sagrado» fuese representado sobre las mismas tablas que habían recibido las óperas de Offenbach. Sólo Bayreuth era un marco digno para la obra que había de universalizar su gloria. El egregio protector de Wagner accedió a la petición de éste y prometió enviarle la orquesta y los coros de Munich para los ensayos que habían de tener lugar en 1881 y los *Festspiele*, cuya celebración se había señalado para el año siguiente. Entonces, el compositor y los suyos regresaron a Alemania.

Hicieron alto en Venecia, donde se alojaron durante un mes en el palacio Contarini, y llegaron a Munich el 31 de octubre. Por orden del rey Luis se celebró una representación privada de *Lohengrin*, y Wagner fue invitado a que se sentara a su lado en el palco real, mientras que Cósima y los niños ocupaban uno de los palcos de platea. Dos días más tarde y a petición del rey, se interpretó, también en presencia de Wagner, el prelude de *Parsifal*. Era la primera vez que el autor oía su versión orquestal. El Rey ordenó su repetición y luego exigió que se ejecutara el prelude de *Lohengrin*. Wagner entregó la batuta a Levi, y, presa de cólera, se marchó a su casa, donde sufrió una violenta crisis de su enfermedad.

AQUEL mismo día, a la hora de la cena, Wagner estalló en maldiciones contra todos los príncipes de la tierra. «¡Rey, emperador o Bismarck, todos son iguales!» El pintor Lenbach, en cuya casa se hallaba, salió en defensa de su ilustre modelo. «Déjeme en paz con su Bismarck — exclamó Wagner —. Si hubiese sido clarividente, hubiera debido concluir la paz con los franceses después de Sedan. Al llevar la guerra hasta París, ha dividido a las dos naciones para todo un siglo».

Al Rey le pasó inadvertida, sin duda, la furiosa reacción que experimentó el hombre por quien sentía tanto temor como admiración. «...el 12 de noviembre, por la tarde — anotó en su diario —, he oído dos veces el admirable y maravilloso prelude de *Parsifal*, dirigido por su propio autor. Profundamente significativo... Siempre he oído decir que entre príncipes y súbditos no es posible ninguna amistad...»

Ni Wagner ni el rey Luis tuvieron aquel día de noviembre de 1880 el presentimiento de que se habían visto por última vez. Por el contrario, al regresar a Wahnfried, Wagner estaba persuadido de que los equívocos entre Munich y Bayreuth se habían disipado por completo. Con esta creencia, entregóse de nuevo al trabajo de su partitura. Jukowsky recibió el encargo de preparar los diseños y maquetas de *Parsifal*, y el joven compositor Humperdinck asumió la tarea de copiar el manuscrito original a medida que éste se iba terminando.

UNA vez acabado su trabajo cotidiano, Wagner se sumía en la lectura. A sus libros predilectos añadíanse ahora las obras del conde de Gobineau. Wagner leyó casi ininterrumpidamente la *Historia de los persas*, *Tres años en Asia*, *Religiones y filosofías del Asia Central*, *El Renacimiento*, y la obra maestra de su nuevo amigo, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*. Las meditaciones casi ininterrumpidas a que a la sazón se entregaba Wagner, hubieron de sufrir, en la primavera de 1881, un lapso, pues el compositor tuvo que asistir, en Berlín, a los primeros grandes ciclos completos de su Tetralogía que se daban fuera de Bayreuth. Esas representaciones de *El anillo de los Nibelungos* alcanzaron un éxito apoteósico. Aplaudido por un público inmenso, Wagner hubo de pronunciar unas palabras desde el escenario. La familia imperial figuraba entre los asistentes delirantes de entusiasmo. Pero tantos fueron los esfuerzos que Wagner tuvo que prodigar durante aquellos días, que sobrevino un agotamiento nervioso, a consecuencia del cual se agudizaron sus ataques cardíacos. En cuanto a la puesta en escena de sus obras anteriores, confió todo el trabajo al empresario Neumann y a los directores de orquesta Seidl, Levi o Richter.

**Identificación con Gobineau** ACCEDIENDO a una invitación de Wagner, Gobineau pasó un mes en su casa. Artista por temperamento, este refinado aristócrata, que en muchos aspectos era antitético a Wagner, acertó a hallar en el músico una honda afinidad intelectual e ideológica. Los dos hombres se enzarzaron días y días en hondas discusiones y acabaron por sentirse completamente identificados. Los orígenes y la historia del hombre, y la grandeza de los arios constituían sus temas predilectos. Y estas frases de Gobineau: «En la vida hay un amor, después el trabajo, después nada...» y «la música cobra su fuerza en el despertar de la pasión amorosa», nadie como Wagner podía comprenderlas mejor.

Los dos festejaron juntos el sesenta y ocho cumpleaños del maestro y luego marcharon a Berlín para asistir a las audiciones del cuarto ciclo de la Tetralogía. Ante aquel torrencial alud de música, Gobineau quedó fuertemente impresionado. Después regresaron a Wahnfried.

Entre tanto, Cósima escribe a Judith Gautier: «Mi marido se encuentra mejor este invierno que el pasado. Su estancia en Italia, y particularmente en Siena, le ha hecho mucho bien. Hoy ha comenzado la instrumentación del segundo acto de *Parsifal* y estamos en plena tarea de decorados y de trajes. Dudo que salgamos de casa antes de las representaciones... Hace unos seis años que usted y yo no nos hemos visto...»

Pero Cósima se engañaba. Wagner no podía soportar el clima lluvioso y triste de Baviera. Había que volver a Italia aquel mismo año. El trabajo acentuaba su nerviosidad, que acrecentaba también el propósito que abrigaba de tomar bajo su adopción a las dos hijas de Bülow, Daniela y Blandina, a quienes amaba con ternura. Pero Hans se negó a ello. Y Cósima resolvió entrevistarse con su primer esposo.

**Entrevista de Cósima con Bülow** LA entrevista tuvo lugar en Nuremberg, durante el verano. Hacía once años que Cósima y Hans no se habían visto, y el encuentro fue doloroso. Hans había cambiado mucho de aspecto, había envejecido, pero en lo moral seguía siendo el mismo: violento, injusto, febril, incapaz de expansionarse. Reprochaba a Wagner no saber distinguir el bien del mal. Cósima se apiadó sinceramente de aquel enfermo incurable; pero en las lágrimas que derramó no había una sola vertida por el arrepentimiento. Al día siguiente se reunió nuevamente con Wagner, no con la ligereza de espíritu de quien recupera la dicha y la paz, sino con el convencimiento de ser ella misma la felicidad y la paz que tan necesarias le

eran al ser amado. «Después de mi entrevista con Hans, vuelvo a mi casa como si debiera comenzar para mí una nueva vida, sin consuelo alguno, y, sin embargo, serena y apacible. Soy feliz, pero consciente de un pecado inexpiable. Que Dios me ayude a apreciar esta paz sin olvidar jamás ese pecado». Cósima se sentía incapaz de olvidar, y en ello radicaba su intensa tragedia.

CON señalado gozo se acogió en Wahnfried la llegada de los artistas y coristas de Munich, enviados por el Rey para que tomaran parte en los ensayos de la obra todavía inacabada, y que había de representarse el siguiente verano. Entre tanto, Wagner desarrolla una gran actividad, se ocupa de los decorados y de la tramoya y acompaña a sus cantantes al piano. Liszt efectúa en noviembre su estancia anual en Bayreuth, donde encuentra a Judith Gautier. Ese secreto y último amor de Wagner reaparece, pues, en el momento en que el maestro ultima la instrumentación de las voluptuosas armonías del jardín de las doncellas. «Ricardo ha terminado el segundo acto — escribe Liszt. Le faltan por escribir de cien a doscientas largas páginas. Precisa de algo más que atención y esmero: simplemente, el genio y su propio tormento... Para ilustrar el *Parsifal* Jukowsky ha hecho hermosas pinturas: el bosque, el templo y el jardín fantástico». Eran estos últimos una reproducción del duomo de Siena y el jardín de Ravello.

WAGNER no soñaba más que con viajes y sol. Una vez más, Wagner se trasladó a Italia, donde el compositor residía *in mente* y donde situaba ahora el burgo de Montsalvat. Los Wagner decidieron pasar todo el invierno en Sicilia. Nuevamente confiaron los asuntos del Teatro de Fiestas a Feustel y a su yerno Gross, y el 1.º de noviembre toda la familia tomaba el tren en Munich, para ir de allí, pasando por Verona, Ancona y Nápoles, a Palermo.

Cuatro días más tarde llegaban a la capital siciliana y se instalaban en el Hotel de Las Palmas. A pesar de sus reiterados deseos de reposo, Wagner se puso inmediatamente al trabajo. Todo cuanto le rodeaba espoleaba su actividad: la ciudad extendida sobre la campiña, sus calles tranquilas, sus jardines cuajados de limoneros... Le acosaba el temor de morir y no poder dejar terminado el último compás, y no perdía un minuto. Pero la muerte, bondadosa, seguía aguardando... Y Cósima detallaba a Judith: «Por las mañanas se trabaja, a mediodía efectuamos un paseo, a la una comemos, a las dos hacemos la siesta, a las tres volvemos a pasear, a las cinco de vuelta al trabajo, a las siete cenamos, y poco después nos acostamos...»

Wagner se proponía pasar todos los años seis meses en Palermo. Se aferraba a la idea de que no había traspasado aún el umbral de la vejez. En una ocasión se detuvo frente a una tienda para contemplarse en el vidrio del escaparate, y se dijo a sí mismo: «Con estas canas grises apenas me reconozco. ¿Es posible que tenga sesenta y ocho años?» Y proyectaba otros viajes más lejanos: Egipto, la isla de Madera, Ceilán... «Me hace falta el cielo azul» — decía. Y, sin embargo, reaparecía el agudo dolor en el pecho, nublando el porvenir. Wagner, rebosante de vitalidad, no se creía seriamente amenazado y aumentó sus horas de trabajo hasta el punto que, cuando Jukowsky fue a verlo por las Navidades, encontró la obra casi terminada.

**«Parsifal», terminado** EL 13 de enero de 1882, poco después de cenar, Wagner se levantó de la mesa, entró en su cuarto y volvió con un voluminoso paquete. Era la partitura de *Parsifal*. «Acabo de terminarlo» — dijo. Se descorchó el champaña. Para solemnizar el acontecimiento, el maestro interpretó al piano la obertura de *Las hadas*, su primera ópera.

Terminado *Parsifal*, los Wagner permanecieron aún algunas semanas en Sicilia, invitados por el príncipe Gangi. Cósima y Ricardo se habían granjeado numerosas amistades y a pesar de que el pequeño Sigfrido había enfermado de paratífus, sus hermanas, ya mayorcitas, frecuentaban los bailes. Cuando el niño se hubo restablecido, los Wagner ofrecieron una recepción de despedida a la sociedad palermitana antes de trasladar su residencia a Aci-reale. Aquel día, Wagner dirigió una banda militar. Entre tanto, Blandina, la segunda hija de Cósima y de Bülow, se prometió a un joven oficial de la marina real, el conde Biagio Gravina.

**Nuevo matrimonio de Bülow** CASI al mismo tiempo, inesperadamente, Hans de Bülow se prometió con una actriz del teatro de Hamburgo. Este era el desenlace de una situación que desde hacía muchos años atormentaba a Cósima, y originaba entre ella y Ricardo un sordo malestar. El abandonado se había decidido por último a rehacer su vida. El duque de Meiningen le ofreció un puesto de director de orquesta. Hans lo aceptó, formó un conjunto orquestal que adquirió pronta celebridad y poco a poco fue ahuyentando de su espíritu el doloroso recuerdo de su fracasada vida anterior.

**En Venecia** A mediados de abril, los Wagner salieron para Nápoles, encaminándose luego a Venecia, la ciudad italiana predilecta del maestro, tanto por las efemérides históricas de que había sido escenario, como por haber tenido lugar en ella el adiós a Matilde Wesendonck y el nacimiento de *Los maestros cantores*. Todo en Venecia era del agrado de Wagner: el sonido de las campanas, el apacible canturreo del agua, San Marcos, los leones...

Fue en busca de un palacio para la temporada siguiente, al estreno de *Parsifal*, y eligió finalmente el palacio Vendramin, ante cuya gótica fachada discurrían mansamente las aguas del Gran Canal.

**Estreno de «Parsifal» en Bayreuth** DE nuevo en Bayreuth, recibió Wagner la visita de Gobineau, quien se sumó a la familia del maestro para festejar con la brillantez ya tradicional su sesenta y nueve cumpleaños. Luis II envió a Wahnfried una pareja de cisnes negros. Gobineau enfermó súbitamente, y Cósima creyó observar en el rostro del conde los signos precursores de la apoplejía. Gobineau partió para una cura de aguas en Gastein. Poco después llegó el nutrido batallón de solistas, coristas y tramoyistas que, bajo la experta dirección de Levi y de Fischer, habían de llevar a cabo las dieciséis representaciones de *Parsifal*.

El teatro volvió a abrir sus puertas, que habían permanecido cerradas durante seis años. Una inusitada animación reina en torno a la *Festspielhaus*. Todos cuantos colaboran a la preparación del estreno, se afanan en ser dignos de la misión que a cada uno le es confiada, poniendo en su labor una devoción sin límites, como si fueran sacerdotes de una nueva fe. Wagner trabaja incansablemente, pero su entusiasmo tropieza con una primera decepción. Luis II le comunica que no asistirá a las representaciones. Alega estar en-





*Cósima con Wieland, en el primer cumpleaños de éste.*



*Cósima y Siegfried*

*Cósima Wagner.*



*Siegfried, Winifred y sus cuatro hijos.*



*Siegfried poseando con Cósima por Bayreuth.*





fermo. Wagner no pudo por menos de sospechar que otras razones motivaban esta deserción, precisamente en el momento en que su *Parsifal* había de encumbrarle en la historia del arte hacia la cima ideal que ambos habían soñado. Luis II, en efecto, es ya definitivamente víctima de su singular misantropía.

Pero, en cambio, se presentó Liszt. Wagner experimentó una sincera alegría, y en tal ocasión dijo que su viejo amigo Franz era en verdad su único pariente. También acudieron algunas de las amigas de antaño, entre ellas su sobrina Juana, la creadora de la Elisabeth de *Tannhäuser*, y Matilde Maier; pero esta última procuró pasar inadvertida, porque se había vuelto sorda y ocultaba pudicamente este defecto. También hizo acto de presencia el conde de Grävin, cuyo matrimonio con Blandina había sido fijado para el 25 de agosto. Acudieron, además, numerosos príncipes, amigos, artistas y extranjeros, entre los cuales destacaban los compositores franceses Chausson, Léo Delibes, Vincent d'Indy y Saint-Saëns.

CUANDO se daba la quinta representación, al entrar el cantante Scaria en un saloncillo del escenario donde se hallaba Wagner, vio de pronto congestionarse el rostro, desplomarse en un canapé y agitar los puños cerrados en el vacío, como si se debatiera contra la muerte. Había perdido el conocimiento. Luego que se hubo recobrado, dijo al incorporarse: «Por esta vez, me he escapado». Para que el espectáculo no sufriera interrupción, Wagner exigió que lo ocurrido no trascendiera en absoluto, pero el maestro se hallaba agotado. En Wahnfried se quedaba con frecuencia dormido en la silla de su cuarto. Durante la noche su mujer le oía a veces balbucir: «Adiós, hijos míos». Pero al día siguiente, ya recobrado, ningún síntoma inquietante aparecía en su rostro ya ajado.

CON ocasión de la boda de su hijastra, Wagner se mostró muy animoso y optimista, y hasta pronunció un largo discurso. Aquella noche, la población de Bayreuth encendió fogatas en la cumbre de las colinas que circundaban la ciudad. Cuatro días después se celebró la décimosexta y última representación de *Parsifal*. El director Levi cayó repentinamente enfermo. Wagner bajó entonces al foso de la orquesta y dirigió personalmente el tercer acto. Cuando al caer el telón quedó a oscuras el templo del Graal, el maestro dirigió algunas palabras de agradecimiento a los músicos: «¡Hasta el próximo año!» Pero aquello ya no había de repetirse. Un cansancio infinito había hecho presa en su organismo y en su espíritu sentía, como una pesadumbre, la hostilidad de Baviera. Quería volverse a Venecia... ¿Acaso no había dicho Cósima que para vivir, Alemania; pero para morir bellamente, Italia?

FINALMENTE, el palacio Vendramin. Los Wagner han tomado en alquiler todo el primer piso, que consta de dieciocho habitaciones. El resto lo habita el duque della Grazia. Exceptuando el gran salón, cuyos muros están recubiertos de cueros venecianos y lo amueblan sillones Luis XVI, tapizados de seda carmesí, todas las habitaciones del piso de los Wagner son de una extrema sencillez.

Aquí Wagner encuentra de nuevo el ambiente del palacio Giustianini, donde veinticinco años antes Tristán acechaba la llegada de Iseo. Desde aquellos tiempos ya lejanos, el mundo de Wagner se ha poblado, pero los seres que ahora lo habitan no pertenecen a aquel lugar inolvidable. Todos pertenecen a un ayer reciente, actual, creado por él mismo.

Y en estos días repletos de meditaciones evocaciones, una nueva señal aparece en el cielo, como en la agonía de Tristán e Iseo, como en los días en que murió Julio César. Un cometa rasga fugazmente con su inusitado brillo la negrura de la noche veneciana. ¿Es un presagio? ¿Para quién? Las grandes fechas de Wagner aparecen siempre asociadas a fenómenos cósmicos o históricos, y esta vez tampoco experimenta la menor ansiedad y puede decir, como antaño a Matilde: «Nada puedo temer, puesto que no tengo ninguna esperanza ni ningún porvenir».

A poco supo la muerte de Gobineau, víctima de un ataque, en Turín, mientras iba en el coche de un hotel. ¿Eso era lo que auguraba el luminoso viajero sideral? ¿El amigo quizá más querido de todos! Los otros, Uhlig, Schnorr, Tausig, Nietzsche, Luis II de Baviera, se hallan apartados de él, unos arrancados por la muerte, otros por avatares de su propio pensamiento. De cuantos Wagner ha amado, el único que permanece fiel es Liszt. Y Cósima, que es su propia vida.

Liszt, en el palacio Vendramin

El 19 de noviembre de 1882, a las diez de la noche, Liszt llega a Venecia. Wagner le aguarda en su casa con la misma alegría con que siempre ha acogido a su gran amigo. Le acompaña con gran pompa a su «princesca morada», consistente en tres habitaciones, un salón y una antecámara, situados frente al aposento de su hija. Se vive igual que en Bayreuth. Todos los días, Liszt oye misa en la iglesia de la parroquia. A las dos come en familia y por la tarde trabaja en su *San Estanislao*, o visita, acompañado de Cósima, a otros ilustres viajeros de tránsito por Venecia. Entre tanto, Wagner va a sentarse en un banco de piedra de San Marcos, que se le antoja como lugar ideal para morir.

Se acentúa el nerviosismo de Wagner. Desde la llegada de Liszt, le atormenta el silencio con que tropieza en el interior de sí mismo cada vez que quiere establecer con su suegro aquella comunión de ideas y sentimientos afines que en otros tiempos les identificó. Pero, ¿llegaron en realidad a comprenderse alguna vez? ¿No es posible que toda íntima unión entre los dos estuviera condenada a ser ficticia?

El 13 de enero de 1883, Liszt sale del palacio Vendramin para tomar el tren de Budapest. Nadie sabe cuál fué la última despedida de los dos amigos.

Carnaval en Venecia

El martes de Carnaval, hallándose las calles de Venecia abarrotadas de máscaras, llegaron Jukowsky y el director de orquesta Levi. Wagner los acompañó con los niños a la plaza de San Marcos, a contemplar la bulliciosa muchedumbre, los disfraces, las iluminaciones, el cortejo fúnebre del príncipe Carnaval... y el banco donde solía sentarse. Al dar la medianoche se apagaron todas las linternas, y en medio de espesas tinieblas, se dió comienzo a la Cuaresma. Aquel día Wagner fué a visitar la isla de San Michele, antiguo cementerio de Venecia, pero sintiéndose indispuerto, regresó pronto al palacio Vendramin. Durante los días siguientes, su conversación gira siempre en torno de Liszt, como si quisiera dar rienda suelta a algún reproche que quería hacerse a sí mismo. El lunes, 12 de febrero, después de comer, se sienta al piano, improvisa un *scherzo* e interpreta la lamentación de las Hijas del Rin. Y dirigiéndose a su mujer, le dice: «¿Serás tú también una de ellas?» Aquella noche, contra su costumbre, se

acostó tarde. Se le oyó pasearse de un lado para otro de su habitación y hablar en voz alta, como solía hacerlo cuando componía versos.

El martes, 13, a hora temprana, Cósima, según su costumbre, *Muerte de Wagner* desayuna con su marido. A Wagner le oprime una especie de angustia, como si le faltara aire para respirar. Presiente la proximidad de una de sus crisis y dice a su ayuda de cámara: «Es preciso que hoy tenga mucho cuidado». Luego se dispone a trabajar. Afuera, el día es tempestuoso; llueve torrencialmente. Encima de su mesa se hallan desperdigadas algunas hojas de papel. Tratan del ensayo *El elemento femenino en el hombre*, del que ha escrito una decena de páginas.

A las dos menos cuarto viene Jukowsky a comer, y, con gran sorpresa de su parte, encuentra a Cósima sentada al piano, tocando el *lied* de Schubert, *Florio de las lágrimas*. El maestro manda a decir que no se encuentra bien y que no le esperan para la comida. A poco se oye por dos veces la campanilla. Momentos después, una de las sirvientas, trastornada, entra en el comedor y ruega a Cósima que se dé prisa. Esta se precipita en el cuarto de su marido, pero Wagner le dice por señas que se vaya. También esta vez quiere luchar solo contra el despiadado dolor. Se halla sentado ante su mesa de trabajo. Yace a su lado, abandonada, la rapa. Los gemidos que profiere el maestro se hacen cada vez más agudos y violentos. Cósima se retira, pero inmediatamente vuelve a sonar la campanilla. Esta vez la llamada es imperiosa. «Mi mujer y el médico» — ordena Wagner con voz alterada, a la doncella. Cósima entra nuevamente en el cuarto y se dispone a aplicar a Wagner las compresas calientes que en crisis semejantes le han sido de gran alivio; pero Wagner se da perfecta cuenta de que ha llegado su hora y rehúsa lo que sabe que ya es inútil. Se levanta, alcanza con dificultad el canapé encamado y oro de su cuarto, y sus manos se deslizan sin vida sobre los hombros de Cósima. «¡Mi reloj!», exclama débilmente. Estas fueron sus últimas palabras. El reloj había caído de un bolsillo de su chaleco y había rodado por la alfombra. El corazón de Wagner había cesado de latir.

Tres días después, a la misma hora en que Wagner había dejado de existir, salía del palacio Vendramin un féretro adornado con cabezas *Las exequias* de león. Lo depositaron en la góndola cuyo fúnebre canto había ya compuesto Liszt. Cósima, de pie y enlutada, seguía en pos del cadáver.

Luego comenzó el viaje del maestro sin vida a través de Italia y Alemania. Comisiones y portadores de coronas esperaban el paso del tren en todas las estaciones. Levi aguardaba en Innsbruck. De Burkel, secretario del rey de Baviera, a quien Su Majestad había enviado al encuentro de su Lohengrin desaparecido, esperaba en Kuffstein. En Munich, una muchedumbre inmensa y silenciosa tributaba su homenaje al hombre que atravesaba sus calles por última vez. Pero Luis II no hizo acto de presencia ante el cadáver del único ser viviente a quien amara.

Ya entrada la noche, llegó el tren a Bayreuth. La ciudad en masa esperaba el fúnebre convoy. Al día siguiente tuvieron lugar las exequias. Fueron exequias verdaderamente regias, con discursos de los ediles municipales, banderas a media asta y lampadarios cubiertos con gasas negras. Figuraban en la ceremonia representantes del Rey y del Gran Duque de Sajonia-Weimar, de uniforme, delegaciones de artistas y de las «Sociedades Wagner» y el cuerpo de oficiales.

El sepelio atravesó toda la ciudad. A las puertas de Wahnfried esperaban los niños, que tenían sujetos a los dos perros de su padre. Comenzó a nevar. El féretro fué depositado en la tumba que lo esperaba desde hacía diez años, y que Wagner solía contemplar todas las mañanas desde la ventana de su cuarto. A Cósima nadie la vió.

*Muerte de Liszt*

TAMBIÉN Liszt se hallaba ausente en esta postrera y suprema apoteosis. Recibió la noticia en Budapest y sin inmutarse en apariencia terminó la carta que pocos momentos antes había comenzado a escribir. En realidad, el franciscano abate consideraba mucho más sencillo morir que vivir. Tres años más tarde (1886), en el mismo Bayreuth, al salir de una representación en el *Festspielhaus*, se durmió para siempre. Su última palabra fué: «Tristán». Había oído sin duda la magnífica obra de su amigo y sintió la felicidad, en el momento supremo, de morir «en la música», que bien lo merecía quien en vida fué un gran músico.

Liszt recibió también sepultura en Bayreuth, pero en el cementerio. Según su expresa voluntad, sólo se colocó sobre su tumba la sencilla cruz de los hijos de San Francisco.

*Entre las aguas del lago de Starnberg...*

Sus semanas antes, en el mes de junio, el rey Luis II puso fin al complicado melodrama de su existencia. Durante más de veinte años había habitado un reino edificado en las nubes, rodeado de sus sueños, hasta que un día, oficiales y ministros demolieron el inofensivo castillo donde el solitario reinaba entre fantasmas. Se le encerró en su residencia de Berg como un pobre loco. Pero el mundo de Luis II había dejado ya de ser el mundo de los seres vivientes, y cuarenta y ocho horas después agarró por el cuello a su guardián, el doctor Gudden, lo arrastró hacia el lado de Starnberg y desaparecieron ambos entre las aguas.

*Nietzsche y los Wesendonck*

Tocó también el turno al discípulo que había renegado del maestro. El día de Navidad de 1888, hallándose en Turín, avejentado, casi ciego, Nietzsche entró también en las brumosas regiones de la locura. Y en este estado permaneció hasta que la muerte le halló en Weimar, el 25 de agosto de 1900.

En cuanto a los Wesendonck, desde hacía algunos años habían vuelto a instalar su residencia en Alemania, donde Otto murió en 1895. Wille, el nieto de los amigos de Mariafeld, iba todos los domingos a visitar a la viuda Wesendonck en su casa de Berlín. Matilde, la inmortal Iseo, le hablaba continuamente de su pasado, y en la intimidad le mostraba los cuadernos en los que en otro tiempo había fijado sus recuerdos y copiado las cartas de Wagner. Matilde murió en 1902, diecinueve años después de Tristán. En el mundo de los vivos, solamente iba a montar la guardia la mujer que había juntado su destino al del incorregible transhumante. Cuando Wagner hubo exhalado su postrer suspiro, Cósima pareció consagrarse a la muerte. Durante muchos días se temió un fatal desenlace. Pero a Cósima le estaba deparada la titánica misión de sobrevivirle durante cuarenta y siete años y llevar sobre sus hombros el peso de una gloria fabulosa. Ella volvió a crear Bayreuth y por espacio de cuarenta y siete años gobernó la nave de la inmortalidad de Ricardo Wagner.

*Supervivencia de Cósima*





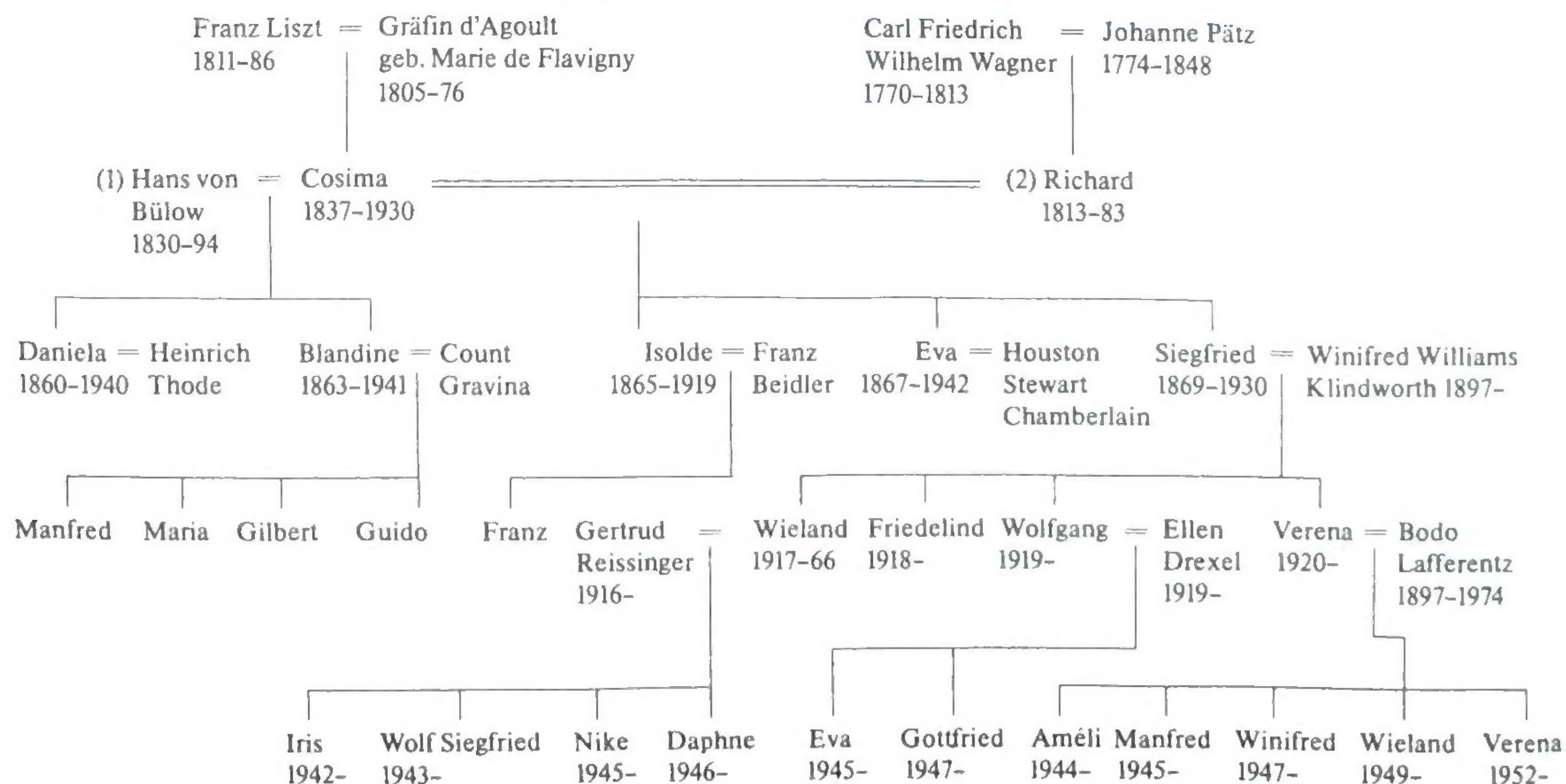
*Siegfried con Winifred y sus cuatro hijos:  
Wieland, Friedelind, Wolfgang y Verena.*



*Cósima Liszt.*



*Ricardo Wagner*



*Arbol genealógico.*



# Indice

## PRIMERA PARTE

(1813-1842)

Años de infancia y de escuela . . . . .	15
<i>Studiosus musicæ</i> . . . . .	27
Años de aprendizaje en Alemania (primer matrimonio) . . . . .	36
París (1839-1842) . . . . .	61

## SEGUNDA PARTE

(1842-1850)

(Dresde)

<i>Rienzi</i> . . . . .	83
<i>El buque fantasma</i> (Der Fliegender Hollaender) . . . . .	87
Liszt, Spontini, Marschner, etc. . . . .	98
<i>Tannhauser</i> . . . . .	107
Franck, Schumann, Semper, Gutzkow, Auerbach . . . . .	111
<i>Lohengrin</i> (Poema) . . . . .	114
La sinfonía con coros . . . . .	114
Spohr, Glück, Hiller, Devrient . . . . .	116
Situación oficial. Estudios de historia y literatura . . . . .	119
<i>Rienzi</i> , en Berlín . . . . .	119
Relaciones con la Intendencia. Muerte de la madre de Wagner . . . . .	123
Interés creciente por los acontecimientos políticos: Bakunin . . . . .	125
La revolución de mayo . . . . .	131
La huida: Weimar, Zurich, París, Burdeos, Ginebra, Zurich. . . . .	138

## TERCERA PARTE

(1850-1861)

Zurich: Carlos Ritter, Hans de Bülow, Herwegh, Uhlig, Wesendonck, etc. . . . .	151
<i>El anillo de los Nibelungos</i> . Liszt en Zurich, Schopenhauer, composición de <i>El oro del Rin</i> y <i>La Walkyria</i> . . . . .	161

Londres (conciertos filarmónicos) . . . . .	169
Zurich, Seelisberg, Mornex, Brunnen ( <i>Tristán</i> ) . . . . .	173
Liszt y la princesa de Wittgenstein (Zurich y Saint-Gall) . . . . .	176
«El Asilo» ( <i>Tristán</i> ) . . . . .	179
Venecia ( <i>Tristán</i> ) . . . . .	185
Lucerna ( <i>Tristán</i> ) . . . . .	190
París (representación de <i>Tannhauser</i> ) . . . . .	191

## CUARTA PARTE

(1861-1864)

Weimar, Reichenhall, Viena. . . . .	211
París (poema de <i>Los maestros cantores</i> ) . . . . .	215
Biberich ( <i>Los maestros cantores</i> ) . . . . .	217
Viena. Ensayos de <i>Tristán</i> . . . . .	226
Conciertos en San Petersburgo y Moscú . . . . .	228
Instalación en Penzing, cerca de Viena . . . . .	232
Huida: Zurich, Stuttgart . . . . .	238
El mensaje del rey . . . . .	240

## APÉNDICE

París. Regreso a Alemania. Luis II de Baviera. Cósima . . . . .	243
Estreno de <i>Tristán e Iseo</i> . . . . .	245
Suiza. Muerte de Minna. Tribschen . . . . .	245
<i>Los maestros cantores</i> , Nietzsche, Judit Gauthier . . . . .	247
Estreno de <i>El oro del Rin</i> . Bayreuth. Boda de Wagner con Cósima . . . . .	249
Las fiestas de Bayreuth, <i>Wahnfried</i> . . . . .	251
La mujer en la vida de Wagner. Conciertos en Londres, <i>Parsifal</i> . Nuevo viaje a Italia . . . . .	253
<i>El anillo de los Nibelungos</i> . Entrevista de Cósima con Bülow. Estreno de <i>Parsifal</i> en Bayreuth . . . . .	257
Venecia. Muerte de Wagner y de Liszt. Supervivencia de Cósima. . . . .	259

Indice . . . . .	261
------------------	-----



